Dedicado a todos aquellos que aman
más a los demás que a sí mismos.

EL JEFE

Lia Gerald

PRIMERA PARTE

OTOÑO

Cuando recibí la llamada para acudir a una entrevista de trabajo, nunca pensé que mi vida cambiaría por completo. Simplemente tomé nota del día, la hora y pregunté:

—¿Cómo han encontrado mi número? No les he dado ningún currículum.

Pero la mujer no respondió a eso. Me repitió el lugar, la fecha y la hora y me colgó. No me importó demasiado, era una entrevista para una de las empresas más prometedoras según la lista de la revista TIME. Su creador, un joven y millonario playboy llamado… no lo conseguía recordar; el caso es que me habían llamado y era una gran oportunidad laboral. Llevaba un año trabajando como secretario del señor Robinson en el bufete de abogados y seguía pagándome el sueldo mínimo y tratándome como un becario. Yo era muy eficiente y profesional en mi trabajo, y merecía más de lo que él me daba a cambio.

Así que no lo dudé, pedí la mañana libre por asuntos personales y acudí a la entrevista. Seguí las indicaciones que me había dado la mujer por teléfono y llegué a uno de los edificios más altos y caros del centro de la ciudad: el King's Place. Pregunté en la entrada por el piso de la empresa INternational y subí en un ascensor repleto de gente. Hasta ahí, todo normal, el problema fue llegar a la oficina y darme cuenta del tiempo que tendría que esperar hasta que me hicieran la entrevista. Había, al menos, una docena de jóvenes perfectamente vestidos, aguardando su turno para entrar antes que yo.

—¿Viene a la entrevista? —me preguntó una preciosa rubia tras el escritorio de la entrada.

—Así es —sonreí—. Soy Leonard O'Brien.

Ella asintió con la cabeza sin dejar de sonreír. Conocía su trabajo, yo también había estado donde ella y sabía que mi nombre le importaba una mierda. Solo era uno más en la lista.

—Siéntese con los demás, por favor, y espere a que le llamen —me pidió educadamente.

—Claro —yo también sonreí de una manera falsa y arquetípica antes de alejarme y sentarme.

Entonces una puerta al fondo del pasillo, la del despacho más grande e importante, se abrió y salió una mujer llorando. Pasó por delante del resto de los asistentes a paso rápido y la cabeza gacha. Algunos se miraron entre ellos, preguntándose qué habría pasado, pero antes de que empezaran a hablar una mujer morena y muy elegante llamó al siguiente en la lista.

Por extraño que pudiera parecer, la mujer que se había ido llorando no fue el peor de los casos; uno de los jóvenes salió del despacho dando un fuerte portazo y, enfadado, nos gritó:

—¡Es un completo gilipollas!

Me pregunté de quién hablaba, quién estaría tras aquella puerta de made-

ra oscura. Y no tardé en descubrirlo, porque el siguiente en la lista era yo:
—Señor O'Brien —me llamó la morena.
—Sí —afirmé, levantándome de mi silla. Al contrario que los demás, yo no traía maletín, ni bolso, ni nada más que tuviera que llevar conmigo. Caminé hasta el final del pasillo en silencio. No estaba nervioso, en el peor de los casos, seguía teniendo mi puesto poco remunerado y nada gratificante en el despacho de abogados, así que no era cuestión de vida o muerte para mí.
Llamé a la puerta suavemente y cuando recibí una respuesta apagada entré.
—Buenos días —sonreí. Tenía una bonita sonrisa y eso siempre jugaba a mí favor.
—Señor O'Brien —me respondió una voz grave y pausada.
Me quedé en la puerta un instante, contemplando al hombre tras la mesa de cedro. Era muy atractivo, de pelo rubio oscuro y barba perfecta, ojos azul marino y mirada intensa. Su chaqueta de traje apenas podía contener el ancho de su espalda y su camisa blanca se tensaba sobre un pecho firme y poderoso. Entonces recordé su nombre: el señor Black. El joven millonario y playboy que había creado un imperio de la nada.
Cerré la puerta tras de mí y me acerqué hasta quedarme frente al escritorio. La sonrisa de mi rostro no vaciló, aunque el señor Black me hubiera dedicado una mirada de arriba abajo con expresión seria.
—No me esperaba que fuera usted mismo el que hiciera la entrevista, señor Black —le confesé en un intento de parecer sociable y cercano.
—Siéntate —respondió tras un breve silencio, señalando una silla con gesto desganado de la mano—. Dame el currículum.
Me senté y entreabrí los labios, perdiendo la sonrisa.
—No he traído currículum —tuve que reconocer—. Como me llamaron para hacer la entrevista, creí que ya poseían toda la información necesaria sobre mí.
El señor Black no cambió su expresión seria de mirada intensa, pero supe que eso no le había gustado. Entonces nos quedamos en silencio, mirándonos mutuamente. No entendí que estaba pasando exactamente, pero no creía que fuera yo el primero en tener que hablar, después de todo, era una entrevista y el señor Black tenía que tomar la iniciativa.
El silencio se alargó tanto que empecé a dudar de si debía irme, de si debía hablar y explicarle un poco sobre mis habilidades y lo que podría aportar al trabajo; pero solo continué callado enfrentándome a aquella mirada que trataba de ahogarme. El señor Black era extraño e intimidante, te hacía sentir pequeño e insignificante a su lado. Quizá por eso los demás habían salido llorando y enfadados del despacho. Yo estaba más intrigado que asustado, la verdad. Si él hubiera querido que me fuera, estaba seguro de que me lo habría dicho.
—¿Sabes para qué es el trabajo? —me preguntó al fin tras lo que probablemente habían sido dos largos minutos en silencio.

—Secretario, supongo.
—No. Ya tengo muchas secretarias. Lo que busco es un ayudante personal.
Asentí con la cabeza, de acuerdo. «Ayudante Personal», era una forma cuidada e irónica de decir «esclavo que haga todas las mierdas que yo diga».
—Debe ser alguien de confianza porque mi ritmo de vida es… especial.
Asentí de nuevo. Cuando me dijera lo que pensaba pagarme por ello es cuando decidiría si aceptar o no. El señor Black se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos y cruzando sus dedos a la altura de sus labios. Entonces se quedó mirándome en silencio de nuevo. Pude apreciar el profundo azul de sus ojos con todo detalle. Empezaba a comprender por qué le llamaban playboy, sería difícil resistirse a esa mirada en otro momento, quizá en uno que no supusiera un ascenso laboral importante en mi vida.
Tras un minuto más de silencio me preguntó:
—¿Eres de confianza, Leonard?
—Por supuesto —afirmé.
—¿Puedes demostrarlo?
Se me escapó una leve sonrisa que corregí rápidamente.
—No se me ocurre cómo —respondí.
—A una de mis secretarias se le ocurrió hablar borracha en una fiesta, a un periodista, creyó que no tendría importancia, y ahora está fregando platos en algún restaurante de mala muerte porque no va a conseguir trabajar de nada más en su vida.
Volví a asentir sin más. ¿Qué se suponía que debía responder a una amenaza así?
—¿Crees que fui duro con ella, Leonard? —me preguntó.
Entreabrí los labios dispuesto a darle la razón y decirle que había hecho algo completamente razonable; pero no pude hacerlo.
—Sinceramente, señor Black, me es indiferente —le confesé.
Aquello no estaba yendo nada bien. Empezaba a creer que me pasaría el resto de mi vida sirviendo cafés al señor Robinson cuando él me dijo:
—Me gusta follar, Leonard —me dijo entonces—. Con mujeres y hombres, a veces con ambos a la vez. Me gusta que sean sumisos y me complazcan con lo que les pida. Me gusta pegarles e insultarles.
Apreté los dientes para aguantar la risa. Aquello…, ¿qué cojones era aquello? ¿Una broma?
—Me alegro por usted, señor Black —conseguí decir sin que me temblara la voz.
Entonces se quedó otro largo rato en silencio, un minuto más o menos, sin apartar la mirada de mí. Yo estaba esperando a que en algún momento alguien entrara por la puerta con una cámara y me dijera que había sido «pillado» o «cazado» o alguna chorrada de la tele por cable.
—Como mi asistente personal tendrías que organizar mi agenda, controlar

a mis sumisos y organizar algunos eventos que te pida —me explicó entonces—. ¿Alguna vez has montado una orgía?
—No, todavía no —respondí.
—¿Podrías hacerlo?
Me detuve a pensarlo. Ya nada podía ser más absurdo que aquello, pero si su intención era ver hasta dónde podía llegar yo con la broma, le daría todo lo que quería y más.
—Tendría que indicarme lo que quiere exactamente, algo más clásico tipo bacanal o más moderno con juguetes sexuales y látex. Después buscaría si hay algún profesional en celebraciones orgiásticas, y si no, supongo que le echaría imaginación y me informaría en alguna base de datos sobre el tema como PornTube.
Fue difícil asegurarlo, pero juraría que tras sus manos cruzadas se extendió una leve sonrisa.
—¿Eres pudoroso, Leonard? —me preguntó entonces, está vez sin un largo e innecesario silencio de por medio—. Es muy probable que oigas o incluso llegues a ver cosas que podrías encontrar en esa base de datos.
—Con tal de que no sea necesario que participe, me da igual, señor Black.
—No, por supuesto que no participarías —me aseguró con tono serio—. De ser así, rescindiría tu contrato y llegaríamos a un tipo de acuerdo muy diferente.
—Maravilloso —asentí. Empezaba a aburrirme de toda aquella tontería del amo/empresario de éxito. Estaba algo trillado ya.
—Creo que no eres consciente de la realidad, Leonard —me dijo—. Te hablo de ver cómo me hacen una mamada mientras me lees las citas del día o que te dicte un comunicado mientras me follo a un sumiso atado a la cama. Soy un hombre muy sexual.
Esta vez me quedé yo en silencio.
—Todavía no me ha hablado de mi sueldo —le recordé.
El señor Black no dijo nada, y creí que no iba a hacerlo, pero entones descruzó los dedos y cogió una hoja y un boli, garabateó algo rápidamente y me la acercó.
—Al mes —dijo con su voz seria y grave, mirándome fijamente a los ojos.
Me incliné para ver lo que ponía escrito y, fue justo entonces, cuando me reí.
—Ya —le dije, todavía con una sonrisa en los labios, devolviéndole la hoja—. Esto es más de lo que cobro en medio año de mi trabajo actual.
—Así es —afirmó. Y tuve la impresión de que no lo decía de forma casual, sino que realmente sabía cuánto me pagaba el señor Robinson.
Miré la hoja garabateada de nuevo y perdí la sonrisa lentamente.
—Por supuesto, hay condiciones muy estrictas para el trabajo —continuó él—. Debes firmar un acuerdo de confidencialidad, por supuesto, y mudarse a mi casa. Yo cubriré todos tus gastos esenciales, como comida, ropa de trabajo y de fiestas, los viajes y el hospedaje. Me seguirás a todas partes, harás lo que yo haga, incluidos viajes de negocios y estancias en el

extranjero.
Eso… eso ya no parecía una broma y empezaba a resultarme espeluznante.
—Serás mi sombra y mantendrás mi vida en orden, eso incluye el trato con mis sumisos y todo lo que eso conlleva: limpieza, ropa y cuidados. Yo solo me los follo, el resto de sus mierdas las aguantas tú.
Tuve que esperar un momento y, por primera vez, agradecí uno de aquellos largos silencios. Cogí fuerzas y, aun a expensas de poder ser humillado en la televisión por cable, me atreví a preguntar:
—¿Esto es real, señor Black?
—Yo no bromeo nunca, Leonard —respondió con tono serio y seco.
Miré de nuevo la hoja y empecé a ponerme nervioso por primera vez desde que había entrado.
—¿Y por qué yo? —le pregunté, enfrentándome a su mirada de ojos azul marino.
El señor Black se recostó en su caro sillón negro.
—Eres muy atractivo, Leonard. Cara dulce, pero sensual; buen cuerpo, buen culo, estatura media y una maravillosa sonrisa. Gay, pero no demasiado gay; solo si te fijas lo suficiente. No eres intimidante, pareces cercano y amable, como si pudieras convertirte en un buen amigo o en un novio que abrazar. Cuando te vi en el despacho del puto Robinson pensé que hacerte mi sumiso, pero después vi que eras muy eficiente, silencioso pero metódico. Tienes facilidad de trato, le gustas a la gente porque pareces simpático e inocente, pero sé que en el fondo eres una persona muy capacitada y perspicaz. Y, aunque me encantaría follarte la boca y ver cómo te tragas toda mi corrida, sería un completo desperdició dejar pasar la oportunidad de hacerte mi asistente personal —después de todo aquel salvaje e inesperado discurso, se detuvo un momento antes de finalizar diciendo—: Reconozco el talento de los demás cuando lo veo, y veo mucho en ti.
Procesar toda aquella información me costó un poco, si he de ser sincero. Obviando la parte en la que, suponía, quería alagar mi cuerpo y mi atractivo de la forma más grosera y grotesca que había escuchado nunca; me sentía bastante sorprendido de que el señor Black se hubiera llevado tan buena impresión de mí tras una reunión de hacía casi cuatro meses atrás, en la que apenas me había visto durante tres minutos contados.
Compartimos otro de aquellos silencios de un minuto de reloj. No aparté mi mirada de la suya, pero en mi cabeza le estaba dando vueltas a la idea de ser esa especie de asistente/mayordomo/madame.
—Si redondea la cifra de esa hoja, aceptaré —me oí diciendo a mí mismo.
El señor Black no se lo pensó. Extendió su mano grande y fuerte hacia mí.
—Muy bien, Leonard, que sean diez mil.
Apreté los dientes y cogí su mano para apretarla antes de que se echara atrás. En solo un año de trabajo, sin gastos de alquiler ni comida, habría ahorrado lo suficiente para comprarme una casa. Si tenía que soportar a

un megalómano salido y a sus sumisos, al menos, lo haría por un sueldo más que razonable.

—Ve a Recursos Humanos y firma todo lo que te den —me ordenó, sin soltarme la mano—. Esta noche mandaré a alguien a buscarte y te instalarás en mi casa. Te daré dos días para coger el ritmo y después no aceptaré ningún fallo, ¿entendido? —me apretó un poco más fuerte, pero yo fingí que no me daba cuenta y asentí—. No tolero la incompetencia, Leonard —me advirtió con tono duro y seco—. Si me decepcionas, te echaré de una puta patada a la calle. Si me traicionas… —y apretó tan fuerte mi mano que algunos de mis dedos produjeron un crujido. Era doloroso y él sabía que me hacía daño, y aun así, no aparté la mirada de sus ojos marinos. Mi expresión continuó siendo una máscara inexpresiva—. Te arruinaré la vida…

—Muy bien, señor Black.

Él mantuvo el doloroso apretón unos segundos más y entonces me soltó. Pulsó el botón de su comunicador y dijo:

—Cecil, ya tengo lo que quería, dile al resto que se vayan.

—Sí, señor Black —respondió la voz de la morena.

—Eso es todo, Leonard —me dijo él.

—Gracias —me levanté de mi asiento y fui hacia la puerta.

—Disfruta de tus últimas horas de libertad —le oí decir a mis espaldas.

Me detuve antes de abrir la puerta. Sentí un escalofrío y tragué saliva.

—Lo haré —respondí, porque había sonado a un buen consejo.

Como había prometido, firmé todos los papeles que me pusieron delante: acuerdos de confidencialidad, contrato de trabajo, una hoja en la que permitía que me hicieran análisis sorpresa de orina y sangre, otro papel en el que, por lo poco que quise leer, aceptaba obedecer las exigencias y preferencias personales del señor Black.

—Es como el contrato de los sumisos, pero con la excepción de no tener que practicar relaciones sexuales —me explicó Cecil, que al parecer era abogada de la empresa y estaba al corriente de la vida secreta del señor Black.

—Aun así, estoy seguro de que a mí me va a dar más por el culo que a nadie —respondí antes de firmarlo rápidamente, antes de que me arrepintiera de todo aquello.

Cecil se rio un poco, quizá porque le hizo gracia, quizá porque ahora yo era el «asistente personal» del gran jefe.

—Es temporal por ahora —me explicó—, una semana de prueba con opción a despido instantáneo.

Acepté, tenía pensado durar mucho más que una semana.

Al terminar me pidió mi dirección para que fueran a buscarme y me dio una hora concreta después del anochecer.

—¿Y cómo…?

—No —me interrumpió ella con una de sus bonitas manos de uñas largas en alto—. Aquí termina todo lo que sé yo al respecto. El señor Black en persona te explicará todo lo que necesites saber.

—Vale, bien, gracias.

Después de salir del edificio hice lo que se me ocurrió que sería un buen día libre: ir a alguna librería, comprar alguna buena novela y leerla mientras tomaba un litro de café con leche y vainilla. Llegué a mi casa y me pregunté cómo se suponía que iba a llevarme las cosas que tenía allí, o si quiera si podría llevármelas. No es que nada de mi diminuto apartamento en las afueras fuera mío, pero tenía una gran colección de libros y discos que me gustaría conservar. Los empaqueté en cajas y las dejé a un lado del salón, pensando que, si no pudiera llevarlas, al menos le diría a alguien que fuera a recogerlas y las guardara por mí.

El coche llegó muy puntual, poco después de mi cena rápida. Miré por la ventana como el conductor salía del coche, un señor calvo y grande que parecía sacado de las filas de la mafia del este europeo, se acercó al portal y timbró en mi puerta.

—Soy Lakov, vengo a por… —tenía un fuerte acento y seguramente estuviera buscando mi nombre en un papel—. Leonald Obrai.

—Leonard O'Brien —le corregí.

—Que baje, el señor espera.

Abrí los ojos y cogí las llaves, ya tenía todo preparado y apenas tardé un minuto en encontrarme cara a cara con Lakov. Era enorme, más grande

aún de lo que me había parecido por la ventana.
—Señor Obrai —me saludó con una tosca inclinación de cabeza. No me esforcé en corregirle de nuevo.
—Encantado de conocerte, Lakov —respondí yo con otro movimiento de cabeza.
Me acompañó al coche e incluso me abrió la puerta de atrás. Lo que agradecí educadamente. Me sorprendió el espacio que había allí. Era uno de esos coches con dos filas de asientos cara a cara y una mampara oscura y gruesa entre el conductor y los pasajeros. Después pensé en que había suficiente espacio para follar allí dentro, y que probablemente el señor Black lo hubiera hecho numerosas veces. Entonces me apreté en la esquina y me aseguré de no tocar nada.
Atravesamos el puente de vuelta al centro de la ciudad y llegamos a una de las zonas residenciales más caras y elitistas. Edificios de plantas enteras con una sola casa. Lakov bajó hasta el aparcamiento subterráneo y me dejó en la puerta de un ascensor.
—Última planta —me indicó con su fuerte acento—. El señor le estará esperando.
Asentí y, cuando entré en el ascensor, pulsé el botón más alto. Esperaba no haberme confundido o sería bastante embarazoso. Me metí las manos en los bolsillos de la cazadora, pero después pensé que eso sería un poco vulgar y las quité, dejándolas a la espalda. Moví los dedos con nerviosismo y miré como el número de los pisos ascendía sobre la puerta.
Sonó un «ding» y el ascensor se abrió, dándome acceso a la casa más absurdamente grande y cara que había visto en mi vida. Era como entrar dentro de una foto de un anuncio de los diseños de interior más caros y extravagantes. Di un par de pasos hacia aquel salón de pared de cristalera, con muebles de color blanco y alfombra mullida de color gris ceniza.
—Leonard —me llamó una voz a mi espalda.
Conseguí no asustarme y giré el rostro. Me encontré con la mirada de ojos azul marino del señor Black, con la espalda recostada contra la isla de madera que separaba el espacio abierto del salón y la cocina. Era una postura muy casual y relajada para alguien completamente desnudo. Por supuesto, no fue algo que me permití expresar abiertamente; y me gustaría poder decir que eso fue lo más difícil, pero lo más difícil fue no apartar la mirada de su rostro. Mi vista periférica era bastante buena, y el señor Black tenía un cuerpo increíblemente trabajado, musculoso y asquerosamente sexy. Y, como no podía ser de otra forma, tenía lo que parecía ser una polla bastante grande, aunque ahora estuviera colgando flácida entre sus piernas. No quería imaginarme cómo de grande sería cuando se le pusiera dura.
Mantuvimos otro de nuestros largos silencios, y entonces él me preguntó:
—¿Te gusta lo que ves?
Sabía que hablaba de su cuerpo y de su polla gorda, porque el tono de su voz había sido más grave y sexual; así que asentí.

—Me gustan mucho los colores ceniza y el cambio con la cocina de madera y piedra —le dije, señalando hacia el salón con el pulgar y después a la zona más elevada donde se encontraba—. Parecen dos espacios diferentes, aunque sea el mismo sitio.
El señor Black inclinó la cabeza hacia un lado, seguramente no se esperaba aquella respuesta.
—¿Y qué piensas de mí? —me preguntó, esta vez de una forma directa y clara.
—Pienso que me va a pagar mucho dinero, señor Black —respondí.
Una de las comisuras de sus labios se elevó, tan solo un poco, apenas un instante, en una diminuta e insignificante sonrisa. Dio un par de pasos hasta situarse frente a mí, levanté la cabeza para seguir mirándole a los ojos porque era un poco más alto que yo, quizá midiera uno ochenta, o uno ochenta y poco.
—Reconozco que estoy sorprendido, Leonard —me dijo en voz baja.
A mí lo único que me había sorprendido es que el señor Black estuviera completamente depilado, de arriba abajo, sin excepción. Tenía el cuerpo de un atleta de élite y el pubis como un crío de cinco años.
—Me vas a ver mucho desnudo, puede que tantas veces como vestido —continuó, empezando a caminar a mi alrededor—. No me importa que te empalmes, pero no puedes tocarte delante de mí ni de ninguno de mis sumisos. Mientras yo esté delante, serás como un eunuco castrado y obediente, ¿entiendes?
Me metí las manos en los bolsillos de la cazadora y asentí con la cabeza. A la mierda eso de parecer vulgar y poco profesional.
—Sí, señor Black —respondí en voz alta.
—Puedes llamarme solo señor —me dijo, quedándose a un lado de mí—. O puedes llamarme amo.
Al fin giré el rostro hacia él, que había mantenido inalterable mientras daba su vuelta intimidante y territorial a mi alrededor.
—No voy a llamarle amo, señor Black —le aseguré—. Esas cosas se las dejo a sus sumisos.
Él me miró con aquellos ojos tan profundos e intensos como el mar.
—¿Quieres llamarme amo? —me preguntó con una voz que era tan grave y suave como el terciopelo. Tuve que reconocer que eso sí me tocó un poco por dentro—. Te follaré hasta que te olvides de tu nombre.
Entonces se me escapó la risa. No fue algo voluntario ni premeditado, simplemente no pude evitarlo. Tosí a prisa para frenarlo y me disculpé porque parecía que me había reído en su cara. Lo cual era cierto.
—Perdón, señor Black.
Pero él cogió una fuerte bocanada de aire y levantó la cabeza hacia el techo. No le miré, porque quizá reírme había sido demasiado para su mundo fantástico donde él era el amo de las mazmorras y todo ese rollo sadomaso. Noté por el borde de los ojos como movía la cabeza a un lado y a otro, produciendo un crujido a cada vez.

—Cómo te vuelvas a reír de mí, Leonard… —me advirtió con un tono que me heló la sangre—. Te juro que te vas a pasar el resto de tu puta vida limpiando mierda y vómito.
—Lo siento, señor Black —me volví a disculpar.
Noté su mirada clavada en mí y me pareció apropiado responderle. No habló, por supuesto, hasta pasado al menos medio minuto. Entonces se separó un paso y con un chasquido de los dedos me dijo:
—Sígueme.
Y fue lo que hice. Primero por un pasillo con dos puertas que el señor Black señaló.
—Baño de invitados —a la derecha—, cuarto de la colada —izquierda—. Escaleras —en frente.
Subimos al segundo piso y las paredes se tornaron de ladrillo crudo y terroso a un lado Mientras que al otro había una barandilla de cristal que daba al salón y las vistas del ventanal. Él continuó, señalando las puertas a nuestra derecha:
—Despacho —abrió la puerta para mostrarme una habitación amplia con las paredes repletas de estanterías y cuadros. Había una mesa de madera, un sillón y un portátil de última generación, todo iluminado por una luz cálida y agradable—. Pasarás mucho tiempo aquí —me aseguró.
Quería preguntar dónde, porque solo había una mesa y una silla, pero no me atreví. El señor Black cerró la puerta y continuó con la siguiente.
—Tu habitación —me indicó, encendiendo la luz a un lado.
Me quedé callado. Me sentí… un tanto ofendido, si soy sincero. La habitación era probablemente la más estrecha y pequeña de la casa, y solo había una cama de noventa por noventa a un lado. Solo.
—Así que se ha pagado a un decorador para toda la casa, excepto para esta habitación —no pude resistirme a comentar.
El señor Black inclinó el rostro hacia mí, seguía desnudo a mi lado y podría jurar que la leve indignación del tono de mi voz le había excitado un poco.
—Así es —reconoció—. ¿Tienes algún problema con eso?
—No, por supuesto que no —le mentí—. Así podré decorarla a mi gusto.
—Lo harás en tu tiempo libre —me dijo, pero sonó como una advertencia.
—Claro, señor Black.
—El resto de la casa te será indiferente y no interferirás con lo que pase más allá de la puerta de tu habitación —me explicó—. Usarás el baño de los invitados de abajo. Por las mañanas a primera hora te harás tu propio desayuno y, si surge la necesidad, la cena. Puedes dejar una lista con lo que necesites sobre la mesa de la cocina y el servicio lo comprará por ti. ¿Y tu ropa? —me preguntó de pronto, como si acabara de darse cuenta de que no llevaba maleta ni mochila.
—Lakov me dijo que la subiría él —le expliqué.
El señor Black asintió.
—Te presentaré a mi última sumisa y después te daré acceso a los horarios

y mi agenda para que te vayas familiarizando con mi sistema de organización —me explicó, caminando por el pasillo abalconado hasta la habitación continua a la mía. Cerré los ojos un momento, rezando a todos los dioses para que aquella habitación que compartía pared con la mía no fuera el sitio donde…

—Esta es habitación del placer.

Joder… es que lo sabía.

—Nunca debes entrar a no ser que yo te lo diga —se detuvo para mirarme a los ojos—. ¿Entendido?

—Claro, señor Black —respondí, pero la verdad es que no estaba de humor.

Entonces abrió la puerta y pasó a lo que, supongo, sería una sala de sadomasoquismo normativa y repleta de todo tipo de artilugios que, he de reconocer, no sabía ni para qué se usaban ni por dónde se metían. Tampoco creía que quisiera saberlo, la verdad.

—Esta mierda de aquí es Jenni —me dijo, avanzando hacia una mujer que no había visto al primer vistazo por la habitación. El señor Black cogió una de las fustas que colgaban de la pared como si fuera una colección de tenedores de cocina y le azotó el culo con ella. La joven ahogó un chillido y soltó un jadeo.

Cogí aire, que olía un poco a desinfectante, cuero y látex y un poco a sudor y… otras cosas. Me metí las manos en los bolsillos de la cazadora, preparado para enfrentarme a lo que, desde entonces, suponía que sería lo normal en mi vida.

La chica, una joven rubia de piel blanca y perlada de pequeñas pecas, estaba atada de pies y manos en lo que debía ser una postura muy incómoda, con la cara contra el suelo y el culo en alto. Tenía una cinta alrededor de los ojos, así que no podía ver nada, ni saber cuándo el señor Black le iba a volver a azotar, o en dónde.

El señor Black, por su parte, estaba de pie tras ella, con la fusta en la mano y expresión seria. No dijo nada durante un rato y comprendí que lo de esos extraños silencios eran parte de su rollo de macho dominador. Entonces acercó la punta de la fusta al culo de… ¿Jenni? Sí, Jenni. Y fue bajando hasta alcanzar sus partes íntimas y expuestas, las frotó suavemente mientras la joven jadeaba cada vez más deprisa. Quizá supiera que el señor Black volvería a azotarla y que eso le dolería. Pero él la cogió del pelo y tiró de ella.

—Te voy a presentar a alguien, Jenni —le dijo con voz densa y oscura—. Va a ser la persona a la que le cuentes todas tus putas mierdas que a mí no me importan —Y le azotó el culo con la fusta, sonó como un latigazo y dejó una marca roja y brillante en su piel blanca—. ¡Preséntate! —le gritó, tirando de la cinta que le cubría los ojos.

Me encontré con unos ojos marrones y brillantes debido a las lágrimas. Traté de sonreír, pero no fui capaz.

—Hola, Jenni —le dije con voz calmada, inclinando la cabeza a forma de

saludo—. Soy Leonard.
—Hol… —comenzó, pero se detuvo con un gemido, ya que el señor Black se había escupido en la mano mientras yo hablaba y ahora la estaba pasando por la vagina de Jenni hasta alcanzar su clítoris. Como se detuvo, el señor Black le azotó otra vez con fuerza.
—¡¿Te he dicho que pares?! —le gritó con fuerza.
—¡No, amo! —respondió ella.
Aquello era… un completo esperpento. Yo… estaba flipando, de verdad.
—Soy Jen…ni, encan… agh… tada de conocerle, oh… s… Leonard… —se presentó entre jadeos incontrolables. El señor Black seguía a lo suyo y parecía que cada vez movía los dedos con más fuerza y los metía más profundo.
—Qué mojada te has puesto, Jenni —le dijo él con una sonrisa macabra en el rostro que desdibujaba un poco su increíble atractivo—. ¿Te pone cachonda que vean lo cerda que eres?, ¿te pone que Leonard te mire tirada en el puto suelo como una zorra?
Ella no respondió, no pudo entre tanto jadeo y gemido.
—¿Quieres que te folle mientras Leonard te mira? —le preguntó entonces, agarrándose su polla ya bastante dura. Como era de esperar, era bastante grande—. ¿Eso te pone, pedazo de zorra? —y la volvió a azotar.
—Bueno —le interrumpí—, si necesitas algo, Jenni, solo tienes que llamarme. Pasadlo bien —me di la vuelta hacia la puerta.
Empezaba a oler un poco a sexo allí y la verdad es que no me sentía nada cómodo con aquello.
—¡No! —exclamó el señor Black, y los gemidos de Jenni se detuvieron—. ¡Te vas a quedar a ver cómo me la follo!
Me giré para enfrentarme a su mirada enfadada y excitada. Había algo profundamente retorcido y oscuro dentro del señor Black.
—No —me negué—. Ese no es mi trabajo.
—¡Tú trabajo es hacer lo que yo te diga! —voceó, llegando incluso a levantarse con la fusta todavía en la mano.
—No —repetí con toda la calma y la sensatez que a él le faltaban—. Mi trabajo es ser su asistente personal, señor Black —le recordé, porque aquel había sido mi límite—. Yo no voy a participar es sus juegos, ni directa, ni indirectamente. Si eso es lo que quiere, le aconsejo que se busque a otro ayudante.
El señor Black se quedó de pie y me miró fijamente. Pude notar la ira y la frustración en cada poro de su piel, en cada jadeo que soltaba entre sus labios, en cada gota del mar de sus ojos. Pero en su entrepierna se luchaba una batalla diferente, su polla no paraba de bombear con necesidad, moviéndose un poco hacia arriba con cada bombeo, como si de alguna forma muy retorcida, la situación le estuviera poniendo muy furioso y muy cachondo a la vez.
No quise ni pensarlo. Todo me dio igual.
—Vete… a tu cuarto… —me ordenó en voz muy baja, casi inaudible e in-

terrumpida por profundas respiraciones.
—Claro, señor Black —asentí, yendo hacia la puerta y cerrándola tras de mí.
Me detuve entonces, dejé caer la fachada de confianza y tranquilidad y entré un poco en pánico. Me pasé las manos por el pelo y terminé frotándome la cara. No sabía dónde me había metido hasta entonces. Me había intentado hacer a la idea de las cosas que vería, pero la realidad era que, experimentarlo resulta cien veces mucho más violento y descorazonador. Lo único que esperaba era no tener que volver a ver algo parecido jamás.
De pronto se oyeron gritos dentro de la habitación, una voz grave y alta, seguido de un violento azote y unos gritos de mujer. El típico y furioso sonido de la cadera chocando contra las nalgas se empezó a escuchar mientras los gritos de ella se iban tornando menos agudos y más jadeantes. Levanté las manos, horrorizado, y traté de escapar lo más lejos que pude. No a mi habitación, obvio, porque no serviría de nada; sino al baño de invitados. Me senté en la taza del váter y me incliné hasta que tuve la cabeza entre las piernas.
Vale, puede que hubiera sobrestimado un poco mis propias capacidades para tolerar estas mierdas, pero, por desgracia, ya era tarde.

Esperé dentro del baño unos aproximados diez minutos. Había echado cuentas y, a no ser que el señor Black fuera una completa bestia sexual, al ritmo e intensidad con la que le había oído follarse a Jenni, tendría que haber acabado ya. Tiré de la cisterna y salí al pasillo antes de subir lentamente las escaleras. Me metí en mi habitación y me detuve a escuchar un momento. No se oía nada.

Con un suspiro de alivio me quité la cazadora y la dejé… en el suelo, porque literalmente no había ningún otro mueble que la cama. Me dejé caer sobre el colchón, el cual tembló bajo mi peso y produjo un chirrido de muelles. Nada podía ser más perfecto…

Cerré los ojos y pensé en que, dentro de lo malo, podría elegir todo lo que quería poner allí. Empezaría por un equipo de música y unos buenos cascos insonorizados. Sí, lo primero de la lista, antes que cualquier otra cosa.

La puerta de mi habitación se abrió con un tirón rápido y seco.

—Ven ahora mismo a mi despacho —me dijo una voz grave y enfadada.

Me levanté y puse de nuevo aquella especie de protección de indiferencia y serenidad. Me giré hacia la puerta y simplemente hice un semicírculo para meterme en el despacho del señor Black. Él seguía desnudo, pero ahora además estaba sudado, jadeante y manchado con fluidos blancuzcos que no quería ni atreverme a pensar que estaban ahí.

—Cierra la puerta —me ordenó, sentándose en su sillón.

Hubiera preferido no hacerlo, porque entonces aquel olor a sudor, genitales y semen se haría cada vez más intenso, pero lo hice. Me quedé de pie a un paso de la mesa, ya que no había ningún lugar en el que sentarse. A falta de los bolsillos de la cazadora, puse las manos a la espalda y aguardé en silencio mientras me enfrentaba a su mirada.

El señor Black seguía jadeando, aunque trataba de aparentar que no lo hacía. Una gota de sudor se deslizó desde su pelo rubio hasta perderse en su barba corta pero tupida. Era un hombre increíblemente atractivo, de mandíbula fuerte y ojos de un azul profundo; tenías que serlo para permitirte estar tan jodido de la cabeza y que preciosas jóvenes como Jenni hicieran cola para que les pegara y las insultase.

—No vuelvas a desautorizarme delante de mis sumisos, Leonard —me dijo entonces—. Jamás…

—Lo sí…

—Dame una razón para que no te despida ahora mismo —me interrumpió—. Porque estoy deseando hacerlo.

Entreabrí los labios, pero repensé un par de veces lo que iba a decirle. Yo también me hice una pregunta: ¿merecía la pena soportar aquello por diez mil al mes…? Me hubiera gustado ser alguien más ético y menos práctico, alguien capaz de decirse a sí mismo que el dinero no lo era todo y que no lo necesitaba. Pero, la realidad era que, en solo un año tendría tanto dinero

que podría vivir tranquilamente sin trabajar los siguientes cinco si lo deseaba. Sin grandes excesos, por supuesto, pero yo no era un hombre de grandes excesos.

—Es mi primer día, señor Black —dije entonces, mostrando una apropiada expresión de arrepentimiento y pena—. Aprendo rápido, y le aseguro que no volveré a desautorizarle delante de sus sumisos ni de nadie. Espero que pueda perdonarme, de no ser así, aceptaré la decisión que tome al respecto.

El señor Black no dijo nada, continuó mirándome de ese modo intimidante que quizá funcionara con sus sumisos, pero que no tenía efecto alguno sobre mí. Al fin se movió para recostarse en su sillón. Su expresión era más suave, como si mi respuesta le hubiera complacido.

—Te voy a perdonar esta vez, Leonard —me dijo, e hizo una breve pausa, como si se esperara que yo celebrara aquello con un chillido de emoción o algo así—. Porque, como has dicho, no te puedo obligar a participar en mis juegos…

Asentí, conforme a su decisión y agradecido de que se mostrara tan razonable.

—Pero —añadió—, como ya te he dicho esta mañana durante la entrevista; podría pedirte que me leyeras la agenda del día mientras me follo a Jenni, ¿qué harías entonces, Leonard?

Tragué saliva y respondí:

—Leeros la agenda, señor Black.

—Exacto… —asintió lentamente mientras esa sonrisa sexual y un tanto macabra se extendía por su rostro—. Porque ese es tu trabajo, y yo te pago muchísimo a cambio.

—Así es, señor Black.

Él recostó la cabeza en el sillón, repentinamente complacido, como si el orgasmo le hubiera acabado de llegar en ese mismo momento. Cerró los ojos y se quedó así un rato. No me moví porque supuse que, con toda esa mierda del control y la sumisión que tanto le gustaba, preferiría que no me fuera hasta que me lo ordenase.

—Mi agenda personal está en el cajón del escritorio —me dijo un poco después, llevándose las manos detrás de la cabeza en una postura relajada con los brazos flexionados en alto—. Cógela.

Para hacer lo que me pedía tuve que rodear la mesa y acercarme a él. De camino pensé en lo grandes y bonitos que eran sus brazos y en lo decepcionante que resultaban sus axilas depiladas. No hacía falta que estuviera cubierto de pelo… pero había ciertas zonas que, personalmente, prefería un poco más al natural.

Abrí el cajón superior y vi una agenda negra y gruesa.

—La agenda oficial, la escribirás en el ordenador o en el móvil: citas de trabajo, comidas, cenas, recordatorios —me explicó, todavía con los ojos cerrados—. Todo lo referente a mi vida privada, mis sumisos y las cosas que tengo planeadas para ellos, lo escribirás a mano en esta agenda. La

llevarás siempre encima y la protegerás con tu vida, Leonard.
Me aparté de su lado, porque cuanto más cerca estaba más intenso era el olor a sexo y sudor. Abrí la agenda y empecé a pasar las páginas escritas con letra rápida y afilada, la del señor Black. Había fotos, nombres, teléfonos, medidas de… a saber qué, e incluso pequeñas anotaciones al lado de algunos en las que ponían: «le entra entera», «garganta profunda» o simplemente «buena cerda».
—Es como el libro del amor verdadero —ironicé en voz baja, alzando las cejas con una mueca entre asco y forzosa aceptación.
—¿Tienes algún problema, Leonard? —me preguntó el señor Black.
—No, en absoluto —respondí, arrepintiéndome de haber bromeado al respecto—. ¿Quiere que lo ordene por categorías? —le pregunté—. Quizá por orden alfabético.
—Ya está ordenado.
Ladeé un poco la cabeza, pero no quise cuestionarle. El señor Black me miró antes de explicarme:
—Los tengo divididos por lo que hacen o lo que pueden hacer. Empieza en la «A» de «anal», después por subcategorías sobre lo que tardan en dilatar, lo prietos que están, lo limpios que son…
Se me escapó el aire por la nariz debido a la risa, pero hice fuerza con el abdomen y la retuve a tiempo.
—Es un sistema brillante, señor Black —me obligué a decirle.
—Es el que uso desde siempre —asintió. Si se dio cuenta de mi descuido al reírme, no dijo nada—. A veces repito con algún sumiso que me haya gustado. Los traigo de vuelta y, cuando me aburro, traigo a otro. A partir de ahora será tu trabajo contactar con ellos para que venga y de echarlos después.
Mantuve una expresión seria, pero un trabajo así podría suponer algunos problemas.
—¿Qué debo hacer si uno de sus sumisos… no quiere irse? —le pregunté con cuidado.
—Ese es tu problema ahora, Leonard —respondió.
—Claro, señor Black —asentí de nuevo.
—Pero asegúrate de que no se enfadan tanto como para hacer tonterías… como acudir a la prensa —añadió—. Todos firman un contrato de confidencialidad, sin embargo, he tenido algunos problemas en el pasado. Te recomendaría que les dejaras claro que les pasan cosas malas a las personas estúpidas… —me miró fijamente—. Diles que Lakov hace cosas muy malas a las personas estúpidas, y a sus seres queridos.
Sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo de arriba abajo. No me debía haber equivocado demasiado al pensar que el chofer Lakov parecía salido de la mafia.
—¿Quería explicarme algo más? —le pregunté, manteniendo un tono neutro.
—No.

—Entonces, me iré a revisar la agenda a mi habitación.
El señor Black afirmó de forma silenciosa, de acuerdo, y yo salí de allí para poder respirar aire que no apestara a cosas que no quería oler. Me metí en mi habitación y encendí la luz amarillenta y desagradable del techo. Estaba cansado, emocional y físicamente, pero pensé que podría repasar un poco la agenda antes de dormirme. Para mi sorpresa, las dos maletas con mi ropa y la bolsa de equipaje estaban ya allí, aunque no recordaba haberlas visto antes.
La verdad, es que eso no era lo más extraño que me había pasado aquel día, así que no le di más vueltas y abrí la puñetera agenda de la sodomía y la perversión. Nunca había sido un mojigato, pero leer como reducían a un montón de personas jóvenes y guapas a meros cachos de carne que se «dejaban follar por todas partes a la vez» y «se lo tragan todo»; era… descorazonador.

Me desperté temprano al día siguiente. La cama de mi habitación era muy incómoda y, por alguna razón, me sentí muy agobiado durante la noche. Así que decidí dejar de dar vueltas como un imbécil y coger la ropa de trabajo antes de salir hacia el baño de invitados para ducharme. Me sentó mucho mejor de lo que me había imaginado, después me sentía fresco y un poco más limpio; como si el agua y el champú de lujo pudieran limpiar un poco mi mala conciencia por estar allí. Después fui hacia la cocina, terminando de atarme los botones de la camisa blanca. Abrí la nevera, miré en los cajones, las estanterías y los armarios hasta encontrar el café, las tazas, las cucharas y la leche. También encontré un block de notas y un boli en el que empecé a anotar las cosas que me gustaría poder desayunar: no era de los que podían llenarse el estómago a primera hora, pero unas tostadas y un poco de mermelada no estarían mal.
—¿Leonard? —me sorprendió una voz baja.
Levanté la cabeza del block de notas y miré a Jenni, de pie a un lado de la cocina. Llevaba una especie de bata de seda negra y final alrededor del cuerpo que apenas le cubría hasta el muslo. El resto se esforzaba por ocultarlo de mí.
—Buenos días, Jenni —sonreí, esta vez de forma abierta y sincera—. ¿Quieres un café?
Ella me dirigió una mirada sorprendida, pero una sonrisa de agradecimiento se deslizó por sus bonitos labios rosados.
—¿Puedo? —me preguntó.
—No sé, ¿te sienta mal la cafeína? —le pregunté.
Jenni negó con la cabeza, revolviendo un poco su bonito pelo rubio y liso.
—Entonces no creo que haya problemas. —Me levanté del taburete alto y me acerqué a al armario de las tazas, la llené de café caliente y recién hecho—. ¿Leche, azúcar? —le pregunté.

—¿Hay… estevia?
Me reí, pero tuve que negar.
—La he buscado por todas partes —reconocí.
—Entonces así está bien —me dijo con una pequeña sonrisa.
Le entregué la taza y ella la cogió, con mucho cuidado de no tocarme ni rozarme en el proceso. No tenía claro realmente hasta qué punto se suponía que debía yo interactuar con los sumisos del señor Black, pero me había dicho que me ocupara de sus necesidades, así que eso haría. Jenni, por otro lado, no entendía muy bien cómo debía tratarme a mí. Yo no era su amo ni esas mierdas, solo era el ayudante de su amo, aun así, tenía miedo de hablarme demasiado o de no hacerlo de la forma apropiada.
—Siéntate, por favor —le pedí, porque me estaba poniendo un poco nervioso tenerla allí de pie con el café entre las manos y la mirada baja—. Como ya te ha explicado el señor Black, si hay algo que necesites o que desees comentarme sobre algún problema de… lo que pasa en la casa, no te cortes.
Jenni entreabrió los labios. Si estaba tan sorprendida como la expresión de su rostro, no sé si me había oído a mí o había aparecido un fantasma a mi espalda. Se sentó en el taburete alto a un lado de la isla, con cuidado y con un poco de temor, y dejó una taza temblorosa sobre la madera.
—Pues… —empezó a decir en voz muy baja, sin atreverse a mirarme—, me preguntaba si podría conseguir un poco de crema desinfectante y… algunas cosas. He traído, pero el amo ha sido, más firme de lo normal y se me ha acabado.
Me tomé un momento para asimilarlo y asentí con la cabeza.
—Claro, escríbeme lo que necesites y lo conseguiré enseguida —le prometí.
Jenni volvió a sonreír.
—Gracias, Leonard.
—De na… —pero me detuve porque unos pesados pasos se oyeron bajando por las escaleras.
Miré mi reloj de muñeca y me di cuenta de que ya apenas faltaba veinte minutos para que abriera la oficina. El señor Black apareció hacia la cocina y se detuvo. Tenía su camisa blanca y sus pantalones de traje azul marino, casi del mismo color que sus ojos. Pero no llevaba corbata, sino que tenía los primeros botones desabrochados para mostrar el inicio de su fuerte pectoral. Una bolsa de deporte negra y de marca colgaba de su mano.
Jenni reaccionó al instante. Se bajó del taburete y se puso de rodillas en el suelo con la mirada baja. Me quedé mirándola, agradecido de estar demasiado impactado como para expresar lo que sentía al respecto.
—¿Quiere una taza de café, señor Black? —le pregunté entonces, levantando mi propia taza en alto.
Él no miró a Jenni, solo se acercó a la mesa, ignorándola por completo.
—Me gusta entrenar en ayunas —respondió con su voz grave y pausada—. Vámonos.

Bebí dos tragos apurados de café con leche y me bajé del taburete para seguir al señor Black hacia el ascensor.
—¿Dónde está tu ropa de deporte? —me preguntó cuándo esperábamos, lo suficiente lejos para que Jenni no pudiera oírnos.
—¿Qué ropa de deporte, señor Black? —respondí.
—Para entrenar —tener que responderme le hizo enfadarse un poco—. ¿No te has leído la puta agenda?
—La única agenda que me ha dado no tiene horarios, ni ningún entrenamiento en el que yo deba participar —le recordé, sin dejarme amilanar por su frustración.
Buscó en su bolsillo y me entregó su móvil grande de última tecnología sin si quiera mirarme. Yo lo cogí con tranquilidad y deslicé la pantalla para llegar al menú, desde allí al horario laboral y público de James Black. Efectivamente, a primera hora aparecían anotados todos los días: «entrenamiento», seguido de «desayuno nutritivo» y, en el caso de aquel día, «reunión».
—¿Qué considera un desayuno nutritivo? —le pregunté, sin apartar la mirada del móvil.
Las puertas del ascensor se abrieron y pasamos al interior.
—Tengo una dieta muy estricta —me explicó—, puedes encontrarla en un PDF. Debes asegurarte de seguir las indicaciones que allí aparecen.
Busqué aquel archivo en una lista de muchos otros que, sin duda, también tendría que revisar más adelante. Al fin lo encontré al mismo tiempo que llegábamos al garaje.
—Buenos días, Lakov —saludé al hombre que, por lo que había entendido, era capaz de hacer cosas muy malas a la gente estúpida.
—Señor Obrai —me respondió después de saludar al señor Black, cuyo apellido supo pronunciar correctamente.
Nos subimos al coche y me moví hacia el asiento de delante, quedando frente al señor Black. Crucé las piernas y me recosté un poco, para estar cómodo mientras seguía leyendo la lista de «alimentos nutritivos» que había creado Alexander Belt, el nutricionista de los campeones. No lo decía yo, era lo que ponía literalmente en la rúbrica al principio de cada página.
—¿De qué te ríes? —me preguntó entonces el señor Black.
Levanté la mirada un momento hacia él, perdiendo al instante una sonrisa que no había dado cuenta de que tenía en los labios. El señor Black estaba sentado con las piernas abiertas y los brazos apoyados en el respaldo; era una postura muy erótica y provocativa debido a la tensión de la tela de la camisa sobre su pecho un poco descubierto y al marcado bulto de su entrepierna. Aquella imagen podría formar parte del inicio de un agradable y salvaje sueño húmedo que, sin duda, haría las delicias de muchos.
—De nada, señor Black —respondí.
—¿Te hace gracia mi dieta, Leonard? —insistió con tono serio.

—No, señor Black —volví a negar—. Es la dieta de los campeones. —Joder, no había podido evitarlo.
En una situación normal me hubiera reído bastante, pero siendo quién era él y estando donde estaba yo; me limité a elevar un poco las comisuras de los labios en una leve e inocente sonrisa. Mantuve su mirada seria y su silencio hasta que consideré que era suficiente, y entonces bajé la mirada para continuar leyendo la lista.
—¿Tiene un cocinero contratado? —le pregunté tras un rato, pensando en que aquella comida era un poco específica y complicada de adquirir de forma casual en mitad del centro de la ciudad.
—Sí —afirmó.
Asentí agradecido, porque eso facilitaría mucho las cosas.
—¿Se la envían a la oficina o hay que ir a recogerla? —continué, sin apartar la mirada de la pantalla del móvil. Hoy era miércoles y tocaba tortilla con espinacas y zumo de pomelo.
—Me la envían.
—¿Desayuna siempre allí?
Esta vez tardó un momento en responder, por lo que le miré. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y me miraba por el borde superior de sus ojos. Esta vez sí que me sentí un poco intimidado, porque había algo peligroso en el azul marino de sus ojos.
—Le haré algunas preguntas hasta que me habitúe a la situación —le expliqué con un tono tranquilo—. Espero que no le importe, señor Black.
—Sí —respondió con voz grave y lenta—. Desayuno siempre allí, Leonard…
Asentí, acentuando un poco más la sonrisa y volví a mis asuntos.
—Haré un par de llamadas mientras está usted entrenando, les diré que contacten conmigo si…
—Te compraré ropa en el gimnasio y harás la rutina conmigo —me interrumpió. No era una sugerencia, sino una orden.
—Señor Black —iba a negarme, a decirle que sería una pérdida de tiempo que podría aprovechar de una forma mucho más eficiente que siguiéndole como un estúpido por el gimnasio.
Pero él ladeó lentamente el rostro y supe que estaba cerca de alcanzar el límite de su paciencia.
—Como deseé —respondí finalmente.
El Señor Black al fin dejó de mirarme de aquella forma, dándose por complacido. Apreté los dientes y evité que mi frustración y mi enfado se reflejaran en el rostro. La situación ya era complicada para mí; no solo tenía que adaptarme en tiempo récord a la agenda del señor Black, a la oficial y la de su vida secreta, sino que además tenía que ser la niñera de un hombre irascible y caprichoso, demasiado acostumbrado a que todos obedecieran sus órdenes y le complacieran en todo.
El coche se detuvo al fin y ambos salimos hacia el gimnasio más estúpidamente elitista y caro que había visto en mi vida. Incluso los vestu-

arios parecían un spa de lujo en miniatura. Como había dicho, el señor Black ordenó que me dieran una camiseta y unos pantalones cortos con la publicidad del gimnasio y tuve que cambiarme a su lado. Eso me causó una mezcla de sentimientos encontrados. Por una parte, no tenía ningún problema en hacerlo; por otro lado, el señor Black no dejó de mirarme mientras lo hacía y eso me incomodó bastante, hasta el punto de tener que detenerme antes de quitarme la ropa interior.

—¿No debería cambiarse también, señor Black? —le pregunté con tono serio. Solo se había quitado la camisa y se había quedado de brazos cruzados delante de mí, al otro lado del banco que nos separaba.

No dijo nada, solo continuó mirándome. Ya estaba cansado de sus mierdas y todavía era primera hora. Con una expresión de resignación y un leve enfado me quité la ropa interior y la dejé sobre mi ropa de vestir. Sabía que me estaba mirando, sabía lo que me estaba mirando, y también sabía que se estaba poniendo cachondo porque la tela de sus pantalones de traje había empezado a elevarse y a tensarse más de lo normal. Por suerte estábamos solos en el vestuario, porque la gente normal entraba a trabajar a aquella hora. Me puse aquellos pantalones cortos y livianos y después la camiseta un poco grande con el logo del gimnasio. Cuando volví a mirar al señor Black, parecía muy enfadado.

—Estás muy bueno, Leonard —me dijo con tono bajo, pero sonó como si le molestara muchísimo—. Más de lo que pensaba.

—Gracias, señor Black —me obligué a decir—. Tiene una reunión a las diez y, si no nos damos prisa, no podrá desayunar en condiciones —con aquello trataba de recordarle que no perdiera el tiempo y, por otra parte, que yo era su ayudante. Solo su ayudante.

El señor Black tardó un momento, pero algo hizo «click» en su cabeza y de pronto empezó a moverse aceleradamente. Se quitó los pantalones y la ropa interior de una sola vez, liberando su gran erección antes de cubrirla bajo una malla corta, lo que… bueno, no hizo demasiado por esconderla. Pasó de ser una evidente polla erecta a convertirse en una evidente polla erecta bajo licra negra. No es que quisiera prestarle atención, pero era tan obsceno que costaba no mirar. Después se puso una camiseta sin mangas muy ajustada y, sin mirarme, avanzó hacia la salida. Le seguí, pensando en lo poco que me sorprendía que el señor Black fuera de eses que enseñaban demasiado en el gimnasio y no dejaban nada a la imaginación.

Ahí fue cuando mi diversión terminó. Desde el momento en el que pisamos el suelo de madera del gimnasio, no nos detuvimos hasta una hora después. El señor Black, como no podía ser de otra forma, tenía una estricta rutina de ejercicios; y por desgracia insistió en que yo siguiera su furioso ritmo. A los veinte minutos ya estaba sudando como un cerdo, a los cuarenta creía que me iba a quedar sin aire y me moriría allí mismo. Yo había hecho deporte toda mi vida, pero aquello era una absoluta locura.

—¡Vamos, Leonard! —me gritaba el señor Black en voz muy alta, con los ojos muy abiertos y un poco inyectados en sangre mientras yo subía a pul-

so una cuerda hasta el techo.
—¡Mierda, señor Black! —le grité en respuesta, alcanzado la parte más alta antes de deslizarme con tanto cuidado como pude hasta el suelo.
—¡Ahora sentadillas! —volvió a gritar sin dejarme tiempo a respirar.
Estaba envuelto en aquella locura que rozaba la absoluta demencia, sudando casi tanto como yo y respirando con fuerza. Todo terminó con una última sentadilla que creo, fue lo más doloroso de mi vida. El pecho me dolía de respirar y todos los músculos me ardían. Caí de culo al suelo y me tumbé. El señor Black se inclinó sobre las rodillas, jadeando por la boca mientras el sudor le goteaba de la nariz y la barbilla sin cesar. Estuvimos así un minuto y después se incorporó.
—Ya hemos terminado aquí —y comenzó a alejarse.
Me levanté, algo que me costó demasiado, y le seguí a paso lento de vuelta a los vestuarios. Ya había mucha más gente, pero no les miré, estaba demasiado ocupado tratando de no derrumbarme en el suelo y de seguir respirando.
—Es un entrenamiento del ejército —me explicó el señor Black mientras nos desvestíamos, ahora parecía más contento, más relajado y menos agresivo.
—Aha… —murmuré en voz baja, tratando de quitarme la camiseta. Tenía los brazos doloridos y mi ropa estaba tan manchada de sudor que se me pegaba por completo a la piel.
Noté un tirón y vi como el señor Black tiraba mi camiseta a un lado tras ayudarme.
—Gracias —dije en voz baja, todavía me costaba un poco respirar.
—Todavía queda todo el día por delante, Leonard —me advirtió, quitándose su propia camiseta sudada—. Si no eres capaz de seguir el ritmo de mi vida, te despediré.
Empezaba a creer que diez mil no era suficiente dinero, y también que jamás podría volver a caminar como un ser humano normal. Sin embargo, llegamos a las duchas y detenerme bajo el agua fresca me hizo gemir de placer. Apoyé las manos en la pared y bajé la cabeza, disfrutando de aquello. El señor Black me entregó un bote de plástico transparente repleto de champú para que me enjabonara mientras él ya lo estaba haciendo. La mejor parte del gimnasio, disfrutar de una merecida ducha fresca, y era a la que menos tiempo le dedicó el señor Black. Me apresuró para que me secara con la misma toalla que él había usado antes.
—Mañana trae tu propia bolsa con tus mierdas —me ordenó, como si entregarme aquella toalla mojada y grande hubiera sido una especie de regalo que no me merecía.
Nos vestimos y salimos hacia el coche. Volví a saludar a Lakov, esta vez con menos emoción la cara más roja y el pelo mucho más despeinado. Cogí el móvil del señor Black e hice un esfuerzo para reorganizar mis ideas.
—¿Tiene el número del cocinero? —le pregunté distraídamente, yendo di-

recto a la agenda de contactos y buscando—. ¿Cocinera Dieta? —le pregunté, encontrando un número registrado con ese nombre. No tuve que mirar al señor Black, su silencio fue suficiente. Pulsé el número y esperé—. Hola, buenos días, soy el ayudante del señor Black, Leonard, ¿quería saber si está todo preparado?

—Por supuesto —me respondió una voz aflautada y femenina—. Ya está todo preparado.

—Perfecto —asentí—. A partir de mañana me gustaría que incluyeran un sándwich o algo así en el pedido —añadí, pensando que empezaba a tener hambre y que, si iba a hacer un entrenamiento del puto ejército todos los días, iba a necesitarlo.

La mujer tardó un momento en responder:

—Yo no hago sándwiches, Leonard —trataba de sonar educada pero firme. No sabía quién era ella, pero por cómo había hablado quizá estuviera llamando a un profesional de la cocina con reconocimiento internacional.

—Entonces haga dos menús —respondí tranquilamente.

—Será el doble, entonces.

Me crucé de piernas y miré por la ventanilla. Respetaba que aquella mujer valorara su trabajo, pero yo no sabía cuánto podría estar cobrándole al señor Black por aquello. Podía negarme y, simplemente, pasar por alguna de las cafeterías del centro y pedir un café y un sándwich antes de ir a la oficina. Yo no necesitaba que una cocinera de lujo me hiciera una puñetera «comida nutritiva de campeones». O… ¿sí? Después de todo, mi trabajo era muy exigente y pocos estarían dispuesto a hacerlo. Yo valía más que un sándwich y un café grande por cinco dólares. A la mierda.

—Por supuesto —afirmé—. El doble.

—Muy bien, siempre es un placer atender al señor Black —dijo con un tono indiferente, sin esforzarse lo más mínimo por fingir alegría.

Sonreí. Aquella mujer y yo atendíamos al señor Black por la misma razón: su asqueroso dinero.

—Sin duda —respondí yo—. Espero que pase un buen día — y colgué.

Enseguida busqué el número en internet, por si estaba asociado a algún restaurante conocido. No tardé demasiado en encontrarlo. Se trataba del Nosais, un restaurante de lujo en la calle principal de la ciudad. Su cocinera, la señora Xian Lee, había ganado numerosos premios nacionales e internacionales. Alcé las cejas, realmente impresionado. ¿Cuánto dinero estaba pagándole el señor Black a aquella mujer para que cocinara para él?

—¿Quiere un café con el desayuno o eso no forma parte de su dieta? —le pregunté, cerrando la búsqueda del restaurante.

—Café solo, largo —respondió.

Asentí, pensando en que le pediría los cafés a alguna de las secretarias de la oficina mientras organizaba las tareas del día. Al parecer, después de la reunión de las diez, había otra a las once y media, seguida de una videollamada antes de comer.

—Llama a mi sumisa y dile que venga a la oficina —me dijo entonces—. Haz un hueco de veinte minutos para ella.
Le miré en silencio.
—¿Cuándo? —le pregunté, porque tenía la agenda llena hasta la noche y era imposible sacar veinte minutos de la nada.
El señor Black no me respondió al momento. Mantuvo su mirada de amo fija en mis ojos, su postura de actor porno relajada y, con su voz grave de narrador de radio, me dijo:
—Antes de comer.
—No hay hueco para veinte minutos antes de comer —le aseguré—. No puedo mover toda la agenda ahora.
—Entonces, quizá deberías esforzarte el doble.
Mantuve su mirada en silencio y, entonces, sonreí lentamente. Me estaba jodiendo, y él lo sabía, pero debía reconocer que su pequeña venganza me había hecho gracia. Por supuesto, me había oído hablar con la cocinera y ahora estaba exigiéndome el precio de aquella comida. Si yo valía tanto como para permitirme tomar aquella decisión, debería demostrarlo con hechos.
Ladeé la cabeza y entreabrí los labios, pero no dije nada. Era la primera vez que conseguía entender uno de los razonamientos de su mente, y, quizá debido al orgullo, estuve decidido a aceptar aquel reto, a demostrarle que yo merecía esa comida hecha por la mejor chef de la ciudad y cien más.
—Por supuesto, señor Black —le dije al fin en voz baja y lenta, que sonó extrañamente erótica y densa en mis labios—. Veinte minutos antes de comer.
Las comisuras de sus labios también se elevaron en una débil sonrisa y algo salvaje y peligroso cruzó sus ojos. Pero cogió aire y alzó la cabeza para tranquilizarse. En su entrepierna ya había una fuerte presión contra la tela del pantalón y volví la mirada al móvil. Me detuve un pequeño instante a preguntarme si el señor Black tendría un problema serio con el sexo, porque apenas llevaba dos horas y media despierto y ya se había empalmado varias veces, incluso en mitad del entrenamiento.
Pero ese no era mi problema. Mi problema ahora era cómo hacer magia y para el tiempo para darle al señor Black sus veinte minutos. Fue mucho más sencillo prometerlo que hacerlo.

No hice magia, pero lo pareció. Desde nuestra llegada a la oficina fui recortando minutos de todas partes. Adelanté dos minutos la primera reunión y después la finalicé tres minutos antes. Esos ya fueron cinco minutos. Otros cinco de la siguiente, otros dos de la media mañana, cuando el señor Black tenía que comer su segunda comida del día. La videollamada fue más complicada de adelantar, pero, por mis cojones, que lo conseguí. Cuando llegó el momento le hice una señal al señor Black para que terminara la conversación. Le señalé el reloj y fingí que me daba un azote en el culo. Jenni estaría a punto de llegar, o eso esperaba, justo diecisiete minutos antes de la comida, de la que recortaría otros tres; consiguiendo unos exitosos y reconfortantes veinte minutos extra.

Abandoné el despacho del señor Black, separándome de él por primera vez en toda la mañana lo que, ahora que lo pensaba, resultaba perturbador. Recibí a Jenni frente al ascensor. Estaba preciosa, perfectamente peinada y maquillada, con un bonito vestido floreado de colores blancos y azules.

—Jenni, me alegro de verte —la saludé con una sonrisa—. Acompáñame, por favor.

Había llamado a un número especial de la agenda, llamado «La Habitación». El señor Black me había explicado que era un teléfono para ponerse en contacto con sus sumisos. Jenni no había tardado ni tres segundos en responder. No hizo preguntas, simplemente me dijo que sería puntual y le di las gracias antes de colgar.

—Estás preciosa, Jenni —la alagué de camino al despacho—. Te sienta muy bien ese color.

Ella me miró un momento y sonrió.

—Gracias, Leonard —respondió en voz baja.

Me detuve frente a la puerta del despacho y la miré, asentí con la cabeza para preguntarle de forma silenciosa si estaba preparada. Ella asintió en respuesta.

—Señor Black —le dije, abriendo la puerta para dejarla pasar—. La señorita Jenni está aquí.

Él alzó la mirada mientras ella se quedaba de pie, con la cabeza gacha.

—Amo —le saludó.

Me apresuré a cerrar la puerta antes de que alguien pudiera oír algo más de aquello. Me dirigí a mi escritorio a un lado y me senté, soltando una larga exhalación. Bebí un poco de mi café frío y me pasé una mano por el pelo. Me sentía muy, muy cansado. Tenía la mesa repleta de hojas anotadas con letra rápida sobre las reuniones, a las que debía asistir en silencio. Como el señor Black había prometido, ahora yo era su mano derecha y todo el peso de su vida recaía sobre mis hombros. Y era una vida muy… muy… pesada. Miré mi reloj de muñeca y me recosté sobre la silla. Haber creado aquellos veinte minutos me había dado veinte minutos

para poder relajarme. Entonces oí un golpe seco que procedía del despacho y puse los ojos en blanco. No creía que el señor Black fuera tan estúpido como para hacer tanto ruido en la oficina. Su despacho estaba lejos de todos los demás, pero, aun así, sería peligroso ponerse a gemir y follar violentamente antes de la hora de comer, cuando la gente se movía más relajadamente por la oficina, deseosa de escapar de allí.

Cerré un momento los ojos y, cuando me di cuenta, una voz me despertó por el comunicador del despacho.

—Leonard.

—¿Sí? —pregunté en respuesta, dando un salto en la silla—. Señor Black —añadí.

—Ven.

Me levanté, me froté los ojos un momento y tiré de mi camisa para tratar se alisarla sin éxito. Llamé a la puerta de madera y entré. El señor Black estaba recostado en su sillón, visiblemente más relajado, y Jenni estaba de rodillas en el suelo frente él. Solo podía ver la parte alta de su pelo rubio sobresaliendo por encima de la mesa.

—Llévatela sin que la vean —me ordenó.

Asentí con la cabeza, aunque solo deseara preguntarle si creía que yo tenía una capa de invisibilidad o algo así.

—Jenni, ¿me acompañas, por favor? —le pedí.

Ella se levantó al fin y caminó hacia mí. Tenía un lado de la cara completamente colorado y rosado, los ojos llorosos y húmedos y el pintalabios descorrido. No se había limpiado la saliva que le rodeaba la boca.

—Ahora le traigo la comida, señor Black —le indiqué antes de cerrar la puerta tras ella.

Cuando no pudo vernos di un paso rápido a mi escritorio y cogí una caja de pañuelos que había visto en el cajón superior. Se la entregué y le pedí de forma silenciosa que se limpiara un poco la boca y el rostro. Estaba taciturna y era incapaz de levantar la cabeza. Se limpió con unas manos temblorosas y aparté la mirada porque, sinceramente, fue demasiado para mí.

—¿Estás bien, Jenni? —le pregunté en voz baja.

Ella asintió. Pero tardó un poco más en poder hablar:

—Fue… duro —reconoció—. No podía respirar.

Puse una mano en su espalda para que caminara a mi lado, pero ella se apartó deprisa, como repelida por una corriente eléctrica.

—Solo el amo puede tocarme —me dijo, casi con enfado.

Me quedé sin habla.

—Cla… claro, perdona, Jenni —me disculpé—. Acompáñame, por favor.

Ella asintió un par de veces, más tranquila ahora, mientras terminaba de limpiarse los labios.

—¿Qué vas a comer? —le pregunté entonces, parecía una tontería y muy desconsiderado de mi parte, pero no podía consolarla. Después de todo

hacía aquello de forma voluntaria, no tenía sentido sentir pena por ella—. Hay un sitio magnífico al final de la calle. Los mejores sándwiches de la ciudad.
—Suena bien —dijo en voz baja, peinándose un poco para esconder la mejilla colorada.
—Tienen café con estevia —añadí.
Se rio, pero fue apenas un movimiento en su pecho y un jadeo entre sus labios.
—Después puedes ir a un spa y darte un gusto —continué, deteniéndome frente a la puerta del ascensor—. El señor Black estará ocupado toda la tarde y no te necesitará hasta la noche.
Ella asintió, de acuerdo con todo lo que le decía. El ascensor se abrió con un «ding» y sonreí.
—Dame las facturas y yo me encargaré de todo —me despedí.
—Gracias, Leonard —me dijo, mucho más animada que antes.
Esperé hasta que se fue y entonces me giré hacia recepción.
—¿Ha llegado la comida del señor Black? —pregunté a la misma preciosa rubia que me había recibido la primera vez.
—Por supuesto, señor O'Brien —respondió, sonriendo de una forma educada.
De un día para otro todos parecían conocerme en la oficina. Me llamaban señor O'Brien y sonreían como si les fuera la vida en ello. No podía decir que no me gustara aquello. La rubia me entregó una bolsa de papel con el logo del restaurante. Le di las gracias y lo llevé al despacho del señor Black. Llamé a la puerta, pero no me presenté al entrar. Él seguía recostado en su sillón, con la mirada perdida en el paisaje de la ciudad a través de la cristalera. Puse la bolsa encima de la mesa y quité los envases de plástico con la comida.
—Estoy empezando a aburrirme de ella —le oí decir en voz baja—. Ya lleva dos semanas en casa.
Saqué un par de servilletas del fondo de la bolsa y unos cubiertos de plástico. Había dos pares, y más envases de lo normal. Revisé la nota donde la cocinera especificaba lo que llevaba cada plato y me di cuenta de que había dos de cada. Aparté la mitad para mí.
—Leonard —me llamó y le miré—. Te estoy hablando.
—¿Y qué quiere que le diga, señor Black? —le pregunté, abriendo los envases y dejándolos delante de él. Olía bastante bien—. Si le aburre, cambie de sumisa.
Noté su mirada seria y enfadada, pero a aquellas alturas como que ya pasaba un poco de todo. Estaba cansado, tenía hambre y había sido una mañana demasiado larga. Cuando dejé todo apilé el resto de envases para llevármelos a mi escritorio.
—Siéntate —me ordenó, señalando el sofá a un lado, frente a una pequeña mesa baja.
Cogí los envases y me los llevé conmigo. No sabía si necesitaba que anota-

ra algo, así que saqué su móvil y lo dejé a un lado mientras abría los envases de comida. No iba a perder el tiempo del almuerzo, eso estaba claro.

—¿Ya te has puesto al día con el horario y los sistemas? —me preguntó, hundiendo su tenedor en los espaguetis con gambas.

—No he tenido tiempo —reconocí, haciendo lo mismo, pero yo con la pequeña ensalada griega de aceitunas negras. Estaba deliciosa, pero no tenía aliño.

—Has tenido veinte minutos —me recordó, con la boca llena.

Yo, al contrario que él, esperé a terminar de masticar para hablar.

—He estado ocupado —le dije, sin darle demasiada importancia y rezando para que él tampoco se la diera.

—¿Con qué? —exigió saber.

Le miré y me encontré con aquellos ojos azul marino. Estaba comiendo con la cabeza girada hacia mí y expresión seria. Pensé en mentirle, porque confesarle que me había quedado dormido mi primer día sería algo humillante y, probablemente, me despediría.

—Asuntos personales —respondí antes de comer un poco más de ensalada. Si tenía la boca llena podría dilatar más las respuestas entre preguntas y pensar mejor lo que decía.

—Tú ya no tienes asuntos personales, Leonard. Yo soy todo para ti ahora —me dijo, mostrando un tono enfadado, aunque un espagueti le colgara de la comisura de los labios.

—Estaba buscando una cama para mi habitación —respondí, masticando un poco más lento antes de tragar para inventarme aquello—. La que hay es bastante mala y ruidosa. Anoche no he podido dormir muy bien. También he estado buscando un par de muebles y un equipo de música con cascos aislantes.

—Te dije que eso lo hicieras en tu tiempo libre —parecía cada vez más enfadado.

—Creía que esos veinte minutos eran tiempo libre —le dije, enfrentándome a su mirada.

—Son solo mi tiempo libre —hizo mucho énfasis en el «mi»—. ¿Y si te hubiera necesitado?

—Estaba al otro lado de la puerta, señor Black —le dije, también con tono serio—. No me fui al Ikea de compras.

El señor Black golpeó la mesa con el puño, haciendo temblar los envases y todo lo que había sobre ella.

—¡Como me vuelvas a hablar así te echo de aquí a putas patadas! —me gritó.

Mantuve su mirada en silencio, dándole tiempo a que se tranquilizara. El señor Black respiraba con fuerza, hinchando su abultado pecho con cada bocanada. Quizá se creyera un puto dios y que todos debían tratarle como tal, adorándole y besando el suelo que pisaba; pero, sinceramente, a mí esas mierdas no me iban.

—Lo siento, señor Black —me disculpé, pero mi voz no sonaba arrepentida—. Era solo una broma.
—No me gustan las bromas —me advirtió.
Asentí y bajé la mirada hacia mi comida, continuando con lo poco que me quedaba de la ensalada antes de abrir el envase de los espaguetis. Pensé en tener que pasar un año así y… me deprimí, así que preferí cambiar el plan original. Con un mes de trabajo allí, podría permitirme tener un colchón de dinero lo suficiente grande para pasarme un par de meses buscando otro empleo.
—¿Qué tengo esta tarde? —me preguntó el señor Black, mucho más tranquilo que antes.
Miré el móvil y abrí la agenda.
—Dos reuniones más, bastante largas, una con el equipo de publicidad para decidir la nueva campaña de márquetin y otra con Recursos Humanos sobre las implementaciones de nuevas reglas para la empresa. Tiene diez minutos libres entre ambas y después… ¿yoga?
El señor Black asintió terminándose su plato de espaguetis con gambas para empezar a devorar rápidamente la ensalada.
—¿Alguna vez has hecho yoga, Leonard? —me preguntó.
—No —reconocí.
—Te va a encantar —aseguró sin mirarme.
Me metí un tenedor bien enrollado de espaguetis en la boca para no tener que responder a eso.
Al terminar la comida recogí los envases y los metí de nuevo en la bolsa para tirarlo todo junto a la basura. Recibí una llamada y tomé nota de una cita para dentro de dos semanas, después acompañé al señor Black a la sala de reuniones, donde ya nos esperaba el equipo de marketing. El señor Black siempre se sentaba presidiendo la mesa, como era obvio, porque era una posición de poder con respecto a los demás. Yo me sentaba al lado de la puerta y anotaba las ideas generales de la reunión en un papel mientras, de vez en cuando, entraba alguna secretaria con un mensaje escrito en un post-it para mí. No para mí, quiero decir, sino para el señor Black; pero ahora yo era como el filtro por lo que todo tenía que pasar antes de llegar a él. Anoté un cambio de hora para la reunión del viernes, pero llamaría para reorganizar aquello porque coincidía con otra cita. La reunión continuó, alargándose un poco debido a la insistencia de los de marketing por explicar sus ideas, tratando de venderlas como lo más innovador del mundo; a lo que el señor Black apenas reaccionaba, poniéndoles cada vez más nerviosos.
Era algo que solía hacer en todas las reuniones, y, sin duda, le funcionaba siempre. Todos se sentían muy intimidados por él, por su mirada y su expresión seria. Sería injusto decir que a mí no me pasaba porque fuera especial, sino porque mi trabajo estaba en un registro totalmente diferente que el suyo. Yo no tenía una familia que mantener, ni las mismas aspiraciones de éxito que ellos. La empresa del señor Black era muy cono-

cida, no por el público general, pero sí en el círculo empresarial. Trabajar allí significaba que eras bueno, que trabajarías junto a los mejores, y que cobrarías más que nadie.

—Señor Carrell —interrumpí al jefe de marketing, que llevaba repitiendo lo mismo con diferentes palabras los últimos cinco minutos—, siento tener que decirle que el tiempo de la reunión ha terminado.

—Todavía no he terminado —me respondió de mala manera, sin si quiera mirarme.

—Ha tenido hora y media —le dije con un tono cortante y sin importarme una mierda ofenderle—. Si no le ha dado tiempo, la próxima vez concierte una reunión más larga. El señor Black tiene más cosas que hacer hoy.

Sonreí cuando me dirigió una mirada furiosa de sus pequeños ojos negros. Él no era mi jefe y yo tenía un horario que cumplir.

—Iremos con la idea original —decidió el señor Black, levantándose de su asiento.

Me levanté y le abrí la puerta de cristal. Él salió, dejando atrás a seis personas completamente devastadas. El señor Carrell estaba visiblemente enfadado y frustrado, conmigo y con el señor Black, mientras en los rostros de su equipo había todo un carnaval de emociones.

—Gracias por su tiempo —me despedí.

Seguí al señor Black hasta el despacho y cerré la puerta a mis espaldas. Él se quitó la americana y se bajó la corbata un poco.

—Si Carrell no fuera tan bueno en lo suyo, te juro que le estrellaría esa puta cara de cerdo contra la pared hasta que perdiera todos los putos dientes —me confesó con un enfado apenas contenido.

Esperé detrás del escritorio con las manos en la espalda y una mueca inexpresiva. A mí tampoco me gustaba el señor Carrell, era prepotente y trataba a todos como si fueran estúpidos y no comprendieran lo increíbles que eran sus ideas. Había una evidente tensión entre él y el señor Black, porque eran dos gallos en un corral, pero el señor Black era el jefe y Carrell tenía que joderse y tragar.

—Tiene diez minutos antes de la siguiente reunión —le recordé—. ¿Quiere que le traiga algo de beber?

—No —negó, sentándose en su sillón. De forma distraída se frotó el hombro y movió el cuello hacia un lado.

—¿Quiere un masaje? —le pregunté entonces.

El señor Black me miró en silencio, creí que se iba a pasar así el minuto de rigor, pero me equivoqué.

—Nadie puede tocarme —respondió en voz lenta mientras negaba con la cabeza.

Asentí sin más. Había sido una idea improvisada y estúpida; había visto que estaba molesto y no me importó apretarle un poco sobre los hombros para relajar tensión.

—Le dejo tranquilo, entonces —y salí hacia la puerta.

Me vendrían bien aquellos diez minutos para responder a las notas de los

post-it y los mensajes del contestador. Apenas me dio tiempo de terminar un par de ellos cuando tuve que volver a entrar para avisar al señor Black de que era hora. Le encontré tirado en el sofá, con un brazo sobre el rostro.
—Señor Black —lo intenté de nuevo, y entonces me di cuenta de que estaba dormido—. Señor Black —dije un poco más fuerte.
Si le pudiera tocar le habría agitado un poco para despertarle, pero como no podía, me agaché cerca de su oreja, sintiendo una punzada en las piernas. Pensé que al día siguiente tendría tantas agujetas que apenas podría moverme.
—Señor Black —le susurré, porque gritarle hubiera sido demasiado.
Él entreabrió los ojos y me miró.
—Es hora de la reunión —le recordé con una leve sonrisa. Me hacía gracia que él también se hubiera dormido, aunque claro, nadie iba a despedir al señor Black por hacerlo. Me levanté y le dejé espacio para que se incorporara. Me miró un momento más y después se levantó.
—No vuelvas a hacer eso —me dijo con la voz un poco más ronca de lo normal.
—Lo siento, señor Black, pero tenía que despertarle —me disculpé.
—No vuelvas a hacerlo —se limitó a repetir.
—Muy bien —asentí, dirigiéndome a la puerta mientras el cogía su americana de la mesa.
Se acercó, pero le señalé la corbata, todavía un poco deshecha. Se la volvió a subir hasta el cuello y le hice una señal con el dedo corazón en alto a forma de aprobación. Abrí la puerta y le seguí hacia la sala de reuniones.
Recursos Humanos fue más denso y complicado que márquetin. No había *power point*s coloridos y creativos que trataban de vender sus ideas, tan solo un grupo de cuatro personas que leían comunicados de prensa y listas de nuevas normas empresariales. Después de una hora, aconsejaron al señor Black de que debería fomentar la contratación de más minorías, de más mujeres y de llevar a cabo más proyectos de becas estudiantiles y financiar más eventos públicos y para la beneficencia. El señor Black, por supuesto, se mantuvo en silencio hasta casi el final, cuando dijo que se lo pensaría y que su ayudante se pondría en contacto con ellos. El grupo me miró y yo sonreí. Apunté que debía darle una respuesta a Recursos Humanos para que el señor Black no se olvidara.
Al terminar apenas faltaba media hora para el final de la jornada laboral, sin embargo, el señor Black me ordenó recoger mis cosas y nos marchamos.
—Cenaré en casa —me dijo en el ascensor, en un murmullo bajo porque había tres personas más con nosotros—, avisa a Jenni de que querré verla. Ya sabes dónde.
Asentí y busqué el número del restaurante. Tuve que esperar a salir del ascensor para llamar y pedirles que cambiaran el envío a la casa del señor Black; después llamé a Jenni y le dije que esperara en la habitación del placer en una hora. Lakov nos llevó a otro gimnasio diferente al de la ma-

ñana, igual de estúpidamente lujoso, pero más preparado para dar clases especializadas y personales para gente rica. Un hombre bastante guapo que se presentó como Diego, nos dio la clase más extraña e incómoda de mi vida. Yo no era tan flexible como el monitor y las posturas me parecían realmente difíciles debido al dolor que todavía notaba en los músculos desde aquella mañana. Pero me pareció más difícil no decir nada cuando Diego trataba de ayudarme, insistiendo en tocarme repetidas veces sin dejar de sonreír.

—Lo he entendido, gracias —tuve que decirle en una ocasión en la que se pasó veinte segundos seguidos con su mano casualmente puesta en mi culo.

Al terminar no hizo falta ducharse porque no era un tipo de ejercicio en el que se sudara realmente. El señor Black se detuvo un momento en el mostrador, indicando que no quería volver a ser atendido por Diego en el futuro, y nos fuimos al coche. Leí los mensajes y los correos, le confirmé al señor Black que ya había llegado la cena y que Jenni ya le estaba esperando en la habitación del placer. Él asintió con la mirada perdida a través de la ventanilla. Yo cené en la cocina y él se lo llevó arriba, quizá quisiera hacer algo rarito y sexual con la comida. Preferí no pensarlo porque tocaba crema de boletus y pollo a la brasa, me gustaba demasiado para desperdiciar una cena tan deliciosa vomitando en el baño. No subí a mi habitación porque se empezaron a oír fuertes golpes que retumbaban con una repetición constante. Seguí repasando los mensajes y reorganizando la agenda hasta que, cuarenta minutos después, se oyó la puerta y unos pasos pesados que se alejaban. Entonces di por concluida la noche y me fui a dormir.

Coincidí con Jenni cuando salía de la habitación. Le dirigí una sonrisa rápida y crucé la puerta, obviando todo lo que vi en ella como si fuera lo más normal del mundo. A ella le gustaba esa mierda.

Como temí, al día siguiente me desperté con unas agujetas que me hicieron desear estar muerto. Me dolía moverme, me dolía caminar, me dolía levantar los brazos, agacharme, creía que hasta me dolía sonreír. Ducharme fue una batalla épica contra mí mismo y el champú. Vestirme fue como asistir al purgatorio. Llegué a gemir un poco cuando tuve que subirme los pantalones de pinza negros. Evidentemente, tardé un poco más de lo normal, pero llegar a la cocina y tomar el café me ayudó un poco. Me senté e intenté encontrar una postura en la que las nalgas no me dolieran.

El señor Black apareció a los diez minutos con su bolsa de deporte colgada de la mano. Le miré y creo que reconoció el miedo en mis ojos, porque una suave sonrisa se deslizó en su rostro. Había cogido una pequeña mochila y la había llenado de una camiseta vieja, un pantalón de deporte y una toalla del baño; lo había hecho porque supuse que el señor Black querría verla, no porque creyera que aquel día volveríamos a ir.

—Vámonos —me ordenó él.

Sentí un puñal en el pecho y, con cabeza baja, le seguí hacia el infierno.

—¿Qué hay hoy? —me preguntó en el coche.

—Tiene que visitar a George Dalton en el puerto, después tiene una comida con Sarah Cooper y la tarde la tiene libre.

—Voy a cambiar de sumiso, despide a Jenni y busca uno nuevo —me dijo entonces.

Le miré con una mueca inexpresiva en el rostro.

—¿Quiere que busque en la agenda a uno nuevo? —tuve que preguntar, porque su orden no fue nada específica.

—Sí.

—¿Y qué quiere exactamente?

El señor Black tenía su postura de siempre, como si estuviera preparado para que le montaran como a un potro salvaje en mitad del coche, pero su cabeza estaba girada hacia la ventanilla. Me di cuenta de que desde la noche anterior había evitado mirarme a los ojos.

—Escoge a algunos candidatos y preséntamelos —respondió.

Alcé ambas cejas sin saber qué decir a aquello.

—¿Quiere que haga una selección? —le pregunté, como si tuviera que asegurarme de que no bromeaba—. ¿Cuántos quiere que le presente?

El señor Black entornó los ojos y se lo pensó detenidamente.

—Diez —dijo en voz baja—. Cinco mujeres y cinco hombres.

—Muy bien —asentí—. ¿Para cuándo quiere que organice estos Juegos del Hambre del sadomaso?

Me arrepentí al momento de decirlo, cerré los ojos un momento y después me enfrenté a aquella mirada seria y enfadada que sabía que me esperaba en su rostro.

—Lo siento, señor Black —me disculpé.

—No me gustan las bromas.
—Lo sé, perdón —dije, y esta vez era de verdad, no una de mis disculpas procesadas y sin significado para mí.
El señor Black hizo algo con las cejas, como un intento de ceño fruncido que no salió bien, parpadeó y giró el rostro lentamente de vuelta hacia la ventanilla.
—¿Qué le parece esta noche después de la cena? —le pregunté.
Él asintió y yo lo apunté en la agenda como «cena y espectáculo». Llegamos al gimnasio y tuve ganas de llorar mientras nos cambiábamos de ropa.
—No podré hacer nada, me duele demasiado —le aseguré, pero el señor Black seguía distraído y distante, perdido en sus pensamientos.
—Harás lo que yo haga —me recordó él, que no se privó en ningún momento de mirarme mientras me desnudaba.
—¿Ya está de mejor humor, señor Black? —le pregunté, porque se había empalmado bajo la fina tela de su pantalón. La primera de la mañana.
Él miró su polla dura y después a mí.
—Hoy toca remar y dominadas, es mejor que no malgastes el aliento, Leonard —fue lo único que dijo.
Tardé exactamente doce minutos en dejar de sentir dolor, cuando empecé a mover los músculos y la sangre recorrió mi cuerpo, después sufrí, pero no porque tuviera agujetas, sino porque el ejercicio era asquerosamente duro. Al terminar volví a quedarme en el suelo tratando de recordar cómo se respiraba. Al señor Black le sentó bien porque se empalmó un par de veces más y se le notó con más energía al ducharse. Me pasó el champú, lo único que me había olvidado de coger al hacer la mochila, y, mientras nos vestíamos, me explicó que la visita al puerto sería un poco larga, pero que no hacía falta que tomara notas y que podría seguir trabajando mientras el atendía al señor Dalton. Y eso es exactamente lo que hice.
Cuando llegamos y saludamos a los representantes del puerto, hicimos un tour al que no presté ni la más mínima atención. Revisé los correos, cambié citas, me hice a un lado y concerté otras. Recibí un par de mensajes de la oficina que decidí esperar para transmitir al señor Black e incluso tuve tiempo para llamar a Jenni.
—Hola, Jenni, soy Leonard —la saludé. No había forma elegante ni bonita de decir aquello, así que simplemente le dije la verdad—: El señor Black ha decidido prescindir de tu compañía por ahora. Si pudieras recoger tus cosas antes del anochecer, te lo agradecería.
Ella se quedó en silencio un momento y yo solo pedí que no se echara a llorar o algo así.
—¿No he hecho feliz al amo? —me preguntó con la voz un poco entrecortada.
—Por supuesto que sí, Jenni —respondí yo—. Pero ha llegado el momento de que te marches.
Ella lloró, pero fue un sollozo contenido.

—Te… te dejaré la crema antiséptica en la mesa de la cocina —me dijo.
—Puedes quedártela, es un regalo —quizá me hubiera equivocado al decir eso. No sabía si él hacía regalos o si se enfadaría si supiera lo que le había dicho eso—. Un regalo de la casa —traté de corregirme.
—Oh… gracias…
—De nada —sonreí, pero agradecí que no pudiera verme, porque era una sonrisa muy forzada y de dientes apretados—. Ha sido un placer conocerte, Jenni.
—Igualmente, Leonard —colgué.
Volví a acercarme al grupo, que le estaba enseñando una de esas enormes grúas de descarga de contenedores al señor Black. Esperé a que el señor Dalton terminara de hablar y me acerqué un momento al señor Black para susurrarle cerca del oído:
—Jenni ya se va. Hay mensajes de la oficina. Nada urgente.
Él asintió y seguimos adelante. Cuando el tour llegó a su fin y comenzaron las negociaciones de verdad tuve que prestar atención y anotar un par de cosas en el móvil. Precios, tiempos de carga y capacidad. El señor Black no dio ninguna respuesta precisa y terminó con un ya acostumbrado:
—Mi ayudante se pondrá en contacto con usted cuando haya tomado una decisión —me miraron y yo sonreí educadamente.
De vuelta al coche me preguntó por los mensajes de la oficina y, después de leérselos, me dio un par de respuestas rápidas. Le recordé que todavía tenía que decidirse con lo de Recursos Humanos y que había cancelado la comida de hoy en el restaurante de la señora Lee, pero que la cena estaría puntualmente en casa.
—¿Ya has buscado a los sumisos? —me preguntó en el coche.
—No, no los he elegido aún —respondí tranquilamente.
—Estuve pensando que quizá elija a dos, creo que uno no será suficiente para mí ahora mismo.
Miré sus ojos del azul del mar y le pregunté:
—¿Quiere aumentar el número de la selección, entonces?
—No, diez serán suficientes.
Asentí y dejé el móvil a un lado. Me había pasado las últimas dos horas con la cabeza gacha y atendiendo mensajes y llamadas; me merecía un descanso de un par de minutos hasta llegar al restaurante.
—¿No tienes nada que hacer? —me preguntó el señor Black tras un momento de agradable silencio.
Le miré, ya que me había parado a apreciar el paisaje de los edificios de las afueras y la gente que había por la calle. Hubiera querido cruzarme de piernas, pero los muslos me dolían de las agujetas.
—Estoy descansando la vista —respondí tranquilamente.
—No te pago para descanses la vista.
Ladeé el rostro y una débil sonrisa se deslizó por mis labios.
—Tranquilo, señor Black, tendrá a los sumisos elegidos para la hora de la

cena —le aseguré.
El señor Black no apartó sus ojos de mí. Uno, no, dos minutos enteros. Yo no dejé de mirarle ni de sonreír y él se empalmó, lo que ya empezaba a ser una costumbre que no me llamaba demasiado la atención. Me limitaba a fingir que el apretado bulto de sus pantalones no existía.
—Estoy deseando que la cagues, Leonard… —me confesó entonces, con una voz grave y aterciopelada—. No te voy a pasar ni un puto error más…
—Nunca he cometido un error del que fuera consciente —le recordé, en mi larga trayectoria de un día y medio a su lado, era mucho decir—. Aparte de las bromas, claro.
Pero el señor Black seguía a lo suyo, moviendo un poco la cadera debido a la incomodidad que debía producirle aquella erección contra la tela.
—¿Sabes que te haría si fueras mi sumiso, Leonard? —me preguntó.
—No, no quiero saberlo, porque no soy su sumiso, señor Black.
—Te quitaría esa puta sonrisa a bofetadas, y después te ataría y te follaría hasta que aprendieras quién manda aquí. Sí… Entonces me rogarías que parara… pero yo nunca paro… —su pecho empezó a elevarse a cada respiración cada vez más pesada y profunda. Entreabrió los labios y apretó los dientes.
Sin duda necesitaba nuevos sumisos si Jenni todavía le tenía así de salido.
—Vale, voy a seguir trabajando —respondí, recogiendo el móvil del asiento, cortando en seco aquel grotesco espectáculo.
El señor Black echó atrás la cabeza y ahogó un grito de frustración. Para cuando llegamos al restaurante de la cita ya se había tranquilizado un poco, lo suficiente para poder preguntarle:
—¿Quiere que me siente con ustedes o prefiere que busque otro lugar dónde comer?
—Coge una mesa cercana, pero no la nuestra —respondió, todavía con la cabeza sobre el respaldo y los ojos cerrados.
Asentí, aunque no pudiera verme, y esperé a que Lakov le abriera la puerta al señor Black antes de salir yo por el lado contrario. Era un restaurante de estilo japonés en una de las calles más concurridas de la ciudad, muy bonito y, por supuesto, muy caro. Llegamos un poco antes, así que el señor Black aguardó en su mesa privada y yo me subí en un taburete de esas mesas compartidas, a pocos metros de distancia. Como no iba a tener que tomar notas, aproveché para comer tranquilamente y buscar una buena cama; y algunos muebles también para mi pequeña habitación. Como iba a pagarlo el señor Black, me fui a la pestaña de precio y puse el más alto con una gran sonrisa en el rostro.
Después de encargar un colchón que habían denominado en las opiniones como «dormir sobre una jodida nube de felicidad», me topé con un puff de pelota gris, con forro suave y lo suficiente grande para hundirte en él. Le di a comprar al instante, ni siquiera miré el precio. Ser rico era una puta maravilla. ¡Una lámpara de pie con luz cálida! ¡Eso sería genial para el rin-

cón! Comprar… Fui a una tienda online de tecnología y empecé a mirar equipos de música. Iba a ser una pasada tumbarse en el puff con la lámpara y unos buenos cascos de música, podría…
—Leonard —me interrumpió una voz a mis espaldas.
Me volví para encontrarme con unos ojos azul marinos en mitad de un rostro serio.
—Vámonos —ordenó.
—¿Ya? —me sorprendí, y cuando miré mi reloj de pulsera me di cuenta de que había pasado una hora—. Vaya… no me di ni cuenta —reconocí en voz baja.
Descendí del taburete, dejando atrás un bol de ramen vacío y una bandeja de shushi a medio comer.
—¿Qué tal ha ido la comida? —se me ocurrió preguntarle, por si había algún dato que debiera anotar.
—Mal —respondió antes de salir del local. Y creí que era todo lo que me iba a decir, hasta que entramos en el coche y continuó—: Sarah siempre intenta invitarme a su puta casa de campo para que me la folle.
—Qué bien —le dije, porque había dejado de hablar y me miraba como si esperara que respondiera a eso.
—No, Leonard —me corrigió—. Sarah es la editora jefa de una de las revistas de tecnología más importantes del país. Dentro de poco habrá un nuevo lanzamiento de INternational y necesitamos buena prensa. Me ha ofrecido la portada a cambio de que le diera polla.
Parpadeé y entreabrí los labios, pero me costó un poco hablar.
—¿Puede hacer eso? —pregunté.
—Puede hacer lo que quiera —me aseguró.
—¿Incluso con usted?
El señor Black se quedó callado, se inclinó hacia delante hasta apoyar los brazos en las piernas y me miró por el borde superior de sus ojos.
—Podría ganar millones si me compran la patente, Leonard —me dijo en tono bajo, como si fuera una especie de secreto.
Dejé le móvil a un lado y me senté hacia delante, imitando su postura. Nuestras cabezas quedaron a apenas treinta centímetros de distancia.
—Entonces, señor Black, solo tiene dos opciones: o le da polla y consigue la portada o no se la da. La pregunta es ¿cree que necesita esa portada?
—Sería muy buena publicidad —respondió, sin apartar ni un momento la mirada de mí.
—¿Buena publicidad para un producto que es bueno o malo?
—Es muy bueno.
—Si es bueno, la gente hablará de él.
—La gente no hablará de él si no lo conoce.
Mantuvimos uno de esos largos silencios.
—¿Quiere saber lo que pienso, señor Black? —le pregunté después.
Pero él no dijo nada, tras otro largo minuto me rendí y recuperé mi postura relajada sobre el asiento. Cogí el móvil y seguí respondiendo un

correo que había dejado a medias.
—¿Qué piensas? —me preguntó entonces.
—Usted ha creado una empresa multimillonaria, ¿lo ha hecho dando polla?
El señor Black se recostó en su asiento, en su acostumbrada postura de follador de piernas abiertas y brazos extendidos sobre el respaldo. No dijo nada el resto del camino hasta la oficina, y cuando llegamos al despacho continuó sin decir nada. Le pregunté si quería algo de beber y, tras un vago gesto de negación, le dejé a solas.
Tenía toda la tarde para solucionar los problemas según llegaban, sin esperas, mientras organizaba la selección de sumisos en segundo plano. Traté de esconder la agenda negra lo mejor que pude mientras revisaba los nombres, las fotos; muchas de ellas de desnudos integrales y genitales; y sus habilidades. Pensé que lo mejor sería poner a uno de cada hasta reunir a los diez, no me preocupé mucho de su aspecto porque, si estaban en la agenda, era porque ya habían sido sumisos del señor Black. Cuando tuve los diez nombres, hice un power point explicativo, sin ningún dato personal ni explícito, tan solo diapositivas coloridas que mostraran ideas generales.
Parecía algo sencillo, pero me llevó toda la tarde junto con las numerosas interrupciones del teléfono, los mensajes internos y los cambios de citas y horarios. Cuando terminé me di cuenta de que faltaban escasos cuarenta minutos para el final de la jornada laboral y que el señor Black no había salido en toda la tarde de su despacho.
Llamé a la puerta y la abrí, viéndole detrás de su escritorio frente al portátil encendido.
—Señor Black, la cena está de camino a casa, ¿quiere volver ya? —le pregunté.
—Entra —me ordenó. Cerré la puerta a mis espaldas y me acerqué a su mesa—. He decidido no darle polla a Sarah —anunció.
—Muy bien —asentí.
La verdad es que aquello me daba igual. El señor Black no era ninguna figura virginal y pura que fuera a ser mancillada por tener que echarle un polvo a una editora de éxito.
El trato era muy injusto, por supuesto, y Sarah se estaba aprovechando de su influencia y su poder; por otra parte, el señor Black tenía una habitación en su casa donde pegaba, insultaba y follaba a personas a las que obligaba a llamarle amo. Decidir entre los dos era como «susto o muerte».
—Si al final pierdo millones por una mala venta, te despediré —añadió al final.
Mantuve mi expresión calmada e impasible. Llevaba dos días con él, pero ya estaba tan hasta arriba de sus mierdas que, si me pinchaban, no sangraba.
—Vale —fue lo único que dije—. Entonces, ¿nos vamos ya?

El señor Black cerró su portátil y se puso la americana. Yo salí para pagar el equipo de mi escritorio y recoger mis cosas, cuando salió le seguí al ascensor y me despedí de las recepcionistas cuando ellas solo se despidieron del señor Black. En el viaje de camino a casa recibí un mensaje de la tienda de muebles sobre la llegada en pocos días de mi puff, mi colchón y mi lámpara. Sonreí cuando se me ocurrió pensar que quizá cuando llegaran, el señor Black ya me hubiera despedido.

La bolsa con la cena estaba sobre la mesa de la cocina, junto a todo lo que había pedido que compraran. No estaba seguro, pero creía que la asistenta o la empresa de limpieza que había contratado el señor Black también cubría las compras, porque llegaron al mismo tiempo que la ropa limpia.

Antes de empezar a guardar nada, le entregué al señor Black sus envases por si quería llevárselos a alguna parte, pero él los dejó sobre la mesa y se sentó en uno de los taburetes altos.

—Siéntate, Leonard —me ordenó, señalando el sitio frente a él.

Dejé de sacar la compra y le miré, un poco extrañado. Me senté frente a él y esperé que me soltara algún tipo de discurso sobre alguna de sus mierdas, terminando con un «si blah blah, te despido». Pero el señor Black abrió sus envases y empezó a comer. Tras un minuto en silencio viéndole comer, me echó una mirada y me dijo con la boca llena de brócoli con pollo:

—Come.

—Ah —comprendí—, quiere que cene con usted. —Cogí mis envases y mis cubiertos—. ¿Quiere agua? —le pregunté, porque no nos habían enviado el acostumbrado botellín de agua; cosa que pasaría esta vez, pero no otra más.

Fui hacia el armario bajo donde guardaban las bebidas y cogí un botellín de agua para mí y otro para el señor Black. Las puse sobre la mesa y empecé a comer.

—¿Ya has comprado algo para la habitación? —me preguntó él poco después.

Mastiqué el brócoli que tenía en la boca, demasiado soso para mi gusto, y miré al señor Black. Como no respondí, él me miró de vuelta antes de meterse comida en la boca. Todo aquello era muy raro. Quizá sí iba a despedirme y todo eso era como una especie de última cena antes de que me echara a la calle.

—Sí —respondí—, pero puedo pagarle la diferencia y llevármelo a mi casa.

—Esta es tu casa ahora —me recordó.

—Si me despide, quiero decir.

El señor Black no dijo nada y yo continué comiendo tranquilamente. Ya me había acostumbrado a sus miradas fijas e intensas; lo hacía en el coche, en el gimnasio, en la oficina… prácticamente en todos lados. Al principio me preocupaba por si necesitaba algo, ahora ya simplemente le ignoraba hasta que me hablara.

—Vi la pantalla del móvil por encima de tu hombro en el restaurante —me explicó—. ¿Quieres un equipo de música?
—Sí —asentí, sin estar seguro de hasta qué punto me había gustado que se inmiscuyera en mis asuntos personales. Era su móvil, su casa y su dinero… pero, aun así—, y unos cascos. Haré una especie de esquina del relax para escuchar música y podcast.
—¿Esquina del relax? —me preguntó, dejando su tenedor a medio camino entre el envase y su boca—. ¿Crees que necesitas eso?
Me reí, pero me detuve cuando comprendí que lo había preguntado en serio.
—Perdón, señor Black —me disculpé—. Pensé que había sido una broma.
Él me dedicó otro silencio y después terminó de llevarse el tenedor a la boca para masticar lentamente.
—Sí, creo que lo necesitaré —le dije, abriendo el segundo plato para comprobar que se trataba de berenjena asada con patatas baby.
El móvil vibró sobre la mesa de madera y lo miré, deslizando la pantalla para leer por encima el correo que acababa de recibir.
—Han confirmado la reserva para el mes que viene —le dije, volviendo la atención a la cena—, les he pedido otra habitación para mí; pero no estaba seguro de si a usted le gusta viajar con sus sumisos. De ser así pediré otra para ellos, creo que todavía estaría a tiempo —le miré, buscando una respuesta en sus ojos marinos.
—No viajo nunca con mis sumisos —respondió.
—Bien, entonces todo está listo. La señora… —tuve que mirar de nuevo el móvil—, Henkin está… —leí—: «muy feliz de que le haga un hueco en su importante agenda para asistir a la velada benéfica».
—Odio esas putas cenas —me dijo con tono seco—. Siempre tengo que comprar algo que no quiero.
—Es para la beneficencia —se me ocurrió decir antes de encogerme de hombros.
—Me importa una mierda para quién sea.
Asentí y terminé el último trozo de brócoli, bebí un trago de agua y probé las berenjenas. No, seguían sin gustarme, aunque las hubiera cocinado una chef de fama internacional. Me limité a apartarlas y comer las patatas.
—Cómelo todo, Leonard —me ordenó cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo—. Es importante para mantener la energía.
Apreté una sonrisa entre los labios porque no quería decir algo que no debería, así que esperé un par de segundos antes de responder:
—No se preocupe, señor Black, tengo toda la energía que necesito.
El señor Black ya casi había terminado de cenar, así que después de un par de bocados rápidos, apartó los envases sin cuidado y apoyó los codos sobre la mesa, cruzando los dedos de las manos frente a los labios. Su mirada me atravesó.
—No te vas a levantar de la puta mesa hasta que lo termines —me dijo con voz densa y peligrosa.

Me enfrenté a su mirada, y seguí comiendo solo las patatas, masticando tranquilamente. Era una escena un poco violenta, debía reconocerlo, había algo extrañamente sexual y oscuro en el hecho de que el señor Black y yo nos miráramos fijamente mientras comía. Quizá fuera una de sus mierdas de amo dominante, pero a mí no me gustaba que interfirieran en mi vida de aquella manera. Si a la gente que venía a su casa les gustaba que el señor Black les dijera todo lo que tenían que hacer y que les tratara como a una mierda; era su problema.

Al terminar de comer únicamente las patatas, aparté el envase de mí con una leve sonrisa. Era una declaración de intenciones y un recordatorio. El control del señor Black sobre mis actos empezaba y terminaba allí donde estaba la línea laboral; si quería despedirme, que lo hiciera.

—¿Quiere que le enseñe ahora la selección? —le pregunté.

Él no apartó la mirada, con los dedos tan apretados entre sí que las manos le temblaban un poco. Tomó un par de respiraciones más profundas y me dijo en voz baja y contenida:

—Te daré veinte mil si me dejas que te folle aquí mismo.

Tardé en responder, pero no porque me hubiera parado detenidamente a valorar la idea, sino porque estaba tan ofendido por la proposición que me costó encontrar las palabras adecuadas.

—Será el mejor polvo de tu vida —me aseguró él, tomándose mi silencio como un momento de duda por mi parte—. Nadie te va a follar como yo, Leonard.

Entreabrí los labios, pero terminé cogiendo una bocanada de aire. Ladeé el rostro y no pude evitar entornar los ojos en una mueca ofendida.

—Creo que necesita a esos sumisos con urgencia, señor Black —le dije—. Está empezando a perder la cabeza.

El señor Black separó las manos y apretó sus puños con fuerza, bajó la mirada a la mesa y después cerró los ojos mientras tomaba un par de respiraciones.

—Enséñamelos —me ordenó en apenas un murmullo apagado.

—He hecho un Power Point para…

—¡Enséñamelos! —me gritó, algo que, probablemente su hubiera oído en toda la casa. Y era una casa grande.

—Por supuesto, señor Black —respondí tranquilamente, bajando de mi silla para ir junto a mi mochila de deporte, en donde había escondido la agenda protegida con una bolsa de plástico.

Me volví a sentar y saqué la hoja de papel que había escrito con los nombres y las páginas exactas en las que aparecían cada uno.

—Por orden alfabético, el primero es Adam Evans —comencé, buscando su página de la agenda, le entregué la foto al señor Black y le leí—: Adam dilata rápido y grita fuerte, no es bueno para mamadas, pero tiene un cuerpo muy flexible.

—No —negó el señor Black, devolviéndome la foto con desprecio.

Recogí la foto justo a tiempo para que no se precipitara por el borde de la

mesa, la guardé en su sitio y fui a por el siguiente.
—Amber Hill. Se deja asfixiar, lluvia dorada, lame bien los huevos y…
—No —me interrumpió.
Esta vez tiró la foto más rápido y más lejos, por lo que no me dio tiempo a pararla antes de que cayera al suelo. Con una pequeña mueca de enfado bajé de la silla y la recogí para guardarla.
—Chloe Williams —leí—. Garganta profunda y pezones grandes. Tiene algo que usted ha denominado «coño jugoso» y un…
—No —tiró la foto más lejos que antes, sin esforzarse en fingir que no lo hacía a propósito.
Le miré y me topé con aquellos ojos azules y violentos.
—Recógela —me ordenó con tono serio.
Apreté con fuerza los dientes y estuve a punto de mandarle a la mierda, pero la agenda era cosa mía, mantenerla ordenada era uno de mis trabajos. Así que me levanté y recogí la foto del suelo, sintiendo la punzada en las piernas debido al gimnasio. El señor Black seguía cada uno de mis movimientos con atención, disfrutando, seguramente, de mi humillación.
—Daniel Miller —continué, acercándole la foto, pero dejándola a una distancia media, más cerca de mí que de él—. Le gusta muy duro, pinzas, cuero y humillación. Puede… —me detuve, porque aquello me seguía pareciendo sorprendente—. Puede chuparse la polla a sí mismo mientras le follan.
Levanté la cabeza, a la espera de que el señor Black se decidiera, pero él cogió la foto y, sin si quiera echarle un vistazo y apartar la mirada de mí, la lanzó a un lado.
—Recógela… —me ordenó.
Hubo otro enfrentamiento de miradas, pero esta vez fue más peligroso porque yo estaba empezando a enfadarme de verdad con todo aquello.
—No —me negué.
—Entonces recoge tus cosas y lárgate —respondió con la misma voz lenta y aterciopelada de cuando empezaba a estar realmente cachondo con algo—. No volverás a trabajar para mí ni para nadie en esta puta ciudad.
Tuve el impulso de bajarme de la silla y tirar los envases y las bolsas de la compra al suelo antes de ir a mi habitación para coger las maletas y largarme de aquella puta casa de locos y del rey de los cabrones.
Pero no lo hice. Le seguí mirando en silencio y me pregunté cuánto valía mi dignidad. ¿Diez mil al mes? Parecía poco, pero no lo era si pensaba en otros trabajos que había hecho antes, con otros jefes prepotentes y cabrones que me insultaban y exigían más horas de trabajo que las estipuladas, horas que no me iban a pagar. Y todo eso lo había hecho por necesidad y por muchísimo menos dinero.
El señor Black no era estúpido, era un hombre horrible, pero no era estúpido. Sabía cuánto valía mi trabajo y el dinero no era un problema para él. Me estaba pagando un sueldo, unas comidas desorbitadamente

caras, una asignación a dos gimnasios y todo lo que quisiera comprar para mi habitación. Pero tampoco me estaba regalando nada; todo lo que me daba tenía un precio.

Un precio que él creía justo. Entonces me hice una pregunta que yo no podía responder.

—¿Sabe dónde está el límite, señor Black?

—Lo sé muy bien —me aseguró con un lento movimiento de cabeza.

Entonces me levanté y fui a por la foto, el traje de vuelta sin mirar al señor Black. Solo se trataba de recoger fotos que tiraba al suelo, no significaba nada para mí. La guardé y fui a por la siguiente en la lista.

—Grace Taylor —levanté la foto de la mujer desnuda, pero no la solté de la mano mientras leía—: Pelirroja natural. Pelo muy largo, buenos gemidos, mal anal pero buenas mamadas. Muy obediente.

Esperé, pero solo oí una especie de crujido metálico y deslizante. Como el señor Black no respondió, le miré. Él dejó su cinto de cuero negro y hebilla plateada sobre la mesa.

—Repítelo —ordenó.

Lo hice, separando cada palabra porque quizá la primera vez lo había hecho muy de corrido. El señor Black alargó la mano y me quitó la foto de entre los dedos con un leve tirón. Creí que la volvería a tirar, pero la dejó al lado del cinto.

—Sigue.

—Isabelle Moore —le enseñé la foto, al igual que antes, sin soltarla de la mano—. Fisting, squirting. Tiene tatuajes, piercing en los pezones, la lengua y los labios vaginales. Pero aquí pone que muerde un poco.

El señor Black cogió la foto, como antes, y cuando creí que la dejaría al lado de la otra, bajo la mano y la tiró al suelo cerca de él.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —me recordó.

Pero esta vez reí un poco, no porque me hiciera gracia nada de aquello, sino porque sabía que eso le jodía muchísimo. Lo vi en sus ojos, en la forma en la que respiró más fuerte, en sus puños violentamente apretados sobre la mesa. Me levanté, todavía con una sonrisa en los labios, fui hasta su lado y me agaché, cerca de su silla para recuperar la foto de Isabelle del suelo. Me levanté y se la entregué al señor Black, que me miraba jadeando entre los labios y con la frente un poco húmeda de sudor. Movió la cabeza hacia el lado para indicarme que la guardara.

—Jake Clark —seguí, haciendo el mismo proceso. Ya iban más de la mitad, con suerte podría quitarme el resto de encima rápido y terminar con todo aquello de una puñetera vez—. Buen cuerpo y buena polla. Dice que muerde bastante y necesita correa.

Cuando levanté la mirada de la agenda, el señor Black se había llevado una mano bajo la mesa y estaba moviéndola de una forma que… se estaba masturbando lentamente. Así es como la movía. No dejó de mirarme a los ojos y de jadear por lo bajo. Levantó su mano libre, la izquierda, y cogió la foto para dejarla junto a la de Grace al lado del cinto.

—Sigue —me ordenó.
Aquello empezaba a ser surrealista.
—Kennedy Scott. Culo grande, dilata rápido, y se corre mucho.
El señor Black cogió la foto y, entonces, se la metió por el cuello de la camisa.
—Cógela —me ordenó, sin dejar en ningún momento de frotarse bajo la mesa.
—Límites, señor Black —le recordé con tono serio.
—Có…ge…la… —repitió, pronunciando cada sílaba por separado.
Me levanté, con evidente enfado. Si quería que cogiera la puta foto, la cogería. Di la vuelta a la mesa y el señor Black se giró en la silla hacia mí. Evidentemente, no aparté la mirada de sus ojos, esforzándome por no mirar su enorme erección en la mano, a la que no paraba de acariciar de arriba abajo. Un poco más rápido cuando me acerqué a él y sostuve la corbata a un lado para desabrocharle los primeros botones. La camisa era apretada y la foto no había quedado muy lejos del cuello, podía ver su forma rectangular marcada sobre el pecho abultado y fuerte.
—Si me tocas la piel, te abofetearé —me advirtió, apretando los dientes. Parecía tan enfadado como cachondo, como si fuera incapaz de diferenciar entre la excitación y la ira.
Me enfrenté a su mirada de ojos repletos de brillante locura. Como estaba sentado, estábamos a la misma altura y no tuve que alzar la cabeza hacia él. Aquel era un enfrentamiento de tú a tú. Su frente estaba sudada y una pequeña gota se estaba deslizando por la sien. Jadeaba, expulsando el aire caliente por entre los labios. Había perdido completamente la razón y ahora tan solo quedaba desesperación y una enajenada necesidad de satisfacción en cada poro de su piel.
—Si me pega, señor Black, me iré —le dije con un tono tan serio y profundo como el mar de sus ojos. Apreté mi mano sobre la corbata y supe que el señor Black podía notar la tensión alrededor de su cuello—. Y no volveré jamás.
Al señor Black se le cortó la respiración por un momento y cerró los labios para tragar saliva, moviendo arriba y abajo la abultada y prominente nuez de su cuello.
—Entonces, no me hagas pegarte —respondió.
Puse una mueca de asco y desprecio que no me esforcé en ocultar. Eché la corbata por encima de su hombro para apartarla y después tiré un poco de la camisa para apartarla de la piel del señor Black, pero eso hizo que la foto se deslizara un poco más abajo y chisqué la lengua con frustración. Tuve que desabrochar los botones con cuidado, pero sin pararme demasiado. Si me detenía ahora me preguntaría a mí mismo por qué estaba haciendo aquello, y estaba seguro de que no quería saber la respuesta.
Llevaba tres botones y empecé a ver la esquina superior de la foto, pero estaba demasiado pegada a su pectoral como para cogerla desde ahí.

Desabroché otro botón.
—Mírame —me ordenó un señor Black jadeante.
—No —me negué con enfado contenido, probado a meter el dedo entre la hendidura que dividía los grandes músculos de su pecho, si tenía cuidado, quizá pudiera mover la foto hacia mí y cogerla al fin.
Ese proceso hubiera sido mucho más sencillo si el señor Black se hubiera mantenido quieto, pero seguía masturbándose y su cuerpo se movía al ritmo de cada sacudida.
—Mírame, Leonard —insistió, un poco más alto y un poco más rápido.
No me molesté en responder. Utilicé una uña para tirar de la foto y, con un tirón rápido y seco, saqué la foto de dentro de su camisa. Entonces le miré y le enseñé la imagen de aquel joven desnudo y sumiso.
—¡Aquí tiene su puta foto! —le dije con tono seco, dejándola con un golpe seco sobre la mesa de madera.
El señor Black apretó los dientes con furia y gruñó de una forma que pensé que no era posible en los humanos. Se empezó a correr con fuerza y me aparté deprisa para que no me alcanzara ni una gota de aquello. El señor Black se contrajo un poco sobre sí mismo, manchándose la camisa por completo con su propio semen, mientras mantenía la mano izquierda apoyada con fuerza en su rodilla, tratando sin mucho éxito de mantener la dignidad y el equilibrio. Siguió eyaculando hasta que el semen dejó de salir disparado y simplemente se derramó por la cabeza de su polla hasta mancharle la mano. Blanco y todavía bastante denso. Solo entonces dejó de gritar y empezó a respirar con fuerza, como hacía en el gimnasio cuando estaba llegando al límite de sus fuerzas.
Le miré y negué con la cabeza. El señor Black se había quedado tembloroso, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Todo había empezado a oler a semen y se me estaba revolviendo el estómago. No importaba lo increíblemente atractivo que fuera él, porque aquello era, simplemente, patético. Ni todo su glamour, su éxito, su dinero, su cuerpo perfecto, sus ojos del azul del mar, su pelo dorado; nada de eso era suficiente para ocultar que, en realidad, solo era un ninfómano con problemas de ira y graves carencias emocionales.
El señor Black levantó un poco la cabeza y entonces me miró por el borde superior de los ojos. Parecía serio, pero hubo algo en su rostro que no reconocí al principio. Tardé un par de segundos de silenciosa observación para comprender de qué se trataba. Era una leve y casi imperceptible contracción de su entrecejo, unos ojos un poco más cerrados de los normal, una comisura levemente apretada en sus labios.
Era tristeza.
Aparté la mirada deprisa y giré la cabeza a un lado. Le había visto masturbarse y correrse delante de mí mientras gruñía y no me había sentido cohibido ni avergonzado en absoluto, tan solo furioso y asqueado; pero de pronto había visto esa expresión de debilidad en su rostro y me había sentido profundamente mal por haber invadido su intimidad. Por

estúpido e increíble que pudiera parecer aquello. Yo no quería sentir pena por él. No quería sentir nada en absoluto por él.

—Si ya hemos terminado, iré a descansar —me disculpé con un tono neutro y carente de toda emoción—. Buenas noches, señor Black.

Dejé la agenda en la mesa y todo lo demás. Me dirigí a las escaleras y subí a paso rápido hacia mi cuarto, con cuidado de no cerrar la puerta demasiado fuerte. Llegué a la cama y me dejé caer de espaldas.

En la soledad una pregunta asaltó mi mente: ¿Qué estás haciendo?

Al día siguiente me levanté con peores agujetas que el día anterior, si eso era posible. Hice movimientos lentos y pausados, tratando de mover los músculos para que dejara de doler, pero solo empeoró. Bajar las escaleras fue una agonía, ducharme fue un infierno y vestirme la peor de las condenas. Tuve que coger mis gafas redondas de metal porque me había quedado dormido con las lentillas y casi no había podido despegar los ojos aquella mañana. Fui a la cocina para hacerme un café y vi que el señor Black no se había molestado en guardar nada; ni la agenda, ni las fotos, ni la compra. Ni siquiera su cinto negro. Así que tuve que hacerlo yo. Despertarse de esa forma era tan maravilloso que uno solo deseaba saltar de alegría en dirección a la ventana y de allí al suelo de la calle.

Cuando terminé de recogerlo todo, menos el cinto, me senté al fin a disfrutar de mi café con leche templado. Oí unos leves pasos por las escaleras y el señor Black apareció por la cocina con su expresión seria y su mochila de deporte colgando de la mano.

—Buenos días, señor Black —le saludé, decidido a fingir que la noche anterior no había sido real.

—¿Gafas? —me preguntó, resaltando la obviedad.

—Sí, hoy tengo los ojos secos para llevar lentillas.

Él asintió con la cabeza.

—Vámonos —ordenó.

Apuré los últimos tragos del café y cogí mi mochila. No tenía ganas ningunas de ir al gimnasio, pero no creía que llegara el día en que me despertara y me dijera a mí mismo: «Joder, qué ganas tengo de quedarme sin aire y que me duela todo el cuerpo mientras sudo como un puto cerdo».

Nos metimos en el ascensor y descendimos en silencio hacia el garaje. Saludamos a Lakov y nos metimos en el coche, una tarea complicada para mí con tantas punzadas alrededor del cuerpo. Casi me tiré sobre el asiento con un jadeo antes de mirar el móvil por primera vez en la mañana, revisé la agenda del día y aguanté un resoplido al ver doce correos nuevos, veinte mensajes y alguna que otra llamada perdida. Empecé a teclear deprisa sobre la gran pantalla, pensando en que, quizá, pudiera sacarme uno o dos correos de encima antes del gimnasio.

—Leonard —me llamó el señor Black. Me detuve y le miré—. Quiero hablar contigo.

Sentí una cierta incomodidad y dejé el móvil a un lado, dispuesto a escuchar lo que él tuviera que decirme. Pensé que querría justificar su actuación de la noche anterior, cuando se había masturbado delante de mí, y ya tenía la respuesta preparada.

Pero el señor Black me miró en silencio y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las piernas y los dedos entrelazados como cuando hablaba de algo importante.

—Estoy muy sorprendido contigo —comenzó entonces, manteniendo un tono profesional y serio que me pilló desprevenido—. Sé que soy un hombre difícil de complacer y muy exigente; tanto en la empresa como en mi vida privada. Te he llevado al límite en numerosas ocasiones estos últimos dos días y tú has superado todas mis expectativas. Incluso ayer a la noche has demostrado ser un profesional y una persona de confianza —ahí estaba—. Por eso creo que mereces más de lo que te estoy pagando. —Se detuvo un momento por si yo quería hablar, pero como no dije nada, continuó—: Te daré quince mil al mes si firmas un contrato de permanencia por un año.

—Quince mil… —repetí lentamente, sintiendo que me atragantaba con aquella palabra.

—Quince mil limpios —dijo él—. Todo lo demás correrá a mi cuenta, como hasta ahora.

Alcé ambas cejas, bastante sorprendido. Lo último que me esperaba es que me ofreciera un aumento; estaba convencido de que soltaría alguna justificación triste y patética sobre por qué se había masturbado delante de mí de una forma por la que podría denunciarle por acoso laboral.

—No crea que puede pagarme más y cambiar los límites, señor Black —se me ocurrió entonces—. Porque eso no va a cambiar jamás.

Él se quedó callado un momento, pero no fue uno de sus largos silencios, solo una pausa para pensar una respuesta aceptable.

—Los límites serán los mismos —dijo—. Nos mantendrán a salvo a ambos.

—¿Y ayer le pareció dentro de los límites? —le pregunté, ladeando un poco la cabeza.

—Por supuesto —esta vez no tardó en responder—. Tú estabas haciendo tú trabajo y yo me masturbaba por diversión. Es algo que ya sabías que podía suceder, como en el caso de que estuviera con un sumiso, tú no participabas directamente.

Entrecerré los ojos. Y una mierda que no participaba. El señor Black vio el recelo hacia sus palabras en la expresión de mi rostro y se corrigió, esta vez con una nota de enfado en la voz.

—Tú no me tocabas y yo no te tocaba a ti. Eso es suficiente.

—No —negué—, eso es mover los límites.

—No —negó él con un tono más fuerte y más alto, como si así quedara claro que el que tenía la razón era él.

—Me pidió que le mirara a los ojos mientras se la pelaba, señor Black —le recordé, sin necesidad de levantar la voz, porque yo sí que tenía la razón y no lo necesitaba—. ¿Eso no cuenta?

—Eso está dentro de los límites siempre y cuando tú estés trabajando —respondió.

—No, no es…

—¡Si me la quiero pelar delante de ti, me la pelo y te callas, Leonard! —terminó gritando. Que no le dieran siempre la razón le molestaba muchísi-

mo—. ¡No tengo que darte explicaciones de nada! ¿Entiendes? ¡Tú ya no eres una persona que pueda decidir, ahora eres mi ayudante! ¡Ahora eres parte de mi vida y te estoy pagando más que a nadie para que así sea!
Mantuve una expresión inexpresiva hasta que dejó de gritarme, entonces esperé a que se tranquilizara y cogiera un par de bocanadas de aire.
—Si quieres el aumento junto con la cláusula de permanencia —me dijo después, más calmado—, estoy dispuesto a negociar contigo, pero los términos del acuerdo serán los mismos.
—Lo que quiero, señor Black, es que entienda que yo no soy uno de sus sumisos —respondí con el mismo tono calmado.
Él mantuvo mi mirada, pero el coche se detuvo y Lakov salió para abrirle la puerta al señor Black.
—Si quisiera que fueras solo un sumiso, Leonard, no te daría todo lo que te estoy dando —me aseguró antes de salir del coche.
Le seguí, tan rápido como me lo permitió el cuerpo dolorido, y nos metimos en los vestuarios.
—No me…
—No —me interrumpió con una mirada seca—. Ahora no es momento. Hablaremos después.
Comprendí que era un tema delicado para discutirlo en los vestuarios y me tragué las palabras con resignación. Me puse la ropa de deporte y seguí al señor Black a la tortura de cada mañana. Cuando volvimos a los vestuarios él estaba más animado y yo deseaba morirme. Me quedé bajo la ducha sin moverme, tratando de recordar cómo era mi vida antes de tener que practicar ejercicios del ejército cada mañana a primera hora. El señor Black me ofreció el champú, desde la ducha a mi lado en la que siempre se ponía. Le enseñé el jabón que había traído yo y negó con la cabeza, insistiendo en que usara su champú. ¿Qué más me daba? Acepté y me enjaboné el cuerpo con lentitud.
Mientras terminábamos de vestirnos en silencio el señor Black me miraba intermitentemente.
—Me gustan mucho las gafas —me dijo en voz baja, ajustándose el nudo de la corbata al cuello.
—Si quiere, le consigo unas parecidas —respondí, mirándome en el espejo tras él para peinarme. El vestuario estaba cubierto de ellos y era estúpidamente egocéntrico poder verse desde cualquier ángulo en cualquier momento—. Este estilo retro se puso muy de moda hace unos años y no será difícil de encontrar.
—Yo no necesito gafas —negó, colocándose la americana gris por encima—. ¿Estás listo?
Asentí, y nos fuimos. De vuelta en el coche recuperé el móvil, había un par más de mensajes y una llamada perdida.
—¿Qué hay hoy?
—Tiene dos reuniones antes de comer y una visita por la tarde del señor Jacops.

—Tráeme un café con el desayuno —ordenó.
Mandé un mensaje a la oficina y le pedí a alguna de las recepcionistas que trajeran un café para el señor Black y otro para mí.
—A la noche continuaremos hablando sobre tu futuro a mi lado, hasta entonces, mantendrás el nivel de profesionalidad.
Le miré, algo sorprendido de que pensara que yo iba a dejar de ser profesional en algún momento.
—Por supuesto, señor Black —respondí.
No volvimos a hablar hasta llegar a la oficina, donde desayunamos en su oficina; él en su mesa y yo en el sofá, como la vez anterior. Seguí trabajando, aun así, porque, por alguna razón, el resto de empresas se habían puesto de acuerdo para mandarme todos sus mensajes hoy.
La reunión con el departamento de calidad fue larga y muy técnica, traté de escribir todo lo que sonaba importante, pero la verdad es que no podría diferenciar lo que lo era de lo que no. Salimos de allí y el señor Black me pidió otro café, también pedí otro para mí. Llegaron justo antes de la siguiente reunión con el departamento de publicidad; el cual estaba dentro de marketing, pero al parecer, tocaban temas diferentes. La señora Foster parecía estar más preocupada por la imagen empresarial y las redes sociales que por la venta de los productos. Aconsejó al señor Black en financiar proyectos que podrían resultar de interés y le informó sobre cambios necesarios en la página web de INternational.
—Discútelo con el equipo informático y mándale la decisión a mi ayudante —finalizó el señor Black cuando el tiempo de la reunión terminó.
La señora Foster me dirigió una mirada y un asentimiento de cabeza. Tenía una coleta apretada y el porte de una reina. Sonreí y le respondí con otra inclinación educada. Cuando salimos, fui a recepción a recoger la comida y volví al despacho.
—Qué maravilla la señora Foster —no pude evitar decir en alto mientras sacaba los envases de plástico—. Tenía unos tacones que me pusieron «gaychondo».
—A mí también me ponen muy cachondo esos tacones —dijo el señor Black mientras se sentaba en su sillón y se desataba un poco la corbata—, pero ella es lesbiana.
—Agh —cerré los ojos y dejé caer el puño sobre la mesa de madera antes de levantar la cabeza—. Ahora solo la quiero más.
Volví a mi tarea de repartir la comida y me topé con una mirada seria y del azul oscuro del mar.
—Era una broma, lo siento, señor Black —me disculpé de forma automática.
Él no dijo nada, pero bajó la mirada hacia los envases después de mi disculpa para comprobar que había hoy de comer.
—Odio el hígado —me dijo, alzando una de sus cejas de un rubio oscuro.
—¿Quiere que dé un aviso para que lo quiten de su dieta? —le pregunté.

—No, está en la dieta y hay que comerlo —respondió.
—Pero si no le gusta, podrán sustituirlo por otra cosa —continué, yéndome hacia mi sitio en el sofá—. No puede ser usted el único «campeón» al que no le guste el hígado.
—Lo pone en la dieta y es lo que voy a comer, Leonard —dijo con un tono serio y seco, como si se hubiera sentido insultado por lo que le había dicho—. Yo me exijo tanto a mí mismo como a los que trabajan para mí —me miraba fijamente—, sería injusto si no lo hiciera. ¿No crees?
Puse una leve sonrisa, porque me pareció lo adecuado después de aquella afirmación. Tuve que reconocer que sentí una leve admiración por sus palabras, muchos otros en su lugar pedirían más de lo que estaban dispuestos a dar.
—Por supuesto, señor Black.
Comimos en silencio mientras yo seguí adelantando un poco de trabajo, pero me distraje al pensar en lo que el señor Black había dicho. Aquellos últimos días había aprendido bastantes cosas, lo que me gustaba de él y lo que no; y, quitando esa parte oscura de amo controlador; como empresario joven de éxito, me agradaba mucho trabajar para él. Era estricto, serio y calmado, pero valoraba lo que yo hacía por él y eso significaba mucho en el mundo de los secretarios y ayudantes.
Le miré de forma distraída, mientras él masticaba un trozo de hígado al ajo, con una expresión entre desagrado y enfado. Se dio cuenta de que le miraba y giró el rostro hacia mí. Era un hombre muy guapo, sin duda. Sonreí un poco y devolví la mirada al móvil.
—¿Qué? —me preguntó con tono seco.
—¿Quiere un poco de mi hígado, señor Black? Creo que no me lo voy a terminar todo.
Golpeó la mesa con el puño y todo lo que había encima tembló.
—¡Cómete el puto hígado, Leonard! —exclamó.
Tuve que apretar los labios con fuerza para aguantar la risa. Había sido una broma, pero el señor Black parecía carecer del sentido del humor necesario para entenderlo. Terminé el hígado y la ensalada con arroz que había de acompañamiento, después recogí los envases y el señor Black me pidió otro café.
—¿Ha dormido mal hoy? —le pregunté antes de salir del despacho.
—Ha sido una noche larga —respondió, reajustándose la corbata al cuello.
Asentí, sin darle importancia.
—Tiene… —miré le reloj—. Veinte minutos del descanso de la comida antes de que llegue el señor Jacops, ¿por qué no se echa una siesta y después le doy el café?
El señor Black me miró un momento en silencio y finalmente afirmó con una leve inclinación de cabeza. Cerré la puerta tras de mí y fui a tirar los envases. La oficina estaba prácticamente vacía debido a que era la hora de comer y había un agradable silencio tan solo interrumpido por el teléfono de recepción. Me senté en mi mesa frente al despacho y saqué adelante al-

go de trabajo. El problema de ser el ayudante del jefe era que siempre llegaban mensajes y peticiones de todas partes. Márquetin quería otra reunión alegando que era «urgente», pero estaba seguro de que el señor Carrell era de los que usaban esa palabra para todo lo que hacían. Era un mensaje para el jefe, así que no podía poner «exijo inmediata atención, cacho de mierda», solo podía poner «es urgente». Les hice un hueco de cuarenta minutos a la semana siguiente y se lo mandé pidiendo que confirmaran la fecha y la hora. Respondí algunos correos más con frases genéricas y educadas, después llamé a Lakov y le dije que llegarían a casa con un colchón, un puff y una lámpara; le pedí que se asegurara que todo estaba bien.

—Claro, señor Obrai —respondió. Siempre me trataba de una forma muy educada y se me ocurrió preguntar si en la mafia el ayudante del jefe estaba por encima del chofer. Por supuesto, no lo hice.

Empezó a llegar la gente a la oficina y me di cuenta de que faltaban cinco minutos para el horario de tarde. Fui a recepción y pregunté si había llegado el café del señor Black; la recepcionista guapa y rubia, cuyo nombre no me había aprendido todavía, se disculpó y dijo que una tal Rose volvería de comer con él enseguida.

—Avísame cuando llegue, por favor —le pedí.

Volví al despacho y encontré al señor Black tumbado sobre el sofá, con el brazo por encima de los ojos y los labios entreabiertos. Me acerqué un poco y aplaudí.

—Señor Black, despierte —le llamé.

Él apartó el brazo y me miró con unos ojos entornados.

—No vuelvas a despertarme así —me advirtió.

—Lo siento, señor Black —me disculpé—. Ya es hora y el señor Jacops está a punto de llegar.

Se frotó el rostro y se ajustó la corbata.

—¿El café? —preguntó cuándo fue en busca de su americana.

—Va a… —iba a decir, pero llamaron a la puerta y fui a abrir. Una joven morena se disculpó y me entregó el café caliente. Le di las gracias y cerré de nuevo la puerta—. Aquí está. —Se lo ofrecí.

Él lo cogió y le dio un par de sorbos. Llamaron al teléfono de mi escritorio, así que me incliné sobre la mesa del señor Black y respondí usando un desvío. En recepción me dijeron que el señor Jacops ya había llegado. Miré mi reloj y chisqué la lengua. Había sido asquerosamente puntual.

—Gracias, iremos en seguida —colgué—. Ya está en la entrada —informé al señor Black, que de pronto levantó la mirada hacia mis ojos desde una parte más baja de mi anatomía. Seguramente, mi trasero en pompa inclinado sobre el escritorio.

Fingí que no me había dado cuenta y le abrí la puerta, deteniéndole antes para señalarle la corbata. El señor Black se la ajustó al cuello y le miré buscando algún fallo, cuando terminé la revisión le hice una señal con el puño cerrado y el dedo pulgar en alto. Salimos y le seguí hasta la entrada.

El señor Jacops era un hombre de mediana edad con una sonrisa demasiado blanca y perfecta para el bronceado barato de su piel. Se notaba su esfuerzo por ser atractivo, pero no había una buena base para trabajar, así que todo se quedaba en eso, un esfuerzo.

—James —le saludó con una gran sonrisa y la mano extendida.

—Peter —le respondió el señor Black con un fuerte apretón de manos—. Acompáñame —le pidió, indicándole el camino a la sala de reuniones de la zona oeste; la más pequeña y discreta.

Les seguí en silencio y me senté a un lado de la puerta, como acostumbraba a hacer, preparado para tomar notas. El señor Jacops me echó un vistazo rápido y después al señor Black, pero como él no hizo nada, empezó a hablar tranquilamente. Al parecer el señor Jacops trabajaba en la banca y llevaba una de las cuentas del señor Black. Tomé notas con más cuidado y de forma un poco más cifrada, porque no era el tipo de información que me sintiera cómodo teniendo tirada en el escritorio junto al resto de notas de las demás reuniones. Al finalizar su repaso de diez minutos se detuvo, volvió a mirarme y me preguntó con una sonrisa:

—¿Te importa dejarnos a solas un momento?

Miré al señor Black buscando su confirmación.

—Es mi ayudante personal, no hay nada que no pueda saber —le dijo al señor Jacops.

Peter, el bróker, alzó en alto sus cejas como si estuviera sorprendido, pero no dudó en preguntar:

—¿Vas a ir a la fiesta de la isla? Dicen que va a ser la hostia: drogas, alcohol, playas del caribe y sexo a lo salvaje.

Dejé de tomar notas en ese punto y me limité a cruzarme de piernas, por muy doloroso que me resultara hacerlo, y buscar un punto indeterminado al que mirar de forma distraída.

—¿Quién la organiza?

—Bill Hunt, en la isla privada de su padre.

El señor Black se lo pensó un poco con expresión seria.

—No he recibido la invitación —entonces me miró—. ¿No?

Cogí el móvil del bolsillo de la camisa y revisé los correos rápidamente.

—No hay ninguna invitación a fiestas en una isla —respondí.

—Busca un mensaje sobre un lavaplatos —respondió.

Sabía qué mensaje era. Fui a la papelera y lo recuperé, porque había pensado que era spam o algún tipo de broma y lo había eliminado.

—Aquí está —asentí—. Perdón, no sabía que era importante —me disculpé.

El señor Black no dijo nada y se volvió hacia Peter.

—¿Hay que ir acompañado? —le preguntó.

—Mínimo dos —respondió—. Yo voy a llevar a Sally, ¿la recuerdas? —entonces empezó a hacer un gesto muy obsceno como si comiera una polla demasiado grande mientras la masturbaba con fuerza—. Tiene ganas de

volver a verte —se rio con fuerza—. Y a una nueva, la encontré en un bar del centro, recién divorciada y bastante cerda. Me dejó hacerle unos dedos debajo de la mesa a la media hora de conocerla.
El señor Black asintió, pero su expresión no cambió mientras Peter seguía hablando
—¿Tú a quién vas a llevar? ¿Todavía tratas con la tía esa que tenía piercings en el coño y tatuajes? Porque sería la hostia que volviera. Y también puedes traerte al pedazo de secretario sexy que te has pillado —añadió, señalándome un momento con la cabeza y mirándome de arriba abajo de una forma que me dio escalofríos—. Bill se va a poner puto loco cuando lo vea. ¿Eres pasivo? —me preguntó directamente—. ¿La chupas bien? —sonrió—. Tienes cara de bueno pero seguro que después te lo tragas todo.
Podría haber hecho y dicho muchas cosas, y lo hubiera hecho de haberme encontrado a Peter en otra ocasión; pero allí era el ayudante del señor Black y no podía dejarle mal delante de sus… amigos depravados.
Sonreí un poco, pero solo con la comisura de los labios.
—Lo siento, señor Jacops, pero yo solo soy el ayudante del señor Black. No participo en orgías.
Él se rio, como si fuera una broma, pero poco a poco se fue deteniendo cuando vio que nadie más se reía.
—¿En serio? —le preguntó al señor Black, y éste asintió confirmando mis palabras—. Joder, pensé que sería algún aspirante a modelo que habías contratado para que te haga mamadas en el despacho.
—Leonard es muy eficiente en su trabajo —me halagó el señor Black con tono serio, pero entonces me miró y añadió—: No participaría en algo así ni por una suma considerablemente alta de dinero, ¿me equivoco?
Le miré un momento en silencio.
—Límites —le recordé, algo que el señor Jacops no entendería.
El señor Black asintió despacio y miró de nuevo al cerdo de su amigo.
—Veré a quién puedo llevar —le dijo.
El señor Jacops estuvo hablando un poco sobre más mujeres y hombres que irían, después compartió alguna anécdota desagradable y asquerosa que él encontró terriblemente divertida y, finalmente, se despidió diciendo que tenía que volver al despacho. Porque él sí que tenía una ayudante que había contratado para que le hiciera mamadas bajo la mesa.
Despedirme educadamente de aquella persona me costó demasiado. Cuando volvimos al despacho le pregunté al señor Black si necesitaba algo y le abrí la puerta. No respondió, así que di por hecho que era una negativa y la cerré tras él. No me importaba lo más mínimo lo que el señor Black y sus amigos ricos y salidos hicieran en islas paradisíacas; pero no quería ni necesitaba escuchar historias sobre mujeres vomitando después de haber tragado demasiado semen ni de jóvenes que a los que usaban como urinarios públicos. Tuve que respirar con fuerza un par de veces y tratar de tranquilizarme. Esa parte de mi trabajo, la que concernía a la vi-

da secreta del señor Black, era lo que me hacía dudar de mi futuro en esa empresa.
Por suerte, recibí una llamada que me distrajo de mis pensamientos. Después revisé que había recibido tres nuevos correos durante la reunión y habían dejado un par de post-it en mi mesa. Enlacé uno con otro para no tener un solo segundo libre en el que recordar al señor Jacops hasta el final de la jornada de la tarde. Entonces me levanté y llamé a la puerta del despacho.
—Tiene clase de yoga, señor Black —le recordé—. Deberíamos marcharnos ya.
Cerró el portátil y se levantó de su sillón. Apagué mi equipo y recogí las cosas del escritorio antes de seguir al señor Black hacia el ascensor. Nos quedamos en la parte delantera porque estaba un poco lleno, pero al menos fuimos de los primeros en salir. El señor Lakov nos esperaba en la calle con su cara peligrosa y amenazadora de siempre. Le saludé y le pregunté por el envío.
—Todo en orden, señor Obrai —respondió.
Me dejé caer sobre el asiento con una exhalación y miré una última vez la pantalla del móvil antes de dejarlo a un lado. Me quité las gafas y me froté los ojos.
—¿Has avisado ya a los sumisos que escogí ayer? —me preguntó el señor Black.
—No, no me quedó claro si quería a alguno o no —respondí, no demasiado animado al respecto, con la mirada perdida a través de la ventanilla oscurecida.
—Creo que cambiaré a la pelirroja por la mujer que dijo Peter, la de los tatuajes y los piercings. Me la llevaré a la fiesta junto con el mismo chico.
Palpé el asiento para buscar el móvil y lo cogí para anotar lo que me decía.
—Isabelle Moore y Jack Clark, entonces —le dije, comprobándolo en la lista—. ¿Los llamo para ser sus sumisos o para la fiesta?
—Llama a Isabelle para la fiesta y a Jack para ser mi sumiso —me corrigió—. Los dos muerden demasiado para tenerlos juntos. Acabaría mal.
Asentí, anotándolo como si tuviera la más mínima idea de lo que decía.
—Isabelle va a pedirte dinero, ofrécele cinco mil, sube hasta siete, pero no pases de ahí —continuó—. Pídeles a ambos que vayan a hacer los análisis al doctor Star, como siempre, y dile a Jack que entre el sábado por la tarde. Le recibirás tú, pero ten cuidado.
Le miré por primera vez desde que empezó a hablar, el señor Black estaba en su postura relajada de siempre y me miraba de vuelta.
—No le va a gustar tenerte por ahí —me advirtió.
—¿Prefiere que me esconda de él? —le pregunté.
Se quedó en silencio un momento.
—¿Vas a esconderte de mí sumiso? —me preguntó a su vez.
Levanté la cabeza, porque hasta entonces le había estado mirando por el

borde superior de los ojos para apartarme del móvil.
—Señor Black, si quiere que me esconda para no enfadar a su sumiso, lo haré. Me da completamente igual.
—Si lo haces, creerá que él manda más que tú —dijo en voz baja.
Sonreí, como si aquello hubiera sido una broma.
—Que piense lo que quiera —le dije antes de terminar de anotar los pasos que me había estado diciendo.
No me iba a dar tiempo a llamar antes de la clase de yoga, así que esperaría a hacerlo después de la cena. Aproveché un poco para cruzarme de brazos y descansar la mirada.
—Leonard —me llamó el señor Black cuando llegamos.
Entreabrí los ojos y parpadeé un par de veces. No me había quedado dormido, pero si había llegado a un estado de inconsciencia bastante agradable. Salí del coche y entramos en el gimnasio. Como había exigido el señor Black, el antiguo monitos de manos largas había sido sustituido por una mujer bajita y con cintura de avispa. Nos guio por la travesía de las posturas estúpidas y la respiración asistida. Yo hice algo parecido a lo que ella y el señor Black estaban haciendo, suspirando y quejándome por el dolor que tenía en los músculos agarrotados. Pero, al menos, nadie me tocó en toda la clase.
De camino a casa comprobé que la cena ya estuviera allí y después llamé a Isabelle, la mujer tatuada con piercings en el cuerpo.
—Hola, buenas noches, ¿es usted la señorita Moore?
—¿Quién coño eres tú y por qué me llamas con el número de Black? —me preguntó al momento.
Sonreí. Era todo lo que me imaginé que sería.
—Soy Leonard, el asistente personal del señor Black. Le llamaba porque está interesado en que le acompañe a una fiesta en una isla privada, una de esas fiestas que usted ya conoce —le expliqué, mirando a través de la ventanilla.
Durante la clase de yoga el cielo se había cubierto de nubes y empezó a chispear un poco de lluvia.
—Sería dentro de dos semanas, el último fin de semana del mes. Tendría que coger un vuelo hasta el caribe y, desde allí, volaría a una isla privada. Por supuesto, todos los gastos del viaje serían cubiertos por el señor Black.
—Quiero diez mil —fue lo único que me dijo—. Cinco mil por adelantado.
—Siete —le ofrecí sin perder la sonrisa—, dos por adelantado y firma el acuerdo de confidencialidad y se hace las pruebas con el doctor Star.
—Mira, ¿sabes lo que hacen en esas fiestas, Leonard…? —me preguntó, pronunciando mi nombre como si fuera una cursilada pija.
—Sí, señorita Moore —asentí—. También sé que hay otras personas que lo harían por cinco mil. Pero su habilidad para succionar pollas y el fisting es muy apreciada en el círculo del señor Black, por eso la he llamado la primera y le he ofrecido dos mil más. —Y con un tono seco y duro le pregunté—: ¿Le interesa o no?

Tardó un poco pero después dijo:
—Siete, tres por adelantado.
—Maravilloso, señorita Moore —respondí con un tono animado—. Le enviaré las indicaciones. Encantado de conocerla. —Colgué.
Una menos. Marqué el número de Jack mientras le explicaba al señor Black frente a mí:
—Isabelle quiere tres mil por adelantado y sonaba desesperada.
—Siempre le ha gustado mucho la cocaína —me dijo.
Alcé las cejas. No estaba sorprendido, pero no pude evitar sentir una punzada de pena por ella.
—Buenas noches, ¿es usted el señor Clark? —le pregunté al teléfono cuando una voz respondió.
—No, soy su novio. ¿Quién coño eres tú?
Abrí la boca y me apresuré a decir algo porque quedarme callado solo lo haría peor.
—Soy el ayudante del señor Black, Leonard. Quería hablar con el señor Clark por una oferta de empleo.
—Ah… sí, perdón. Está en la ducha, ¿le importa que le llame de vuelta después? —me preguntó, cambiando el tono por completo.
—Por supuesto, muchas gracias —le agradecí.
—A usted, Leonard.
—Qué majo —dije después de colgarle. Miré al señor Black y le expliqué la situación—: Me respondió su novio, así que supongo que Jack no estará interesado en su oferta.
El señor Black negó con la cabeza.
—Él siempre está interesado en venir a casa a comerme la polla —me aseguró.
Apreté los labios y bajé la cabeza. El señor Black debió percibir el disgusto en mi rostro porque me preguntó:
—¿Qué?
—No me gustan los traidores, señor Black —fui sincero, porque era algo que no podía ocultar.
Me miró con unos ojos que parecían del azul del mar de tormenta en mitad de la penumbra del coche. La lluvia caía ahora con fuerza y producía un ruido constante contra las ventanillas.
—A mí tampoco —me dijo tras un corto silencio—, pero solo cuando esa persona me importa.
Abrí la boca para responder, pero la vibración del móvil a mi lado me interrumpió.
—¿Señor Clark? —pregunté, tratando que mi tono no delatara el desprecio que ya le tenía.
—Soy yo, ¿qué quiere James?, ¿quiere que vaya a su casa?
James…
—Eso es —afirmé—, este fin de semana.
—Vale, allí estaré —respondió sin más.

—Vaya al doctor Star y tráigame los resultados. Nos vemos el sábado a la tarde.
—Espera, ¿tú también vas? ¿Eres otro sumiso o qué?
—Soy su ayudante —repetí—. El señor Black le estará esperando —y colgué.
Dejé el móvil a un lado y miré la lluvia. ¿Cómo podía parecerle tan fácil traicionar a alguien que le quiere por ser el sumiso del señor Black un par de semanas?
—¿Has pensado en lo que te dije? —me preguntó el señor Black, distrayéndome de mis propios pensamientos.
—¿Sobre qué? —le pregunté sin mirarle.
—Sobre el contrato de permanencia y el aumento de sueldo.
—Un año parece una eternidad a su lado, señor Black —le confesé en voz baja. Solo llevaba tres días con él y habían parecido meses de mi vida.
—Leonard… —se inclinó hacia delante—. Sabes que te quiero a mi lado. Solo dame una cifra.
Le miré por el borde de los ojos, sin girar el rostro de la venilla. No se trataba ya de dinero, sino de la clase de persona en la que me convertiría a su lado.
—¿Sabe, señor Black? —le pregunté con una leve sonrisa—. Cuando usted es solo un millonario megalómano y serio, me gusta mucho ser su ayudante porque es la clase de persona que respeto; pero su otra vida… no… no la entiendo. Siento que si firmo eso estaré haciendo un pacto con el diablo.
El señor Black no apartó la mirada, pero sus cejas se contrajeron un poco en una mueca apenas perceptible de preocupación y tristeza. Me pregunté si alguien había mirado tanto la cara del señor Black como yo para poder darse cuenta de ese insignificante cambio en el brillo de sus ojos y en la comisura de sus labios.
—Yo soy así, Leonard —me dijo en voz baja—. Pero si te quedas a mi lado te daré más de lo que le he dado a nadie.
Eso sonó… extraño. Como a un tipo de promesa que no tenía lugar en esa negociación. Giré el rostro para poder mirarle de frente. Un coche con las luces encendidas pasó por nuestro lado e inundó la parte trasera con una columna de luz que reflejó las gotas y regueros de agua de la ventanilla sobre nosotros.
—¿Por qué? —le pregunté.
El señor Black tardó un momento en responder algo a lo que quizá le había dado muchas vueltas.
—Porque creo que tú puedes darme más de lo que nadie me ha dado.
Fruncí el ceño sin comprenderlo.
—Tiene más dinero del que podría gastar, y una agenda llena de sumisos que obedecen todos sus deseos, señor Black —le dije—. ¿Qué cree que le puedo dar yo que usted todavía no tenga?
Pero esta vez no respondió. Se quedó en silencio, mirándome de aquella

forma tan extraña en él.
—Mañana quiero una respuesta —fue lo único que dijo.
Volvió a recostar en el asiento, recuperando la actitud que siempre tenía, como si aquel momento, aquella expresión de su rostro, nunca hubiera sido real. Quizá, llegué a pensar, las luces y sombras que proyectaban las ventanillas habían creado una ilusión en su rostro; una ilusión en la que el señor Black parecía débil y vulnerable.
—Muy bien —asentí.
Llegamos a casa un poco más tarde debido al numeroso tráfico de la ciudad cuando llovía. La cena estaba un poco fría y la separé, preocupado de lo que hubiera dentro. Abrí los envases que me tocaban y vi una crema de calabacín y salmón a la brasa.
—¿De verdad? —pregunté en voz alta, mirando al señor Black frente a mí—. ¿El día que llegamos tarde y toca crema y salmón? ¡Lo único que es desagradable comer frío!
Levanté las manos con impotencia y negué con la cabeza. Me agaché a la alacena de las bebidas y cogí dos botellines de agua, entregándole uno al señor Black. Había apilado sus envases por si quería llevárselos a alguna parte, pero él se sentó frente a mí y los abrió. Tomé una cucharada de la crema y puse cara de desagrado, estaba muy rica, pero hubiera sido perfecto que estuviera caliente con aquel día de lluvia.
El móvil vibró un momento y le eché un vistazo: una notificación de publicidad de la página en la que había comprado el puff y la lámpara. Acerqué el móvil mientras me tomaba otra cucharada y deslicé la pantalla. Había estanterías de diseño y librerías relacionadas con mi compra. Resoplé. Esos putos algoritmos siempre acertaban conmigo.
—¿Algo importante? —me preguntó el señor Black, que había preferido empezar por el salmón.
—Sí, IKEA quiere hacerme muy feliz —respondí, pinchando en el enlace.
Puse el móvil entre nosotros para que pudiera verlo y tomé otra cucharada mientras la página cargaba.
—Me gusta esta —le señalé una negra con varias baldas hasta el techo—. Es suficiente grande para poner libros altos.
—Ahí no te va a caber el equipo de música —respondió él, deslizando la pantalla hacia abajo—. Este —señaló una estantería de madera bastante grande, con la base más ancha y una columna de estantes a un lado que llegaban al techo.
—Eso no va a caber en la habitación.
Pinchó en la imagen y leyó las medidas.
—No es tan grande —respondió.
—No va a caber —repetí, muy seguro de mis palabras.
El señor Black me miró mientras yo bebía un poco de agua.
—Esta misma discusión la tengo siempre con mis sumisos.
Giré el rostro y solté el agua debido a un ataque de risa, traté de taparme, pero no maché una parte del suelo de la cocina y después a los pies del ta-

burete mientras me goteaba de la barbilla. Alcancé la servilleta y me limpié mientras continuaba riéndome. Miré al señor Black, pero negué con la cabeza y tuve que tomarme otro momento.

—No sé si fue una broma —le conseguí decir al fin—, pero ha sido muy gracioso, señor Black.

Él no confirmó ni desmintió nada. Una de las comisuras de sus labios se elevó en una discreta y débil sonrisa. Bajó la cabeza hacia el móvil y pulsó el botón de compra. Fui hacia la habitación de la colada, donde se guardaban también la fregona. Limpié el suelo de la cocina y la devolví a su sitio antes de terminar de cenar. El señor Black seguía con el móvil, pero ahora buscaba equipos de música. Me enseño uno pequeño, color negro y pantalla azulada.

—No sé mucho de tecnología —reconocí.

—Es una buena marca, trabaja con nosotros —me explicó.

—Entonces habrá que apoyarla —asentí, dándole a comprar.

Tenía que empezar a parar con aquello porque era adictivo. Me asustaba pensar en qué pasaría cuando volviera al mundo real en el que yo era pobre y no tenía a un millonario a mi lado que me pagara las mierdas que quería. Terminamos de cenar mientras el señor Black me contaba la anécdota sobre cómo había conocido y convencido a un técnico de la compañía que producía aquellos equipos de música para que compraran piezas en INternational. No fue especialmente emocionante, pero al menos fue entretenido. Cuando fui a cama pensé que había sido una cena agradable.

Desperté un poco más tarde de lo normal gracias al nuevo colchón que, efectivamente, era maravilloso. Me levanté, sintiendo las ya acostumbradas punzadas, pero menos dolorosas que antes. Cuando me duché pude lavarme el pelo sin llorar bajo la ducha, e incluso tardé menos de cinco minutos en ponerme los pantalones. Preparé café y me serví una taza mientras veía la lluvia torrencial a través de la cristalera del salón. El móvil vibró, pero no lo toqué. Mi jornada laboral empezaría cuando el señor Black despertara, y todavía tenía veinte preciosos minutos de descanso.

Veinte minutos para pensar en mi futuro allí. Puse una expresión triste que nadie pudo ver. Tres días eran poco tiempo para decidir si podría aguantar un año junto al señor Black. Como le había dicho, si solo se tratara del trabajo de oficina, hubiera aceptado sin dudarlo; pero no quería pasarme un año sumergido en la vida oscura y perversa del señor Black. También, era cierto que él me pagaba más de lo que jamás me habrían pagado en otro sitio. Al final de ese año podría tener casi un quinto de millón de dólares en el banco. Eso… era muchísimo dinero… pero, ¿era el suficiente para hacer un pacto con el diablo? Y entonces pensé en irme de allí y buscar otro empleo, y me sentí extraño. Algo me decía que otro empleo no me daría lo que me daba ser el ayudante del señor Black, y no era por el dinero. ¿Qué era entonces?

—Leonard —me distrajo una voz que empezaba a conocer demasiado bien.

—Buenos días, señor Black —le saludé con una leve sonrisa—. ¿Jersey? —pregunté, no sin cierta sorpresa.

Se había puesto un bonito jersey gris perla sobre su camisa blanca. Como toda su ropa, era demasiado entallada y apretada para dejar nada a la imaginación, pero aun así le daba una imagen mucho más casual y suave de lo normal.

—Está muy guapo —añadí, porque era cierto.

El señor Black se quedó allí, con su bolsa de deporte colgada de la mano y la mirada de aquel azul intenso clavada en mis ojos. Quizá no era la clase de hombre al que le gustaran los halagos de sus trabajadores, porque quizá le sonaran vacíos e interesados. Así que me levanté del taburete y cogí mi mochila de deporte y el móvil.

—Cuando quiera —le dije.

El señor Black parpadeó un momento y su mirada se perdió hacia un lado, pensativa, antes de volver a mí.

—Vámonos —dijo con tono serio.

Después de entrar en el ascensor miré el móvil y repasé los mensajes, correos y todo lo que me había perdido en ocho horas de sueño. Revisé el horario del día y cuando las puertas se abrieron noté una presión en la espalda que empujaba suavemente de mí hacia fuera. Levanté la cabeza

del móvil y me giré hacia el señor Black, que tenía su mano en parte baja de mi espalda. Cuando estuvimos fuera la apartó y siguió su camino al coche sin decir palabra.
Me sorprendió tanto que no pude evitar reflejarlo en el rostro, sin embargo, no fue tan importante como para molestarme en comentarlo en voz alta. Así que saludé a Lakov como cada mañana y me subí a la parte trasera del coche.
Era viernes y, aunque la agenda estuviera llena, podía sentir la proximidad del fin de semana y el merecido descanso.
—Hoy va a ser duro, señor Black —le advertí—. Dos reuniones seguidas por la mañana, una comida que tiene citada con el señor Silver, seguida de una visita al bufete de abogados y una videollamada al extranjero con madame Depardieu. Pero… —añadí, dejando un silencio para crear tensión antes de mirarle a los ojos—, para cenar hay hamburguesa con espinacas.
—¿Eso debería animarme? —me preguntó con expresión seria.
—¿No le gustan las hamburguesas, señor Black? —le pregunté, decidido a que su humor seco no me estropeara la sonrisa.
No me respondió al momento, prefirió quedarse en ese plan intimidante que tanto le gustaba.
—¿Ya has decidido si vas a firmar el contrato? —me preguntó entonces.
Perdí la sonrisa lentamente hasta que despareció.
—No, no lo he decidido —respondí.
—Entonces, quizá no debería emocionarte tanto la cena si no estás seguro de que quieras quedarte.
Bajé la mirada al móvil y cerré el horario para leer los mensajes acumulados. Me dio tiempo a responder dos de ellos antes de entrar en el gimnasio que, para mi sorpresa, no resultó tan complicado.
Es decir, seguía siendo una absoluta mierda excesiva y que te dejaba por los suelos; pero noté una mejoría cuando cogía las pesas y hacía sentadillas, como si fuera ligeramente más fácil que al principio.
Tras la hora de muerte y agonía, llegó la deliciosa ducha, pero el señor Black continuaba algo taciturno y silencioso. Le pedí el champú y me dirigió una mirada corta, creí que me soltaría alguna respuesta condescendiente antes de negarse, pero me lo dio sin decir nada. Cuando nos cambiamos dejó el jersey a un lado para ponerse la americana azul marino en su lugar. Yo me quedé mirando aquel precioso jersey mientras me abotonaba la camisa. Quizá debería comprarme uno igual, parecía muy suave y confortable.
—¿Lo quieres? —me preguntó entonces el señor Black, ofreciéndomelo, como si me hubiera podido leer la mente.
—¿Qué? —pregunté.
Me enfrente a su mirada seria.
—Llevas cinco minutos mirándolo —me dijo, insistiendo para que lo cogiera de su mano—. Lo iba a tirar de todas formas.

—¿De verdad? —me sorprendí, cogiendo el jersey—. Si está casi nuevo.
—Es de la temporada pasada —respondió.
—Ah… —comprendí. Eso de las temporadas no importaban a la gente pobre, pero los ricos tenían esas cosas de no poder repetir conjunto más de una estación seguida—. Muchas gracias, señor Black.
Me lo puse sobre la camisa y noté que me quedaba suelto y un poco largo. Ninguna sorpresa, ya que el señor Black tenía un cuerpo muy ancho y musculado y medía más que yo; pero, aun así, me parecía súper cómodo y suave. No entendía cómo podía haber pensado en tirarlo a la basura. Me miré en el espejo, me peiné un poco y sonreí, era un jersey genial.
Volvimos al coche y comprobé que el desayuno ya estuviera de camino.
—¿Café? —le pregunté distraídamente.
Como no respondió le miré y me topé con sus ojos azules. Repetí la pregunta, convencido de que no me había escuchado. Tenía esa extraña costumbre de mirarme con cara seria, le pasaba a menudo y ya apenas le daba importancia. Creía que en las reuniones hacía lo mismo, miraba a la persona que hablaba y se perdía en sus pensamientos. El locutor se ponía nervioso porque parecía que el señor Black estuviera enfadado, pero simplemente lo estaba ignorando de esa manera tan suya.
—Sí —respondió al fin.
Pedí dos cafés a la oficina y estaba respondiendo un correo de Recursos Humanos cuando le oí preguntarme:
—Leonard, si no quieres ser mi ayudante, ¿querrías ser mi sumiso?
Dejé una palabra a medio escribir y levanté la vista lentamente hacia él. Por un momento pensé que era una broma, quise pensar que era una broma, pero el señor Black lo dijo sin un rastro de diversión en el profundo azul de sus ojos.
—Te pagaré, si quieres —añadió.
—A mí no me van esas mierdas, señor Black —respondí con el tono serio que se merecía aquella conversación.
—Muchos lo encuentran liberador —insistió—. Me das todo el control a mí, y tú solo tienes que disfrutar y obedecer.
—Llevamos cuatro días juntos, en los que apenas nos hemos separado un total de quizá… ¿nueve horas al día? Creo que le ha dado tiempo para descubrir que yo no sería un buen sumiso.
—Puedo enseñarte… —dijo en voz baja y aterciopelada.
Negué con la cabeza, un poco decepcionado por todo aquello, y seguí escribiendo el correo donde lo había dejado.
—Leonard, yo…
—Señor Black —le interrumpí, mirándole de nuevo, pero esta vez no había ganas de conciliación por mi parte—, no voy a ser uno de sus sumisos ni me va a poner en esa asquerosa agenda. ¿Lo ha entendido?
Él se quedó mirándome como hacía siempre y yo me centré en ignorarle.
—Bájate del coche —me ordenó.
Me detuve y le miré. Ahora estaba enfadado, con la mandíbula tensa y sus

manos apretadas en puños. Sentí una especie de punzada en el estómago, un sentimiento de ansiedad y miedo.

—Bájate del puto coche… ahora —repitió, un poco más lento y un poco más grave.

Entreabrí los labios y luché para que los ojos no se me humedecieran. ¿Me estaba despidiendo?, ¿era eso? Así… ¿sin más? Él ladeó la cabeza y sus ojos se abrieron lentamente. No lo repetiría una vez más. Cogí una bocanada de aire, porque yo no iba a llorar delante de él por perder un trabajo que no sabía ni si quería.

Estábamos parados en un semáforo en rojo y afuera llovía con fuerza. Abrí la puerta y salí, cerrándola tras de mí. Me apresuré un poco, entre las filas de coches y taxis que esperaban, hasta alcanzar el toldo de una cafetería. No había recorrido ni siete metros y ya tenía el pelo empapado y los hombros del jersey mojados. Pero no miré atrás, seguí el camino por la acera, esquivando a la gente con paraguas de marca que caminaba por la avenida central.

Giré hacia una calle lateral que sabía que Lakov no tomaría y me detuve en otra cafetería más pequeña. Pedí un café con leche y me tapé los ojos con una mano temblorosa.

Tenía ganas de llorar. ¿Por qué tenía ganas de llorar? Cogí aire por la boca, sintiendo una desagradable presión en la parte baja del pecho. No podía dejar de pensar que, de alguna forma, había decepcionado al señor Black y eso me producía ansiedad. ¿Qué cojones me pasaba? Recogí el café grande con mi nombre mal escrito y fui a una de las pocas mesas que había. Me senté y entonces me di cuenta de que, en mi otra mano, todavía tenía el móvil del señor Black. No me había dado cuenta, no se lo había devuelto, porque estaba ya demasiado acostumbrado a tenerlo siempre encima. Lo dejé sobre la mesa y me froté el rostro mojado.

No quería que me despidiera así. No de esa forma. Joder, yo… yo no había querido ofenderle. Cogí otra gran bocanada de aire y me crucé de brazos sobre la mesa, tratando de que me dejaran de temblar. Miré la cristalera de la cafetería, la lluvia y la gente que pasaba deprisa, siempre deprisa. El móvil vibró un poco, cerré los ojos y después lo miré. ¿Sería la llamada de la oficina en la que me pedirían que devolviera el teléfono y despejara mi escritorio?

El corazón se me encogió como si una mano invisible me lo estuviera apretando con fuerza en mitad del pecho. Pensé en que no podría volver a ver al señor Black, no podría volver a mirarle a los ojos y saber que le había decepcionado. Me sentía ridículo por sentir aquello. Él era una mierda de persona: egoísta, prepotente, ninfómano, irascible y difícil de tratar… pero había algo profundamente reconfortante en estar a su lado.

Un retorcido y adictivo sentimiento de aprobación que no sabía que había estado consumiendo de él hasta aquel mismo momento, cuando me había faltado y empecé a sentir el mono de aquella nueva y dulce droga. El señor Black me había hecho sentir necesario y valorado. Había demostra-

do que apreciaba enormemente el trabajo que yo hacía, había compartido su vida conmigo por entero y ahora me sentía extrañamente solo y desesperado. ¿Era el dinero?, me pregunté, ¿era la sensación de poder que fluía desde él hacia mí? ¿o era porque me gustaba demasiado ser alguien especial en su vida?

Me sorprendí pensando en volver, en volver a la oficina y pedirle que no me despidiera. En pedirle perdón por… no sé qué, exactamente, pero por algo. Sería humillante, sin duda, eso le encantaría. Entonces puede que me perdonara y bajara el sueldo de la oferta, porque habría oído la desesperación de mi voz; o puede que no le importara una mierda y simplemente se le pusiera dura como una piedra al verme en aquella posición tan vulnerable. Puede que me humillara todavía más mientras se masturbaba bajo la mesa, solo para correrse y terminar echándome de todas formas. Él era el amo, después de todo.

Limpié las lágrimas que se me habían derramado por el rostro con la manga del jersey gris perla. ¿Qué iba a hacer? Tenía el móvil, y eso era un ticket de vuelta al despacho del señor Black, una buena excusa, una oportunidad final para volver a su lado. Y yo quería volver a su lado. Yo debía estar jodidamente enfermo de la puta cabeza si quería volver a su lado. Cuando lo tenía, cuando el señor Black me había ofrecido el contrato de permanencia, había dudado si era lo mejor para mí; pero yo tenía su aprobación y estaba colocado hasta el culo de ella. En el fondo estaba seguro de que él me necesitaba. Quizá… quizá solo quería un poco más de atención, que él insistiera un poco más… que me dijera una vez más que me quería a su lado. En el fondo siempre supe que terminaría aceptando el trato.

Joder, sí que estaba puto enfermo de la cabeza.

Todo lo que estaba sintiendo y de lo que me estaba dando cuenta me daba miedo, me aterraba profundamente depender de algo tan banal como la aprobación del señor Black. De buscar el cariño de un monstruo. ¿Qué decía eso sobre mí? Negué con la cabeza y bebí un poco de café, estaba caliente y sabía amargo. Se habían confundido con el pedido y no le habían echado leche. El móvil volvió a vibrar. Le di otro sorbo al café y pensé en que volvería, pero no para humillarme, porque yo valía más que eso. Iría a verle, miraría aquellos ojos del azul intenso del mar, un mar donde nunca me había ahogado, y me disculparía educadamente por haberle ofendido. Entonces me iría, con la dignidad intacta y la cabeza alta de quien ha hecho bien su trabajo.

Me levanté de la mesa y cogí el café para dejarlo sobre el mostrador.

—Te has equivocado con el pedido —le dije a la chica morena.

Ella trató de disculparse, pero hice un gesto de que no importaba y me fui sin mirar atrás. No merecía la pena enfadarse por algo así, simplemente tacharía aquel lugar de la lista de sitios a los que iría otra vez. Caminé a paso rápido por la calle, aprovechando todos los salientes de los edificios de los que fui capaz para cubrirme de la lluvia. El último tramo hasta el e-

dificio de King's Place ya dejé de esforzarme. Llegaría empapado de todas formas. Miré mi reloj y vi que todavía quedaban diez minutos del desayuno antes de la primera reunión. Serían suficientes. Subí al ascensor y pensé en lo que diría.
«Lo siento mucho, señor Black». No, yo no sabía por qué debía sentirlo. Era él quien me había insultado ofreciéndome un descenso laboral para ser su sumiso.
«Aquí está su móvil, señor Black». No… no, definitivamente. No quería ser el típico joven despedido que estaba evidentemente molesto y enfadado.
«Señor Black, creo que ha cometido un error». Joder… no, eso nunca.
«Señor Blak…»
El ascensor se abrió en la planta de INternational y sentí que perdía el aliento. La confianza que me había llevado hasta allí desapareció con cada latido de mi corazón desbocado. Me obligué a tranquilizarme, me obligué a pensar que yo era un profesional y que aquello tan solo era un trabajo más. Saludé a las recepcionistas con una inclinación de cabeza, ellas sonrieron y me saludaron. Comprendí que nadie sabía que me habían despedido. Entonces empecé a dudar de si realmente estaba despedido. El señor Black no lo había dicho, simplemente me había ordenado bajar del coche. Pero eso era como despedirme… ¿no? Tomé el pasillo recto hacia el despacho como si fuera el corredor hacia el infierno. La gente hablaba a mi alrededor, salían de sus despachos y seguían trabajando, ignorándome por completo. Me quedé frente a la puerta de madera oscura y cerré los ojos, tomé una bocanada de aire y levanté un puño que detuve a escasos milímetros de la puerta.
Le diría que… No, a la mierda. Llamé un par de veces y abrí la puerta.
Me encontré con aquellos ojos azules e intensos. El señor Black estaba en su sillón negro, con los codos sobre la mesa y los dedos cruzados frente a los labios. No había envases vacíos frente a él, ni café. No se había quitado la americana ni se había bajado un poco la corbata. Era como si, simplemente hubiera llegado y se hubiera sentado allí.
Nos quedamos en silencio. El corazón me latía con fuerza, pero sentí que la expresión seria que no me había dado cuenta que tenía en el rostro se relajaba un poco.
—¿Todavía no ha desayunado, señor Black? —le pregunté.
Muy bien. Vaya puta mierda, vaya… increíble… mierda. La primera frase, la más importante, y era sobre su desayuno. Él no dijo nada y, si se reía de mí y me decía algo ofensivo, lo tendría totalmente merecido. Le había dejado en bandeja una respuesta insultante y humillante que me dejara allí plantado sintiéndome como un completo imbécil por haber vuelto.
—No —respondió con una voz baja y un poco ronca tras sus manos cruzadas.
Parpadeé y apreté las comisuras de los labios. No parecía que quisiera reírse de mí ni que tratara de humillarme. Y yo no quería soltar ningún

discurso sobre lo mucho que se había equivocado al prescindir de mí. De todas formas, ya era demasiado tarde para eso.
—¿Quiere que se lo traiga? —le pregunté.
—Sí.
Asentí con la cabeza y cerré la puerta. Me llevé una mano al rostro empapado por la lluvia y repensé la estrategia que tomaría al volver con el desayuno. Le pedí la bolsa de papel con los envases de plástico a las chicas de recepción, junto con los cafés que les había pedido antes de bajarme del coche. Me lo entregaron todo con una sonrisa y volví a cruzar aquel pasillo. ¿Qué le diría al señor Black? Le entregaría el desayuno y, ¿después qué? ¿Le preguntaría si me había despedido? Era ridículo.
Abrí la puerta todavía pensando en ello y llevé la bolsa hasta la gran mesa del señor Black. Notaba su mirada fija y atenta, pero eso entraba dentro de la normalidad, lo extraño hubiera sido que no me hubiera mirado. Puse su café solo y templado a un lado y después cogí los envases de diferentes tamaños, pero solo uno de cada. No iba a sacar los míos y ponerme a desayunar en el sillón como cada día, como si nada hubiera pasado… eso sería estúpido. Terminé de coger las servilletas del fondo de la bolsa y sentí que el tiempo se me acababa, después tendría que decir algo y no tenía ni idea de cómo afrontar aquello.
Puse la última servilleta sobre la mesa y, como si decidiera rendirme a lo inevitable, fui a coger el móvil de mi bolsillo. Se lo entregaría de vuelta y le diría la verdad: que había sido un placer trabajar a su lado.
—Leonard —me llamó el señor Black. Le miré, sintiendo la carcasa fría del móvil bajo la punta de mis dedos—. ¿Me vas a dejar? —me preguntó tras un breve silencio.
Ladeé el rostro, pero no dejé que pudiera ver la sorpresa que había sentido al oír aquello.
—¿Quiere que le deje, señor Black? —le pregunté yo, manteniendo un tono neutro y tranquilo.
El señor Black mantuvo sus labios ocultos tras sus manos entrelazadas. Todavía no se había movido desde que le había visto al entrar. Empezó a respirar un poco más fuerte tras oír mi pregunta, hinchando su pecho y moviendo ligeramente los hombros a cada bocanada. Podía sentir la frustración en sus dedos más apretados, la duda en el brillo de sus ojos y el sufrimiento en el leve temblor de su entrecejo. Él no quería responder aquello, porque él era el amo y no rogaba a nadie; ni siquiera a mí.
—Si no empieza a desayunar ya, no le dará tiempo a terminar antes de la reunión —le dije yo, salvándole de tener que responder a mi pregunta. De tener que reconocer que no quería que me fuera y que lo sentía.
Cogí la bolsa de papel y me llevé al sillón, como todas las mañanas, fingiendo que nada había pasado. Cogí el móvil y lo miré, se me había acumulado un poco de trabajo, pero había merecido la pena. Ahora me sentía lleno otra vez, como si todo hubiera vuelto al sitio en el que debía estar. Dejé de pensar en lo retorcido que era todo aquello que el señor

Black me hacía sentir y bebí un sorbo de mi café con leche antes de meterme una cucharada de avena con queso fresco, frutos secos, plátano y pasas.

—La primera reunión será con administración —le expliqué—, por lo que tengo entendido han tenido problemas con la empresa de envíos. Después tendrá diez minutos de descanso y otra reunión con algunos inversores.

El señor Black comía su desayuno en silencio mientras me oía.

—Dile a Cecil que prepare el contrato personal de permanencia, y lo firmamos en esos diez minutos —me dijo.

Levanté la cabeza hacia él, que ya me estaba mirando mientras masticaba el queso fresco con avena. Volvía a ser el señor Black, el millonario ninfómano y megalómano de expresión seria al que no le gustaba que le llevarían la contraria.

—Muy bien —afirmé, porque… era lo que iba a hacer de todas formas al final de día.

Después de todo, había vuelto a su lado y lo único que había hecho era seguir siendo su ayudante personal. El señor Black había dado por hecho que me había bajado los pantalones para él y que ahora podría darme por el culo todo lo que quisiera y más.

Mandé un mensaje a Cecil con las instrucciones y bebí apresuradamente el resto del café, aunque ya estuviera frío. Me levanté, dejando un par de cucharadas de avena en el envase y miré el reloj.

—Ya es hora, señor Black —le avisé.

Él se metió las últimas cucharadas a prisa y se limpió la boca. Se levantó de la silla y le abrí la puerta. Me dirigió una mirada antes de salir y le seguí a la sala de reuniones central, la más grande. Una hora y media y dos páginas repletas de notas después, salimos de vuelta al despacho. El café no había sido suficiente para poder mantenerse despierto tras un discurso de cuarenta minutos y una presentación en Power Point con las luces apagadas. Acompañé al señor Black al despacho y llamé a Cecil, quien llegó en apenas un par de minutos con el contrato en la mano de uñas perfectas. La invité a entrar y ella inclinó la cabeza hacia el señor Black. Por alguna razón a nadie le gustaba mirarle directamente a los ojos cuando le hablaban.

—Es un contrato de pacto de permanencia con el señor Black, no con la empresa —me explicó, porque supuse que tenía que hacerlo—. INternational no formará parte y no será reflejado en sus archivos. Usted, señor O'Brien, acepta trabajar personalmente para el señor Black, y solo para el señor Black, sin posibilidad de rescindir el acuerdo hasta dentro de un año legal. Entonces tendrá tres días hábiles para romper el acuerdo, de no ser así, se renovaría automáticamente. —Se detuvo para asegurarse de que la entendía y yo asentí—. De no cumplir con las exigencias y requisitos aquí nombrados, se le suspendería de inmediato de empleo y sueldo, siendo obligado a devolver no solo el dinero que haya ganado, sino a tener que cubrir todos los gastos que haya acumulado durante su

estancia junto al señor Black: comida, transporte, alquiler…
Alcé las cejas, impresionado.
Llevaba cuatro días con él y no quería ni imaginar la deuda que ya había acumulado si contaba con la «comida de campeones» hecha por la mejor chef de la ciudad, las cuotas de los gimnasios de élite, los viajes en coche, por no hablar de mi cama nueva y todo lo que había comprado compulsivamente para mi cuarto. Así que, si rompía el acuerdo, el señor Black me hundiría en la miseria económica para el resto de mi vida.
Perfecto.
—Firmando, acepta mantener la privacidad del señor Black, así como las nuevas exigencias con respecto al contrato original. No pu…
—¿Qué nuevas exigencias? —la interrumpí.
Ella dudó un momento, quiso mirar al señor Black, pero no se atrevió. Yo ladeé un poco la cabeza, insistiendo en que me diera una explicación.
—Los añadidos con respecto a la prestación de servicios y el apéndice de límites tolerables e infranqueables.
Miré al señor Black, que ya me estaba mirando fijamente desde el sillón tras el escritorio. No habíamos discutido nada de aquello, y todo lo que oía no me gustaba en absoluto. Extendí una mano para que Cecil me entregara aquel contrato. Me salté la parte en la que aceptaba la confidencialidad, la estipulación del sueldo y la completa disponibilidad de mi tiempo para atender al señor Black. Alcancé la parte de Prestación de Servicios y comencé a leer rápidamente hasta que encontré el «añadido».
—Ambas partes aceptan que pueden surgir cuestiones contempladas en los términos de este contrato (Apéndice 3: Límites permitidos e infranqueables) que puedan ser renegociadas en el futuro…
Miré de nuevo al señor Black con una mueca de enfado, pero él se limitó a inclinar un poco la cabeza hacia delante. Pasé la página para leer el famoso Apéndice 3, donde se describía una lista de lo que podía hacer el señor Black conmigo y, para mi sorpresa, lo que podía hacer yo con él. Lo empecé a leer rápido, creyendo que todo sería sexual y humillante, sin embargo, me equivoqué. Levanté la cabeza de nuevo para mirar al señor Black.
—Redacté el apéndice yo mismo —me dijo al fin, cogiendo una pluma de su escritorio y entregándomela—. Los límites son los mismos para ambos.
Cogí la pluma de su mano y dejé el contrato sobre la mesa. El primer límite infranqueable era que no podía haber contacto con la piel desnuda. El segundo: que ninguno trataría de humillar al otro. El tercero: la traición.
Puse la fina punta estilográfica sobre el papel y, sin pensarlo más, firmé al lado de mi nombre. Cuando terminé me sentí más ligero, quizá porque había vendido mi alma al diablo y mi cuerpo pesaba menos ahora que estaba vacío. El señor Black no dudó un momento y firmó el papel. Me lo entregó y yo se lo pasé a Cecil.

—Estaba seguro de que este tipo de acuerdos con el diablo se firmaban con sangre —le dije, a forma de broma. Ella abrió más los ojos negros y pareció aterrada por mis palabras—. Era una broma —tuve que aclararle.
Cecil trató de sonreír, pero no fue capaz.
—Eso es todo —el señor Black despidió a Cecil con un gesto vago de la mano, sin si quiera mirarla.
Ella se despidió de ambos con un asentimiento de cabeza y se fue, cerrando la puerta con cuidado. Le pediría una copia del contrato, porque quería tenerlo a mano por si acaso. Miré el reloj y después al señor Black, iba a hablar, pero me detuve cuando vi una leve sonrisa en su rostro. Se había recostado sobre su sillón, visiblemente más relajado y complacido que antes.
—Ahora mismo la tengo muy dura, Leonard —me dijo con voz lenta y grave. Apretó los dientes y empezó a respirar con más fuerza, en esa perturbadora mezcla de ira y excitación. Se llevó la mano a la entrepierna y se frotó por encima del pantalón sin dejar de mirarme—. Ya no puedes escapar de mí.
Mantuve su mirada un momento. Aquello era por lo que había estado llorando esa mañana, por aquel hombre trastornado que me hacía sentir tan especial. El mismo hombre que ahora me miraba con una sonrisa macabra en los labios mientras se tocaba debajo de la mesa.
Cogí aire y lo solté lentamente. Quizá yo también estuviera loco y no lo sabía.
—Es mejor que no frote más eso, señor Black —le dije con un tono tranquilo—. La reunión empieza en un minuto y ambos sabemos que sus pantalones son demasiado ajustados.
El señor Black se detuvo, aunque estaba casi seguro de que mis palabras no iban a poder atravesar la densa nube de excitación e ira que le nublaba la mirada. Puso ambas manos sobre la mesa y giró el rostro hacia el paisaje tormentoso y gris de la ciudad tras el ventanal. No quería apurarle porque no era como pulsar un botón, había mucha sangre en su polla y necesitaba tiempo para volver al torrente sanguíneo. El señor Black se levantó, todavía con un evidente bulto, pero menos evidente de lo que podía llegar a ser. Se abrochó un botón de la americana para que la tela del final le ocultara un poco y finalmente me miró.
—Vamos —ordenó con su expresión seria de siempre.
Salimos hacia la reunión y el señor Black saludó a los inversores con fuertes apretones de mano antes de invitarles a sentarse, si alguien se dio cuenta de su abultada entrepierna, no dijo nada al respecto. Junto a ellos estaban algunos del departamento de ventas de INternational; no los conocía, pero ellos actuaron como si así fuera, saludándome con una sonrisa que yo les devolví. Empezaron la reunión con varias bromas y comentarios para relajar el ambiente y hacer sentir a los inversores más cómodos.
—Me habían dicho que usted era un hombre atractivo, señor Black, pero

creí que exageraban —le dijo en una ocasión uno de ellos, dejándose llevar por el ambiente casual—. Tengo una hija de su edad, quizá deba presentaros.

Todos se rieron, los del departamento de ventas más que nadie. Incluso el señor Black se esforzó por extender un poco más la leve sonrisa con la que había sustituido su expresión seria. Yo no tuve que reírme, porque en mi esquina al lado de la puerta nadie me prestaba atención. Dos largas horas después llegaron las despedidas. Se había producido un cambio gradual en el estado emocional de los asistentes, como si atravesaran un valle: primero bromearon, después fueron descendiendo a una llanura seria en la que habían empezado las negociaciones serias y las explicaciones importantes, para terminar ascendiendo de nuevo hacia el punto álgido y divertido con el que había empezado. Los inversores se despidieron del señor Black con un apretón de manos y de mí con una leve inclinación de cabeza, pero solo cuando tuvieron que salir por la puerta y se dieron cuenta de que todavía estaba allí. Los de ventas los acompañaron al ascensor mientras hablaban del restaurante al que les llevarían a comer. El señor Black fue directo a su oficina y dejó la puerta abierta para que yo pasara tras él.

—La comida con el señor Silver es en veinte minutos —le recordé, mirando el móvil. Tenía un montón de llamadas pendientes y post-it con mensajes que debía responder—. Lakov ya le está esperando en la puerta.

—Cogí el post-it donde me habían escrito eso y lo arrugué en la mano.

—Esperaremos hasta que los putos inversores se vayan —me dijo, sentándose en el sillón—. No quiero tener que oír más gilipolleces.

Me di la vuelta y cerré la puerta que tan solo había dejado arrimada, creyendo que nos iríamos al momento. Abrí un correo que me pareció especialmente interesante y que creía que le iba a gustar oír.

—El doctor Star ya tiene los análisis de Jack y todo es correcto —le dije—. Ha sido muy rápido —reconocí.

—A Jack le gusta mucho ser mi sumiso —dijo el señor Black, mirando hacia la lluvia tras la cristalera—. Le pongo muy cachondo y le encanta el lujo de la clase alta.

No dije nada al respecto, porque no era asunto mío opinar sobre Jack y la clase de persona de mierda que me parecía. Así que seguí respondiendo algunos mensajes de los post-it y después hice una llamada rápida a Lakov para confirmar si el grupo de inversores ya había dejado el edificio.

—Ya podemos irnos, señor Black —le informé.

Salimos hacia el ascensor, que estaba menos lleno de lo normal a aquella hora. Nos detuvimos en una planta y noté de nuevo una mano en mi espalda que me empujaba levemente hacia un lado. Estaba escribiendo un mensaje y no me había dado cuenta de que debía apartarme para que pasara alguien. El señor Black me había apartado en silencio, pero no dejó de tocarme la parte baja de la espalda hasta que abandonamos el ascensor.

Aproveché el tiempo que tardamos para ir al restaurante en hacer algunas llamadas rápidas y después me senté en una mesa solitaria a un lado del italiano donde comerían el señor Black y el señor Silver. Me tomé un plato de pasta a la carbonara que estaba muy seguro que no aparecería por ninguna parte de la dieta de los campeones y después pedí un café con leche. Descansé un poco la mirada y estiré los dedos de las manos, un poco agarrotadas después de pasarme horas escribiendo en el móvil. Llegué incluso a estirarme un poco el cuerpo, flexionando los brazos en alto para hacer crujir la espalda. Cuando terminé me topé con la mirada del camarero que me traía el café y sonreí avergonzado.

—Perdona —me disculpé—, ha sido una lunga mattinata —traté de decirlo bien, pero no pude evitar poner la voz de El Padrino y juntar los dedos de las manos en un gesto que, esperaba, no le resultara ofensivo.

Él se rio, sin embargo.

—El único que habla italiano es mi abuelo —respondió, sirviéndome el café con una sonrisa—. Pero te puedo decir que has puesto la misma voz de fumador empedernido que él tiene.

Esa vez me reí yo. Mantuvimos una agradable conversación, mientras él tenía la bandeja debajo del brazo y la mano apoyada en el respaldo de la silla frente a mí. Empecé a pensar que tenía unos bonitos ojos oscuros y que su nariz grande no quedaba tan mal en su rostro alargado.

—Leonard —nos interrumpió una voz seca y grave—. Vámonos.

Miré al señor Black y me levanté, despidiéndome del camarero con una sonrisa. De vuelta en el coche le pregunté:

—¿Qué tal la comida?

—Bien —respondió de forma cortante y una mirada fija en mis ojos.

No sonaba que hubiera ido muy bien por el humor con el que se había vuelto, pero preferí no insistir y seguí respondiendo mensajes y… de pronto tenía un pie encima de la rodilla. Alcé la mirada hacia el señor Black, recostado un poco más de lo normal sobre el asiento para alcanzarme con su pie.

—Dame un masaje —me ordenó.

Entreabrí los labios, pero no pude hablar. Miré su zapato negro sobre mi pantalón y alcé las cejas.

—No puedo tocarle —le recordé—. Es un límite infranqueable.

—No puedes tocarme directamente la piel —me corrigió él.

—¿Y quiere que masajee el zapato?

Su mirada seria se fue diluyendo en una mueca más cercana al enfado.

—Tengo calcetines, Leonard… —respondió en voz baja y peligrosa.

Mantuve su mirada un momento, pero después me rendí y, con una exhalación le desabroché el zapato y se lo quité para dejarlo a un lado en el suelo. El señor Black tenía un pie bastante grande, porque, evidentemente, todo era grande en él.

Lo rodeé con las manos y presioné con los pulgares, haciendo más fuerza sobre la planta del pie. Fui a preguntarle si le estaba apretando demasia-

do, pero el señor Black había recostado la cabeza contra el respaldo con los ojos cerrados y una leve sonrisa de placer en los labios. No quise interrumpirle ahora que estaba tranquilo.
Seguí masajeándole lentamente, mirando el móvil a mi lado en el asiento cuando vibraba, apartando una mano para deslizar la pantalla si era un mensaje o un correo importante. Cuando nos detuvimos llamé al señor Black, que, aparentemente, se había quedado dormido durante los veinte minutos que tardamos en llegar.
Cogí el zapato del suelo y se lo puse de nuevo, atando los cordones mientras insistía:
—Señor Black, despierte, ya hemos llegado.
Él abrió los ojos lentamente y parpadeó un par de veces, me miró y yo le repetí lo que había dicho antes. Apartó su pie de mí y se sentó en el asiento mientras yo limpiaba la mancha oscura que me había dejado. Por suerte llevaba unos pantalones negros y apenas se notaba. El señor Lakov tenía un paraguas para acompañar al señor Black, pero yo me limitaba a salir del coche corriendo y alcanzar la entrada antes de empaparme demasiado. Busqué el piso del bufete de abogados en los carteles sobre la recepción del edificio, pero el señor Black se me adelantó y fue hacia el ascensor a un lado. Le seguí y entramos justo a tiempo antes de que se cerrara. Había mandado un mensaje a la secretaria que me había pedido que confirmara nuestra asistencia, diciéndole que ya habíamos llegado. De pronto noté esa presión en la parte baja de la espalda y, con una expresión de extrañeza en el rostro, alcé la mirada hacia el señor Black a mi lado. Ya era la tercera vez aquel día que lo hacía, y en ese momento no había necesidad alguna. Él me miró de vuelta en silencio, pero no apartó su mano de mí. Me pregunté si en el mundo del sadomasoquismo y la dominación una mano en la espalda significaba algo en específico; pero llegamos a nuestra planta y lo dejé pasar.
Ya nos estaban esperando y el comité de bienvenida recibió al señor Black con grandes sonrisas y apretones de manos. Yo había trabajado en un bufete y sabía que cada uno de aquello abogados lamería el suelo que el señor Black pisaba si con ello no perdían su cuenta millonaria.
Nos guiaron hacia uno de los despachos más grandes, bueno, guiaron al señor Black, yo simplemente iba detrás. Todos pasaron y yo me quedé en la entrada junto con la secretaria que resultó ser la misma con la que me había mensajeado.
Después de explicarle al señor Black la situación legal de la empresa y las demandas que habían recibido de algunos consumidores sin importancia, se detuvieron a escuchar lo que el señor Black tuviera que decirles.
Al parecer, aquel bufete cubría a INternational, Cecil, la abogada de la oficina, cubría los asuntos privados sobre contratos con sumisos. Al terminar, invitaron al señor Black a acompañarlos en una cena, o quizá a tomar unas copas en algún bar de alto standing repleto de mujeres hermosas.

—Lo siento, tengo una agenda que cumplir —respondió él—. Quizá en otra ocasión.

Cuando se levantó, todos le imitaron, algunos de ellos se abrocharon sus americanas con una sonrisa nerviosa en los labios. Nunca estaban seguros de si el señor Black se marchaba complacido o no de una reunión. Cuando le acompañaron a la puerta de cristal que la secretaria había abierto, uno de los últimos de ellos se paró frente a mí con cara extrañada y me señaló con el dedo.

—Me suenas mucho —me dijo—. Creo que te he visto en los juzgados.

Sonreí, dispuesto a decirle que había trabajado para el señor Robinson, un abogado de otro bufete, y que, efectivamente, podría haberme visto en los juzgados.

—Leonard —me llamó el señor Black con tono impaciente desde el pasillo—. Vámonos.

—Discúlpeme —respondí, saliendo por la puerta.

Todos se habían detenido cuando él lo había hecho, y no avanzaron hasta que él se movió de nuevo. Era uno de los bufetes más importantes de la ciudad, todos a nuestro alrededor habían ido a las mejores universidades del país, y aun así me estaban esperando porque el señor Black así lo quería. Porque él era el que mandaba allí. Miré aquellos ojos del azul más profundo e intenso que me miraban de vuelta y… quizá fuera la erótica del poder, pero de pronto el señor Black me pareció el hombre más jodidamente sexy del mundo.

Un pensamiento que me preocupó bastante tener.

El señor Black volvió a poner su mano en mi espalda en el ascensor al salir del bufete de abogados, en el ascensor hacia la oficina de INternational e incluso en el de su casa; donde no había nadie del que debiera apartarme. El toque de su mano era cálido y agradable, jamás se sobrepasaba ni me acariciaba, pero estaba ahí y no dejaba de pensar que se trataba de un gesto muy dominante, casi posesivo.

Llegamos a la cocina y la comida ya estaba allí, en su bolsa de papel de siempre, solo que esta vez se había mojado un poco por el camino. Saqué los envases de la cena e hice lo que siempre hacía, dividirlos en dos y apilar los del señor Black por su quería llevárselos a algún lugar. Él se quitó la americana y la corbata y las dejó a un lado de la mesa de isla antes de sentarse frente a mí. Parecía algo cansado, y no me sorprendía, había sido un día muy largo.

—Quítate el jersey, lo vas a manchar —me ordenó antes de que abriera mis envases de la comida.

Miré el jersey gris perla que me había regalado y pensé que era una buena idea. Me lo quité, lo doblé con cuidado y lo dejé a un lado. También me saqué la camisa de dentro de los pantalones de pinza negro y me abrí un botón más para no sentirme tan ahogado. Por lo que a mí respectaba, la jornada laboral «oficial» ya había terminado; seguiría trabajando para el señor Black, por supuesto, pero en su casa no había normas de vestimenta tan estrictas como en la oficina. El móvil vibró y le eché un rápido vistazo, como no era importante mordí la hamburguesa y la mastiqué lentamente.

—¿Qué es esto? —pregunté, mirando el interior—. Esto no es una hamburguesa…

—Es tofu a la brasa, berenjena, lechuga, tomate y pan de centeno —respondió el señor Black.

—Es un puto sándwich de pan gordo —farfullé, un poco indignado—. Yo… —dejé la falsa hamburguesa en el envase y negué con la cabeza—. Esto es jugar con mis sentimientos —me ofendí.

Noté la mirada del señor Black, que continuaba comiendo la hamburguesa a grandes bocados.

—¿Es una de tus bromas? —me preguntó.

—No —respondí, un poco desanimado ahora—, pero fue un día… bastante duro y me había hecho ilusión llegar a casa y cenar una hamburguesa.

—¿En serio creías que iba a ser una hamburguesa de verdad? Eso es un límite infranqueable de esta dieta.

Tardé un momento, pero una risa me nació en el pecho y terminé riéndome en voz alta.

—A veces es muy gracioso, señor Black —reconocí, dedicándole una breve mirada antes de coger de nuevo la hamburguesa—. Y lo mejor es que ni siquiera intenta serlo.

Él continuó mirándome en silencio mientras masticaba la hamburguesa, pero no es que pensara que fuera a expresar algo con el rostro. Las únicas emociones que el señor Black podía experimentar eran la ira, la frustración y la excitación sexual. Muchas veces a la vez.

—¿Qué tal la cama nueva? —me preguntó.

—Muy bien, la verdad.

Seguí sonriendo y asentí mientras masticaba aquella hamburguesa que no era hamburguesa pero que estaba rica, aunque no era lo que yo había esperado y era decepcionante. El señor Black se limpió la boca con una servilleta de papel cuando terminó.

—Tendré que probarla —me dijo.

—Aún no tiene sábanas, así que es un poco cutre —respondí, porque no entendí bien qué quería decir exactamente con «probarla», ni cómo pensaba hacerlo.

—Tengo sábanas si quieres —me ofreció.

—Oh, eso sería genial. Gracias, señor Black.

—Termina de comer y te las enseño —me ordenó.

Lo que él llamaba sábanas eran en realidad pequeñas fortunas metidas en un armario en el pasillo más allá de la puerta de mi habitación y la habitación del placer. Al principio pensé que eran muy suaves y que debían ser caras, el señor Black me dijo que eligiera la que quisiera y yo fui directo a unas blancas y azules que había en una esquina. Eran para una cama mucho más grande que la mía, así que tuvimos que levantar el colchón y meter el resto por debajo.

—Son muy suaves —reconocí, dejándome caer de espaldas con las piernas colgando en el borde.

Al señor Black le había llamado la atención el puff y se había dejado caer sobre él.

—Son de mil ochocientos hilos —respondió, acomodándose en la pelota de relleno blando.

—Suena caro.

—Treinta y dos mil.

—¿Qué? —exclamé, apoyándome en los codos para mirarle de frente—. ¿Unas sábanas?

El señor Black me miró, pero entonces deslizó sus ojos por mi cuerpo tumbado en la cama y con las piernas levemente abiertas. No había sido intencionado, sino solo una desafortunada coincidencia. Él volvió hacia mis ojos, pero ya era tarde y en su entrepierna se empezó a marcar el habitual bulto que tan bien conocía ya. Yo mantuve su mirada en silencio, pero negué con la cabeza, recordándole dónde estaban los límites.

El señor Black se levantó del puff, fue hacia la puerta y salió para cerrarla de un golpe seco. El límite infranqueable era lo único que marcaba la diferencia entre ser su ayudante o ser su sumiso.

—

Me desperté en una cama que valía más que un coche y sobre unas sábanas que valían más que dos años de mi antiguo sueldo. Así que, sí, supongo que había dormido a gusto. Me duché sintiendo ya solo una leve punzada al levantar los brazos y una incomodidad en las piernas. No me puse camisa y pantalones de vestir, ni siquiera las lentillas, porque era sábado y no tendría que ir a la oficina. Preferí ponerme uno vaqueros oscuros, mis gafas y mi nuevo jersey gris, porque seguía lloviendo y era suave y me gustaba demasiado. Me preparé un café y dejé la mochila del gimnasio a un lado. Había mirado la agenda y sabía que ese día también habría que ir, pero el resto estaba despejado; a excepción de «Barbero», «Recibir a sumiso» y «trabajo». Me había preguntado si lo de trabajar era una metáfora de sexo, pero estaba puesto todos los sábados del mes, así que no podía estar seguro.

El señor Black llegó diez minutos después. Aunque fuera sábado se había puesto camisa y pantalón de traje, lo cual, sinceramente, no me sorprendió demasiado.

—Buenos días, señor Black —le saludé con una leve sonrisa.

Me miró de arriba abajo y después a los ojos, pero volvió a repetir el proceso una vez más antes de responder:

—¿Vaqueros?

—Así es.

Él asintió y apartó la mirada.

—Vámonos.

Le seguí y miré el móvil un momento. Había algunos mensajes, pero nadie de la empresa trabajaba el fin de semana y no habría prisa por responderlos. En el ascensor, el señor Black volvió a colocar su mano en mi espalda con la mirada al frente. Yo no dije nada porque quejarme a esas alturas sería estúpido. Saludé a Lakov y me senté relajadamente en el asiento, un poco de lado y con las piernas cruzadas porque era sábado y podía permitírmelo.

—¿Qué comen sus sumisos? —le pregunté entonces, porque no había indicaciones sobre ese tema en el PDF «Normas del sumiso»—. Aparte de su polla —me reí. Era fácil bromear sobre ello cuando no los veía tumbados a los pies del señor Black mientras les insultaba y les pegaba.

—Me da igual lo que coman —respondió el señor Black tras uno de sus breves silencios. Llevaba desde que habíamos entrado mirándome fijamente, más incluso de lo normal, mientras yo fingía que no me daba cuenta y ojeaba la pantalla del móvil—. Siempre y cuando no vomiten y se hagan lavativas antes de que les folle.

Asentí.

—¿Quiere que compre enemas entonces? —le pregunté—. ¿Algo más?

El señor Black estuvo un momento callado.

—Sí —respondió—. Mañana iremos a la tienda.

Le miré sin entender a qué se refería. pero, como suponía que pasaría, no

continuó hablando. Cuando llegamos al gimnasio me sorprendió ver a mucha más gente de lo normal. Durante la semana estábamos prácticamente solos, pero aquel día había un montón de gente ocupando la sala de pesas y otras zonas que solíamos frecuentar. Fue la primera vez que vi a tanta gente guapa y con cuerpos tan trabajados junta en mi vida y agradecí no llevar lentillas. Me sentí como un extraño de otro planeta. Noté muchas miradas dirigidas a nosotros. A nosotros no, sino al señor Black, obvio. Y si yo me había dado cuenta muy probablemente él también. Aunque eso no le detuvo de entrenar hasta terminar jadeando y sudando por cada poro de su piel, conmigo detrás en el suelo. Después en el vestuario las miradas de algunos se volvieron mucho más salvajes y menos discretas; gracias también a la absurda cantidad de espejos y a que el señor Black no se privaba de desnudarse lentamente delante de todos. A mí me resultó un poco violento y me desvestí tan deprisa como me permitió el cansancio acumulado.

Mi intención fue ir directo a las duchas sin esperar al señor Black, pero él me detuvo y con un gesto silencioso me ordenó que me quedara allí. Y me quedé allí parado hasta que él terminó de desvestirse. Cuando por fin pude disfrutar del agua caliente en un día húmedo y frío solté una exhalación de placer. El señor Black se puso a mi lado, como siempre hacía, pero un poco más cerca de lo normal. Me dio el champú para que me lavara y apoyó una mano en la pared a mi lado. Dejé de enjabonarme un momento y le miré, porque estaba un poco confuso con todo aquello.

—Se están poniendo cachondos con nosotros —me susurró con voz grave y lenta, haciendo un leve gesto a sus espaldas, donde estaba la entrada a las duchas comunes.

—Ah, qué bien —respondí con sarcasmo, mirando un momento hacia donde había señalado.

—Sí… —pero aquello al señor Black le estaba excitando y podía notarlo en su voz, además, claro, de que su polla se estaba haciendo cada vez más gruesa y erecta—. Démosles un buen recuerdo para que se la pelen como putos monos al llegar a casa.

—Estoy seguro de que eso lo puede conseguir usted solo, señor Black —respondí.

Él puso su otra mano sobre la pared y me encerró entre ellas bajo la ducha. Retrocedí un poco contra la pared, porque eso me estaba haciendo sentir muy incómodo. Estábamos en un lugar público, desnudos, con más gente desnuda; y puede que el señor Black estuviera acostumbrado a ese ambiente, a las orgías y esas cosas, pero yo no.

Inclinó la cabeza hacia mí y yo abrí mucho los ojos, pero se detuvo cuando el agua le cayó sobre el pelo. Soltó un leve gruñido de placer y agitó la cabeza, salpicándome la cara. Sonrió un poco y se acercó hasta quedar cerca de mi oído.

—No me quieren a mí, quieren la idea de mí follándote, Leonard. Porque yo soy grande y agresivo y tú eres demasiado guapo y dulce —Apretó los

dientes y su voz sonó enfadada y excitada—. Es la profanación de la inocencia lo que les pone tan cachondos. Quieren saber cómo de fuerte te puedo follar yo y hasta qué punto gimes y gritas cuando te reviento el culo…

Aguante aquel discurso en silencio, tratando de no moverme demasiado por si me rozaba con sus brazos a mi alrededor o con su polla ya totalmente dura entre nosotros. Miré hacia la entrada de nuevo, donde cacé a dos borrosas figuras mirándonos mientras fingían que se peinaban frente al espejo. Ladeé el rostro para hablarle también al oído, pero sin llegar a rozarle.

—Yo creo que solo les interesa que usted profane sus culos, señor Black —le dije, y utilicé el bote de champú para empujar suavemente su abultado pectoral, tratando de alejarle de mí.

—Yo creo que a muchos aquí les gustaría profanarte a ti, Leonard —respondió él, levantando la cabeza para dedicarme una de sus miradas serias—. Pero no pueden.

Fruncí el ceño y ladeé el rostro. No me gustó la forma en la que había dicho aquello. No sonó a algo que dijera porque sabía que yo no iría detrás de unos tipos cualquiera del gimnasio; sino que sonó a que no podrían hacerlo porque él no lo iba a permitir. Mantuvimos una de nuestras miradas largas y silenciosas, pero no llegó al medio minuto antes de que el señor Black se apartara de mí y cogiera el champú de mi mano.

—Espera a que termine —ordenó.

Eso no me importó, el agua era perfecta y me había cogido algo de frío al estar pegado a la pared. Cuando terminamos volvimos para vestirnos, me puse la ropa interior y el jersey primero, porque después de lo que el señor Black había dicho, no podía dejar de sentir miradas sobre nosotros. Levantaba la cabeza intermitentemente hacia el espejo, ya con las gafas puestas y algo empañadas, y siempre pillaba a un chico e incluso a algún hombre hecho y derecho mirándonos a través del reflejo. A veces al señor Black, a veces a mí.

Cuando salimos había una llovizna fina y caminamos rápido hacia el coche. El señor Black le indicó a Lakov que fuera a la barbería. Me limpié las gafas mojadas con el jersey y revisé el móvil. Respondí a un par de correos de una forma rápida y genérica.

—Quieren hacerle una entrevista, señor Black —le dije, leyendo el tercer correo—. Para la revista… Super-Men…

—Busca qué es esa revista y habla con márketing —respondió.

Mandé el mensaje al departamento junto con el correo adjunto de la revista, después busqué en internet.

—Se trata de una revista masculina sobre triunfadores, mucha mierda motivacional y muchas fotos con hombres que tratan de parecer muy intensos —le expliqué.

Para ser más explícito con lo que quería decir con aquello, le miré a los ojos y entrecerré los míos, alzando una ceja, poniendo un poco de morri-

tos y ladeando la cabeza como si estuviera pensando en gastarme medio millón en un coche y ni siquiera me importara. El señor Black me miró en silencio con su expresión seria de siempre. Yo me reí y volví a mirar el móvil, fingiendo, una vez más, que no me daba cuenta del pronunciado bulto que se estaba levantando en su entrepierna. Llevaba un par de días sin sumiso y al parecer eso le estaba pasando factura.

—Tienen un reportaje de cuatro páginas solo sobre cómo dejarse la barba según lo que quieres expresar con ella —me reí otra vez, tratando de distraerle—. ¿Quiere que se lo lea, señor Black? Quizá le ayude antes de ir al barbero.

—¿Crees que lo necesito, Leonard? —me preguntó con su voz grave.

Le miré de nuevo y me enfrenté a aquellos ojos como el océano. Estaba recostado en su postura de siempre, como si fuera el rey del mundo y todo fuera suyo. Pero era un rey cruel e incapaz para comprender las bromas y las sutilezas del humor, un déspota que solo comprendía la violencia y el sexo.

—No, señor Black —respondí—. Usted tiene una barba maravillosa.

Él me atravesó con la mirada, como si pensara que no lo decía en serio y que me estaba riendo de él, así que añadí:

—Lo digo en serio, señor Black, me gusta mucho su barba. Le sienta muy bien.

Tras un momento más de duda, terminó por creer mis palabras. Alzó un poco la cabeza y perdió aquel brillo peligroso en los ojos. Se frotó el fuerte mentón entré el dedo índice y pulgar.

—Ya la tengo algo larga —me dijo—, a mí me gusta un poco más corta.

Me encogí de hombros, examinando la barba del señor Black. Era un hombre demasiado atractivo para que algo le quedara mal, y aquel aspecto mínimamente desaliñado solo le daba un toque más sexy y despreocupado.

—¿Tú qué crees? —preguntó de forma distraída.

—Sinceramente, señor Black —respondí mientras abría el artículo—, es usted demasiado guapo para que eso importe.

Miré las imágenes de los modelos con diferentes estilos de perilla y bigotes, con la explicación de lo que «expresaban». Me reí un par de veces mientras leía aquellas tonterías. Sinceramente, la barba solo me parecía algo estético, como los peinados o la ropa. No era una forma de expresar «liderazgo y determinación». Pero me detuve en una imagen de un bigote fino y barba corta. La estuve observando un buen rato, porque la verdad era que me gustaba bastante.

—¿Qué pasa? —me preguntó el señor Black.

Le miré un momento, seguía un poco empalmado, pero parecía que se hubiera tranquilizado un poco. Así que sonreí y le enseñé la foto.

—¿Qué le parece? —le pregunté—. ¿Cree que me quedaría bien?

Él miró el móvil y después a mí.

—No. Odio los putos bigotes.

Volví a mirar el móvil y ladeé el rostro, quizá en algún momento me dejara bigote; cuando terminara de trabajar para el señor Black, claro.
Cuando llegamos a la «barbería», me di cuenta de que, por supuesto, era un salón de belleza de lo más exclusivo, con spa y todo tipo de tratamientos de lujo. Todo era blanco y de colores pastel, olía a vainilla y tenía una agradable luz amarillenta y cálida. Nos recibió una joven morena muy guapa, con una amplia sonrisa y unas piernas muy largas.
—Señor Black, bienvenido —le saludó, levantándose de detrás del gran mostrador. Por la forma en la que le miraba y apretó un poco los brazos para resaltar su amplio escote, estaba muy muy interesada en atenderle—. Es un placer volver a verle.
—¿Está todo preparado? —le preguntó él, con su expresión seria de siempre y su voz grave.
Ella asintió varias veces.
—Por supuesto, señor Black.
—Quiero lo mismo para él —le dijo, señalándome con la cabeza.
La chica me miró como si se acabara de dar cuenta de que estaba ahí, y yo miré al señor Black sin entender a qué se refería.
—¿Todo? —le preguntó ella, y su sonrisa le tembló un poco—. No… no nos habían informado de que serían dos. Tendré que comprobar si hay hueco, deme un momento por favor.
Se sentó y tecleó algo en el ordenador antes de coger el teléfono y susurrar algo en voz baja.
—No hace falta, señor Black —le dije yo, también en voz baja. Sabía lo jodido que era un imprevisto como aquel de última hora.
Él me miró de vuelta.
—Debemos dar una imagen perfecta, Leonard —me dijo.
—¿Cree que lo necesito, señor Black? —le pregunté en el mismo tono profundo y grave que él había utilizado cuando me había hecho la misma pregunta, pero al contrario que él, yo sonreía levemente porque yo sí tenía sentido del humor.
Sin embargo, el señor Black no entendió la broma. En su mundo donde él era el amo y todos los demás solo estaban allí para complacerle, se tomó el tono de mi voz como una provocación. Entreabrió los labios y empezó a jadear lentamente sin dejar de mirarme. Yo aparté la mirada y perdí la sonrisa, dándome cuenta de que había sido un error. A veces olvidaba con quién estaba hablando, a veces me relajaba demasiado y la fina línea entre ser su ayudante y ser su… ¿amigo? No, esa no era la palabra. Quizá algo como un conocido con el que pasas mucho tiempo y terminas teniéndole más confianza. Algo así. Pero era peligroso, porque el señor Black no sabía diferenciarlo, no creía que fuera capaz de hacerlo. Él no tenía amigos ni conocidos: solo empleados y sumisos.
Se inclinó sobre mí, pero no lo suficiente para rozarme, solo para poder susurrar en mi oído:
—Lo que necesitas, Leonard —usó su voz grave y aterciopelada de amo,

entre el enfado y la excitación—, es cerrar la puta boca.
Asentí, aceptando mi error. Me había extralimitado.
—Lo siento, señor Black —me disculpé.
—A no ser que quieras que te la cierre yo —añadió, ladeando la cabeza para mirar mis ojos—. Se me ocurren un par de formas en las que me encantaría hacerlo.
—No hará falta —respondí con tono neutro.
La recepcionista colgó el teléfono y, antes de que se levantara de nuevo, el señor Black tiró de mi brazo con firmeza para poner un poco delante de él; lo suficiente para tapar su evidente erección.
—Podremos hacerle sitio para todo, a excepción de la depilación integral —puso un mohín de pena—. Lo siento mucho, señor Black.
—No pasa nada —respondí yo, porque sabía que el señor Black necesitaría un momento para recuperar la normalidad—. No necesito depilación integral.
—Entonces, perfecto —sonrió ella de nuevo, sin perder tiempo para salir de detrás del escritorio y enseñar su precioso cuerpo—. Acompáñenme, por favor.
Iba a hacerlo, pero el señor Black apretó un poco mi brazo y me detuvo. Seguía con la mirada perdida al frente y respiró profundamente un par de veces. Alzó la cabeza al techo y movió el cuello a los lados, haciéndolo crujir.
—La próxima vez que me hagas esto, Leonard —me dijo con un tono peligroso en la voz—. Más te vale que estés dispuesto a afrontar las consecuencias.
Me soltó el brazo al fin y se alejó caminando hacia la recepcionista, que se había detenido en mitad del pasillo al ver que no la seguíamos.
Asentí de nuevo, aunque él no pudiera verme. Había sido estúpido al bromear con él, ¿por qué insistía en intentar poner una leve sonrisa en aquel rostro serio? No merecía la pena. Él jamás podría apreciarlo.
Lo que pensé que sería un corte de pelo rápido y un recorte de la barba, resultó ser todo un proceso de limpieza de arriba abajo: pelo, barba, vello corporal e incluso las uñas. Me pasaban de mano en mano como si fuera un billete, y yo solo me limitaba a sentarme y tratar de quitarles esas ideas de renovación de imagen.
—¿Qué te parece un rubio platino? —me preguntó un estilista de pelo rosa, hundiendo sus manos en mi pelo mientras me miraba a través del espejo—. Quedaría muy bonito con esos ojos grises tuyos.
—No, no, nada de cambiar el color —me negué en rotundo.
—Destellos, entonces —decidió.
—No —repetí—. Solo corta un poco.
Puso mala cara, como si me despreciara profundamente por no aceptar sus consejos.
—No vienes aquí para que solo te corten el pelo, cariño —me dijo de mala forma, moviendo la cabeza mientras hablaba.

—Claro que no, al parecer también me van a hacer las cejas y la barba —respondí, sin dejarme llevar por aquella muestra estúpida de condescendencia.
Al final conseguí que solo cortara el pelo. Cuando terminó se fue sin decir nada y llegó el «especialista en barbas»; un hombre más mayor, moreno de piel, con un pendiente de aro y rastas en el pelo. Era atractivo, pero allí todo el mundo era guapo. Me estuvo mirando un momento a través del espejo y me preguntó qué era lo que quería. Le dije que simplemente cortara un poco y le diera forma. Él asintió, conforme. Como me pareció más agradable que el peluquero, le comenté lo del bigote, lo que había leído en la revista y como le hizo gracia, sonreí un poco.
—¿Cómo es el tipo de barba que expresa: trabajo todo el día y no tengo vida social? —le pregunté—. Porque es la que necesito.
—Pues algo parecida a la mía —respondió.
Me reí, pero tuve que parar porque tenía la maquinilla cerca de mi rostro y era peligroso moverse.
—Yo creo que el bigote te quedaría muy bien —me comentó más adelante, porque había dejado la barba sobre mis labios todavía sin cortar para que me hiciera una idea de cómo sería—. Te daría mucho rollo.
—Gracias —sonreí—, yo también lo creo. Pero mejor no, a mí jefe no le gustan los bigotes.
—¿El señor Black? —preguntó.
Asentí y fue suficiente para que me igualara el bigote con el resto de la barba. Esa fue mi parte favorita, las cejas fueron un horror y la chica que me las hizo me tiró de la piel un par de veces sin cuidado ninguno. Se notaba que no le había gustado aquel añadido de última hora a su agenda y quería quitárselo de encima lo antes posible. Por último, me hicieron las uñas, que fue la primera vez en mi vida y me resultó un tanto desagradable que me las limaran; me daba grima la sensación.
Cuando terminaron conmigo me llevaron a la sala de espera frente a la recepción. La chica que nos había recibido me preguntó si quería algo de beber. Le pedí un café con leche y ella hizo un leve movimiento con la comisura de los labios, como si le hubiera molestado que realmente quisiera algo de beber y tuviera que ir a prepararlo.
Cogí el móvil y revisé los correos y mensajes, apenas había un par y me los saqué de encima antes de que la chica volviera con mi café. Uno era de la empresa de envíos y decía que aquella tarde llegaría mi equipo de música con los cascos y las estanterías.
—Aquí tienes tu café con leche —me interrumpió la recepcionista.
Sonreí y le di las gracias, ella también lo hizo. Fue como una competición para comprobar quién tenía la sonrisa más falsa.
—¿Sabes cuánto le queda al señor Black? —le pregunté.
—Está depilándose, así que quizá unos veinte minutos.
Perfecto, veinte minutos libres. Y sabía muy bien dónde gastarlos: en Amazon. Yo era un consumista y quería comprar cosas estúpidas que me

hicieran sentir mejor, y ahora podía hacerlo porque no tenía que pagarlas con mi dinero.
No tardé ni cinco minutos en encontrar libros, cd's y merchandaising inútil con el que llenar las estanterías. Cuando ponía algo en el carrito, me ponían cinco sugerencias más de cosas que me podrían interesar. Y me interesaban.
—Señor Black —me distrajo la voz de la recepcionista, que había dejado de prestar atención de una forma descarada a otro cliente que acababan de llegar.
Levanté la mirada para encontrarme con un señor Black de barba y pelo perfectamente recortados. Él le dirigió una mirada corta a la recepcionista y después me miró.
—Vámonos, Leonard —ordenó.
Me levanté y le seguí hacia la salida. Cuando estuvimos en el coche, seguí mirando algunas cosas que pudieran interesarme, pero el señor Black estiró un pie hacia mí y le desaté el zapato sin necesidad de que me dijera nada. Le masajeé el pie mientras pensaba que esta noche ya tendría el equipo de música y que tenía ganas de probarlo. Cuando llegamos al garaje de casa, le até de nuevo el zapato y subimos, con su acostumbrada mano en mi espalda.
La bolsa de papel del restaurante ya estaba en la mesa. Desayunaríamos al fin, aunque una hora y media más tarde de lo normal. Mientras repartía los envases entre los dos le informé al señor Black de que ya había comprado los enemas y que estarían en casa por la tarde, con suerte, antes de que llegara Jack. Él asintió, sentado ya frente a mí y mirándome detenidamente.
—La próxima vez te depilarás —me dijo, aunque sonó como una orden.
—No hace falta —respondí con una ligera sonrisa, entregándole los dos envases apilados junto con la servilleta y el tenedor de plástico—. De todas formas, no me gusta demasiado.
—A mí sí —respondió, y al estirarse para coger el desayuno, las puntas de sus dedos se quedaron sobre las mías alrededor del envase en un contacto tan inesperado como incómodo.
Aquello era un límite infranqueable. Sutil, debía reconocer, pero aun así era piel contra piel.
—Señor Black, creo que la cantidad de vello que tenga yo en el cuerpo no influye en mi trabajo —conseguí decir, ignorando aquel roce intencionado y dominante del señor Black.
—Te depilarás, Leonard —repitió, esta vez con una voz más gruesa y grave. Apretó sus dedos con firmeza, hundiendo los míos en el plástico del envase, que produjo un leve crujido—. Y punto.
Mantuvimos uno de nuestros largos silencios e intercambio de miradas. Sentía la presión de sus dedos contra los míos, una tensión que flotaba en el ambiente entre nosotros. El señor Black quería algo, y él siempre conseguía todo lo que quería. Pero yo ya había cedido demasiado y no iba

a quedarme como un puto muñeco de acción sin pelo porque él quisiera.
—No —negué tras todo un minuto de silenciosa tensión.
Él inclinó la cabeza un poco, lo suficiente para mirarme por el borde superior de sus ojos en un gesto más amenazador. Su respiración se hizo más pesada y la presión de la punta de sus dedos creció, empezando a hacerme daño y deformando por completo el contorno del envase.
—Sí —respondió.
Empecé a enfadarme.
—Creo que no lo entiende, señor Black —le dije—. Lo que hago por usted fuera de mis deberes como ayudante, como esperarle en las duchas, masajearle o cortarme el pelo… lo hago solo por educación.
—Pues, educadamente, Leonard, la próxima vez te vas a depilar el puto cuerpo porque es lo que quiero —me dijo él, pero estaba usando su voz aterciopelada, entre enfadada y excitada.
Miré aquellos ojos del azul del mar y reprimí una mueca de ira, pero me costó y terminé mordiéndome un poco el labio inferior para controlarme.
—No —repetí, más fuerte esta vez—. Trato de ser bueno con usted, señor Black, pero cuando le doy algo, después solo quiere más y más.
—¡Te pago para que me lo des! —empezó a gritar con los dientes apretados.
Fruncí el ceño en una expresión de incredulidad. ¿De dónde venía toda aquella repentina ira y excitación? Hacía apenas unos minutos el señor Black estaba serio y calmado.
—Me paga para que sea su ayudante, el resto es un regalo —le aclaré.
Mis palabras dejaron otro largo silencio, pero, cuando creí que aquello solo podía ir a peor, el señor Black me soltó las manos y pude dejar el envase al fin. Seguía respirando con intensidad, visiblemente excitado y molesto en aquella mezcla tan caótica y perturbadora. Decidí que no me quedaría allí.
—Desayuna conmigo —ordenó.
—No tengo hambre —negué de mala forma.
Me iba a ir, pero una apresurada mano me agarró del brazo y me detuvo. Bajé la mirada con enfado hacia su mano y después hacia sus ojos.
—Entonces, mirarás cómo desayuno yo —dijo con voz furiosa y jadeante.
Tiré de mi brazo para deshacerme de él, pero era demasiado fuerte y no lo conseguí.
—Suéltame… ahora mismo —le dije con tono serio, mirándole a aquellos ojos perdidos en la demencia.
—¿O qué? —me preguntó, porque se creía que no había nada que pudiera hacer. Se creía que ese contrato que habíamos firmado le daba derecho a hacerme eso, pero se equivocaba.
—O me iré.
—Si te vas te arruinaré la vida.
Entones una sonrisa se me deslizó en el rostro y me reí. Simplemente me reí. El señor Black se enfadó más y apretó mi brazo hasta que me costó no

chillar de dolor. Su rostro atractivo estaba deformado por una horrible mueca de ira, ya no había nada hermoso en él.
—¿Crees que te tengo miedo? —le pregunté.
—¡Deberías tenerlo! —me gritó, pero yo negué con la cabeza, todavía con una leve sonrisa en los labios.
—Me iré —le dije, y mi voz sonó más fría que el hielo y profunda que el mar de sus ojos—. Y no volveré jamás.
El señor Black mostró sus dientes y movió los labios, como si intentara decir algo, pero no fuera capaz. Su mano alrededor de mi brazo comenzó a temblar y tras un breve momento de vacilación la apartó. No dije nada, salí de la cocina y fue entonces cuando los ojos se me empañaron con lágrimas. El brazo me dolía, allí donde me había tocado, y sentía una presión en el pecho. Entré en mi habitación, pero no di un portazo porque no quería sentirme como un crío enfadado. Yo era mejor que eso.
Me dejé caer sobre el puff, me quité las gafas y cerré los ojos. Una lágrima se deslizó por mi sien hasta perderse en mi patilla recién recortada. Nunca me había sentido tan inmerso en la casa de la locura como en aquel mismo instante.
Yo solo me había portado bien con el señor Black, y él insistía en arrastrarme hacia aquel lugar oscuro en el que él vivía. Había algo en él que estaba mal, terriblemente mal.
En su mente solo existían los extremos: el amo y el sumiso, el dominador y el dominado, la serena seriedad o la locura, lo que era suyo y lo que no lo era…
El señor Black tenía un hambre insaciable y profunda. No era capaz de comprender el cariño ni el afecto, solo devoraba todo lo que le dabas y después pedía más y más. Era un…
Entonces llamaron a la puerta y abrí los ojos. Apenas me dio tiempo a limpiarme las lágrimas del rostro antes de que el señor Black abriera la puerta. Si quería seguir luchando, no le mostraría debilidad alguna.
Cruzó la puerta con los envases de plástico apilados en una mano, apoyados contra el pecho para que no se cayeran. Le miré directamente a los ojos con expresión seria, no me había dado tiempo a levantarme, algo que me molestó bastante. Él se acercó, serio y sereno, y me entregó uno de los envases mientras me miraba a los ojos.
—Come, Leonard —me pidió, su voz era grave pero no había enfado ni excitación en ella—, es importante para mantener la energía.
El plástico blanco en su mano entre nosotros fue como una bandera de paz alzada en el aire. Dudé, pero nunca fui una persona que rechazara una disculpa. Extendí mi mano y cogí el desayuno. Me ofreció el tenedor de plástico y también lo cogí.
—Gracias, señor Black —lo dije de forma automática y después me arrepentí. A veces deseaba ser una persona menos educada y simplemente poder mandarle a la mierda.
Él asintió, pero se quedó de pie, con su propio envase entre las manos, mi-

rándome en silencio. Esperé un poco antes de decirle:
—Lo normal es pedir perdón.
El señor Black apretó un poco el envase de plástico entre las manos y éste crujió bajo sus grandes dedos. Su entrecejo tembló de una forma apenas perceptible, porque había una lucha dentro de él. Disculparse era una debilidad, y él era el amo.
—Yo… no soy normal, Leonard —respondió al fin—. Ni tú tampoco.
Yo era normal. O, al menos, lo había sido hasta conocer al señor Black; hasta firmar aquel contrato que me ataba a él porque me hacía sentir bien llevar la agenda de un puto loco. Pensar en eso me hizo gracia y sonreí un poco. Era triste, era muy triste.
—¿Quiere desayunar conmigo? —le pregunté, señalando la cama con la mano para que se sentara.
Yo ya estaba perdido, no tenía sentido seguir pensando en el por qué hacía lo que hacía, ni por qué me estaba empezando a preocupar por alguien que no se lo merecía, alguien que no era capaz de entender la atención que le prestaba.
El señor Black se sentó en la cama y abrió su envase de plástico. Hoy había yogur natural con fresas, muesli y algo crujiente que no conseguí reconocer. Comimos en silencio, yo en el puff y él en la cama.
—Está rico este desayuno —le dije en algún momento, saboreándolo un poco.
—Es mi favorito —reconoció poco después.
—¿Sí? —le pregunté, mirándole a los ojos por primera vez desde que habíamos empezado a desayunar—. A mí me gustó mucho el que venía con tortilla de huevo, creo que fue de los primeros.
—Falta el café —me dijo.
—¿Quiere que baje a hacerle uno?
—No, después trabajaremos un poco en el despacho. Nos lo tomaremos ahí.
Asentí con la cabeza, casi sin darme cuenta de que sabía que yo también tomaría café.

La pregunta sobre en qué parte del despacho iba a trabajar yo por fin tuvo respuesta: a un lado de su mesa. El señor Black miraba su carísimo portátil, escribía y me pedía notas sobre algunas reuniones y algunos datos muy precisos que no recordaba. Yo le pasaba la información mientras resolvía mis propios problemas, como, por ejemplo, organizar un viaje al caribe para cuatro personas, tres de las cuales después se iban a ir a una orgía secreta en una isla privada.

A la hora de comer llegó el mensajero del restaurante y me asustó. Oí un ruido en la cocina y miré al señor Black, pero él ni se inmutó.

—Es la comida —me explicó sin apartar la mirada del portátil.

Asentí y comprendí que nunca había coincidido con el mensajero durante la semana y que empezaba a pensar que las bolsas de papel aparecían mágicamente en la cocina.

—¿Quiere bajar a comer? —le pregunté, mirando la hora en el reloj de pulsera. Faltaban apenas diez minutos para el descanso del medio día.

El señor Black afirmó con la cabeza, sin apartar la mirada del portátil. Bajé a la cocina y lo preparé todo antes de volver para avisarle que estaba listo. Comimos en la isla de madera, como era habitual, hablando relajadamente sobre el atún a la brasa que nos habían traído.

—El único atún que había probado hasta ahora siempre venía en una lata —le aseguré.

—Jamás he comido de lata en mi vida —respondió él.

Resoplé y puse los ojos en blanco.

—Usted siempre ha tenido dinero.

—No tanto como ahora, pero sí. —Se metió un trozo de patata asada en la boca y noté que me miró un momento—. ¿Tú?

Me reí un poco.

—No, señor Black. Mi vida siempre ha sido un poco precaria. Llevo trabajando con mi padre desde los doce, y fuera de casa desde los dieciséis, incluso en la universidad, y no he dejado de hacerlo hasta ahora —no lo dije con tono de pena ni mucho menos. En realidad, me sentía un poco orgulloso de mí mismo por todo el esfuerzo que había puesto en ganarme lo que tenía.

—Yo tampoco he dejado de trabajar —respondió él, mirándome fijamente a los ojos mientras masticaba.

—Pero yo no ganaba millones sirviendo café —le dije.

—Entonces, quizá haya sido culpa tuya por conformarte con servir café.

Mantuve su mirada en silencio, tratando de no sonar enfadado al decir:

—Qué fácil es para las personas de éxito asumir que la gente es pobre y pasa hambre porque quiere.

El señor Black no dijo nada, dedicándome uno de eses silencios de mirada intensa y expresión seria. A veces me encantaría poder saber lo que pensaba, abrirle la cabeza y ver qué había detrás de aquellos ojos marinos.

—Le doy mil dólares si me dice aquí y ahora lo que está pensando —bromeé con una leve sonrisa.
Él inclinó un poco la cabeza hacia delante.
—Mis pensamientos valen mucho más que eso, Leonard —respondió.
—Dos mil.
Se llevó la servilleta a los labios y se limpió las comisuras sin dejar de mirarme. Ya había terminado y a mí todavía me quedaba un poco, pero habíamos desayunado hacía apenas dos horas y no tenía demasiada hambre.
—¿Café? —le pregunté, bajando del taburete.
—Te diré lo que pienso si me dejas que te folle —dijo entonces, mientras yo cogía dos tazas del armario.
—Si le dejo que me folle, señor Black, ya sabré lo que está pensando —le aseguré, volviendo frente a él con su café largo y solo. Cogí la leche de la nevera y eché un poco en mi taza.
—Es un trato justo —dijo—. Tú entras dentro de mí y yo entro dentro de ti.
Me reí, porque me hizo gracia esa forma tan retorcida de verlo. Negué con la cabeza y me senté frente a él con la taza entre las manos.
—Jack estará al llegar —le recordé—. Dentro de poco podrá entrar dentro de alguien tanto como quiera, no hace falta que insista conmigo.
El señor Black se quedó con la taza pegada a los labios y me miraba fijamente.
—¿Está frío el café? —le pregunté, creyendo que no le gustaba—. ¿Quiere que se lo caliente más?
Negó con la cabeza y bajó la taza hasta la mesa. El móvil vibró sobre la madera y eché un rápido vistazo.
—Vaya, qué coincidencia —sonreí—. Su sumiso ya está en el edificio.
—Recíbelo y llévalo a la habitación del placer —me ordenó, pero, en vez de irse, se quedó tomando el café tranquilamente.
Fui hacia el ascensor y me quedé esperando con las manos en la espalda. Pensé en que esperaba que el equipo de música llegara pronto, porque con el estado actual del señor Black iba a necesitar esos cascos insonorizados. Se oyó un «ding» y las puertas comenzaron a abrirse, entonces forcé una leve sonrisa. Un joven muy atractivo salió del ascensor. Era de mi altura, con el pelo teñido de blanco y una fina barba negra. Me miró de arriba abajo con sus ojos claros y curvó una de sus cejas finas con una expresión de soberbia. Tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener la sonrisa.
—Encantado de conocerte, Jack —le saludé—. Soy Leonard —extendí mi mano hacia él—, el ayudante del señor Black.
Jack miró mi mano, pero soltó un bufido con una sonrisa altiva. Se quitó la bolsa que llevaba al hombro y dejó caer el asa sobre mi mano extendida.
—¿Dónde está? —me preguntó con una voz algo seseante.
—Acompáñame, por favor —le pedí, llevando su pesada bolsa conmigo.
Empezaba a entender por qué debía ser tan gratificante pegarle a Jack, a

mí me estaban entrando muchas ganas. Llegamos a la cocina y me detuve. El señor Black seguía sentado en un taburete alto frente a la mesa, disfrutando de su café. No se movió cuando llegamos, no hizo ningún gesto que diera a entender que se hubiera dado cuenta de que estábamos allí. Jack, sin embargo, se echó de rodillas al suelo y agachó la cabeza.

—Amo —le saludó.

Ver aquello siempre me resultaba muy violento.

—Te llevaré a tu habitación —le expliqué, indicándole el camino. El señor Black había dicho que me lo llevara, no que lo dejara allí frente a él.

Pero Jack levantó la cabeza hacia mí y me dedicó una mirada enfadada.

—Tú no me das órdenes —dijo con tono seco.

Miré aquellos ojos claros y no vacilé ni un momento. Todos los días me enfrentaba a un mar peligroso y profundo, repleto de peligros; aquella mirada de niño malcriado y enfadado no era nada para mí.

—No es una orden —le aclaré con voz tranquila—, te lo estoy pidiendo educadamente porque es lo que el señor Black me ha dicho que haga. Así que, por favor, acompáñame.

Jack dudó, se atrevió a mirar un momento al señor Black, pero enseguida apartó la cabeza y se levantó del suelo. No me esperó, porque ya conocía el camino, y le seguí con su bolsa en la mano hasta el piso superior. Él siguió avanzando por el pasillo abalconado, pero yo me detuve frente a la habitación del placer. Cuando se dio cuenta se detuvo y me miró, le señalé la puerta.

—Espera aquí dentro —le pedí, forzando otra vez una sonrisa—. Ya sabes cómo.

Jack apretó los puños, molesto de que yo estuviera allí, de que le estuviera diciendo qué hacer. No pude decir que no estuviera disfrutando con su enfado. Abrió la puerta y cruzó, cerrándola a sus espaldas. Entonces perdí la sonrisa y dejé la bolsa a un lado. Bajé hacia la cocina, donde todavía estaba sentado el señor Black.

—Ya está en la habitación —le dije, alcanzando mi café con leche a medio terminar para darle un trago.

Él me miró con su expresión seria e indescifrable de siempre.

—Tienes que aprender a controlarlos, Leonard —me advirtió.

—Yo no tengo que controlar a nadie —respondí, quizá en un tono demasiado irascible. Jack me había molestado demasiado y tuve que tomar una bocanada de aire—. Lo siento —me disculpé por haberle hablado de aquella forma, devolviéndole la mirada al señor Black.

Él no dijo nada, pero me sentí un poco juzgado por su mirada. Me puse a recoger los envases de plástico para distraerme, dejando limpia la mesa.

—He dejado la bolsa de Jack en la puerta, ya que no puedo cruzar más allá de mi habitación del pasillo. Estaré en el despacho adelantando un poco de trabajo y haciendo unas llamadas si me necesita —le expliqué.

Esperé a que el señor Black asintiera, conforme, y cogí mi taza de café a medio beber antes de alejarme. Cerré la puerta del despacho, que al men-

os no daba pared con pared de la habitación del placer y puede, esperaba que así fuera, que no se oyera demasiado. Pero me equivoqué. Después de un rato y mientras mandaba un correo a un hotel de cinco estrellas del caribe, oí unos pesados pasos en el pasillo y una puerta cerrándose. Media hora después empecé a oír algunos golpes y gritos. Me centré en seguir trabajando, pero resultaba que a Jack le gustaba gritar mucho y muy fuerte. Cuando empezó lo que supuse que era la parte fuerte, pude oírle gritando:

—¡Sí! ¡Joder! ¡Méteme ese pedazo de polla!

Dejé de escribir y alcé las manos en alto mientras negaba con la cabeza. No quería oír aquello. No necesitaba oírlo. Salí del despacho y el ruido se hizo más fuerte, bajé al baño y me quedé allí. Era un buen lugar y no llegaba apenas el retumbar y los graves sonidos de la habitación del placer; sin embargo, no podía esconderme allí siempre que el señor Black estuviera con sus sumisos. Necesitaba un lugar mejor, o unos buenos cascos. Miré el móvil y busqué el correo del servicio de mensajería, rastreé el paquete y vi que estaba en proceso de reparto. Eso significaba que podría llegar en diez minutos o en cinco horas. Maravilloso.

Cuando los ruidos se hicieron menos intensos subí de nuevo al despacho y seguí trabajando tranquilamente. El móvil vibró media hora después y lo miré distraídamente, sonriendo cuando comprobé que era una llamada del repartidor.

—Bajo ahora, gracias —respondí, después de que se presentara y me dijera que estaba en la entrada del edificio.

Cogí el ascensor y le sonreí, mirando las dos enormes cajas que había a sus pies. Una para el equipo de música y otra para la estantería; esa que no iba a caber en mi cuarto. Firmé le impreso de entrega y llamé a Lakov, pidiéndole que viniera a ayudarme, aunque solo fuera para llevar las cajas al piso. Era un hombre grande y fuerte y entre los dos pudimos moverlas sin mayor dificultad, arrastrándolas por el suelo hasta el salón. Se oyó una puerta y miré a Lakov, diciéndole que hasta allí sería suficiente. Él lo entendió rápido y se fue. No estaba seguro de hasta qué punto conocía la vida secreta del señor Black, o de hasta qué punto le importaba saberla.

Desenvolví la caja del equipo de música en el salón porque sería más fácil subirlo por partes. Primero los bafles y después la cadena, con mucho cuidado y esfuerzo porque pesaba más de lo que me había imaginado. Al dejarlo todo al lado del puff fui a por la caja de embalaje y busqué las instrucciones. Cuando cerré la puerta de mi cuarto ya no se oía nada desde la habitación del placer, de lo cual me sentí agradecido. Hubiera sido sorprendente que siguieran allí después de una hora y media.

Me centré en mi nuevo juguete y no pude dejar de sonreír mientras miraba lo bonito que era.

Pulsé el botón de encendido y unas letras azules se deslizaron por la pantalla. Probé a ponerme los grandes cascos con los que venía, aunque yo había comprado otros mucho mejores que legarían… a saber cuándo.

Me tiré en el puff y leí detenidamente los pasos que debía seguir para configurar el equipo.
La puerta se abrió en algún momento y levanté la vista, sorprendido de ver al señor Black recién duchado y con tan solo unos vaqueros oscuros puestos. Por lo bajo que tenía la cintura y lo mucho que se podía ver de su uve descendiendo hacia la ingle, no llevaba ropa interior. Me aparté los cascos y los dejé colgando de mi cuello.
—Te llevo buscando cinco putos minutos —me dijo con tono serio.
—Perdón, señor Black. Ha llegado el equipo de música y estaba programándolo. ¿Necesita algo?
Él miró la cadena a mi lado y después de vuelta a mis ojos.
—¿Ya has terminado el trabajo?
—Por supuesto, señor Black —asentí detenidamente—. El viaje al caribe está preparado, me he puesto en contacto con el número que me ha facilitado y he confirmado su asistencia junto a dos acompañantes.
Él se quedó en silencio sin apartar la mirada. Después me preguntó:
—¿Qué tal suena?
—No lo he probado aún —reconocí, levantando un poco el panfleto de instrucciones—. Hay que hacer algo con el sonido y no me queda muy claro qué es.
El señor Black no necesitó más para entrar en mi habitación y cerrar la puerta tras él. Cogió el panfleto de mis manos y se sentó en el borde de la cama.
—Tienes que ajustar los bajos y altos —me explicó tras leer un momento.
Se levantó para agacharse a mi lado frente al equipo, pulsó un par de botones y empezó a sonar una música dance que me pareció bastante buena. Con una de las roscas del equipo, el señor Black fue modificando lo fuerte y profundo que sonaban los graves en diferencia con la voz aflautada de la cantante. Empecé a mover el pie al ritmo de la música, después golpeé la tela suave y agradable de puff con la punta de los dedos hasta que me balanceé con el cuerpo porque la música me estaba gustando y hacía mucho que no disfrutaba de algo así.
—Espera —le dije entonces, alzando una mano hacia su hombro para detenerlo. Me paré a escuchar el ritmo de la canción con la mirada perdida en el techo—. Bájalo un poco más —pedí. Él lo hizo y el sonido de la música retumbó un poco en mi pecho, sonreí y cerré los ojos—. Así es perfecto.
Moví la cabeza al ritmo y disfruté de la emoción de saber que, desde ese momento, podría tener aquello siempre que quisiera.
—Leonard.
Entreabrí los ojos y miré al señor Black, que me miraba con expresión seria y la cabeza girada. Bajo su mentón estaba su hombro, y sobre su hombro mi mano. Abrí los ojos, horrorizado, y aparté la mano al instante, como si su piel se hubiera convertido en magma y me abrasara la piel.
—Lo siento muchísimo, señor Black —me disculpé al instante, y realmente

lo sentía. Aquel era un límite infranqueable para ambos—. No me di cuenta —me puse nervioso—, de verdad que lo siento.
Me sentía como si me hubieran pillado en mitad de un robo, uno inconsciente e inintencionado; me había distraído y me había olvidado de pagar, pero las alarmas estaban pitando por toda la tienda y la gente me miraba como si fuera un ladrón. Era humillante y vergonzoso porque no había querido robar, simplemente estaba relajado y tranquilo y me había olvidado de todo lo demás.
El señor Black mantuvo mi mirada y creí que se iba a enfadar conmigo, pero, para mi suerte, quizá volver a tener sumiso y acabar de follar le sentara bien; porque no dijo nada. Pulsó un par de botones para confirmar la configuración y dejó el panfleto de instrucciones sobre el equipo con cierto desprecio. Apreté los labios y aparté la mirada.
—¿Y la estantería? —preguntó.
—Está abajo, la montaré a la noche, cuando ya no me necesite —respondí.
—¿Por qué no la han montado ya los del envío? —quiso saber.
Me enfrenté de nuevo a aquellos ojos del color del salvaje mar. Seguía agachado a mi lado y su tupé mojado estaba un poco más ondulado de lo normal.
—No me pareció buena idea que subieran a la casa —respondí.
—¿Y vas a montarlo tú solo, Leonard? —ahora sí sonaba enfadado.
—Mi padre es carpintero, señor Black. Llevo montando muebles desde que tengo memoria —pero para relajar un poco el ambiente sonreí un poco con los labios—. No se preocupe, esta noche ya no habrá cajas en el salón.
—Espera a mañana y lo montamos —me ordenó, ignorando por completo lo que le acababa de decir—. Tú no podrás solo.
—Claro, señor Black —murmuré en voz baja, aunque sí podría.
Él asintió, complacido, y se levantó para dirigirse a la puerta.
—Se me ha roto un arnés —dijo—. Llama a Johanna y dile que mañana iremos a la tienda.
Me levanté del puff y le seguí hacia la puerta porque había dejado el móvil en su despacho.
—¿Aparece como Johanna en el número de teléfono? —tuve que preguntar, porque no era la primera vez que me decía que llamara a alguien y no lo encontraba porque estaba guardado en la agenda con otro nombre.
—Sí —se limitó a responder, cruzando la puerta para ir a su despacho.
Le seguí y recuperé el móvil, pero él lo cogió de mis manos y lo tiró de nuevo sobre la mesa. Se pegó tanto a mí que tuve que retroceder para no volver a tocarle, dando un paso hacia atrás. Sin embargo, el señor Black no se detuvo hasta tenerme contra la pared. Me miró a los ojos, con la cabeza inclinada hacia abajo, aprovechando su mayor altura para obligarme a levantar la cabeza hacia él.

—Y, Leonard —dijo en tono bajo y peligroso—. Como me toques en público, aunque sea sin querer, te echaré de aquí de una puta patada. ¿Lo has entendido?

Asentí, sin apartar la mirada de sus ojos. Estaba muy cerca y casi podía sentir su cuerpo rozándome. Apoyó sus manos a ambos lados de mi cabeza sobre la pared. Cuando quería ser intimidante, sabía muy bien cómo conseguirlo.

—En privado… —añadió lentamente—, si quieres cruzar los límites del acuerdo entre nosotros, espero que sepas que será recíproco.

Deslizó una de sus manos por la pared hasta que quedó a la altura de mi cintura, metió los dedos por debajo del jersey gris perla y me rozó la piel, más caliente que sus manos frías. Sentí un escalofrío por el cuerpo y la piel se me erizó.

El señor Black me miró fijamente, entreabrió los labios y empezó a respirar profundas bocanadas que podía sentir en el rostro como vaho caliente.

Me puso toda la mano sobre el costado, pero no fue un contacto violento, como solía ser; esta vez era firme, pero suave; frío, pero cada vez más cálido; simple, pero muy complejo a la vez; inocente, pero cargado de provocación. Y, por primera vez con él, sentí cierta excitación. Respiré un poco más fuerte y el cuerpo cercano del señor Black me produjo una reacción que jamás esperaba tener con él: deseo y necesidad.

Cuando no había locura en sus ojos, cuando no era un monstruo ninfómano y egoísta… el señor Black solo era aquel hombre serio y atractivo, un poco mandón e irascible, pero también poderoso, misterioso e increíblemente atrayente. Miré sus labios y me pregunté cómo sería besarle. Si sus besos también serían firmes y templados como sus manos sobre mi piel. Si harían que mereciera la pena cruzar un límite por el que tanto había luchado.

Noté un leve calor en el rostro, porque pensar aquello me daba un poco de vergüenza.

—Leonard… —oí que me llamaba en apenas un jadeo—. Mírame…

Alcé la mirada a sus ojos de un intenso azul marino, tan extraños y poderosos. Me gustaban mucho aquellos ojos. Me gustaba la forma en la que me miraban, la forma en la que me hacían sentir.

—Tócame… —volvió a ordenar, pero empezó a haber urgencia en su voz.

Sus palabras se estaban perdiendo en la ira y la excitación. Movió su otra mano por la pared hasta mi pelo recién cortado y me agarró del largo tupé que me habían dejado. Lo hizo con demasiada fuerza y sentí dolor.

—Te gusta tocarme, ¿eh? Pues hazlo, vamos —jadeaba, cada vez más rápido y profundo, inmerso cada vez más profundo en la locura y la lujuria—. Y yo te tocaré a ti… —movió su mano, que hasta entonces había sido un íntimo y excitante contacto para convertirse en una invasión, en algo desagradable que no quería sentir.

—Señor Black —le detuve con fuerza.

Yo no quería eso. Aquel ya no era el Black que me hacía preguntarme a qué sabían sus labios y que me hacía dudar. Aquel era el hombre enfermo y sádico que destruía todo lo que tocaba.

—No —negué, mirándole fijamente a los ojos. Ya no eran el mar que tanto me gustaba, solo un abismo azul y vacío.

Le empujé un poco y entonces se detuvo. Aparté su mano de mí y esperé a que retrocediera, pero él no se movió. No dejó de mirarme con los ojos muy abiertos y una mueca de ira en el rostro. Apretó los dientes con fuerza mientras un gruñido crecía en su pecho hasta convertirse en un grito que liberó junto con un puñetazo a la pared. Respiraba violentamente, expulsando su aliento caliente sobre mi rostro. Quizá quisiera asustarme, demostrarme lo poderoso y fuerte que era; pero aquello no era poder, tan solo era patético.

Retrocedió un paso y después otro. Apartó la mirada al fin, girado el rostro a un lado mientras recuperaba la respiración. Le di el tiempo que me pareció adecuado, y cuando sus jadeos se convirtieron en una respiración profunda pero pausada, le pregunté:

—Creo que haré café, ¿usted quiere uno?

—Lárgate —ordenó en voz baja, sin mirarme ni responder a mi pregunta.

No lo dudé, recogí el móvil de la mesa y fui hacia la puerta, casi rodeando al señor Black para no acercarme más de lo necesario. Salí y cerré la puerta tras él, respirando un aire más fresco y agradable afuera, sintiendo que el nudo de mi estómago se deshacía lentamente. Bajé a la cocina y puse la máquina de café mientras revisaba la agenda del móvil, buscando el número que me había indicado. Tomé un par de bocanas de aire para recuperar la voz tranquila y profesional.

—Hola, buenas tardes, soy el ayudante del señor Black, Leonard. ¿Es usted Johanna? —pregunté cuando una voz evidentemente masculina respondió.

—No, soy su ayudante, Patrick.

Eso me hizo sonreír un poco.

—Hola, Patrick —le saludé—. Llamaba para saber si sería posible visitar la tienda mañana.

Hubo un breve silencio y pude oír el sonido de las hojas moviéndose al fondo.

—¿Qué tipo de visita sería? —me preguntó.

Me quedé un momento pensando en que no sabía responder a aquella pregunta.

—Al señor Black le interesaría comprar un arnés —terminé respondiendo.

Eso, por alguna razón, le hizo gracia.

—Entonces mañana podría hacerle un hueco a la mañana, ¿te parece bien?

—Perfecto —asentí, echando un poco de café caliente y recién hecho en mi taza de siempre—. Muchas gracias, Patrick.

—De nada, Leonard —respondió antes de colgar.

Fui hacia la mesa y apunté la cita en la agenda como «Tienda de Johanna»,

porque era el horario oficial y no podía poner cosas como «Compra arnés sadomaso». Sonreí, divertido por mi propio pensamiento. Oí unos pasos desde las escaleras, pero era ligeros y más rápidos que los del señor Black.
—Jack, ¿qué tal? —le pregunté, tan educadamente como me fue posible.
El joven solo llevaba unos jockstraps que no dejaban nada a la imaginación y estaba recién duchado. Me miró con una de sus desagradables sonrisas de superioridad. Tenía un cuerpo muy bonito, atlético y, evidentemente, sin un pelo de vello.
—Pues me acaban de follar como nunca en la vida, así que bien —respondió antes de sentarse en un taburete alto frente a la isla—. Hazme un café —ordenó.
Miré aquellos ojos claros un momento, con una imperiosa necesidad de mandarle a la mierda; pero me contuve porque preocuparme por los sumisos era parte de mi trabajo, después de todo.
—¿Cómo te gusta? —pregunté, bajando de la silla.
—Igual que a James —respondió.
Estaba de espaldas a él y pude permitirme poner cara de asco. Cogí una taza de la estantería y la llené de café.
—Así que tú eres como un sumiso al que no se folla —me dijo, y pude oír el tono de burla con el que lo dijo—. Es muy triste.
—Soy su ayudante —le corregí, dejando la taza de café frente a él.
Jack bebió un poco del café, todavía con su asquerosa sonrisa en los labios. Empezaba a echar de menos a Jenni y lo humilde y silenciosa que era.
—¿Y cómo le ayudas? —me preguntó.
—Llevo su agenda, cuido de los sumisos y organizo los viajes y eventos.
Jack se rio.
—Qué triste —repitió una vez más—. Pensaba que eras una especie de putito de reserva… aunque no eres su tipo —me miró de arriba abajo—. Nunca le han ido los principitos mojigatos con ese rollo nerd que te tiras.
Asentí, pero todo lo que decía me importaba una mierda.
—Veo que conoces muy bien al señor Black —le dije, bebiendo un poco de mi café, mirándole por encima del borde de la taza.
—Bastante —sonrió más, estaba orgulloso de aquello—. Es la quinta vez que me llama. La segunda este año… —alzó la cabeza y me miró por el borde inferior de los ojos—. Soy su favorito.
Asentí de nuevo, tragando el café templado mientras le escuchaba.
—Qué bien —respondí.
—Deja que hable mientras me folla —continuó, como si eso le hiciera superior al resto—, eso le pone cachondo.
—Guau… —no pude evitar que sonara tan sarcástico y mordaz como pretendía. Así que continué—. ¿Quieres que te consiga una banda en la que ponga «El favorito del amo»?
Eso le quitó un poco la sonrisa del rostro.
—Ten cuidado conmigo, pedazo de mierda —me advirtió, dejando atrás su diversión—. Me vas a ver mucho por aquí y no quieres que me enfade.

—No, por supuesto que no —dije, bebiendo un poco más de café.
Jack trató de dejar uno de esos silencios del señor Black, pero fue apenas una ridícula imitación de lo que él hacía. Miré aquellos ojos sin vacilar, como si fueran unos simples charcos de lluvia en los que él trataba de ahogarme; pero eso no pasaría jamás, porque yo me había enfrentado a la inmensidad del mar y había sobrevivido.
—Si necesitas algo, no dudes en pedírmelo, Jack —le dije después de un largo rato, porque no iba a perder el tiempo allí parado con él.
Me alejé de vuelta a las escaleras y subí tranquilamente hacia el despacho, llamé a la puerta antes de abrir, encontrándome con un señor Black tumbado en su sillón negro y mirada perdida en el suelo.
—Señor Black, mañana por la mañana podrá ir a comprar a la tienda de Johanna —le dije. Esperé un momento a que hiciera alguna señal de que me había escuchado, pero como no se movió repetí—: Señ…
—Lárgate, Leonard —me dijo con tono serio y seco—. No quiero verte.
Me quedé con la palabra en la boca y moví los labios un momento sin decir nada. Finalmente asentí y, sin decir nada, cerré la puerta. Me sentí un poco dolido, pero preferí no darle vueltas. Me centré en pensar que tenía un equipo de música nuevo que me gustaría disfrutar, y ahora tenía tiempo.
Cuando llegó la hora de la cena, llevé los envases del señor Black a su despacho. Llamé a la puerta y la entreabrí, sin llegar a pasar ni a mostrarme.
—Ha llegado la cena, señor Black. ¿Se la subo al despacho?
—Sí.
Lo hice, y cuando dejé los envases sobre su mesa, no apartó la mirada del portátil. Seguía solo con los vaqueros y el pelo le había quedado algo ondulado al secarse.
—¿Necesita algo más? —le pregunté.
—Avisa a Jack para que me espere en la habitación.
Asentí y me fui. Cené en silencio en la cocina y después me puse mis cascos insonorizados, aunque todavía pude sentir los golpes y el retumbar de la habitación de al lado. Por otro lado, no se oía nada; algo que agradecí profundamente.
Al día siguiente me desperté temprano, demasiado acostumbrado ya a madrugar. Como había que hacer una visita a la tienda de Johanna y quería parecer profesional, me puse mis pantalones grises de vestir y una camisa blanca. Me dejé los primeros botones sin abrochar, de una forma más casual, pensando que, si resultaba ser una cita mucho más importante de lo que imaginaba, siempre podría abrocharlos y dar una imagen seria y profesional. Después me hice el café y leí el periódico porque, al parecer, era el único día que lo traían a casa del señor Black. Seguía lloviendo afuera, después de tres días y no parecía que fuera a parar en dos días más. Sonó el ding del ascensor y un repartidor me sorprendió en la cocina; un chico joven con gorra y una cazadora impermeable empapada. Se detu-

vo al verme y puso una expresión de miedo.
—Buenos días —le saludé yo, sin embargo, con una amplia sonrisa para indicarle que todo iba bien—. ¿Un viaje difícil con la lluvia?
Él dudó un momento, pero asintió con la cabeza y dejó la bolsa de papel un poco mojada sobre la mesa de la isla.
—U… un poco, señor Black —respondió, sin mirarme a los ojos.
—¿Qué? —pregunté, sorprendido, antes de reírme—. Oh, no, no. Yo soy Leonard, su ayudante —le corregí.
Eso le tranquilizó visiblemente y hasta respondió a mi mirada.
—Ah —asintió—. Perdón.
No estaba seguro de si aquel chico era tímido o la chef le había advertido que tuviera cuidado en casa del señor Black. Se alejó sin darme la espalda y la mirada baja, hasta que se fue por el pasillo del ascensor rápidamente. Alcé las cejas, sorprendido, y quité los envases de la bolsa, separándolos en dos y dejándolos sobre la mesa. Empezaba a tener un poco de hambre, pero decidí esperar por el señor Black.
Media hora y toda la sección de deportes del periódico después, oí sus pasos por las escaleras. Apareció por la cocina, con los mismos vaqueros que el día anterior y un jersey apretado y negro.
—Buenos días, señor Black —le saludé con una leve sonrisa—. Ha llegado ya el desayuno, ¿quiere un café?
Él no me miró, se acercó a la mesa y se sentó frente a mí sin decir nada. Abrió su envase de desayuno y empezó a comer aquella especie de sándwich de pan negro con aguacate y huevos revueltos. Apreté los labios, un poco frustrado por esa nueva indiferencia que me estaba dedicando.
—¿Quiere leer el periódico? —le pregunté, cerrándolo y doblándolo para entregárselo.
Él continuó comiendo, como si yo no estuviera allí.
—Hay un reportaje sobre la historia de los nudos que usaban los marineros —continué, porque aquello no me gustaba, me hacía sentir… mal.
Al fin me miró, clavando sus ojos azul marino en mí de una forma peligrosa. Masticaba lentamente y tenía el sándwich entre las manos.
—A lo mejor le interesa —insistí, sonriendo y moviendo el periódico entre nosotros. Tratando, como un imbécil, de que se riera de aquella pequeña broma que me había parecido divertida.
El señor Black cogió el periódico con un movimiento rápido y violento, tirándolo a un lado. Miré como las hojas chocaban contra el suelo, crujiendo y deslizándose un poco hasta caer por el cambio de nivel que había entre la cocina y el salón.
—¿Se puede saber qué le pasa, señor Black? —le pregunté, enfrentándome a su mirada seria.
Él dejó de masticar, las fosas de su nariz se dilataron, al igual que las pupilas de sus ojos.

—¿Qué me pasa? —repitió entre dientes.
Su respiración se aceleró un poco y sus dedos se apretaron con fuerza alrededor del pan hasta que gran parte del interior se desbordó por los lados. Seguí aquella mezcla verde y amarilla que cayó sobre el envase y después de vuelta a sus ojos.
El señor Black tiró el sándwich deforme de vuelta al envase, agitó un momento las manos, porque las tenía sucias y soltó un rugido de frustración. Estaba furioso conmigo, y yo no entendía por qué.
—Señor Black… —murmuré en voz baja, sintiendo que perdía las fuerzas. No… no sabía por qué lo seguía intentando. No merecía la pena—. Espere, le traeré algo para limpiarse.
Me levanté y fui a por un trapo del cajón, se lo entregué y él casi lo arrancó de un tirón de mi mano. Negué con la cabeza y cogí el envase frente a él, dejando el mío sin tocar en su lugar. Me senté de nuevo y miré si podría aprovechar un poco de aquel sándwich apretado y deshecho. Antes había sentido hambre, pero ahora ya no tenía ganas de comer.
Aun así, arranqué un trozo de ese pan oscuro y me lo llevé a la boca, pensando en que todo era demasiado confuso y extraño. Si uno de los dos debía estar enfadado, ese era yo; no él. Pero ya estaba cansado… yo… había intentado ser bueno con él, incluso cuando no se lo merecía, como en aquel mismo momento. Sin embargo, nada de lo que hacía tenía sentido. Solo sabía enfadarse y despreciar lo que intentaba hacer por él; y lo peor es que eso me estaba empezando a afectar.
Había sido estúpido e inconsciente. Un error que no volvería a cometer.
El móvil vibró a mi lado y lo miré, Patrick me pedía que confirmara la asistencia para dentro de dos horas. Respondí educadamente y guardé el móvil.
—La visita a la tienda de Johanna será a media mañana —dije en voz neutra y carente de emoción, recogiendo mi envase de plástico con el sándwich destrozado para tirarlo a la basura—. Avisaré a Lakov —continué—. Si me necesita, estaré en mi cuarto —y me fui hacia las escaleras, incapaz de mirarle a los ojos otra vez.
Subí a mi cuarto y cerré la puerta. Me dejé caer en el puff y me puse los cascos, encendiendo el equipo. Tenía hora y media antes de marchar y no iba a perderla pensando en el señor Black. No era mi amigo, solo era mi jefe.
Me desperté cuando una luz entró por la puerta. Entreabrí los ojos y miré a la figura borrosa que estaba frente a la puerta abierta.
—Levántate, Leonard, nos vamos —me dijo una voz grave.
Me quité los cascos y detuve el equipo de música. Agité la cabeza y me pasé una mano por el pelo, tratando de despejarme. Me había quedado dormido mientras escuchaba un podcast y había perdido la noción del tiempo. Me levanté, no sin cierta dificultad, y traté de alisar mi camisa, volviendo a meterla bajo los pantalones.
Fui hacia la entrada, donde todavía me esperaba la oscurecida figura del

señor Black.
—Lo siento mucho, me he quedado dormido —me disculpé, porque era lo que se suponía que debía hacer.
Salí por su lado, sin mirarle al rostro, y avancé por el pasillo abalconado hacia las escaleras.
—Deme un minuto para lavarme la cara —le pedí.
Entré en el baño y me eché agua, mirándome un momento en el espejo. Tenía el pelo un poco desordenado y traté de peinarlo un poco con las manos, pero no ayudó demasiado. Salí y me encontré con el señor Black en la cocina, esperándome. Fuimos hacia el ascensor en silencio y subimos. Para mi sorpresa, cuando llegamos al garaje, se atrevió a poner la mano en la parte baja de mi espalda para empujarme suavemente y que avanzara con él. Pensé en decir algo, pero eso no cambiaba nada. Era solo una mano, me dije.
Saludé a Lakov y subí al coche. Revisé el móvil, pero era domingo y tan solo habían llegado algunos correos sin importancia sobre noticias relacionadas con el envío de materiales a la fábrica y datos de ventas; eso podría revisarlo el señor Black personalmente si así lo deseaba.
—Leonard —me llamó entonces. Su voz era grave, pero parecía normal, sin enfado ni frustración, así que levanté la mirada—. No has desayunado, deberías comprar algo para comer.
—No se preocupe —respondí, mirando mi reloj de pulsera antes de devolver la atención al móvil—. Puedo aguantar hasta la comida.
Después nos volvimos a quedar en silencio, tan solo interrumpido por la lluvia que golpeaba el cristal de las ventanillas, algo que agradecí bastante.
—Estoy algo nervioso… —le oí decir en voz baja.
Dejé de escribir en el móvil y, lentamente, levanté la mirada hacia él.
—El lanzamiento del nuevo producto es esta semana, ha tenido poca publicidad, y si no se vende bien, perderé mucho dinero, Leonard —continuó, con la mirada perdida en la lejanía de la ciudad.
Dudé, preguntándome si se merecía mi preocupación. ¿Para qué iba a consolarle?, ¿para que después se siguiera enfadando conmigo? Pero a mí me habían educado unos padres generosos y trabajadores, me habían enseñado sobre compasión, generosidad y empatía. Así que dejé el móvil a un lado y le dediqué toda mi atención. No iba a convertirme en un monstruo solo porque trabajara para uno.
—Es un buen producto, señor Black —le recordé, porque él mismo lo había dicho—. Estoy seguro de que se venderá perfectamente.
—¿Y si no? —preguntó, girando el rostro para mirarme.
Me encogí de hombros y negué con la cabeza.
—A veces las cosas no funcionan como uno quiere —le dije—. Si no tiene éxito, el siguiente lo tendrá porque usted ha reunido un equipo con los mejores de cada campo. Eso es lo que hace usted, ¿no? Encontrar el talento.

—He invertido mucho en esto, tardaré en recuperar el capital —dijo tras un breve silencio.
—Entonces, quizá tenga que prescindir de un chef internacional que le haga la comida y de pagar cuatro gimnasios de lujo a la vez —y sonreí un poco.
Él me miró fijamente y creí que aquella broma no le iba a gustar, que se enfadaría y me respondería algo mordaz; sin embargo, una de las comisuras de sus labios se elevó solo un poco en lo que, pensé, era una sonrisa sincera.
—¿Y qué quieres que haga? —me preguntó—. ¿Comer latas de atún?
Se me escapó una risa de entre los labios y me olvidé de quien era él y de quién era yo.
—Quizá —respondí—. Puedo abrírselas yo si cree que va a ser demasiado para usted y su orgullo de millonario playboy.
El señor Black alzó una de sus cejas, apenas una elevación, junto con apenas una sonrisa, en lo que creí que era la expresión más sexy del mundo. Pero duró poco, demasiado poco, porque giró el rostro para volver a mirar la ventanilla.
—Johanna es una vieja conocida —me dijo, como si aquel momento no hubiera sido real, sino algo producto de mi imaginación—. Es una experta en lo suyo y tiene muchos clientes importantes. Me gustaría que, cuando lleguemos, hagas todo lo que te pida y no me cuestiones.
—Seré tan profesional como siempre —aseguré.
—No quiero que seas profesional, Leonard, quiero que seas obediente —me corrigió.
Ladeé el rostro y perdí la sonrisa de los labios.
—¿Cómo de obediente? —quise saber.
El señor Black volvió a mirarme, pero ahora estaba más serio y sus palabras eran más densas.
—Lo suficiente para no dejarme mal delante de ella.
Tardé un momento, pero terminé asintiendo.
—Ya conoce los límites —fue lo único que le dije.
Él tardó un momento, pero terminó asintiendo.
Volví la atención al móvil y el señor Black siguió mirando a través de la ventanilla hasta que llegamos a una de las avenidas del centro, repleta de tiendas de moda y alta costura. Nos detuvimos frente a una tienda de ropa interior femenina y salimos del coche. Yo seguí al señor Black a un paso de distancia, dando por hecho que aquel lugar era «la tienda». Quizá los látigos y los bozales estuvieran entre la sección de camisones y la de picardías. Sinceramente, me hubiera encantado ver algo así.
Pero, para mi decepción, no había nada de eso, solo encaje por todas partes y unas dependientas muy jóvenes y guapas que tardaron apenas segundos en venir a asistir al señor Black.
—Hola, soy Anne —se presentó la primera que había conseguido llegar. Una morena de piel caramelo y ojos como el chocolate—. ¿Puedo ayudarle

en algo, señor…?
—Black —respondió él.
—Señor Black… —dijo ella con tono lento, como si paladeara su nombre—. ¿Busca algo para regalarle a alguna mujer afortunada?
—¿Dónde está Johanna? —le preguntó, ignorando por completo el leve tono de flirteo de Anne.
Ella se quedó un momento callada, con los labios entreabiertos y una leve elevación de las cejas.
—La señora Hill está ocupada ahora mismo —se disculpó—. Pero yo puedo atenderle perfectamente, si me lo permite.
Joder, para ser dependienta de una tienda de lujo, jugaba muy fuerte sus cartas.
—Esperaremos, entonces —respondió él.
Eso no le gustó a Anne, que apenas puo contener una expresión dolida en su bonito rostro.
—Como desee.
Yo ya había cogido mi móvil del bolsillo mientras hablaban y había mensajeado a Patrick para decirle que habíamos llegado. La señora Hill, o Jahanna para sus conocidos, no tardó ni un minuto en aparecer por una puerta trasera de la tienda. Se acercó con una sonrisa y un ruido de tacones sobre el suelo.
—James —saludó al señor Black con las manos en alto, pero no hizo ningún gesto de acercarse más de un paso—. Siento haberte hecho esperar.
Johanna no era lo que me esperaba de una mujer que vendía arneses a multimillonarios. Era… muy normal: baja, un poco gorda y con la sonrisa algo torcida.
Su presencia contrastaba muchísimo con el resto de empleadas delgadas, jóvenes y guapas, tanto, que quedaba muy claro quién mandaba allí.
—Acompáñame, por favor —le pidió, haciendo un gesto con su mano de uñas violetas y pulseras de plata de ley.
La seguimos hacia la puerta trasera de la que había salido y entramos en un pasillo mucho menos luminoso y mucho menos elegante que la tienda a nuestras espaldas. Johanna perdió al instante la sonrisa y me dirigió una mirada de arriba abajo; de pronto dejó de parecerme una agradable mujer y se convirtió en la bruja de un cuento infantil.
—Sabes que no me gusta que traigas a desconocidos, James —le recordó con tono seco.
—Es mi ayudante, Leonard —me presentó él—. Seguí tu consejo y me hice con uno.
—Ah… —volvió a mirarme y esta vez dio menos miedo que antes. Yo sonreí un poco e incliné la cabeza de forma educada—. Espero que sepa estarse calladito.
—¿Crees que no puedo mantenerle callado, Johanna? —le preguntó el señor Black, pero lo hizo con su voz más profunda y peligrosa.

Ella le miró de vuelta. Era mucho más baja, pero había algo en ella que imponía muchísimo respeto. Tras una batalla silenciosa entre los dos, ella terminó cediendo.

—Por supuesto, James. —Se dio la vuelta y continuó andando, haciendo resonar sus tacones por todo el pasillo—. Patrick me ha dicho que necesitabas un arnés nuevo.

—Así es —respondió él—. Tengo una fiesta y quiero que mis chicos vayan preparados.

—¿Una fiesta divertida? —preguntó ella, sacando una llave para introducir en el ascensor del final del pasillo.

—No de las que te gustan.

Johanna resopló y pulsó el botón del ascensor, abriendo las puertas e invitándonos a entrar.

—¿Vas a llevar uno de mis preciosos arneses para que tus chicos esnifen cocaína y se dejen follar por inútiles con la polla pequeña? —le preguntó después de volver a meter la llave para mover el ascensor.

El señor Black puso su mano en la parte baja de mi espalda, algo que no le pasó desapercibido a Johanne; quien volvió a mirarme de arriba abajo.

—La organiza Bill Hunt, el hijo del gobernador, Christopher Hunt. En una de sus islas privadas del caribe. Dos acompañantes, mínimo.

Johanne escuchó, asintiendo de vez en cuando. No parecía sorprendida, yo, sin embargo, lo estaba flipando. Christopher Hunt era un ultra conservador, públicamente machista y homófobo. Y su hijo organizaba orgías.

—Te daré algo especial entonces —respondió ella—. Quizá tus chicos me consigan un par de clientes en esa fiesta.

Llegamos al piso superior y las puertas del ascensor se abrieron, mostrando un tipo de tienda muy diferente a la anterior. Se parecía a la habitación del placer, pero mucho más grande y con muchas más cosas. La luz era suave y amarillenta, las paredes estaban cubiertas con papel pintado vintage de colores dorados y negros. Había muebles oscuros y expositores con todo tipo de vibradores, tapones anales, látigos, tipos de cuerda y todo el látex que uno pudiera imaginar. Pero lo más perturbador eran los hombres y mujeres que estaban repartidos por las paredes, con los rostros cubiertos por máscaras con una cremallera en la boca y completamente desnudos. Otro de los clientes de Johanne, una mujer entrada en años y con el pelo canoso, estaba probando una fusta con uno de ellos.

Cogí aire y apreté los puños que mantenía a mi espalda. El señor Black me estaba mostrando la parte más perturbadora y cruda de la ciudad… y del ser humano.

—Tengo algunas cosas que quizá te interesen —le siguió diciendo ella con total tranquilidad, porque yo era el único allí al que aquello le parecía una absoluta bizarrada—. ¿Sigues estando en contra de los vibradores?

—Mi polla es mucho mejor que cualquier vibrador —respondió él.

Johanna se rio un poco, pero sonó agudo y desagradable. Se detuvo delante de un enorme expositor de fustas y látigos y cogió uno con delicadeza.

—Cabeza de ante, mango de roble; muy flexible y resistente —le explicó.

Quitando el hecho de que eso estaba ahí para pegarle a alguien con él, se me ocurrió pensar que sonaba como cuando te vendían una varita en Harry Potter. Tú no elijes la fusta, la fusta te elige a ti…

—¿Quieres probarla? —le preguntó ella, dirigiéndome una mirada intensa—. O… ¿quieres que traiga a uno de mis perros? —señaló a las personas desnudas y amordazadas de las paredes.

El señor Black extendió la mano para coger la fusta y la miró detenidamente, azotando un poco la palma de su mano con ella.

—Leonard —me llamó entonces—. Tu brazo.

Sentí que el corazón se me paraba en el pecho y le miré, pero no me encontré con sus ojos. Recordé lo que me dijo sobre obedecer y no dejarle quedar mal, pero… no… Tragué saliva y me remangué un poco la camisa de mi mano izquierda, levantándola hacia él. El señor Black me agarró con firmeza de la muñeca y, sin avisar, azotó la parte interna de mi antebrazo, allí donde la piel era más fina y sensible. Ahogué un chillido con todas mis fuerzas, aunque tuviera que apretar tanto los dientes que me hiciera daño. E hizo muchísimo daño. Tanto que noté cómo los ojos se me llenaban de humedad y tuve que empezar a respirar más fuerte.

Johanna se acercó y ambos miraron la marca rojiza que había dejado el azote sobre mi piel clara.

—Precioso —afirmó Johanna—. Esto no lo vas a conseguir con cuero artificial —le aseguró, señalando el borde más rosado en comparación con el centro—. Y no dejará marca.

El señor Black miró de nuevo la fusta y asintió.

—Me la llevo.

Y me entregó, para que la cogiera yo con mi mano libre. No me miró a los ojos, quizá porque sabía lo que se iba a encontrar en ellos: enfado y el reflejo de lo traicionado que me sentía. Johanna fue a por una vara esta vez.

—Prueba esta —le pidió, entregándosela.

Contuve el aliento y apreté de nuevo los dientes antes de notar el lacerante golpe de la fina vara. Dejó un rastro ardiente en mi piel y no pude evitar que un jadeo descontrolado se me escapara de los labios. El señor Black cerró los ojos y tragó saliva. Respiró más profundamente y supe que aquello le estaba poniendo cachondo. No necesité bajar la mirada hacia el pronunciado bulto en sus vaqueros apretados. Sin embargo, Johanna me miraba fijamente. Yo respondí a su mirada porque… no iba a bajar la puta cabeza como un sumiso, o unos de sus… perros. Ya era demasiado humillante que el señor Black se hubiera aprovechado de mi confianza de aquella manera.

—¿Qué tal? —preguntó ella, sin dejar de mirarme, pero yo sabía que esa

pregunta no era para mí.
—Me la llevo —respondió el señor Black con la voz un poco ronca y más grave de lo normal.
—¿Tú qué crees, Leonard? —esta vez hablaba conmigo.
Quería decirle muchas cosas, como, por ejemplo, que estaban jodidos de la puta cabeza; pero elevé la comisura de los labios en una suave sonrisa y no dije nada. Me asaltó la misma pregunta que muchas veces antes: ¿Por qué hacía aquello?
—Tengo un par de conjuntos que le sentarían bien —le explicó al señor Black, caminando de nuevo por la tienda, haciendo aquel gesto con la mano para que la siguiéramos.
El señor Black me dio la vara sin mirarme y siguió a Johanna hacia otra sección, esta vez repleta de modelitos bondaje que prácticamente eran tiras de cuero y látex que te rodeaban el cuerpo y no dejaban nada a la imaginación. Algunos tenían hebillas, anillas de metal e incluso cremalleras.
Johanna se lo pensó, mirando la parte masculina de la sección.
—No vamos a ponerle máscara, ¿verdad? —le dijo—. Tapar esa carita sería un crimen.
—Leonard no asistirá a la fiesta —respondió él—. No es para compartir con inútiles de polla pequeña.
—Oh… —Johanna sonrió, pero no era nada parecido a su primera sonrisa amable y cercana, esta era sórdida y fina—. Entiendo.
—Ese —indicó él, señalando un maniquí con un arnés negro de algún material sintético y negro que se ajustaba mucho a la piel.
Johanna abrió uno de los largos cajones bajo los maniquís y cogió el arnés que le había pedido.
—La camisa, Leonard —me ordenó, sin mirarme todavía.
Volví a tragar saliva y me empecé a desabotonar la camisa blanca. ¿Por qué hacía aquello?, ¿para no dejar mal al señor Black delante de su asquerosa amiga? Me quité la camisa y la dejé a un lado, con la respiración algo acelerada. Aquello era humillante y pude sentir un calor en el rostro. El antebrazo todavía me escocía y tenía los ojos empañados. ¿Por qué no había traído a Jack a hacer aquello? Seguro que le hubiera encantado que le azotara delante de Johanna y le comprara mierdas de bondage. O quizá el señor Black solo quería humillarme… ¿era eso? ¿Se estaba vengando de mí?
Él mismo me pasó las tiras por la cabeza y los brazos, ajustándolas a mi cuerpo. Era algo parecido a un sujetador, con tiras de dos o tres centímetros que me rodeaban los hombros como las asas de una mochila, me rodeaban la parte alta de mi pecho y después a la altura del abdomen.
—Toma —le dijo Johanna, entregándole un collar de grueso cuero negro con hebilla de plata—. Será perfecto.
El señor Black lo cogió y me lo puso al cuello. Yo parpadeé, sintiendo que faltaba poco para que se me escapara una lágrima, haciendo todo lo

posible para no darles aquello. El señor Black jadeaba lentamente y evitó encontrarse con mis ojos mientras me rodeaba con el collar y lo ajustaba firmemente a mi cuello. Después, como si ya no pudiera evitarlo por más tiempo, alzó la mirada a mis ojos.

Yo no quería mirarle, porque sabía que era un momento de debilidad para mí, que estaba completamente humillado por él, en mitad de aquella asquerosa tienda; pero, si no lo hacía, no sería más que otro de esas personas que estaban allí para ser humilladas y azotadas. Quería que supiera lo decepcionado y traicionado que me sentía, aunque probablemente no le importara.

Él tensó la mandíbula, empezando aquel estado de excitación e ira tan cercano a la demencia. Me cogió el mentón con la mano y, con su dedo gordo, rozó suavemente mis labios, deslizando el labio inferior hacia abajo, manchándoselo con un poco de mi saliva. Volvió a mirar mis ojos y se lo llevó a la boca antes de chuparlo un poco.

—James, sabes que no está permitido eso aquí —le recordó Johanna, que estaba contemplándolo todo detenidamente—. Paga las cosas y llévatelo fuera, si quieres.

El señor Black tardó un momento, pero cogió mi camisa blanca y empezó a ponérmela por encima del arnés y el collarín.

—La envidia no te sienta bien, Johanna —le dijo con voz pausada, todavía un poco jadeante mientras me ataba los botones con dedos firmes y seguros.

Ella soltó una risa pausada y corta.

—Encontráis uno bueno y siempre os creéis los mejores —respondió, sin darle importancia—. ¿Necesitas algo más?

—Dame dos más, uno para una mujer y otro para un hombre —le ordenó, dejando una mano sobre mi hombro cubierto y dándome un leve apretón antes de girarse.

A partir de ahí nadie interactuó más conmigo, lo cual agradecí profundamente. Cargué dos arneses más, envueltos en papel fino dentro de dos cajas alargadas. Johanna puso la fusta en una de las cajas y la vara en la otra.

El señor Black pagó con tarjeta, pero nadie pronunció jamás el precio. Nos llevó de vuelta en el ascensor y tuve que caminar todo el trayecto desde la tienda al coche con la correa al cuello y el arnés bajo la camisa.

—Llámame si necesitas algo más —se despidió Johanna con una de sus sonrisas grandes y falsas en la tienda de lencería.

Llegamos al coche y le entregué las cajas a Lakov para que las metiera en el maletero, entré dentro y no perdí un momento para tratar de quitarme aquella correa del cuello. El señor Black se sentó donde siempre, como siempre lo hacía y me hizo una señal para que me acercara a él. Le miré con expresión seria y enfadada. Él repitió el gesto, sin vacilar.

—Te la quitaré —me prometió.

De mala gana me acerqué a su asiento y levanté la cabeza para que pudie-

ra llegar con facilidad a la hebilla de plata.
—Leonard… —me dijo con voz lenta, mientras sus dedos recorrían con cuidado mi cuello—. Estoy muy orgulloso de ti.
Bajé la cabeza para poder mirarle de frente. Él levantó los ojos hacia los míos y dejó de desatarme la correa.
—Le has encantado a Johanna, y es una mujer muy difícil de impresionar —continuó en voz pausada y grave, como si todo aquello debiera hacerme sentir bien. Como si pudiera significar algo para mí—. Los límites…
—Te has follado los límites —le interrumpí yo, incapaz de aguantarlo más—. ¿Tienes idea de lo puto humillado que me he sentido ahí dentro?
El señor Black se enfrentó a mi mirada de enfado, pero mantuvo su expresión seria y su tono calmado cuando me dijo:
—Lo sé.
Asentí con la cabeza. Claro que lo sabía, y le había puesto muy cachondo porque era una persona asquerosa y enferma. Apreté los labios, y sentí que iba a llorar. No era rabia ni pena lo que sentía, era frustración y angustia; por mí, por lo que estaba dejándome hacer por… por él. Aparté la cabeza, tratando de conseguir algo de intimidad, algo complicado cuando el señor Black te miraba fijamente con sus ojos del color del mar.
—¿Quieres pegarme? —me preguntó.
Le miré de nuevo, preguntándome si había escuchado bien.
—Yo he cruzado los límites, te he pegado y te he tocado. Ahora puedes hacerlo tú —me explicó con tono serio—. Así es como lo hacemos nosotros.
Fruncí el ceño y negué con la cabeza.
—Esa regla se la ha inventado usted, señor Black —le dije.
—Es lo justo.
Mantuve su mirada en silencio. Para ser alguien que no entendía el humor, a veces parecía que estaba contando un chiste.
—Yo no pego a la gente a la que aprecio, señor Black.
Eso le dejó en silencio un rato, entreabrió los labios, como si intentara decir algo, pero no fuera capaz. Los cerró y movió las manos de alrededor del collarín hasta mis hombros.
—Pégame, Leonard —me pidió—. Así es como lo hacemos nosotros.
Había una necesidad en su voz y un brillo triste en sus ojos. Presionaba sus dedos contra mis hombros, pero todavía podía sentirlos temblando suavemente. Apreté los dientes y le pegué una bofetada que resonó por todo el coche. No me hizo sentir mejor, solo me hizo sentir parte de aquella locura estúpida y patética.
El señor Black cerró los ojos y se quedó con la cara ladeada tras el fuerte golpe que le había dado. Respiró un par de veces y me miró.
—No… —se detuvo a respirar una vez más— no quiero perderte, Leonard.

Terminé sintiendo como una lágrima me cruzaba el rostro. No entendía lo que me pasaba, lo que era toda aquello, a lo que estábamos jugando él y yo. Nada tenía sentido para mí ya. Me estaba dejando arrastrar por el señor Black hacia un lugar profundo y oscuro al que no quería ir.

—¿Qué… qué estamos haciendo? —le pregunté, porque necesitaba hacerlo.

Quizá él supiera la respuesta. Ojalá al menos él tuviera la respuesta.

—Estamos creando nuestras propias reglas —fue lo que me dijo.

Cuando llegamos a casa todavía seguía confuso y molesto; pero el señor Black actuaba con total normalidad. Me habló con tono calmado durante la comida y me pidió un café al terminar. Trabajamos un par de horas en la oficina y después me dijo que avisara a Jack para antes de la cena. Al parecer quiso probar su nueva vara porque, incluso con los cascos, pude oír los gritos del sumiso. Yo sabía cuánto dolía en el brazo y no podía ni imaginarme lo que podría estar doliéndole a él allí donde le estuviera azotando con ella. Cuando llegó la cena el señor Black ya estaba duchado y con tan solo unos pantalones negros de chandal puestos. No dijo nada sobre los ruidosos gritos, tan solo se sentó frente a mí y me preguntó qué era lo que estaba escuchando últimamente.

—Se trata de una especie de programa de radio hecho por personas que no son profesionales, los hay sobre muchos géneros; a veces oigo algunos en los que hablan de cosas que me interesan, otras veces son de ficción y me… —mientras le estaba explicando lo que era un podcast un fuerte portazo me interrumpió.

Miré al señor Black, dejando el tenedor a media distancia entre el envase de espinacas con gambas y mi boca, pero él lo ignoró totalmente y respondió a mi mirada en silencio.

—Me parecen muy buenos —terminé la frase y continué comiendo.

—Tengo que oírlos —respondió, pero su voz no transmitió interés real, tan solo fue una frase.

Cuando fui a mi habitación para dormir, me di cuenta de que aún llevaba el arnés y me sentí asqueado, no me había acordado de que estaba ahí. Me lo quité deprisa e hice una bola con él para tirarlo lo más lejos posible de mí.

La mañana del lunes llegó como un golpe de agua fría. Me desperté y mientras me duchaba pensé en que habría que ir al gimnasio y empecé a echar de menos el domingo; como si no hubiera disfrutado suficiente del hecho de no haber tenido que ir. Me tomé mi café mientras esperaba al señor Black y vi la caja alargada de la estantería a un lado del salón. No me había acordado de ella, y durante la semana no tendría tiempo para montarlo. Debería haber…

—Leonard —me distrajo una voz al lado.

Miré esos ojos del azul del mar en un rostro serio de barba dorada y perfecta.

—Buenos días, señor Black —le saludé con una leve sonrisa.

—¿Estás listo? —me preguntó, avanzando un poco hacia la cocina.

—Por supuesto.

Cogí mi mochila y descendimos por el ascensor, donde el señor Black puso su mano en mi espalda y me preguntó por la agenda del día con su tono grave y tranquilo de siempre. Miré el móvil en mi mano, deslicé la pantalla y resoplé un poco.

—Hoy va a ser un día largo —le dije cuando estuvimos dentro del coche—, pero si quiere, puedo conseguirle quince minutos más después de la comida para una siesta rápida.
Él asintió y comencé a planear cómo recortaría las reuniones; no eran demasiado importantes, así que no habría problema. Cuando terminamos el gimnasio y recuperé la capacidad de respirar y caminar como una persona normal, ya lo tenía resuelto. Llamé a la oficina para pedir que nos trajeran café y la recepcionista cambió totalmente el tono de voz al oírme.
—Ya lo hemos pedido por usted, señor O'Brien —me dijo con una sonrisa forzada que no pude ver, pero que pude sentir en su voz.
—Muchas gracias —traté de no sonar tan sorprendido como me sentía—. Llegaremos enseguida.
Colgué y me quedé un momento mirando la pantalla.
—Me da la impresión de que me tienen miedo —pensé en alto.
—Deberían —respondió el señor Black.
Alcé las cejas, pero no dije nada al respecto. Cuando llegamos a la oficina recogí los cafés y la bolsa de papel con el desayuno con la marca del restaurante. Repartí los envases mientras el señor Black se quitaba la americana y se aflojaba un poco el nudo de la corbata. Recibí un extraño correo mientras desayunábamos sobre el tiempo en el caribe y lo abrí.
—Señor Black, he recibido un correo sobre que va a nevar con fuerza en el caribe y que también habrá muchas piedras en la playa… —me sentí más estúpido cuanto más leía—. Es… ¿algo importante?
—Que va a haber mucha droga en la fiesta —me explicó mientras masticaba un par de almendras—. Y que no hace falta que llevemos la nuestra.
—Qué elegante —asentí, archivando el correo en una carpeta especial que había llamado orgías y fiestas, bueno, no así, había puesto solo «OyF»—. Se nota que es una orgía con clase.
La primera reunión duró hora y media, que acorté a solo una hora y veinticinco. Nadie se quejó, porque nadie quería estar allí. En la segunda de la mañana, el móvil empezó a vibrar y miré el número que llamaba: la Habitación. Fruncí el ceño y corté la llamada. Recibí otras cinco después, y una sexta justo antes de terminar la reunión. Nada más salir por la puerta llamé de vuelta.
—¿Necesitas algo? —le pregunté con un tono de voz algo cortante mientras seguía al señor Black de vuelta a su despacho.
—¿Dónde coño estás? —me preguntó Jack—. Llevo buscándote una puta hora.
Lo dudaba. Era más de media mañana y estaba seguro de que se acababa de levantar de la cama; no llevaba más de veinte minutos despierto.
—En la empresa —respondí, aunque creía que era algo obvio—. ¿Necesitas algo o estás usando el teléfono de la habitación por ningún motivo?
—¿Dónde está mi puto desayuno?

—Es casi hora de comer.
—¡Desayunaré cuando me salga de la polla, Leonard!
Puse los ojos en banco y cerré la puerta del despacho a mis espaldas.
—Muy bien, ¿qué quieres desayunar? —le pregunté.
—Quiero ir a un restaurante de la gran avenida.
Jack quería ir a un restaurante de lujo a que le sirvieran desayuno a falta de cuarenta minutos para la hora de comer. Asentí un par de veces en silencio y le dije:
—Suena genial. Mándame la factura.
—Quiero que pidas una reserva para mí y una amiga —me indicó—. En el Giorgio's, dentro de una hora.
Miré al señor Black, que me miraba de vuelta con expresión seria desde su sillón de cuero negro.
—Dame un momento, Jack —le pedí, apartando el móvil y apagando el altavoz para poder hablar libremente—. Quiere ir a un restaurante de lujo con una amiga.
El señor Black asintió.
—Dale todo lo que te pida —me ordenó—. Si cree que me importa, se portará mejor y tratará de impresionarme en la orgía.
Sentí un escalofrío cuando oí aquello, pero hice lo que me pidió.
—Perdona, Jack. Mu…
—¿Está ahí James? —me interrumpió—. ¡Dile a ese cabrón que después de pegarme con la vara me debe más que esta puta comida!
Esperé un momento y continué:
—Muy bien, mesa para dos en el Giorgio's. Lo arreglaré todo.
—Más te vale.
Cerré los ojos y ladeé el rostro, me costó mucho morderme la lengua, pero terminé forzando una sonrisa.
—Pásalo bien —y colgué—. Tiene una llamada con la señora Filliphs, de Hunston's y después la comida —le expliqué al señor Black—. ¿Necesita que me quede?
—No, no hace falta —respondió.
Salí del despacho y me pasé los siguientes veinte minutos discutiendo con el metre del Giorgio's para conseguir la puñetera mesa de Jack. Tuve que sobornarle y, quizá, amenazarle un poco, pero muy poco. Finalmente hizo un hueco a cambio de unos buenos quinientos pavos de propina. Solucionado eso, seguí con el trabajo hasta la hora de comer, donde continué escribiendo un correo o dos antes de la siguiente reunión.
—Tiene veinte minutos para descansar —le dije al señor Black después de recoger los envases—. Y después una reunión con el departamento de Finanzas que durará tres horas.
Me fui para dejarle tranquilo, pero cuando llegó el momento le encontré todavía en el sillón, con los brazos cruzados y la mirada perdida en el gran ventanal mojado por la lluvia.
—Señor Black, es la hora.

Él se levantó y se acercó a la puerta, pero le detuve con un gesto antes de que pudiera salir. Le indiqué la corbata para que se la ajustara de nuevo y él subió el nudo, pero le quedó algo descolocado. Así que arrimé un poco la puerta y se lo ajusté yo, además de tirar un poco de los lados de su americana para ajustarla un poco mejor. Entonces le miré a los ojos y asentí, conforme con el resultado.

La reunión con finanzas fue bastante aburrida, repleta de gráficos y explicaciones innecesariamente largas sobre capital, inversiones y pronósticos de ventas. La señora Timber, directora del departamento, terminó diciendo lo mismo que me había dicho el señor Black a mí.

—El producto es bueno, pero puede que no se venda como esperamos debido al poco impacto que ha tenido en los medios y en las revistas especializadas.

Entonces explicó hasta qué punto podría afectar una mala venta a la empresa y me quedé sin respiración. La señora Timber era muy directa y no trató de suavizar el tema, explicó que había posibilidades de afrontar una situación económica peligrosa que pusiera en un ligero aprieto el futuro de la empresa.

—¿Eso es todo? —preguntó el señor Black con un tono seco y cortante.

Ella asintió y él se levantó de su sitio, se abrochó un botón de la americana y se acercó a la puerta que yo ya había abierto para él. Les dediqué una sonrisa a los de finanzas y me fui junto con el señor Black. Abrió la puerta de su despacho de un tirón y entró a prisa. No estaba seguro de si seguirle, pero entré de todas formas. El señor Black se quedó con las manos apoyadas en su mesa y la cabeza gacha, de espaldas a mí.

—Llama a Jack, que venga aquí —me ordenó—. ¡Que venga ahora mismo! —terminó gritando.

—Sí, señor Black —respondí—. ¿Quiere un…?

Pero el gritó y tiró la lámpara de la mesa hacia la pared, interrumpiéndome con un gran alboroto. Me quedé allí, mirando como el señor Black respiraba con fuerza y se quitaba la americana rápidamente, seguido de la corbata. El pesimismo de la señora Timber le habían afectado demasiado y ahora estaba furioso y descontrolado. Se dejó caer sobre su sillón y se tapó el rostro con las manos. Cuando al fin se quedó quieto y callado, le dije:

—Estoy seguro de que el producto será un éxito.

Él bajó las manos y me dedicó una mirada seria y peligrosa.

—¿Eso crees? —me preguntó—. ¿Ahora eres experto en ventas, Leonard? ¿Tienes más estudios que Timber y sabes más que ella?

—No, claro que no, pero…

—¡Entonces cierra la puta boca! —me gritó, golpeando la mesa con el puño—. ¡Limítate a hacer lo que tienes que hacer y tráeme a Jack!

Me enfrenté al mar de tormenta de sus ojos y al tono violento de su voz sin retroceder. Compartimos un silencio tenso y asfixiante. Entreabrí los labios, pensando en algo que le hiciera sentir mejor, que le hiciera recupe-

rar un poco el sentido.
—Solo intentaba animarle un poco —reconocí.
—¿Quieres animarme, Leonard? —inclinó la cabeza hasta que me miró por el borde superior de los ojos—. Entonces ven aquí y mírame a los ojos mientras me comes la polla.
Cerré los labios y recordé que no merecía la pena intentar consolar al señor Black; que no merecía la pena preocuparse por él.
—Traeré a Jack lo antes posible —respondí en un tono neutro antes de salir del despacho y cerrar la puerta.
Llamé a la Habitación, pero nadie respondió, después llamé a su móvil y la señal comunicaba, lo intenté cinco minutos después y cortaron la llamada. Empecé a sentirme un poco frustrado y esperé otros diez minutos antes de intentarlo de nuevo.
—¿Qué quieres? —me preguntó él con un tono aburrido, como si tener que hablar conmigo supusiera un gran esfuerzo para él.
—El señor Black quiere que vengas ahora mismo —le dije, sin paciencia para ser educado.
—No puedo.
Abrí los ojos y apreté el puño sobre el escritorio.
—¿Por qué? —le pregunté.
—Estoy de compras —habló con un tono más animado cuando se dio cuenta de todo aquello me estaba molestando—. Todavía tardaré en llegar a casa.
Miré el reloj y comprobé que apenas quedaba una hora para el cierre de la oficina.
—Mandaré a Lakov a buscarte a donde quiera que estés —respondí.
—No, no me apetece.
—Jack, te daré un buen consejo y te diré que vengas ahora mismo —dije con voz tranquila—, porque si no lo haces, lo de la vara habrá sido un juego de niños comparado con que el señor Black puede hacerte si se enfada.
Y me colgó. Me dejé caer en la silla y me pasé las manos por la cara antes de soltar el aire. Esto sería muy complicado de explicar. Me levanté y fui hacia la puerta del despacho, llamé y entré, encontrándome al señor Black tumbado sobre su sillón, con la mirada perdida en el paisaje de la cristalera.
—Señor Black —le dije, cerrando la puerta a mis espaldas—. Jack no… no quiere venir.
Él no se movió al principio, hasta que, lentamente, fue girando el sillón hasta mí y me miró.
—¿Cómo dices?
Tragué saliva y apreté un poco los labios.
—No quiere venir —repetí.
El señor Black cerró los ojos y de pronto golpeó la mesa con el puño, girando el rostro hasta hacer crujir su cuello grueso.

—Tu trabajo es controlarlos… —me recordó con un tono grave y peligroso.
—Lo sé, señor B…
—¡No! —me interrumpió, volviendo a golpear la mesa para mirarme con aquellos mares de tormenta—. Si no eres capaz de hacer tu trabajo, no me sirves para nada.
Compartimos uno de nuestros silencios. Estaba cansado, cansado de él y de sus gilipolleces, de su locura y de todo lo que pensaba que yo tenía que hacer por él.
—Quedas despedido, Leonard. Coge tus cosas y vete.
Pero yo no me moví de mi sitio. Aquel no era el señor Black, era el monstruo furioso y adicto al sexo que le consumía por dentro. Él no podía despedirme.
El tiempo pasó y él fue apretando los dientes y tensando su fuerte mandíbula, sus ojos se convirtieron en dos abismos de un intenso azul y sus puños se cerraron con fuerza.
—¿Quieres que te eche yo? —me preguntó con su voz aterciopelada y grave—. Porque no te va a gustar…
No. A mí no me iba a amenazar otra puta vez; ya estaba harto de sus mierdas. Avancé hacia la mesa y di la vuelta para ponerme frente a él en el sillón. Sabía lo que quería y sabía que todo lo demás ya no le importaba. Me incliné y apoyé las manos en los reposabrazos mientras le miraba fijamente. Eso le gustaba, le encantaba que me enfrentara a su mirada de loco. El señor Black pasó del enfado a la leve sorpresa cuando me vio acercarme, ahora tenía los labios entreabiertos y su apretado pecho se alzaba y descendía con cada suave jadeo.
—¿Quiere que me vaya, señor Black? —le pregunté con voz tranquila—. Oblígueme.
Sus labios rosados se movieron, como si tratara de decir algo, pero no fuera capaz. Soltó un fuerte jadeo, como si perdiera el aire que le quedaba en los pulmones, y tragó saliva, haciendo moverse su gruesa nuez en la garganta. Finalmente dejó la sorpresa atrás y se volvió a enfadar. Me dio una bofetada que no vi venir y que produjo un dolor lacerante en mi rostro. Cerré los ojos un momento con la cabeza ladeada debido al impacto. Aquello era todo lo que él quería. Hacer eso era lo único que le hacía feliz.
Le miré de vuelta y noté que los ojos se me humedecían; quizá por el dolor, quizá por algo más. Levanté una mano y le abofeteé con fuerza. El señor Black no se lo había esperado y, al igual que yo, tuvo que ladear el rostro al recibir el impacto que dejó una marca rosada en su mejilla. Le pegué porque esa era la forma en la que hacíamos nosotros las cosas.
El señor Black se recuperó y su expresión de enfado superó un nuevo nivel que nunca había visto hasta entonces. Sus labios entreabiertos temblaban, sus dientes estaban muy apretados, su pecho se elevaba con fuerza y sus ojos entornados me miraban de una forma que podría haber

helado el ártico. Sin embargo, movía su cintura, incapaz de contener la gran erección que le apretaba los pantalones.
—Vamos, échame de aquí, James —le provoqué, disfrutando extrañamente de aquello; de su expresión de odio y de su frustración. Sabía que quería follarme, que yo tenía un poder sobre él que no podía controlar y que le enfurecía. Sabía lo que él quería hacerme, pero, si lo hacía, yo nunca volvería a su lado.
Otra bofetada, más fuerte incluso que la anterior, me hizo retroceder finalmente; pero esta vez no tuve tiempo para recuperarme. El señor Black se levantó con violencia de su sillón y me agarró del cinturón para levantarme de improvisto hasta sentarme en la mesa. Me abrió las piernas para hacerse sitio entre ellas, presionando su cadera contra la mía.
—¡Mírame! —ordenó con los dientes apretados, jadeando con fuerza cerca de mi rostro.
Apreté los dientes y le miré fijamente. No me daba miedo, daba igual lo que dijera, no importaba lo mucho que pudiera quitarme ni el dinero que tuviera que pagarle. Si me obligaba a irme, me iría.
Entonces nos quedamos en silencio. Aquellos ojos que habían sido dos océanos repletos de locura y desesperación se fueron calmando con cada respiración, hasta convertirse en dos mares del azul más brillante en mitad del rostro más atractivo que había visto jamás.
—Sí… —dijo al fin, como si comprendiera algo, mientras se deshacía del nudo de la corbata y empezaba a desabrocharse los botones de la camisa—. Tócame, Leonard… —me ordenó.
Levanté la mano y la puse sobre su pecho caliente y musculado. Empecé a sentir una excitación que me recorría el cuerpo y apreté mi mano sobre su pecho, clavando un poco los dedos en su piel. Le odiaba, a él, a mí, y todo lo que me hacía sentir. El señor Black soltó un jadeo más fuerte cuando apreté su pecho y el abdomen se le contrajo. Cerró los ojos y alzó un momento la cabeza antes de volver a mirarme.
—Nadie puede tocarme, pero tú sí, ¿verdad? —continuó hablando, y sus labios se extendieron en una extraña y perturbadora sonrisa—. Tú eres demasiado bueno, eh, Leonard… Te crees que puedes mirarme a los ojos como si yo no fuera nadie…
No entendía nada de lo que estaba diciendo, pero a él parecía encantarle. Se llevó las manos a su cinturón para desabrocharlo y poder bajarse la cremallera antes de liberarse una polla muy dura a estas alturas. Tragué saliva y me preocupé, porque no me estaba enfrentando al monstruo que tanto odiaba; aquel era el señor Black, un poco perturbado, sudado y jadeante, pero era él. Iba a cruzar una línea que me prometí que jamás cruzaría, porque después solo había un barranco por el que me caería al vacío.
—Házmelo tú —ordenó.
—No —me negué.
El señor Black dejó las manos a los lados de donde me sentaba,

inclinándose hasta pegar su frente a la mía, apretándola un poco hasta que tuve que ceder y ladear la cabeza hacia atrás.
—Has empezado tú. Tú te has follado los límites, Leonard, y vas a llegar hasta el final —me advirtió.
Tenía su rostro tan cerca del mío que no podía mirarlos a ambos ojos a la vez, así que tenía que ir turnándome y saltando de uno a otro. Yo le había provocado, pero no entendía muy bien por qué. ¿Por qué me había enfadado tanto? Quizá quería demostrarme algo a mí mismo, quizá me había rendido y buscaba una excusa para irme de su lado sin sentirme culpable, pero antes de eso, quería probar ese cuerpo y aquellos labios.
—¿Por qué? —pregunté.
—Porque te gusta hacerme feliz, Leonard —respondió, como si fuera algo evidente. Algo que ambos deberíamos saber ya—. Así que hazme feliz…
Me cogió una mano con la suya y la llevó lentamente hasta su polla. Solté un jadeo cuando la toqué por primera vez y el señor Black cerró los ojos un instante, presionando un poco más su frente contra mí. Su mano rodeaba la mía encima de su polla gorda y caliente. Empezó a moverla con lentitud, masturbándose con mi mano. Cuando me acercaba a la punta podía notar una fuerte humedad, tibia y viscosa; muy parecida a la que yo tenía dentro de mis propios pantalones. Se detuvo allí y cerró un poco más mi mano mientras se centraba en masajear la cabeza, jadeando más fuerte, empezando a gruñir con profundo placer.
—Te voy a enseñar cómo me gusta —me dijo en voz muy baja, interrumpido de vez en cuando por un leve gemido o una respiración entrecortada—. Así sabrás hacerlo la próxima vez.
Negué con la cabeza.
—No habrá una próxima vez —respondí en un susurro. Aquel era el final.
El señor Black levantó su otra mano, que todavía tenía apoyada sobre la mesa, y comenzó a desabrocharme los botones de mi camisa azul. Lo hizo lentamente, sin prisa, mientras continuaba indicándome cómo le gustaba que le masturbaran; ahora usando toda la viscosa humedad con la que me había manchado la mano para lubricar el largo tronco venoso.
Me abrió la camisa y comenzó a acariciarme el pecho y la parte alta del abdomen. No había ansiedad, ni furia, ni locura en él. El señor Black me miraba fijamente y con calma, como si quisiera disfrutar de cada segundo de aquel momento. Subió su mano por mi cuello y separó su frente de la mía, incorporándose un poco para poder mirarme el rostro desde lo alto. Bajó la mirada a mis labios y los acarició con el pulgar, como aquella vez en la tienda de Johanna. Pero esta vez trató de meterme el dedo gordo dentro para que yo lo lamiera, fingí que estaba dispuesto a hacerlo, y cuando se adentró lo suficiente le mordí. Él soltó un pequeño jadeo y retiró la mano.
—Serás hijo de… —se contuvo, apretó el puño con fuerza. Soltó la mano con la que me guiaba sobre su polla y me rodeó la garganta. Me miró, se mojó los labios con la lengua y tragó saliva.

—Vas a pagarme… —me dijo, pero yo moví la mano más fuerte, acelerando la velocidad con la que le masturbaba. Él apretó más la mano sobre mi cuello hasta que casi me costó respirar, mientras trataba de serenarse y no perder el control, aquel control que tanto adoraba—. Leonard… —jadeó—, te voy a matar.

Levantó la mano desde mi pecho hasta mi cabeza para agarrarme del pelo con firmeza. Tiró un poco de él, pero apenas me hizo daño.

—Aquí mando yo —me recordó.

Pero me reí, y eso solo consiguió que el señor Black alcanzara tal intensidad de emociones que no pudo reaccionar. Seguí masturbándole, cada vez más deprisa, y le acaricié un poco el torso, yo también estaba estúpidamente excitado con aquello; de alguna forma, el señor Black había conseguido lo que quería de mí. Me había arrastrado a lo más profundo y oscuro de su vida y ahora ya era tarde para volver. Miré aquellos labios entreabiertos, que me estaban llamando.

—Cómo te rías o… —estaba diciendo con enfado, pero se detuvo cuando agarré su camisa y le atraje hasta mí para besarle.

Eso le sorprendió, trató de apartarme con fuerza, pero mordí aquel labio inferior que tanto me gustaba y gemí de placer. Le masturbé la cabeza, cada vez más mojada y caliente. El señor Black consiguió liberarse de mí y apartar el rostro hasta que su labio se deslizó entre mis dientes y quedó un poco enrojecido. Le miré a los ojos fijamente y con una leve sonrisa en los labios. Me marcharía, porque después de aquello no podría volver a mirarle a los ojos; pero me marcharía por todo lo alto.

—Leonard, no…

—Hablas demasiado, James —le interrumpí con tono seco. Si iba a caerme, me caería con todo, sin dejar nada atrás—. ¡Córrete de una puta vez!

El señor Black me miró con los ojos muy abiertos, estaba tan enfadado como yo, tanto que no fue capaz de hablar; solo apretó los dientes y gruñó con fuerza mientras alcanzaba el clímax en contra de su voluntad y se corría a grandes chorros sobre mí. Uno de ellos me alcanzo el pecho descubierto y pude notar como resbalaba, cálido y denso sobre mi piel. El señor Black se contrajo, sin dejar de mirarme y sin que yo parara de masturbarle hasta dejarle completamente vacío. Entonces soltó un último jadeo y se dejó caer sobre mí, con la cabeza en mi hombro y las manos temblorosas sobre la mesa.

Solo entonces me detuve y aparté la mano de su polla, manteniéndola apartada para no manchar nada con ella. Con la otra le rodeé el cuerpo en un medio abrazo y cerré los ojos. No quise pensar en lo que había hecho, ni en las repercusiones que tendría, ni en lo mucho que la había cagado: solo pensé en lo cálido que era su cuerpo contra el mío y en lo mucho que me gustaba eso. Él levantó una mano y la puso en la parte baja de mi espalda, respondiendo a mi abrazo antes de compartir un largo silencio.

El teléfono de su mesa sonó tras dos largos minutos. Ninguno de los dos

se movió, hasta que hice un gesto para alargarme a cogerlo y el señor Black se me adelantó, apartándose un poco de mí; pero no demasiado.
—¿Qué? —dijo con voz ronca y muy mal genio.
Una voz que no conseguí distinguir habló por el altavoz.
—¡Cancélalo! —respondió, colgando el teléfono con fuerza.
El señor Black me miró a los ojos, pero yo tardé un momento en reunir la fuerza suficiente para responderle. Estuvimos así un momento antes de que, sin apartar la mirada, empezara a atarme los botones de la camisa. Sabía que me había manchado bastante porque podía sentir los rastros cada vez más fríos y húmedos pegados en mi piel y el denso olor que dejaban.
Después se guardó la polla dentro de los pantalones y cerró la cremallera. Abrochó su propia camisa y se empezó a atar la corbata. Con la mente más fría ahora, empecé a pensar en todo lo que no quería.
Tiempo que había durado sin convertirme en una de sus putillas: semana y media. Maravilloso. Solo quedaban cincuenta y una semanas de mi contrato laboral hasta terminar el año. Yo, que me creía demasiado bueno para caer en las garras del señor Black… mi dignidad había durado tan solo una puta semana y media.
El señor Black terminó de abrocharse el cinturón y cogió su americana, doblándola para entregármela.
—Tápate con esto hasta que lleguemos al coche —ordenó con un tono neutro.
Cogí la americana y asentí con la cabeza, bajándome de la mesa. Ahora era uno de eses secretarios que hacían pajas a sus jefes en el despacho. El señor Black me llevó con la mano en la espalda hasta la puerta y me miró un último momento con expresión seria.
—¿Preparado? —me preguntó.
Parpadeé y cogí una bocanada de aire. Me pasé la mano limpia por el pelo y escondí la otra bajo la americana doblada. Agité la cabeza para recomponerme y asentí cuando estuve preparado. Salimos y fue el señor Black quien recogió algunos papeles de mi escritorio y apagó el ordenador. Después fuimos hasta el ascensor que, por suerte, estaba vacío. Tiró de mí con su mano en mi espalda cuando llegamos al último piso y cruzamos el gran hall de la entrada. Cuando salimos vi el coche y a Lakov. Apreté los dientes y respiré con fuerza, apurando un poco el paso.
—Hola, Lakov —le saludé, sin hacer contacto visual, dando la vuelta para meterme directamente en el coche.
El señor Black entró y cerró la puerta del coche con fuerza. Se movió hacia el centro del asiento y extendió sus manos por el respaldo, visiblemente mucho más relajado que antes. Yo me había sentado en una esquina, con el pecho y la cintura cubierta por la americana, sabía que la estaba manchando, pero no me importó. Miré por la ventanilla ahumada y me quedé así un largo rato.
¿Qué haría ahora?, me pregunté, ¿quién era yo ahora que me había follado

los límites? Literalmente. Bueno, no, literalmente le había hecho una paja a los límites. Yo… ¿debería dejar el trabajo antes de convertirme en un chiste de ayudante?

—Leonard —me llamó el señor Black.

Le miré por el borde de los ojos, sin mover la cabeza. ¿Iba a decirme que yo sería ahora su sumiso?, que ahora solo era otro nombre en su agenda negra.

—Negociemos —me dijo con una expresión seria—. No voy a permitir que vuelvas a tomar la iniciativa, no volverás a interrumpirme ni a decidir por mí. Yo soy el único que manda aquí, ¿lo has entendido? —tardé un momento, porque no entendía a dónde quería ir con todo eso, pero al final asentí lentamente con la cabeza—. Muy bien.

Se inclinó hacia delante hasta apoyar los codos en las piernas y entrelazar los dedos de su mano en lo que ya era oficialmente su postura de negociador. Me miró fijamente con sus ojos azules, dejando un breve silencio antes de continuar:

—Estoy muy interesado en esta excepción de los límites por fuerza mayor. A falta de sumiso y en un estado de urgente necesidad, podrías funcionar como un… ayudante especial.

Giré el rostro para mirarle de frente, muy atento a que no hubiera utilizado la palabra «sumiso».

—Como esa no es tu función, y se trata de algo excepcional dentro de tu trabajo como ayudante, te permitiré tocarme, besarme, lamerme, hablar y responder a mis azotes. Solo —remarcó—, dentro de ese momento y los límites de tiempo que yo marque. Hacerlo en otro momento provocará tu despido inmediato. ¿Estás de acuerdo?

Me quedé en silencio. El acuerdo era inesperado e… interesante. Apreté los dientes, sintiéndome asustado y estúpido por sentir aquello. Había perdido la cabeza, me había dejado llevar por la frustración y el enfado. Lo había volcado todo en acto sexual repleto de venganza y necesidad.

¿Por qué?

«Porque te gusta hacerme feliz», me había dicho él y yo… yo supe que eso era cierto. El señor Black, el playboy millonario e increíblemente atractivo me… me gustaba. Me gustaba bastante. Me odiaba a mí mismo por ello, pero sabía que era cierto. Había algo en él que me atraía como un fuego ardiente a una polilla. Era sexy, fuerte y poderoso. Todos le respetaban y le temían, allí a donde fuera, y ser alguien especial en su vida era una droga a la que ya era adicto, y que no podría dejar con facilidad. Besarle y tocarle… había sido una pasada.

Así que, estaba completamente jodido.

Hice lo único que podría hacer por mí mismo en aquel momento: mantenerme realista y aceptar lo inevitable, pero luchar por mi lugar por encima del resto. Puede que el señor Black hubiera conseguido enajenarme hasta el punto de que llegara a reflejarme en su sórdida locura, pero no pensaba perder ni un puto milímetro de terreno a cambio.

—Eso no afectará a mi trabajo ni a nuestra relación laboral, será algo aparte que no influya de ninguna forma en todo lo demás —respondí—. El grado de urgencia y la fuerza mayor que lleve a eso será decidida por ambos. No me vale que se aburra y quiera una paja en su despacho, porque para eso tiene a sus sumisos.
El señor Black asintió.
—Yo seré el que mande y tú obedecerás. Quiero que quede claro que cualquier provocación por tu parte, será castigada, y si no puedes soportarlo, será solo culpa tuya. Eso incluye interrupciones, gritos, mordidas, y mi nombre —se detuvo un momento para comprobar que le seguía y estaba de acuerdo con los términos—. Ese momento de excepción también incluirá penetración, mamadas y todo lo que yo quiera.
Ladeé el rostro, no tan de acuerdo con esa parte.
—Es un trato justo a cambio de los besos, los abrazos y que me toques donde quieras —insistió.
—O sea… que vamos a follar como lo hace la gente normal —resumí.
—No sé cómo lo hace la gente normal —respondió—. Solo sé cómo quiero hacerlo yo contigo.
Alcé las cejas, pero tuve que reconocer que esa respuesta me había gustado. Miré hacia la ventana y me detuve a pensar en todo lo que eso significaba.
—Si rompe el acuerdo, señor Black, y esto termina afectando a nuestra relación laboral, el contrato quedará invalidado y podré irme —le dije.
El señor Black tardó un momento antes de responder:
—De acuerdo.
Le miré de nuevo y me incliné hacia delante para ofrecerle la mano. El señor Black me dio un firme apretón con una mirada fija y extrañamente intensa en sus ojos.
—Le diré a Cecil que redacte el apéndice del contrato y lo firmaremos.
—No voy a firmar un papel donde diga que puede usted follarme cuando esté cabreado y no tenga a un sumiso —le aseguré.
—Será un acuerdo oral, pues —accedió.
—Tendrás que confiar en mi palabra —murmuré en voz baja, buscando el móvil en mi bolsillo porque no paraba de vibrar y ya era hora de que respondiera.
—Y tú en la mía —dijo él, aunque no había pensado que me hubiera oído.
Llegamos a casa y nos encontramos con Jack en la cocina. Tenía ropa nueva y una expresión de soberbia en el rostro mientras comía de uno de los envases de plástico de la cena. El señor Black se detuvo en seco al verle, pero yo continué mi camino antes de que Jack pudiera ver las manchas de mi camisa tras la americana azul marino. Fui con paso apresurado hasta las escaleras y después subí rápido a mi cuarto, antes de que se desatara la ira del señor Black. Me empecé a cambiar mientras oía los gritos lejanos, seguidos de unas respuestas cortas y graves. Dejé la camisa sucia, echándole un breve vistazo, sorprendido de lo mucho que el

señor Black podía llegar a correrse. Después me cambié los pantalones negros, a donde también habían llegado manchas. Los sustituí por unos vaqueros y el jersey gris perla grande, porque todavía había que cenar. Unos pasos acelerados y pesado cruzaron el pasillo abalconado.

—¡A mí no me tratas así! —gritaba con enfado.

Esperé a que se alejara, y después esperé un poco más para estar seguro de que no volvería y no me pillaría en medio. Bajé las escaleras hasta la cocina, donde me encontré a un señor Black con expresión seria y mirada gélida. No dije nada al respecto, me acerqué a la mesa y saqué el resto de envases de la bolsa de papel. Jack se había comido la carne a la brasa de uno de los menús, así que le entregué al señor Black el menú completo y yo me quedé con el solitario envase de ensalada mediterránea que quedaba.

—Busca a un nuevo sumiso para llevar a la orgía —me ordenó, sentándose frente a mí—. Y tacha a Jack de la agenda.

Asentí con la cabeza, no demasiado sorprendido por aquello. Jack había jugado fuerte y ahora había perdido todo lo que le quedaba. Empezamos a cenar y miré el móvil, repasando los correos que me faltaban por responder y los mensajes.

—Todos los envíos están confirmados y en orden —le dije, leyendo uno de los reportes del departamento comercial—. Mañana ya estará el producto a la venta.

El señor Black continuó masticando un trozo de carne, pero se detuvo un momento y cerró un poco los ojos.

—¿Quiere que le ponga esta noche uno de los podcast de los que le he hablado? —le pregunté—. Quizá le distraigan.

Él me miró en silencio.

—Sí, puede ser buena idea.

Así que cuando terminamos la cena me acompañó a mi cuarto y se sentó el puff, con los cascos sobre las orejas y la camisa abierta. Era una imagen que me aseguraría de recordar cuando me sintiera demasiado solo y excitado. Continué trabajando un poco, porque las cosas andaban demasiado animadas en aquel momento en el departamento de ventas y márketing. El fracaso supondría un agujero en la empresa y un gran riesgo para el futuro de sus carreras.

El señor Black soltó un bufido en algún momento y se removió. Le había puesto uno de mis podcasts favoritos, una mezcla de misterio y terror, y parecía que había funcionado porque no volvió a abrir los ojos hasta que le desperté a la mañana siguiente.

No fue el único día que el señor Black terminó durmiendo en el puff con los cascos puestos. A medida que avanzó la semana, las cosas se complicaron, las cifras de ventas no eran buenas y eso provocó un enfado y una frustración evidentes en él. Teníamos reuniones casi diarias con el departamento de ventas y la señora Timber. Las mañanas en el gimnasio se volvieron más agotadoras porque el señor Black tenía mucha ira que quería quemar con el ejercicio; y el resto lo hacía con Grace Taylor: pelirroja natural, pelo muy largo, buenos gemidos, mal anal pero buenas mamadas. Muy obediente.

Después de que Jack se fuera por todo lo alto con bien de gritos y orgullo, yo no había tardado ni un día en conseguirle un nuevo sumiso al señor Black; podía sentir la tormenta que se avecinaba y no quería que nuestro «trato excepcional por fuerza mayor» se convirtiera en algo tan común y necesario que dejara de ser «excepcional». Por suerte, Grace parecía encantada de poder volver a la casa y de que el señor Black la atara, insultara y azotara hasta la extenuación. Era, en efecto, muy obediente con él; pero conmigo mostraba un carácter más relajado y sarcástico que me empezó a gustar mucho. Se solía levantar a la misma hora que yo y tomábamos un café mientras discutíamos alegremente de política. Grace tenía, por increíble que pueda parecer, un máster en psicología y varios trabajos sobre igualdad de derechos, racismo y feminismo.

—¿Por qué te sorprendes, Leonard? —me preguntó con una sonrisa juguetona en los labios cuando me habló de feminismo—. ¿Crees que porque me guste ser sumisa no puedo luchar por los derechos de las mujeres?

—Ahora solo te respeto más, Grace —reconocí antes de reírme.

Pero todo terminaba cuando el señor Black aparecía en la cocina y el día laboral daba comienzo.

—¿Está durmiendo bien, señor Black? —le pregunté en el coche hacia el trabajo, porque a mitad de semana las ojeras bajo sus ojos se habían vuelto más evidentes y cada vez le costaba más llegar al final de los entrenamientos.

—No demasiado —me confesó sin mirarme a la cara.

—Si necesita hablar, ya sabe dónde estoy —fue lo único que le dije al respecto antes de volver la mirada al móvil para leerle el horario del día. Una nueva reunión con la señora Timber a media mañana fue el detonante definitivo para terminar con las pocas fuerzas del señor Black.

—Las cosas van mal, debemos empezar a pensar en un plan para apaliar las pérdidas y frenar la producción —dijo ella con expresión seria—. Podríamos esperar un poco más, pero a final de semana, si mantenemos estas cifras de ventas tan bajas, habrá que cambiar de estrategia.

El señor Black volvió al despacho y tiró todo lo que tenía sobre la mesa, arrojándolo con fuerza por el borde mientras gritaba.

—¡Cancélalo todo, Leonard! —me gritó después, quitándose rápidamente la americana—. ¡No quiero ver a nadie, no quiero oír a nadie!
—Sí, señor Black —me limité a asentir.
Salí del despacho y cerré la puerta. Se oyó un fuerte golpe y una pareja de administrativos que pasaba cerca se giró hacia el despacho, yo sonreí como si no hubiera oído nada raro y les saludé con la cabeza. Cancelé las citas del resto de la tarde y las traté de aplazar para encajarlas en algún otro momento de la semana. Me llevó una frustrante hora y media ponerme de acuerdo con los departamentos y conseguir cuadrarlo todo. Después pedí dos cafés en recepción y seguí trabajando hasta que los trajeron a mi mesa con una falsa y gran sonrisa en el rostro; a la que respondí de la misma forma.
Llamé a la puerta del despacho y entré con los cafés calientes en las manos. El señor Black estaba tirado en el sofá, con un brazo sobre los ojos y la camisa abierta.
—Le he traído un café, señor Black —le dije en voz baja, acercándome hasta él.
—Lárgate, Leonard —me ordenó.
Dejé su café sobre la mesa baja y me agaché para quedar a su altura.
—¿Por qué no se va a casa y descansa? —le sugerí con un tono suave y controlado—. Yo me encargaré de todo.
El señor Black apartó su brazo del rostro y me miró. Pude distinguir la humedad y el enrojecimiento de sus ojos, como si hubiera estado llorando, o como si hubiera estado a punto de hacerlo. Me agarró de la camisa con fuerza y apretó los dientes.
—Si quisiera irme a casa —gruñó con enfado, tirando de mí—, ¡lo haría!
Me enfrenté a su mirada en silencio durante un par de segundos, pero terminé asintiendo con la cabeza y bajando la cabeza.
—Claro, señor Black —murmuré en voz baja, levantándome—. Siento haberle interrumpido.
Fui hacia la puerta y la cerré a mis espaldas. Estaba un poco preocupado por el señor Black, pero no podía ayudar a alguien que no quería ayuda; por otra parte, haber cancelado las reuniones me dejó el resto de la tarde libre para solucionar un montón de problemas. Fue extraño poder sentarse en el escritorio durante más de diez minutos, sin interrupciones constantes y sin tener que salir corriendo detrás del señor Black.
Al terminar la jornada, volví a llamar a la puerta del despacho, pero antes de que pudiera entrar, salió el señor Black con la americana puesta y expresión seria. Le seguí en silencio y bajamos en un ascensor bastante lleno. Para mi sorpresa, puso su mano en la parte baja de mi espalda, como siempre hacía. Fue lo único que intercambiamos hasta llegar a casa y cenar en silencio, cuando intenté distraerle con una tontería que había leído en internet. El señor Black levantó la mirada de su envase de pescado con patatas asadas y yo me callé, reconociendo que aquel no era el momento.

Se había recluido en sí mismo de una forma que no había visto antes, aislándose de todo y de todos; y temía que aquello solo empeorara más y más con el paso de los días. Al terminar de cenar se fue directo a su habitación, sin si quiera liberar su enfado con Grace, a la cual me encontré en el piso superior de camino a la habitación.

—Hola, Leonard, ¿has comprado las revistas? —me preguntó con una sonrisa.

—Agh… —cerré los ojos y negué con la cabeza—. Perdona, Grace, ha sido un día extraño. Mañana a primera hora las pido.

—¿Puedes conseguirme también tabaco rubio y un puzzle o algo? —me preguntó—. Estar aquí todo el día se hace un poco aburrido.

—Puedes salir si quieres —le dije—. Siempre que pueda avisarte por si el señor Black te necesita, no hay problema en que salgas de casa.

—Ah… —alzó las cejas—. Antes no se podía.

—Que yo sepa, no hay problema —respondí, porque ahora no estaba del todo seguro; pero Jack lo había hecho y no había habido problema alguno—. Mándame la factura de todo y yo me encargo.

—Maravilloso —sonrió—. Buenas noches, Leonard.

Me despedí y entré en la habitación, encendí la lámpara, porque me gustaba la luz cálida y leve que daba en comparación a la del techo. La habitación no tenía ventanas y yo no era capaz de dormir a oscuras. Me quedé en ropa interior y dejé las gafas antes de tirarme en la cama con un suspiro de cansancio.

No recordaba haberme quedado dormido, solo desvelarme cuando noté que algo había cambiado en la habitación. Entreabrí los ojos y me topé con una figura sentada en el borde. Cogí las gafas, todavía con los ojos entrecerrados, y me pasé una mano por el pelo. El señor Black estaba en ropa interior, con la cabeza baja y los codos apoyados en las piernas, como en su postura de negociar, pero con expresión seria y triste.

—¿Señor Black? —le llamé en apenas un susurro, incorporándome un poco en la cama—. ¿Necesita algo?

—No puedo dormir —respondió en el mismo tono bajo que yo había usado.

Me froté los ojos por debajo de las gafas y me acerqué para sentarme a su lado.

—Todo irá bien —le dije.

—Eso no lo sabes, Leonard.

—A hecho todo lo que…

—Podría haberme follado a la puta Sarah y conseguir esa portada —me interrumpió, usando un tono un poco más alto y enfadado.

—¿Cree realmente que eso hubiera cambiado algo? —le miré.

—Es una de las revistas especializadas más importantes —me dijo, respondiendo a mi mirada con una expresión entre enfado y tristeza.

Cogí una bocanada de aire y la solté lentamente por la boca.

—¿Es la primera vez que algo le sale mal, señor Black? —le pregunté, y

puse una mano en su espalda, acariciándole lentamente, porque supuse que aquel momento no entraba dentro del horario laboral y escapaba un poco a los límites—. Si el producto no se vende, será solo un error en una carrera empresarial brillante.

El señor Black se quedó en silencio, mirándome con unos ojos de un azul demasiado oscuro en la penumbra de mi habitación. Seguí acariciándole lentamente, demasiado adormilado para que realmente me importara si eso me iba a traer problemas o no.

—Eso es lo que dicen los perdedores —me respondió tras un largo minuto.

Parpadeé y asentí perezosamente con la cabeza. Pensé que había venido buscando consuelo, pero no había nada que yo pudiera decirle que le hiciera sentirse mejor.

—Entonces la próxima vez fóllese a todos los editores de la ciudad —y me encogí de hombros.

El señor Black continuó mirándome en silencio hasta que, de pronto, una extraña y pequeña sonrisa se coló en sus labios. Negó con la cabeza y apartó la mirada al suelo. Nos quedamos así un largo rato, hasta que los ojos empezaron a cerrárseme de nuevo y me desperté un par de veces, cuando tuve la impresión de que me caía hacia delante. Terminé por dejarme caer sobre la cama y continué acariciándole con la punta de los dedos, casi de manera inconsciente, en alguna parte sobre la cinta de su calzoncillo.

Cuando me desperté estaba solo y el despertador tronaba desde el suelo. Estaba más cansado por la interrupción en mitad de la noche, pero cuanto más pensaba en ella, más irreal me parecía; hasta que me pregunté si no había sido solo un extraño sueño.

Me encontré con Grace en la cocina, con olor a café y tostadas.

—Te has quedado dormido —me dijo, aunque fuera evidente.

Sonreí y asentí, cogiendo la taza que me había dejado sobre la mesa. Apenas pude darle un par de tragos antes del que el señor Black apareciera frente a nosotros con su expresión seria y ensombrecida del día anterior. Definitivamente debía haberse tratado de un sueño. Apenas habló un par de veces durante el día, asistiendo tan solo a la reunión con la señora Timber, quien propuso algunas soluciones para apaliar las pérdidas que estaban sufriendo. Después el señor Black se recluyó en su despacho y no volvió a salir hasta la última hora. Le pregunté si quería cancelar también la clase de yoga, y él se negó. Así que tuve que soportar una clase de contorsiones y posturas estúpidas antes de cenar una nada gratificante cena de revuelto de verdura y pavo. Antes de dormir, decidí escuchar algo relajante en el equipo de música. Pero aquella noche volví a despertarme de madrugada, esta vez con una mano en mi pecho desnudo que me agitaba suavemente. Abrí los ojos y parpadeé un par de veces hasta poder enfocar la mirada en un señor Black sentado junto a mí.

—Las cosas no están yendo bien —me dijo en un susurro.

Levanté una mano perezosa hasta su pierna grande y fuerte y volví a cerrar los ojos mientras le acariciaba lentamente con el pulgar.
—No, no parece que vayan bien —reconocí con una voz adormilada y algo pastosa.
—Quizá tenga que usar mi propio dinero para tapar el agujero y que no bajen las acciones —continuó—. ¿Qué harás cuando no pueda pagarte el sueldo?
Solté un bufido.
—Eres un dramático —le dije.
—Lo digo en serio, Leonard —dijo con una voz más cortante. No podía verle con los ojos cerrados, pero sabía a la perfección la expresión que tendría en su rostro.
—Un café doble por las mañanas —respondí, dándole una leva palmada en la pierna antes de acariciarle de arriba abajo—. Eso es lo que me haré cuando no me pagues el sueldo.
Tras un breve silencio le oí murmurar en voz baja:
—Eres un gilipollas, Leo.
Eso me hizo sonreír, porque sonó como algo que dirías a alguien que quieres.
—Sep —reconocí.
Como la primera vez, no recordé el momento en el que me quedé dormido de nuevo, pero sí que estuve seguro de que no había sido un sueño. Quizá las palabras se habían desdibujado un poco en mi mente y no podía reproducir la conversación entera, pero sí tenía una idea clara de haberme despertado con el señor Black sentado junto a mí. Al bajar a la cocina, vi a través del cristal un día nublado y con una fina neblina pálida entre los edificios de la ciudad. Subí a coger mi jersey gris y me lo puse por encima de la camisa negra, coincidiendo con Grace en el pasillo.
—Buenos días —la saludé.
—Buenos días, Leonard —respondió ella con su leve sonrisa de siempre—. Oye, ¿todo va bien?
—Está siendo una semana complicada —reconocí, acompañándola al piso de abajo.
—Eso me parecía, porque el amo no me ha llamado en dos días.
—Dale un poco de tiempo, estoy seguro de que en seguida vuelve a la normalidad, y será más fuerte que nunca —le aseguré—. ¿Qué tal la expo? —le pregunté después, distrayéndola de aquel tema un poco comprometido.
—Maravillosa —me dijo mientras le servía el café recién hecho—. Tienes que ir a verla.
—Ojalá… —deseé—, pero no puedo separarme del señor Black.
—¿Nunca? —preguntó con curiosidad y un ceño fruncido en su frente perlada de pecas.
—Nunca —afirmé.
—Ten cuidado, ese tipo de relaciones tan próximas e intensas pueden cre-

ar lazos muy fuertes entre las personas —me advirtió.
—Solo llevo aquí dos semanas —le dije, entregándole su taza de café solo con dos terrones de azúcar.
—Dos semanas con el amo son como un año junto a cualquier otra persona —me aseguró—. Es un hombre increíblemente… intenso.
Me reí justo antes de que los pasos del señor Black sobre las escaleras nos interrumpieran. Bebí el café con leche rápidamente mientras Grace se ponía de rodillas en el suelo.
—Buenos días, señor Black —le saludé, mirando la misma expresión seria y molesta de ayer, y del día antes.
—Vámonos —ordenó, ignorando a la sumisa por completo.
Me despedí de ella con la mano y Grace alzó un poco la cabeza mientras el señor Black estaba de espaldas para guiñarme un ojo.
Cuando llegamos al gimnasio solo había interrumpido el silencio para leerle la agenda del día y leerle un par de mensajes urgentes de la oficina. Durante el entrenamiento el señor Black se detuvo, demasiado agotado para continuar.
—Vamos, ya falta poco —traté de animarle entre jadeos—. Ahora sentadillas.
Me dedicó una mirada seria que hubiera asustado a cualquiera, pero apretó los dientes y aprovechó todo aquella ira y frustración reprimida para terminar el entrenamiento. Pedí un café grande para ambos y lo dejé sobre su escritorio antes de cerrar la puerta tras de mí para dejarle en la soledad de su despacho. La reunión diaria con la señora Timber se había convertido en un pequeño sufrimiento personal; no era culpa suya, pero empezaba a odiarla un poco. Para mi sorpresa, aquel día había venido con un par de personas más que me sonaban, pero que no conseguí reconocer hasta que se identificaron como personal de márquetin y ventas.
—Ha habido un repunte interesante —explicó la señora Timber, señalando un gráfico que hasta entonces no había sido nada favorecedor, pero que por primera vez en la semana había dejado de bajar—. El equipo de márketing me ha informado de que tras las primeras dudas iniciales de los consumidores, ha habido un aluvión de buenas reseñas y recomendaciones.
Todos sonrieron, a la espera de una reacción positiva del señor Black, pero él se quedó como estaba.
—¿Podríamos recuperar la inversión? —preguntó con un tono neutro.
—Es pronto para asegurarlo, pero quizá exista la posibilidad de una explosión de ventas un poco tardía que nos permita recuperar la inversión.
El señor Black asintió con la cabeza y se mantuvo en silencio el resto de la hora. Cuando volvimos al despacho no tiró nada al suelo, ni gritó; se limitó a sentarse en su sillón y apoyar los codos sobre la mesa con sus dedos entrelazados.
—¿Necesita algo, señor Black? —le pregunté desde la puerta.

—Pide otro café —ordenó.
—Ahora mismo.
Cerré la puerta con una leve sonrisa, contento porque parecía que las cosas estaban yendo un poco a mejor. Además del café pedí un donut glaseado para mí y, cuando llegó me lo vinieron a entregar a la mesa.
—Los cafés y el donut —me dijo la recepcionista rubia cuyo nombre todavía no me sabía.
—Gracias.
Entré con el café del señor Black en la mano y un donut mordido en la otra, masticando aquella delicia que, seguramente, estuviera más que prohibida en la estricta dieta del señor Black.
—Su café grande —le dije tras terminar de masticar.
—¿Qué comes, Leonard? —me preguntó él, ya sin americana y con la corbata aflojada.
—Un donut —respondí como si fuera algo evidente mientras se lo mostraba.
—Eso no está en la dieta.
Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.
—¿Sabe lo que no está en la dieta, señor Black? —le pregunté—. Mi felicidad.
Se quedó mirándome con su expresión seria un par de segundos antes de alargar su mano hacia mí. Fruncí el ceño y ladeé el rostro.
—¿Quiere uno? —le pregunté.
—Voy a tirarlo.
—No… —le rogué.
Pero él movió los dedos para que se lo diera y, con un suspiro, se lo entregué.
—¿Algo más? —le pregunté.
Él negó y me fui, pensando en que la próxima vez no sería tan estúpido como para entrar en el despacho con un bollo en la mano. Respondí un par de correos mientras esperaba por la siguiente reunión, también atendí una llamada e incluso me dio tiempo a buscar en la agenda negra de los sumisos; ya que todavía hacía falta un chico para llevar a la fiesta.
Cuando llegó la hora avisé al señor Black, él se levantó, se puso la americana y caminó hacia mí. Le detuve para ajustarle la corbata al cuello y entonces me di cuenta de algo. Había un rastro algo brillante en el borde de su labio. Entorné los ojos y lo limpié con el dedo gordo, mirándolo mejor para comprobar que, efectivamente, eran restos de glaseado. Entonces miré aquellos ojos del azul del mar.
—¿Algún problema, Leonard? —me preguntó él, sin ningún rastro de arrepentimiento ni vergüenza en su voz grave.
Esperé un par de segundos antes de responder:
—Claro que no, señor Black.
Se llevó una mano a los labios y se pasó el dedo gordo por las comisuras, limpiándose los restos del glaseado antes de acercarlo a mis labios.

—Abre la boca —ordenó—. Ahora te voy a tocar yo.
Parpadeé un momento, sorprendido por aquello. Moví la cabeza para negar, pero me detuve a medio camino y, simplemente abrí la boca. Estaba siendo un buen día y no quería discutir. El señor Black metió su dedo gordo y lo limpió lentamente sobre mi lengua. Estaba dulce por el glaseado y un poco salado por su saliva.
—Mírame —ordenó en un tono más bajo.
Cuando lo hice el señor Black entreabrió los labios empezó a hundir su dedo un poco más, tratando de darle vueltas para rodearme la lengua; sin embargo, me aparté y le dije:
—Yo no le he tocado tanto.
El señor Black tardó un momento en reaccionar, trató de alcanzarme de nuevo los labios con su dedo húmedo por mi saliva, pero cambió de idea y se limitó a secarlo contra mi jersey a la altura del pecho.
—¿Preparado? —le pregunté, dándole tiempo para abrochar la americana y tratar de tapar la leve erección de sus pantalones.
Sería injusto no reconocer que yo también me había empalmado un poco con aquello, pero por suerte el jersey gris era grande y lo tapaba bien.
—Ya —me indicó, y abrí la puerta para ir a la siguiente reunión.
Después de las buenas noticias de ventas, el señor Black volvió un poco en sí mismo. Todavía estaba meditabundo y silencioso por momentos, pero ya no era como los días anteriores. En la cena incluso compartimos una charla ligera y después me pidió que avisara a Grace. Yo fui al despacho mientras tanto para continuar mi búsqueda en la agenda, algo a lo que me gustaba llamar: «Leonard y la búsqueda del sumiso perfecto». Me llevé los cascos del equipo y puse música en el móvil de la empresa para no tener que oír nada que no quisiera. Conocer a Grace hacía que sus gritos y gemidos me resultaran el triple de violentos que con otro sumiso. Cuando tuve una lista de jóvenes para presentarle al señor Black, volví a mi habitación y me desvestí antes de tirarme en el puff para escuchar alguna cosa relajante antes de dormir.
Aquella noche no me esperaba la visita del señor Black porque, supuse, ya no tendría problemas para dormir; sin embargo, un movimiento sobre la cama me desveló de madrugada. Abrí un poco los ojos y le vi sentado a mi lado, casi pegado a mi cuerpo. Me desperté antes de que él pusiera su gran mano en mi pecho y me agitara un poco.
—Leo —me llamó en voz baja.
Gruñí un poco, dándole a entender que estaba despierto.
—Puede que tuvieras razón —dijo—, puede que vaya bien después de todo.
Ladeé el rostro sobre la almohada para mirarle a un rostro de luces y sombras provocadas por la suave luz amarillenta de la lámpara.
—Te dije que iría bien —respondí.
—Solo has tenido suerte.
Sonreí y cerré un momento los ojos; era cierto, había tenido mucha suerte.

Puse mi mano en su pierna, apoyando la muñeca en la parte superior para rozar los dedos sobre su cálido muslo y acariciarle suavemente.
—No puede ser que yo tenga más fe en tu empresa que tú, James —murmuré en voz baja.
Él no respondió, con la mirada fija en mi mano sobre su muslo. Sabía que había quedado cerca de su entrepierna, porque sentía el final de su bóxer a la altura de la muñeca; sin embargo, no era un toque intencionadamente sexual, tan solo algo íntimo que, por casualidad, resultaba también muy erótico. Cuando más me desvelaba del sueño, más consciente era de aquel roce tan cercano a su entrepierna y más me excitaba, por lo que pensé que era mejor parar. Aparté la mano, pero James me detuvo al instante, acercándomela de nuevo a su muslo interior; incluso un poco más profundo que antes, hasta que pude notar vagamente el pronunciado bulto que tensaba la tela del calzoncillo. Cogí aire y cerré los ojos, sintiendo mi propia tensión en la ropa interior. Si James quería cruzar los límites aquella noche, estaba seguro de que yo no tendría la fuerza ni las ganas de negarme.
Pero él levantó la cabeza y cerró los ojos jadeando suavemente mientras me acariciaba el pecho a cambio del roce de mis dedos. El momento se alargó y me mordí el labio inmerso en aquel momento cargado de erotismo y sensualidad compartida. Quería dar un paso más, quería sentirle más cerca y rozarme contra él por entero; quería que me besara y me follara; pero no me atreví a romper aquel instante por miedo a perderlo.
James abrió los ojos y miró mi mano de nuevo. Con una gran bocanada de aire, como si tuviera que reunir todas las fuerzas que le quedaban, apartó la mano lentamente de mi pecho. Sentí frío allí donde me había estado tocando y supe que aquel extraño y poderoso momento había llegado a su fin. Quité la mano de su muslo y esta vez nada me detuvo.
—¿Te gusta que te toque, Leo? —me preguntó entonces, apenas un susurro en la penumbra de mi habitación.
Miré al techo y cerré los ojos.
—Bastante —reconocí antes de poder pensar que aquello era un error.
James tardó un momento, pero terminó diciendo:
—A mí también.
Entonces se levantó y con paso tranquilo fue hacia la puerta para dejarme en la soledad. Solo entonces me permití soltar un gemido de frustración, me mordí el labio inferior más fuerte y metí la mano bajo mi calzoncillo. Estaba demasiado excitado para poder dormirme sin más. Tendría que terminar el trabajo que James había empezado y, después, ignorar que había pasado.
Me desperté a la mañana siguiente con la mano todavía dentro de los calzoncillos y un sentimiento de vergüenza en el pecho. Fui a la ducha y me permití pasarme un poco más de tiempo bajo el agua caliente. Me vestí con mi camisa azul a rayas y mis pantalones grises de traje. Mientras me

abotonaba volví a recordar la noche anterior.
Masturbarme pensando en el señor Black no era una buena señal. Era algo que ya había estado tentado en hacer, después de todo él era un hombre terriblemente atractivo y sexy al que prácticamente veía todos los días desnudo, y yo era humano; pero siempre había resistido por el bien de mi relación laboral con él. Si empezaba a pensar en el señor Black de esa forma, temía que llegara un punto en el que no fuera capaz de controlarlo y terminara por empalmarme o ponerme cachondo a su lado en los momentos menos apropiados.
Fui a preparar un café y saludé a Grace cuando apareció.
—Me duele todo —me dijo con una mueca de queja—. Me pegó con esa puta vara de los cojones.
—Te dije que iba a volver con fuerza —sonreí.
Bajé del taburete para prepararle el café y tamborileó con sus uñas cortas sobre la madera de la isla, con la mirada perdida y una expresión pensativa.
—Me pegó con fuerza, pero me folló sin ganas —dijo entonces, como si hubiera decidido las palabras exactas que había querido utilizar—. ¿Entiendes lo que digo?
—No, la verdad —reconocí—. A mí siempre me follan con ganas.
Sonreí y Grace se rio un poco antes de beber su café solo.
—¿No tienes pareja? —me preguntó entonces.
—¿Crees que tengo tiempo para eso?
Ella se encogió de hombros como si eso no fuera un problema.
—Yo tuve una novia en la universidad y nos pasamos la mayor parte del año separadas mientras hacíamos la tesis. Nos llamábamos casi todos los días.
Moví la cabeza de un lado a otro, dudando si decirle lo que pensaba de las relaciones a distancia.
—Yo no sería capaz —le aseguré.
—¿Eres demasiado dependiente?
—No, no es eso —respondí deprisa—. Pero me gusta poder pasar tiempo con mi novio, compartir cosas… ya sabes. No estar continuamente separados a miles de kilómetros.
—Leonard —me detuvo ella, poniendo una mano sobre la mía—. Tienes toda la pinta de ser una persona muy dependiente. No te lo digo como algo malo —se corrigió, porque debió ver la expresión de desagrado en mi rostro—, es solo una necesidad emocional. A mí me pone que me sometan, ¿sabes?
Sonreí y negué con la cabeza, bebiendo un trago de café. El señor Black bajó al poco rato y nos me despedí de ella. Empezaban a gustarme mucho aquellas mañanas con Grace, las echaría de menos cuando se fuera. Lo que no echaría de menos sería el día que pudiera dejar de ir a aquel gimnasio de lujo a sudar como un cerdo haciendo un entrenamiento del ejército. Ya

no me dolían los músculos y cada día se me hacía menos pesado, pero aun así era un sufrimiento innecesario en mi vida.
—Cada vez estás más fuerte —me dijo el señor Black en los vestuarios, sin cortarse demasiado al mirarme el cuerpo.
—Sí, estoy siguiendo una dieta para campeones —respondí sin demasiado interés mientras me ponía la camisa—. ¿Quiere que le mande una copia?
—¿Se puede comer donuts? —preguntó él.
Sonreí y le miré, encontrándome con una leve media sonrisa en su rostro. Todavía seguía algo meditabundo a veces, pero poco a poco estaba recuperando su actitud seria de siempre. Aunque estaba seguro de que pocos habrían podido diferenciar su actitud deprimida de la normal; había que fijarse en demasiados pequeños cambios en su rostro y en la postura de su cuerpo para darse cuenta.
Tras el desayuno y el café, tuvimos otra reunión con la señora Timber, que le dio más buenas noticias y añadió otra pequeña subida a su gráfico. A la hora de la comida fuimos a un restaurante de la gran avenida a una reunión con los inversores para darles las buenas noticias; algo que se alargó un poco cuando ellos quisieron tomarse una copa en la sobremesa y hablar de temas más relajados. Yo esperé un poco en la distancia de mi mesa, pero tras cuarenta minutos fui al rescate del señor Black.
—¿Quiere irse ya? —le susurré al oído.
Él asintió y se disculpó de los presentes, diciendo que tenía una reunión que no podía posponer. Los inversores, un poco borrachos ya, insistieron en que se quedara; pero el señor Black fue firme y prometió que lo haría «en otra ocasión». De vuelta en el coche perdió su expresión seria para mostrar enfado.
—Son como putos cerdos —me dijo—, solo saben comer y quejarse.
—Son cerdos con mucho dinero —le recordé sin apartar la mirada del móvil—. Necesita tenerlos contentos.
—Los odio a todos —concluyó con desprecio.
Asentí, y cambié el tema para que no continuara en esa dirección.
—Este viernes tiene una cena de gala. ¿Quiere que mande lavar su esmoquin?
Él asintió, en su postura de brazos estirados sobre el respaldo y piernas abiertas. Apunté el recado y mandé un mensaje al número de «Servicio». Siempre me sentía un poco extraño cuando lo hacía, como si detrás de aquel número solo hubiera un ente que pudiera cumplir todos mis deseos de sábanas limpias y compras.
—¿Tú tienes esmoquin? —me preguntó entonces el señor Black.
—No —le miré—. ¿Por qué?
No hizo falta que respondiera, tan solo que inclinara la cabeza para mirarme por el borde superior de los ojos.
—No creí que mi asistencia fuera necesaria —reconocí.
—No es necesaria, pero irás igualmente.

—No creo que me hayan tenido en cuenta, ni que a estas alturas puedan hacerme un si…
—Irás, Leonard —concluyó—. Como si tienes que sentarte sobre mi puto regazo toda la cena.
Mantuve su mirada un momento, pero fue breve, porque enseguida empecé a buscar la forma de avisar de mi asistencia improvisada. Tuve que llamar al ayudante de organizador, un hombre con voz aguda y un fuerte seseo, que se negó en rotundo en hacerme un sitio. Insistí durante cuarenta minutos, soportando largos periodos de espera e interrupciones constantes. Llegamos a la empresa y todavía tenía el teléfono en la oreja. Diez minutos después me dijo que era «imposibilísimo» hacerme un hueco a dos días de la cena, ni siquiera por el señor Black.
—No hay hueco en ninguna mesa —le resumí en el despacho, entregándole su tercer café del día—. No pueden sentarme junto a gente importante porque yo «soy un donnadie», y las mesas de «la chusma» ya están demasiado llenas.
El señor Black me dirigió una mirada seria.
—Dame el móvil —ordenó con tono seco, alargando su mano hacia mí—. Llamaré yo.
—Pero —continué, fingiendo que no le había oído y que su mano no estaba colgando en el aire entre nosotros—, podría asistir al cóctel en el salón de fiestas. Así que podría acompañarle antes de la cena, irme y volver dos horas después para el cóctel de medianoche. ¿Qué le parece?
—Dame el móvil, Leonard.
Suspiré y le di el móvil, saliendo del despacho antes de la tormenta. No sabía qué excusas le estaría tratando de dar el ayudante del organizador, pero el señor Black no se andaba con tonterías. A los diez minutos me llamó por el megáfono y al entrar me lanzó el móvil de vuelta.
—Cancela la cena de gala. No iremos.
Pillé el móvil al vuelo y sentí un pequeño ataque al corazón. En ese móvil estaba el noventa por ciento de mi trabajo, si se rompía lo pasaría muy muy mal. Cuando me recuperé fui a decir algo, pero la mirada del señor Black me dejó claro que yo no podría cuestionar ninguna más de sus decisiones sin que hubiera consecuencias.
—Muy bien, señor Black —terminé por asentir.
—Cuando vuelvan a llamar, dámelo —ordenó.
Asentí y me llevé el vaso de café vacío conmigo. No creía que fuera a llamar de vuelta, pero lo hicieron cuando estábamos de camino a casa en el coche. Le entregué el móvil al señor Black, que respondió con una expresión de enfado y un mar gélido en sus ojos.
—Sí —dijo—. En la misma mesa —un corto silencio—. No —y colgó.
Si yo fuera el ayudante del organizador, estaría odiando muchísimo al señor Black ahora mismo. Me pasó el móvil de vuelta, esta vez alargando la mano hacia mí, y le di las gracias. No volvimos a hablar hasta la cena, cuando de forma casual le dije:

—¿Sabe que hay una exposición de los tesoros del Nilo en el museo?
El señor Black siguió masticando un trozo de merluza en salsa de pimienta mientras me miraba.
—Me encantaría poder ir a verla —continué, respondiendo a una pregunta que no había formulado en voz alta pero que había visto en sus ojos azules—. El domingo por la mañana no me necesitaría y podría tomarme unas horas libres para ir si le parece bien.
Él se quedó en silencio, se pasó la lengua por los dientes superiores sin abrir los labios y cogió el botellín de agua.
—Iremos al museo por la tarde, por la mañana montaremos la estantería —me dijo.
Entreabrí los labios y, como si acabara de acordarme, miré las cajas todavía a un lado del salón.
—¿Quiere venir al museo? —le pregunté, volviendo a mirarle a los ojos—. Creía que la historia no le interesaba.
—Y no me interesa —respondió antes de beber un trago de agua.
Abrí de nuevo los labios, no entendía… Me rendí. Daba igual. Que viniera si quería.
—Muy bien —asentí, continuando con la cena.
Al terminar el señor Black se fue a su habitación y yo me quedé recogiendo los envases vacíos. Entonces comencé el proceso de todos los días: me lavé los dientes, me quité las lentillas, subí a mi habitación, me quité la ropa y me tumbé en mi puff con los cascos puestos. Cuando el sueño me venció me moví hasta la cama y me quedé dormido.
Un movimiento me despertó y me di la vuelta, porque estaba durmiendo recostado sobre un lado. Cuando vi la ancha espalda desnuda de James me tranquilicé. No le esperaba aquella noche, ahora que todo iba mejor.
—Me has asustado —reconocí en voz baja—. ¿Sigues sin poder dormir?
—No estaré tranquilo hasta que hayamos recuperado la inversión —respondió. Su voz grave adquiría una nueva y extraña intensidad cuando hablaba en un volumen tan bajo.
—Las cosas van bien, James… —le recordé, cerrando los ojos. Me costaba un poco mantenerlos abiertos cuando me despertaban a aquellas alturas de la noche.
James no dijo nada. Me acarició el pecho hasta el abdomen, y después fue subiendo lentamente hasta mi cuello y terminó con su gran mano en mi cabeza; acariciando el pelo con suavidad. Se me escapó un breve gruñido de placer y tomé una bocanada de aire, disfrutando de aquello. Entreabrí los ojos y le miré. El profundo azul de sus iris estaba medio oculto en la oscuridad y tan solo podía distinguir la mitad de su rostro iluminado por la suave y leve luz de la lámpara. Estiré una mano y le acaricié la mejilla hasta la barba densa con reflejos dorados.
—Eres muy guapo —le dije, algo que no fue premeditado, tan solo un pensamiento que se escapó sin control de entre mis labios.
—Tú también eres muy guapo —respondió.

—Oh —sonreí, sintiendo que me ponía un poco colorado—. Gracias.
Él se movió hacia mí, estirándose sobre la cama hasta colocar sus piernas entre las mías y las manos alrededor de mi rostro. Creí que iba a besarme, quería que me besara, lo deseaba con toda mi alma. Pero él se quedó mirándome a apenas una palma de distancia, recorriendo todo mi rostro con sus ojos como si quisiera memorizar hasta el rasgo más insignificante de mi cara. Levanté los brazos y le rodeé el cuello con uno mientras utilizaba mi otra mano para acariciarle suavemente: de su mejilla a sus labios, después a su fuerte barbilla, su cuello grueso hasta la clavícula y el torso abultado y duro. Él se mantenía apoyado en las rodillas y los brazos, evitando que nuestros cuerpos se rozaran más allá de nuestras manos.
—¿Qué pasara si te beso, Leo? —me susurró, centrando su mirada en mis labios.
—¿Qué quieres que pase? —le pregunté.
James no respondió al momento, se quedó como estaba, ladeando tan solo un poco el rostro. Lentamente fue subiendo la mirada hasta mis ojos.
—Quiero poder hacerlo siempre que quiera.
Mantuve la mirada de sus ojos, ese azul que me consumía; pero tuve miedo.
—James… —susurré, tomándome un momento para mesar las palabras, pero era difícil de explicar. Le acaricié el rostro y apreté un poco los labios—. Esto es…
—Sé lo que es, Leo —me interrumpió, antes de que dijera algo que rompiera la ilusión, porque eso era lo que estábamos haciendo, una ilusión.
Aquello era un sueño compartido del que despertaríamos a la mañana siguiente, con recuerdos de los que no íbamos a hablar, porque nada de lo que allí pasara era real. No había consecuencias ni límites en el mundo de los sueños.
Levanté la cabeza, atrayéndole un poco hacía mí, pero James ladeó el rostro en el último momento y solo pude besarle la comisura de los labios. Me dolió que se hubiera apartado, pero no lo suficiente para no volver a intentarlo.
—No, sino puedo hacerlo cuando quiera —me dijo, tras apartarse otra vez.
Le rodeé el cuello con los brazos y le apreté para darle un fuerte beso en la mejilla, le mordí un poco, con cariño y me separé. Solté un suspiro que era una mezcla de frustración y pena. Apoyé la cabeza en la almohada y le cogí el mentón entre el dedo pulgar e índice para agitarlo un poco.
—¿Por qué eres tan complicado? —le pregunté.
Él me miró, volviendo a girar el rostro hacia mí. Era irónico, algo casi cruel, que cuando yo quisiera besarle, él se apartara; y que cuando él quería besarme, yo hiciera lo mismo.
—¿Por qué me haces sentir tan bien? —preguntó él.
No respondí, porque yo no tenía la respuesta a eso. Le presioné con las

piernas y los brazos para volcarle sobre un lado en la cama y ponerme a horcajadas sobre él. Mantuve la distancia entre nuestros cuerpos, como James quería, mientras con una mano le acariciaba el pelo y con la otra, el poderoso pecho. Él levantó las manos y las dejó en mi cadera antes de recorrerme el cuerpo lentamente con ellas.

—¿Por qué me gustas tanto? —susurré hundiendo mis dedos en su pelo mientras miraba fijamente aquellos ojos de un azul casi negro.

Esa era una buena pregunta, una que todavía no sabía cómo responder. ¿Qué tenía él que no tuviera nadie más? ¿Era solo su atractivo?, ¿era por su dinero?, ¿o era su poder? La forma en la que me miraba o lo especial que me hacía sentir ser esa persona que siempre estaba a su lado.

—Yo le gusto a todo el mundo —respondió.

Entonces me reí. Lo había dicho con tono serio, muy convencido de sus palabras, como si se tratara de una verdad universal e ineludible.

—Es inevitable —le dije, acariciando la punta de su nariz con la mía—. Está la ley de la gravedad y después la ley de James. —Volví a reírme un poco.

James entreabrió los labios y un jadeo se le escapó de entre ellos. Me rodeó la espalda con los brazos y me empujó contra él. Me dejé llevar hasta que nuestros cuerpos se rozaron, mezclándose en un cálido e intenso abrazo. Pude notar su erección contra la mía y gemí con placer, pero no había nada sórdido y oscuro en aquel abrazo; tan solo un profundo erotismo e intimidad.

Él empezó a explorar mi cuerpo con las manos, lentamente, con un poco de presión, sin dejarme escapar de su abrazo. Yo respiraba con lentitud, pero de forma entrecortada, podía sentirle tan cálido y grande debajo de mí. Estiré las piernas para estirarme por completo sobre él, porque necesitaba tocarle por entero, con cada centímetro de mi piel.

James pegó su mejilla a la mía y yo hundí ambas manos en su pelo, sintiéndome perdido en algún lugar entre la plenitud y el delirio. Me removí un poco, frotándome contra él, deseando poder fundirme en su piel y no separarme jamás. James me apretó más contra su cuerpo, respondiendo a mi silenciosa necesidad. Movió la cadera, presionando su erección contra la mía con un gruñido bajo de su pecho. Entonces me dio la vuelta y se puso encima de mí. Era pesado y tan grande que me cubría por entero. Toqué su espalda ancha y un poco sudada mientras él trataba de envolverme con un poco de desesperación entre su cuerpo. Abrió la boca y me acarició la mejilla con los labios, echando bocanadas de aire caliente y húmedo sobre mi piel a cada respiración. Hacía calor, pero yo sentí un escalofrío. Nunca imaginé que podría sentirme de aquella manera.

Y entonces sonó el despertador.

Me quedé helado. Miré a James a los ojos y él me respondió con seriedad. ¿Cuánto tiempo había pasado?, ¿cuánto llevábamos así? Había parecido tan solo un instante.

—No puede ser —dije apenas sin voz, buscando en su mirada alguna señal de que estaba equivocado.
James se separó un poco para alargar la mano hacia el suelo, recogiendo el despertador para mostrarme la hora: era momento de despertar del sueño. Cerré los ojos y perdí todo el aire de mis pulmones.
—Joder… —me tapé el rostro con las manos, sentía una frustración y una impotencia difíciles de describir.
James se separó de mí y se quedó un momento sentado a mi lado, con una última caricia en mi rostro, se levantó y se fue hacia la puerta, dejándome en la soledad de mi habitación. Noté que los ojos se me humedecían y que quería llorar; pero no podía, tenía que volver al trabajo.

Me duché con agua fría. Necesitaba serenarme y volver al mundo real, y no había nada mejor que jadear bajo una corriente de agua helada para eso. Al terminar tiritaba y me sentía destemplado, pero había merecido la pena; cuando fui hasta la cocina ya no estaba empalmado y había conseguido recuperar la serenidad. Preparé café y compartí una conversación ligera con Grace antes de que apareciera el señor Black, un poco más tarde de lo habitual.

—Buenos días, señor Black —le saludé con un tono tranquilo, mirando su expresión seria de cada día.

—Vámonos, Leonard —me ordenó—. Llegaremos tarde.

Y así de fácil, ambos fingimos que nada había pasado hacía apenas cuarenta minutos. Leí la agenda del día en el coche, como hacía siempre, y le recordé que aquella tarde tenía masajista y que ya había mandado a lavar su esmoquin.

—No iremos a la cena —respondió con una mirada seria.

—Señor Black, es una cena benéfica, irán muchos personajes importantes de la ciudad y los periódicos cubrirán el evento —le dije con cuidado, utilizando un tono calmado, pero nada paternalista, tan solo el que podrían si quisiera dar un buen consejo a alguien que te importa—. El departamento de publicidad ha insistido en que ir será muy bueno para su imagen pública.

Él me miró en silencio, frente a mí con su postura dominante de siempre, como si todo allí fuera suyo.

—Entonces, consigue un sitio para ti en mi mesa —me dijo.

Entreabrí los labios, pero los volví a cerrar sin decir nada. El señor Black estaba siendo infantil e irracional con aquel tema. Era estúpido exigir que hicieran un hueco para el ayudante de un empresario en una mesa de personas importantes; no tenía sentido alguno y todos parecían ver eso a excepción del señor Black. Si él quisiera ir acompañado de su pareja, no tendría problema en insistir, pero me daba vergüenza llamar para pedirles que me hicieran un hueco a mí.

—Señor Black —lo intenté de nuevo—. Nadie lleva a su ayudante a esas cosas.

Él ladeó el rostro y me miró de aquella forma que no aceptaba un no por respuesta.

—Por favor… —le rogué en voz baja.

—No —y ahí se acababa la discusión.

Cogí una bocanada de aire y volví la vista al móvil, no porque tuviera nada que hacer, sino para no tener que seguir mirándole y conseguir un poco de intimidad. Tuve que decirle a publicidad que el señor Black, definitivamente, no asistiría a la cena de gala. Las quejas no se hicieron esperar y para cuando volví a mirar el móvil después del gimnasio ya tenía dos llamadas perdidas y más de nueve mensajes del departamento,

cada uno más serio y cortante que el anterior. Sabían que yo estaba al otro lado del teléfono y eso les daba un poco más de libertad para usar expresiones como: «sería muy recomendable que insistieras en ello» y «nos gustaría poder organizar una reunión extraordinaria para discutir el tema, si tú no eres capaz de convencerle». No me gustaba el tono y odiaba que creyeran que yo estaba siendo un incompetente con el tema; pero la reunión no me preció una mala idea.

—Los de publicidad quieren reunirse con usted para explicarle las ventajas de la cena y lo que podría afectar a su imagen, a la de la empresa y a las ventas en alza —le dije durante el desayuno.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Leonard —me recordó, dando un trago a su café—. No es mi puto problema y no quiero volver a oír a hablar de eso, ¿entendido?

Tiré la cuchara de plástico sobre la mesa y me cubrí el rostro con las manos, demasiado frustrado con todo aquello. Quizá aquella noche me había afectado demasiado y no me quedaban demasiadas energías para soportar tonterías. Crucé los dedos y me incliné hacia delante, con los codos sobre las piernas. El señor Black me miraba con expresión seria mientras terminaba sus gachas con pera, almendras y arándanos.

—Negociemos —le dije tras un breve silencio—. ¿Qué haría falta para que fuera a la puta cena y dejara de comportarse como un crío?

—Ven aquí —ordenó, dejando la cuchara a un lado y girando el sillón hacia mí.

Dudé, pero me levanté y fui hasta él. Me indicó con un gesto de la mano que me inclinara más cerca y, antes de que me diera cuenta, me dio una bofetada en el rostro. Apreté los dientes y me cubrí la mejilla caliente y enrojecida.

—Como vuelvas a faltarme al respeto, Leonard, te haré algo peor —me advirtió, cogiendo la servilleta de la mesa para limpiarse los labios—. Siéntate —me ordenó sin mirarme.

Me mordí un poco la lengua y me giré con enfado de vuelta al sofá. Estaba haciendo aquello por su bien y él se creía con derecho a pegarme. El señor Black se recostó contra su sillón negro y me miró durante un corto silencio.

—¿Qué estás dispuesto a darme, Leonard? —me preguntó con su voz grave y un poco aterciopelada, la señal inconfundible de que habría límites en juego.

—No tendría por qué darle nada a cambio, señor Black —le respondí en tono neutro y expresión seria—. Esto es por su bien y el de la empresa.

—Yo voy a hacer algo que no quiero —dijo, sin inmutarse lo más mínimo por mi respuesta—, quizá tú deberías hacer algo que no quieres a cambio.

Mantuve su mirada, a la espera de que me pidiera alguna de sus guarradas sadomasoquistas. Al James de mis sueños podría darle todo lo que me pidiera, pero con el señor Black me costaba mucho más.

—Te depilarás todo, como a mí me gusta —dijo entonces.

—Vale —acepté sin más, antes de que cambiara de idea. De todo lo que sabía que podía pedirme, aquello era insignificante en comparación.
—Y… —añadió, porque quizá me faltaban dotes de negociador y me había apresurado demasiado rápido a aceptar el trato—, vendrás conmigo a la habitación del placer.
—No —me negué en rotundo—. Eso jamás.
—Entonces no iré.
—Pues no vaya —finalicé, levantándome del sofá.
Recogí mi envase de plástico blanco y mi café a medio beber, fui al escritorio e hice lo mismo con los del señor Black, tirándolos dentro de la bolsa de papel.
—Tiene una llamada en diez minutos —le recordé, tras mirar el reloj de pulsera, antes de dirigirme a la puerta.
—Tampoco iremos al museo —me dijo entonces.
Apreté los dientes de espaldas a él, cerré los ojos un momento y me obligué a respirar. A veces era un pedazo de hijo de puta. Abrí la puerta y le miré un último momento.
—Muy bien, señor Black —y cerré, esforzándome por no dar un fuerte portazo.
Estuve trabajando para distraerme, le pasé la llamada al señor Black y respondí los correos más urgentes. Tras cuarenta minutos, me llamó al despacho.
—Apunta una cita para comer en dos semanas a nombre de la señora Black. Algún buen restaurante, quizá en las afueras, algo con jardín —me dijo, ajustándose la corbata al cuello antes de levantarse.
Tardé un instante en reaccionar y después lo anoté.
—¿En el club de campo, quizá? —pregunté.
—Sí, es buena idea —asintió, caminando hacia la puerta para irnos a la cita diaria con la señora Timber.
Todavía estaba mirando el móvil cuando noté su presencia frente a mí. Metí el teléfono en el bolsillo y revisé el nudo de su corbata, su camisa y las solapas de la americana para que todo fuera correcto.
—Te depilas, vienes a la habitación y no usaré la vara —me dijo en voz baja, mirándome fijamente a los ojos—. Iremos a la cena y el domingo haremos lo que quieras.
—No.
Salimos hacia la reunión sin decir nada más. La señora Timber explicó durante una larga hora lo que podría haber resumido con un simple: «las cosas siguen bastante bien». Había otro punto más alto que el anterior en la gráfica de ventas, convirtiendo la línea cada vez más en una pronunciada uve. Según su pronóstico, a mitades de la semana siguiente recuperarían la inversión y empezarían las ganancias; pero, como no podía ser de otra forma con ella, añadió:
—Solo si las ventas se mantienen como hasta ahora.
Dejamos la sala de reuniones y fuimos directamente al ascensor para reu-

nirnos en media hora con la contable personal del señor Black, la señora Fisher. El ascensor estaba vacío y él puso su mano en mi espalda. Paramos a medio camino y entraron un par de personas, la mayoría becarios diría, por sus expresiones de angustia y sus ojos muertos.

—Te depilas, vienes a la habitación y te ato, te doy un par de azotes y te follo —me susurró entonces al oído—. Iremos a la cena y el domingo a donde quieras.

—No.

Atravesamos el lujoso hall del edifico King's Place y saludé a Lakov con un asentimiento de cabeza. Recibí una llamada del departamento de publicidad y tuve que soportar diez minutos de comentarios hirientes disfrazados de frases educadas.

—Rose… —la detuve con un tono frío como el hielo—, si tuviera una vara para hacer todos mis deseos realidad, no estaría aquí escuchando tus mierdas. El señor Black no quiere ir a la cena y se acabó —colgué. Tiré el móvil a un lado del asiento y miré por la ventanilla mientras trataba de tranquilizarme.

Podía sentir la mirada fija del señor Black, pero, como muchas otras veces, simplemente la ignoré.

—Yo sí tengo una vara que puede hacer tus deseos realidad si me dejas usarla —me dijo.

Le miré por el borde de los ojos, pero tras un par de segundos se me escapó una risa de los labios. Odiaba reírme cuando no quería hacerlo, pero aquello me había pillado de improvisto y había sido muy ocurrente de su parte. Negué con la cabeza y continué mirando el río de coches que nos rodeaba. La niebla era alta, pero caía un poco sobre el suelo, volviéndolo todo un poco gris, húmedo y frío.

—Te depilas, vienes a la habitación, te azoto y me corro dentro de ti —insistió—. Iré a la cena y el domingo iremos al museo y te invito a comer.

—No voy a entrar en esa habitación, señor Black —le aseguré—. Jamás.

—Te depilas, te azoto y me corro dentro de ti —repitió, excluyendo la habitación del trato.

Giré el rostro para poder mirarle de frente a los ojos. Nos quedamos en silencio y yo pensé en volver a negarme, pero una pregunta me asaltó la mente.

—¿Preferiría azotarme o correrse dentro de mí?

El señor Black cogió una bocanada de aire y alzó la cabeza. Movió la cadera, comenzando a excitarse por la posibilidad que, hasta el momento, había creído imposible.

—Las dos —lo intentó en un murmullo bajo entre dientes, negándose a retroceder.

—No.

Soltó un gruñido de frustración y el bulto de su entrepierna se hizo cada vez más evidente.

—Te azoto con la fusta y después me la chupas y te lo tragas mirándome a

los ojos —me dijo.
—No —repetí.
Bajó la cabeza para mirarme por el borde superior de los ojos de esa forma que tan amenazadora le parecía.
—No iré si no lo haces —me advirtió.
—Pues no vaya —me encogí de hombros, recogiendo el móvil de mi lado—. Es patético que tenga que humillarme para que usted haga algo que solo le beneficia.
—Si consiguieras el puto sitio en la mesa, no tendrías que hacerlo.
—¡Nadie sienta a su ayudante en la misma mesa en una cena de gala, James! —exclamé, sin comprender que no pudiera entender algo tan simple como aquello.
Pero al momento me arrepentí, bajé la mirada y apreté los labios.
—Perdón —me disculpé, porque me había dejado llevar y había dicho su nombre—. Lo siento, señor Black, no quería...
—Ven aquí —ordenó con un tono frío.
Cerré los ojos y tragué saliva. Joder. Me levanté un poco dentro del coche y utilicé el asidero y los reposabrazos para mantener el equilibrio y me senté a un lado del asiento del señor Black.
—Mírame.
Apreté los dientes, mentalizándome para recibir una bofetada, y entonces le miré. Antes de que pasara un segundo ya me había abofeteado con tal fuerza que resonó por todo el coche. Giré el rostro y solté el aire, sintiendo un dolor lacerante y un calor en la mejilla. El señor Black tenía las manos muy grandes y mucha fuerza.
—Mírame —ordenó de nuevo.
Parpadeé, tratando de contener la humedad de mis ojos y le miré.
—Esa es por gritarme —entonces volvió a pegarme y esta vez solté un jadeo y respiré con fuerza, porque no me esperaba ese segundo golpe—, está por decir mi nombre.
Me llevé una mano a la mejilla ardiente y colorada. Veía borroso debido a las lágrimas y apretaba con tanta fuerza los dientes que me dolían. Necesité un momento para recuperar el control, y otro momento para no pegarle un puñetazo de vuelta.
—Ahora dame las gracias por enseñarte modales.
Le miré fijamente a los ojos, y si las miradas mataran, el señor Black hubiera caído fulminado allí mismo.
—Dame… las… gracias… —ordenó, con su voz grave, profunda y aterciopelada. Con esa extraña mezcla de enfado y excitación que llegaba de los más oscuro de su interior.
Pero me quedé en silencio y él tensó la mandíbula, se frotó la mano con la que me había pegado contra la pierna y volvió a levantarla, como si estuviera a punto de volver a abofetearme.
—Atrévete… —le reté, entornando los ojos y con una voz más fría y vacía que el espacio.

El señor Black entreabrió los labios y se los mojó con la punta de la lengua, jadeando lentamente mientras su pecho abultado subía y bajaba, tensando los botones de su camisa gris.

—Te pegaré una vez más… y me abrazarás —me dijo en voz tan baja que me costó oírle entre los jadeos—. E iré a la cena…

Moví los labios, pero no dije nada, porque fue tan solo un acto de enfado y frustración.

—Muy bien —me rendí. Una bofetada más y un poco de mi orgullo eran un precio justo por un fin de semana de descanso.

El señor Black empezó a respirar más fuerte y se giró mejor hacia mí en el asiento. Me agarró de la camisa con una mano y apretó un poco, tensando la tela sobre mi pecho.

—Mírame a los ojos y cuenta atrás desde diez —ordenó.

—Diez —comencé en voz baja, sin apartar la mirada de él—, nueve…, ocho…, siete… —a cada número el señor Black parecía más y más excitado, apretaba su mano derecha en un puño que después relajaba—, seis…, cinco… —aquello no significaba nada para mí—, cuatro…, tres… —apreté los dientes y me prometí a mí mismo que no gritaría—, dos… —respiré una última vez—. Uno.

El golpe llegó, más rápido y fuerte que los anteriores. Perdí el aire de los pulmones y sentí que la mejilla me ardía demasiado. Todo se volvió borroso y apenas pude sentir la lágrima que me descendió por la mejilla. Todavía seguía procesando el dolor cuando el señor Black tiró de mí y me rodeó entre sus brazos con fuerza.

—Sí… —le oí gruñir cerca de mi oreja—. Sí… Joder… Leonard…

Apretó sus manos contra mí, hundiéndome todavía más contra él. Levanté las manos y le rodeé en un abrazo vacío y sin amor. Tras un silencio repleto de su respiración acelerada, empezó a acariciarme la espalda; pero no me gustaba, aquello era algo que James hacía, no el señor Black. Movió su rostro sobre el mío en una suave caricia que no me esperaba, buscó mis ojos y miró mis labios.

Sabía lo que quería hacer y me aparté antes de que pudiera hacerlo. Sus labios se chocaron con mi mejilla en un beso húmedo y frío en comparación con mi piel caliente.

—Leo… —susurró entonces.

Trató de buscar mi mirada, pero no moví el rostro. Él no intentó buscarme otra vez, solo me dio otro suave beso y bajó las manos para liberarme de su abrazo. Me moví hasta mi asiento y me dejé caer, cogiendo el móvil para mandar un mensaje a publicidad y decirles que el señor Black había cambiado de idea. Él continuó mirándome en silencio, con el rostro levemente ladeado y las cejas un poco fruncidas; estaba empalmado y triste a la vez. Su respiración era lenta ahora, pero se frotaba los dedos de una mano con nerviosismo.

—Iremos a la cena —dijo en voz baja y un poco ronca—, y el domingo haremos lo que quieras.

—Irá usted solo a la cena —le corregí sin mirarle. Todavía me ardía la mejilla y me costaba leer debido a lo húmedos que tenía los ojos—, porque nadie va con sus ayudantes y usted no va a quedar en ridículo por llevarme a mí. Su esmoquin llegará mañana, estoy pidiendo cita en el peluquero para que le repasen la barba y le peinen antes de asistir. Como ya le he dicho, habrá periodistas y es importante que dé una buena imagen.
—Pide también para ti.
—No —negué.
—Era parte del trato —lo intentó.
—No, no lo era.
No volvimos a hablar el resto del viaje. El señor Black me miraba y yo miraba el móvil, cuando llegamos a la oficina de la señora Fisher, él puso una mano un podo dubitativa en mi espalda, como si temiera que me fuera a apartar. No lo hice y eso le dio confianza para incluso mantenerla ahí cuando cruzamos el pasillo de cubículos hasta el despacho. El señor Black me presentó como su ayudante y yo saludé a la señora Fisher, que era más joven de lo que me había parecido cuando había hablado con ella por teléfono. Quizá se debía a que, por como olía su despacho, debía fumar cuatro cajetillas de tabaco al día.
—¿Te has dado un golpe, querido? —me preguntó ella, al ver mi mejilla todavía sonrosada.
—Una reacción alérgica —mentí con una sonrisa.
—Oh, ¿comiste algo que no debías?
—No sé, cuando lo vi en el suelo parecía estar bien.
Ella se rio y después tosió un poco mientras se abanicaba con una mano regordeta llena de anillos. Se sentó en su sillón de cuero gastado y le preguntó al señor Black si quería empezar ya, refiriéndose a mi presencia allí.
—Leonard es de confianza —respondió.
La señora Fisher asintió y comenzó a explicarle sus finanzas personales, los gastos más grandes y sus ganancias. Me quedé en la puerta, con una expresión neutra mientras, prácticamente, oía como el señor Black financiaba varios negocios además de INternational. Uno de ellos, la tienda de su amiga Johanna, y otros más sórdidos como una casa de prostitución de lujo a la que la señora Fisher llamaba educadamente «El Hotel». Después descubrí todo el dinero que tenía el señor Black, repartido en varias cuentas, algunas de ellas en paraísos fiscales para no tener que pagar impuestos. Era millonario, pero tenía mucho de su capital invertido y no poseía «apenas líquido». Lo que quería decir que solo tenía un par de millones para gastar en el día a día… Casi me da la risa allí mismo.
Al terminar, la señora Fisher nos acompañó a la puerta y se despidió con una sonrisa de dientes amarillos. El señor Black puso su mano de vuelta en mi espalda en el ascensor y me susurró al oído:

—Ahora ya sabes demasiado, Leonard. Podrías llevarme a la cárcel por evasión fiscal.
—Lo he grabado todo y lo he mandado a la policía —respondí en voz baja. No estaba de humor para bromear, pero había una parte de mí que me obligó a hacerlo.
El señor Black se quedó parado, pero su mano se movió un poco en mi espalda.
—Dime que bromeas —me pidió.
Levanté la cabeza hacia él y me encontré con sus ojos del azul del mar en una expresión muy seria.
—Cuenta atrás desde diez y sonríe —le dije.
Compartimos un silencio en mitad de un ascensor con más personas, ninguno de los dos apartó la mirada; él no perdió su expresión seria, pero al final hubo un leve movimiento del borde de sus labios, como una leve sonrisa. Exactamente, diez segundos después.
—Era broma, señor Black.
Su mano se presionó un poco más sobre mi espalda y asintió con la cabeza, cogiendo aire como si por un momento se hubiera olvidado de respirar.
—¿Te hace gracia que confíe tanto en ti, Leonard? —me preguntó entonces, con la mirada perdida en algún punto frente a nosotros.
—Ambos sabemos que yo no soy la clase de persona que traiciona a los demás —respondí—. Aunque esos demás sean unos cerdos egoístas y crueles… Así que deje de ser tan dramático.
Salimos del ascensor y fuimos hacia la salida del edificio, el hall no era tan grande ni bonito como el nuestro, pero había muchísima más gente.
—Debería obligarte a venir conmigo a la cena por hablarme así —me dijo tras entrar en el coche.
—Lo que debería, señor Black, es dejar de inventarse excusas —respondí tranquilamente. La larga charla con la señora Fisher había templado mi humor y ahora había pasado del enfado a la amargura—. Hicimos un trato e irá a esa cena. Solo —recalqué.
—Leonard, lo digo en serio, no me sigas hablando así —me advirtió con tono serio y una mirada intensa—. No es el momento —añadió.
Le miré. Sabía que el momento para hablarle de aquella forma, como si fuéramos iguales, era por la madrugada, en la penumbra de mi habitación. Asentí, de acuerdo con eso, y farfullé una pequeña disculpa. Me había pegado y había dolido, pero yo me había puesto serio y él había aceptado todo lo que le había dicho; así que había sido, de una forma muy retorcida y complicada, algo justo. No en los estándares del mundo real, por supuesto, me refería a los estándares del mundo del señor Black.
El móvil me vibró entonces y miré el número, abrí los ojos sorprendido y después fruncí el ceño.
—¿Sí? —le pregunté.
—Leonard, quiero volver —me dijo él, en un tono que trataba de ser

exigente, pero con un rastro de miedo y vergüenza en la voz—. Dile a James que haré lo que quiera.
Entreabrí los labios, pero no dije nada. Miré al señor Black, que me miraba de vuelta y le dije sin producir sonido alguno: «Jack». Él negó con la cabeza.
—Lo siento, Jack, eso no será posible.
—Joder… cometí un error, ¿vale? —trató de disculparse—. Dile que lo siento. Dile que haré todo lo que me pida, cualquier cosa.
—Dame un momento, por favor —le pedí. Apagué el altavoz y le dije al señor Black—: Está un poco desesperado.
—Yo no doy segundas oportunidades, todos lo saben —se negó con tono serio.
—Todavía no ha elegido a nadie para la orgía y siempre ha dicho que Jack gusta mucho a sus amigos —le recordé—. Quizá pueda llevarlo de todas formas.
Él se lo pensó un momento.
—Si se descontrola otra vez, será tu responsabilidad —me advirtió.
Asentí con la cabeza, activé de nuevo el altavoz y le dije a Jack:
—El señor Black tiene ahora una nueva sumisa, pero quizá puedas asistir a la fiesta de la semana que viene.
Jack no dijo nada, pero pude distinguir algunos ruidos de enfado por el teléfono.
—Iré, pero solo si vuelvo a ser su sumiso —trató de negociar.
—Irás a la fiesta y no te tacharé de la lista de sumisos —le ofrecí.
Entonces gritó y algo tras el teléfono cayó al suelo con un gran estruendo de cristal roto.
—¡Eres un hijo de puta, Leonard! —exclamó—. Te crees muy especial porque te lleva con él, pero no eres más que otro puto sumiso para James. ¡Todos lo somos!
—Soy su ayudante —le recordé—. ¿Te interesa el trato o no?
—¡Dile que yo soy el mejor sumiso que tiene, el más guapo y el que mejor folla! —gritó con tanta fuerza que tuve que apartar el móvil—. ¡Tengo una puta cola de pavos deseando follarme y no le necesito! No le necesito… —insistió, pero noté que se le quebraba la voz y perdí la expresión seria.
Entonces lo entendí. Jack… estaba enamorado del señor Black. Sentí una presión en el pecho y por alguna razón todo aquello me hizo sentir muy incómodo. ¿Cómo había sido Jack tan estúpido?, ¿quién cojones en su sano juicio se enamoraría del señor Black?
—Oye, Jack, acepta el trato —le recomendé, porque ese era mi trabajo—. Vete a la fiesta y haz lo tuyo, trata de impresionarle, ya sabes lo que le gusta. Si no lo haces… simplemente tacharé tu nombre de la lista.
Él soltó un gruñido de frustración, mezclado con un lloriqueo reprimido.
—¡Vale! —me volvió a gritar, tratando de ocultar sus lágrimas tras el enfado.
—Te enviaré la información cuando llegue el momento.

—Te odio… —fue lo único que me dijo antes de colgar.
Aparté el móvil de la oreja y me quedé pensativo. Miré al señor Black, a sus ojos del azul del mar en mitad de aquel rostro masculino y perfecto. Su pelo era del color del caramelo, repleto de reflejos dorados; su barba era densa y perfecta, su cuerpo grande y musculoso, su silencio se te clavaba en el fondo del alma y sus labios estaban hechos para ser mordidos con lujuria. Pensé en lo que te hacía sentir cuando te miraba, en aquel extraño deseo de complacerle, en esa sensación de plenitud que se sentía a su lado.
Todo en él era como una trampa, un embalaje perfecto para seducir a los inocentes y arrastrarlos con él a su locura y su destrucción.
—¿Qué ocurre, Leonard? —me preguntó él, porque llevaba un largo rato mirándole en silencio.
—Nada, señor Black —respondí, pero no aparté la mirada—. Solo estaba pensando.
—¿En qué?
En que yo jamás cometería ese error.
—En que quizá me compre otro donut hoy —mentí, con una leve sonrisa—. ¿Quiere usted uno?
—Nosotros no comemos donuts, Leonard —me recordó.
—Claro que no —sonreí un poco más, volviendo la atención al móvil para mandar un mensaje a recepción. «Dos cafés y dos donuts».
La tarde fue bastante relajada, después de comer y del café con el donut que nosotros no comíamos, solo hubo una reunión y un par de llamadas al despacho. Me dio tiempo a organizar todo para el día siguiente y despejar la agenda de la tarde del sábado. Nos marchamos un poco antes de la hora de salida y fuimos a yoga, traté de hacer una postura y no fui capaz porque mi culo era o demasiado grande o mis piernas poco elásticas. La monitora trató de ayudarme, pero fue imposible.
—Es el donut que no me comí esta tarde —bromeé, aunque ella no hubiera podido entenderme sabía que el señor Black lo había oído.
De vuelta a casa cenamos mientras le explicaba algunas de las obras del museo a petición suya. Busqué un mapa de la exposición y tracé el mejor recorrido para pasar entre unas salas que, sin lugar a dudas, estarían bastante llenas un domingo. Ningún matrimonio aburrido y su jauría de hijos iba a impedirme ver los tesoros del Nilo.
El señor Black aportó poco a la conversación y subió a su habitación un poco antes de lo habitual. Recogí los envases, me lavé los dientes, me quité las lentillas y subí a mi habitación. Me desnudé hasta quedar en ropa interior y fui directo a la cama porque estaba demasiado cansado. Cerré los ojos y cuando volví a abrirlos, había alguien a mi lado. Levanté un poco la cabeza y parpadeé con los ojos entornados. Su mano me empujó un poco hacia un lado y se tumbó en la cama junto a mí. Apoyé la cabeza en su hombro, pasé un brazo por encima de su abultado pecho sin pelo y una pierna por encima de su cadera. Estaba fresco contra mi piel y olía a

jabón y champú.
—¿Qué pasó? —le pregunté en voz baja, cerrando de nuevo los ojos mientras él me rodeaba con un brazo fuerte y musculoso—. Creía que ya podrías dormir.
No sabía qué hora era, pero sabía que no había pasado mucho desde que me había dormido.
—Me levanto mucho por la noche —respondió James en voz baja—. Desde que era niño.
—¿Terrores nocturnos?
—No, solo un poco de hiperactividad. Pienso mucho de noche.
—Ah… —murmuré, asintiendo lentamente con la cabeza, pero no demasiado porque mi barba corta rozaba contra su piel—. Eso explica muchas cosas.
Ladeó el rostro hacia mí y me empujó un poco para que me pusiera más encima de él. Empezó a acariciarme y suspiré de puro placer al sentir su mano recorriendo mi cuerpo y su piel desnuda bajo la mía. Me empecé a excitar, pero con esa mezcla entre deseo y cariño, no algo puramente sexual.
—¿Cómo qué? —me preguntó en un susurro al oído.
Levanté la mano y le acaricié el pecho suavemente con los dedos, haciendo círculos y formas sin sentido sobre lo alto de su pectoral.
—Como que no duermas del tirón —bromeé, porque en lo que estaba pensando pertenecía al mundo real, y aquello era solo un sueño.
James levantó una mano y hundió sus dedos en mi pelo, me apretó más fuerte contra él, para que me pusiera encima por entero, y soltó un grave gruñido de placer.
—Leo, no me dejes solo —susurró.
—Nunca —respondí.
Incliné la cabeza hasta poder rozar mis labios con los suyos, pero no le bese. Él jadeó un poco y yo mordí suavemente su labio inferior, tan suave y carnoso, antes de tirar un poco de él mientras se deslizaba entre mis dientes. James movió la cadera, casi de forma inconsciente, frotando su abultada entrepierna contra mí.
—Hazlo otra vez —me pidió.
Me incliné de nuevo, pero en esta ocasión, James jugó un poco con la punta de su lengua, acariciándome con ella los labios antes de que pudiera morderle. Gimió un poco cuando lo hice y yo solté una exhalación de placer.
—Joder, Leo…
Se volcó hacia un lado hasta ponerse encima de mí, me cogió el rostro entre las manos y acercó sus labios a los míos. Apreté las piernas abiertas sobre su cadera, pasando las manos desde las axilas a los musculosos dorsales de su cuerpo, sintiendo lo ancho y fuerte que era y lo muchísimo que eso me gustaba. Quise besarle, pero él me detuvo.
—No —susurró con su voz grave y profunda—. Nunca me besas cuando

yo quiero…
—¿No quieres que te bese ahora? —le pregunté.
—Si me besas, yo tengo que poder besarte también cuando quiera.
—No… no creo que sea buena idea, James —le confesé en voz baja—. Estás intentando convertir esto en otro de tus tratos y… no puedes mezclarlo todo.
James bajó la mirada, su expresión empezó a convertirse en una máscara de pena y sus ojos se humedecieron levemente. Me sentía culpable por tener que ser yo el que llevara algo de racionalidad y sentido a aquel lugar repleto de locura; así que cogí su rostro entre las manos y me levanté hasta rozar sus labios templados con los míos.
No le besé, no enseguida, porque quería alargar ese momento: ese instante antes del beso cuando todo era prometedor y brillante. James entreabrió la boca y sentí su aliento cálido. Con la punta de la lengua le acaricié el labio inferior, tan carnoso y suave, después la parte superior. Cerré los ojos y sentí un calor intenso en la parte baja del pecho. Volví a morder su labio inferior, solo un poco, solo lo suficiente para provocar que un gruñido de placer se escapara de su garganta. Moví el rostro, rozando mi nariz con la suya y me alejé lo suficiente para mirar sus ojos del azul del mar de noche, entornados, devolviéndome la mirada con una intensidad que erizó la piel del cuerpo.
—Bésame… —ordenó, aunque sonó casi como un ruego susurrado con necesidad.
Me acerqué de nuevo a sus labios y le besé. Fue lento y suave, húmedo y cálido, con una caricia de la lengua y un gemido apagado. James gruñó y perdió todo el aire que le quedaba en los pulmones. Entonces me cogió del pelo y me besó de vuelta, pero fue rápido y violento, cargado de una necesidad difícil de contener. Dejó caer el peso de su cuerpo sobre mí y empezó a removerse, rozando su entrepierna contra mí, encerrándome entre sus brazos y sus piernas, ahogándome en mitad de su locura y su deseo.
—James… —jadeé en un momento que pude respirar.
Él me miró un momento, pero tardó apenas un par de segundos en volver a besarme de esa forma tan fuerte y con tanta saliva; como si no tuviera suficiente todavía para saciarse de mí. Perdí la noción del tiempo, hasta que, jadeando, James se volvió a apartar de mí. Me picaban los labios y tragué saliva mientras recuperaba la respiración.
—Me gusta mucho —me susurró cuando tuvo aire suficiente.
—Ya veo —sonreí, porque no había dejado de besarme en un largo rato.
Hice un poco de fuerza hacia un lado y él cedió tras un instante, se tumbó y esta vez me puse yo encima. Me encantaba sentir su peso sobre el cuerpo y lo grande que era, pero empezaba a sentirme realmente ahogado y aprisionado bajo él tras tanto rato. Tomé una gran bocanada de aire, agradecido, y miré aquellos ojos como el mar que me miraban de vuelta.
—Ha sido mi primer beso —me confesó entonces.

Alcé las cejas y me quedé sin habla. Parpadeé un par de veces y se me escapó una risa corta.
—No puede ser… —respondí.
—Yo no doy besos, Leo —me dijo con un tono grave y serio—. Pensaba que ya lo sabías.
—Oh… —murmuré, pero no quise darle demasiada importancia a aquello porque era peligroso pensar que, de alguna forma, yo era especial para él—. Pues no lo haces mal —reconocí con una leve sonrisa—, quizá demasiada saliva, pero eso me gusta.
Me pasé la mano por los labios porque, efectivamente, tenía toda la boca empapada y húmeda. James también, pero no hizo nada por limpiarse. Me incorporé un poco hasta quedar sentado a horcajadas sobre su cintura y le acaricié suavemente el pecho y la parte superior del abdomen.
—Tienes un cuerpo increíble, James —murmuré en voz baja, disfrutando de poder tocar aquellos pectorales tan bien formados.
Él puso sus manos alrededor de mi cintura y tiró un poco de mí para que volviera a acercarme.
—Bésame otra vez —me ordenó.
Y lo hice. Tantas veces como él quiso. Parábamos de vez en cuando, pero James siempre quería más y más, hasta que se hizo demasiado tarde y con un suspiro, cerró los ojos y echó la cabeza en la almohada, pegándome a él. Yo apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos, sintiendo los labios algo adormilados por el roce constante. No supe cuándo me quedé dormido, pero pareció que apenas había pasado un minuto cuando sonó el despertador y me moví sobre James para apagarlo. Él seguía dormido, con los ojos cerrados y una respiración muy lenta y suave.
—James… —le llamé, acariciándole el pelo—. James, ya es hora.
Él entreabrió los ojos y me miró. Quizá no recordara haberse quedado dormido en mi cama, quizá la idea no le agradara en absoluto.
—Es hora —repetí antes de darle un último beso húmedo en los labios. Un pequeño gesto inconsciente del que me arrepentí al instante.
Me levanté y fui a por mi ropa, me pasé una mano por el pelo, sintiendo un poco de cansancio, y salí de mi habitación cerrando la puerta tras de mí. Me duché y preparé café, afuera estaba lloviendo y las vistas de la ciudad a través de la cristalera estaban emborronadas debido a los regueros de agua y a las gotas que cubrían los cristales.
Grace bajó con una expresión soñolienta y una bata corta de seda. Me dio los buenos días y le entregué su café. A los veinte minutos, el señor Black apareció y le saludé como cada mañana.
—Buenos días, señor Black.
—Vamos, Leonard —me respondió con su expresión seria y una mirada rápida.
El sueño se había acabado y ahora era momento de volver a la fría realidad.

—Hoy tiene una mañana un poco larga, pero le he despejado la tarde para que pueda disfrutar de la peluquería y un tiempo para prepararse para la cena —le expliqué en el coche de camino al gimnasio—. Había pensado en que podría pedirle cita en un spa para que se dé un masaje o un baño relajante. ¿Qué le parece?

—No me gusta que me toquen —respondió—, pero el baño suena bien.

—¿Hay algún sitio que le guste en especial o quiere que lo busque yo?

—Búscalo tú.

—Muy bien —abrí google e hice lo que haría si buscara algo para mí, solo que, en esta ocasión, el precio no sería un problema—. Uh… hay uno en un hotel del centro. Es… —me detuve la ver las fotos—, es precioso. Voy a llamar —decidí al instante, marcando el número.

Tardó un poco, pero al quinto tono cogió una mujer de voz dulce y suave. Incluso sus recepcionistas eran relajantes.

—Hola, buenos días, quería hacer una reserva para el spa esta tarde a nombre de James Black —le pedí, mirando la lluvia a través de la ventanilla.

—¿Cuántos serían?

—Uno —respondí. Después le dije la hora aproximada y me despedí con una sonrisa que ella no podía ver—. Muchas gracias.

Colgué y apunté la cita en la agenda oficial.

—Leonard —me llamó el señor Black y levanté el rostro hacia él—. Ahora vuelves a llamar y le dices que somos dos —ordenó con un tono algo cortante en su voz grave—. Y como vuelvas a tratar de evitar venir conmigo a algún sitio, todo acabará —dejó un breve silencio tras remarcar aquel «todo»—. ¿Entendido?

Mantuve su mirada un momento antes de responder:

—No trataba de evitarlo, simplemente creí que no me necesitaría allí —reconocí.

Pero no me escuchó, o no quiso escucharme, porque continuó:

—Esta noche estaré solo en la cena; pero será la última vez que lo haga —dejó bien claro—. No tendría un ayudante personal si quisiera hacerlo todo solo.

—Señor Black, ¿tiene usted claro lo que es un ayudante personal? —lo intenté, pero inclinó la cabeza para dedicarme una de sus miradas por el borde superior de los ojos, esa que era más una peligrosa advertencia que un simple gesto—. Muy bien —murmuré en apenas un susurro, bajando la mirada al móvil para volver a marcar el número y solucionar el error.

Dudaba de hasta qué punto comprendía el señor Black lo que era un ayudante y las funciones que debía cumplir. En su mundo, yo era su sombra, siguiéndole a todas partes en silencio; y hubiera podido tener sentido si realmente me necesitara cerca, pero sospechaba que se trataba más de algún tipo de fetiche que de una necesidad real.

Tras el entrenamiento militar, que resultó mucho menos doloroso de lo que me esperaba, fuimos a ducharnos. Pero esta vez el señor Black no se puso en la ducha de al lado, como solía hacer, sino que utilizó mi propia ducha, haciéndome apartarme a un lado mientras se mojaba. Le dediqué una mirada interrogante, con las manos en alto de una forma que dijera: «pero qué cojones haces…». El señor Black se limitó a pasarme el champú y a mirarme con su expresión seria de siempre. Después nos vestimos y continuó mirándome, pero eso ya formaba parte del día a día.

—Cuando vayamos al centro de estética te depilarás el culo —me dijo de forma distraída mientras se abrochaba su camisa blanca—. El resto… puedes conservarlo. Empieza a gustarme.

Dejé de peinarme en el espejo tras él y le miré.

—No —me negué—, eso no influye en mi trabajo.

El señor Black cogió la corbata azul oscuro, del mismo color que sus ojos, y la pasó alrededor de su ancho cuello antes de empezar a atarla.

—Te daré cinco mil si lo haces.

—No.

—Diez mil —insistió.

Ahí empecé a dudar. No tenía claro que el pelo de mi culo fuera tan importante para mí como para no aceptar diez mil dólares; sin embargo, volví a negarme, era cuestión de orgullo y eso no tenía precio.

—No.

Terminaos de vestirnos y le seguí en silencio hasta el coche. Saludé de nuevo a Lakov y me senté en mi sitio de siempre frente al señor Black. Miré el móvil y repasé lo que deberíamos hacer ese día mientras el Señor Black miraba fijamente las ventanillas repletas de gota de lluvia.

—¿Café? —le pregunté.

El señor Black asintió como toda respuesta. La idea de asistir a la cena solo le había puesto un poco de morros, así que mandé un mensaje a recepción para encargar un café especial y, con un suspiro, miré hacia la calle de la ciudad, de un gris triste y lluvioso. A veces el señor Black se comportaba como un crío caprichoso, pero esperaba que pronto se le pasara.

—Te daré doce mil dólares si lo haces —dijo cuándo Lakov aparcó el coche.

—No.

En el ascensor del edificio puso su acostumbrada mano en mi espalda, lo que siempre era una buena señal. Recogí lo que había pedido junto al desayuno y fuimos al despacho. Repartí los envases y le entregué su café.

El señor Black miró la gran carita sonriente que habían pintado en el lateral y después a mí. Sonreí un poco y le dije:

—Pedí un café especial para campeones que tiene que ir a cenas benéficas. Lleva un poco de dulce de leche.

Él no dijo nada, lo dejó a un lado de la mesa y perdí un poco de la sonrisa, creyendo que no había funcionado. Fui hacia el sillón y le expliqué un poco por encima las reuniones de la mañana.

—Y, por supuesto, con la señora Timber y el equipo de ventas —finalicé, metiéndome una cucharada de avena con yogur y frutas en la boca.
Seguí hablando de vez en cuando, leyendo alguna de las noticias destacadas del día, como solía hacer durante el desayuno. E, igual que muchas otras veces, hablaba prácticamente solo, con comentarios al aire sobre lo que pensaba de algún tema en particular. Al terminar recogí los envases vacíos y miré el reloj para señalarle al señor Black que era hora de irse a la primera reunión. Él se levantó, se puso su americana y caminó hacia la puerta. Se detuvo frente a mí y tuve que dejar la bolsa de papel a un lado para ajustarle la corbata al cuello y estirarle un poco la camisa arrugada. Asentí con la cabeza, conforme, y le abrí la puerta.
La primera reunión con el departamento de publicidad fue larga y aburrida, repleta de consejos que «insistían fervientemente» que el señor Black siguiera en caso de que alguno de los periodistas de la cena quisiera hacerle unas preguntas.
—Podría ir alguno de nosotros con usted, al menos a la entrada, para aconsejarle…
—No hará falta —negó él al momento—. Leonard podrá acompañarme. Enviadle a él todo lo que necesite saber al respecto.
Ellos me miraron y yo me quedé quieto en mi asiento al lado de la puerta, esforzándome seriamente por no mostrar lo confuso y atrapado que me sentía en aquel momento.
—Hablaremos con él, entonces —respondió el señor Lee, al que sabía perfectamente que yo no le caía demasiado bien.
Tras aquello quedó confirmado que, quisiera o no, acabaría asistiendo a la cena, al menos al evento inicial. Los de publicidad no tardaron ni diez minutos en mandarme listas de normas y preguntas y respuestas que debería evitar que el señor Black dijera. Puse los ojos en blanco, pero no dije nada. La segunda reunión con el departamento técnico me hizo echar de menos a los de publicidad, al menos ellos cambiaban el tono de voz y se esforzaban por mantener un discurso animado. Llegó un punto en el que me encontré a mí mismo inmerso en una especie de trance soñoliento, en mitad de aquella penumbra y el calor. Desperté de pronto cuando encendieron las luces y parpadeé un par de veces, recordando dónde estaba.
Me hubiera venido bien otro café, pero la señora Timber tenía mucho que decir y no tuvimos ni cinco minutos de descanso entre una reunión y otra. Parecía contenta y bastante segura de que la pequeña crisis había pasado, las ventas seguían aumentando y casi habían cubierto los gastos de la inversión. A partir de la siguiente semana todo serían beneficios.
Así que tres horas y media después, sin descansos, la mañana había terminado y, con ella, todo lo que debía hacer el señor Black en la empresa por aquel día.
—La comida estará aquí en diez minutos, ¿quiere comer en el despacho o prefiere llevarla a casa? —le pregunté, cerrando la puerta del despacho

tras de mí después de entrar.
El señor Black se quitó la americana y se sentó en su sillón de cuero negro. Miró hacia la gran cristalera y las impresionantes vistas sobre la ciudad lluviosa, esperó un largo momento y me dijo:
—Te daré doce mil dólares y después te lo comeré hasta que te corras.
Cogí una bocanada de aire y la solté lentamente. A esas alturas ya ni me lo tomaba en serio.
—Tenemos que repasar esa lista de cosas que no puede decir delante de los periodistas —respondí—, ¿le parece que lo hagamos ahora?
—No, ahora no —negó con tranquilidad—. Tenemos toda la tarde para eso.
Llamaron a la puerta y abrí a una de las recepcionistas para coger la bolsa de papel con la comida, aunque no les hubiera ordenado que me la trajeran. De todas formas, como el Señor Black no había dicho que no, repartí los envases y fui hacia el sofá con los míos, dejando el resto en el escritorio.
Me tomé aquel tiempo para revisar la lista de normas de la celebración y pensé en lo que podría hacer durante las dos horas que durara. Una idea empezó a formarse en mi mente mientras abría uno de los envases de comida.
—Joder… —murmuré con enfado.
Hoy tocaba hígado para comer, así que cuando terminamos le pregunté si quería otro café «especial».
—No —negó tras limpiarse con la servilleta y dejarla a un lado—. Tomaremos algo en el bar del hotel antes del spa.
Alcé ambas cejas con sorpresa. El señor Black tenía muchos, muchísimos vicios, pero todavía no le había visto beber ni una gota de alcohol.
—No sabía que le gustaba beber —reconocí.
—Solo en momentos de necesidad —respondió.
—¿Tanto le molesta ir a esa cena benéfica? Solo tendrá que pagar un par de platos estúpidamente caros y mantener alguna conversación con la gente rica y poderosa que vaya.
—No me gusta hacer cosas que no quiero, Leonard, con gente con la que no quiero estar —dijo en tono bajo y algo peligroso, y, tras un breve silencio, añadió—: Quince mil, te lo depilas y me dejas follarte en el coche de camino a la cena para estrenarlo.
Una pequeña sonrisa se me escapó de los labios y negué con la cabeza.
—A mí tampoco me gusta hacer cosas que no quiero, señor Black.
Recogí los envases y los tiré en la basura antes de que él se levantara de su sillón de cuero negro y se pusiera la americana. Avanzó hasta la puerta y me esperó allí, aguardando a que fuera yo quien le ajustara la corbata y le estirara la camisa.
—Pero yo te estoy ofreciendo algo que quieres, con alguien con quien quieres… —murmuró en voz baja, aprovechando la cercanía de su cuerpo.
Ignoré el comentario y pasé las manos por sus hombros para limpiarlos

antes de darle el visto bueno con un asentimiento de cabeza y abrir la puerta. Cruzamos la oficina en la que el resto se quedaría trabajando hasta el final de la jornada y subimos al ascensor vacío. El señor Black puso su mano en la parte baja de mi espalda y se inclinó para susurrarme:
—No te obligaré a que te lo depiles si me metes mano en el bar y haces que me corra.
—¿Quiere que llame a Grace, señor Black? —le pregunté con tono sereno y sin apartar la mirada del frente.
El ascensor se detuvo y una pareja de trabajadores nos dedicaron un corto saludo en voz tan baja que apenas se escuchó.
—Cuando quiera que llames a un sumiso, te lo diré, Leonard —continuó susurrando, pero esta vez con un tono más frío y menos profundo y juguetón.
Cuando llegamos al coche saludé a Lakov y nos sentamos como era costumbre, uno frente al otro. El móvil vibró y eché un rápido vistazo al mensaje de Relaciones Públicas, insistiendo en que repasara a conciencia las preguntas y respuestas y que me asegurara de que el Señor Black no fuera… bueno, el señor Black. Junto al mensaje había una lista adjunta con los nombres de los invitados más prominentes e importantes. Solo por pura curiosidad abrí el PDF y empecé a leer lo que, por un momento, pensé que era la lista de Forbes: políticos, actores, músicos…
Ahogué un chillido y aumenté la pantalla del móvil.
—No puede ser… —dije en apenas un jadeo.
El señor Black no necesitó mirarme, porque era algo que llevaba haciendo desde que habíamos subido al coche, así que solo tuvo que preguntarme:
—¿Qué?
Alcé la mirada hacia él, todavía con los labios entreabiertos.
—Hanna Owl estará allí —respondí, todavía sin creerlo.
El señor Black no se esforzó en fingir que le importara lo más mínimo aquello.
—La cantante —continué—. Es mi artista favorita… oh, he ido a todos los conciertos que ha dado en la ciudad… —Negué con la cabeza y miré de nuevo su nombre escrito en el documento—. Tengo todos sus putos discos, incluso el malo.
Eso interesó al señor Black, quien ladeó el rostro un poco antes de preguntar:
—¿Quieres conocerla?
Abrí la boca, pero no pude decir nada, así que la cerré y miré aquellos ojos del azul del mar.
—Quizá se pase por la alfombra roja y coincidamos con ella —pensé en voz alta, encogiéndome de hombros.
—Yo puedo hacer que la conozcas, Leonard.
Nos quedamos mirándonos en silencio un rato y yo dejé el móvil sobre el asiento para prestarle toda la atención. El señor Black puso una media sonrisa cruel en sus bonitos labios y se inclinó hacia delante en su postura

de negociador. Había olido la sangre y ahora la perseguía como un tiburón hambriento.
—Te depilas el culo —comenzó a decir lentamente—, yo te lo cómo, te follo y después me corro encima.
—No —me negué al instante—. Yo acepto depilarme el culo y usted me presenta a Hanna Owl.
Puede que mi vello no valiera doce mil dólares, pero sí valían aquello. El señor Black se pasó la lengua con los labios de una forma que solo alguien tan atractivo como él podía hacer parecer sexy y no algo asqueroso y ridículo.
—Te depilas, te lo cómo, me montas y te frotas contra mi polla hasta que me corra.
—¿Esta negociación va a avanzar o seguirá insistiendo en lo mismo una y otra vez? —le pregunté.
—Te depilas y después te cómo el culo mientras tú me comes la polla hasta que me corra —insistió, empezando a jadear suavemente y a excitarse demasiado.
—No, no va a avanzar —concluí, recogiendo el móvil del asiento.
—Leonard, te doy diez mil dólares si hacemos un sesenta y nueve ahora mismo.
Fruncí el ceño y le miré de nuevo.
—¿Sin depilarme antes? —pregunté, no sin cierta sorpresa. Debía estar muy cachondo para que no le importara aquello.
El señor Black se recostó en el asiento y empezó a desabrocharse el cinturón para liberar su evidente erección.
—Sí, aquí y ahora —jadeó, terminando de sacarse la polla del pantalón—. Vamos…
—¿Qué va a querer beber, señor Black? Estoy pensando en pedirme un Manhattan.
Entonces soltó un rugido de frustración y golpeó el asiento con el puño mientras me dedicaba una mirada de profunda ira.
—¡No me jodas, Leonard! —gritó.
—O quizá algo más fuerte, porque parece que hoy lo necesitaré —añadí.
El señor Black se cubrió el rostro con las manos y dejó caer la cabeza sobre el respaldo, todavía con su pantalón abierto y su gran erección al aire. Empezó a respirar de forma más calmada después de un minuto y al fin bajó los brazos para dedicarme una mirada seria.
—Llama a Grace y dile que nos espere en la suite del hotel, después llama al hotel y alquila la suite, después te quedarás tú en ella y te aprenderás hasta la última puta pregunta y respuesta del informe de Relaciones Públicas mientras yo estoy en el spa.
Entreabrí los labios, pero me detuve y terminé asintiendo con una expresión de resignación en el rostro. Cuando llegamos al hotel, el señor Black ya se había recompuesto y se había guardado la polla dentro del pantalón con una frustración que casi se podía sentir en el aire que le ro-

deaba como un aura densa y oscura. Salimos del coche y nos recibió un hombre uniformado que, al parecer, conocía al señor Black, o al menos conocía la cantidad de dinero que poseía. Nos guio personalmente hasta el ascensor y nos llevó hasta la planta de la suite. Nos explicó todo lo que deberíamos saber sobre esa habitación que era más grande que cualquiera de los pisos en los que hubiera vivido en mi vida, nos mostró la gran cama y el gran jacuzzi con vistas al parque del centro. No le importó lo más mínimo que no tuviéramos maletas ni que, evidentemente, no fuéramos a pasar allí la noche.

—¿Tantos ricachones vienen aquí a follar? —le pregunté al señor Black cuando el hombre al fin nos dejó solos.

El señor Black se quitó la americana y la dejó sobre la mesa baja de ébano que había en el centro de unos sofás de lujo. Se desabrochó la corbata del mismo azul que sus ojos y miró las vistas lluviosas de la ciudad.

—¿No tienes un PDF que memorizar? —me preguntó sin si quiera mirarme.

—Sí, pero antes me espera una copa de whisky irlandés —respondí—. ¿Usted se quedará aquí a esperar a Grace?

El señor Black tardó tanto en responder que creí que no lo haría, así que me dirigí a la salida.

—¿Whisky irlandés? —me preguntó entonces, siguiendo mis pasos hacia la puerta.

—Sí, ya sabe, por respeto a mis ancestros de la isla esmeralda.

Por un momento creí ver un movimiento discreto y sutil de la comisura de sus labios, pero fue algo fugaz e impreciso.

—¿Usted qué tomará?, ¿un smoothie de acelgas o algo así? —continué, abriéndole la puerta para que pasara primero.

Una mirada seria me advirtió que todavía seguía enfadado y que debería andarme con cuidado.

—Si pides un smoothie para mí, te aseguraré que tu tomarás lo mismo, Leonard —murmuró en voz baja mientras cruzaba por mi lado.

—Si le soy sincero, señor Black, nunca he probado uno, así que tampoco me importaría.

Cruzamos al pasillo de paredes color crema y decoración impoluta. Se podía ver y sentir el lujo ya desde allí, en sus lámparas de techo de cristales y el terciopelo de la alfombra.

—¿Y qué pensarían tus ancestros de la isla esmeralda sobre eso? —me preguntó, esperando a que fuera yo el que pulsara el botón del ascensor.

Pulsé el botón de llamada y nos quedamos esperando con la mirada al frente.

—Puedo echarle whisky por encima y hacerlo irlandés —respondí antes de encogerme de hombros.

Esta vez las comisuras de sus labios se elevaron un poco más y durante más tiempo.

—Así es cómo hacemos los irlandeses las cosas —añadí.

La campana del ascensor sonó antes de que las puertas se abrieran y un botones de amplia sonrisa nos recibiera. Pero no le duró mucho cuando el señor Black le dijo «Bar» con un tono seco y frío. Incluso allí, con solo veinte segundos de trayecto y un piso de diferencia, el señor Black se molestó en poner su mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Podría mandar un mensaje al spa de que hemos llegado y que estaremos tomando algo en el bar del hotel, por favor? —le pregunté al botones antes de salir del ascensor—. El señor Black —dije antes de que se cerraran las puertas—. ¿Me habrá oído? —le pregunté a James.

—Más le vale —respondió antes de seguir su camino.

El bar era simplemente, impresionante, con una ambientación retro de los años treinta o quizá veinte: sillones de cuero, grandes ventanales, luz apagada e íntima, paredes de papel pintado y muebles antiguos. El señor Black, todavía con su mano en mi espalda, me indicó el camino hacia un par de sillones cara a cara sin mesa entre ellos que había a un lado del bar. Nos sentamos y él se quedó mirándome fijamente a los ojos en silencio. No estaba enfadado, pero tampoco estaba alegre, o el concepto de «alegre» que mejor se ajustara a alguien como él.

—Entonces, ¿qué será? —le pregunté, cruzándome de piernas, con cuidado de no rozarle con ellas debido a la corta distancia entre nosotros.

Aquello me habría hecho sentir como una de esas fem-fatal de las películas que trataban de seducir al atractivo protagonista y llevarlos por el camino del mal; pero en versión gay y con pantalones de tela sintética.

—Bienvenidos, señores —nos interrumpió un atractivo camarero con una sonrisa—. ¿Qué desean?

—Tengo muchas ganas de un irlandés ahora mismo —respondió el señor Black sin dejar de mirarme.

Respondí a su mirada y me quedé con la boca entreabierta. Me… me había gustado aquello, y no me lo esperaba, así que no pude evitar sonreírle con aprobación y asentir con la cabeza.

—Por supuesto —dijo el camarero, sin percatarse del doble sentido de sus palabras—. ¿Y usted, señor? —me preguntó.

Tardé un momento, pero al fin le miré y respondí:

—Se refiere a whisky solo, no a café —le aclaré, porque lo obvio a aquella hora de la tarde era pensar que se refería a aquello—. Trae dos con hielo, por favor.

—¿Alguno en especial? —preguntó, sonriéndome un poco más y agradecido por la aclaración.

—Solo lo mejor, por supuesto —le dijo el señor Black sin apartar aquellos preciosos ojos azules de mí.

El camarero asintió y se alejó de camino a la barra. Miré al señor Black, todavía con una sonrisa en los labios, pero antes de que dijera nada me preguntó:

—¿Naciste en Irlanda?

—Sí. Vine aquí cuando terminé la universidad —respondí, algo sorpren-

dido por su pregunta tan inesperada sobre mi vida personal.
—¿Lo echas de menos?
Dudé en qué responder a eso.
—Supongo —asentí—. Allí es diferente.
—Tienes poco acento.
—Ya… —eso me entristeció—. Lo he ido perdiendo a lo largo de los años.
—Cuando gritas tienes más —me dijo, algo que ya me habían dicho más personas.
—Sí —reconocí con una sonrisa—. Es culpa de mi madre, grito casi igual que ella.
El camarero volvió con los dos vasos y una sonrisa en el rostro que decía «dame una buena propina porque apestáis a dinero». Le di las gracias educadamente y se alejó. Probé el whisky, que estaba fuerte, frío y bajaba rápido y ardiente por la garganta.
—¿Es bueno? —me preguntó, cogiendo su propia copa para probarlo sin dejar de mirarme.
Apreté los ojos y los labios debido al regusto y asentí.
—Cojonudo, señor Black… —respondí con un intencionado acento irlandés.
Se le escapó otra pequeña sonrisa, tres en solo una hora, debía tratarse de mi nuevo record personal.
—¿Y usted nació aquí? —le pregunté tras un momento de silencio, probando si yo también podía interesarme por su vida o aquello se trataba de una carretera en un solo sentido.
—Sí —afirmó tras uno de sus intensos silencios—. Crecí en una urbanización junto al lago Bluebelt con mis dos hermanos.
—Suena a clase alta —reconocí.
—Sí —fue su única respuesta.
Cero sorpresas con eso.
—¿Tú tienes hermanos? —me preguntó.
—Una hermana mayor, Gael.
—¿A qué se dedica?
—Es profesora de infantil —comencé a explicarle tras otro trago de whisky—, lleva saliendo con el mismo tío desde el instituto, con el que lleva comprometida como tres años. Mi madre está desesperada por que se casen de una vez y empiecen a tener hijos como conejos o algo así.
—¿Te criaste en la ciudad?
—No, en un pueblo al oeste de Dublín. ¿Es usted el mayor de tus hermanos, señor Black? —terminé preguntando, porque aquello estaba siendo como un interrogatorio y no me estaba sintiendo demasiado cómodo.
—Sí. Le llevo un año a mi hermana Sarah y dos a mi hermano Robert.
Asentí con la cabeza y bebí otro trago de whisky. No sabía qué estaba pasando allí, pero el señor Black preguntaba y respondía de forma tan seria que era como si se tratara de algún tipo de torneo; o como si estuvié-

ramos jugando al Cluedo y estuviera desesperado por descubrir si yo había matado a la condesa en la cocina usando un martillo.
—Tuvo que ser usted un hermano mayor bastante estricto —pensé en voz alta.
—Solo cuando me obligaban a serlo.
Eso me hizo gracia y sonreí. No sé por qué, quizá el whisky fuera más fuerte de lo que me esperaba y yo ya había perdido la costumbre de beber.
—Me imagino… —iba a decir, pero una vibración en mis pantalones me interrumpió.
Miré el móvil y vi el número de la oficina. Iba a contestar, pero el señor Black me hizo una rápida señal para que no lo hiciera, así que corté la llamada y guardé de nuevo el móvil.
—Me imagino lo divertidas que deben ser las reuniones familiares de los Black —le dije al fin antes de darle un trago final al whisky con hielo.
—Ya lo verás por ti mismo —murmuró en voz baja.
Quería reírme, porque supuse que era una broma. Quería creer que se trataba de una broma. Esperaba fervientemente que se tratara de una broma.
—No lo dirá en…
Sin embargo, el móvil volvió a vibrar y me detuve. Miré al señor Black, pero él solo bebió otro trago de su vaso para terminarse el whisky como yo había hecho. Cogí la llamada con una expresión seria y un seco:
—Aquí Leonard.
—Leonard, soy Thomas Lee, el directivo de publicidad —se presentó con un tono tan cortante y frío como el mío—. ¿Te has leído lo que te hemos mandado?
—No, lo haré enseguida. Ahora estoy tomando una copa —respondí, bajando la mirada hacia mi pie en el aire, agitándolo un poco mientras oía el suspiro de queja del señor Lee.
—¿Una copa? Nosotros estamos aquí trabajando como unos cabrones y tú estás tomando una puta copa. Qué poco…
—El señor Black no dirá nada que no deba, no es imbécil —le corté.
—Más te vale, porque la culpa será solo tuya —me advirtió, pero yo no estaba para soportar mierdas.
—Pues como siempre —le dije antes de colgarle.
Guardé el móvil y miré de nuevo al señor Black a los ojos.
—Nada importante —le expliqué—. ¿Quiere otra copa?
Me giré para buscar al camarero sin esperar la respuesta del señor Black, porque yo sí que quería otra copa.
—Tienes que memorizar un informe, ¿podrás hacerlo borracho? —me preguntó él.
Alcé las manos en alto y le volví a mirar con una expresión de ceño fruncido.
—¿Qué parte de que soy irlandés no ha entendido, señor Black?
Conseguí hacer contacto visual con el camarero y le hice una señal para

que trajera otras dos copas. Después me dejé caer sobre le respaldo con una sensación caliente en el estómago que se extendía rápidamente por mi cuerpo.

—¿Y podrías hacerlo mientras te follan? Te daré veinte mil si bajas conmigo a la suite —me ofreció el señor Black con su voz densa y grave.

Cogí una bocanada de aire y me enfrenté a su mirada del azul del océano. Hasta entonces me había gustado aquel momento tan raro en el que bebíamos y charlábamos como personas normales, pero eso ya se había acabado.

—Deje de ofrecerme dinero por follar, señor Black —le pedí con un tono cansado—. Por favor. No me hace sentir bien.

—¿Y qué quieres que te ofrezca, Leonard? —me preguntó—. No tengo nada más que dinero.

Me quedé mirándole en silencio. Sus palabras habían sonado extrañas, casi tristes. Ladeó un poco el rostro y me miró de una forma que no era suya, no era el señor Black. Era James en la noche sentado en mi cama. Una alarma sonó desde mi móvil, repitiéndose en mitad de aquel silencio compartido. Alargué la mano y cogí el teléfono del bolsillo.

—Ya ha llegado Grace —le dije, sin necesidad de mirar el número, porque era un tono de llamada especial para Lakov.

El señor Black se levantó del sillón sin dejar de mirarme.

—Te mandaré un aviso cuando terminé en el spa —fue lo único que dijo antes de irse.

Me quedé allí, mirando al frente y un poco borracho, recordando sus palabras sin saber muy bien cómo sentirme. El camarero volvió con los dos vasos de whisky en una bandeja reluciente, los puso a un lado y se llevó los vasos vacíos. Cogí uno de ellos y bebí un trago. Agité la cabeza para deshacerme de aquella sensación de pena y ternura que se había apoderado de mí y me obligué a recordar quien era el hombre que estaba de camino a la suite para follarse a su sumisa.

Cuarenta minutos y dos copas de whisky después recibí un mensaje de que la suite ya estaba vacía. Me levanté del sillón y todo me dio un poco de vueltas, una buena señal. Llamé a Lakov y le pedí que me pusiera con Grace. Dejé el bar y no esperé por el ascensor, sino que bajé cuidadosamente por las escaleras mientras esperaba a que Grace llegara al coche.

—No estoy de humor, Leonard —me dijo ella—. No ha sido un polvo agradable.

—Lo siento, cariño.

—¿Estás borracho?

Me reí.

—Un poco.

Soltó un suspiro que pude oír por el teléfono, pero su tono se relajó cuando dijo:

—¿El amo está enfadado conmigo o algo?

—No, no… Te llamo porque… emh… —bajé otro escalón y me froté un lado de la cara para ordenar las ideas—. Ah, ¡sí! —recordé—. Esta noche hay una cena de burgueses que quieren calmar sus remordimientos pagando cinco mil el plato por la beneficencia. El señor Black estará allí. Yo no. ¿Quieres cenar conmigo?

—Oh… —sonó más sorprendida de lo que me esperaba y temí que no fuéramos tan amigos como para eso. Que nos llevábamos bien, pero en plan compañeros de trabajo, nada más.

—No pasa nada si no quieres, eh —me apresuré a decir—. Solo era una idea tonta que tuve.

—No, estaría bien —afirmó ella, quitándome un peso de encima—. Conozco un sitio donde dan hamburguesas horriblemente grasientas y las patatas nadan en queso fundido y kétchup.

—Ogh —gemí, quizá demasiado alto—. Suena como el paraíso.

—Lo es, cielo —se rio ella.

Me dio las indicaciones y después concretamos una hora aproximada, pero estuve lo suficiente lúcido para advertirle que podría tardar un poco, dependiendo del señor Black. Así que llegué a la suite de mejor humor, ignoré la cama completamente deshecha a un lado y fui directo al baño para preparar aquel enorme jacuzzi con vistas al parque central. Me desnudé y me metí, aunque todavía no estuviera lleno. Yo también tendría mi tarde de spa, lo quisiera el señor Black o no.

El móvil vibró sobre el suelo de baldosas azuladas, alargué una mano y lo busqué a tientas antes de leer la pantalla. El señor Lee volvía a preguntar si me había leído los documentos y yo le respondí con un profesional: «k t follen».

Sonreí. Sí, ahora me sentía incluso mejor que antes.

—Leo… —me susurró una voz cerca del oído.
Entreabrí los ojos lentamente y me encontré con una mirada del azul del océano. Parpadeé un momento y alcé una mano hasta su rostro para acariciarle la mejilla. Debía quedar poco para que sonara el despertador y James querría despedirse.
—Leonard —repitió, con un tono más duro y seco—. Es hora de marcharse.
—¿Qué…? —farfullé, entonces miré alrededor y comprendí que esa no era mi habitación y que no era de mañana—. ¡Oh, lo siento, señor Black! —me disculpé, incorporándome en el jacuzzi lleno de espuma.
Me froté el rostro y sentí la boca seca. Me había quedado dormido como un imbécil.
—¿Ya ha pasado la hora y media del spa? —pregunté, casi sin creérmelo. Acababa de cerrar los ojos hacía tan solo un momento…
—Sí. Levántate —ordenó—. Llegaremos tarde al salón de belleza.
—Sí, sí… —murmuré, levantándome de la bañera para salir a prisa.
Pero las finas baldosas se convertían en suelo demasiado resbaladizo, haciendo que me precipitara hacia un lado tras pisar demasiado rápido con el pie mojado. Por suerte, el señor Black me agarró rápidamente, tiró de mí antes de que cayera y me agarró contra él de una forma un tanto extraña y excesiva. Me quedé callado, con las manos machadas de espuma sobre su pecho y la cabeza apoyada a la altura de su cuello. No sé qué me resultó más violento: estar desnudo mientras él estaba completamente vestido y con su americana ya puesta; estar tan pegados a plena luz del día y a kilómetros de mi cama, con sus brazos apretándome contra él y su aliento en mi oreja; o todavía encontrarme algo borracho por las tres copas de whisky que me había tomado.
Tragué saliva y reuní el valor para levantar la mirada hacia los ojos del señor Black. Él respondió a mi mirada con el intenso silencio de siempre. Moví los labios para susurrar un breve agradecimiento y me separé con cuidado de él, pero sus brazos todavía me rodeaban y tardaron unos breves segundos más en dejarme marchar. Caminé, con cuidado esta vez, hasta la parte donde había dejado tirada mi ropa y cogí una de las toallas que colgaban de la pared.
—Siento haberme dormido, señor Black —me disculpé sin mirarle, tratando de secarme y quitarme la espuma del baño lo más rápido posible. No hubo ninguna respuesta por su parte, así que continué con lo mío hasta que me puse los pantalones y la camisa; con más seguridad ahora que estaba un poco vestido me giré hacia él, que continuaba mirándome fijamente, con su americana y su camisa mojadas allí donde las había rozado conmigo. También estaba muy empalmado, pero me sentía menos responsable de eso que de haberle manchado.

—¿Qué tal el spa? —pregunté, encogiéndome de hombros.
El señor Black me miró de arriba abajo y yo me apresuré a abrocharme la pretina del pantalón para ocultar mi bóxer de lunares rojos y no sentirme tan expuesto a aquella mirada.
—Una mierda, Leonard —respondió cuando volvió a mirarme a los ojos—. Aburrido y nada relajante.
—Vaya… —murmuré, comenzando a abotonarme la camisa—. Tenía muy buenas reseñas.
—Pero veo que tú sí te lo has pasado bien —añadió con tono bajo y grave, inclinando la cabeza para dedicarme una de sus miradas por la parte superior de los ojos—. Sin mí…
—Oh… no… No se crea, señor Black —respondí en voz baja, terminando con los botones suficientes para que la camisa se sostuviera. Me puse los calcetines de forma apresurada sin fijarme si estaban del derecho o si eran del pie correcto—. Estaba repasando la lista de preguntas y respuestas y me quedé dormido. Nada emocionante.
Metí los pies en el calzado sin atarlo y me acerqué al señor Black con una toalla limpia para tratar de secarle las manchas sobre la ropa. Sin embargo, él me detuvo con una mano en la muñeca y me dedicó otra fulminante mirada antes de decir:
—Hazlo en el coche, o llegaremos tarde.
Asentí, sin ganas de discutir ni provocarle más de lo que ya estaba. Le seguí hasta la puerta y después por el gran pasillo hasta el ascensor. El botones nos saludó con la misma sonrisa que la primera vez, obviando mi aspecto mucho más desaliñado y las manchas sobre la ropa del señor Black. Al igual que yo, aquello no debía ser lo peor que se había encontrado en el trabajo.
—A recepción —le ordenó el señor Black sin mirarle.
Puso su acostumbrada mano en mi espalda, pero yo tenía la camisa mal metida por dentro del pantalón y esa parte estaba más abultada y arrugada de lo normal. Pero en vez de apartarla, empezó a meter la tela fina por dentro de la cintura, acariciando la parte baja de la espalda y la parte alta de mi culo delante del botones sin ningún pudor. Yo me concentré en mirar al frente y fingir que no pasaba nada extraño ni que aquello me estaba resultando extrañamente excitante y violento a la vez. Quizá fuera el alcohol, no sé.
Al llegar al piso de la recepción, un timbre alertó de la apertura de las puertas y el fin de mi tortura. Acompañé al señor Black a pagar por la suite que apenas había utilizado y por el spa que había odiado. Después salimos en dirección al lugar donde Lakov ya nos estaba esperando con un paraguas para tapar al señor Black de camino al coche. Yo, por otra parte, tuve que apresurarme bajo la lluvia con unos zapatos desatados y una camisa a medio abotonar. Me metí casi de un salto y me pasé las manos por el pelo húmedo. El señor Black llegó poco después, sentándose como él se sentaba y mirándome como él me miraba.

—Empieza —ordenó.
Me quedé un momento sin decir nada, tratando de averiguar a qué se refería exactamente.
—¿No tienes preguntas que hacerme? —añadió, ladeando el rostro—. De un informe que te has memorizado…
—Ah… —exclamé, abriendo los ojos—. Sí… sí… Emh… —Cogí el móvil de mi bolsillo de una forma nada discreta y fingí revisar las llamadas. Carraspeé para aclararme la voz y le pregunté—: Señor Black, ¿cómo es ser el soltero de oro de la ciudad?
—Está bien —respondió tras un breve silencio.
—Quizá debería añadir algo más a eso —le aconsejé con una breve mirada.
—Está bien ser el soltero de oro de la ciudad —repitió, añadiendo algo como le había pedido.
Esta vez le miré de una forma más prolongada y seria. Pero cogí aire y me pasé una mano por el tupé antes de que me goteara más agua por la frente.
—Tiene que decir: «Es un honor que me llamen así, la verdad. Aunque no creo que sea el soltero de oro, soy un tipo muy normal. Cojo el metro, me gusta el café y pasear por el parque central… ya sabes, como otro ciudadano cualquiera». —leí directamente del informe. Al llegar al final levanté la mirada hacia el señor Black—. Usted no ha cogido el metro en su puta vida —dije con toda la seguridad del mundo.
—Ni lo haré jamás —afirmó él.
Cogí otra bocanada de aire y alcé las cejas, sorprendido de las tonterías que Thomas Lee esperaba que el señor Black dijera frente a los periodistas.
—Señor Black, siempre viene solo a los eventos. ¿No hay ninguna mujer en su vida? —continué.
—Yo no tengo parejas. Solo follo.
—Ogh, señor Black —negué con expresión de asco—. Qué cliché… puede hacerlo mejor que eso.
—Tengo muchas mujeres en mi vida —lo intentó de nuevo, con el mismo tono serio—. Las ato, las amordazo y me las follo en una habitación de mi casa.
—No… eso suena a sexo no consentido y depravado.
—Las ato, las amordazo y me las follo —se detuvo entonces para añadir un resaltado—: con su total consentimiento —alcé la mano con el dedo pulgar hacia arriba para darle mi aprobación—, en una habitación de mi casa.
—Bien, ahora le diré lo que tiene que decir: «Solo estoy esperando a la persona especial…» ¡Agh! —no pude ni terminar de leerlo—. ¿Cuánto le paga al departamento de Relaciones Públicas por escribir estas gilipolleces? —le pregunté.
—Tengo una imagen muy cuidada de emprendedor joven y humilde hecho a sí mismo —me explicó—. A la gente le gusta verme así: modesto,

cercano, empático…
—Sí, sin duda esas son las tres palabras con las que le describiría yo —dije mientras buscaba la siguiente pregunta de la lista.
El señor Black continuaba mirándome fijamente, pero había perdido su expresión seria y ahora solo estaba calmado y relajado con las piernas abiertas y los brazos apoyados sobre el respaldo.
—Señor Black, cuénteles a nuestras lectoras una forma de llegar a su corazón —leí, esforzándome por no soltar un ruidoso bufido de burla.
—Con un cuchillo y abriéndome en canal —respondió el señor Black.
Me reí por aquella respuesta improvisada. Miré al señor Black y le señalé con el dedo antes de reconocer:
—Ha estado usted muy fino ahí.
Para mi sorpresa, una de las comisuras de sus labios se elevó suavemente, pero apartó la mirada hacia la ventana y no pude verla más. Recuperé el aire y miré le móvil.
—«Pues como a cualquier otro, supongo —le leí—. Me gusta que me hagan reír y tener una buena conversación. Me atraen mucho las personas inteligentes y educadas. Alguien con quien poder tomar el primer café de la mañana y que te saque una sonrisa antes de ir a trabajar». —Lo volví a releer en silencio y pensé en voz alta—: ¿Sabe qué es lo peor? Que yo pienso lo mismo que su falso alter ego prefabricado. ¿Eso me hace aburrido y predecible? —le pregunté con verdadera curiosidad.
—Sí —no tardó en responder el señor Black.
—Puede ser… —reconocí, moviendo el PDF para seguir preguntando—. Señor Black, ¿a dónde ha ido últimamente?
El señor Black cogió aire, pensativo, pero antes de que pudiera responder, Lakov abrió la puerta. Miré por los cristales ahumados y empapados de lluvia con sorpresa. No me había dado cuenta de que ya habíamos llegado. El señor Black salió del coche bajo el paraguas de Lakov y se abotonó la americana. Yo salí corriendo, todavía con los zapatos desatados, grité algo soez cuando pisé uno de los charcos de la acera y me metí de un salto al resguardo del edificio. La diferencia entre la dignidad del señor Black bajo su paraguas y la mía fue como comparar a un león con una rata.
—Hay otro paraguas en la guantera de la puerta, señor Obrai —me informó Lakov cuando llegaron junto a mí.
Moví los labios con una mezcla de indignación y agradecimiento mientras el señor Black volvía a elevar las comisuras de sus labios. La recepcionista saludó con su gran sonrisa al señor Black, ignorándome por completo, como era la costumbre.
—Ya le están esperando, señor Black.
—Hacerle un sitio a Leonard para depilarle —le ordenó con su tono serio y cortante, perdiendo la leve sonrisa con la que había llegado.
La recepcionista y yo nos giramos para mirarle a la vez.
—Veré si hay hueco… —murmuró ella en voz baja, no demasiado feliz

con aquel nuevo improvisto.
—Señor Black, creía haberle dicho que…
—Tú te depilas el culo y yo te presento a Hanna Owl —me interrumpió—. Ese fue el trato.
—Solo depilarme —le recordé en voz baja, acercándome a su oído.
—El único que sale perdiendo con eso eres tú, Leonard. Te lo aseguro —respondió en el mismo tono bajo—. Ya sabes lo grande y agradable que es mi lengua —añadió entonces tras un breve silencio.
Le miré con una mezcla de pánico y sorpresa. Nosotros no hablábamos de lo que pasaba por las noches, porque el señor Black no era quien venía a mi cama. Él me respondió con una de sus miradas serias, pero fue breve, y volvió a girar el rostro hacia recepción.
—Podemos hacerle un hueco —anunció la recepcionista.
—Maravilloso —murmuré sin ganas.
Describir mi experiencia con la depilación de mi trasero sería sencillo: un puto infierno. No era una persona muy velluda, y no fue exactamente el dolor lo que me resultó tan desagradable, sino la incomodidad de tener que hacerlo. Me sentí avergonzado, incómodo, estúpido y, por alguna razón, humillado. La chica que lo hacía trataba de mantener una agradable conversación conmigo, pero yo no podía levantar la cabeza y apenas conseguía responderle. Sabía que ya había depilado cien traseros y que, tras el mío, depilaría otros cien más. Era solo su trabajo, como era el mío cuidar de sumisos y de la oscura vida del señor Black; pero eso no me hacía sentir menos expuesto y estúpido al estar allí de cuatro patas mientras una desconocida me miraba el ano.
Cuando terminó estaba un poco escocido y un poco enfadado. El señor Black ya me estaba esperando, perfectamente peinado y con la barba recortada. Le dediqué una mirada seria y nos fuimos de vuelta al coche. Me senté con cuidado, como si en vez de haberme depilado me hubieran hecho una operación súper importante y los puntos pudieran abrirse en cualquier momento.
—¿Qué tal? —me preguntó el señor Black con una sonrisa malvada en sus labios—. ¿Cómo ha quedado?
—Como el de un bebé, así ha quedado —respondí de mala gana, sacando el móvil para revisar los mensajes de la oficina y las llamadas que no había podido atender mientras mi dignidad moría sumergida en cera caliente.
—Enséñamelo —ordenó el señor Black con un tono grave mientras movía suavemente la cadera.
—Tenemos dos horas para que se prepare para la cena, el esmoquin ya está en casa. He movido una reunión del lunes, porque el señor Bell, de Tomorrow Industries tuvo que atrasar su agenda y verle un poco después. La señora Black, sin embargo, ha adelantado la comida para esta semana.
—Desnúdate para mí y enséñamelo, Leonard.
—¿Quiere que le siga leyendo las preguntas y respuestas de la lista? —le

pregunté, cambiando el correo por el archivo que todavía tenía abierto en una ventana del móvil.
—Quiero que te quites la puta ropa y me enseñes ese pedazo de culo que te has depilado solo para mí —respondió con un tono ya demasiado bajo, cercano a la locura, mientras la tela de sus pantalones se tensaba más y más con su nueva erección.
—No lo he hecho por usted, lo que he hecho por Hanna Owl —le recordé—. Y últimamente me preocupa que esté olvidándose de los límites de nuestra relación laboral, señor Black.
Eso le frenó un poco y me dedicó una mirada de enfado.
—Recuerdo muy bien los límites… —me aseguró—. Y recuerdo que son negociables.
—Acaba de follarse a Grace hace apenas dos horas, señor Black —fruncí el ceño y negué con la cabeza—. ¿Cómo puede estar cachondo otra vez?
Me miró en profundo silencio, demasiado tiempo para que no empezara a sospechar que había dicho algo que no le había agradado en absoluto. El señor Black pulsó el botón para hablar con Lakov y le dijo que aparcara un momento.
—Sal del coche —me ordenó entonces, de esa forma que no aceptaba que le contrariaran.
Entreabrí los labios y miré la lluviosa tarde tras las ventanillas ahumadas. Cogí una bocanada de aire y alargué la mano hacia el hueco de la puerta donde debía estar ese famoso paraguas de sobra.
—No —negó el señor Black—. No te lo mereces.
Le dediqué una mirada seria, pero no permití que aquello pudiera conmigo. Abrí la puerta del coche y, sin dejar de mirarle, salí hacia la lluvia y el fresco frío de la ciudad. Cerré la puerta con más fuerza de la habitual, un último gesto de rebeldía antes de tener que andar las cinco manzanas que me separaban de la casa del señor Black.
Tardé casi una hora y decir que me mojé, era decir poco. Subí por el ascensor goteando agua como si me acabaran de tirar de cabeza a un lago. Cuando las puertas se abrieron hubiera deseado que un rayo hubiera atravesado el cielo de la ciudad; como si yo fuera el asesino de una película de los noventa. Porque me sentía como uno.
Avancé por el pasillo hasta el salón, donde un señor Black ya perfectamente vestido me aguardaba sentado sobre uno de los taburetes de la isla. Le dediqué una mirada fija, pero no le dejé ver lo mucho que aquello me había jodido en realidad. Eso era lo que él quería.
—¿Qué has aprendido, Leonard? —me preguntó con un tono calmado.
—He aprendido que han abierto una nueva lavandería express en la calle de al lado —respondí con el mismo tono de indiferencia.
—¿Y sobre mí qué has aprendido? —insistió.
—Que es usted cruel e inmaduro, señor Black.
Se levantó de su sitio, se estiró las mangas de su camisa de forma distraída y se acercó a mí para quedarse justo en frente.

—No estás aquí para contar las veces que se me pone dura la polla —murmuró en voz baja, clavando sus ojos del azul del océano en mí, tratando de ahogarme en ellos—. Ni para preguntarme por qué se me pone dura —alargó su mano y me rodeó el cuello con ella. Apretó un poco, pero no llegó a ahogarme—. Estás aquí para ayudarme y cerrar la puta boca. ¿Lo has entendido, Leonard? —preguntó, acercando su rostro al mío de una forma amenazadora.

Apretó un poco más su mano y empezó a hacerme daño, sus ojos se deslizaron hasta mis labios y noté su aliento más agitado sobre el rostro. Incluso en aquel momento la mezcla de emociones pudo con él. Estaba enfadado, pero también cachondo y frustrado, así que apretó los dientes e hizo fuerza para que moviera la cabeza a un lado. Me resistí un poco, pero me hizo demasiado daño y tuve que ceder. Entonces se inclinó más sobre mi oído y jadeó un par de veces más antes de decirme en un susurro:

—Dime: «Sí, señor Black».

Me permitió volver a mirarle a los ojos y yo lo hice, solo para demostrarle la misma indiferencia que al principio.

—Sí, señor Black —repetí con un profundo vacío en la voz.

Eso le enfadó, porque sabía que no lo había dicho en serio, no como él quería que lo dijera: como si yo quisiera complacerle. Su ira se volcó en sus ojos y en su agitada respiración, pero no en la mano alrededor de mi cuello, que mantenía firme en un punto cercano a la leve asfixia. Compartimos otro silencio antes de que su otra mano se acercara también a mí, rodeándome la cintura para sumergirse bajo mi pantalón empapado y mi bóxer en dirección a mi culo.

Entonces aparté su brazo con un golpe seco. Aquel era el límite.

—Se va a mojar el esmoquin, señor Black —le recordé, tratando que la leve asfixia no afectara a la integridad de mis palabras—. Y no hay otro preparado.

Creí que iba a reaccionar de una forma desproporcionada, que iba a gritarme y a, posiblemente, pegarme una bofetada; sin embargo, me soltó el cuello y retrocedió un paso, todavía jadeante y con una gota de saliva sobre el carnoso labio inferior. Cogió una fuerte bocanada de aire y cerró los ojos, moviendo la cabeza de un lado a otro y haciendo crujir el cuello. Más tranquilo después de eso, volvió a mirarme con una seriedad intimidante.

—No tienes ni idea del asco que me das, Leonard —me dijo.

—El sentimiento es mutuo, señor Black —le aseguré.

Saqué el móvil del bolsillo y miré la hora, como si nada de aquello acabara de pasar.

—Me daré una duchar rápida y saldremos en veinte minutos —le informé, dirigiéndome ya hacia el baño—. ¿Quiere un café mientras espera?

—Sí.

No esperaba que aceptara y aproveché que ya no me veía el rostro para poner una mueca de enfado y frustración. Aun así, le preparé el puto café

y salí a paso rápido hacia la ducha. Solo pude echarme un poco de agua caliente y secarme rápido antes de salir hacia mi habitación, completamente desnudo, en busca de la ropa seca. Yo no asistiría a la cena benéfica como tal, así que me puse otra camisa y unos pantalones como llevaría al trabajo. Bajé exactamente diecisiete minutos después y mandé un mensaje a Lakov para que nos estuviera esperando.

—Debemos irnos, señor Black.

Él asintió, dejando su taza de café sin tocar encima de la mesa porque, evidentemente, solo lo había pedido por joder. Subimos al ascensor, yo revisé el móvil y el señor Black puso su mano en la parte baja de mi espalda. Pensé en apartarme, pero por alguna razón no lo hice.

—¿A qué huele? —pregunté en alto, levantando la cabeza para olfatear un poco el aire.

Alguno de los vecinos debía haber subido recientemente, dejando aquel agradable aroma a colonia de hombre, intensa y bastante cautivadora.

—Huele a colonia de cinco mil dólares la botella —respondió el señor Black sin más.

Asentí y volví a bajar la mirada al móvil. Aquella colonia tan absurdamente cara me estaba poniendo un poco cachondo y no era el momento.

Cuando llegamos al garaje había un coche diferente al habitual esperándonos, uno de alta gama sin parte de atrás espaciosa. La sorpresa me duró poco cuando Lakov le entregó las llaves al señor Black y este se subió en el asiento del piloto.

—Gracias, Lakov —murmuré en voz baja antes de rodear aquel coche de multimillonario para sentarme en el asiento del copiloto.

Nada más entrar me puse el cinturón de seguridad. Temía por mi vida, porque podía imaginarme cómo conduciría alguien como el señor Black. Pero descubrí dos cosas dentro de aquel coche: la primera fue que, para mi sorpresa, el señor Black conducía extraordinariamente bien, respetando todos los semáforos y los límites de velocidad; y la segunda fue que esa colonia que olía a dios griego recién salido de la batalla procedía del señor Black y no de uno de sus vecinos.

—¿Quiere repasar una vez más las preguntas y respuestas? —le pregunté, rompiendo el profundo silencio en el que nos habíamos sumergido desde que habíamos abandonado el ascensor.

—No.

Cabeceé y guardé el móvil, aprovechando aquella media hora de viaje para disfrutar un poco de las vistas de la ciudad de noche bajo la lluvia. Siempre había encontrado algo mágico en las luces distorsionadas por el agua y el constante goteo sobre los cristales.

—Leonard —me llamó él.

Solté un murmullo para hacerle saber que le estaba escuchando, pero no aparté la mirada de la ventana y los brillantes colores.

—No me das asco —dijo con tono pausado y serio.

Tardé un momento en responder:
—Gracias, señor Black.
Nos detuvimos en uno de los últimos semáforos de la avenida y tras otro breve silencio me preguntó:
—¿Yo te doy asco?
Giré el rostro hacia él para encontrarme con su mirada calmada. Los colores de la ciudad se reflejaban en los cristales mojados, llenando la penumbra del coche con machas apagadas de rojo, azul, verde y amarillo. El señor Black aguardó a mi respuesta, con su pelo dorado perfectamente peinado, su barba recortada, su esmoquin entallado y elegante, su reloj grueso de plata en la muñeca y el seductor aroma de su colonia de cinco mil dólares el bote llenando cada rincón del coche. Todo era perfecto en él, pero sus ojos escondían una duda que flotaba en la inmensidad de aquellos océanos como barcos a la deriva.
—No —me oí a mí mismo decir—. No me da asco, señor Black.
Él asintió con la cabeza, y miró de nuevo a la carretera. Yo hice lo mismo, pensando en por qué cojones le había dicho que no y por qué sabía que era cierto; cuando había tantos motivos para odiarle y sentir desprecio por él, y tan solo uno para quererle.
—Te conseguiré un autógrafo de Hanna Owl si me haces una paja ahora mismo —dijo el señor Black entonces.
—¿Quiere llegar a la cena benéfica con el esmoquin lleno de corrida, señor Black? —le pregunté, volviendo a mirar por mi ventanilla tras coger una bocanada de aire y recordar la clase de jefe que yo tenía.
—Entonces hazme una mamada y te lo tragas.
—No, señor Black, eso sería peligroso y podríamos tener un accidente.
—Nunca he tenido un accidente haciéndolo, y lo he hecho mucho —me aseguró, y, como si hubiéramos alcanzado ya un acuerdo, se recostó un poco sobre el asiento y quitó una mano del volante para que yo pudiera agacharme sobre su entrepierna ya bastante abultada.
El señor Black apoyó su mano tras el reposacabezas de mi asiento y me dirigió una rápida mirada antes de mover la cadera.
—Cómemela bien y hasta el fondo —me ordenó.
Me quedé un momento en silencio, mirándole porque, aunque me horrorizara reconocerlo, me excitó verle así. Quizá fuera el esmoquin y mi debilidad por los hombres elegantes, quizá simplemente fuera el señor Black y su asqueroso atractivo sexual y su maldita colonia que olía tan bien y me estaba asfixiando hasta confundir mis sentidos.
Tragué saliva y aparté la mirada de nuevo.
—Límites, señor Black —nos recordé a ambos—. Límites…
—Voy a responder docenas de preguntas estúpidas y a pasarme dos horas rodeado de gilipollas que me importan una mierda —me dijo—. Me estoy poniendo de muy mal humor y tu trabajo es evitar que eso ocurra…
—Ese no es mi trabajo —le interrumpí.
—…así que esto es como un estado de emergencia por fuerza mayor —

continuó, ignorando por completo mi comentario al respecto—. Mi sumisa no está aquí y yo necesito relajarme o voy a llegar a esa cena muy cabreado, Leonard.
—Esto no se parece en nada a un momento de necesidad por fuerza mayor, solo a que quiere que le coman la polla en el coche, señor Black.
—Daré media vuelta ahora mismo… —me amenazó.
—Irá a la cena porque prometió que iría —respondí yo, sin dejarme llevar por la rabia que me bullía en el pecho—. Porque usted cumple sus promesas, ¿verdad?
El señor Black me miró de una forma que podría haber congelado el sol, pero mantuvo su ritmo constante dentro de los límites de velocidad permitidos en dirección a la cena benéfica. Nos quedamos en silencio y creí que ya había terminado con su rabieta de niño pequeño, pero murmuró en voz baja:
—No voy a hablar con los periodistas.
—Señor Black, hablar con los periodistas es el motivo principal por el que…
El señor Black apartó la mano de detrás de mi reposacabezas y golpeó con fuerza el volante.
—¡No voy a hablar con los putos periodistas! —gritó, llenando el coche con su voz grave y violenta.
Esperé a que respirara un par de veces y se tranquilizara.
—Pues no lo haga —concluí.
Nos quedamos en silencio mirando al frente, y tras unos largos dos minutos el señor Black dijo:
—Esperarás fuera y no te acercarás a la alfombra roja.
Solté un bufido, el principio de una risa apagada y sarcástica, y giré el rostro para no tener ni que mirarle por el borde de los ojos. Cuando el señor Black no era «El Amo», cuando no podía tener todo lo que quisiera cuando quisiera, se transformaba en aquel niño pequeño, rencoroso y vengativo. Un pequeño hijo de puta manipulador encerrado en el cuerpo de un multimillonario playboy. Y yo era su ayudante personal, su sombra, su niñera y el gilipollas que aguantaba todas sus mierdas.
Me tomé el resto del camino para tranquilizarme y no dejarme llevar por la rabia y la frustración, esa era la especialidad del señor Black, no la mía. Pero cuando ya estábamos en la cola de coches de lujo para entrar en el parquin del hotel donde se celebraba la gala, tuve que tragarme mi orgullo y decirle:
—Señor Black, por favor, sea razonable. Como ya sabe, esto es publicidad gratuita para usted y su empresa, la señora Timber y el señor Lee están de acuerdo con que podría ser muy beneficioso para usted… así que hable con los periodistas.
Él me ignoró y continuó con la vista al frente. El coche delantero tenía los intermitentes traseros puestos y unas ráfagas de luz amarillenta nos iluminaban, creando sombras y reflejos en su rostro perfecto.

—¿Qué me darás a cambio? —me preguntó en voz baja y grave.
Cerré los ojos y apreté un poco los dientes.
—No tendría que darle nada, es algo que usted debería hacer por sí mismo —le recordé.
—Así no es como nosotros hacemos las cosas, Leonard.
—¿Y cómo hacemos nosotros las cosas, señor Black? —le pregunté, porque no sabía cuáles eran esas nuevas normas que se acababa de inventar, como siempre hacía.
Ladeó el rostro hacia mí y me miró por el borde de los ojos.
—Cuando yo quiero algo de ti, te ofrezco algo que quieres; cuando tú quieres algo de mí, me das algo que quiero…
—Ah —comprendí, asintiendo un poco con la cabeza—. ¿Y qué hacía cuando tenía que asistir antes a estas galas y yo no estaba?, ¿también le pedía al señor Lee que le hiciera una mamada?
—No importa el antes, porque ahora tú estás aquí, Leonard —respondió con un tono templado.
—Es muy injusto que tenga que darle algo a cambio de hacer cosas que debería hacer por su propio bien, señor Black.
—Me importa una mierda lo que sea justo.
Apreté los dientes y me contuve para no pegarle un puñetazo en la cara. El muy pedazo de hijo de puta loco y fascista.
—¿Y si no quiero hacer nada a cambio?, ¿simplemente va a arrojar su buena imagen por la borda? —le pregunté—. Años de trabajo y esfuerzo que ha invertido en parecer un soltero de oro, destruidos en tan solo un instante cuando pase por delante de esos periodistas sin si quiera dedicarles una sonrisa.
—Sí —afirmó sin más—. Pero… ¿vas a permitir que eso pase, Leonard? —me preguntó en tono bajo y grave—. ¿O vas a hacer algo para evitarlo?
Me quedé en silencio y miré aquellos ojos azules y brillantes como zafiros. Me sentí atrapado y confuso. No quería hacer nada a cambio de algo que debería ser lo suficiente maduro y responsable para hacer por sí mismo, pero a la vez sabía que… que él tenía razón y no iba a permitir que se auto saboteara de esa forma.
—¿Cómo lo sabes? —le pregunté en apenas un susurro.
El señor Black puso una sonrisa cruel en los labios.
—¿Qué me darás a cambio, Leonard? —me preguntó, paladeando cada palabra.
—No voy a hacerle una mamada en el coche, señor Black —le aseguré.
Levantó una mano para ponerla tras mi reposacabezas y se inclinó un poco sobre mí. Su mirada se hizo más intensa, al igual que el aroma de su colonia.
—La Habitación —murmuró con su tono de locura y excitación.
—Jamás.
—El tiempo corre, Leonard… Llegaremos en un par de minutos a la puerta.

Miré por la ventana, donde ya se podían ver los grupos de fotógrafos, fans y organizadores del evento. Los invitados iban saliendo de uno en uno desde los coches bajo los paraguas y pronto sería nuestro turno.

—Le dejaré venir al museo conmigo —le ofrecí, porque era lo único que se me ocurrió, pero sabía que eso casi parecía un chiste, así que le miré y añadí—: y dejaré que me toque.

—¿Solo tocar? —quiso saber, más interesado en la idea de lo que me imaginaba. Estaba seguro de que se reiría e insistiría en lo de la puta Habitación de los Condenados.

—Solo tocar —afirmé.

—Todo lo que yo quiera —contraatacó.

Me lo pensé, pero la idea de que el señor Black me tocara en cualquier parte tampoco me resultaba tan desagradable como para ponerme puntilloso.

—Todo lo que usted quiera —asentí—, dentro del museo.

Su sonrisa se desinfló un poco.

—De camino al museo, en el museo y en la comida de después.

—Le invité al museo, no a comer —le recordé.

—Iremos a comer, te pondrás los vaqueros, el jersey y no llevarás ropa interior —me ignoró.

—No le haré ni pajas, ni mamadas, ni me va a follar en ninguna parte por muy cachondo que se ponga o por mucho que se enfade.

—Eso será negociable en el futuro —se negó.

—Será negociable si responde a los reporteros como tiene que hacerlo.

El señor Black miró hacia el frente, pisando el acelerador para recortar la distancia que había quedado entre el coche de adelante y el nuestro.

—Me besarás al menos una vez —me dijo en voz más baja.

Le miré en silencio, pero el tiempo de negociar se estaba acabando.

—Solo una vez —respondí.

El señor Black respondió a mi mirada y movió su mano para concluir el trato. Le di un firme apretón y la negociación terminó. Aparcó el coche frente a la entrada y yo salí del coche con el paraguas para taparle y que no se mojara el esmoquin; pero del coche no salió el señor Black, sino el soltero de oro de la ciudad.

Sonreía mostrando un poco los dientes, saludaba tímidamente con la mano, como si le diera un poco de vergüenza recibir tanta atención mientras los periodistas gritaban su nombre para llamar su atención. Le seguí hasta la alfombra roja y cerré el paraguas cuando estuvimos a cubierto. Los flases eran cegadores, pero me aparté un poco para no tener que salir en ninguna de aquellas fotos. Un torrente de preguntas empezó a atravesar el aire y el señor Black respondió a todo tal cual ponía en el PDF.

Era un hombre joven, con una sonrisa de un millón de dólares, pero humilde y trabajador. Le gustaban las películas malas de los noventa y de serie B, y estaba esperando por una mujer especial que le hiciera reír cada mañana antes de coger el metro al trabajo.

Todos estaban fascinados con él. Yo más que nadie.
Seguí al señor Black a una distancia prudencial, sin interferir, pero sin alejarme demasiado. De vez en cuando notaba su mirada fugaz para comprobar si seguí allí, y yo le sonreía y asentía para decirle que lo estaba haciendo genial. Todo tipo de famosos y personas influyentes de la ciudad fueron cruzando aquella larga alfombra roja mientras les fotografiaban, y para mí fue un reto mantenerme al margen y tratar de no molestar a los reporteros, que no dudaban en insultarme y empujarme para que me apartara. Yo era el ayudante del señor Black y sonreía pidiendo disculpas, porque había una imagen que mantener… de no ser así le hubiera metido la puta cámara por la boca a más de uno.
Cuando el señor Black alcanzó el final me acerqué a él y le susurré un discreto:
—Lo ha hecho genial, señor Black.
Él colocó la mano en la parte baja de mi espalda y me susurró de vuelta:
—Será la última puta vez que me quedé en una mierda de estas yo solo, Leonard.
—Sí, señor —respondí, perdiendo un poco la sonrisa.
—Avisa a Grace y dile que me espere en la habitación para cuando vuelva.
Asentí de nuevo y él siguió sonriendo como si no me hubiera dicho nada más que un detalle gracioso y sin importancia.
—Más te vale no moverte de aquí —me advirtió antes de darse la vuelta para entrar en el salón de celebraciones.
Yo me alejé de la alfombra roja y busqué un lugar refugiado de la lluvia antes de hacer las llamadas. La primera para Thomas Lee y el equipo de Relaciones Públicas con la noticia de que todo había ido perfecto, y colgué antes de que pudiera responder. Después llamé a Grace con la orden del señor Black y ella suspiró.
—No podremos ir a cenar entonces —se disculpó—. No quiero vomitar en la habitación cuando me ate.
—No pasa nada, otro día si eso —respondí, quitándole importancia.
—¿Crees que está enfadado? —me preguntó, soltando aire como si estuviera fumando.
—Está en una cena a la que no quería ir y no creo que vuelva de muy buen humor —reconocí.
—Últimamente siempre está frustrado y enfadado, ¿lo has notado?
—Sí, un poco —dije tras una breve pausa.
Nos quedamos en silencio, así que creí que sería un buen momento para despedirse, pero ella añadió:
—Esta tarde me ha pedido que pusiera acento irlandés mientras me pegaba y me follaba de espaldas.
Cerré los ojos y sentí una presión en el pecho.
—Tú eres irlandés, ¿verdad?
Tragué saliva, pero mi voz sonó algo ronca al responder:

—Sí, lo soy.
Grace fumó otra calada.
—Ten cuidado, Leonard —me pidió—. Las personas como el señor Black, tan obsesionadas con el control y el sexo, suelen tener muchas carencias emocionales y tienden a confundir y mezclar las emociones.
—¿Es un consejo como mi psicóloga personal? —traté de bromear, porque aquel tema me estaba incomodando un poco—. ¿Me puedes recetar droga?
Grace se rio un poco, pero recuperó el tono serio antes de seguir hablando.
—Te diré la verdad, Leonard —dio una última calada larga y soltó el humo a un lado del teléfono—. No creo que el señor Black tenga claro quién eres tú en su vida. Con los sumisos y sus empleados sabe hasta dónde puede o no puede llegar, emocional y físicamente; pero tú eres algo nuevo para él.
—Soy otro empleado más, me paga por ayudarle y organizar su agenda —le recordé.
—No me jodas, Leonard, os pasáis el día juntos y vivís en la misma casa. Estáis intimando a un nivel que el señor Black no es capaz de comprender; y al final intentará reducir todos los sentimientos que desarrolle por ti a emociones simples que sí conozca, como el deseo sexual y la ira.
Escuché sus palabras y sentí un pequeño vacío en el pecho, los segundos pasaron y me di cuenta de que tenía que decir algo.
—¿Qué significa eso?
—Significa que se va a empalmar cada vez que se sienta a gusto y cómodo a tu lado, y como no va a poder follarte va a optar por enfadarse y frustrarse más y más porque no conoce otra forma de lidiar con el cariño y la confianza que sienta hacia ti. —Grace cogió una bocanada de aire y casi pude imaginármela agitando su melena rojiza—. No puedes ser su amigo, Leonard —concluyó—. O eres su empleado o su sumiso, porque cualquier otro tipo de relación entre vosotros va a terminar horriblemente mal.
Asentí en silencio. Comprendía lo que decía, pero me costó un poco más aceptarlo.
—Muchas gracias, Grace —le dije.
—De nada, Leonard —y colgó.
Bajé la mano y me quedé allí parado, pensando en todo lo que me había dicho y en todos los errores que ya había cometido con el señor Black. De día, y sobre todo de noche.
¿Ya sería tarde para dar marcha atrás?

Esperé en el coche a que el señor Black terminara en la cena. Cuando el aparcacoches me hizo una señal en la ventanilla y me señaló su reloj de pulsera le hice un gesto de que entendimiento. Me pasé al asiento del piloto y arranqué el coche para llevarlo a la entrada. Cogí el paraguas y salí. Entonces vi al señor Black esperando bajo el toldo, en mitad de una alfombra roja ya vacía y cubierta de manchas. Tenía las manos en los bolsillos y una expresión seria en el rostro, el pelo algo despeinado y la pajarita deshecha. Parecía cansado, pero cualquiera lo estaría después de pasarse dos horas fingiendo ser quien no era. Me miró fijamente a los ojos y ladeó levemente la cabeza. Comenzó a caminar hacia mí, sin preocuparse por la lluvia, hasta quedarse a mi lado.

Yo me había quedado como un imbécil bajo la lluvia sin ni siquiera abrir el paraguas. Había llegado a la conclusión de que a partir de entonces me ceñiría tan solo a mi trabajo, y que no trataría de intimidar con el señor Black. No más tratos, no más noches, no más intentos de hacerle feliz. Pero esos ojos del azul del océano me hicieron dudar de mí mismo y de la fuerza de voluntad que tendría cuando James me mirara y me pidiera que le abrazara.

—Me alegra que lo hayas pasado tan mal como yo —me dijo con tono bajo y grave, moviendo la mano para coger las llaves de entre mis dedos—. Sube —ordenó.

Parpadeé un par de veces y bajé la mirada, tardando otro pequeño momento en reaccionar y moverme hasta la puerta del copiloto. Me senté me pasé las manos por el pelo mojado, sintiendo un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Has cenado? —me preguntó él, arrancando el coche y poniendo la calefacción de mi lado.

—No —reconocí.

Miró el reloj de su muñeca mientras giraba el volante para dar la vuelta a la carretera y dijo:

—Llama a algún restaurante y pide algo para cenar, podemos pasarnos un momento antes de volver a casa.

—No hará falta, señor Black. No tengo hambre.

—Es importante comer, hay que recuperar energías.

Esa estúpida frase me hizo sonreír, pero fue una mueca triste en mis labios.

—¿Cree que me he extralimitado en mis funciones como su asistente, señor Black? —le pregunté entonces—. Usted sabe que soy solo su ayudante personal, ¿verdad?

Le miré, pero él se me había adelantado con una expresión muy seria en su rostro.

—Iremos al museo y a comer y me dejarás tocarte, porque ese fue el trato y nosotros cumplimos nuestra palabra, ¿verdad, Leonard? —dijo con tono

seco, sin entender en absoluto a qué me estaba refiriendo.
«Nosotros» había dicho…
—Sí, señor Black —respondí—. Ese fue el trato.
—Entonces no hay nada de lo que hablar.
Asentí y me quedé mirando las luces brillantes de la ciudad bajo la lluvia. Ahora el coche estaba caliente y volvía a oler a la colonia del señor Black, más suave pero igual de agradable que la primera vez.
—Toma —me dijo el señor Black tras un breve silencio, entregándome una servilleta doblada con el logo de la asociación benéfica bordado a un lado.
—¿Quiere guardarlo como un recuerdo? —le pregunté, cogiéndolo de su mano sin mucho interés.
—Es para ti.
—Gracias, siempre había querido empezar una colección de servilletas usadas —murmuré en voz baja, hundiéndome un poco más en el asiento mullido del copiloto—, pero no encontraba el momento.
—Si no la quieres, la tiro a la basura —respondió él—, pero yo la abriría primero.
Miré la servilleta entre mis manos y recé para que lo que hubiera dentro no fuera algo desagradable ni sórdido. Abrí poco a poco y fui descubriendo unas letras en negro sobre la tela. Fruncí el ceño y leí:
«Para Leonard, el mejor ayudante del mundo. Un beso, Hanna Owl».
Me quedé quieto. Respiré. Volví a quedarme quieto. Miré al señor Black. Miré la servilleta y después cogí aire de nuevo.
—¿Qué es esto? —conseguí decir mientras abría y cerraba la boca de forma totalmente aleatoria.
—Encontré a la cantante esa en una mesa y le dije que escribiera algo para ti —explicó el señor Black, sin detenerse en detalles sin importancia—. Podrías haberla conocido en persona si hubiera venido a la cena —no perdió la oportunidad de recordarme.
Alcé la cabeza y miré el techo negro.
—¿Ha hablado con Hanna Owl? —le pregunté—. ¿Es tan perfecta como parece? —Cerré los ojos—. Dígame que sí —le rogué.
—Tenía pintalabios en los dientes.
—¡Señor Black! —exclamé, quería dedicarle una mirada seria, pero entonces pensé en lo que me había dicho y se me escapó una sonrisa—. ¿En serio tenía pintalabios en los dientes?
El señor Black elevó las comisuras de sus labios un poco y asintió con la cabeza dedicándome una rápida mirada mientras conducía.
—Pobre… —murmuré—. ¿Y de qué hablaron?, ¿o se acercó y se lo pidió sin más?
—Le dije que mi ayudante era un gran fan, que tenía todos sus discos, incluido el malo, y le pedí que me firmara una servilleta.
Me llevé una mano al rostro y me masajeé los ojos con el dedo índice y pulgar lentamente.
—¿Le dijo lo del álbum malo, señor Black? —tuve que preguntar.

—Le hizo gracia —continuó tras encogerse de hombros—. Pero se rio más cuando le conté que te habías depilado el culo solo para conocerla.
Dejé de respirar y, muy lentamente, bajé la mano y miré al señor Black, que tenía una sonrisa cruel en los labios.
—¿Que le dijo qué?
—Que te habías depilado el culo por ella —repitió, aprovechando un semáforo en rojo para mirarme—. Porque cuando yo te lo pedí no querías, pero lo hiciste por ella.
Me empecé a sentir mareado y sentí la piel de la cara ardiente.
—¿Ha tratado de vengarse de mí humillándome delante de una mujer a la que respeto?
—Sí, Leonard. Eso es lo que he hecho —afirmó—. Porque al parecer esa mujer es más importante para ti que tu trabajo.
—Depilarme no influye en mi trabajo.
—Es algo que yo te pedí —respondió con tono serio.
—Es algo que no tiene derecho a pedirme —le dije con un tono cercano al enfado.
Mantuvimos una mirada intensa y silenciosa, pero el semáforo se puso en verde y el coche tras nosotros hizo sonar el claxon para que avanzáramos. El señor Black tuvo que volver el rostro hacia la carretera y continuar conduciendo, terminando con el peligroso enfrentamiento. El móvil vibró en mis pantalones y lo cogí sin demasiado interés, ya era tarde y hacía mucho que se había terminado la jornada laboral de la oficina.
—Thomas Lee y el equipo de Relaciones Públicas quieren felicitarle por lo bien que ha estado en la alfombra roja —le resumí en voz baja, porque eso sí era parte de mi trabajo—. Han recibido partes de los reportajes y artículos que han redactado con usted y todos son muy positivos.
El señor Black no se molestó si quiera en demostrar que me había escuchado.
No pasamos el resto del camino en silencio y, tras aparcar en el garaje del edificio, subimos en el ascensor. Sentí su mano cálida en la parte baja de la espalda y recordé las palabras de Grace; pero no me aparté porque… bueno, era solo una mano en mi espalda. Cuando llegamos a la casa farfullé una mezcla de disculpa y excusa y me metí en el baño para ducharme antes de ir a dormir. Sabía que Grace estaría en la Habitación esperando por el señor Black, así que me tomé mi tiempo debajo del agua caliente de la ducha para tener que escuchar los menos gritos posibles. Al terminar me sequé y subí desnudo a mi habitación para ponerme un bóxer negro y tirarme sobre el puff. No importaba que afuera estuviera lloviendo o nevando, porque la calefacción central de piso siempre lo mantenía a unos cálidos veinticuatro grados.
Me puse un poco de música y, cuando el sueño estuvo a punto de vencerme me tiré de lado en la cama. Creí oír un portazo o algo similar en algún momento, pero no estaba seguro; de lo que sí estaba seguro era de que no había pasado mucho tiempo cuando la puerta de mi cuarto se

abrió y alguien se tiró junto a mí en la cama. Alguien a quien, en ese momento, no quería tener cerca.
Sentí una piel fresca y recién duchada pegándose a mi espalda y un brazo fuerte que me rodeó el cuerpo para atraerme más contra él. Yo fingí estar dormido y él no hizo nada por intentar despertarme. Solo hundió cuidadosamente su otro brazo bajo la almohada para estar más cómodo y todo lo pegado a mí que le fue posible. Entonces su respiración cercana a mi nuca se fue haciendo más lenta y pausada hasta que, en apenas un par de minutos, James se había quedado dormido.
Abrí los ojos en la suave penumbra amarillenta de la habitación, iluminada tan solo por la cálida luz de la lámpara baja que nunca apagaba, porque la oscuridad sin ventanas de aquel pequeño cuarto me hacía sentir ahogado y encerrado. Sentí la piel de James contra la mía, su agradable abrazo, y me pregunté qué significaría eso en su retorcido mundo sin amor ni cariño.
La alarma del despertador me hizo volver a abrir unos ojos que no recordaba haber cerrado. Me incorporé un poco sobre el pecho de James, en el que no recordaba haberme dormido, y alargué la mano para pulsar el botón que detuviera aquel infernal sonido. Con un resoplido de cansando volví a dejarme caer sobre aquella piel cálida, pero ya era tarde y James también se había despertado. Alzó las manos y se frotó el rostro antes de aspirar por la nariz. Me acarició la espalda y me dijo con su voz grave y algo ronca:
—Ya es hora, Leo.
—Lo sé, lo sé… —murmuré sin ganas.
Me apoyé en un brazo para apartarme y dejarle marchar, pero él me detuvo y me miró a los ojos. Yo esperé con una expresión todavía adormilada a que dijera algo, pero James se limitó a poner morritos para indicarme que quería su beso de buenos días. Fue un gesto tan estúpido y poco típico de él que no pude evitar reírme. Sabía que no debería y que aquello estaba mal y blah, blah, blah… pero le di aquel breve y húmedo beso en los labios de todas formas. Ya con restos de saliva en los labios, James se levantó de la cama con una evidente erección bajo su bóxer de marca y se fue sin decir nada. Cuando volvimos a reunirnos en la cocina, duchados y vestidos con la ropa de fin de semana, nos dirigimos una breve mirada antes de que yo le dijera, como siempre hacía.
—Buenos días, señor Black.
—Vámonos —se limitó a decir con su bolsa de deporte en la mano.
Descendimos el ascensor, mano en la espalda, y cuando llegamos al coche, Lakov informó al señor Black de que había comprado las revistas y periódicos como le había pedido.
—Busca los artículos sobre anoche —me ordenó, señalando la pila que había en mi asiento mientras él se ponía en su postura de actor porno millonario.
Dejé el móvil a un lado, donde había estado leyendo los últimos mensajes,

para buscar lo que me había pedido. En el principal periódico de la ciudad le dedicaban cinco páginas en la sección de sociedad, repleta de fotos y comentarios sobre los asistentes y la velada.

—«El multimillonario de éxito, apodado el soltero de oro de la ciudad, volvió a deslumbrar a todos con su atractivo y su sonrisa…» —leí en voz alta—. «James Black, creador y dueño de INternational, respondió a las preguntas de los periodistas con la educación y gracia que le caracterizan…» —me detuve porque solo decía más tonterías como esa durante otro párrafo entero—. Al lado hay una foto suya —le informé—. ¿Quiere verla?

—¿Qué tal salgo? —preguntó.

Miré la foto de un señor Black sonriente e increíblemente atractivo.

—Sale muy guapo, como siempre —respondí.

Él asintió y señaló con un movimiento de cabeza la siguiente revista de la pila.

—«Guapo, rico y gracioso, tres palabras para describir al soltero de oro de nuestra querida ciudad. James Black ha demostrado una vez más que los caballeros de cuentos de hadas aún existen…» —me reí en alto con la cabeza hacia atrás y no me detuve hasta que me quedé sin aire y los ojos se me humedecieron.

Miré al señor Black, que me miraba en respuesta con una pequeña sonrisa en los labios. Negué con la cabeza y continué leyendo aquel reportaje sensacionalista y sin interés alguno.

—«Se describe a sí mismo como un hombre corriente, pero solo hace falta ver su sonrisa para saber que no es verdad. Con solo veintinueve años ya…» ¿Veintinueve? —repetí sorprendido, alzando la mirada hacia él—. Creía que tenía más.

—Solo tengo dos años más que tú, Leonard —me dijo.

—Sí, es… —fruncí el ceño—. ¿Cómo sabe cuántos años tengo, señor Black?

—¿Hay alguna foto? —preguntó, ignorando por completo mi pregunta.

Bajé la mirada y lo dejé pasar, después de todo aún se suponía que seguía enfadado por lo que le había contado a Hanna Owl sobre mi culo depilado.

—Varias —respondí, porque en una revista llamada *Women's Desire* no podían faltar las fotos a todo color del señor Black—. En una incluso salgo yo a su lado mientras hablamos —le comenté antes de leer el pie de página—: James Black y ayudante…

El señor Black alargó una mano hacia mí y le entregué la revista para que la viera. Era solo una foto a un lado donde se me veía susurrándole en voz baja cerca del oído mientras él seguía sonriendo. Cogí la siguiente revista, también femenina pero más orientada a la moda y no a la prensa amarilla.

—Aquí hablan de «su estilo clásico y atemporal» —le resumí—. «Poco arriesgado, pero siempre adecuado para cada ocasión».

El señor Black cerró la revista que todavía tenía en las manos y la dejó a

un lado de su asiento. Creí que no me había escuchado, pero antes de que pudiera repetírselo el coche se detuvo frente al gimnasio. Como cada sábado, estaba más lleno de lo habitual y las miradas se cruzaban de un lado a otro como flechas ardientes. Estaba seguro de que en aquel gimnasio pedían unos requisitos mínimos para anotarse, porque todo el mundo allí era muy guapo y estaba en buena forma. Hacían ejercicio casi sin sudar y tenía una bonita sonrisa; menos yo, por supuesto, que subía allí con cara de asco y sudaba como un puto cerdo detrás de un señor Black implacable y con ganas de hacerme sufrir hasta la extenuación.

—¿Por qué somos de los pocos que hacen ejercicio, señor Black? —le pregunté en las duchas mientras me echaba el jabón por el cuerpo y esperaba a que él terminara de mojarse.

Porque había catorce duchas allí, pero el señor Black quería usar exactamente la misma que yo y teníamos que turnarnos como unos imbéciles.

—A este gimnasio vienen bastantes modelos, algunos cazatalentos y gente con dinero —me explicó, enjabonándose los brazos y el pecho—. Yo conocí a Jack aquí.

—Ah… —fue lo único que se me ocurrió decir.

Fuimos a vestirnos y yo me di más prisa de lo habitual porque el vestuario estaba bastante concurrido y me agobiaba un poco; pero, por supuesto, tuve que esperar a un señor Black que hizo las delicias de algunos de los presentes allí con su forma pausada de ponerse la ropa.

—¿Le apetece un café especial para celebrar su gran éxito con los periodistas? —le pregunté cuando al fin pudimos marcharnos—. El desayuno ya está en casa.

—Haz que nos lo envíen a casa —ordenó.

Nos subimos al coche y llamé al *Starbucks*, dudando que tuvieran entrega a domicilio, después probé con la tienda de café para llevar que había a un par de calles de casa; le di las indicaciones y le ofrecí una propina de cincuenta dólares al repartidor.

—¿Cincuenta por subir un puto café? —me preguntó el señor Black cuando colgué.

—Es sábado y se trata de algo especial, ellos no envían café a domicilio —respondí antes de coger otra de las revistas de la pila y abrirla con un ruido de papel—. «El empresario de éxito James Black volvió a dejar a todos deslumbrados con su simpatía y su humildad…» Otra foto de usted en la alfombra roja, muy guapo —pasé al siguiente, otra revista de prensa amarilla—. «El multimillonario playboy de la ciudad, James Black, no nos ha decepcionado con su esmoquin entallado y su sonrisa de un millón de dólares. Sin embargo, ha vuelto a acudir solo al evento, exceptuando a su…» —me detuve y terminé de leer en silencio.

—Sigue —ordenó el señor Black con tono serio.

Apreté un poco los labios, pero seguí leyendo:

—«A su atractivo ayudante que parece haber sacado de las páginas de un

catálogo de moda. Los rumores sobre la posible homosexualidad de James Black vuelven a tomar fuerza una vez más por…» —y me detuve, negando con la cabeza mientras tiraba la revista a un lado—. Hay una foto de nosotros hablando tras la alfombra roja.

Para mi sorpresa, el señor Black estiró su mano para que el entregara la revista, cosa que hice con un suspiro de resignación. Fui a coger el siguiente periódico, pero una duda asaltó mi mente y me detuve. Miré al señor Black, que releía el artículo sensacionalista con expresión seria pero calmada.

—¿Fue decisión suya o de Thomas Lee mantener su orientación sexual en secreto? —le pregunté entonces.

—Lee prefiere mantener un perfil más neutro para el público, y a mí no me gusta que se metan en mi vida privada más de lo que yo les deje —respondió.

—Más neutro —repetí con un poco de desprecio—. Qué triste…

El señor Black me dirigió una mirada por el borde superior de los ojos, pero no dijo nada. Le ignoré y continué leyendo los pocos reportajes que quedaban. Todos eran muy positivos y halagaban las mismas cosas una y otra vez. Al terminar con aquello pude volver a atender los asuntos de la oficina y conseguí reestructurar un par de citas de la semana que habían sufrido cambios debido a la repentina comida del señor Black con su madre. Al llegar a casa llamé al club de campo y me sumergí en una discusión de veinte minutos con el responsable del restaurante. Al final conseguí una mesa, pero no la que yo quería frente al jardín. Dejé el móvil a un lado sin demasiado cuidado y me metí una cucharada de avena con pasas en la boca. Alcé la mirada hacia el señor Black, que no había dejado de mirarme en todo aquel tiempo mientras se terminaba el desayuno.

—¿Tú estás fuera del armario, Leonard? —me preguntó entonces.

Dejé de masticar y me quedé parado un momento antes de que se me escapara un bufido de risa.

—Se lo dije a mis amigos y a mi hermana en el instituto y a mis padres antes de ir a la universidad —le conté—. Mi madre ya lo sabía, pero a mi padre no le hizo mucha gracia la idea. —Hundí la cuchara de nuevo en el bol de plástico y me pasé la lengua por los dientes para quitarme los restos de comida—. Tardó un poco en hacerse a la idea, pero ahora nos llevamos muy bien. Solo evitamos hablar de ello.

Seguí comiendo, pasando del enfado que me había dejado el responsable del club de campo a una especie de silencio meditabundo.

—¿Has tenido novios? —preguntó de nuevo.

Pero esta vez tardé en levantar la mirada, menos sorprendido con aquella repentina curiosidad sobre mi vida personal.

—¿Quiere que llame a la cafetería? —le pregunté tras tragar otra cucharada—. Están tardando un poco en traer el café —miré la hora en el móvil y vi un mensaje de un número desconocido que preguntaba por la dirección de nuevo—. O quizá se haya perdido —añadí, respondiendo rá-

pidamente al mensaje.
—¿Has tenido novios, Leonard? —insistió el señor Black, esta vez con un tono más bajo y serio.
Me enfrenté a su mirada como el océano y con un tono tranquilo respondí:
—Esa es una pregunta personal que no tiene nada que ver con el trabajo, señor Black.
—Si te lo tengo que preguntar otra vez, me enfadaré, Leonard —me amenazó.
Aparté la mirada un momento y pensé en volver a negarme, pero era solo una pregunta estúpida por la que no merecía la pena discutir, ¿verdad?
—Tuve uno en la universidad.
El señor Black esperó un momento en silencio y después me preguntó:
—¿Quién?
El ruido del telefonillo nos interrumpió y yo sonreí, profundamente agradecido antes de levantarme casi de un salto para ir hasta el final del pasillo. En la pared, entre el cuadro vanguardista y el ascensor, había un pequeño telefonillo discreto y moderno. Respondí y uno de los vigilantes de la entrada me preguntó si habíamos encargado café. Afirmé y esperé un par de minutos a que llegara el ascensor con un hombre de mediana edad con gorra de béisbol y mirada nerviosa.
—Hola, gracias por traer el café —le saludé, cambiándole la bandeja de poriespán en la que traía los cafés por sesenta dólares.
El hombre miró el dinero, como si no se hubiera creído que realmente le fueran a dar tanto dinero por llevar el pedido, y al fin me dedicó una sonrisa nerviosa antes de despedirse. Cuando volví con los cafés el señor Black seguía sentado frente a la isla de la cocina, con los codos apoyados en la mesa y los dedos cruzados frente a los labios. Puse su café especial frente a él y saqué el mío antes de tirar la bandeja a la papelera.
El señor Black bajó la mirada a la cara sonriente que había dibujada sobre el envase y después a mí.
—¿Subimos al despacho? —le pregunté, tratando de no retomar la conversación anterior—. Toca trabajo.
El señor Black cogió su café y se fue en dirección hacia las escaleras, seguido muy de cerca por mí. Fui a por los papeles que me había traído del despacho con las notas de la semana, por si las necesitaba, y me puse en mi lado de la mesa sin decir nada. Tras una mañana un poco larga, llegó una breve comida silenciosa, seguida de una tarde de trabajo igual de insustancial.
—El señor Lee quiere concertar una reunión urgente con usted —le dije tras recibir el mensaje de Relaciones Públicas—. Y todavía tiene que tomar una decisión sobre lo que le dijo Recursos Humanos sobre invertir en más obras benéficas y contratar minorías.
—Yo contrato solo a los mejores, su raza me importa una mierda —respondió sin dejar de teclear en el portátil.
—Se refieren a puestos menos cualificados, señor Black.

—Mi ayudante personal es irlandés, ¿eso no cuenta cómo minoría?
Dudé en si era una broma o no, pero terminé sonriendo y ahogando una breve carcajada.
—No, señor Black —negué—. Quizá deba dar el visto bueno al proyecto de inclusión que le propuso Recursos Humanos, sobre todo con respecto a las secretarias de recepción.
—Recursos Humanos quiere sentar a una latina gorda en la recepción, y eso no va a pasar —declaró con un tono duro que me heló la sangre.
Le miré y entreabrí los labios, pero no fui capaz de decir nada. El señor Black dejó de teclear para responder a mi mirada.
—Yo mantengo una imagen neutra, y mi oficina también —dijo—. Así son los negocios.
Parpadeé y bajé la mirada al móvil, no me sentía nada cómodo oyendo al señor Black hablar así. Sabía que era cierto y que el mundo empresarial era así de frívolo y retorcido, pero eso no me hizo sentir mejor.
—Quizá debamos empezar a cambiar la idea de lo que es «neutro», señor Black —murmuré en voz baja.
—Que lo hagan otros, si les sale bien, lo haré yo —concluyó, continuando con lo que estaba escribiendo en su caro portátil.
Cogí una bocanada de aire y negué con la cabeza, pero me mordí la lengua para no decir nada más sobre eso.
—¿Le hago un hueco a Relaciones Públicas, pues?
—¿De qué se trata?
—El señor Lee tiene una idea para aprovechar el tirón de publicidad que ha conseguido en la gala benéfica.
—Hazle un hueco de media hora y dile que más vale que sea buena.
Mandé un mensaje de vuelta con exactamente esas palabras. Entonces alguien llamó a la puerta y levanté la cabeza, muy sorprendido. El señor Black dejó de escribir y miró hacia la puerta como si hubiera podido derretir el ladrillo y el cemento y asesinar a quien quiera que hubiera osado interrumpirle. Así que me levanté rápidamente y salí del despacho para encontrarme con Grace, vestida de calle y con expresión seria.
—¿Podemos hablar, Leonard? —me preguntó en voz baja.
—Claro, Grace, ¿necesitas algo? —le pregunté, cerrando la puerta a mis espaldas.
La acompañé hasta la cocina, donde había dos maletas a un lado. Miré a Grace con una interrogación en los ojos y ella forzó una leve sonrisa.
—Me voy Leonard —me dijo—, ya no me gusta estar aquí. No es como antes.
—¿Qué…?, ¿por qué? —pregunté con un tono triste. Grace me caía muy bien y no quería perder las pequeñas charlas a primera hora con ella.
—Me gusta que me dominen, pero no me gusta que me utilicen —respondió, y movió un poco las manos—. ¿Entiendes la diferencia?
—Más o menos… —reconocí.
Ella asintió y me entregó un papel doblado que sacó de sus estrechos va-

queros.
—Es mi número, por si quieres charlar o quedar a tomar algo algún día.
—Oh, gracias —dije, cogiendo el papel de sus manos de uñas largas y redondeadas.
Entonces colocó una mano en mi brazo y apretó suavemente.
—Recuerda de lo que hemos hablado —me pidió con una mueca de preocupación, y bajando la voz añadió—: No es tu amigo ni nunca lo será.
Asentí con la cabeza. Lo sabía, yo… yo lo sabía.
—¿Necesitas que llame a un taxi o algo? —le pregunté.
—No, no te preocupes —me dedicó una última sonrisa y fue a por sus maletas antes de marcharse.
Subí de nuevo al despacho con el papel con su número entre las manos, lo doblé y lo guardé en el pantalón antes de entrar de nuevo en el despacho. El señor Black seguía escribiendo, pero su expresión era muy seria. Me senté en mi sitio y me tomé un par de segundos antes de decir:
—Grace ha decido irse.
—Táchala de la agenda —fue su única respuesta.
—Sí, señor Black.
Cuando llegó la cena yo ya estaba bastante cansado y agradecí poder levantarme de mi sitio y mover un poco las piernas. Me tomé más tiempo del necesario e incluso puse la lubina a la plancha y la menestra de verduras con patata cocida en platos.
Al contrario que los envases, después tendría que limpiarlos, pero prefería eso a tener que volver al despacho. El señor Black bajó poco después, parándose a ver la comida sobre el plato en la mesa. Le entregué su botellín de agua y me senté frente a él. La lubina no era mi favorita, pero tenía suficiente hambre para comerla toda.
—Hay que montar el mueble —me recordó el señor Black entonces, con la boca llena de menestra.
—Oh —gemí, cerrando los ojos como su me hubieran pegado un puñetazo en el estómago—. Me había olvidado… —reconocí.
—Podemos montarlo después de cenar.
—No, hoy no —negué—. Estoy cansado. Mañana quizá.
Él asintió de acuerdo y continuamos comiendo en silencio durante un rato.
—¿Quiere que busque a un nuevo sumiso? —le pregunté, terminando de una vez por todas con la menestra sosa y sin gracia.
El señor Black bebió un trago de agua y cerró la botella produciendo un leve crujido en el plástico.
—Falta poco para la orgía, la buscarás cuando volvamos.
Entonces le levantó de la mesa, dejando su plato y su botella vacía sobre la mesa y se alejó mientras decía:
—Iré a ducharme, hemos terminado por hoy.
—Buenas noches, señor Black —me despedí mientras empezaba a recogerlo todo.

Había friegaplatos, pero también había un horno y una especie de robot de cocina de última generación; y estaba seguro de que ninguno de los tres se había estrenado todavía. Solo estaban ahí, en la cocina, como algo meramente decorativo. Además, eran solo dos platos y un par de cubiertos que no tardaría ni cinco minutos en fregar a mano. Realmente tardé más en encontrar el jabón y la esponja, escondidos en un rincón de la alacena frente al baño de invitados.

Cuando al fin estuvo todo listo solté un suspiro, fui al baño para quitarme las lentillas ya resecas y la ropa antes de subir a mi cuarto para dejarme caer sobre la cama con un gemido de placer. No estaba tan exhausto física como mentalmente y los ojos me dolieron un poco cuando los cerré después de tenerlos pegados a la pantalla del móvil por horas.

Me quedé así, reuniendo la fuerza suficiente para moverme y meterme bajo las mantas, cuando la puerta se abrió y se cerró con su crujido habitual. Unos pasos apagados se acercaron y se detuvieron al lado de la cama. Entreabrí los ojos y giré el rostro lo suficiente para ver a un James que recorría mi cuerpo con una mirada lenta. El bulto de su bóxer blanco de marca no se hizo esperar, estirando la tela al máximo de su capacidad. Nuestras miradas se encontraron en la penumbra amarillenta de mi habitación.

—¿Qué? —le pregunté con una leve sonrisa, porque se había quedado allí plantado sin hacer nada y con el rostro calmado.

El señor Black y James tenían el mismo rostro, el mismo cuerpo escultural, el mismo pelo rubio y la misma barba corta y espesa; pero no la misma mirada. James se encogió levemente de hombros por toda respuesta y yo sonreí un poco más.

Hice el esfuerzo de levantarme, aquel para que tanto me había preparado, y abrí las mantas de la cama antes de volver a meter. Fui hasta el fondo, hasta casi la pared, para dejarle un hueco en aquella cama de noventa en la que dos hombres adultos como nosotros apenas cabían. Apretarse el uno contra el otro y dormir tan juntos no era tan solo algo que hacíamos por placer, sino que era inevitable allí.

James se tumbó de espaldas y pasó un brazo bajo mi cabeza para acercarme a él. Le rodeé con un brazo y apoyé la cabeza en la almohada al lado de la suya, pero eso no fue suficiente para él, que insistió suavemente en que me pegara más y más hasta que casi estuve encima. Buscó mis labios y yo le respondí con un beso breve y húmedo, pero quiso otro, y otro más largo después de ese.

Después nos quedamos en silencio, mirándonos un largo rato mientras yo le acariciaba la mejilla y recorría su barba con la punta de los dedos. Quizá ese fuera un buen momento para recordarme a mí mismo lo que Grace me había dicho, pero no era algo en lo que quisiera pensar en ese momento tan íntimo y agradable.

—Soy el soltero de oro —murmuró en voz muy baja, apenas un susurro entre sus preciosos labios.

—Eso dicen —respondí con el mismo tono.
—¿Eso te gusta, Leo?
—Me hace más gracia que otra cosa —reconocí con una leve sonrisa. Sumergí la mano en su pelo todavía húmedo y fresco de la ducha y le pregunté—: ¿A ti te gusta?
—Sí, me hace sentir poderoso y mejor que el resto.
Solté un murmullo apagado, porque no sabía que responder a eso, y seguí jugando con algunos mechones de su pelo rubio. Noté la presión de su entrepierna y empezó a mover un poco la cadera para rozarse más contra la mía.
—¿A ti te gusta que sea poderoso y mejor que el resto? —me preguntó con la voz más grave.
—Sí, pero no es lo que más me gusta de ti —reconocí.
No quería ser un hipócrita y decirle que su poder e influencia no me atraían, porque ya me había quedado claro que era algo que me excitaba bastante de él. Sin embargo, James dejó de mover la cadera y me miró en silencio como si hubiera dicho algo horrible.
—¿Qué es lo que más te gusta de mí? —quiso saber.
Me sentí un poco incómodo, porque aquella pregunta había sonado al señor Black, y él no tenía nada que ver con esto.
—¿Quieres que te haga una lista con las cosas que me gustan y las que no y te la entregue por la mañana, James? —le pregunté, tratando de relajar el ambiente con una broma estúpida.
—No, no me la entregues —respondió deprisa—. Solo déjala en el despacho.
Fruncí el ceño y me alejé un poco de él para que pudiera apreciar mi expresión de perplejidad.
—Era broma —me vi obligado a explicarle.
Él se quedó un momento en blanco y después dijo:
—Pues a mí me parece una buena idea.
—No voy a hacerte una puta lista, James —concluí, dejándome caer sobre el lado para quitarme de encima de él y cerrar los ojos.
Pero James también se giró, volviendo a rodearme entre sus brazos y poniendo su rostro frente al mío sobre la almohada.
—¿Es algo de mi cuerpo? —insistió, acariciándome la espalda hasta meter la punta de los dedos por debajo de la cinta de mi bóxer.
—No, no es algo de tu cuerpo —murmuré en voz baja sin molestarme en abrir los ojos.
—Pero mi cuerpo te gusta mucho.
—Ya sabes que sí. Aunque… —añadí, entreabriendo un poco los ojos—. No estaría mal que al menos te dejaras un poco de vello…
—No me gusta el vello.
—Lo sé, pero al menos en el pubis —le dije, como si fuera una recomendación sin importancia—. Sin nada ahí abajo eres como un muñeco de acción o un niño.

—No creo que me confundan con un niño cuando ven lo grande que tengo la polla, Leo.
Una carcajada se me escapó y tardé un momento en recuperar el aliento suficiente para decirle:
—Buenas noches, James —y me acerqué para darle un único y simple beso cargado de algo parecido a un intenso cariño, pero que no era cariño porque sabía que no podía permitirme sentir eso por James; pero digamos que fue el beso que le das a alguien al que empiezas a querer de una forma extraña.
El señor Black se removió un poco tras el beso y dejó los labios entreabiertos. Trató de acercarme más a él, hundió la mano bajo mi ropa interior para rodear mi nalga y empezó a frotar su erección de nuevo contra mí, pero le detuve e hice un leve movimiento con la cabeza para decirle que no. Entonces resopló y pegó su frente a la mía.
Le acaricié el pelo suavemente y oí como su respiración se volvía más y más lenta hasta que se durmió. Cuando me desperté estaba de cara a la cama, con James rodeándome casi por entero y respirando cerca de mi oído. Tuve que moverme un poco porque debía llevar así un buen rato y pesaba demasiado. Me escurrí hacia un lado y levanté la cabeza para ver la hora del despertador en el suelo. Tan solo faltaban un par de minutos para que sonara la alarma y se me escapó un quejido antes de dejarme caer sobre la espalda de James.
—¿Ya es hora? —le oí murmurar en voz baja.
—Falta poco.
Volví a cerrar los ojos y acaricié la espalda hacha y fuerte de James, tan cálida y suave bajo mis dedos. Antes de que me diera cuenta sonó la alarma y tuve que despertar. Ambos tuvimos que hacerlo. Así que me aparté para que James pudiera levantarse, pero él se apoyó en los brazos y me miró sin decir nada. Entonces le di el beso de buenos días y él asintió, complacido, antes de dirigirse hacia la puerta.
Cuando me dejó a solas miré el techo y cogí una gran bocanada de aire.
Sentía que me había montado en un tren con destino a Villa Locura y con dos únicas paradas en Estás Jodido City y el pueblo de Todo Irá Mal. Pero lo peor era que no quería bajarme de él.

Me puse lo que se suponía que debía ponerme: vaqueros sin ropa interior y el jersey gris que el señor Black me había regalado. Tenía los ojos cansados y preferí no ponerme las lentillas y dejar descansar la mirada un poco, así que cogí mis gafas y mi gorro de lana. Seguía lloviendo y hacía algo de fresco, sabía que acabaría agradeciendo habérmelo llevado. No lo usaba de diario porque era de mi época universitaria, demasiado informal y grande para llevar al trabajo.

Preparé café y me lo tomé tranquilamente mientras esperaba al señor Black, que tardó un poco más de lo habitual. Cuando oí sus pasos en la escalera ya casi había terminado mi taza, alcé la mirada de las preciosas vistas de la cristalera del salón y me encontré con un señor Black que parecía sacado de la policía secreta. Llevaba gorra de béisbol en un día de lluvia, junto con una camiseta blanca y una chaqueta de deporte gruesa y con capucha; además de unos pantalones vaqueros demasiado ceñidos y unas zapatillas de marca.

—Bueno días, señor Black —me obligué a decir, porque me había quedado en blanco por un momento.

—¿Gorro y gafas? —me preguntó, porque él también se había parado a mirarme de arriba abajo.

—Sí. Es mi día libre.

—Tú no tienes días libres —me recordó.

—Es mi día más relajado —me corregí.

Eso pareció valerle porque se acercó y se sentó frente a mí, en su sitio de siempre en la isla, para abrir su desayuno que ya había llegado.

—¿No lo has puesto en platos hoy?

—¿Prefiere que se lo ponga en un plato, señor Black? —le pregunté, pero él no respondió.

Hundí mi cuchara en el yogur denso y amargo que no me terminaba de gustar y miré la hora en el móvil.

—El museo abrirá en una hora, con suerte podremos ver las mejores partes antes de que se llene de gente y tengamos que andar a empujones para acercarnos a ver los expositores —le dije—. Es un poco larga y seguro que terminamos encontrándonos con las familias de domingueros, pero no se preocupe, como se nos acerque algún niño gritón le daré una patada en la cara.

El señor Black siguió desayunando mientras me oía hablar, sin molestar en asentir ni mostrar interés alguno en lo que le estuviera contando.

—Espero que hayas cumplido el trato y no lleves ropa interior —fue lo único que dijo al final.

Le dediqué una mirada seria y esperé un momento antes de responder:

—Sí, señor Black. No se preocupe por eso.

Asintió y se tomó la última cuchara de yogur, apartando el envase a un lado.

—Entonces vámonos ya.
Recogí las cosas y tiré los envases a la basura. Llegamos al ascensor y pulsé el botón del garaje antes de sentir la mano del señor Black en la espalda, pero esta vez no se detuvo ahí, sino que subió mi jersey para rozar directamente la piel. Sentí un escalofrío por el contraste de su mano más fría contra mi piel caliente y me envaré un poco.
—Todavía no estamos en el museo, señor Black —le recordé.
Él se inclinó sobre mí para susurrarme al oído:
—De camino, en el museo y hasta la comida. Ese era el trato.
Chisqué la lengua con resignación y centré mi vista al frente. Hacía apenas una hora estábamos en la misma cama casi desnudos y piel con piel; y aun así me resultaba un poco violento que el señor Black me tocara. No sabía cómo explicarlo, pero no era lo mismo.
Al llegar al garaje Lakov ya nos estaba esperando, le saludé y me senté en mi asiento de siempre, con el móvil en la mano para repasar los nuevos mensajes en aquel tiempo que teníamos hasta llegar. El señor Black se sentó en frente, con su postura de follador, más sórdida de lo normal porque su ropa informal le hacía parecer más que nunca el hombre gilipollas y vicioso que era.
—Siéntate aquí —ordenó, dando un par de palmadas en su pierna—. Encima de mí.
Le miré un momento antes de negar con la cabeza.
—Eso no formaba parte del trato.
—Estaba incluido en «tocarte todo lo que quiera» —respondió con un tono serio y una mirada peligrosa.
—No creo que…
—Leonard —me interrumpió, apretando los dientes y ahogando un grito—. No quieres que me enfade hoy… te lo aseguro —advirtió con su mirada de loco en los ojos.
Apreté los labios y los moví, pero no quise decir nada. Así que con una expresión seria me levanté de mi sitio y me senté sobre la pierna del señor Black. Él cogió mi muñeca y me obligó a pasarle el brazo por los hombros. Era como cuando te sentaban en la pierna de Santa Claus de niño para pedirle un regalo, pero mucho más sórdido y oscuro.
—Así se sientan las putas para poder hacerles dedos bajo la falda —murmuró cerca de mi oído mientras colocaba una mano en la parte interior del muslo.
La movió lentamente con un jadeo hasta alcanzar mi paquete y apretarlo un poco.
—Qué bien —respondí, volviendo a mirar el móvil que sostenía en la mano izquierda.
El señor Black no era de los pacientes, y no tardó ni un minuto en meter la mano bajo mi jersey y bajo mi pantalón para apretarme la nalga con fuerza. Soltó un gruñido de placer al comprobar que, efectivamente, no llevaba ropa interior.

—Mírame, Leonard —ordenó en un jadeo.
—No. Eso no estaba en el trato —dije con un enfado contenido y sin levantar la mirada.
El señor Black apretó los dientes con frustración. Desabrochó el botón de mis vaqueros y metió la mano por dentro para frotarme toda la entrepierna. Me resultó bastante violento y me costó mucho no apartarme de él. Todo era sumamente sórdido e incómodo y lo odiaba.
—Desnúdate para mí —volvió a ordenar, tirando ya de jersey hacia arriba.
Pero el detuve a prisa y al fin le miré a unos ojos húmedos y brillantes perdidos en la locura de la excitación.
—No —me negué con fuerza—. Ese no era el trato.
—Me estoy empezando a enfadar mucho, Leonard.
—Enfádese todo lo que quiera.
El señor Black inclinó la cabeza para poder dedicarme una de sus miradas de profunda ira por el borde superior de los ojos.
—Le diré a Lakov que dé la vuelta —me amenazó—. No verás esa exposición en tu puta vida.
Acerqué mi rostro al suyo, para demostrarle que ni su mirad, ni su tono, ni su locura me importaba una mierda.
—Hágalo… —le reté en apenas un susurro—. Solo se va a joder a sí mismo. Yo ya conseguí lo que quería de usted hace dos noches.
Una bofetada me atravesó la mejilla, dejándome una marca ardiente en la piel y tirando mis gafas al suelo. Cerré los ojos, húmedos por el dolor, y me tomé unos segundos para relajarme antes de girarme de nuevo hacia él. Entonces le di yo una bofetada, porque así era como hacíamos nosotros las cosas. El señor Black no se tomó el mismo tiempo que yo para recuperarse y calmarse, me miró con ojos de loco, jadeando, totalmente cachondo y furioso. Hundió su mano en mi trasero hasta alcanzar mi ano y empezó a presionarlo, tratando de entrar en mí con sus dedos; mientras que con su otra mano se preparaba para dame otra bofetada en la cara.
Pero agarré con fuerza su muñeca antes de que pudiera hacerlo, esforzándome por ignorar la mano que tenía en mi culo, y con una mirada que podría haber congelado el polo norte y una voz más fría que el vacío del espacio le dije:
—Piense bien en lo que va a hacer, señor Black, porque puede ser la última vez que me vea.
Una pelea encarnizada se desató entonces dentro de él. Sus labios temblaban, sus dientes estaban tan apretados que debía dolerle, mientras jadeaba y pequeñas gotas saltaban de su boca y se precipitaban lentamente por sus labios como baba. Sus ojos, dos océanos de locura, me miraban tan abiertos que parecían a punto de salirse de sus órbitas.
Sabía que había llegado a un punto peligroso, un nuevo estado que no había alcanzado antes. Se debatía entre la intensa ira, la excitación y el deseo de conservarme a su lado, una guerra que parecía estar a pocos segundos de provocarle un derrame cerebral o algo así. Perdí un poco de

enfado, superado por la preocupación y la ansiedad que me producía verle así.

—Señor Black, cálmese, por favor —le pedí, pero como no funcionó añadí—: Pu… puede pegarme otra vez si me promete que se va a tranquilizar después.

Una bofetada más dolorosa de la que recibí jamás en mi vida me hizo caer de espaldas al suelo del coche. Los ojos se me humedecieron y no pude contener una lágrima que se deslizó por mi mejilla hasta perderse en mi barba corta. Me llevé una mano temblorosa a la piel ardiente y todavía dolorida. Me quedé con la mirada borrosa y perdida en algún punto a los pies del señor Black, preguntándome a mí mismo por qué seguía trabajando para él. Y… si merecía la pena.

—Leonard —me llamó, pero tardé un poco en reunir la fuerza para volver a mirarle a la cara—. Ven… —me pidió, todavía entre jadeos.

No me moví de mi sitio en el suelo, mirando aquellos ojos del azul del mar y tan húmedos y brillantes como los míos, pero por razones totalmente diferentes.

—Ven —repitió con una voz más temblorosa y necesitada, dando unas pequeñas palmadas en su pierna.

Me levanté con cuidado y me senté sobre él. No me sentía indignado, ni triste, ni enfadado, solo me sentía vacío. El señor Black volvió a coger mi muñeca para que rodeara sus hombros con mi brazo y me acercó a él.

—Ya estoy tranquilo —me dijo, aunque no lo parecía. Su pecho se movía de arriba abajo sin parar y la mano con la que me rodeaba la cintura temblaba un poco; pero seguía muy empalmado y movía la cadera como si tratara de frotarse contra mí—. Tú me dijiste que te pegara si me tranquilizaba, y ahora estoy tranquilo —me explicó, como si no lo recordara ya—. Ese era el trato.

No dije nada, porque no tenía nada que decir. Me quedé mirando la lluvia caer sobre el cristal ahumado de la ventanilla, la calle al fondo, y la gente que caminaba a prisa bajo los paraguas. El mundo a nuestro alrededor parecía tan normal… pero en aquel coche solo reinaba la locura.

—Leonard —me llamó, moviendo la pierna sobre la que me sentaba para agitarme un poco y llamar mi atención—. Ya estoy tranquilo —repitió por tercera vez.

Tragué saliva y al fin le miré a los ojos.

—Me alegro, señor Black.

Él asintió y empezó a tomarme otra vez debajo del jersey mientras me miraba fijamente a los ojos. Me acercó más y pegó su rostro al mío.

—Bésame —me pidió.

—Solo tiene un beso —le recordé con una calma en la voz que no entendía de dónde salía.

El señor Black cabeceó, golpeando suavemente su frente contra la mía.

—Lo quiero ahora.

Me incliné sobre sus labios y le di un beso. Iba a ser solo un roce un poco

prolongado de los labios, pero el señor Black metió su lengua dentro de mi boca y lo convirtió en una especie de morreo torpe y muy húmedo. Cuando terminó me aparté y él volvió a asentir, esta vez tranquilo de verdad; como si ese beso vacío y repleto de necesidad y miedo hubiera resuelto lo que había sucedido entre nosotros.

El señor Black se limpió el borde de su boca mojada con la manga de su chaqueta deportiva e hizo lo mismo con mis labios.

—Pide un café, nos vendrá bien algo caliente —dijo.

Miré el móvil tirado en el suelo, allí donde se había caído cuando me había precipitado al suelo. Me levanté para cogerlo y volví a sentarse sobre su pierna mientras buscaba cafeterías cercanas al museo. El señor Black continuaba tocándome sin parar, lentamente, por todas partes, como si buscara algo en mi piel. Quizá la respuesta a alguna pregunta que era incapaz de responder por sí mismo.

—Hay una cafetería en el museo —le dije—, es más cara que el resto, pero te puedes quedar con la taza.

Le enseñé la pantalla del móvil con la imagen de las tazas de plástico barato con forma de pirámides invertidas, cabezas de faraones o sarcófagos. El señor Black le echó un rápido vistazo y asintió de acuerdo con la idea.

—Creo que pediré la del sarcófago —continué diciendo, volviendo a mirar el móvil—. No sé a quién se le ha ocurrido hacer una taza con una pirámide invertida, pero es horrible. Espera —fruncí el ceño y amplié un poco la imagen—. ¿O es una mastaba? No sé, sigue siendo horrible.

—Pide las que quieras, Leonard —murmuró el señor Black, recuperando su tono grave y calmado de siempre—. Yo te las regalo.

—Solo quiero una —respondí.

Cerré la página del museo y miré el correo para ver si había mensajes nuevos que debiera responder. Se produjo un tranquilo silencio en el coche, solo interrumpido por las gotas de lluvia al chocar contra el cristal y al ruido que producían las manos del señor Black al mover la ropa mientras me tocaba.

—Me gusta tu pelo del cuerpo, Leonard —dijo tras un largo silencio.

Entreabrí los ojos lentamente y alcé un poco la cabeza, despertando del sopor cercano al sueño en el que había caído.

El coche apenas se movía debido a las colas de tráfico que se creaban en el centro con la lluvia, pero la calefacción era fuerte y el constante movimiento de las manos del señor Black se habían dejado de ser un toque invasivo hasta convertirse en un agradable masaje.

—Al principio lo odiaba, pero ahora me gusta mucho.

—Gracias, señor Black —dije tras aclararme un poco la garganta. Miré la hora en el móvil y apenas faltaban un par de minutos para que abriera el museo.

—¿Qué haría falta para que me dejes follarte hoy, Leonard? —me preguntó con voz más grave al oído.

—Un milagro, señor Black, eso haría falta.
Un jadeó más rápido interrumpió su respiración y las comisuras de sus labios se elevaron suavemente. Sus manos recorrieron mi piel con más rapidez, llevando una de ellas a mi entrepierna para frotarme con un poco más de intensidad.
—Necesito follarte, Leonard. Y tú quieres hacerme feliz, ¿verdad?
Giré el rostro para mirar sus ojos y sus labios entreabiertos.
—Móntame aquí mismo y hazme feliz… —murmuró con su voz baja y grave mientras comenzaba a intentar quitarme el pantalón vaquero.
—Señor Black —le interrumpí, bajando una mano a mi pantalón para que no pudiera moverlo de mi cintura—. Límites —le recordé, porque no me gustaba nada la nueva dirección que había tomado todo aquello.
—Aquí no hay límites, Leonard —respondió inclinándose un poco para besarme.
Pero me aparté, puse una mano en su pecho abultado y firme y le empujé un poco hacia el asiento.
—Siempre hay límites, señor Black. Esto es solo un trato. Usted cumplió su parte y yo estoy cumpliendo la mía, porque así es como hacemos las cosas nosotros.
La razón pareció entrar en su mente, por primera vez en todo el día, y con una expresión de enfado y frustración reconoció:
—Sí, así hacemos nosotros las cosas.
Cogió una gran bocanada de aire y dejó caer la cabeza sobre el respaldo, tirando de mí para que le acompañara y así poder seguir tocándome.
—Cuéntame alguna de tus gilipolleces para distraerme —me pidió con los ojos cerrados.
—Puedo contarle las maravillas del mundo egipcio que está a punto de ver —le ofrecí.
Y eso hice, hasta que al fin llegamos al museo, media hora más tarde de lo que esperaba. El señor Black se ató la chaqueta deportiva para ocultar su erección bajo ella y me siguió al interior. Primero tomamos el famoso café de veinte dólares del museo, yo elegí el sarcófago y el señor Black la pirámide.
—Lo ha hecho por joder —murmuré, bastante seguro de mis palabras.
Él se limitó a elevar las comisuras de sus labios en una de sus pequeñas sonrisas y volvió a meter su mano en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero mientras caminábamos a una de las mesas. Cuando dijo que me tocaría todo lo que quisiera, no estaba bromeando: no hubo momento en el que no estuviera al menos rozándome con alguna parte de su cuerpo. Su favorita era la mano en mi culo, pero también se quedaba detrás de mí mientras veíamos algunas de las obras, rodeándome con los brazos para atraerme hacia él y que pudiera notar su erección.
—No creo que sea sano llevar empalmado tres horas seguidas, señor Black —le dije en voz baja mientras cruzábamos de una sala a otra.
—No puedo evitarlo, esta exposición es fascinante —respondió.

Me reí un poco.
—Lo sé —asentí.
—¿Cuánto más va a durar?
—Quedan cuatro salas.
—Entonces quizá deberíamos ir tú y yo al baño y solucionar lo de mi polla.
Sonreí y negué con la cabeza.
—¿Prefiere irse ya, señor Black?
—Sí, de eso te estaba hablando, Leonard. De que quiero irme en tu boca.
Mi carcajada demasiado alta llamó la atención de algunos de los visitantes de la sala.
—Vamos, ya es tarde de todas formas —le dije, señalando hacia la salida.
Tras cinco minutos abriéndonos paso entre salas repletas de gente llegamos a la salida y un aire fresco y húmedo nos recibió. Había mandado un mensaje a Lakov y no debía tardar mucho en llegar.
—¿A dónde quiere ir a comer, señor Black? —le pregunté.
Él ladeo el rostro, ya que estaba lo suficiente cerca de mí como para no tener que girarlo para mirarme.
—Vayamos a casa, hoy estoy cansado de la gente —respondió—. Es ruidosa y no la soporto.
—Llamaré al restaurante para que nos envíen la comida —asentí.
Antes de terminar la llamada ya había llegado Lakov. Me apresuré a pedirle disculpas a la chef por haber cancelado y vuelto a pedir la comida de hoy, pero lo hice sin mucha convicción y ella se dio cuenta.
—La comida llegará más tarde de lo habitual, pero llegará —le dije al señor Black, sentándome en mi asiento de siempre, algo que duró poco porque enseguida se palmeó la rodilla y cambié de sitio.
—Estoy seguro de que le va a escupir dentro —sonreí, dejando el móvil a un lado.
El señor Black metió una mano por debajo de mi jersey y otra por debajo de sus propios pantalones. Empezó a mover ambas sin dejar de mirarme y yo me quedé muy parado, hice una pregunta silenciosa a la que él respondió:
—No tienes que hacer nada, solo mírame.
—¿Se la va a pelar? —tuve que preguntar.
—Sí —reconoció sin pudor ninguno—. No tengo sumiso y cuando lleguemos a casa no podré tocarte más. Tiene que ser ahora.
Se desabrochó el pantalón y sacó la polla para poder masturbarse con más fluidez. Me miraba fijamente y empezó a jadear lentamente entre los labios mientras me apretaba una nalga. Tragué saliva y me quedé quieto sin saber muy bien cómo sentirme. Era un poco impactante estar sentado en el regazo de una persona que se estaba masturbando mientras te miraba fijamente. Entreabrí los labios y parpadeé un par de veces, entonces cerré la boca y negué con la cabeza.
Me incliné sobre él y le besé los labios húmedos. El señor Black no se lo es-

peraba y se quedó parado, pero le duró poco, porque empezó a besarme de vuelta con necesidad y violencia. Bajé la mano que no tenía alrededor de sus hombros y le cogí la polla para masturbarle yo. Él gimió al sentir mi tacto, y con las manos libres, pudo dedicar toda su atención a mi cuerpo. Le mordí un poco el labio inferior y tiré un poco de él mientras gemía un poco. Mi parte favorita de su cuerpo: un simple labio más grueso y carnoso que el superior, rosado y tentador, suave y exquisito. Volví a morderlo, un poco más fuerte, un poco más suave la siguiente, lo lamí y besé al señor Black hasta llenarle la boca.

Él trataba de recuperar el control, de una u otra forma, pero no fue capaz. Yo tenía sus labios y su polla, y el solo podía rodearme con sus brazos rogando por más. Movió una de sus manos desde mi vello púbico a mi cuello y trató de ahogarme un poco, separándome de él para dedicarme una mirada furiosa. Odiaba no tener el control. Pero yo no paré de masturbarle y él no paraba de jadear, luchando contra sí mismo y contra mí a la vez.

Sonreí. El señor Black estaba puto jodido de la cabeza y me encantaba.

Entonces se enfadó más y apretó mi cuello hasta casi ahogarme, pero empezó a correrse y perdió las fuerzas junto con un gruñido apagado. Echó la cabeza atrás y arqueó la espalda, disfrutando del orgasmo y quedándose mirando el techo del coche mientras recuperaba la respiración. Dejé de masturbarle y agité mi mano en el aire, tratando de deshacerme de las partes más gruesas de corrida que me habían quedado encima. Miré las manchas por toda su camiseta blanca y parte de su pantalón y su bóxer. Después de tres horas cachondo su cuerpo se había asegurado de soltarlo todo de una sentada.

Nos quedamos un minuto o dos en silencio hasta que la respiración del señor Black se calmó y volvió a mirarme.

—Esto podías haberlo hecho antes, Leonard —murmuró en voz baja.

—Ha sido solo un favor personal, señor Black —le dije, tratando de quitarle la mayor importancia posible al hecho de que, por alguna razón, me había apetecido complacerle así.

—Me interesan estos favores personales, Leonard —respondió con tono serio—. ¿Qué términos tienen?

—No… —iba a pasarme la mano por el pelo, pero me di cuenta a tiempo de que la tenía manchada de semen y me detuve—. No hay términos. Simplemente lo he hecho porque he querido, señor Black. Ya está.

Se quedó un momento en silencio, pero estaba muy seguro de que no lo entendería y de que aquello había sido un error horrible.

—¿Es una de esas cosas que haces porque quieres? —me preguntó entonces—. ¿Cómo el café especial o atarme la corbata antes de salir del despacho?

Entreabrí los labios, pero estaba demasiado sorprendido de sus palabras para poder decir algo. Ladeé el rostro y tragué saliva antes de asentir.

—¿Hay alguna forma de poder incluir esto en una de las cosas que haces

entre semana?
—No, señor Black —negué, recuperando la seriedad—. No es así como funciona.
El señor Black cogió aire hasta hincharse los pulmones y lo soltó lentamente mientras asentía. Resignándose a aceptar aquello.
—¿Tú quieres correrte? —me preguntó entonces.
—No, no hace falta —dije en voz baja.
Me incliné y abrí un poco la ventanilla, lo suficiente para que saliera el calor acumulado y el olor a semen que se había adueñado del coche.
—Hay pañuelos en uno de los cajones bajo tu asiento —me dijo el señor Black, señalándolo con la cabeza.
Me levanté con cuidado y fui a por ellos. Estaban junto a un tubo de lubricante, una fusta y hasta un rollo de cuerda.
—No sabía que el coche tenía un Cajón del Placer —le dije, alzando las cejas.
El señor Black soltó uno de sus bufidos que venían antes de una de sus sonrisas, como el rayo que anunciaba la tormenta.
—Yo siempre estoy preparado, Leonard —me dijo—, deberías saberlo ya.
Cogí un pañuelo de la caja y se la entregué al señor Black para que hiciera lo que pudiera con su camiseta repleta de manchones. Me senté en mi sitio de siempre y me limpié la mano tan bien como fue posible. No me sentía mal por haberlo hecho, ni culpable, ni me arrepentía. Era algo que había querido hacer y me había gustado hacer; el único problema era la persona a la que se lo había hecho.
Él terminó de limpiarse la entrepierna tras usar como cuatro servilletas de papel y se abrochó el pantalón. Entonces se quitó la cazadora y la camiseta para tirarla a un lado antes de volver a ponerse solo la chaqueta negra. Se quedó así, con el pecho descubierto y las piernas abiertas mientras me miraba.
Quizá sí que fuera buena idea correrme yo también.
—Tenemos que montar el mueble de tu habitación —me recordó.
Levanté la mirada de sus pectorales y de la preciosa curvatura de sus abdominales y le miré a los ojos.
—Cierto —asentí.
—Y tenemos que ver alguna película de los noventa —añadió, girando el rostro hacia la ventanilla—. Siempre me preguntan por ellas porque creen que me gustan y nunca sé qué decir.
—Usted no tiene televisión, ¿dónde quiere verla?
—Tengo una tablet en mi habitación.
Tenía más preguntas sobre el tema, pero preferí dejarlo pasar y preocuparme de ellas cuando llegara el momento. El día ya estaba siendo demasiado raro por sí solo.
Cuando llegamos al garaje, el señor Black se abrochó la chaqueta negra y recogió la camiseta manchada del suelo; yo cogí la bolsa con las tazas del museo y subimos hasta casa. Dejé la bolsa sobre la mesa de la isla y el se-

ñor Black fue a ducharse. Me pareció una buena idea y al terminar subí a mi habitación y me puse unos pantalones más cómodos y ropa interior. Ya estaba mirando las instrucciones de montaje cuando el señor Black volvió recién duchado y con una camiseta negra ajustada y unos pantalones de chándal gris.

—No va a caber —le aseguré una vez más, a lo que él respondió con una mirada seria.

Ojalá pudiera decir que fue divertido y sencillo montar aquel mueble, pero no lo fue. El señor Black empezó a frustrarse y a enfadarse cuando se dio cuenta de que yo tenía razón. Quiso eliminar una parte de las estanterías que decir que «sobraban».

—Sin esa parte no se va a sostener ese lado —negué, lo que solo le enfadó más.

Hicimos un pequeño parón cuando llegó la comida y volvimos arriba de nuevo. Siguió sin hacerme caso y lo montó igual de mal, ignorando por completo mis consejos y ajustando los tornillos con tal violencia que hizo un par de rallones en la madera oscura.

—Señor Black, déjeme a mí —le pedí, alargando la mano para que me entregara esa arma tan peligrosa en sus manos—. Va a joder un mueble que le ha valido mucho dinero.

—¡Es mi dinero! —me gritó, pero tras un par de intentos más tiró el destornillador al suelo y se tumbó en la cama mientras yo terminaba el trabajo.

Como pensaba, no cabía, así que tuve que prescindir de una parte, pero no la que había dicho el señor Black. Cuando terminé le pedí ayuda para levantarlo un poco y recolocarlo. Miré el resultando y asentí complacido.

—¿Quiere un café? —le pregunté, girándome hacia él.

—Sí —respondió, mirando el mueble como si quisiera verlo arder.

Con un café caliente en las manos empezó a tranquilizarse, trayendo la tablet de su habitación para ver la película de los noventa.

—Instinto básico —me dijo, entregándomela para que la buscara en internet o la comprara o yo qué sé.

—Muy de los noventa —afirmé.

Nos tumbamos en el sofá, cerca, pero separados, y colocamos la tablet en la mesa baja para que ambos pudiéramos verla bien. En un punto indeterminado de la película me quedé mirando los ventanales y la lluvia sobre la ciudad; atrapado por las vistas preciosas vistas. Instinto básico era una buena película, pero ya la había visto varias veces.

—No la estás viendo —dijo el señor Black.

Le miré y me encontré con sus ojos del azul del mar. Estaba cruzado de brazos, con las piernas apoyadas en la mesa baja y con esa ropa tan normal y de día lluvioso. Abrí los labios para responder, pero cambié de idea de forma repentina y le dije:

—Está muy guapo así, señor Black.

Se quedó en silencio sin decir nada, y entonces preguntó:

—¿Así cómo?
Me encogí de hombros, porque no podía decirle la verdad: que allí tumbado con aquella ropa informal parecía uno de esos novios a los que daban ganas de abrazar y sobre los que acurrucarse. Pero él no era un novio, nunca lo sería, ojalá pudiera serlo, deseé por un momento, pero eso jamás pasaría.
—Así —murmuré sin más, volviendo a mirar la película.
La cena llegó poco después y paramos la película para comer mientras yo trataba de explicarle lo que estaba viendo, porque el señor Black no parecía entender la tensión por descubrir si Sharon Stone era la asesina o no.
—Después le pongo *Jurassic Park*, está más a su nivel —murmuré, rindiéndome al fin.
—Más vale que esa película no sea para niños —me advirtió.
Pero se me escapó la risa y se enfadó un poco. Terminamos lo poco que quedaba de película y, con un resoplido de indignación por no dar una solución clara de si era la asesina o no, se marchó a su habitación. Yo recogí lo poco que quedaba sobre la mesa y fui a mi cuarto, dando el día por concluido. Me desnudé y me metí en la cama, esperando por un James que llegó poco después y se tumbó a mi lado.
—Ha sido un día raro —le confesé mientras le rodeaba el cuerpo en un cálido abrazo.
Me sentía muy a gusto después de aquella tarde tan… ¿normal era la palabra que buscaba?, y le di un par de besos juguetones en la mejilla hasta buscar sus labios para deshacerme en un beso un poco largo y con un poco de lengua y un último mordisco a aquel labio que Dios había puesto allí para tentarme. Cuando aparté la cabeza me encontré con unos ojos azules que me miraban fijamente.
—Hazlo otra vez —me pidió en apenas un susurro.
Y lo hice, pasando una mano por su pecho firme abultado hacia aquellos abdominales que había visto aquella tarde esperándome bajo la chaqueta negra.
—Más —exigió esta vez cuando me detuve.
Sabía que yo era la persona que debería parar, porque James nunca lo haría. Yo era el aguafiestas y el malo que debía parar y decir: «Hasta aquí por hoy»; como si llevara una cartilla de racionamiento con el límite de besos y caricias que podía darle. Sin embargo, en aquel momento no encontré ni la fuerza ni las ganas de hacerlo.
Bajé la mano hasta su entrepierna y cogí aquella polla grande y dura que ya me estaba esperando. Pasé de sus labios hacia su cuello, moviendo la lengua sobre su piel mientras le oía jadear y gruñir con placer. Sus manos recorrieron mi cuerpo como había hecho aquella tarde, con una extraña mezcla entre necesidad y deseo. Fui descendiendo con la lengua hacia sus pectorales y sus pezones pequeños y redondeados. Mordí, lamí y volví a morder suavemente provocando un nuevo jadeo de sorpresa y excitación

en él. Después me sumergí en sus abdominales y ahí empecé a perder un poco la razón, cuando más me acercaba a su marcada uve. La lamí, la besé y la acaricié, todo un poco a la vez y por separado: prestándole toda la atención que se merecía a mi segunda parte favorita de su cuerpo.
Era la línea marcada que separaba sus abdominales del inicio de la entrepierna. Desaparecía bajo la cinta de su bóxer hacia su entrepierna, sabías donde terminaba, pero querías disfrutar del camino antes de llegar. La seguí desde su nacimiento en el costado hasta apartar un poco el bóxer, donde encontré un rastro de precorrida que no dudé en lamer con absoluto placer. James gruñía y se revolvía un poco, moviendo la cadera con insistencia, como si quisiera recordarme que tenía una polla dura y tirante contra la tela azul oscuro de su ropa interior.
—Vamos, cómemela, Leo —exigió en ese momento, perdiendo por completo la paciencia mientras trataba de empujarme la cabeza hacia ella.
—James —le detuve, apartando su mano, porque aquello no me gustaba—. Lo haré como yo quiera —le recordé.
Él se enfadó, pero no podía importarme menos. Aquel era mi momento de disfrutar de aquel cuerpo perfecto. Pasé la lengua por el pubis que empezaba a tener un poco de pelo que brotaba como una barba de un rubio oscuro. No me entretuve mucho allí, solo limpié los rastros de pre semen antes de centrarme en la mancha grande y húmeda que había en la punta de su polla cubierta por la tela elástica del bóxer. Gemí con placer y James insistió en mover la cadera, para tratar de metérmela en la boca, con ropa interior, aunque fuera.
—¡James! —le grité, ya enfadado—. ¿Quieres que pare?
Él me miró con sus ojos azules y brillantes en la penumbra. Se había apoyado en los codos y se había incorporado lo suficiente para poder ver con todo detalle lo que le estaba haciendo. Jadeaba por entre los labios, pero tenía la mandíbula tensa y el rostro un poco colorado.
—Más te vale que te lo tragues… —murmuró con una voz densa y peligrosa que yo conocía muy bien.
—Haré lo que yo quiera —le aseguré con el mismo tono bajo y peligroso mientras le bajaba el bóxer sin dejar de mirarle.
Se lo quité y lo tiré a un lado, levantándome un momento para quitarme el mío propio, porque yo también estaba bastante empalmado y si alguien de seguro se iba a correr aquella noche, era yo. Subí a la cama y me enfadé por lo pequeña que era y el poco sitio que tenía para estar cómodo entre sus pies. Tuve que moverle hacia el borde de la cama para que sacara los pies y poner de rodillas entre ellos, algo que pareció complacerle mucho. Pero ignoré el hecho de estar de rodillas frente a él y me centré en acariciar aquellas piernas musculosas y grandes. Acerqué el rostro al muslo caliente y le di un beso con un poco de saliva, creando un contraste entre su piel caliente y mis labios temblados. A James se le escapó un jadeo repentino y sus piernas se agitaron un poco; pero las agarré con firmeza y continué besando y lamiendo aquel muslo que hacía más de

quinientas sentadillas a la semana. Cuando llegué a la entrepierna me detuve y empecé por la otra pierna, todo ello bajo un gruñido de violenta frustración de James. La paciencia no era su fuerte: quería algo y lo quería ya.

Pero aquello no era para él, era para mí.

Cuando terminé de lamer todo lo que quería sus piernas, llegó el momento de prestarle toda mi atención a sus huevos, un avance que James celebró con una gran sonrisa, varios gemidos y un jadeo intermitente. Desde allí fui ascendiendo por el tronco de su polla hasta la punta inundada, pero jugué un poco con la lengua en la base de la cabeza. Sabía que en ese punto ya estaba siendo cruel con él, así que sonreí y le miré a unos ojos vidriosos que me miraban con una intensidad sorprendente. Había perdido el enfado y ahora solo se agitaba bajo la caricia de mi lengua. Tenía los labios entreabiertos y manchados de saliva, su pecho ascendía y descendía a un ritmo constante y sus puños se cerraban con fuerza sobre la manta.

Había llegado el momento de que los dos tuviéramos lo que queríamos; así que rodeé la cabeza húmeda de su polla con un compartido gruñido de placer. James sabía a limpio y su polla no era una excepción: su pre corrida era salada y viscosa, un poco más correoso de lo que me imaginaba y bastante abundante. Tuve que tragar una buena cantidad antes de continuar descendiendo por aquel tronco de carne. Lo que la hacía tan grande e imponente no era tanto su largo como el grosor que tenía. Me llenaba por entero la boca y me costó un poco avanzar hasta el final, teniendo que retroceder un par de veces debido a las arcadas. James fue muy generoso y me ayudó a alcanzar el fondo apretando su mano sobre mi cabeza, pero enseguida retrocedí. Cogí una gran bocanada de aire y agité la cabeza con una amplia sonrisa, la boca repleta de saliva y baba y los ojos llorosos.

—Guau… —jadeé antes de tragar saliva. No creía que sería capaz, pero lo había conseguido y me sentía bastante cachondo y poderoso ahora mismo—. Tienes una polla increíble… —tuve que reconocer.

Le masturbe y volvía a inclinarme sobre ella sin esperar a que dijera nada, porque no quería que dijera nada. Esta vez me dejé de experimentos y fui a por todas, centrándome en la cabeza y moviéndome como sabía que tenía que moverme. Me llevé una mano a mi propia polla para empezar a masturbarme y con la otra froté los abdominales y el pecho de James. Perdí un poco la respiración y sabía que no aguantaría mucho más.

—Mí… mírame —le oí decir en algún momento.

Le miré por el borde superior de los ojos, porque no podía hacer más sin apartar la boca de su polla, y eso no iba a suceder. James abrió la boca un momento antes de cerrarla y apretar los dientes con fuerza, sus puños se cerraron incluso más contra la manta y empezaron a temblar. Gemí porque yo estaba muy cerca y no iba a aguantar más y de pronto James soltó el aire de los pulmones, contrayendo con fuerza el abdomen.

Entonces sentí el primer disparo de corrida densa en la boca, seguido muy de cerca de otro y un tercero apenas dos segundos después. Me sorprendió porque me esperaba, al menos, un aviso o algo de su parte; pero me lo tragué y continué hasta que yo mismo llegué al orgasmo, uno violento e intenso como hacía mucho que no tenía. Entonces perdí las fuerzas y me quedé con su polla un momento en la boca, limpiando los últimos rastros de semen que todavía salían de ella.

Entonces se hizo la calma y el silencio, solo interrumpido por nuestros jadeos. Me aparté y me quedé en el suelo. Me dolían un poco las rodillas y estaba sudoroso del esfuerzo. Tragué saliva con un intenso sabor a semen y me pasé la mano por los labios completamente empapados. Hice el tembloroso esfuerzo de levantarme y me incliné sobre James, quien tenía los ojos entreabiertos mirando al techo. Le di un suave beso en los labios y me miró. Inclinó la cabeza para responderme con otro igual de suave y cariñoso que el mío.

—Voy a limpiarme —le dije en apenas un susurro, levantando mi mano manchada por si lo que había dicho no fuera lo suficiente explícito.

Bajé al baño de invitados, desnudo, con pasos lentos y un poco tambaleantes. Abrí el grifo de agua y el jabón para limpiarme las manos. Me miré al espejo y vi mis ojos todavía algo enrojecidos, mi barba empapada de saliva y mi pelo despeinado. Pensé en lo que acababa de hacer y dejé de mover las manos.

A mí me había gustado. Me había gustado mucho. Creía que hasta lo necesitaba; sí, necesitaba correrme con urgencia y necesitaba que fuera con James. El problema, como siempre, era que él no era un hombre normal y que yo estaba perdiendo un poco el concepto de lo que era sensato o no era sensato darle.

Chisqué la lengua, terminando de limpiarme las manos y cogiendo la toalla. No quería pensar en eso, no en ese momento. Me llevé la toalla conmigo y apagué la luz. Subiendo con paso más firme ahora que había recuperado el aliento y un ritmo cardiaco normal. Entre en la habitación, un poco más caliente que el resto de la casa, y me encontré con James en la misma postura donde le había dejado.

—¿Todo bien? —le pregunté, porque miraba el techo con una expresión seria que me preocupó un poco.

—No —negó, lo que me dejó helado de camino hacia la cama. Sentí una presión en el pecho y empecé a ponerme nervioso.

—¿N… no? —tartamudeé un poco.

James negó con la cabeza.

—Me siento raro —dijo.

—¿Raro? —me pasé una mano por el pelo y traté de que no me temblara de nuevo la voz al decir—: ¿Mal, quieres decir?

—No, no mal. Solo raro. —Y tras un par de segundos que se hicieron eternos añadió—: Tú me haces sentir raro.

Eso no me tranquilizó, pero no era lo peor que podría haber dicho, así que

continué hacia la cama y me senté a su lado para limpiarle un poco con la toalla. Los rastros de saliva que podrían haberle quedado allí donde le había besado y lamido, que prácticamente fue en todas partes; pero más en la entrepierna porque era donde había más… de todo. Noté su mirada y le respondí con calma.

—¿Entonces no te ha gustado? —le pregunté.

—Me enfadé mucho y quería pegarte, pero no quería que pararas porque me estaba gustando demasiado; era como si quisieras comerme entero.

Una pequeña sonrisa se me escapó de los labios.

—Esa era la idea —reconocí.

Me levanté cuando terminé de limpiarle y miré los pies de la cama entre sus piernas, machados con mi propia corrida. Solté un bufido y apreté los labios.

—Qué desastre —dije en voz baja—. ¿Las sábanas de un millón de hilos estas se lavan a mano o qué?

—Hay más en el armario, Leo.

Entonces recordé que James era millonario, algo de lo que a veces parecía olvidarme por completo. Dejé la toalla a un lado del suelo y me tumbé a su lado con un suspiro de placer. James me rodeó con el brazo y me acercó a él sin dejar de mirarme.

—¿A ti te ha gustado? —me preguntó— Comerme entero.

—Mucho —respondí sin dudarlo.

Él asintió lentamente un par de veces.

—¿Ahora mi polla es tu parte favorita de mí?

Me reí, aunque no estaba seguro de que hubiera sido una broma.

—No, James —respondí.

—Pues la chupabas como si lo fuera.

Me sonrojé un poco y aparté un momento la mirada sin dejar de sonreír.

—Sí, James… me ha gustado bastante —reconocí, porque no tenía sentido mentir con algo tan evidente—. Ha subido un par de puestos en la lista.

Eso le interesó y me apretó un poco más contra él.

—¿Y qué está de primero? —quiso saber.

—¿De tu cuerpo? Tu labio inferior —respondí—, de segundo tu uve y de tercero… tu pecho… sí —dudé un momento, pero acaricié aquellos pectorales torneados y firmes y asentí, muy seguro con mi decisión—. Tu pecho.

—¿Mi labio? —preguntó con el ceño levemente fruncido.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es… —cogí una bocanada de aire y miré aquel labio grueso y rosado sobre su perilla—, perfecto… No sé. Me pone muchísimo.

James quiso echarme un poco más sobre él y noté una nueva erección que me sorprendió bastante. Acababa de correrse hacia apenas diez minutos, ¿cómo podía volver a excitarse tan rápido?

—Vuelve a comerme entero —me pidió.

Parpadeé y tuve que negarme.
—Ya es tarde, James —le acaricié la cara y le di un suave beso en los labios—. Mañana quizá.
Tardó un poco, pero terminó aceptándolo con un ligero cabeceo.
—Mañana —repitió.

La alarma del despertador me sorprendió y murmuré algo en voz baja, intentando que James se moviera un poco para dejarme escapar de su abrazo. Conseguí liberarme y apagué la alarma de un golpe seco y enfadado. James se movió debajo de mí y se frotó el rostro antes de buscar mi mirada. Le di su beso de buenos días y se levantó, todavía desnudo, para marcharse a la ducha. Yo hice los mismo y me preparé un buen café mientras bostezaba. Seguía lloviendo y hacía frío, era ese momento del año en el que empezaba a costar bastante levantarse de la cama.

—Bueno días, señor Black —le saludé—. ¿Gabardina? —pregunté con cierta sorpresa al verle aparecer con una bonita gabardina azul marino sobre su traje gris.

—Sí —respondió con tono calmado—. Vámonos.

Cogí el móvil de encima de la mesa y le seguí hacia el ascensor.

—¿No tienes cazadora? Vas a pasar frío, Leonard —me preguntó en el ascensor tras colocar su mano sobre el jersey negro que llevaba encima de la camisa blanca. Era más fino que su jersey gris, pero al menos se me ajustaba mejor y me daba una imagen más formal y profesional.

—Todavía es pronto para la cazadora —respondí mientras leía el horario del día.

Subimos al coche y nos sentamos cada uno en su lado. Era lunes y ese domingo tan extraño de pajas en el coche y mamadas nocturnas había terminado.

—Dos reuniones por la mañana: una con la señora Timber para ponerle al corriente de las ventas y otra con el señor Lee, para que le cuente la gran idea tan urgente que ha tenido. Después tiene diez minutos antes de la comida, una llamada con el señor Smith, del puerto, y una reunión larga con el equipo de ventas antes de su clase de yoga —le expliqué de corrido.

El señor Black asintió mientras miraba distraído por la ventanilla repleta de gotas de lluvia e hilos de agua que se escurrían hacia el lado derecho debido al movimiento del coche. Continué repasando los mensajes que ya había recibido a esas alturas y usando casi la misma respuesta estándar para todos. Al llegar al gimnasio ya casi había conseguido sacármelos de encima, pero al terminar de entrenar y volver al coche había otros veinte más, junto con varios correos.

—Hay un correo sobre animales peligrosos en el caribe, señor Black —le informé, porque ahora le leía todos los mensajes raros que me llegaban en caso de que fueran alguna invitación para más orgías o mazmorras del sadomaso o alguna cosa de las suyas—. Es solo una lista con nombres.

—Son los asistentes a la orgía —me explicó—. Para que todos sepan quién va a ir.

—Qué detalle —murmuré sin mucha emoción, archivando el correo en «OyF».

—Busca al tigre blanco —ordenó.

Alcé las cejas con muchas preguntas al respecto, pero miré la lista de nuevo y lo encontré.
—Sí, está aquí —afirmé.
El señor Black puso una mueca de desprecio y se volvió hacia la ventana de nuevo.
—¿Quiere que le busque a usted? —le pregunté.
—Lobo gris —murmuró en voz baja.
Una fina sonrisa se extendió por mis labios, pero bajé la cabeza para ocultarla.
—Sí, está aquí —confirmé.
Miré algunos de los nombres que allí había, todos animales poderosos e importantes seguidos de un solo color.
—Yo me pondría un nombre más acorde con la situación —le dije entonces en voz alta—: como «mandril de culo rojo» o algo así —y me reí.
El señor Black me dedicó una mirada breve y seria, pero al volverse de nuevo, las comisuras de sus labios se elevaron suavemente.
—¿Café? —le pregunté, cerrando el correo y mandando un mensaje a recepción con el pedido sin esperar la respuesta del señor Black.
Cuando llegamos a la oficina ya estaban los cafés, algo que me sorprendió un poco. Quizá la noticia de que Recursos Humanos quería hacer cambios en la recepción se había extendido y ahora las recepcionistas nos sonreían con más fuerza y se acordaban de traer las cosas a tiempo.
El señor Black dejó su gabardina en el despacho y salimos directamente a la primera reunión con la señora Timber, quien, con su optimismo de siempre, informó de que ya habían recuperado la inversión, pero que pudiera que las ganancias no fueran tan altas como habían pronosticado.
El señor Black la escuchó en silencio presidiendo la mesa, como hacia siempre. Al terminar se fue sin decir nada y yo le seguí de cerca dando las gracias por él. Fuimos directamente a la otra sala de reuniones al final del pasillo, donde el señor Lee ya nos estaba esperando con su equipo.
—Su número de seguidores en las redes sociales ha aumentado desde la gala benéfica —dijo el hombre, mostrando una diapositiva con una línea ascendente que mostraba los datos—. La gente quiere saber más de usted, y creemos que sería bueno dárselo. Así que hemos pensado en incluir fotos un poco más relajadas que las habituales en la empresa. Algo más personal, quizá en un ambiente más íntimo…
—No —negó enseguida el señor Black.
—Sería una gran oportunidad para atraer a público joven y mejorar la imagen de la empresa, señor Black. Fomentar esa idea del soltero de oro de la ciudad con imágenes que le muestren como la gente quiere verle: triunfador, joven, humilde, un poco bromista… Podría sacarse algunas selfies en momentos de…
—No.
El señor Lee tensó la mandíbula, porque no le gustaba que alguien le respondiera así, pero era su jefe y tenía que joderse. No mentiría si dijera

que estaba disfrutando mucho de aquello.
—Entonces alguien de mi equipo podría sacarle algunas fotos en…
—No.
—Entonces quizá el señor O'Brien podría hacerlo… —me miró y yo perdí un poco la sonrisa—. Nos las mandará al departamento y nosotros las cribaremos antes de colgarlas en las redes.
Iba a decir algo al respecto, como que yo no iba a hacer su trabajo y que yo tenía mis propios asuntos que atender, pero el señor Black se me adelantó.
—¿Tendría algún impacto en las ventas? —preguntó.
—Por supuesto. Una buena imagen pública y empresarial siempre es beneficiosa, de eso se trata mi departamento, señor Black. Podemos usar *hastags* de moda y causar mayor impacto.
—Mándale la información a mi ayudante y veré lo que pudo hacer —concluyó.
Miré al señor Black, sin creerme sus palabras, pero él me ignoró por completo. Al terminar la reunión fuimos de vuelta a su despacho y cerré la puerta tras de mí.
—¿En serio, señor Black? —le pregunté con un tono controlado pero firme—. Ya tengo muchas cosas de las que ocuparme como para ponerme a sacarle fotos; algo que ambos sabemos que va a salir mal.
Él se deshizo un poco la corbata y se quitó la chaqueta del traje antes de sentarse en su sillón negro y mirarme fijamente a los ojos.
—Harás lo que te diga, Leonard, porque te pago para que lo hagas —me recordó con tono serio.
Me mordí la lengua y mantuve su mirada durante un instante antes de darme la vuelta.
—Estaré afuera si me necesita —cerré la puerta tras de mí y fui a mi escritorio a un lado.
Recogí los papeles con enfado y me dejé caer sobre la silla. Encendí la pantalla del ordenador y repasé los correos, abriendo el nuevo informe del departamento de Relaciones Públicas, que no había perdido tiempo. Solté un bufido de asco y cerré el correo antes de que me enfadara más. A los diez minutos llegó la comida y una sonriente recepcionista me la entregó.
—Ya he pedido los cafés, señor O'Brien —me dijo.
—Gracias —respondí con una sonrisa algo forzada.
Cogí la bolsa y entré en el despacho del señor Black, encontrándole sentado mientras firmaba algunas hojas. Repartí los envases y quise llevarme los míos de vuelta al escritorio, pero antes de que saliera por la puerta el señor Black dijo en voz baja:
—No hagas que me enfade, Leonard.
Le miré, pero él ni siquiera había levantado la cabeza. Con un movimiento de la mano apuntó al sofá donde siempre comía. Me resigné a aceptar aquello porque enfadar al señor Black solo iba a ser peor para mí y no iba a resolver nada. Abrí el envase con pasta, huevo revuelto y olivas y comencé a comer mientras miraba el móvil.

En algún momento levanté la cabeza y me encontré con el señor Black sorbiendo la pasta con la mirada perdida al frente. Cogí el móvil y le saqué una foto. Él se dio cuenta y me miró con expresión seria.
—Ya tengo la primera foto —le dije—, «#*nohagasquemeenfade*».
Enrollé más pasta en mi tenedor de plástico y me la llevé a la boca.
—No creo que la gente quiera verme comiendo, Leonard —respondió con tono calmado.
—No, seguro que prefieren verle en la Habitación frente a su colección de varas y fustas —murmuré en voz baja, abriendo la botella para beber un trago.
—«#*TuAmo*»
Solté el aire y me manché de agua, tosí y dejé la botella a un lado. Me tomé un momento para recuperarme y miré al señor Black.
—Joder… —me reí en silencio—. No me haga reír mientras bebo, señor Black —le pedí. Volví a toser un poco y negué con la cabeza—. Ha sido muy gracioso —reconocí a mí pesar, levantándome para ir a por algo con lo que limpiar la mesa.
Busqué las servilletas en la bolsa y el señor Black continuó comiendo mientras me miraba, quizá para asegurarse de que no le sacara otra foto desprevenido. Cuando terminamos recogí los envases y le recordé la llamada que tenía. Volví a mi escritorio porque no me iba a necesitar allí dentro y continué adelantando trabajo. El móvil vibró en la mesa y miré el número, aparecía como desconocido y eso me hizo fruncir el ceño.
—¿Sí? —respondí.
Nadie dijo nada y pensé en colgar, pero entonces una voz de suave acento alemán dijo:
—¿Sigue siendo este el número personal de James Black?
—Sí, así es. ¿En qué puedo ayudarle?
—¿Y quién eres tú entonces?
—Soy su asistente personal, Leonard O'Brien —le dije tras un breve silencio, porque no me gustaba que hubieran llamado para hacer preguntas directas y maleducadas—. ¿Y quién es usted?
—Liam Müller —respondió tras otro breve silencio, un poco más largo que el mío.
—Encantado, señor Müller, ¿llamaba para pedir una reunión con el señor Black?
—¿Eres irlandés, Leonard?
Alcé las cejas y dudé en qué responder, ni de qué forma hacerlo. Dejando a un lado lo fino que tenía el señor Müller el oído para haber percibido mi acento tan deprisa, su llamada me estaba resultando bastante incómoda. Aquel era el número personal del señor Black, no el re direccionado de la oficina; así que ese hombre debía ser alguien lo suficiente importante para tenerlo. Quizá uno de los amigos depravados del señor Black; así que opté por ser educado.
—Sí, señor Müller. Soy irlandés.

—¿Y qué hace un irlandés tan lejos de casa trabajando para James? —y tras un silencio añadió—: O es que ahora tiene nuevos… ¿cómo lo decís en las islas…? ¿Gustos?
Sí, sin duda era uno de los amigos depravados del señor Black.
—Si me ha contratado a mí, es que sigue teniendo un gusto exquisito, señor Müller —respondí con un tono calmado, pero no amigable—. ¿Quiere que le deje un mensaje al señor Black?
—Quería hablar sobre el caribe, dicen que va a nevar, ¿tú que crees, Leonard?
—Creo que va a haber muchos animales salvajes sueltos por allí, así que tenga cuidado, señor Müller.
—Oh, pero soy el más peligroso de ellos, Leonard. —murmuró con un tono que dejaba claro que, fuera quien fuera el señor Müller, era lo suficiente importante para asistir a la orgía—. Quizá nos veamos en la isla y puedas comprobarlo por ti mismo…
Solté un bufido condescendiente y negué con la cabeza.
—Le diré al señor Black que ha llamado.
Liam Müller no respondió, pero tampoco colgó. Así que la llamada se alargó sin que ninguno de los dos dijera nada. Yo ya estaba demasiado acostumbrado a esos silencios intimidantes para que me importara lo más mínimo; así que apoyé el móvil en el hombro y seguí escribiendo el correo que había dejado a medias. Tras un minuto de reloj, al fin colgó. Dejé el móvil a un lado y moví el cuello un poco dolorido por la posición forzada.
El señor Black me llamó a su despacho veinte minutos después.
—Ponme con el departamento de distribución y manda esto a Recursos Humanos —alzó la mano con los numerosos papeles que había estado firmando.
Asentí y fui a por ellos.
—Ha llamado Liam Müller a su número personal.
El señor Black me dedicó una mirada seria y apartó las hojas para que le prestara toda mi atención a él.
—¿Qué le has dicho?
—Al parecer quería hablar con usted del caribe, ¿quiere llamarle de vuelta?
—¿Le has dicho algo?
—¿Sobre qué? —tuve que preguntar, porque no sabía a qué se refería.
—Sobre ti o sobre mí —respondió, un poco más enfadado que antes.
—Me preguntó quién era yo y si era irlandés —le expliqué—. Le respondí que era su ayudante personal y que sí era irlandés. Sugirió que estaba muy lejos de Irlanda y me preguntó si usted había cambiado sus gustos. Después ha hablado del caribe y se describió a sí mismo como el animal más peligroso.
El señor Black me escuchó con atención y, cuando terminé, se recostó sobre su sillón negro con una expresión seria en el rostro.
—Liam es el Tigre Blanco —me dijo—. Es un millonario suizo. Su padre es

el dueño del banco Müller y él dirige numerosas cuentas privadas —giró el sillón hacia los ventanales y miró la ciudad bajo la fuerte lluvia—. Si me ha llamado es porque tiene algo especial preparado y está deseando pasármelo por la cara. Se cree muy importante y tiene la necesidad constante de demostrarlo.

—¿Qué quiere que le diga si vuelve a llamar? —pregunté.

—No volverá a llamar —respondió con seguridad—. Esperará a que le llame yo.

—Muy bien —asentí, cogiendo los papeles firmados de la mesa y alejándome hacia la puerta—. Le pongo ahora mismo con el departamento de distribución. Tiene todavía diez minutos hasta la siguiente reunión.

La llamada de Liam Müller afectó al señor Black mucho más de lo que cabría esperar. No dijo nada, pero su humor se volvió más serio y silencioso. Durante la larga reunión con el equipo de ventas estuvo inclinado con los codos sobre la mesa y los dedos cruzados sobre los labios; señal inequívoca de que algo le rondaba la cabeza.

—Llama a Peter Jacobs y concierta una cita para comer —me ordenó en el coche de camino a yoga tras medio camino en silencio.

Asentí, mirando la hora antes de coger el móvil para buscar el número del señor Jacobs.

—Buenas noches, soy Leonard, el ayudante del señor Black —me presenté a la voz femenina que respondió—. Querría concertar una cita para comer.

—¿Usted con él? —me preguntó.

Cerré los ojos y los apreté un poco, entonces recordé que aquel era un hombre que contrataba a secretarias para que le hicieran mamadas bajo la mesa del despacho y me armé de paciencia.

—No, el señor Black y el señor Jacobs —le aclaré.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Muy bien, se lo diré al señor Jacobs.

—Muchas gracias —dije antes de colgar—. Ni se imagina la suerte que tiene conmigo, señor Black —murmuré en voz baja, dejando el móvil de nuevo sobre el asiento.

Él me dedicó una mirada breve por el borde de los ojos, pero no dijo nada. Llegamos a la clase de yoga y la monitora insistió en que estirara las piernas de una forma que, juro por Dios, era contra natura. Al volver al coche me dejé caer sobre el asiento, un poco dolorido y un poco cansado. El señor Black se sentó en su postura de rey del mundo y continuó con la mirada perdida por la ventana.

—¿Está bien, señor Black? —le pregunté al fin, incorporándome en el asiento.

Él me miró y se quedó un breve momento en silencio antes de responder:

—No, Leonard. No estoy bien.

—¿Tanto le ha molestado que el señor Müller le haya llamado?

—A veces parece que te olvidas de quién soy yo, y quién eres tú —dijo en

voz más grave de lo habitual, intensificando su mirada para dejar claro que mi pregunta no le había gustado—. Quizá deberías recordarlo más a menudo y cerrar la puta boca.
Asentí, nada intimidado con todo aquello. Ya habían pasado demasiadas cosas entre nosotros para que ese rollo de «Yo soy el jefe» funcionara. De todas formas, dejé pasar el tema porque no tenía sentido insistir en algo que el señor Black no quería contarme, solo se enfadaría conmigo y terminaría abofeteándome o alguna de sus mierdas. Así que fingí que no me daba cuenta de la mirada seria y fija que me dedicó desde ese momento hasta que alcanzamos el garaje. Puso su mano en mi espalda en el ascensor, lo que siempre era una buena señal, y él desapareció por las escaleras mientras repartía la cena y la ponía en platos, como a él parecía gustarle. Entonces esperé sentado a la mesa a que volviera sin su gabardina y con la camiseta remangada y un poco desabotonada.
Me quedé un momento mirando aquella pequeña abertura, tan solo un poco más allá del final de su cuello, pero sin llegar a mostrar la fina línea que separaba sus pectorales. Cuando miré de nuevo a su rostro me encontré con sus ojos fijos y supe que me había pillado; así que bajé la cabeza y cogí mi tenedor para empezar a comer y fingir que eso no había pasado.
El señor Black se sentó frente a mí y se desabrochó otro botón de la camisa, el muy cabrón, antes de empezar a cenar sin dejar de mirarme. Sabía que me encantaba su pecho, yo mismo se lo había dicho la noche anterior; y ahora había venido a cenar con el cuello abierto, tratando de provocarme.
—¿Quiere que le saque una foto? —le pregunté sin apartar la mirada de mi plato mientras me metía un trozo de patata asada en la boca.
—¿Es para enviarla a Relaciones Públicas o para ti, Leonard?
Se me escapó una sonrisa y al fin miré sus ojos del azul del océano mientras terminaba de masticar.
—Es para hacer feliz a mucha gente, señor Black —respondí.
—¿#SolteroDeOro?
—#HazmeUnHijo —le corregí antes de reírme.
El señor Black elevó un poco las comisuras de sus labios y se metió un trozo de pollo en la boca sin dejar de mirarme fijamente.
—¿Ya está de mejor humor, señor Black? —pregunté, porque la dirección que estaba tomando la conversación era peligrosa.
Él perdió la pequeña sonrisa y me arrepentí de haberle preguntado aquello.
—No, no lo estoy.
Asentí y bajé la mirada al plato.
—Liam va a llevar algo especial a la orgía y yo no —me contó entonces.
Le miré, esperando a que añadiera un poco más de información, pero no lo hizo.
—¿Algo especial? —tuve que preguntar.

—Le gusta llamar la atención trayendo a gente especial, cosas raras para que todos piensen que es poderoso y que lo puede conseguir todo —explicó, con un tono que empezaba a sonar enfadado.
—¿Y por qué le molesta eso?
—¡Porque no es mejor que yo, Leonard! —terminó gritando mientras golpeaba la mesa.
Esperé los segundos de rigor a que se relajara y entonces dije:
—Claro que no es mejor que usted, señor Black. Que traiga a gente… especial a la orgía no va a cambiar eso.
—Los demás creerán que él es mejor.
—Ah —asentí, comprendiendo de qué iba todo aquello—. Así que se trata de ver quién es el guay de la orgía.
—Sigue así y te daré un par de cachetes que recordarás el resto de tu vida, Leonard…
—Si le ha llamado es porque le considera a usted una amenaza —continué, sin inmutarme ni por el tono grave de su voz ni por su mirada peligrosa—. Estoy seguro de que allí tiene a mucha gente dispuesta a… a todo para que se la folle, señor Black. Usted no necesita llevar a nadie especial para llamar la atención.
Mis palabras fueron entrando en él como una especie de narcótico que le relajó los músculos y le calmó.
—¿Eso crees?
—Estoy seguro —afirmé, abriendo la botella de agua para beber los últimos dos tragos que quedaban.
El señor Black dejó el tenedor a un lado y apoyó los codos sobre la mesa para cruzar los dedos frente a los labios.
—Sí… —reconoció en voz baja sin dejar de mirarme—. Soy el favorito de muchos.
—#CeroSorpresas.
Creí que el señor Black volvía a sonreír, pero sus manos tapaban sus labios y no estaba del todo seguro.
—Él no gusta tanto —continuó—, y tiene la polla pequeña.
—Aha… —murmuré, empezando a recogerlo todo, poco interesado con lo que el señor Black tuviera que decir sobre eso.
—Siempre va por ahí con sus sumisos que parecen sacados de las S.S. Nazis.
Se me saltó la risa al oír aquello. Tiré los envases en la basura y abrí el grifo del fregadero para esperar a que se pusiera templada antes de empezar a lavar los platos y los cubiertos.
—¿Es un amo como usted?
—No, no como yo. A él le va más el bondage y el control absoluto.
—¿El control absoluto?
—Le dice a sus sumisos todo lo que deben hacer, cuando hacerlo y cómo hacerlo: elige su ropa, su comida, el ejercicio que practican, e incluso les obliga a leer mierdas que a él le gustan.

—Suena divertido —bromeé, probando otra vez el agua antes de decidir que estaba lo suficiente caliente.
Oí un leve bufido a mi espalda y supe que le había hecho gracia. El taburete crujió cuando el señor Black se levantó y se despidió diciendo:
—Hemos terminado por hoy.
—Buenas noches, señor Black.
Terminé de limpiar y fui al baño para quitarme las lentillas antes de subir a mi habitación. Todavía no me había habituado a ver la nueva estantería, con tan solo la servilleta firmada por Hanna Owl encima. Pensé que tendría que buscarle un marco. Vi la toalla todavía en el suelo, no muy lejos del bóxer azul de James. Me sentí un poco extraño al verlo allí, una mezcla entre placer y culpabilidad que me pesó en el pecho. Cogí ambos y los doblé para dejarlos en una de las estanterías antes de echarme en la cama. James llegó poco después, abrió la manta y se tumbó a mi lado; sin decir nada se puso sobre mí y empezó a acariciarme el cuerpo y a buscar mis labios. Hizo hueco entre mis piernas con las suyas y las separó hasta poder rozar su erección contra mi culo y gruñir con placer.
—Cómeme, Leo, o yo te comeré a ti —susurró cerca de mis labios.
Miré sus ojos azules, más oscuros en la penumbra de mi habitación, y, por un momento, pensé en negarme. Debía hacerlo ahora que aún podía, cuando todavía no era tarde para arrepentirse y marcar una línea entre nosotros. Sí, eso hubiera sido lo más razonable y sensato. Pero le besé, y cuando mordí ese labio grueso y carnoso supe que no había vuelta atrás para mí.
Le comí entero por segunda vez, y, por extraño que pareciera, fue incluso mejor que la primera. James había aprendido a no forzarlo y se dejó llevar un poco más fácil, sumergido en un estado entre la frustración, el enfado y el placer. Soltó un gemido más alto y se corrió con fuerza en mi boca. Yo lo hice poco después, respirando con fuerza y con increíble placer. Volvimos a quedarnos en silencio solo interrumpido por nuestros jadeos. Tras un rato volví a tragar saliva y cerré los ojos al sentir todavía rastros de semen en la garganta. Era increíble lo mucho que James eyaculaba, me estaba costando un poco acostumbrarme a tanto; pero al menos no sabía amarga ni era demasiado densa. La dieta de los campeones parecía funcionar bastante bien para más cosas que recuperar la energía.
Me levanté del suelo sintiendo las rodillas doloridas y me tiré encima de James para darle un beso en sus labios entreabiertos.
—¿Raro? —le pregunté, hundiendo la cabeza en su cuello mientras mi cuerpo se elevaba un poco con cada una de sus respiraciones.
—Mucho —respondió poniendo una mano en mi espalda para acariciarla suavemente. Tragó saliva y añadió—: ¿Tú cómo te sientes?
Esa respuesta era difícil de responder. Me sentía bien, a gusto, satisfecho y feliz, pero también me sentía un poco culpable y preocupado por lo que estaba haciendo.
—Raro —respondí.

Ladeó el rostro hacia mí, frotando su mejilla contra mi oreja.
—¿Eso es malo?
—No, solo es diferente.
Volvió a girar el rostro para mirar el techo y tras unos segundos en silencio asintió.
—Sí, es muy diferente.
Me quedé allí un poco más, disfrutando de su caricia y su cuerpo antes de levantarme para limpiarme la mano en la toalla y limpiar a James. Después nos volvimos a meter bajo la manta y apoyé la cabeza en su brazo mientras le rodeaba el pecho.
—No quiero que los de la orgía se rían de mí, Leo —murmuró en voz baja.
—¿Por qué iban a hacerlo?
—Van a pensar que Liam es mejor y se van a reír de mí.
Puse la mano en su pecho y empecé a acariciarle suavemente.
—Eso no va a pasar, James —le aseguré—. Liam es un hombre triste y solo que necesita la aprobación de un puñado de depravados y drogadictos.
—Son personas muy importantes y poderosas, Leo.
Solté un bufido de condescendencia y puse una expresión de desprecio que él no pudo ver.
—No son nadie para mí —le aseguré.
Compartimos un largo silencio, pero sabía que James no se había quedado dormido todavía, sino que seguía dándole vueltas a ese tema una y otra vez.
—James —le llamé, incorporándome un poco para poder mirarle a los ojos—. No se van a reír de ti. No pueden hacerlo.
—Eso no lo sabes. Tú no los conoces, Leo.
—Pero te conozco a ti, y sé que eres mucho mejor que cualquiera de ellos —me incliné para darle un suave y húmedo beso en los labios—. No se reirán —repetí.
—¿Y si lo hacen?
Solté un suspiro de cansancio y me eché a un lado.
—Si lo hacen quemaré sus putas casas —le dije.
El pecho de James empezó a vibrar un poco con una carcajada contenida.
—¿Serías capaz?
—Soy irlandés —le recordé.
James sonrió, pero esta vez de verdad, y fue una de las cosas más bonitas que recordaba haber visto en mi vida. Se giró hacia mí y me abrazó, hundiéndome entre sus brazos para darme un beso con lengua, profundo y torpe. Noté que estaba otra vez empalmado, pero no trató de convencerme para que volviera a comerle. Cerró los ojos y, poco a poco, se quedó dormido.
Le acaricié la mejilla y una lágrima se deslizó por mi rostro hacia la almohada. James y yo… todo iba a acabar mal. Lo sabía, sabía que era un error. Tenía que serlo…
El despertador se desató sobre la habitación como una tormenta ruidosa y

estridente. Entreabrí los ojos y, como cada mañana, hice el esfuerzo de escurrirme entre los brazos de James, o de debajo de él, para poder apagarlo.
—James, ya es hora —le dije en voz baja.
Él se movió lo suficiente para ponerse boca arriba y me miró. Le di su beso de buenos días y con una pequeña queja entre los labios se fue de la habitación, completamente desnudo y dejando su bóxer gris tirado en el suelo. Yo me levanté poco después, igual de desnudo, antes de coger la ropa apilada en una esquina. Me tomé un momento para recoger la ropa interior y doblarla junto a la de la noche anterior.
Seguía lloviendo a mares y el viento golpeaba la lluvia contra los enormes cristales del salón. Me hice un café caliente y miré el paisaje de edificios grises entre la lluvia hasta que el señor Black llegó a la cocina con su bolsa de deporte y su gabardina.
—Buenos días, señor Black —le saludé, dejando la taza a un lado para bajar del taburete.
Seguía serio, pero ya no tanto como el día anterior. Después del gimnasio le pedí un café especial y se lo puse en su mesa del despacho con una media sonrisa en los labios. Él lo cogió y me dedicó una breve mirada mientras lo bebía.
La mañana fue un poco movida debido a una nueva visita de los inversores para darles la buena noticia de que el producto iba bien y que habría beneficios.
Cuando les dieron la buena noticia, los inversores se tomaron el resto de la reunión de forma más relajada, queriendo terminarla en algún bar del centro. Yo me encargué de dar las disculpas necesarias, como si fuera mi culpa y no la del señor Black que no pudiera ir.
—El pequeño sargento —bromeó uno de los de ventas, al que le dirigí una mirada cortante y una sonrisa fría que le hizo bacilar y cambiar rápidamente de tema.
Cuando al fin se fueron regresamos al despacho a por la gabardina y salimos hacia la comida con el señor Jacobs. Había elegido un local un poco oscuro y de ambiente cuestionable con un hombre de seguridad en la puerta que nos miró de arriba abajo antes de dejarnos pasar.
—No te alejes de mí —me advirtió el señor Black al oído, lo que me hizo temer lo peor.
Resultó que mis instintos habían acertado de lleno y aquello se trataba de algún tipo de restaurante especial con camareras demasiado escotadas y con faldas demasiado cortas. Las mesas estaban separadas por mamparas de cristal con dibujos y la luz era suave y un poco apagada. Una de aquellas mujeres nos llevó hasta la mesa del señor Jacobs, quien tenía a una mujer a su lado con las tetas fuera.
—James —saludó al señor Black, levantando una mano como si no le hubiéramos visto.
Solo había un único asiento semicircular de cuero rojo y yo me senté pri-

mero, quedando a medio camino entre el señor Jacobs y el señor Black.
—¿Quieres que pida una para ti? —le ofreció, señalando a la mujer con el pulgar.
—No hará falta —negó el señor Black.
El señor Jacob se encogió de hombros y se frotó la nariz con el reverso de la mano. Estaba evidentemente colocado. Otra camarera igual de exuberante que todas las demás se acercó con las cartas de comida y se aseguró de inclinarse mucho para que se le vieran las tetas. El señor Black cogió una carta y la abrió.
—¿Sabes algo del Tigre Blanco? —le preguntó mientras fingía que leía.
El señor Jacobs hizo un gesto a la mujer con las tetas fuera para que dejara la mesa y dejarnos intimidad. Había un plato en la carta que se llamaba «Carne de Buey con Paja», y no supe si se refería a un nombre culinario o que realmente el filete de buey venía con una paja incluida.
—Ah… —murmuró el señor Jacobs—. ¿Por eso has venido? —sonrió—. Sí, he oído algo. Al parecer ha encontrado a una pareja muy cristiana.
—No es la primera vez que llevan parejas así —dijo el señor Black, poco impresionado.
—No, no, no —el señor Jacobs levantó ambas manos y las agitó en el aire—. Estos se van a casar y llevan anillos de castidad y esa mierda. —se paró un momento y sonrió—. Los va a poner uno frente al otro y te los puedes follar, en plan, a lo bestia. Para cuando se casen van a seguir cagando y vomitando corrida y ni siquiera se han tocado el uno al otro.
Aproveché el menú para tapar mi increíble expresión de desprecio y asco mientras el señor Jacobs se reía a carcajadas. El señor Black soltó un breve murmullo y asintió con la cabeza.
—¿Tú qué vas a llevar? —le preguntó el señor Jacobs entonces—. Todos conocen vuestra pequeña competencia… ¿tienes algo en mente? Cuéntamelo… vamos. Sé que tramas algo, James.
El señor Black se mantuvo en silencio, aunque yo sabía que no era una pausa dramática, sino que no tenía una respuesta para eso.
—¡Ah! —gritó el señor Jacobs, dando un fuerte golpe con el puño en la mesa—. ¿Es el ayudante? —preguntó, clavando su asquerosa mirada en mí—. Sabía que había algo raro… —se rio antes de señalarme—. A ti te van los cerdos y fáciles, tú no eres de chicos guapos con cara de buenos… no… Pero el Tigre Blanco sí… —y volvió a reírse de forma escandalosa.
No sabía lo que estaba pasando allí, solo sabía que quería irme y no volver a aquel lugar. Aun así, mantuve la compostura y seguí leyendo la carta. La camarera volvió y nos pidió la comanda. El señor Jacobs pidió el buey con paja y el señor Black también.
—Yo quiero la ensalada cesar, pero sin cebolla y sin mamada —le pedí, entregándole la carta de vuelta.
—¿Algo para beber mientras esperan?
—Yo un Bloody Mary —pidió el señor Jacobs.
—Un Tom Collins —pidió el señor Black.

—Whisky —dije yo después.
La mujer asintió, pero antes de que se fuera el señor Black la detuvo.
—Que el whisky sea irlandés —le ordenó.
—Entonces, ¿qué piensas hacer? —insistió el señor Jacobs, recostándose sobre el respaldo de cuero rojo—. ¿Vas a ponérselo en la cara y después te lo vas a follar delante de él? Sabes que eso le jodería una puta barbaridad.
—Quizá —respondió él.
No miré al señor Black por no dejarle mal delante del depravado de su amigo, pero ambos sabíamos que eso no iba a pasar.
—Vístele como le gusta… ya sabes —movió la mano en el aire intentando que la palabra surgiera de su mente nublada y sobrexcitada—. Como si acabara de salir de un colegio católico. ¡Oh! Y que aprenda dos frases en alemán y en francés, como si supiera lo que dice. Ya sabes lo cachondo que le pone que esa gilipollez.
—Leonard sabe hablar alemán y francés.
El señor Jacobs me miró otra vez y yo le devolví la mirada esforzándome por mantener una expresión indiferente.
—Joder, James… te has esforzado mucho por cabrearle esta vez —dijo con voz lenta y baja antes de estallar en otra carcajada—. ¡Avísame cuando lo hagas, quiero ver su cara!
—Lo haré —le prometió, y fue entonces cuando le dirigí una breve mirada, porque no me gustaba como había sonado eso.

El resto de la comida fue tan horrible como cabía imaginar, pero la ensalada estaba buena. Después de un monólogo bastante largo del señor Jacobs, que no era capaz de masticar con la boca cerrada ni de parpadear cada cinco palabras, al fin terminaron su plato de buey y la camarera les dijo que ahora llegarían las mujeres con el café y su paja. Por suerte, el señor Black se levantó entonces, limpiándose la boca con la servilleta antes de tirarla sobre la mesa y atarse el botón de la americana.

—Nos vamos —fue todo lo que dijo.

El señor Jacobs insistió, un poco indignado y un poco decepcionado, porque no se quedase con él a tomar el café y a la paja; pero el señor Black no respondió, así que comprendí que era mi turno de hacerlo.

—El señor Black tiene una agenda apretada hoy, siento que no se pueda quedar a disfrutar de… de todo el menú.

Sin más, nos fuimos y recogimos la gabardina del señor Black del ropero antes de salir a una calle fresca y lluviosa. Abrí el paraguas y nos quedamos esperando a Lakov en aquella avenida poco concurrida y secundaria del centro.

—Leonard —me llamó el señor Black sin dejar de mirar al frente—. ¿Habría alguna posibilidad de que vinieras conmigo a la orgía?

—No —dije, como si fuera una sentencia a muerte.

—No permitiré que nadie te toque, solo yo —insistió.

Esta vez no me molesté ni en responder, porque aquel tema no se merecía ni un segundo más de mi tiempo.

—Si es cuestión de dinero, sabes que no tengo problema con pagarte lo que sea.

Giré el rostro y alcé un poco la mirada hacia él. El señor Black parecía mucho más grande que yo, porque era más ancho de espalda, pero realmente solo era un poco más alto. Él respondió a mi mirada y pudo ver en ella lo muy ofendido y asqueado que me había hecho sentir aquella frase. Entonces aparté el rostro y no volvimos a hablar hasta que llegó Lakov, quien salió con su propio paraguas para tapar al señor Black y nos dedicó un saludo con una inclinación de cabeza.

Miré la agenda en el móvil y vi que había todavía una tarde de trabajo de oficina por delante. Pedí un café para mí, pero no para el señor Black, y continué respondiendo a mensajes antes de tener que hacer una llamada. En el ascensor noté una mano firme en mi espalda que, a mitad de camino, me dio un leve apretón que yo ignoré.

—Tiene diez minutos antes de la reunión —fue todo lo que le dije antes de salir por la puerta.

Fui a mi escritorio y encendí la pantalla del ordenador para seguir trabajando aquellos diez minutos en los que me trajeron el café con una sonrisa y unas pocas palabras de conversación sobre el tiempo de perros que hacía. Yo asentí a todo y respondí educadamente. El señor Black no

iba a despedir a sus recepcionistas guapas y delgadas, pero eso ellas no lo sabían todavía y no era yo el que se lo iba a decir. Encontraba un retorcido placer en el miedo de sus ojos y en la nueva forma en la que me trataban, creyendo que yo podría tener algún impacto en aquella decisión.
Después entré en el despacho para avisar al señor Black y esperé con la puerta abierta mientras se ajustaba la corbata. Se puso frente a mí para que comprobara que todo fuera correcto, pero yo le señalé el pasillo con la mano. El señor Black tensó un momento la mandíbula y salió al pasillo con una expresión más seria que antes.
Tras aquella reunión tuvo otra con el departamento de Recursos Humanos con los nuevos planes de contratación que el señor Black había aceptado. Cambiarían tan solo a dos de las recepcionistas por mujeres de color, pero mujeres delgadas y guapas; y fomentarían un mejor ambiente empresarial.
—Estaría bien que usted también participara en las celebraciones, señor Black —le dijo la señora Brown, la jefa del departamento—. Halloween será la próxima y sería bueno que los empleados le vieran disfrazado.
—No.
Al contrario que el señor Lee, ella no insistió en la idea y lo dejó pasar. Después nos quedamos unos veinte minutos a que el señor Black terminara un poco de papeleo antes de poder irnos.
—¿Vas a seguir enfurruñado como un puto crío, Leonard? —me preguntó en el coche.
—Yo no estoy enfurruñado, señor Black —respondí sin apartar la mirada del móvil.
—Me estoy empezando a enfadar —me advirtió.
Asentí y continué ignorándole.
—¡Mírame!
Tardé unos segundos, pero al fin aparte la mirada del móvil hacia sus ojos. El señor Black tenía la mandíbula tensa y los dientes un poco apretados.
—Esto no me gusta, más te vale que pares —dijo con tono grave y serio.
—Claro, señor Black —murmuré en voz baja y sin vida.
Pero eso solo consiguió enfadarle más. Él era el que me había insultado y el que se enfadaba porque yo me sentía ofendido.
—Bájate del coche —ordenó.
Mantuve su mirada un par de segundos y entonces me dirigí hacia la puerta para salir al frío y a la lluvia. Cerré sin dar un portazo, porque no iba a darle el placer de saber que estaba molesto con aquello. Estaba a un cuarto de hora de casa andando bajo la lluvia, pero la verdad es que no me di ninguna prisa por llegar. Primero fui a una tienda que parecía una mezcla de cafetería, tienda de discos y librería. Pedí un café caliente y me paseé un buen rato mirando por si encontraba algo interesante que comprar. Un dependiente muy amable vino a preguntarme dos veces si necesitaba ayuda, yo sonreí educadamente.

—No, gracias, solo estoy mirando.
Él sonrió, de una forma más que educada. Era evidentemente gay y seguramente sospechaba que yo también lo era, pero no estaba lo suficiente seguro para lanzarse de cabeza, así que fue con cuidado.
—Un mal día, ¿eh? —dijo, tratando de iniciar una conversación.
Era un joven guapo y me gustaba su septum y sus rastas, pero me limité a responder de forma educada y a no prolongar demasiado la conversación. Después fui a por algo especial para cenar: una hamburguesa de verdad que comí completamente empapado por la lluvia en un rincón del McDonalds. Creo que un grupo de jóvenes se rio de mí durante un rato, dirigiéndome rápidas miradas desde su asiento al otro lado; sin embargo, no me pudo importar menos. Tenía mi hamburguesa de verdad y un tiempo para estar solo que quería disfrutar. Había puesto el móvil en silencio, porque desde hacía hora y media no paraba de vibrar y sonar, incluso más de lo normal, y cuando terminé mi hamburguesa le eché un rápido vistazo por si había algo importante de la oficina. Me encontré con más de diez llamadas desde la habitación de los sumisos y fruncí el ceño. Quizá fuera momento de volver.
Llegué empapado y tiritando un poco al hall del edificio. Los porteros, que ya me conocían de sobra, me dedicaron saludos educados y cabeceos mientras decían:
—Buenas noches, señor O'Brien.
Ninguno dijo nada sobre lo mojado que estaba, ni pusieron ninguna pega a que fuera dejando un rastro de huellas y agua hasta el ascensor. Al final la noche había ido bien, pero ahora solo deseaba darme una ducha caliente y tirarme en cama.
Salí del ascensor y al llegar a la cocina me encontré con un señor Black sentado en su taburete frente a la isla, con los codos apoyados y las manos cruzadas sobre los labios. Cuando me detuve, giró lentamente el rostro y me miró de una forma extraña. Parecía furioso, pero había algo más flotando en la inmensidad de aquel azul, algo similar al profundo miedo y a la angustia. Mantuve aquella mirada en silencio, pero fue algo breve, porque yo ya estaba cansado y había tenido mi momento de relax y mi pequeña venganza.
—¿Todavía no ha cenado, señor Black? —le pregunté con tono calmado.
Me acerqué a la mesa, donde todavía estaba la bolsa con los envases de la cena, y los quité para repartirlos. Me limpié una gota que me colgaba de la punta de la nariz y me agaché para coger un botellín de agua de la alacena. El señor Black no dijo nada, solo continuó mirándome fijamente como si me quisiera matar. Así que me senté frente a él y esperé a que cenara mientras respondía algunos correos y mensajes que no había respondido antes. Seguía tiritando un poco, pero mientras me goteaba agua del pelo mojado y la piel se me enfriaba bajo la ropa húmeda. Cuando el señor Black terminó, se levantó y se fue sin decir nada. Yo no me paré a recogerlo todo, fui directo a la ducha y solté un jadeo de placer

cuando noté el agua caliente sobre mí, llevándose el frío con ella por el desagüe.
Subí a la habitación y no me molesté en ponerme nada antes de abrir la manta y taparme con fuerza mientras me hacía un ovillo. Sabía que James no vendría aquella noche porque el señor Black estaba demasiado enfadado conmigo. Sin embargo, en algún momento de la noche, me desperté y vi una figura grande y fuerte que me miraba. Tenía sus fuertes brazo cruzados sobre el pecho y me miraba con ojos brillantes desde las alturas. Yo apreté los labios un momento y me aparté para dejarle un hueco en la cama, pero él no se movió de su sitio.
—Ven, James… —le pedí levantando un brazo para acariciar su pierna.
—Me abandonaste —me acusó con tono duro, un tono que no era de James.
—Sigo aquí —le recordé.
—Te llamé catorce veces y me ignoraste.
—Ambos necesitábamos un momento para tranquilizarnos —murmuré en voz baja.
—No me digas lo que necesito, Leo.
Su tono duro era como un clavo en mi pecho, y cada frase un nuevo martillazo que lo hundía más y más profundo en mí.
—Entonces solo yo necesitaba un momento para tranquilizarme —corregí.
—¿Por qué? —exigió saber.
—Me echaste del coche, James.
—¡Porque te comportabas como un puto crío! —terminó gritándome.
Tuve ganas de reírme de la ironía, pero no pude, porque en el fondo era algo triste.
—James… sabes lo que has hecho mal —dije con un tono más serio—, sabes por qué estaba enfadado y sabes que todo se hubiera terminado con tan solo una breve disculpa.
—Fue solo una puta idea —respondió, apretando los dientes con fuerza, pero sin llegar a gritar.
—Me ofendiste.
—Fue… solo… una… idea… —repitió, palabra por palabra como si no lo hubiera entendido.
Cogí aire y dejé de acariciarle la pierna. Aquello era algo en lo que no iba a ceder. Él quería creer que todo aquello era mi culpa, quería que le pidiera perdón y que, seguramente, le volviera a comer la polla; pero eso no iba a pasar. No iba a permitir que alguien a quien qu… alguien a quien le tenía cariño me humillara de esa forma.
—No voy a disculparme, Leonard —sentenció él tras un breve silencio.
—Si no quiere disculparse, no lo haga, señor Black —respondí yo.
Él se fue hacia la puerta con grandes pasos y cerró de un golpe seco que retumbó por toda la casa. Cerré los ojos y me froté el rostro sintiéndome muy cansado. Solo me quedaban once meses de contrato. Once largos meses.

Sonó el despertador y levanté la mano para apagarlo. Me quedé un momento allí tumbado, con la mirada fija en el techo y la sensación de que me faltaba algo, de que me faltaba alguien.

Me levanté un poco de mal humor y, después de ducharme, me preparé un café bien cargado. Seguía lloviendo, menos que ayer, pero la tormenta todavía duraría un par de días más según los pronósticos del tiempo. Aquel fin de semana teníamos que coger un avión al caribe y me preocupaba que en algún momento pudiera llegar a cancelarlo por el fuerte viento.

El señor Black bajó a la cocina y pasó por delante de mí sin decir nada, de camino al ascensor.

—Buenos días, señor Black —le saludé antes de bajar del taburete y alcanzarle a la altura del ascensor.

Él siguió con la vista al frente, ignorándome por completo. Cuando entramos en el ascensor creí que no pondría su mano en mi espalda, pero tras unos largos segundos, noté la leve presión de sus dedos, solo sus dedos, contra mi camisa azul claro. La cosa era más seria de lo que pensaba.

—Hoy toca excursión, señor Black —le dije en el coche, leyendo el horario del día—. Por la mañana tiene una visita al puerto para supervisar el trabajo del señor Smith, después la comida con la señora Black en el club de campo y al volver tiene una reunión en el bufete de abogados y otra en la empresa *Cooper&Huston*.

El señor Black no apartó la mirada de la ventana y no se molestó en responder. En el gimnasio tampoco me dirigió la palabra en ningún momento mientras yo le seguía y hacia todo lo que él hacía como una especie de sombra rara y sudorosa. En el vestuario usó una ducha diferente a la mía y no me dio el champú; así que a esas alturas tenía bastante claro que el señor Black estaba más enfadado conmigo de lo que me había imaginado. No era una situación cómoda y me jodió bastante empezar a sentir una leve necesidad de hacer las paces, de ceder un poco y quizá conseguir que todo volviera a la normalidad; pero no lo hice, porque eso marcaría un precedente, le daría la idea de que cada vez que yo me enfadara solo tenía que enfadarse más y esperar a que yo fuera detrás de él.

Así que tomé una estrategia diferente:

—¿Quiere hablar de ello, señor Black? —le pregunté, dejando el móvil a un lado para prestarle toda mi atención—. Podemos resolver esto como adultos.

Le dio un poco de tiempo, que utilizó para continuar ignorándome. Descrucé las piernas y me incliné hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Hace un tiempo le pedí que no me ofreciera dinero, porque me hace sentir que no me respeta y que cree que puede comprarme y tratarme como a un objeto —le confesé. El señor Black giró al fin el rostro para de-

dicarme una de sus miradas intensas y serias, pero no dijo nada, así que continué—: Yo le respeto mucho y me duele que me insulte de esa forma, por eso he estado más distante ayer. —Esperé otro momento, un poco más largo que el anterior, antes de preguntarle—: ¿Quiere contarme por qué está usted enfadado conmigo?
Solo continuó mirándome fijamente con la cabeza levemente ladeada y los ojos un poco caídos.
—Muy bien —concluí, volviendo a recostarme en el asiento y recuperando mi móvil. Yo ya lo había intentado, si no quería hacer las paces, era cosa suya.
Soporté su mirada fija hasta que llegamos al puerto, donde tuve que sostener el paraguas negro y grande en alto sobre su cabeza para que no se mojara. El señor Smith nos recibió con una gran sonrisa y un par de personas de su equipo, se deshizo en agradecimiento por ir a verle en aquel día tan lluvioso, aunque esa visita no era petición suya, sino una exigencia de INternational. Le seguimos por una visita guiada mientras explicaba al señor Black el proceso de envío y lo bien que estaban tratando la mercancía. Mientras tanto yo tenía una lucha personal contra el viento por mantener el paraguas estable. Quería poder responder los mensajes del móvil y las llamadas, pero no podía hacerlo allí; ya que necesitaba estar cerca del señor Black para cubrirle de la lluvia y no iba a interrumpir al señor Smith mientras hablaba.
Cuando al fin llegamos a las oficinas del puerto para una visita por los interiores, al fin pude bajar un brazo muy dolorido y cerrar el paraguas. Yo me había mojado igual, porque me había preocupado más de cubrir al señor Black que de cubrirme a mí mismo. Una de las asistentas del señor Smith nos preguntó si queríamos café y yo esperé a que el señor Black se negara para aceptar el mío. Cuando volvió con la pequeña taza humeante le dediqué una sonrisa de agradecimiento que ella debió interpretar de una forma totalmente equivocada, porque se sonrojó un poco y bajó la mirada.
Seguimos al señor Smith por las oficinas, concluyendo en su despacho, un lugar repleto de fotos familiares y trofeos de golf. El señor Black dio su aprobación de una forma corta y algo seca. El señor Smith estaba visiblemente incómodo, muchas veces me miraba, porque yo al menos tenía una suave sonrisa en los labios y no parecía estar a punto de quemar todo el puerto con un lanzallamas. Dando por concluida la visita, se dieron un apretón de manos y uno de sus ayudantes se ofreció a acompañarnos de vuelta al coche, algo que rechacé educadamente.
Así que volví a abrir el paraguas y a luchar contra las ráfagas de viento y lluvia hasta alcanzar a Lakov, quien se había quedado esperando mientras oía uno de sus programas en algo que creía que era polaco. Ya sentado y en privado, me paré a ver lo mojado que estaba. Tenía el brazo derecho cubierto de manchas de un azul más oscuro en contraste con la tela seca de la camisa. Mi pantalón también estaba empapado solo por un lado, me-

nos los bajos, manchados de agua de los charcos del puerto.
—Lakov, para un momento en casa de camino al club de campo —oí decir al señor Black tras pulsar el botón del comunicador. Después me miró y, tras un breve silencio, ordenó—: Subirás a casa y cogerás un traje seco para mí y ropa para cambiarte. Mi habitación está al final del pasillo, a la izquierda. El vestidor está a un lado frente al baño, coge mi traje italiano de color crema.
Asentí, pensando que era buena idea cambiarse antes de la comida con la señora Black.
—Te darás prisa y nos cambiaremos en el coche —añadió, por si no me había quedado claro.
—Sí, señor Black.
Ese pequeño parón imprevisto hizo que nos tuviéramos que meter otra vez en el tráfico del centro y, aunque habíamos salido temprano del puerto, temí que llegáramos al club de campo con el tiempo justo. Así que cuando el coche se detuvo a la puerta del edificio, salí a prisa y subí al ascensor casi de un salto, para esperar impaciente a que llegara al piso.
Corrí por el pasillo, por las escaleras y seguí adelante hasta ese lugar en el que nunca había estado, más allá de mi cuarto. Puse la mano en el manillar de la habitación del señor Black y me detuve un momento, sintiendo que, por alguna razón, aquello era algo importante. Tragué saliva y abrí la puerta, encontrándome con una habitación bastante grande y… normal.
Normal para un millonario, quiero decir. Su cama de dos metros de largo estaba frente a una cristalera con vistas a la ciudad y todo apestaba a dinero y lujo. Evité las alfombras porque tenía los zapatos manchados y salté de un lugar a otro de camino al final del cuarto, donde un pequeño pasillo separaba el baño del ropero, un lugar el doble de grande que mi habitación. Busqué los trajes y los encontré colgados a un lado, entre el expositor de pared entera de zapatos y el expositor de corbatas. Por suerte fue sencillo distinguir el color crema del resto de trajes de colores más neutros y apagados.
Lo cogí con cuidado, sin sacarlo de la percha, y me lo llevé esforzándome por arrugarlo lo menos posible. Después fui a por mi ropa, que elegí con menos cuidado y traté peor, para salir corriendo de vuelta al ascensor. No llevaba paraguas, así que traté de protegerlo todo bajo mi cuerpo, corriendo como un subnormal el trecho de calle que me separaba del coche. En solo cinco minutos de reloj había conseguido subir y bajar con éxito, algo que me hizo sentir orgulloso. Le entregué el traje al señor Black y tiré mi ropa sobre mi asiento, recuperando el aire en breves jadeos mientras me desvestía.
Primero me quité la camisa y la utilicé para secarme un poco el pelo y el brazo mojado antes de coger la seca. El señor Black había colgado la percha del traje a un lado y se había dedicado a mirarme fijamente mientras me cambiaba. Por extraño que pudiera parecer, eso no me inco-

modó; era un poco raro, pero, siendo sinceros, no era lo más raro de él. Así que simplemente continué colocándome la camisa limpia y seca por encima antes de descalzarme y empezar a quitarme el pantalón de pinza negro.

—Leonard —me llamó él entonces.

Detuve mi mano sobre la tela suave del pantalón seco a mi lado y miré al señor Black, que me miraba de vuelta con la misma expresión seria que llevaba dedicándote todo el día, pero con un prominente bulto en mitad de su entrepierna.

—Cámbiame —ordenó.

—¿Ahora? —le pregunté, porque estaba en ropa interior con tan solo mi camisa desabrochada puesta.

—Ahora —respondió con un tono grave y exigente en la voz.

Dudé en hacerlo porque, evidentemente, vestirle no formaba parte de mi trabajo; pero solté un suspiro de resignación y me levanté para ir junto a él. El señor Black parecía estar calmándose y no quería volver a discutir ni a enfadarle de nuevo.

—Va a tener que moverse un poco —le dije, tratando de mantener el equilibrio en el coche en marcha mientras le abría la chaqueta del traje.

El señor Black se inclinó hacia delante, asegurándose de dejar su rostro muy cerca del mío sin dejar de mirarme de aquella forma seria e intensa. Le saqué la chaqueta primero por un brazo y después por el otro, tratando de hacer aquello lo más rápido posible. La doblé y la dejé a un lado del asiento. El señor Black se recostó y volvió a estirar los brazos sobre el respaldo. Hinqué la rodilla sobre el suelo y me apoyé un momento contra la puerta con la mano, porque Lakov había hecho un giro brusco y me había desequilibrado; después le empecé a desatar el zapato, lo dejé a un lado y desaté el siguiente. Me quise volver a incorporar un poco para empezar por la parte más dura, literal y figuradamente.

—De rodillas —ordenó él con tono grave y denso, disfrutando de cada segundo de aquello.

Le miré a sus ojos del azul del mar repletos de la excitación que le producía el control sobre mí.

—No —negué, incorporándome de todas formas.

Hubiera sido mucho más cómodo hacerlo de rodillas, pero no se trataba de comodidad, sino de poder. Desaté el cinto negro del traje con movimientos firmes, sin dudar y sin detenerme.

—Mírame —volvió a ordenar, empezando a jadear suavemente entre los labios.

—No —repetí, desabrochando el botón y la cremallera que apenas conseguían contener su erección. Bajé el pantalón con tirones cortos y seguidos, dejando al aire su bóxer blanco de marca, tenso y un poco húmedo allí donde quedaba la punta de su polla. Retrocedí para quitarme de entre sus piernas y poder cerrarlas para sacarle el pantalón.

—Leonard —dijo mientras yo descolgaba su traje color crema—, te perdo-

naré si me comes la polla ahora mismo.
No respondí, saqué el pantalón doblado en la percha y lo estiré, empezando a meterlo por sus piernas.
—¿No quieres que te perdone? —me preguntó, entre la excitación y el enfado.
—No es así como funciona, señor Black —respondí con calma, continuando hasta que él movió la cadera hacia arriba, poniendo su erección todo lo cerca de mí que fue posible mientras le ajustaba el pantalón a la cintura.
—Así es como funciona para mí, y yo soy el que manda aquí.
Le miré por el borde superior de los ojos, enfrentándome a la tormenta azulada de sus ojos. No lo entendía, porque no podía entenderlo.
—Lo estabas haciendo muy bien hasta ahora, Leonard —continuó, interpretando mi mirada y mi silencio como un momento de duda del que no dudó en aprovecharse—. Pero ahora me estás decepcionando.
—No, señor Black —susurré, haciendo una leve presión sobre su erección que le produjo un inesperado jadeo por la sorpresa, pero solo lo había hecho para poder cerrar la cremallera del pantalón y abrocharle el botón, asegurándome de acercarme a él—. Quien me está decepcionando es usted a mí.
Entonces me aparté y cogí la chaqueta del traje para ponérsela, pero el señor Black no se movió, solo me miraba con enfado y los dientes muy apretados.
—Me importa una mierda lo que tú pienses —dijo en voz alta.
Asentí en silencio e hice un gesto ofreciéndole uno de las aberturas de la chaqueta para que metiera el brazo; pero él me la quitó de las manos con un gesto brusco y furioso.
—Siéntate —ordenó con voz gélida.
Volví a asentir y fui de vuelta a mi sitio, agradecido de poder ponerme el pantalón y abrocharme la camisa. Cuando terminé recuperé el móvil y miré todos los fascinantes mensajes, llamadas y correos que me había perdido en todo aquel tiempo; todo ello bajo la atenta y enfurecida mirada de un señor Black que estrujaba su chaqueta entre las manos como si estuviera a punto de ahorcarme con ella.
Eso era bueno para mí, porque cada minuto que pasaba era un minuto más cerca de darme cuenta de que todo lo que había hecho por él había sido un error. Solo era un niño grande al que todos tenían miedo porque era poderoso y rico, porque era muy atractivo y fuerte, pero yo no le tenía miedo a él, ni a su dinero ni a su físico. Todo lo que había hecho con él y por él era porque yo se lo había dado, no porque él lo hubiera pedido. Esa era la única verdad.
El señor Black empezó a respirar un poco más fuerte, alcanzando ese estado cercano a la locura y la frustración que ya no podía contener.
—Te irás de mi casa, Leonard… —dijo con una voz grave y muy baja mientras retorcía más y más la chaqueta color crema—. Cogerás todas tus

putas cosas y te irás…
Le miré con una expresión tranquila, creando una gran diferencia entre nosotros. Él era el mar de tormenta y yo el acantilado sobre el que rompían las olas.
—Sí, señor Black —respondí.
—No volverás a comer conmigo, ni a venir a mi gimnasio —y tras una breve pausa y con un tono incluso más bajo añadió—: ni a dormir a mi lado…
Aquello me sorprendió un poco. No que me expulsara de su casa y de su vida más allá del trabajo, sino que hubiera roto el silencioso acuerdo que teníamos sobre mantener las noches apartadas de todo lo demás.
—Si eso es lo que quiere, señor Black —murmuré en voz baja, aceptando aquel castigo con cierto dolor en el pecho.
Él asintió muy lentamente sin dejar de clavar sus furiosos ojos en mí.
Entonces me descubrí a mí mismo sintiendo tristeza y una leve sensación de pérdida, o quizá fuera decepción, no podía estar seguro.
Era como si me pusiera triste que el señor Black no consiguiera comprender que me había hecho daño, que lo único que necesitaba era una muestra de preocupación por su parte; pero él solo se encerraba más y más en sí mismo, cada vez más enfadado, tratando de manipularme para hacer que me sintiera mal y responsable de sus propios errores, tratando de humillarme para que le hiciera una mamada a cambio de que un perdón que ya no sabía ni si quería.
—¿Quiere que siga trabajando para usted? —le pregunté entonces, porque no me había quedado claro.
—Solo hasta que elija a otro ayudante —respondió tras otro de sus silencios.
Cogí una bocanada de aire y miré el móvil, continuando pasando de la pestaña del horario de la semana al del correo, tratando de hacer hueco a una reunión importante que no podía esperar hasta la vuelta del caribe. El señor Black tiró con fuerza la chaqueta contra la ventanilla y se quedó respirando con fuerza y los dientes muy apretados. Estuvo así hasta que, media hora después, llegamos al club de campo. Salí por la puerta para reunirme al otro lado con el señor Black al resguardo del aparcamiento frente a la escalinata de la entrada.
El lugar estaba a las afueras y apestaba a dinero: grandes campos de golf, piscinas y una enorme casa solariega de estilo clásico. El hall principal era enorme, pero no tan grande como la galería de paredes de cristal del restaurante. Grandes lámparas de cristales colgaban del techo y las mesas estaban perfectamente ordenadas y limpias. Un metre nos detuvo a la entrada, le dije el nombre del señor Black y nos guio a una mesa en la esquina, no tan buena como las del centro, pero igual de elegante.
Allí había una mujer sentada, tenía la cabeza agachada sobre una carta color crema que parecía leer con atención. Era rubia, mayor, quizá en los cuarenta y mucho o cincuenta. Tenía un rostro sobrio y elegante que hubi-

era sido hermoso si no fuera por aquella expresión de labios fruncidos constante, como si estuviera oliendo mierda constantemente. Al acercarnos nos miró, y el señor Black se inclinó para darle un pequeño beso en la mejilla que fue apenas un roce.
—Madre —la saludo en voz baja.
Ella se limitó a asentir un poco con la cabeza y señaló el asiento.
—Buenas tardes, señora Black, yo soy Leonard —me presenté de forma educada y una leve sonrisa en los labios—. El ayudante del señor Black.
Ella me dedicó una breve mirada de ojos del mismo azul que el del señor Black.
—El señor Black es mi marido —me corrigió con una voz seca y carente de calor alguno.
—No para mí —sonreí más.
No me caía bien aquella mujer. El señor Black se sentó en una de las sillas frente a su madre y yo me senté en la otra.
—¿Vamos a comer con tu ayudante, junior? —le preguntó la señora Black.
—Sí, madre —respondió él con una expresión indiferente en el rostro. No estaba serio ni enfadado, simplemente parecía haber perdido la vida al entrar en el restaurante.
La mujer acentuó su mueca de asco y volvió a mirar la carta.
—Creí que podrías conseguir una mesa mejor, esta parte es un poco oscura —fue lo que dijo tras unos segundos en silencio.
—Eso fue culpa mía, señora Black —intercedí yo—. Debido al cambio repentino no pude conseguir mejor sitio que este.
Ella ni me miró, simplemente fingió que no estaba allí.
—¿Cómo te van las cosas, junior? —le preguntó.
—Bastante bien, madre. He lanzado un producto hace poco y está teniendo bastante éxito —respondió él con voz calmada. Había algo extrañamente perturbador en verle así, como… sometido.
—Qué bien —dijo la señora Black en voz baja—. Tu hermano también está teniendo bastante éxito, me dijo que estaba nominado para un… uno de esos premios de productores musicales. Me manda una foto cada vez que conoce a una de los cantantes famosos con los que trabaja. Está muy moreno, pero supongo que es lo normal en Miami.
Un camarero muy elegantemente vestido nos entregó las cartas del menú que llevaba sobre una bandeja de plata. Alcé las cejas, pero me contuve de decir nada al respecto.
—Tu hermana sigue en África con su organización benéfica, construyendo casas para los niños —continuó la señora Black.
—Yo también he ido a una gala benéfica últimamente —dijo el señor Black—, quizá lo hayas visto en los periódicos. Me llaman el soltero de oro de la ciudad.
La señora Black soltó un bufido de desprecio.
—Estos reporteros dicen cualquier cosa con tal de vender periódicos.
Miré a la señora Black por el borde de los ojos.

—Tu hermana está ayudando a personas reales, junior, no yendo a comer junto con otros empresarios —continuó—. A veces Thomas me manda alguna foto de los dos, pero no quiero molestarles con llamadas.
El camarero volvió a acercarse, esta vez para preguntar si ya habíamos decidido qué comer. La señora Black pidió el pato a la naranja, el señor Black pidió lo mismo y yo pedí el tartar de salmón.
—Estoy deseando que Thomas se le declare, hacen una pareja preciosa. Así al menos uno de mis hijos me daría nietos guapos e inteligentes.
—Robert tampoco tiene pareja, madre —le recordó el señor Black.
—Robert siempre ha sido un espíritu libre, un artista —respondió su madre, restando importancia a aquello con un gesto de la mano—, pero tú eres el mayor, junior. Deberías darle ejemplo y buscar a una chica agradable y guapa con la que casarte.
—No tengo tiempo para eso, madre.
—Tú nunca tienes tiempo para nada —le acusó con tono duro esta vez—. Si hubieras estudiado medicina, como tu padre y yo te dijimos, ahora podrías trabajar con él y tener tiempo de sobra en vez de andar de un lugar para otro vendiendo chismes electrónicos.
Joder, lo estaba literalmente flipando con todo aquello.
—Es tecnología de última generación —le corrigió el señor Black tras un breve silencio—, y gano millones con ella, madre.
—El dinero no lo es todo, junior —concluyó ella—. Mira a tu hermana, una arquitecta de éxito internacional y construye casas en África para los pobres.
El señor Black cerró el puño que tenía sobre la mesa, un gesto involuntario del que solo yo me di cuenta.
—Lo sé, madre, yo financio casi por entero su organización benéfica —le dijo, perdiendo un poco la calma.
El móvil empezó a vibrarme en los pantalones, produciendo un zumbido que interrumpió la conversación. Lo cogí para ver el número y después corté la llamada para ponerlo en silencio.
—Es de mala educación coger el móvil en la mesa, Leonard —me dijo la señora Black con una mirada fija y seria.
—Lo sé, me olvidé de ponerlo en silencio antes, perdone —reconocí con una suave sonrisa. Por lo que a mi respectaba, esa mujer podía meterse sus opiniones por el culo.
—¿No le enseñas a tus empleados a tener un poco de modales? —le preguntó al señor Black.
—Ha sido mi error, señora Black —le dije yo, un poco harto de esa forma que tenía de tratar a su hijo.
La señora Black me volvió a mirar, y entonces comprendí de dónde había sacado el señor Black esa forma tan intensa de clavar los ojos que resultaba tan intimidante.
—Estoy hablando con mi hijo, Leonard —dijo con tono seco.
—Lo sé —respondí con tranquilidad, sin sonrisa esta vez, enfrentándome

a ella sin miedo ninguno—, pero el móvil me ha sonado a mí.
—Leonard —me dijo el señor Black entonces, dirigiéndome una breve mirada—. Déjanos solos.
Tardé un par de segundos en levantarme de la mesa e irme, con la cabeza bien alta y sin mirar atrás. Fui hacia el aparcamiento, mojándome un poco bajo la lluvia, y entré en el coche dando un ligero portazo.
—¿A ocurrido algo, señor Obrian? —me preguntó Lakov por el comunicador—. ¿Salgo ya a buscar al señor Black?
—No, todavía está comiendo con la encantadora de su madre —respondí yo.
Lakov no dijo nada más. Cogí el móvil y traté de distraerme con el trabajo, todavía tenía una hora larga por delante hasta que terminaran de comer. Cuando terminé con el trabajo empecé a tener hambre y esperé allí sentado, cruzado de piernas y mirando la ventanilla ahumada y la lluvia sobre los árboles. En algún momento sonó la puerta al abrirse y me desvelé de un pequeño sopor en el que había caído gracias al repiqueteo del agua y a la calefacción. El señor Black entró y se sentó frente a mí.
Compartimos una intensa mirada y él me dijo:
—Llamarás a mi madre y te disculparás.
—No voy a llamar para…
—¡Llamarás! —rugió, llenando el coche con su voz—. ¡Porque es mi madre y no tienes derecho a insultarla!
Respiré un par de veces, y aparté un momento la mirada antes de decir:
—Sí, señor Black.
Él pulsó el comunicador y le ordenó a Lakov que fuera hacia el bufete. Un desagradable y pesado silencio se extendió entre nosotros mientras yo me debatía por disculparme o decirle la verdad. Al final comprendí que él tenía razón, por mucho que esa mujer me hubiera asqueado, era su madre y yo no tenía derecho a responderle mal.
—Señor Black —le dije, intentando captar su atención de la ventanilla, algo que no conseguí—. Tiene usted razón. He sido maleducado y no debería haberlo sido. Lo siento mucho, ha sido muy poco profesional de mi parte.
—¿Fue una venganza? —me preguntó entonces, girando el rostro hacia mí con una mueca de desprecio—. Humillarme así delante de mi madre.
—No —respondí con firmeza—. Yo no le haría algo así.
Entrecerró los ojos y negó con la cabeza.
—Cuando lleguemos al bufete, dejarás el móvil aquí y te irás a casa para recoger todo. No quiero volver a verte, Leonard. Jamás.
Eso me dolió, sus palabras abrieron un agujero en mi pecho que se hizo más y más grande cada segundo que pasaba.
—No quería humillarle —le dije, sintiéndome enfadado y frustrado. Los ojos se me humedecieron y utilicé todas mis fuerzas para no empezar a llorar—. Yo no soy así.
—Eso creía yo…

No sé si fueron sus palabras, o la forma en que lo dijo, o quizá la decepción en sus ojos, pero una lágrima se deslizó por mi mejilla, salada e incontenible como el mar.
—Tú madre es una mujer despreciable —declaré, porque ya no tenía nada que perder. Cuando el coche llegara al bufete, todo habría terminado—. Te trata como una mierda y tú eres mucho mejor que eso. Perdona si te he ofendido, pero volvería a hacerlo.
—Sí me has ofendido, y no volverás a hacerlo porque no vas a verme nunca más en tu puta vida.
Parpadeé un momento porque los ojos se me estaban nublando y asentí con la cabeza. Dejé le móvil a un lado y me crucé de brazos antes de dejar caer la cabeza contra el respaldo, mirando a un punto indeterminado del techo. El corazón me retumbaba en el pecho y había un agujero negro en mis entrañas que se tragaba todo lo que sentía. Quizá era lo mejor… quizá sería bueno escapar de allí, de la locura y la enfermedad, antes de que fuera demasiado tarde. Eso me decía a mí mismo, pero no podía dejar de sentir aquel malestar en el cuerpo. Antes ya me había despedido, pero eso no había sido mi culpa. Ahora yo le había ofendido y me sentía horriblemente mal por haberlo hecho. Creía que le había traicionado, y yo jamás haría eso.
—Leonard —me llamó el señor Black.
Cerré un momento los ojos, sintiendo otra lágrima recorriéndome la mejilla, y bajé el rostro para mirarle.
—¿Quieres una última oportunidad para volver? —me preguntó con una mirada seria.
—Lo único que quiero es que entiendas que no lo hice para humillarte y que lo siento —respondí con la voz un poco ronca.
No me importaba el trabajo, lo único que no quería era que el señor Black pensara que le había hecho daño a propósito. ¿Era eso extraño?
Él asintió lentamente antes de decirme:
—Te creeré, si me lo demuestras. Ven conmigo a la orgía.
Me quedé con la boca abierta y creo que me olvidé de cómo se respiraba.
—¿Eso es lo que quieres? —le pregunté, casi sin voz—. ¡Joder, James! —le grité, explotando. Quizá si me enfadaba me dejaría de doler—. ¡Yo sintiéndome culpable por hacerte daño y tú solo piensas en tu puta orgia y en utilizarme!
Me llevé las manos al rostro, no era capaz de dejar de temblar. Por un momento había llegado a pensar que yo le importaba, pero ahora sabía la verdad. Cuando conseguí serenarme lo suficiente, sorbí los mocos que se me estaban acumulando en la nariz y aparté las manos. Vi a un señor Black paralizado, con una extraña expresión entre la ira y el miedo y un bulto presionando la tela color crema de su entrepierna.
Incluso en un momento así se había empalmado. Ese era el hombre que yo respetaba tanto y al que había cogido tanto cariño: un puto loco manipulador y depravado.

—Yo… no quiero utilizarte, Leonard —me dijo en apenas un susurro.
Pero no le creía, ya no podía creer en nada de lo que me decía. Me quedé mirándole en silencio, como a él tanto le gustaba hacer.
—¿Tú me estás utilizando a mí? —preguntó entonces.
Fruncí levemente el ceño. Todavía tenía los ojos empañados y ganas de mandarlo todo a la mierda.
—¿Para qué iba a utilizarte, James? —le pregunté con una voz un poco ronca.
—Para… —tardó un momento, pero eligió la palabra precisa— comerme.
No había dicho «follar», sino que había utilizado aquella forma que tenía de referirse a cuando hacíamos algo sexual donde él no tenía poder. Quizá James pensara que yo era una especie de maestro del mal que le manipulaba para que me dejara hacer lo que quisiera con él.
—Eso no es verdad —negué, casi con ganas de reírme de la idea.
—Te vas y tardas en volver, te llamo y no respondes, te doy la oportunidad de disculparte y no lo haces, te despido y no te importa, ni dejar mi casa ni… a mí.
—Pedir una mamada a cambio de perdón no es una oportunidad de disculparse, James —le aclaré—. Es solo humillante.
—Es demostrar que te importo.
No supe si reírme o seguir llorando, pero terminé por negar con la cabeza.
—A veces me da miedo como piensas —le confesé.
El señor Black se inclinó hacia delante, dejando su postura de follador para apoyar los codos en las rodillas y mirarme de una forma más íntima.
—Quiero que me demuestres que te importo, Leo —me pidió—. Y hacer cosas por mí es…
—Tú no entiendes las cosas que hago por ti, James —le interrumpí.
—Sí las entiendo —respondió, inclinando su cabeza para poder mirarme por el borde superior de los ojos, y apretando un poco los dientes como si le costara decirlo, añadió—: pero no sé qué significan.
Asentí con la cabeza, pero fue un gesto irónico.
—Y comerte la polla e ir a la orgía sí que van a demostrar que me importas.
Eso le enfadó un poco, pero se contuvo y ladeó el rostro un momento mientras tomaba una respiración.
—Los demás hacen cosas así cuando quieren complacerme —dijo.
—Yo no quiero complacerte, James, yo me preocupo por ti —a mí también me costó decir aquello, porque era abrir una puerta que me daba miedo abrir—. No es lo mismo.
—Preocuparte por mí es tú trabajo —alzó la voz, pero no llegó a gritar.
—No, mi trabajo es organizar la agenda y facilitarte las cosas.
Compartimos un breve silencio en el que el señor Black cruzó los dedos e hizo chocar los pulgares entre ellos con cierto nerviosismo.

—Yo también hago cosas por ti —dijo, pero sonó a la defensiva, como si estuviera indignado—. Te cuento cosas… te dejo hacerme cosas… te…— pero se detuvo y cambió de idea a mitad de la frase—, te trato mejor que al resto.
—Lo sé —respondí, porque eso era lo que me había hecho pensar que yo le importaba, al menos un poco.
—Entonces, ¿por qué me enfadas, Leo? —quiso saber—. ¿Por qué me retas y me obligas a hacerte daño?
—Yo no te «obligo a hacerme daño» —hice hincapié en esa frase porque me había producido un escalofrío al oírla—, pero a veces cometes errores, James, y a veces no quiero dejarlos pasar.
—Tú también cometes errores —me dijo, empezando a enfadarse y a sentirse atrapado.
—Y te pido perdón por ellos.
Eso le puso un poco en jaque, porque disculparse no era algo que él hiciera. Volvió a golpear sus dedos con nerviosismo mientras me miraba fijamente a los ojos.
—¿Tú quiere irte, Leo? —me preguntó entonces.
—No sé si será lo mejor —respondí, convencido de que aquello empezaba a ser demasiado para mí.
Él bajó un momento la mirada al suelo, tomó un par de respiraciones y volvió a alzarla.
—Yo no quiero que te vayas —confesó en voz baja.
Era una trampa. Yo sabía que lo era. Una trampa con los ojos del azul del océano y una cara masculina y atractiva. Una trampa que me hacía reír y que, cuando era buena, era demasiado buena, pero cuando era mala, era lo peor. Miré hacia la ventana ahumada y pensé en el vacío que había sentido en el pecho al creer que le había decepcionado, y en el dolor que había sentido cuando creí que solo quería utilizarme.
—¿Qué… qué quieres por quedarte a mi lado? —me preguntó, tratando de negociarlo como un trato.
—Me lo pensaré, señor Black —fue todo lo que pude decirle—. Le daré una respuesta cuando volvamos del caribe —decidí.
—¿Hay algo que pueda hacer para convencerte más rápido, Leonard?
—Sí, no comportarse como un gilipollas —respondí, cogiendo el móvil a mi lado para mirar los nuevos mensajes que habían llegado.
—Leonard, no consentiré que me insultes —me dejó claro—. Sabes lo que pasará si lo haces.
El señor Black volvió a recostarse en su asiento, con los brazos sobre el respaldo y todavía empalmado, pero no parecía enfadado ni excitado; me miraba con calma y los ojos un poco alicaídos.
—Tienes suerte de que me gusten tanto tus bromas… —murmuró en voz muy baja, tanto que me costó diferenciar las palabras.
—Creía que no le gustaban las bromas —dije sin apartar la vista del móvil, recuperando lentamente aquella relación extraña que compartíamos, flu-

yendo entre lo profesional y lo íntimo.
—Yo también lo creía —fue lo último que dijo en el resto del viaje hasta el bufete.
Después de un día tan repleto de drama lo último que quería era soportar a una panda de abogados lameculos del bufete, pero aun así seguí al señor Black dentro del edificio y esperé pacientemente a que terminara la reunión. El señor Black tampoco parecía muy por la labor de alargarlo más de lo estrictamente necesario, así que salimos con media hora de sobra para llegar a la última reunión del día en *Cooper&Huston*.
—Necesito un café —le dije al señor Black—. ¿Usted quiere uno?
Él asintió y le pedí a Lakov que parara si podía delante de algún sitio donde dieran café para llevar. No tardó mucho y salí corriendo bajo la lluvia hacia un puesto callejero de café, le hice el pedido y en menos de dos minutos me dio los cafés. Era un hombre mayor y me sonrió al servirme, incluso debajo de aquel tiempo tan horrible.
—¿Tiene un rotulador? —le pregunté, y él me ofreció uno que tenía al lado del carro para marcar los cafés si fuera necesario.
Fue muy agradable y rápido, así que le di veinte dólares de propina y cuando trató de devolvérmelos como si hubiera sido un error mío, me llevé un dedo a los labios como si fuera nuestro pequeño secreto.
Volví al coche, más lento ahora que llevaba los cafés, y abrí la puerta con cierta dificultad. Llegué un poco mojado, pero no tanto como otras veces. Alargué la mano hacia el señor Black para entregarle el café y después puse una ligera sonrisa en los labios.
—¿El café de las paces? —le pregunté.
Él no me entendió, hasta que vio la bandera blanca que había dibujado en el suyo. Después alzó la mirada hacia mí de una forma extraña que no conseguí reconocer. Acercó su café al mío y brindó como si fueran copas de licor.
Ese café rápido en mitad de la lluvia me supo mejor que nada de lo que hubiera probado en mucho tiempo.
La reunión en las oficinas de *Cooper&Huston* fue como las que hacíamos en la nuestra, solo que sin el señor Black apareciendo con cara seria por la puerta y acojonando a todos los presentes mientras yo me sentaba a un lado. Nos atendió la secretaria del señor Cooper, una mujer un poco entrada en años, pero muy agradable, y nos llevó a una sala de reuniones bastante bonita, con vistas a la calle principal y una mesa larga de caoba. Nos ofreció algo de beber a lo que ambos nos negamos y nos dijo que el señor Cooper llegaría enseguida.
—Nuestras salas de reuniones son mejores —me susurró el señor Black.
—Nosotros no tenemos vistas a la calle.
—Es para que la señora Timber no se tire por la ventana después de cada reunión.
Me reí en voz baja, porque no quería ser ruidoso, y tuve que parar a mitad porque el señor Cooper ya estaba entrando por la puerta. Era un hombre

mayor, tan gordo que su camisa apenas conseguía contener su abultada barriga, con muchas entradas y pocos restos de pelo blanco en la cabeza. Era de la antigua escuela de empresarios, de los que se creían que ellos sí habían tenido complicadas las cosas y que su trabajo había sido mucho mejor que el que cualquiera de los jóvenes como el señor Black pudiera hacer. No era algo que dijera, pero algo que se notaba en él.
Aun así, ambos se trataron con frío respeto y educación, sin perder el objetivo de la reunión en ningún momento ni empezar con una charla ligera. No eran amigos y nunca lo serían.
En unos sorprendentes veinte minutos dieron por finalizados los acuerdos y se estrecharon la mano.
El señor Black se levantó de su asiento y me dirigió una breve mirada para que yo hiciera lo mismo. La secretaria del señor Cooper nos acompañó con una sonrisa de vuelta al ascensor y nos agradeció la visita, como si hubiera sido de cortesía y no por negocios.
El señor Black puso su mano en la parte baja de mi espalda y dijo:
—Me estaba juzgando por no llevar un traje apropiado ni americana.
—Le hubiera juzgado igual, señor Black —le aseguré—, porque él luchó en la segunda guerra mundial y se cree que el éxito de este país es solo mérito suyo.
—¿Cómo lo sabes?
—Mi abuelo es igual de gilipollas —respondí.
—¿Tu abuelo luchó en la segunda guerra mundial? —me preguntó, girando el rostro para mirarme.
—Qué va —negué, frunciendo el ceño—, si era un crío, pero le encanta contar como vivían aterrados por los bombardeos alemanes. ¿Sabe cuántas veces bombardearon los nazis Irlanda? —negó con la cabeza y yo respondí—: Ni una vez, pero lo cuenta cada navidad como si hubiera vivido bajo un asedio continuo, en primera línea del frente aliado.
Llegamos al hall del edificio y salimos por la puerta para esperar a que Lakov volviera de su decimocuarta vuelta a la manzana. No envidiaba nada su trabajo.
—Mi bisabuelo sí luchó en la segunda guerra mundial —me dijo el señor Black entonces, cubierto bajo mi paraguas—. Era médico en un hospital de campaña.
—¿Todos los hombres de su familia han sido médicos, señor Black? —le pregunté, dedicándole una breve mirada por miedo a estar excediéndome con esa pregunta.
Él tardó un momento, pero terminó respondiendo:
—Sí, los Black tienen una larga lista de médicos a sus espaldas.
Lakov llegó justo entonces, frenando en seco y casi provocando un choque con el coche que le seguía. Avanzamos junto con los bocinazos de queja del conductor, quien incluso bajó la ventanilla para insultarnos; hasta que salió Lakov del coche con expresión cabreada y se calló.
—Su agenda ha terminado por hoy —le dije al señor Black, repasando el

móvil cuando nos pusimos en marcha.
El señor Black asintió y recostó la cabeza en el respaldo mientras cerraba los ojos. Probablemente estaba tan cansado de aquel día como yo. Me puse a escribir un último correo, confirmando una reunión y el horario, cuando noté el pie del señor Black sobre mi pierna. Le miré, pero seguía con la cabeza echada y los ojos cerrados. Alcé las cejas y dejé le móvil para desabrocharle el zapato y masajearle el pie de camino a casa.
Cuando alcanzamos el garaje le calcé de nuevo y le moví un poco para comprobar si se había quedado dormido, tardó un poco en responder, así que supuse que sí. Al llegar a casa ya estaban las bolsas con la cena. Yo estaba cansado, pero también hambriento después de haberme saltado esa deliciosa comida con la madre del señor Black. Así que me lavé las manos, saqué los envases y los distribuí por la mesa, agachándome para coger botellines de agua. El señor Black se fue a su cuarto, pero volvió en poco tiempo con la camisa remangada y los primeros botones desabrochados. Yo le había esperado, pero para cuando se estaba sentado ya me había metido un trozo de lubina al horno en la boca.
—Aunque mi padre es cirujano plástico —me dijo entonces.
Aquello me pilló por sorpresa y con la boca llena, así que mastiqué más rápido para poder decir:
—Sigue siendo médico.
—Ya, pero no salva vidas, como tanto le gusta decir a mi madre —murmuró en voz más baja, pinchando una pequeña patata cocida y llevándosela a la boca.
—No sé, unas buenas tetas te pueden salvar la vida algunas veces.
El señor Black se contrajo un poco, soltando el bufido que anunciaba su suave sonrisa.
—Entonces ha salvado a muchas mujeres —dijo un poco después.
Iba a decir algo más, pero la vibración más larga del móvil sobre la mesa me interrumpió. Era un ritmo especial para los mensajes urgentes y me apresuré a deslizar la pantalla para leerlo. Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza, volviendo a cenar tranquilamente.
—¿Qué era a estas horas? —preguntó el señor Black.
—El señor Lee, que no tiene vida —respondí sin muchas ganas.
—A mí tampoco me cae bien, pero es bueno en su trabajo.
Miré a los ojos del señor Black buscando la forma adecuada de decirle aquello:
—Va a colgar una foto suya y usar el hashtag de moda, así que no se debería creer tan importante. No ha inventado la pólvora.
—¿Quiere más fotos? —me preguntó, terminando el último trozo de lubina.
—Sí, ¿quiere que le saque una ahora? —le pregunté, cogiendo el móvil para poner la cámara y apuntarle—. Finja que es un hombre cercano y humilde.
El señor Black miró la cámara sin moverse, yo le miré a la espera de que

cambiara su expresión seria, pero no lo hizo. Le saqué la foto igualmente, aunque sabía que no valdría.
—¿Qué parte de «cercano y humilde» es la que no ha entendido, señor Black? —le pregunté.
Me miró de nuevo, con la cabeza levemente inclinada hacia un lado. Estaba muy guapo, pero él siempre lo estaba.
—No sé lo que hace la gente cercana y humilde, Leonard —respondió.
—¿Sonreír?
El señor Black sonrió y le saqué otra foto, aunque yo sabía que aquella no era su auténtica sonrisa. Después cambié a la cámara delantera y me di la vuelta para levantar el móvil. Salía mi cara y el señor Black tras de mí.
—Esta es solo por joder —reconocí, poniendo una sonrisa de loco antes de sacar la foto.
Me volví de nuevo y mandé las tres al señor Lee antes de dejar el móvil de nuevo en la mesa. Me terminé el agua y sonreí un poco pensando en su cara al recibirlas. El señor Black se levantó entonces y se alejó mientras decía:
—Hemos terminado por hoy, Leonard.
—Buenas noches, señor Black —me despedí, empezando a recoger todo.
Fui al baño, me quité las lentillas, me lavé los dientes y subí a mi habitación. Me quité la ropa con un leve gemido de placer y me metí bajo la manta. Ya estaba casi dormido cuando oí la puerta y noté a James acercarse y abrir la manta.
Le hice un hueco y se metió sin decir nada. Se pegó a mí y buscó mis labios. Le besé, mordiendo un poco su labio, porque era algo mayor a mis fuerzas. Él me rodeó con los brazos y se puso un poco más sobre mí, frotando nuestros cuerpos. Todavía estaba un poco húmedo del agua de la ducha y el contraste con mi piel caliente me produjo un escalofrío.
Hizo un hueco con sus piernas entre las mías y continuó besándome, cada vez con más fuerza y más saliva. Seguía siendo algo torpe, pero lo compensaba con una pasión bastante cautivadora.
Recorrió mi cuerpo con las manos y terminó hundiéndolas bajo mi ropa interior. Me manoseó el culo y me quitó lentamente el bóxer, separándose lo suficiente para que yo juntara las piernas en el aire y poder quitarlos. Entonces se bajó los suyos, un poco más apresuradamente y jadeando antes de volcarse sobre mí de nuevo.
—Hoy te voy a comer yo a ti… —fue lo único que dijo en voz baja cerca de mis labios.
Lo hizo, y lo hizo muy… muy bien. James era mucho más impaciente que yo, más rápido y fogoso, lamía y mordía un poco a partes iguales; pero, al igual que sus besos, lo compensaba con otras cosas. El pelo de mi cuerpo que tanto le había molestado al principio, ahora parecía cautivarle con locura, siguiendo su suave recorrido desde mi pecho hasta mi entrepierna. Entonces me dio la vuelta y empezó de nuevo por mi espalda. Creí que me iba a morir cuando empezó a pasarme su lengua gruesa y húmeda por

el culo, agarrándome con fuerza las nalgas para abrirlas bien.
Me pegó un cachete fuerte e inesperado que me hizo contener un grito mientras jadeaba, lo repitió otra vez y entonces me lamió la nalga enrojecida, lo hizo otra vez y me acarició la zona un poco dolorida antes de darme otro y devorarme el culo; a no me iba mucho que me pegaran, pero he de reconocer que aquello sí me gustó, porque era divertido y erótico, no algo cruel. Después me dio la vuelta con rapidez y se puso encima de mí para empezar el plato fuerte, se escupió en la mano y se lubricó la polla antes de empezar a rozarla contra mi ano ya empapado por su saliva.
Me volvió a besar con su boca completamente empapada y su barba húmeda y gemí de placer al sentirla sobre mis labios. Le rodeé el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, atrayéndolo todo lo posible hacia mí porque le necesitaba, mientras notaba como, poco a poco, algo demasiado grueso quería entrar dentro de mí.
Empecé a apretar los dientes y a jadear, a morderme el labio y a mirarle a los ojos, inmerso en lo más profundo de la excitación y la locura. James no estaba mucho mejor que yo, buscaba mis labios y empujaba poco a poco, pero sin parar, deseoso de poder meterla entera.
Jadeé su nombre un par de veces y le apreté más contra mí cuando sentí que ya era demasiado y aun así quedaba un poco más que meter. Cuando James al fin lo consiguió estar dentro de mí por completo, soltó un ruidoso gruñido de placer y empezó a follarme con un movimiento acompasado de la cadera, sin alejarse de mí y sin dejar de apretarme el pelo con una mano y de recorrer mi cuerpo con la otra. Todo terminó cuando le mordí el labio inferior y le rogué que se corriera dentro de mí. Yo no iba a poder aguantar más porque sabía que ya estaba rozando los límites de lo soportable. Y, con un gemido intenso y mirándome fijamente a los ojos, James se corrió dentro de mí. Siguió moviendo suavemente la cadera, empujándome contra él para intentar meterse más y más dentro mientras eyaculaba con violencia, y, cuando terminó, perdió el aliento y se dejó caer con todo su peso sobre mí. Respiraba con fuerza, al igual que yo, y su piel se había cubierto con una fina capa de sudor.
Me tomé un momento para disfrutar de aquel momento glorioso tras uno de los mejores polvos de mi vida. Acaricié la espalda de James y le di un beso en la base del cuello, allí donde le alcanzaba, ya que tenía su cabeza a un lado de la mía, hundida en la almohada. Tras unos pocos segundos la levantó y me besó en los labios, primero uno corto y después uno más largo e intenso. Nos miramos a los ojos y nos quedamos así hasta que él me preguntó en apenas un jadeo:
—¿Raro?
—Muy raro —asentí con una sonrisa.
—Sí, muy raro —susurró.
Se iba a apartar ya, pero yo le detuve y le volví a pegar contra mí. James no se quejó en absoluto y volvió a hundir su cabeza sobre la almohada con

un suspiro de placer. Cerré los ojos y seguí acariciándole hasta que, en algún momento, me quedé dormido.
Y aquello se convirtió desde entonces en algo habitual. Por el día manteníamos una relación relajada pero formal, mientras por las noches James venía a mi habitación y follábamos, algunas veces sin si quiera decir nada, y nos quedábamos dormidos poco después.
¿Qué significaba eso? Significaba que yo no tenía ni puta idea de lo que estaba pasando. La forma que tuve de lidiar con ello fue la siguiente: yo era el ayudante del señor Black y por las noches teníamos sexo… ya está, eso era todo.
Nada serio, sin importancia y sin mayor significado que el de disfrutar. Era muy buen sexo, y además con un pedazo de hombre como era James, así que preferí no darle demasiadas vueltas. ¿Era mala idea hacerlo y no debería haber caído en la trampa? Probablemente. ¿Me arrepentía? En absoluto.
Simplemente, era algo que pasaba.
—Hoy tiene dos reuniones por la mañana y por la tarde le he despejado la agenda para pedirle cita con el salón de estética y las compras que quiere hacer antes del caribe —le expliqué la mañana del viernes, a tan solo un día de marcharnos al paraíso—. Llamé a Jack y a Isabelle para recordárselo y citarlos en el aeropuerto, ya he alquilado el jet privado, aunque sigo pensando que me sorprende que no tenga usted uno.
—No viajo tanto como para necesitar un jet privado, Leonard —respondió con calma mientras repasaba unos papeles de camino a la oficina, porque, al igual que yo, él tenía trabajo que adelantar antes de poder irse—. ¿Has pedido cita para ti también en el salón?
—Sí, pelo y barba —respondí, mandando el clásico mensaje con el pedido de café a recepción.
—Y culo —añadió.
Levanté la mirada, pero el señor Black no dejó de pasar las páginas del informe de forma distraída. Últimamente estaba muy… tranquilo, como relajado y menos irascible por todo. Era bastante agradable, casi parecía una persona normal. Aunque temía que fuera debido a la orgía, que le mantuviera ilusionado y expectante, y que después todo acabaría y volvería a ser el señor Black de siempre.
—¿Va a estar Hanna Owl en el caribe y me la va a presentar? —le pregunté, un poco en broma un poco para decirle que no tenía ningún motivo para depilarme otra vez.
El señor Black no movió la cabeza, pero alzó los ojos para mirarme por el borde superior.
—Hanna Owl no te va a comer el culo esta noche —dijo en voz seria y baja—, pero yo sí.
Entreabrí los labios, pero no pude decir nada. Aquello me había resultado terriblemente erótico y provocativo, y me costó un poco mantener la compostura y no sonreír con deleite; porque estábamos en hora de trabajo

y no era el momento de dejarse llevar.
—Me depilé la semana pasada, ¿no se supone que esto dura un mes o algo así? —conseguí decir.
—Es un repaso —respondió antes de bajar de nuevo la mirada a los papeles y ordenarme—: pide la cita.
Puse una mueca de fastidio, pero llamé al salón y pedí la cita. Tenía claro que empezaban a odiarme por estar siempre pidiendo cosas en el último momento, pero no podía culparles, yo sabía lo que era eso y también me odiaría si fuera ellos. Cuando llegamos a la oficina el señor Black me entregó los papeles para que los enviara a los diferentes departamentos y tuve que quedarme en mi escritorio para ordenarlos y clasificarlos antes de la primera reunión. Di un aviso a recepción para recordarles el café y una de las recepcionistas me dijo que estaba en camino y que lo sentía.
Al final Recursos Humanos había hecho algunos cambios y despedido a la mitad de las chicas rubias y blancas para contratar a otras y dar un aspecto más multicultural a la oficina. A mí me gustaba entrar en la oficina y no sentirme en la empresa Rubias S.A., pero también me gustaba que la gente fuera eficiente y que trajeran el café cuando lo pedía. Al final tuve que ir a buscar al señor Black al despacho para la primera reunión.
—¿El café? —me preguntó mientras le ajustaba la corbata y le alisaba la chaqueta del traje.
—Una de las nuevas recepcionistas ha ido a por él y creo que se ha perdido o algo.
El señor Black puso una mueca de enfado y salió del despacho en dirección a recepción, pero yo me adelanté y le corté el paso.
—Tiene una reunión —le recordé mirándole a los ojos—, yo me encargaré de que lo del café no vuelva a pasar.
Él dudó, clavando sus ojos del azul del mar en mí, pero tras unos segundos de intensa incertidumbre, cambió de dirección hacia la sala de reuniones. Me senté en mi sitio de siempre mientras el equipo de márketing soltaba su discurso aburrido y monótono que ignoré por completo.
Recibí un mensaje del salón de belleza confirmando mi cita para mi «repaso», y negué con la cabeza mientras seguía sacándome algunos mensajes de encima mientras finiquitaba los preparativos para los tres días que se pasaría el señor Black en el caribe.
Llegaríamos la tarde del sábado tras cuatro horas de vuelo, después cogeríamos un coche desde el aeropuerto al puerto para coger un barco que nos llevara a la isla donde estaba el resort de lujo en el que, se suponía, el señor Black se quedaría hospedado; sin embargo, un yate les recogería a él y sus sumisos la mañana del domingo para llevarles a la isla de la orgía.
Eso significaba que yo tendría casi dos días para mí solo en un resort de lujo en el centro del caribe hasta que el señor Black volviera el lunes por la noche.

Al contrario que él, yo seguiría trabajando durante mi estancia, pero lo haría en una playa de arena blanca y mar azul cristalino, quizá con una buena copa en la mano.
La reunión terminó y tardé un momento en percatarme, perdido en mis propios pensamientos, así que casi salté un poco de la silla para seguir al señor Black de vuelta a su despacho. Le dije que tendría diez minutos antes de la siguiente reunión y le dejé allí para ir a recepción. Reconocí a dos de las chicas, pero no a una joven de pelo negro y ondulado, de grandes ojos color chocolate y gruesos labios que, para mi sorpresa, parecían naturales. Era, sin duda, una completa belleza latina y exuberante.
Ella se levantó de un salto, cogiendo la bandeja de cartón con los dos cafés y poniéndola sobre la mesa alta de recepción con una mueca entre el miedo y el arrepentimiento.
—Lo siento, señor O'Brien, ha sido culpa mía —se apresuró a disculparse con una voz suave y dulce—. Lo del café. No… no encontraba el sitio que le gusta. Estaba muy lejos… Lo siento —concluyó después de todo aquel balbuceo antes de bajar la mirada.
Capté lo suficiente para saber qué había pasado allí. Las recepcionistas habían jugado una mala pasada a la nueva chica, quizá por diversión, quizá por vengar a sus hermanas de Rubias S.A. que habían sido despedidas.
—Hay un local de café girando la esquina —le expliqué con una leve sonrisa—, puedes ir allí la próxima vez. —Entonces me volví un poco hacia el resto de recepcionistas que fingían estar demasiado ocupadas para prestar atención a lo que estaba ocurriendo allí—. Más vale que no vuelva a llegar tarde el café.
—No, señor O'Brien —respondió la joven un poco nerviosa, como si la advertencia hubiera sido solo para ella—. Lo siento mucho.
Asentí con la cabeza y me fui con el café, perdiendo la amable sonrisa por el camino. Cuando llegué al despacho le entregué al señor Black su café solo largo y yo cogí el mío con leche.
—Ya está todo resuelto.
—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con tono serio.
—Nada —mentí, porque la verdad solo le hubiera enfadado y le hubiera reafirmado en su idea de que Recursos Humanos se estaba equivocando al cambiar a las recepcionistas—. Una pequeña equivocación sin importancia.
Se quedó unos segundos mirándome fijamente y después le dio un sorbo al café frío para dejarlo a un lado y no volver a tocarlo. Yo sí bebí el mío, porque todavía quedaba un largo día por delante y no me importaba la temperatura a la que estuviera, solo la cafeína que llevaba. Asistimos a la segunda reunión, una de tantas que teníamos a la semana con la señora Timber. El producto que habían lanzado ya estaba produciendo unos beneficios considerables, así que no eran reuniones diarias y secas como

antes, sino algo meramente informativo y más relajado con nuevos gráficos que mostraban la lenta pero constante mejoría de la situación. Cuando la señora Timber terminó con su típica advertencia pesimista de que aun así podría no producir los beneficios esperados, dejamos la sala de reuniones y fuimos en dirección al despacho.

—¿Has visto el chupetón que tenía a un lado del escoté? —me preguntó el señor Black mientras se quitaba la americana y deshacía el nudo de la corbata.

—Claro que lo he visto —respondí, mirando la agenda para comprobar cuánto tiempo teníamos entre la comida y la cita en el salón—. Tiene una hora para comer antes de su cita en el salón de belleza —anuncié.

El señor Black asintió y se sentó en su sillón negro. Alguien llamó a la puerta y me di la vuelta para recoger la comida que, como siempre, había llegado puntual.

—La comida, señor O'Brien —me dijo la joven latina de recepción, entregándome la bolsa con los envases.

Estaba un poco sonrojada y apenas pudo sostener mi mirada un par de segundos antes de bajarla a mis pies. Eso estaba empezando a ponerme un poco de los nervios. Cogí la bolsa de su mano y le di las gracias con una educada sonrisa antes de cerrar la puerta. Alcé las cejas y fui hacia el escritorio para repartir el contenido en dos montones.

—¿Quién era? —me preguntó el señor Black—. ¿La pequeña equivocación?

Dejé un envase sobre su lado del escritorio y le dediqué una breve mirada y una suave sonrisa. El señor Black ladeó un poco el rostro y miró mis ojos fijamente antes de descender un momento hacia mis labios. Él no era tonto y sabía que el error del café tenía nombre y cara, pero que yo no había querido decírselo.

—Sí —reconocí, terminando con el contacto visual para coger mi pila de envases y llevármelo al sofá y la mesa baja del lado—. Le iba a gustar —continué—, es bastante guapa y parece una de esas mujeres sumisas y tímidas que buscan a un hombre fuerte que las guíe en la vida.

El señor Black abrió los envases, descubriendo un arroz con huevo revuelto y guisantes y una sopa humeante de verduras.

—¿Ahora me buscas sumisas, Leonard? —preguntó.

—Sí, he puesto un anuncio en la prensa —respondí, después de terminar de masticar una cucharada de arroz.

—¿Te has asegurado de poner mis medidas? —dijo, de esa forma relajada y seria.

Parte de la gracia del señor Black era que sus bromas no parecían bromas, por eso eran tan graciosas.

—Por supuesto.

—¿Las conoces? —me preguntó, mirándome por el borde de los ojos.

—Las conozco muy bien, señor Black —le aseguré, fingiendo que algo en el móvil había captado mi atención.

Aquellas conversaciones me gustaban, pero no podía permitirme que el señor Black continuara, ya había cometido ese error de mostrarme un poco más abierto y juguetón el día anterior; y había desembocado en un bucle de ofertas y tratos por su parte para intentar convencerme de que le montara en el coche o le comiera la polla bajo la mesa del despacho. Pero tuvo que aguantar hasta la noche, cuando le hice ambas cosas en la cama.

—Quizá deberías repasarlas… —murmuró en voz baja y más grave, mirándome fijamente mientras se metía una cucharada en la boca y la masticaba lentamente.

—¿Recuerda cuando teníamos límites, señor Black? —le pregunté.

—Recuerdo lo aburrido y frustrante que era —reconoció.

Tenía toda la razón, ahora todo era mucho más divertido, pero no era algo que fuera a reconocer en voz alta.

—¿Ha pensado en lo que quiere comprar esta tarde? —cambié de tema, nada sutilmente.

El señor Black se tomó unos segundos mientras masticaba, visiblemente molesto por aquella interrupción. Cogió aire y movió un poco la cadera, seguramente para acomodar la erección que apretaba la tela de sus pantalones.

—Compraremos ropa para el caribe —dijo entonces, recuperando su tono calmado y no tan profundo y grave—. Debemos dar la mejor imagen.

—Creía que no iba a llevar demasiada ropa en la fiesta —le confesé con una ligera sonrisa bailándome en los labios.

El señor Black soltó aire un poco rápido por la nariz y las comisuras de sus labios se alargaron un poco en una suave sonrisa.

—No es para la fiesta, es para el resort —me dijo—. Como nosotros, habrá otros invitados que se queden allí a pasar la noche.

—Oh —comprendí—, quiere estar elegante.

—Quiero que «estemos» elegantes —recalcó.

Asentí mientras removía el bol de sopa de verduras. Si quería comprar ropa para todos en algunas de las tiendas más caras de la ciudad, la suma total del viaje iba a quedarse cerca de alcanzar los cinco ceros.

Al terminar de comer preferí no pedir otro café, tendría tiempo de sobra mientras atendían al señor Black en el salón de belleza para ir a comprarlos por mí mismo. Así que recogí todo mientras él se ponía la americana, pero no se ató la corbata, porque era algo que le había empezado a gustar que hiciera yo por él. Cuando le di mi visto bueno salimos en dirección al ascensor para no volver en cuatro días.

—¡Señor Black! —gritó entonces una voz cantarina antes de que alcanzásemos el ascensor.

Ambos nos detuvimos y yo levanté la mirada del móvil con sorpresa, para ver a la muchacha latina de pie tras recepción, totalmente colorada y con los ojos muy abiertos. Se quedó así un momento, sometida completamente bajo la mirada del señor Black. Se puso incluso más colorada y de pronto movió sus labios carnosos, pero no dijo nada.

—Si… siento lo del café —consiguió decir al segundo intento, bajando la mirada a la mesa.
El resto de recepcionistas la miraban como si no pudiera creerse lo que veían. El ascensor llegó a nuestra planta y el señor Black se metió sin decir nada, seguido de mí. Al cerrar las puertas puso su mano en la parte baja de mi espalda y cogió una bocanada de aire.
—¿Esa es la mujer que me iba a gustar? —me preguntó en voz baja.
—Sí.
—Creo que no has entendido en absoluto lo que a mí me gusta, Leonard.
Iba a responder, pero el ascensor se detuvo y entraron una pareja de ejecutivos de otra empresa que nos dirigieron una mirada seca antes de seguir hablando entre ellos. Dejé pasar la conversación y para cuando estábamos en el coche ya tenía otra cosa que decirle.
—Jack me ha enviado un mensaje para saber si podría venir esta noche a casa y ya viajar con usted desde allí al aeropuerto.
—No —negó él, quitándose los zapatos sin desatarlos para poner los pies encima de mis piernas.
Dejé el móvil a un lado, tecleando con solo una mano mientras usaba la otra para masajear uno de los pies. Jack estaba intentando reconciliarse con el señor Black, porque había jugado fuerte y había perdido la última vez. Aquella era su última oportunidad para volver y estaba bastante seguro de que usaría todas sus armas para conseguirlo. No sabía muy bien cómo me hacía sentir aquello.
—Que te recorten la barba, pero no mucho, y solo las puntas del flequillo y los lados —ordenó, dedicándome una de sus miradas fijas e intensas por el borde superior de sus ojos.
—Sí, señor Black.
Él asintió, complacido, mientras empezaba a empalmarse. Lo hacía siempre que prefería obedecer y no discutir sobre pequeñeces sin importancia como aquella.
—Te compraré toda la ropa que quieras si te desnudas ahora mismo y me dejas follarte a cuatro patas.
—No —negué esta vez, algo que ambos sabíamos que haría, mientras continuaba masajeándole los pies con la mirada baja.
Antes de llegar al salón, me levanté un poco para alcanzar los zapatos tirados en el suelo y se los puse antes de atarlos. Después salimos del coche y cruzamos una calle bajo un cielo nublado y chispeante. Seguía lloviendo de vez en cuando, pero lo peor de la tormenta había pasado ya.
La misma chica morena de siempre recibió al señor Black con una gran sonrisa mientras me ignoraba por completo, le ofreció algo de beber y nos dijo que ya estaba todo preparado.
A mí me llevaron al gran salón donde cortaban el pelo y al señor Black lo subieron a las salas de depilación. El peluquero de esta vez era diferente a la primera y puso menos pegas a cortarme el pelo como yo le había pedido; sin embargo, el hombre que vino después fue el mismo hombre

moreno de rastas que la primera vez. Le dediqué una sonrisa de reconocimiento y le saludé, aunque puede que el no se acordara de mí.
—El empleado del señor Black —dijo, sonriendo también un poco mientras nos mirábamos a través del espejo—. ¿Bigote esta vez?
Me reí un poco y negué con la cabeza, un poco sorprendido de que lo recordara.
—Solo recortar.
Afirmó y empezó a pasarme la maquinilla con la fluidez y pericia que solo daban la experiencia. Sacó el tema del tiempo, la tormenta y lo mucho que había llovido, yo respondía lo que podía, intentando no mover demasiado la boca para no interrumpir su trabajo.
—Yo soy de Irlanda, así que esto solo ha sido un chubasco de verano para mí.
Le hizo gracia y se rio en voz baja antes de responder:
—Tienes un poco de acento, pero no estaba seguro de dónde.
—Llevo ya algunos años aquí.
Después me contó que él había nacido en las Barbados pero que se había mudado cuando era un niño. Seguimos hablando un poco más, incluso cuando estaba bastante seguro de que había terminado su trabajo conmigo y que simplemente estaba haciendo tiempo mientras repasaba partes de mi barba. Tuvo que venir una de las estilistas para interrumpirnos y decir que me estaban esperando desde hacía un rato en la sala de depilación. Puse cara de circunstancias y me disculpé mientras me levantaba del sitio, despidiéndome con una breve sonrisa y un gesto de la mano.
Por suerte la mujer que iba a hacerlo era la misma que la otra vez, lo que lo hizo un poco menos violento para mí porque, básicamente, ya me había visto antes. Esta vez conseguí mantener una breve conversación con ella mientras me «repasaba», aunque no creyera que le hubiera dado tiempo a crecer nada en solo una semana.
Cuando terminó me subí los pantalones con una expresión agradecida y me fui. Me escocía un poco, pero no tanto como la primera vez. Fui hacia la entrada y pregunté cuánto le faltaba al señor Black para terminar.
—Solo queda cortar y peinar —me respondió la recepcionista sin apartar la mirada de la pantalla.
Yo tampoco me molesté en darle las gracias. Salí del salón y busqué en el móvil algún lugar cercano que diera café para llevar. Cuando volví con los hombros y el pelo un poco mojados, el señor Black ya me estaba esperando.
—Lo siento, señor Black —me disculpé—, creía que tardaría un poco más.
Cogió uno de los cafés de mi mano, rozando las puntas de sus dedos con las mías mientras me miraba. Había quedado muy guapo después de que le hubieran peinado y recortado la barba, que ahora estaba perfectamente alineada y densa.
—Ha sido más rápido de lo normal —dijo antes de indicarme la salida con un movimiento de cabeza.

Subimos al coche, aunque el salón de belleza quedara bastante céntrico y solo nos separaran diez minutos andando de llegar a la calle comercial de la ciudad. El pobre Lakov se iba a pasar la tarde dando vueltas por el centro hasta que el señor Black decidiera irse a casa. Cogí el paraguas antes de salir por si acaso nos pillaba un chubasco entre tienda y tienda, y fuimos a la primera de la lista. Un hombre muy bien vestido y educado nos preguntó si necesitábamos algo, pero habló más para el señor Black porque era él quien apestaba a dinero, no yo.

—No —se limitó a responder con un tono seco antes de seguir andando hacia el centro de la tienda.

Dimos un par de vueltas por aquel lugar tan elegante, deteniéndonos en uno u otro punto porque el señor Black veía algo que le interesara. A veces se lo ponía delante a él y a veces me lo ponía delante a mí, pero nada parecía convencerle. Se quejó de que no había casi ropa de verano.

—Está buscando ropa de verano a dos meses de navidad, señor Black —le recordé.

Me dirigió una mirada seria por el borde de los ojos, sin dejar de caminar.

—¿Y qué? —preguntó, como si fuera culpa de la tienda no tener lo que él quería.

Al final nos fuimos sin comprar nada hasta la siguiente, que quedaba casi en frente. Otro hombre del mismo palo que el primero nos hizo la misma pregunta con la misma sonrisa ensayada y recibió la misma respuesta. Aquella tienda me gustaba más, era más cálida porque las estanterías eran de madera y las paredes y el suelo de color crema; aunque se parecía un poco al vestidor del señor Black. Allí se detuvo más, encontrando algunas camisas que le gustaban con estampados más veraniegos. Cogió un par de ellas después de seguir el proceso de ponérnoslas delante y me las entregó para que las llevara yo en las manos mientras hacía lo mismo en a la sección de pantalones. En la sección de accesorios cogió un par de gafas de marca y nos lo llevamos todo a los probadores. Allí otro hombre nos volvió a ofrecer ayuda y fue igualmente rechazado sin piedad.

—Entra —ordenó el señor Black, abriendo la puerta del primer probador que encontró.

Yo iba con las manos cargadas y entré, buscando algún sitio donde poner las cosas. El señor Black se quitó la americana y se deshizo el nudo de la corbata mientras yo colgaba todo e intentaba no arrugarlo.

—La camisa menta es para ti y el polo azul para mí —me indicó sin detenerse—. Pruébatelo.

Me quité mi camisa azul claro, sacándola de dentro de los pantalones negros de pinza. Desnudarme delante del señor Black a esas alturas no suponía nada para mí, no iba a ver nada que no hubiera tocado, besado o lamido ya. Le entregué el polo de un bonito color cobalto y me empecé a poner la camiseta verde menta.

—Es para el caribe, Leonard —me recordó, supervisándome mientras me vestía.

Él no se había abrochado los botones del polo, así que fui quitando botones hasta dejarla abierta hasta la base de mi pectoral. La metí por dentro del pantalón y esperé al veredicto del señor Black. Él me miró detenidamente y empezó a empalmarse, así que supuse que le gustaba.

—Los pantalones caqui —señaló—. Coge los blancos para mí. —Y empezó a quitarse el cinturón.

Cuando ya teníamos el conjunto puesto el señor Black hizo que me acercara y me puso a su lado frente al espejo. Parecíamos dos amigos gilipollas y folladores con mucho dinero y preparados para un par de noches de locura en Ibiza, o una pareja gay con mucho dinero preparados para ser la decepción de muchas mujeres heterosexuales.

No había término medio. El señor Black, sin embargo, pareció tomarse aquello con mucha seriedad, mirándonos atentamente. Puso su mano en la parte baja de mi espalda y miró el resultado, como si eso hubiera cambiado algo.

—Está muy guapo, señor Black —le dije, tratando de ayudarle a decidirse.

Porque era cierto. El polo era ajustado y le marcaba a la perfección los músculos de los brazos y el pecho, pero le caía más suelto hacia la cintura y no resultaba del todo obsceno, mientras que los pantalones hacían de sus piernas un tesoro nacional. Pero él me ignoró y me abrió un poco más las solapas de la camisa para que se me mirara mejor el pelo del pecho, entonces asintió complacido con el resultado.

—Ahora tú la camisa blanca y los pantalones cortos color crema y yo la camisa con el patrón y los pantalones largos grises —ordenó.

El resultado fue casi el mismo cuando nos pusimos uno al lado del otro mientras yo me metía las manos en los pantalones. Se volvió a girar para abrirme un poco más la camisa y me puso la mano en la espalda antes de mirarnos a través del espejo en silencio. Puso una mueca de escepticismo y me ordenó ir a por un par de gafas que había escogido, de estilo aviador. Cuando se las puso me costó no empezar a empalmarme yo también. Pasó su mano por mi espada y me rodeó los hombros, acercándome un poco más a él antes de asentir, complacido con el resultado.

—Bastante bien —murmuró—. Te compraré algo que ponerte al cuello, resaltará tus pectorales y con tus gafas ganarás mucho de tu rollo.

Asentí como si supiera de qué estaba hablando. El caso es que compró todo lo que nos habíamos probado y se dejó en solo una tienda más dinero de lo que había gastado yo en ropa los últimos tres años. En la siguiente hizo lo mismo: nos probábamos la ropa, nos poníamos al lado y el señor Black valoraba si era lo suficiente bueno o no para él.

Con cuatro bolsas ya en las manos y la quinta tienda en camino me empecé a preguntar cuando iríamos a alguna tienda femenina para comprar la ropa de Isabelle. Jack y yo posiblemente tuviéramos una talla parecida, pero yo no podría probarme vestidos para ella.

Cuando entramos en la joyería más grande y pomposa que había visto en mi vida le pregunté al señor Black mientras esperábamos a que alguien

nos atendiera:
—¿Quiere que llame a Isabelle para preguntarle la talla, o se la sabe?
Él me miró un momento en silencio.
—¿Para qué quieres saber su talla? —preguntó.
—Para la ropa de ella —respondí, como si fuera evidente.
—Esto es para nosotros, Leonard, no para los sumisos —me aclaró entonces—. Me importa una mierda lo que ellos lleven —añadió, volviendo la cabeza de nuevo al escaparate con colgantes de plata.
Me quedé en silencio y moví lentamente la vista a un lado. Como muchas otras veces, no sabía cómo sentirme al respecto. Tenía una sensación de incomodidad, pero también sabía que aquella ropa era por trabajo; bueno, no por trabajo, pero era para que el señor Black quedara bien delante de sus amigos pervertidos. Como su ayudante yo también debía tener una imagen impecable. Cuando terminara el contrato la dejaría en su casa.
—¿En qué puedo ayudarles? —nos preguntó una mujer de mediana edad con una gran sonrisa blanca.
El señor Black le explicó brevemente lo que quería: «algo informal pero bueno». Con esas simples indicaciones la mujer tuvo que echarle imaginación y fue sacando uno a uno varios colgantes de hombre. Ninguno tenía el precio, pero no había oído al señor Black preguntar el precio de nada, ni a ninguno de los dependientes decírselo. Aquel era el mundo de los ricos.
Después de comprar un extraño colgante de cadena con varios objetos de plata colgando, al estilo alternativo del que él había hablado. Nos fuimos a otra tienda a probar gafas para el señor Black y sombreros de paja para mí, todo de diseño, por supuesto. Me probó varios sombreros, cambiándolos sobre mi cabeza, mirándome atentamente y decidiendo si le gustaba o no cómo me quedaba. Terminó comprando tres: un blanco de banda negra, otro color crema de banda blanca y un tercero gris.
Cuando al fin dio por concluida la tarde de compras, ya era de noche y yo llevaba ocho bolsas entre las manos y él otras dos. No pesaban, pero estaba cansado de moverlas por toda la calle y las tiendas.
Pude llamar a Lakov y entregárselas cuando apareció para que las metiera en el maletero. Entonces entré en el coche y me recosté con un resoplido en el asiento, tomándome un minuto de descanso antes de coger el móvil de mi pantalón. No lo había podido atender en varias horas y estaba repleto de notificaciones y mensajes. No conseguí responder a demasiados antes de llegar a casa y tener que subir las bolsas en el ascensor.
—¿Dónde quiere que las deje? —le pregunté cuando llegamos a casa.
—Déjalas aquí, bajaré las maletas y ya las dejaremos preparadas para mañana.
Y sin más, fue hacia las escaleras mientras se deshacía la corbata.

El señor Black volvió con la camisa remangada y dos maletas de marca en las manos junto con una bolsa de viaje. Las puso sobre la mesa y las abrió, pidiéndome que le acercara todo lo que habíamos comprado. Básicamente me dediqué a mirar como repartía la ropa doblada entre las maletas, porque, al parecer, no íbamos a llevar nada más que lo que habíamos comprado; eso incluía la ropa interior de marca que solo puso en mi maleta y los zapatos. Los accesorios como las gafas y los sombreros los colocó ordenadamente en la bolsa de viaje.

—Mañana me darás lo que necesites llevar de aseo y lo meteremos en el neceser —me explicó, cerrando la bolsa de viaje—. Lo de la fiesta lo pondremos en una bolsa aparte.

—¿Va a llevarse sus juguetes? —le pregunté.

El señor Black me dedicó una mirada serena y respondió:

—Los arneses que compré para los sumisos.

—Ah… —asentí. No me había acordado de eso.

El sonido del ascensor nos sorprendió y ambos miramos hacia el pasillo a la espera de que el repartidor de la comida llegara. Se quedó paralizado cuando nos vio allí, con su casco medio levantado y su ropa gruesa para conducir la moto bajo la lluvia. Me levanté de mi sitio y sonreí un poco para tranquilizarle, cogí el pedido dándole las gracias y se fue.

Las bolsas todavía estaban calientes y empecé a repartir los envases mientras el señor Black dejaba las maletas a un lado del pasillo hacia el ascensor y se sentaba en su sitio de la mesa. Esta vez fue él quien se quedó mirando mientras yo colocaba la cena en platos y se la servía junto con un botellín de agua.

Hoy tocaba carne asada y crema de calabacín. Empecé por la crema porque no me importaba comer la carne un poco más fría.

—Leonard —me llamó el señor Black tras unos minutos en silencio. Levante la mirada del móvil que había estado ojeando para encontrarme con su mirada seria—. En el caribe quiero que seas obediente y que nunca me cuestiones.

—Yo nunca le cuestiono delante de los demás, señor Black —le recordé tranquilamente.

—Lo sé —asintió—, pero allí habrá gente importante, y tengo una reputación entre ellos que quiero mantener. Si te ordeno que hagas algo, no quiero que me dejes en evidencia.

Mantuve su mirada durante unos segundos y después pregunté:

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que quizá los límites de nuestro acuerdo actual se desdibujen un poco —me explicó, de forma seria, pero con cuidado porque sabía que era un tema peligroso—. Debes ser profesional, pero también muy… obediente.

—No voy a ir a la orgía, no voy a dejar que ninguno de sus amigos me toque ni que usted me folle delante de ellos para divertirlos —le aclaré, dibujando una gorda línea roja en la conversación.
El señor Black asintió lentamente, dejó su cuchara a un lado y apoyó los codos sobre la mesa para cruzar los dedos frente a los labios. Se pasó la lengua por los dientes para quitarse algún resto de comida que hubiera quedado allí y me miró fijamente.
—Mantendrás la profesionalidad en todo momento —dijo él, comenzando con su parte de exigencias—, pero allí serás de mi propiedad. Si quiero tocarte, lo haré. Si quiero que te sientes en mis piernas y comas de mi plato, lo harás. No importa quien esté delante.
—Ya tiene a sus sumisos para eso.
—No es lo mismo.
Bajé la mirada con una mueca que dejara claro que aquella idea no me gustaba. Aparté el plato vacío y bebí el último trago de agua antes de volver a mirarle.
—Escúcheme, señor Black. Voy a confiar en usted y hacer lo que me pide, pero —y le mire de una forma más seria para que aquello quedara bien claro—, ya sabe lo que no me gusta. Y no le perdonaré si me traiciona.
Él extendió su mano hacia mí y yo le di un firme apretón, terminando con aquel nuevo acuerdo. Entonces se levantó, descubriendo la gran erección que tensaba la tela de su pantalón.
—Hemos terminado por hoy, Leonard —se despidió, lo que se había convertido en una especie de anuncio para decir que dentro de media hora nos veríamos en mi habitación.
—Buenas noches, señor Black —me despedí, ya casi por costumbre.
Recogí todo, fui al baño a dejar las lentillas y lavarme los dientes y me di una ducha rápida porque el día había sido demasiado movido. Volví desnudo a mi habitación y me puse un bóxer antes de abrir la manta y tirarme en la cama con un gemido de placer. En apenas un par de minutos llegó James, completamente desnudo y con algo entre las manos.
—¿Ya ni siquiera te pones ropa interior? —le pregunté.
Él se encogió de hombros, pero aquello era como una declaración de intenciones nada sutil por su parte.
—Lo que no entiendo es por qué te la sigues poniendo tú —me dijo mientras se acercaba. Dejó lo que llevaba a un lado y abrió la manta para tirar del bóxer que me acababa de poner y tirarlo a un lado.
Alcé las manos para pedirle que se acercara, pero él se quedó sentado a mi lado.
—He pensado en hacer algo —me dijo, entonces se agachó y recogió lo que había traído antes de mostrármelo.
Era una fina cuerda de nailon. Me quedé mirándola unos segundos antes de volver a mirarle a los ojos.
—¿Para qué has traído eso? —le pregunté—. ¿Quieres que hagamos alpinismo ahora o algo?

A James se le escapó un bufido y una media sonrisa de los labios, pero empezó a empalmarse rápidamente.
—No, Leo. Quiero atarte con ella —respondió.
—¿Ya te has aburrido de follar suave? —le pregunté, un poco por seguir bromeando y un poco por miedo a que fuera cierto.
—Me gusta follar suave contigo, pero hoy me apetece algo… diferente.
Volví a mirar la cuerda entre sus grandes manos. Di algunas vueltas a la idea y a cómo me haría sentir el hecho de que me atara; pero, para mí sorpresa, no me horrorizó. Sabía que James no me haría daño y con eso me valía. Además, James me dejaba hacer cosas con él que quizá no le agradaran tanto, como, por ejemplo, dejarme tener el control.
—Vale —acepté—, pero si no me gusta, paras.
James asintió un par de veces, empezando a removerse un poco con excitación contenida. Trago saliva y dijo con tono seguro:
—Te gustará.
Empezó por algo simple, como atarme las manos al cabecero de la cama. Jugó un poco con eso, con mi imposibilidad de tocarle y el control que le daba sobre mí. Fue divertido al principio, después se volvió un poco frustrante.
James me llevó un poco al extremo de la lujuria provocándome con un cuerpo que no podía tocar y una polla que solo podía probar cuando él lo permitía. James se perdió un poco en su papel de amo de las mazmorras y la cosa se puso un poco más dura. Empezó a follarme la boca, hundiendo su polla hasta que me daban arcadas y los ojos se me llenaron de lágrimas. Después utilizó mi propia saliva para dilatarme el ano mientras me miraba fijamente y me hacía preguntas. Las putas preguntas pudieron conmigo: eran bruscas, pero no insultantes. Me preguntaba si me gustaba, si me gustaba que hiciera algo, si me gustaba cómo me lo hacía. Me empezó a ordenar que le rogara que me follara, que le rogara que me llenara con su polla y se corriera dentro.
Y lo hice, joder si lo hice. Para cuando terminó de follarme con más fuerza y pasión de la que me habían follado nunca, yo ya estaba como en la puta luna flipándolo en colores. Entonces se derrumbó sobre mí jadeando y sudado. Yo cerré los ojos y nos quedamos así hasta que, en algún momento, James se movió para besarme, uno suave primero y después otro más intenso. Me desató las manos con la facilidad de un experto y al fin pude abrazarle.
—¿Qué tal? —me preguntó, mirándome con ojos brillantes y expectantes.
Asentí con la cabeza, todavía algo mareado.
—Eres muy bueno —reconocí.
Eso produjo una sonrisa un poco prepotente en sus labios.
—Lo sé.
Después de aquello el resto de la noche fue como siempre, nos dormimos muy cerca el uno del otro y nos despertamos igual de cerca, pero en otra posición. Estaba bastante seguro de que James no paraba de acercarme

más y más por las noches, tratando de rodearme o hundirme bajo él como si se creyera que me iba a escapar. Apagué el despertador justo cuando empezó a sonar y me volví para mirar a un James que comenzaba a entreabrir los ojos.

—Ya es hora —le dije, dándole su beso de buenos días.

Soltó un breve murmullo de queja y se levantó lentamente, quedándose sentado unos segundos antes de incorporarse para ir a la ducha. Yo hice lo mismo, pero con más energía. Había dormido bastante bien después de aquella sesión de sexo con cuerda y pensar que aquel día era el comienzo de unas pequeñas vacaciones me ayudaba a empezar con energías. Después de ducharme elegí la ropa que llevaría al trabajo de normal, porque no tenía muy claro si debía usar ya la que estaba en las maletas. Recogí mi cepillo de dientes y todo lo necesario y lo puse encima de la mesa antes de prepararme un café con leche. El señor Black bajó poco después, con camisa y traje, pero sin corbata.

—Buenos días, señor Black —le saludé.

—Buenos días, Leonard —respondió, lo cual fue bastante extraño, pero menos que ver como se sentaba frente a mí en la mesa—. Hazme un café largo.

Alcé las cejas y no dije nada, solo me di la vuelta para prepararlo y se lo entregué en una de las tazas que todavía no se habían usado. El señor Black fue metiendo las cosas que yo había traído del baño en un neceser negro.

—¿Todo está preparado? —me preguntó, mirándome mientras bebía un pequeño sorbo del café caliente.

—Sí —respondí mientras me sentaba de nuevo—. Lakov nos llevará dentro de… —miré la hora del móvil—, doce minutos al aeropuerto. Allí nos reuniremos con sus sumisos y dentro de hora y media estaremos ya de camino al caribe.

El señor Black no dijo nada y dejó la taza un momento en la mesa.

—Leonard —dijo entonces con un tono serio—, es importante para mí que cumplas con lo que te he pedido.

Me quedé un momento parado, porque el señor Black no era de los que insistían en las cosas.

—Se lo he prometido y eso es lo que haré.

—Ven —ordenó, haciendo un gesto con la mano.

Bajé del taburete y di la vuelta a la isla para ponerme a su lado. El señor Black me rodeó la cintura de improvisto y me levantó para sentarme en la isla.

—Bésame —ordenó.

Tardé un poco en recuperarme de la sorpresa, pero me incliné sobre él y le besé, algo corto y con solo un poco de lengua. Cuando me separé el señor Black seguía mirándome fijamente.

—Otra vez.

—Creo que ha quedado claro que…

—Sin cuestionarme, Leonard —me interrumpió con un leve tono de enfado.
Le rodeé la cara con las manos y volví a agacharme para darle otro beso, esta vez con más lengua y más profundo en su boca. El señor Black empezó a jadear, un poco excitado por ese beso. Me desabrochó los botones de la camisa y la sacó de dentro de mis pantalones antes de deshacerse del cinto y abrirme la parte delantera del pantalón, exponiendo mi bóxer a rayas; todo ello mientras me miraba fijamente.
—Esto, Leonard, pero en mitad de un restaurante con otras veinte personas mirando.
No dije nada durante un momento y entonces me encogí de hombros.
—Conque usted sepa que no soy su sumiso, me vale, señor Black.
Él tardó otro momento en responder:
—Sé que no eres mi sumiso, Leonard.
Su tono fue firme y calmado, y yo le creí.
—Bien —asentí—, sin cuestionarle, entonces.
—Bésame —ordenó de nuevo.
Esta vez le rodeé el cuello con los brazos y le di uno de esos besos a los que dedicaba tiempo y cariño en mitad de la noche. El señor Black se dejó llevar, porque aquel era un terreno que yo conocía mejor que él y en el que no le importaba perder un poco de su amado control a cambio de una mirada fugaz y una sonrisa mientras jugaba con él. Era extraño hacerlo a la luz del día y poder distinguir la forma en la que entrecerraba los ojos, como si mi saliva y mi lengua fueran un poderoso calmante que le estaba dejando al borde de la inconsciencia. Cuando me separé tardó un poco en recuperar la consciencia, parpadeó y tragó saliva mientras la tela de su pantalón luchaba por contener su erección.
Me alargué por la mesa, sintiendo mi propia tensión en los pantalones, para coger el móvil y mirar la hora.
—Tenemos que ir bajando, señor Black —le dije, mostrándole la hora.
Él solo asintió y se quedó allí plantado, mirando cómo volvía a abotonarme la camisa y salía de encima de la mesa para meterme la tela por dentro del pantalón. Cuando volví a estar presentable le volví a mirar a los ojos.
—¿Nos vamos?
El señor Black miró las maletas a lo lejos y volvió a asentir, comenzando a caminar. Él cogió el asa de la suya y yo cogí la mía, la bolsa de viaje y la de los arneses. Nos metimos en el ascensor y sentí la típica presión en la espalda, que se convirtió en un brazo que me rodeaba la cintura y me atrajo hacia el señor Black. Le miré por el borde de los ojos, un poco sorprendido, pero él continuó con la vista al frente sin decir nada. Cuando llegamos al garaje me dejó libre y cogió su maleta para ir hacia el coche.
—¿Qué vas a hacer esos dos días en el resort, Leonard? —me preguntó, con la mirada perdida en la ventanilla mientras íbamos de camino al aeropuerto.

—Trabajar —respondí—, usted es el único que tiene vacaciones.
—En esos lugares siempre hay algún camarero, algún organizador de eventos o socorrista en busca de turistas solitarios y guapos a los que encandilar —empezó a decir en tono bajo—. Yo me he follado a unos cuantos cuando me aburría en mis viajes.
—Me alegro por usted, señor Black —fue todo lo que se me ocurrió responder, porque no entendía a qué venía eso.
—Creo… creo que no hace falta que te diga que me enfadaría mucho —entonces me miró por el borde de los ojos—, muchísimo, Leonard… si tú hicieras eso mismo en el caribe.
Me quedé con la boca abierta, mirándole sin poder creer lo que oía. Por una parte, me sorprendía que creyera que me iba a dejar «encandilar» por algún trabajador con ínfulas de convertirse en el polvo de las vacaciones que contar a tus amigos a la vuelta para demostrar lo «salvaje» que fuiste; por otra parte, el señor Black se iba a meter de cabeza en una puta orgía y su hipocresía me estaba calentando por dentro.
Solté aire por la boca, entre la risa y el jadeo, y negué con la cabeza.
—No, no hace falta que me lo diga… —murmuré en voz baja.
Cogí el móvil para así poder agachar la cabeza y que no mirara mi expresión de enfado. Nosotros no éramos nada, nada más allá de ayudante y jefe, quiero decir. Yo sabía lo que había, lo sabía antes de empezar a besarle y a follar por las noches, y sabía que no podía esperar nada más que eso de él.
El señor Black seguiría con sus sumisos y sus orgías y yo no podía hacer nada para impedirlo, pero él tampoco tenía ningún derecho a decirme a quién podía y no podía follarme. Yo estaba seguro de que yo no iba a tener sexo con desconocidos en el caribe porque, primero, no era mi estilo, y segundo, yo ya estaba bastante complacido y saciado con el señor Black y no necesitaba a nadie más.
Pero aun así no tenía derecho a exigirme que no lo hiciera.
—Solo quería dejarlo claro —dijo él.
—Lo ha dejado bien claro, no se preocupe —respondí yo de forma algo seca.
—Bien —concluyó, quedándose así con la última palabra.
No volvimos a hablar hasta alcanzar la pista del aeropuerto y aparcar frente al jet privado, cuando el señor Black me pidió que mandara un mensaje a los sumisos para indicarles el número de la pista y las indicaciones necesarias para llegar.
El señor Black subió las escaleras del jet, pero yo me quedé esperando a los sumisos. Cogí el móvil y llamé primero a Isabelle, simplemente porque estaba antes en la lista, y traté de explicarle de la forma más sencilla posible como llegar hasta allí. Se quejó, me insultó un poco y después colgó. Cuando llamé a Jack me respondió al segundo tono. Le di las mismas indicaciones y recibí el mismo desprecio de su parte, pero de los dos fue el primero en llegar, con tan solo una mochila al hombro. Le vi

aparecer a los lejos y le hice una señal con la mano.
—Que te jodan —me insultó con una expresión de asco antes de subir al jet.
Yo sonreí, porque en el fondo era un hombre patético y desesperado. Esperé un poco más, pero empecé a preocuparme cuando Isabelle no apareció tras cinco minutos, pensé en llamarla, pero entonces una mujer muy delgada y de pelo negro apareció a lo lejos con una bolsa de mano un poco vieja y cochambrosa. Llevaba gafas de sol y tenía varios piercings en las orejas. La salude con un movimiento de la mano y se detuvo frente a mí. Bajó sus gafas de sol para mirarme de arriba abajo con el ceño fruncido.
—¿Tú eres Leonard? —me preguntó, como si le costara creérselo.
—Gracias por venir, Isabelle —respondí con una suave sonrisa, invitándola a subir al jet.
—Me van a pagar, no es porque haya querido —me aseguró.
La acompañé por las escaleras y entré en el avión tras ella. No era muy grande, pero era bastante elegante; los sillones eran amplios y mullidos, de un limpio color crema. Había cuatro alrededor de una mesa a un lado, con un alargado sofá al otro y dos asientos más privados al final, mirando hacia la cabina del piloto. El señor Black estaba sentado en la mesa, en dirección a la entrada y mirando la tablet. Jack ya estaba de rodillas en el suelo, en el pequeño pasillo que separaba la mesa del sofá. Isabelle soltó un bufido y tiró su bolsa negra a un lado antes de arrodillarse junto a Jack. Yo me quedé de pie.
—Ya está todo listo, señor Black —le dije.
Él levantó la mirada y asintió antes de señalar el asiento frente a él. Tuve que tener cuidado para conseguir pasar entre los sumisos y poder sentarme en el primer sillón antes de correrme hacia el otro. Fue un momento muy incómodo y extraño.
—Pide un café, Leonard —ordenó, volviendo a mirar la tablet.
—No hay azafatas, señor Black —le recordé, algo sobre lo que ya habíamos hablado.
No era buena idea que hubiera allí más gente de la necesaria que pudiera ver a los sumisos y al soltero de oro juntos.
—Iré a ver si hay cafetera en la cocina —me ofrecí, volviendo a salir y a esquivar a Jack e Isabelle, quienes tenían la cabeza agachada y las manos sobre las rodillas.
Más allá de la puerta estaba el baño y un pequeño lugar a un lado que era la cocina. Había un mueble sin fregadero y un par de armaritos de madera. Los abrí y encontré un hervidor de agua y sobres de café soluble y leche en polvo. Abrí la mini nevera a un lado, con tres botellas de champán y una de agua. Encendí el hervidor y lo preparé todo, usando dos tazas de cartón con interior de plástico. En un par de minutos conseguí algo parecido a café y café con leche calientes.
—Es café soluble —le dije al señor Black, poniendo la taza humeante fren-

te a él en la mesa antes de hacer malabarismos con la mía entre los sumisos—, pero hay tres botellas de champán si no le gusta.
—Podrías haber hecho un cóctel.
Le miré en silencio y una pequeña sonrisa en los labios por la sutil broma. El señor Black me miró por el borde superior de los ojos.
—¿Con champán y café soluble? —le pregunté entonces, empezando a reírme—. ¿Cómo se llama? ¿«El champanfé»?
El señor Black soltó uno de sus bufidos antes de sonreír. Entonces el jet empezó a moverse por la pista, miró por la ventanilla redonda a su lado y con expresión seria se volvió hacia los sumisos.
—Sentaos detrás, en silencio —les ordenó con tono duro y seco.
Jack e Isabelle se levantaron casi a la vez y fueron hacia los asientos frente a la cabina del piloto. Le di un sorbo a mi café, puse cara de asco y lo dejé a un lado antes de sacar el móvil. Al menos el sillón era muy cómodo y mullido.
En la primera hora de vuelo conseguí ponerme al día con todo lo que me había quedado pendiente después de haber dejado la casa. Dejé el móvil sobre la mesa y me froté el rostro. El señor Black llevaba un buen rato mirando las nubes por la ventanilla con expresión calmada.
—¿Le importa que coja la tablet, señor Black? —le pregunté.
Él me dirigió una breve mirada y negó con la cabeza, acercando la tablet hacia mí. Descargué mi juego favorito y eso me entretuvo otros veinte minutos hasta que el señor Black me preguntó:
—¿Estás jugando?
—Sí, ¿quiere jugar usted también? —pregunté, poniendo la tablet en mitad de la mesa—. Es «Asesinato en Hillhouse».
El señor Black miró la pantalla y después a mí buscando una explicación más desarrollada.
—Son como pequeñas historias de misterio. Alguien muere y tienes que encontrar pistas por la casa y hablar con los que estaban allí antes de tomar una decisión. Algunas son bastante entretenidas, otras no tanto. Mire, pruebe esta —pulse el botón de volver y después el capítulo llamado «La Condesa».
El señor Black se acercó más la tablet, pero la dejó encima de la mesa para que yo la pudiera ver también.
En un cuarto de hora de reloj lo había resuelto, condenando al jardinero.
—¿Hay más? —preguntó, retrocediendo para ver las historias y los niveles que tenían. Fue a por las más difíciles, porque era un hombre al que le gustaban los retos.
Yo no había jugado esa historia y estuve atento, me puse de rodillas en el asiento para poder inclinarme sobre la mesa y mirar mejor los diálogos y las pistas.
—Se ha dejado una en la cocina —le dije, pulsando en el pequeño mapa de la casa para acceder a la imagen de la cocina y el objeto más borroso escondido tras el fregadero.

Tras veinte minutos le dije con total seguridad:
—Fue el ama de llaves.
—No. Estaba en el invernadero cuando la vio el chofer —respondió.
—La vio, pero no cuando mataron al señor Hill, y los niños dijeron que jugaban por un pasadizo secreto del servicio que conectaba con la biblioteca. El ama de llaves le mató con el cuchillo de cocina y lo enterró en el invernadero.
El señor Black dudó, pero terminó pulsando el botón que culpaba al mayordomo, el culpable más evidente del crimen. Después salió el aviso de que habíamos fallado y que el verdadero autor del crimen había sido el ama de llaves, tal como yo lo había descrito.
Miré al señor Black en silencio y él me dirigió una breve mirada por el borde de los ojos.
—¿Lo habías jugado ya? —preguntó.
Quise reírme, pero solo fue un jadeo sarcástico.
—Por favor, señor Black… Mi madre es una obsesa de la novela criminal, he crecido rodeado de estanterías repletas de historias sobre misterios.
Él asintió, como si no me creyera. Retrocedió en la pantalla y pulsó la última historia publicada, con fecha de hacía dos semanas. Una historia que yo no podría haber jugado. Acepté el silencioso reto y me empleé a fondo.
—Fue el marqués, en el funeral y con el candelabro.
—El marqués estaba follándose a la doncella durante el asesinato.
—En la habitación del servicio había una carta que decía que la madre de la doncella necesitaba dinero para pagar a los médicos, así que el marqués le pagó para que fingiera que estaban follando mientras mataba al señor Hill.
El señor Black le dio al botón de resolver el caso y acusó al hijo del señor Hill por ser un vividor y querer la herencia de su padre, otra vez, el culpable más obvio. El mensaje que indicaba que había fallado y que el asesino era el marqués produjo en el señor Black un efecto inesperado: apretó con furia los dientes y le dio un violento puñetazo a la mesa. También era un hombre muy competitivo y no le gustaba equivocarse. Yo esperé, disfrutando en secreto de la deliciosa victoria.
—¿La habías jugado ya, Leonard? —me volvió a preguntar, esta vez sin mirarme y con tono enfadado.
—No, señor Black —preferí no usar la ironía en un momento tan delicado, porque entonces sería el «Asesinato en el Jet Privado».
Levantó la cabeza tras mi respuesta y se quedó un momento mirando el techo antes de bajarla sobre mí.
—No tenía sentido que el asesino fuera el marqués en el funeral de su propia mujer.
—Ella y el señor Hill eran amantes.
—¡Te lo estás inventando! —me acusó.
—En la habitación del señor Hill había un pañuelo rosa con las iniciales de

la mujer bordadas —le recordé.
—Esa era una pista secundaria —cada vez estaba más enfadado al empezar a unir las piezas del puzle.
—No hay pistas secundarias en este juego, todas pueden ser importantes.
—El marqués no quería a su mujer. ¿Por qué iba a vengarse?
Me encogí de hombros porque esa parte no quedaba muy clara en la historia.
—Quizá por orgullo. La gente hacía esas cosas en el siglo XX.
—El hijo necesitaba el dinero, estaba ahogado en deudas de juego —insistió, llegando a alcanzar un tono grave y peligroso—. Nadie le había visto durante el asesinato y fue el primero en encontrar el cadáver.
—No pudo ser el hijo, ¿recuerdas que el mayordomo estaba muy sorprendido porque el señorito era un niño asustadizo y todos se reían de él porque cuidaba de los polluelos que anidaban en el desván? El hijo era una buena persona, mal jugador, pero buena persona.
—¡Fue solo una frase para hacerte dudar! ¡Todo lo demás le apuntaba a él!
Esperé un momento a que se tranquilizara y continué:
—Yo también estaba seguro de que era él, pero el pañuelo y la carta de la madre de la doncella me hicieron sospechar del marqués, y al final era cierto.
Saber que había dudado de la identidad del asesino le calmó un poco. Se recostó en su sillón sin apartar la mirada de mí y oí como se descalzaba bajo la mesa antes de colocar los pies sobre mis piernas.
—Así que novelas de misterio —dijo en voz baja mientras le masajeaba.
—Sí —respondí—. Mi madre también escribe sus propias novelas. A veces me manda los borradores para que le dé mi opinión. Quiere ser la próxima Agatha Christie —me reí.
El señor Black perdió poco a poco el enfado mientras le masajeaba los pies y le hablaba de mi madre y los locos asesinatos de sus historias. Cuando llegamos al Caribe tenía una expresión calmada y me miraba con el rostro ladeado y los brazos cruzados sobre el pecho. A diez minutos de aterrizar sonó la voz del piloto por los altavoces para darnos la noticia. El señor Black se desperezó y me indicó que era hora de cambiarse de ropa. Fui a por las maletas y le entregué la suya antes de coger la mía. Él uso el baño y yo me cambié a prisa en la cocina, poniéndome uno de los conjuntos preseleccionados por el señor Black: camisa blanca con el pecho abierto, la cadena al cuello y pantalones grises con cinturón negro.
Fui de vuelta al sillón y miré el móvil para revisar los últimos mensajes. El señor Black volvió con su polo azul, su pantalón blanco con cinto y sus gafas de aviador negras. Era increíble lo bien que le quedaba todo a ese hombre.
—Ya he mandado un mensaje al chofer de los coches para que estén en el aeropuerto para cuando lleguemos —le dije.
Él asintió y se sentó en el sillón al lado del pasillo frente a mí. Cuando aterrizamos y pudimos ponernos de pie de nuevo, me metí la camisa fina

por dentro de los pantalones y fui a por las maletas. Se me hacía raro el tintineo que producía la cadena de mi cuello cuando me movía, no era algo a lo que estuviera habituado. Cuando estuvimos los dos preparados para salir, el señor Black dio orden a sus sumisos para que se levantaran, cogieran sus cosas y fueran al segundo coche de la fila. Yo miré al fondo del avión, sintiéndome un poco estúpido porque por un momento me había olvidado de que estaban allí y habían escuchado todas las cosas que decía de mi madre.

Abrieron la puerta del jet y una ráfaga de calor nos dio en el rostro. Yo jadeé por la diferencia de temperatura, enfrentándome a aquel calor húmedo y extraño que al que, sin duda, no estaba nada acostumbrado. El señor Black salió el primero y yo le seguí con las maletas. Dos hombres locales nos saludaron y recogieron las maletas de mis manos. Entramos en el todoterreno negro que nos llevaría al puerto y volví a sentir un cambio brusco de temperatura porque el aire acondicionado del coche estaba terriblemente alto.

—¿Cuántas habitaciones has pedido? —me preguntó entonces el señor Black, al que tenía sentado al lado porque no era como nuestro coche en la ciudad.

—Tres: una para usted, otra para mí y una para los… demás —me abstuve de decir «sumiso» porque, aunque hubiera una mampara negra entre el conductor y nosotros, no sabía cuánto se podría oír realmente.

—Bien, Jack e Isabelle van a necesitar habitaciones separadas —me dijo.

Le miré, porque eso significaba que yo me iba a quedar sin habitación, por suerte lo entendí deprisa y solté un murmullo de entendimiento. Dejé el móvil en el bolsillo del pantalón y me dediqué a mirar las vistas del mar, las playas y los árboles, porque no iba a desperdiciar aquello mirando mensajes y correos. Ahora estaba en el caribe.

Volví a sufrir otro golpe de calor al salir del coche y jadeé un poco. Iba a ir hacia el maletero para coger las maletas, pero el conductor se me adelantó con una gran sonrisa blanca en contraste con su piel más morena. Sonreí en respuesta, pero me temía que el motivo de su alegría era la propina que recibiría de un hombre que apestaba tanto a dinero como el señor Black. El barco que nos esperaba era un yate que surcó las aguas cristalinas y azules del océano mientras el aire nos daba en el rostro. El señor Black obligó a Jack e Isabelle a quedarse en el camarote, sentados en la cama, y me dio pena que no pudiera disfrutar de aquello.

Yo estaba inclinado sobre la barra de un lado, mirando el mar y el cielo luchando por ser el más azul de los dos, mientras aparecían islas verdes y frondosas e islas de arena blanca por todas partes. El señor Black se puso a mi lado y miró las vistas en silencio. Compartimos aquel largo momento sin decir nada y por un instante, solo un instante, deseé que no hubiera dos sumisos en el camarote y una orgía al día siguiente. Que solo hubiera una bonita playa para mí y James en la que perdernos.

Pero fue una idea estúpida y la quité de mis pensamientos agitando un

poco la cabeza.
Una isla al final se fue haciendo cada vez más y más grande, de playas largas y vegetación más ordenada. Unas pequeñas casetas de techumbre de ramas, o hojas secas o lo que quiera que fuera, se hicieron cada vez más visibles.
El resort estaba compuesto por una isla con edificios de aspecto autóctono, pero solo por fuera, porque por dentro poseían todo el lujo que se podía imaginar de un lugar así. Llegamos al embarcadero ya se podía ver una enorme playa con hamacas y sombrillas, pero si no querías mancharte los pies de arena, también había un lugar elevado de madera con una enorme piscina con acceso al bar.
Yo ya había visto fotos, pero en persona era incluso más impresionante.
Salimos del yate y el señor Black puso una mano en la parte baja de mis espaldas mientras caminábamos hacia el edificio más grande seguidos por Jack e Isabelle, que no habían vuelto a decir una palabra desde que entraron en el jet privado, hacía ya casi cinco horas.
Subimos una escalinata de madera rodeada de antorchas y entonces oímos una voz que nos llamaba:
—¡James! —una mujer se levantó de una hamaca y camino hacia nosotros.
Llevaba un bikini blanco que le cubría unos pechos firmes y operados y un culo que habían inflado demasiado. Su pelo era rubio de bote y contrastaba un poco con su piel morena del sol. No era guapa, pero tenía dinero para parecerlo.
—James… sabía que estarías aquí —le dijo cuándo quedó frente a nosotros, mirando tan solo al señor Black—. ¿Acabas de llegar? Yo ya llevo un par de días aquí, pensé que vendrías antes y quería esperarte —puso un mohín triste en sus labios rosados y un poco rellenos—. Creía que podríamos pasarlo bien antes de la fiesta.
—Acabo de llegar ahora —respondió el con un tono serio pero calmado.
—Entonces quizá podamos vernos esta noche —dijo ella con una sonrisa muy insinuante en los labios—. No quiero tener que luchar por ti con otras cinco personas.
—Ya veremos —fue la respuesta del señor Black—. Todavía tengo cosas de las que ocuparme.
Hizo un movimiento con la cabeza para señalar a los sumisos a nuestras espaldas. Ella los miró un momento y comprendió.
—Ogh, te tengo que enseñar lo que he traído yo —le dijo—. Vayamos a tomar una copa y te lo enseño.
—No —negó el señor Black, presionándome la espalda para que siguiera caminando junto a él.
Yo sonreí a la mujer, pero después lo dejé. No tenía claro cómo debía interactuar con los amigos ricos y depravados del señor Black.
—Esa era Jennifer Collins, su padre es dueño de más de doscientas fábricas textiles en la India. Todas las grandes marcas de ropa trabajan con él —me explicó el señor Black en un susurro al oído.

Asentí, comprendiendo el nivel de dinero que había allí. Tampoco me extrañaba demasiado, aquel resort era muy caro y solo tenía sitio para treinta y siete ocupantes.

—James, qué agradable sorpresa verte aquí —nos interrumpió un hombre antes de llegar a pisar si quiera la recepción.

Le había visto llegar por la periferia de los ojos, apurando el paso desde el bar exterior para llegar hasta nosotros. Era un hombre de mediana edad, gordo, calvo, con ropa cara y un fuerte acento del este. Le tendió la mano al señor Black con una sonrisa y este le respondió con un breve apretón sin cambiar su mueca seria. Parecía que era cierto que era una especie de rey por allí.

—Ven a tomarte una copa —le ofreció, pero el señor Black le dio la misma excusa que a la señorita Collins, señalando a los sumisos con la cabeza—. Oh, yo he traído a dos estrellas porno —le dijo, poniéndose sus manos repletas de anillos sobre el pecho fingiendo que eran enormes tetas y después cerrando el puño para subir el pulgar hacia arriba—. Te van a encantar.

—Estoy deseando conocerlas, Mikel, cuando llegue el momento.

Pero un tercero se acercó, un hombre joven, de pelo negro y dientes blanqueados. Le reconocí al instante, era Bill Hunt; el organizador de la orgía y dueño de la isla privada.

—James… —le saludó, como si solo decir su nombre le excitara. Le miró de arriba abajo e ignoró por completo a Mikel—. Cada vez que te veo estás más… bueno…

Entonces me miró y sonrió un poco más.

—¿Qué es esto? —le preguntó, dándome un repaso que me produjo escalofríos—. ¿Es para mí?

Quiso levantar una mano para tocarme, pero antes de que pudiera hacerlo el señor Black le detuvo.

—No deberías tocar las cosas de otros, Bill —le dijo con tono seco y cortante.

—Ah… —comprendió el hombre, mirándome ahora con otros ojos—. ¿Te lo vas a traer?

—No.

—Sería bueno que lo hicieras, James. A todos les ha dado por traer mujeres y no va a haber suficiente diversión para mí.

Sonó un poco a idea, un poco a amenaza velada, algo que no complació en absoluto al señor Black. Nada en su rostro cambio, pero su mano sobre mi espalda se apretó un poco.

—Leonard —me dijo cerca del oído, sin dejar de mirar a Bill Hunt como si fuera una serpiente peligrosa—, ve a la recepción y pide nuestras habitaciones.

—Sí, señor Black —respondí, alejándome con las maletas, porque, sinceramente, no tenía ni puta idea de si tenía que dejarlas o no o yo que sé. Todo era una puta locura.

Me acerqué al fin a recepción, un poco maravillado por la estética autóctona de madera, palmeras dentro de jarrones y el tono claro de la madera. Era como una mezcla entre el ambiente caribeño y la decoración de interiores de diseño. Me acerqué a la mesa y sonreí a la chica de piel tostada y pelo negro que me sonrió de vuelta.

—Buenos días, tengo una reserva a nombre de James Black —le dije.

—Claro, señor Black, ahora le busco —dijo con el suave acento de las islas.

Ya no me molestaba en corregir a la gente cuando se creían que yo era el señor Black.

—El señor Black… —dijo una voz a mi izquierda con un acento alemán y un timbre que tardé poco en recordar.

Me giré y vi a un hombre de pelo entre el castaño y el rojizo. Piel blanca y ojos de un azul claro. Era atractivo, pero más al estilo clásico del cine antiguo, como un Robert Redford germano. Su ropa era impecable, e incluso en mitad del caribe llevaba una chaqueta con pañuelo en la solapa por debajo de su camisa totalmente abotonada.

—Señor Müller —le saludé.

Le dediqué una educada sonrisa y extendí mi mano para presentarme formalmente.
—Soy Leonard O'Brien, el ayudante personal del señor Black —le dije—. Hemos hablado por teléfono.
El señor Müller no apartó la mirada de mis ojos durante un par de segundos, después hizo un rápido recorrido por mi cuerpo y volvió a mis ojos antes de estrecharme la mano con firmeza.
—Lo recuerdo, Leonard —respondió—, aunque no eres en absoluto como me imaginaba.
—¿Y cómo me imaginaba, señor Müller?
—Vulgar y sórdido, como le gusta a James —dijo con un leve desprecio mientras continuaba sin soltarme la mano—, aunque veo que llevas su marca —añadió, mirando un momento a mi pecho descubierto.
—Se habrá llevado una enorme decepción entonces.
—No, no estoy decepcionado, solo sorprendido —me corrigió.
—Una enorme sorpresa, pues —sonreí un poco más, porque continuaba sin soltarme la mano y aquello ya se trataba de una batalla de poder, o alguna cosa de esas de amos.
—Sí, puede que una enorme sorpresa —dijo en voz más baja—. Ven, tomaremos una copa mientras esperas a que terminen de tramitar la entrada al resort.
No sonó como una invitación, sino como una orden.
—Lo siento, señor Müller, pero he de esperar al señor Black —me excusé.
—James estará ya ocupado fornicando con el primero que le haya puesto el culo delante —respondió—, podrás volver cuando oigamos sus gemidos de mono saliendo de algún baño o de los arbustos.
El señor Müller jugaba duro y, aunque lo que hubiera dicho me había hecho gracia, no le di el gusto de reírme.
—Le esperaré igualmente —le dije.
—Ahora si estoy decepcionado, Leonard.
—Quizá debería ir a tomarse esa copa, entonces —no dejé de sonreír ni solté su mano, porque tenía la sensación de que perdería si lo hacía.
—«La copa del hombre triste» —dijo en alemán.
—«Es la copa que inspiró las más grandes obras» —terminé yo en el mismo idioma, porque conocía la obra en la se decía esa frase.
El señor Müller alzó levemente las cejas, esta vez visiblemente sorprendido.
—«Hablas alemán, Leonard».
—«Aprendí idiomas en la universidad y he visitado Alemania y Austria en varias ocasiones».
—«¿Has estado en Suiza?»
—«No, nunca he tenido la oportunidad» —reconocí—. «Aunque siempre he querido visitar Berna, me parece una ciudad preciosa».

—«Yo vivo en Berna. Es un lugar…»
Pero el señor Müller miró a mis espaldas y se detuvo, no tardé mucho en descubrir por qué. Una mano presionó mi espalda y una voz grave y contenida dijo:
—Liam, veo que has llegado antes que nosotros. Siempre lo haces… —no entendí bien por qué le había dado ese tono extraño, hasta que comprendí que se trataba de un insulto sobre lo rápido que se corría el señor Müller.
El señor Black miró el apretón de manos que todavía no había terminado y después al señor Müller para ofrecerle su propia mano. El señor Müller tardó un momento, pero al fin me soltó para estrechar la mano del señor Black, apenas un apretón y se soltaron.
—Estaba aquí hablando con tu… ayudante —y me miró de nuevo—. No entiendo como alguien como él pueda trabajar para alguien como tú.
—Hace muchas cosas para mí —respondió el señor Black de una forma que no dejó demasiado a la imaginación.
—Ahora sí que estoy profundamente decepcionado —me dijo tras un breve silencio.
La recepcionista terminó al fin de repasar y comprobar los datos y se acercó con las tarjetas de nuestras habitaciones y una sonrisa.
—Señor Black, las llaves. Si tiene alguna duda, por favor acuda a cualquier trabajador del hotel.
Ni el señor Black ni Müller hicieron nada, así que me giré un poco hacia ella con una sonrisa y cogí las llaves antes de darle las gracias. El señor Müller se percató de la mano en mi espalda, dejando claro que aquello, definitivamente, tenía que significar algo en el mundo del control y la dominación.
—Tomemos una copa y hablemos —le ofreció el señor Müller—. Te contaré lo que he traído para la fiesta del señor Hunt.
—No —se negó el señor Black—. Tengo cosas que hacer primero. Por desgracia, no han parado de venir a saludarme y he estado ocupado. Ya hablaremos más tarde, estoy seguro de que te encontraré fácilmente en el bar, solo y en frente de un gin tónic.
—Si vienes, por favor, límpiate un poco antes, es desagradable hablar con alguien que apesta a sexo barato.
—Nos limpiaremos bien, no te preocupes —le dijo, incluyéndome en aquella frase con una inclinación de la cabeza hacia mí.
Y dicho esto tiró un poco de mí y retrocedí un par de pasos con las maletas en las manos antes de darme la vuelta para caminar junto a un señor Black serio y molesto. Nos reunimos con Jack e Isabelle, quienes se habían quedado esperando afuera, y nos siguieron por el camino de tablas de madera hacia las casas-cabañas que serían nuestras habitaciones. No estaban muy alejadas, pero tampoco eran las más cercanas al centro y a las piscinas. A mí me gustaban, eran más íntimas y estaban cerca de la playa y las palmeras. Les di a Jack e Isabelle sus tarjetas para sus cabañas y me quedé con la última. Ese detalle no pasó desapercibido a Jack, que me

dedicó una fugaz mueca de desprecio.
Cuando se fueron cargué las maletas y la bolsa de viaje hasta la puerta, que el señor Black abrió para mí. Me detuve a unos pocos pasos y flipé con lo bonito que era todo y las vistas a la playa y al mar.
—¿Qué te dijo? —me preguntó el señor Black tras dar un leve portazo.
Me giré hacia él y me enfrenté a su mirada seria e intensa tras los cristales oscuros de sus gafas de aviador.
—Nada, solo me dijo que tomara una copa con él y hablamos de Suiza.
—¿Qué le dijiste tú? —preguntó esta vez, quitándose las gafas y quedándose frente a mí.
—Le dije que estaba esperándole, señor Black. ¿Qué quería que le dijera?
Mi respuesta no le calmó, pero tampoco le molestó más. Entonces miró un momento hacia mi pecho descubierto antes de pasarme la punta del dedo por encima—. ¿Qué te dijo sobre esto?
—Que era su marca o algo así.
Oír eso le gustó, porque perdió un poco del enfado y su rostro se relajó.
—¿A ti te gusta, Leonard? —me preguntó, acompañando sus palabras de una mirada fija y una leve inclinación de cabeza.
Por alguna razón sentí que aquella pregunta escondía un significado más allá de si me agradaba la abertura de mi camisa.
—Sí, a mí me gusta —respondí al fin, encogiéndome un poco de hombros.
Yo no estaba allí para entrar en los juegos raros de esa gente, yo estaba allí para acompañar al señor Black y para tomarme una copa en la playa. Pero el señor Black se acercó más a mí, colocando sus manos alrededor de mi cintura y pegando el rostro al mío. Pude sentir la presión de su entrepierna contra la mía, el calor de su cuerpo bajo la fina tela de su polo azul, el leve aroma a sudor y jabón en su piel.
—¿Te gusta que te marque, Leonard? —me susurró a los labios—. Para que todos sepan que eres mío...
Alcé ambas cejas y parpadeé mientras entreabría los labios. Aquello se estaba volviendo muy raro. Sabía que el señor Black siempre había sido un poco posesivo conmigo, pero porque era esa clase de hombre que necesitaba reafirmar su autoridad; sin embargo, nunca lo había dicho de una forma tan directa… y no me gustaba. Yo no era de nadie, si ese alguien no podía ser mío.
—Le prometí que aquí lo sería, señor Black —respondí, usando la opción más diplomática y neutra que se me ocurrió.
Él me miraba a los ojos y jadeaba suavemente entre los labios. Sentirle tan cerca empezó a afectarme y yo también me excité un poco, así que levanté una mano y acaricié su brazo; con la punta de los dedos, hasta alcanzar el marcado músculo, entonces me quedé allí, disfrutando del tacto caliente de su piel.
El señor Black empezó a respirar de forma más profunda y prolongada, buscó mis labios y me dio un suave beso que me dejó sin aliento. Cada vez se le daba mejor. Yo me quedé con ganas de más, de mucho más, pero él

se apartó un poco para volver a mirarme a los ojos.
—Date la vuelta, Leonard —me ordenó.
Y eso hice. El señor Black me rodeó con los brazos metió una bajo mi camisa para frotarme los pectorales mientras con la otra me desabrochaba el cinturón. Acercó sus labios a mi cuello y me dio otro beso húmedo, tibio y fresco en contraste con mi piel caliente. Solté un leve gemido y cerré los ojos. El señor Black me abrió el pantalón con una habilidad sorprendente y hundió su mano en mi vello púbico y mi entrepierna. Me apretó contra él y yo tragué saliva, tratando de no olvidarme de respirar.
—Esto es solo para mí… —susurró en mi oído, jadeando un poco y produciéndome otro escalofrío.
Me empujó un poco hacia delante, tratando de no separarse de mí, pero queriendo caminar, lo que produjo un leve titubeo de mis piernas que casi me hace perder el equilibrio. Por suerte la pared no estaba lejos y pude apoyarme en ella. El señor Black apartó la mano de mi pecho y me bajó los pantalones. Hoy como se desabrochaba su cinturón y quise girar la cabeza para ver lo que venía. Estaba un poco en shock, un poco asustado y terriblemente excitado con aquello.
El señor Black se escupió en la mano y se frotó la polla antes de acercarse más a mí y abrirme las nalgas con una mano mientras usaba la otra para mantener la punta firme de su miembro contra mi ano. Empecé a respirar más fuerte, porque sabía lo que iba a pasar y sabía que el señor Black no iba a esperar demasiado a que yo dilatara. Presionó con más fuerza hasta que empezó a meter la punta y jadeó más fuerte. Yo ahogué un gemido entre el dolor y el placer. Yo también le quería dentro, pero mi parte era mucho más complicada que la suya.
—Ábrete para mí, Leonard —ordenó en voz baja y grave.
Apretó un poco más, y más después de eso, deseoso de llegar al final. Cuando ya no necesitó sostenerla me rodeó el cuerpo y quiso acercarme a él, jadeó en mi oreja y me lamió el cuello mientras yo arqueaba un poco la espalda. Volvió a hundir una mano en mi pecho para frotar mis pectorales y el fino pelo sobre ellos. Eso le hizo jadear más fuerte y tratar de penetrarme más rápido. Yo no quise quejarme ni detenerle, así que apreté los dientes y respiré con fuerza mientras notaba como su polla me llenaba casi hasta el límite.
—Entera —ordenó entre jadeos, presionando su cadera contra mi culo para meter hasta el último centímetro que pudo.
Yo solté el aire en una mezcla entre gemido de placer y de dolor. Me notaba demasiado lleno y empecé a sudar y a perder el aire, pero eso era lo normal con el señor Black. Cuando ya estaba todo dentro, empezó la parte en la que me follaba sin parar mientras jadeaba en mi oreja y me decía:
—Solo para mí…
Yo no respondía, no podía hacerlo, solo podía tratar de mantenerme en pie mientras el señor Black me follaba intensidad, moviendo la cadera a

un ritmo constante y produciendo un chasquido seco cuando hacia chocar su cadera contra mis nalgas. En algún momento me agarró del pelo para tirar un poco de mi cabeza hacia atrás y así poder lamerme y morderme el cuello con mayor comodidad mientras no cesaba de frotarme el pecho.
Hasta que, con un último embate, dejó de moverse, tratando de hundirse todavía más en mí mientras gruñía muy alto. Me fui hacia delante y nos hubiéramos caído al suelo si no hubiera apoyado las manos contra la pared para sostenernos a ambos.
Traté de hacer fuerza para mantenernos en pie, pero los brazos me temblaban, realmente todo el cuerpo me temblaba mientras el señor Black me rodeó con los brazos, echando parte de su peso sobre mí, y luchó por recuperar el aliento, apoyando la frente sobre mi hombro. Yo pude aguantar un poco, pero al minuto tuve que susurrar:
—James…
Él levantó la cabeza y, al ver mis brazos temblorosos, se incorporó para dejarme levantarme y coger aliento mientras esta vez era yo quien me dejaba caer un poco sobre él, mirando una pared blanca y sin ver nada. Nos quedamos así otro largo minuto, mientras el señor Black me frotaba suavemente la mano bajo el pectoral. Cuando recuperé el aliento cogí una gran bocanada de aire, porque me sentía satisfecho y… feliz. Me aparté, con cuidado porque aún tenía la polla del señor Black dentro y los pantalones por los tobillos. Me giré hacia él para darle la cara y miré sus ojos del azul del océano, su rostro un poco colorado y perlado de sudor. Le di un suave beso en los labios y él me dio otro más largo y húmedo a cambio.
—¿Raro? —le pregunté, porque ya era casi una tradición entre nosotros.
Él asintió varias veces con la cabeza, pero no dijo nada hasta que tragó saliva, produciendo que su gran nuez en el cuello subiera y bajara.
—¿Tú? —me preguntó.
—Mucho —reconocí con una sonrisa.
Siempre era raro follar con James, era como mezclar cosas que no debían estar juntas; quizá él tuviera la misma sensación conmigo y por eso decía que era raro. Él asintió de nuevo, con los ojos un poco caídos, pero un poco más calmado. Siempre se relajaba cuando sabía que a mí también me hacía sentir raro.
Le acaricié la cara y noté ese picor contra su barba que tanto me gustaba. Le di otro beso y me aparté para subirme los pantalones.
—¿Te… te has corrido? —me preguntó en voz baja.
Se metió la polla ya flácida dentro de la ropa interior y cerró la cremallera de su pantalón blanco. Él no se había detenido a bajarse el pantalón, solo se la había sacado y me la había metido.
—Un poco antes que tú —respondí, haciendo lo mismo que él y atándome el cinturón.

—Sabes que tú puedes correrte siempre que quieras… —añadió, pero lo dijo de forma distraída mientras se ajustaba la cintura del pantalón. Entonces clavó su mirada en mí, como si hubiera recordado algo que se le había olvidado—. Conmigo, quiero decir.
—Eso hago, señor Black —respondí. Si se creía que iba a aguantarme porque él lo quisiera, estaba muy equivocado.
—Pero quiero que lo sepas —lo dijo como si fuera algo importante, así que mantuve su mirada y asentí lentamente.
—Vamos, todavía hay mucha gente que querrá saludarme —me dijo entonces, dirigiéndose hacia la puerta.
—¿No… no vamos a ducharnos primero? —le pregunté.
Él se puso sus gafas de aviador y una sonrisa cruel afloró en sus labios.
—No. No vamos a ducharnos, Leonard —respondió, abriendo la puerta—. Es otra marca personal.
Alcé ambas cejas, pero no dije nada más antes de acompañarle a fuera. En un ambiente normal y civilizado me hubiera negado a abandonar la casa sin ducharme y quitarme el sudor y los restos de saliva del cuerpo, pero en aquella isla repleta de depravados, no podía importarme menos.
El señor Black colocó su mano en la parte baja de mi espalda y seguimos el camino de tablas de madera sobre la hierba verde y la arena en dirección al edificio principal. En la parte trasera había un restaurante y bar sin paredes, cubierto por una techumbre de paja y sostenido por gruesas columnas de madera; pero ahí terminaba el toque autóctono, porque todo lo demás era del más alto nivel. El señor Black me llevó a una de las mesas y me indicó que me sentara frente a él. Cogí el móvil de mi bolsillo para repasa los últimos mensajes y correos, por suerte era sábado y todos en la oficina sabían que el señor Black estaba en unas «pequeñas vacaciones», así que no me molestaron demasiado con chorradas innecesarias.
Una camarera de ojos negros y piel tostada se acercó y nos preguntó si queríamos comer o una copa.
—Ambas —respondió el señor Black por mí—. Dos ensaladas tropicales y dos whiskies irlandeses con hielo.
Agradecí que hubiera pedido comida fresca, pero no me terminaba de gustar que me eligiera la comida como a un crío.
—¿Alguna novedad? —me preguntó cuándo la camarera se alejó.
—Cuando volvamos tendremos una semana muy movida, pero nada importante ahora mismo. Solo son confirmaciones de reuniones y visitas que he aplazado para tener estos días libres —le expliqué—. El señor Lee también quiere que le saque algunas fotos en el caribe, pero no creo que sea lo más adecuado.
—No saques fotos aquí —me ordenó, fue un tono contundente pero no serio.
Asentí, e iba a decir algo cuando otra persona se acercó a nuestra mesa. Otra mujer joven y exuberante, con un fino vestido muy escotado y corto. Sin mediar palabra, apoyó las manos en la mesa y casi puso sus tetas en la

cara del señor Black.
—Me envía Carlos, dice que tú sabrás como hacerme gritar —dijo con un marcado acento hispano.
El señor Black la miró a los ojos durante unos segundos antes de responder:
—Dale las gracias a Carlos, pero ahora estoy comiendo con mi ayudante.
Ella giró el rostro hacia mí, inclinando su cabeza y volcando su preciosa melena morena sobre su hombro. Era una mujer guapísima. Me miró y sonrió.
—Puede venirse también —le ofreció.
—He dicho que no —esta vez usó un tono duro que no admitía más réplicas.
La mujer perdió la sonrisa y se dio la vuelta para alejarse con la cabeza bien alta y un caminar airado.
—Carlos es un narcotraficante venezolano —me explicó el señor Black, en voz más baja—. Siempre trae a las mujeres más guapas de la orgía.
—¿Hay más mujeres así? —pregunté un poco sorprendido, porque aquella mujer era realmente atractiva.
—Al menos dos más —respondió—. Ya sabes la gente que viene aquí, Leonard, la mayoría ya están colocados de alguna u otra forma. Carlos gana muchísimo dinero en estas fiestas.
—¿Usted consume, señor Black? —le pregunté.
Él mantuvo mi mirada en silencio, como si dudara en qué responder. Al final optó por la verdad.
—De vez en cuando —reconoció—, pero nunca en horario laboral ni en las cenas de gala.
Asentí y seguí mirando el bonito paisaje tras la piscina y las palmeras. Estaba deseando poder bañarme en esa agua cristalina.
—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber.
Me encogí de hombros y volví a mirarle con una expresión tranquila.
—Curiosidad —respondí—. Espero no haberle incomodado con la pregunta, no era mi intención —añadí, por si me había dejado llevar y aquello sobrepasaba un poco los límites de la confianza que teníamos.
—No, no me ha incomodado —y tras uno de sus pequeños silencios dijo—: Tú puedes preguntarme lo que quieras, Leonard.
—Gracias, señor Black —respondí, aunque empezaba a llamarme la atención esa nueva costumbre que tenía ahora de decirme lo que podía hacer.
La camarera volvió con una bandeja, dejó los vasos cuadrados de cristal grueso con el whisky con hielo a un lado y después las ensaladas frente a nosotros. Sonrió, nos deseó buen provecho y se fue. Cogí el vaso, frío y húmedo, y le di un sorbo antes de fruncir el ceño y soltar aire por la boca. Estaba muy frío, pero bajaba caliente por la garganta. Miré el vaso un momento, porque era el mejor whisky que había probado nunca, y después al señor Black para pedirle con un gesto que lo probara también.

Pero él no cogió su vaso, sino que alargó la mano hasta alcanzar el mío, rozándome un momento con los dedos antes de llevárselo. Le dio un trago y lo paladeó un poco.
—Cada vez me gusta más el whisky —murmuró—. Antes lo odiaba.
Dejó el vaso a media distancia entre nosotros, dejando claro que íbamos a compartir la bebida, antes de alcanzar su tenedor y empezar a comer su ensalada.
—¿Tiene planes para la tarde? —le pregunté, dejando el móvil encima de la mesa antes de meterme un trozo de ensalada en la boca—. Este sitio tiene algunas actividades que podrían gustarle.
Abrí la página oficial del resort y miré la lista que había en una pestaña junto con fotos que no hacían justicia a aquel paraíso.
—Buceo, meditación, yoga —le dediqué una breve mirada con las cejas en alto.
—Esta tarde tenemos que hablar con bastante gente, dejarnos ver —me explicó, sin terminar de masticar antes—. Y por la noche habrá póker.
—Oh —dije con una pequeña sonrisa.
—¿Te gusta el póker, Leonard?
—Bastante —reconocí.
—A mí también.
—¿Va a enfadarse si pierde?
—Mucho —me aseguró.
Solté una pequeña risa solo de imaginarme al señor Black golpeando la mesa y acusando a todos de hacer trampas, como había hecho conmigo en el jet.
La comida fue bastante agradable y tras las dos copas a medias, pedimos otras dos antes de levantarnos para ir hacia la parte del restaurante más baja, igual de abierta y tapada por el mismo techo. Quedaba frente a la piscina principal y estaba repleta de muebles de mimbre con cojines blancos y mullidos. El señor Black eligió uno de los más lejanos, casi al final de la galería, donde había un sofá lo suficiente grande para dos personas frente a una mesa baja. Era un lugar más tapado, rodeado de algunas enormes macetas con pequeñas palmeras que daban cierta sensación de intimidad. Debía tratarse de un espacio para un grupo pequeño de amigos y conocidos, con varios asientos alrededor.
Yo fui hacia uno de los taburetes bajos con mi copa en la mano, pero el señor Black hizo un gesto para que compartiéramos el sofá. Se había sentado igual que se sentaba en el coche; un poco recostado, con los brazos extendidos sobre el respaldo y las piernas bien abiertas. No quedaba mucho sitio para mí, así que fui hacia la esquina.
—Más cerca, Leonard —ordenó en voz baja y sin apartar la mirada de la piscina que se entreveía entre las grandes hojas de palmera.
Me moví un poco hacia él, pero no estuvo contento hasta que estuvimos prácticamente pegados. Tanto que el señor Black apenas tuvo que inclinar un poco la cabeza hacia un lado para susúrrame al oído:

—Ahora va a venir gente, Leonard. Quiero que te pegues a mí, mantengas la calma y hagas todo lo que yo te pida —me dijo.
Giré un poco el rostro y le miré por el borde de los ojos. Noté el aliento del señor Black en el rostro, era caliente y olía a whisky; algo que, para mi sorpresa, me excitó bastante. Era raro, porque normalmente me asqueaba mucho que el aliento de la gente oliera a alcohol.
—Te prometo que no voy a permitir que nadie te toque —me dijo entonces—, pero puede que las cosas se pongan… complicadas.
«Complicadas» era la forma sutil de decir que al final puede que tuviera que hacer algo sexual delante de sus putos amigos. No era algo que tuviera que decir, fue algo que supe por la forma en la que me miró, entre la disculpa y la seriedad.
No dije nada, porque ya le había advertido lo que pasaría si cruzaba los límites del trato. Se lo había dejado bien claro antes de venir, así que me limité a girar el rostro al frente y beber un buen trago de whisky. Quizá me pidiera otro más, o puede que dos.
Como el señor Black había dicho, no pasaron ni diez minutos antes que se presentara un hombre de rasgos árabes, acompañado de dos mujeres, una rubia y otra pelirroja, a las que rodeaba con los brazos. El señor Black se refirió a él como «el sultán» y fue más educado y menos cortante que con los demás. El sultán se sentó frente a nosotros en otro pequeño sofá, acompañado de las jóvenes. Hablaron durante un rato, sobretodo de cosas relacionadas con la orgía y los «juegos» que Bill Hunt había organizado. Al parecer no era tan salvaje como me había imaginado, sino que los dos días que se pasarían en la isla tenían como una especie de actividades que comenzaban al atardecer y terminaban cuando salía el sol.
Lo más curioso es que incluso había mini orgías dentro de la propia celebración, algo que el señor Black me explicó con detalle cuando el sultán se marchó.
—Hay *boybangs*, por si eres un hombre heterosexual que no quiere follar con más hombres ni que le toquen. Los bukkakes, donde participan menos mujeres y más hombres. Las orgías homosexuales, las de lesbianas suelen tener más audiencia, pero los hombres no pueden participar, solo mirar. Después está la orgía grande, donde es todos con todos sin excepciones. A partir de ahí hay muchas cosas por en medio, como la hora del voyeur, la mazmorra… Hay algunas personas que solo van para eso.
Yo asentía mientras le escuchaba, tenía una nueva copa en la mano y lentamente todo empezó a importarme una mierda.
—¿Y tú por qué vas? —le pregunté, algo que no me dio tiempo a procesar del todo y que simplemente salió de mis labios.
El señor Black me miró en silencio un momento, pero no le dio tiempo a responder antes de que llegara otra pareja. Solo un hombre y una mujer esta vez, de mediana edad y un acento francés. El señor Black fue más tajante con ellos, pero no maleducado. Entonces llegó otra mujer de mediana edad y se unió a la conversación, y así hasta que hubieron al me-

nos diez personas alrededor de la mesa, demasiadas para mantener una única conversación a la vez.
Yo me quedé al lado del señor Black, pensando que, a excepción de los escotes pronunciados y los pantalones muy ajustado que no dejaban nada a la imaginación; todo era bastante normal.
Hasta que el sol se fue poniendo y entonces algunos se fueron y otros llegaron, con miradas más lascivas y diferentes intenciones. Las conversaciones tomaron un tono más acalorado, algunas mujeres miraban al señor Black y se mordían el labio con deseo. Se les notaba más lujuriosos, con ojos más brillantes debido al alcohol y, probablemente, alguna droga. Una pareja empezó a tocarse de una forma nada sutil a un lado y fue entonces cuando el señor Black movió su mano del respaldo para rodearme los hombros y acercarme sutilmente más a él.
—¿Qué está pasando exactamente? —le pregunté en un suave susurro al oído, con la cabeza más despejada porque hacía un buen rato que había dejado de beber—. ¿Van a empezar una orgía aquí?
El señor Black me respondió con la misma cercanía y el mismo volumen:
—Al atardecer sueltan a los invitados especiales y todo se pone un poco más complicado. No van a follar, no aquí, pero van a pasar un par de cosas.
Me alegré de que me hubiera dicho aquello para prepararme mentalmente. Yo no era ningún mojigato, pero si empezaban a hacer cosas raras me iba a poner un poco nervioso e incómodo. Pero lo único que había allí era gente que no llevaba ropa interior y se tocaban bajo la falda o metían la mano dentro de los pantalones. Y, siendo sinceros, eso no era tan impactante.
La gente iba y venía, pero nosotros nos quedábamos. A veces hablaban con el señor Black, le hacían alguna proposición subida de tono o le tocaban sutilmente la pierna hasta el interior del muslo; pero él siempre terminaba apartando la mano o negándose. La gente no parecía sorprendida, así que debía ser algo que soliera hacer en aquellas situaciones. La cosa cambiaba cuando era a mí a quien intentaban hablar y tocar, entonces la respuesta del señor Black era cortante y su mirada fría como el hielo.
En un momento dos mujeres sentadas a un lado empezaron a hacerse dedos bajo la falda y a besarse, lo que llamó la atención de algunos, que las fueron rodeando.
Algunos se metían la mano bajo los pantalones y la movían un poco para masturbarse. Más cuando las mujeres se levantaron la falda y dejaron sus coños al aire. Entonces las conversaciones se fueron apagando y todo se volvió explícito y sexual.
—¿Has visto el tatuaje bajo el pelo del pubis? —le susurré al señor Black mientras mirábamos la escena—. Al principio creí que era una cruz cristiana y estaba flipándolo.
El señor Black soltó ese bufido corto que anunciaba una suave sonrisa.

Estaba ya atardeciendo sobre el mar y todavía llevaba puestas sus gafas de sol, pensé que a lo mejor no lo había visto.
—Yo vi a una que tenía tatuado sobre el coño: «Entrada libre» —respondió.
Puse una expresión entre la sorpresa y el asco y le miré.
—¿Qué clase de infancia tienes que haber vivido para hacerte eso a ti mismo?
El señor Black se encogió un poco de hombros, un gesto que no era suyo, sino mío.
—Estás haciéndolo muy bien, Leonard —me dijo entonces.
Tardé un poco en entender por qué me había dicho aquello, cuando lo único que yo había hecho era estar allí a su lado y tratar de entretenerme para pasar el rato.
—Son solo gente tocándose bajo la ropa, James —respondí—. He visto docenas de veces a adolescentes haciendo lo mismo en un banco del parque.
Al señor Black se le escapó una sonrisa, más amplia de lo habitual, me miró de una forma extraña e intensa tras los cristales oscuros de sus gafas y me apretó un poco contra él para darme un beso en los labios. Al principio creí que sería algo corto, pero entonces me dio otro más largo y con lengua, de esa forma un poco torpe y un poco brusca que tenía de hacerlo.
Entonces tuve que recordar que James no me quería, y que nunca lo haría, que jamás dejaría a sus sumisos ni las orgías, que era un hombre que no entendía el amor. Tuve que hacerlo porque yo sí lo entendía, y durante ese beso había sentido que podría llegar a amar a James más que a mí mismo.
Y me dio miedo.
—James… tú sí que sabes ponerme cachondo —dijo una voz a nuestras espaldas, interrumpiendo el final del beso de una forma brusca y acelerada.
Ambos alzamos la mirada para encontrarnos con la sonrisa demasiado blanca de Bill Hunt.
—Recuerdas a mi amiga Johana, ¿verdad? —dijo él con una sonrisa, señalando a una hermosa mujer de pelo castaño y ojos azules que había a su lado con una sonrisa bastante lujuriosa—. Porque ella se acuerda mucho de ti.
—Bill… —se rio ella, dándole una leve palmada en el hombro como si realmente le hubiera ofendido que hubiera dicho aquello, aunque estaba claro que no.
Entonces se movieron hacia el sofá de mimbre con cojines blancos frente a nosotros. Echando sin miramientos a una pareja que se manoseaba incesantemente bajo la ropa mientras se besaban. Se sentaron y nos miraron. Johana, su amiga, rodeó los hombros de Bill con una sonrisa dándole un suave beso en la mejilla mientras nos miraba.
—Le he hablado a Johana de tu nuevo chico y estaba deseando conocerlo

—continuó él—. ¿No te dije que era una maravilla? —le preguntó a su amiga sin dejar de mirarme.
—Sí, sí que lo es… —murmuró ella en voz baja y cálida, bajando su mirada hasta mi pectoral abierto y musculado donde terminaba la cadera de plata con los abalorios.
Noté que el señor Black me acercaba un poco más a él, pero su expresión seria no cambió ni un ápice.
—¿Te puedes creer que no se lo lleve a la fiesta?
Johana le miró con sorpresa, una reacción demasiado real para ser fingida.
—¿Qué? ¿Por qué no? —quiso saber. Ahora parecía más decepcionada y enfadada que cachonda.
—Pregúntale a James.
—Leonard es mío —respondió el señor Black con tono grave y seco, moviendo la mano que colgaba de mi hombro para meterla bajo mi camisa y frotarme el pecho—. Y yo no comparto lo que es mío.
Johana soltó un resoplido de indignación y puso los ojos en blanco.
—No será la primera vez que traes a alguno de tus sumisos —se quejó.
—Es mi ayudante, no mi sumiso.
Oír eso me hizo sonreír un poco, aunque la situación no era la mejor para sentirme agradecido de que el señor Black tuviera aquello claro.
—¿Y qué te parece un intercambio? —le ofreció Bill entonces—. Tú te quedas con Johana y yo con… tu ayudante. Podemos hacerlo aquí.
—Yo también quería probarle —se quejó Johana de nuevo—. A los dos a la vez…
La gente se estaba reuniendo un poco a nuestro alrededor, como habían hecho con las mujeres, oliendo la excitación inminente en el aire. Eso no me gustó porque me sentía parte de algún retorcido espectáculo.
—¿Qué parte de que yo no comparto lo mío no has entendido, Bill? —le preguntó el señor Black, empezando a perder la paciencia.
—La parte en la que te has traído a un modelo de crossfit con cara de niño bueno y mirada de cabrón y no quieres compartirlo, esa parte —respondió con enfado.
¿Mirada de cabrón?, ¿qué significaba eso?
—Me guardo lo mejor para mí —respondió, cambiando su enfado por una leve sonrisa mientras volvía a acariciarme suavemente el pelo del pecho.
—No deberías haberlo traído entonces —le acusó Johana—. Esto no es una puta cena de gala ni una fiesta de hermandad a la que venir para alardear del hombre al que te follas.
Algunos de los presentes le dieron la razón con murmullos y asentimientos de cabeza, creando una presión de grupo que empezó a minar la autoridad del señor Black. Él lo sabía, pero trató de mantenerse firme con aquello, algo que me sorprendió.
—Es mi ayudante, ha venido porque tiene que hacerlo. Dirijo un negocio importante y no puedo permitirme perder el tiempo como un par de niños malcriados como vosotros.

—Ah, ¿sí? —intervino Bill esta vez con una sonrisa sarcástica—. Porque cuando hemos llegado le estabas comiendo la boca, James, y eso no tenía nada que ver con los negocios.
Eso enfadó al señor Black, que empezó a hablar de aquella forma grave y peligrosa.
—No tengo que darte explicaciones de a quien le cómo lo qué ni dónde.
—Oh… —dijo Bill, aprovechando esa frase tan sugerente para preguntar—: ¿Y qué le comes a tu ayudante? —le preguntó—. ¿Podemos verlo?
Más gente se había reunido a nuestro alrededor, no por lo que estuviéramos haciendo, sino por la tensión que se había creado en la conversación. Algunos deseaban que el señor Black accediera y les regalara un pequeño espectáculo conmigo, otros solo deseaban verle humillado. Era el precio que pagan los hombres como James.
—No voy a hacer nada para que te la peles como un puto mono, Bill —respondió—. Eso pídeselo a otro.
Johana cogió aire por la boca y abrió los ojos, miró a su gran amigo y dijo:
—Espejos…
A la gente de alrededor le gustó la idea y pusieron expresiones de placer y excitación. Yo no tenía ni idea de qué era eso, pero no sonaba bien. Entonces el señor Black me miró y vi algo en sus ojos tras los cristales oscuros que me produjo cierto nerviosismo. Apretó un poco la mano en mi pecho y se inclinó para susurrarme con un tono algo tembloroso:
—Leo… te juro que no quería esto…
Eso fue todo lo que necesite para saber que, al final, iba a tener que hacer algo sexual para impresionar a los depravados de sus amigos.
Simplemente podía levantarme e irme, dejar al señor Black, y si él quería menearse la polla para divertirles, que lo hiciera; pero había un gran problema, y era que yo tenía un horrible y estúpido sentido de la fidelidad por la gente a la que apreciaba. No quería que el hijo de puta de Bill Hunt y la cerda de su amiga insultaran y humillaran al señor Black, a mí señor Black.
El problema era: ¿qué valía más para mí, mi orgullo o él?

El señor Black me miró. Sabía lo que yo le había pedido, sabía que no le perdonaría. Por eso había miedo en sus ojos y apretaba la mano contra mi pecho. Pero el tiempo corría y todos esperaban una respuesta.

—Leo, te juro que no quería esto —repitió apenas sin voz.

Y yo le creí. Había estado allí y le había oído, sabía que había intentado impedirlo, pero que Bill y Johana habían sido más listos que él y habían jugado con las ganas del público de vernos follar. El señor Black no podía negarse sin dejar claro que había hecho el ridículo trayéndome allí, después de todo, ellos tenían razón y era el «principio» de una orgía. El señor Black me había llevado allí para presumir de mí como un niño con su nuevo juguete. Y saber eso me hizo sentir de dos formas muy diferentes: me sentía ofendido y traicionado porque de alguna forma me estaba utilizando sin haberme contado la verdad; por otro lado, me sentía muy halagado por el hecho de que creyera que yo podía competir con modelos y algunas de las personas más guapas que había visto nunca.

El señor Black cogió aire y miró a Bill y Johana, entonces llegó el momento de decidir entre su orgullo o el mío. Abrió los labios.

—No sé lo que es eso —me adelanté yo—. Lo de los espejos.

El señor Black me miró, pero yo puse una mano en su pierna y apreté suavemente.

No tenía que decidir, porque yo decidí por él.

Lo hice porque quizá no quería oír la respuesta de lo que era más importante para James, si yo o ese estúpido juego. Lo hice porque le tenía más cariño al señor Black de lo que me atrevía a reconocer y no quería que sufriera. Lo hice porque soy un completo gilipollas. Por eso lo hice.

Bill y Johana me miraron, ambos sonrieron.

—¿No te lo ha explicado nunca James? —me preguntó Bill—. Qué decepción…

—No, como le ha dicho el señor Black. Yo soy su ayudante —respondí sin perder la sonrisa—. Tengo más cosas de las que preocuparme que de conocer la jerga de… tus encantadoras fiestas, Bill.

—¿Cosas de las que preocuparte como comerle la polla? —se rio él, tratando de ofenderme.

—Entre muchas otras —sonreí un poco más—. Yo no tengo que organizar una orgía para poder hacerlo, al contrario que tú.

Algunos murmullos se oyeron entre los presentes, algunos se reían, otros se miraban entre ellos con sorpresa.

—Uh… —dijo Johana a un Bill bastante molesto—. Parece que muerde…

La miré fijamente.

—Sí, sí que muerdo —respondí, imitando un poco ese tono más grave y sexual que usaba el señor Black, aunque sonó un poco raro en mis labios.

—Ah, ¿sí? —dijo ella, llevándose una mano a la mano del cuello para frotárselo un poco—. Eso me gusta.

El señor Black me acercó a él, ya de forma evidente e íntima, y me dijo al oído:
—Los espejos es imitar lo que haga la otra pareja. Pierde el que no lo haga o se corra antes, así que el objetivo es aguantar y excitar al contrario lo más posible.
Cogí aire y asentí.
—Leo… yo… —se detuvo, parecía que le costaba encontrar las palabras, pero se empezó a empalma muy rápido y el bulto en sus pantalones ajustados era demasiado evidente.
Me aparté un poco para mirarle a los ojos y vi otra vez aquella extraña e intensa mirada en ellos que todavía no conseguía identificar. Me acerqué yo a su oído esta vez y le susurré:
—Ya hablaremos, ahora concéntrate, James. No vamos a perder en esta mierda.
Miré a Bill y Johana, que nos miraban con expectación. El bulto grande que tiraba de los pantalones del señor Black los tenía un poco hipnotizados. Bill ya se había empalmado también y la mujer jadeaba un poco mientras se frotaba la base del cuello. James era James… ellos no tenían ninguna oportunidad contra un hombre así. Se estarían corriendo en menos de un minuto.
—¿Empezamos nosotros? —pregunté, sacándolos un poco de aquel estado.
—Vale —dijo Bill, que ya se había olvidado de su enfado y ahora solo quería vernos follar delante de él.
Eso era perfecto, porque así marcaríamos el ritmo y podríamos controlar lo lento que sería. Me acerqué de nuevo al oído del señor Black y le susurré:
—Es mejor que yo lleve las riendas.
Él me miró y asintió lentamente. Yo me acerqué y le besé, primero un suave pico en los labios, después algo más intenso, y mordí su labio para tirar de él. Me detuve y miré a Bill y Johana. La mujer sonrió e hizo lo mismo con su amigo. Yo sabía que Bill era gay, así que eso jugaba a nuestro favor. No se correría con Johana, se correría pensando que Johana éramos nosotros. Así que volví a besar a el señor Black, esta vez un beso húmedo y más largo, más intenso, produciendo un leve gruñido gutural en James y su movimiento de cadera característico. Ahora nosotros éramos las mujeres que se hacían dedos mientras los demás se tocaban bajo el pantalón. Qué ironía.
Johana besó a Bill de forma similar, pero no era ni de lejos tan buena como yo. Volví a besar al señor Black, más profundo, más largo y más húmedo. Pasé la mano por su pantalón blanco ajustado, alcanzo el interior de su muslo y deteniéndome allí para acariciarlo mientras el señor Black movía la cadera un poco y me acercaba a él para que continuara. Pero yo me detuve y miré a los otros. Besar al señor James me estaba excitando, pero la gente a nuestro alrededor que nos miraba fijamente me ayudaba a man-

tener la cabeza fría y el objetivo claro; lo único que me preocupaba era que esas mismas miradas excitaran demasiado a James, más cómodo con el hecho de exhibirse para los demás.
Johana hizo lo mismo, con la misma mano acercándose a la entrepierna de Bill, pero sin la misma pasión con la que yo lo hacía. Bill solo nos miraba sin parar, incluso cuando ella le besaba. Pasé a algo más beneficioso para nosotros que los besos: fui a lamer el cuello de James. Muy lento, mientras le acariciaba el muslo. James empezó a jadear, mirando a la pareja frente a nosotros. Chico listo. Fui hacia su entrepierna y la apreté un poco, notando lo duro que estaba ya. Esta vez me quedé frotando esa parte mientras esperaba a que Johana empezara. Bill podía mirarnos ahora fijamente sin tener que esforzarse por apartar el pelo de Johana para que no le tapara la visión. Entreabrió los labios y también empezó a jadear, arqueó un poco la espalda cuando su amiga le apretó la entrepierna y empezó a frotársela como yo hacía con James. Siguió haciéndolo mientras yo levantaba la mano y la metía por debajo del polo azul añil del señor Black, acariciando sus abdominales y su pecho abultado, pero sobretodo levantando la tela lo suficiente para que Bill los viera. Soltó un jadeo más fuerte cuando llevé mi mano al hombro de James, levantando casi por completo el polo y mostrando su cuerpo perfecto mientras le lamía el cuello.
Johana me imitó, pero mi objetivo no era ver el cuerpo de Bill, como se suponía que debía ser ese juego: enseñar para que te enseñaran. No, no había nada en ese hombre que me atrajera lo más mínimo. Mi objetivo era enseñar para ganar. Así que rodeé los hombros de James con un brazo para sostener su polo arriba con la mano, mientras la otra me quedaba libre para volver a recorrer su cuerpo y desatar muy lentamente su cinturón negro. Cuando liberé la habilla, solo desabroché el botón, pero no la cremallera. Metí las puntas de los dedos en su pubis y lo acaricié mientras el señor Black gemía un poco. Entonces me di cuenta de que no se había depilado el pelo de allí en aquella ocasión, porque raspaba un poco en la palma de mi mano. Eso me distrajo y miré al señor Black. Yo le había dicho hacía algún tiempo que me gustaría más si se lo dejara crecer.
Él giró el rostro y me miró bajo los cristales oscuros de sus gafas. Puede que supiera que me había dado cuenta de aquello, puede que solo estuviera esperando para que volviera a besarle.
Bill soltó alguna queja impaciente con una voz ronca y casi sin aire para que continuáramos. Me esforcé por volver al momento y dejar mis pensamientos para más tarde. Hundí más la mano en el pantalón y la cremallera se deslizó hacia abajo, incapaz de contener más tiempo todo aquello. Bajé hasta encontrar aquel trozo de carne gordo y caliente que era la polla del señor Black. La rocé un poco, la acaricié lo mejor que pude bajo la tela tensa y después la rodeé con la mano, produciendo un jadeo más intenso en él. Abrió más las piernas y movió la cadera, tratando de que empezara a masturbarle y no me quedara solo así, rodeándole la polla

sin más. Sin embargo, esperé a que Johana hiciera lo mismo por Bill; aquello no era para complacer a James, después de todo.
El hombre jadeó de forma entrecortada cuando su amiga le cogió la polla y empezó a moverla bajo su pantalón corto de marca. Ese era el momento que había estado esperando, porque estaba completamente seguro de que Bill no aguantaría eso mientras miraba como le hacían lo mismo a James. Así que empecé a masturbarle y a lamerle el cuello para que gruñera con placer mientras él miraba fijamente a Bill.
El hombre empezó a jadear más rápido, a perder la respiración y a ponerse un poco más colorado. Debió sentir que estaba cerca porque de pronto le susurró algo a Johana, ella se detuvo y sonrió.
Yo también dejé de masturbar al señor Black, creyendo que era el final y que habíamos ganado. Pero me equivocaba. La mujer se levantó y se quitó el pequeño vestido floral con bastante facilidad, descubriendo que solo llevaba unas bragas de encaje blancas por debajo. Tenía un cuerpo bastante bonito y nos dedicó una mirada y se mordió el labio inferior de una forma erótica que hubiera hecho las delicias de un heterosexual. Después volvió a sentarse al lado de Bill y a meter la mano en el pantalón.
Todos a nuestro alrededor estaban expectantes, así que supuse que era mi turno. Me levanté y me desabroché los pocos botones que le faltaban a mi camisa blanca, siguiendo el reguero de pelo que bajaba por en medio de mis abdominales hasta alcanzar mi pubis. Me la quité y la dejé a un lado del sofá. Notaba todas las miradas sobre mí y me concentré en no apartar los ojos de Bill y de Johana, quienes parecían encantados con aquello. Yo no era el señor Black, pero también tenía un cuerpo musculoso superior a la media, más ahora que seguía una rutina de entrenamiento militar y comía la comida de los campeones. Empecé a desabrocharme el cinturón y después me bajé los pantalones, descubriendo el bóxer negro de marca que James había comprado para mí. El resultado fue un Bill y una Johana que no dejaban de comerme con los ojos. Sin embargo, el hombre se debatía entre el placer y la preocupación, porque quizá no se esperaba que estuviera tan bueno bajo aquella ropa un poco más floja y sutil que la del señor Black.
Me senté de nuevo en el sofá, al lado de un James que no dudó ni un instante en volver a rodearme los hombros para atraerme hacia él con una gran sonrisa de placer en los labios. Bill hizo un gesto a Johana entonces, haciendo que se sentara sobre su pierna, mirando hacia nosotros. Le metió una mano bajo las bragas de encaje y, por la cara de la joven, parece que supo donde tenía que tocar. Eso me preocupó, porque habían cambiado el orden y ahora eran ellos los que marcaban el ritmo.
El señor Black tiró un poco de mí para sentarme en la misma posición que ella, sobre su pierna, con la espalda pegada a su cuerpo y mirando a la pareja frente a nosotros.
Entonces me metió la mano bajo el bóxer y empezó a masturbarme lentamente. Eso produjo dos reacciones en mi: una de sorpresa y placer, y

la otra de terrible incomodidad y vergüenza.
Quizá a James no le importaba que le hiciera una paja en mitad de toda aquella gente, pero a mí sí me resultó muy violento. Pero movió la mano cada vez más rápido, con un ritmo que me hizo perder el aliento y comenzar a jadear más de lo que me hubiera gustado. Bill hizo lo mismo con Johana, convirtiendo aquello en una competición por ver a quien masturbaban mejor y quién gemía más alto.
Noté la lengua del señor Black en el cuello y su otra mano recorriendo mi cuerpo. Entonces cerré los ojos y tragué saliva antes de soltar el aliento. Levanté una mano y busqué su pelo para apretarlo entre mis dedos. Por un momento me olvidé de dónde estábamos y con quién. Solo podía sentir su lengua en mi piel, su cuerpo pegado al mío y sus manos firmes y expertas en el terreno del sexo. Estuve a punto de correrme con un gruñido, pero una voz más alta y aguda ahogó la mía. Abrí los ojos y vi a Johana en la misma posición que yo, con la boca de Bill en el cuello y una mano apretado una de sus tetas como James hacía presionando mi pectoral. Al contrario que yo, ella se estaba corriendo mientras gemía y agitaba el cuerpo y las piernas; dándonos, en mitad del intenso placer, la victoria.
—¡Joder! —gritó Bill, quitando la mano de sus bragas y apartándola a ella para poder metérsela debajo de sus pantalones y correrse él también.
—No —sentenció entonces el señor Black con tono duro y mirada seria—. Se terminó.
Me apartó de su lado, pero él con delicadeza y tacto, no con un golpe que me tirara sobre el sofá. Alcanzó mi camisa blanca y me la puso.
—¡No vamos a parar ahora! —gritó Bill, muy muy enfadado debido a la necesidad y la frustración, sin quitar la mano de su entrepierna.
—Habéis perdido, Bill —le recordó con una suave sonrisa de soberbia—. Pélatela tú solo si quieres.
Yo me incorporé, acalorado y un poco sonrojado. Me puse el pantalón tan rápido como pude y cubrí mi erección lo mejor posible. El señor Black también se puso de pie y se ató el cinto, pero sin esforzarse por esconder el enorme bulto que presionaba la tela blanca.
Entonces puso una mano en la parte baja de mi espalda y me empujó suavemente para que empezara a caminar. Salimos de aquel discreto rincón entre las macetas y las palmeras. Me abroché algunos botones de la camisa con la cabeza gacha, pensando en lo que acababa de pasar y lo que había hecho.
No me sentía sucio ni usado, como pensé que me iba a sentir, porque James estaba a mi lado y él se dejó hacer lo mismo que yo me había dejado hacer. Sin embargo, tampoco me había gustado, por mucho que hubiera estado a punto de correrme. Yo no era así, no era de los que se lo hacían delante de los demás; ni nunca lo sería.
El señor Black me acompañó hasta la casa a paso un poco apurado, en silencio y con expresión seria. Yo tampoco estaba de humor para hablar,

así que agradecí aquel momento. Cogí la tarjeta del bolsillo y pasé por la puerta de la casa-cabaña antes de entrar. Ya en un lugar seguro e íntimo, cogí aire y me froté el rostro con cansancio. El señor Black cerró la puerta y entonces oí unos pasos rápidos, unas manos que tiraban de mí para darme la vuelta y, de pronto, unos labios tibios que me besaban con necesidad. La sorpresa me hizo abrir muchos los ojos y levantar las manos, pero el señor Black continuó, gruñendo mientras no paraba de besarme a la vez que me desabrochaba los botones de la camisa hasta el punto de romper uno de los botones con la impaciencia.

—James —le aparté en cuanto pude y traté de que me mirara.

Sus ojos bajo los cristales negros parecían dos pozos de deseo incontenible.

—Quiero comerte, Leo —me dijo con una voz grave y profunda, tratando de volver a acercarme a él.

Yo también estaba cachondo, porque había estado a punto de correrme antes y me había molestado que hubiera parado cuando yo estaba tan cerca, pero por otro lado se lo había agradecido profundamente.

—Necesito un momento y una ducha —le dije con tono tranquilo, porque era verdad.

Él dudó, pero terminó bajando las manos lentamente. Tragó saliva y se apartó un paso para dejarme espacio.

—¿Estás enfadado conmigo? —me preguntó.

—No, solo necesito un momento para… —me detuve, porque no sabía cómo explicarlo, así que me llevé las manos a las sienes e hice un movimiento abriendo los dedos de golpe como si me acabara de estallar la cabeza que acompañé con un efecto de sonido—. Boom… ¿entiendes?

Probablemente no lo entendió, pero asintió igualmente. Me siguió con la mirada mientras cogía la maleta y la subía por las escaleras.

La habitación del piso de arriba era tan cara y elegante como la del piso de abajo. Con dos paredes de cristal y puertas correderas que daban a un balcón con vistas al mar. Pero no me detuve demasiado, dejé la maleta sobre la cama y la abrí para coger otra cosa que ponerme. Unos pasos lentos y pesados llegaron desde las escaleras y se detuvieron en la puerta.

—¿Quieres estar solo? —me preguntó el señor Black.

—No lo sé —reconocí.

—¿Ponemos el jacuzzi y nos bañamos?

Me detuve y, tras un par de segundos, me volví para mirarle. Le vi tras la puerta, sin haber entrado si quiera en la habitación. No conseguí ver sus ojos tras los cristales negros, pero sentí una inquietud en él, una preocupación escondida tras aquella fachada seria y atractiva.

—Sí, es una buena idea —respondí en voz baja, porque no me importaba tenerle cerca. No a él.

El señor Black cruzó a la habitación y fue hacia un lado, hacia donde estaba el baño antes de que se oyera el ruido del agua al correr y el suave burbujeo. Escogí otro conjunto cualquiera y lo dejé encima de la cama an-

tes de desnudarme. Entonces fui hacia el baño y vi al señor Black sentado al borde del jacuzzi, todavía vestido e inclinado hacia delante, con los codos sobre las rodillas y la mirada baja. Alzó la cabeza cuando me sintió frente a él y se quedó así un momento.

—Leo, yo no quería humillarte —me dijo.

—Lo sé —asentí—, pero me mentiste al traerme aquí.

—No te mentí —murmuró en voz baja, empezando a frotarse lentamente las manos mientras pensaba bien sus palabras—. Solo evité contarte toda la verdad.

Asentí de nuevo y nos quedamos en silencio, pero no uno de nuestros silencios, sino algo incómodo y extraño que llenó la habitación del baño.

—¿Vas a dejarme aquí desnudo mucho tiempo o vas a acompañarme al jacuzzi? —le pregunté entonces, algo ligero para romper aquel momento tenso entre nosotros.

El señor Black bajó la mirada a mi cuerpo y se levantó para quitarse las gafas después de toda la tarde con ellas puestas. Se sacó el polo rápidamente y se desabrochó el pantalón, bajándoselo a la vez que la ropa interior y liberando su gran erección.

La perfección tenía nombre, y era James. Cogí aire y negué con la cabeza, sintiendo como empezaba a excitarme y a empalmarme yo también, aunque en mi cabeza había cosas más urgentes que esa.

Fui hacia el enorme jacuzzi con vistas al mar y metí los pies dentro, notando el burbujeo en la piel. Me senté en un extremo, dejando el otro para el señor Black. Él se metió después de mí y extendió sus brazos a los lados, como le gustaba hacer. Nos miramos en silencio y ladeé la cabeza.

—¿Es verdad? —le pregunté—. ¿Me has traído aquí para exhibirme como una especie de trofeo?

—Sí —reconoció esta vez. No había duda ni vacilación en su voz, porque sabía que me merecía la verdad—. Te he traído al caribe porque es tu deber estar a mi lado, pero también para que todos vieran lo que yo tengo y ellos no pueden tocar.

—Yo no soy un puto coche, James, para que me enseñes a tus amigos —le dije con tono calmado pero firme. No estaba enfadado, solo ofendido.

—Yo te enseño a todo el mundo, Leo —fue lo que respondió—. Eres un hombre muy atractivo, con muy buen cuerpo, inteligente y profesional. Yo solo tengo lo mejor y tú eres lo mejor.

Me halagó bastante que el señor Black dijera eso de mí, mucho, la verdad, pero eso no me distrajo de lo que quería decirle.

—Yo soy tu ayudante, no algo que enseñar.

—Eres mi ayudante —asintió, pero añadió—: al que enseño para que todos sepan que soy mejor que ellos porque puedo tenerte.

Alcé las cejas impresionado, porque aquella forma de pensar era retorcida de cojones. Era como si el señor Black estuviera orgulloso de mí, pero lo había expresado de una manera siniestra y egoísta.

—Sabía que no accederías a algo así, por eso no te lo dije —continuó,

interpretando mi silencio como algo negativo—. Pero es verdad que no quería que tuvieras que hacer nada como… lo que ha pasado. Y sabes que no quiero que te vayas, Leonard, así que te daré lo que me pidas a cambio. Como el dinero no te interesa, había pensado que quizá pudiera publicar alguna de las novelas de tu madre. Tengo contactos con algunas editoriales del país y podría…

Le detuve alzando la mano y se quedó en silencio, esperando a mi respuesta. Yo había ido frunciendo el ceño cada vez más hasta acabar con una expresión algo forzada con la cabeza algo ladeada.

—James, lo que he hecho, lo he hecho porque he querido, porque sé que es importante para ti —empecé—. No necesito nada a cambio, y prefiero que no me des nada a cambio porque solo me haría sentir peor. Fue… —entonces me detuve a buscar la palabra adecuada mientras movía la mirada hacia las preciosas vistas de la playa bajo el anaranjado atardecer—, fue incómodo. Temí que tendría que dejar que me utilizaras de una forma sórdida para que tus amigos se masturbaran mirándome, pero ha sido una especie de… mitad y mitad entre tú y yo. —Le miré de nuevo y me encogí levemente de hombros—. Te agradezco que no abusaras de mi confianza, James.

El señor Black se quedó entonces callado, mirándome fijamente con la cabeza levemente baja. Su respiración se hizo un poco más intensa y empecé a preocuparme de que le pasara algo extraño, o que hubiera dicho algo que le hubiera incomodado, así que añadí:

—Y hazle un favor al mundo, no publiques nada de mi madre.

James soltó un bufido y una de sus leves sonrisas cruzó sus preciosos labios.

Terminado ya aquel momento de duda y tensión, disfrutamos de un agradable baño, que terminó inevitablemente en sexo de jacuzzi. Eso sí fue raro. Yo le montaba y le besaba con fuerza, pero las burbujas me hacían cosquillas en la piel y todo era un poco confuso y abrumador. Terminamos jadeando con fuerza, y más sudados de lo que habíamos entrado al jacuzzi.

Después nos vestimos con el segundo conjunto del día: camisa de manga corta con un tono apagado de blanco, pantalones grises y sombrero para mí, y camisa de manga corta de estilo militar con pantalones caqui para James. Ambos llevábamos el pecho casi al aire esta vez, lo que atrajo bastantes miradas mientras cenábamos en el restaurante.

—¿Ves al hombre en el extremo cenando con la mujer morena? —me preguntó James—. Es Alvar Ericksson, un importante hombre de negocios sueco. Posiblemente esté en la partida de póker.

—¿Es bueno? —le pregunté antes de meterme un trozo de carne a la brasa en la boca.

—No, pero siempre apuesta fuerte.

—¿Apostáis dinero de verdad?

El señor Black me miró como si estuviera bromeando.

—La mínima son diez mil dólares.
Casi me atraganté con la comida y tuve que toser hacia un lado.
—¿Cuánto…? —me paré para aclararme un poco más la garganta—. ¿Cuánto dinero llega a haber en la mesa normalmente?
El señor Black calculó, moviendo un poco la cabeza a los lados.
—Entre cien y doscientos mil si la apuesta fue alta.
—Ah…
—Te daré cien mil para que juegues —me dijo, pero no sonó como una oferta, sino como un hecho.
Estuve a punto de negarme, pero me apetecía jugar y sabía que cien mil no era demasiado para el señor Black, así que asentí agradecido por el préstamo. Al terminar de comer pedimos dos vasos más de whisky y nos dirigimos al pequeño casino que había hacia el interior de la isla. Estaba encima de una estructura de madera, como una casa elevada indígena, pero, como pasaba siempre, ahí terminaba lo autóctono y comenzaba el lujo. Cuando el señor Black lo había llamado casino, me imaginaba un lugar repleto de máquinas ruidosas y ruletas; pero aquello parecía sacado de una película de James Bond, con mesas, bebidas elegantes y crupieres.
Caminamos hacia el fondo, a una zona más apartada con una mesa más larga en un balcón al aire libre. Había antorchas encendidas y gente que ya empezaba a reconocer sentada, bebiendo y fumando puros. Algunos saludaron al señor Black, entre ellos el señor Müller. Se acercó a nosotros con una ropa diferente a la de la mañana, pero igual de tapado y elegante. Entonces noté la mano del señor Black a mi espalda, atrayéndome un poco más hacia él.
—¿Vienes a jugar, Leonard? —me preguntó el señor Müller en alemán, ignorando por completo al señor Black—. ¿O has venido a tocarle la entrepierna a James mientras juega? Suele traer a alguien para que se lo haga.
—He venido a jugar —respondí en inglés, porque me parecía una falta de respeto hacia el señor Black hablar en un idioma que no conocía y excluirle de la conversación—. ¿Usted juega, señor Müller? —añadí con una sonrisa educada pero fría como el ártico.
—Es uno de mis pequeños vicios —respondió, también en inglés.
Era un hombre al que le gustaba la etiqueta y que no podía resistirse a responder a mi comentario educado y formal de igual forma.
—Uno de tantos —dijo el señor Black, ahora que había entendido lo que había dicho.
El señor Müller le dedicó una mirada seca, pero no se dejó llevar por sus emociones al decirle:
—Le estaba comentando a tu ayudante que me resultaba raro que no te hubieras traído a alguna fulana o uno de tus jóvenes sin camiseta para que te manoseara la entrepierna mientras juegas, James. Pierdes el dinero al mismo ritmo que la dignidad.
—Pareces enfadado, Liam. ¿Es porque alguno de tus sumisos de las S.S.

no ha recitado bien a Shakespeare mientras te la pelabas?
Se me escapó una pequeña risa que conseguí detener deprisa con el puño sobre los labios, pero no lo suficiente rápido para que el señor Müller no me dedicara una mirada seria y ofendida. El suizo se dio la vuelta entonces y se alejó de vuelta a la mesa dejando una pequeña sonrisa de satisfacción en los labios del señor Black. Buscamos dos asientos libres y nos sentamos uno al lado del otro. Una mujer preciosa se acercó y nos ofreció alguna bebida o un puro. Ambos aceptamos las dos cosas. Jennifer Collins, la hija del millonario propietario de doscientas fábricas de esclavos en la india, llegó con un vestido blanco de cóctel, tan apretado que se le veían los pezones sin sujetador, y yo estuve seguro de que tampoco llevaría bragas. Se sentó al lado de James, por supuesto, y empezó a hablarle con una sonrisa en sus labios operados. Para cuando la camarera volvió con nuestras copas y los puros, Jennifer ya se había apoyado en el hombro del señor Black y había empezado a presionar sus grandes tetas contra su brazo.
James no hizo nada para impedirlo, pero tampoco le dio razones para continuar; simplemente se dedicaba a ignorarla mientras ella se deshacía en halagos y susurros al oído con, seguramente, todo tipo de proposiciones. Yo me centré en ignorarlos sin saber muy bien cómo sentirme al respecto. Últimamente me costaba un poco pasar por alto la forma en la que la gente se le acercaba, en cómo le tocaban y todo lo que le pedían que les hiciera. Quizá tanto sexo e intimidad con el señor Black había comenzado a afectarme de una forma que no debería.
—¿Está libre este asiento? —me preguntó un hombre con un fuerte acento italiano, trayéndome de vuelta a la realidad desde un lugar oscuro de mis pensamientos.
—Eso creo —respondí antes de levantar la mirada.
El fuerte acento venía a juego con lo que parecía un hombre salido de una caricatura sobre la mafia italiana. Con cadenas de oro al cuello, anillos gruesos y una calva brillante. Se sentó con una copa en la mano y un puro encendido en la otra. Me miró con sus ojos negros y me señaló con la mano del puro.
—¿Eres un puto o algo así? —me preguntó.
Me quedé un momento callado.
—No, no lo soy —respondí con calma.
—Oh —alzó un poco las manos—. *Scusi*, por aquí todos los hombres guapos suelen ser… ya sabes —movió la mano de su copa en círculos mientras buscaba la palabra adecuada, pero terminó diciendo igualmente—. Putos.
Sonreí con educación, porque por aquí todos los hombres gordos y horteras solían ser de la mafia.
—Soy el ayudante del señor Black, Leonard O'Brien —me presente, alargando la mano hacia él para ofrecerle un apretón sobre la mesa.

El hombre se puso el puro en la boca y me dio un fuerte apretón con su mano rechoncha y peluda.
—*Io sono Paolo De Luca* —se presentó—. ¿Quieres fuego? —añadió cuando vio el puro sin tocar a mi lado, sacando del bolsillo de su camisa un bonito zipper plateado.
—Gracias —acepté.
El humo seco y áspero del puro me supo a navidad, cuando mi padre nos invitaba a uno de sus puros a mí y a O'Conan, el prometido de mi hermana.
—Te debe pagar mucho el señor Black si estás sentado en esta mesa.
—No lo suficiente —respondí con una sonrisa, lo que le hizo reír de esa forma que tenían en el mediterráneo: ruidosa y con la boca abierta.
—Leonard —me llamó entonces el señor Black y me giré enseguida a mirarle—. Ve a por las fichas —ordenó con un tono algo seco antes de mirar al señor De Luca—. Paolo, te agradecería que no molestaras a mi ayudante.
—Oh, solo estábamos hablando, James.
Pero no pude escuchar mucho más de la conversación porque me fui, con mi puro todavía en las manos, a la mesa donde se daban las fichas. No tuve que pedir una cifra exacta, solo decir el nombre del señor Black para que me entregaran un pequeño maletín plateado. Se lo llevé de vuelta a James, acercándome lo suficiente para ver la mano de uñas postizas con la que Jennifer Collins acariciaba la pierna del señor Black.
Él la miró con expresión seria y la mujer se alejó con una sonrisa de disculpa. James me hizo una señal para que me agachara y poder hablarme de forma discreta.
—¿Recuerdas lo que te dije sobre que eres solo mío, Leonard? —me preguntó en un susurro serio y un poco enfadado, buscando mi mirada para clavar sus ojos del azul del océano en mí.
Miré sus ojos en silencio, pero no dije nada. Estaba un poco cansado de su puta hipocresía. Me entregó diez fichas amarillas sin esperar mi respuesta e hizo un leve gesto con la cabeza para que volviera a sentarme.
Tras cinco minutos, la partida dio comienzo. Un crupier profesional y muy rápido de manos repartió las cartas entre los doce asistentes alrededor de la mesa. Algunos hablaban y se reían, otros estaban callados y en silencio mientras miraban sus cartas. Yo empecé poco a poco, solo tenía diez fichas amarillas, y el resto de los asistentes tenía más que yo: muchas más y de mucho más valor. Por suerte gané una ronda con un seguro y siempre fiable trio de ases, haciéndome con un bote de doscientos diez mil dólares. Más de lo que yo ganaría en un año trabajando para el señor Black.
Sí, el mundo de los ricos era increíble.
Gané otro poco después, más seguro ahora que tenía un buen fondo, tirándome un farol como una casa y haciendo que todos pasaran. Llegué a acumular cuatrocientos ochenta mil con aquello. Parecía mucho, pero es

que cada uno de los doce jugadores estaba entrando con una apuesta mínima de diez mil, en términos del nivel de la partida, no era un bote demasiado grande. Pero me aseguré de doblarlo en la siguiente, en un cara a cara contra el señor Müller en el que igualé su apuesta; él tenía doble pareja de reyes y cuatros, pero yo tenía una preciosa escalera.

Notaba algunas veces la mirada del señor Black, que yo ignoraba por completo. Si dijera que no estaba molesto con él, mentiría. Pedí otra copa, y otra después de esa, pero no era imbécil y bebía poco a poco, sin llegar a emborracharme. La gente empezó a tomarme en serio cuando delante de mí ya tenía acumulado casi un millón de dólares.

En una partida solo quedamos el señor Black y yo, le miré por el borde de los ojos y me encontré con su mirada intensa.

Había medio millón sobre la mesa y yo tenía un trío de reyes, pero había visto cómo jugaba James y sabía que a veces se arriesgaba demasiado. Él se metió el puro en la boca sin dejar de mirarme y soltó una voluta de humo gris que le acarició su rostro masculino y perfecto.

Yo hice lo mismo con mi puro e incliné la cabeza, perdiéndome un poco en aquel azul intenso de sus ojos. Quizá fuera el alcohol, quizá fuera la abertura de su camisa, quizá sus labios o el brillo dorado que arrancaban las antorchas a su pelo, pero me di cuenta de que nunca encontraría a alguien como él de nuevo en mi vida.

—Voy con todo —le dije en un murmullo bajo—. Hasta el final…

Él no dijo nada durante unos largos segundos, entonces cogió sus cartas y las volcó sobre la mesa, descubriéndolas una a una. Tenía trío de jotas. Yo miré sus cartas y fingí que estaba horrorizado, le volví a mirar los ojos y él puso una suave sonrisa. Entonces levanté mis cartas y las fui abriendo lentamente en abanico para él mientras mi expresión cambiaba a una mueca de pena de cejas caídas y morritos.

Mi inesperada victoria fue celebrada con un par de risas apagadas y un movimiento del crupier para entregarme las fichas. Pero el señor Black y yo no dejamos de mirarnos. Creía que se enfadaría después de haberle echado de la partida, pero no lo hizo. Levantó una mano para rascarse la parte baja del labio con el pulgar, con la cabeza un poco inclinada en lo que, creía, era la imagen más sexy que había visto en toda mi vida. Había un evidente peligro en sus ojos, algo feroz e intenso: pero no podría decir si lo que quería era matarme o follarme hasta reventar.

—Leonard… nos vamos —me dijo con tono serio y profundo.

Algunas bromas sobre mi vida corriendo peligro volaron por la mesa, pero nada importó al señor Black. Me dio su maletín vacío para que lo volviera a llenar con los dos millones de dólares que yo había ganado; pero no había sitio suficiente, así que tuve que pedirle cambio al crupier.

Después me levanté, me despedí con una sonrisa de alegría por haber ganado tanto empezando con tan poco. Al hacerlo descubrí que estaba un poco más borracho de lo que me había imaginado. Los primeros pasos me costaron un poco, pero llegué junto a un señor Black que colocó su mano

sobre la parte baja de mi espalda y apretó la tela de mi camisa entre los dedos, tirando de mí para caminar más rápido de lo que yo podía coordinar las piernas tras cuatro copas de whisky bastante fuerte.

—¿No quiere cambiar las fichas? —le pregunté cuando dejamos atrás el casino, empezaba a preocuparme haberle enfadado demasiado.

El señor Black no respondió, siguió tirando de mí con la vista al frente y no se detuvo hasta llegar a nuestra casa en mitad de la oscuridad de la noche. Cuando entramos yo ya tenía el corazón a cien y me temía lo peor, quería disculparme, pero no me salían las palabras. El señor Black siguió empujándome, ahora con un poco de violencia hasta el piso de arriba y me tiró en la cama antes de empezar a desnudarse.

—Te voy a follar como no te han follado nunca, Leonard —fue lo único que me dijo.

Aquel fue el polvo más salvaje de mi vida. Fue violento e intenso, pero el señor Black no buscaba venganza, lo que buscaba era tenerme por completo a su merced. Estaba inmerso en un estado entre el enfado y la excitación, en una locura repleta de pasión en la que me follaba sin parar, pero también me besaba y me acercaba cada vez más y más a él. Jadeaba y me decía que yo era solo suyo, todo para él y solo para él, y eso le excitaba todavía más y me follaba todavía más fuerte. Yo estaba demasiado borracho y extasiado como para negárselo, solo podía gemir y jadear con cada embate de su cuerpo.

Cuando terminó me costó bastante recuperarme, física y mentalmente, de todo aquello. El señor Black se dejó caer sobre mi espalda y me rodeó los brazos, poniendo el rostro sobre el mío y apretando la cadera para asegurarse de dejar hasta la última gota de su corrida dentro de mí. Después nos quedamos jadeando, completamente sudados y en silencio en la oscuridad de la habitación.

No supe cuánto tiempo pasó, porque yo había cerrados los ojos, con el rostro aún pegado al colchón y la boca abierta, cuando el señor Black movió la cabeza para poder besarme la mejilla varias veces en una sucesión que me produjo un escalofrío de placer.

—Creí que no iba a conseguir llegar a la habitación —me confesó en un susurro—. Estuve a punto de perder la puta cabeza allí mismo…

Apenas pude responder con un murmullo apagado.

—Joder, Leonard… —suspiró, acariciando su mejilla contra la mía mientras intentaba cubrirme todavía más, como si quisiera esconderme debajo de él.

Pesaba un poco y me empezaba a costar respirar, pero no le dije que se separara de mí; porque no quería que lo hiciera jamás.

UN MERECIDO DESCANSO

Me despertó la luz brillante que entraba por las ventanas. Entrecerré los ojos y miré los ventanales por los que entraban los primeros rayos del sol, cegadores y dolorosos. Tuve que zafarme de entre los brazos de James, sintiendo una leve molestia en el culo que me recordó la noche anterior. Corrí las cortinas un poco enfadado con el amanecer y su desagradable luz y volví a la cama, tumbándome de nuevo entre los brazos de James. Él me rodeó otra vez y me atrajo contra su cuerpo desnudo. Volví a despertarme cuando sonó la alarma del móvil, y solté un gruñido de desesperación. ¿Por qué el mundo me odiaba tanto?

Me levanté, esta vez seriamente enfadado y busqué el puto móvil en el bolsillo de mi pantalón tirado en el suelo. Apagué la estridente alarma y lo tiré con desprecio sobre la mesilla al lado de la cama. De nuevo con un agradable silencio, me dejé caer en el colchón y rodeé con el brazo a un James que ya se estaba desperezando.

—¿Ya es hora? —me preguntó en voz baja y ronca.

—Por desgracia —respondí con la cabeza hundida en la almohada.

Él estiró los brazos y soltó un ruidoso resoplido. Nos quedamos así uno o dos minutos quizá, pero yo sabía que el señor Black tenía una orgía a la que asistir, así que me incorporé un poco y le miré. Tenía un brazo sobre los ojos y parecía dormido, pero yo sabía que no lo estaba. Le acaricié la parte baja del pecho y me acerqué lo suficiente para darle un beso húmedo en los labios.

—Vamos, James. Tienes que desayunar antes del gran día —le recordé—. Es importante para tener energías. —Me obligué a bromear con aquello, porque lo que iba a hacer el señor Black durante los próximos días me producía un pequeño abismo en el pecho.

Él apartó el brazo y me miró con aquellos ojos azules como el mar.

—¿Qué vas a hacer sin mí? —me preguntó.

Yo también empezaba a preguntarme lo mismo.

—Repasaré los mensajes de la oficina y los correos, después creo que probaré una clase de buceo y daré alguna vuelta por la playa —respondí.

—Suena divertido —murmuró.

—Eso espero —sonreí, levantándome de la cama para ir a por la ropa—, creo que toda la gente que hay ahora en la isla se irá con usted en el barco. Así que puede que me quede solo.

El señor Black no dijo nada más, solo se quedó tumbado con un brazo sobre la frente y la mirada perdida en el techo.

—¿Todo bien, señor Black? —le pregunté mientras me abrochaba la camisa.

—No —negó en voz baja.

Fruncí levemente el ceño y até los últimos botones antes de volver a la cama, solo con la camisa y mi ropa interior. Gateé hasta él por la gran cama y me puse a horcajadas para cogerle el rostro entre las manos y darle

un buen beso con lengua. Él tardó un poco, dejándose llevar al principio, pero enseguida comenzó a pasarme las manos por el cuerpo y a empalmarse. Pero yo no tenía intención de excitarle, no demasiado al menos; solo quería animarle un poco.

—¿Qué ocurre, señor Black? —le pregunté cuando me detuve, poniendo las manos sobre su increíble pecho—. ¿Por qué está tan serio?

James me miró con su expresión calmada, pero era un poco más triste de lo habitual.

—¿Esperarás aquí a que vuelva? —me preguntó entonces.

—Claro —respondí, ladeando un poco la cabeza porque la pregunta había sido un poco rara—. ¿A dónde piensa que me voy a ir?

Él se limitó a asentir y después me acarició la espalda, atrayéndome hacia él para besarme. Cuando empezó a mover la cadera y a presionar su polla dura contra mi culo bajo la fina manta supe que era el momento de parar. Si seguíamos así íbamos a llegar tarde al desayuno y al barco; no era lo que yo quería, pero era mi deber pararle. El señor Black se quejó con un leve gruñido, pero le enseñé la hora y se tuvo que aguantar, levantándose empalmado y completamente desnudo en dirección al baño.

Le cogí las gafas de aviador negras, porque me habían gustado mucho, y me las puse, aunque a mí no me quedaban ni la mitad de bien que a él. Desayunamos huevos revueltos y una buena taza de café. Traté de sacar algún tema de conversación, pero el señor Black respondía a todo de una forma breve y concisa. Estaba un poco raro, así que preferí dejarle tranquilo y quedarme en silencio. Quizá era algo que solía hacer antes de las orgías.

Cuando terminamos de desayunar fuimos hacia la casa de Jack e Isabelle, ambas bastante cerca entre sí. No sabía si habían salido de allí desde el día anterior que habíamos llegado, pero no me hubiera sorprendido si se hubieran encerrado en sus casas para no tener que cruzarse con nadie.

El señor Black perdió aquel estado taciturno que había tenido en el desayuno y se puse en plan Amo, dándoles órdenes directas y cortantes con expresión seria. Ambos llevaban la correa negra al cuello y, suponía, el arnés debajo de la ropa.

Les acompañé al embarcadero, donde ya había dos yates bastante grandes y mucha gente en ellos, bebiendo champán y rodeados de todo tipo de hombres y mujeres que, seguramente, fueran invitados especiales a la orgía. Evité mirar demasiado y me limité a sonreír, deteniéndome en mitad del embarcadero.

—Que lo pase usted bien, señor Black —le dije, porque suponía que era lo normal en aquellos casos, desear pasarlo bien—. Estaré aquí cuando vuelva.

Él me miró y relajó un momento su expresión seria antes de coger las gafas que llevaba para ponérselas él y asentir en silencio. Entonces me di la vuelta sin más y me fui. No quería saber nada, no quería ver nada, no quería oír nada. Quería que todo lo que fuera a pasar desde aquel momen-

to hasta que volviéramos a vernos fuera solo un borrón blanco en mi memoria.
Estaba bastante mentalizado. Era algo que iba a pasar y que, seguramente, pasaría muchas veces en el futuro. El señor Black era así, y el único culpable de que me sintiera mal por ello era yo mismo. Era cierto: el sexo, los besos y la intimidad me habían jugado una mala pasada. Había estado jugando un poco con la idea de… de tener a James solo para mí. Quizá fuera el calor del Caribe que había nublado mis pensamientos, o puede que esa semana sin sumisos ni orgías en lo que todo fue como si… nosotros…
No.
No debía hacerme eso a mí mismo. Era solo sexo. Era divertido. Punto.
Para distraerme pedí otro café, fui a por una de las hamacas entre las palmeras que ya había mirado antes con deseo y me tumbé. Me sentí rodeado por la tela tensa y arrullado por el suave balanceo. Estuve trabajando hasta la hora de comer y después fui al restaurante.
No bromeaba cuando dije que la mayoría de personas que había hasta entonces allí se irían con el señor Black a la orgía. El restaurante, las piscinas, todo estaba casi vacío, a excepción de alguna pareja de ancianos o algún turista solitario.
Pude disfrutar de toda la atención de los camareros, de los monitores y monitoras de las actividades e incluso de la excesiva atención del profesor de buceo.
Odiaba darle la razón a James, pero Mike, el hombre bronceado y de pelo largo con tatuajes tribales en los brazos, tenía toda la intención de llevarme a la cama. Al principio fue bastante sutil y lo confundí con un inocente colegueo, pero cuando descubrió que yo era gay fue a matar. Incluso me llevó a ver un arrecife de coral y alargó la hora de buceo hasta convertirlo en «explorando el fondo marino con Mr. Tocón». Como no teníamos forma de comunicarnos bajo el agua, cosa que agradecí bastante, se acercaba a mí y me tocaba el hombro para enseñarme algo, ponía su mano en mi espalda sobre el neopreno mucho más tiempo del necesario y en una ocasión hasta la acercó demasiado a mi culo, llegando a rozarme la nalga con la punta de los dedos y a apretar un poco. Ahí fue cuando ya me puse estricto y lo corté en seco.
—Ojalá mi novio estuviera aquí, le hubiera encantado ver esto —le dije con una sonrisa inocente mientras me quitaba las gafas de buceo.

Él lo pilló al vuelo y volvimos al resort. Me sentí un poco cabrón, pero… meh… ¿Había evitado pararle antes solo para que me llevara a ver cosas que no enseñaban normalmente a los turistas en la hora de buceo? Sí. ¿Me convertía eso en una mala persona? Mmh… No… no realmente. Yo no le había pedido que lo hiciera y no había estado flirteando con él ni nada parecido. Mike lo había hecho con la esperanza de que aquella experiencia tan genial me… no sé, me pusiera cachondo o algo. Era una ruta que conocía muy bien y que seguramente le hubiera puesto en bandeja a muchos turistas no tan escépticos como yo a tirarse al «morenazo profesor de buceo».

Así que me despedí de él con una sonrisa educada, a la que él respondió con un cabeceo vago y sin mirarme mientras probablemente me insultaba por lo bajo. Después hice yoga, bastante normal todo. Al final del día fui a cenar y por un momento me sentí terriblemente solo. Estaba solo frente a mi plato y me acordé del señor Black.

Empecé a pensar en todo lo que estaría haciendo en aquella isla privada, todo lo que le estarían haciendo, y me entró un poco de ansiedad. Tuve que dejar el tenedor a un lado y frotarme la cara, recordarme que así eran las cosas y que no había forma de cambiarlas. Con un vaso de whisky frío en la mano y sentado en la playa de arena blanca mirando el horizonte del mal y las preciosas estrellas sobre él, pensé en mi futuro.

Sabía que mi futuro no podía estar al lado de James. Aquel tiempo junto a él fue suficiente para comprender que era una persona con un gran magnetismo: su atractivo, su forma de ser, la forma en la que te hacía sentir, todo te hacía querer estar a su lado.

Y si a eso le sumabas el sexo era terriblemente fácil caer en la tentación de enamorarte de él. Jack lo había hecho, había caído en la trampa, y ahora mismo estaba en la orgía haciendo a saber qué y tratando de impresionar al señor Black para que le perdonara. Yo mismo me había dejado masturbar delante de un montón de desconocidos para complacerle.

Y eso debía terminar.

Si no lo hacía, puede que fuera yo el que estuviera en aquella orgía al año siguiente.

Así que allí, bajo las estrellas de una playa en el Caribe, me prometí a mí mismo que cuando terminara el contrato de un año, me iría para no volver. Sería doloroso, sabía que lo sería, pero no podía pasar el resto de mi vida dedicada a un hombre que no podía quererme. Yo me merecía que me quisieran, y si James no podía, puede que otro hombre en mi futuro pudiera; aunque ese hombre no fuera el señor Black.

Porque James Black solo había uno en el mundo.

Al día siguiente me levanté en una cama vacía y se me hizo un poco raro poder respirar y no tener que escabullirme de debajo de un cuerpo pesado

y caliente ni separar unos brazos que me abrazaban. Me di una ducha larga y fui a desayunar. Ya era lunes, no allí, en el resort donde nada había cambiado, sino en el mundo real. Así que estuve bastante ocupado, respondiendo mensajes, llamadas y correos. Aunque todos en la oficina supieran que el señor Black estaba de vacaciones, no parecía importarles molestarme a mí con sus mierdas. El señor Lee no dejó de insistir en que sacara fotos en el Caribe, así que hice un par de la playa y se las mandé. En menos de veinte minutos ya estaba quejándose y diciendo que tenía que salir el señor Black en ellas. Terminé poniendo los ojos en blanco e ignorándole por completo.

A la hora de la comida me entretuve charlando con una pareja de ancianos que se habían acercado a preguntarme si les podía sacar una foto. La mujer me dio las gracias y me dijo que era para sus hijos y para enmarcar, porque estaban celebrando sus bodas de oro. Yo le di un poco de conversación, porque parecían una pareja muy agradable, y al final terminamos comiendo juntos mientras me contaban cosas de sus hijos y sus nietos. En un momento de la conversación me preguntaron si había venido con mi novia o mi mujer y yo me reí.

Por la tarde seguí trabajando en la hamaca y después fui a explorar un poco los alrededores. Llegué a una playa más salvaje que la que había frente al resort que incluso tenía cangrejos por la arena. Me sentí como un gilipollas por hacerme tanta ilusión ver cangrejos. No me sentí tan mal cuando vi una tortuga y fui un poco a prisa, pero no demasiado, para sacarme una foto con ella. Salía sonriendo y con el pulgar levantado mientras la tortuga me ignoraba, pero era una imagen que quise guardar como recuerdo del viaje; ya que no podía haber hecho ninguna otra antes.

Cuando ya volvía hacia el resort estaba atardeciendo, cené tranquilamente mientras miraba nuevas notificaciones y me empecé a poner un poco nervioso cuando se acercó la hora de que fuera al embarcadero a recibir al señor Black. En mi mente se había formado aquella imagen de su regreso donde él, de alguna forma, redescubría el sexo sucio y violento y ya no quería volver a abrazarme en la cama. Que todo volvería al principio en el que solo había sumisos y empleados, no ayudantes.

Así que fui hacia el embarcadero un poco antes de tiempo y me quedé allí esperando mientras el sol desaparecía bajo el horizonte. Todo se volvió más oscuro, pero había antorchas por todas partes iluminando el lugar con un fuego que no paraba de moverse con el suave viento. A lo lejos empecé a ver una forma blanca que se acercaba y cogí aire, notando como el pulso se me aceleraba.

«No pasaba nada», me dije. «Te irás de todas formas», recordé. «Es mejor si no te vuelve a besar».

El yate se acercó, cada vez a menos velocidad, antes de detenerse en el embarcadero. Empezó a salir gente, mucho menos animada de lo que se había ido. Algunos parecían tristes, otros cansados, algunos miraban las tablas del suelo y dudaban de si el dinero que les habían dado había sido

el suficiente; o si habría dinero suficiente para pagar lo que habían hecho.
De entre todos ellos vi tres figuras. Reconocí la camisa con estampado de formas geométricas del señor Black y dejé de respirar. Forcé una sonrisa y me recordé que aquello se repetiría muchas veces, pero que yo era un hombre profesional y daría la mejor cara a mi jefe.
El señor Black se acercó, con las mismas gafas y la misma ropa, pero diferente expresión en el rostro. Entonces supe que mis peores temores se habían hecho realidad y que nada volvería a ser como antes. Pero seguí sonriendo, porque era lo que tenía que hacer.
—Bienvenido, señor Black —le dije con voz tranquila, porque lo había ensayado docenas de veces mientras esperaba.
Él se quedó frente a mí y me miró tras sus gafas oscuras. No dijo nada y yo esperé a que hiciera alguna señal o… algo. Empecé a preocuparme y perdí lentamente la sonrisa.
—¿Todo bien, señor Black? —le pregunté esta vez.
Sin decir nada señaló hacia el camino que llevaba al resort y yo me di la vuelta para caminar de vuelta. Dentro de mí había un huracán de emociones, pero apreté los puños y me dije a mí mismo que era mejor así. Sería más fácil marcharme si no me besaba ni dormía a mi lado cada noche.
Entonces sentí su mano en la parte baja de mi espalda y eso me calmó un poco. No porque tuviera un significado especial, sino porque era algo que siempre hacía y me hizo sentir un poco mejor. No fuimos hacia el edificio central, sino que giramos en dirección a las casas-cabaña. Al detenernos frente a la nuestra le di las tarjetas de vuelta a Jack e Isabelle. La mujer no me miró y tiró de la tarjeta para marcharse a paso rápido. Jack me miró a los ojos con una sonrisa cruel en los labios y también se fue sin decir nada.
Cuando entramos en nuestra cabaña no supe muy bien qué hacer ni qué decir. El señor Black había vuelto de un humor más extraño del que se había ido, y yo no tenía claro si hablarle o no hacerlo. Entonces se sentó en uno de los sofás del pequeño salón y miró a través de las puertas correderas que daban al mar.
—Siéntate, Leonard —me ordenó sin mirarme.
Con el corazón en un puño me acerqué y me senté en el sofá que había a un lado del suyo. Me quedé en silencio mientras el señor Black estaba allí, con los brazos cruzados sobre el mecho y la cabeza girada hacia un lado.
—¿Qué has hecho estos dos días? —me preguntó entonces.
Eso no era lo que me esperaba, lo que me esperaba era algún tipo de anuncio salomónico sobre cómo iban a cambiar las cosas entre nosotros desde entonces. Así que tardé un momento en responder:
—Trabajé, fui a bucear… vi un arrecife de coral, estuvo bien —me detuve porque no supe que más decir. Me sentí como un niño de parvularios hablando para la clase sobre sus vacaciones de verano—. Ah, y fui a una playa un poco alejada, vi una tortuga y me saqué una foto.
Lo educado habría sido preguntar de vuelta, pero no quería que me con-

tara cómo se había corrido encima, dentro y entre veinte personas diferentes.
—Enséñame la foto —ordenó.
Cogí el móvil y busqué la foto, alargué la mano para entregarle el móvil, pero él no hizo nada por moverse ni por apartar la mirada de la oscuridad tras las puertas correderas. Así que me levanté, me senté en la mesa baja a su lado y le enseñé el móvil más de cerca. El señor Black giró la cabeza entonces, miró la estúpida foto que me había sacado con la tortuga y se levantó las gafas oscuras. Tenía unas ligeras ojeras y los ojos un poco vidriosos y enrojecidos.
Cerró un momento los ojos y apartó la mirada de nuevo. Sorbió por la nariz y se quedó allí en silencio. Yo dejé el móvil sobre la mesa produciendo un leve golpeteo al posarlo contra el cristal. Esperé un minuto, no más de dos, con la mirada perdida al fondo del salón y entonces me atreví a preguntarle.
—¿Estás bien, James?
Había usado su nombre a propósito, porque si me corregía significaba que habíamos vuelto al punto de inicio y que ahora no habría marcha atrás. Yo no iba a caer en la misma trampa dos veces.
—Estoy un poco colocado todavía —murmuró en voz baja.
—Ah… —asentí—. ¿Quieres que vaya a por algo de comida?, ¿has cenado ya?
—No, no he cenado —respondió tras uno de aquellos parones, como si le costara pensar, ahora sabía el por qué.
—¿Qué te apetece comer, entonces? ¿Una hamburguesa?
—¿Tú has cenado?
—No —le mentí.
—¿Te apetece una hamburguesa?
Se me escapó un risa corta y baja, casi un jadeo.
—Sí, James, ¿y a ti?
Él asintió lentamente.
—Iré a por ellas —dije, levantándome de la mesa.
—No —me detuvo con un tono brusco, y una mirada fija—. No —repitió, está vez más calmado—, diles que las traigan aquí.
Fui a por el teléfono sobre una mesilla en la pared y miré la chuleta plastificada con los números del hotel que había al lado. Pedí las hamburguesas para nuestra cabaña y volví al sofá. Estuvimos en silencio hasta que trajeron las hamburguesas y deje uno de los platos frente al señor Black y otro frente a mí. Él apartó al fin la mirada de la ventana a oscuras y se inclinó apoyando los codos sobre las rodillas para darle grandes mordiscos a la hamburguesa. Yo mordí la mía, pero mastiqué lentamente porque no tenía hambre.
En apenas dos minutos el señor Black ya se la había terminado y se había quedado con la vista en el suelo y respirando profundamente. Empecé a preocuparme un poco.

—James —le llamé—. ¿Seguro que estás bien?
Entonces tuvo una arcada y vomitó en el suelo. Dejé mi hamburguesa en el plato y me acerqué a él para ayudar a sostenerle la frente mientras se inclinaba sobre las rodillas y vomitaba. Tras soltar la toda la hamburguesa y un poco más, se quedó jadeando mientras un hilo de baba goteaba en el suelo desde sus labios. Le froté la espalda y traté de incorporarle un poco, lentamente, para que se sentara. Le quité las gafas y le miré el pulso en la muñeca. No tenía muy claro por qué, pero quería tener todos los datos posibles si tenía que llamar al médico del hotel por culpa de una sobredosis.
El señor Black continuó jadeando un poco, con la mirada de ojos llorosos al frente mientras tiritaba un poco, aunque estábamos casi a treinta grados allí.
—James —le llamé, rodeando su rostro con las manos para que me mirara—. ¿Quieres que llame al médico?
Él me miró en silencio y entonces tragó saliva antes de responder:
—No.
Asentí y le solté el rostro. Él me cogió de la muñeca y la acercó a él.
—Puede que me haya metido un poco más de lo normal —reconoció.
Apreté los dientes y le miré fijamente.
—Te juro por Dios, James, que como empiece a darte un ataque y eches espuma por la boca te arrastro por los cojones hasta el hospital y me da igual quien nos vea. Así que dime, ¿quieres que llame al médico?
Él tardó un momento y, de pronto, una lágrima se precipitó desde uno de sus ojos enrojecidos.
—No —repitió con la voz un poco temblorosa—. Solo… necesito un baño y dormir.
Asentí varias veces y entonces le pasé un brazo por debajo del suyo para ayudarle a caminar hacia las escaleras. James dio un par de pasos, pero cada vez dejó caer más y más peso sobre mí. Entramos en la habitación y le llevé hasta la ducha de lluvia que había a un lado.
—¿Necesitas ayuda o me voy?
El señor Black me miró y no necesité que me respondiera. Le senté con cuidado sobre el altillo que había a un lado del jacuzzi y empecé a desnudarle. Ignoré todos los chupetones, mordiscos y demás marcas que tenía por todo el cuerpo y me centré en desnudarle lo más rápido y cómodamente posible, atento de cualquier movimiento involuntario o sospechoso de su cuerpo. Le llevé a la ducha como le había llevado allí y le hice apoyar las manos en la pared. Use agua fría y él jadeó con fuerza, pero se mantuvo de pie bajo el agua. Me remangué lo mejor que pude, pero me mojé igualmente al enjabonarle la cabeza y el cuerpo. Después le eché más agua para aclararlo y me moví rápido hacia la toalla.
Le rodeé con ella y empecé a secarle, primero el pelo y después el cuerpo. Entonces James me rodeó con unos brazos un poco temblorosos y me abrazó, cerró los puños contra la tela de mi camisa hasta que me hizo

daño y me atrajo hacia él. Yo le abracé de vuelta, pero estaba demasiado preocupado y confuso para poder disfrutarlo. Me estaba abrazando como un náufrago abrazaba la única tabla flotando que impendía que se ahogara en el profundo océano.
Estuvimos así un par de minutos y entonces me soltó lentamente y me miró a los ojos con una intensidad que me asustó.
—Bésame —me pidió.
Parpadeé y dudé, pero alcé la cabeza y rocé sus labios con los míos. Él se quedó parado y entonces se inclinó y quiso más, pero tuve que detenerle.
—Acabas de vomitar, James —le recordé.
Le froté el pecho para tratar de consolarle por la negativa que había recibido y le prometí:
—Mañana te besaré todo lo que quieras, pero ahora tienes que descansar. ¿Vale?
James asintió y, suave como un gatito, me dejó cargarle de nuevo y llevarlo a la cama para arroparle.
—¿Prefieres dormir solo? —le pregunté, porque quizá ya había estado con mucha gente, demasiada, y prefería no tener que tocar a nadie más aquella noche.
—No —negó, como había hecho cuando le había dicho que iba a buscar las hamburguesas.
No sabía qué le pasaba, si era la droga o algo que había pasado en la orgía, pero parecía asustado, débil y nervioso. No se parecía en nada al hombre que era siempre. Me ahorré más muecas de preocupación, porque ya había puesto suficientes, y me desnudé antes de meterme en la cama junto a él. James se giró y me rodeó con unos brazos un poco temblorosos.
—Cuéntame cómo era el arrecife de coral, Leo —me pidió en voz baja.
Entonces le conté la emocionante historia de cómo había contratado un servicio de práctica de buceo y una encantadora mujer llamada Mikela me había llevado al arrecife. Le conté los peces que vi y lo bonito que era. Que confundí a un pez grande con un tiburón y casi me cagué encima, eso le hizo gracia, y después todo lo que la profesional y nada atractiva Mikela me había explicado sobre ellos. Paré cuando supe que se había dormido. Entonces me quedé allí, en mitad de la oscuridad oyendo el suave jadeo de James cerca de mi oreja.
El señor Black había vuelto de una orgía de dos días y estaba colocado; yo había hecho una promesa bajo las estrellas y en un año ya no estaría junto a él.

Me quedé toda la larga noche despierto, atento de cada movimiento que James hacía, a cada respiración ronca, preocupado de que en algún momento le diera un nuevo ataque y se muriera a mí lado sin que yo me enterara. No sabía si eso era posible si quiera, pero preferí no correr el ri-

esgo. A veces me daban pequeños sustos cuando algo cambiaba en su respiración y se desvelaba, se removía y me atraía más hacia él para volver a dormirse. Yo tenía razón cuando pensaba que James no hacía más que tratar de sepultarme bajo su cuerpo o de rodearme con más fuerza mientras dormía.

Así que cuando el sol comenzó a colarse entre las cortinas yo ya estaba prácticamente debajo de él, con su cabeza apoyada al lado de la mía mientras respiraba sobre mi cuello. Apagué el despertador del móvil antes de que sonara y esperé hasta el último momento antes de despertar al señor Black, porque pensé que necesitaría todo el sueño posible, al contrario que yo.

—James, ya es hora —le llamé sin moverme de mi sitio.

Él se removió un poco, sentí como su respiración cambiaba lentamente y entonces noté un beso húmedo en mi hombro. El señor Black se apartó para dejarme espacio y se puso cara al techo, entonces pude girarme y verle el rostro. Parecía mejor que la noche anterior, con los ojos menos hinchados y unas ojeras menos visibles. Me miraba con la cabeza un poco ladeada y en silencio. Yo forcé una sonrisa alzando las comisuras de mis labios, me alegraba que el peligro hubiera pasado.

Hizo su gesto de morritos para pedir su beso de buenos días y me apoyé sobre mis brazos para poder alcanzar sus labios. Pero era una trampa, porque en cuanto le di el suave beso, me atrapó en un abrazo y volvió a pegarme a él mientras metía la lengua en mi boca. Al principio me pilló desprevenido, pero fueron apenas unos segundos de duda antes de dejarme llevar y besarle de vuelta. Después todo se complicó un poco, se volvió a volcar sobre mí y empezó a presionar su erección contra cuerpo, buscándome de una forma que sí supe reconocer.

Pensé en negarme, porque no me sentía cómodo con un James repleto de chupetones, mordiscos y marcas que yo no le había dejado. Me hacía sentir un poco triste y vacío. Sin embargo, no le detuve, lo pensé varias veces, pero al final dejé que continuara besándome con suavidad, penetrándome lentamente y follarme de una forma increíblemente suave y pausada para James. Ambos empezamos a jadear y el señor Black repitió mi nombre varias veces, buscando meterse más y más dentro de mí, aunque ya estaba todo en mi interior. Se corrió con un gruñido apagado y se dejó caer sobre mí de nuevo en lo que, creía, era el polvo más extraño que habíamos compartido.

Había sido como sexo mañanero de recién casados. Silencioso, íntimo, lento y cariñoso.

Tras recuperar un poco el aliento, James alzó la cabeza y volvió a dedicarme un par de besos suaves y húmedos antes de quedarse mirándome fijamente.

—Contigo siempre es raro —me susurró.

Una mano fría me agarró el corazón y, por un momento, tuve ganas de llorar. No sabía por qué, puede que fuera el tono de su voz o aquellas pa-

labras, pero me sentí como una rata de laboratorio con la que al señor Black le gustaba experimentar. Parpadeé, tratando de controlar la humedad que me llenaba los ojos. Me obligué a sonreír y a asentir con la cabeza.

—Tienes que desayunar —le recordé—, será un viaje largo y necesitas energías.

El señor Black me miró un poco más y terminó cabeceando para darme la razón.

—Llama al restaurante, que nos lo traigan aquí. No quiero ver a nadie —ordenó.

Me dio otro beso y salió de dentro de mí lentamente para dirigirse hacia el baño. Yo me quedé en la cama, desnudo y mirando el techo blanco mientras una lágrima se derramaba por mi sien hasta perderse en mi patilla. Cerré los ojos y tomé una gran bocanada de aire por la boca y la solté lentamente.

Después me levanté, sin molestarme en ponerme más que la ropa interior, y bajé al teléfono del salón para hacer la llamada y esperar a que llegara el desayuno. También pedí que trajeran una fregona y abrí las puertas correderas, porque el vómito seguía en el suelo y había llenado el ambiente con un desagradable y penetrante olor.

Eran increíblemente rápidos en el resort y ya tenía los cafés, las tostadas y los huevos revueltos cuando subí junto al señor Black, el cual ya estaba en el balcón, ya completamente vestido mientras se apoyaba en el reposabrazos y miraba al mar del Caribe. Me pareció una imagen preciosa de él, así que dejé la bandeja sobre la cama y le saqué una foto. Después me acerqué y dejé todo sobre la mesa de cristal que había allí.

Abajo estaban limpiando, así que era mejor quedarse arriba; donde fue muy agradable poder desayunar bajo el calor de la mañana y las vistas de las palmeras y el mar celeste. El señor Black comía como hacía él, masticando lentamente y mirándome sin parar.

—Deberías bajar a desayunar siempre así, Leonard —me dijo, refiriéndose a que yo todavía estaba en ropa interior.

—No me daría tiempo a vestirme para llegar puntual al trabajo, señor Black —respondí sin dejar de mirar el paisaje frente a mí.

Cuando terminamos, me vestí y recogimos todo antes de dejar la casa-cabaña. Junto con Jack e Isabelle, ambos todavía un poco extraños y distantes, fuimos al embarcadero y cogimos el mismo barco que nos había traído hasta allí. Yo me separé un par de minutos del grupo para poder devolver las tarjetas y hacer la salida del resort. Entonces abandonamos aquella paradisiaca isla repleta de horrores para no volver jamás.

Cuando alcanzamos el jet privado tras una hora de viaje, me sentí un poco mejor. El señor Black mandó a los sumisos adelante, como la primera vez, y a mí al sofá donde estaba él con la tablet preparada. Quiso resolver más crímenes del «Asesinato de Hillhouse», enfadándose un poco cada vez que yo terminaba antes de él y acertaba. Caí bajo un leve sueño durante

uno de ellos, con los brazos cruzados sobre el pecho y sintiendo el calor del señor Black cerca de mí.
—Leonard, ya casi hemos llegado —me despertó James al oído.
Entreabrí los ojos y vi el cielo gris tras las ventanillas del avión. Tenía un poco de frío con la ropa veraniega del caribe y me levanté con cuidado, agitando un poco la cabeza, en dirección a la cocina para cambiarme. Me eché agua fresca en el rostro en el lavabo del baño y me miré al espejo. Había algo extraño en el ambiente, en mí, y no sabía lo qué.
Cuando el jet se detuvo el señor Black fue el primero en salir, con su traje y su gabardina puesta, en dirección a un Lakov que me hizo mucha ilusión volver a ver. Le saludé con la mano y una leve sonrisa y él me devolvió el salido con un asentimiento de cabeza mientras aguardaba al lado del coche. Cuando el señor Black estuvo dentro, salieron los sumisos. Primero Isabelle, la que no se detuvo ni a mirarme antes de salir andando a prisa por la pista de aterrizaje. Jack sí se paró frente a mí. Me dedicó una mirada de desprecio y una expresión de asco.
—¿Qué has hecho tú por él? —me preguntó—. Porque yo he hecho muchas cosas en esa isla… y quiero volver a su casa. Así que más te vale que me llame otra vez…
Miré sus ojos y me quedé en silencio. Jack era un hombre atractivo, pero parecía terriblemente cansado y había una sombra sobre su rostro; no quería ni pensar lo que había hecho en la orgía para complacer al señor Black.
Asentí con la cabeza sintiendo un escalofrío en la espalda y me prometí que yo nunca sería así. Que nunca sería un Jack en la vida de James. Él giró el rostro y se fue con pasos lentos y pesados en la misma dirección que Isabelle. Tuve ganas de llorar otra vez, pero me contuve y me froté el rostro antes de caminar de vuelta al coche. Me senté en el asiento de siempre, frente a un señor Black de brazos estirados sobre el respaldo y las piernas abiertas. Miré por la ventanilla y le dije:
—Jack quiere volver a ser su sumiso, señor Black.
—No.
Cerré de nuevo los ojos un momento y reuní fuerzas para mirarle a la cara.
—Dice que se lo ha ganado.
El señor Black mantuvo su rostro calmado y una mirada de ojos un poco caídos.
—Se dejó hacer muchas cosas para tratar de impresionarme —reconoció—. Se tragó toda la…
—No —negué, porque me estaba entrando un poco de ansiedad al oír aquello. Me costó un poco respirar y negué con la cabeza—. No quiero saberlo.
Tuve ganas de bajar de coche y correr muy lejos de allí. No quería ser Jack, yo no quería serlo.
—Pero yo no doy segundas oportunidades, ya lo sabes —me recordó, to-

davía con un tono tranquilo.
—James… —dije con una voz un poco temblorosa, volviendo a mirar la ventanilla ahumada del coche mientras nos poníamos en marcha—. Jack… te ama. Por eso lo hizo.
—Lo sé —respondió.
Entonces sentí miedo. Giré la cabeza hacia él y me enfrenté a aquellos ojos como el océano, oscuro y cruel.
—¿Qué se creía que iba a pasar, Leonard? —me preguntó, encogiéndose de hombros, como si el hecho de que alguien fuera capaz de humillarse a sí mismo de esa forma por él fuera algo trivial y sin importancia—. ¿Qué me iba a enamorar de pronto y a sacarle de allí en brazos para casarnos? Yo no le prometí nada, no le obligué a hacerlo. No es mi puto problema que sea tan gilipollas como para creer que me voy a enamorar de él.
Ese fue el momento en el que escogí un lugar muy apartado dentro de mí, guardé todo lo que sentía por aquel hombre, y lo cerré con llave bajo un mar de indiferencia.
James Black era una trampa perfecta, un animal hermoso y magnético, pero yo no era tan gilipollas como para creer que se iba a enamorar de mí.
—Sí, señor Black… —murmuré en voz baja. Volviendo al principio, cuando nada significaba nada y yo no lloraba al despertarme.

SEGUNDA PARTE

INVIERNO

El despertador. Ese odioso alarido en mitad de la penumbra que anunciaba el final del calor y el sueño. Como lo puto odiaba.
Me escabullí de debajo del señor Black y alargué una mano para apagarlo. Entonces dejé caer mi cabeza sobre la almohada y solté un apagado gruñido de queja. James se movió un poco para volver a abrazarme, como siempre hacía. Levanté el rostro, miré aquellos ojos del azul del mar y le di un beso de buenos días en sus labios perfectos.
—Ya es hora, James —anuncié, como si el despertador y mis quejas no lo hubiera dejado bien claro ya.
Él me dio otro beso y salió de la cama, completamente desnudo, para desaparecer tras la puerta en dirección a la ducha. Yo tardé un poco más, pero la cama empezaba a estar fría y solitaria sin él, así que me levanté y fui a prepararme. Después hice un café para mí y otro para Carol.
—Buenos días —la saludé con una leve sonrisa cuando apareció con su bata blanca y su precioso pelo como el chocolate cayéndole por los hombros.
Era nueva y encantadora. Johanna había llamado al señor Black solo para ofrecérsela, porque sabía que él podría apreciarla; eso y que tenía el dinero para pagar aquel pequeño favor como intermediaria. Al parecer Johanna tenía una agencia de sumisos además de una tienda BDSM y otra de lencería, era una moderna mujer de negocios.
—Hola, Leonard —respondió ella, sentándose en el taburete frente a la isla antes de que pusiera su café con leche de avena delante de ella.
—¿Qué tal la audición? —le pregunté—. ¿Te han dado el papel?
Ella resopló y puso una encantadora mueca de pena.
—No creo, el director era un poco gilipollas y no me dejó terminar.
—Eso es porque no te sacaste las tetas como te aconsejé —bromeé.
Ella se rio, algo musical y dulce en sus labios, antes de darme un golpe suave en el brazo.
—Oye, Leonard, le he hablado de ti a un amigo actor, vamos a algunas audiciones juntos y… le encantaría conocerte. ¡Es súper guapo! —exclamó, alzando las manos porque había visto mi expresión y sabía que iba a negarme enseguida—. Trabaja en un gimnasio y está muy bueno. Te prometo que te va a encantar.
Abrí los labios para usar la misma excusa que usaba siempre: mi trabajo, pero el ruido de pisadas sobre las escaleras me detuvo. Carol se precipitó entonces sobre el suelo para ponerse de rodillas y agachar la cabeza. El señor Black apareció con su gabardina negra sobre su traje a medida azul oscuro y la bolsa de deporte en la mano.
—Buenos días, señor Black —le saludé, como cada mañana.
—Buenos días, Leonard —respondió, caminando hacia el pasillo con expresión seria.
Me despedí de Carol con un gesto discreto y acompañé al señor Black

hasta el ascensor, donde colocó su mano sobre mi espalda.
—Quiero que te deshagas de ella —me dijo sin más cuando estuvimos en el coche.
Alcé la mirada del móvil y busqué sus ojos.
—¿No le gusta, señor Black?
Después de dos semanas sin sumiso tras la orgía, el señor Black había aceptado a Carol en la casa porque, como Johanna había dicho, «ella es demasiado buena para polla cortas que quieren dar cachetes». Y al señor Black le gustaba tener lo mejor.
—No.
Bajé de nuevo la mirada al móvil y continué leyendo el horario del día. Yo ya sospechaba que algo no iba bien, porque en el mes que Carol llevaba con nosotros, el señor Black apenas la había hecho llamar un par de veces. La había metido en la Habitación del Placer y en menos de quince minutos había salido con pasos enfadados hacia la ducha. Yo no preguntaba nada al respecto, me limitaba a cumplir órdenes y a hacerle un sitio en mi cama cada noche.
Al contrario de lo que yo había creído, nada había cambiado en el señor Black desde la orgía. Seguía besándome, follándome y abrazándome con fuerza cada noche mientras se dormía a mí lado. No, él seguía igual; era yo el único que había cambiado. Ahora ya no buscaba un significado a todo lo que hacía, a todo lo que me decía, porque sabía que no significaba nada en absoluto.
—Hoy tiene una reunión a primera hora, después una comida con los inversores y por la tarde otra reunión con Relaciones Públicas y el señor Lee. Yoga y a casa.
El señor Black asintió como siempre hacía y no dijo nada hasta que salimos del gimnasio y me pidió un café caliente. Ya era invierno y había empezado a hacer bastante frío.
Todavía no nevaba, pero Halloween estaba a la vuelta de la esquina y, poco después, sería navidad. Así que le pedí un café bien caliente y otro para mí, que me entregó Lana; la hermosa recepcionista latina que nos había interrumpido para pedir perdón al señor Black. Seguía igual de tímida, igual de sonrosada e incapaz de mirarme a los ojos que siempre, pero ahora al menos traía el café de forma muy puntual.
Recursos Humanos soltó su discurso e hizo un breve repaso de la situación de la empresa con respecto a su campo, después terminó recordándole una vez más al señor Black que sería maravilloso que participara en las celebraciones, como, por ejemplo, con un disfraz en Halloween.
—No.
Después fuimos a un restaurante de lujo en el centro de la ciudad y comimos con los inversores. Quiero decir que el señor Black comió con ellos y yo me quedé en una mesa a poca distancia comiendo solo y adelantando trabajo. Al terminar me acerqué a rescatar a James con la

excusa de que todavía teníamos reuniones a las que asistir. Para cuando llegamos a la reunión con Thomas Lee y su equipo de Relaciones Públicas, ya estábamos algo cansados y menos receptivos de lo normal.

—Hemos ido actualizando sus redes sociales de forma continuada, y el número de seguidores ha ido subiendo, pero creo que podríamos mejorar los datos si optamos por una estrategia menos seria y más… divertida —el señor Lee dijo esa palabra con cuidado, como si fuera algo tabú para el señor Black, y continuó—: Hemos apreciado que las fotos más relajadas y un poco jocosas tienen mucho mayor impacto.

Para reafirmar sus palabras proyectó algunas fotos en la pared. Todas las había sacado yo, pero no todas eran iguales. Había algunas con un señor Black al que le había pedido que posara, como la primera que le hice en la cena y otra en el coche de empresa; pero otras eran robados en momentos menos serios, y en algunas hasta aparecía yo haciendo el gilipollas.

Abrí muchos los ojos y dirigí una fría mirada al señor Lee, porque muchas de esas imágenes no eran para que las publicara, solo eran por joderle cada vez que me mandaba uno de esos mensajes exigiéndome que sacara más fotos.

Como la selfie en la que salía mi careto y el señor Black mirándome con una leve sonrisa en los labios; o en la que había aprovechado un momento que se había dormido en el coche tras un largo día de trabajo; o cuando habíamos ido a comprar la ropa de invierno y le había convencido para que fuera él quien sacara la foto mientras yo aparecía por detrás con un enorme abrigo y un gorro de lana mientras sonreía como un loco.

—Cómo ve, señor Black, a la gente le gusta su lado más travieso y bromista. Lo hace más cercano para el público.

Travieso y bromista… ¿el señor Black? Casi se me escapa la risa. James era muy gracioso, y me hacía reír muchas veces, pero no era un hombre travieso y bromista. Bueno, a no ser que «travieso» se refiriera a su vida en las sombras y a su habitación repleta de fustas, cuerdas y varas.

—Pero le aconsejaría que no saliera tanto su ayudante —continuó el señor Lee, evitando mirarlo a los ojos, y pasando algunas diapositivas más—. Solo hay fotos con el señor O'Brien y algunas personas están empezando a hacer… algún ruido por ello.

El señor Black le respondió con una de sus expresiones serias y silenciosas que exigían una explicación. El señor Lee se aclaró la garganta y eligió la forma más suave de decir aquello.

—Quieren verles como una especie de pareja homosexual perfecta. Les consideran jóvenes, atractivos y encantadores. —Y para demostrar sus palabras puso una última imagen.

Esa no la había hecho yo. Era de un fotógrafo de la cena de inauguración a la que habíamos asistido juntos por orden del señor Black. Él estaba delante con su elegante traje a medida azul cobalto, con su sonrisa del soltero de oro y saludando con la mano. Yo estaba un poco detrás, con traje gris a medida que el señor Black me había comprado, una leve son-

risa, y las manos en los bolsillos mientras esperaba a que terminara. La foto era muy buena y era cierto, estábamos los dos muy guapos después de haber pasado por el salón de belleza. Parecíamos dos hombres encantadores y felices; pero esa no era la verdad de aquella foto.

La verdad era que había tenido que luchar con el señor Black por ir a aquella cena, que me había pasado dos días discutiendo con el encargado para que me hiciera sitio en la mesa junto al señor Black y que al llegar a casa me esperaba un metro de cuerda, una fusta de cuero y un polvo a cuatro patas en su cama con el traje puesto y los pantalones bajados hasta las rodillas. Esa era la bonita verdad.

—Quizá debería plantearse sacar alguna foto con una chica guapa o alguien aparte del señor O'Brien —le aconsejó el señor Lee—. Cada vez es más difícil mantener su marca lo más neutra posible.

El señor Black no dijo nada, dio la reunión por concluida y se fue, seguido de cerca por mí hasta alcanzar su despacho. Cerré la puerta tras nosotros mientras el señor Black cogía su gabardina negra.

—Deberías volver a ponerte ese traje gris, Leonard… —dijo en voz baja y grave, y supe que estaba empalmado sin necesidad de mirarle el bulto de su entrepierna—. Me gusta mucho como te queda.

—Es el traje de las cenas a las que no quiere ir —le recordé con tono tranquilo mientras esperaba a que terminara de colgarse la bufanda al cuello.

Él se acercó a mí para que fuera yo quien le atara la bufanda y le ajustara la gabardina. Noté su mirada del azul del océano sobre mí, pero fingí que no me daba cuenta.

—¿Te acuerdas lo que hicimos después? —me preguntó con una voz todavía más baja que antes, buscando mi mirada mientras ladeaba la cabeza hacia mí—. Me corrí dos veces dentro de ti esa noche.

Tiré de las solapas de su gabardina para terminar y al fin alcé la mirada.

—Recuerdo que me ardía el culo por varios motivos, sí —respondí, refiriéndome a los azotes y lo rojas que me había quedado las nalgas.

Pero eso no le detuvo, por supuesto, solo hizo que sonriera con placer al recordarlo y me acercara a él para que pudiera notar lo duro que estaba bajo la tela de su pantalón de traje.

—Quizá esta noche lleve alguno de mis juguetes… —me susurró al oído.

—No a mi habitación.

Ese era el trato. A mí habitación no podía venir con fustas ni látigos ni ninguna de sus mierdas sadomaso. A mi habitación se venía a follar como la gente normal y a dormir. Era los domingos o en momentos especiales en mitad de semana cuando íbamos a su habitación y usaba sus juguetes y me ataba y me follaba como si no hubiera un puto mañana. Pero solo entonces, en ningún momento más.

Por lo que a mí respectaba, esos domingos eran algo diferente y divertido, aunque seguía prefiriendo nuestros polvos cara a cara y con besos profundos. No es que fuera llorando y temblando a su habitación, pero al

principio me había costado un poco dejarme llevar.
Después de un par de intentos le cogí el gusto y desde entonces siempre resultaba muy placentero; de una forma extraña; pero placentero después de todo. El señor Black tenía siempre mucho cuidado y sabía muy bien lo que hacía y hasta dónde podía hacerlo. Jamás me exigió que le llamara amo ni ninguna de esas gilipolleces, solo me decía que era suyo y que yo le pertenecía y blah, blah, blah.
Sin embargo, creí que con Carol en casa y al tener al fin un sumiso yo ya no tendría que hacerlo más, pero ese mismo domingo el señor Black me había ido a buscar a mi cuarto igualmente, con cara seria e impaciente y me había preguntado por qué cojones tardaba tanto y que la cera se estaba enfriando. No hice preguntas y le seguí a su habitación. No entendía por qué, pero sus domingos BDSM conmigo parecían sus días favoritos de la semana, los esperaba con impaciencia y los planeaba detenidamente. Tras ellos siempre empezaba el lunes de mucho mejor humor.
—Pero esta noche me comes —sentenció, como si fuera algo que pasaría sí o sí.
—Muy bien —acepté yo, porque era algo que iba a hacer de todas formas.
Abandonamos el despacho y fuimos hacia el ascensor. Sobre recepción ya tenían las cajas con todo lo necesario para adornar la oficina para Halloween, aunque aún quedaran unos días.
—¿Le importa si yo me disfrazo, señor Black? —le pregunté en el ascensor.
—No vas a ir por ahí con la cara pintada como un crío, Leonard —se negó.
—Había pensado en algo menos estrafalario, sin maquillaje.
—¿Cómo qué?
Tuve que pensarlo, porque no tenía una idea clara todavía. Así que mientras cenábamos eché un vistazo a algunos disfraces por internet. Decía uno en alto y el señor Black se negaba al instante.
—Oh… —murmuré abriendo los ojos y asintiendo cuando vi el definitivo—. Detective de policía.
El señor Black se metió un trozo de salmón en la boca y lo mastico mientras me miraba fijamente.
—Puede —aceptó al final—. ¿Y yo de qué iría?, ¿jefe de policía?
Me quedé un momento en blanco estaba seguro de que él no querría disfrazarse.
—Podemos ir los dos de detectives —respondí al fin.
—No, Leonard. Yo soy el jefe, tengo que estar por encima.
—Usted siempre está por encima… —le recordé con una sonrisa, haciendo una de las pequeñas bromas sexuales que le gustaban al señor Black.
—Lo sé —sonrió él—, por eso mi disfraz tiene que demostrarlo.
Puse los ojos en blanco y dejé el móvil a un lado. Cuando terminamos de comer, el señor Black fue a ducharse y vino directamente a mi habitación. La división entre el trabajo y nuestra intimidad compartida se había ido diluyendo poco a poco aquel último mes y medio. Ya ninguno de los dos

fingía que no follábamos por las noches, ni el señor Black se despedía dando por concluido el día para advertirme de que iría a verme.
Aquella noche me lo comí, como le había prometido, y nos tumbamos jadeando el uno al lado del otro antes de abrazarnos bajo las mantas.
—Busca algo bueno, de buena calidad, no quiero un puto disfraz de cinco dólares y tela barata —me ordenó tras un largo silencio, cuando yo ya estaba casi dormido.
—Sí, James… —murmuré, pero nada podía importarme menos en aquel momento.
Al día siguiente desperté al señor Black, le di su beso y me preparé para darle la mala noticia a Carol. La verdad es que me caía bien y me dio un poco de pena tener que «despedirla».
—¿No le gusto? —me preguntó con una expresión entre la pena y la curiosidad—. Sé que tú eres su favorito, pero creía que me vería más veces.
—Yo soy solo su ayudante —la corregí con cuidado.
—Leonard, se os oye por toda la casa a veces… —dijo, con un tono un poco ofendido, como su la estuviera insultando por mentirle de aquella manera—. El señor Black no es un hombre sutil.
Ahí tenía que darle la razón, pero no pude evitar sonrojarme un poco y sentirme algo expuesto.
—Siempre me dio un poco de miedo por si nos mandaba hacer algo juntos, porque me caes muy bien y eres gay y sería raro… —confesó.
Cada vez me notaba un poco más colorado y perdía más el habla. Por supuesto, Carol había estado con nosotros todo aquel tiempo y sabía lo que pasaba, todo lo que pasaba. Algo que había ignorado hasta entonces porque en ningún momento había surgido en nuestras conversaciones. Carol se inclinó entonces sobre la mesa para hablarme más bajo y me preguntó:
—¿Sois una especie de pareja abierta o algo así?, ¿por eso no quieres que te presente a mi amigo?
—El señor Black hablará con Johanna y le dará muy buenas opiniones de ti —fue lo único que pude decir antes de que el señor Black descendiera por las escaleras, salvándome de uno de los momentos más incómodos de mi vida.
A la salida del gimnasio el señor Black me preguntó si ya la había despedido y le dije que sí, pero que debía hablar con Johanna y darle una buena opinión de Carol.
—No voy a dar una opinión a Johanna de una sumisa que no me he follado —fue lo que respondió él.
No levanté la mirada del móvil mientras mandaba el pedido con los cafés.
—Eso no es culpa de ella.
—¿Y de quién es culpa, Leonard? —me preguntó.
Le miré por el borde superior de los ojos sin levantar la cabeza.
—No lo sé —respondí.

Eso le hizo sonreír un poco, pero a mí no me hizo demasiada gracia.
Cuando llegamos a la oficina ya estaban los cafés sobre la mesa de mi escritorio. Alcé ambas cejas y los cogí para llevarlos al interior del despacho junto con el desayuno.
—Ha recibido un correo muy raro de un tal «El Barón Enmascarado» —le dije tras la primera reunión del día—. Es una carta o algo así, invitándole a una «agradable velada de máscaras y secretos en la oscuridad».
Sonaba totalmente a alguna de las guarradas de los amigos del señor Black.
Él se sentó en su mesa y se deshizo el nudo de la corbata mientras miraba hacia la ciudad tras los ventanales. Estaba un poco nublado, pero el sol se colaba de vez en cuando para arrojar algún rayo de luz sobre la ciudad.
—Responde que seremos dos hombres.
—Sí, señor Black.
Me dirigí a la salida, porque quedaban catorce minutos para la siguiente reunión y quería sacarme un par de mensajes y llamadas de encima.
—Leonard —me llamó él entonces, parándome antes de que saliera por la puerta—, me refiero a ti y a mí.
Cerré la puerta y le miré con expresión seria.
—Sabe que yo no participo en esas cosas, señor Black, y que nunca lo haré.
—No es una orgía, es solo una fiesta sexual.
No tuve que decir nada para que me diera una explicación más detallada, solo tuvo que mirar mi rostro.
—Habrá gente haciendo cosas, pero no es obligatorio participar.
—No quiero tener que estar esperándole mientras… se divierte, señor Black —traté de decir aquello con toda la calma que pude.
El señor Black giró el sillón hacia mí y me dedicó una de sus miradas serias e intensas por debajo de sus cejas.
—Si vienes, solo me divertiré contigo, sino vienes, me divertiré con otros. Tú decides.
No respondí, me di la vuelta y di un leve portazo. Me esforcé por recordarme que aquello ya no me importaba, que en diez meses me iría y que entonces el señor Black simplemente se olvidaría de mí y se buscaría otro ayudante que le llevara la agenda y que meter en su cama. Había una larga lista de hombres y mujeres deseando poder hacerlo y a los que, seguramente, no tendría que pagarles ni la mitad que a mí.
Pero aun así aporreaba el teclado y escribía con una expresión de enfado en el rostro. Me sentía chantajeado y manipulado por el señor Black, pero también decepcionado conmigo mismo por sentir un poco de celos. Debería poder decirle a James que fuera a la fiesta y se follara a todos los que le pusieran el culo delante, como siempre había hecho antes de que yo llegara; pero no pude.
Tenía la oportunidad de impedirlo, y eso haría. No por él, sino por mí mismo, porque sabía que si le dejaba ir iba a pasarme aquella noche culpándome a mí mismo por ser tan estúpido y hacerme sufrir así.

Respondí al mensaje como el señor Black me había dicho: anunciando que seríamos dos hombres y dándole nuestros apodos. El Lobo Negro y… me lo pensé un momento y entonces escribí mi apodo. Enviando de vuelta el mensaje antes de que me arrepintiera.

Después fui a recoger al señor Black para la siguiente reunión, le até la corbata e ignoré por completo su mirada fija. No volvimos a hablar hasta la cena, aunque James se hubiera revuelto un par de veces con enfado porque yo me estaba mostrando algo frío y distante con él. Pero no aguantó más y me preguntó con tono serio y mirada fría:

—¿Qué será, entonces?

—Iremos de policías —respondí yo tras un breve silencio—. Usted será el detective y yo el ayudante, o el compañero de patrulla o cómo cojones se llame. Podremos llevar ropa normal, pero añadir sus gafas negras y su chaqueta de cuero sobre una camisa y corbata. Yo llevaré corbata y una especie de chaleco anti balas. Ya he encargado pegatinas y una placa falsa para ambos.

—Leonard, ya sabes cómo me pongo cuando me enfadas —me advirtió.

Le miré, enfrentándome a aquella mirada asesina con el temple de un iceberg.

—He enviado la respuesta, diciendo que seríamos dos asistentes, como usted ordenó.

Mis palabras calmaron bastante al señor Black, quien relajó el gesto y al fin se puso a cenar como una persona normal y no como un tigre a punto de abalanzarse sobre una presa.

—¿Qué decía la invitación sobre la ropa? —me preguntó tras un momento.

—«Formal pero deliciosa» —me costó decir aquello sin poner cara de asco.

El señor Black asintió, terminando con las últimas mini patatas que había en su plato.

—¿Tengo que encargar que preparen su esmoquin de gala? —le pregunté.

—No. ¿Tienes tirantes negros?

—No, señor Black.

—Entonces te compraré unos —concluyó.

Preferí no preguntar para qué. Terminamos de cenar y yo recogí las cosas, cuando el señor Black volvió a mi cuarto me folló suave como sabía que a mí me gustaba. Cuando nos corrimos se dejó caer sobre mí y me dio un par de besos en los labios antes de quedarse jadeando cerca de mi oreja.

—¿Seremos los que tengan el mejor disfraz? —me preguntó.

Muchas veces no entendía cómo funcionaba la mente del señor Black, pero me sorprendía bastante en las gilipolleces en las que se ponía a pensar después de follar.

—No lo sé, pero será bastante bueno.

—Tiene que ser el mejor, Leonard. Tenemos que ser los mejores.

Cerré los ojos y cogí una bocanada de aire.

—James, créeme, cuando te vean con las gafas negras, la placa y la cazado-

ra, se les van a caer las bragas a todas las de la oficina tan fuerte que vamos a tener suerte si no se hunde el edifico.
—Pero tú también tienes que ir guapo —insistió.
—Sí, James…
A tan solo un día de Halloween ya se podía notar la excitación en el ambiente. Este año al parecer los de Recursos Humanos habían fomentado mucho la celebración, porque decían que el ambiente laboral en INternational era un poco tenso y que ya habían sufrido algunas bajas por depresiones y ansiedad. No sabían por qué, pero al parecer un jefe intimidante y sumamente exigente no hacía a la gente feliz. Vaya sorpresa. Así que invirtieron en buenos adornos y empezaron a colocarlos por toda la oficina después de comer. Al día siguiente habría un pequeño bufete en la sala de descanso y todos podría pasarse a tomar una taza de ponche sin alcohol.
—No quiero que nadie deje de trabajar para ir a beber y a tocarse los cojones a la sala de descanso —me dijo el señor Black tras haberse pasado una hora horrorizado mirando por la cristalera de la sala de reuniones cómo colgaban fantasmas y calabazas de papel por los pasillos—. ¡No les pago para eso! —concluyó, tirando con fuerza del nudo de su corbata.
—¿Quiere que cambie el disfraz de detective por uno de faraón, señor Black? Así puede ir dándoles latigazos mientras trabajan.
Mi broma no le hizo gracia y me miró de forma seria y peligrosa. Me acerqué a él soltando un leve suspiro y le ayudé a desatarse un poco la corbata.
—Le gente necesita relajarse, señor Black, igual que usted lo hace.
—Nosotros trabajamos igual o más que ellos —respondió antes de acercar su rostro al mío con cierta violencia—. ¿Nos ves llorando y pidiendo una baja por depresión?
Me enfrenté a su mirada con tranquilidad y le rodeé el rostro con las manos cuando terminé con la corbata.
—Nosotros vamos en coche privado, volvemos cada día a un ático de lujo, comemos comida hecha por una chef de reconocimiento internacional y vamos a fiestas de gala, James.
—¡Porque nos lo hemos ganado! —insistió mientras apretaba los dientes.
—Son un par de adornos, disfraces y un ponche sin alcohol —le recordé, con voz firme, pero sin dejarme llevar en absoluto por su ira—. Ya ves lo ilusionados que están todos.
El señor Black miró un momento por el borde de los ojos hacia la puerta cerrada y después los volvió de nuevo hacia mí. Sabía que yo tenía razón, pero quería seguir enfadado para no tener que reconocerlo. Así que le acaricié un poco el rostro y después puse las manos sobre sus hombros.
—No le cuesta nada, señor Black, y mejorará mucho el ambiente en la empresa.
Al fin se calmó un poco y alzó la cabeza, pensativo.
—Es una celebración —dijo en voz baja.

—Así es —sonreí un poco, agradecido de que hubiera entrado en razón.
—Y nosotros también lo celebraremos.
—Exacto, con los mejores disfraces —le recordé.
—Y en mi habitación.
Perdí la sonrisa y ladeé el rostro. Aquello no lo había visto venir.
—De acuerdo —respondí—, pero solo porque usted va a tomarse un ponche en la sala de descanso y a dejarse ver un poco.
—Y tú vendrás conmigo en todo momento —asintió él.
Yo también asentí y me separé de él para continuar un poco con la jornada laboral antes de dejar el despacho. El señor Black parecía a punto de matar a alguien cuando vio el pasillo lleno de decoraciones y la recepción inundada de telas de araña y calderos con caramelos; pero no dijo nada y fue en silencio hasta el ascensor. Mientras cenábamos todavía seguía un poco malhumorado y traté de distraerle con tonterías sin importancia.
—Ya tengo todo lo de los disfraces, ¿quiere probárselo antes de mañana?
—No.
—Las placas no son tan buenas, pero creo que tratar de conseguir una copia exacta es ilegal —continué, hablando entre cucharada y cucharada de puré de verduras con trufa—. No como con las armas. Son de juguete, pero dan bastante miedo.
—Yo tengo esposas de verdad —dijo, dedicándome una mirada por el borde superior de los ojos.
Mantuve su mirada, pero no dije nada sobre eso. Cuando terminamos el señor Black subió a darse su ducha y yo recogí todo. Subí a mi habitación y pensé que había tardado más de lo normal, o que él había sido más rápido, porque entró en mi cuarto cuando todavía me estaba quitando los pantalones. Él se tumbó en la cama, ya empalmado, y me hizo una señal para que le montara. A veces le gustaba que yo me empleara a fondo mientras él solo tenía que mirarme y jadear.
Al terminar me dejé caer sobre él, como él hacía conmigo, le di un beso lento y suave y aguardamos en silencio a recuperar el aliento. James me rodeó el cuerpo y me acarició la espalda un poco sudada.
—No va a ser ridículo, ¿verdad? —me preguntó al oído—. Mañana.
—No, James. Solo va a ser una fiesta de oficina.
—Nosotros, me refiero. No se van a reír por vernos disfrazados, ¿verdad?
Levanté la cabeza y le miré a los ojos en la penumbra de mi habitación.
—¿Por qué se iban a reír?
Él se encogió de hombros, un gesto que me había copiado a mí.
—La gente suele estar ridícula cuando se disfraza.
—Eso no es verdad. Es divertido.
—No lo sé —reconoció—. Nunca me he disfrazado.
Tardé un momento en recuperar el habla.
—¿Nunca?, ¿ni de niño?
Él negó con la cabeza.
—A mis padres no les gustan estas fiestas, piensan que son cutres y ridí-

culas. Solo celebramos navidad.
—Tus padres si son ridículos y aburridos —respondí con tono serio—. No te preocupes, James, mañana nadie se reirá de ti.
Hundí mi mano en su pelo y lo acaricié suavemente hasta que se durmió. Cuando sonó el despertador tuve que esforzarme por alcanzarlo, porque James me estaba rodeando con las manos y las piernas como si tratara de ahogarme en sueños. Le di su beso de buenos días y se fue a duchar. Yo hice lo mismo, pero cambiando mi jersey por una imitación bastante buena de un chaleco antibalas donde había pegado una pegatina azul de la policía. Me puse mi sombrero y mi cinto con el arma de juguete y la placa. Miré el resultado y me dio miedo. No parecía un disfraz.
Fui a hacerme un café y esperé al señor Black, que bajó mucho más rápido de lo normal y en traje. Se detuvo al verme y me dedicó un bonito repaso con los ojos.
—Buenos días, detective Black —le saludé con una sonrisa.
—¿Tenemos que ir disfrazados al gimnasio también? —me preguntó.
—No, solo me puse el disfraz para no tener que llevar dos bolsas —respondí.
Él asintió, más tranquilo ahora. Cuando Lakov me vio en el garaje alzó las cejas espesas.
—Muy realista, señor Obrian —me felicitó.
—Gracias —sonreí, nadie podría haberme hecho sentir más halagado por el disfraz, porque estaba seguro de que Lakov tenía mucha experiencia con la policía.
El señor Black se dedicó a mirarme fijamente mientras yo le contaba la agenda del día, bastante relajada debido a la celebración. Cuando terminamos en el gimnasio llegó el momento de la verdad y el señor Black dejó el traje a un lado y se puso su disfraz. No fue ninguna sorpresa que al salir todos se le quedaran mirando; estaba increíblemente sexy con sus gafas de sol, su cazadora de cuero y su chaleco para el arma alrededor de los hombros.
Cuando se sentó con los brazos extendidos y las piernas abiertas en el coche fui yo quien se quedó mirándole un buen rato.
—¿Qué pasa, Leonard? —me preguntó.
Busqué sus ojos, pero con las gafas fue algo imposible.
—Está usted… increíble, señor Black.
—Detective Black —me corrigió, algo que me hizo sonreír como un gilipollas.
Sí… los uniformes y yo… Sí. Me puso muy cachondo.
Llegar a la oficina fue un momento muy raro. Entramos por el ascensor y juraría que una de las recepcionistas se levantó para preguntarnos si necesitábamos ayuda, hasta que se dio cuenta de que éramos nosotros y se quedó con la boca abierta. Y no fue la única que se quedó mirando hasta que llegamos al despacho. Tampoco me sorprendía, yo también lo hubiera hecho.

Recogí el café sobre mi mesa, con vasos especiales de Halloween, y entré junto al detective Black, del Gran Cuerpo de policía.
—Tenía razón, Leonard —me dijo, sentándose en su sillón negro con cierta sonrisa de satisfacción—. Disfrazarse es divertido.
Lana, la Bruja Latina, nos trajo la bolsa del desayuno. Era la única de las recepcionistas que se había molestado en ponerse prótesis para agrandar su nariz y su mentón, y no se había limitado a maquillarse con sombra de ojos verde y a elegir el vestido negro más corto y escotado que tenía.
—Me encanta el disfraz —le dije, porque debía sentirse como una mierda por culpa de las demás.
—Gracias, señor O'Brien —murmuró, bajando la mirada al suelo—. Me dijeron que teníamos que ir de brujas, pero… —no terminó la frase.
—Creo que el tuyo es el mejor —reconocí.
Ella sonrió, asintiendo con la cabeza y agitando su gorro puntiagudo.
—Su disfraz también es muy bueno, señor O'Brien. Christina pensó que erais de la policía de verdad.
—Lo sé, vi su cara —y sonreí más.
Cuando me despedí de ella, cerré la puerta y me volví para repartir los envases del desayuno. El detective Black estaba recostado contra su sillón, con la cabeza un poco ladeada y su gorro algo caído hacia delante.
—A mí me gusta más tu disfraz —me dijo con su tono bajo y grave de excitación—. Creo que esta noche no te lo vas a quitar, y que usaremos las esposas…
—Vale.
Terminé de sacar las botellas de agua y las servilletas.
—¿Vale? —preguntó él—. ¿Ni siquiera una de tus miradas serias, Leonard?, ¿solo vale?
—Sí, solo vale —dije, antes de llevarme las cosas a mi sitio—. Creo que el detective Black y yo lo vamos a pasar muy bien esta noche.
Eso hizo que James se incorporara un poco y me mirara con más atención.
—Ah, ¿sí?
Abrí uno de los envases para ver la avena caliente con frutos rojos y asentí de nuevo.
—Sí.
—¿Y qué tal si le haces al detective Black una mamada después?
Le miré e iba a negarme, pero volví a verle con sus putas gafas negras y su puto gorro de poli y aquel… todo.
—Puede —murmuré en voz baja.
James sonrió como cualquier niño pequeño al que le diera caramelos aquella noche. Así que tras el desayuno fuimos a la primera reunión con ventas, algo rápido con un equipo que iba disfrazado como un grupo de rockeros, después volvimos al despacho y le hice una pedazo de mamada al detective Black, de esas que te hacen temblar y jadear sin parar hasta correrte.
Él creyó que había ganado al conseguir convencerme para hacerlo, pero os

aseguro que el único que había ganado y el que más disfrutó allí fui yo. Aquello era como una puta fantasía erótica hecha realidad para mí.
Al terminar recuperé el aliento y me incorporé para darle un beso suave. El detective Black se quedó en el sillón negro, mirando al techo con ojos entrecerrados y una sonrisa en los labios mientras yo me limpiaba un poco, rezando para no haberme manchado los pantalones negros al correrme. Le dejé un par de minutos tranquilo y después le dije que teníamos otra reunión. Él se levantó entonces, se abrochó la cremallera y se puso el cinto de nuevo. Se acercó a mí para que lo repasara, pero me cogió el rostro entre las manos y me beso con una fuerza inesperada. Después me miró a los ojos tras el cristal negro de sus gafas y me dijo:
—Tenemos que sacarnos una foto.
—Oh, muy buena idea —reconocí—. El señor Lee me lo pidió, pero no creí que usted quisiera.
—Sí, sí que quiero —murmuró, pero sonó algo extraño.
La segunda reunión de la mañana fue más larga que la primera, con trabajadores vestido como un equipo de baloncesto.
—¿Por qué van todos igual, Leonard? —me preguntó el detective Black cuando volvimos al despacho para comer.
—Porque cada departamento debía elegir un tema para disfrazarse y se dará un premio al mejor, o al más original —le recordé—. Lo ponía en la circular sobre la fiesta, esa que se negó a que le leyera.
—¿Podemos ganar nosotros?
—No, detective, nosotros no podemos ganar —respondí con una suave sonrisa, aunque no tenía claro que estuviera bromeando.
Después de comer y una llamada de negocios, pensé que sería buen momento para pasearse por la oficina. Acompañé al detective Black a la sala de descanso y el grupo de personas que estaba allí dejó de hablar para mirarnos. Tuve que sonreír y saludarles, aunque no me sabía el nombre de ninguno de ellos. Les pregunté sobre los disfraces y las ideas tras ellos, un tema fácil y neutro sobre el que poder explayarse.
La presencia del detective Black les intimidó bastante, y preferían mirarme a mí y tratar de ignorarle a él. Era gracioso porque fuera de la oficina siempre era al contrario. Tras un rato se fueron y nos dejaron solos, ya que nadie se había atrevido a entrar allí junto con el gran jefazo y su ayudante.
—Le tienen miedo, detective —le dije en voz baja, dejando a un lado aquel ponche asqueroso y dulzón ahora que no había nadie.
—Deberían tenerlo —me aseguró él.
Dejamos la sala de descanso porque no quería que la gente continuara pasando de largo o fingiendo que se había olvidado algo solo para escapar de allí. Pero no sin antes sacarle la foto que me había pedido.
—Los dos —me corrigió, quitándome el móvil de las manos para alargar al brazo y sacarnos una foto.
—Ya ha oído al señor Lee, no debería sacarse más fotos conmigo… ¡Oh! —exclamé entonces—. ¿Y si nos sacamos una foto con cada departamento

disfrazado? Eso sería súper guay y aparecería más gente.
El detective Black me dedicó una mirada fija tras sus gafas negras, pero después terminó asintiendo. Así que nos embarcamos en un viaje para sacarnos una foto con cada departamento. Empezando por recepción y sus brujas escotadas. Evité sacar el selfie desde arriba para que no fuera ese el foco de atención, así que se agruparon a nuestro alrededor con tímidas sonrisas e hicieron una uve con los dedos. La segunda foto fue con los rockeros de contabilidad, la tercera con superhéroes de informática, que casi se cagan encima al vernos en su piso. Después las momias de Recursos Humanos, que felicitaron al detective Black por la idea, seguidos de Administración, los más numerosos, que iban de hormigas. Por desgracia algunos no estaban demasiado conseguidos y parecían mojones andantes.
—¿Qué se suponía que eran esos putos disfraces? —me preguntó el detective Black de forma bastante enfadada en el ascensor de vuelta a nuestro piso—. ¿Iban de mierda?, ¿de mierda con palos en la cabeza?
Empecé a reírme tanto que me costó respirar y me empezaron a llorar los ojos. Descrito no tenía tanta gracia, pero yo me había hecho la misma pregunta y no podía parar de recordar lo cutres que eran muchos de los disfraces.
—¿Por qué había un pescador? —me siguió preguntando el detective, provocándome otro ataque de risa.
—No se enteró de que había que ir todos de los mismo —conseguí decir antes de volver a reírme.
—¿Esa es la gente que contratan para administración?, ¿la que no sabe ni leer una circular?
Le agarré del brazo con fuerza y me incliné hacia delante, no era capaz de dejarme de reír y se me humedecieron los ojos. Cuando al fin conseguí serenarme, me limpié las lágrimas y le di una breve y cariñosa caricia a James en el brazo.
A veces me hacía increíblemente feliz tenerle cerca.

Regresamos al despacho y envíe todas las fotos a Relaciones Públicas, todas las que nos habíamos sacado con los departamentos menos con el suyo; una pequeña venganza personal que, esperaba, el señor Lee no pasaría por alto. Después asistimos a la entrega del premio a los mejores disfrazados, que fue el departamento de Informática y sus superhéroes, y el detective Black les entregó en persona un pequeño trofeo. Entonces regresamos al despacho para recoger la cazadora y nos fuimos. Todavía faltaba hora y media para el final de la jornada, pero el detective Black ya estaba cansado de toda aquella celebración de prescolar, aunque yo sabía que, en cuanto nos fuéramos, la verdadera fiesta daría comienzo.

—Fuimos los mejores con diferencia —me dijo en el coche, con una ligera sonrisa de satisfacción mientras se abría de piernas y alargaba los brazos por el respaldo—. Bien hecho, agente O'Brien.

—Le dije que lo seríamos, detective —le recordé sin apartar la mirada del móvil.

Estaba empezando a recibir unos raros mensajes al número privado del detective Black, con frases extrañas. Cuando recibí una imagen de una mujer disfrazada de lo que se suponía que era un hada completamente desnuda, lo entendí.

—Detective —le llamé—, al parecer le están enviando mensajes y fotos de una fiesta con gente desnuda, pero no ha recibido ninguna invitación.

—Es la fiesta de disfraces de Jacobs y sus amigos —me explicó antes de inclinarse a un lado para pulsar el botón de comunicador y cambiar la ruta de Lakov—. Iremos a echar un vistazo.

Bajé el móvil y le dediqué una mirada seria al detective.

—Siempre hay muchas putas y cocaína —continuó, ignorando por completo mi mirada.

—Mis dos cosas favoritas —murmuré con un tono frío.

—Allí también hay un premio al mejor disfraz, dos putas te hacen una mamada a la vez.

—¿Y quiere ganar, detective Black? —le pregunté.

—Vamos a ganar —me aseguró.

Quise decir algo más, pero me detuve y dejé el móvil a un lado del asiento. Aquel era James, su vida y sus gustos, yo lo sabía y sabía que no iba a cambiar. El único culpable de creer lo contrario era yo, porque solo los gilipollas se enamoraban de él.

Así que me recosté en el asiento y miré las luces nocturnas de la ciudad a través del cristal ahumado, todo parecía gris y oscuro desde aquel coche.

—Casi todos son heteros, pero las mujeres allí meten mucho la mano. No dejes que te toque nadie y no te apartes de mi lado —ordenó.

—Cuando gane y reciba el premio, me iré al coche y le esperaré allí —le advertí.

Una cosa era que supiera lo que hacía, y otra muy diferente era estar allí

para verlo. Mi plan de sentir absoluta indiferencia no estaba funcionando como yo quería, y empezaba a sentir un vacío en el pecho. ¿Por qué no era capaz de dejarlo pasar?, ¿por qué no era capaz de olvidarle?

El detective Black se quedó mirándome en silencio. Quizá no le gustara la idea de que me fuera mientras dos prostitutas le hacían una mamada a la vez, pero ya podía gritar y enfadarse todo lo que quisiera, porque yo no iba a estar allí.

Tras unos largos diecisiete minutos inmersos en un tráfico que parecía no avanzar nunca, llegamos a la puerta de un club nocturno. Uno que parecía bastante elitista y que no aceptaba a gente de las afueras de la isla del centro. Dos porteros nos vieron salir de las puertas y se removieron un poco nerviosos antes de pulsar el comunicador que tenían en la oreja para dar algún tipo de alerta a los de dentro.

—James Black —le dijo el detective cuando nos detuvimos frente a ellos.

Miraron nuestras placas de pega y nuestras armas de juguete en las fundas de verdad y después de vuelta a nuestros ojos. Uno de ellos cogió una placa de metal dorado con una lista encima y revisó los nombres. Debió encontrarlo porque entonces me señaló a mí.

—Mi ayudante —respondió el detective por mí—. Dile al señor Jacobs que hemos llegado.

Los porteros dudaron un momento, pero uno de ellos se apartó un poco para hablar de nuevo por el comunicador. Tras una breve espera dio la orden de que nos dejaran entrar.

—Muy buen trabajo con los disfraces, agente O'Brien —volvió a felicitarme en un susurró a mi oído mientras ponía su mano en la parte baja de mi espalda.

—Gracias, detective —respondí yo, no demasiado entusiasmado esta vez.

Avanzamos por un pequeño pasillo a oscuras hasta una gran sala con música electrónica y graves bajos que te hacían retumbar un poco la caja torácica. Estaba todo inmerso en una penumbra rosada y violácea, porque eran las únicas luces que había en los techos junto con otras de color normal pero que alumbraban menos. No tardamos ni veinte segundos en cruzarnos con la primera pareja de mujeres desnudas: la primera llevaba una especie de cinturón de las que colgaban pistolas de burbujas y tacones altos, la segunda solo tenía purpurina por el cuerpo.

Bajamos los escalones a la parte central, de sillones en semicírculo alrededor de mesas redondas donde la gente se sentaba. No era tan diferente a un club nocturno normal, había mucha bebida, música y gente; solo que allí las mujeres llevaban incluso menos ropa y eran ellas las que parecían querer tocar y los hombres los que se dejaban «conquistar». Nosotros no nos detuvimos hasta volver a ascender por otra una escalera más larga hasta la zona elevada en una esquina, menos ruidosa y más íntima. Allí había los mismos sillones, pero más espaciosos y menos llenos.

Reconocí al señor Jacobs enseguida, en el centro y disfrazado de millona-

rio; aunque solo llevaba un monóculo y un puro en la boca. Estaba rodeado de una princesa sin bragas y lo que creía que era una especie de ángel con minifalda y un aro de pelo blanco en la cabeza. Él no fue el primero en vernos llegar, pero sí el que más sonrió y el único que se levantó para extender sus dos brazos hacia nosotros.

—¡James disfrazado! —gritó, como si no pudiera creérselo—. ¿Estoy demasiado colocado o esto es real?

Algunos se rieron, sobre todo las prostitutas, que empezaron a mirar al detective Black de una forma que los amigos del señor Jacobs no podían pagar con dinero.

—¿Sabes el susto que le diste a mis chicos en la puerta? —continuó antes de darle un breve apretón de manos al detective.

—Lo sé —respondió con tono serio.

—¡Esto es injusto, James! ¡Tú no necesitas un disfraz tan bueno para que te hagan una doble mamada! —y se giró hacia la princesa y el ángel y les preguntó—. ¿A qué no?

Ellas negaron con la cabeza a la vez y yo puse los ojos en blanco. Empezaba a echar de menos la fiesta de disfraces de la oficina y los mojones hormiga.

Nos ofreció que nos sentáramos, obligando a dos de sus amigos, o compañeros de trabajo o lo que fueran, a levantarse para hacernos sitio. Nos pusimos en una esquina, entre el ángel en minifalda y uno de los hombres que se volvió a sentar en la esquina del todo. El detective Black pasó una mano por el respaldo del sillón, pero solo en mi dirección.

—Recibimos tus mensajes y nos pasamos a echar un vistazo —le dijo.

—Te gustó la marciana, ¿verdad? —gritó él, no paraba de gritar al hablar, pero estaba bastante seguro de que no se daba cuenta porque estaba demasiado puesto.

Encima de la mesa baja, entre las copas, había tablillas de pizarra negra con líneas de cocaína y pastillas de colores.

—Si quieres pido que te la traigan —le ofreció, recostándose de nuevo en el sillón para, imitando al detective, estirar sus brazos sobre el respaldo tras las mujeres.

—No hace falta —negó antes de que una camarera se acercara con una gran sonrisa y se parara frente a nosotros. Aquella no era una de las putas y llevaba un disfraz sexy pero recatado—. Dos whiskies irlandeses con hielo —le pidió.

Después el señor Jacobs presentó al detective Black a sus amigos, presentándole como un cliente «importante y de confianza».

—¡Es el hombre que os conté que hizo un *gangbang* a cinco mujeres y las hizo correrse a todas!

Entonces le miraron con nuevos ojos de admiración. Todos le admiraban: las putas, los hombres, todos menos yo. El detective Black sonrió con soberbia, porque esa era la clase de reconocimiento que le gustaba, el que venía de los hombres tristes y patéticos que utilizaban a las mujeres y se

metían cocaína a paladas.
Solo quedaban doscientos setenta y cinco días para irme de su lado.
—¿Y qué puedes hacer con solo una? —le preguntó el ángel con aro de pelo blanco.
El detective la miró a través de sus gafas oscuras.
—No te lo puedes ni imaginar —le dijo con tono grave.
Ella se rio y se acercó un poco a él, sutilmente, alejándose del señor Jacobs. La princesa sin bragas les miró como si quisiera hacer lo mismo, pero ella estaba atrapada allí. Entonces me miró, porque yo la estaba mirando, y sonrió. Cualquiera de los dos era mucho mejor que el señor Jacobs.
—¿Y tú qué puedes hacer? —me preguntó.
Iba a responder, pero el señor Jacobs se me adelantó.
—¡No te esfuerces, preciosa, el principito es marica!
Ella perdió la sonrisa y pareció profundamente decepcionada con la noticia.
—Peter… —dijo entonces el detective Black, clavando una mirada gélida en el hombre—. Ten cuidado con lo que dices de mi ayudante, y cómo lo dices…
Eso terminó de pronto con los gritos del señor Jacobs, como si le hubiera arrojado un jarro de agua fría.
—Claro, James —dijo antes de mirarme—. Lo siento… emh…
—Agente O'Brien —le ayudé.
—Sí, agente O'Brien —farfulló antes de acercarse a la mesa para esnifar otra raya de cocaína—. ¿Tú quieres, James? —le ofreció mientras se limpiaba la nariz.
—Puedes esnifarla de mis tetas —se ofreció el ángel.
Esa idea gustó mucho al público, así que el detective aceptó. Aparté la mirada entonces y me concentré en mirar hacia las luces rosadas del fondo. Oí una pequeña risa entre el retumbar de la música, una aspiración y un breve jadeo del detective cuando se volvió a recostar sobre el sillón.
—¿Tú quieres probar? —me preguntó en un susurro al oído.
—No, gracias —respondí, obligándome a mí mismo a mirarle.
—Te enseño como se hace, si quieres —insistió, como si me negara porque tuviera miedo de hacerlo mal.
—No me gusta drogarme, detective —tuve que dejarle claro.
Él asintió y se limpió el rastro blanco que había quedado sobre su bigote y a los lados de la nariz. El señor Jacobs empezó a hablar de nuevo, contando otro de los grandes éxitos de James a un público cada vez más y más agradecido de que el detective hubiera venido a la fiesta.
—Eres un ayudante muy bueno si vienes con él aquí —me dijo una voz a mi lado.
Giré el rostro hacia el hombre solitario en la esquina, uno de los que se habían quedado después de hacernos sitio. Estaba un poco repeinado hacia un lado, tenía pajarita y traje negro.
—Lo soy —forcé una sonrisa, pero no fue demasiado buena.

—El mío está por ahí —y apuntó con el pulgar hacia la fiesta de abajo—, colocado y escapando de mí para hacerle unos dedos a alguna puta sin que yo le vea.
Asentí con la cabeza.
—Es un disfraz cojonudo, por cierto —me felicitó.
—Gracias, señor…
—Jenkins —sonrió un poco más y soltó su copa para darme la mano.
—Gracias, señor Jenkins —repetí, esta vez con un apretón de manos.
—Entonces eres el ayudante del gran señor Black, ¿eh? —continuó, dirigiendo una rápida mirada de sus ojos claros hacia mi espalda—. Debe ser la hostia ese trabajo.
—La hostia —afirmé con un tono tranquilo.
—Peter siempre nos cuenta todo lo que hace… ya sabes, es como un puto dios para nosotros. Lo tiene todo.
Cogí una bocanada de aire y volví a asentir. Ahora mismo estaban relatando con todo detalle cómo su dios se había follado tan fuerte a una actriz porno que ella le había dicho que había sido el mejor polvo de su vida.
—Sí, lo tiene todo —murmuré, quizá demasiado bajo.
—¿Y tú siempre le acompañas?
—Desde que trabajo para él.
—¿Y estáis…? —se detuvo y pensó mejor las palabras—. Peter dice que tiene como una especie de… sumisos. ¿Tú…?
—No.
Sonrió, agradecido de pasar el mal trago y ver que yo no me ofendía.
—¿Y cómo es eso de ser gay?
Por extraño que pudiera parecer, no era la primera vez que me hacían esa pregunta.
—Es maravilloso. Todas las mañanas me levanto en una nube de arcoíris y un unicornio me prepara el café.
El señor Jenkins se quedó con la boca entreabierta un momento, porque yo lo había dicho con tono serio y él estaba un poco colocado, pero terminó riéndose a carcajadas.
—No, en serio —me dijo, acercando un poco la cabeza a mí—. Yo había pensado en… ya sabes, probar… pero con alguien más como tú… mucho menos gay de lo normal.
Por increíble que pudiera parecer, no era la primera vez que me decían eso.
Entonces el señor Jenkins se precipitó sobre el suelo con fuerza. El detective Black le había empujado con la mano que tenía sobre el respaldo y ahora le miraba con expresión de enfado y los dientes apretados. Me giré hacia él, sorprendido de que se hubiera tomado la molestia de escuchar nuestra conversación mientras el ángel con minifalda le manoseaba la entrepierna. Bajó la mirada hacia mí y pude distinguir sus ojos furiosos tras los cristales negros, como si aquello también hubiera si-

do culpa mía.
Nos quedamos así, mirándonos en silencio con tan solo el ruido de la música de fondo durante un par de largos segundos.
—¿Qué te he dicho sobre no dejar que te tocara nadie, Leonard? —me preguntó en un susurro enfadado.
—A mí nadie me estaba tocando —respondí con calma.
Y, no sé por qué lo hice, pero entonces bajé la mirada hacia la mano de la mujer que todavía tenía un poco apretada contra su entrepierna antes de volver a mirarle a los ojos. Demostrando que estaba siendo un hipócrita y un gilipollas.
Me arrepentí al instante. Yo no tenía derecho a quejarme ni a sentirme celoso. Nosotros no éramos nada ni nunca lo seríamos.
—Le esperaré en el coche, detective —le dije con calma antes de deslizarme por el sillón para marcharme de allí.
Sentí las miradas de todos, pero me dio igual, yo no necesitaba ni su aprobación ni su asqueroso reconocimiento. Lo que yo necesitaba era aclararme las ideas y dejar de comportarme como un estúpido. Llamé a Lakov y esperé un par de minutos a que terminara de dar la vuelta a la manzana antes de recogerme, me preguntó si había ocurrido algo y le respondí que el señor Black tardaría un poco más. No hizo más preguntas y volvió a meterse en el tráfico de la ciudad, más lento y pesado aquella noche de celebración.
Miré a través de los ventanales ahumados a la gente que pasaba, riendo, mirando el móvil o a prisa. La gran mayoría ya estaban disfrazados e iban a reunirse con sus amigos para tomar un par de copas y bailar. Por un momento sentí envidia y cerré los ojos. Me hubiera encantado que James y yo…
Me detuve. Me tapé los ojos y ahogué un gritó de rabia y frustración. No quería sentir lo que sentía, pero lo estaba sintiendo y me dolía. Cuando aparté las manos tenía los ojos húmedos y tiré la gorra con fuerza hacia la ventanilla. Era culpa del sexo, estaba seguro de que era eso. Podría haber ignorado todo aquello de no haber caído en la trampa de follar cada noche y dormirme mientras me abrazaba. Aquello me había confundido por completo.
Era difícil intimar tanto con alguien que te gustaba y no terminar sintiendo algo parecido al amor. Yo lo estaba intentado, pero era muy difícil.
Yo no era un hombre posesivo, no al menos como James, pero a mí tampoco me gustaba que tocaran a mi hombre, ni que mi hombre se dejara tocar por nadie. El único problema es que yo no tenía a nadie que fuera mío, solo a un señor Black que haría lo que se saliera de los cojones; como siempre hacía.
En los siguientes diez minutos que tardamos en dar la vuelta conseguí tranquilizarme. Pensé más claramente y cogí grandes bocanadas de aire. Para cuando dimos una segunda vuelta ya estaba calmado y me había da-

do cuenta de que me había dejado llevar y que no podía volver a suceder.
El señor Black se subió al coche tras la tercera vuelta, media hora después de que yo le hubiera dejado. No aparté la mirada del cristal ahumado cuando le dije:
—Espero no haberle dejado en evidencia delante de sus amigos, señor Black. No era mi intención.
Noté su mirada, pero no la respondí. Él se quitó las gafas y las tiró a un lado del asiento.
—La próxima vez que vuelvas a dejarme solo, Leonard —me advirtió con tono duro, enfadado y seco—. Dejaré a esas putas hacerme muchas cosas más que manosearme un poco la polla, ¿te ha quedado claro?
Me quedé un momento en silencio, decidiendo cómo sentirme. Quería seguir calmado e indiferente a todo, pero le miré y ladeé el rostro.
—Parece enfadado, señor Black. ¿No ha ganado el concurso?
—Claro que he ganado —respondió con expresión seria. Sus ojos estaban más abiertos de lo habitual y sus pupilas eran apenas pequeños puntos negros en un océano azul—. Lo sabrías si hubieras estado allí conmigo, como te pedí.
—Sabe que no me hubiera quedado de todas formas —entonces entrecerré los ojos y dije en tono más bajo, porque después de lo que había hecho en el local al echarle en cara lo de la mano en su entrepierna ya no tenía sentido mentir—: Sabe por qué.
Él bajó la cabeza y me miró por el borde superior de los ojos, de esa forma intensa y peligrosa.
—No voy a consentir que me digas lo que puedo y no puedo hacer, Leonard. Si no te gusta, ahí tienes la puerta.
Apreté los dientes con fuerza, pero después miré de vuelta a la ventanilla. No tenía sentido luchar, solo conseguiría humillarme más y más delante de él al reconocer que sentía celos.
—Tiene razón, señor Black —murmuré en voz baja—. No volverá a pasar —le prometí, a él y a mí mismo.
Entonces nos quedamos atrapados en un intenso silencio, algo pesado y un poco asfixiante, hasta que llegamos al garaje y ascendimos en el ascensor. El señor Black puso su mano en mi espalda, pero aquella noche sentí que era como una correa en mi cuello. Llegamos a casa y preparé la cena, volcando los envases en platos y colocándolos sobre la mesa. No sabía si él tenía hambre, pero yo sí la tenía.
Empecé a cenar con la cabeza baja y sin apartar la mirada del plato mientras notaba la mirada del señor Black sobre mí.
—No acepté la doble mamada —me dijo—. No tenía pensado hacerlo.
No hice nada que mostrara sorpresa o interés alguno por sus palabras. A mí no debía importarme lo que hiciera o no hiciera ni con quién.
—Pero la próxima vez que me hagas algo así, la aceptaré.
Apreté los dientes y golpeé la mesa con el puño antes de mirarle por el borde de los ojos, como él hacía conmigo.

—¿A qué coño estás jugando, James? —le pregunté con tono serio—. ¿Qué cojones te crees que estás haciendo?
Él mantuvo mi mirada con su expresión seria.
—Te estoy advirtiendo de lo que podría pasar si no cumples con tu parte del trato, Leonard.
—No, lo que estás haciendo es amenazarme —traté de no gritarle, pero me costó.
—Tú quieres algo de mí, y yo te estoy diciendo el precio que tiene ese algo.
No supe que decir a eso. Solo pude negar con la cabeza y notar cómo los ojos se me humedecían de pura frustración y angustia.
—Joder, James… —murmuré, sintiendo como una lágrima se me deslizaba por el rostro—. Joder… —me levanté del taburete y fui hacia mi habitación sin decir nada.
Había sido algo tan retorcido que me había costado incluso pensar en ello. El señor Black había visto una debilidad en mí y ahora se estaba aprovechando de ella como un león siguiendo a una presa herida. Quería manipularme a cambio de una pseudo-fidelidad: haz esto y no me follaré a otra persona… Era algo tan perturbador y cruel que me dio miedo.
Cerré la puerta de mi cuarto y me quité lentamente el disfraz mientras seguía llorando en silencio. ¿Dónde estaba el límite del señor Black?, ¿hasta dónde podría llegar para manipularme? «Quédate conmigo y no me follaré a nadie», «ven conmigo a una orgía y no me follaré a nadie», «trágate toda la corrida de esta gente y no me follaré a nadie…»
Me tiré en cama y me quedé tumbado mirando hacia el mueble un poco inclinado que habíamos montado juntos. ¿Dónde estaba mi límite?, ¿hasta dónde podría yo llegar por él? No muy lejos, descubrí, porque aquello no era amor. Aquello era tan solo enfermedad y locura.
La puerta de mi habitación se abrió y oí unos pesados pasos. El señor Black todavía no se había duchado, ni siquiera se había quitado la ropa.
—La puta solo me…
—James —le detuve con tono seco, sin moverme de mi sitio ni apartar la mirada del mueble—. Si no quieres darme algo, no me lo des —sentencié. Entonces me incorporé para mirarle de una forma que no le había mirado nunca: con profundo desprecio—. Pero como vuelvas a amenazarme, me iré por la puta puerta y no volveré nunca. ¿Lo has entendido?
El señor Black se quedó cerca de la cama, donde se había parado para cruzarse de brazos y soltar sus putas excusas de mierda; pero cuando vio mi mirada perdió su expresión seria de Amo del Mundo y pude notar cierta incomodidad en su postura.
—Me prometiste que vendrías a mi cama esta noche —fue lo que dijo.
Tardé un momento en responder, pensando que quizá siguiera un poco colocado y le costara pensar con claridad, hasta que después recordé el tipo de persona que era el señor Black y su incapacidad para entender emociones más allá del deseo sexual y la ira.

—Ya me he quitado el disfraz —le dije, perdiendo mi mirada fría y peligrosa.
—No importa.
Me levanté de la cama y fui hacia la puerta. No es que tuviera demasiadas ganas de una sesión de BDSM en su cuarto, pero si le alejaba de mí ahora quizá me arrepintiera en la soledad de la noche. El señor Black me siguió en silencio hasta el final del pasillo y cerró la puerta de su habitación tras él. Me senté en la cama, con solo mi bóxer negro puesto y le miré a la espera de que cogiera sus cosas de sadomaso. James se quitó la cazadora y se remangó la camisa lentamente antes de caminar hacia mí y, para mi sorpresa, sentarse a mí lado.
—Leo —me dijo en voz baja mirando en dirección a la cristalera y la ciudad refleta de luces frente a nosotros—. No me digas lo que puedo y no puedo hacer, porque es algo que odio.
Asentí con la cabeza, pero como no estaba seguro de si podía verlo, añadí:
—De acuerdo, James.
Él cabeceó lentamente y continuó:
—No iba a follarme a esas putas, ni a aceptar la doble mamada. Y tú no tendrías que haberte ido porque no iba a pasar nada allí que no quisieras ver. ¿Lo entiendes?
No, la verdad es que no lo entendía, solo estaba un poco más confuso que antes. Aun así, respondí:
—Creo que sí.
Y tras una breve pausa me dijo:
—Sé lo que quieres de mí. Ya lo han intentado antes.
Cerré los ojos y no pude evitar baja un poco la cabeza y morderme la lengua. Oírlo de sus labios, de aquella forma seria y calmada, me produjo una vergüenza que me hizo arder el rostro y perder un poco de aire. Al fin alcé la mirada al techo y pensé bien lo que iba a decirle, pero todo sonaba a malas excusas, así que lo mejor sería disculparse sin más y afrontar la realidad.
—Yo quiero lo mismo de ti —dijo James—, y estoy dispuesto a dártelo, pero será a mí manera.
Ladeé lentamente, muy, muy lentamente el rostro hacia él. Aquello no me lo esperaba.
El señor Black seguía mirando el ventanal fijamente con las piernas abiertas y las manos cruzadas entre ellas. Las suaves luces amarillentas de su habitación proyectaban sobre los cristales una imagen desdibujada de la habitación y de nosotros sobre la ciudad a nuestros pies.
—Serás solo mío —comenzó, después de tomarse un momento para ordenar sus pensamientos—, y me acompañarás a todo, absolutamente todo, Leonard, porque… tenerte cerca me gusta y me tranquiliza.
Reconocer aquello pareció costarle, como si creyera que yo iba a reírme de él al descubrir que no era tan fuerte como aparentaba ser. Empezó a respirar un poco más fuerte y profundo, a apretar las manos cruzadas en-

tre sus piernas y a tensar la mandíbula mientras los segundos pasaban. Así que puse una mano en su pierna y le acaricié suavemente con el pulgar. No le miré a él, porque no quería presionarle, así que mantuve la mirada al frente, hacia nuestro reflejo difuso en los cristales.
Tras unos largos segundos en silencio continuó:
—Yo no haré nada con nadie, ni tú tampoco, pero si lo haces, yo lo haré peor. ¿Lo entiendes?
—Sí.
El señor Black volvió a asentir.
—Bien —se levantó entonces y fue hacia la ducha, dejándome allí solo con mis pensamientos.
Yo estaba… sorprendido y un poco confuso. Me quedé allí, mirando mi reflejo y la ciudad tras él. Me sentía agradecido de que el señor Black pudiera hacer aquello por mí, pero también quería evitar darle un significado especial que no tenía. Estaba tan inmerso en mis propios pensamientos que no me di cuenta cuando volvió James, un poco más mojado de lo habitual, y se dejó caer en la cama, haciendo moverse el colchón y sacándome de aquel estado de inconsciencia en el que me encontraba.
—Leonard —me llamó antes de que me girara.
Estaba desnudo, un poco empalmado, pero no mucho, porque en sus ojos brillaba una leve preocupación. Ladeó el rostro y me preguntó:
—¿Pasa algo?
—No, solo estaba esperándote.
Un poco más sonriente y un poco más empalmado, empezó a señalarse el cuerpo y me dijo:
—Ahora todo esto es solo para ti. Preocúpate de mantenerlo bien cuidado.
Una ligera sonrisa se extendió en mis labios, pero no era de felicidad, sino de algo más oscuro y primitivo. Gateé hacia James y cuando me puse sobre él ya estaba completamente empalmado y con los labios entreabiertos para recibir un beso. Me incliné, pero me detuve a pocos centímetros de rozarle.
—Sabes que lo haré… —le aseguré con un tono denso como la miel y profundo como el mar.
James soltó el aire por la boca y entonces le besé. Puede que al señor Black le hubiera hecho muchas cosas ya, y muchas veces, pero estaba bastante seguro de que nadie le había comido y montado como yo hice esa noche. Me perdí un poco en la locura y en la necesidad de él, jadeaba su nombre y le apretaba los pectorales, los hombros y después el pelo. Le miraba fijamente y sonreía. Solo para mí. Todo para mí…
Al terminar me dejé caer sobre un James tan jadeante y sudado como yo. Nos quedamos en silencio mientras recuperábamos el aliento, como solíamos hacer, antes de que yo levantara la cabeza para darle un beso largo y suave en los labios. El broche final de todos nuestros polvos, daba igual si eran suaves o con cuerda y fusta. El beso siempre estaba ahí.

Entonces volví a apoyar la cabeza al lado de la suya, James me abrazó y frotó su rostro contra él mío, entonces me apretó incluso más fuerte y soltó aire de una forma que sonó como un suspiro.

Me desperté con esa sensación de no saber cuándo te habías dormido, como si hubieras cerrados los ojos y de pronto fuera de mañana. Alargué la mano sin tener que salir de debajo de James, porque en su habitación el despertador estaba en la mesilla de mi lado. Oí cómo su respiración cambiaba un poco y se removió volcándose sobre un lado para llevarme con él y rodearme con los brazos. Tras un breve minuto tuve que darme la vuelta y acariciarle la barba y parte de la mejilla para que entreabriera los ojos.

—Ya es hora, James —tuve que decirle.

Él recibió la noticia con un lento parpadeo y una profunda respiración de resignación. Le di un beso más largo de buenos días porque parecía necesitarlo y después salí de la cama para recorrer el pasillo, coger la ropa, y bajar a ducharme al baño de invitados. Preparé café y me lo tomé mientras miraba la densa niebla que había inundado la ciudad. Tan solo se distinguían los edificios más cercanos y temía que fuera a ser un sábado frío y húmedo.

—Buenos días, señor Black —le saludé cuando se detuvo a un lado de la mesa.

—Buenos días, Leonard —respondió—. ¿Vamos?

Cogí mi bolsa de deporte y le seguí. Aunque ya fuera fin de semana, el único día de descanso era el domingo, ya que los sábados aún había que ir al gimnasio y trabajar en el despacho de casa para adelantar trabajo.

—Esta noche es la fiesta esa de las máscaras, señor Black —le recordé—. ¿Necesita que compre algo o pida cita en el salón de belleza? No me dijo nada ayer.

—Iremos por la tarde a comprar un par de cosas, llama a Johanna y pídele un hueco.

Puse una mueca de contrariedad, pero no dije nada al respecto. Era un buen momento para comprobar si lo que había dicho el señor Black sobre no hacer nada con los demás era cierto o no. Yo le creía, porque hasta el momento no me había mentido, aunque ir a la tienda de Johanna a comprar no me parecía una buena señal.

Conseguí hacer una llamada rápida a su ayudante antes de entrar al gimnasio y me dio cita para aquella misma tarde. Odiaba ir a entrenar los sábados, siempre estaba lleno de gente y a veces ocupaban los espacios que nosotros necesitábamos; pero no hacían nada, nunca parecían hacer nada. Aunque a veces era divertido cuando alguno de esos aspirantes a actores y modelos que seguían discretamente por el gimnasio al señor Black reunían el valor para acercarse a charlar. Casualmente cuando yo no estaba demasiado cerca o me quedaba un poco atrás. Ellas solían sonreír y sacar pecho, ellos trataban de enseñar los brazos y tocarse suavemente los labios con una mirada sexy, pero todos se topaban con el muro de serie-

dad e indiferencia que era la mirada del señor Black. No soportaba que le interrumpieran mientras entrenaba.
Otra cosa era cuando llegábamos a las duchas y hacía las delicias de algunos de los presentes cuando se quitaba lentamente la ropa sudada y se miraba un poco al espejo.
—¿Crees que deberíamos depilarnos ya, Leonard? —me preguntó, pasándose la mano por el pecho frente a su reflejo.
—Se depiló la semana pasada, señor Black —le recordé—. No puede ser bueno hacerlo tan seguido.
Él no dijo nada y entonces me acercó a él para pasar su mano por mi hombro y vernos a ambos desnudos y juntos en el reflejo.
—Hacemos una pareja muy buena —murmuró—. No me extraña que la gente lo piense.
No supe qué responder a eso. Ambos éramos hombres atractivos, jóvenes y teníamos buen cuerpo, pero también éramos lo suficiente diferentes como para contrastar.
—¿Tú qué crees, Leo? —me preguntó cerca del oído mientras pegaba su cabeza a la mía.
James era rubio, pero yo tenía el pelo caoba con lo que el estilita llamaba «momentos pelirrojos». Yo lo llamaba ser irlandés; aunque había más de esos momentos en mi barba y en el resto de pelo de mi cuerpo que en mi cabeza.
—Creo que yo no soy la pareja que al señor Lee le gustaría que usted tuviera —concluí, tratando de mantener esa idea lo más lejos posible de mi cabeza.
—Nosotros quedamos increíbles en las fotos, no debería quejarse tanto —me dijo con tono serio, acompañándome a las duchas sin apartar la mano de encima de mis hombros.
Cuando al fin terminamos con el gimnasio, me dejé caer en el coche con un resoplido y cogí el móvil para pedir unos cafés. Resulta que desde que había encargado aquel primer café en fin de semana a la cafetería de la esquina, no había tenido que volver a insistir para que me lo subieran a casa de nuevo; quizá los cincuenta dólares de propina que daba al chico que los traía cada vez tuvieran algo que ver.
Tras el desayuno subimos al despacho y trabajamos hasta la hora de comer, cuando llegaron las bolsas del restaurante. Estábamos manteniendo una tonta competición para ver si recordábamos la cantidad de edificios que había escondidos tras la niebla cuando sonó el móvil.
—No hay ningún edificio de ladrillos a la izquierda, Leonard —me dijo el señor Black mientras masticaba su último brécol con mirada entre seria y enfadada.
—Está a un lado del rascacielos y antes del río —insistí, mirando la pantalla—. Es una llamada de su número privado, pone Sarah Black.
Le entregué el móvil, pero James negó e hizo una señal para que respondiera yo.

—¿Sí?
Hubo un breve momento de duda, el típico cuando creían que se habían equivocado porque no habían oído la voz grave y seca del señor Black.
—¿James? —preguntó una mujer.
—No, soy Leonard O'Brien, el ayudante del señor Black. ¿En qué puedo ayudarla?
—¿Ayudante? —volvió a preguntar—. ¿Desde cuándo tiene James ayudante?
—Desde hace dos meses y medio.
—Ah… bueno, eh… ¿puedes pasarme con él?
—El señor Black está ocupado ahora mismo —mentí, porque estaba mirando a James mientras hablaba y había negado con la cabeza—. ¿Quiere dejar un mensaje?
—Sí, que le llamaré a la noche. Es por lo del regalo de nuestros padres.
—Muy bien, se lo daré cuanto antes.
—Gracias, eh…
—Leonard.
—Sí. Gracias, Leonard.
Colgó y dejé el móvil de nuevo sobre la mesa.
—Le llamará a la noche y quiere hablar sobre el regalo de sus padres.
El señor Black puso una mueca de molestia y bebió los últimos tragos que quedaban en su botellín de agua. Como no dijo nada más, dejé pasar el tema y avisarle de que quedaba una hora para la cita en la tienda de la Johanna.
—Siempre que llama es para pedir dinero o para gilipolleces como esta —murmuró en el coche, mirando por la ventanilla ahumada, por la que apenas se podía diferenciar demasiado debido a la niebla.
Tardé un poco en comprender de qué hablaba.
—¿Su hermana?
El señor Black asintió.
—¿Quiere que usted pague el regalo de sus padres?
—Como siempre —entonces se detuvo y me miró por el borde de los ojos—. Cuando llame por la noche dile que traiga palos y mierda de África y les construya una casa con ellos, porque yo no voy a poner el dinero.
Se me escapó la risa y traté de detenerla con el puño delante de los labios, pero no fui capaz.
—Vale, James, esa me ha encantado —reconocí, produciendo una leve sonrisa en sus labios.
Cuando llegamos a la tienda de ropa interior de Johanna, una de las hermosas jóvenes que trabajaban allí se acercó con una gran sonrisa y le preguntó al señor Black:
—¿Puedo ayudarle en algo
—Avisa a Johanna de que el señor Black y su ayudante están aquí —le ordenó.

Ella se quedó atónita por el tono duro de su voz, pero enseguida asintió y se dio la vuelta. Johanna nos hizo esperar unos cortos dos minutos, pero al fin apareció por la puerta trasera con su sonrisa falsa y sus joyas de plata de ley mientras producía un golpeteo continuo con los tacones sobre el suelo.

—James, qué placer verte de nuevo —le saludó—. Acompáñame, por favor.

Como la primera vez, aquella imagen agradable y cándida desapareció en cuanto cruzamos por la puerta al pasillo oscuro de la trastienda.

—No me has dicho nada de Carol —le acusó con tono serio, pero no cortante—. ¿No te gustó?

—No la probé —reconoció el señor Black—. No podría haberte dado una respuesta sincera.

Los ojos grandes y oscuros de Johanna se abrieron un poco y dejó de andar hacia el ascensor.

—Era exquisita —le dijo, como si se hubiera tomado aquello como una afrenta personal—, la guardé solo para ti, James.

—Te lo agradezco, Johanna, pero ya tengo todo lo que necesito.

Johanna tardó un momento, pero entonces vio la mano de James en mi espalda y me miró por primera vez.

—¿Qué tal es? —le preguntó al señor Black sin apartar la mirada de mí, algo que me resultó perturbador.

—Incluso mejor de lo que crees.

—Eso temía —murmuró en voz baja, continuando al fin hacia el ascensor—. Si le despides, tráemelo. Tengo muchos clientes a los que les gustaría mucho algo así.

James apretó un poco su mano en mi espalda, pero se contuvo para no decir nada. Parecía molesto, pero el único que tenía razones allí para enfadarse era yo. Subimos al ascensor y Johanna metió la llave en una ranura antes de ascender.

—¿Quieres algo nuevo para él, entonces?

—Vamos a una fiesta de máscaras del Barón —le explicó el señor Black—. Necesito tirantes para Leonard y una corbata para mí con código.

—No entiendo cómo puedes ir a esas cosas tan aburridas, James —dijo ella—. Son como fiestas de iglesia con gente en pelotas.

—Nos ha invitado el Barón directamente.

Johanna soltó un resoplido y cruzó el ascensor cuando se abrió, entrando en su tienda secreta con papel pintado y todo tipo de objetos BDSM expuestos. Pero eso no era lo más sorprendente, lo más sorprendente eran los hombres y mujeres desnudos y con máscaras que esperaban a los lados para que los probaras con ellos.

—¿Has probado la fusta que te di, al menos? —le preguntó de camino a una sección más alejada, después del cuero y el látex.

—Varias veces —afirmó el señor Black.

Johanna se detuvo y abrió uno de los cajones de una larga fila, sacó una

corbata gris metálico bastante más ancha de las que solía llevar y con dos picos como una especie de emblema militar pintados en negro. Se la entregó al señor Black y después me miró a mí.
—¿Blanco? —le preguntó.
—Blanco —afirmó él por mí—. Tres rayas verticales.
—¿Tres? —le preguntó sorprendida—. ¿Contigo? —y me miró de nuevo.
No sabía qué cojones estaba pasando, pero tampoco es que entrara en esa tienda creyendo que me iba a enterar de lo que veía o de lo que pasaba allí. Así que seguí con mi ligera sonrisa y el carácter obediente que al señor Black le gustaba que mostrara cerca de Johanna.
La mujer buscó lo que le había pedido y me entregó unos tirantes blancos con tres rayas negras verticales de un centímetro de grosor en el centro.
—Cada vez estoy más y más intrigada, James… —reconoció ella.
El señor Black sonrió y apretó su mano en mi espalda.

El señor Black dejó la tienda de Johanna bastante satisfecho y con una ligera sonrisa en sus labios perfectos. Subimos al coche y ladeó el rostro mientras me miraba. Yo ya tenía el móvil en las manos y repasaba los últimos mensajes, pensando en que debería responder a unos cuantos antes de cenar. Ya me había sacado la mayoría del trabajo de encima por la mañana, pero siempre recibía unos cuantos de esos en las tardes.

—El Departamento de Contabilidad y la señora Timber quieren empezar a reunirse con usted para valorar el año que ha tenido la empresa —le dije tras leer un correo algo escueto y técnico de la señora Timber—. Les he hecho un hueco dos semanas antes de que se marche usted en navidad con su familia.

—Las últimas semanas del año siempre son muy duras —respondió.

Cuando llegamos a casa el señor Black quiso seguir trabajando un poco, hice un par de llamadas y después le avisé de que la cena ya había llegado. Tuvimos una conversación muy extraña sobre si la niebla podía llegar a ser tóxica; no recuerdo cómo llegamos a eso, pero sí que cada vez que yo decía algo sobre el cambio climático o la contaminación, James ponía los ojos en blanco y negaba con la cabeza.

Por suerte para él, nos interrumpió la prometida llamada de su hermana, porque yo me estaba empezando a enfadar un poco con las respuestas airadas del señor Black sobre el tema. Yo iba a responder, pero él me hizo una señal para que le diera el móvil.

—Sarah —respondió con tono serio mientras me miraba—. Sí, ya me dijo Leonard que habías llamado —pausa—. Si, iremos —otra pausa más corta—. Los dos —aquel último silencio fue más largo, pero el señor Black entrecerró un poco los ojos y puso una leve mueca de enfado—: Nos encargaremos nosotros del regalo —y colgó.

Dejó el móvil sobre la mesa y continuó cenando lo poco que ya quedaba en su plato. Yo mastiqué con detenimiento mi último bocado, valorando la idea de preguntar o no sobre lo que había pasado.

—¿Todo bien? —terminé preguntando.

El señor Black levantó los ojos hacia mí y siguió masticando un par de segundos antes de responder:

—No mucho.

—¿Quieres hablarlo?

—No.

Asentí y dejé el tenedor a un lado, esperando a que el señor Black terminara con lo poco que le quedaba, después subió a ducharse y yo recogí todo antes de hacer lo mismo en el baño de invitados. Subí solo con mis bóxer azules puestos, sin tener muy claro qué ropa íbamos a llevar a aquella fiesta «elegante pero deliciosa». El señor Black me llamó desde el final del pasillo y me ordenó que fuera hasta su habitación. Cuando entré ya se había ido hacia el vestidor y le encontré frente al espejo de cuerpo

entero, solo con los pantalones de traje puestos y un cinturón gris mientras se anudaba la corbata al cuello sobre su pecho desnudo.
—Ponte solo un pantalón negro y los tirantes —ordenó, dedicándome una mirada a través del reflejo.
—¿Solo? —tuve que preguntar con una leve inclinación de cabeza.
—Solo —repitió.
Así que volví a mi habitación, me quité la ropa interior y me puse uno de mis pantalones de pinza negros antes de volver junto el señor Black.
—¿Los tirantes? —le pregunté desde la puerta.
James todavía estaba frente al espejo e hizo una señal hacia la bolsa que había a un lado, la que Johanna le había dado, de un tono violáceo y satinado; sin logo ni marca y relleno con una especie de papel maché negro. Se podía ver que era algo caro, algo que te darían en cualquier tienda de lujo, pero echaba en falta algún tipo de logo como: «Johanna's Secret. Tu tienda BDSM».
Saqué los tirantes blancos y un poco anchos y me los puse sobre la piel.
—Ven —ordenó el señor Black.
Me acerqué y él me miró de arriba abajo, empezando a empalmarse un poco, pero era lo habitual cuando me veía sin un poco de ropa, así que no le di demasiada importancia. Metió los dedos índices bajo las tiras y las centró un poco sobre mis hombros, siguiendo su recorrido por encima de mis pectorales hasta la cintura. Cuando estuvo contento con el resultado se puso a mi lado y nos miró a ambos en el reflejo. Debió gustarle lo que vio, porque el bulto de su entrepierna se hizo todavía más grande, aunque nada en su expresión seria cambió.
—¿Qué significan el color y las rayas? —le pregunté mientras metía las manos en los bolsillos del pantalón.
Me sentía un poco incómodo y extraño vestido de aquella forma. Era como un gogo de un club nocturno o una especie de stripper. El señor Black se puso a mi espalda y me rodeó con los brazos para atraerme a él.
—Significa que mis gustos han cambiado un poco desde que te conozco —susurró a mi oído sin dejar de mirarnos en el espejo.
—¿Eso es bueno? —sonreí, un poco acalorado por sus palabras.
—No lo sé.
Entonces me soltó y fue a por su gabardina para ponérsela a los hombros y cerrarla. Ahora sí parecíamos un par de strippers, pero de los buenos.
—Te haré un hueco en el vestidor —me dijo mientras yo todavía le miraba con las manos en los bolsillos—. Así no tendrás que ir a la habitación a por la ropa.
—Gracias, señor Black —respondí, aunque la verdad era que resultaba más incómodo para mí tener que ir hasta el vestidor de James a recoger mi ropa cada mañana que tenerla amontonada en una esquina de mi habitación.
El señor Black terminó de abrocharse la gabardina y fue a por una cazadora parka con forro interior de oveja blanco y pelo en los bordes de

la capucha. Se acercó y me la puso por encima, subió la cremallera y volvió a comprobar el resultado de vernos juntos en el espejo. Asintió complacido y pudimos irnos; porque al parecer eso era todo lo que íbamos a llevar a la fiesta.

Esperaba que el local al que fuéramos tuviera buena calefacción, porque ya hacía bastante frío por las noches.

—No es una orgía —me recordó el señor Black en el coche, interrumpiendo el silencio que se había creado mientras yo miraba por la ventanilla, cada vez un poco más nervioso—. Habrá gente desnuda, seguramente más que nosotros, pero nadie va a tocarte.

—¿Y a usted van a tocarle? —le pregunté. No sonó enfadado ni molesto, era tan solo una pregunta para ir mentalizándome.

—No —respondió tras un breve silencio—. Aquí es diferente, hay otras reglas.

Asentí un par de veces, pero no continuó explicándomelo hasta que Lakov aparcó el coche frente a un local bastante en las afueras.

—¿Es una fiesta de asesinos en serie? —bromeé cuando salimos del coche, porque aquella nave oscura y apartada no me daba demasiadas buenas sensaciones.

Solo había un aparcamiento al lado, aunque se trataba casi de un descampado que habían usado para dejar los coches. Un único foco colgaba de la entrada de dos puertas rojas y algunas personas fumaban cerca, pero no hablaban entre ellas.

El señor Black puso una mano en mi espalda y avanzamos hacia allí, bajo las miradas de los fumadores. Al entrar hubo un cambio notorio en el tipo de ambiente. Fue como cruzar una puerta desde *Silent Hill* al *Moulin Rouge*, pero sin escenario. Una mujer con tan solo unas pezoneras negras y unas bragas de encaje nos detuvo con una sonrisa y nos entregó un par de antifaces. Un hombre con jockstrap y pajarita también negros nos cogió los abrigos y se los llevó, entregándonos la señal del guardarropa a cambio. Les di las gracias a ambos con una sonrisa, más por nerviosismo que por educación, y me puse aquel antifaz negro y barato sobre la cara. La mujer también nos ofreció un par de sobres, pero el señor Black los rechazó.

Ya medio desnudos y con los antifaces pudimos continuar hacia el local. Hacía bastante calor y había montones de cortinas gruesas colgadas de las paredes, todo de color rojo intenso. Las únicas luces provenían de las pequeñas lámparas sobre las mesas redondas esparcidas a diferentes niveles por todo el local. Allí se sentaba la gente, a veces sola o acompañada, mirando hacia un lugar y a otro del lugar.

Como el señor Black había dicho, llevaban poca ropa, incluso menos que nosotros, pero toda de colores negro, gris o blanca con señales o rayas igual a la nuestra. Muchos clavaron sus miradas en nosotros, pero el señor Black no se detuvo hasta alcanzar un extremo, donde había una parte un poco más luminosa porque se trataba de la barra de bebidas. Me señaló uno de los taburetes de felpa rojo para que me sentara y él se puso en fren-

te, de cara a mí mientras apoyaba un brazo en la barra de madera negra.
—Cuando el Barón le invitó a una fiesta de máscaras, creía que sería algo mucho más… elegante —reconocí con una leve sonrisa, todavía algo nervioso con todo aquello. No sabía lo que era y no sabía lo que podría pasar allí.
El señor Black me miró en silencio un momento, clavando aquellos preciosos ojos azules en mí; todavía más intensos y remarcados gracias a aquel antifaz negro sobre su rostro.
—Al Barón le gusta decir que es algo elegante y formal, pero le va lo sórdido y oscuro —me explicó—. Esta es la parte bonita. Detrás de las cortinas hay una nave llena de colchones, laberintos sexuales y *Glory Holes*.
—¿Y la parte bonita para qué es?
—Cómo te dije, Leonard, esto no es una orgía. El Barón invita a unos pocos, pero siempre viene mucha gente. Algunos van directos a la parte de atrás, pero muchos buscan un polvo divertido o una noche de erotismo.
Entonces una mujer se acercó, interrumpiendo la conversación para entregarle al señor Black una tarjeta roja con un punto negro en medio. Él la cogió, mirando brevemente a la mujer joven en lo que parecía un traje de baño blanco. Ella sonrió y se mordió el labio inferior antes de marcharse.
El señor Black me mostró la carta y continuó:
—Aquí hay cartas de diferentes colores: roja, azul y amarilla. La roja significa sexo oral, si tiene un punto —como la suya tenía—, es que quieres hacerlo. Si tiene una cruz es que quieres recibirlo.
Antes de que terminara ya se estaba acercando otra mujer para darle una tarjeta azul con otro punto. La cogió con la misma indiferencia que la primera y esperó a que la mujer se fuera para continuar:
—La azul significa masturbación. No tiene por qué terminar en orgasmo, normalmente es solo que te la froten un poco mientras ellos hacen lo mismo. La amarilla es que…
Se detuvo cuando un hombre con una corbata blanca y el mismo símbolo militar del señor Black, pero invertido, le entregó tres cartas a la vez con una mirada baja. El señor Black las recogió y él se fue.
—Yo llamo a esto un *Full* —sonrió suavemente, mostrándome las tres cartas en su mano, una roja, una azul y otra amarilla, todas con un punto—. Paja, mamada y follada.
—Qué elegante —me reí, porque me había hecho gracia.
El señor Black llamó a la discreta camarera que esperaba en una esquina y le dio dos de sus cartas rojas.
—Whisky irlandés con hielo —pidió antes de volver a mirarme—. Aquí las copas son muy caras, pero son gratis a cambio de las tarjetas que no quieras.
—Sexo o copas gratis… —murmuré—. Es como volver al campus

universitario.
—¿Follabas mucho en la universidad, Leonard? —me preguntó entonces con mirada seria, sin entender la broma.
—No, yo nunca he sido así —respondí.
—¿Y cómo eras?
Por suerte otro hombre se acercó y nos interrumpió. Tenía corbata blanca, pero solo una raya vertical en el centro. Me miró con una pequeña sonrisa algo lasciva y me entregó una carta roja con una cruz. Me quedé un momento parado, sin comprender lo que quería, entonces recogí la carta y apreté los labios con ella en la mano sin saber muy bien cómo reaccionar. El señor Black le dedicó una mirada asesina, así que el hombre perdió un poco la sonrisa, se dio la vuelta y se fue.
Miré un momento la carta roja con una cruz negra en el centro y la dejé sobre la barra del bar. La camarera volvió con nuestras copas y las dejó frente a nosotros, yo le sonreí, porque el señor Black estaba demasiado ocupado siguiendo con la mirada al hombre de corbata blanca, como si deseara que explotara en llamas.
—¿Y esto que significa? —le pregunté, tirando de su corbata para llamar su atención.
Él tardó un momento, pero se volvió hacia mí y cogió su copa para beber un buen trago antes de responder:
—Es un símbolo del código sexual. Significa que soy dominante, activo y estricto.
—Ah… —comprendí—. ¿Por eso la insignia militar con tres picos? —me reí, porque de pronto me pareció muy gracioso.
—Las marcas van ascendiendo de uno a tres, cuando más altas, más rango.
Bebí un trago de mi copa mientras otra mujer se acercaba al señor Black. Ella, al igual que el chico de antes, también tenía el símbolo militar invertido con dos aspas. Le entregó otro *Full* con la mirada baja y se fue.
—Al contrario, significa sumiso, ¿no? —deduje.
—Sí.
El señor Black dejó las tres cartas sobre la mesa, en el pequeño montón que había empezado a formarse.
—¿Y…? —pero me detuve porque otro hombre con pajarita blanca y otra raya vertical negra se acercó para mirarme de arriba abajo con una expresión de lujuria y me entregó una carta amarilla con un círculo.
La cogí y la dejé sobre la mesa a la espera de que se fuera ahuyentado por la mirada del señor Black.
—¿Y los colores de la ropa? —pude continuar entonces.
—Negro es heterosexual, blanco, gay —no tuvo que explicarme lo que significaba el gris.
—No me esperaba un código tan completo en una fiesta de estas, la verdad —reconocí.
—Aquí es donde más se necesita tener las cosas claras, Leonard —respon-

dió él tras terminarse su primera copa, pidiendo ya otras dos—. No se viene a charlar, se viene a buscar lo que te gusta y darle una tarjeta con lo que quieres.
—Y decían que el romanticismo había muerto… —bromeé con una sonrisa antes de que otra mujer con ropa negra le entregara dos tarjetas al señor Black.
Él las puso junto al resto y buscó mi mirada cuando dejé de beber otro trago de mi vaso.
—Yo no soy un hombre romántico, Leonard —dijo con tono calmado, pero sonó como una advertencia.
Mantuve su mirada en silencio, apenas un instante antes de ladear el rostro.
—Ni nunca lo seré.
Otra mujer nos interrumpió para entregarle otras dos cartas al señor Black. Las constantes interrupciones empezaban a resultarme un poco engorrosas; pero, para eso estábamos allí, en teoría.
—Lo sé, señor Black —respondí con la misma calma cuando la mujer se fue.
Él me miró mientras hacía girar poco a poco su vaso sobre la barra.
—¿Tú eres romántico, Leonard? —me preguntó entonces.
Un hombre con chaleco gris y dos rayas verticales negras se acercó y me entregó un *Full*. Esperé a que se alejara para sonreír y enseñárselo a un señor Black de mandíbula tensa.
—Mi primer *Full* —anuncié—. Hay que celebrarlo.
Cogí mi copa y la puse en alto para que brindara conmigo. El señor Black tardó un momento, mirándome fijamente antes de hacer chocar su vaso de cristal contra el mío y beber juntos.
—No me has respondido, Leonard —me recordó entonces.
Entreabrí los labios, dejando mi copa vacía a un lado para coger la siguiente. Creía que había conseguido distraerle para no tener que responder aquello.
—No soy de los que necesitan ramos de flores y declaraciones de amor bajo la ventana —le dije—, pero sí, me considero un hombre romántico.
El señor Black se quedó en silencio y yo no quería darle más importancia a aquello de la que realmente tenía; así que cambié de tema.
—¿Y qué significan mis tirantes?
—La raya horizontal significa que eres pasivo en el sexo, en los hombres gays tiene el significado que te imaginas.
Alcé ambas cejas. No tenía nada que añadir a eso.
—¿Y las tres marcas? ¿Soy una especie de súper pasivo o algo así? —me reí. El whisky ya me estaba empezando a afectar un poco—. Ya tengo el antifaz y todo.
El señor Black sonrió un poco.
—Las tres marcas significan que eres un pasivo dominante, un *power bottom*.

Abrí un poco los ojos y la boca, pero fui a por mi bebida para no tener que responder a aquello. Yo no usaba nombres, ni me clasificaba a mí mismo de ninguna manera al follar; simplemente lo hacía como a mí me gustaba y punto. Sin más.

—Por eso se te acercan hombres con una raya vertical, no más de dos: activos a los que les gustan los pasivos que lleven las riendas —continuó, aunque no le había pedido más explicaciones.

Como si el mundo quisiera darle la razón, un hombre con corbata blanca y una raya negra en el centro me entregó otro *Full* mientras me guiñaba el ojo. Ahora que sabía lo que significaba todo aquello me resultó mucho más incómodo y violento. El señor Black le dedicó la misma mirada asesina que a todos los demás hasta que se fue.

—¿Por eso Johanna se sorprendió tanto? —pregunté—. ¿No parezco un… pasivo dominante? —me costó un poco decirlo.

—Sí, sí que lo pareces… —sonrió el señor Black, bebiendo otro trago sin dejar de mirarme—. Lo que la sorprendió es que fuera cierto, y que estuvieras conmigo.

—Usted es más de sumisos de tres aspas invertidas —entendí, asintiendo con la cabeza.

—Dos mínimo —afirmó.

Otro hombre se acercó, con camisa blanca abierta y una raya horizontal. Nos entregó una tarjeta roja a cada uno, la del señor Black con un círculo y la mía con una cruz.

—¿Tengo cara de chupapollas, señor Black? —le pregunté mientras le enseñaba la tarjeta—. ¿No me dan más que cruces?

—Los pasivos dominantes suelen chupar la polla bastante bien —respondió, tirando su carta de mamada junto con el resto del montón—. Tú no eres una excepción, Leonard. Me has hecho algunas de las mejores mamadas que he recibido nunca.

Bajé la mirada y dejé la tarjeta a un lado. Quizá el señor Black había querido halagarme, pero la verdad es que no me gustaba hablar de aquello de esa forma: era como convertir algo divertido e íntimo que compartíamos en algo sucio y depravado.

—Y me han hecho muchas, muchísimas… —recalcó mientras bajaba un poco el rostro para mirarme por el borde superior de los ojos.

—¿Quiere otra copa? —le pregunté, buscando a la camarera—. Invito yo —agité dos tarjetas en el aire y ella se acercó—. Lo mismo, por favor.

Una mujer con vestido gris y transparente le dio al señor Black otro *Full* y se fue. Ya era el cuarto que recibía.

—¿Yo tengo cara de tener la polla grande? —me preguntó entonces, mostrándome todas las cartas rojas, todas con círculos.

—Sabe que sí —respondí, dedicándole una mirada corta de ojos entrecerrados.

Eso le hizo sonreír con orgullo y me pidió un brindis antes de que bebiéramos. Ya sentía un calor en el pecho y el cuerpo un poco adormeci-

do, pero el alcohol me estaba ayudando a disfrutar un poco más de aquel momento. Si no fuera por las personas desnudas, el antro sórdido y las tarjetas del sexo; era como una especie de cita con el señor Black.
Pensar algo tan estúpido me hizo sonreír y negar con la cabeza.
—¿Por qué sonríes? —me preguntó el señor Black, que no dejaba de mirarme ni un segundo.
—Por nada en especial —le mentí.
Entonces apoyé mi pie sobre el reposapiés de su taburete, para así poder rozar el interior de sus piernas abiertas con la rodilla. El alcohol me volvía un poco más sexual y tocón de lo normal en mí, pero siempre de forma discreta y sutil.
El señor Black bajó la mirada y después alzó los ojos hacia mí.
—Pasivo dominante… —murmuró.
Puse los ojos en blanco.
—Deje eso ya —le pedí.
—Estás marcando territorio, Leonard —me advirtió—. La gente que no se va a acercar a mí si haces eso.
Su tono de voz y su expresión eran serias, pero en su entrepierna había ahora un bulto que apretaba cada vez con más fuerza la tela negra de su pantalón de traje. Me bajé entonces de mi taburete, lo acerqué más al señor Black y volví a sentarme, esta vez para dejar ambos pies en el apoyo, entre las piernas abiertas de James.
Miré fijamente a sus ojos del azul del mar, después a sus labios rosados que tanto me gustaban y volví a sus ojos antes de responderle con apenas un murmullo:
—Qué pena…
El señor Black respiró un poco más profundo que antes. Era un hombre con triple pico negro sobre su corbata gris, muy dominante y estricto, pero parecía un poco perdido en el roce de mis piernas contra las suyas y en la forma en la que yo le miraba a los ojos.
El señor Black era una persona que disfrutaba de los desafíos. Quizá estar conmigo era un pequeño juego suyo, un divertido y temporal cambio en su mundo de sumisos obedientes y de cabeza gacha. Quizá quisiera «domar al pasivo salvaje» y después volver triunfante a la comodidad de una vida sin mí.
Pero por ahora seguía siendo solo mío y eso me encantaba. Cuando se aburriera todo cambiaría; pero no todavía. No aquella noche.
Nos quedamos mirándonos fijamente y en silencio. El señor Black movió su mano, alejándola para que yo pudiera tocarle la entrepierna con comodidad. Sin embargo, yo no me moví, solo continué presionando la cara interior de sus muslos con mis piernas.
No tenía prisa por llegar, lo que quería era disfrutar del camino.
—Si vas a marcar territorio, Leonard, asegúrate de hacerlo bien… —me dijo en algún momento, con voz más grave y gutural.
Ya llevaba un rato empalmado y estaba impaciente porque le tocara. Cogí

mi copa y bebí un trago sin dejar de mirarle. Esa noche iba a terminar en sexo, ambos lo sabíamos, solo quedaba decidir qué tipo de polvo sería.
—Acércate y pégate bien a mí. Demuéstrales que eres mío —continuó él, ladeando un poco su rostro con antifaz—. Dame un beso en el cuello y ruégame que te haga caso mientras me manoseas la polla. Si lo haces bien y gimes un poco, te llevaré atrás y te dejaré que me hagas una mamada hasta que me corra en tu boca.
Sus palabras dejaron otro silencio más intenso y profundo que el anterior.
—¿Eso es lo que quieres, James? —le pregunté entonces en voz baja.
—Eso es lo que tienes que hacer.
Solté un murmullo como si no lo supiera y me acabara de dar cuenta.
—¿Y cómo te… tengo que rogar que me hagas caso, James? —no pude evitar poner una media sonrisa al decir aquello.
—Normalmente me ruegan que les folle, me dicen que necesitan que me corra dentro de ellos y me prometen que harán todo lo que yo quiera.
—Suena a algo que te encantaría —asentí.
—Me gusta que me hagan feliz, Leonard. —Se detuvo y bajó un poco la cabeza para mirarme por el borde superior de los ojos—. ¿Tú quieres hacerme feliz? —me preguntó.
Tardé un momento, pero respondí:
—Sí, James. Quiero hacerte feliz.
El señor Black puso una sonrisa de placer y victoria, alzó la cabeza y murmuró:
—Entonces ven aquí y ruégame, como hacen todos.
—¿Tú quieres hacerme feliz? —le pregunté.
Él perdió la sonrisa y por un momento pareció desorientado y confuso, pero frunció levemente el ceño y se repuso rápido para dedicarme una mirada muy seria.
—¿No eres feliz? Te follo cada noche y te doy todo lo que pides, Leonard —dijo, como si no tuviera ni que recordármelo—. ¿No te hace eso feliz? —me preguntó con enfado.
Bajé del asiento y me acerqué para rodearle con los brazos, como él quería. El señor Black me recibió con una postura un poco envarada y orgullosa, dispuesto a hacerme sufrir y a hacerme rogar mucho para que me perdonara. Así que besé suavemente su cuello y rocé su mejilla contra la mía, produciendo un delicioso picor entre nuestras barbas.
—Lo que a mí me hace feliz es que me hagas reír, James —le susurré al oído. Y estuve seguro de que fue culpa del whisky, porque sobrio jamás le hubiera dicho aquello—, como nadie más hace…
Deslicé una mano por su cuerpo hasta los pantalones, pero no me detuve ahí, sino que seguí hasta encontrar su mano apoyada contra la pierna y entrelacé mis dedos con los suyos. Le abracé con fuerza, disfrutando del calor de su cuerpo contra el mío y el suave olor a champú de su pelo. Cuando tras un momento así quise separarme, el señor Black me detuvo y no me dejó que me moviera.

—¿Es eso verdad? —me preguntó.
Miré el fondo de la sala, hacia la cortinas rojas y oscurecidas.
—Sí —reconocí.
—Mientes, Leonard —me dijo con un tono algo quebradizo que nunca había oído en su voz, entonces se enfadó—. ¡Mientes! —me dijo con los dientes apretados, porque quizá así se sentía mejor—. Si no fuera rico, guapo y poderoso no te importaría una mierda que te hiciera reír.
Esperé a que tomara un par de respiraciones para tranquilizarse mientras jadeaba y me apretaba la mano con demasiada fuerza. Quizá a él también le hubieran afectado un poco las copas.
—Yo no miento —le aseguré con el tono serio que requería la situación—. Y si tú no fueras rico, guapo y poderoso, no serías el señor Black. Serías otra persona diferente.
—Sí, sería uno de los gilipollas con pajarita de segunda mano y una raya pintada a rotulador que se pasarían diez minutos dando vueltas para reunir el valor suficiente de darte una puta tarjeta, Leonard. Ese sería yo.
Quise retroceder para mirarle a los ojos, pero él me apretó más contra su cuerpo y no me dejó.
—Lo que te hace feliz es que te folle el soltero de oro al que todos desean —me dijo.
—Me has preguntado lo que me hace feliz de ti, y esa es la verdad —murmuré en un tono más bajo—. No me creas si no quieres.
—No. No te creo —negó, rascando un poco su barba contra la mía al mover la cabeza de lado a lado.
Me quedé en silencio y le acaricié la espalda. Quizá no debería haberle dicho aquello, quizá debería haberme callado y rogarle que me diera polla y se corriera en mi boca; todo sería más sencillo así.
—¿Era esa tu cosa favorita de mí? —preguntó tras un largo silencio de un minuto—. La que no querías decirme.
—Sí —volví a reconocer. Cerré los ojos—. Esa es mi cosa favorita de ti.
Hubo otro breve silencio en el que fruncí el ceño y sentí una presión en el pecho. El alcohol me había jugado una mala pasada y ahora lo estaba complicando todo. James se iba a creer que me estaba enamorando de él, o quizá que ya lo estaba. Pensaría que soy gilipollas y me apartaría de su vida.
—¿Y si te dijera que mi única cosa favorita de ti es que me comas la polla, Leonard? —me preguntó entonces.
Y ahí estaba.
El final de todo.
Apreté los dientes y me prometí a mí mismo que no lloraría. No delante de él. Cogí una bocanada de aire y le dije:
—Eso no cambiaría nada, James. Seguirías pareciéndome el hombre más gracioso que conozco.
La verdad. La verdad de James era un veneno que me ahogaba, mi verdad era la miel dulce del verano; pero ambas eran lo mismo al final.

—Entonces, ¿no te importa que te folle? —me preguntó.
—Me gusta mucho follar contigo. Es divertido.
—Y no necesito darte nada para que te quedes, así que volveré a follar con quien quiera y cuando quiera.
Perdí el aliento y no pude reprimir aquella primera lágrima que se deslizó hasta morir en el antifaz negro: un viaje breve y cruel. Cogí otra bocanada de aire y miré al fondo de la sala.
—Te dije que solo me dieras lo que querías darme, James. Si no quieres dármelo… —negué con la cabeza y apreté los dientes—, yo no lo quiero.
Su mano se cerró un poco contra mi espalda y me apretó un poco más contra él.
—Vámonos —ordenó.
Se levantó y me dio la vuelta deprisa, con una mano en la parte baja de mi espalda me empujó un poco para que caminara hacia la salida. Agradecí que no pudiera verme el rostro ni los ojos hinchados y llorosos. Atravesamos la sala y fuimos hasta la entrada, donde les entregué el resguardo del ropero para que trajeran nuestros abrigos. Yo terminé antes y el señor Black me dio la espalda para abrocharse la gabardina. Bajé la mirada al suelo y negué con la cabeza. Aquello había sido un error. Una que pagaría muy caro.
Cuando el señor Black terminó volvió a apoyar la mano en mi espalda y me empujó desde detrás, sin caminar si quiera a mi lado. Salimos a la fría noche, que nos recibió con un abrazo frío mientras mi respiración acelerada y profunda se volvía humo blanco en el aire. Tardamos poco en llegar al coche aparcado, el señor Black entró primero y apagó las luces del techo antes de dejarme entrar. Ya sentados en la oscuridad de la parte trasera, el señor Black miró fijamente a la ventanilla y pulsó el botón para ordenarle a Lakov que fuera a casa.
Nos quedamos en silencio mientras el coche se ponía en marcha, atravesando una carretera vacía y apenas iluminada.
—Leonard —me llamó el señor Black entonces.
Aparté la mirada de mi ventanilla ahumada y le miré. Todavía seguía con su antifaz, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entrecerrados.
—No puedo darte nada más de lo que ya te estoy dando —me dijo en voz baja—. No me queda nada…
No sabía lo que significaba eso, así que solo pude quedarme en silencio y seguir escuchando.
—Te estoy dando más de lo que le he dado a nadie nunca.
Un coche se cruzó con nosotros e iluminó un poco las ventanillas, haciendo brillar los ojos llorosos del señor Black.
—Y si me dejas, ya no tendré nada que poder ofrecerte para que te quedes.
Dejó un breve silencio, uno que se alargó segundo a segundo hasta que el señor Black cerró los ojos y movió el rostro hacia mí para mirarme y preguntar:

—¿Es suficiente para ti?
Entreabrí los labios, pero me costó decir:
—Suficiente… ¿para qué? ¿Para que me quede?
El señor Black negó con la cabeza.
—Para que me des más de lo que le has dado nunca a nadie.
Apreté el puño sobre el asiento y ladeé un poco la cabeza, sintiendo un peso en el pecho que me hundía hacia un lugar al que me había prometido no ir por él.
—¿Sabes lo que eso significa, James? —tuve que preguntarle.
—¿Y tú, Leo? —dijo tras un par de segundos de pausa—. ¿Sabes lo que te estoy pidiendo?
—Creo que sí.
Él asintió de nuevo.
—Sabes quién soy y cómo soy—murmuró—. Sabes que nunca cambiaré.
—Lo sé.
—¿Es suficiente para ti?
Esa era una gran pregunta, una que había evitado responder hasta aquel momento. Una que nunca me había imaginado que tuviera que responder.
—Sí.
El señor Black cerró entonces los ojos y cogió una bocanada de aire como si hubiera estado conteniendo el aliento hasta aquel momento. Asintió repetidas veces y volvió a mirar por la ventana.
—James, tú… ¿estás preparado para algo así?
Necesitaba preguntarlo. Necesitaba saber que estaba seguro de lo que me pedía.
—No lo sé —reconoció mientras volvía a mirarme—, pero es lo que quiero.
—Vale —dije, cabeceando mientras volvía la cabeza hacia la ventanilla.
Joder…
Esto no me lo esperaba.

No volvimos a hablar en todo el camino de vuelta, como si la promesa que habíamos hecho aquella noche fuera de un cristal tan frágil que pudiera romperse con el sonido de nuestra voz. Cuando llegamos al garaje salimos del coche casi a la vez y fuimos directos al ascensor. El señor Black puso su mano en mi espalda y me guio con ella por el pasillo de casa, pasando la cocina y subiendo las escaleras hasta su habitación.

Siguió sin decir nada mientras me quitaba la cazadora y me desnudaba. No dijo nada cuando se quitó la ropa, dejándose tan solo la corbata gris con el símbolo del ejército; quizá para que yo pudiera verlo y recordar a quien le había hecho aquella promesa. Me besó, me besó de esa forma torpe pero apasionada, me echó en la cama y me recorrió el cuerpo con los brazos mientras se hacía un hueco entre mis piernas. Me siguió besando mientras entraba lentamente en mí, y lo hizo cuando nos corrimos casi a la vez entre jadeos.

Entonces se dejó caer sobre mí y siguió en silencio. Levantó la cabeza un minuto después para mirarme a los ojos y darme aquel último beso en los labios. Le acaricié la espalda hasta que se durmió con la cabeza al lado de la mía. Miré el techo blanco, gris donde alcanzaba la luz de los ventanales, negro donde no. En algún momento empezó a llover y las gotas golpearon los cristales con un sonido constante, cubriendo el techo de formas extrañas y regueros cuando la luz cruzaba sobre ellas.

«Para que me des más de lo que le has dado nunca a nadie», me había dicho.

Oí su suave respiración, acaricié su piel tersa y su ancha espalda. Era pesado, pero eso era algo que yo ya sabía. Era un hombre complicado y complejo. Era fácil amarle, pero era difícil no temer hacerlo. Me pregunté a mí mismo en mitad de aquella noche de lluvia si algún día me arrepentiría. Si algún día ya sería tarde y James cambiaría de idea; pero yo ya estaría demasiado enamorado para olvidarle.

El señor Black murmuró algo y cogió aire antes de tragar saliva. Se volcó sobre el costado y me rodeó con los brazos, buscando tenerme más cerca de él. Cerré los ojos y al fin me dormí, porque aquel momento era demasiado perfecto.

Cuando me desperté todavía estaba lloviendo. Había un poco más de luz, pero el mismo sonido de golpeteo contra los cristales. Se me hizo extraño no estar bajo un cuerpo pesado, ni tener más que un brazo rodeándome la espalda; así que abrí los ojos y me encontré con unos océanos brillantes que me miraban de vuelta. El señor Black tenía la cabeza apoyada en la almohada a mi lado, con una expresión seria en el rostro mientras me acariciaba la espalda. Ninguno de los dos dijo nada, como no habíamos hecho desde la noche anterior.

Me acerqué a él y le di un suave beso en los labios antes de volver a mi sitio. Era domingo, uno de nuestros domingos en los que podíamos que-

darnos en la cama hasta que llegara el desayuno.
—James —dije al fin, rompiendo con aquella maldición del silencio—. ¿Todo bien?
Su mano se detuvo en mitad de mi espalda y el señor Black frunció levemente las cejas como si estuviera preocupado.
—No, Leo —respondió—. Odio no tener el control.
Deslicé mi mano por la manta hasta alcanzar la punta de su corbata gris, todavía colgada de su cuello. Jugué un poco con ella entre mis dedos mientras pensaba en qué poder decirle.
—Lo haremos a tu manera, James. Y si no te gusta… lo dejaremos.
Entonces perdió su expresión preocupada y asintió levemente antes de continuar acariciándome la espalda. Nos quedamos así un buen rato, mirándonos a los ojos mientras oíamos llover tras la ventana. Yo intenté memorizar cada pequeño rasgo de su rostro, cada pequeño tono del azul de sus ojos, cada pelo de su barba más rubio y brillante que los demás. Quería un recuerdo de él, de lo atractivo y perfecto que era y de todo lo que me hacía sentir estar en su cama aquella mañana de domingo. Quería un recuerdo que poder llevarme conmigo si las cosas no funcionaban, porque temía que jamás podría querer a alguien como le podría querer a él.
Se oyó un ruido a lo lejos, en el piso de abajo, y esa fue la señal que marcó el final de aquel momento.
—¿Quieres desayunar? —le pregunté.
—Es importante para mantener la energía —me dijo en voz baja.
No sabía si era una broma, pero sonreí igualmente antes de moverme en la cama e ir a mi habitación a por ropa interior, ya que la noche anterior no había podido llevar ninguna, y una camiseta. Puede que afuera hiciera frío y lloviera, pero en aquella casa siempre había una temperatura templada.
Era una especie de privilegio poder desayunar en ropa interior y camiseta corta a un mes de navidad y no pasar frío. Bajé al baño y me quité unas lentillas que algún día de estos se me pegarían a las retinas si continuaba yéndome a dormir con ellas puestas. Cogí mis gafas y fui a preparar café mientras el señor Black se duchaba.
Hice dos, porque aquel era el único día que él desayunaba tranquilamente sin tener que ir antes al gimnasio, y le esperé leyendo el periódico mientras daba un par de sorbos al café. Sus pasos por las escaleras me advirtieron de su llegada, alcé un poco la cabeza y le dije:
—Buenos días, señor Black.
James llevaba tan solo su bóxer negro y una camiseta ajustada de color azul claro, me dedicó una mirada de arriba abajo y respondió:
—Buenos días, Leonard.
Se sentó frente a mí y bebió un trago de café caliente.
—Hoy inauguran una tienda de libros en el centro, una bastante grande de tres pisos ¿quiere ir? —le pregunté mientras seguía mirando el periódico.

—¿Tú quieres ir? —me preguntó tras un breve silencio.
Levanté los ojos hacia él, mirándole por el borde superior sin entender muy bien qué había pasado. Normalmente se negaba o aceptaba, pero nunca me preguntaba.
—Hay una colección de libros que no tengo tiempo de leer que me gustaría seguir aumentando —reconocí.
Él asintió y se llevó una cucharada de queso fresco con pasas y cereales a la boca.
—¿Tiene que ser hoy?
Sonreí y levanté la cabeza para mirarle de frente.
—Las inauguraciones suelen ser de solo un día, pero podemos ir en otro momento a la tienda.
El señor Black continuó masticando mientras me miraba.
—Hoy quiero que nos quedemos en casa.
Afirmé, de acuerdo con aquello, antes de volver a la sección de noticias locales.
—¿Tiene algo especial planeado para su domingo de juegos? —pregunté.
—Nuestros domingos de juegos —me corrigió.
—Nuestros domingos —repetí.
Tras el desayuno, al señor Black le gustaba volver a la cama y revisar los datos de la bolsa y las noticias internacionales en la tablet, porque «los periódicos de la ciudad no son suficiente buenos». Yo me tumbaba a su lado y leía esos libros que nunca tenía tiempo para leer, repasaba la agenda de la semana o simplemente dormitaba hasta que, en algún momento, al señor Black le diera por empalmarse y quisiera un polvo suave. Aquella mañana, sin embargo, dejó la tablet a un lado y se recostó entre las almohadas para mirar la lluvia frente a la cama. Tiró de mí para que me apoyara sobre él y así poder rodearme con los brazos. Yo empecé a ponerme un poco cachondo y a acariciarle aquel pecho abultado bajo la camiseta. Había algo en verle con camiseta corta que me ponía bastante tonto, quizá fuera porque parecía algo casual e íntimo, como un novio cualquiera. Aunque él no fuera un hombre cualquiera.
—Leo —me llamó, distrayéndome de mis pensamientos.
Alcé un poco la cabeza y le miré. El señor Black no apartó la mirada del ventanal ni la lluvia cuando me dijo:
—Necesito saber que tengo poder sobre ti. No me sentiré cómodo si no lo tengo.
Tardé un momento antes de responder:
—Entiendo.
—Desnúdate, vete al despacho y espérame allí —ordenó.
Abrí los labios, pero enseguida los cerré. Le di dos golpes suaves en el pecho y me levanté de la cama para desnudarme. Después fui hacia el despacho y me senté en el sillón. No sabía lo que tenía planeado, pero tardó un par de largos minutos en venir al despacho. Llevaba unos guantes negros en la mano y una cuerda, no me miró, cogió mi silla y la

puso frente a la mesa.
—Aquí —ordenó.
Me levanté del sillón y me senté en la silla. No era la primera vez que me ataba, pero sí la primera vez que lo hacía en el despacho. Me rodeó, puso mis manos tras el respaldo e hizo uno de aquellos nudos suyos para que no pudiera moverlas. Entonces se colocó frente a mí, apoyando el culo el borde de la mesa y cruzándose de brazos sobre el pecho. Me miró desde lo alto y yo le miré de vuelta en silencio. Estaba bastante cerca, así que tuve que echar atrás a cabeza para poder hacerlo.
Se quedó así un buen rato antes de preguntarme:
—¿Yo te gusto, Leonard?
No dije nada, parpadeé un par de veces con rapidez y entreabrí los labios para responder, pero estaba tan sorprendido que no conseguí hablar. Entonces me pegó una bofetada. Fue fuerte y firme, pero era de esas que ya me había dado, de las que formaban parte de nuestros domingos de juegos. Volví de nuevo el rostro hacia él y le miré de nuevo.
—¿Yo te gusto, Leonard? —repitió.
—Sí, señor Black —respondí esta vez.
—¿Cuánto?
—Mucho.
—¿Cuánto es mucho, Leonard?
—De aquí a la Luna.
Me dio otra bofetada, pero esa no me pilló desprevenido.
—Solo te lo voy a advertir una vez —me dijo, un poco más enfadado de lo que pensaba que estaría por aquella pequeña broma—. Esto es importante, así que como empieces con tus putas bromas, me iré y todo habrá acabado. ¿Lo entiendes?
Perdí la leve sonrisa que tenía en los labios y asentí.
—¿Cuánto te gusto?
—Me gusta más que nadie, señor Black —respondí esta vez.
—¿Me quieres?
Noté un latido fuerte en el corazón y empecé a respirar de forma más agitada. Sentí que empezaba a sonrojarme un poco y cogí una buena bocanada de aire antes de responder:
—Sí, te quiero.
Él se quedó en silencio, mirándome desde las alturas con sus brazos cruzados y su expresión seria.
—Sabes lo que pienso de la gente que se enamora de mí.
—Sí, lo sé.
Los ojos se me humedecieron, pero no fue por culpa de las bofetadas.
—¿Te gusta que te folle, Leonard?
—Mucho.
—¿Te hace sentir especial?
Unos breves segundos.
—Mucho.

—¿Por qué?
—Porque… —me detuve. Me estaba empezando a sentí bastante expuesto y me costaba reconocer aquello.
Una bofetada me ladeó el rostro y tuve que cerrar los ojos y apretar los dientes. Volví a mirarle fijamente y respondí:
—Porque sé que podrías tener a cualquiera, pero estás conmigo.
—Podría tener a cualquiera —asintió.
—Lo sé —parpadeé y una lágrima se deslizó por mi rostro, pero no dejé de mirarle fijamente. Jamás.
—¿Te gusta que te domine? —continuó, implacable como el mar de tormenta.
—Le he ido cogiendo el gusto.
Bofetada.
—¿Te gusta o no te gusta, Leonard?
—Sí.
—¿Te gustan nuestros domingos especiales?
—Sí.
—¿Qué es lo que más te gusta de mí?
—Que me hagas reír.
—¿Qué es lo que menos te gusta de mí?
Eso me hizo dudar un instante y desenfoqué un poco la mirada. Me dio otra bofetada, pero me recuperé rápido y le miré.
—Lo que menos me gusta de ti es que no sepas pedir perdón —le dije con tono serio.
—Eso es de gente débil.
—No es verdad.
Me dio otra bofetada, pero fue menos contundente que las otras.
—¿Crees que eres demasiado bueno para mí? —me preguntó entonces.
Fruncí levemente el ceño. Ya tenía los ojos demasiado empañados y me costaba diferenciar la forma de su rostro.
—No, James —respondí.
—¿Crees que yo soy demasiado bueno para ti?
—Me da miedo que lo seas —reconocí.
No estaba preparado para algo así, aquella perturbadora y visceral forma de sincerarme delante de un señor Black implacable y serio. Si seguía así, ya no quedaría nada dentro de mí que él no supiera; pero habría un mundo de cosas dentro de él que yo no sabría. ¿Era ese el poder sobre mí que necesitaba?
—¿Te da miedo que me vaya de tu lado?
—Sí.
—¿Te da miedo que te sustituya por otro?
—Sí.
—¿Te da miedo que los demás piensen que te he usado?
—No. Me da miedo que tú llegues a usarme.
Se quedó de nuevo en silencio, mirándome desde las alturas, grande y dis-

tante; pero tan cerca a la vez.
—¿Te gusta que nos vean juntos?, ¿te gusta que sepan que estás conmigo?
—Sí.
—¿Te gusta que sea poderoso y que me respeten?, ¿te gusta que tenga dinero?
Cogí aire entre los labios y negué con la cabeza.
—Me gusta que trabajes por todo lo que tienes, y que te esfuerces por ello. Es algo que respeto mucho de ti.
El señor Black se volvió a quedar en silencio, pero no supe decir si estaba dudando entre darme otra bofetada o sopesando lo que acababa de decirle.
—¿Qué es lo que más respetas de mí?
—Tu trabajo, tu fuerza de voluntad… —y tardé un poco más en decir—. Y que eres un hombre honesto.
—Te he manipulado muchas veces —respondió, como si no se pudiera creer aquello último—. Lo sabes, Leonard.
—Sí, pero nunca me has mentido. Son cosas diferentes. —Parpadeé y otra lágrima se deslizó por mi mejilla colorada y ardiente—. Sé que, si un día cambias de idea y quieres dejarlo, me lo dirás a la cara.
Los ojos del señor Black se volvieron un poco más brillantes y húmedos, pero nada más cambio en su postura, su cuerpo ni su voz.
—¿Te gusta ser mío? —preguntó, cambiando la dirección del tema de una forma un tanto brusca tras un breve silencio.
—Sí.
—¿Te gusta provocarme?
—Un poco a veces —reconocí.
—¿Tratas de reírte de mí?
Entonces puse cara de enfado y le miré por el borde superior de los ojos, un gesto que no era mío, sino que era de él.
—Sabes que no, James.
Me dio una bofetada, pero no consiguió mover mi rostro ni hacer que dejara de mirarle.
—No se trata de lo que yo sé, sino de lo que tú piensas —me dijo, mostrándose también un poco enfadado ahora—. ¿Por qué me provocas, Leonard?
—Porque me gusta —sentencié.
—¿Te gusta enfadarme?
—No, me gusta provocarte.
—Dejarás de hacerlo.
—No.
—¿No quieres que esto funcione?
—Sí, sí que lo quiero —otra lágrima cayó por mi mejilla, aquello dolía un poco, pero no me eché atrás—. Pero sabes cómo soy, James, y sabes que no me voy a convertir en un puto sumiso obediente. Ni siquiera por ti.
El señor Black se enfrentó a mi mirada en silencio y después me preguntó:

—¿Y si eso es lo que quiero?
Se me escapó una sonrisa y un golpe de aire, como una risa ahogada.
—Si eso es lo que quieres, te buscaré uno en la agenda y me iré cuando llegue.
Una bofetada, más fuerte que las anteriores, me hizo girar bruscamente hacia el lado. Me quedé así cogiendo aire con los dientes apretados y dándome un momento para recuperarme. Quería al señor Black, y quería que él me quisiera, pero había una gruesa línea roja que separaba el amor del avasallamiento y la subyugación.
Si me quería, no tendría que querer cambiarme.
Me moví lentamente y volví a mirarle fijamente a aquellos ojos como el océano. El señor Black se pasó una mano temblorosa por el pelo, deshaciendo un poco su perfecto tupé rubio antes de volverse a cruzar de brazos. Estaba completamente empalmado, un poco jadeante, un poco enfadado y un poco nervioso.
—Necesito el control, Leonard —me recordó.
—Tienes el control —murmuré en voz baja.
—Si no tengo poder sobre ti, tú te podrías ir de mi lado.
Esperé un momento al oír aquellas palabras.
—No me iré —le prometí.
El señor Black aspiró con fuerza por la nariz para serenarse y miró al frente, asintió con la cabeza y tragó saliva, moviendo la gran nuez de su cuello. Después me miró.
—¿Qué es lo que más te gusta que te haga? —me preguntó con tono serio.
—Me gusta todo lo que me haces —le aseguré.
—¿Te gusta mi polla?
—Sí.
—¿Es la mejor que has probado?
—Sí —no dudé ni un segundo en eso.
El señor Black se levantó y se quedó de pie frente a mí, con su paquete hinchado cerca de mi rostro y los brazos cruzados.
—Demuéstrame lo mucho que te gusta mi polla, Leonard —ordenó.
Eso me causó dos reacciones diferentes: una leve confusión, porque el señor Black fluía de un extremo emocional a otro con gran rapidez y me costaba seguirle a veces; la segunda fue una enorme excitación porque ese hombre parecía tener la habilidad de ponerme cachondo son solo pulsar un botón.
Me incliné, pero no pude hacerlo demasiado, porque mis manos atadas al respaldo hacían tope, así que solo pude frotar un poco la cara en su bóxer blanco, caliente e hinchado. Traté de rodear aquel tronco carnoso que se perfilaba entre la tela, pero resultó muy difícil y no alcanzaba a hacerlo como yo quería, así que la frustración solo aumentaba.
—¿Quieres que te la meta en la boca, Leonard? —me preguntó con voz un poco más grave, mirando desde las alturas como me desvivía por alcanzarla.

—Sí —respondí, mirándole a los ojos.
—¿Quieres que me corra dentro de ti?
—Sí.
Él asintió, pero se apartó de mí y se puso a mi espalda, allí donde no pudiera verle.
—Dame una buena razón para hacerlo —dijo.
—Porque hago muy buenas mamadas —me encogí de hombros. Lo mío no era pedir cosas, la verdad.
—Sí —susurró a mí oído—, sí que las haces… Pero eso no es suficiente.
Ladeé el rostro hacia él y noté su barba y sus labios cerca, demasiado cerca. Traté de besarle, pero él se apartó y me dio una pequeña bofetada.
—Dime por qué debería hacerlo —susurró en mi otro oído.
Traté de descifrar lo que quería que le dijera, pero mi limitada experiencia en el campo de la sumisión no jugaba a mí favor.
—Porque… soy tuyo —lo intenté tras un momento de duda.
El señor Black se quedó allí parado, respirando cerca de mi oreja, hasta que alargó una de sus manos con guante de cuero negro y me acarició el pecho. Ahogué un jadeo y cerré los ojos, disfrutando de aquella extraña caricia.
—Sí, eres solo mío, Leonard —dijo con una especie de gruñido en mi oreja—. ¿Sabes lo afortunado que eres por eso?
—Sí —jadeé.
—¿Sabes cuanta gente querría estar donde estás tú ahora?
—Sí. —Tragué saliva.
—¿Qué estás dispuesto a hacer para seguir siendo tú quien esté aquí?
—A ti —puntualicé, porque incluso en aquel momento había una parte de mí que necesitaba dejarle aquello claro—. Lo que sea.
—A mí… —repitió, consciente de lo que había querido decir con aquello.
—Solo a ti.
Volvió a ponerse cara a mí, sacó la mano que tenía dentro de la ropa interior y la acercó a mis labios. Estaba manchada y húmeda con pre corrida, y yo sabía que quería que la lamiera y la limpiara. Esperó a que terminara, metiendo un poco su dedo gordo en mi boca para darle un par de vueltas. Aquello ya se parecía más a nuestros domingos especiales.
—Hoy vas a demostrarme eso, Leonard… —me aseguró.
Si dijera que fue un día bonito, mentiría. Si dijera que me gustó, mentiría. Pero no mentiría al decir que el señor Black necesitaba aquello. Fue intenso, brutal y agotador. James me follaba con fuerza y me repetía una y otra vez las mismas preguntas, como si creyera que en algún momento yo podría cambiar de idea y responderle algo diferente. Me agarraba del pelo y tiraba de él para jadear con enfado a mi oído:
—¿Te sigue gustando más que te haga reír?
Yo siempre le respondía que sí, aunque fuera con apenas un jadeo indistinguible. Entonces cambiaba y me ahogaba con su polla en la boca una y otra vez.

—¿Te parezco un hombre honesto ahora? —me gritó a la cara.
Y yo ahogué una arcada y tuve que tomar aire antes de responder que sí.
Estaba intentando algo, estaba desesperado por conseguir algo, pero yo no entendía el qué. Cuando se corrió en la cama, después de diez minutos follándome sin parar, se quedó con los ojos muy abiertos, jadeando con violencia por la boca mientras el sudor se escurría por su rostro hasta gotear de su nariz o hundirse en su barba.
Quiso sostenerse con las manos, pero le temblaron y le fallaron, cayendo sobre mí con tanta fuerza que hizo tambalearse la cama.
Yo perdí el aliento y ahogué un grito de queja. Llevaba apretando los dientes y los puños tanto tiempo que cuando terminó y los solté, me dolieron.
No había sido divertido, pero él lo necesitaba. No era algo que fuera a volver a suceder jamás.
El pecho de James empezó a contraerse de una forma extraña y oí como su respiración cambiaba sobre la almohada. Empezó a llorar, tratando de ahogar sus jadeos y el ruido para que yo no lo oyera. Le rodeé con los brazos y acaricié su espalda sudada. Él era la locura, pero yo le amaba. ¿Me convertía eso en un loco?
Estuvo llorando y gimiendo un buen rato entre mis brazos, rodeándome, atrayéndome hacia él, pero sin apartar la cara de la almohada. No dejé de acariciarle, giré el rostro y le di un beso en la patilla, el único lugar que llegaba a alcanzar. Froté suavemente mi nariz contra su pelo y cerré los ojos. Se fue deteniendo poco a poco, dejó de moverse y su respiración se hizo cada vez más pausada. Cuando al fin levantó el rostro tras media hora, tenía los ojos hinchados y enrojecidos, húmedos y brillantes; baba alrededor de la boca y un poco de moco blanco bajo la nariz. Seguía siendo el hombre más guapo que había visto en mi vida.
—Te creo —me dijo con una voz profunda y ronca. Asintió lentamente, tragó saliva y repitió—: Te creo.
—Gracias, James —respondí yo, con una voz igual de tocada que la suya.
Me dio un beso en los labios, y después pegó su frente a la mía antes de cerrar los ojos. Tras otros diez minutos se levantó, tiró de mí hacia el baño y nos duchamos juntos. A mí dolía un poco todo el cuerpo y temí que me hubiera hecho daño en el culo, porque después de tanta fricción sin pausa me había empezado a arder de una forma bastante dolorosa. Tuve que apoyarme un par de veces en la pared de pizarra negra y coger aire lentamente. Había sido una experiencia algo dura para la que no estaba preparado.
James se tomó la molestia de enjabonarme, me abrazó un par de veces y me besó en los labios. Al terminar nos pusimos la ropa interior y la camiseta de antes y bajamos a comer, aunque ya hiciera casi dos horas que la habían traído. Comí en silencio y con la mirada baja, directamente del envase porque no tenía ganas de preparar los platos. Me sentía cansado, pero no era algo del todo físico, sino más bien emocional.

—¿Todo bien, Leo? —me preguntó un señor Black serio, mirándome como llevaba haciendo desde hacía un buen rato.
—Ha sido un poco… intenso hoy —reconocí, levantando la cabeza para responder a su mirada.
—Sí, lo ha sido —afirmó—. ¿Quieres que vayamos a esa librería? —me preguntó unos segundos después.
—No, mejor la semana que viene. ¿Te… te importa si nos quedamos en cama y vemos alguna película mala?
El señor Black asintió, terminándose su puré de acelgas con queso.
Después de una mañana tan extraña, aquella tarde fue una especie de regalo maravilloso. Me apoyé en la cama contra James y me rodeó con el brazo, miramos una película de los noventa con el sonido de la lluvia de fondo y me sentí empapado de una especie de felicidad calmada y cálida.
—No la estás viendo, Leonard —me acusó él cuando yo había cerrado un poco los ojos.
Sonreí y volví a mirar la película con él. Después me pidió que le ayudara a hacer sitio en su vestidor para mi ropa y trasladamos las cosas desde mi habitación a la suya. Fue extraño ver mi ropa en aquel lugar, pero fue más extraño cuando me dijo:
—Ahora dormiremos en mi cama todos los días.
Después de una cena más animada, donde ya había recuperado le energía para sacar algún tema de conversación, volvimos a su cuarto, a nuestro cuarto, y le empecé a besar en mitad de las mantas, apretando su cuerpo contra el mío. James quería ponerse otra vez encima de mí, pero tuve que detenerle. Le quité la camiseta y le comí entero, terminando con una de esas mamadas que tanto nos gustaban a ambos.
Cuando sonó el despertador el lunes por la mañana, nada parecía haber cambiado. Nos despertamos con el mismo beso, nos duchamos cada uno en un cuarto de baño y nos dimos el mismo saludo de cada mañana. Fuimos al gimnasio, pedí los cafés y llegamos a su despacho para empezar el largo día de trabajo.
—No me gusta que no atiendas en las películas, Leonard —me acusó durante el desayuno.
—Estaba atendiendo, solo cerré un momento los ojos, señor Black —respondí sin levantar la mirada del móvil.
—Si quisiera verlas solo, lo haría —insistió, metiéndose una cucharada de avena en la boca.
—Lo siento… —me rendí, porque era más fácil darle la razón.
—Eres el único que quiere ver películas conmigo.
—Eso no es cierto —le aseguré.
—Eres el único que me ha pedido que lo haga —se corrigió.
Eso sí que podría ser cierto.
—Tiene una reunión en un par de minutos con logística por un asunto de los envíos y después una llamada con Hilary Jonhson, de Giar —le recordé.

Terminó su vaso de avena, yo hice lo mismo y me levanté para recogerlo todo y tirarlo a la basura. Le di un último sorbo al café de la mañana y me acerqué al señor Black para ponerle bien la corbata y comprobar que todo fuera correcto. Di mi visto bueno y él se inclinó para darme un beso en los labios. Me quedé un momento allí parado, y entonces me giré hacia la puerta para abrirla.
Puede que algo sí hubiera cambiado después de todo.

Noviembre fue un mes relativamente tranquilo: hubo una cena de inauguración a la que, evidentemente, tuve que asistir con el señor Black. A mí no me importaba disfrutar de una comida cara y un poco de conversación con algunas de las personas más relevante de la ciudad, pero mantener a James tranquilo y convencerle para asistir siempre era un reto. Más cuando se trataba de algo como la presentación de una nueva exposición en el museo, repleta de personas deseando demostrar lo mucho que sabían de arte.

—¡Quiero que te pongas el traje gris! —gritó el señor Black cuando insistí por tercera vez para que fuera.

Thomas Lee no paraba de mandar mensajes para que lo hiciera, ya que se trataba de una exposición que solo recogerían dos museos del país y sería un evento cubierto por ciertos periódicos de tirada internacional.

—Me tocarás la polla a la ida y después me la comerás en los baños.

Puse los ojos en blanco y terminé aceptando. Tenerle entretenido y satisfecho durante los eventos era una de las formas más sencillas de que siguiera sonriendo a todas las personas que se nos acercaban a saludar. No a nosotros, sino al Soltero de Oro de la ciudad. Las mujeres, e incluso algunos hombres, eran más sutiles que cualquiera de los de las fiestas de los amigos depravados de James. Allí no le proponían guarradas mientras le tocaban la entrepierna, pero le sonreían bastante y se reían como si todo lo que dijera fuera graciosísimo.

Yo me quedaba a un lado con una copa de champán o un entremés entre las manos y escuchaba sin decir nada. En la inauguración del museo, sin embargo, hubo un periodista de arte que se puso un poco pesado, quiso tocar el brazo del señor Black y enseñarle «algunas de sus obras favoritas».

—¿No tiene un reportaje que escribir, señor…? —le interrumpí yo, apartando su brazo de él con firmeza y una sonrisa afilada como un cuchillo.

—Francis, solo Francis —respondió, dedicándome una mirada de arriba abajo como si le hubiera ofendido que me hubiera interpuesto entre ellos.

—Francis… —vaya gilipollez de nombre—. Estoy seguro de que un experto en arte como usted sabe que las obras no se tocan… —ladeé el rostro y me interpuse sutilmente entre el señor Black y él—. ¿Verdad?

—Oh… —murmuró él con una ligera sonrisa—. Así que es cierto.

—No sé de qué me está hablando —le mentí.

Sí sabía de lo que me hablaba y, sí, era cierto. Así que ya podía ir quitando sus putas garras de mi señor Black y metérselas por el culo. El señor Fracis, levantó su cabeza de tupé repeinado y se alejó sin decir nada más.

—Ahora mismo la tengo muy dura, Leonard —me susurró James al oído—. Vamos al baño.

No era el mejor momento, pero fuimos igualmente. Era peligroso, muy

peligroso hacer aquello y me ponía de los nervios que James no supiera dejar de jadear en alto. Trataba de hacerle parar, pero él solo sonreía y volvía a meter la polla dentro de mi boca. Yo prefería hacérselo en casa o en el coche, en lugares discretos en los que poder disfrutarlo; no en un baño del museo al que podría entrar cualquiera en cualquier momento. No era que nos oyeran lo que me incomodaba, lo que incomodaba era que ese alguien podría ser uno de los reporteros y periodistas que iban y venían, esos que podrían hundirle la vida al señor Black.

Lo bueno era que, después de correrse, James siempre estaba mucho más relajado. Su sonrisa era más suave y las conversaciones que mantenía con los demás no se limitaban a asentir, negar y soltar una breve carcajada muy ensayada. Lo malo es que se ponía un poco más… ¿cariñoso? No era una palabra que quisiera utilizar para describir al señor Black, pero sí que le gustaba colocar la mano en mi espalda y acariciarla muy sutilmente, aunque estuviéramos delante de gente.

Después de encargarme del señor Black, me tocaba encargarme de las quejas del señor Lee. Siempre pedía una reunión el lunes a primera hora para hacer un repaso del impacto de la imagen del señor Black. Los reportajes eran muy positivos, por supuesto, pero Thomas Lee no paraba de insistir en que yo estaba llamando demasiado la atención. Me dirigía rápidas miradas en mi sitio a un lado de la puerta de la sala de reuniones y después miraba al señor Black, como si quisiera hacerle entrar en razón.

—Los rumores sobre su… supuesta relación, están cogiendo cada vez más fuerza, señor Black —le advirtió—. Tiene que dejar de asistir a las cenas y galas con su ayudante.

Me molestaba que me echara la culpa a mí, como si fuera yo el que obligara a James a llevarme. Yo era el primero que pensaba que aquello era raro, y por mucho que el departamento de publicidad llenara ahora las redes sociales del señor Black con imágenes sacadas con azafatas o actrices de moda, seguía siendo sospechoso.

La primera que habían colgado había sido la de Halloween, con las recepcionistas vestidas de brujas escotadas. Había tenido bastante éxito porque, además de que James estaba espectacular disfrazado de detective, habían hecho algunos memes con ella. Entre las recepcionistas estaba Lana con su disfraz todo menos sexy y sus prótesis faciales, un poco apartada en una esquina y mirando la cámara con una sonrisa extraña en los labios. Habían puesto sobre nosotros «Los cachondos de la fiesta», encima de las recepcionistas guapas con sus vestidos cortos, «Mis amigas», y al lado de Lana «Yo».

Era un clásico, pero cuando lo había enseñado por primera vez en las diapositivas me había reído bastante. Yo hubiera optado por hacer más imágenes igual de «memeables», pero, por supuesto, Thomas Lee no estaba de acuerdo con eso. Así que me había sugerido que sacara más fotos con un señor Black cerca de mujeres atractivas y en lugares, a poder ser, lujosos.

Yo no hacía magia y solo podía hacer eso durante las cenas de gala como la del museo. Porque las mujeres que se le acercaban en otro tipo de situaciones, como cuando íbamos los domingos a alguna parte, eran rápidamente bloqueadas por mí; pero solo cuando se ponían demasiado pesadas y no se daban por aludidas con la cara seria e indiferente que el señor Black les dedicaba. Otra cosa era cuando asistimos a otra de las fiestas privadas y sexuales, como la que organizó la siempre excesivamente escotada Jennifer Collins.

Ella no vivía en la ciudad, así que tuvimos que hacer un viaje rápido a la otra costa del país, al calor y la humedad, para asistir a una de las enormes casas de las colinas de los millonarios. Aquel era un mundo totalmente diferente al que estaba acostumbrado, muy similar al que había podido conocer en el Caribe. Solo había dos tipos de personas en aquella enorme casa con piscina: la gente con dinero e influencia en el mundo del cine y la música, o la gente increíblemente guapa.

No era una orgía, no en teoría. Era solo una fiesta de bañador con gente muy borracha, muy colocada o con las manos muy largas. El señor Black no había separado su mano de mi espalda en ningún momento, pero no era yo el que llevaba un bañador negro muy ajustado que no dejaba nada a la imaginación y unas gafas de sol de follador en la cara. Fue un momento complicado para mí, en el que me debatía entre mantenerme sereno y discreto y tratar de marcar bien mi posición alrededor de James para que ninguno de aquellos aspirantes a modelos y cantantes se acercara demasiado.

Yo no era una persona especialmente celosa, pero nadie allí iba a tocar a mi señor Black si podía evitarlo. A veces me sentía como un subnormal tratando de apartar demasiadas moscas a la vez mientras James se dejaba alabar. No hacía nada por darles esperanzas, pero tampoco evitaba que babearan a su alrededor e hicieran bromas y sugerencias veladas. Por supuesto, todo cambiaba cuando algún despistado intentaba acercarse a mí, entonces el señor Black se convertía en un hombre feroz y les dedicaba una mirada que podría haberles matado en el acto.

Había algo extraño en aquella dinámica de defensa mutua. Yo no me sentía cómodo con el hecho de tener que ser posesivo con James, de mostrarme cortante con los demás ni acercarme a él hasta tener que, literalmente, montarle sobre la hamaca y comerle bien la boca cuando la noche ya se estaba poniendo un poco extraña y la gente dejaba de atender a mis comentarios y miradas cortantes. Fue la única forma de dejarles bien claro que el «ayudante de revista de moda», como les hacía gracia llamarme, también era el único que se iba a comer al señor Black aquella noche.

No, no me hacía sentir cómodo en absoluto. Me hacía sentir infantil y estúpido tener que hacer eso; sin embargo, al señor Black parecía encantarle que lo hiciera. No era algo que hubiera reconocido, pero podía percibirlo en James cuando me deshacía de un nuevo intento de abordaje

sobre él. Algo cambiaba, se removía un poco y me daba una sutil caricia o una fugaz sonrisa aparecía en sus labios.
—Éramos los más guapos de la fiesta —me dijo aquella noche después de un polvo un tanto salvaje en el hotel.
Yo le había montado como le había montado en la hamaca de la piscina, pero esta vez para cabalgarle con ganas, besarle con ansia y mirarle fijamente a los ojos mientras le hacía correrse. Él se había dejado hacer y se había dedicado a jadear, gemir y sonreír como un imbécil mientras yo me aseguraba de que recordara a quién le pertenecía. A mí, solo a mí.
—Solo te miraban a ti —respondí en su oído, tratando aún de recuperar la respiración.
—Nos miraban a los dos —dijo mientras me abrazaba—, pero tú les dejas acercase a mí. Yo no les dejo acercarse a ti —me aseguró.
—Te encanta que se acerquen a ti, James —le dije, apoyándome en las manos para poder incorporarme un poco y darle un beso en los labios.
—Me gusta que se acerquen, pero las obras de arte no se tocan, ¿verdad?
Eso me hizo reír, había hilado muy fino y le di otro beso en los labios.
—Te quiero, James —le dije.
Volví a dejar la cabeza a su lado y suspiré con placer. Él no respondió, solo me abrazó más fuerte. De todas formas, no necesitaba que me respondiera, solo que lo supiera.
Las cosas se complicaron un poco cuando se acercaron las navidades, como el señor Black había dicho. Empezó a nevar en la ciudad, el tráfico empeoró, como hacía siempre, y todos los departamentos empezaron a entregar sus informes con los resultados del año. Muchos se quedaban un par de horas después del final de la jornada, nosotros, por supuesto, más que nadie.
El señor Black y yo empezamos a cenar en la oficina y a volver a casa a altas horas de la madrugada, cansados y sin demasiadas ganas de hacer nada más que tirarnos en la cama y dormir hasta el día siguiente, que también seria agotador.
—¿Dónde está el informe de Recursos Humanos? —me dijo una de esas noches, rebuscando con cara de enfado entre todo el papeleo que tenía sobre la mesa—. ¿No lo han entregado aún?
James se estaba empezando a poner un poco irascible y agresivo cada día que pasaba.
—Está aquí, señor Black —lo encontré en una esquina y se lo entregué.
Él me lo quitó de las manos con rapidez y lo repasó. Me fui hacia su espalda y le di un suave masaje en los hombros.
—¿Qué te dijo Timber sobre los datos de ventas?
—Se los entregará mañana a primera hora.
—¡Se los pedí para hoy!
—Ha tenido problemas con administración y no ha podido entregarlos antes —respondí con calma, hundiendo un poco más los dedos en la base de su cuello.

—¡Me importa una mierda! —tiró el informe de Recursos Humanos con fuerza sobre la mesa, haciendo volar algunas hojas hasta el suelo—. ¡Como si lo tiene que escribir a mano y con su puta sangre! ¡Los pedí para hoy!

Cogí aire y lo solté lentamente. Yo también estaba cansado y deseando terminar con todo aquello, pero si me dejaba llevar como él, sería mucho peor. Así que alargué una mano hacia su pecho y me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Mañana a primera hora estarán sobre la mesa —le prometí—. Me encargaré de ello.

—Más te vale, Leonard.

Empecé a besarle el cuello, después le pasé la punta de la lengua mientras el señor Black se dejaba caer más y más sobre el sillón. Desabroché un botón de su camisa y metí la mano para rozar su piel caliente y su poderoso torso. James se desabrochó el cinto y se lo quitó.

—Ponte sobre la mesa —me ordenó con voz grave mientras doblaba el cinto para poder azotarme con él.

Me desabroché mi propio cinto y coloqué las manos sobre la madera oscura con el culo en pompa. James se levantó para ponerse detrás y me rodeó para desabrocharme el botón y bajarme los pantalones con cierta violencia y necesidad. Me metió dos dedos en la boca para humedecerlos bien.

—¿Quieres que te folle, Leo? —me preguntó con cierto enfado—. ¿Eso es lo que quieres?

Me dio un rápido azote con el cinto y salté un poco antes de ahogar un grito. Entonces me sacó los dedos de la boca y los llevó a mi culo para mojarme el ano y empezar a meterlos poco a poco dentro de mí.

—¿Por eso me besas el cuello y me tocas? —continuó, cada vez más alto para que se le oyera sobre mis leves gemidos—. ¿O es que quieres que deje de enfadarme?

Me metió un dedo entero y ahogué otro gemido, apretando mis manos contra la madera y los papeles amontonados.

—Quiero que me folles —respondí entre jadeos.

—¿No te he follado lo suficiente? —continuó, dándome otro azote rápido con el cinto—. ¿Aún tienes ganas de más, Leonard?

—Llénаme, James —le pedí, apretando los dientes mientras a su dedo se le unía otro dentro de mí.

Me dio otro azote, un poco más fuerte que los anteriores.

—¡Te llenaré cuando yo quiera! —me dijo cerca del oído, pegándose a mí para mover más los dedos y hacerme gemir más fuerte—. ¡Donde yo quiera y como yo quiera!

—Sí —gemí, porque esa mierda me estaba poniendo muy cachondo.

Me azotó un par de veces más, se bajó los pantalones y me obligó a rogarle que me follara sobre la mesa.

—¿Es esto lo que querías? —me preguntaba mientras la metía un poco

más y más dentro de mí—. ¿Por esto me estabas provocando?
Yo decía que sí a todo y solo quería que me follara.
—Hazme tuyo, James —le dije, porque sabía que eso le ponía bastante cachondo.
Fue duro e intenso, pero al terminar ambos quedamos muchísimo más relajados y pudimos terminar el trabajo antes de marchar a casa.
Esa semana fue prácticamente una sucesión de informes, datos, papeleo y polvos de despacho bastante salvajes, dejando el sexo suave y con besos como un recuerdo lejano en mi mente. No es que me quejara, porque disfrutaba mucho de ese James más dominante y estricto; después de todo, era una parte de él, sin embargo, no era algo que quisiera tener siempre.
En los últimos días ya solo nos quedábamos nosotros y alguien del personal de cada departamento al que le hubiera tocado joderse y esperar en sus puestos por si el señor Black requería algo en algún momento. Yo iba a venia de vez en cuando, llevando papeles y trayéndolos junto con algún que otro café que le pedía a Lana.
Como era de esperar, era la única que estaba en recepción, porque «a ella no le importaba quedarse». Aunque estaba bastante seguro de que las demás se había aprovechado de ella y de su sorprendente tendencia a complacer a todo el mundo.
—¿Puedes hacernos dos cafés, Lana? —le pedí de camino al Departamento de Ventas.
Ella trató de esconder su novela romántica bajo la mesa y me miró nerviosa, como si la hubiera sorprendido en mitad de un crimen.
—Por supuesto, señor O'Brien.
—Gracias —sonreí.
Era un cielo de persona y me daba un poco de pena que la trataran tan mal, pero eso era algo que solo podía evitar ella. Era demasiado servicial y tímida, casi como si pidiera a gritos que se aprovecharan. Venía al despacho y llamaba a la puerta dos veces antes de entregarnos los cafés con la mirada baja. A veces le echaba un sutil y rápido vistazo al señor Black tras de mí, pero nunca algo demasiado largo ni intenso. Probablemente fuera otra víctima más del magnetismo animal y el atractivo masculino de James Black.
Cuando esa horrible segunda semana de diciembre terminó, todo volvió a la normalidad; con la excepción de que yo tenía un montón de trabajo acumulado, además de que aún tenía que buscar un regalo para los padres de James y hacer una llamada a mis propios padres para explicarles que no iría aquellas navidades a verles. No sabía cuál de las dos sería más complicada.
—James, ¿puedo coger la tablet para hacer una videollamada? —le pregunté aquel domingo mientras desayunábamos.
—Puedes coger lo que quieras, Leo, ya lo sabes —me respondió sin apartar la mirada y sin dejar de comer su yogur con cereales y pasas—. ¿A

qué cliente vas a llamar?
—No, es para llamar a mis padres —respondí sin darle importancia, pasando la página del periódico—. La prensa en navidad es como lo peor —me quejé, mirando el artículo sobre el árbol que habían montado en el centro.
—¿A tus padres?
Levanté la mirada y me topé con sus ojos del azul del mar mientras masticaba lentamente.
—Sí, aún no les he dicho que no iría esta navidad. Va a ser una conversación horrible —le aseguré—. Mi madre se va a enfadar y mi padre va a poner esta cara de decepción —y alcé una ceja con los labios un poco fruncidos mientras inclinaba la cabeza un poco al lado.
—¿Y cuándo los vamos a llamar?
Miré el reloj del móvil e hice un cálculo rápido.
—Dentro de poco —respondí, ignorando ese «vamos» en plural—. Allí será casi la hora de comer y quiero que estén Gael y O'Donnell, así les saludo a todos.
—Voy a ponerme una camisa, entonces —dijo él, apurando con las últimas cucharas del yogurt con pasas.
Se levantó con su camiseta negra y su bóxer blanco y fue hacia las escaleras. Yo no dije nada, solo pude seguirle con la mirada y procesar lentamente el hecho de que James quisiera conocer a mis padres. Dejé le periódico a un lado y miré como caía la nieve a través del enorme ventanal del salón. No estaba nada seguro de aquello. Yo no había presentado a mi novio de la universidad a mis padres hasta después de un año de relación seria; porque sabía que era un tema complicado para mi padre y no quería presentarle a nadie que no estuviera seguro de que podría llegar a ser algún día parte de la familia. Y el señor Black… bueno, era el señor Black. En teoría no éramos si quiera pareja. Éramos algo, pero no sabía el qué.
—¿Tú vas a llamarles así? —me preguntó al volver a la cocina.
Se había puesto una camisa blanca, corbata y la chaqueta color crema de uno de sus mejores trajes. Seguía sin pantalones, pero es algo que se fuera a ver en una videollamada.
—Sí… —murmuré, frunciendo el ceño mientras le miraba—. ¿Por qué te has puesto eso?
—Es mi mejor traje italiano —respondió—. ¿Quieres llamarles aquí? —preguntó—. Pueden ver la ventana y las vistas a la ciudad. Pero tengo el Kandinsky en el despacho, si lo prefieres.
Entreabrí los labios y negué con la cabeza.
—No, aquí está bien —murmuré—. Cara a la cocina.
El señor Black fue el que frunció levemente el ceño esta vez.
—No van a ver las vistas del ático —dijo, aunque era algo evidente.
—No les llamo para enseñarles las vistas, ni el cuadro de tu despacho, James —tuve que decirle—. Y no hace falta que salgas con tu mejor traje

italiano y con corbata.
—Son tus padres, Leonard.
—Lo sé, por eso te digo que no hace falta.
Me levanté del taburete, todavía con la mirada algo baja y sintiéndome un poco incómodo con todo aquello. Volví con la tablet en las manos y me volví a sentar. El señor Black ya se había quitado su chaqueta y la corbata, quedándose tan solo con la camisa blanca remangada y el innecesario reloj de veinte mil dólares que se había puesto. Movió un taburete para sentarse a mi lado, bastante cerca, para apoyar un pie en el reposapiés de mi asiento.
Marqué el número y me di unos segundos, cogí una bocanada de aire y pulsé el botón de llamada. James se pasó una mano por el pelo antes de colocarla en la parte baja de mi espalda. Yo sentía que el corazón se me iba a salir por la boca y entrelacé las manos en el regazo para apretarlas con fuerza.
—¿Sí?
Mi hermana Gael apareció en la pantalla, inclinada sobre el portátil de mi madre con una expresión de ceño fruncido y labios entreabiertos. Gran presentación, muy típica de los O'Brien.
—¡Leonard! —gritó entonces al reconocerme—. ¡Mamá! —chilló mirando hacia un lado—. ¡Es Leonard! ¿Qué t…? —se detuvo al ver a James y alzó las cejas.
Yo alcé las cejas y cogí otra bocanada de aire entre los labios.
—¿Qué tal, Gael? —le pregunté.
Ella se sentó en la silla, ajustándose su recogido algo revuelto de pelo caoba para tratar de estar más presentable.
—Bien, Leo. Por aquí todo bien, ¿qué tal tú? —mi hermana era lo suficiente inteligente y sutil para ignorar a James, ya que yo no le había presentado y ella sabía cómo era yo con ese tema.
—Bien, he cambiado de trabajo —respondí, asintiendo lentamente. Me sentía profundamente incómodo con todo aquello—. Este es James —le presenté de golpe, alzando una mano hacia él.
—Hola, Gael —dijo el señor Black con su sonrisa de un millón de dólares—. Leonard me ha hablado mucho de ti.
—Encantada James —respondió ella con otra sonrisa.
—¡Leonard! —gritó mi madre, apareciendo en la imagen detrás de mi hermana con un paño de cocina en la mano y el delantal puesto—. Oh…
Se le congeló la sonrisa al ver a James y se dejó de limpiar las manos. Tenía el pelo algo revuelto, las gafas puestas y el delantal de gatos. Me iba a matar por no haberla avisado de que iba a presentarle a alguien y haber aparecido con esas pintas delante de él.
—Es James —le dijo mi hermana, sutil como ella era, girándose para dedicarle algún gesto secreto y una mirada fija.
—Ho… hola, James —le saludó mi madre, acercándose un poco más a la pantalla—. Por Dios, qué guapo eres… —dijo entonces.

—Gracias —respondió James, agrandando su sonrisa.
Yo cada vez me estaba poniendo más nervioso y el corazón me latía más rápido. Aquel no era el señor Black, era el Soltero de Oro y yo no quería presentarles a mis padres a aquella versión falsa de él.
—Para —le susurré, dedicándole una mirada seria—. No son reporteros, son mi familia.
El señor Black me miró y perdió un poco la sonrisa para ser más él.
—Llamaba para saludaros —les dije entonces—. ¿Dónde está papá?
—¿Quieres avisar a papá? —preguntó Gael, sabiendo lo que eso significaba.
—Sí —murmuré, rascándome un momento la ceja—. Quiero avisarle.
—Voy a buscarle —exclamó mi madre, saliendo de la imagen hacía la parte trasera de la casa donde mi padre tenía el taller.
Otra vez a solas con mi hermana me sentí un poco más relajado y solté el aire.
—¿Y O'Donnell? —le pregunté.
—Ha ido a por cerveza para la comida.
Nos quedamos en silencio y entonces ella sonrió, yo sonreí y ella me preguntó:
—¿Estás jodido, Leo?
—Muy, muy jodido —reconocí, no sin sonrojarme un poco.
James no podía saberlo, pero estábamos hablando de él, y de lo «jodido» que estaba yo porque me gustaba mucho y le quería.
—Oh… debes ser muy gracioso, James —le dijo ella, pero eso ya era por reírse un poco de mí.
—Aunque no lo creas —respondí mientras colocaba una mano en la pierna de James y le acariciaba—, es muy gracioso. Ta va a gustar mucho.
El señor Black me miró con expresión seria y calmada. Ahora que no era el Soltero de Oro, no sabía quién ser para gustarle a mi familia.
—Ya estamos aquí —anunció mi madre a lo lejos.
Volvió a aparecer por la pantalla, pero esta vez sin delantal, sin trapo y con el pelo mejor peinado. Después de ella vino mi padre con su cara seria de barba caoba y algo canosa y su mirada de ojos caídos. Se inclinó sobre el portátil y clavó sus ojos grises en nosotros.
—Hola, papá —le saludé.
—Hola, Lenni —respondió, aunque no me estaba mirando a mí—. ¿Quién es tu amigo?
—Este es James —le presenté de nuevo.
—Encantado, señor O'Brien —dijo el señor Black, ya sin sonreír más de lo que normalmente lo haría.
Mi padre no dijo nada. Era un hombre dicharachero y encantador, pero no cuando se trataba de desconocidos; y mucho menos de desconocidos que se metieran en la cama con sus hijos.
—Bonito reloj, James… —murmuró.
Por supuesto que había visto el reloj. Mi padre era muy observador cuan-

do quería y no es que James se estuviera esforzando poco por rascarse casualmente la barbilla para enseñarlo bien.
—Llamaba porque esta navidad no podré ir a veros —confesé, ahora que estaban todos allí.
—¿Por qué no? —preguntó mi madre, entre la curiosidad y la profunda consternación—. Podéis venir los dos, ¿a qué sí, Callum? —le preguntó a mi padre.
—No, es que vamos a… ir a casa de los padres de James esta navidad —me obligué a decir, de la forma más convencida posible y con la voz menos temblorosa que pude.
—Oh —fue la única respuesta a eso por parte de mi madre.
Un ruido al fondo llamó la atención de Gael y de mi madre, pero no la de mi padre, que continuó mirándonos fijamente. Yo le miré de vuelta, porque sabía perfectamente lo que estaba pensando.
—¡Patrick, estamos aquí! —llamó mi hermana a su prometido—. ¡Ven a saludar a Leonard!
Se oyó más ruido de bolsas, llaves y después apareció O'Donnell en la pantalla. Seguía con la misma barba anaranjada y desordenada, el mismo pelo rizoso y la misma barriga bajo el jersey de punto que le había hecho mi madre.
—¿Qué tal, O'Brien? —me preguntó con una sonrisa un poco torcida.
—¿Ya has ido a por la cerveza, O'Donnell? —le pregunté—. Mi padre va a necesitar unas cuantas hoy.
Mi hermana se rio, pero fue la única.
—Traigo de sobra, no te preocupes —respondió él.
—¿Y qué tal por allí, hace frío ya? —pregunté, solo para no quedarme en silencio.
—Bastante —respondió mi madre—. ¿Y por allí?
—Aquí está nevando.
—¿Vivís juntos? —preguntó entonces mi padre.
Todos se quedaron en silencio. Gael clavó su mirada en mi padre, al igual que mi madre, mientras O'Donnell se quedaba allí fingiendo que era otro mueble más de la casa… como O'Donnell hacía.
—Sí, papá —respondí, perdiendo por completo la sonrisa para enfrentarme a su mirada—. Vivimos juntos.
—¿A qué te dedicas, James?
Mierda, ya había empezado.
—Dirijo una empresa de patentes y tecnología bastante importante —respondió el señor Black con su voz calmada y segura. Aunque me dio la impresión de que estaba deseando poder decirlo.
—Ahora entiendo el reloj…
—Papá —le frené—. James es alguien importante para mí, así que preferiría que no hicieras eso.
Mi padre me miró, o al menos miró la parte de la pantalla donde estaba yo. Asintió con la cabeza y se apartó para irse de vuelta a su taller. Hubo

un incómodo silencio hasta que mi hermana dijo:
—Nosotros hemos tenido que cambiar de piso, porque la puta de la señora Byrne no nos quería…
—¡Gael! —la interrumpió mi madre, echando una rápida mirada a la pantalla—. No llame así a la señora Byrne, nosotros no decimos esas cosas en esta casa…
—Pues será la primera vez —dije yo.
Mi hermana volvió a reírse.
—Lo siento, James, no queremos que pienses que somos unos irlandeses mal hablados —le dijo Gael con una sonrisa.
—No es eso lo que pienso —dijo el señor Black con una ligera sonrisa.
—No somos unos mal hablados —trató de defender mi madre.
—Tranquila, mamá, James es de confianza —le dije, acariciando su pierna bajo la mesa. Una vez que mi padre se había ido, todo era más fácil—. Me conoce lo suficiente para saber que estás mintiendo.
—Pues eso —continuó mi hermana y fingió que dudaba—, ¿de qué estaba hablando?
—De la puta de la señora Byrne —respondí yo.
—Ah, sí, pues la puta de la señora Byrne…
—¡Basta! —exclamó mi madre, un poco sonrojada—. ¡James va a creer que somos gilipollas!
Mi hermana y yo nos reímos casi a la vez.
Al final conseguimos mantener una conversación un poco más relajada y bastante más divertida. Al final les deseé una feliz navidad y les prometí que les llamaríamos después de año nuevo.
—Bienvenido a la familia, James —se despidió de él mi madre.
—A la familia… —repitió mi hermana, abriendo muchos los ojos con cara de loca.
Era increíble el humor tan parecido que teníamos mi hermana y yo; aunque no entendía muy bien de quién lo habíamos sacado. No de mis padres.
Cuando terminé con la llamada solté aire y dejé caer la cabeza. El señor Black me acarició la espalda y yo le miré.
—Pues eso es básicamente la familia O'Brien —le dije.
Él me miró en silencio y le di un beso suave en los labios, con la esperanza de que no se hubiera asustado demasiado por lo que había visto.
—Te pareces mucho a tu padre —fue lo que me dijo.
—Sí… soy como una versión joven y mejorada de él —sonreí.
—Parece que os lleváis todos muy bien —el señor Black miró a la pantalla ennegrecida de la tablet.
—Sí… oye, James —le acaricié un poco la pierna y me giré hacia él—. No te tomes en serio a mi padre, es un hombre reservado y le gusta intimidar a los… a las… parejas de sus hijos —lo dije rápidamente para pasar el mal trago y continué—. A O'Donnell le tuvo acojonado durante dos años enteros. Al pobre le daba pavor venir a casa.

El señor Black respondió a mi mirada y asintió. A veces me hubiera encantado saber lo que pasaba tras aquellos ojos del azul del mar, en lo que pensaba cuando se quedaba en silencio y me miraba de aquella forma.
—Yo soy mucho mejor que O'Donnell —me dijo.
—Cualquiera es mejor que O'Donnell —le aseguré.
Después de la llamada, James se quedó un poco extraño y silencioso; llegué a preocuparme un poco cuando llegó la comida y seguía en ese estado pensativo.
—¿Todo bien? —le pregunté entonces.
Él levantó la mirada de su plato de pasta con setas y asintió.
—Sí, todo bien.
Yo quise creerle, y después por la tarde, tras nuestro domingo de juegos, todo volvió a la normalidad. Así que lo único que me quedaba era encontrar el regalo perfecto para James y organizar el viaje hasta Bluebelt, la urbanización más prestigiosa de los alrededores.
—Despeja el vienes, pide cita en el salón de belleza e iremos a comprar lo necesario para el viaje —me dijo el señor Black el lunes por la mañana con la mirada perdida en la ventanilla del coche.
—El viernes es la fiesta de navidad de la oficina —le recordé—. Recursos Humanos ha insistido en que se vuelva a mostrar cercano con los empleados y que, si puede, se saque más fotos con ellos.
—Tenemos cosas más importantes que hacer, Leonard —me aseguró con una mirada seria.
—Le despejaré la tarde, señor Black, nos daremos una vuelta por la oficina para sacar un par de fotos, después iremos al salón de belleza y a comprar lo necesario para el viaje. ¿Le parece bien así?
—Te comeré el culo en el coche después del salón, tú me comerás la polla y dejarás que te compre todo lo que yo quiera sin excepciones.
Le miré unos segundos en silencio.
—Muy bien —acepté antes de volver al trabajo.
Daba por hecho que querría comerme el culo después del salón, porque era lo que siempre hacía, pero que me quisiera comprar cosas no era tan divertido para mí como lo otro.
Ya habíamos discutido ligeramente un par de veces sobre el tema; el señor Black insistía en renovar mi ropa del vestidor, en encargarme trajes a medida y en que yo no me quejara al respecto, pero era difícil para mí no hacerlo. Me sentía como una especie de marido trofeo, y yo trabajaba mucho junto a James y no necesitaba su dinero.
—Entonces descuéntalo todo de mi sueldo —le había pedido en una ocasión.
—Hace mucho que no te pago, Leonard —había respondido él—, pero no lo has mirado.
No supe muy bien cómo tomarme aquello.
De todas formas, aquella última semana fue muy suave en comparación con las anteriores. Había muchas reuniones, llamadas y comidas con clien-

tes o inversores para «celebrar» las fiestas, pero al menos podíamos dejar la oficina a la hora de siempre y volver a casa para cenar tranquilos y echar un polvo antes de dormir. El jueves el señor Black se puso un poco malhumorado por la nueva decoración de navidad. La habían evitado colocar hasta el último momento, pero aquel día cuando salimos del ascensor James casi se había tropezado con una Lana despistada y con una caja llena de adornos navideños entre las manos.

La caja de cartón cayó al suelo, provocando un ruido de guirnaldas y bolas de brillantes colores. La joven se sonrojó, con los labios entreabiertos mientras miraba a un señor Black con expresión seria y mandíbula tensa. Yo me agaché a recoger la caja y se la entregué con una sonrisa, intentando que aquel momento tan tenso durara lo menos posible para que Lana no terminara siendo despedida a un día de navidad.

Después pedí un café especial, porque el señor Black iba a necesitarlo. Al final del día ya habían montado el árbol de la entrada y habían colgado la mitad de los adornos. James cruzó el pasillo hacia el ascensor como el fantasma de las navidades pasadas, dejando solo un rastro de miradas perplejas a su paso.

—Esto no es un puto centro comercial, Leonard —me dijo en el ascensor con voz contenida y enfadada—. Esto es una oficina seria, no la puñetera fábrica de regalos del Polo Norte.

Empecé a reírme por lo bajo, porque siempre me resultaba encantador y gracioso cuando se quejaba así.

—Como mañana haya un subnormal disfrazado de Santa Claus, te juro por Dios, Leonard, que lo tiro por la ventana de una puta patada.

Me reí y me tapé los labios con el puño para tratar de contener la carcajada. Después le acaricié el pecho para tranquilizarle y le di un beso en los labios.

—No habrá Santa Claus, señor Black —le prometí, porque me había asegurado de ello.

—Más te vale —respondió con una mirada seria.

Pero yo no podía dejar de sonreír. Le acaricié la barba y le di otro beso, un poco más largo y húmedo esta vez.

—Te quiero mucho, James —murmuré, porque sentía un calor en el pecho y necesitaba decírselo. Aquel hombre me hacía estúpidamente feliz.

Cogí una bocanada de aire y la solté mientras miraba de nuevo al frente, sin esperar más respuesta que su mirada fija y silenciosa y un leve apretón de su mano en mi espalda.

Al día siguiente, como había prometido, no había Santa Claus; pero sí unas recepcionistas más «navideñas». Todas llevaban diademas con cuernos de reno, a excepción, como no, de Lana, quien iba con el paquete completo de nariz roja, cuernos y una especie de disfraz o pijama de reno.

—Dijeron que debíamos ir de Rudolf —me explicó cuando nos trajo los cafés—. Creí que…

—No pasa nada, Lana —la interrumpí, tratando de que mi sonrisa no ex

cediera lo educado y de que no me saltara la risa.
—Espero que el señor Black no… se haya enfadado…
—No, no… —le mentí—. Gracias por el café.
Fue una mañana bastante sencilla, porque el señor Black apenas salía del despacho y pude adelantar bastante trabajo. Solo hubo una reunión apresurada con la señora Timber para hacer un resumen del año con todos los datos y felicitarnos la navidad. Después de la comida había llegado la hora más difícil del día, cuando entré en el despacho del señor Black con un gorro de duende en la cabeza y otro de Santa Claus en las manos.
James me miró, inclinó el rostro para clavarme su mirada de advertencia y me dijo con tono grave y peligroso:
—Quítate eso ahora mismo, Leonard…
—Señor Black… —di un paso hacia él.
—¡Quítatelo! —gritó, golpeando la mesa con el puño con tanta fuerza que hizo temblar las cosas sobre ella.
—Es para las fotos —le expliqué, acercándome hacia él lentamente—. Será mucho más festivo.
—Estás ridículo, Leonard… —continuó, sin apartar la mirada de mí—. Se van a reír de nosotros.
—Nadie se va a reír, James —le calmé, enseñándole el gorro de Santa Claus.
Él negó lentamente con la cabeza, pero yo se lo puse igual, ajustándolo un poco a su cabeza y terminando con una caricia entre su barba espesa y su mejilla.
—Les va a encantar —le aseguré—. Estás adorable.
—Si salgo así por esa puerta, vas a tener que hacer muchas cosas por mí esta noche, Leonard… —me advirtió—. Muchísimas…
—Lo sé —me incliné y le di un beso en los labios.
El señor Black no se apartó, pero tampoco se dejó besar como hacía siempre; solo continuó mirándome de una forma seria e imperturbable. Le cogí de las manos y tiré de él para que se levantara del sillón. Conseguí llevarle hasta recepción, pero él caminaba con la cabeza alta, una respiración lenta y la mandíbula muy tensa, como si estuviera a punto de lanzarse sobre el primero que se atreviera a mirarle mal.
Le pedí a las recepcionistas una foto y ellas sonrieron, divertidas y emocionadas por la idea. Tras Halloween se esperaban lo mismo en esta ocasión, y venían mucho mejor preparadas para salir en las redes sociales del señor Black. Esta vez la foto la sacó una de ellas sentada en la mesa de recepción, un poco más alto para que se nos viera a todos bien. Le di un leve apretón a James para que sonriera y sacaron la foto.
—Santa Claus y su duende ayudante —dijo una con una sonrisa, dejándose llevar un poco por el momento—. Que cosa más cuqui…

Todas afirmaron y yo les di las gracias. Entonces continuamos nuestro recorrido fotográfico y, por suerte, la admiración y el encanto de nuestros gorros produjeron más pequeños comentarios que ayudaron al señor Black a relajarse y sentirse más cómodo con la situación.

—Santa Claus y su duende ayudante —repitió James, como si saboreara las palabras, cuando al fin regresamos al despacho para recoger nuestras cosas e irnos.

—Le dije que estaba adorable —le recordé, mirando la hora en el móvil y mandando un mensaje al salón de belleza de que llegaríamos cinco minutos más tarde de los esperado.

—Lo estamos —asintió.

No me disculpé con la recepcionista del salón de belleza cuando llegamos. Ya había quedado claro que ella me odiaba y que a mí no podía importarme menos lo que pensara. Así que nos fuimos directamente cada uno a nuestros sitios habituales en el salón. Ricky, el encantador experto en barbas y nacido en las Barbados, me recibió con una cálida sonrisa y una conversación animada sobre lo mucho que odiaba la navidad. Nos reímos un par de veces con alguna historia compartida sobre las maravillosas y absolutamente humillantes experiencias de unas fechas tan señaladas y, como siempre, tuvo que venir una de las encargadas del salón para avisarme de que llevaban un tiempo esperándome en una de las cabinas de depilación.

Al terminar pude aprovechar el tiempo que me quedaba para comprobar el avance del regalo que tenía preparado para James. Era tan solo un detalle sin importancia porque, ¿qué le puedes regalar a un hombre que lo tiene todo?

El señor Black volvió recién peinado, con la barba recortada y una expresión seria. Le recibí con una sonrisa y él puso la mano en mi espalda para empujarme suavemente en dirección a la salida. Me metió en el coche y no esperó ni a que Lakov arrancara de nuevo para besarme y desabrocharme el cinturón. Metió ambas manos para rodearme las nalgas y comprobar que todo estuviera tan suave y libre de pelo como a él le gustaba. Lo comprobó con las manos y después lo comprobó un buen rato con la lengua mientras yo me deshacía en mitad de una respiración agitada y gemidos suaves. Terminamos con un sesenta y nueve un poco rebuscado sobre el asiento del coche. Por desgracia yo no pude correrme, o hubiera manchado por completo al señor Black debajo de mí. Tampoco me importó, porque sabía que aquella noche lo haría.

El señor Black se abrochó de nuevo su cinturón todavía jadeando mientras yo hacía lo mismo; habíamos apurado un poco el tiempo y Lakov llevaba un minuto esperando a que nos bajáramos del coche mientras algunos conductores le pitaban por interrumpir el tráfico. Salí apresuradamente al frío helado de la calle y casi me resbalé sobre la nieve de la carretera, tuve que apoyarme en el techo del coche con fuerza y calmarme un poco antes de seguir el camino hacia la acera. El señor Black salió de la puerta y le seguí directo a la primera tienda.

En un momento discreto tuve que limpiarle un poco los morros, porque todavía los tenía húmedos y la barba de alrededor le brillaba.

—El dependiente se dio cuenta —le dije en voz baja.

—¿De qué? —me preguntó un señor Black despreocupado mientras revisaba la ropa colgada en las perchas y miraba las mesas a nuestro alrededor.

—De que tenías la boca manchada de saliva. ¿Por qué no te has limpiado antes?

—Tengo la boca manchada porque te he comido el culo hasta correrme, Leonard —respondió antes de detenerse para mirarme—. El dependiente lo sabe y a partir de ahora más le vale que deje de echarte miraditas como un puto subnormal.
Miró a un lado y yo seguí la dirección, cazando al dependiente en el otro extremo mirándonos de vuelta mientras fingía doblar unos jerséis sobre la mesa. Después fruncí el ceño y miré de nuevo a James. A veces era un hombre algo retorcido.
Escogió bastantes conjuntos antes de probárnoslos, como solíamos hacer. Él me ordenaba que me pusiera algo que había escogido para mí, él se probaba otra cosa y nos miraba a ambos frente al espejo para ver el resultado. A veces no le convencía y a veces asentía y lo compraba. Parecía tener una idea muy clara de lo que quería, de la imagen que él quería proyectar y de la imagen que quería que yo proyectara junto a él. Los dos estábamos siempre elegantes, pero nunca íbamos iguales. El señor Black mantenía una especie de equilibrio entre lo apretado y provocativo y lo refinado; mientras que para mí elegía una imagen más moderna y menos estricta. Yo solía llevar accesorios que él no llevaba, como los gorros de invierno que tardó casi una hora en elegir y las múltiples bufandas que me ponía sobre los hombros. Él también llevaba bufandas elegantes, pero las dejaba sueltas para que le cayeran por lo hombros o las ataba correctamente con un nudo; a mí me las enrollaba un poco o las cruzaba a un lado de una forma mucho más relajada.
Cuando al fin regresamos a casa, repitió el proceso frente al espejo del vestidor, añadiendo a los conjuntos alguna de las cosas que ya tenía allí. Me puso uno de los relojes de diez mil dólares en la muñeca y miró otra vez el resultado. Yo muchas veces no sabía qué hacer más que quedarme allí con las manos en los bolsillos y esperar a que él decidiera.
—No, las manos nunca en los bolsillos —me corrigió aquella vez—. O cruzadas sobre el pecho o a los lados, pero nunca en los bolsillos.
Las quité y las crucé a la espalda.
—No, eso es sumisión —negó, tirando de mis brazos para cruzármelos él sobre el pecho—. No puedes parecer débil, Leonard. Nosotros somos los mejores y mi familia tiene que saberlo.
Le miré a través del espejo, pero no dije nada.
Después de otra hora larga de probar y cambiarse de ropa, el señor Black decidió por fin todo lo que nos íbamos a llevar de vacaciones a su casa y lo dejó sobre la mesa central para poder meterlo en las maletas al día siguiente. Entonces bajamos a cenar y revisé el móvil. El señor Black estaba recibiendo algunas felicitaciones adelantadas, la mayoría dedicadas, así que se habían tomado la molestia de redactarlas solamente para él y no habían tirado de copy-paste y cambiado el nombre del receptor.
—Leonard, mi familia no se parece en nada a la tuya —me dijo el señor Black en voz baja.

Levanté la cabeza para mirarle y asentí.
—Lo sé, James.
—No van a recibirnos con los brazos abiertos ni a hacer bromas.
—Me sorprendería mucho si lo hicieran —le aseguré, dejando el móvil a un lado porque aquello parecía importante.
—Todos van a estar allí y nosotros debemos ser impecables. Siempre.
Asentí de nuevo.
—Mi padre valora mucho el éxito y quiero que tú le demuestres que eres un hombre inteligente, fuerte y educado.
—Por supuesto, James —le prometí, aunque no tenía nada claro cómo iba a hacer eso.
El señor Black asintió y se terminó el último trozo de pescado al horno, bebió un trago de su botella de agua y me ordenó:
—Ahora vete a nuestra habitación, desnúdate, ponte el gorro de duende y espérame.
Me quedé unos segundos en silencio, entonces apreté los ojos mientras ladeaba un poco la cabeza.
—¿El gorro de duende? —tuve que preguntar, para asegurarme de que no lo había oído mal.
—Sí. Y más vale que no se te caiga, Leonard —me advirtió con mirada seria—. O será mucho peor.
Quise hacer otra pregunta, bueno, en realidad quería hacer muchas preguntas, pero me contuve y bajé del taburete murmurando:
—Muy bien.
El señor Black subió cinco minutos después, con bastante cuerda, una pala y un bozal. Se desnudó en silencio y se puso el gorro de Santa Claus en la cabeza. Pensé que si me preguntaba allí mismo si había sido un chico malo, me iba a morir.
No lo hizo, pero fue uno de los polvos más raros de mi vida: y me encantó.
Cuando terminó de desatarme y al fin pudo tirarse sobre mí, me abrazó y me besó el cuello y los labios. Me desperté con el gorro todavía puesto y no me lo quité hasta entrar en la ducha. Me puse uno de los conjuntos que habíamos comprado porque saldríamos directamente después de desayunar hacia la urbanización de Bluebelt. Hice café y esperé al señor Black, que apareció por la cocina con su elegante conjunto de abrigo de corte marinero azul oscuro y pantalones.
—Buenos días, señor Black —le saludé con una sonrisa.
Me repasó con la mirada y asintió.
—Buenos días, Leonard —me saludó, sentándose frente a mí mientras le preparaba el café.
Yo llevaba ya puesta la bufanda alrededor del cuello, mi chaqueta de punto fino abierta, el gorro y la cazadora entallada; todo de colores o negros o grises.
—¿Estás nervioso? —me preguntó.

—No, no mucho, la verdad —reconocí mientras me encogía de hombros.
Estaba bastante seguro de que yo no le iba a gustar a la familia Black, y de que la familia Black no me iba a gustar a mí. Así que era sencillo no sentirse presionado por conocer a los padres de tu… del señor Black.
—Esto es importante, Leonard —me dijo con tono serio, quizá el que estaba nervioso fuera él—. Nunca he presentado a nadie a mi familia.
Asentí un par de veces, demostrándole que me lo estaba tomando en serio.
—Y espero no tener que volver a hacerlo —añadió entonces.
Esta vez ladeé un poco el rostro antes de responder:
—Tranquilo, James, todo irá bien.
Él bebió otro sorbo de café sin dejar de mirarme y yo me pregunté qué había querido decir con aquello. ¿No quería volver a hacerlo porque era una experiencia difícil para él, o porque yo era la única persona que quería llevar a conocerlos?
—Iremos en el Lamborghini negro —me dijo tras uno de sus pequeños silencios.
—¿Por carretera de montaña? —pregunté. Sonaba peligroso.
—Iré lento —prometió.
Iba a conducir el señor Black, y por supuesto que íbamos a llevar uno de sus coches de lujo a Bluebelt, pero iba a ser gracioso meter cinco maletas llenas de ropa en el Lamborghini. Al final tardamos un poco más, pero lo conseguimos con cierto éxito. Le deseamos a Lakov unas felices fiestas y él deslizó discretamente el rectángulo con papel de regalo negro que le había pedido que fuera a buscar para mí. Yo le di de vuelta los doscientos dólares que le había prometido y me metí en el coche.
Me esperaba un agradable viaje de dos horas hasta la urbanización de lujo del lago con un señor Black cada vez más serio y callado. Fui disfrutando un poco de las vistas y tratando de charlar un poco de vez en cuando, pero él me daba respuestas cortas y precisas. Me rendí de intentar distraerle de esa forma y me limité a poner una mano en su pierna y acariciarle suavemente mientras disfrutaba de las vistas de la montaña.
—Leo —me dijo en una ocasión, cuando ya faltaba poco para llegar y habíamos dejado atrás la estrecha carretera nevada—, no te apartes de mí lado.
Le miré y asentí.
—No lo haré —le prometí.
Él afirmó con un leve cabeceo y aceleró un poco.
Bluebelt era todo lo que me imaginaba que sería: enormes casas con jardines todavía más grandes con absurdas piscinas, aunque hubiera un lago a menos de un kilómetro de distancia. Se podía oler el dinero en cada árbol perfectamente podado y nevado, en cada coche de lujo aparcado y en cada persona que nos cruzábamos por la carretera. Había una zona de casas más juntas, pero el señor Black no se detuvo hasta ascender un poco por la colina hacia una vivienda ligeramente más grande y ligeramente

más ostentosa que las demás.
Esa era la Mansión de los Horrores de los Black. Sin ningún tipo de decoración navideña, sin luces ni horteras renos colgando del tejado, solo nieve blanca y luz amarillenta y suave en el interior. El señor Black aparcó a un lado de la entrada, junto a un maserati deportivo de color rojo al que miró un momento antes de dedicarle un resoplido de burla.
—Mira el coche de Thomas —me indicó con un tono despectivo—, seguro que se lo regalaron en África una panda de niños agradecidos.
Me reí y le miré, acariciando un poco más su pierna. James me dedicó una silenciosa mirada y después una breve sonrisa de labios cerrados antes bajarse del coche. Le seguí por el camino un poco nevado hacia la entrada, donde, tras llamar a la puerta, nos recibió un mayordomo.
—Señorito Black —le saludó, haciendo incluso una leve reverencia—. Le estábamos esperando.
Se hizo a un lado para dejarnos pasar.
—Su madre le espera en la sala del té.
Sala del té…
El señor Black asintió y colocó su mano en la parte baja de mi espalda para guiarme por aquella enorme casa de muebles de madera y techos altos. Pasamos por delante de un enorme recibidor con escaleras, por un gran salón con cristalera y sillones de cuero hasta una habitación más soleada con plantas y vistas al lago. La señora Black, con su misma cara de asco, leía lo que parecía una novela mientras sostenía en alto una taza de porcelana humeante.
—Madre —la saludó el señor Black.
Me dejó a un par de pasos de distancia para acercarse a la mujer y darle un beso en la mejilla, pero sin rozarle; era más bien como un gesto obligado y no un acto cariñoso.
—Junior, llegas un poco tarde, te esperábamos para ayer a la noche —le dijo con su tono serio. Entonces me dedicó una mirada fría y su cara de asco se acentuó un poco.
Yo solo sonreí más.
—Encantado de volver a verla, señora Black —le mentí.
—Has traído a tu ayudante, ¿era necesario? —le preguntó a James.
—Leonard viene conmigo a todas partes, madre —respondió él, quedándose de pie frente a ella.
—¿Se quedará todas las vacaciones?
—Sí, madre.
Ella se quedó entonces en silencio, dedicando a su hijo una mirada fija de ojos azules como el océano.
—Ve a hablar con tu padre, está en el despacho —le indicó, aunque sonó más bien como una orden.
El señor Black asintió y le dio otro beso sin amor en la mejilla a su madre. Fue hacia mí y yo me despedí con una inclinación de cabeza antes de seguirle de vuelta.

Ya en el pasillo, me esperó para poder poner la mano en mi espalda, pero no me miró, solo continuó con la mirada al frente mientras subíamos las escaleras del recibidor hacia un segundo piso inferior igual de barrocamente elegante que el inferior. Al final de un pasillo un poco oscuro había una puerta a la que el señor Black tardó unos segundos en llamar. Tan solo dos golpes secos en la madera y el silencio.

—Adelante —respondió una voz grave desde dentro.

El señor Black abrió la puerta, pero no cruzó adentro.

—Padre, soy yo, James —se presentó—. Madre me ha dicho que queríais verme.

—Junior —dijo la voz, pero yo no podía ver nada más allá de unas estanterías con libros y una luz cálida desde detrás de James—. Pasa.

—He venido con mi ayudante, señor —le dijo—. ¿Puede pasar?

Tras un breve silencio el padre de James respondió:

—Que pase también.

James cruzó la puerta y se detuvo frente a la mesa de arce del despacho de su padre, yo le seguí con una ligera sonrisa y me detuve un poco detrás de él. El padre de James era el pelo algo canoso, marrón claro y repeinado. Sin duda había sido un hombre atractivo en su juventud, pero las arrugas y su expresión profundamente seria lo habían cambiado desde entonces. Me miró con unos ojos de un azul claro y algo desvaído antes de volver a mirar a su hijo.

—¿No nos vas a presentar, Junior? —le preguntó.

—Este es Leonard O'Brien, padre, mi ayudante —me presentó.

—Encantado de conocerle, señor Black —le dije yo, acentuando un poco una sonrisa que nadie en esa casa me había devuelto aún.

—Me han hablado de ti, Leonard —murmuró con tono serio—. Y no demasiado bien.

Oh, sorpresa. Me pregunto quién sería…

—¿Queríais háblame de algo, padre? —le preguntó James, apartando la atención de su padre de mí.

—Sí, Junior. Le prometí a Dorian Fletcher y a la encantadora de su mujer Patricia que asistiríamos al cóctel de su casa.

El señor Black se limitó a asentir con la cabeza.

—Su hijo Paul acaba de licenciarse en la universidad de medicina de Harvard.

Volvió a asentir tras un par de segundos, esta vez de forma más lenta y pausada.

—Era eso. Ya podéis iros —nos despidió.

—Padre —murmuró James antes de darse la vuelta.

Yo le dediqué una inclinación de cabeza y seguí a su hijo al pasillo. Cuando James cerró la puerta apretó los dientes y tensó la mandíbula. Se quedó así un momento, mirando al pasillo sin apartar la mano del manillar de la puerta. Levanté la mano y la dejé suavemente en su espalda para darle una caricia. No entendía muy bien qué había pasado, pero sí

que a James le había afectado un poco.
Me miró cuando notó mi roce y tras una o dos respiraciones se le relajo su expresión, soltó el manillar y puso la mano en mi espalda para guiarme por el pasillo. Pasamos tres puertas más y nos detuvimos frente a la cuarta, al final de un pasillo lateral con una ventana con vistas al jardín trasero. James la abrió y me indicó que pasara dentro.
Era un cuarto grande pero un poco vacío. Había una cama, un armario de madera y unas cortinas blancas sobre otra ventana.
—Este es el segundo cuarto de invitados —me explicó, pasando después de mí—. Thomas se habrá quedado en el primero, así que tú tendrás que quedarte con este.
El señor Black miró el cuarto con una expresión entre seria y enfadada.
—Está bien —dije, encogiéndome de hombros.
—No, Leonard. No está bien —me corrigió—. Es el segundo cuarto y no tiene ni muebles.
—Qué horror. No tendré donde sentar a todos mis amigos a tomar el té… —traté de bromear con una sonrisa.
El señor Black me miró, pero no estaba de humor para bromas. Me acerqué con una expresión entre preocupada y triste, le rodeé la cintura con las manos y le pregunté:
—¿Todo bien, James?
—No, nada bien.
—¿Quieres hablar de ello?
—No.
Asentí y deslicé las manos alrededor de su cuerpo para darle un abrazo con fuerza, porque no sabía qué más hacer. El señor Black me rodeó con los suyos y me atrajo a él, hundiendo un poco su rostro en mi cuello. Le apreté un poco más fuerte y nos quedamos así un par de minutos, en aquel cuarto vacío y sin muebles para el té.
—Ven, te enseñaré mi habitación —me dijo entonces, separando el rostro.
Le seguí por el pasillo con cierta curiosidad. Atravesamos el pequeño hall que había después de ascender las escaleras y tomamos la dirección contraria a la que habíamos ido antes. Debía ser el ala de la casa personal de los Black o algo así. Se detuvo en la primera puerta a la derecha del pasillo y la abrió para dejarme entrar.
Era… era una habitación bastante normal. Una cama grande, un escritorio, un par de estanterías y bastante luminosa.
—Estoy un poco decepcionado —reconocí, dando un par de pasos y mirando de lado a lado antes de girarme de nuevo hacia él—. Me esperaba un par de peluches con arneses y una colección de mini fustas.
El señor Black cerró la puerta y una pequeña sonrisa se deslizó por sus labios.
—No yo he tenido peluches en mí vida —respondió.
Asentí con una sonrisa y miré de nuevo la habitación. Había un par de baldas llenas de trofeos y medallas que llamaban bastante la atención.

—Vaya, ¿siempre has sido tan competitivo? —le pregunté.
Él se acercó y puso una mano en mi espalda.
—Sí. Siempre he participado en muchas competiciones. Mis padres incluso venían a verme si llegaba a la final, pero tenía que ganar o se iban.
Miré aquellos trofeos en silencio y después al señor Black.
—Ti… tienes también libros —dije, mirando hacia otras estanterías al otro lado de la habitación—. Creía que tú no leías novelas.
—No son novelas, son diccionarios y enciclopedias.
—Ah, qué divertido…
—Las únicas novelas que hay en esta casa son los clásicos que tiene mi padre en el despacho, pero no podíamos tocarlos porque no eran libros para niños.
—¿Y los juguetes están debajo de la cama? —le pregunté, porque allí no había nada que pareciera… íntimo o infantil—. ¿O todavía tienes alguna revista guarra de cuando eras adolescente? —sonreí.
—No. Mis padres son muy estrictos con el sexo, es una especie de tabú para ellos.
Le miré fijamente a los ojos y se me escapó una leve risa, pero después vi que no bromeaba y me detuve.
—¿En serio? —tuve que preguntar.
El señor Black asintió.
—Mi hermana Sarah y Thomas llevan casi cinco años juntos y todavía duermen en habitaciones separadas cuando vienen aquí.
—Joder… —murmuré, bajando la mirada al suelo.
—Pero tu vendrás aquí por las noches, Leo —me dijo, apretando un poco la mano en mi espalda—. Dormiremos juntos y por la mañana te irás un poco más temprano para que nadie te vea.
—Claro —dije, todavía en voz baja.
Nos quedamos en silencio. No sé en lo que pensaba el señor Black, pero yo estaba empezando a entender muchas cosas de él.
—Espera, sí tengo un juguete —pareció recordar.
Se fue hacia el armario de la pared y abrió las puertas de madera para mirar en el fondo del último cajón. Sacó un pequeño juguete de plástico algo desgastado por el uso y al que apenas le quedaba pintura. Se trataba de algún tipo de superhéroe en postura heroica, pero no era ninguno que yo pudiera reconocer. Me lo entregó y yo le di un par de vueltas entre las manos.
—¿Súper C? —conseguí descifrar del dibujo de su traje a manchas amarillas y verdes.
—Es Crunch-Man, el superhéroe de unos cereales infantiles —me explicó—. Una vez lo regalaban con la caja y lo escondí para quedármelo. Puede que todavía funcione.
Tiró de un pequeño cordel y una voz rechinante y algo metálica dijo:
—¡Es importante comer todo el desayuno para recuperar energías!
Sentí que perdía la respiración y se los ojos se me llenaban de lágrimas.

—¿Ves?, es importante —me dijo el señor Black.
Le miré y una lágrima se me deslizó por el rostro. James pareció confuso y frunció el ceño, pero yo le rodeé con los brazos y lo atraje con fuerza hacia mí. Él tardó un momento y me rodeó de vuelta.
—James —le dije al oído—. Te quiero muchísimo, lo sabes, ¿verdad?
Él me abrazó más fuerte. Le acaricié la espalda y tras un largo minuto me separé lo suficiente para mirar a sus ojos algo humedecidos y decirle:
—Siempre serás el mejor para mí.
Sus ojos se humedecieron más y sus labios temblaron, entonces me dio un beso intenso y me atrajo de nuevo hacia él; quizá para volver a abrazarme con fuera, quizá para que no le viera llorar. Noté la presión de su entrepierna, pero yo no creía que fuera excitación sexual lo que le estaba poniendo cachondo, sino otra emoción mucho más compleja que no era capaz de entender.
Entonces llamaron a la puerta y todo tuvo que terminar.
James me separó suavemente de él y me hizo sentarme en la cama mientras guardaba el juguete de nuevo en el armario. Después se frotó el rostro para limpiarse la humedad, tiró del borde de su chaqueta de corte marino para ocultar lo mejor posible su erección y fue hacia la puerta.
—Señorito Black, la comida estará lista en el comedor en cinco minutos.
—Iremos enseguida —respondió al mayordomo, cerrando la puerta de nuevo.
Me limpié los ojos y las mejillas antes de dedicarle una pequeña sonrisa.
—A mis padres no les agradan las muestras de afecto en público, Leo —me dijo con la voz un poco tomada—, así que tendremos que ser discretos.
—Claro, James —asentí antes de levantarme de la cama.
Se quitó su chaqueta y la dobló un poco para dejarla sobre el escritorio vacío. Yo hice lo mismo con la mía, mi bufanda y el gorro que todavía tenía puesto. James me miró y ajustó la chaqueta de punto fino a los hombros antes de besarme en los labios, está vez algo más calmado, pero más profundo con la lengua. Le rodeé el cuello y me dejé llevar un poco. Cuando se separó no puede reprimir una mueca de fastidio.
—Lo sé —me dijo, comprendiendo mi frustración—. Pero habrá que esperar a la noche.
Acepté, porque no me quedaba otra, y seguí al señor Black hacia el pasillo. Bajamos por las escaleras y tomamos la gran puerta abierta que había a un lado del salón hacia un comedor que parecía sacado de una película del siglo XIX. Sentados a la mesa ya estaban la señora Black, que hablaba con una mujer perturbadoramente parecida a ella, y un hombre de pelo castaño, afeitado rasurado y ojos oscuros.
—James —le saludó con un cabeceo, porque fue el primero que le vio entrar.
—James —dijo entonces la mujer joven antes de dirigirme una mirada—. Y tu ayudante.
—Sarah, Thomas —respondió él con expresión seria—. Os presento a Leo-

nard O'Brien.
Sonreí, aunque tenía claro que ninguno de los que estaban allí querían que me sentara con ellos a comer. Mi amor por la familia Black solo aumentaba por momentos…
James me indicó un asiento al otro lado de la mesa, sentándose él en el primer puesto frente a su madre y yo frente a su hermana.
Sin lugar a dudas, su padre sería el que presidiría la mesa. Seguí sonriendo un poco, aunque los demás me miraran fijamente. No iba a permitir que creyeran que podían intimidarme con todo su dinero y su clasismo barato de la burguesía rancia.
Joder, cada día hablaba más como mi padre.
—¿Eres irlandés, Leonard? —me preguntó Sarah, quien al menos forzó una educada y fría sonrisa. Era elegante y guapa, con el pelo dorado de los Black y los ojos claros de su padre.
—Sí, soy de un pueblo cercano a Dublín —respondí.
—¿Y ahora vives aquí?
—No, vengo todos los días en avión desde Irlanda —respondí, porque a veces el sarcasmo era fuerte y poderoso en mí. Sonreí más para demostrar que había sido una broma, pero como no parecieron entenderlo, añadí—: Sí, vivo en la ciudad.
—Vive conmigo en el ático del centro —dijo James mientras colocaba una servilleta en su regazo.
—¿Te sigue a todas partes y vive contigo? —preguntó su madre, dedicándole una mirada seria—. ¿No es un poco excesivo, Junior?
—Es mi ayudante, madre —respondió.
—Es solo un ayudante, no tu perro faldero, Junior —replicó su madre—. ¿También duerme a los pies de tu cama por si necesitas algo a media noche?
Me mordí la lengua para no decirle dónde dormía yo, bajo quién y después de hacer qué.
—No, madre —respondió James, quizá pensando lo mismo que yo.
—Estoy segura de que Leonard disfruta mucho del lujo que te rodea, pero debería ser consciente de los límites…
Ella me miró, mientras sus hijos y Thomas tenían la cabeza gacha, mirando a algún punto indeterminado del mantel blanco. La señora Black estaba acusándome de aprovecharme de James y de su confianza para pegarme a él como una garrapata y disfrutar… «del lujo que le rodeaba». Así que seguí sonriendo cuando dije:
—Guau, guau…
La señora Black puso cara de asco, que era un poco más acentuada que su expresión normal, y abrió un poco los ojos. Su hija agachó un poco más la cabeza mientras Thomas agitó un poco el reloj de la muñeca en una especie de tic nervioso e incómodo. James ladeó el rostro hacia mí y me dedicó una mirada seria y enfadada. Fue entonces cuando me corregí, porque aquello no se trataba de mí, se trataba de James.

—Era una pequeña broma —reconocí con un tono tranquilo—. Disculpe, señora Black. Mis deberes para con su hijo consisten en asegurarme de que esté siempre informado de los avances de la empresa, ya que dirige un negocio muy importante y requiere de alguien como yo para ayudarle. La hospitalidad que me brinda al dejarme entrar en su casa y participar en eventos familiares como este es algo que solo puedo agradecerle de corazón. Después de todo, al igual que su hija, es un hombre muy generoso.
—Demasiado —dijo su madre, un poco más calmada tras mis halagos y mi discurso ortopédico y correcto—. Nosotros no sentamos al servicio en la mesa de la familia —me dijo con tono frío mientras miraba a James.
—Lo sé, por eso me siento muy halagado por estar aquí esta noche —sonreí a todos—. Es un honor compartir la comida con una familia tan importante y altruista como los Black —y tras un par de segundos añadí mirando hacia Sarah y Thomas—: Debe ser muy gratificante poder compartir vuestros conocimientos y riqueza con los más necesitados. Es usted una famosa arquitecta, ¿me equivoco, señorita Black?
Sarah levantó un momento la cabeza para mirarme, después la giró hacia su madre, quien también estaba esperando una respuesta acorde al nivel de mi discurso, así que me dijo:
—Así es, Leonard. Algunos de mis proyectos han aparecido en las revistas más relevantes sobre arquitectura moderna y he recibido varios premios nacionales.
Alcé las cejas haciéndome el sorprendido y asentí con la cabeza.
—Un arquitecto con el que coincidimos en la gala benéfica de Princeton, nos habló de usted y de su trabajo con mucha admiración —continué, utilizando cualquier pequeño recodo para vanagloriar a James y recordarles a todos lo importante que era, pero sin rozar esa fina línea que lo volviera algo brusco y ordinario. Se trataba de una guerra sutil, no de ver quien tiraba más mierda a la cara, sino de conseguir que se comieran la mierda con una sonrisa educada en los labios.
—No me digas —dijo ella—. ¿Recuerdas su nombre?, quizá sea un conocido.
—Oh… —cerré un momento los ojos como si tratara de recordarlo—. Había tanta gente importante allí…
—Samuel P. Brown —respondió James por mí, alargando una mano bajo la mesa muy sutilmente para acariciarme la pierna—. Le di saludos de tu parte, sé que te gusta su trabajo.
—¿P. Brown? —repitió ella entreabriendo los labios—. Vaya… me siento muy halagada —reconoció antes de mirar a Thomas—. Es profesor de arquitectura moderna en la universidad de Princeton.
Agaché la cabeza y solté aire. Llevaba menos de dos horas en aquella casa y ya estaba un poco exhausto de hablar con aquella gente y de estar en ese ambiente frío y vacío. No me extrañaba que los hijos de los Black hubieran huido a África, a la otra punta del país o a la ciudad para alejarse de un lu-

gar como aquel.
El padre de James bajó entonces por las escaleras, acallando la conversación mientras caminaba haciendo resonar un poco la madera, clavando los talones a cada paso como un gendarme del ejército. James apartó su mano de mí y volvió a colocarla en la mesa antes de que cruzara por detrás de nosotros y se sentara a la cabeza.
—Wilson —le dijo su mujer—, a junior le han hablado de Sarah en una gala de Princeton, ¿no es maravilloso?
El padre de los Black se colocó la servilleta en el regazo y dirigió una breve mirada a su hija.
—¿Quién? —preguntó.
—Samuel P. Brown, un profesor de arquitectura moderna —respondió ella.
—¿Te han invitado a una gala de Princeton? —le preguntó a James.
—Sí, padre. Se celebró el mes pasado. Es un evento bastante importante —le recordó, pero fue sutil y lo dijo sin darle demasiado bombo.
El padre de los Black asintió e hizo una señal al servicio para que sirvieran la comida.
Cuando el señor Black había dicho que mi familia no se parecía en nada a la suya, no bromeaba. Aquella comida parecía el puto purgatorio: las únicas conversaciones que mantenían eran para responder a preguntas directas del señor o la señora Black, el resto del tiempo todos mantenían la cabeza gacha y comían en silencio con solo el sonido de los cubiertos contra los platos llenando el comedor. Tras un entrante y un segundo, al fin llegó el postre; pero sin café. Solo cuando el padre de los Black se pasó su servilleta por la boca y se levantó, se dio la comida por concluida.
James se excusó y yo me levanté con él para dirigirnos hacia el salón y sentarnos en un sofá de cuero frente a una mesa baja, de espaldas al comedor.
—¿Quieres café, Leo? —me preguntó en voz baja, dedicándome la primera mirada tras una hora de comida.
—Sí, por favor —respondí.
Él asintió e hizo una señal a una chica del servicio que esperaba pegada a la pared. Pidió dos cafés, uno con leche y otro solo, y ella se fue.
—¿Todo bien? —preguntó entonces.
Iba a mentirle, pero entonces se me saltó la risa, quizá un gesto nervioso después de una comida tan tensa y silenciosa.
—Esta casa es horrible —susurré antes de reírme un poco más.
Él me siguió con la mirada, buscando mis ojos, pero no cambió su expresión seria al responder:
—Sí, lo es.
—¿Y qué hacemos ahora? ¿Nos metemos de vuelta en los ataúdes hasta poder salir a sorber el alma de los mortales a media noche? —volví a reírme en voz baja.
Una pequeña sonrisa se deslizó por los labios de James.

—Tenemos que trabajar, pero a la noche podemos salir a ver el lago o jugar al billar en la biblioteca.
—Oh… —murmuré, interesado con aquello—. ¿Hay billar?
James asintió.
—¿Te gusta el billar?
—A mi padre le gusta mucho y jugamos siempre cuando vamos al pub —respondí.
—Entonces jugaremos al billar —prometió.
Trajeron los cafés y mantuvimos una ligera conversación, porque yo me negué a quedarme callado, ni me sentí mal por reírme en voz baja y atraer las rígidas miradas de una señora Black y una Sarah que todavía seguían hablando en la mesa tras la comida. Tras el café subimos a su habitación y nos acomodamos frente al escritorio. Me ofrecí a trabajar desde la cama, pero el señor Black se negó y me sentó a su lado.
Cuando la luz tras el ventanal empezó a aminorar y el cielo gris se volvió cada vez más oscuro, llegó un poco de ruido del piso inferior. Yo levanté la cabeza, sorprendido, porque no se había escuchado nada en toda la tarde más que un par de pasos sobre la madera del pasillo.
—Ha llegado mi hermano Robert —me explicó el señor Black, sin apartar la mirada de su portátil.
Murmuré un asentimiento y continué respondiendo y mandando algunos correos de felicitación navideña. Como las demás empresas, INternational también tenía una larga lista de clientes a los que lamer un poco el culo; y algunos otros personajes importantes que debía felicitar tan solo en nombre de James.
El mismo mayordomo de siempre llamó a la puerta poco después y nos dijo que la cena estaría lista en cinco minutos. James dejó entonces de escribir y cerró la tapa del portátil.
—Después habrá billar —me dijo, como si quisiera recordarme que habría algo bueno después de aquella nueva tortura; o puede que se lo quisiera recordar a sí mismo.
De todas formas, sonreí.
—No te enfades si pierdes.
—No voy a perder —me aseguró.
—Eso dices siempre.
Me levanté para ajustarme de nuevo la chaqueta de punto y estar lo más presentable posible, pero el señor Black me cogió del brazo e inclinó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el respaldo de la silla. Puso unos breve morritos, como hacía por las mañanas para pedir su beso. Le miré un momento, sonreí más, y le besé.
Quizá aquella casa fuera el purgatorio, pero James estaba allí y yo me quedaría con él.
Siempre.

El hermano pequeño de James, Robert, era el hombre más petulante y estúpido que había conocido en mucho tiempo. Rubio, ojos claros, barba recortada y peinado a la moda, bronceado y cuerpo trabajado en el gimnasio. Aun así, no era ni tan guapo, ni tan alto, ni tan grande ni tan masculino como James. No era más que una cutre sombra de todo lo que él era, aunque estaba claro que se esforzaba por llegar a alcanzar a su hermano mayor, de alguna u otra forma. Durante la cena se mostró un poco más dicharachero, atreviéndose a comenzar alguna conversación corta, casi todas alrededor de la gente famosa que había conocido o con la que había trabajado en su discográfica de Miami. Su padre no parecía tan estricto con él y su madre siempre parecía interesada en lo que tuviera que decirle.

Quizá al ser el menor de los hermanos le habían consentido mucho más desde niño.

Cuando nos había visto bajar, miró a James y le llamó desde la distancia, mostrándole las llaves de lo que pronto describiría como «una preciosidad de color champán». Se trataba de un Mercedes Benz que había aparcado al lado de los otros coches y que estaba deseando poder enseñarle a su hermano mayor. Cuando se percató de mi presencia tras él, frunció levemente el ceño y buscó una respuesta en los ojos de los presentes. Su madre, como no, fue la primera en responder.

—El ayudante de James, Leonard. Al parecer tiene que quedarse en nuestra casa y comer en nuestra mesa.

Él alzó las cejas, todavía más sorprendido, pero tuvo el detalle de presentarse y ofrecerme la mano con una sonrisa.

—Bienvenido, Leonard. Yo soy Robert Black, el hermano menor de James.

—Encantado de conocerte, Robert —respondí con otra sonrisa y un apretón firme.

Entonces se quedó unos segundos en silencio y me preguntó:

—Eres gay, ¿verdad?

Hubo un intenso silencio, pero yo no perdí la sonrisa, solo me di cuenta de la clase de persona que era bajo aquella careta sonriente y aparentemente cordial.

—Sí, lo soy.

Él miró a su hermana y a su madre a la vez que alzaba las manos en alto.

—Hay muchísimos gays en Miami —les explicó—, ahora se me da muy bien reconocerlos. Me ayuda a no ser demasiado agradable con ellos o sino… siempre intentan algo conmigo.

—Tranquilo, Robert —le dije—. Yo no voy a intentar nada contigo —le aseguré.

Una sonrisa se deslizó por los labios de James mientras Robert me devolvía la mirada con una sonrisa un poco forzada. Nos sentamos a la mesa y esperamos a que el padre de los Black se dignara a aparecer.

Al terminar la cena, tan apoteósica y estéril como la primera, James y yo fuimos a la biblioteca. Un salón bastante grande con una pared de estanterías, sillones, sofás, una mesa de billar al fondo, un mini bar e incluso una chimenea. Siendo sinceros, me gustó bastante y di un par de vueltas lentas sobre mí mismo mientras caminaba para apreciarla bien. Era cálida, de luz suave y una decoración quizá demasiado cargada para mi gusto, pero que quedaba bien en aquel lugar.
El señor Black encendió la chimenea, aunque no hiciera falta, porque había calefacción central y fue hacia el mini bar.
—Solo hay whisky escocés —me dijo.
—Hoy me vale cualquier cosa que lleve alcohol —reconocí, acercándome a la mesa de billar, bastante buena y aparentemente sin usar.
James sacó dos vasos on the rocks y les echo dos hielos a cada uno, destapó una botella de buen whisky escocés y los llenó dos pulgadas. Me quedé mirándole porque había algo que me resultaba extrañamente erótico en la forma en la que preparaba la bebida, quizá era mi sangre irlandesa, que no se podía resistir a un buen trago bien servido.
Me reí de mi propia broma y James alzó la mirada hacia mí por el borde superior de sus ojos.
—¿Qué? —me preguntó, cogiendo un vaso en cada mano.
—Estás muy guapo esta noche —le dije.
—Yo siempre estoy guapo, Leonard —respondió, entregándome mi vaso.
—Eso es cierto —reconocí, rozándole con la punta de los dedos antes de coger mi bebida y brindarla contra la suya produciendo un sonido fino de cristal.
Le di un trago sin dejar de mirarle y el hizo lo mismo, participando en una pequeña batalla de a ver quién tenía la mirada más intensa. Era en momento como aquel en los que me daba cuenta de que yo ya estaba perdido, y que el día que me faltaran esos ojos del azul del mar no sabría qué hacer.
—Los palos están en la pared —me indicó tras unos segundos en silencio.
Asentí, obligándome a dejar aquellos pensamientos a un lado, y dejé mi vaso en el borde de la mesa de billar, fui a por los palos y volví para entregarle uno.
—¿Quieres romper tú? —le pregunté.
—Sí.
Como no, James quería ser el primero en golpear las bolas. Lo hizo con fuerza, provocando un ruido intenso y el desplazamiento de todas las pelotas de colores por el billar. Después fui yo, otra vez él, y entonces yo metí la primera bola en la tronquera de la esquina. Aspiré aire entre los dientes y miré al señor Black con una media sonrisa en los labios.
—Ya puedo sentir la victoria, señor Black… —le dije, pero solo por joder un poco.
Él me dedico una mirada seria y apretó un poco la mano con la que sostenía su palo de billar a un lado. Tardó dos intentos más en meter su

primera bola, dedicándome una mirada seria y fija cada vez que fallaba, como si esperara a que yo me riera de él o le insultara. Metió dos seguidas y falló por poco la tercera.
—Bastante buena —reconocí, moviéndome con mi vaso a un lado para tener mejor perspectiva de a donde quería disparar—. Veo que esto se le da mejor que el póker.
Él se acercó y apoyó la cadera contra la madera de billar, se cruzó de brazos con la copa en la mano y me miró.
—¿Hay algo que se te dé mal a ti, Leonard? —me preguntó con su voz grave.
Respondí a su mirada con una ligera sonrisa.
—Pocas cosas —reconocí.
Me incliné en posición para golpear la bola blanca y meter otra rayada en la tronquera. Cuando me levanté pude notar la mirada de James en mi culo, recorriendo mi cuerpo lentamente hasta volver a mirar a mis ojos. Nos quedamos así unos segundos hasta que él me dijo:
—Eres un hombre espectacular, Leonard.
Se me escapó una sonrisa tonta en los labios y hasta me sonrojé un poco. Solo él tenía esa clase de poder sobre mí.
Quise devolverle el halago con un suave beso en los labios, pero de pronto alguien llamó a la puerta y me paré en seco. Me aparté con la mirada baja y fui a reposicionarme para volver a golpear la bola blanca que había quedado en un extremo. James se ajustó un poco la entrepierna, para acomodar el bulto que tenía apretado contra su pantalón fino y ajustado.
—¿Sí? —preguntó en alto cuando estuvo preparado, apoyando ambas manos en los bordes del billar para inclinarse un poco hacia delante.
Robert abrió la puerta y nos miró un momento antes de alzar ambas cejas en lo que ya era una de sus típicas expresiones de sorpresa.
—Thomas me dijo que era el billar, pero yo no me lo podía creer —nos dijo, abriendo más la puerta para entrar acompañado de un Thomas que cerró tras él—. ¿Por qué no nos habéis avisado?
Yo les miré, pero no era mi deber responder a eso.
—Sabía que estaríais escondidos fumando en el jardín —les dijo James.
Robert soltó una breve carcajada, pero sonó a algo frío y ensayado; como cuando James lo hacía para los periodistas y las cámaras.
—Ya sabes cómo se pone papá con el tema —le dijo, acercándose a nosotros hasta poner las manos en el billar, imitando la postura de su hermano mayor—. No se pueden tener vicios en esta casa —y me miró—. ¿Tú tienes algún vicio, Leonard, o eres tan santurrón como mi hermano?
Me costó mucho no reírme a carcajadas.
—No, yo soy un pecador —le aseguré, inclinándome para golpear la bola y fallando.
Hice resonar la lengua, porque tenerles allí me había distraído un poco y había perdido el ambiente de juego y copas tan agradable que James y yo habíamos creado durante la breve partida.

—Ten cuidado, entonces —me dijo sin perder su ligera sonrisa—. Mi hermano es muy estricto con ese tema.
—Lo tendré…
—Entonces, ¿qué? ¿Jugamos todos juntos? —continuó, dando una palmada antes de abrir los brazos y mirar a Thomas, quien se había quedado a un lado sin decir nada—. ¿Te apuntas, Thomas?
—Hace mucho que no juego —reconoció, acercándose un poco más, pero con cuidado.
—¿No hay billares en África? —le preguntó.
—No, no muchos.
—Pues construyeles uno —dijo Robert, a lo que Thomas sonrió, pero fue más bien algo educado e incómodo.
—Yo soy solo ingeniero agroalimentario, Sarah es la única que sabe construir cosas —respondió.
—Oh —murmuré, mirando hacia él mientras ladeaba un poco la cabeza—. ¿Ayudas a mejorar los cultivos de los pueblos en África para producir más?
—Eso intento —dijo, y yo le creí.
—Eso es maravilloso, Thomas —reconocí con un poco de verdadera admiración—. Debe ser difícil organizar una tierra tan difícil y con tan poca agua.
—No… —dudó un momento, pero después continuó—. El problema no es la tierra y el agua, el problema es que muchas tribus y pueblos son reacios a cambiar las costumbres, o que tienen jefes y dirigentes que no quieren que las cosas cambien.
Asentí con expresión seria, comprendiendo lo que quería decir con aquello.
—El hambre es una cadena más en el cuello del pueblo —recité.
—Exacto —dijo Thomas, sonriendo un poco más al ver que lo había entendido.
—Bueno, ¿entonces vamos a jugar o no? —nos interrumpió Robert, dando otra palmada—. Todos aquí hacemos muchas cosas por los pobres, ahora toca billar.
Dediqué una mirada seca al hermano pequeño de James, pero me mordí la lengua y empecé a recoger las bolas y a sacar de las tronqueras las que ya habíamos metido.
—¿Lo hacemos por equipos? —continuó, yendo a buscar los dos palos que quedaban colgados en la pared.
—Yo iré con Leonard —sentenció James, incorporándose, ya sin bulto alguno en su entrepierna, más del normal, quiero decir.
—No, no —negó Robert—. Tiene que ser los Black contra los no Black. —Al ver la expresión seria de su hermano forzó una sonrisa un poco más grande—. Vamos, James, solo nos vemos en navidad.
Thomas cogió le palo que le ofreció y yo recogí mi copa para beber el último trago algo aguado ya.

—¿Quiere otra, señor Black? —le pregunté, acercándome para recoger su vaso vacío y dedicarle una mirada.
—Sí —respondió, a mis palabras y a mis ojos.
—Otra para mí —añadió Robert, aunque nadie le hubiera ofrecido nada.
—¿Tú quieres, Thomas? —pregunté, ya de camino al mini bar.
—Brandy, si puede ser.
Cogí un vaso on the rock más y una copa baja para el brandy. Tiré los hielos derretidos en el pequeño fregadero y eché nuevos. Después serví el licor con ligereza. Cuando volví junto a ellos con las copas ya tenían la mesa de billar preparada.
—Parecía que sabías lo que hacías —me dijo Robert—. ¿Te pide mi hermano muchas copas?
Hizo que pareciera una broma, pero no lo era.
—Trabajé en un pub de Dublín durante un tiempo —respondí, yendo a entregarle su copa de brandy a Thomas.
—No… —eso le hizo gracia—. ¿De barman a ayudante? Suena a historia emocionante.
—Fue durante la universidad —le corregí con tono tranquilo.
—¿Un pub gay?
No perdí la calma y me mordí la lengua.
—No, un pub nocturno.
—Hubieras ganado más propinas en un pub gay —me dijo, antes de dar un trago al whisky.
—Ganaba muchas propinas igualmente —le aseguré con una fina sonrisa.
No sabía qué estaba intentando con aquello, si humillarme a mí o tratar de humillar al señor Black por haberme contratado, pero no lo iba a conseguir.
—¿Rompe la familia Black, o lo hacemos nosotros? —pregunté, ya con mi palo en la mano.
El señor Black se acercó al extremo de la mesa sin decir nada y golpeó con fuerza la bola blanca, incluso con más violencia que la primera vez. No se podía distinguir en su rostro ni en su postura, pero estaba enfadado.
Yo fui a continuación, seguido de Robert y después Thomas. El señor Black casi mete la primera bola lisa, pero fui yo quien lo hizo después de él. Sonreí y le dediqué una rápida mirada, algo discreto e íntimo. Metí una segunda bola seguida y casi una tercera.
—¿También jugabas al billar en el pub? —me preguntó Robert, aunque esta vez su tono más dicharachero y falsamente cordial se quebró un poco.
—No, solo servía copas.
Robert falló una tirada bastante sencilla y apretó los dientes mientras se incorporaba. Thomas falló otra y el señor Black metió dos seguidas. Me miró por el borde superior de los ojos. Yo sonreí un poco. Metí otra bola, pero fallé la segunda. Robert consiguió al fin meter una y se incorporó para mirarnos a todos con una sonrisa de soberbia. Thomas falló de nuevo y soltó aire por los labios.

—Hace mucho que no juego —repitió mientras me miraba, como si quisiera disculparse.
—No pasa nada, esto es solo por diversión —respondí para que no se sintiera mal.
Pero no era por diversión, era la puta guerra. Robert competía contra James y contra mí, pero no estaba a nuestro nivel, así que a medida que avanzó la partida empezó a tratar de distraernos con comentarios cada vez más afilados y provocadores.
—¿Y tienes pareja, Leonard? —me preguntó—. No debes tener mucho tiempo si sigues a mi hermano a todas partes.
Me incliné y esperé un momento para coger aire antes de golpear la bola blanca, que rodó de forma limpia y suave hasta empujar otra que cayó en el hoyo de la esquina.
—Tengo a alguien —respondí con tono calmado mientras me incorporaba. Robert era de mi altura y, aunque tratara de resultar tan intimidante como su hermano mayor, no lo conseguía—. ¿Tú tienes pareja, Robert?
Me moví al otro extremo para recolocarme y volver a inclinarme sobre el tablero con el brazo alargado mientras calculaba la fuerza que quería darle al golpe.
—Hay muchas mujeres en mi vida, muchísimas —acentuó mientras asentía para sí mismo—, pero no, no tengo pareja.
Di el golpe y fallé, quedándome un momento parado para tragarme mi enfado. Quedaba poco y cada fallo me acercaba más a la derrota. Fue el turno de Robert y metió, con una sonrisa se fue a por la siguiente y la metió también.
—La mayoría son modelos y cantantes —nos siguió contando, henchido por el momento—. Bellezas de Miami con cuerpos de infarto.
Bebí el último trago de mi copa y la dejé a un lado. Robert falló al fin y Thomas no hizo nada por mejorar la situación de desventaja que teníamos. A ellos les quedaba solo una y la negra para ganar y a nosotros tres y la negra. James se tomó un momento, se inclinó y metió la última bola lisa en la tronera del centro. Cogí aire y me mantuve en calma. No me importaba el juego, pero no quería perder contra alguien como Robert.
—¿Y tú tienes pareja, James? —le preguntó.
El señor Black se quedó en silencio, no hizo nada durante unos segundos y después golpeó demasiado fuerte la bola blanca, que rebotó con un ruido seco contra la negra y la alejó un poco del objetivo. Cogió una bocanada de aire para hinchar su pecho y después se incorporó con expresión seria para clavar sus ojos del azul del mar en los de su hermano.
—Tengo a alguien —respondió, para sorpresa de todos.
Robert se quedó con las cejas muy altas y los ojos abiertos, Thomas fue menos expresivo, pero parecía igual de sorprendido que el hermano menor.
—Ah… s… ¿sí? —tartamudeó un poco Robert, tratando de recuperarse lo más rápido posible.

—Sí —murmuró el señor Black en voz baja, alejándose de la mesa para que yo pudiera acercarme a la bola blanca.
Si ellos estaban sorprendidos, yo más aún. No me esperaba aquello, ni de broma. Había dado por hecho que se limitaría a quedarse en silencio o que daría una respuesta negativa. No que reconociera que había alguien en su vida, porque eso era algo de lo que ni yo estaba seguro. Había algo, por supuesto, pero yo no tenía muy claro el qué; nunca habíamos hablado de ello más que aquella noche a la vuelta de la fiesta sexual en la que me había pedido que le diera más que a nadie.
Yo no era estúpido y sabía que el señor Black me consideraba alguien importante para él, pero ahí se quedaba todo. No quería asumir que éramos pareja, ni que estábamos juntos, ni que me quería, porque esas eran cosas que jamás me había dicho.
Agité la cabeza y me concentré en la partida. No era el momento ni el lugar en el que quisiera pensar en eso, en realidad, no era algo en lo que quisiera pensar. Me incliné sobre la mesa y golpeé la bola blanca en dirección a la esquina. Metí la primera, metí la segunda y por mis cojones que metí la tercera. Entonces me enfrenté a esa bola negra tan mal posicionada y eché un rápido vistazo a la mesa. Pasé lentamente la lengua entre los labios de manera inconsciente y me mordí suavemente el labio inferior.
Cogí aire y golpeé la bola blanca. Rodó hacia el lateral, golpeando la bola negra de camino, la empujó demasiado rápido, era demasiado rápido, hacia la esquina. Chocó con un lateral de la tronquera y se deslizó hacia el centro. Estaba seguro de que no iba a entrar, y entonces, lo hizo.
Me incorporé con el pecho henchido y una sonrisa algo prepotente en los labios. Miré a Robert a los ojos y ladeé la cabeza.
—Ha sido divertido —dije.
Él me miró, y disfruté de cada pequeño gesto de enfado y de cada segundo de aquel momento. Apretó un momento los dientes, forzó una sonrisa que le debió quemar el alma y respondió:
—Sí, muy divertido. ¿Jugamos otra?
—No —se negó el señor Black, dejando su palo sobre la mesa—. Es tarde para nosotros.
Me hizo una señal rápida con la mano y se fue directo hacia la puerta. Yo dejé el palo sobre la mesa y me despedí de ambos hombres con una inclinación de cabeza. Tuve que apurar un poco el paso para seguir a James en dirección al pasillo. Continuamos hasta las escaleras, ascendimos con paso ligero y cuando me iba a despedir del señor Black para girarme hacia mi ala de la casa, me agarró de la muñeca y tiró de mí sin dejar de caminar. Abrió la puerta de su habitación, me metió dentro y la cerró tras él.
Me pregunté si estaba enfadado y si quizá había hecho algo mal al reírme un poco de su hermano pequeño. Sin embargo, el señor Black se acercó como un tornado hacia mí y me rodeó con fuerza antes de besarme, direc-

tamente con la lengua, hasta llenarme la boca. Me apretó el culo y pude notar la gran erección de su entrepierna.
Entonces le rodeé el cuello con los brazos y respondí con la misma necesidad a sus besos. Me desabrochó el cinto a prisa y metió de nuevo las manos, esta vez directamente sobre la piel de mis nalgas. Gruñó y me llevó hacia la cama antes de tirarme con cierta violencia sobre ella. Me dio la vuelta y se puso de rodillas para hundir su cara entre mis nalgas y lamer mi ano con fuerza.
—Joder… —jadeé. Estaban pasando muchas cosas aquella noche que no me esperaba.
Sabía que no estábamos en casa y que no podría gemir y jadear tanto como me hubiera gustado, así que hundí un poco la cara en el nórdico sobre la cama y me concentré en ahogar el ruido que salía de mis labios mientras apretaba con fuerza las manos.
Tras un glorioso repaso a cada centímetro de mi trasero y un par de pequeños mordiscos, el señor Black se tiró sobre mí con un grave jadeo y colocó la punta de su polla húmeda sobre mi ano, buscando entrar con impaciencia dentro de mí. Siempre era un poco más difícil cuando no teníamos lubricante y el señor Black no tenía suficiente paciencia para esperar a que dilatara; pero la leve incomodidad y el dolor se mezcló con el enorme placer y sus lametones muy húmedos sobre mi cuello.
Me empezó a follar incluso antes de haberla metido entera, algo muy extraño en él, jadeando y gruñendo a mi oído sin parar. Tampoco duró tanto como solía durar, y al minuto y medio noté como se corría con un último embate, rodeándome con los brazos para atraerme todo lo posible a él y metérmela lo más profundo posible. Entonces se detuvo y dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre mí mientras yo respiraba de forma lenta pero profunda.
Había sido un polvo muy raro: cargado de deseo y una necesidad que había rozado la desesperación. Tras un largo momento en silencio, cuando el señor Black había conseguido recuperar el aliento y un poco la cordura, levantó la cabeza para darme un beso en la mejilla y extender sus brazos sobre el nórdico hasta entrelazar sus dedos con los míos.
—Me has puesto muy cachondo, Leonard —reconoció en voz baja y falta de aire.
—Lo he notado —le aseguré en el mismo tono bajo.
Tras un poco más así, el señor Black se incorporó, me pidió que esperara allí y salió por la puerta. Me quedé un momento tumbado, pero terminé subiéndome los pantalones porque aquella no era nuestra casa y no quería que ningún mayordomo entrara por la puerta y me viera con el culo al aire y tirado en la cama.
El señor Black volvió con un papel entre las manos y me lo ofreció, aunque me miró sentado y me dijo:
—¿No quieres limpiarte?
Se me escapó una risa corta.

—¿Desde cuándo nos limpiamos? —le pregunté.
—Desde que no soy yo quien paga a las personas que limpian las sábanas.
—Ah… —comprendí, asintiendo un par de veces—. Tienes razón.
El señor Black se desnudó mientras yo me limpiaba y le pregunté si quería que me fuera a mi habitación y volviera más tarde; pero él se negó. Así que me desnudé y me metí bajo las mantas a su lado. Nos pusimos de lado y me rodeó con los brazos.
—Ya has estrenado dos de mis camas, Leonard —me dijo en un murmullo bajo tras un pequeño silencio.
—¿Sí?
—Si. La del ático y esta.
—¿Queda alguna otra que deba estrenar? —le pregunté con una sonrisa que no pudo ver.
—No, ya no te queda ninguna. ¿Me queda a mí alguna?
—Supongo que la de mi habitación en Irlanda —respondí.
Tras un breve silencio me preguntó:
—¿Y ese novio de la universidad…?, ¿no te la estrenó?
—No, James —tuve que responder, aunque ya sabía por dónde iba a ir esa conversación—. Nunca le llevé a dormir a casa.
El señor Black no dijo nada, pero le sentí mover la cabeza tras la mía con afirmación.
—¿A mí me vas a llevar a dormir a tu casa, Leonard?
Cerré los ojos apreté un momento los labios.
—Si quieres, te llevaré —le prometí.
Y tras otro de sus breves silencios añadió:
—Así que tú y yo tenemos algo.
Noté un latido más fuerte en el pecho y me puse un poco nervioso. Miré la penumbra de su habitación y me concentré en tratar de mantener la compostura y el tono de voz tranquilo.
—Yo creo que sí.
—¿Crees?
Solté el aire y me puse todavía más nervioso.
—Me gustaría mucho que sí, pero no sé lo que tú piensas sobre eso, James.
Aquel nuevo silencio se clavó en mí como pequeñas agujas de hielo. Me sentía expuesto, débil y ridículo. El señor Black estaba tan solo a un resoplido de burla o una carcajada de hacerme llorar.
Pero no dijo nada. Solo me abrazó un poco más fuerte y se quedó así. Los ojos se me humedecieron y negué con la cabeza.
—James, necesito que me respondas a esto —le pedí—. Sabes que… yo… —me detuvo porque el abdomen se me contrajo y perdí un poco de aire—. Me estoy enamorando mucho de ti y no quiero ser un gilipollas —le confesé—. ¿Tú y yo tenemos algo?
—Sí, Leo. Lo tenemos —respondió entonces.
Cogí aire, sintiéndome de pronto bastante relajado y agradecido de aquella respuesta. Lo había pasado bastante mal y había temido que el se-

ñor Black no se estuviera tomando nuestra extraña relación de la misma forma en la que yo, para mi propia sorpresa, me la estaba tomando.
Me di la vuelta entre sus brazos para poder tumbarme frente a él. Estaba bastante oscuro, y solo entraba una tenue luz pálida por la ventana sobre el escritorio. Distinguí el rostro masculino y perfilado de James, su barba densa y su nariz; le acaricié con la punta de los dedos y le di un beso en unos labios que tardé un par de intentos en encontrar. Él me abrazó y me atrajo a él para besarme con lengua.
Estuvimos un buen rato así, compartiendo aquel momento en la oscuridad hasta que en algún momento nos quedamos dormidos. La alarma del móvil me sorprendió cuando ni siquiera había comenzado a amanecer. La apagué deprisa y me abrí paso de debajo de James lentamente, tratando de no despertarle, antes de ponerme el bóxer y recoger mi ropa tirada por el suelo. Salí al pasillo mirando hacia todos lados, como si fuera una especie de ladrón, y apuré el paso por aquel suelo de madera que me hacía saltar un poco cada vez que crujía bajo mi peso.
Cuando al fin llegué a mi habitación vacía solté una respiración de alivio.
Dejé mi ropa a un lado y fui hacia la cama para hacerme un hueco entre sus mantas frías y solitarias. Me estremecí un par de veces mientras trataba de entrar en calor, echando de menos los brazos de James y su cuerpo junto al mío.
La segunda alarma del móvil, porque ahora tenía dos alarmas… sí, en vacaciones tenía dos alarmas, me despertó una hora después. El cielo se había despejado un poco y se había teñido de colores malva y naranjas cuando el sol había salido por entre las montañas. Me desperecé y me senté en la cama, me tomé un momento para odiar el mundo, madrugar y todas las cosas de aquella casa, y después fui junto a las maletas que habían dejado a un lado. El baño de invitados no estaba lejos y me permití el lujo de ir en ropa interior hasta la ducha. Todavía me estaba vistiendo cuando entraron por la puerta.
Un Thomas adormilado y en pijama de rayas me miró un segundo antes de cambiar a una expresión de pánico y soltar una disculpa acelerada antes de cerrar la puerta con un golpe seco. Yo no dije nada, solo me vestí más rápido pensando en lo horrible y poco sexy que era aquel pijama. Me quité unas lentillas bastante dolorosas y me prometí una vez más que no volvería a dormirme con ellas puestas. Me puse mis gafas y salí del baño ya con todo preparado.
Fui a buscar a James a su habitación, recorriendo el mismo camino que había hecho por la madrugada, pero esta vez sin ir de puntillas ni asustarme por cada ruido que oía en la oscuridad. Llamé solo una vez y dije:
—Señor Black, ¿está usted despierto?
—Leonard —me llamó su voz, pero desde el pasillo.
Apareció desde la puerta del baño de aquella ala, todavía con el pelo algo húmedo, y se acercó hacia mí.

—Buenos días, señor Black —le saludé con una sonrisa.
—Buenos días, Leonard —respondió.
Miró a mis espaldas para comprobar que no había nadie y colocó una mano en mi cadera para darme un rápido beso en los labios. Parpadeé, sorprendido pero encantado, y le miré a los ojos.
—Vayamos a desayunar —me indicó con su expresión seria de siempre.
Al contrario que el resto de las comidas, el desayuno no era algo que la familia Black compartiera toda junta alrededor de la mesa del comedor. Así que nos sentamos solos en la larga mesa y el señor Black pidió café, leche, tostadas, huevos revueltos y el periódico.
El mayordomo se fue para hacer el pedido en la cocina y volvió con el periódico doblado entre las manos de guantes blancos.
El señor Black hizo una señal con la cabeza para que me lo entregara y yo le di las gracias al mayordomo con una sonrisa. El servicio siempre aceptaba mi agradecimiento con un poco de sorpresa y un asentimiento tímido de vuelta. Yo llevaba apenas un día allí y ya les había dado las gracias más veces que la familia Black en diez años.
Tardaron apenas un par de minutos en traernos una cafetera de plata con café recién hecho, tazas de porcelana, cubiertos, servilletas, manteles de mesa, azucarero, leche caliente en una jarra de cristal, una bandeja con tostadas en fila y un cuenco con mantequilla y otro con mermelada.
—Los huevos estarán enseguida, señorito Black —se disculpó el mayordomo.
—Te juro por Dios que creía que esto solo pasaba en las películas —le dije en voz baja sin apartar la mirada de aquel despliegue de utensilios para dos putos cafés y unas tostadas.
En mi casa mi madre hubiera cogido dos tazas de la alacena, las hubiera llenado de café de la cafetera eléctrica y les hubiera echado leche directamente del tetrabrik antes de servirlos con una sonrisa.
—¿En serio estás sorprendido, Leonard? —me preguntó él, alcanzando la jarra de plata con el café para servirnos a ambos.
Sonreí y le miré.
—No, la verdad es que no —reconocí.
Estábamos charlando sobre una noticia estúpida del periódico, como cualquier otro domingo durante el desayuno, cuando aparecieron Sarah y Thomas por las escaleras y se presentaron en el comedor. Ambos murmuraron un saludo de buenos días y se sentaron frente a nosotros.
—Siento haberte interrumpido en el baño, Leonard —se disculpó Thomas con una leve sonrisa en sus labios finos.
James le miró por el borde superior de los ojos y puso una expresión seria.
—No pasa nada —respondí yo—. Ya casi había terminado.
—Estoy tan acostumbrado a usar yo solo ese baño que me olvidé de llamar a la puerta.
Sonreí más, pero no le di ninguna importancia a aquel incidente. Había visto su pijama y sabía que él se tomaba en serio la norma de no follar en

aquella casa, no como yo.
Entonces nos pusimos a desayunar en silencio. Yo miraba el periódico y los únicos sonidos que interrumpían mi lectura era el pasar de las páginas, el tintineo de las cucharas en las tazas y el crujir de las tostadas.
—¿Y cómo es África? —le pregunté entonces, cerrando el periódico y levantando la mirada hacia Thomas, porque de la pareja era el único que tenía esperanzas de que pudiera llegar a caerme bien.
El hombre se apresuró a tragar el café que acababa de beber y se limpió con la servilleta antes de responder:
—África es un lugar increíble.
—Sin duda —asentí—, cuando veía documentales sobre la sabana siempre pensé que me encantaría poder visitarla, pero después pienso en los mosquitos, el calor, y lo ridículo que quedaría un irlandés correteando por ahí y cambio de idea.
Thomas entreabrió los labios, pero tardó un momento en decidir si estaba bromeando o no.
—El calor y los mosquitos son un incordio —coincidió, tomando la decisión de mantenerse neutro y no arriesgarse demasiado a cometer un error. Aquella era la casa de los Black, después de todo—, pero tenemos mosquiteras y solemos evitar trabajar al medio día, cuando el sol pega con más fuerza.
—¿Y con los irlandeses?
—¿Perdona? —preguntó, como si no me hubiera entendido.
—Evitáis el calor y los mosquitos, pero ¿qué hacéis con los irlandeses que quieran corretear por allí? —y sonreí, para dejar claro que era una broma.
—Oh, eh… La verdad es que un compañero nuestro de Médicos sin Fronteras es irlandés —miró a Sarah y ella asintió, como si tuviera que confirmar sus palabras—. Es un hombre muy inteligente y un gran profesional. Cormac Boyle.
—¿Trabajáis también con Médicos sin Fronteras? —continué, ciñéndome a la conversación formal, porque estaba claro que Thomas no entendía mi fino humor.
—Vamos, Leonard —dijo James antes de que él pudiera responder—. Tenemos que trabajar.
Asentí y me terminé el café antes de despedirme de la pareja con una ligera sonrisa.
—No lo intentes —me dijo el señor Black de camino hacia su habitación—. No van a ser tus amigos.
—Solo quería hablar un poco durante el desayuno —reconocí, encogiéndome de hombros.
—En esta casa no hay conversaciones informales, Leonard, solo preguntas incómodas y respuestas cortas —murmuró por lo bajo.
Me limité a asentir y entré en la habitación. Cuando llegó la hora de la comida nos reunimos todos de nuevo en el comedor. Robert llegó solo un poco antes que su padre, farfullando alguna tontería sobre que de noche

era mucho más creativo y estaba más inspirado o alguna gilipollez así. Comimos en silencio y después James y yo pudimos huir al salón para tomar un café rápido antes de subir de nuevo a la habitación a por nuestros abrigos.

Era domingo y no nos quedamos trabajando por la tarde, sino que salimos al patio trasero y nevado. El señor Black me llevó a conocer a los perros, dos labradores de los que caí rápidamente enamorado, y les dimos un largo paseo por los alrededores. Caminar juntos por un camino de bosque nevado a los pies de un lago… no sé, fue bastante guay. Hubo un momento en el que me puse a caminar de espaldas con las manos en los bolsillos para mirarle a los ojos e interrumpir sus pasos antes de darle un beso en los labios. Él se sorprendió al principio, pero después me rodeó con los brazos para convertirlo en un morreo bastante intenso en mitad de la suave nevada. Puede que el señor Black no fuera un hombre romántico, pero a mí aquello me pareció bastante romántico.

Al volver ya casi había anochecido y nos encontramos con una casa tan silenciosa como la que habíamos dejado. Subimos las escaleras y el señor Black me detuvo antes de que girara hacia mi ala.

—Si tenemos cuidado y somos discretos, podemos ducharnos juntos —me ofreció.

Sonreí, entre feliz y excitado, y le hice una señal para que me acompañara. Evidentemente fue algo más que una ducha caliente, pero al menos no tuvimos que limpiarnos porque ya estábamos bajo el agua. Cuando ya estuvimos vestidos, quité el pestillo de la puerta y saqué la cabeza con unas gafas empañadas para ver si había alguien a la vista. Salí y le hice una señal al señor Black, quien se movió a paso rápido y con la misma ropa con la que había entrado hacia el pasillo. Ambos nos cambiamos de ropa en nuestras habitaciones y volvimos a reunirnos antes de la cena.

Robert nos detuvo antes de que nos fuéramos, siguiéndonos a paso algo apurado y con la cajetilla de tabaco en la mano mientras se sacaba un pitillo y se lo ponía en los labios.

—¿Otro billar esta noche? —nos preguntó.

—No. Esta noche vamos a jugar a las cartas —respondió el señor Black con su cara seria.

—¡Póker! —exclamó Robert, poniendo las manos hacia arriba—. ¡Es incluso mejor! Aviso a Thomas mientras fumamos y subimos enseguida —continuó, sin darnos tiempo a negarnos antes de marcharse hacia el porche de la casa.

Miré al señor Black, pero él estaba muy concentrado siguiendo a su hermano pequeño con los ojos y una leve mueca de enfado.

—Siempre hace lo que le sale de la polla —murmuró en voz baja—. Y nadie le dice nada.

Puse una mano discreta en su cadera y me incliné un poco para decirle:

—Ya se arrepentirá cuando le quite todo su puto dinero.

El señor Black bajó la mirada hacia mí y en sus labios se deslizó una pe-

queña sonrisa entre la felicidad y la excitación.
—¿Eso vas a hacer, Leonard? —me preguntó con un tono grave y ligeramente más profundo.
—Sabe que sí, señor Black —respondí, encogiéndome de hombros—. Es lo que hago siempre.
Cuando tras apenas una hora de partida y dos vasos de whisky escocés el señor Black y yo conseguimos dejar sin fichas a Robert y Thomas, él nos excusó diciendo que era tarde. Me llevó derecho a su habitación y volvimos a follar de esa manera un tanto apasionada y más rápida de lo normal. Empecé a sospechar que a James le excitaba de una forma extraña y un poco perturbadora que humilláramos de aquella manera a su hermano menor y al pobre de Thomas.
—Somos los mejores, Leonard —me dijo con una sonrisa aquella noche, acariciándome la espalda mientras yo le rodeaba el pecho con un brazo y me apoyaba sobre él—. ¿Viste sus putas caras cuando les enseñaste la escalera de color?
—Es la primera vez en mi vida que he conseguido escalera de color —reconocí con una sonrisa.
James me apretó un poco más fuerte contra él y cogió una bocanada de aire hasta hinchar el pecho, soltándola en lo que, juraría, fue un suspiro de felicidad. Al señor Black le gustaba ser el mejor, y le gustaba que yo lo fuera junto a él.

Tras los primeros días, James y yo conseguimos crear nuestra propia rutina dentro de aquella casa del terror. No fue difícil, porque la familia Black era… era muy extraña. Solo se reunían en las comidas y las cenas, jamás hacían otra cosa juntos ni compartían otro espacio que no fuera el comedor. Cada uno parecía tener su vida lejos del resto: el padre en el despacho, la madre en la sala del té o en el invernadero, mientras sus hijos apenas salían de sus habitaciones o se movían discretamente por la casa para salir y entrar.

—¿Siempre ha sido así? —le pregunté a James durante otro de nuestros paseos con los perros—. De solitario, digo.

—Sí, siempre —respondió—. ¿No es así en tu casa?

Me reí.

—Oh, no… mi casa es un circo comparado con esto —y añadí con una sonrisa—. Ya lo verás.

El señor Black me miró y asintió, aunque, como muchas otras veces, no conseguí descifrar si la idea le gustaba o no.

El único momento en el que nos reuníamos con los demás a parte de las comidas era tras la cena, cuando Robert y Thomas subían a la biblioteca después de echar un pitillo en el porche. Ya habíamos probado varios juegos, a los que James y yo nos asegurábamos de ganar siempre. El único en el que estuvieron cerca de ganarnos fue en el «Trivial Nivel Genio», porque Thomas era un hombre realmente inteligente y con un conocimiento general bastante impresionante. Tuvimos una especie de discusión educada sobre si una de las respuestas de la tarjeta era correcta o no; yo insistía en que no y él trataba de decirme de la forma menos grosera que me equivocaba.

A la mañana siguiente se sentó frente a nosotros en el desayuno y me dijo con un tono calmado y serio:

—Tenías razón, Leonard. Los corales marinos están considerados animales invertebrados.

Sonreí y asentí educadamente apartando la mirada del periódico para mirarle.

—Gracias, Thomas.

—Entonces ganó Leonard —concluyó James mientras masticaba una tostada, sin tanto tacto ni cuidado como nosotros.

—No hubiera ganado si en vez de Robert hubiera estado yo allí —le aseguró Sarah—. Él solo sabe de música y mujeres fáciles.

Cogí mi taza de café y me la llevé a los labios para tapar mi sonrisa.

—¿Quieres demostrarlo? —le retó James con una mirada seria.

—Claro —aceptó ella—. Esta tarde.

—Esta tarde Leonard y yo tenemos que trabajar. Lo haremos a la noche —concluyó el señor Black, haciendo patente su autoridad superior en la mesa.

Como habíamos prometido, a la noche nos reunimos en la biblioteca tras la cena, los cinco esta vez, para enfrentarnos en una nueva ronda de «Trivial Nivel Genio»; pero la última versión que habían ido a comprar Sarah y Thomas aquella misma tarde.

—Sin preguntas desactualizadas —dijo ella, abriendo la caja.

Lo de competir hasta la muerte parecía algo muy metido dentro de los genes de los Black.

Robert estaba allí casi por estar, soltando alguna de sus tonterías de vez en cuando mientras las dos parejas nos enfrentábamos en un duelo de conocimientos y cultura. A veces tenía que valorar una respuesta con el señor Black y me inclinaba para susurrarle algo al oído y discutir brevemente si era lo correcto o no. Eran preguntas algunas veces muy específicas y rebuscadas, y aunque nosotros éramos dos hombres con bastantes conocimientos, Sarah y Thomas poseían un control sobre los temas más científicos que nosotros no teníamos. Por suerte, nosotros teníamos un control sobre la literatura, la historia y la economía que ellos no poseían, así que llegamos a un punto muerto y a una última ronda de preguntas rápidas.

—¿Qué reina de Escocia fue la primera mujer…?

—¡María Estuardo! —grité, golpeando la mesa e interrumpiendo a Thomas.

Él me miró un momento, giró la tarjeta y afirmó, dándonos así la victoria tras una larga, larguísima ronda de preguntas. Solté un pequeño grito y apreté el puño mientras sonreía, miré a James, que me respondió girando el rostro con una expresión muy seria. Esa en la que era difícil diferenciar si quería matarme o follarme hasta el amanecer. Sarah puso la misma cara de asco de su madre y miró hacia la puerta.

Había sido una partida muy, muy intensa y muy igualada; pero, al final, nosotros ganamos con todas las de la ley. El polvo de aquella noche fue brutal, por supuesto, y estaba bastante seguro de que, o las paredes de esa casa eran muy gruesas, o probablemente nos hubieran oído.

Me desperté con un leve dolor en el culo y empecé a echar de menos el lubricante. Apagué el despertador y tuve que irme del lado de James, como cada mañana, antes de que amaneciera. Odiaba aquello con toda mi alma. Aquel paseo en la oscuridad para dormir la última hora en esa cama vacía. Parecía empezar a estar caliente solo cuando ya sonaba el segundo despertador y tenía que levantarme e ir a ducharme.

—Buenos días, señor Black.

—Buenos días, Leonard.

El señor Black me esperaba en el pequeño hall antes de bajar las escaleras, se aseguraba de que no hubiera nadie alrededor y me daba un suave beso en los labios de buenos días. Nos sentamos en el comedor frente a un desayuno ya servido y un periódico doblado. El servicio de la casa ya lo preparaba todo de antemano desde el segundo día en que bajamos a desayunar. Sarah y Thomas bajaron quince minutos más tarde que noso-

tros y se sentaron en la mesa.
—Qué suerte tuviste, Leonard, de que la mayoría de preguntas de historia fueran sobre Europa —me dijo Sarah en un tono de voz de fingida indiferencia, como si aquel fuera un detalle sin importancia y no una frase para desacreditar el valor de nuestra victoria.
James la miró de forma seria y cortante.
—Ganamos y punto —le dijo con voz fría—. Si no sabes sobre historia europea, Sarah, pídele a padre una de sus enciclopedias.
Ella se quedó en silencio mientras untaba un poco de mantequilla en su tostada con la mirada baja. Había algo profundamente triste en que los hermanos se trataran de aquella forma, como desconocidos y rivales, y no como familia; aunque no era algo que me sorprendiera con unos padres como el señor y la señora Black.
—¿Habéis oído unos ruidos raros esta noche? —preguntó Robert cuando llegó la hora de comer y estábamos esperando a que el padre de los Black bajara de su despacho—. Como golpes contra la pared.
Sí, el cabecero de la cama de James.
—Y un gruñido raro.
Yo encima de él.
—No, no se oyó nada —respondió un James completamente indiferente—. ¿Se oyó algo en vuestra ala, Leonard?
—No, no que yo recuerde, señor Black —respondí, fingiendo que me detenía a pensarlo.
—Le diré al servicio que revise el desván —dijo la señora Black, quitándole importancia con un ademán de su mano fina y pálida—. Ya sabéis que a veces se cuelan animales.
—No veía de arriba, venía del pasillo —insistió él.
Por suerte se oyeron los pasos secos de su padre sobre las escaleras y la conversación murió allí, como pasaba siempre que él aparecía.
—Os recuerdo que esta noche tenemos un cóctel en la casa de los Fletcher y que todos debemos asistir —les dijo en esta ocasión antes de levantarse de la mesa tras una hora de comida sepulcral—. Llegaremos puntuales y daremos la imagen que los Black deben dar.
Así que aquella tarde interrumpimos el trabajo antes de tiempo y nos tomamos un buen rato para ducharnos, cada uno por su lado, y ponernos los trajes de gala que el señor Black había tenido la previsión de traer con nosotros. Llamé a su habitación y entré sin esperar respuesta, encontrándome con un James que se estaba ajustando las mangas de la camisa bajo su traje italiano color crema. Le ayudé sin decir nada y ajusté el pañuelo blanco que tenía en la solapa. Él me desabrochó un botón de la camisa a cambio y se aseguró de que llevara puesto el reloj de diez mil dólares que me había prestado.
—Ponte la bufanda negra —me ordenó.
Asentí y fui a buscarla, me la puse al cuello como a él le gustaba: «de forma casual pero elegante» y volví junto a él. Nos movimos al baño de su

ala para que pudiera ver el resultado frente al espejo, pero se enfadó porque no era lo suficiente grande para vernos de cuerpo entero.
—Estamos muy guapos, James —le aseguré en voz baja.
—Tenemos que estar perfectos —respondió en el mismo tono de voz, pero un poco más enfadado—. Esa es la imagen de los Black.
Tuve que darle la razón y tratar de calmarle todo lo posible hasta que su madre y su hermana volvieron de la peluquería y todos empezaron a congregarse en el hall de la entrada. Thomas y Robert llevaban trajes a medida, el hermano menor un poco más entallado y con unos pantalones que, por desgracia, no dejaban demasiado a la imaginación. No quise mirar, pero simplemente estaba allí. Quise apartar la mirada rápidamente, pero ya era tarde y él ensanchó su suave sonrisa.
No era la primera vez que había percibido de él una especie de necesidad por llamar mi atención. Robert no era gay, por supuesto, pero sus continuas derrotas le habían llevado a tratar de superarme en otros campos menos convencionales, como el de la seducción y el exhibicionismo.
No sabía qué cojones le pasaba por la cabeza para hacer aquello, pero tampoco es que me esperara ninguna lógica de la familia Black. Por suerte, al menos lo hacía muy a espaldas de James, y no creía que él se hubiera dado cuenta de lo que su hermano menor trataba de hacer.
Cuando estuvimos todos preparados, el padre de los Black bajó desde su habitación, perfectamente vestido y se detuvo en los últimos escalones. Nos echó una atenta mirada a todos, comprobando el resultado uno a uno antes de asentir lentamente y señalar la puerta.
—Puedo llevaros a todos en mi Mercedes Benz —le ofreció Robert a sus hermanos, haciendo tintinear las llaves en alto.
—No voy a ir apretado en tu coche de juguete —se negó James, con las llaves del Lamborghini en la mano.
Me hizo una señal para que le acompañara a la fría noche del porche y fuimos hacia su coche.
—No vamos a ir con cuatro coches diferentes a casa de los Fletcher —dijo Robert mientras levantaba las manos.
—Iremos con los coches que hagan falta —sentenció su padre, colocándose bien su abrigo con solapas de pelo negro mientras descendía los escalones. Parecía un político corrupto o un mafioso con eso puesto.
James no necesitó más para abrir la puerta del Lamborghini y hacerme una señal para que le siguiera. Nos metimos dentro y nos abrochamos el cinturón. El señor Black esperó a que el interior del coche calentara y aprovechó la oscuridad de su interior para colocar su mano sobre mi pierna.
—Vamos a ir a ese cóctel solo para que mi padre me pase por la puta cara que no he hecho medicina, como él me dijo —murmuró en voz baja, mirando cómo el señor y la señora Black se metían en su coche de lujo—. Hizo lo mismo cuando al hijo mayor consiguió su puto puesto de cirugía

—fue apretando los dientes a medida que hablaba, al igual que los dedos sobre mi pierna—. Solo quiere humillarme delante de sus amigos mientras hablan a mis espaldas.
Puse mi mano encima de la suya y crucé nuestros dedos para que dejara de hacerme daño. Le acaricié suavemente con el pulgar y esperé a que respondiera a mi mirada. Ojalá pudiera decirle algo que le hiciera sentirse mejor, pero no se podía curar toda una infancia traumática con solo una frase.
—Tu padre es gilipollas, James —le dije, y me encogí de hombros.
—Es mi padre, Leonard —me recordó con un tono enfadado—. Debes respetarle.
—¿Y por qué iba a respetarle? —le pregunté.
—Porque hay que hacerlo —dijo mientras inclinaba el rostro un poco hacia mí, entonces supe que no podría decir nada más al respecto.
—Muy bien —asentí, mirando hacia el frente. A la noche oscura y nevada.
James deslizó su mano bajo la mía y puso el coche en marcha, dando una pequeña vuelta a la rotonda con la fuente central que había frente al porche de su casa. Condujo con cuidado, como solía hacer, pero se fue poniendo cada vez más inquieto, tensando la mandíbula y apretando con más fuerza el volante deportivo del Lamborghini.
Entonces alargué la mano hacia su pierna y la acaricié.
—Yo estaré allí contigo, James —le dije, porque era lo único que podía hacer: estar allí para él.
El señor Black cerró un momento los ojos y volvió a abrirlos. Deceleró y detuvo el coche a un lado de la carretera. Dejó caer la cabeza y tomó un par de respiraciones profundas.
—No quiero ir, Leo —me dijo en voz baja—. No quiero ir…
—Yo tampoco querría ir —respondí.
Ladeó un poco el rostro, lo suficiente para mirarme por el borde de los ojos.
—¿No?
—Claro que no.
El señor Black se quedó en silencio y volvió la vista al frente para retomar el camino y seguir conduciendo, esta vez un poco más tranquilo que antes. Seguí acariciando su pierna hasta llegar a la casa de estilo colonial que había casi a la vera del lago y aparcó entre otros muchos coches, todos de buenas marcas, pero no tan buenas como las de los Black. James no se bajó enseguida, sino que apagó el motor y se quedó un momento allí parado antes de mirarme.
—Estás muy guapo, Leonard —me dijo.
—Yo siempre estoy guapo —respondí, como él hubiera hecho.
Eso le hizo sonreír un poco. Se inclinó sobre mí y me dio un beso en los labios, se separó un poco y yo le rodeé con los brazos para convertirlo en un beso más largo y con un poco de lengua. El señor Black cogió aire cuando se separó de mí y, tras un instante de duda, salió del coche.

La casa de los Fletcher no se parecía en nada a la de los Black. Era blanca, con un porche con platas que rodeaba la planta inferior hasta un balcón bastante amplio con vistas al lago. No parecía tan alargada, sino que era más baja y ancha y de ventanas amplias.

Subimos las escaleras de la entrada, iluminadas por unos farolillos navideños que arrojaban una luz amarillenta y agradable a la fría noche. Un hombre del servicio nos abrió la puerta con rosetón de abeto y lazo rojo y nos saludó a ambos con un asentimiento de cabeza antes de llevarse nuestros abrigos. El interior era un espacio bastante abierto, con tan solo un punto central con escaleras que ascendían al segundo piso; pero lo que más me sorprendió era que estuviera decorado. Aquella era una casa a la que realmente parecía haber llegado la navidad, no como la mansión de los Black.

Ya había bastante gente allí, perfectamente vestida y con copas en la mano mientras charlaban en grupos separados. Me pareció un lugar muy agradable, y no supe exactamente por qué. James puso una mano en la parte baja de mi espalda y fuimos hacia uno de los lados, hacia el amplio grupo que formaban los Black junto con un matrimonio mayor y un joven trajeado y de sonrisa amplia. Los tres eran bastante altos, quizá la mujer llegara al metro ochenta y muchos y su marido y su hijo superaran con facilidad el metro noventa.

—¡James! —le saludó el hombre de pelo blanco mientras le entregaba una mano.

—Señor Fletcher —respondió él con su sonrisa del Soltero de Oro mientras le estrechaba la mano—. Señora Fletcher, está usted encantadora, como siempre —le dijo a la mujer a su lado.

Ella sonrió y puso un poco los ojos en blanco antes de acercarse para darle dos suaves besos en las mejillas.

—Tú sí que eres encantador. Cada vez que te veo estás más guapo, James —respondió ella.

El resto de los Black estaban allí, sonrientes, elegantes y callados; porque eran la familia perfecta.

—James —le saludó también el joven alargando su mano hacia él para que se la estrechara.

—Paul —sonrió él, dándole un apretón más animado—. Felicidades.

—Gracias —respondió el joven recién graduado, llegando a sonrojarse un poco incluso.

—¿Dónde está Edward? —preguntó el padre de los Black, con una sonrisa en los labios que me daba escalofríos—. Estoy deseando discutir con él sobre el último artículo de la revista *New Medicine*.

Todos se rieron, como si hubiera dicho algo graciosísimo, pero James apretó el puño a la espalda mientras se reía de esa forma falsa y ensayada.

—Debe estar escondido en alguna parte —respondió su madre con una expresión de dulce exasperación. Realmente era una mujer encantadora—. Ya sabéis lo poco que le gustan estas cosas. Si por él fuera nos llamaría

desde la sala de cirugía para felicitarnos la navidad y seguiría trabajando.
Todos volvieron a reírse.
—Vuestro hijo es un médico de verdad, de los que ya no quedan —les halagó el señor Black, mientras James solo apretaba más y más fuerte el puño a la espalda—. Debéis estar muy orgullosos de él.
—Estoy muy orgullosa —reconoció la señora Fletcher con una mano en el pecho—, pero a veces me gustaría que dejara de trabajar tanto y disfrutara un poco. Va a hacer treinta y dos este año y todavía no ha traído a nadie a casa.
—Oh, querida, como te entiendo —dijo la señora Black con una suave sonrisa constante, como si les hubiera dado la vuelta a sus labios siempre asqueados y hacia abajo—. James cumplirá veintinueve este año y solo ha traído a casa a su ayudante.
Los Fletcher me miraron entonces, como si no se hubieran percatado hasta entonces de mi presencia allí, un poco apartada y silenciosa. Sonreí y les dediqué un asentimiento de cabeza a forma de saludo.
—Oh, perdona, querido —dijo la señora Fletcher—. No te habíamos visto —reconoció, sintiéndose visiblemente avergonzada por ello.
—Parte de mi trabajo consiste en que no lo hagan —respondí, quitándole importancia con una sonrisa más amplia.
Ella se rio un poco, más relajada ahora que sabía que no me había ofendido, antes de continuar:
—¿Ese acento es irlandés? Es muy bonito.
Entreabrí los labios, pero la señora Black se me adelantó.
—Sí, es irlandés. —Me miró—. ¿Podrías ir a por unas copas para la familia, Leonard?
No perdí la sonrisa, pero aquello había sido un ataque directo y nada sutil hacia mí. Primero me estaba tratando como al servicio, y segundo, me estaba distanciando de la perfección de la familia Black. Me sentí en mitad de un conflicto bastante grande entre si asentir y obedecer, aceptando que me degradara a los ojos de los Fletcher, o a responder y negarme, creando un incómodo momento de tensión que, a James, probablemente no le fuera a gustar.
—Iré con él —se ofreció James entonces—, Leonard no podrá con todo él solo.
—Yo quiero un Bloody Mary —dijo Robert al momento—. ¿Tú, Sarah?
—Dos Martini —pidió ella por los dos.
—Yo un Tom Collins —dijo el padre de los Black, dedicándome una breve y rápida mirada—. ¿Tú, querida?
—Creo que me tomaré un Manhattan —sonrió ella, poniendo una mano en el pecho de su marido con una expresión como de placer culpable y de capricho.
Me dieron ganas de vomitar.
—El barman está al final del salón —nos indicó el señor Fletcher—. Paul, acompáñalos, haz el favor —le pidió a su hijo pequeño.

—No, no se preocupe, señor Fletcher —negó James—. Nosotros los traeremos.
—Leonard era barman antes de ayudante —dijo Robert con una fina sonrisa, sin perder aquella oportunidad de oro para decirlo en alto—. Trabajó en un pub nocturno de Dublín.
La señora Black perdió un momento la sonrisa, pero se recuperó rápido mientras James le dedicaba una mirada asesina y discreta a su hermano menor.
—Durante la universidad —afirmé yo.
James me hizo una señal para que le siguiera y se disculpó antes todos mientras íbamos en busca de las copas. Siguió sonriendo, como siempre hacía en las galas y cenas, colocando una mano en la parte baja de mi espalda y acercándose discretamente a mi oído para susurrar:
—No te dejes humillar, Leonard. Tú formas parte de mi vida y deben saber que somos los mejores.
—Es una posición difícil, James —respondí en el mismo tono bajo y con una ligera sonrisa mientras nos acercábamos a la barra del barman—. Soy tu ayudante y no quiero responder mal a tu madre ni a tu hermano delante de los Fletcher.
Noté un apretón un poco más fuerte a mi espalda y perdió un poco de su sonrisa. Sabía que yo tenía razón; yo no era nada más que el irlandés gay que trabajaba para su hijo.
Llegamos a la barra y pedí todas las copas del tirón, pero separándolas bien y con unas pocas pausas para que le diera tiempo al barman de memorizarlas. Yo sabía lo que era que te llegaran y te soltaran una orden rápida y sin sentido. Mientras el hombre con pajarita hacía rápidamente su trabajo, James apoyó un codo en la barra y se volvió hacia mí. Me miró en silencio un momento antes de murmurar en voz baja:
—Mis padres te odian y a mis hermanos no les gustas.
No me molesté ni en fingir sorpresa.
—Lo sé.
Él asintió lentamente y tardó un breve momento en preguntarme:
—¿Te irás de mi lado por eso?
Fruncí el ceño y me giré más hacia él.
—No —respondí.
Él volvió a asentir y compartimos uno de nuestros largos silencios de mirada fija mientras el barman iba colocando una a una las copas sobre la barra frente a nosotros. Al terminar las cogimos todas y las llevamos de vuelta a la familia Black.
—Leonard, aparca mejor el Mercedes —me dijo entonces Robert, casi tirándome las llaves de su coche—. Lo he dejado un poco salido y parece que a los invitados les cuesta entrar.
—No es tu criado —le dijo James con tono enfadado y grave, rompiendo de forma algo repentina con su apuesta fachada de Soltero de Oro.
Entonces se produjo un silencio incómodo y todos miraron a James entre

la sorpresa y el desconcierto.
—James —le llamó su padre con el mismo tono serio y algo cortante—. Tu hermano está ocupado aquí, que Leonard lo haga.
James tuvo entonces que agachar un poco la cabeza, tragarse su enfado y frustración y mirarme para indicarme que podía ir. Yo me alejé sin decir nada y sin molestarme si quiera en sonreír.
Fui hacia el Mercedes Benz de Robert, el cual había aparcado de una forma demasiado salida como para no sospechar que lo hubiera hecho a propósito para que todos los que llegaran pudieran tener una buena visión de él. Subí y me quedé un momento allí parado, sin encender el motor y con la mirada perdida al frente.
Aquella familia estaba jodida, muy jodida, y a mí no podía importarme menos la forma en la que me trataran o quién creyeran que era. No necesitaba la aprobación de una panda de sociópatas como ellos, y, sin embargo, no pude evitar sentir un pequeño vacío en el pecho. James, por alguna razón que yo no era capaz de comprender, respetaba a sus padres. A él le importaba lo que ellos pensaran, y si yo no era lo suficiente bueno para ellos, quizá James creyera que no lo era tampoco para él. Podría…
No. Me detuve y agité la cabeza. No iba a hacerme eso a mí mismo. ¿Desde cuándo era yo un hombre tan inseguro?
Encendí el motor y aparqué mejor el coche, sacándolo de la mitad del camino de entrada. Después salí, demasiado deprisa y me resbalé un poco sobre la piedra helada. Tuve que apoyarme entre la puerta y el techo para no caerme de espaldas. Puse los ojos en blanco y solté un resoplido antes de cerrar la puerta de un golpe seco.
Caminé de vuelta al porche con las manos en los bolsillo y un poco encogido por el frío.
—¿Estás bien? —me preguntó una voz a un lado.
Moví la cabeza, pero me costó un momento distinguir la sombra que había sentado sobre un columpio del porche. Tenía un traje oscuro sobre una camisa blanca, las piernas cruzadas y un pitillo en la mano.
—Casi te caes ahí atrás —añadió, señalando con su mano del pitillo hacia el aparcamiento.
—Ah, sí —respondí al fin, girándome hacia donde señalaba—. Un pequeño traspié.
Él dio una calada a su pitillo y asintió antes de soltar una bocanada de humo y vaho.
—Bonito coche.
—No es mío, solo lo estaba aparcando bien —le corregí—. Mi coche es un viejo Honda blanco que necesita diez minutos para arrancar.
El hombre sonrió un poco, se puso el pitillo en la boca, cogió su vaso de bebida y se levantó. Era muy alto, pero no esbelto y delgado, sino de esos hombres grandes y proporcionados. Se acercó un poco más a la luz y se detuvo frente a mí, dejando su copa sobre el reposabrazos del porche antes de meterla en el bolsillo del pantalón, todavía con una suave sonrisa

en los labios.
Era un hombre atractivo, no de los que te girabas a mirar por la calle, pero sí de los que te gustaban más y más cada segundo que pasaba. Tenía ojos de un marrón claro, un pequeño tupé de pelo negro y algunas canas prematuras en las sienes y en su barba corta.
—Mi primer coche era un Ford gris que no superaba los cien kilómetros hora —me dijo.
—¿Cien kilómetros hora? —le pregunté, frunciendo un poco el ceño antes de soltar un bufido—. Eras un privilegiado. A mí a veces me pasaban las ovejas por delante mientras apretaba el acelerador.
—No hay muchas ovejas por aquí —dijo tras una breve carcajada en voz baja. Tenía unos dientes grandes y blancos, no eran perfectos, pero tenía una bonita sonrisa natural y sincera.
—Las hay en Irlanda —le aseguré.
El hombre dio otra calada a su pitillo mientras yo hablaba y se quedó un momento en silencio echando el humo a un lado, más allá del reposabrazos del porche.
—Había notado el acento, pero no sabía de dónde era —reconoció—. ¿Ahora vives aquí?
—No, vengo todos los días en avión desde Dublín —lo intenté de nuevo, porque era una buena broma.
El hombre tardó un momento, pero apartó el pitillo de sus labios y soltó el aire demasiado deprisa, bajando la cabeza y tosiendo un poco. Se pasó la parte baja de la mano con la que sostenía el pitillo por los labios mientras miraba hacia un lado, asintió y volvió a mirarme.
—Tienes razón, ha sido una pregunta estúpida.
—No te preocupes —respondí, sonriendo un poco para que no se creyera que tratara de reírme de él—, me encanta aprovechar cualquier oportunidad para ser sarcástico.
—El sarcasmo es el último refugio de los genios —me dijo.
Se me escapó una risa breve y negué con la cabeza.
—Se lo diré a mi padre, porque según eso él debe ser el nuevo Einstein o algo así.
El hombre esperó a que yo terminara de hablar para reírse y poder darle otra calada al pitillo; lo que fue un halago por sí mismo.
—¿Y has venido a vivir a Bluebelt? —me preguntó tras soltar el aire hacia un lado.
—No, vivo en la ciudad.
—Yo también vivo en la ciudad. Bueno, según mi madre trabajo en la ciudad —se corrigió antes de poner una mueca de resignación—, porque no tengo vida.
—No te preocupes, yo tampoco tengo vida —sonreí—. Estoy en una casa del lago en mitad de navidad aparcando un coche que no es mío —le recordé, agitando las llaves en mi mano.
El hombre giró el rostro hacia una de las ventanas del interior mientras

daba su última calada.
—¿Has venido con alguien? —me preguntó tras soltar el humo.
Me quedé en silencio, entreabrí los labios, pero no dije nada. El hombre tiró la colilla del pitillo por el borde del porche y me miró con una sonrisa.
—Adelante —me dijo.
—No, me he colado en la fiesta —solté mientras empezaba a reírme—. He visto el coche mal aparcado a la entrada y me dije: no, no puede ser.
Yo me reía y el hombre me acompañó con una carcajada cada vez más alta y sonora mientras metía ambas manos en los bolsillos de su pantalón de traje. Después nos quedamos un momento en silencio mientras se ahogaba la risa poco a poco entre los jadeos de vaho pálido.
—Permíteme que te invite a una copa —dijo el hombre, cogiendo su propio vaso del reposabrazos—. Me encantaría saber más sobre tu vida como justiciero de los aparcamientos.
Alcé las cejas mientras aspiraba aire por la boca, sorprendido de aquella oferta. En cualquier otro momento, y en cualquier otro lugar, hubiera aceptado sin dudarlo porque aquel hombre me estaba empezando a resultar una compañía bastante agradable; pero tuve que negarme.
—Tendrá que ser en otra ocasión, por desgracia ahora tengo que volver al trabajo —me disculpé de la forma más suave posible.
El hombre asintió, comprendiendo que era un mal momento. Puso una leve mueca de decepción, pero fue algo sutil y elegante, antes de levantar una mano hacia la entrada.
—Te acompaño —se ofreció.
Asentí en agradecimiento y me di la vuelta hacia la casa seguido de aquel hombre tan alto y extraño. Llamé a la puerta y enseguida nos abrió el mismo mayordomo sonriente que la primera vez. Recibí el cambio de temperatura entre la fría noche y el calor del interior con un escalofrío y miré hacia el lado donde estaban los Black. Me giré hacia el hombre y con una sonrisa me despedí de él.
—Encantado de conocerte.
—Igualmente —respondió bajando la cabeza hacia mí con otra sonrisa en los labios.
Fui hacia la familia Black y le devolví las llaves a un Robert que ya se había bebido casi todo el Bloody Mary. El padre de los Black, el señor Fletcher y James habían desaparecido, pero la señora Black, la señora Fletcher y los hijos seguían en el mismo círculo a un lado del salón.
—¡Edward! —llamó entonces la señora Fletcher, moviendo su mano en alto con una amplia sonrisa—. ¡Ven a saludar a los Black!
Tuve un mal presentimiento y me giré, encontrándome con el hombre tan agradable del porche caminando en la misma dirección que yo.
—Estaba afuera fumando y me encontré con… —me miró con su sonrisa y esperó a que yo respondiera.
—Leonard.

—Con Leonard —asintió—. Le prometí una copa, pero me dijo que debía devolver las llaves del Mercedes. Un coche precioso, por cierto.
—Gracias, Edward —respondió el menor de los Black con su sonrisa prepotente—. Lo compré hace poco.
—Leonard es el ayudante de James, ¿a qué tiene un acento encantador? —le dijo su madre.
—Es un hombre encantador —reconoció Edward Fletcher, el gran cirujano.
—Es gay —soltó Robert con malicia antes de beber un trago más de su bebida de subnormal.
Miré al pequeño de los Black, sin entender qué cojones le pasaba por la cabeza. La señora Fletcher abrió entonces los ojos y los labios, pero con una sonrisa mientras miraba a su hijo mayor.
—Leonard trabajó durante la universidad, como tú —dijo ella, quien de pronto pareció muy interesada en nosotros y en todo lo que teníamos en común—. Y vive en la ciudad.
La situación me resultó muy, muy incómoda de repente. Había percibido cierto amaneramiento en la forma de fumar de Edward, pero no le había dado importancia porque era tan solo eso, un detalle sin importancia. Sin embargo, su madre se había lanzado a tratar de emparejarnos en cuanto había oído que yo, al igual que su hijo, también era gay.

—Mamá —dijo Edward, deteniendo aquel intento nada sutil y algo atrevido de su madre. Entonces se giró hacia los Black y les dijo—; Me alegra mucho que hayáis podido venir a la fiesta de mi hermano, sé lo ocupados que estáis todos.
—Oh, ya sabes que a mi marido le encanta tener cualquier oportunidad para reunirse con otros médicos y discutir sobre artículos, Edward —la señora Black levantó un poco los ojos, como si fuera algo que consideraba un poco insufrible—. Sabía que ibas a estar aquí y no pudo resistirse.
—Seguro que quiere hablarme sobre el último artículo de *New Medicine* —dedujo Edward—. Sabe que no estaré de acuerdo con él.
—Sí —sonrió la señora Black quien, para mi sorpresa, parecía genuinamente encantada con el hijo mayor de los Fletcher—. Ahora está con tu padre y James en el embarcadero.
Edward puso los ojos en blanco con una leve mueca de cansancio.
—Papá no ha podido resistirse a enseñarles su nuevo barco —dijo, como si tratara de disculparse por ello.
—Ya sabes lo mucho que le gusta —sonrió su madre—. Podéis tomar esa copa mientras esperáis a que vuelvan.
Su hijo no apartó la mirada de ella, quizá tan incómodo con la situación como yo lo estaba. Entonces bajó un momento la cabeza y después de apretar un poco los labios me miró.
—¿Te importa acompañarme a por una copa, Leonard? —me preguntó.
—Claro —respondí, porque solo deseaba alejarme lo más rápido posible de allí.
El asintió una vez en mi dirección con los labios todavía apretados, miró a los Black y repitió la inclinación de cabeza antes de alejarse hacia el fondo del salón.
—Siento muchísimo que mi madre se comporte así, Leonard —se disculpó de camino, casi incapaz de mirarme a los ojos de lo avergonzado que se sentía—. Cree que me está ayudando si me empareja con cada hombre gay que conoce.
—No se preocupe, señor Fletcher, mi madre hace algo parecido —respondí con una educada sonrisa.
—No, llámame solo Edward, por favor.
Asentí y cuando llegamos a la barra él dejó el vaso de cristal y pidió otro Rusty Nail. Yo alcé las cejas y le miré. Era un trago bastante fuerte de whisky y licor escocés.
—Siempre necesito algo fuerte en las fiestas de mis padres —reconoció.
—Te entiendo —reconocí antes de pedir un whisky con hielo para mí—. Mi madre intentó emparejarme una vez con su peluquero, le dio mi número sin preguntarme antes y tuve que tomarme un café con él.
Edward volvió a sonreír un poco. Apoyó una de sus grandes manos en la

barra del bar y metió la otra en el bolsillo mientras se ladeaba un poco hacia mí, pero sin enfrentarme directamente.
—¿Y cómo fue?
—Me mude de país.
Se rio de esa forma un poco ruidosa, de boca abierta y ojos entrecerrados, pero sumamente alegre. Había algo… lleno y sincero en ella. Quizá fuera un choque demasiado grande después de pasarme tanto tiempo con los Black, pero Edward me estaba resultando más y más agradable por momentos.
Edward bajó la mirada a la mesa e hizo tamborilear los dedos sobre la madera.
—Yo he puesto tantas excusas ya que mi madre ha dejado de intentarlo —reconoció, levantando la mirada de nuevo hacia mí—, pero sigue guardando la esperanza de que algún día me presente aquí con un novio bajo el brazo y una sonrisa.
—Tu madre es una mujer encantadora, estoy seguro de que solo quiere que seas feliz.
—Mi trabajo me hace feliz.
—Feliz en otros sentidos —tuve que puntualizar.
El barman nos entregó las copas y ambos le dimos las gracias con una sonrisa. Edward me señaló hacia un lado, donde había una puerta corredera que llevaba al gran balcón con vistas al lago.
—¿Te importa pasar un poco de frío? —me preguntó.
Alguien le saludó a lo lejos y respondió con una sonrisa y un movimiento rápido de la mano antes de volver a mirarme.
—No, no me importa.
Salimos afuera y cerró la puerta corredera antes de sacar la cajetilla de tabaco del interior de su americana negra.
—Tú no fumas, ¿verdad, Leonard? —me preguntó, ofreciéndome un pitillo.
—No, gracias. No fumo.
Él asintió antes de ponérselo en la boca y guardar de nuevo la cajetilla. Se lo encendió y aspiro aire frío antes de soltar una voluta de humo.
—Yo me enganché en el primer año de universidad —reconoció entonces, acompañándome hasta una mesa de madera que había allí—. Normalmente no fumo tanto, y nunca en el hospital, pero estas fiestas siempre me ponen un poco nervioso y huyo todo el rato para fumar afuera.
Nos sentamos y él volvió a cruzarse de piernas hacia un lado, apoyando el codo en la mesa redonda y acercándose el cenicero de cristal que había en el centro. Sí que parecía un poco nervioso.
—¿No te gusta la gente?
—No… no me importa la gente —dijo, moviendo la vista desde la mesa hacia el lago a oscuras—, son solo estas fiestas. Me parecen… frívolas —consiguió decir después de pensar detenidamente la palabra. Entonces me

miró y apretó los labios en lo que ya consideraba una especie de gesto involuntario suyo—. ¿Te parece estúpido que un hombre criado en una de las urbanizaciones más elitistas de la zona diga algo así?
Sonreí, porque aquello era lo primero que había pensado cuando me lo dijo.
—Me alegro por Paul —continuó, señalando con la mano del pitillo hacia el interior de la casa—, pero no necesita una fiesta para celebrar que se ha licenciado. Todavía le quedan años de prácticas en el hospital antes de si quiera poder ejercer como médico.
—No, no creo que la necesite —reconocí—, pero creo que a tus padres les hace mucha ilusión poder celebrarla y que vosotros estéis aquí con ellos.
Aquella era una conversación un poco rara para dos personas que se acababan de conocer. Edward pareció darse cuenta en ese momento y golpeó el pitillo suavemente sobre el cenicero mientras decía:
—Perdona, Leonard, me estoy tomando muchas confianzas contigo y te estoy aburriendo con tonterías.
—En absoluto, Edward —respondí, porque, aunque era cierto que la conversación fuera un poco profunda, no me había incomodado.
Me tomé un trago de aquel whisky fuerte para calentarme un poco y le pregunté:
—¿Y cómo es eso de salvar vidas todos los días?
Él me miró y una fina sonrisa se coló en sus labios.
—Agotador —reconoció—, pero muy gratificante.
—¿Alguna historia divertida sobre alguien al que le hayas tenido que sacar algo del culo?
Edward frunció levemente el ceño y se le escapó una pequeña risa.
—No, la verdad.
—Entonces, ¿para qué te has hecho cirujano? —le pregunté, como si no lo entendiera.
Él se rio un poco más, mostrando sus bonitos dientes imperfectos.
—¿Qué? —preguntó mientras negaba con la cabeza.
—No entiendo por qué te has hecho cirujano si no es para tener historias divertidas que contar —repetí mientras luchaba por no reírme de lo estúpido que era aquello.
—Oh… —agachó la cabeza y continuó sonriendo mientras cogía su Rusty Nail con la misma mano con la que sostenía el pitillo—. Tienes toda la razón, Leonard.
—¿O es que no trabajas en urgencias?
Edward bebió un trago y se apresuró un poco a beber para responder:
—Sí, sí trabajo en urgencias —y tras un breve silencio añadió—: En el Weister's Hospital.
—Oh… —murmuré, genuinamente sorprendido de aquello—. Ese es un hospital muy grande.
Y público. No se trataba de ningún hospital pijo del centro para ricachones. El Weister era uno de los más grandes de la ciudad y de los

más concurridos.
—Sí, es bastante grande —afirmó antes de dedicarme una mirada corta—. Pareces sorprendido.
Abrí la boca y dudé en decirle aquello, pero Edward parecía el tipo de persona al que poderle hablar con franqueza.
—Si te soy sincero, creía que trabajarías en algún hospital del centro.
Él puso una leve sonrisa, pero fue algo triste. Bajó la mirada a su vaso y asintió mientras le daba vueltas con la punta de los dedos.
—No, pedí plaza en el Weister. Llevo toda mi carrera profesional allí —se llevó el pitillo a los labios y entrecerró los ojos ligeramente mientras aspiraba el humo antes de soltarlo hacia un lado—. Pero sí, no se cobra tanto como en los hospitales del centro —reconoció.
—¿Y qué? —le pregunté con un tono algo serio, porque me había ofendido un poco que asumiera que eso era lo primero que había pensado de él.
Edward volvió a echar la ceniza en el cenicero y me miró.
—Creía que te referías a eso cuando dijiste que era un hospital muy grande.
Me quedé un momento en silencio y después le dije:
—No soy ese tipo de persona, Edward.
Él asintió y se llevó la copa a los labios.
—Yo tampoco —dijo antes de beber. Bajó la mirada a la mesa y apretó los labios mientras dejaba el vaso—. ¿Y cómo es eso de ser ayudante? —preguntó, para no alargar aquel silencio un poco incómodo que se había creado entre nosotros—. ¿Alguna historia divertida sobre alguien al que le hayas tenido que sacar algo del culo?
—Un par —reconocí.
Él sonrió como si se tratara de otra broma, pero lo peor era que lo que yo decía era cierto.
—¿Alguna que me pue…? —pero se detuvo cuando se oyeron un par de voces subiendo por las escaleras a un lado, procedentes del embarcadero.
—¡Edward! —le saludó su padre al verlo—. ¿Dónde estabas escondido?
Le seguían el señor Black con una gran sonrisa falsa en los labios y un James que perdió su expresión de Soltero de Oro de pronto para dedicarnos una mirada seria y peligrosa.
—Papá —le saludo Edward, dejando el pitillo en el cenicero antes de levantarse—. ¿Ya les has enseñado el barco?
—Sí, no pude resistirme —confesó el señor Fletcher con una amplia sonrisa, un poco similar a la de su hijo.
—Señor Black, James —se acercó Edward con la mano en alto para estrechársela.
—Edward, estaba deseando verte —le dijo el señor Black, agitando con ganas la mano—. ¿Has leído el último artículo de *New Medecine*?
—Sí, señor Black. Y estoy de acuerdo con ese tipo de intervención en caso de que sea necesaria.

—Edward… —negó el señor Black, pero se notaba que estaba deseando que llegara aquel momento—. No, es absolutamente innecesario y un gasto estúpido de tiempo y recursos.
—Vayamos a por otra copa antes —pidió el señor Fletcher—. ¿Tú tienes una, Ed?
—Sí —respondió, señalando hacia la mesa y hacia mí, que ya estaba levantado con mi copa en la mano—. Estaba tomándola ahora con el ayudante de James, Leonard.
—Oh… —el señor Fletcher, que al parecer encontró algo especial en el hecho de que su hijo y yo estuviéramos tomando una copa allí, empezó a negar con la cabeza—. Entonces terminarla, no hay prisa, os esperaremos dentro.
—No pasa nada —me adelanté yo con una sonrisa—. No os preocupéis por mí, entrad.
Edward se giró un momento hacia mí.
—Gracias, Leonard. Espero que podamos seguir hablando en otra ocasión.
—Claro —afirmé antes de cruzarme de brazos y dejar caer la cadera contra la mesa.
El señor Black empezó a hablar entonces sobre aquel puñetero artículo y se llevó a Edward con él, levantando la cabeza para buscar sus ojos mientras le explicaba por qué estaba equivocado. James se quedó atrás y caminó lentamente hacia mí.
—¿James? —le llamó su padre desde la puerta corredera.
—Necesito hablar un momento con mi ayudante —se disculpó con una de sus sonrisas de un millón de dólares.
Ellos asintieron y cerraron la puerta, entonces el señor Black me miró y perdió aquella fachada para dedicarme una expresión muy seria y enfadada.
—¿Qué cojones estás haciendo, Leonard? —me preguntó en un tono de rabia contenida y dientes apretados—. ¿Sabes quién era ese?
—Edward Fletcher —asentí, enfrentándome a su mirada con calma—. Estábamos tomando una copa mientras os esperábamos.
—¿Por qué estabas tomando una puta copa con él, Leonard? —cada vez parecía más enfadado.
—Porque os estábamos esperando —respondí—. Tu madre dijo que tú y tu padre estabais en el embarcadero con el señor Fletcher, y Edward quería hablar con tu padre y yo quería huir de tu familia.
James ladeó el rostro, clavándome aquellos ojos del azul del mar como si intentara atravesarme el cerebro y saber si le mentía.
—Creía que tú y yo teníamos algo, Leonard —dijo entonces.
Ahí fue cuando fruncí el ceño y empezó a preocuparme un poco por dónde estaba llevando eso el señor Black.
—Y lo tenemos —le aseguré.
—Pues no lo parece…
—¿Cómo dices? —le pregunté mientras entrecerraba los ojos.

—Digo que, si tú y yo tuviéramos algo, no estarías tomando una puta copa con él.
El señor Black quiso darse la vuelta y dejarme allí con la palabra en los labios, pero le cogí del brazo y tiré con firmeza de él para que volviera a mirarme.
—¿Tú me crees cuando te digo que te quiero, James? —le pregunté entonces.
Él tensó la mandíbula y cogió una profunda bocanada de aire.
—¡No deberías estar…!
—¿Me crees o no me crees? —le interrumpí, un poco más enfadado que antes.
James tiró de su brazo para deshacerse de mi mano y se dio la vuelta, con la misma expresión seria y enfadada. Desapareció por la puerta corredera y yo me quedé allí, con los ojos húmedos y una sensación de leve angustia en el pecho. Me llevé una mano a la cara y apreté los lacrimales con el dedo índice y pulgar, esforzándome por tranquilizarme. Cogí un par de bocanadas de aquel aire frío y miré el lago oscuro a un lado.
No podía quejarme ahora. No podía enfadarme con James por ser un hombre increíblemente celoso y posesivo, porque eso yo ya lo sabía. Siempre lo había sido y, como él me había advertido, nunca iba a cambiar. Era solo que a veces deseaba que no dudara de mí y de la forma en la que le quería, porque me dolía que creyera que iba a traicionarle así.
Me bebí la copa de whisky de un par de tragos y me quedé un poco más al frío de la noche antes de entrar de nuevo en la casa. Fui a donde estaba la familia Black, porque no tenía ningún otro lado al que ir, y esperé allí hasta que, pasado quizá hora y media, el señor Black decidió finalizar la velada porque él ya había hablado todo lo que quería con Edward.
Entonces todos nos volvimos a los coches y James no se dignó ni a mirarme, como no me había vuelto a mirar desde el balcón, cuando entró en su Lamborghini. Yo le seguí y me senté a su lado, me puse el cinto y miré al frente. Condujo en completo silencio y yo tampoco hice nada por tratar de mejorar la situación, porque si me disculpaba era como reconocer que había hecho algo mal; y eso no era verdad. Mi conversación con Edward había sido educada e inofensiva, igual a la que hubiera tenido con cualquier otra persona agradable que me hubiera encontrado en aquella fiesta.
Llegamos antes que nadie y el mayordomo nos abrió la puerta con una sonrisa, aunque se hubiera quedado despierto solo para aquello y al día siguiente tuviera que madrugar igualmente. Le saludé y le di las gracias mientras James salía a paso firme hacia las escaleras y subía como un niño enfadado hacia su habitación.
Yo me tomé mi tiempo y giré hacia mi ala de la casa, me di una ducha caliente y me quité las lentillas. Me quedé un par de minutos frente al espejo con la cabeza gacha y un sentimiento de vacío en el pecho. No soportaba aquella sensación y cada vez tenía más ganas de ir junto a Ja-

mes para hablar de lo que había pasado y hacer las paces como personas adultas. Pero volví a mi habitación y me tiré en aquella cama fría y vacía mientras miraba el techo oscuro.

¿Por qué tenía que ser así?

Me quedé despierto hasta que la casa estuvo en completo silencio y entonces me senté en el borde de la cama. Me tragué mi orgullo y me levanté en dirección a la puerta. Ya había pensado en lo que quería decirle y sabía que me sentiría mejor si al menos ponía un poco de mi parte por solucionarlo, aunque James no quisiera…

Entonces choqué con algo y levanté la mirada, completamente aterrado de que alguien de la familia me hubiera visto yendo hacia la habitación de James en mitad de la noche. Pero me encontré con unos ojos de un azul oscuro en la penumbra y una figura que ya podía reconocer incluso a kilómetros de distancia.

—James… —susurré, casi sin aliento—. Me has dado un susto de muerte.

Estaba en mitad del pasillo, casi a la altura del hall frente a las escaleras. Quizá me hubiera visto caminando hacia él, mirando al suelo y demasiado distraído para darme cuenta de su presencia antes de chocar.

—¿A dónde ibas? —me preguntó en voz baja.

No había enfado en su voz y, aunque no fuera capaz de distinguir bien sus rasgos con la tenue luz que llegaba de la parte de abajo, hubiera jurado que tenía una expresión cercana a la preocupación.

—A tu habitación. ¿A dónde ibas tú? —le pregunté.

Él tardó un poco más en responder:

—A la tuya.

Asentí, empezando a comprender lo que estaba pasando allí.

—Vamos a tu habitación —le dije antes de cogerle la mano y apretarla suavemente.

Él se dio la vuelta y empezó a caminar, pero no me soltó la mano hasta que estuvimos dentro de su habitación. Se sentó en el borde y yo me senté junto a él. Por la ventana sobre el escritorio entraba un poco de luz de luna, iluminando la mitad de nuestros pies y la vieja alfombra frente a la puerta.

—Sí te creo, Leo —me dijo entonces—. Te creo cuando me dices que me quieres.

Giré el rostro para mirarle a los ojos, pero él mantenía la cabeza un poco gacha y miraba a un punto indeterminado del suelo.

—Gracias, James.

Él asintió lentamente y se quedó otro breve momento en silencio antes de preguntar:

—¿Por qué te tomaste una copa con Edward Fletcher?

—Su madre dijo que estabais en el embarcadero y Edward pensó en coger una copa y a mí me pareció una buena idea —repetí.

Me salté algunas partes que, de ser James otro tipo de persona, no me hubiera importado haberle contado; pero en aquel momento no quería

enturbiarlo todo con cosas que no tenían importancia. En esencia, lo que había dicho era la verdad.
—Eso es algo que nosotros hacemos, Leo —dijo en voz baja—. Tomamos una copa y hablamos.
Me paré a pensar en qué momento nos tomábamos nosotros una copa y hablábamos tranquilamente. No conseguí recordar demasiadas, no en las que estuviéramos realmente solos y no en una fiesta sexual, una celebración pre-orgía o acompañados por más personas, como en las noches de juegos en la biblioteca.
—Perdona —dije de todas formas—, no sabía que era algo importante para ti.
—Sí, sí es importante para mí —reconoció.
—Entonces solo beberé contigo —le prometí tras un breve silencio.
James asintió de nuevo y estuvo así un largo minuto, sin decir nada y sin mirarme. Moví la mano después de un tiempo y le acaricié la espalda suavemente, él cerró un momento los ojos y yo me acerqué más. Me puse a su espalda, de rodillas en la cama, y le abracé por entero hundiendo mi cabeza en su cuello. Era estúpido lo mucho que había echado de menos sentir su cuerpo contra el mío aquella noche.
—Sabes que nunca te dejaría, James —susurré en su oído, porque era la verdad.
Su pecho bajo mis manos se hinchó y dejó caer un poco la cabeza hacia mí, apoyándola en mi hombro mientras miraba al techo.
—No quiero perderte, Leo —murmuró en voz baja.
Le abracé un poco más fuerte contra mí y acaricié su mejilla con la mía. James cerró los ojos en la penumbra y cogió un par de largas respiraciones antes de girar el rostro y buscar mis labios. El primer beso fue suave, un poco tímido y lento; como si James estuviera probando que yo no me apartaría si trataba de besarme. El segundo fue más intenso, entreabrió sus labios y yo pude morderle un poco como a mí me gustaba. En el tercero sentí su lengua buscando la mía y el cariño se mezcló con la excitación y el deseo. Acaricié su torso perfecto con las manos, un poco más fuerte que una caricia, como si quisiera sentir cada elevación y hendidura de su piel.
James se inclinó hacia atrás para tumbarse en la cama, yo me aparté de su espalda y me tumbé de lado junto a él para seguir besándole. Él metió su brazo bajo el mío y me atrajo para besarme más fuerte. Entonces descendí con mi mano hacia sus abdominales e incluso más abajo, hacia el gran bulto que tensaba la tela azul de su bóxer de marca. James recibió mi roce en su polla con un jadeo, más intenso cuando se la rodeé con la mano y empecé a masturbarle lentamente. Me atrajo más fuerte, para sentir todo mi cuerpo contra él, pero buscó mis ojos esta vez, no mis labios en la oscuridad.
Nos miramos entre leves jadeos, un extraño e intenso momento en el que sentí una intensa emoción en el pecho. James no era perfecto, pero me ha-

cía sentir como nadie me había hecho sentir nunca.
Movió su otra mano hacia mí y creí que querría abrazarme más fuerte, pero fue directo a meterla bajo mi ropa interior para devolverme el favor; algo que recibí con una gran sonrisa en los labios y un intenso jadeo.
—Joder… —jadeé, porque yo no estaba preparado para aquello y su mirada tan penetrante me estaba dejando un poco tocado de más.
Supe que estaba cerca e intenté aguantar un poco más, porque sabía que él era capaz de aguantar más que yo.
—Dime que me quieres, Leo —jadeó entonces. Sonó como una orden, pero una plagada de desesperación y necesidad.
—Te quiero —le dije.
Y esas palabras casi sin aire y un poco ahogadas susurradas en la penumbra de su cuarto salieron de los más profundo de mi ser, de un lugar que, me temía, jamás volvería a alcanzar nadie; porque solo se podía querer así una vez en la vida.
Para mí sorpresa, James se corrió primero, sin dejar de mirarme mientras apretaba los dientes y gruñía por lo bajo. Yo lo hice a los pocos segundos después, gimiendo quizá un poco demasiado alto antes de morderme el labio para obligarme a cerrar la puta boca. Cuando ambos quedamos completamente vacíos, me dejé caer sobre James, sin si quiera sacar la mano de dentro de su bóxer sucio.
Tras recuperar un poco la respiración levanté la cabeza y le di nuestro beso del final: porque eso sí que era algo nuestro de verdad.
—Esto de no poder manchar nada y no poder hacer ruido me está empezando a molestar bastante —reconocí.
James abrió los ojos y ladeó el rostro hacia mí con una de sus sonrisas de labios cerrados y ojos brillantes.
—A mí también —reconoció—. Me gusta más cuando puedo mancharte y tú gimes mi nombre a gritos.
—Yo no grito —negué.
—Gritas mucho, Leo —me aseguró.
—No, tú gritas mucho.
—Sí —y sonrió incluso un poco más—. Nosotros lo hacemos de una forma muy ruidosa.
Me quedé un momento en silencio y entonces fruncí el ceño y ladeé el rostro.
—¿De verdad grito tanto? —pregunté, porque era algo de lo que no era consciente en absoluto.
James no respondió a eso, solo me dio un beso templado y un poco húmedo en los labios que supo a amor verdadero. Quitó la mano de mi entrepierna, pero con cuidado porque la tenía completamente manchada, y la dejó en alto antes de que yo hiciera lo mismo con la mía.
—Vamos al baño de invitados —dijo mientras se levantaba—. Mi hermano va a volver a oírnos si usamos el de este pasillo.

—Tu hermano podía empezar a meterse en sus putos asuntos —murmuré yo con enfado mientras seguía a James hacia la puerta. Notaba toda la entrepierna manchada y era cada vez más incómodo cuando más se iba enfriando contra la tela y la piel.

James abrió la puerta con cuidado y su mano limpia antes de inclinar la cabeza y mirar a los lados. Salió al pasillo y yo le seguí de cerca, dando pasos lentos y cuidadosos sobre la alfombra del pasillo para amortiguar el ruido de nuestros pasos y el crujir de la madera. Era ridículo. Éramos dos hombres adultos en calzoncillos caminando por un pasillo a oscuras como dos putos críos haciendo alguna travesura.

Cuando al fin llegamos al baño de invitados dejamos de comportarnos como dos gilipollas y solté un suspiro de resignación. Nos dimos una ducha larga y nos enjabonamos dos veces en aquella vieja bañera con cortinas que parecía sacada del siglo XIX.

—Me sigue pareciendo más higiénico no tener pelo —me dijo el señor Black, frotándose con detenimiento la entrepierna.

Miré aquel pelo rizoso y de un rubio oscuro que le había ido creciendo a lo largos del tiempo.

—A mí me pone mucho —le dije, pero eso era algo que él ya sabía—. ¿Qué te parece si lo intentas en las axilas también…?

—No —negó el con tono seco y una mirada seria.

Me reí un poco y continué aclarándome bajo el agua.

Cuando terminamos usamos la misma toalla, algo que, por alguna razón, siempre hacíamos, incluso en el gimnasio. Como no podíamos ponernos la misma ropa interior que antes, tendríamos que hacer el camino hacia mi habitación desnudos. Lo cual sería todavía más ridículo que antes.

—¿Estás…? —iba a preguntar, pero entonces llamaron dos veces a la puerta.

Sentí que me quedaba sin aire y el señor Black levantó la cabeza como impulsada con un resorte. Me giré y me acerqué antes de que Thomas la abriera. Ahora siempre llamaba dos veces para saber si estaba dentro antes de entrar.

—Thomas —dije en alto.

—Oh, perdona, Leonard —me respondió una voz adormilada al otro lado—. Espero a que salgas.

Iba a decir que estaba desnudo y que necesitaba volver a mí habitación, pero entonces el señor Black fue hacia la puerta y la abrió un poco.

—Thomas, vete a tu habitación —le ordenó—. Estamos ocupados.

Me sorprendió, pero no tanto como debió sorprenderle a Thomas, que no fue capaz de hablar en un par de segundos.

—S… sí, perdona, James…

El señor Black cerró la puerta y me miró con su expresión seria. Yo negué con la cabeza mientras fruncía el ceño. Si iba a hacer eso, ¿por qué cojones nos tomábamos la molestia de no tratar de hacer ruido de camino? Él se li-

mitó a cruzarse de brazos y a esperar a que yo terminara de secarme el pelo.
Comprobamos que Thomas se había ido antes de cruzar el pasillo hasta la habitación de invitados. Me puse un calzoncillo limpio y dejé el sucio a un lado mientras el señor Black elegía otro que ponerse. Creí que mi ropa interior le iba a quedar demasiado apretada, pero no fue así. Eso me hizo darme cuenta de lo poco consciente que era de mi propio cuerpo cuando lo comparaba con el de James.
Salimos de vuelta a su habitación, con menos cuidado que antes, pero a paso lento. Nos tumbamos de vuelta en su cama y le abracé antes de darle un beso en los labios.
Cuando abrí los ojos me extrañó que hubiera tanta luz en la habitación. Miré hacía la pared frente a mí, hacia la estantería de los trofeos y la luz blanquecina que lo iluminaba todo. Levanté la cabeza que tenía apoyada en el hombro de James y miré mejor a mi alrededor con los ojos entrecerrados. Él se removió un poco y trató de atraerme de vuelta, pero puse una mano en su pecho y le acaricié mientras decía:
—James… creo que es de mañana.
Oí una respiración más profunda y el señor Black apartó el brazo que tenía sobre los ojos para mirar la ventana.
—¿Y tú despertador? —pregunté, un poco más preocupado que antes.
—Es domingo, Leo —me recordó con una calma que no me esperaba de él en aquel momento.
—Ya, pero no estamos en nuestra casa, James —le miré—. Van a verme caminando en calzoncillos desde tu habitación.
—¿Y qué?
Entreabrí los labios, pero negué con la cabeza antes de responder:
—Tienes que ponerte de acuerdo en eso de si te importa o no que tu familia sepa lo nuestro, James.
Mis palabras dejaron un breve silencio en el que el señor Black no apartó la mirada ni un segundo de mis ojos.
—No, no me importa —concluyó, como si lo hubiera estado pensando—. ¿A ti te importa?
Solté un bufido y me levanté de la cama para ir hacia la puerta.
—Te espero para desayunar —le dije antes de abrirla y salir al pasillo.
Me encontré de frente con el mayordomo mientras él subía por las escaleras, así, tal cual. Le di los buenos días y pasé de largo. Todo aquel secretismo y la suma discreción era solo por James, porque a mí me importaba una puta mierda lo que pensara su familia sobre nosotros. Fui hasta la habitación de invitados y me puse uno de los conjuntos de pantalón caqui y camisa con una especie de chaqueta sin botones de punto negro… no sabía lo que era eso, pero hacía juego con el cinto.
Esperé en el hall frente a las escaleras un par de minutos hasta que James salió de su habitación con unos pantalones negros y un precioso jersey grueso sobre la camisa blanca interior.

—Buenos días, señor Black —le saludé con una sonrisa.
—Buenos días, Leonard —respondió con otra en los labios.
Puso su mano en mi espalda y bajamos al comedor, donde Sarah y Thomas ya estaban sentados. Les di los buenos días de forma educada y nos sentamos frente a ellos. Serví el café a ambos mientras James ya mordía una tostada crujiente. Thomas tenía la mirada baja y leía aquel periódico como si estuviera su futuro escrito en él.
—¿Tienes algo que contarnos, James? —le preguntó Sarah, dando un par de vueltas de forma distraída a su café con la cuchara.
El señor Black la miró y continuó masticando tranquilamente.
—No —respondió—. ¿Tú tienes algo que contarnos, Sarah?
Ella se quedó un momento en silencio, pero no levantó la mirada.
—Al parecer pasó algo extraño en el baño de invitados a noche.
Cogí mi taza de café y me la llevé a los labios. Thomas no era un mal hombre, no era cruel y ruin como los Black, pero estaba completamente castrado por Sarah y sometido a su voluntad.
—No, no pasó nada extraño —respondió el señor Black con la misma fría calma e indiferencia que su hermana mostraba. No se esforzó en soltar una mala excusa ni en justificarlo, solo dijo que no.
—Eso espero —afirmó su hermana—, porque a padre y a madre no les gustaría nada saber que estabais en el baño juntos de madrugada.
—A padre y madre les gustaría menos saber que lo hicimos después de follar en mi habitación.
Casi me atraganto con el café, pero no fui el único. Creo que Thomas se quedó sin aire y Sara dejó de darle vueltas al café para abrir los ojos como si hubiera visto de pronto su muerte en el reflejo de la taza. La dejó con manos temblorosas sobre la mesa y se quedó así.
Había sido una forma un tanto violenta de decir que estábamos juntos, pero su reacción me pareció demasiado desproporcionada para tratarse solo de eso.
—James… —murmuró Sarah, entonces se detuvo porque su voz había sonado demasiado aguda, se aclaró la garganta y al fin consiguió enfrentarse a la mirada de su hermano mayor antes de continuar—: espero que no hayas contratado a un… un prostituto para traer a nuestra casa y sentar en nuestra mesa.
—¿Perdona? —le pregunté, porque eso me había ofendido bastaste.
Sarah me dirigió una mirada rápida de sus ojos claros, pero enseguida volvió a mirar a su hermano.
—Leonard y yo estamos juntos —dijo James, sin perder la calma—. Y si vuelves a insultarle de esa forma, tacharás mi nombre de la lista de donantes de tu fundación. ¿Ha quedado claro?
Sarah alzó una ceja y puso la expresión de asco de su madre mientras bajaba la mirada de vuelta a la mesa. Entonces volvimos a quedarnos en silencio y a continuar desayunando como si nada hubiera pasado. No me esperaba unos gritos de emoción y las típicas preguntas de: «¿Y cuánto lle-

váis juntos?», «¿dónde os conocisteis?»; pero aquella escena tensa en el comedor era un poco perturbadora.
Tras unos cinco minutos de incómodo silencio, Sarah y Thomas decidieron que era el momento de marcharse y se levantaron de la mesa para dejarnos a solas. Cuando sus pasos se oyeron ya lejanos me giré hacia James. Él respondió a mi mirada mientras tragaba un poco de café y se pasaba la lengua por la boca para recoger algunas migas que hubieran podido quedarle entre los dientes.
—Ha sido un poco salvaje —reconocí.
—Ella sacó el tema y nos amenazó con contárselo a mis padres —respondió—. Si no quería saber la verdad, que no hubiera preguntado.
Asentí un par de veces y fui a por el periódico que Thomas había dejado a un lado. Era su familia, después de todo, y él tenía que decidir cómo contárselo.
—Parecían muy sorprendidos —le comenté, pasando algunas páginas.
—Lo estaban, ni siquiera sabían que yo follaba con hombres.
Giré el rostro lentamente hacia él y entreabrí los labios.
—Entonces sí que ha sido muy salvaje —reconocí antes de empezar a reírme.
James me dedicó una de sus preciosas sonrisas y me indicó que era hora de subir a trabajar.
A la hora de comer di por hecho que toda la casa sabría que James y yo estábamos juntos, pero, para mi sorpresa, nadie habló sobre ello. Tampoco lo hicieron en la cena, en la noche de billar en la biblioteca ni a la mañana siguiente cuando volvimos a coincidir con Sarah y Thomas en el desayuno. Era como si simplemente lo hubiera ignorado por completo, pero empecé a sospechar que la pareja no había dicho nada a los demás al respecto.
Algo que se confirmó cuando, aquella misma noche la señora Black anunció que la señora Fletcher la había llamado para invitarlos a una cena en su casa a la noche siguiente.
—¿Por qué? —fue la primera pregunta que dijo Robert después de un silencio generalizado—. Ya les ha enseñado el barco.
Qué triste debía ser su vida si pensaba eso.
—Edward querrá volver a discutir sobre el artículo —dijo el padre de los Black, quien tenía una increíble tendencia a soltar ese tipo de comentarios egocéntricos.
—Thomas y yo no podremos asistir —dijo Sarah—, tomaremos mañana a la tarde el avión de vuelta a África.
—¿Tan pronto? —preguntó su madre tras limpiarse los labios con la servilleta—. Creía que aún os quedaríais aquí unos días más.
—Preferimos salir un poco antes, así no nos encontraremos con el aeropuerto atestado de gente.
Sonó a excusa, pero su madre lo dejó pasar con una mueca un poco más acentuada en su perpetua cara de asco.

—Daremos los regalos esta noche, entonces —murmuró por lo bajo.
Con eso terminó la conversación y nadie dijo nada hasta que el padre se levantó de la mesa y volvió directo a su despacho. James me hizo una señal para que fuéramos a tomar el café al sofá del salón.
—Esta noche hay que vestirse elegante y darles los regalos a mis padres —me explicó en voz baja—. Nos pondremos camisa y corbata y bajaremos media hora antes a cenar.
Asentí con la cabeza y le recordé:
—Los regalos de tus padres siguen en el coche, pero no tenemos nada para tus hermanos.
—Ellos tampoco tienen nada para nosotros —fue su respuesta.
Así que aquella tarde James interrumpió el trabajo mucho antes de lo normal y me propuso dar un paseo con los perros.
Hacía un día frío y nevado, pero el sol se colaba por entre algunas nubes y arrojaba luz sobre el bosque alrededor del lago. Charlábamos de tonterías sin importancia y arrojábamos una pelota de goma a los perros para que fuera a buscarla. James siempre sonreía de vez en cuando, se paraba a besarme en algún momento y parecía volver a casa de mejor humor del que había salido.
Después nos dimos una ducha, pero por desgracia había mucho movimiento en la casa y tuvo que ser cada uno por su lado. Volvimos a reunirnos en su habitación y me pidió que fuera en busca de los regalos al coche. Volví con los dos paquetes para el señor y la señora Black, y el tercero especial para él.
—James —le dije, cerrando la puerta tras de mí—. Tengo algo para ti.
—Ahora no, Leo —me dijo sin levantar la cabeza de la corbata que se estaba atando—. No tendremos tiempo de volver a ducharnos.
Solté una bocanada de aire con una sonrisa y negué con la cabeza.
—No, no es eso —respondí, acercándome a él con su regalo rectangular entre las manos—. Toma.
Él me miró al fin, primero a mis ojos y después al paquete que sostenía entre las manos, envuelto en un papel de regalo un poco hortera.
—Yo no tengo nada para ti —fue lo que dijo mientras me miraba de nuevo a los ojos con lo que, si te fijabas mucho, podría llegar a ser una expresión asustada en su rostro serio de siempre.
—No importa —insistí, moviendo de nuevo el regalo hacia él—. Es solo un detalle tonto.
El señor Black soltó la corbata, dejándola medio anudada sobre su cuello para coger mi regalo y darle un par de vueltas entre las manos. Lo abrió por la esquina y fue descubriendo un marco negro y elegante. Con cuidado fue sacando la foto enmarcada sin romper de todo el papel y se quedó mirándola en silencio.
Cogí aire y lo solté lentamente. Era solo una estúpida foto en un marco de veinte dólares, pero era la primera que nos habíamos sacado juntos; esa que hicimos en su cocina con el móvil. Salía mi careto de loco y él detrás

en la isla de la cocina con todavía algunos envases de plástico encima.
Esperé a que James dijera algo, pero el silencio se prolongaba y empecé a temer que fuera un poco cursi y ñoño y que no le hubiera gustado.
—¿Te gusta? —pregunté.
El señor Black me miró entonces, de esa forma extraña que tenía a veces de mirarme.
—Sí.
Asentí y sonreí.
—Me alegro —reconocí.
Como no supe qué más hacer ni qué más decir, me acerqué para ayudarte a terminar de atarse la corbata. El señor Black se quedó mirándome fijamente, como solía hacer, mientras le abrochonaba el chaleco color azul marino y estiraba un poco su camisa.
—¿Quieres ir a vernos al baño? —le pregunté, porque era lo que hacía siempre.
El señor Black miró la foto una última vez y la dejó de pie sobre el escritorio antes de acompañarme al baño. Nos pusimos al lado el uno del otro frente al espejo que solo llegaba hasta por encima de nuestra cintura y James me rodeó el hombro para acercarme más a él. A mí no me gustaba el resultado. Estábamos muy guapos con camisa, chaleco y corbata, pero sinceramente aquello parecía ropa de trabajo, no ropa para llevar a una cena familiar de regalos.
—¿Cuándo vayamos a mi casa vas a dejarme a mí comprarte la ropa? —le pregunté entonces.
—No —respondió tras un pequeño silencio—. No voy a aparecer en camiseta y pantalón de chándal delante de tus padres.
—¿Y qué me dices de camiseta y vaqueros? —sonreí.
El señor Black me dedicó una mirada seria a través del reflejo, pero solo hizo que mi sonrisa fuera más grande. Me cogió las gafas entonces y se acercó al lavabo para limpiar los cristales, me las puso de vuelta y yo le di las gracias antes de que me diera un beso inesperado y bastante lento en los labios. Se separó cuando yo todavía tenía los labios entreabiertos y me estaba recuperando de aquella maravillosa, húmeda y dulce sorpresa.
—Vamos a por los regalos —me dijo.
Cogí una bocanada de aire y asentí.
Iría hasta el fin del mundo con él.

Si James y yo parecía que íbamos al trabajo, la señora Black y Sarah parecían preparadas para una boda. Habían vuelto a ir juntas a la peluquería y se habían vestido de largo para sentarse en la mesa del comedor media hora antes de lo normal. Thomas llevaba esmoquin y pajarita y Robert bajó las escaleras con un conjunto de chaqueta y pantalón color salmón y camisa blanca.

Nos sentamos todos a la mesa y nos quedamos en silencio.

Parecíamos gilipollas.

Cogí uno de los tenedores al lado de mi plato y le di un par de vueltas antes de coger aire y levantar la cabeza.

—Está usted muy guapa de negro, señorita Black —le dije a Sarah.

Ella me miró y tardó un momento en responder:

—Gracias, Leonard.

—Tiene un moreno precioso —reconocí, porque era la primera vez que veía más piel que la de su cara, su cuello y sus manos—. Yo solo paso del blanco al rojo, pero nunca me pongo moreno —sonreí.

Ella asintió y apartó la mirada, como si se sintiera incómoda por el hecho de que la hubiera halagado o que, no sé, estuviera hablando con ella.

—Mi moreno es de la playa de Miami —dijo Robert, bajándose un poco más la camisa hacia mí con una sonrisa en los labios, como si me hiciera un favor por enseñarme un poco de su pecho sin pelo.

—Se nota —dije.

Él sonrió más, pero no había sido un halago en absoluto.

Como nadie participó en la conversación ni puso nada de su parte para prolongarla, murió allí y nos volvimos a quedar en silencio hasta que cinco minutos después bajó el padre de los Black con otro esmoquin y pajarita. En esta ocasión, antes de sentarse, le dio dos besos a su mujer en la mejilla con la misma falta de apego y cariño con los que James se los daba. Entonces se sentó y se puso la servilleta sobre las piernas antes de dar la señal al servicio para que trajera la comida.

La única diferencia con el resto de las cenas fue la comida más abundante y que, tras el postre, el padre de los Black se limpió los labios y en vez de levantarse de la mesa e irse, anunció que era el momento de los regalos. James me hizo una señal para que le entregara los dos paquetes que había a mi lado y él se los entregó a su padre y a su madre respectivamente.

Ambos lo aceptaron con un asentimiento de cabeza y los abrieron en silencio. Yo miré a la mesa y pensé que no podría haber una navidad más triste que aquella.

Yo había escogido los regalos y James les había dado el visto bueno cuando se los había presentado. Para su padre había elegido una pluma de escribir de edición limitada, en oro de dieciocho quilates y con una inscripción hecha a mano de los primeros versos de «El Príncipe» de Maquiavelo. Para su madre había escogido un par de pendientes de zafi-

ros azules, diamantes y oro blanco. Ambos regalos superaban los veinte mil dólares cada uno.
—Qué delicia —fue lo único que dijo la señora Black, mirando un pendiente más de cerca.
El padre de los Black asintió y se levantó, dio la mano a su hijo mayor y a Robert, después se movió para dar un solitario beso a Sarah en la mejilla y se marchó.
James y yo aguardamos un poco más y también nos levantamos para ir, como hacíamos siempre, a la biblioteca. Yo serví dos copas de whisky con hielo y el señor Black se apoyó en la barra del minibar para verme hacerlo.
—Feliz navidad, James —le dije con la copa en la mano antes de brindar con él.
—Feliz navidad, Leo —respondió tras un breve silencio.
—¿Crees que les gustó el regalo a tus padres? —pregunté tras beber un buen trago, porque lo necesitaba.
—No les disgustó, eso ya es bastante.
—¿Sólo tus padres reciben regalos?
Él asintió. Crucé las manos sobre la barra con la copa en la mano, igual a como estaba él, miré aquellos ojos del azul del océano y me incliné para darle un suave beso en aquellos labios perfectos. Noté el regusto a whisky y lo templados que estaban. Sentí un escalofrío por la espalda y se me escapó un leve gemido de placer mientras cerraba los ojos y me dejaba llevar por aquel momento tan maravilloso.
Hasta que se oyeron unos pasos por el pasillo y una conversación apagada. Entonces solté el aire y dejé caer la cabeza, sin fuerzas para ocultar mi frustración.
—Joder…
El señor Black dio otro sorbo a su copa sin molestarse en volverse hacia Thomas y Robert cuando entraron por la puerta doble de la biblioteca.
—Ponnos dos brandys, Leonard —me dijo, dirigiéndose directamente hacia la barra del minibar.
Iba a hacerlo, pero el señor Black levantó un dedo sin dejar de mirarme y me detuve.
—Si quieres un brandy, sírvetelo tú mismo, Robert —le dijo sin mirarle cuando estuvo a su lado.
—Pero Leonard…
—Leonard no es tu puto camarero —le cortó con un tono serio y una mirada fría.
Robert se tragó su enfado y trató de ocultarlo con una sonrisa artificial y falsa.
—Tendré que contratar a un ayudante yo también para que me preparé la bebida, entonces —dijo mientras rodeaba la barra para coger el licor tras de mí y un vaso on the rock, igual al que teníamos nosotros.
Thomas se acercó y se quedó en el extremo de la barra con la mirada un poco baja.

—Estás muy elegante, Thomas —le dije, porque no quería que creyera que estaba enfadado con él por haberle contado a Sarah sobre nuestro pequeño encuentro en el baño.
—Gracias, Leonard —respondió con una leve y tímida sonrisa.
Creo que no estaba seguro de cómo debía tratarme. Creo que yo le caía bien, pero que no se atrevía a mostrarse más abierto conmigo porque tenía una mezcla de respeto y temor hacia James.
—Te quedan muy bien las gafas —me devolvió el cumplido.
Sonreí y fui a responder, pero Robert dejó su copa mal servida y en el vaso erróneo sobre la mesa del bar y nos miró intermitentemente.
—¿Ahora vais a comeros las pollas o algo? —nos preguntó, abriendo los brazos como él solía hacer.
—¿Tienes envidia? —le pregunté, un poco hasta los cojones de aquella actitud de triunfador de Miami.
Robert soltó aire en una pequeña carcajada sarcástica y me dedicó una mirada de soberbia.
—Leonard, si quisiera que un hombre me comiera la polla, te aseguro que tendría una fila de aquí a mi casa en la playa de hombres deseando hacerlo.
Asentí y bebí un trago de mi copa.
—Es verdad, hay muchos hombres con mal gusto por ahí. Quizá sean los mismos que compran tu música con bases copiadas de los ochenta y remezclas de pastillero.
Robert se enfadó, pero no le dio tiempo a responder antes de que James soltara una carcajada por lo bajo. Ambos miraron entonces al señor Black como si hubiera explotado en llamas de pronto frente a sus ojos. Puede que fuera la primera vez que le oían reírse. El hermano menor cogió entonces su vaso y lo reventó con fuerza contra el suelo, dedicándonos a ambos una mirada asesina.
Fue una reacción desproporcionada, pero nada fuera de lo normal para un Black.
—¿Te hace gracia, James? —le preguntó tras unos segundos de tenso silencio—. Espera a que padre sepa que tu ayudante sale de tu puta habitación todas las mañanas a escondidas. Seguro que también se reirá mucho.
Yo bebí otro trago de mi copa con bastante tranquilidad, la misma que mostró el señor Black al mirar a su hermano menor.
—Atrévete —le retó con su voz profunda y afilada como un cuchillo.
Robert perdió un poco la confianza al ver que aquello no había funcionado tan bien como esperaba, puso una mueca extraña en el rostro y frunció los labios con una mezcla de enfado y asco antes de darse la vuelta e irse. Pegó un fuerte portazo a la puerta y dejó un intenso silencio en la biblioteca.
—Así que volvéis mañana —le dije a Thomas, ignorando por completo todo lo que acababa de pasar.

Él se había quedado con la cabeza algo gacha y la mirada perdida a un lado, como si tratara de fingir que no estaba allí.
—Eh… sí —consiguió decir tras un momento—. Mañana cogeremos el avión de vuelta. Será mejor… que me vaya ya a dormir.
Hizo un gesto rápido con la cabeza a forma de despedida y se fue. Cuando al fin volvimos a estar solos puse mi copa en alto para brindar y el señor Black hizo chocar los vasos con una leve sonrisa en los labios. Seguimos charlando un rato mientras yo recogía los cristales rotos y limpiaba el licor del suelo. El señor Black me había dicho que lo dejara para que lo recogiera el servicio, pero yo no quería molestarles con algo que podía hacer yo en menos de diez minutos; ellos ya tenían bastante con tener que vivir allí a las órdenes de Cruela de Vil.
Aquella noche no nos molestamos en ir a habitaciones separadas antes de que yo me escabullera entre las sombras para volver a su habitación.
Nos metimos directamente, nos denudamos entre besos y gemidos y, juraría, que James me folló un poco más fuerte para hacer ruido contra el cabecero de la cama y gruñir un poco más alto de lo normal mientras nos corríamos. Entonces fuimos a ducharnos a su baño y volvimos desnudos a su habitación. Aquello había sido como una declaración de intenciones en toda regla, pero yo temía que enfadar a alguien tan rencoroso e infantil como Robert no sería buena idea.
A la mañana siguiente me desperté con mi primera alarma de la madrugada, pero el señor Black tiró de mí y no dejó que me fuera. Sinceramente, no hice mucho por resistirme y volví a rodearle con los brazos. En la segunda alarma nos despertamos a la vez, le di su beso de buenos días como solía hacer y salí hacia la habitación de invitados; esa que apenas había usado y que ya consideraba como una especie de vestidor personal.
James ya estaba frente a las escaleras cuando volví, le di los buenos días y él me respondió mientras colocaba su mano en la parte baja de mi espalda.
Aquella mañana desayunamos nosotros solos y, sinceramente, era mucho mejor cuando podíamos hablar tranquilamente y no estábamos obligados a mantener un silencio incómodo y patético. Después subimos a trabajar y, entre algunos mensajes más de felicitación y algunos relacionados con la empresa, recibí uno que tardé tan solo un par de segundos en saber de quién era.
—Señor Black, le han invitado al… «Ano Nuevo», una celebración para — y leí textualmente—. «Meterse bien y meterse dentro de un ano nuevo con alegría».
El señor Black asintió y no apartó la mirada de su portátil mientras terminaba de escribir una frase, después me miró y me dijo:
—Es de los amigos de Jacobs, siempre celebra una fiesta bastante grande en año nuevo. Mucha droga y muchas putas que se dejan hacer anal.
—Qué maravilla —murmuré.
—Dile que iremos, pero que no necesitamos un ano nuevo.

Cogí aire y respondí al mensaje tal cual me había dicho el señor Black. A veces hasta me olvidaba de quién era él, de quién eran sus amigos y de las asquerosas cosas que hacían.
—«Meterse bien y meterse dentro…» —repetí mientras escribía—. No serán los amigos del señor Jacobs poetas, ¿verdad?
El señor Black sonrió.
—Son brokers y banqueros del Wall Street —respondió.
Afirmé y alcé ambas cejas, pero no estaba sorprendido.
Cuando dieron el aviso de la hora de comer, dejamos las cosas y bajamos a sentarnos durante la hora de rigor en silencio mientras comíamos.
—¿Será de mal gusto si me pongo los pendientes esta noche, querido? —preguntó la señora Black mientras cortaba su bistec de ternera.
Aquello era algo que seguro hubiera discutido con Sarah tras la comida, pero ella y Thomas se habían marchado y solo quedábamos nosotros y Robert.
—Sí —respondió su marido sin más—. No es una fiesta ni una cena de gala, solo nos han invitado a nosotros.
Ella no dijo nada y continuó comiendo en silencio.
Después nos tomamos nuestro café en el salón y nadie se quedó en el comedor, así que James incluso pasó la mano por encima del respaldo del sofá a mis espaldas; un gesto que no le había vuelto a ver hacer desde que habíamos llegado allí.
Aquella tarde continuamos trabajando, pero yo ya había tenido tiempo para responder a la mayoría de mensajes y me pude permitir el lujo de quedarme en la silla, mirando por la ventana o hacia el marco con nuestra foto que había a un lado del escritorio. Entonces me di cuenta de que era la única foto que había visto en aquella casa: una estúpida imagen de un momento estúpido con mi cara de gilipollas. Hice resonar la lengua y negué con la cabeza. Ojalá hubiera tenido una foto bonita de nosotros que poner en aquel marco.
Cogí el móvil y puse la cámara, me acerqué a James y le di un beso en la mejilla para llamar su atención. Él dejó de escribir y me miró a mí y después al móvil. Quizá el año que viene tuviera una imagen bonita de nosotros para enmarcar.
—¿Lee? —me preguntó el señor Black.
—Sí —le mentí.
Como era costumbre ya antes de un evento importante, paramos de trabajar antes y nos preparamos. El señor Black aprovechó que el ala de invitados fuera ahora solo para mí y me acompañó a la ducha. No fue sutil en sus intenciones, pero tenía que reconocer que me gustaba bastante que James no se anduviera con rodeos cuando quería algo de mí.
Después el señor Black tuvo una pequeña crisis para decidir qué ropa debíamos llevar a la cena, decidiéndose por camisa abierta con bufanda para él y jersey un poco entallado con gorro de lana a juego para mí.
Tras el examen frente el espejo el señor Black me pidió que me pusiera las

gafas y fui a buscarlas.
Cuando estuvimos preparados descendimos al hall y esperamos junto a su madre y su hermano menor, quien se había mostrado distante e indiferente todo aquel tiempo. El padre de los Black bajó diez minutos después con un traje del hacía diez años y camisa a juego. Nos miró a todos, incluso a mí, y asintió antes de dar la orden de irnos. James y yo fuimos hacia el Lamborghini, pero su padre nos detuvo al momento.
—Esta vez iremos todos en mi coche —ordenó.
James apretó los dientes, pero se tragó su ira y nos movimos al coche de su padre. Me tocó en el centro y fue una posición muy incómoda, porque éramos tres hombres de espalda ancha y piernas gruesas tratando de caber en la parte de atrás de aquel BMW con más morro que asiento trasero. Traté de pegarme más a James, pero rozarme con Robert era algo inevitable si quería mantener la compostura y una posición correcta. Cuando al fin llegamos a aquella preciosa casa del lago, ambos hermanos salieron casi a la vez disparados hacia afuera.
Yo me tomé un momento para salir con cuidado, porque sabía que la piedra del aparcamiento resbalaba un poco, y me estiré un poco en la oscuridad de la noche nevada. Los padres Black fueron delante, ya sonrientes, acompañados por un despreocupado y juvenil Robert.
—Me da miedo verles así —le susurré a James al oído—. Parecen una familia de psicópatas que van a matar a los Fletcher.
Pero él no respondió, solo puso su mano en mi espalda y tensó la mandíbula. Al igual que la primera vez, probablemente no querría estar allí, ni cenar con esa familia ni con su hijo cirujano al que el señor y la señora Black tanto admiraban. Nos presentamos los cinco frente a la puerta con el rosetón de abeto y lazo rojo y el padre llamó a la puerta. En un tiempo récord la mismísima señora Fletcher abrió la puerta con una amplia sonrisa.
—Buenas noches, familia Black —le saludó—. Pasad, por favor, hace un frío de muerte esta noche. —Pasaron uno a uno y todos la saludaron, hasta que entramos los últimos—. Cómo me alegra que hayas venido, Leonard —me dijo personalmente.
Eso me dejó un poco sorprendido y tarde un par de segundos en responder:
—Gracias, señora Fletcher.
Entramos en aquella casa cálida y decorada y nos quitamos el abrigo mientras el señor y la señora Black ya estaban en el salón saludando al señor Fletcher y a sus hijos. Todos iban elegantes, pero nadie iba en traje. Paul incluso llevaba unos vaqueros, de marca, pero vaqueros. Nos acercamos a ellos y James les saludó con su sonrisa de un millón de dólares. Yo le di un apretón de manos a Paul con una sonrisa y le dije en voz baja y la cabeza inclinada hacia arriba para mirarle a los ojos:
—Creo que eres la primera persona en vaqueros que veo en meses —y sonreí, con la esperanza de que se pareciera a su hermano y supiera dis-

frutar de una pequeña broma.
Él tardó un momento, pero terminó riéndose.
—Me gustan mucho los vaqueros —reconoció.
—A mí también —asentí.
—A Leonard le gustan mis vaqueros —le dijo Paul a alguien a mis espaldas—. Te dije que no iba a ser demasiado informal para la cena.
—Que le gusten a Leonard no quiere decir que no sean informales para la cena, Paul —le corrigió su madre, apareciendo de algún lado detrás de mí para rodear el brazo de su hijo pequeño con una sonrisa—. Le dije mil veces que se cambiara, pero no me hizo caso —añadió, como tratando de disculparse.
—Oh, no… —me encogí de hombros y reconocí—: yo también llevaba vaqueros todo el tiempo antes. Era lo más cómodo para ir de clase al trabajo sin tener que cambiarse. A veces incluso dormía con ellos… —me quedé un momento en silencio y se me escapó una leve risa—. A veces no estoy orgulloso de mi época de estudiante.
Los dos se rieron con mi broma y me sentí un poco raro. Era increíble lo diferentes que eran los Fletcher de los Black.
—Eso no es nada —dijo Paul—. Yo una vez en la universidad estaba tan borracho que… —pero se detuvo cuando se dio cuenta de que su madre estaba a su lado.
—¿Tan borracho que qué, cariño? —le preguntó ella mientras le miraba a los ojos.
—No puede ser —intervine—. No hay alcohol ni fiestas en Harvard, todo el mundo lo sabe. Solo reuniones y coloquios…
Paul soltó una carcajada muy parecida a la de su hermano mayor, pero un poco más disonante.
—¿Estabas borrado de conocimientos, entonces? —le preguntó su madre.
—Sí, mamá —tuvo que decir su hijo menor mientras se metía las manos en los bolsillos—. De conocimientos y ginebra.
Esa vez me reí yo. La señora Fletcher le dio un golpe suave a su hijo en el pecho y miró al resto con una sonrisa, tratando de llamar la atención del grupo cercano al nuestro.
—¿Queréis tomaros una copa de vino antes de la cena? —les ofreció.
Los Black al entero aceptaron, como el padre de los Fletcher y Edward junto a ellos.
—Déjeme que la ayude, señora Fletcher —me ofrecí.
—Oh, no, no te preocupes Leonard —sonrió ella—. Me llevaré a Paul conmigo.
Asentí y fui hacia el grupo más grande. Ya estaban hablando de aquel puñetero artículo de medicina otra vez, porque, según el padre de los Black, aquel era el motivo de la invitación. Me acerqué a James y le enseñé el móvil como si hubiera recibido algo importante del trabajo y necesitara enseñárselo. Me incliné un poco en su oído y susurré:
—Como sigan hablando de esa gilipollez durante la cena me voy a ahor-

car.
James asintió y me susurró de vuelta:
—Creía que te gustaban las conversaciones durante la cena.
Se me escapó una risa baja y me cubrí lo labios antes de agachar la cabeza para fingir que escribía algo en el móvil. Después de cinco minutos de un soliloquio del padre de los Black y par de respuestas por parte de los Fletcher, la señora Fletcher volvió con Paul y una bandeja de copas de vino entre las manos. Cogí una de las copas junto a James y, como todos se acercaron a por las suyas, nos pudimos apartar un poco del grupo y quedar a un lado más cercano a la chimenea del salón. Le di un trago al vino frío y un poco dulce y miré el fuego que crepitaba con un suave sonido, miré la abundante decoración navideña y las numerosas fotos sobre la piedra natural.
—Los Fletcher siempre decoran su casa como si fuera un puto centro comercial —murmuró James, mirando lo que yo veía, pero con diferentes ojos.
—A mí no me disgusta —le confesé—. Creo que con la decoración navideña no te puedes quedar a medias, tienes que echarlo todo encima y llenarlo de luces.
—Es una horterada, Leonard —respondió, como si estuviera un poco enfadado porque no lo odiara tanto como él.
—Estaba pensando en comprar un par de sprais de nieve falsa y echarlos sobre el ventanal del salón del ático, poner un árbol enorme y un par de guirnaldas en…
—No en nuestra casa —me interrumpió.
Me reí, porque solo estaba esperando a ver cuánto aguantaba sin enfadarse. Él se dio cuenta y me miró un momento con expresión seria antes de que una sonrisa se deslizara en sus labios y fingiera beber para ocultarla.
—En la casa de mis padres también hay muchas cosas así —le dije, sintiendo una pequeña punzada de morriña y tristeza—. Mi madre saca las cajas del desván y nos pasamos toda una tarde decorando. Siempre espera a que yo esté allí porque es algo que le gusta hacen conmigo y mi hermana, desde que éramos niños. Aunque Gale ya está hasta los cojones de decorar cosas con los niños de parvularios y se limita a sentarse con una copa y a rajar de ellos. —Me reí, con la imagen muy clara de mi hermana en el viejo sofá mientras despotricaba contra los niños—. Es como una tradición navideña de los O'Brien.
El señor Black me miraba en silencio con la cabeza un poco ladeada, quizá un poco horrorizado por lo que le estaba contando y pensando que éramos unos horteras o algo así.
—¿Y tu padre también se pasa el día en su taller? —me preguntó entonces.
—Oh, no —negué—. Le gusta estar en su taller y trabajar, pero no se parece en nada a lo que hace… tu padre —tuve cuidado de no ser ofensivo, aunque me costó—. Su taller es más un refugio y no un… cuartel

general, ¿sabes lo que quiero decir?
Él negó con la cabeza.
—Es…
—James —le llamó entonces su padre—. El señor Fletcher ha preguntado por el Lamborghini que trajiste a la fiesta.
James puso su sonrisa de un millón de dólares antes de girarse y fue hacia el grupo que formaban su padre, el señor Fletcher y Robert.
Le acompañé discretamente y me quedé un poco atrás, para no tener que ser incluido en aquella conversación estúpida sobre el coche. El señor Fletcher le decía que jamás había visto uno en persona y James jugaba a ser el humilde Soltero de Oro.
—Lo compré para celebrar una buena inversión, un pequeño capricho —se llevó la mano al pecho y sonrió.
Eso llevó la conversación hacia su empresa y allí ya se pudo deshacer en explicaciones sobre lo bien que le iba y lo mucho que ganaba, pero sin detenerse demasiado, porque solo eran datos sin importancia… Terminé poniendo los ojos en blanco y acabando con mi copa de vino. Me alegraba que James pudiera fanfarronear así delante de su padre, pero no era algo que me resultara divertido oír.
Para mi sorpresa, la señora Fletcher se dio cuenta de mi presencia apartada a un lado y de mi copa vacía y vino en mi rescate.
—¿Quieres otra copa, Leonard? —me preguntó con su encantadora sonrisa.
—No, muchas gracias, señora Fletcher —respondí yo.
—¿Esta noche también estás trabajando? —me preguntó, dedicando una rápida mirada a James.
—Yo siempre estoy trabajando —le aseguré con una sonrisa, para que no sonara como algo horrible—. El señor Black necesita a alguien que le ayude con los mensajes que recibe y que esté atento por si hay alguna urgencia.
Ella asintió educadamente, aunque me dio la impresión de que una pequeña sombra empañó su expresión sonriente.
—Entonces, ¿te molestaría si te pidiera que fueras a buscar a Edward al porche? —preguntó—. Vamos a cenar ya y, como no —puso los ojos en blanco—, se ha escapado a fumar a fuera.
—Iré a buscarle —me ofrecí, porque me pareció maleducado negarme y no me importaba salir un momento al aire fresco.
—Muchas gracias, Leonard —sonrió.
Fui hacia el final del salón y salí por la puerta corredera, más sencillo que abrir la puerta de la casa, y miré el enorme balcón en su búsqueda. Me moví hacia un lado, allí donde el balcón conectaba con el porque frontal y encontré a la figura oscurecida en el columpio.
No le hubiera distinguido del todo si no hubiera sido por la punta anaranjada y brillante de su pitillo. Me acerqué tranquilamente y miré un momento hacia él, pensando que se daría cuenta de mi presencia allí; sin

embargo, él siguió con las piernas cruzadas y la mirada al frente mientras fumaba de forma distraída con los ojos levemente entrecerrados. Era un hombre muy atractivo si te tomabas el tiempo suficiente para verle bien.
—Edward —le llamé.
Él giró el rostro hacia mí rápidamente con una expresión de sorpresa, tardó un momento en recuperarse y decir:
—Leonard.
Me acerqué un poco más con mis manos en los bolsillos y una sonrisa en los labios.
—¿Te sorprendí? —le pregunté.
—Un poco —reconoció, dejando el pitillo en los labios para incorporarse del columpio—. ¿Qué haces aquí al frío?
—Tu madre me pidió que viniera a buscarte, cenaremos dentro de poco.
—Ah… —murmuró, cerrando los ojos y agachando la cabeza antes de rascarse una ceja con el meñique—. Mi madre…
Pude percibir su fastidio y me di cuenta de que yo había caído en una pequeña trampa de la señora Fletcher. Normal que Edward estuviera molesto si ella insistía en forzar que su hijo mayor y yo habláramos. Me sentí un poco estúpido por no haberme dado cuenta antes y por haber incomodado a Edward, así que pregunté:
—¿También te ponen nervioso estas cenas?
Él miró hacia una de las ventanas y asintió.
—Sí, me ponen un poco nervioso estas cenas —reconoció.
—Ya… Me alegro por tus padres, pero todavía tienen que sacarse la carrera de medicina y pasarse años en el hospital antes de poder ejercer, no necesitan una cena especial.
Edward me miró mientras hablaba, perdiendo poco a poco su expresión seria para sonreír cada vez un poco más hasta terminar en una leve carcajada silenciosa.
Apretó los labios con la mirada baja y fumó su última calada antes de arrojar la colilla a un lado y soltar el aire en la misma dirección.
—Me gusta mucho tu sentido del humor, Leonard —me dijo entonces mientras se metía las manos en los bolsillos, pero enseguida volvió a apretar los labios y a apartar la mirada de mis ojos hacia un lado.
—Gracias, Edward, a mí también me gusta —reconocí, y le hice una señal hacia mis espaldas para que volviéramos ya a la casa.
No tenía sentido incomodarle más tiempo con mi presencia allí, sería mejor que volviéramos al calor del interior y junto el resto del grupo. Edward asintió y me acompañó hacia la puerta corredera, cuando entramos ya se habían movido al otro lado de la casa, donde estaba la gran mesa del comedor. Noté la mirada de James al instante sobre nosotros, pero sonreí un poco para calmarle.
—He encontrado a Edward, señora Fletcher —anuncié, para dejar claro que ella había sido la que me había pedido que fuera a buscarle.

—Oh, gracias, Leonard —me respondió ella de pie a un lado de la mesa—. Sentaros, enseguida traeré la cena.
—¿Necesita ayuda? —volví a ofrecerme.
—Oh —por alguna razón eso le hizo reír un poco—. Eres un cielo, Leonard. No te preocupes, sentaos. Yo me encargo de todo.
Asentí y fui hacia el final de la mesa, a una de las dos últimas sillas que quedaban. El señor Fletcher presidía la mesa, por supuesto, y le rodeaban el señor Black y James, algo que me sorprendió un poco. Les seguían Paul, Robert, uno frente al otro, la señora Fletcher, la señora Black y después, como no, Edward y yo al final. Era una distribución rara y, aunque yo no fuera experto en esas cosas, estaba seguro de que aquello no seguía ninguna de las normas de etiqueta; sino que se habían sentado según habían llegado a la mesa.
Así que me senté en mi sitio al lado de la señora Black y frente a Edward, quien todavía tenía la mirada baja y parecía un poco incómodo. Eso me hizo sospechar que esa extraña distribución hubiera sido otra de las tretas de su madre para ponernos cerca. Aquella mujer era un puto genio del mal…
—Y… ¿y esas gafas son decorativas? —me preguntó Edward tras un pequeño silencio y una mirada rápida al resto de la mesa.
—¿Qué? —pregunté frunciendo levemente el ceño—. No —sonreí por lo estúpido que había sido aquella pregunta—. Uso gafas desde prescolar.
—Oh, perdona, pensaba que eran de esas sin cristales para…
Se quedó en silencio como si no quisiera decir lo que pensaba.
—¿Para fingir que tengo miopía? —dije por él.
Edward sonrió y bajó la mirada a la mesa.
—Yo también llevaba gafas de joven, pero me operé de la vista —me contó, prefiriendo no continuar por aquel camino en el que había dado por hecho que mis gafas eran un elemento decorativo más a juego con mi ropa para hacerme «el moderno».
—Yo suelo usar lentillas.
Aquella conversación era forzada e incómoda porque Edward la estaba haciendo de esa manera. Su madre nos había hecho una encerrona y ahora él se sentía responsable de darme algo de conversación, aunque lo más probable fuera que solo deseara quedarse en silencio hasta que todo aquello terminara y pudiera volver a salir a fumar al porche.
—Yo soy incapaz de meterme los dedos en los ojos, me da mucha grima —continuó mientras le daba vueltas al tenedor en la mano y lo miraba—. Y no tuve una adolescencia fácil con las gafas…
Fue bajando el tono de su voz hasta que desapareció entre el murmullo de las demás conversaciones de la mesa.
—Sí, los niños son un poco gilipollas —asentí—. Mi hermana es profesora de prescolar y dice que cada generación es incluso peor que la anterior.
Edward al fin levantó la mirada del tenedor para mirarme a los ojos, algo que agradecí bastante, porque estaba empezando a sentirme como un

completo subnormal y un incordio. Habíamos caído en la trampa de su madre, era un hecho, así que solo había dos formas de pasar aquello: o lo hacías de una forma incómoda y desagradable, o mantenías una conversación liviana y educada hasta que todo terminara. Edward parecía estar decidido a la primera opción, pero yo no me iba a pasar toda una cena así, porque ya había tenido muchas de esas en la casa de los Black.

—Como experto en medicina, ¿tú crees que la castración química sería una solución viable para salvar a la humanidad de sí misma? Mi hermana está convencida de que sí.

Edward se quedó un momento en blanco, entreabrió los labios y se le escapó un jadeo de risa antes de poner una de esas amplias y encantadoras sonrisas de dientes imperfectos.

—¿Qué? —fue lo único que dijo mientras negaba un poco con la cabeza.

—Que mi hermana, la profesora de prescolar que dice adorar a los niños, tiene un plan bastante detallado y perturbador sobre cómo la reproducción humana debería ser un proceso institucionalizado. ¿Tú qué crees? —sonreí.

—Creo que tu hermana es un peligro público —respondió mientras se reía.

La señora Fletcher regresó de la cocina al fondo junto con Paul y empezaron a poner platos de guarnición sobre lo largo de la mesa. La señora Black soltó un comentario sobre lo sorprendida que estaba de que pudiera haber hecho todo aquello ella sola. Ella le quitó importancia y dijo que le relajaba mucho cocinar y que esperaba que nos gustara lo que había preparado. Pidió a su hijo menor que fuera a por algunas botellas de vino a la bodega, pero Edward se levantó y se ofreció a ir él. Era tan buena oportunidad para huir de la cena como cualquier otra, y no la desaprovechó.

Pero se detuvo antes de irse, me miró con su sonrisa ancha todavía en los labios y me preguntó:

—¿Te gusta más el tinto o el blanco, Leonard?

Me quedé un momento sin saber qué decir, me encogí de hombros y respondí:

—Lo que tú prefieras.

—Creo que el tinto queda mejor en una conversación sobre el exterminio de la humanidad —decidió.

Me reí un poco y asentí de acuerdo.

—Vuelvo enseguida —se disculpó.

Puede que al fin Edward se relajara un poco y pudiéramos tener al menos una charla entretenida. Miré al resto de la mesa y me encontré con unos ojos del azul del mar que me miraban de vuelta en mitad de una expresión profundamente seria y peligrosa. Fruncí el ceño y mantuve la mirada de James antes de negar con la cabeza. Sabía lo que estaba pensando, pero no era verdad. Edward se sentía tan incómodo y atrapado por la treta de su madre como yo me sentía.

Ambos éramos gays, pero creo que estaba bastante claro que yo no le gustaba de esa forma.

Edward volvió con un par de botellas y las repartió por la mesa, reservando una de vino tinto para dejarla a nuestro lado. Se sentó, todavía con una ligera sonrisa en los labios, y se ofreció a llenarme la copa.

—Como profesional en medicina no sabría qué decirte —reconoció mientras me servía el vino—, pero como ser humano la idea de tu hermana me aterra.

—Da más miedo cuando te lo explica ella —le aseguré, dándole las gracias por lo bajo por haber tenido el detalle de llenarme la mitad de la copa.

—Yo lo pasé un poco mal en la adolescencia —continuó, sirviéndose ahora a sí mismo—, pero nunca pensé en castrar a nadie.

—¿En serio? —me sorprendió—. Yo lo pensé un par de veces.

Edward dejó la botella a un lado con una ligera sonrisa y cogió la copa. Levantó una ceja con la mirada puesta en la mesa y ladeó un poco la cabeza como si le diera vueltas a la idea.

—¿También se reían de ti de joven? —me preguntó antes de beber un trago.

—No, no mucho, la verdad. Tuve una adolescencia bastante normal.

—Yo ya medía un metro setenta a los quince años —me dijo él, perdiendo la sonrisa para apretar los labios—, era un gigante gafotas, con acné y pegado a sus libros.

Aspiré aire entre los dientes y entrecerré un poco los ojos.

—Eras carne de cañón —reconocí.

—Sí… sí que lo era —murmuró en voz más baja, dejando su copa a un lado y quedándose en silencio.

—Pero ahora eres un cirujano de éxito y un hombre muy atractivo —le dije yo, para animarle un poco—. Es la historia de superación personal que todos adoran oír.

Edward levantó la mirada hacia mí y le dio un par de vueltas a su tenedor sobre la mesa antes de sonreír un poco y responder:

—Sí, puede ser.

—Leonard —me llamó una voz al otro lado de la mesa. La señora Fletcher agitó la mano en el aire mientras ponía un plato de entrantes frente a su marido, James y el padre de los Black—. ¿Sacaste tú las fotos de James?

—¿Perdón? —tuve que preguntarle, porque no tenía claro de a qué se refería.

—Las fotos de las redes sociales de James.

—Ah —asentí—, sí, algunas las saqué yo.

—Son muy divertidas —sonrió ella, dedicando también una mirada a James—. Me encantó la de navidad con los gorritos.

Sonreí y asentí, aunque no sabía que la señora Fletcher siguiera a James en las redes sociales. Ella no era lo que el señor Lee denominaba «público objetivo».

—Fue idea de Leonard —le explicó James con su sonrisa de un millón de

dólares—. Como Santa Claus y su duende ayudante.
Todos se rieron un poco, los Black más que nadie. La señora Fletcher se acercó a nosotros para dejar la última bandeja de entrantes a nuestro lado y sentarse frente a la señora Black.
—A Edward le gustó más en la que salías con ese abrigo puesto tan grande. —Miré de vuelta a Edward, que mantenía la cabeza gacha, como si estuviera planteándose seriamente pedirle al universo que se lo tragara vivo—. Le pareció muy diver…
—Mamá —la interrumpió con una mirada seria.
La señora Fletcher entendió que se estaba pasando un poco ya con su acoso y derribo sobre nosotros, así que perdió un poco la sonrisa y se disculpó en voz baja antes de girarse hacia la señora Black para invitarla a probar los huevos rellenos de la bandeja. Edward mantuvo la mirada en su plato un momento, cogió una bocanada de aire y me miró a los ojos para decir:
—Lo siento mucho, Leonard. Espero que… puedas disculpar a mi madre.
Estaba un poco sonrojado, lo que me resultó algo extraño y divertido de ver en un hombre tan grande como Edward. Así que sonreí y negué con la cabeza para quitarle importancia.
—Edward, no te preocupes —le dije—. Sé lo humillante que es esto. ¿Te acuerdas que yo tuve que mudarme de país?
Edward sonrió con los labios cerrados, pero fue un gesto de educado agradecimiento hacia mí. Fue a por uno de los famosos huevos rellenos y se lo puso en el plato para cortarlo antes de llevarse la mitad a la boca. Yo le imité porque parecía que tenían muy buena pinta y a esas alturas ya estaba algo hambriento.
—En el hospital también sacan algunas fotos de vez en cuando, para subir a las redes —me comentó tras un breve silencio y sin levantar la mirada de su plato—, pero no suelen bajar a urgencias a hacerlas.
—Ya —asentí—, no creo que haya mucha gente que quiera ver fotos de urgencias —reconocí con un principio de risa.
Edward soltó un poco de aire por la nariz y sonrió, pero estaba masticando y esperó a terminar antes de responder:
—No, me refiero a que no suelen sacarnos fotos a nosotros. Solo a los enfermeros y médicos de planta.
—Aunque os bajaran a hacer fotos, estoy bastante seguro de que eres de los que escapan a fumar cuando hay una cámara cerca, Edward.
Al fin volvió a mirarme, esta vez con una de esas grandes sonrisas, antes de asentir.
—Lo soy —reconoció.
—Yo también suelo evitarlas, cuando no lo consigo siempre pongo cara de gilipollas para que no me saquen más —le dije antes de llevarme la mitad del huevo relleno a la boca. Estaba cojonudo, la verdad.
Edward bajó la cabeza y asintió mientras cogía la copa y bebía un trago.
—Me sorprendió que casi siempre pusieras caras raras —dijo tras aquel

breve parón—. Los hombres como tú no suelen hacerlo.
¿Los hombres como yo?
—Sí —respondí de todas formas, prefiriendo no darle importancia a aquel detalle—. Las fotos que me saco con el señor Black son para enfadar al director del departamento de Publicidad. Insiste todo el rato en que las saque, como si trabajara para él o algo.
Me detuve, porque no tenía claro hasta qué punto había sido bueno decir eso. El señor Lee fingía que el propio James llevaba sus redes sociales, y quizá Edward también lo creyera.
—Ah, creía que él mismo las elegía —confesó, confirmando mis sospechas.
Puse una expresión de incomodidad, porque había sido un error bastante estúpido de mi parte.
—No —le dije—, pero… es una especie de secreto de la empresa —y le di una mirada que, esperaba, supiera reconocer.
—Oh —comprendió alzando un poco las cejas—. Claro, no te preocupes, Leonard.
—Gracias —sonreí.
No temía que Edward fuera a aprovecharse de mi error para ser cruel, como harían los Black, pero era mejor dejarle claro que se trataba de algo secreto que no debería ir contando por ahí.
Él cogió otro huevo relleno y lo puso en el plato.
—¿Alguna historia divertida sobre alguna de esas fotos? —me preguntó con una breve mirada rápida desde su plato.
—Un par —reconocí.
Le expliqué la desafortunada historia de cómo Lana, la recepcionista, se había convertido en un meme y las muchas bromas que habían circulado en las redes al respecto. Edward se rio un par de veces, pero, al igual que yo, sentía una mezcla de pena y humor por ella. La señora Fletcher trajo el plato principal: pollo al horno y acompañamiento de patatas mientras todavía discutíamos animadamente si Lana ya se disfrazaba de aquella manera a propósito o no. Edward estaba convencido de que la primera vez pudiera ser un error, pero que ese disfraz de navidad era a propósito. Yo negaba, convencido de que aquella mujer era así de despistada y crédula.
—Durante el cierre del año, cuando tuvimos que quedarnos trasnochando en la oficina, la pillé leyendo una novela romántica bajo la mesa y con un saco de dormir al lado por si tenía que quedarse allí mismo —le decía.
—Eso solo significa que es una mujer a quien le importa su trabajo.
—Era un saco infantil de princesas, Edward —respondí, indignado—. Parecía preparada para una puta fiesta de pijamas… No puedes fingir ser así, o sea, es imposible.
Eso le hizo soltar una de sus sonoras carcajadas y terminar dándome la razón. Cuando llegó el postre ya habíamos alcanzado un tema más profundo y complicado: política. Edward estaba mucho más relajado y se

parecía al hombre agradable y sencillo que había conocido en el porche y no al hombre nervioso y cabizbajo que había sido después. Soltó un par de frases sobre la ascendencia latina de Lana, dejó caer sutilmente que le parecía una gran idea fomentar la inclusión de minorías y la igualdad de oportunidades.
Como no se encontró con un rechazo por mi parte, llegó a declarar que él tenía una línea de pensamiento muy a favor de la social democracia y de la intervención del estado para equilibrar la balanza del poder y la riqueza.
Entonces volvió a apretar los labios y a ponerse un poco inquieto, porque quizá había cruzado una línea que no solía cruzar con personas a las que había conocido hacía tan poco. Así que esperó muy atento a mi respuesta.
Yo sonreí y le dije:
—Aunque no lo creas después de hablar sobre las ideas de mi hermana sobre la castración química, mi familia está muy al favor de la igualdad de oportunidades y el reparto de la riqueza.
Él sonrió, visiblemente más relajado.
—Perdona, Leonard, es que es un tema que… no suele gustar en Bluebelt —y miró un momento hacia la familia Black, y supe a qué se refería y no necesité nada más.
—Lo sé —afirmé antes de terminar mi tercera copa de vino.
—¿Has leído que el gobernador Hunt piensa recortar los fondos de la ciudad para los colegios públicos de las afueras?
Solté un bufido y no pude evitar una mueca de asco y desprecio.
—Si te contara lo que sé de los Hunt, fliparías —le aseguré—. El gobernador lleva años intentando recalificar el terreno de Prince, lo del metro y el parque es solo una mala excusa.
—¡Sí! —exclamó Edward, volcándose un poco sobre su trozo de tarta de manzana a medio comer—. Y lo peor es que la gente está encantada porque va a poner otro centro comercial.
—¿Y sabes a quién le van a encargar construirlo? —le pregunté.
Edward se recostó en la silla y asintió repetidas veces, tan convencido como yo de que el gobernador estaba inmerso en asuntos muy turbios y que ganaba mucho dinero por dar concesiones a sus «amigos».
—Chicos —nos llamó entonces la señora Fletcher. Nosotros éramos los únicos que seguían tomando el postre; el resto ya había terminado hacía un rato porque no se habían parado a hablar tanto—. Iremos al salón a tomar el café y a proponer algún juego de mesa, ¿os esperamos?
Cuando Edward se dio cuenta miró su trozo de tarta a medio comer y después a mí a la espera de mí respuesta.
—Yo no creo que pueda comer más —reconocí, dejando el tenedor a un lado—. Estaba todo delicioso, señora Fletcher.
Ella sonrió y me dio las gracias por el cumplido.
—Iremos con vosotros —asintió Edward, dejando también el tenedor a un lado—. Nos entretuvimos un poco y os hemos dejado esperando sin dar-

nos cuenta.
—Lo sé —sonrió su madre, pero no parecía molesta en absoluto por aquel detalle, lo que provocó otra mirada seria de Edward.
Nos levantamos con el resto y fuimos al salón, un bonito espacio con una amplia mesa baja central rodeada de sofás de cuero y algunos taburetes a juego. La señora Fletcher fue a preparar el café y Edward la acompañó, seguramente para poder tener una charla discreta con ella y terminar de una vez por todas con sus esperanzas de unirnos de alguna forma.
Yo me acerqué al sofá y me senté en una esquina, al lado de un James todavía inmerso en su papel de Soltero de Oro. Esperé en silencio mientras el padre de los Black terminaba de contar una estúpida anécdota sobre una paciente que había tenido en la consulta, cuando terminó con un chascarrillo y todos se rieron el señor Fletcher propuso al fin un juego de mesa. Hubo un pequeño debate entre los padres de cada familia: el señor Fletcher creía que un juego más divertido y liviano sería el adecuado, quizá el juego de las películas; pero el señor Black insistía en un desafío real.
—Ojalá juguemos a las películas —susurré cerca del oído de James—, estoy deseando ver a tu padre haciendo gestos y muecas como un desesperado para ganar.
Sonreí y me reí un poco, pero James no respondió. Ni siquiera hizo nada para demostrar que me había escuchado. Sentí una punzada de preocupación y la sonrisa me tembló en los labios.
—¿James? —le llamé.
Joder…
—James, por favor…
Entonces él giró el rostro, con su expresión perfecta y calculada y me susurró sin mirarme:
—Vete a comerle la polla a Edward, como llevas haciendo toda la puta noche, y olvídate de mí.
Cogí una respiración, pero no llenó el vacío que sus palabras me provocaron en el pecho.
—James, solo estábamos hablando durante la cena —le dije, pero sabía que era un intento inútil y que no funcionaría—. Nos tocó sentarnos en frente. Yo no… —pero me detuve, porque él ni siquiera me estaba escuchando.
Entonces me recosté en el sofá y apoyé el codo en el reposabrazos antes de frotarme los ojos bajo las gafas.
Debería haber visto aquello venir, pero estaba tan convencido de que era obvio que Edward y yo solo hablábamos como un par de adultos durante una conversación de mesa, que no me di cuenta de que James pudiera seguir malinterpretándolo de aquella manera.
Al final decidieron jugar a un juego de preguntas muy similar al que tenían los Black en su casa. Cuando llegaron la señora Fletcher y Edward con el café dejaron las bandejas a un lado de la mesa y cada uno pudo pre-

pararse el suyo como le gustara.
—¿Quiere un café, señor Black? —le pregunté.
Como no respondió me hice uno para mí y dejé otra para él como le gustaba. Paul fue a por el juego a un armario a un lado del salón y llegó la hora de hacer los equipos. Éramos impares, así que, o habría un equipo de tres, o alguien tendría que quedarse fuera.
—Yo prefiero ser la que lea las preguntas —se ofreció la señora Fletcher con una sonrisa—. Me siento como la presentadora de un programa de la televisión.
Eso resolvía el primer problema, el segundo problema fue decidir quién iba con quién.
—No quieres hacer equipo conmigo, ¿verdad? —le pregunté a James en voz baja, mirando el resto de opciones que teníamos.
Me esperaba una horrible discusión con él y no tenía ganas de jugar, pero tenía que hacerlo, así que era mejor elegir a alguien débil y que no supusiera muchos problemas. Pero el padre de los Black se me adelantó y dijo:
—No sería justo para el resto que nosotros fuéramos en un mismo equipo, Victor —le dijo al señor Fletcher—. ¿Qué te parece si yo voy con tu hijo y tú con el mío?
Aquello fue un poco retorcido por su parte, porque toda la familia Black sabía que su padre quería ganar aquello, y que, en vez de elegir a James, prefirió elegir a Edward. Paul se levantó de su sitio frente a nosotros y dejó sentarse al señor Black, para quedarse en pie dudando de dónde debería sentarse.
—Robert, ponte tú con el señor Fletcher —le dijo James entonces sin perder la sonrisa—, así serán equipos mezclados.
Eso dejaba a Paul con la señora Black y a mí con él; algo que no me esperaba en absoluto.
—Gracias —le dije en voz baja, aunque volvió a ignorarme.
La señora Fletcher ya estaba preparando el tablero y repartió las fichas de un color para cada equipo y me ofreció los dados, porque nosotros éramos el primer equipo a su izquierda del taburete en el que se había sentado frente a la mesa. La primera pregunta fue sobre geografía, bastante sencilla y que James no necesitó consultarme antes de responder. La segunda pregunta fue sobre literatura y dudó un poco.
—Molière —susurré cerca de su oído.
Tardó un par de segundos, pero dijo en alto:
—Molière.
La tercera pregunta fue sobre historia y volvió a responder antes de que pudiéramos discutirlo, errando por completo.
—Esa me la sabía, James —volví a decirle en bajo mientras la señora Fletcher les leía la pregunta al equipo de la señora Black y Paul.
—¿Y sabes lo que va a pasar cuando volvamos a casa, Leonard? —me preguntó entonces, girándose para usar un tono dura y enfadado—. Que

voy a ir a esa fiesta de fin de año yo solo y me lo voy a pasar muy bien.
Me enfrenté a su mirada de ojos del azul del mar con un dolor en el pecho. Sentí que se humedecían los ojos de pura impotencia y miré a otro lado, a cualquier lado, menos a él. Bebí un buen trago de café y me recosté en el sofá, esforzándome porque las lágrimas no superaran el borde de mis ojos.
Cuando le llegó el turno al padre de los Black y a Edward consiguieron responder cinco preguntas correctas seguidas, poniéndose a la cabeza. La señora Fletcher nos hizo una nueva pregunta a nosotros, que James volvió a errar en solitario. Esta vez ni intenté ayudarle. La siguiente ronda tuvo un resultado parecido a la primera: Paul y la señora Black consiguieron dos respuestas correctas, el señor Fletcher y Robert otras tres y el padre de los Black y Edward llegaron a la primera meta tras otras cuatro preguntas seguidas. Nosotros ya casi estábamos los últimos y, probablemente, eso no fuera a cambiar.
La señora Fletcher nos hizo nuestra pregunta, James respondió correctamente y nos hizo una segunda sobre geografía. Entonces él dudó y tras un par de segundos se volvió hacia mí y me preguntó con enfado:
—¿Qué colores tiene la bandera de Hungría?
—Verde, blanco y rojo —respondí sin mucha emoción.
La respuesta fue correcta y la señora Fletcher nos hizo una tercera pregunta.
—¿De qué puto país era? —me preguntó, esta vez más rápido que la anterior.
—¿Goliat? —pregunté, porque yo tampoco estaba nada seguro—. No era de un país, es de la Biblia…
—Pues tiene que ser de un país, Leonard —me reprochó.
—No hay países en la Biblia, James —dije, alzando las manos sin tener ni idea y respondiendo a su mirada—. Solo hay lugares y ciudades.
—Palestina —me dijo entonces.
—No, Goliat es del Antiguo Testamento. Tiene que ser de… la tierra de los filisteos o alguna gilipollez así.
Él lo soltó tal cual y, tras un intento y brevísimo momento de duda, la señora Fletcher dijo que era correcto. James debió dejarse llevar un poco por la emoción del momento porque puso la mano a la altura de mi rodilla y me dio un leve apretón. Tras la cuarta pregunta fue directo a consultarlo conmigo.
—¿Los números primos?
Asentí.
La quinta fue de economía y no necesitó mi ayuda, pero la sexta era la primera meta y si respondíamos correctamente podríamos llegar a alcanzar a su padre y Edward.
—Alemania —me dijo, acercándose tanto a mí que noté el roce de sus labios sobre la oreja y un aliento cálido que me erizó la piel.
—Estoy bastante seguro de que fue Bélgica —respondí, girándome un poco hacia él.

—Fue Alemania, Leo.
—No, parece Alemania, pero fue Bélgica.
Él se separó y miró a la señora Fletcher un momento en silencio antes de responder:
—Bélgica.
—Sí —sonrió ella.
James me miró y a mí se me escapó una pequeña mueca de superioridad con sonrisa y labio inferior suavemente mordido. Agité la mano como si quisiera darme aire porque estaba a puto fuego en ese momento. Lo hice para James, que me devolvió una mirada seria pero no enfadada, de mis ojos a mis labios y de vuelta a los ojos; sin embargo, los demás también lo vieron y les hizo gracia. Los Fletcher se rieron un poco primero y los Black les siguieron de cerca. Entonces paré en seco y les dediqué una sonrisa un poco avergonzada a todos.
Aquel era el fin de nuestro turno y pasó al siguiente equipo compuesto por la señora Black y Paul.
—Sigo enfadado —me advirtió James en voz baja, pero fue algo suave en mi oído.
—Lo sé —respondí.
A medida que avanzó la partida, él se fue acercando un poco más y más a mí, juntando nuestras piernas y rozando nuestros muslos sobre el sofá. Se acercaba y discutíamos cada pregunta tranquilamente. Llegué a pensar que era extraño porque, aunque era algo que habíamos hecho siempre al jugar a aquel juego, me dio la impresión de que aquella noche se tomaba muy en serio lo de acercarse lo más posible y tocarme de forma sutil, como golpearme suavemente el pecho con el dedo mientras me explicaba su respuesta. Me pareció raro, pero yo también quise entrar en ese pequeño juego y hacer lo mismo con él; nada brusco y salvaje, solo roces y miradas que podrían significar que éramos amigos cercanos, o que quizá fuéramos mucho más.
—No vamos a pasarnos toda la noche aquí —nos dijo el padre de los Black en una ocasión. Estábamos a pocas preguntas de alcanzarles y empezaba a preocuparle no llegar a ganar ese estúpido juego.
—Ganimedes —respondió James tras todo un minuto de discusión.
La señora Fletcher nos dio la respuesta correcta y conseguimos la meta antes que ellos. Pero, por desgracia, Edward era un completo genio. Sabía de casi todo. Respondió casi cuatro preguntas seguidas él solo y después discutieron la quinta que les dio una ajustada pero merecida victoria.
El padre de los Black estrechó la mano de Edward con una ancha sonrisa.
—Eres un hombre excepcional —le halago, algo que debió romper el pecho de James en mil pedazos.
Puse mi mano en su pierna y le acaricié con el pulgar un breve momento.
Como se había hecho un poco más tarde de lo esperado, apresuraron la despedida un poco. Nos dirigimos a la puerta y ambas familias se dedicaron agradecimientos mutuos por haber venido o por haberles invi-

tado junto con un apretón de manos y una sonrisa.
—Ha sido una conversación muy entretenida, Leonard —me dijo Edward mientras me estrechaba la mano—. La he disfrutado mucho.
—Gracias, Edward, yo también —respondí de forma educada, y porque realmente había sido una conversación muy entretenida.
Él me soltó la mano y apretó los labios, pero no se movió. Era evidente que quería decirme algo más y esperé un momento a que lo hiciera.
—Edward —le llamó James, dándome mi abrigo antes de estrecharle la mano y alzar la cabeza para poder mirarle a los ojos. Incluso el señor Black y su metro ochenta y algo no eran rivales para el metro noventa del cirujano—. Muy buena partida.
Edward asintió con una leve sonrisa antes de que James le diera las buenas noches y me invitara a seguirle afuera con una mano en la espalda. Yo les di las gracias a todos los Fletcher y me despedí deseándoles una feliz navidad.
La noche me pareció terriblemente fría en contraste con el agradable calor de la casa del lago, e incluso cuando entramos en el coche no entré en calor hasta pasados un par de largos minutos.
—¿Sabe Edward que sois pareja? —preguntó entonces Robert a mi lado, llenando el silencio sepulcral del coche con su voz.
La señora Black giró lentamente el rostro hacia nosotros y el padre de los Black detuvo el coche de forma tan repentina que todos nos fuimos un poco para adelante. James puso una mano rápida en mi abdomen para ayudarme a frenar, porque mi cinto no me cruzaba el pecho como el del resto. Después todo volvió a quedarse en silencio.
—¿Cómo dices, Robert? —preguntó el padre de los Black con tono serio y seco.
Su hijo menor fingió despreocupación. Como la asquerosa serpiente que era, había esperado el mejor momento para morder.
—Me preguntaba si Edward sabía que James y Leonard son pareja, porque esta noche estuvo muy atento a ellos.
—¿Qué son qué? —preguntó la señora Black, demasiado sorprendida para decidirse por un tono de voz exacto, así que su pregunta fluctuó entre varios tonos.
Yo me mantuve firme y con la mirada al frente. Deseaba con toda mi alma poder reventar la cara de Robert contra el asiento de adelante y romperle la puta nariz, pero cerré los puños y me aguanté.
—Leonard y yo somos pareja —dijo James, pero su voz no sonó tan tranquila y calmada como solía sonar.
—No —sentenció el señor Black—. No lo sois.
—Padre…
—¡He dicho que no! —gritó, golpeando el volante con tanta fuerza que hizo sonar la bocina.
Nos volvimos a quedar en silencio. Deslicé una mano en la oscuridad de la parte trasera del coche para buscar la de James y entrelazar mis dedos

con los suyos.
Yo estaba ahí junto a él, como siempre estaría.
Él miró por la ventanilla y apretó mi mano con fuerza para que no le soltara. Su madre empezó a soltar una especie de respiración más acelerada antes de llevarse las manos al rostro y comenzar a llorar en silencio. Su padre arrancó el coche y fue más rápido que antes por la carretera boscosa y oscurecida. En un par de minutos alcanzamos la mansión y el señor Black aparcó de una forma seca entre la tierra pedregosa de la entrada. Salió afuera y cerró la puerta de un fuerte golpe. James y Robert salieron casi a la vez y yo me apuré a seguirles mientras la madre de los Black continuaba sollozando en el interior.
—Estoy tan decepcionado contigo, James… —dijo su padre frente a él, con una mezcla de desprecio y enfado en el rostro.
James se quedó allí de pie frente a él mientras su padre le miraba en silencio y le dedicaba una última mueca de desdén antes de darse la vuelta hacia el porche y subir las escaleras con pasos pesados. La señora Black salió entonces del coche y siguió a su marido rápidamente y sin mirar a nadie. Entraron ambos la casa cuando el mayordomo les abrió la puerta.
—¿Ya no te ríes, James? —le preguntó Robert al otro lado del coche con una asquerosa sonrisa en el rostro.
Le dediqué una mirada que podría haber helado el polo norte, pero él solo siguió riéndose y balanceándose un poco mientras ascendía los escalones a una especie de ritmo de jazz.
Me puse al lado del señor Black y acerqué mi mano a la suya, muerta a un lado de su cuerpo. Rodeé algunos de sus dedos y traté de mirar a sus ojos, pero él no se movió. Solo siguió contemplando el lugar donde su padre había estado mientras sus ojos resplandecían un poco al llenarse de humedad.
No dije nada, no hice nada más que acercarme un poco, seguir acariciando su mano y apoyar la cabeza sobre su hombro en mitad de la fría noche. No sé cuánto tiempo pasó, solo que en algún momento James giró el rostro hacia mí y me miró con los ojos empañados, un poco hinchados y enrojecidos. Le miré de vuelta y esperé a que dijera algo; pero se quedó así un largo minuto antes de inclinarse y besarme en los labios.
No fue un beso largo, ni un pico, fue un único beso con un poco de lengua y poca saliva. Cuando me volvió a mirar algo había cambiado en él, como si hubiera vuelto a la vida, a ser él mismo. Puso su mano en la parte baja de mi espalda y caminamos juntos hacia la puerta que el mayordomo había tenido el detalle de cerrar para darnos intimidad. Le di las gracias por lo bajo cuando nos dejó entrar y él asintió con la mirada baja. Subimos las escaleras y fuimos directos a su habitación sin si quiera quitarnos los abrigos.
—Ayúdame a recógelo todo, volvemos a casa —fue lo primero que me dijo.

Asentí y fui a por sus maletas en la esquina para ponerlas sobre la cama mientras el señor Black recogía su portátil y nuestra foto de encima del escritorio. Después fue al armario y rebuscó su viejo juguete en el cajón para meterlo a un lado de la bolsa de viaje. Cuando terminamos con sus cosas fuimos al cuarto de invitados a por las mías, bajamos de nuevo las escaleras con todo encima y fuimos hacia la puerta. No nos tomamos mucho tiempo para encajar las maletas en el Lamborghini, por lo que quedaron un poco desordenadas. Nos subimos al coche y el señor Black arrancó para dejar atrás aquella casa oscura y triste lo más rápido posible.
James condujo unos minutos en silencio y entonces me dijo:
—El año que viene iremos a la casa de tus padres. Todo lo que dices de ellos suena divertido.
Le miré y asentí mientras ponía una mano en su pierna y la acariciaba. James bajó un mano del volante y entrelazó sus dedos sobre los míos sin apartar la mirada de la carretera.

Fue un viaje largo y silencioso a altas horas de la madrugada. Cuando pasamos el tramo más complicado le dije a James que me dejara conducir la mitad que quedaba hasta la ciudad, ahora que la carretera era bastante más lineal y me daría tiempo a hacerme al coche sin tener que superar curvas complicada y cambios de rasante. Él aceptó y aparcó un momento a un lado para cambiarnos de sitio. Se recostó un poco en el asiento del copiloto y miró hacia el frente mientras me acariciaba la pierna. Le miré un par de veces para comprobar si se había quedado dormido, pero siguió despierto a mi lado hasta que alcanzamos la ciudad a apenas una hora de que amaneciera.
Conducir por la ciudad me resultó un poco más complicado, pero por suerte todavía no había mucho tráfico. Cuando llegamos al garaje ya tenía suficiente fluidez con ese coche como para poder aparcarlo con algo de elegancia y tacto entre los muchos otros coches de lujo del señor Black.
—¿Quieres sacar las maletas ahora? —le pregunté mientras se incorporaba en el asiento.
—No.
Asentí y salí del coche, esperándole para que pudiera poner la mano en la parte baja de mi espalda antes de llegar al ascensor. Al ver de nuevo el hall y el principio del salón acristalado sentí una mezcla de agradecimiento y cansancio. Al fin habíamos vuelto a casa.
Fuimos directamente al dormitorio sin encender ninguna luz y el señor Black se empezó a desnudar al momento de cruzar la puerta. Yo hice lo mismo, teniendo un poco de problemas al quitarme los zapatos y dejándome caer en la cama con una exhalación. El despertador sonó y lo apagué al instante con un golpe seco. No hoy, pequeño hijo de puta.
El señor Black pulsó un botón de la pared y unas persianas automáticas

empezaron a bloquear los ventanales hasta dejarnos en completa oscuridad. Encendió una pequeña lámpara sobre el cabecero de la cama, la que solía usar para leer, y abrió las mantas, completamente desnudo, para tumbarse y estirar un brazo hacia mí. No tardé demasiado en meterme dentro y rodearle con los brazos mientras James me apretaba contra él.

Apagó la luz y la completa oscuridad nos devoró.

Me desperté en la misma negrura sin luz y dudé si habían pasado un par de minuto o todo un día. Me di la vuelta para encarar a James y le acaricié desde el brazo hasta el hombro para guiarme hasta su rostro.

—James —susurré para saber si estaba despierto.

Recibí un apagado murmullo en respuesta y froté suavemente su barba corta y tupida hasta que James empezó a hacer lo mismo en mi pelo.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—No importa.

Hizo un movimiento y una luz se encendió en la oscuridad, los pequeños focos del pequeño pasillo que separa el vestidor del baño al fondo de la habitación. Llegaba hasta nosotros, pero no llegaba a iluminar más que nuestras formas en la penumbra. Miré los ojos de James y nos quedamos un rato en silencio.

—¿Todo bien? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—No.

Seguí acariciándole, pero saqué una mano de debajo de la almohada para rodearle el rostro.

—Quiero que sepas que yo estoy muy orgulloso de ti, James —le dije en voz baja—. Podrías haber fingido que no era cierto y que no estábamos juntos, pero no lo hiciste. Has sido muy valiente.

No pude distinguir mucho en su rostro, apenas el contorno de su cabeza a espaldas de la débil luz del pasillo. Tras un breve silencio no dijo nada, solo se acercó a mí y me besó. Lo hizo un largo rato mientras se iba colocando encima de mí, me abrió las piernas con las suyas y me empezó a meter la polla sin tener que decirme nada. Solo jadeamos y nos miramos mientras él me rodeaba con los brazos y movía la cadera para entrar más y más en mí.

—Repítelo —me dijo.

Yo miraba sus ojos y rodeaba su cuello.

—Estoy muy orgulloso de ti y te quiero más que a nadie —le dije apenas sin aire.

James soltó un gruñido extraño y me apretó contra él tan fuerte que llegó a ahogarme mientras se corría. Después se quedó así, me dio un beso en los labios y en algún momento volvimos a dormirnos.

Cuando desperté de nuevo empecé a perder un poco el sentido del tiempo en aquella habitación que nunca cambiaba. James seguía sobre mí y me pesaba un poco. Le acaricié la espalda y alargué la mano hacia el despertador para tratar de descifrar la hora. En el mundo real, fuera de a-

quella habitación, estaba ya atardeciendo. Le di un par de besos a James para despertarle, él se removió un poco y me los empezó a devolver. Noté que volvía a empalmarse y que buscaba de nuevo mi cuerpo, pero solté una breve carcajada y le detuve.

—Espera, vaquero… ¿tienes hambre?

Él levantó la cabeza y me miró con unos ojos todavía algo entrecerrados y adormecidos.

—Un poco —reconoció.

—Llevamos todo el día en la cama —le recordé—. Y hay que comer, es importante para recuperar energías.

James puso una de sus sonrisas sin dientes y asintió.

Me aparté y me levanté, por mucho que él tratara de evitarlo con una expresión de enfado y leves tirones.

Fui a por el móvil en el bolsillo de mi pantalón y James fue al baño, cuando volvió se tumbó de nuevo a mi lado y me puso encima de él con mi espalda contra su pecho para mirar lo que hacía mientras apoyaba su mentón en mi hombro.

—Tú y yo vamos a descubrir el maravilloso mundo de la comida rápida —le dije—. Y si quieres veremos una de tus películas favoritas de los noventa: Jurassic Park. Esa que tanto te inspiró —y me reí de aquella mentira que solía decir delante de las cámaras.

—Tiene que ser algo nutritivo, Leo —me advirtió cuando me vio pulsando en el icono de una pizzería de una calle cercana.

—Describe nutritivo —le pedí.

Tras una larga y complicada decisión conjunta, nos decidimos por comida china. Entonces me levanté de nuevo y fui a ponerme algo al vestidor.

—¿Por qué te has puesto ropa? —me preguntó James, no sin cierto enfado.

—No voy a recibir al repartidor en bolas.

Él se encogió de hombros.

—Con que no te toque y sepa que eres mío, no me importa que mire lo que yo tengo y él no.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. A veces me costaba entender cómo funcionaba esa parte posesiva de él y dónde estaban los límites.

Al final llegó el repartido y le recibí como haría alguien normal: mediocremente vestido. James bajó de la habitación con uno de mis bóxers puesto y lo llevamos todo a la mesa baja del salón para mirar la película.

—Es imposible revivir a un dinosaurio —me dijo cuando volvimos a la cama aquella noche.

—Si fuera posible, Jurassic Park no sería una película, sería un documental, James.

Él se rio un poco, aunque trató de ocultarlo.

Quizá se hubiera olvidado del incidente con su padre y ahora todo fuera bien.

Puede que nadie trabajara a dos días de Fin de Año, pero nosotros sí. Al menos por la mañana después de desayunar la comida de campeones que había vuelto a encargar traer al restaurante y el café de cincuenta dólares por repartidor. Por la tarde, sin embargo, a James le apetecieron mejor otros planes. Cuando me dijo que era suficiente por el día, estaba seguro de que me mandaría esperar en la habitación mientras iba a buscar algunos de sus juguetes a la Habitación del Placer; y no pude estar más sorprendido cuando me preguntó si quería ir a aquella librería tan grande que habían abierto en el centro.

Dije que sí, por supuesto. Igual que al día siguiente cuando quiso, atención, «dar un paseo por el parque». Un paseo por el parque… lo flipé tanto que todavía seguía en shock cuando llegamos al parque central y empezamos a dar una lenta vuelta junto con los que hacían deporte, los que paseaban a los perros y las otras muchas parejas. Aproveché la ocasión para sacarle una foto a James, la primera solo a él, y la segunda juntos. Solo le envié una al señor Lee, la otra era para mí.

El día de fin de año no salimos de casa. Nos quedamos un poco en la habitación, un poco en el salón hasta que llegó el momento de prepararse para la maravillosa fiesta a la que habían invitado al señor Black. Nos vestimos juntos en el vestidor y James miró el resultado en el espejo, como a él le gustaba hacer. Yo solo tenía un traje bueno, el gris que había hecho hacer para mí, pero el señor Black tenía muchos, muchísimos, y tardó toda una hora en decidirse por cual ponerse.

—Llama al sastre y despéjanos un hueco para ir en algún momento del mes —terminó diciéndome—. Te compraré un par de trajes más y los arreglará para ti.

Ya me había llamado la atención el hecho de que todo fuera «nuestro», pero que cuando llegaba el momento de pagar, él era el que me pagaba las cosas a mí. No me gustaba, porque estaba claro que él creía que ser el dueño del dinero le daba poder sobre mí; aunque eso no fuera cierto en absoluto.

—¿Algo que deba saber sobre esa fiesta, señor Black? —le pregunté sentados en el taxi. Lakov no estaba en la ciudad y aún tardaría unos días en volver.

—No te separes de mí y que nadie te toque —murmuró en mi oído, porque, aunque hubiera un cristal entre el asiento del conductor y nosotros, no se podía estar seguro de cuánto se podía llegar a oír.

—Lo normal, entonces —concluí mientras miraba las brillantes luces de la calle.

—Lo normal —afirmó él colocando una mano en mi pierna.

La fiesta de «Ano Nuevo» se celebraba en lo alto del Hotel Palace, uno de los más lujosos y caros de la ciudad. Tuvimos que mostrar una invitación especial en la recepción y esperar por un acompañante que nos llevó a una

sala discreta en la que nos inspeccionó por si llevábamos armas. Yo me quedé en silencio y con las cejas algo elevadas, pero el señor Black se lo tomó con bastante calma, así que di por hecho que era lo normal. Solo se enfadó un poco cuando me palpó a mí, mirando atentamente dónde tocaba y durante cuánto tiempo. Me pidió que dejara el móvil allí, porque no estaba permitido llevar nada con acceso a internet, a cámaras ni a sonido.

Después nos llevó a un ascensor y nos deseó feliz año nuevo con una sonrisa.

La sala de la celebración era un gran comedor con preciosas vistas a la ciudad, pero reconvertido en una especie de sala de fiestas con luces apagadas y música alta. Fue un cambio muy brusco y repentino entre la sobriedad del hall del hotel y la elegancia a aquel… aquel sitio. Había muchos hombres trajeados y muchas mujeres casi sin ropa, muy al estilo de Wall Street, suponía.

El señor Black me guio con la mano en la espalda hasta el centro de la sala, donde se detuvo a intentar distinguir los grupos de hombres en los sofás y las mesas. Yo también lo hice, pero después de solo encontrar a gente esnifando, bebiendo, riéndose como locos y metiéndose mano ya perdí las ganas. No era que estuviera incómodo con todo aquello, era simplemente que no era mi estilo de fiesta.

Cuando el señor Black encontró lo que quería, fuimos hacia uno de los lados, a un sillón en semicírculo donde estaba, como no, el señor Jacobs. Parecía un poco borracho, o puede que colocado, lo más probable es que ambas, y tardó en distinguirnos en la penumbra de luces violáceas y rosadas.

—¡James! —gritó entonces, sacando la mano de la puta que le estaba haciendo una paja por dentro del pantalón.

Se levantó y quiso estrecharle la mano al señor Black, pero este, obviamente, se negó.

—¡Y el ayudante guaperas! —gritó cuando me vio. Debía ser la primera vez que se alegraba de verme.

—Aléjate de Peter esta noche —me advirtió el señor Black de pronto en un susurro rápido.

Le miré por el borde de los ojos, porque la forma en la que lo había dicho me había dado un poco de miedo.

—¡Sentaros! —nos invitó.

En aquella ocasión había suficiente espacio y no tuvimos que echar a nadie del sofá, sin embargo, tampoco nos alejamos mucho del borde. El señor Black extendió su brazo en mi dirección por el respaldo y se abrió de piernas. Yo me senté a su lado como una persona normal.

—¿Vais a follar esta noche o vais a iros sin más como la última vez? —nos preguntó uno de los amigos de Peter, al que no conseguí reconocer porque tenía una mujer en tanga montada encima.

—Haremos lo que nos salga de la polla —respondió el señor Black con

calma.
—Perdónale, James —se disculpó Peter por él—. Han oído tantas cosas de ti que les decepcionó un poco que no hicierais nada en la fiesta de Halloween.
Hicierais…
El señor Black también debió percibir aquello porque bajó su brazo del respaldo para, directamente, rodearme los hombros y atraerme un poco a él.
—Pídenos dos copas de whisky —le ordenó.
El señor Jacobs hizo una señal a el señor Jenkins, que también estaba allí sentado, pero al otro extremo del sofá. Aquel era el hombre que me había dicho que le gustaría «probar» algo gay.
—¿Queréis…? —nos preguntó Peter, haciendo una señal hacia las mujeres casi desnudas que había por todo el lugar.
El señor Black negó con la cabeza y una expresión seria.
—Pero coca sí, ¿no? —insistió, perdiendo poco a poco su gran sonrisa de drogado.
—Quizá después.
—Oh —eso le hizo reír, no sabía muy bien por qué—. Bien, bien…
Peter se inclinó sobre su tabla de rayas preparadas y utilizó un tubo dorado para esnifar una de ellas antes de soltar un grito. Se tumbó con los brazos extendidos sobre el respaldo y miró a la mujer que, si no estaba súper drogada, poco le faltaba. Ella se inclinó y le besó el cuello antes de volver a meter la mano en su bragueta abierta.
Otro de sus amigos no había parado de hacerle unos dedos a otra de las prostitutas durante toda la conversación, apartando tan solo un poco sus bragas rojas de encaje para dejar su coño al aire. Al último de ellos que nos había hablado le faltaba poco para sacarse la polla y metérsela allí mismo a la mujer que le montaba.
Había algo profundamente triste, sórdido y patético en todo aquello.
—Vas a ver un montón de pollas enanas esta noche —me dijo el señor Black al oído.
Se me escapó una leve risa y le miré.
—Ya lo suponía —respondí.
El señor Jenkins volvió con nuestras copas y las puso delante de nosotros, sin enfrentarse a la mirada seria del señor Black ni a mi absoluta indiferencia. Sin embargo, no se fue, se sentó dónde estaba antes y esnifó una raya para quedarse recostado y mirando a algún punto de la sala sin hacer nada. Fui a por las copas y le di una al señor Black antes de brindar y que bebiéramos un trago a la vez.
—Está esperando a que en algún momento empecemos a follar —me dijo él con una sonrisa cruel en los labios y dirigiendo una rápida mirada al señor Jenkins, quien se esforzaba mucho por no mirarnos de vuelta.
—Pues que espere.
El señor Black me miró y bebió otro trago lento de su copa.

—A mí no me importa que miren si no se meten donde no les llaman —murmuró por lo bajo en mitad de la ruidosa música.
Respondí a su mirada de ojos del azul del mar con destellos violáceos y rosados debido a la luz.
—¿Eso te pone? —le pregunté por simple curiosidad.
El señor Black se encogió un poco de hombros y me atrajo más hacia él.
—Me gusta que todos sepan que yo tengo lo mejor y ellos solo pueden mirar cómo te follo.
Alcé ambas cejas, porque me había parecido una forma muy retorcida de decir que… ¿estaba orgulloso de mí? El señor Black volvió a beber, pero esta vez se acercó a mis labios y me besó. No me esperaba que aún tuviera whisky en la boca y me pilló tan de sorpresa que se derramó por las comisuras de nuestros labios y goteó de nuestras barbillas. Me reí un poco y me separé para decir algo al respecto, pero el señor Black cerró el brazo que tenía alrededor de mis hombros y me atrajo de nuevo, esta vez para lamer los bordes de mis labios, mi perilla y un poco de la barba corta de mi mentón.
—Vale… —jadeé—. Eso sí me ha puesto bastante cachondo —reconocí.
—Ahora hazlo tú —ordenó.
Sonreí y me acerqué para lamerle las comisuras de los labios, notando el sabor picante del whisky junto con los restos de saliva de James. Descendí hasta su barbilla y mordí un poco, porque era una marca personal de la casa. Al terminar, el señor Black acercó sus labios entreabiertos para meterme la lengua, no en uno de los besos lentos y suaves que solíamos compartir, sino en uno bastante salvaje y sexual. Puso su mano sobre mi pierna, volcándose un poco sobre mí para alcanzarme bien el culo y apretarlo con fuerza.
Me perdí un poco en aquello y desabroché algunos botones de su camisa para poder frotarle el pecho mientras no dejaba de besarme de esa manera tan intensa.
—Vaya, veo que ya estáis todos preparados para el ano nuevo —dijo alguien entonces, interrumpiendo por completo el momento.
El señor Black alzó la mirada con absoluto odio hacia el hombre que nos miraba a todos con una sonrisa en sus finos labios. Yo seguí jadeando antes de mirarle, un poco sorprendido y un poco avergonzado al darme cuenta de que quizá me había dejado llevar demasiado. Aparté la mano de la entrepierna de James y me la pasé por el pelo en un gesto nervioso para tranquilizarme.
—¡Gio! —le saludó el señor Jacobs, quien ya tenía la polla fuera y no hizo nada por tapársela antes de mirar al hombre—. ¿Nos traes algo bueno?
—Algo cojonudo —respondió el hombre, vestido de calle, con pantalones vaqueros rotos y una cazadora de cuero.
Sacó una bolsa transparente de un bolsillo interior y la sacudió un poco en el aire, haciendo resonar las pastillas amarillas que había dentro.

—Xyolocticidina —dijo—. Es una droga nueva de último diseño. Muy fuerte. Os va a dar un viaje de la puta hostia… —nos aseguró.
Todos parecieron muy interesados, pero yo fruncí el ceño con escepticismo. A saber en qué laboratorio de los suburbios habían hecho aquellas pastillas y lo que podrían haberle metido.
—¿Cuánto? —preguntó el señor Jacobs.
—Doscientos cada una.
—¿Doscientos? —repitió, porque no estaba suficiente drogado para ignorar aquel precio—. Debe ser increíble.
—Lo es —le aseguró, como no podía ser de otra forma—. Pero si no estáis seguros, volveré en un par de horas con otra cosa más suave.
—No, dame una —decidió el señor Jacobs.
Sus amigos, o compañeros de trabajo o lo que fueran esas personas, fueron a por sus carteras en los bolsillos interiores y pusieron el dinero sobre la mesa. El señor Black se separó un poco y metió la mano en el interior de su americana del traje para hacer lo mismo.
—¿Dos? —me preguntó por lo bajo.
—No —me negué.
—Leo…
—No —repetí, esta vez con un tono más contundente.
—Pido una y nos tomamos la mitad cada uno —insistió, llegando a acariciarme suavemente el rostro mientras me susurraba al oído.
—Vale —cedí tras un momento de duda.
No me iba a meter una puta droga de diseño en mitad de aquel lugar y rodeado por los amigos de Wall Streat del señor Jacobs, porque estaba seguro de que eso solo terminaría en una mañana repleta de arrepentimiento y vergüenza. Sin embargo, tenía la oportunidad de que James tampoco lo hiciera, o, al menos, que no lo hiciera del todo. Así que pagó su pastilla y Gio, el traficante, lo contó todo y les dio una pastilla a cada uno con una sonrisa.
—Pasadlo bien —se despidió.
—A la vez —dijo el señor Jacobs, cogiendo con impaciencia su pastilla y esperando a que el resto hiciera lo mismo.
El señor Black la partió con una sorprendente precisión y se llevó una mitad a la boca sin esperar a nadie, dio un trago a su bebida y levantó la cabeza para que bajara mejor. Levanté la mano que me entregara mi otra mitad, pero él no me la dio. Se recostó de nuevo en el sofá y se la puso en la lengua para que me acercara a buscarla. Temí que supiera cuál era mi plan desde el principio. Aún así sonreí y me acerqué para lamerla de su lengua. Él me rodeó la cabeza con la mano y no me dejó huir mientras me besaba, asegurándose de que no tuviera la oportunidad de escupirla.
—Tranquilo, ya está —le aseguré, separándome al fin de él.
El señor Black sonrió y asintió con satisfacción. Entonces fingí que me limpiaba los morros empapados en saliva y saqué la pastilla del rincón de

mi boca en la que la había escondido para pegarla a mi mano y sacármela. Sabía que se había deshecho un poco y que probablemente ya tuviera algo de aquella sustancia dentro, por poco que fuera; pero confiaba que no fuera lo suficiente para llegar a colocarme.
—Me gusta que te drogues conmigo —me dijo el señor Black entonces—. Me gusta que hagamos las cosas juntos.
—A mí también me gusta que hagamos cosas juntos, James —respondí—, pero drogarse no está en mi lista de cosas favoritas.
—¿No tienes curiosidad por saber qué hace esta droga nueva?
—No, no demasiada.
—Yo sí quiero, y no quiero hacerlo solo.
Me quedé un momento mirando sus ojos entre la penumbra y las luces violáceas y rosadas. Su tono de voz había sido un poco más alto y un poco más enfadado de lo normal.
—¿Todo bien, James? —pregunté.
Él esperó unos segundos.
—Sí, Leo. Todo bien.
Le acaricié el pecho sobre la camisa blanca y eso pareció calmarle un poco. Se había hecho el silencio en nuestra mesa, no de forma literal, porque seguía habiendo una música machacona que lo llenaba todo. Quería decir que todos se quedaron en silencio, recostados en el sofá mientras las prostitutas seguían… haciéndoles cosas sin encontrar respuesta alguna de ellos.
Entonces temí que aquella droga fuera tan fuerte y rápida como el traficante había asegurado que era.
—¿Tú tienes calor? —me preguntó el señor Black.
—Un poco —afirmé, pero llevaba teniendo calor casi desde que habíamos llegado.
James asintió y me ayudó a quitarme la americana del traje antes de quitarse la él y dejar ambas a un lado. Me volvió a rodear el hombro y nos quedamos así un largo rato. El señor Black solo se había tomado la mitad, pero los brokers se la habían tomado entera y no tardaron en empezarse los primeros efectos. Jacobs se desabrochó la camisa por entero y empezó a pasarse una mano por el pecho sin pelo mientras respiraba profundamente. Su amigo se quitó la americana y después se deshizo directamente de la camisa para tirarla a un lado. El señor Jenkins empezó directamente por los pantalones mientras jadeaba sin parar.
—Tiene el calzoncillo manchado —me dijo el señor Black, deteniéndose en detalles a los que yo prefería no prestar atención—. Se estaba tocando a través del bolsillo cuando nos miraba besarnos —y sonrió, más de lo que solía hacer.
—A lo mejor se meó encima cuando le miraste al principio —dije yo.
—Eso sería incluso mejor —se rio un poco.
Yo también me reí, no sabía por qué. Empecé a notar un leve peso en el pecho, como algo tirara mis pulmones hacia abajo. Respiré más fuerte,

para asegurarme de que seguía pudiendo hacerlo.
Tras un tiempo que me costó un poco calcular, el hombre que no reconocía y que se había sacado la camisa, empezó a quitarse los pantalones.
—Estaba convencido de que nadie se ponía ya calzones —reconocí, mirando con una mezcla de asco y miedo aquellos calzoncillos azulados con pequeños puntos negros. Tenían incluso botones y una abertura.
—Nadie que no quiera pagar para follar —respondió el señor Black a mi lado.
Me reí, pero aquello sí me había hecho gracia.
—Me gusta mucho tu risa —dijo él entonces.
Giré el rostro lentamente y miré aquellos ojos un poco caídos y de pupilas algo dilatadas.
—Tú… me gustas mucho —añadió en voz baja y lenta—. No. No te rías —me pidió, como si acabara de cometer un error terrible.
Entreabrí los labios y sentí un latido más fuerte en el pecho, pero dudaba de que fuera por culpa de la droga. Sin embargo, sí que estaba seguro de que James no me hubiera dicho aquello de no estar drogado.
—No me reiré —se me escapó entre los labios.
Entonces un gemido algo raro no interrumpió. El señor Jacobs se había sacado su predeciblemente y nada agraciada polla pequeña, y una de las putas se la había empezado a chupar sin muchas ganas mientras él gemía con los dientes apretados. El señor Jenkins empezó a desnudarse también mientras el otro hombre no paraba de mirarse las manos y frotarlas. Les dediqué una breve mirada de asco y me volví hacia James; a quien, por suerte, la mitad de la pastilla le mantenía en un estado de calma y respiración lenta.
—Me gustas, Leo —repitió, y sonrió. Una gran sonrisa de dientes perfectos que nunca me había dedicado antes. No era su sonrisa ensayada mil veces, la sonrisa del Soltero de Oro, sino otra parecida pero completamente diferente—. Mucho…
Levantó una mano y me tocó como si quisiera asegurarse de que yo era real y de que estaba allí. Pasó su mano por mi hombro y después por mi pecho de una forma algo torpe que no le pegaba nada.
—Tú también me gustas mucho —le dije.
Él tardó tanto en responderme que creí que no me había oído. Siguió tocándome hasta desabrocharme algunos botones más de la camisa y frotar mi pelo del pecho con toda la mano.
—Tú me gustas más a mí… —murmuró por lo bajo.
Me acercó más a él y siguió desabrochándome botones de la camisa hasta abrirla del todo. Yo me quedé mirando cómo lo hacía sin decir nada. Tenía la mente un poco embotada y a veces tenía la sensación de que me olvidaba de lo que estaba pasando en ese momento. Noté la mano caliente de James dentro de mi calzoncillo y cómo me frotaba el vello púbico de la misma forma que me había frotado el del pecho.

—Me gusta mucho tu pelo… —le oí decir por lo bajo.
—Sí —creo que dije, pero no estuve seguro de si lo pensé o lo dije en alto.
Cerré un momento los ojos y agité la cabeza. Yo no debería sentirme tan adormecido y extraño porque apenas había podido tragar algo de la pastilla, pero aquella puta mierda debía ser increíblemente fuerte.
El señor Black tiró de mí tratando de que me pusiera encima de él. Me moví un poco y le monté a horcajadas sobre el sofá. Entonces intentó quitarse la camisa como si fuera una camiseta, y se empezó a enfadar porque no era capaz. Tuve que pararle y desabrochársela poco a poco. Creo que un botón se derritió entre mis manos, eso creo.
Toqué el pecho de James. Era fuerte y perfecto y un poco rosado. Su piel estaba caliente, muy caliente bajo mis manos. Y de repente hubo otra mano que no era mía, estaba seguro de que no era mía. La aparté, pero volvió a tocar el pecho perfecto de James. Levanté los ojos y vi a una mujer, se estaba inclinando sobre James y buscaba sus labios, aunque él intentara apartarse.
Le dije algo, no sé lo qué, y la empujé un poco para que se fuera antes de echarme sobre James. No podían tocarle, eso lo sabía.
—Quería besarme, Leo —se quejó el señor Black con un gemido un poco infantil—, le dije que solo tú puedes, pero no me hizo caso.
—No dejaré que te besen —le aseguré en un murmullo algo pastoso.
¿Qué cojones me estaba pasando?
—Yo tampoco… —perdió las palabras en mitad de un jadeo que no pude distinguir—. A ti.
Me rodeó los brazos y me abrazó con tanta fuerza que me costó respirar. Tuve que empujar un poco para liberarme y coger una bocanada de aire.
—Le dije que éramos pareja —murmuró, buscando mi mirada con unos ojos muy abiertos de pupilas delatadas—. Somos pareja, tú lo dijiste, tú y yo tenemos algo…
—Sí —asentí, acariciando su rostro.
Sabía que me gustaría podido haber tenido aquella conversación estando sobrio, no con una especie de hormigueo extraño por toda la piel y una sensación de ansiedad en el abdomen.
—Tú y yo somos novios —le dije, quizá demasiado rápido.
—Sí —él sonrió mucho, como un niño en navidad—. Somos… novios. —Se rio. Asintió un par de veces—. Tú y yo. Hacemos cosas de novios… Dormimos juntos… vivimos juntos… —se puso a enumerar, moviendo la cabeza a cada momento y sin dejar de mirarme—, damos paseos y hablamos… nos damos besos… comemos juntos… Eso hacen los novios de verdad. —Me cogió la mano que tenía sobre su mejilla y la apretó un poco mientras ponía cara muy seria de ceño levemente fruncido; entonces asintió varias veces como si quisiera dejarme muy claro aquello—: Somos novios de verdad, no puedes reírte.
—No, no voy a reírme —dije con una leve inclinación de cabeza, un poco extrañado con todo aquello.

No estaba nada acostumbrado a ver a un señor Black tan expresivo y tan… abierto y sincero.
—No, no puedes —volvió a negar repetidamente—. Todos creen que es solo un juego —y entonces puso una expresión entre preocupada y asustada—. Creen que te pago para que me comas la polla y respondas un par de llamadas. Creen que tú eres demasiado inteligente y gracioso para alguien como yo… —se detuvo y se quedó mirándome con sus grandes pupilas dilatadas y su frente algo sudorosa—. Creen que te irás cuando te aburras de mí o encuentres a alguien mejor…
—No me iré —le prometí, porque no estaba suficiente drogado para ignorar aquella conversación.
—Porque nosotros somos novios de verdad —repitió con cuidado—. Tú… tú me quieres…
—Sí, te quiero —asentí lentamente.
—Sí, lo sé. Me dices que me quieres, y no solo cuando follamos, como hace el resto.
Sentí un escalofrío y una punzada de tristeza y ansiedad en las entrañas.
—No, no solo cuando follamos —murmuré.
Él volvió a asentir, pero ahora con una expresión seria.
—Y te preocupas mucho por mí. Me preguntas cómo me siento y qué tal estoy… Nadie más lo hace —me dijo, entonces bajó la cabeza para mirar por el borde superior de los ojos con una mueca de miedo—. Y yo también me preocupo por ti —me aseguró tan rápido que algunas palabras se juntaron en sus labios de forma atropellada—. Te doy todo lo que tengo y te pongo la mano en la espalda para que sepan que eres importante para mí. Solo quiero que seas feliz conmigo.
Parpadeé un par de veces, pero no pude decir nada.
—Y te compro todo lo que me pides. Y te follo todos los días para que sepas que… —continuó, muy convencido de sus palabras, hasta que su voz empezó a quebrarse y sus ojos se humedecieron—. ¿Por qué lloras, Leo? —me preguntó—. ¿No me crees? Me importas mucho, ¡de verdad! —terminó gritando—. Pero… me… me da miedo que te rías de mí si lo sabes. Si te lo digo podrías reírte, y no quiero que te rías de mí por sentirme así… Ya sé que no te merezco…
Empezó a llorar y le faltó el aire; pero yo no estaba en mejores condiciones que él, así que lo único que se me ocurrió fue rodearle con los brazos y le acunarle un poco para que se calmara.
—Tú y yo somos novios de verdad, James —le susurré—. No me voy a reír de ti. Te quiero, sabes que te quiero.
—Sí… —le oí decir con una voz algo ronca mientras me abrazaba con fuerza de nuevo—. Pero no entiendo por qué me quieres, Leo… —volvió a llorar y emitió un gemido mientras temblaba.
Aquello me estaba poniendo muy nervioso y no podía dejar de llorar en silencio mientras le apretaba contra mí. El señor Black movió el rostro para buscar el mío y me beso con cierta desesperación y necesidad, yo le

respondí de igual forma, porque aquello era mejor que quedarse temblando y oírle sollozar.
No supe cuánto tiempo estuvimos frotándonos uno contra el otro, solo que, cuando volví a levantar el rostro y coger aire, sentía los labios entumecidos y un poco doloridos de el roce constante entre nuestras barbas empapadas en lágrimas y saliva. Miré a James, que en algún momento había metido sus manos dentro de mis pantalones para agarrarme el trasero. Tenía los morros sonrosados, todo alrededor de su boca. Tenía la frente sudorosa y sus pupilas estaban tan dilatadas que el precioso azul del mar era apenas un anillo fino al borde de sus ojos.
Noté una mano extraña en mi espalda, un roce que no podía ser posible porque las manos de James estaban ambas en mi trasero.
Giré el rostro y me encontré con el señor Jacobs, mirándome de vuelta con los mismos ojos perdidos y de pupilas dilatadas. Tenía la polla en la mano y se pasaba la lengua por los labios de una forma muy desagradable.
—¿Qué cojones haces? —le grité, quizá demasiado alto. No estaba seguro porque me costaba controlar el volumen de mi voz.
—Cómele la polla, poco a poco —respondió sin más.
Puse cara de asco y le aparté de mí, quizá con demasiada fuerza, porque cayó de espaldas en el sofá y se precipitó hasta el suelo. Entonces miré al resto y, algo había pasado mientras James y yo nos besábamos, porque ahora había personas diferentes, personas que no conocía, sentadas en el sofá mientras nos miraban; como si estuvieran a la espera de que algo pasara.
—James —le llamé, girándome hacia él, quizá demasiado bajo para que pudiera oírme—. ¿Qué pasa?
—Quieren vernos follar —me dijo sin cambiar nada de su expresión un poco ida y distante—. Es lo que quieren siempre.
Negué con la cabeza y empecé a ponerme un poco nervioso. Aquella puta droga me estaba sentando terriblemente mal y yo no soportaba perder el control de mí mismo de aquella manera. Estaba con la camisa abierta y el pantalón bajado en mitad de un sofá repleto de desconocidos que nos miraban como si fuéramos algún tipo de sórdido entretenimiento.
—Tenemos que irnos —le dije con voz cortante—. Tenemos que irnos ya.
Empecé a abotonar la camisa de James con unos dedos temblorosos. Era difícil, muy difícil, y yo me sentía cada vez más y más furioso por un motivo que no dejaba de escaparse de mis pensamientos como una hoja al viento.
—¿Leo…? —me preguntó él con la voz un poco quebradiza.
Levanté la mirada a sus ojos y una mano en su cuello y una melena rubia que descendía lentamente hacia su piel. Apreté los dientes y la aparté, como había hecho con la primera.
—¡Métete la mano por el puto culo! —le grité, definitivamente, demasiado alto.
Ella dijo algo, creo que me amenazó, o puede que simplemente me

preguntara qué cojones me pasaba. Busqué la americana de James y negué con la cabeza.
Ya le abrocharía los botones en otro momento. Hice un gran esfuerzo por ponérsela, tirando de su cuerpo un poco inerte hacia mí. Había voces detrás, quejas o algo así, pero eran tan solo un murmullo tras una música demasiado alta. Me subí los pantalones y quité las manos de James de mi trasero. Él me miró con miedo, la primera expresión en su rostro desde hacía un buen rato.
—Es solo para irnos, solo para irnos, solo para irnos —repetí a diferentes niveles de voz.
Me levanté y me caí de culo en la mesa, por suerte, no se rompió. Me levanté de nuevo y tardé un momento en recuperar el equilibrio. Todo se movía un poco a mí alrededor, pero podía soportarlo. Me incliné sobre James y tiré de él para ayudarle a incorporarse.
Una mano me detuvo. Giré el rostro.
—Eh… se suponía que vosotros sois los que follan de la hostia —me dijo con una sonrisa—. No podéis iros de aquí sin hacer alguna puta guarrada de esas tan famosas.
Me quedé boquiabierto. Más cuando llegó un coro de asentimiento desde el sofá. Todos estaban allí para que James hiciera aquella noche algo que poder contar a sus amigos. ¿Eso era el señor Black para ellos?
Cerré el puño y golpeé a ese hijo de puta con, esperaba, demasiada fuerza. Cayó al suelo, pero la gente del sillón no tuvo mucho tiempo para verlo antes de que me girara y le diera un golpe fuerte a la mesa que, esta vez, sí se rompió.
—¡JAMES NO ES UN PUTO MONSTRUO DE FERIA! —grité, muy alto, más alto que la música, más alto de lo que creía que había gritado nunca en mi vida.
Todo sonó suave y bajo tras mi voz. Quizá la música se había detenido, no estaba seguro. Docenas de ojos me miraban y yo me enfrenté a todos con cara de profundo desprecio. Busqué de nuevo a James y le levanté con fuerza, tirando un poco de él para alcanzar su brazo y pasarlo por encima de mis hombros. Rodeé su cintura y tiré de él, casi cayéndome un par de veces por el camino; por suerte, estaba demasiado furioso y conseguí sacar fuerzas de donde fuera posible hasta casi terminar cargando al señor Black de vuelta al ascensor.
La luz cambió, ahora era demasiado amarilla y brillante. Alguien dijo algo. Era una mancha roja a mi lado.
—A casa —dije, porque es a donde quería ir.
Las puertas del ascensor se cerraron y oí un gemido apagado cerca de mi rostro. Acaricié el pecho todavía al descubierto de James.
—Estoy aquí, estoy aquí —murmuré—. Estoy aquí —añadí una tercera vez, porque tuve la horrible impresión de que si no lo decía tres veces algo malo pasaría.
Llegamos a algún sitio, no tuve claro si más arriba o más abajo de donde

habíamos estado. Pero aquel sitio era también muy brillante y me costó ver algo al principio. La mancha roja dijo algo, pero no supe lo qué. Volví a cargar a James un poco sobre mí y separé la mano de su pecho para agarrar su brazo alrededor de mis hombros y tirar de él. Un hombre nos detuvo. Iba a gritarle que se apartara, pero oí:

—… sus abrigos… móvil… señor O'Brien.

Me había olvidado de quién era yo, pero sí, me llamaba señor O'Brien. Así que seguí al hombre que sabía mi nombre hacia una habitación pequeña a un lado. Quiso tocar al señor Black, pero yo me aparté rápido para que no lo hiciera. En aquella habitación que no era tan brillante nos dio una gabardina negra y una cazadora. Cogí ambas, aunque no sabía si eran realmente nuestras. Apoyé un momento a James en una pared y él extendió las manos hacia mí para agarrarme por la camisa con tanta fuerza que creo que me hizo daño. Intenté separarle un brazo para ponerle la gabardina, pero no quiso soltarme. Me miraba fijamente con los ojos muy abiertos y farfullaba algo mientras se le escapaba saliva de la boca y le empapaba un morro todavía rosado.

—Shh… shh… shh… —traté de tranquilizarle, acariciándole de nuevo el pecho al aire.

Eso le calmó un poco, pero no hizo que me soltara. Así que le atraje hacia mí y pasé la gabardina por sus hombros, cubriéndole lo mejor posible. Yo me puse mi cazadora, de alguna forma. No sé cómo. Algo estaba mal, pero no sabía lo qué. Por último, cogí el móvil que el hombre que sabía mi nombre me entregó. Miré la pantalla y vi colores, luces y formas que me dieron un poco de miedo. Lo alejé de mí y no aparté la vista hasta que se volvió negro. Quizá se había dormido o algo. Lo metí en los pantalones y recogí de nuevo a James, como había hecho antes, para salir hacia el lugar demasiado luminoso y brillante. El señor Black se agarró a mí y consiguió dar un par de pasos, así que no tuve que cargarle hacia la salida como tuve que hacer en la azotea.

De pronto hizo frío y dejamos atrás el mundo brillante. Mi respiración dejaba un rastro blanco en el aire y me quedé un rato mirándolo. James empezó a temblar y me di cuenta de que hacía más frío que antes y que eso no podía ser bueno.

Caminé en una dirección, no sabía si era la correcta, pero era la dirección en la que todo el mundo caminaba. Quizá si camináramos en dirección contraria algo horrible sucedería.

Caminamos hasta un lugar que olía bien. Había luces brillantes de colores verdes y amarillos sobre la puerta. No eran colores rosados y violetas, así que supe que estaríamos a salvo. Entré por la puerta, pero James y yo ocupábamos mucho, así que tuve que girarme para poder entrar sin separarme de él. Me paré y miré un montón de cosas. Allí dentro olía muy bien, algo grasiento y algo especiado y algo salado. Fui hacia un asiento cerca de la pared al fondo, un bancó alargado delante de una mesa con un servilletero y tres botes de colores. Eso era bueno, había tres así que era

bueno.
Fue un poco difícil sentar a James, porque él se negaba a separarse de mí y solo me agarraba más fuerte cuando quería alejarle un poco. Tuve que meterle de lado y casi obligarle por la fuerza a sentarse. Él soltó un jadeo extraño y un gemido, pero me senté a su lado y volvió a rodearme. Levanté una mano y acaricié su pecho descubierto bajo la gabardina.
Alguien se acercó. Tardé un poco en darme cuenta, hasta que chiscaron unos dedos delante de mi rostro y lo giré. Era una mujer con coleta, pelo naranja y piel oscura, fruncía el ceño y tenía una libreta entre las manos de uñas de colores.
—¿Estáis puestos de algo o qué? —preguntó.
—Sí —reconocí.
Eso le hizo gracia por alguna razón que no conseguí entender.
—Pues tenéis que pedir o piraros.
—Sí —repetí.
Tragué saliva e hice un esfuerzo muy grande por saber qué se suponía que tenía que hacer.
—Comida —conseguí decir, quizá demasiado alto.
—Sí… comida —asintió la mujer, todavía con el ceño más fruncido.
—Cualquier cosa —añadí, asintiendo tres veces seguidas.
—Oye… ¿tenéis dinero para pagarlo?
—Sí.
Moví la mano que tenía en el pecho de James y busqué ese lugar en el que sabía que había dinero. Saqué su cartera negra y la abrí. Saqué cosas, papeles, no supe cuál era dinero. Supuse que el que tenía más colores. Se lo entregué. Ella lo miró y después a mí.
—Sí, salís muy guapos, pero me gusta más aquello —respondió, devolviéndome el papel colorido para coger otro de la cartera. Dos de ellos.
Levanté la mano y cogí su muñeca, quizá con demasiada fuerza.
—No estoy tan drogado, cariño —le dije, porque supe que ella no necesitaba dos papeles de dinero, porque James nunca llevaba menos de billetes de cien en la cartera.
Ella se rio, mucho, demasiado. Dejó los dos y cogió solo uno. Asentí tres veces y repetí:
—Comida y bebida. Cualquier cosa.
—Muy bien, cariño —respondió antes de alejarse.
Cerré la cartera, pero el papel colorido todavía estaba afuera. Era de un periódico, o puede que una revista. Estaba doblado por la mitad y un poco manoseado, con letras a un lado y una imagen en el otro. Era James, pero no mi James, sino el James sonriente de las cenas y galas. Yo estaba a su lado, creo que era yo, susurrando algo en su oído mientras él sonreía. Era una imagen que no recordaba, una de hacía mucho tiempo. Una que no había hecho yo.
Al pie de la foto ponía: «James Black y ayudante».

—Aquí tenéis —me interrumpió la misma mujer, colocando varios platos en la mesa.
No sabía cuánto tiempo me había pasado mirando aquella foto de revista. La doblé y la metí junto al resto de papeles de colores antes de guardar la cartera de nuevo en el lugar secreto de la americana de James. Miré los platos repletos de comida y después a la mujer de pelo naranja.
—Me he quedado con la propina, cariño —me dijo con una sonrisa.
Asentí tres veces y ella se fue.
—James… —le llamé.
Él seguía agarrándome con fuerza, un poco volcado sobre mí y con la cabeza gacha. Al oír que le llamaba levantó los ojos y me miró con sus pupilas dilatadas y expresión seria.
—Tenemos que comer —le dije, señalando los platos frente a nosotros—. Es bueno para recuperar energía.
Él tardó un momento, pero después giró el rostro hacia la comida.
—No puedo soltarte —dijo en voz muy baja que no hubiera oído de no estar tan cerca.
—No te vas a caer —le aseguré—. La mesa tiene tres botes.
Él me miró y yo sonreí.
—Me caeré sin ti, Leo —dijo.
—No, no te… —traté de separarlo un poco de mí para demostrarle que podía estar sentado, pero él gritó y me agarró más fuerte.
—¡No! —aulló.
Miré sus ojos de pupilas dilatadas en mitad de un rostro enfadado y asustado a la vez. Asentí tres veces y froté su pecho desnudo. Creo que la gente nos miraba. No estaba seguro. Tampoco me importaba. Así que cogí una patata frita y me la llevé a la boca, quemaba, pero seguí masticando hasta tragarla. Estaba demasiado grasienta y demasiado salada y me gustó. Cogí otra y se la di a James. Él abrió la boca y la masticó sin llegar a cerrarla del todo y sin dejar de mirarme.
—¿Te gusta? —pregunté.
Él asintió. Yo asentí otras dos veces por él.
Fui comiendo y dando de comer a James hasta terminar el primer plato. Bebí de la pajita del refresco y sentí un escalofrío. Después le di de beber a él, que se terminó el refresco entero.
—¿Tenías sed? —pregunté.
—Sí —respondió con un jadeo frío cerca de mi cuello, porque casi no se había detenido a coger aire.
—¿Y por qué no me lo dijiste?
—No lo sabía.
Yo también me olvidaba de cosas a veces, así que le entendí. Continué con el segundo plato y a la mitad mis movimientos se volvieron más lentos hasta que dejé de partir la hamburguesa en trozos y me quedé mirando la mesa. Cogí una gran bocanada de aire y me sentí bastante lleno. Miré mi mano grasienta y cogí una servilleta. Me limpié la boca y después limpié

la de James. Le froté el pecho y le di un beso en los labios porque me gustaban mucho. Sonreí.
James me miró y también sonrió, pero de pronto puso una mueca triste que jamás había visto en su rostro. O creía que nunca había visto. Perdí la sonrisa e imité su expresión apenada, no sabía por qué.
—Ojalá no me diera miedo decirte que te quiero.
Los ojos se me llenaron de lágrimas por una razón que no fui capaz de comprender. Asentí tres veces.
—Ojalá —respondí.

Seguí acariciando el pecho de James hasta que la mujer de pelo naranja volvió y nos dijo que teníamos que irnos. Miré el local vacío y asentí, pero lo hice solo una vez. Tiré de James y nos levantamos juntos. Le puse mejor la gabardina alrededor de los hombros y salimos al frío de la noche. Todavía me costaba pensar con claridad, pero la comida y el tiempo habían conseguido serenarme un poco. Los colores de las luces eran aún demasiado brillantes, pero al menos ahora los coches tenían formas y no eran solo sombras en movimiento por un lago negro.

—James, ¿tú recuerdas dónde vivimos? —le pregunté.

—En casa.

—Sí, pero ¿dónde está?

—Cerca de las nubes.

—¿Y cómo llegamos? —pregunté, mirando hacia el cielo.

—Hace frío, Leo.

Bajé la cabeza hacia él e intenté cerrarle la gabardina, pero no pude. Vi que aún tenía el pecho al aire y le até los botones de la camisa, esta vez sin que se derritiera ninguno. Las manos me temblaban un poco, pero sabía que era del frío y no porque estuviera drogado.

—Tienes que ponerte la gabardina bien —le dije en un susurro cercano—. Necesito que sueltes un brazo.

Él se negó al momento y me apretó más fuerte.

—James, solo uno —le pedí con una caricia—. Por favor.

Me miró con sus ojos de pupilas grandes, pero menos grandes que antes, y aflojó una mano hasta bajar el brazo. Metí la gabardina y le rodeé los hombros.

—Ahora el otro.

Me rodeó con el brazo que había separado antes de soltar el siguiente. Le guie para que se pusiera la gabardina, no sin cierto forcejeo y resistencia por su parte, porque creía que le estaba empujando lejos de mí. Cuando lo conseguí sonreí y le até los botones grandes y negros. Le rodeé en un abrazo y le froté para darle calor.

—¿Mejor? —pregunté.

—Mucho.

Esperé un poco y, cuando quise separarme, James me detuvo.

—Eres el único que me abraza así —me dijo en voz baja.

—¿Sí?

Me apretó más fuerte entre sus brazos y hundió la cabeza en mi cuello.

—Sí… —le oí murmurar por lo bajo.

Sonreí. Aquello me hizo muy feliz, aunque todavía me costaba entender por qué sentía algunas cosas. Mi corazón y mi mente parecían desconectadas, como si faltaran algunos cables y no llegara toda la información que debiera de un lado a otro. Aunque sí sabía que James era muy importante para mí y que debía protegerle a toda costa.

—Tenemos que volver a casa, allí estaremos seguros —le dije, convencido de mis palabras.
Él apartó la cabeza y me miró con unos ojos que parecían demasiado azules. Sonreí más y le di un beso en los labios, porque me gustaban mucho esos ojos. James sonrió también, pero volvió a ponerse muy triste de pronto.
—Me puedes hacer mucho daño, Leo. Lo sé. Muchísimo.
Perdí la sonrisa y la cambié por una mueca de preocupación muy marcada, porque todavía no podía controlar del todo mis expresiones faciales.
—Yo no te haría daño… —murmuré.
Sus ojos se humedecieron y sus labios empezaron a temblar.
—Tengo miedo.
—No —negué, volviendo a abrazarle con fuerza—. Iremos a casa, allí estaremos seguros —le recordé.
James respondió a mi abrazo con fuerza y noté como asentía con la cabeza. Cuando nos separamos me rodeó un hombro y agarró con fuerza la cazadora de mi pecho, como si tuviera que sujetarme para que no saliera corriendo. Tuve que pararme un momento y pensar. Cerré los ojos y me apreté las sienes con los dedos. Sabía que yo tenía que saber dónde estaba nuestra casa, porque yo era el ayudante de James Black; lo ponía en la imagen de su cartera que, por alguna razón, era importante para mí haberla visto.
—¡El móvil! —grité, alzando las manos.
Unas sombras que pasaban por cerca nos miraron y se apartaron un poco. No me importó. Cogí el móvil de mi bolsillo y golpeé la pantalla oscura con el dedo. Una luz brillante y muchos colores aparecieron sobre ella. La aparté un poco y volví a golpearla. Había una imagen tras los dibujos de colores y las formas. Éramos nosotros, así que supe que el móvil no era malo. Lo acerqué a mis labios y le dije:
—Casa.
No pasó nada.
—Ca…sa… —repetí, más lento esta vez.
—¿Has dicho «casa»? —me preguntó una voz que me asustó. No sabía que el móvil estuviera vivo.
—Sí… —respondí, un poco acojonado.
—Trazando la ruta más rápida a «casa».
Las imágenes del móvil cambiaron. Nosotros desaparecimos y apareció una línea roja en un fondo blanco. Rodeé la cadera de James con el otro brazo y me concentré en seguir aquella línea roja y brillante. De pronto noté un fuerte tirón y un pitido atronador. Levanté la mirada y vi algunas luces que no eran la roja que nos llevaría a casa.
—¿¡Estás puto gilipollas!? —nos gritó alguien desde un coche frente a nosotros.
—No, estoy volviendo a casa —respondí con tranquilidad, mostrándole el

móvil.
—¡Casi os atropello, joder!
Miré alrededor. No sabía que estaba pasando. Vi el semáforo en rojo y el paso de cebra a nuestros pies. Sabía que aquello era peligroso, pero me costó saber el por qué. Apuré el paso para sacar a James de allí y miré de nuevo el móvil. Había una señal cerca que decía «METRO». Levanté la cabeza y vi una señal con la misma palabra no muy lejos de nosotros. Sonreí.
Bajar las escaleras con James fue un poco difícil. Él murmuró algo y se apretó más a mí, así que tuve que cargarlo y casi nos caímos un par de veces. Cuando llegamos al final volvió a aflojarme un poco y pudimos seguir caminando con normalidad. Todavía las cosas se movían un poco a mi alrededor, se difuminaban a veces, pero si parpadeaba y entrecerraba los ojos, conseguía que se detuvieran un par de segundos.
Todo era gris y amarillo. Miré el móvil. Había un número y busqué el mismo número en alguna parte. Un ruido me asustó, pero era una sombra gris que rugió hasta detenerse frente a nosotros. Tenía el número que yo quería, así que subimos. Llevé a James a una esquina y le senté junto a mí.
—¿Dónde estamos, Leo? —me preguntó.
—En el metro.
Esperó unos segundos.
—No me gusta.
Sonreí. Por alguna razón sabía que aquello era gracioso.
—Nos llevará a casa —le aseguré.
James asintió y se dejó caer un poco sobre mí, apoyó su cabeza contra la mía y suspiró. Le acaricié el pecho, porque sabía que eso le gustaba. El metro se detuvo, bajé la mirada al móvil y vi que la línea no había llegado a su final, así que nosotros tampoco. Algunas sombras se movieron y alguien se sentó a un lado de mi vista. Nos miraba, pero mucha gente nos había mirado aquella noche.
El metro se detuvo y yo miré la línea. Todavía no.
Sentí algo húmedo y caliente en el cuello y me estremecí de placer. Ladeé la cabeza hacia James y supe que le quería. La sombra que nos miraba dijo algo. La miré y parpadeé para distinguir algo de ella. Tenía un rectángulo colorido entre las manos y sonreía.
—¡Qué fuerte! —la oí decir.
Sonreí, pero no porque quisiera, sino porque me dio la impresión de que era lo que debía hacer.
—Estamos siguiendo el color rojo a casa —le expliqué.
Como no funcionó, aparté la cabeza de vuelta al frente. El metro se detuvo y ella dejó de reírse y se fue, al igual que la humedad intermitente y cálida en mi cuello. Miré el móvil, faltaba poco pero todavía no. Fue en la siguiente cuando levanté a James, que se había quedado un poco dormido. Abrió los ojos y tiró de mí con fuerza, sentándome de nuevo junto a él.

—Tenemos que irnos —le dije con cierto pánico, porque íbamos a perder la línea roja.
Él se levantó y corrió un poco conmigo hacia la salida. Miré alrededor, pero no entendí nada. Así que miré el móvil. Había una línea corta ahora, debía quedar poco. Subimos unas escaleras en mitad de un poco de gente y cuando llegamos al frío, el cielo estaba más claro en una esquina. Me pregunté cuánto tiempo habíamos pasado en el metro, pero no fui capaz de recordarlo. Me concentré en seguir la línea, porque quedaba poco, pero una señal apareció a un lado. Un lugar de café espumoso y bollos. El móvil decía que nos gustaba, porque habíamos llamado muchas veces. Yo asentí y fuimos hacia allí.
Me costó un poco entrar por la puerta. Yo apretaba, pero no se movía. La golpeé un poco y entonces se abrió. Un hombre apareció al otro lado. Nos miró con sorpresa y después sonrió.
Nos ofreció pasar. Yo sabía que debía conocer al joven, pero no pude encontrar sus rasgos alargados y de nariz grande en mis recuerdos. El sitio olía muy bien, a café y bollos y supe que el móvil tenía razón y que me gustaba.
Elegí una mesa al fondo y nos sentamos, esta vez con menos dificultad porque ya sabía lo que tenía que hacer con James para que no se pusiera nervioso.
—James, tenemos que sentarnos. Todo va a ir bien y yo estoy aquí —le dije.
Él movió un poco la cabeza y se separó un poco, pero no dejó de agarrarme, para sentarse en la silla. Yo cogí otra y me senté a su lado. El mismo hombre que había abierto la puerta nos trajo al poco tiempo dos cafés grandes con una sonrisa. Sabía lo que estaba esperando, así que busqué la cartera de James bajo su gabardina negra y saqué el mismo billete que había cogido la mujer de pelo naranja.
—¡Joder! —gritó el hombre al coger y me asusté—. ¡Mike lo va a flipar! —pareció darse cuenta de que había hecho algo mal, así que negó con la cabeza y sonrió—. Mu… muchas gracias. —Y se fue de vuelta a detrás de la barra.
Cogí el café y me quedé la mano porque estaba demasiado caliente. El joven volvió a nosotros y pensé que quizá quisiera otro billete, pero dejó un plato con dos donuts.
—De parte de la casa —me dijo—. Feliz año.
Sonreí y se fue de nuevo.
—Feliz año, James —susurré.
Él levantó la cabeza que tenía hundida en mi cuello y me miró.
—Feliz año, Leo.
Le di un suave beso en aquellos labios que me gustaban tanto, mirando aquellos ojos que me hacían sentir tan bien. Él sonrió y, como siempre hacía, volvió a ponerse muy triste. Le acaricié la barba densa y la palma de la mano me picó con un cosquilleo. Miré el plato con los donuts y los to-

qué para saber si estaban tan calientes como el café, pero no lo estaban. Partí un trozo de uno y, al igual que la primera vez, se lo acerqué a la boca para que lo masticara. Lo hizo con cara triste y la boca abierta.
—¿Te gusta? —pregunté—. El móvil dice que nos gusta.
Él asintió y yo le di otro trozo.
—Tú —me detuvo cuando quise darle el tercero—. Tenemos que hacerlo juntos.
Me comí el trozo del donut y sentí el dulzor y la textura suave. Estaba muy rico. No dejé de partir trozos hasta que se terminó y después fui a por el café, porque notaba cierta sequedad en la garganta.
Seguía caliente, pero no tanto como antes. Le di un sorbo y después otro hasta terminar bebiendo un par de tragos que me calentaron mucho el pecho. James también quiso y traté de inclinar el vaso en sus labios, pero no funcionó tan bien como conmigo y de las comisuras de sus labios se precipitaron dos líneas marrones claro que se mezclaron en su barbilla y gotearon sobre mi brazo. Me detuve y cogí un par de servilletas para limpiarle. Después partí el siguiente donut e hice lo mismo que con el primero.
James se manchó la comisura de nuevo con azúcar glaseado y fui a limpiarle, sin embargo, me detuve y ladeé el rostro para lamerlo. Recordé que eso me gustaba mucho y estaba en lo cierto. James abrió los labios y metió su lengua grande y dulce dentro de mi boca. Se me escapó el aire y un gemido. Entendí entonces porqué sus labios me gustaban tanto. Me acerqué y quise que me besara más: más profundo, más fuerte, más tiempo. Solo más.
—Eh… chicos —dijo una voz a mis espaldas. Me detuve, tragué un montón de saliva, que quizá fuera mía o quizá de James, y me di la vuelta para mirar al joven—. Mirad, yo estoy tope de acuerdo con vuestro rollo y tal. Tengo muchos amigos gays —se apresuró a decir—, pero aquí tenéis que cortaros un poco. ¿Vale?
—No es un rollo. Somos novios de verdad —le dijo James de pronto con un tono de enfado, como si eso lo justificara todo.
—Eso es cojonudo —asintió el joven, un poco más nervioso que antes—. Hacéis una pareja increíble, pero no podéis comeros así la boca en este local. No está permitido.
Le miré un par de segundos y parpadeé antes de asentir. El joven me dio las gracias y se fue.
—Tenemos que irnos —le susurré a James, pero él ya estaba intentando volver a besarme—. James, tenemos que irnos —repetí un poco más firme.
—Quiero follarte, Leo —me dijo con una expresión muy seria y los ojos abiertos—. Ahora —exigió.
—No, ahora no —tuve que negarme, aunque yo también tenía muchas ganas y estaba muy cachondo—. En casa.
Tiré de él y gruñó en una queja algo infantil. Tiré con más firmeza y por fin se puso de pie conmigo. Me rodeó con más fuerza los hombros y me

pegó a él. Recogí el móvil de encima de la mesa y miré la línea roja. Salimos al frío y la seguí hasta que terminó.

—Esta no es nuestra casa —se quejó James—. ¿Me has mentido, Leo? —preguntó, empezando a enfadarse—. ¿No quieres follar conmigo? —y la voz se le quebró y los ojos se le humedecieron.

—Sí, sí quiero —respondí, sintiéndome un poco angustiado porque yo tampoco lo entendía.

Deberíamos estar en casa. El móvil lo había dicho.

—Señor Black, señor O'Brien —nos dijo una voz a un lado.

Moví la cabeza para mirar detrás de la cabeza de James y vi a un hombre con un abrigo grande y sombrero. Nos sonreía y nos ofrecía abrirnos la puerta. Tiré de James para ascender los pocos escalones que nos separaban de aquella lujosa entrada de un edificio. Dentro del hall hacía calor y un olor familiar. Otro hombre con gorro nos abrió el ascensor y le dediqué una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—¿Te doy asco? —me preguntó él entre algunos sollozos bajos—. Yo me doy asco.

Le miré, yo también empecé a llorar mientras subíamos, o puede que fuéramos hacia un lado. Era extraño, pero no tanto como antes.

—James… —gemí con angustia, casi sin aire—. Para —le rogué—. Yo te quiero.

Él lloró más alto. Apretaba los dientes para tratar de evitarlo, pero era incapaz de ahogar los jadeos y gruñidos, ni las lágrimas que se precipitaban por sus mejillas. Negué con la cabeza. No sabía qué más hacer.

—Te… q… —terminó soltando un gritó mientras me apretaba con tanta fuerza contra él que me hizo daño.

Me abrazó mientras temblaba y sollozaba. Hundió la mano en mi pelo y apretó mi rostro contra su cuello. Traté de acariciarle para calmarle, aunque yo estuviera al borde de un ataque de nervios.

¿Por qué James dudaba de mí? ¿Por qué no me creía? ¿Por qué?

Las puertas se abrieron tras un tintineo. Ninguno de los dos se movió. Cogí un par de rápidas bocanadas de aire y traté de mirar a un lado. Vi un pasillo. Había un cuadro de colores que recordaba y un pedazo de cristalera a un lado. Olía a algo familiar. Olía a una casa cerca de las nubes.

—James —jadeé—. Es aquí.

Él movió la cabeza, pero continuó sollozando entre los dientes y temblando a mi alrededor.

—Vamos —le pedí, tirando una última vez de él.

Nos metimos en casa un poco a traspiés. El cielo tras la cristalera del salón se había vuelto azulado, con nubes naranjas y rosadas, iluminando con una luz suave las sombras que eran los pocos muebles y la isla de la cocina. Llevé a James a las escaleras que ascendían y por un pasillo angosto con vistas al salón.

—No. Aquí —ordenó él, deteniéndose en la puerta cerrada de mi antigua habitación—. Nada malo pasa aquí.
Asentí, porque aquella idea parecía haberle tranquilizado un poco. Abrí la manivela de la puerta y tiré un poco para abrirla lo más posible antes de girarme para poder entrar junto a James sin tener que soltarlo. Olía un poco a cerrado y un poco a algo que no conseguí reconocer.
James me llevó hasta la cama y nos caímos encima, haciéndola crujir un poco bajo nuestro peso. Al fin soltó el puño apretado con el que me agarraba de la cazadora, solo para poder recorrer mi cuerpo deprisa y hundirla hasta alcanzar mi piel desnuda. Me estremecí bajo el tacto helado de sus dedos. Quiso hacer algo, como si intentara desnudarme con tan solo tirar con fuerza de la tela de mi camisa. Tuve que detenerle, coger un par de bocanadas y volcarle para que quedara boca arriba. Me monté sobre él mientras James seguía agarrándome de alguna parte, de la que fuera.
Era suficiente consciente para saber lo que hacía, pero no lo suficiente para no perderme un poco en aquella penumbra. Todo se movía un poco todavía, menos los ojos de James que me miraban fijamente. Le besé, no supe durante cuánto tiempo, hasta que me bajé los pantalones. Él se asustó cuando me alejé, creyendo que iba a abandonarle, pero lo hice rápido y volví a tirarme sobre él; puede que demasiado fuerte porque James emitió un jadeo sexo al perder el aire.
En algún momento me di cuenta de que le estaba montando, de que le sentía dentro y de que James lloraba con la boca abierta mientras jadeaba sin parar. Apreté los ojos y agité la cabeza, me gustaba, como siempre me gustaba, pero la sensación se me escapaba un poco entre los dedos. Sin luces y sin que nada cambiara a nuestro alrededor, perdí el concepto del tiempo. Un gemido más alto de James rompió la monotonía de mi movimiento incesante de cadera y los jadeos apagados. Apretó los dientes y entrecerró los ojos con una leve sonrisa en los labios. Yo seguí un poco más. Me corrí porque sentí una sensación palpitante en la entrepierna y el corazón se me aceleró. Me eché con unas manos temblorosas sobre la gabardina que no se había quitado y que yo no había molestado ni en desabrochar.
Le di un beso, porque era lo que tocaba después. Eso lo recordaba perfectamente. Él me abrazó y hundí la cabeza en su cuello. Estaba caliente y me gustaba. Cerré los ojos y vi las luces que bailaban, brillaban y desaparecían dentro de mis párpados.
Cuando los abrí de nuevo había mucha luz. Sentí la boca horriblemente seca y un dolor en las piernas. Solté un gemido de queja cuando las estiré, tumbándome sobre un señor Black totalmente vestido. Me rodeaba con los brazos y dormía roncando ligeramente con los labios entreabiertos. Me eché a un lado y esperé a que el dolor punzante se fuera. Me froté mis piernas al aire y me incorporé un poco para comprobar que estaba desnudo de cintura para abajo; con tan solo los calcetines puestos.

Me recosté y solté un resoplido mientras me frotaba los ojos secos.
Joder, aún se movía un poco todo a mi alrededor. La buena noticia era que ya pensaba con claridad, o eso esperaba, porque no recordaba mucho de la noche anterior. Solo flashes confusos, colores e imágenes que me costaba enfocar. Me incorporé y me senté un momento al borde de la cama. Necesitaba mear y beber con urgencia. Me levanté y fui hacia la luz que entraba a raudales por la puerta totalmente abierta de mi antigua habitación. ¿Por qué habíamos dormido en mi habitación?
Bajé al baño de invitados y solté un gruñido de profunda satisfacción cuando al fin alcancé el váter. Apoyé una mano en la pared frente a mí y agaché la cabeza con los ojos cerrados. Debía ordenar un poco mis pensamientos y calmar el caos que era en aquel momento mi mente.
La droga. La puta droga de diseño había sido muchísimo más fuerte de lo que jamás me hubiera imaginado. ¿Qué era esa mierda? ¿LSD concentrado? No me había tomado ni toda la mitad y me había pegado un viaje que apenas era capaz de recordar de forma confusa y por momentos. Sabía que no había pasado nada malo, y por «malo» me refería a que ni el señor Black ni yo habíamos hecho nada sexual con nadie y delante de nadie. De eso estaba seguro.
Me quité unas lentillas que, estaba seguro, me iban a arrancar las pupilas. Me puse las gafas y fui a la cocina, allí me bebí dos botellines de agua casi seguidos y sin pararme a respirar. Apoyé ambas manos en la encimera y jadeé sintiéndome mucho más lleno y satisfecho. Cogí otros dos botellines para James y volví al piso de arriba. El señor Black estaba tumbado boca arriba, totalmente vestido y con gabardina, a excepción de su bragueta abierta y su polla por fuera.
Sin duda, no había sido el polvo más elegante que habíamos echado. Busqué mi móvil en el bolsillo de mi pantalón a un lado y miré la hora. Ya era más de media tarde y pronto anochecería. Sabía que no teníamos nada que cenar y pensé en que resultaría agradable tener una cena más suave que la comida rápida, quizá algo casero. Además, me gustaría tomar un poco el aire y despejarme. Así que fui al vestidor de la habitación, me puse ropa interior y vaqueros. Me quité la camisa manchada, podía imaginarme de qué, y cogí uno de los jerséis gruesos de James. Volví a por mi cazadora a la habitación y escribí una nota rápida en la que decía:
«Voy a comprar. Vuelvo enseguida, no te preocupes. Leo».
En caso de que se despertara antes de que volviera.
Saludé a los porteros, que me dedicaron una mirada un poco extraña mientras sonreían, más como si estuvieran conteniendo la risa que por educación. Fue un poco extraño, pero salir al aire fresco de la calle me sentó muy bien. Cogí una bocanada y cerré los ojos. Olía un poco a humedad y quizá se acercase una tormenta. Busqué en el móvil alguna tienda de alimentos o supermercado y me encontré con que el GPS ya estaba abierto. Fruncí el ceño y abrí los labios cuando recordé que lo había usado para volver a casa con James. Seguí andando mientras miraba el re-

corrido que habíamos hecho. Nos habíamos pasado una hora dando vueltas y habíamos cogido el metro hasta la parada que estaba en la manzana de al lado. Me sentí estúpido. Simplemente podríamos haber cogido un taxi y volver directos.
Pasé por un quiosco y compré el periódico, después entré en una pequeña tienda de alimentación y compré unos huevos y dos refrescos sin azúcar, porque seguía teniendo un poco de sed. Noté la vibración del móvil cuando ya estaba de vuelta y miré el teléfono de la habitación de los sumisos.
—¿Ya te has despertado? —le pregunté con una sonrisa.
—¿Dónde cojones estás? —me preguntó el señor Black con un evidente enfado.
—Fui a comprar. Te dejé una nota al lado de la cama —le expliqué con tranquilidad.
Tras un breve silencio dijo:
—No la vi.
—Estaré allí en un par de minutos —le prometí.
—Bien —colgó.
Cuando subí de nuevo en el ascensor y crucé el pasillo, el señor Black ya estaba sentado a la mesa, todavía con la gabardina puesta. Giró el rostro hacia mí, con el pelo algo despeinado y unas ligeras ojeras bajo los ojos. Tenía los brazos apoyados en la isla y las manos entrelazadas.
—Buenos días, señor Black —le saludé, acercándome para dejar los huevos, el refresco que no me había bebido y el periódico en la mesa.
—Buenos días, Leonard —respondió, todavía con un tono serio.
Sonreí y le di un beso suave en los labios.
—¿Has visto las botellas que te dejé, al menos? —continué, yendo hacia cocina para buscar alguna sartén de una de las alacenas—. Yo me levanté con una sed acojonante.
—Sí —murmuró—, después de llamarte ya lo vi todo.
Puse la sartén todavía sin estrenar al fuego y me giré para buscar los huevos. El señor Black parecía mucho más relajado ahora. Algo en su cuerpo había cambiado, quizá fuera que ya no se inclinaba sobre la mesa, o que su espalda no estaba tan envarada; pero el caso es que ahora me miraba con sus manos entrelazadas a la altura de los labios y expresión calmada.
—¿Tú todavía ves colores brillantes y todo da vueltas? —me preguntó.
—Un poco —reconocí—. Esa droga es muy fuerte. Demasiado.
—No recuerdo mucho —dijo él.
—Pues al parecer volvimos caminando por todo el centro y después cogimos el metro —le expliqué con una pequeña risa—. Lo vi en el GPS.
El señor Black no pareció en absoluto sorprendido.
—¿Sabes si hicimos algo en la fiesta? —me preguntó entonces.
—No hicimos nada —le aseguré.
Él asintió y se relajó un poco más, dejando caer los brazos a la mesa.

—Estaba demasiado drogado —reconoció—. Solo sabía que tú estabas a mi lado y que no debía soltarte.
—Sí, tengo un par de moratones —sonreí.
Rompí algunos huevos y los batí antes de echarlos sobre la sartén con un suave siseo al tocar la placa caliente.
—¿Por qué no te duchas mientras preparo la cena? —le pregunté de espaldas—. Te dará tiempo y así te refrescas.
—Nos ducharemos después de cenar.
Asentí.
—Espero que te guste —le dije cuando terminé de hacer las dos tortillas francesas.
No era mucho y lo comimos rápido, pero yo tenía el estómago algo revuelto y supuse que el señor Black también, ya que le costó un poco terminársela y la masticaba muy lentamente mientras me miraba. Yo, por mi parte, ojeaba el periódico para ver las noticias superficiales de fin de año. Recogí todo al terminar, pero dejé los platos amontonados a un lado y fuimos a ducharnos. Tras un polvo bastante intensó bajo el agua, con James gruñendo a mi oído mientras aplastaba mi cuerpo levemente contra la mampara de cristal, el señor Black regresó del todo a la normalidad.
—Mañana volveremos a la rutina —me anunció mientras me acomodaba desnudo a su lado en la cama.
Solté un murmullo entre la afirmación y la leve queja. No habían sido las vacaciones de navidad que me había imaginado que serían, pero la vida con James tampoco era la que me había imaginado que tendría cuando conociera al hombre de mi vida.

-

Lo más complicado de volver fue el gimnasio, sin lugar a dudas. Terminé con un dolor que no sentía desde la primera vez que había acompañado al señor Black en su entrenamiento. Quizá mis músculos se habían relajado demasiado y ahora les costaba recordar el sufrimiento de tener que hacer cincuenta sentadillas seguidas y trepar a pulso una cuerda.
Me senté en el coche y miré el móvil, retomando la vieja costumbre de responder mensajes y correos que eran, básicamente, mi trabajo.
—Ha recibido una felicitación de los Fletcher por el año nuevo —le dije al señor Black.
—Bórrala.
Le dediqué una mirada corta por el borde superior de los ojos. Estaba con su postura de rey del mundo de piernas abiertas y brazos extendidos; al contrario que a mí, entrenar siempre le ayudaba a comenzar con energías el día.
—Les responderé educadamente —le dije con tono tranquilo—. De parte de los dos.
El señor Black me miró con su expresión seria, pero no dijo nada al respec-

to, así que comencé a escribir una respuesta menos prototípica y fría de las que solía usar para el resto de mensajes. Firmé como James Black y puse una posdata para añadirme en aquel agradecimiento, ya que ellos se habían molestado en nombrarme.

Cuando llegamos a la oficina fue como si el tiempo no hubiera pasado. Lana se levantó de su asiento como activada por un resorte y nos dedicó una tímida sonrisa. Tenía un jersey de lana nuevo con el dibujo de un muñeco de nieve un poco deforme.

—Feliz año nuevo, señor Black, señor O'Brien.

—Feliz año nuevo, Lana —respondí yo por ambos, ya que el señor Black no se había detenido ni a mirarla mientras enfilaba el pasillo en dirección a su despacho. Desayunamos mientras le leía la agenda del día, después respondí mensajes en mitad de la charla incesante del departamento administrativo sobre algunos cambios en el sistema de clasificación, tras la siguiente reunión fuimos a por la comida y recibí un mensaje urgente del departamento de Publicidad. El señor Lee quería discutir algo enseguida con el señor Black. Cuando le di cita para el final de la semana, respondió de una forma alarmante, incluso para tratarse de él. Así que le di un pequeño hueco de veinte minutos al final del día.

El señor Lee nos miró con impaciencia cuando entramos en la sala de reuniones. Me pidió que apagara las luces con un tono algo cortante y yo le dediqué una mirada seria antes de hacerlo y sentarme en mi sitio de siempre al lado de la puerta.

—Señor Black, tenemos un grave problema —empezó antes si quiera de que James se sentara a la cabeza de la mesa—. Hay un vídeo muy comprometedor circulando por las redes sobre usted y… su ayudante —terminó.

El señor Black apoyó los codos en la mesa y cruzó los dedos sobre los labios. Me dedicó una mirada rápida, apenas duró un segundo, pero pude percibir su profunda preocupación.

—¿Qué clase de vídeo? —preguntó con su voz grave y seca.

El señor Lee le hizo una señal a uno de sus ayudantes y este saltó un poco de la silla para activar el proyector. Me crucé de piernas y apreté el móvil entre las manos, con el corazón palpitándome con fuerza en el pecho. Tragué saliva. Estaba seguro de que no habíamos hecho nada en aquella fiesta de Ano Nuevo, pero no estaba tan seguro de lo que habíamos hecho después.

—Creo que esta es la fuente, pero ahora está subido en varias cuentas —explicó el señor Lee antes de darle al botón de reproducir.

Éramos el señor Black y yo. Sin duda. Estábamos sentados en el metro. Yo tenía el pelo un poco alborotado y la cazadora puesta del revés. Miraba al frente mientras acariciaba el pecho de James bajo la gabardina. Él estaba a mi lado, rodeándome el hombro con fuerza y con un puño muy cerrado a la altura de mi pecho. Cogí una temblorosa bocanada de aire cuando se vio como el señor Black me estaba dando unos suaves besos en el cuello

de forma distraída y ojos entrecerrados. Yo ladeé el rostro hacia él y sonreí con una dulzura que me sorprendió hasta a mí mismo.
—¡El puto James Black y el ayudante! —gritaba una voz un poco aguda mientras la imagen vibraba un poco—. ¡Qué fuerte!
Yo moví la cabeza y miré a la persona que fuera que estaba grabando aquello. Me pasaba algo en el rostro, estaba un poco sonrojado y parpadeaba demasiado. De pronto puse una sonrisa forzada y extraña, muy diferente a la que le había dedicado a James. Estaba bastante claro que algo me pasaba y que no estaba del todo sobrio.
—Estamos siguiendo el color rojo a casa —dije.
La mujer que grababa empezó a reírse y la imagen vibró. En mitad de aquel movimiento yo perdí la sonrisa y volví a mirar al frente. El señor Black había levantado la cabeza y me frotaba suavemente en una extraña caricia. Era muy, muy extraño verle así, tan sumamente cariñoso y vulnerable mientras yo le frotaba lentamente el pecho. El vídeo se movió entonces y enfocó la cara de una mujer de mediana edad con coleta y demasiado eyeliner. Abrió mucho la boca con una expresión de sorpresa y emoción y el vídeo terminó.
El silencio se hizo entonces en la sala de reuniones. El señor Lee esperó por si el señor Black quería decir algo al respecto, quizá dar alguna explicación airada; pero se quedó en silencio, con los dedos entrelazados frente a los labios y la mirada fija en la pantalla.
—El vídeo es complicado —dijo entonces el señor Lee, rompiendo aquel prolongado silencio.
No era complicado. Era muy simple en realidad: éramos dos hombres en el metro que, evidentemente, tenían una relación mucho más profunda que la amistad. Mi mirada de gilipollas enamorado y las caricias de cachorrito mimoso del señor Black no dejaban mucho a la duda.
—Evidentemente ambos están en un estado alterado —continuó el señor Lee, con cuidado, pero sin vacilar. La imagen «neutra» del Soltero de Oro de la ciudad se estaban yendo a la mierda por segundos. No era difícil saber por qué estaba tan enfadado—. Pero no creo que sea suficiente para justificar… todo lo demás.
Lee se quedó en silencio de nuevo, dándole la oportunidad al señor Black para explicar lo que se suponía que se veía en ese vídeo; pero, una vez más, James ni se inmutó. El señor Lee me miró entonces, como si creyera que iba a conseguir descifrar en mi rostro la respuesta que necesitaba.
—Necesito comprender la situación, porque esto podría representar un golpe tremendo a la imagen que hemos creado sobre usted —continuó al fin—. Si no lo controlamos desde ya, de una u otra forma, se nos irá de las manos y ya no habrá vuelta atrás.
El señor Black al fin apartó la mirada de la tela blanca del proyector y miró al señor Lee.
—¿Qué propones? —le preguntó con tono serio bajo los dedos cruzados.
—O hacemos pública la relación —comenzó el hombre, quien ya había so-

pesado aquello mucho antes de venir a la sala de reuniones—, tomando el control de la situación para llevarlo por el camino indicado; o negamos lo sucedido y las especulaciones, achacándolo al alcohol y la emoción del año nuevo. Esto requerirá un esfuerzo de su parte y por la de su ayudante, y les aconsejaría que no se les viera juntos en público y que usted considere la posibilidad de… buscar una mujer con la que mantener una relación pública para acallar los rumores.

Tras sus palabras hubo otro silencio de apenas un par de segundos antes de que el señor Black se levantara de su silla y se fuera hacia la puerta, haciéndome una rápida y sutil señal para que le siguiera. Cerré la puerta de su despacho y me quedé de pie mientras él se sentaba en el sillón negro.

—Leo —me dijo con mirada seria—. ¿Tú qué quieres hacer?

Me encogí de hombros y negué un poco con la cabeza.

—Lo que prefiera, señor Black. Sé que su imagen pública es importante para usted.

Él se quedó un momento en silencio, pero nada parecido a como lo había hecho en la sala de reuniones.

—Todo será más sencillo si lo negamos —opinó.

Asentí, conforme, pero eso no satisfizo al señor Black, quien continuó dedicándome una mirada fija y seria.

—Tú y yo… somos… —dejó la palabra en el aire.

—Novios —dije yo por él con tranquilidad.

—Novios de verdad.

Tuve un flashback extraño de un momento extraño en el que un señor Black extraño me decía aquellas mismas palabras.

—Novios de verdad —repetí.

—Y eso no va a cambiar —me aseguró.

—Por supuesto que no.

El señor Black se levantó y cogió su bufanda y su gabardina color crema para pasársela por lo hombros, se acercó a mí y esperó a que yo hiciera el resto.

—Buscaremos a una mujer estúpida que no nos dé problemas —me dijo mientras le ponía la bufanda y la ataba como a él le gustaba—. No quiero que interfiera en nuestra vida, ni en nuestras cosas.

Asentí y terminé de prepararle, añadiendo un beso rápido en los labios antes de darme la vuelta hacia la puerta. Recogí mi cazadora y me la puse encima antes de ordenar un poco los papeles de mi escritorio. El señor Black me esperó un momento y salimos juntos hacia el ascensor. Oímos un ruido de papeles cayendo y nos giramos. Lana, la pobre Lana, había vuelto a hacerse un lío con las carpetas y se le habían caído en el suelo.

Noté la mirada del señor Black y le respondí. Alcé las cejas, comprendiendo lo que quería decirme sin palabras y miré de nuevo a Lana. Ella era perfecta: inocente, romántica, guapa y obediente. Y, sin embargo, sentí una profunda incomodidad en el pecho. Había creído que

el señor Black se había referido a pagar a una mujer consciente de a lo que se iba a enfrentar; Lana iba a caer como una completa estúpida en lo más profundo de las redes que James tendería para ella.

Alcé una mano para frenarle, pero el señor Black ya estaba caminando hacia ella. Su sonrisa, aquella que valía más de un millón de dólares, la deslumbró por completo. Su risa, profunda y suave, tan calculada y repetida hasta la saciedad, hizo que se sonrojara. James recogió los papeles del suelo con facilidad y le entregó las carpetas. Ella lo miraba con sus grandes ojos castaños, como si el mismísimo Apolo hubiera descendido volando del cielo por ella.

—Gra… cias… —susurró. Tragó saliva, poniéndose todavía más colorada—. Señor Black…

—De nada, Lana —respondió él con su voz de terciopelo.

Casi pude ver el momento en el que se le escapó el aliento de entre sus bonitos labios gruesos. El instante en que sus ojos se abrieron un poco más al oír su nombre en labios del hombre más guapo y sexy que jamás hubiera conocido. Esa fracción de segundo en la que cayó absoluta e irrevocablemente enamorada del Soltero de Oro.

El ascensor llegó y yo lo detuve con la mano. El señor Black se despidió con un cabeceo casual y volvió junto a mí para entrar en el ascensor; dejando tras de sí tan solo confusión, silencio y asombro. Cuando las puertas se cerraron puso una mano en mi espalda y perdió su sonrisa falsa.

—Será perfecta —me aseguró.

Cogí una bocanada de aire y bajé la mirada.

Pobre Lana.

Fui corriendo a por los dos cafés: uno con leche y otro largo y solo. Estaba nevando mucho y casi me caigo un par de veces en mitad de la calle. Nana siempre me dijo que yo era un poco patosa. Llegué a la cafetería e hice el pedido. La camarera, Clara, me dedicó una amable sonrisa y me preguntó por las navidades.

—Muy bien, las he pasado en casa de mi madre —respondí, jugando con los dedos bajo el mostrador. Un pequeño gesto nervioso que tenía desde niña—. ¿Qué tal las tuyas?

Ella me contó que fueron una caca. Bueno, no dijo «caca», uso una palabra peor, pero que significaba lo mismo. Sonreí y asentí hasta que terminó y me entregó los cafés. Me despedí deprisa y salí de vuelta a la oficina.

Había llegado hacía solo dos meses a INternational, una de las empresas más innovadoras y florecientes. Creada por el joven empresario James Black. Me había costado un poco habituarme al ritmo enloquecido de la oficina, pero creí haber encontrado ya mi lugar entre el resto de las chicas de recepción.

Entré en el enorme rascacielos y por poco derramo los cafés sobre un par de empresarios trajeados a la puerta. ¡Qué torpe soy a veces! Me disculpé en un jadeo casi sin aire, sonrojada y con la mirada baja hasta alcanzar el ascensor. Me puse en una esquina y apreté la espalda contra la pared para no molestar a la gente que entraba y salía en cada piso. Cuando llegó a INternational, me abrí paso mientras me disculpaba repetidas veces.

Rose me miró tras la mesa de recepción. Abrió sus bonitos ojos azules y se señaló la muñeca con el bolígrafo. Contuve un jadeo. El señor Black y el señor O'Brien ya habían llegado. ¡Oh, no! Me apresuré a recoger la bolsa del restaurante de lujo con su desayuno y salí a paso rápido por el pasillo de moqueta gris. Me había prometido a mí misma no volver a llegar tarde con el café desde mi desastroso primer día.

Me detuve frente a las grandes puertas de madera oscura y cogí aire antes de llamar con los nudillos. Pasé el peso del cuerpo de una pierna a otra, nerviosa y un poco sonrojada.

La puerta se abrió y el ayudante del señor Black, el señor O'Brien, me recibió con su preciosa y perfecta sonrisa.

El señor O'Brien era un hombre guapísimo. Parecía el príncipe de un cuento de hadas: alto, fuerte y amable. Tenía un hermoso pelo color caoba y una barba corta y perfecta. Sus ojos eran de un azul polvoriento y suave que a veces se confundía con el gris.

—Hola, Lana —me saludó con su voz siempre tranquila y su agradable acento irlandés.

Ann estaba colada por él e Isabelle decía que su culo debería estar expuesto en un museo junto con el resto de obras de arte; aunque Rose sospechaba que el señor O'Brien era homosexual porque no le había mira-

do al escote nunca, y Rose siempre llevaba ropa muy apretada y escotada.
—Ho… hola, señor O'Brien —respondí cuando me di cuenta de que llevaba demasiado rato mirándole como una boba.
Agaché un poco la cabeza, avergonzada y sonrojada, mientras estiraba los brazos para ofrecerle la bolsa con su desayuno y los cafés calientes. Él las cogió con unas manos grandes de dedos de pianista, alargados y de pulso firme. Había una extraña y agradable calma en la forma en la que el señor O'Brien hacía las cosas y eso siempre me había hecho sentir más tranquila a su lado, aunque supiera que, como en ese momento, había cometido un error.
—Lana.
Aquella voz grave y profunda… era él. Detrás del señor O'Brien, en lo profundo del despacho al que me aterraba entrar, estaba el hombre más atractivo y sexy que había visto en mi vida: el señor Black. James Black, el Soltero de Oro de la ciudad y mi jefe.
El señor O'Brien se apartó y dejé de mirar a su camisa gris perla y corbata fina y negra para contemplar al hombre con los ojos más azules del mundo. El corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho, noté como me ruborizaba todavía más y me quedé como un completa tonta mirándole sentado tras su gran mesa de ébano.
Su pelo era rubio, pero el rubio más bonito que pudiera existir: del color del trigo al que la luz arrancaba a veces reflejos dorados. Ese color se extendía hacia su barba densa y corta, pero allí se parecía más a la miel brillante cuanto alcanzaba su mentón y mandíbula fuerte y dura de superhéroe. Sonreía un poco, alargando las comisuras de sus labios perfectos y rosados, mostrando apenas un centímetro de aquellos dientes blancos y perfectos que se escondían debajo.
Ayer me había ayudado. Él, en persona, había vuelto del ascensor cuando se me habían caído unas carpetas al suelo de la forma más tonta y humillante. Se acercó con una sonrisa que me detuvo el corazón en seco y se agachó para recoger los papeles con sus manos grandes y poderosas. Él era un hombre grande y poderoso. Se había puesto de pie para entregármelos de vuelta y yo había tenido que levantar la cabeza para alcanzar a ver más allá de la parte baja de su gran torso. Le había dado las gracias apenas sin respiración, completamente atontada por su absorbente presencia y su mirada fija. Él dijo entonces mi nombre. Yo no sabía que supiera si quiera que existía, pero él pronunció mi nombre con aquella voz profunda y serena y sentí como me recorría una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Cuando se había ido, no había podido volver a hablar en toda la noche.
—¿Ya se te ha caído algo hoy? —me preguntó.
Quise reírme, pero no fui capaz. Solo me sonrojé todavía más, sintiendo el calor y rubor ardiente de mis mejillas. Bajé la mirada y empecé a jugar con mis dedos, concentrándome en recordar que debía respirar.
—No…, señor Black —conseguí decir en apenas un murmullo que quizá

no hubiera llegado a oír.
Él se rio, sorprendiéndome tanto que alcé de nuevo los ojos para ver como su sonrisa de dientes perfectos me arrebataba por completo el poco aliento que había conseguido recuperar.
—Eso está bien.
Entonces me guiñó un ojo, un gesto juguetón y relajado que me erizó la piel de arriba abajo. No pude hablar, no pude moverme, no pude hacer nada más que entreabrir los labios y quedarme completamente paralizada ante su atractivo. Por suerte, el señor O'Brien fue a mi rescate y volvió a interponerse entre nosotros.
—Muchas gracias, Lana —me dijo con su suave sonrisa.
Alcé la cabeza y la mirada, todavía sin ser del todo consciente de lo que estaba pasando. Miré aquellos ojos calmados y tranquilos y al fin conseguí reaccionar, como si saliera de una especie de trance o embrujo que el señor Black hubiera echado sobre mí.
—De… de nada, señor O'Brien —respondí, agachando la cabeza hasta que mi pelo moreno me cubriera el rostro.
Me di la vuelta, completamente avergonzada y tan roja como un tomate, para volver a recepción lo más rápido posible. Me senté en mi silla en la esquina y dejé las manos en el regazo, mirando la mesa que se escondía bajo la tabla alta del mostrador de recepción. Me concentré en recuperar la respiración y me toqué las mejillas ardientes. «Aquello no podía haber pasado», me dije, «tuvo que ser un sueño».
—¡Lana! —exclamó Rose a mi lado.
La miré deprisa y ella movió sus ojos hacia un lado, delante de mí. Seguí aquella dirección y me encontré con un repartidor que esperaba con una expresión un poco enfadada tras el mostrador. Me levanté de un salto, y me disculpé varias veces, pasándome una mano por la melena para colocarla detrás de mi oreja.
Definitivamente, tenía que haber sido un sueño.

Aquel día el señor Black había llegado sonriendo a la oficina, pero cuando miró a recepción y no se encontró con Lana, perdió la sonrisa y siguió caminando sin decir nada. Debió resultar muy chocante para el resto de recepcionistas que sí estaban allí, y no pude evitar una breve carcajada que traté de ocultar bajo mi puño al ver sus caras. Cuando llegamos al despacho cerré la puerta y el señor Black se quitó la gabardina un poco mojada. Tras los cristales se podía ver el cielo nublado y la suave nevada de principios de año.

—¿Dónde cojones está? —me preguntó el señor Black, sentándose en su sillón con cierto enfado.

—Habrá ido a por el café —respondí, todavía con una pequeña sonrisa en los labios.

El señor Black giró el sillón hacia el ventanal y la nevada que caía.

—¿Sabrá volver?

Me reí, pero me sentí mal después. Entonces llamaron a la puerta y le hice una señal al señor Black para indicarle que era ella. Él me hizo otra para que abriera.

—Hola, Lana —la saludé, abriendo la puerta la suficiente para que viera a James tras de mí.

Siempre se quedaba un momento en silencio, como si le costara pensar una respuesta cada vez que le hablaba.

—Ho… hola, señor O'Brien —respondió al fin, bajando al instante la mirada al suelo y sonrojándose. Me entregó los dos cafés y la bolsa del restaurante con el desayuno.

—Lana —la llamó el señor Black.

Me aparté para no interponerme entre ellos, mirando la preciosa sonrisa falsa de James.

—¿Ya se te ha caído algo hoy? —le preguntó con un tono burlón y sumamente encantador mientras levantaba un poco las cejas.

Joder. El señor Black estaba jugando duro, muy duro. La joven se puso todavía más colorada, lo cual parecía imposible. Levantó su vista de ojos de chocolate y entreabrió los labios, volviendo a tardar un momento en conseguir responder en voz muy baja:

—No…, señor Black.

Él se rio un poco, como si Lana hubiera dicho algo gracioso.

—Eso está bien.

Le guiñó un ojo de una forma juguetona y un poco pícara; un gesto que el señor Black jamás haría por voluntad propia y que me resultó muy perturbador. Sin embargo, funcionó perfectamente con Lana, cuyas bragas casi pude oír haciendo «¡Pop!». Ella se quedó allí, sonrosada y casi sin aire. Esperé un par de segundos y después me interpuse para que a la pobre mujer no le diera un ataque al corazón allí mismo.

—Muchas gracias, Lana —le dije con una sonrisa amable.

Ella todavía miraba al frente, a la altura de mi pecho, antes de conseguir levantar la cabeza para mirarme a los ojos.
—De… nada, señor O'Brien —dijo tras un momento, haciendo un esfuerzo por volver del mundo de los sueños a la que el señor Black la había llevado.
Entonces hizo una cosa muy rara: agachó la cabeza para tratar de cubrirse el rostro con las cortinas de su abundante pelo moreno y se dio la vuelta sin decir nada más. Fruncí levemente el ceño y miré cómo se alejaba a paso rápido, llegando incluso a casi caerse a mitad del recorrido al tropezar con sus propios pies. Parpadeé y negué con la cabeza. No se podía fingir ser así.
Cerré la puerta y me giré hacia James, que ya se estaba desatando la corbata con una expresión seria. Me acerqué y empecé a repartir los envases del desayuno.
—James —dije en voz baja—. ¿Tienes claro hasta dónde vas a llegar con todo esto?
Miré sus ojos azules como el mar y esperé hasta que respondió:
—La llevaré a cenar a algún lugar público, nos sacarán unas fotos, puede que me acompañe a una gala o dos y, cuando todos se olviden de nuestro vídeo, la dejaré —me explicó.
Asentí y dejé los envases en la mesa. Sentía una mezcla de incomodidad y tristeza por todo aquello, pero no dejé que se reflejara en mi rostro. Puse la mitad de los envases frente a él y me llevé la otra mitad conmigo hacia lo que, oficialmente, ya era mi segundo escritorio dentro del despacho del señor Black. Miré el móvil mientras metía cucharada tras cucharada de aquel yogurt agrio con lo que estaba aseguro que era alpiste de pájaro. Lo dejé a un lado con una expresión de asco.
—Leonard —me llamó el señor Black al instante.
Me miraba mientras desayunaba inclinado sobre la mesa y con la cabeza inclinada hacia mí.
—Cómetelo —ordenó.
Tuve que reunir fuerzas para tomarme otra cuchara de aquello y apuré sin pararme a paladearlo lo más mínimo.
—Ahora tiene una reunión un poco larga, después comerá con Xian Chang de Samsung, y por la tarde he despejado su agenda para la señorita Jane Moore, de la revista online *This is happening!* —Intenté con todas mis fuerzas que no sonara tan estúpido y ridículo como era, pero no fui capaz.
El señor Black soltó un bufido de enfado y apartó su envase vacío a un lado antes de coger su café solo largo. Sabía que no iba a gustarle aquello, pero el señor Lee tenía ahora las riendas y había concertado un par de entrevistas y aceptado algunas invitaciones sin consultar primero con el señor Black; ni, por supuesto, conmigo. Yo estaba bastante seguro de que se trataba de una pequeña venganza, pero debía tener cuidado, porque el señor Black no era un hombre con mucha paciencia y cuando el pequeño escándalo hubiera terminado, quizá Lee recibiera una desagradable visita

de Recursos Humanos con una carta de despido inmediato.
—A mí me ha entrevistado la revista TIME, Leonard —me dijo con voz grave y enfadada, apretando los puños y tensando la mandíbula—. Esto es humillante.
—La revista TIME no hace reportajes sobre estúpidos escándalos, señor Black —le recordé, levantándome para recoger todo antes de tener que acudir a la primera reunión—. Pero esta revista online sí.
El señor Black golpeó la mesa con el puño e hizo tambalearse algunas cosas. Me miró con expresión seria mientras cogía grandes bocanadas de aire. Dejé la bolsa a un lado y rodeé la mesa para ponerme a su lado, con la cadera apoyada y los brazos cruzados.
—James, sabes que esto escapa a mi control —le dije con tono suave y tranquilo, sin apartar la mirada de aquellos ojos furiosos—. El señor Lee está haciendo todo lo posible por recuperar tu imagen «neutra», algo que tú le ordenaste. Eso significa que vas a tener que responder a preguntas estúpidas de revistas estúpidas hasta que esto pase. Ya lo hemos hablado.
Mis palabras no calmaron al señor Black, que solo apretó más fuerte el puño sobre la mesa hasta que empezó a temblar y sus nudillos se volvieron casi blancos. Levanté una mano y cubrí su puño para acariciarle suavemente con el pulgar.
—Sabes lo mucho que odio no tener el control, Leonard —dijo con los dientes apretados.
—Lo sé, James —murmuré—. Pero yo estaré contigo y todo saldrá bien.
—Te daré un par de azotes en el coche y me la chuparás antes de la entrevista —ordenó.
Entreabrí los labios, pero preferí no responder. Miré la hora en el móvil y le dije:
—Tenemos que ir a la reunión, señor Black.
Separé mi mano de su puño y él se levantó. Se quedó delante de mí para que le ajustara la corbata y le alisara la chaqueta azul marino del traje. Cuando terminé, él se inclinó sobre mí y me dio un beso en los labios. Yo le miré con una suave sonrisa y le acaricié la mejilla, notando un agradable picor allí donde empezaba su barba.
Durante la reunión me senté en silencio en mi lugar de siempre, ignorando por completo las voces para concentrarme en mis tareas. Todavía seguía tratando de reorganizar la agenda del señor Black para añadir todas aquellas nuevas entrevistas y eventos que el señor Lee me mandaba. El muy hijo de puta debía estar disfrutando de poder mangonearme de aquella manera. Puede que James estuviera furioso, pero yo no estaba mucho mejor que él. Aquel estúpido vídeo se había extendido como la peste por las redes sociales, analizado hasta la saciedad por miles de las mentas más brillantes que allí había.
El señor Black no era una figura tan famosa. No era un actor ni un cantante con hordas de fans a sus espaldas; era más bien como un político, una figura pública de la ciudad que, además de rico, era demasiado guapo

para pasar por alto. A la prensa amarilla siempre le había encantado llenar artículos sobre él, sobre los rumores que le rodeaban, sobre quién sería la afortunada que le robara el corazón. Cuando yo había aparecido, no habían tardado en sonar todas las alarmas. James Black nunca había sido fotografiado con ninguna mujer, ni se había sabido de ningún romance auténtico; además de los numerosos rumores que salían de vez en cuando sobre el tema, alimentados, sin duda, por los representantes de algunas modelos que querían su minuto de fama.

Pero a mí sí se me había visto numerosas veces con él. En las galas, en las cenas e incluso en sus redes sociales. Como había dicho el señor Lee, nos consideraban una pareja atractiva y encantadora y a algunos les gustaba recrearse en la fantasía de una relación secreta.

Sin embargo, eran pocos, porque la gran mayoría seguía queriendo ver en nosotros a un par de buenos amigos que trabajaban juntos y bromeaban de vez en cuando.

Fue aquel estúpido vídeo en el metro lo que había provocado un cambio radical en aquella idea, alimentando las calenturientas mentes de todos como si fuera gasolina.

Yo había visto el vídeo una vez más después de que el señor Lee nos lo mostrara. Había leído algunos comentarios y me había dado cuenta de que, si el señor Black quería mantener su imagen «neutra» como el Soltero de Oro, iba a tener que esforzarse mucho; porque aquel vídeo hablaba por sí solo.

Tras la reunión fuimos a por nuestras cosas al despacho y salimos hacia el ascensor. El señor Black miró a recepción y se topó enseguida con aquellos ojos grandes del color del chocolate, mirándole de vuelta por encima de la tabla del mostrador, como un cervatillo asustado entre la maleza. Se detuvo y sonrió para ella.

—¿Todavía nada? —le preguntó con su voz aterciopelada.

Lana se puso colorada, todavía más, quiero decir. Quizá por eso tardaba tanto siempre en responder: con tanta sangre en las mejillas no tenía suficiente para que le llegara al cerebro.

—No —dijo en una especie de jadeo, se aclaró la garganta y enseguida agachó la cabeza—. Señor Black —añadió rápidamente.

James se rio un poco y yo fui hacia el ascensor para parar la puerta y que no se pasara de largo. Miré el móvil de forma distraída y esperé a que entrara. Cuando las puertas se cerraron puso su mano en mi espalda y alzó la cabeza al techo para relajarse. Apuró el paso en el hall y no se detuvo hasta que estuvimos dentro del coche.

—Ven aquí —me ordenó con tono duro, golpeándose la pierna.

—Señor Black, el…

—Leo —me interrumpió con una mirada por el borde superior de los ojos, esa que no aceptaba un no por respuesta—. Bájate el pantalón y ven aquí ahora mismo…

Cogí una bocanada de aire y dejé el móvil a un lado. Me desabroché el cinto y me ayudé del asidero de la puerta para ir junto a él sin caerme. Me tumbé sobre sus piernas, notando su erección contra la parte baja de mi abdomen. El señor Black me bajó más los pantalones con un tirón firme y cogió un par de bocanadas. Puso su gran mano fría en mi nalga caliente y la acarició un poco antes de apartarla y darme un fuerte cachete que resonó por todo el coche. Apreté los dientes y los ojos ahogando un grito en la garganta.

Me seguía preguntando a quién cojones podría gustarle que le hicieran aquello, porque yo no conseguía encontrarle placer alguno.

Cuando lo hacía mientras me follaba tenía su gracia, como cuando me ataba o traía alguno de sus juguetes en nuestros domingos especiales; pero aquel castigo crudo y sin sexo era un poco desagradable y frío para mí. Sin embargo, James era así, eso le gustaba y le relajaba.

Me dio otro azote, igual de fuerte que el anterior y soltó un jadeo. Me acarició la nalga ya colorada y me dio un tercero mientras gruñía. Se me escapó una leve queja y clavé los dedos en el asiento. Me dio tiempo a coger un par de bocanadas de aire antes de recibir un cuarto azote, incluso más fuerte que los anteriores. Se me escapó un grito y giré el rostro con enfado hacia James. Se había pasado con aquello. Él me miró con sus ojos vidriosos y un poco aturdidos y los labios entreabiertos y jadeantes.

—Ya —dije con tono duro.

—Una más —respondió en voz baja.

Compartimos uno de nuestros silencios, hasta que apreté los dientes y, con cierta resignación, le concedí aquel quinto azote. El señor Black puso su mano en mi nalga y yo me removí un poco, de forma involuntaria, lo que le produjo algún tipo de extraña satisfacción porque empezó a mover la cadera bajo mi cuerpo. No hizo nada en un minuto que se me hizo largo y doloroso. Sabía que aquello iba a doler y cada segundo era peor que el anterior. Me concentré en apretar las manos y prometerme a mí mismo que no iba a gritar.

El azote llegó en el momento más inesperado, más fuerte y ardiente que ningún otro. Apreté el abdomen y me retorcí con la boca abierta y sin aire. Tardé un buen rato en recuperarme y conseguir respirar como una persona normal. Me incorporé, sintiendo un desagradable picor y calor en la nalga. Me subí los pantalones y me até el cinto.

—Leo… —me llamó él.

Esperé a terminar de meterme la camisa gris por dentro de los pantalones y a parpadear lo suficiente para limpiar los ojos húmedos antes de mirarle. El señor Black estaba un poco más recostado de lo habitual, con los labios entreabiertos mientras respiraba profundamente.

—Bésame —me pidió, pero no fue una orden.

Me incliné y le di un beso húmedo en los labios. Al terminar me tenía agarrado por un lado de la camisa para impedir que me alejara. Me miró

de esa forma que yo ya conocía, esa que significaba que estaba demasiado cachondo y que quería comerme entero.
—No —me negué con tono firme.
Esperé a que fuera él quien me soltara la camisa antes de volver a mi asiento. Tuve cuidado al sentarme y puse una expresión de enfado e incomodidad. Miré el móvil y seguí respondiendo el correo que había dejado a medias mientras el señor Black apoyaba la cabeza en el respaldo y trataba de serenarse.
Cuando llegamos al restaurante volvió a bajar la cabeza y se frotó un poco la cara. Me dedicó una mirada seria y ladeó el rostro.
—Esta semana va a ser dura, Leonard —me advirtió, pero eso era algo que yo ya sabía.
—Trataré de ayudarle, señor Black —respondí—, pero ya sabe que no me gusta que me pegue sin más.
—Me encanta pegarte —murmuró, moviendo un poco la cadera para hacer más evidente su erección contra la tela final del traje—. Me encanta que te rindas a mí y me des todo lo que quiero, Leo.
—Señor Black, tiene una comida importante ahora mismo —tuve que recordarle—. Serénese.
Él continuó mirándome en silencio durante un par de segundos, pero entonces se incorporó un poco sobre el asiento y se recolocó la corbata antes de empezar a atar los botones de su gabardina. Salí del coche primero para abrir el paraguas y tapar al señor Black. Caminamos hasta la puerta del restaurante y le acompañé hasta la mesa donde estaba el señor Chang acompañado de una mujer. El señor Black le ofreció un apretón de manos con una sonrisa y yo le dediqué una especie de reverencia al rollo asiático, imitando a la mujer que le acompañaba, quien resultó ser la traductora.
Como ella estaba allí, no resultó extraño que yo me quedara en la misma mesa y comiera con ellos. Resultó mucho más agradable de lo que me había imaginado porque el señor Chang resultó ser un hombre muy sonriente y, aparentemente, bromista. La traductora intentaba ajustarse todo lo posible a lo que decía, pero se notaba que muchas veces no conseguía transmitir ciertas bromas o expresiones.
Cuando regresamos al coche volví a mirar el móvil, porque me había parecido de mala educación hacerlo a la mesa, y abrí el archivo con las respuestas que el señor Black debería darle a la señorita Moore durante la entrevista.
—El señor Lee estará presente durante la entrevista —le advertí con cuidado—. Me ha enviado un resumen de las ideas generales de lo que quiere que diga. Deberá negar la relación, pero como si fuera una especie de broma —alcé ambas cejas y continué resumiendo—. Usted y yo somos solo buenos amigos y no le preocupa mostrar afecto por la gente a la que aprecia. Quizá el alcohol y el año nuevo le hicieran mostrarse más «cercano» de lo que suele ser, pero ¿a quién no le pasa a veces?

Miré al señor Black, que ya estaba sentado con los brazos sobre el respaldo y las piernas bien abiertas.
—Ponte de rodillas y cómeme la polla como un buen amigo, Leonard —ordenó.
Se me escapó una breve carcajada y me humedecí los labios antes de mirarle de vuelta.
—Señor Black, creo que llegar con el aliento apestando a su corrida no vaya a ayudarnos demasiado.
—A mí me va a ayudar mucho.
Traté de no sonreír, pero fue difícil.
—James… —murmuré con cariño—. Será mejor esperar a que la entrevista termine. —Bajé la mirada al móvil y añadí—: Además, acabo de comer y no podría hacerlo como a ti te gusta.
El señor Black no insistió, así que supuse que eso le había convencido.
—A mí siempre me gusta como lo haces —le oí decir en voz baja tras un breve silencio.
Levanté los ojos para mirarle por el borde superior, pero él tenía el rostro girado hacia la ventanilla de cristal ahumado. Dejé pasar el momento y mandé un mensaje a la oficina para que trajeran un «café especial» y un donut gaseado, el favorito de James.
Cuando llegamos a INternational Lana ya estaba esperándonos de pie tras el mostrador de recepción. Nos miró, bajó la mirada, se apartó el pelo con la mano para dejarlo detrás de su oreja sin mucho éxito y esperó a que nos acercáramos. Yo le dediqué una sonrisa educada y le di las gracias mientras lo cogía todo. El señor Black se detuvo a mi lado y puso los brazos sobre el mostrador alto para reclinarse un poco sobre ellos.
—¿Todavía nada? —le preguntó con un encanto que, sinceramente, iba a acabar por destruir el sistema nervioso de aquella mujer.
Lana alzó la mirada de ojos de chocolate y se quedó con los labios entreabiertos hasta que el riego pasó de sus mejillas hasta su cerebro y al fin consiguió responder:
—Se me cayó un poco de comida sobre el escritorio sin querer.
El señor Black se rio y al fin pudimos avanzar por el pasillo hacia el despacho. Cerré la puerta tras nosotros y dejé las cosas encima de la mesa. James volvió a ser el de siempre y colgó su gabardina en la percha con expresión seria.
—¿Donuts, Leonard? —preguntó sin mirarme.
—Glaseados —asentí de espaldas a él.
—¿Tanto miedo tienes a que me enfade?
Me reí y dejé su café especial a su lado de la mesa. Le detuve antes de que fuera a sentarse y le di un beso en los labios, entonces cogí mi café y mi donut y me lo llevé a mi sitio.
—El señor Lee estará aquí en diez minutos —anuncié.
El señor Black se sentó y bebió un trago del café con una suave sonrisa en los labios. Nos dio tiempo a terminar los donuts y a beber el café antes de

que sonara el anuncio por el megáfono del despacho. Me levanté de mi sitio y recogí todo para tirarlo a la basura. Llamaron a la puerta y fui a abrir a un señor Lee apurado y seguido de dos de sus publicistas de expresiones siempre asustadas. A veces me daban un poco de pena, llegaban a INternational con la gran esperanza de formar parte de una empresa puntera e importante, y entonces se encontraban con el señor Lee. Debía ser duro.

—Señor Black, ¿ha leído el informe que le he enviado? —preguntó, dedicándome una rápida mirada.

—Sí —respondí yo por él, cerrando la puerta con cuidado.

—Me ha parecido mucho mejor grabar la entrevista aquí —continuó—. Colocaremos los asientos al lado de la cristalera.

Chiscó los dedos e hizo una señal a sus secuaces para que movieran el sofá de mi sitio para llevarlo junto a la pared acristalada. Se detuvo a mirarlo e hizo un rectángulo con los dedos como si fuera algún tipo de cineasta.

—Será perfecto —declaró—. Las vistas son impresionantes y desde su lado se verá la calle nevada.

Al fin miró al señor Black a la cara, que le miraba de vuelta con su expresión seria tras el escritorio.

—Es una importante revista online. Aunque no se trate de un medio convencional, recibe muchas visitas y tiene gran impacto en las redes. Puede que le sorprenda con alguna pregunta imprevista, porque los periodistas de este tipo de medios suelen hacerlo. Esté atento y no dude. Es importante que hable con convicción y que sonría.

El señor Black no dijo nada y el silencio se prolongó hasta que uno de los asistentes del señor Lee dijo que ya estaba todo preparado.

—Señor Black —le dijo, señalando el asiento frente a la ventana para que se sentara.

James tardó otro largo silencio en moverse de su sillón y caminar hacia el sofá para sentarse.

—Algo más casual y cercano, quizá —le indicó el señor Lee, rozando un poco los límites de lo peligroso.

El señor Black se giró un poco en el asiento y colocó una mano en el respaldo, dándole a su postura un aire «casual y cercano».

—Sonría.

Uno de los asistentes preparó una cámara y le sacó una foto a un señor Black de sonrisa falsa y forzada. Casi puse sentir su ira emanando de su cuerpo como una oleada densa y pesada. Aquello iba a resultar más difícil de lo que me había imaginado.

—Leonard —me llamó el señor Lee, sin si quiera girarme mientras chiscaba los dedos en alto—. Es mejor que te ausentes durante la entrevista. Yo me encargaré de todo desde este punto.

—No —dijo entonces el señor Black, perdiendo la sonrisa para clavar una mirada seria en el señor Lee—. Leonard se quedará.

—Señor Black, intentamos que…
—No —repitió, y ahí se acabó la discusión.
—Entonces… —al fin se dignó a mirarme—, tratemos de que su presencia sea lo más discreta posible.
Sonreí y asentí, porque sabía que eso le iba a joder pero bien. Le sacaron un par más de fotos y sonó el anuncio de la llegada de la reportera en el megáfono. Fui hacia la puerta, pero el señor Lee me detuvo con un gesto rápido y, con otro, mandó a uno de sus asistentes a por la reportera. Alcé las cejas y no dije nada, cruzándome de brazos y quedándome en mi lado apartado y discreto.
Unos pasos cercanos anunciaron la llegada de Jane Moore, que resultó ser una mujer rubia y bastante atractiva, de sonrisa amplia y bonitas piernas.
Iba toda de negro, a excepción de su bufanda ancha y roja alrededor del cuello; con cazadora de cuero y pantalones muy apretados. Entró sonriendo y no tardó ni un segundo en enfocar a el señor Black, entonces sonrió más.
No me gustaba Jane Moore, ni la forma en la que miraba al señor Black. No me gustó la forma en la que caminó directa hacia él, contoneándose un poco, para darle la mano y decir:
—Señor Black… al fin tengo el placer de conocerle.
James se puso de pie con su sonrisa de un millón de dólares y respondió a su apretón con firmeza.
—Señorita Moore, nos alegra mucho que haya podido venir —le dijo.
—No me lo hubiera perdido por nada del mundo —sonrió ella, alzando un poco una de sus finas cejas rubias y agitando su melena rubia.
El señor Black percibió al momento lo que yo percibí: que Jane Moore estaba decidida a averiguar si él era gay, de una forma u otra.
—Señorita Moore —la llamó el señor Lee, al que no le gustaba que le ignoraran—. Soy Thomas Lee, el director de Publicidad de la compañía.
Se estrecharon la mano, pero ella ni se molestó en sonreír. Entonces miró por encima de su hombro y me miró en mi lugar apartado.
—El famoso ayudante —dijo en alto con sorpresa. Quizá creyera que no me encontraría allí, ya que, al parecer, era lo que todos esperaban. No tardó en deshacerse del señor Lee y caminar hacia mí para ofrecerme otro apretón—. ¿También querrás responder algunas de mis preguntas?
Sonreí educadamente y le cogí de la mano.
—No. Yo no tendré ese placer —le dije.
Jane abrió un poco más los ojos y perdió un poco de aquella sonrisa falsa.
—¿Ese acento es irlandés? —preguntó.
—Sí —afirmé.
—Es precioso. ¿Y llevas mucho tiempo en la ciudad?
—Como le he dicho, señorita Moore, no tendré el placer de concederle una entrevista —y sonreí un poco más.
Ella lo captó al momento, pero no pareció enfadada por mi corte, sino que cambió su sonrisa a una mucho más fina y natural en ella.

—Ganas mucho en persona… —murmuró, mirándome de arriba abajo antes de volverse hacia el resto—. Pondré la cámara y comenzaremos.
Sacó un atril extensible de su bolso y la cámara fotográfica. Lo montó todo rápidamente, con la facilidad que solo daba la práctica, e hizo un par de pruebas antes de quitarse la cazadora y la bufanda para, finalmente, sentarse a un lado del sofá con una libreta entre las manos. Debajo de la cazadora llevaba una apretada camisa de cuello de barco que dejaba sus hombros al descubierto. Era apropiado y elegante, pero también sensual. Imitó la postura relajada del señor Black, con un brazo sobre el respaldo y se apartó la melena rubia para volcarla toda sobre un lado. Sonrió.
—Señor Black, usted es conocido como el Soltero de Oro de la ciudad por razones más que evidentes. Su empresa es una de las más prometedoras y ha amasado una fortuna con tan solo veintinueve años. Además, es usted un hombre increíblemente guapo y que, sin duda, dedica mucho tiempo a su imagen y al ejercicio.
Ahí se detuvo. Sin pregunta que responder, solo una simple afirmación.
—Sí —dijo el señor Black con una sonrisa tímida, fingiendo estar un poco incómodo por los halagos que le había dedicado—. He dedicado mucho tiempo a mi trabajo y me gusta mucho practicar deporte. Entreno todos los días antes de venir a la oficina.
—¿Su ayudante entrena con usted?
—Sí —asintió el señor Black tras unos pocos segundos en silencio—. Leonard me acompaña en casi todo lo que hago.
—Oh, eso es muy bonito —dijo ella, llevando la conversación justo a donde ella quería.
El señor Black frunció el ceño todavía con una sonrisa en los labios.
—¿Tú crees? —le preguntó, como si le sorprendiera un poco que pensara eso.
—Sí, que compartan tantas cosas es adorable.
Él se rio, pero solo un poco.
—Ya, bueno, Leonard es mi ayudante —se encogió de hombros—. Su trabajo consiste en acompañarme y asistirme en todo lo que pueda necesitar. Por desgracia para él —añadió con una sonrisa encantadora como si estuviera a punto de reírse—, también es mi mejor amigo, así que tiene que soportarme en los entrenamientos y cuando le hablo de tonterías.
Ambos se rieron un poco entonces. Ambos de una forma muy falsa y muy practicada.
Jane Moore era una mujer inteligente, pero se estaba enfrentando al hombre equivocado si creía que le iba a pillar en una treta tan simple. Yo sonreí, sintiendo una estúpida sensación de orgullo en el pecho.
—¿Así que son ustedes solo buenos amigos? —preguntó ella.
—Los mejores amigos —asintió el señor Black de una forma que hasta yo me lo creí.
Eso hizo bacilar un poco a Jane, quien miró un momento a su libreta para

cambiar aquella línea de conversación que no se ajustaba a lo que ella quería.

—¿Y qué pasó en el metro? —le preguntó con una crudeza que trató de apaliar con una gran sonrisa—. ¿Una noche alocada?

El señor Black cerró los ojos y se rio un poco por lo bajo, como si le avergonzara. Se rascó la ceja de una forma encantadora y miró de nuevo a la periodista con una suave sonrisa en un gesto que, sin lugar a dudas, me había copiado.

—Sí, una noche alocada de fin de año —reconoció—. Bebimos un poco de más y yo acabé hecho polvo. Leonard tuvo que llevarme todo el camino a rastras.

—En el vídeo parecía usted muy pegado a él —asintió Jane, satisfecha por cómo estaban yendo ahora las cosas.

—Me pongo un poco pesado cuando bebo —dijo el señor Black, agitando la cabeza con una sonrisa un poco cohibida—. Abrazo mucho y digo tonterías de borracho. Leonard ha tenido que soportar un par de noches de esas… —entonces levantó una mano y alzó una ceja—. Pero, aunque él diga que no, también tiene sus cosas de borracho. No soy solo yo. —Movió la cabeza y me miró, al otro lado de la sala para preguntarme en alto—: ¿A que sí, Leo?

Todos se giraron para mirarme y me quedé un momento mirando al señor Black en la lejanía. No tenía claro qué buscaba al incluirme en aquella entrevista de forma tan directa, pero preferí seguirle el juego.

—Yo soy irlandés, James —le dije, suficiente algo para que se me pudiera escuchar—. Nosotros no nos emborrachamos, todo el mundo lo sabe.

El señor Black puso los ojos un poco en blanco y soltó un jadeo de risa contenida. Otro gesto en el que me vi reflejado. Jane me dedicó una sonrisa en la distancia, puede que mi pequeña broma le hubiera hecho gracia de verdad.

—Entonces, los rumores que llevan circulando ya un tiempo sobre vuestro supuesto romance, ¿son falsos? —le preguntó ella, terminando por todo lo alto con la pregunta que llevaba queriendo hacerle al señor Black desde el comienzo de la entrevista.

James se rio un poco antes de responder:

—La gente le da demasiadas vueltas. Leonard y yo estamos muy unidos, pero eso no tiene que significar que seamos amantes ni nada parecido.

—Me rompes el corazón, James —dije con un tono tranquilo y evidentemente sarcástico.

Él me miró y se le escapó una de sus auténticas sonrisas antes de hacerlo a la forma del Soltero de Oro. Janes nos miró a ambos, de un lado a otro, tratando de descubrir si todo aquello era real o no. Debió darse por convencida, porque a continuación dejó el tema para hacerle algunas preguntas rápidas y más rutinarias sobre lo que le atraía al señor Black y la forma de «enamorarle». James soltó las mismas respuestas de siempre y Jane Moore dio por finalizada la entrevista con un agradecimiento y un a-

pretón de manos.
El señor Lee la incordió mientras recogía la cámara y se ponía su cazadora, momento que el señor Black aprovechó para levantarse y volver a su mesa. Jane ignoró al señor Lee y le dio un par de respuestas rápidas por lo bajo antes de despedirse con una gran sonrisa del señor Black y dedicarme una mirada.
—Un placer, Leonard.
—Igualmente —asentí.
Sin esperar a que el asistente de publicidad la siguiera, salió por la puerta y se marchó.
—Estas reporteras de pacotilla no tienen respeto ninguno —se quejó entonces el señor Lee antes de girarse hacia el señor Black—. Ha estado bien, aunque hubiera preferido que no hubiera insistido tanto en lo unido que está a su ayudante, pero puedo trabajar con lo de «mejores amigos».
Entonces hizo una señal al asistente que quedaba agazapado en una esquina contra la pared para irse con él sin esperar a que yo les abriera la puerta. Otra vez en la intimidad y tranquilidad del despacho cogí una bocanada de aire y miré hacia James.
—¿Qué te ha parecido, Leonard? —me preguntó él.
—Ha estado usted encantador, señor Black —le felicité.
—¿Y qué piensas de lo que he dicho?
Se quedó mirándome fijamente, recostado en su sillón con expresión seria y atenta.
—¿Sobre qué en concreto? —tuve que preguntar.
—Sobre nosotros.
Ladeé el rostro y me tomé un pequeño momento para repasar lo que el señor Black había dicho en la entrevista.
—¿Qué somos mejores amigos?
James asintió lentamente.
—Creo que es cierto —afirmé—. O, al menos, yo le considero un gran amigo además de mi novio.
Él se quedó en silencio tanto tiempo que creí que, quizá, solo se hubiera tratado de una mentira para justificar el «incidente» del metro; aunque había sonado muy autentico cuando lo había dicho.
—Ven —dijo al fin.
Me acerqué a él, dando la vuelta a la mesa y el señor Black se giró en la silla para ponerse cara a mí. En su entrepierna sobresalía un bulto bastante pronunciado que yo conocía muy bien.
—No dejes de mirarme a los ojos hasta que me corra, Leo —ordenó.
Puse las manos en el reposabrazos del sillón y me incliné un poco sobre él.
—¿Puedo darle antes un par de besos de mejores amigos, señor Black? —le pregunté.
James me dio una bofetada rápida. No fue dolorosa, tan solo inesperada.
—No te rías, Leonard —me advirtió.
Le miré, esta vez sin sonreír.

—Era solo una broma, James.
—No me gusta que bromees sobre eso.
Me quedé mirando aquellos ojos del azul del océano, tan intensos y profundos. Si no le gustaba que me riera era porque, como yo creía, el señor Black había dicho la verdad en la entrevista. Yo era su mejor amigo.
—Lo siento —me disculpé.
Llevé una mano a su rostro y le acaricié suavemente antes de darle un beso lleno de amor y cariño en los labios.

LA GRAN INAUGURACIÓN.

La primera semana del año fue dura. El señor Lee siguió metiendo mano en nuestra rutina y planificó un par de entrevistas más que requirieron un esfuerzo de mi parte por hacerles un hueco en el horario y por mantener al señor Black relajado. Eso significó hacer nuevas llamadas con nuevas disculpas y también un montón de azotes, mamadas y polvos de despacho. Cuando llegó el fin de semana, me sentí bastante agradecido de poder descansar y tomármelo con más calma. Estaba ya un poco saturado del ritmo caótico y las cargas adicionales; así que aquel sábado le pedí a James terminar antes por la tarde para poder ir a dar un paseo bajo la nieve o algo así. Él asintió sin decir nada y cuando terminamos de comer dio por concluida la jornada laboral del día.

Dimos un paseo bastante agradable pero tanto como los que dábamos en Bluebelt. El señor Lee nos había advertido sobre los paparazis y no pude acercarme a James, ni darle la mano discretamente, ni pararme a besarle bajo la nieve. Pero mantuvimos una buena conversación, nos reímos un poco y rompimos la rutina que, al fin de cuentas, era lo que yo quería. Terminamos tomando un café caliente en la cafetería a una manzana de casa porque el móvil nos dio un aviso de que «nos gustaba». Fue raro pero me pareció buena idea.

—Eh, hola, chicos —nos saludó tras el mostrador el mismo joven que algunas veces nos traía el pedido a casa—. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor —sonreí antes de irnos a sentar a una mesa discreta y tranquila.

—Café con leche y largo solo —anunció cuando volvió con el pedido, pero se quedó un momento y añadió con cierta incomodidad—: Nada de comerse la boca a lo bestia… ya sabéis.

Se fue y miré al señor Black, él no pareció ni inmutarse, pero yo fruncí el ceño sin comprender a qué se refería. James y yo jamás nos besábamos en público; no de un público sobrio, al menos.

Después terminamos el día con una buena película, una cena tranquila, una charla ligera y sexo suave y cariñoso del que ya echaba de menos. Al terminar le di un fuerte abrazo y un beso antes de decirle que le quería. Él se quedó en silencio y me volvió a besar.

El domingo nos quedamos retozando un poco en la cama, pasó lo que tenía que pasar después de tantas caricias y besos y nos dimos una ducha antes de bajar a desayunar.

—Tenemos que llamar a mi familia para felicitarles el año nuevo —le recordé mientras miraba el bol de queso fresco batido con cereales y pasas. Eché un rápido vistazo al móvil—. Ya deben estar todos en casa comiendo.

El señor Black volvió a asentir y cuando se terminó el desayuno subió a por la tablet a la habitación. Volvió con ella entre las manos y perfectamente vestido de cintura para arriba, con otro de sus carísimos

relojes en la muñeca. Le dediqué una mirada seria, pero terminé por poner los ojos en blanco y dejarlo pasar. Ahora conocía a los Black y su obsesión por las apariencias.

—¡Hola, chicos! —nos recibió mi hermana al otro lado de la pantalla—. ¡Mamá, son Leonard y James! —gritó con la cabeza levantada.

—Hola, Gael —la saludé yo, mucho más tranquilo que la primera vez mientras acariciaba la pierna del señor Black a mi lado.

Mi madre apareció de un lado, vestida de domingo, peinada y maquillada, porque sabía que iba a llamarla aquel día y quería resarcirse de aquella primera opinión que James pudiera haber tenido de ella y su imagen despreocupada.

—¡Qué guapos estáis! —nos saludó, aunque yo sabía que estaba mirando solo el lado de la pantalla donde estaba James.

Mantuvimos una conversación animada sobre las burradas que mi abuelo había dicho, lo mucho que mi padre le había discutido o sobre lo mucho que la tía Mary había bebido. Clásicos de la navidad de los O'Brien. Mi padre hizo una aparición estelar en algún momento y se quedó como él se quedaba siempre, juzgando a James en silencio. Esta vez no dijo nada sobre el reloj, pero yo sabía que lo había visto.

Tras una hora de cháchara irlandesa, nos despedimos de ellos y colgamos.

—Ya le caes mejor a mi padre —anuncié con una sonrisa—. Se ha quedado más tiempo que la primera vez.

El señor Black me miró a los ojos, buscando en ellos si lo que había dicho era en broma o no.

—De verdad —le aseguré antes de reírme.

Al día siguiente llegamos a la oficina y el señor Black le dedicó un par de minutos a Lana, una sonrisa, una charla ligera y mucho de Soltero de Oro; como ya era costumbre desde la semana pasada.

Yo me quedé a un lado, mirando como la mujer había conseguido hacer unos pocos avances y ya respondía a sus preguntas con algo más que un par de palabras.

Seguía poniéndose muy colorada, apartándose la melena con la mano y jugando con los dedos bajo el mostrador, pero al menos ahora hablaba.

—¿Cuál es el siguiente evento con fotógrafos? —me preguntó cuando llegamos al despacho.

—Este fin de semana, la inauguración de la galería de arte Montierre.

Él asintió y se deshizo un poco la corbata mientras yo sacaba los envases de la bolsa.

—¿Has pedido cita con el sastre como te ordené?

—Sí, señor Black.

—¿Salón de belleza?

Me detuve y le dediqué una mirada por el borde superior de los ojos. El señor Black no necesitó más para darse por satisfecho y comenzar a desayunar. Aquella mañana tocaba una reunión bastante larga con el departamento de Publicidad para hacer un repaso del «control de daños»,

como le gustaba llamarlo al señor Lee. Parecía satisfecho y tenía su media sonrisa prepotente, así que todo debía haber salido bastante bien y él se creía que el éxito era tan solo mérito suyo. Nos mostró algunos fragmentos de las entrevistas, en las que, de alguna u otra forma, yo también participaba como una voz en las sombras. Todavía había muchos que pensaban que éramos pareja, lo cual era cierto, pero el caso es que el público general se había convencido de que éramos grandes amigos, que también era cierto.

El señor Black salió de la reunión bastante satisfecho. No era algo que se pudiera apreciar en su rostro, sino que era algo sutil que solo se notaba tras mucha observación: un leve relajamiento en sus hombros anchos, una forma de andar más fluida y tranquila, una comisura de sus labios casi imperceptiblemente levantada.

—¿Por qué me imita en las entrevistas? —le pregunté, ya al resguardo de la intimidad del despacho.

Aquella idea había rondado por mi mente durante la semana, apareciendo y desapareciendo por momentos, pero al ver todos los vídeos seguidos me había quedado bastante claro que el señor Black estaba usando muchos de mis gestos y adaptándolos al Soltero de Oro; algo que no tenía muy claro que me gustara.

—Porque tengo que parecer sexy y encantador, Leonard —respondió sin más mientras se dejaba caer sobre el sillón y se aflojaba la corbata.

Alcé ambas cejas y esperé una respuesta más elaborada, pero solo recibí una mirada seria e intensa de su parte. Así que, como muchas otras cosas, lo dejé pasar.

El señor Black esperó hasta terminar la jornada y abandonamos el despacho cinco minutos antes para que pudiera dedicarle un momento más largo a Lana. Cuando la invitó a ir con él a la inauguración del Montierre casi le da un aneurisma a la pobre. Se quedó con la boca abierta y tardó más de cinco segundos en responder:

—Sí, quiero.

Se me saltó la risa, pero estaba lo suficiente lejos para que no se me oyera. El señor Black lo celebró con una sonrisa relajada, como si realmente hubiera temido que aquella mujer fuera a rechazarle, como si eso fuera posible. Le dijo la fecha y le propuso ir a buscarla antes de volverse hacia el ascensor que yo ya estaba sujetando para él. Dejamos atrás no solo a una Lana completamente anonadada y enrojecida, sino a unas recepcionistas que no se hubieran quedado ni la mitad de sorprendidas si el señor Black se hubiera arrancado la cara allí mismo.

—¿Quiere que me asegure de que vaya adecuada a la inauguración? —le pregunté en la soledad del ascensor.

—Me importa una mierda como vaya —respondió él con su mano en mi espalda.

Después de aquello la semana en la oficina se volvió un poco extraña. La sorprendente y arrolladora invitación del señor Black se convirtió en la

comidilla y parecía que se paraba el tiempo y la respiración de todos cada vez que James se acercaba a la recepción para charlar con Lana. El viernes despejé el horario de tarde y tras una comida de negocios volvimos a por un par de cosas antes de dejar la oficina.

—Recuerda, es esta noche —le dijo él a Lana—. Iremos a recogerte.

Ella asintió, con una suave sonrisa y las mejillas coloradas mientras jugaba con los dedos. Su continua vergüenza y balbuceo había dejado paso a una simple timidez, mucho más soportable y menos irritante que antes. Entonces dejamos el edificio y Lakov nos llevó al salón de belleza. Cuando vi a Ricky, el barbero de Barbados, me salió la sonrisa al instante.

—¿Qué tal las navidades? —pregunté.

—Horribles, ¿qué tal las tuyas? —sonrió también.

—No volveré a ver un abeto sin echarme a llorar —le aseguré.

Él se rio con aquellos dientes tan blancos en contraste con el moreno de su piel.

—¿Otra cena de ricachones? —me preguntó en un tono más bajo, comenzando a pasarme la maquinilla por la barba.

—La inauguración de una galería de arte en el centro —afirmé, conteniendo el impulso de asentir con la cabeza.

—No suena tan importante —murmuró.

Sonreí.

—El señor Black va a llevar a una mujer —reconocí porque Ricky me parecía un hombre honesto y en el que poder confiar.

La maquinilla se detuvo a la altura de mi mejilla, tan solo un segundo, antes de volver a moverse con fluidez.

—Creía… que vosotros… —empezó, notando por primera vez dudas en su voz desde que le conocía.

—Somos buenos amigos —fui lo que dije.

—Sí, eso le digo yo a mi familia de los hombres con los que me acuesto.

Me reí y él tuvo que apartar un momento la maquinilla, por suerte, ya estaba acostumbrado a mi incesante movimiento mientras trabajaba. Como era costumbre, una de las empleadas tuvo que venir a buscarme porque Ricky y yo continuábamos hablando incluso cuando ya había terminado conmigo. Me despedí y fui a la sala de torturas. Era una exageración, después de tantas veces, ya ni me dolía que me repasaran el trasero, pero continuaba resultándome un poco incómodo.

Como salí mucho antes que James fui a por un par de cafés para poder beberlos de camino al sastre. Estaba en la cola del carrito de café en mitad de la calle cuando recibí una llamada al número privado del señor Black. Me temí lo peor y me alejé un poco de la cola por si alguien con el oído muy fino podría distinguir la palabra «orgía» o «follar a lo loco».

—¿Sí?

—Oh, emh… Busco a Leonard O'Brien, por favor —me dijo una voz que me resultó muy familiar pero que no conseguí localizar en mis recuerdos.

—Soy yo.

—Ah, hola, Leonard. Soy Edward.
Perdí el ceño fruncido de inmediato y sonreí.
—Edward, qué sorpresa —reconocí con una voz mucho más suave y amable—. ¿Ha pasado algo?
—No, no, perdona —le oí reírse un poco por lo bajo, un gesto nervioso suyo—. Le pedí a mi madre que le pidiera el teléfono de James al señor Black —me explicó—. He aprovechado un momento libre que tenía ahora para llamar.
—¿Me llamas a mí en vez de salir a fumar? —pregunté—. Debe ser algo importante.
Él se rio, esta vez de verdad.
—No, realmente no es importante, es solo que me han dicho que están reuniendo firmas para quejarse del recorte a los colegios públicos de las afueras. Como lo hablamos en la cena, pensé que te interesaría saberlo —se apresuró a añadir al final.
—Pues sí. ¿Es una recogida de firmas online?
—Sí, te puedo enviar el enlace en un mensaje si quieres.
—Sí, por favor.
—Genial —se quedó en silencio y casi pude imaginarle con la cabeza gacha y los labios apretados mientras hacía tamborilear sus largos dedos sobre la mesa. La idea me hizo sonreír un poco más—. Y… ¿qué tal todo? —me preguntó al fin.
—Pues bien. Ha sido un principio de año algo duro, pero las cosas ya están mejor. ¿Qué tal tú?
—Bien, como siempre, supongo. Volví a la ciudad después de fin de año y no he salido del hospital desde entonces.
—¿No se supone que es peligroso que un cirujano trabaje tanto? —le pregunté antes de mutear el micrófono del móvil para pedir los dos cafés al hombre del carrito.
—Tengo un catre en la sala de descanso. Podemos dormir y recuperar energías mientras no se nos necesita en planta, también hay una pequeña cocina compartida.
—Así que sigues viviendo en tu piso de estudiante —concluí.
Él se rio otra vez y yo me puse el móvil al hombro para apretar la cabeza y tener las manos libres para pagar y recoger los cafés. Estaban muy calientes, pero yo tenía las manos heladas del frío y fue agradable.
—Sí, parecido —reconoció cuando su risa se apagó. Sonó una voz lejana y metálica tras él y se detuvo para decir rápidamente—: Tengo que irme, Leonard. Perdona.
—No, no te preocupes. Gracias por avisarme —respondí rápidamente, para no tener que entretenerle más.
—De nada, Leonard. Ha sido un placer —y colgó.
Hice un par de malabarismos para sostener un café contra mi cuerpo mientras volvía a meter el móvil en el bolsillo. Me había parecido un detalle que Edward se hubiera acordado de mí y me hubiera avisado de la

recogida de firmas.
Volví al salón de belleza y me alegré de que el señor Black todavía no hubiera salido. La recepcionista me dedicó una mirada rápida y condescendiente antes de decirme que ya casi habían terminado con él. Asentí y me senté a esperar. Apenas un minuto después apareció por el elegante pasillo, recién peinado y con la barba recortada. Tan guapo que dolía verle.
—Vámonos —ordenó tras echarme una mirada rápida de arriba abajo.
Siempre estaba impaciente tras el salón y siempre por el mismo motivo. Cuando entramos en el coche tuve que detenerle un momento para dejar los cafés calientes a un lado antes de que se precipitara sobre mí con esos ojos enloquecidos y ansiosos del azul del mar.
—Joder… —jadeó, separando la cara de mi culo después de correrse. No la había apartado de allí desde que me había bajado los pantalones.
Se recostó en el asiento mientras yo me tomaba un momento para aclararme la garganta y terminar de tragar una corrida especialmente abundante. Cogí mi café y le di un par de sorbos para ayudarme. James extendió las manos sobre el respaldo, sin molestarse en guardarse la polla ni en abrocharse la bragueta, porque sabía que yo lo haría después de limpiarme las manos.
—¿Tenías ganas? —pregunté, abriendo el cajón secreto para coger los pañuelos húmedos y limpiar mi propio semen de la mano.
—Estás muy guapo cuando sales del salón —respondió con tranquilidad.
—Tú también —reconocí, avanzando hacia James para limpiarle la entrepierna y guardarlo todo en su sitio.
Fui a limpiarle también la boca empapada, pero me pidió un beso antes con ese gesto de morritos que siempre me hacía sonreír como un completo imbécil. Le besé con un poco de lengua, sin importarme la baba y el sabor de mi trasero en su boca. Debía reconocer que esas cosas… sucias, por decirlo de alguna forma, me gustaban. Y a James le gustaban más que a mí.
De todos modos, me aseguré de que quedáramos bien limpios y de beber el café antes de visitar al sastre. El señor Caruso iba a estar muy cerca de mí y no quería que ninguno de los dos se sintiera incómodo; aunque estaba completamente seguro de que ese hombre ni se inmutaría. Podría haber llegado con la cara cubierta de semen y completamente desnudo y él seguiría con sus ojos caídos y de mirada indiferente, nos saludaría con su fuerte acento y nos llevaría con un gesto hacia el probador.
Tardamos casi una hora en que el señor Caruso me entallara los nuevos trajes que el señor Black había comprado para mí, y después otros cuarenta minutos que en entallara los que se había comprado para él. Al terminar nos envolvió los que ya había arreglado y el señor Black le pagó con tarjeta y en el momento. Normalmente tenía una cuenta abierta en todos los locales que visitaba tan a menudo, pero quizá el señor Caruso no era de los que dejaban cuentas pendientes a nadie.

Al llegar a casa pudimos disfrutar de un poco de tranquilidad en la cena antes de pasarme otra hora quieto, esta vez frente al espejo del vestidor, mientras James nos miraba a ambos de la forma en la que siempre lo hacía. Él había elegido un traje borgoña, bastante bonito, pero diferente a los colores serios que le solían gustar. Para mí eligió uno de los nuevos trajes de color azul marino apagado con chaleco incluido. Se puso a mi lado y rodeó mis hombros con el brazo. A veces no tenía claro si quería revisar nuestra imagen o si se estaba recreando en vernos juntos frente al espejo. Sin duda, sería la clase de cosa ególatra y narcisista que el señor Black haría.

Cuando se dio por satisfecho se volvió y eligió un reloj para él y otro para mí.

—Tienes suerte de que no tengamos tiempo para que te folle, Leonard —me dijo mientras se ataba la correa a la muñeca.

Solté un murmullo bajo. Él siempre terminaba empalmado en el vestidor y no hubiera sido la primera vez que hubiéramos follado en traje de noche contra el cristal. Tenía cierto factor sórdido y un poco violento poder ver a James follándome por detrás mientras nuestras miradas coincidían en el reflejo. Aunque no era tan violento como pensar en lo cortante que debía resultarles a las limpiadoras tener que limpiar las marcas de mis manos del espejo.

Salimos hacia el garaje desde el ascensor, saludamos a Lakov y nos sentamos uno frente al otro.

—¿Quiere que le lea el informe de publicidad sobre lo que sería aconsejable que dijera sobre la llegada de Lana a su vida? —le pregunté.

El señor Lee había recibido la noticia del «nuevo romance» del señor Black con cierto escepticismo, no porque tuviera bastante claro que yo me follaba a James, sino porque Lana no era la mujer que él hubiera elegido para ser «La Novia». Aun así, había tenido que tragar con la decisión y adaptarla a sus planes.

—No —respondió, mirando hacia el cristal ahumado de forma distraída.

Asentí y dejé el móvil a un lado antes de cruzar las piernas. Lana vivía un poco en las afueras y el viaje de un viernes noche en la ciudad nevada iba a ser tedioso y largo, así que traté de sacar un poco de conversación. El señor Black trataba de responderme, pero estaba claro que cada vez se sentía más frustrado e impaciente. Quería que aquella noche terminara lo antes posible y ni siquiera había comenzado.

Preferí quedarme en silencio, porque sabía que insistir en charlas solo iba a terminar con un monólogo de mi parte al que el señor Black no prestaría atención. Cuando al fin alcanzamos la dirección que Lana nos había proporcionado, la encontramos en mitad de la calle, con un vestido bastante recatado, de falda larga y color rosa pálido. Si ella dijera que era el mismo vestido que había llevado a la promoción del instituto, me lo hubiera creído.

Miré al señor Black por el borde de los ojos, sabiendo que aquello no iba a

gustarle nada; pero, para mi sorpresa, pareció totalmente indiferente. Salí del coche y sonreí de forma educada.

—Lana, entra, por favor —le pedí, haciéndome a un lado mientras sostenía la puerta para ella—. Debes estar helándote ahí fuera.

Lana se quedó un momento paralizada, movió una temblorosa mirada por mi cuerpo y empezó a sonrojarse incluso antes de que hubiera podido ver al señor Black. Entonces dio un paso lento hacia mí, seguido de un par más rápidos, como si acabara de darse cuenta de que estábamos esperando allí por ella.

Llevaba unos tacones bajos del mismo color que el vestido, y si ya le costaba andar con zapato plano, aquel añadido debía suponer todo un reto para su equilibrio. Tuve que cogerla del brazo para que no se precipitara contra el suelo al pasar de la acera a la carretera. Ella se puso más colorada y jadeó un agradecimiento y una disculpa casi a la vez. Sonreí y negué con la cabeza para restarle importancia, asegurándome de que consiguiera entrar en el coche de forma segura y sin más incidentes.

La seguí adentro y cerré al fin la puerta. Lana se había quedado a un lado de mi asiento, con las manos en el regazo mientras jugaba con los dedos, completamente fascinada por la imagen de un James en traje borgoña, camisa un poco desabotonada y sonrisa perfecta.

—Hola, Lana —la saludó con una voz como el terciopelo.

—Ho… la, señor Black —tartamudeó ella tras un momento—. Gra… gracias por venir a buscarme.

Él se rio un poco.

—Ha sido un placer —mintió descaradamente.

Lakov arrancó y yo me crucé de piernas y giré el rostro hacia la ventanilla, en un intento de ofrecerles la mayor intimidad posible en aquel espacio tan reducido.

—Van… muy elegantes —continuó ella tras un breve silencio—. Y yo… —se detuvo.

Ella iba hecha un puto cuadro. No quería ser cruel, pero ponerse un poco de rímel y un *gloss* no la hubiera matado. Lana era una chica atractiva, con una abundante melena negra que se merecía algo mejor que un apurado recogido y un cuerpo al que ese vestido de niña pequeña no le hacía favor alguno.

—Estás preciosa, Lana —volvió a mentir James. Esta vez hasta pude percibir como le había costado arrancar esas palabras de sus labios.

—Era el único vestido elegante que tenía —dijo, como si fuera una disculpa.

Había tenido toda una puta semana para comprar algo mejor que eso.

Entonces fruncí el ceño y bajé un momento la mirada del paisaje nevado de la ciudad tras la ventanilla. ¿Qué me estaba pasando?, ¿por qué me estaba poniendo tan intransigente e irascible con aquello?

—Nosotros también nos hemos puesto trajes de último momento, no te preocupes —otra increíble mentira acompañada de una deslumbrante

sonrisa.
Miré al señor Black por el borde de los ojos y aproveché que Lana no podía verme para poner una ligera sonrisa en los labios. James me miró un momento y las comisuras de sus labios se elevaron un poco más antes de volver la mirada a Lana. No se sentaba como él se sentaba siempre, por supuesto, porque la postura de rey del mundo y follador absoluto hubiera intimidado enormemente a Lana; así que, una vez más, había imitado mi postura relajada contra el respaldo y brazos cruzados sobre el pecho.
—¿Te gusta el arte, Lana? —le preguntó.
—No sé mucho de arte, la verdad —reconoció ella en voz baja sin dejar de jugar con los dedos sobre el regazo.
—Yo tampoco —se encogió de hombros—, pero me encanta poder participar en el movimiento artístico y cultural de la ciudad.
Eso era cierto, a James le encantaba comprar cuadros para especular con ellos.
—Oh, ¿en serio? —Lana sonrió por primera vez, algo tímido y tembloroso en sus labios llenos—. Eso es maravilloso, señor Black.
—Leonard me aconseja muchas veces, él sí que entiende un poco de arte.
Miré al señor Black con el ceño fruncido y una pregunta en los ojos, pero él seguía sonriendo como el Soltero de Oro. Lana giró el rostro hacia mí y sonrió un poco más. Yo le devolví la sonrisa, pero no quería interponerme entre ellos y traté de volver a mirar por la ventana fingiendo que les ignoraba.
—Si no entiendes algo, puedes preguntarle, seguro que le encantará responderte —insistió James—. Leonard sabe de todo.
Esta vez mi mirada por el borde de los ojos fue bastante más cortante y seria. Entonces lo entendí: quería que yo le sacara conversación a Lana, porque él no quería hacerlo.
—No, no quiero molestar al señor O'Brien —murmuró ella.
El señor Black se quedó mirándome, pero en el profundo azul de sus ojos no estaba el Soltero de Oro. Cogí una discreta bocanada de aire y me volví hacia Lana.
—En absoluto —le dije—. Que me molesten es mi trabajo.
Ella consiguió soltar un jadeo que, supuse, sería una risa ahogada. Así empezaron los cuarenta minutos de viaje más frustrantes del año: yo trataba de ser agradable y buscar un tema de conversación neutro, pero Lana insistía en retroceder y quedarse callada cada vez que hablaba demasiado, como si temiera aburrirnos por decir más de cinco palabras seguidas. Cuando llegamos a la gala salí del coche y me tomé un momento para respirar el aire frío de la noche y calmarme. Lana era un cielo de persona y sabía que no era no era su intención enfadarme, pero, si quisiera hablar con una pared, no la necesitaba a ella.
Me aparté de la alfombra roja y me fui a un lado discreto, alejado de los fotógrafos que empezaron a gritar en el instante en el que vieron al señor Black, mucho menos de lo que gritaron cuando miraron a Lana junto a él.

Los flashes les cubrieron por completo, rápidos y cegadores como relámpagos. A ella le costó un poco mantener la mirada alta y decidir hacia dónde mirar. El señor Black sonreía y trataba de guiarla en aquella marea de preguntas, fotografías y gritos.

Yo les aguardé a la entrada de la galería, en un lugar discreto y fuera del alcance de las cámaras. Le di nuestros nombres a la mujer que tenía la lista y ella asintió sin llegar a mirarme a la cara, confirmando nuestra llegada.

El señor Black se tomó un poco más de tiempo del que solía tomarse respondiendo preguntas y sacándose fotos, sabía que al día siguiente aquello saldría en todas las portadas de la prensa amarilla habidas y por haber.

Cuando se acercaron lo suficiente en el último tramo de la alfombra roja, pude escuchar la línea general de las respuestas que les daba a los periodistas. Era vago, nada concreto, sin negar ni afirmar nada. Insistía en evadir las preguntas más directas con excusas preparadas y recalcando que aquella noche solo estaban allí para «apreciar el vibrante movimiento artístico de la ciudad». Al terminar el señor Black casi tuvo que arrastrar a una Lana completamente en shock. Lo hizo colocando un par de dedos bajo su codo, que desaparecieron al momento en el que estuvieron al fin a mi lado.

—¿Entramos? —pregunté con una sonrisa.

El señor Black señaló la elegante y moderna puerta de la galería Montierre y esperó a que ella se decidiera a dar unos pasos vacilantes, entonces se inclinó sobre mí.

—Más vale que haya merecido la pena —susurró con enfado—. Dile a Lee que te informe de cada puto reportaje que hagan.

Asentí sin perder la sonrisa, porque algunos de los fotógrafos y reporteros seguían mirando, y seguí al señor Black al interior. Agradecí el cambio de temperatura, pero no la multitud que ya había dentro.

—Iré a por unas copas —me ofrecí.

—Ya vendrá algún camarero con ellas —respondió James. Lo que significaba que no quería que me alejara demasiado—. Debería haberte dicho que había muchos reporteros —le dijo a una Lana todavía demasiado afectada por lo que acababa de vivir.

—No… es que… —farfulló, pero no consiguió terminar la frase, solo agachó la cabeza y clavó la mirada en el suelo.

—Veamos los cuadros —dijo James, pero su voz estaba perdiendo ya su tono aterciopelado, como si ya estuviera alcanzando el límite de su paciencia.

Saqué le móvil y empecé a revisar los mensajes que podrían llegar del departamento de publicidad, sabía que era temprano y que todavía deberíamos esperar a medianoche para recibir partes de los reportajes que redactarías. Aun así, le mandé un mensaje informándole de la apoteósica llegada del señor Black y Lana. También encontré un mensaje en el número personal de James.

«Siento haber tardado tanto. Ha habido un accidente de tráfico y no he podido salir de quirófano hasta ahora. Edward», ponía sobre un enlace web. Alcé las cejas en una breve expresión de asombro. No me había acordado de aquello en absoluto y me sentí un poco culpable.
«No te preocupes. Espero que todo haya salido bien. Gracias por el enlace. Leonard», respondí.
—¿Tú que crees, Leonard? —me preguntó la voz del señor Black a un lado.
Alcé la mirada al cuadro pintado a brocha gorda y con colores fuertes.
—No —respondí de inmediato.
—A mí… me parece bonito —farfulló Lana por lo bajo, todavía jugando nerviosa con los dedos. Cada vez estaba más seguro de que al final de la noche los tendría en carne viva de tanto rozarlos—. Es como un extraño amanecer.
Miré el cuadro en silencio. Había que echarle muchísima imaginación si podías confundir tres colores revueltos con un amanecer. El señor Black se rio, por supuesto, celebrando la idea y dándole la razón. El móvil vibró entre mis manos y bajé la cabeza. Creí que sería el señor Lee con alguna respuesta airada, pero me equivoqué.
«Sí. Hemos podido salvar a todos. Por desgracia, temo que uno de los conductores no pueda volver a andar de nuevo». Todavía estaba releyendo el mensaje para decidir qué responder a algo así cuando recibí otro. «Lo siento, ha sido un poco crudo haberlo dicho así. No quería incomodarte. Estoy un poco cansado y no pienso con claridad».
«No te preocupes, Edward. Me alegro que todos estén vivos. Disfruta de tu merecido descanso en el catre de estudiante». Me pareció adecuando y me di por satisfecho mientras seguía al señor Black y Lana al siguiente cuadro. El móvil vibró y fruncí el ceño.
«(Risa) Estoy cenando en casa, esta noche dormiré en mi cama de adulto donde no tengo que encogerme para que me quepan los pies y la cabeza». Sonreí. Había tantas cosas en ese mensaje de las que poder hablar. ¿Quién cojones ponía «risa» entre paréntesis en vez de reírse sin más?
«Me acabo de dar cuenta de lo incómodo que debe resultar ser tan alto. (Risa) —no pude aguantarme—. ¿Has comprado algo de camino a casa?». Quizá no debiera alargar la conversación, pero después de un viaje tratando de hablar con Lana en el coche, Edward resultaba sumamente encantador y fácil de tratar.
Esperé un poco, pero como no recibí respuesta alcé la mirada al cuadro. Puede que Edward estuviera ocupado o que mi pregunta le hubiera parecido innecesaria y quisiera hacerme saber sutilmente que aquella charla le estaba empezando a molestar. No le conocía lo suficiente para estar seguro, pero sí me parecía la clase de hombre educado que prefería hacer aquello a dar una respuesta cortante. Entonces el móvil volvió a vibrar.
«No. Me gusta mucho cocinar, me relaja. Es algo que aprendí de mi madre

y no me importa tomarme mi tiempo para hacerlo. Y sí, es un poco incómodo, aunque no soy tan alto, tan solo mido 1'92 —*tan solo*, decía—. El problema es que soy grande y al comprar ropa siempre tengo muchos problemas. O no es lo suficiente larga o es demasiado ancha porque las tallas grandes suelen estar más orientadas a hombres con problemas de obesidad y no tanto a personas altas. Al final casi siempre llevo la misma ropa porque comprar nueva es una odisea para mí. ¿Tú has cenado ya?»

Ahora comprendía que hubiera tardado tanto en responder. Ese mensaje ocupaba más de la pantalla del móvil.

«Vaya fuerza de voluntad, Edward. Yo a veces llegaba a casa y me daba hasta pereza abrir un par de latas. Lo de la ropa… ¿has probado a preguntar dónde la compran los de la NBA? Es el único lugar en el que me imagino que se puede decir «tan solo 1'92» sin que la gente se sorprenda (Risa). Y sí, he cenado con el señor Black antes de venir a la inauguración de una nueva galería de arte en el centro».

Yo no tardé ni un minuto en escribir aquello, porque a esas alturas estaba tan acostumbrado al móvil que mis dedos prácticamente volaban sobre el pequeño teclado. Levanté la cabeza, dispuesto a esperar un buen rato a que Edward respondiera; sin embargo, el móvil vibró poco después.

«Perdona, Leonard. No sabía que estabas trabajando aún. Siento haberte molestado».

«No, no te preocupes. Solo estamos dando vueltas por aquí y fingiendo que entendemos el arte moderno, ya sabes, como hace todo el mundo», respondí.

«(Risa). De todas formas, es mejor que no te entretenga con tonterías. Espero que pases una buena noche».

«Gracias, Edward. Buenas noches».

Dejé al fin el móvil con una sensación de satisfacción por haber aquella inesperada y agradable charla y me concentré en retomar la conversación que mantenían Lana y el señor Black a mi lado. Ella trataba de explicarle con voz baja y tartamudeante por qué creía que unos círculos de colores sobre linóleo verde representaban sentimientos.

—¿Usted qué cree, señor O'Brien? —me preguntó al terminar, dedicándome una mirada breve y tímida.

—Creo que son flores —respondí.

—¿Flores? —ella miró con más atención el cuadro—. ¿Por qué?

—Porque el título del cuadro es «Flores».

Al señor Black se le escapó un jadeo de entre los labios y perdió su sonrisa de Soltero de Oro para mostrar un instante de su auténtica sonrisa, mucho más afilada y oscura.

—Oh… —dijo Lana antes de enrojecer tanto que podrías haberte quemado si le tocabas las mejillas.

No volvió a dar su opinión sobre ninguna de las obras expuestas, casi ni volvió a pronunciar palabra, algo que al señor Black no pareció importarle en absoluto. Nosotros sí hablamos un poco, bebimos una copa de cham-

pán junto a una Lana de mirada baja y voz susurrante, y, cuando llegó el momento, nos volvimos al coche. Ya no quedaba nadie en la alfombra roja y pudimos caminar tranquilamente por la nieve un poco sucia. Era tarde y hacía demasiado frío para quedarse allí esperando con la esperanza de sacar alguna foto más cuando, realmente, ya tenían todo lo que querían: al Soltero de Oro acompañado de una mujer guapa.

Lakov les abrió la puerta con un breve asentimiento y yo di la vuelta al coche para entrar por el otro lado. Empecé a recibir mensajes del departamento de publicidad a mitad de camino hacia la casa de Lana. No pude echarles más que un vistazo rápido mientras trataba de que la mujer dejara aquel estado de muerta en vida. Parecía decepcionada, triste y completamente avergonzada. Creo que se estaba tomando todo aquello demasiado en serio.

Cuando llegamos salí primero y dejé la puerta abierta para ella. Lana se despidió del señor Black con un elaborado agradecimiento que debía haber estado pensando durante mucho tiempo y se deslizó por el asiento hasta salir del coche; como no, perdió el equilibrio y tuve que volver a sostenerla para que no se cayera. Soltó una de sus rápidas ráfagas de disculpas ahogadas y agachó todavía más la cabeza.

—Gracias por haber venido, Lana —me despedí con una educada sonrisa.

Ella me miró con unos ojos llorosos y trató de decir algo, pero terminó agachando la cabeza y apurando el paso hacia la entrada del edificio de ladrillo en el que vivía. Me quedé un momento mirando cómo volvía a perder el equilibrio y daba un pequeño salto para no caerse. Había empezado a llorar antes de desaparecer por la puerta del edificio. Fruncí el ceño y me metí de nuevo en el coche antes de cerrar la puerta. El señor Black ya estaba con los brazos estirados y las piernas abiertas, más serio de lo normal y malhumorado.

—Empieza a preocuparme que Lana se tire por la ventana al llegar a su casa —le confesé.

—Tranquilo, ese vestido tiene tanto tul que la llevara flotando hasta el suelo.

Me reí, quizá demasiado, pero había sido exquisitamente cruel y yo no era tan buena persona como todos creían que era. James me miró con su expresión seria y movió un poco la cadera.

—Ven, Leonard —ordenó con una cada vez más evidente erección en los pantalones burdeos.

—Emh… —me detuve y miré a la ventanilla, ni siquiera habíamos salido de frente a la casa de Lana.

Terminé por encogerme de hombros y empezar a quitarme la chaqueta del traje.

—No —me detuvo el señor Black, agachando un poco la cabeza para poder mirarme por el borde superior de los ojos—. No te quites nada. Solo ven.

Dejé la americana en su sitio y apoyé una mano en la intersección entre las

ventanillas para ir hasta el señor Black y sentarme a horcajadas sobre él, como sabía que quería.
—Ahora bájate el pantalón para mí —murmuró con una voz densa y profunda, diferente pero similar a la voz aterciopelada del Soltero de Oro.
Era como si a la encantadora dulzura le hubiera añadido algo oscuro y peligroso, algo voraz y primitivo. Cogí aire y bajé las manos a la entrepierna para desabrocharme el botón de una bragueta que empezaba a estar tan tirante como la del señor Black. No apartamos la mirada el uno del otro mientras me bajaba los pantalones y el bóxer de marca a la vez, quedando con el culo al aire sobre él.
—Bésame —ordenó.
Y lo hice, profundo e intenso, gruñendo un poco antes de morder aquel labio inferior que me llenaba de necesidad y locura.
—Sácame la polla y métetela, Leonard —dijo, interrumpiendo su jadeo—. Hasta el fondo…
Sonreí, pero no era mi sonrisa amable, era otra muy diferente que solo ponía para el señor Black. Me mordí suavemente el labio inferior y me aparté un poco para abrirle la bragueta y liberar una polla gruesa y bombeante. Me escupí a la mano sin dejar de mirarle a los ojos y se la froté suavemente, de la cabeza a la base.
Eso le encantaba.
Entreabrió los labios en un jadeo más ronco y profundo, pero apretó los dientes y me miró con enfado. Aquella noche él era el Amo y no dejaría que yo llevara las riendas. Sonreí un poco más y acerqué mi rostro al suyo sin llegar a besarle, solo para disfrutar de la fiera batalla que se libraba tras el azul de sus ojos. El señor Black quería tener el control, pero su cuerpo no parecía de acuerdo. Su cadera se movía un poco a veces con pequeños espasmos cargados de necesidad mientras su polla se humedecía más y más, goteando desde una punta ligeramente más gruesa que el tronco.
—He dicho que te la metas, Leonard —gruñó con los dientes apretados.
—Sí, eso ha dicho, señor Black —respondí yo en voz baja y densa.
Me dio una bofetada, pero no me sorprendió en absoluto. Ese era el tipo de azotes que me gustaban ahora. El señor Black se enfadó todavía más, su pecho se hinchaba bajo su camisa blanca y su chaqueta burdeos, pero su polla bombeó una buena cantidad de líquido pre seminal de pura excitación. Yo me levanté para pasarla por debajo de mi culo y frotarla entre las nalgas suavemente mientras le rodeaba la cabeza con los brazos.
—Métetela… —susurró a mi rostro, y aquella era la última advertencia que me daría—. O te la meteré yo…
La paciencia del señor Black hacia mi «rebeldía», no tenía un límite fijo. Todo dependía de lo cachondo que estuviera, de su humor, del lugar, de lo que quisiera hacerme o lo que quería que yo le hiciera, e incluso de la ropa que llevábamos. Hoy no había aguantado mucho, pero la noche había sido larga y sabía que mi traje azul marino con chaleco le había gustado demasiado.

Le hice sufrir, pero solo un poco, mientras lentamente me iba metiendo su polla mientras jadeaba y gemía. El señor Black me miraba fijamente, tratando de no dejarse llevar y no mover las manos que apretaba con fuerza sobre el respaldo. Yo sonreí y le agarré de las solapas de su chaqueta burdeos, porque aquella lucha interior suya me divertía y porque aquel puñetero traje le quedaba demasiado bien.

Y entonces, por un instante, algo cambió en su mirada. No lo comprendí y para cuando quise darme cuenta, ya se había ido. Había sido algo intenso que se le había escapado de entre los dedos, un error, algo que no quería enseñarme y que simplemente no pudo evitar, algo similar a la profunda… ¿admiración?

No estuve seguro, pero por un momento llegué a creer que el señor Black me amaba con toda su alma.

La asistencia del señor Black y Lana a la inauguración de la galería había sido, como no podía ser de otra forma, un rotundo éxito. El sábado después del gimnasio, Lakov había comprado para el señor Black una copia de todas las revistas de prensa amarilla y yo se las leí en el coche de vuelta a casa.

—El «Cazado» de Oro —leí antes de pararme a reírme porque aquello me había hecho gracia. Era de los titulares más ingeniosos sobre el tema—. Para nuestra sorpresa, y la de todas las mujeres solteras, el empresario de éxito James Black, apodado por todos como el Soltero de Oro de la ciudad, apareció anoche en la inauguración de la galería de arte Montierre acompañado de una preciosa mujer. —no continué porque todos decían prácticamente lo mismo—. ¿Quiere ver las fotos, señor Black?

—¿Cómo salgo? —preguntó en la distancia, con su expresión seria y su postura de rey del mundo.

—Sale guapísimo, como siempre —respondí, echando un vistazo rápido a las fotos—. Ese traje le queda muy bien.

—Sí, ya me di cuenta ayer de lo mucho que te gustó, Leonard —sonrió con malicia.

Le eché una rápida mirada por el borde superior de los ojos, pero terminé sonriendo también. Dejé la revista a un lado y cogí la siguiente.

—¿Quién es ella? —leí, pero sin el dramatismo que quizá hiciera falta para que aquel titular no sonara tan estúpido—. Joven, guapa y tímida: así es la mujer que acompañó anoche a James Black, nuestro Soltero de Oro, a la inauguración de una galería de arte en el centro de la ciudad. Se describe a sí misma como «amable y sincera», dos aptitudes que sabemos que forman parte de los requisitos para llegar a ser algún día la señora Black.

—Bajé la revista y miré a James—. ¿En serio dijo eso?

—Dijo muchas gilipolleces —murmuró él—. Creo que los flashes de la cámara la aturdían o algo.

—Pobre —dije volviendo a bajar la cabeza para mirar algunas de las fotos—. Se la ve completamente aterrada.

En todas las fotos, desde todos los ángulos, se veía a una Lana sonrojada, de ojos grandes y abiertos y sonrisa forzada. Tener al lado a un dios entre los hombres como el señor Black no ayudaba demasiado.

—¿Te han sacado fotos a ti? —me preguntó.

—No, no he visto ninguna —respondí, pasando la página para ver los otros veinte párrafos que le habían dedicado a aquella «sorpresa del siglo»—. He estado atento por si acaso hoy recibía un mensaje de queja del señor Lee.

—Nosotros salimos muy bien en las fotos, Leonard —dijo el señor Black con un marcado matiz de enfado en la voz—. Que Lee se meta sus putas quejas por el culo.

—Sería una pérdida de tiempo si usted se hubiera molestado en llevarse a

Lana a la inauguración para que solo nos sacaran fotos a nosotros, ¿no cree, señor Black? —le dije con calma, dejando la revista a un lado para coger la siguiente en la pila.
Cuando llegamos a casa empecé con los reportajes online, un mundo completamente diferente a la prensa en papel; menos refinado y muchísimo más rápido.
—Han reconocido a Lana de sus fotos en las redes —le dije al señor Black mientras terminaba sus huevos revueltos con tostadas de pan de centeno y aguacate—. «De meme de internet a ser la envidia de las solteras de toda la ciudad: la historia de la chica latina y pobre que ha encontrado al príncipe azul…» —me detuve y puse cara de asco—. ¿Por qué asumen que es pobre?, ¿es porqué es latina?
—No, es porque han visto su vestido.
Solté una carcajada bastante ruidosa y golpeé la mesa de la cocina. Tardé casi un minuto entero en recuperar la respiración, me dolía un poco el estómago de reírme y solté una bocanada de aire para tratar de calmarme. Con los ojos todavía húmedos miré al señor Black y le dije:
—Te quiero muchísimo, James.
Él no apartó la mirada de mí y siguió masticando en silencio hasta que asintió y respondió:
—Lo sé.
No era lo que me hubiera gustado que me hubiera dicho, pero al menos me alegraba que ya lo tuviera claro. Éramos novios de verdad, pero él nunca me había dicho que me quería. Yo trataba de no darle importancia, porque me sentía muy querido y sabía que James me trataba de una forma muy especial; era tan solo que… a veces me gustaría oírlo en alto.
—Esta historia de la chica pobre y el príncipe multimillonario le va a encantar al señor Lee —le aseguré, prefiriendo cambiar rápido de tema y no prolongar ese silencio sin «te quiero».
Y no me equivocaba. El lunes a primera hora en la reunión con el departamento de publicidad el señor Lee estaba encantado, parecía incluso… feliz; lo cual era bastante perturbador. Mostró un par de imágenes de capturas de comentarios y nos puso al día sobre lo mucho que se habían incendiado las redes con el «romance de cuento de hadas del siglo XXI». Si hubieran conocido al verdadero James Black sabrían que el único cuento que iban a leer se iba a llamar «Blancanieves y los siete sumisos» o «La Dama y las orgías con la Bestia».
—Ha ganado muchos seguidores —anunció el señor Lee con un gráfico detallado—. La gente está deseando conocerla a ella y verlos crecer juntos, señor Black. Sugeriría centrarnos en esta línea y en proyectar esta relación en las redes, quizá con fotos que muestren el avance…
—¿Y el vídeo? —le interrumpió el señor Black con tono serio.
El señor Lee se detuvo y miró un momento a James tras la grosera interrupción, pero se repuso rápido y respondió:

—Por supuesto, el vídeo ha quedado ya olvidado tras las entrevistas y esta nueva y emocionante relación que tiene ahora. Mucho más atrayente para… —me dedicó una rápida mirada—, el público general.
Sorpresa, sorpresa…
El señor Lee había encontrado en la relación de Lana y el señor Black el momento cumbre de su carrera publicitaria. Tenía cientos de planes sobre cómo aprovechar aquello y sacarle el mayor jugo posible.
—Si sigue mis indicaciones, les convertiré en estrellas internacionales, señor Black —le aseguró al final de la reunión.
—¿Cómo afectará eso a las ventas? —quiso saber él.
—Toda buena imagen beneficia a la empresa —respondió—. Estoy seguro de que traerá inversores y compradores a…
—Habla con el departamento de Ventas y el departamento de Marketing —le interrumpió mientras se levantaba de la mesa—, quiero un informe detallado sobre las proyecciones que esta relación podría tener en el futuro de la empresa.
Se alejó hacia la puerta, donde yo ya le estaba esperando, y nos fuimos hacia su despacho sin esperar una respuesta por parte del señor Lee.
—Le dije que le iba a encantar —le recordé tras cerrar la puerta.
—A veces odio que tengas siempre razón, Leonard —murmuró por lo bajo, deshaciéndose un poco el nudo de la corbata.
Al día siguiente le llevé el informe que le había pedido a Ventas y Márketing, que habían dejado a primera hora sobre mi escritorio. Lo leyó mientras desayunábamos y lo tiró a un lado de la mesa con un resoplido. Cuando fui a alisarle la chaqueta del traje y recolocarle la corbata, todavía seguida con expresión enfadada. Me miraba y yo le dediqué una sonrisa tranquila. Me besó un poco más largo de lo que normalmente hacía en ese momento y me dijo:
—Las proyecciones son muy buenas, Leonard.
Yo no era imbécil y sabía lo que eso significaba.
—¿Y qué va a hacer?
—Lo que sea mejor para la empresa.
Miré aquellos ojos del azul del océano y entreabrí los labios; pero no pude decir nada, porque tenía miedo de lo que pudiera responderme. Así que asentí y fui hacia la puerta para abrirla.
El señor Black no había dicho nada a Lana al llegar por la mañana, pero lo hizo cuando terminó la jornada. Ella se sorprendió tanto que se quedó con los ojos y la boca abierta. Debía creer que tras aquella desastrosa «primera cita», el señor Black jamás volvería a hablarle de nuevo. Y no lo hubiera hecho de no ser por el informe sobre la mesa de su despacho que decía que ella le iba a hacer muy rico.
Cada día de aquella semana se paraba un par de minutos al entrar y otro par al irse, incluyendo aquello en la estricta rutina de nuestros días. El jueves la invitó tímidamente a cenar el día siguiente y ella tardó poco en aceptar.

—Busca un restaurante romántico con velas y esas gilipolleces —me ordenó cuando entramos en el coche y volvimos a tener intimidad, ya que el ascensor había estado repleto de gente—. Alguno que quede bien en las fotos.

Asentí y busqué algunos buenos restaurantes en el móvil. El señor Black se descalzó y puso los pies en mi regazo para que los masajeara. Sin apartar la mirada del móvil lo dejé a un lado y empecé a frotar los pies de James a la vez que leía algunas reseñas.

—Al parecer el restaurante del Hotel Palace es un lugar precioso cuando no celebran fiestas de Ano Nuevo —le dije, mirando las imágenes del espectacular salón con mesas de mantel blanco y velas.

—Llama y reserva sitio para mañana a la noche.

Solté un murmullo un poco indeciso. No parecía la clase de lugar que tuviera mesa de un día para otro, parecía un sitio con una larga, larguísima lista de espera de hombres deseosos de pedir matrimonio a sus novias del instituto. Llamé de todas formas, poniéndome el móvil al hombro para poder masajear mejor los pies de James.

La voz relamida y pausada del metre no tardó en comunicarme que, lo sentía mucho, pero no tenían una mesa libre en meses.

—Soy el ayudante de James Black, el Soltero de Oro de la ciudad —atajé directamente, ahorrándonos a ambos nuestro valioso tiempo—. Pensaba cenar allí con una mujer y sacar un par de fotos, si me consigue esa mesa, le aseguro que el restaurante aparecerá bien nombrado en todas ellas.

—Aquí vienen a cenar políticos y estrellas de cine cada mes —respondió—. Ya aparecemos «bien nombrados» en sus fotos.

Alcé las cejas y ladeé un poco el rostro.

—Muy bien. Gracias por su tiempo —y colgué.

—¿Qué pasó? —quiso saber el señor Black.

—Pasó que ese restaurante tiene los baños repletos de manchas de cocaína y semen —le dije, buscando otra opción más viable para una cena tan repentina.

—Entonces es la clase de sitios que nos gustan —respondió el señor Black.

Se me escapó la risa y le miré un momento con cariño. Mientras cenábamos tranquilamente conseguí una mesa en un bonito restaurante italiano del centro, con mesas de mantel de cuadros y velas en vasos. Le hice la misma oferta que al del Hotel Palace, pero esta vez funcionó.

—No es un lugar tan caro, pero tiene mucho encanto —le dije, mostrándole un par de imágenes a las que el señor Black solo les dedicó un vistazo rápido mientras comía.

—¿Ya han sacado alguna historia nueva de Asesinato en Hillhouse? —me preguntó entonces.

Moví el móvil hacia mí y lo comprobé.

—Sí. «La niñera». ¿Quiere jugar antes de dormir?

El señor Black terminó de beberse su botellín de agua y enroscó el tapón mientras decía:

—Nos daremos una ducha y jugaremos.
—Oh —sonreí—. Suena bien.
Evidentemente «darnos una ducha» significaba que habría sexo bajo el agua y después nos iríamos a la cama para que yo me tumbara en su pecho con la tablet mientras él me abrazaba por la espalda. No me había esperado aquel final del día entre semana y me hizo mucha ilusión. Así que aquella noche le abracé muy fuerte y le di un par de besos con una tonta sonrisa de felicidad en los labios antes de dormirme.
Ese viernes pasó algo parecido al fin de semana pasado: James y yo nos pasamos hora y media vistiéndonos y preparándonos para ir a recoger a una Lana que, al menos esta vez, se había molestado en comprar un vestido de cóctel lavanda con escote y encaje hasta el cuello y los brazos.
—Pero ¿qué le pasa con el tul? —pregunté, porque la falda hasta las rodillas era del mismo material que el de su primer vestido, aunque, por suerte, mucho menos excesivo y con mejor gusto.
Abrí la puerta y sonreí.
—Buenas noches, Lana —la saludé—. Debes estar muerta de frío.
Ella me miró y se sonrojó un poco.
—Buenas noches, señor O'Brien.
—Vamos, entra rápido —le pedí.
Lana tiritaba y tenía los brazos cruzados sobre el pecho porque estábamos a dos grados y ella no llevaba ni abrigo. Dio un par de pasos hacia mí y me preparé para recogerla en caso de que se cayera al suelo. Estuvo a punto casi al final, pero consiguió solucionarlo sola y entró en el coche. La seguí rápido y cerré la puerta. El Soltero de Oro ya estaba allí, como si se hubiera colado sin ser visto cuando me había dado la vuelta. Le preguntó a Lana con expresión preocupada si estaba bien y pidió a Lakov que subiera un poco la calefacción de la parte trasera.
—No, no pasa nada —dijo ella, más colorada, aunque ahora no podía estar seguro de si era por el frío o por el señor Black. Quizá por ambos—. En un minuto estaré bien.
Tras el desastre de la inauguración y aquella semana de charlas en la recepción, Lana había espabilado un poco y ya no se atragantaba al hablar. Tan solo seguía jugando con los dedos y recolocándose el pelo tras la oreja de vez en cuando. Esta vez fue más sencillo sacarle un poco de conversación; a mí era capaz de mirarme directamente a los ojos más tiempo que al señor Black, algo que no me sorprendió demasiado.
Alcanzamos el restaurante en mitad de una de mis bromas tontas de la que Lana se rio mucho y de la que el señor Black fingió reírse más. Abandonamos el coche hacia el restaurante y le di el nombre a la metre mientras Lana miraba de un lugar a otro, maravillada por lo bonito que era el lugar. La verdad es que era precioso. Decorado al estilo de la toscana, pared de ladrillo suave, madera oscura, iluminación íntima y velas en cada mesa con mantel de cuadros blancos y rojos. Olía a comida caliente y deliciosa mientras sonaba música ambiente de violín y piano.

La metre acompañó al señor Black y a Lana a su mesa y yo me quedé mirándolos un momento. Cogí el móvil para sacarles una foto, la primera de muchas que debería sacar, y esperé a que la metre volviera para llevarme a un rincón apartado con una sola silla y una mesa más pequeña. Me senté con un ligero sentimiento de tristeza y volví a mirar a Lana y el señor Black a lo lejos. Saqué otra foto y se las fui mandando al departamento de publicidad para recibir más indicaciones. Entonces esperé a que me trajeran la carta y pedí vino para beber. Cuando ya llevaba dos copas y un cuarto de plato de raviolis en salsa de queso, el señor Lee mandó un mensaje para decirme que las fotos no entraban dentro de la «estética» que el había marcado hasta el momento.

Él no había marcado una mierda, pero yo solo le enviaba selfis y se tenía que joder y colgarlas. Si por el señor Lee fuera, tendríamos un fotógrafo profesional todo el día pegado al culo para que sacara fotos elegantes y de nivel al señor Black. Cogí aire y me levanté de la mesa para acercarme a la pareja del momento y susurrarle a James:

—Quieren fotos echas por usted y que sean naturales y divertidas.

Le entregué el móvil y el asintió sin dejar de sonreír. Volví a mi mesa y seguí disfrutando de mi cena. A los cinco minutos apareció el señor Black a mi lado y me devolvió el móvil.

—Lleva hablando veinte minutos de sus dos gatos y quiero gritar —me susurró con una expresión seria y enfadada, aprovechando que estaba de espaldas a ella.

—Está nerviosa y no sabe de qué hablarle —respondí tranquilamente antes de limpiarme los labios con la servilleta—. Distráigala con preguntas sobre otras cosas.

—¿Como qué?

—Música, películas… ya sabe, eso que le dice a las cámaras —pensé en voz alta.

El señor Black asintió y recuperó la brillante sonrisa de camino a su mesa. Debió ir bien, porque cuando terminé el postre seguían hablando animadamente. El móvil vibró y vi un correo especial de, sorpresa, el Barón Enmascarado; invitando al señor Black a otra de sus deliciosas fiestas de máscaras. Lo dejé abierto en una pestaña del móvil para poder leérselo al señor Black cuando tuviéramos intimidad. Después recibí otro mensaje del señor Lee aprobando las fotos y allí terminó todo.

Después de otros diez minutos el señor Black y Lana al fin se levantaron y se acercaron. Les recibí de pie y con una sonrisa.

—¿Qué tal la cena? —les pregunté a ambos.

—Ricolosa —respondió el señor Black con una amplia sonrisa y Lana se rio mucho.

Mantuve el tipo, pero sentí una punzada en el pecho. No estaba seguro de por qué.

—Una pequeña broma —me explicó él.

Me reí un poco, pero sonó tan falso que me asustó. Yo no tenía una risa

practicada hasta la saciedad para momentos como aquel en que la necesitara. Fuimos a pagar y el señor Black ofreció su gabardina a Lana para que se cubriera y no pasara frío antes de dejar el local e ir hacia el coche. Ella se puso colorada y aceptó con un susurro la gabardina negra que le quedaba demasiado grande. Cuando llegamos al coche seguía con ella puesta.

Retomaron la conversación que habían dejado a medias sobre música. El señor Black, que de repente se había convertido en un fan de Hanna Owl, hablaba de su música repitiendo cada palabra que yo le había dicho. Hizo el chiste del disco malo y Lana se rio con una carcajada un poco cantarina y resonante. Parecía haber perdido ya la timidez y haberse relajado, hechizada por completo por la magia del Soltero de Oro.

Cuando al fin llegamos a su casa, abrí la puerta y esperé un minuto entero a que ella se dignara a salir después de una larga despedida y un agradecimiento. Me sonrió un poco y yo le sonreí de vuelta.

—Gracias, señor O'Brien.

—De nada. Pasa una buena noche, Lana.

Entré y cerré la puerta con el gran, grandísimo esfuerzo de no dar un portazo. Me crucé de piernas frente a un señor Black que ya había recuperado su expresión seria y su postura de follador de brazos extendidos y piernas abiertas. La transformación era casi espeluznante.

—Ha recibido una invitación del Barón Enmascarado para otra de sus… deliciosas veladas —le dije sin levantar la mirada del móvil—. Será el sábado de la semana que viene y la temática es «virginal pero macabro».

—Acepta la invitación —respondió—. Habrá disfraces, te gustará.

—Estoy deseándolo —murmuré sin ninguna gana mientras escribía el correo.

—Ahora ven aquí.

Terminé con el móvil y lo dejé a un lado antes de avanzar hacia el señor Black. Me senté a su lado y él me miró unos segundos antes de darse un par de golpes en el muslo.

—Sabes como me gusta, Leo —murmuró.

Me puse a horcajadas sobre él, pero aquella noche no estaba de humor para complacerle de la forma que quería. El señor Black me miró con sus ojos del azul del mar, tan diferentes y parecidos a los del Soltero de Oro. Apretó los labios en un gesto de morritos y parpadeé un momento antes de que se me escapara una sonrisa. Me incliné y le di un suave beso. Eso no le complació y quiso otro, y otro más largo después de ese.

Rodeé su cabeza con los brazos y le mordí un poco el labio inferior antes de darle uno de los profundos y con lengua que le hicieron gruñir de placer. Cuando volví a separarme tenía una suave sonrisa en el rostro y un duro y enorme bulto entre las piernas. Bajó una mano del respaldo para acariciarme desde la pierna hasta el dorsal bajo la chaqueta del traje.

—¿Qué estuviste haciendo en la cena? —me preguntó entonces.

Eso me sorprendió un poco y tardé un momento en responder:

—Trabajando y comiendo raviolis con queso.
—Yo cené espaguetis a la boloñesa.
—Lo sé —dije, alzando una mano a la comisura de sus labios para limpiar una pequeña mancha roja que le quedaba cerca de la barba perfecta—. ¿Estaba rico?
El señor Black se encogió de hombros.
—Los raviolis estaban bastante ricos —reconocí—. Era un restaurante genial —añadí, como si acabara de darme cuenta—, me aseguraré de que el señor Lee los nombre bastante en las redes.
Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro mientras el coche recorría la ciudad nevada. Acaricié su rostro suavemente y me di un momento para apreciar lo guapo que era el señor Black.
Era sorprendente que a veces se me pasara por alto y que, en el momento más imprevisto, lo recordara como si hubiera despertado de un sueño. Después me asaltaba otro pensamiento, uno más egoísta y oscuro, que me decía que aquel hombre tan atractivo, masculino y fuerte era solo para mí. Pero esta vez terminó con un «o quizá ya no».
—¿Todo bien, Leo? —me preguntó el señor Black, seguramente por la mueca de tristeza que había dejado traslucir en mi rostro.
—Sí —le mentí, obligándome a sonreír.
—Yo nunca te dejaré —me prometió con voz seria, como si hubiera podido leerme el pensamiento.
Sentí que el corazón me latía un poco más fuerte y mi sonrisa se extendió por los labios. Metí un dedo dentro de la abertura de su camisa y tiré un poco de la tela.
—Más te vale —bromeé—. Nadie te va a querer como yo te quiero.
El señor Black se quedó unos segundos en silencio, asintió lentamente y respondió con una seguridad que me erizó la piel:
—Lo sé.
Fue una declaración extraña y solemne, como si estuviera escrito en la piedra más dura y ni el tiempo pudiera borrar sus palabras. Me sentí un poco abrumado, perdí el aire, noté que me sonrojaba y me negué en rotundo a dejarme llevar por aquello.
—Sabes muchas cosas últimamente, James —alcé una ceja y cambié el tema y mi sonrisa a una más pícara—. ¿Sabes también lo que te voy a hacer ahora?
Él también sonrió antes de devolver la mano que tenía sobre mi cadera hacia el respaldo.
—Sí… lo sé —murmuró con voz densa y profunda.
Tras un fin de semana bastante agradable y tranquilo, volvimos el lunes después del gimnasio a la oficina. Lana nos recibió con los cafés y la bolsa con el desayuno en las manos. Sonrió tímidamente cuando salimos del ascensor, el señor Black se acercó con un brillante caballero de armadura dorada y le preguntó qué tal el fin de semana. Después de una cháchara insípida sobre la visita de una de sus tías a la ciudad, le preguntó de vuel-

ta:
—¿Y su fin de semana qué tal, señor Black?
—Lo normal —sonrió.
Follando con mi novio de verdad y trabajando. Lo normal.
—Bueno, es mejor que vaya a trabajar —se despidió, señalando el pasillo y haciendo un mohín de despistado, como si estuviera haciendo una travesura al quedarse allí.
Tras el desayuno, el café y un beso, fuimos a la primera reunión del día, la que sería la primera de todos los lunes del siguiente mes y medio. El señor Lee le mostró al señor Black la imagen que había colgado de ellos en el restaurante y después le mostró la idea generalizada de los comentarios: «La pareja perfecta».
Miré aquellas palabras en mitad de la imagen del expositor blanco y ladeé el rostro.
—Sería perfecto que este fin de semana lo repitieran en otro local igual de romántico —dijo el señor Lee.
El señor Black no dijo nada en la reunión, pero al llegar de vuelta al despacho se deshizo un poco el nudo de la corbata y se recostó contra el sillón antes de decirme:
—Busca otro puto sitio al que llevarla a cenar.
Asentí y le dije que tenía diez minutos antes de tener que salir hacia una reunión con algunos inversores extranjeros. Empecé a buscar en el móvil otro restaurante igual de elegante que el italiano, tras una larga búsqueda encontré el restaurante perfecto y solté un jadeo bastante sonoro en mitad de las escaleras del local donde tendríamos la reunión. El señor Black se detuvo y me miró, moviendo la mano en mi espalda con una pregunta silenciosa.
—Esto le va a encantar —le aseguré con una sonrisa.
Él se limitó a asentir y empujarme suavemente para que siguiéramos caminando. Pude sentarme a la mesa con el señor Bernard y el señor Debuois, porque, en aquella ocasión, yo sería el traductor de hacer falta uno. Sin embargo, ambos hombres hablaban un inglés muy fluido y no hizo falta mi ayuda. Me limité a quedarme sentado a un lado del señor Black y comer mi bistec mientras echaba rápidas miradas al móvil bajo la mesa. Cuando llegó el postre y habían terminado con los negocios, el señor Bernard y el señor Debuois se permitieron ser un poco más dicharacheros, llegando a compartir entre ellos algunos comentarios por lo bajo en francés.
—¿De qué cojones se estaban riendo, Leonard? —exigió saber el señor Black al llegar de vuelta al coche—. ¿De nosotros?
—No. El señor Bernard debió coger ladillas la última vez que visitó la ciudad y el señor Debuois se estaba riendo de él y diciéndole que nos preguntara algún buen sitio putas —le resumí sin mucho interés mientras respondía un mensaje—. El señor Bernard se negó porque evidentemente nosotros no necesitábamos pagar a mujeres para follar, al contrario que el

señor Debuois.
El señor Black se calmó entonces y miró por la ventanilla. Llamé al restaurante que había encontrado e insistí bastante para que nos dieran una mesa de dos para la pareja perfecta y una mesa de uno para mí.
—Lo siento, señor O'Brien, pero no tenemos mesa de uno, y solo nos quedaría una mesa libre, pero no donde usted quiere.
Entonces le dije que me quedaría con sola la mesa de dos, pero que si se aseguraba de que fuera frente a la pared acristalada con vistas al río y la ciudad, se lo «agradecería mucho». Yo ya era casi un experto en el sutil arte del soborno. Ella dudó, pero yo insistí un poco más y terminó por decirme que vería lo que podría hacer.
—A veces me siento como un mafioso —le dije al señor Black cuando colgué.
Él sonrió un poco.
—Nosotros conseguimos lo que queremos porque podemos, Leonard —respondió.
Alcé las cejas, pero dejé pasar el tema. Utilizar el dinero y la influencia del señor Black para conseguir cosas no era algo de lo que me sintiera orgulloso; simplemente era parte de mi trabajo.
Con todo arreglado, el señor Black invitó a Lana a la cena cuando volvimos a la oficina. Ella se sonrojó más de lo normal y aceptó con un cabeceo rápido mientras el resto de recepcionistas fingían no estar escuchándolos. Ya me había parado a pensar en lo que habría supuesto para ellas aquella nueva relación de Lana con el jefazo. Las cosas que dirían de ella a sus espaldas. Era divertido ver sus pequeñas expresiones de asco o de labios fruncidos mientras esperaba a que el Soltero de Oro terminara de deslumbrar a Lana.
Cuando llegó el viernes salimos directos desde una reunión fuera de la oficina hacia casa. El señor Black se tomó su tiempo para elegir nuestra ropa y mirarnos en el espejo, después decidió quedarse con su traje color camel con camisa blanca un poco abierta y otro gris perla para mí con chaleco. Se puso a mis espaldas para abotonarlo, rodeándome con los brazos.
—Esta noche ponte las gafas —ordenó con un susurro en mi oído mientras rozaba su entrepierna contra mi trasero.
Iba a asentir, pero entonces empezó a besarme el cuello y solté un jadeo de placer mientras me estremecía. Llegamos un poco tarde a recoger a Lana por mi culpa, bueno, no realmente, había sido culpa de James por empezar a besarme el cuello, pero había sido yo el que le había pedido que me follara contra la mesa del vestidor.
—Buenas noches, Lana —la saludé al salir del coche—, perdona por hacerte esperar. Nos surgió un asunto de última hora.
Ella me sonrió en respuesta, agitando la cabeza y su melena morena mientras negaba. Llevaba otro vestido de cóctel color azul bebé, esta vez sin tul, bajo un abrigo un poco usado. No tuve que echarle más que un rá-

pido vistazo para saber que se lo habían prestado todo, porque el vestido y el abrigo le quedaban algo grandes. Dio un par de pasos con unos tacones bajo de color negro y se resbaló. La agarré con cuidado y ella se disculpó.

—¡Qué patosa soy! —exclamó con un deje un poco infantil mientras se ponía colorada.

A veces aquella mujer me daba mucha pena.

Se sentó a un lado de mi asiento, como ya era costumbre, y saludó al recién llegado Soltero de Oro, quien hacía apenas cuarenta minutos me había escupido en la boca antes de darme una bofetada y decirme que yo era suyo.

—Qué guapa estás esta noche, Lana —le mintió en la cara.

Apreté los dientes y giré el rostro hacia un lado para no reírme. A veces el señor Black era un cabrón, y me horrorizaba lo mucho que eso me gustaba.

—Gra… gracias, señor Black —se sonrojó ella, agachando un poco la cabeza. Siempre se ponía más nerviosa cuando estaban fuera de la oficina.

A eso le siguió una conversación sobre, de nuevo, música. Lana se había escuchado la discografía completa de Hanna Owl al descubrir que era «la cantante favorita» del señor Black. Por supuesto, le había encantado.

—¿Cuál es su canción favorita? —le preguntó.

—No podría elegir —el señor Black esquivó la bala con una sonrisa—. Leonard, ¿cuál es tu canción favorita de Hanna Owl?

—*Hug me Tighter* —respondí al momento.

Lana me miró y perdió un poco la sonrisa.

—Esa es una canción muy triste —dijo en voz baja—. Lloré un poco cuando la oí.

—¿Cuál es la que más te gustó? —le pregunté yo con una sonrisa. Iba a decir *Fallin' in you*.

—*Fallin' in you*.

Me reí un poco. Era la canción más famosa, el primer single de su «disco malo», ese que escribió cuando estaba enamorada y era feliz.

Cuando llegamos al restaurante al otro lado del río seguían parloteando sobre lo mismo, estancados en una conversación que no hacía más que dar vueltas una y otra vez. Salí del coche y respiré el aire frío de la noche, soltando una bocanada de vaho pálido por la boca. Me había sentido un poco sofocado en la parte de atrás del coche y agradecí poder alejarme de ellos, aunque solo fuera un momento. Les acompañé hasta la entrada, donde la metre comprobó el nombre de James Black de la lista y les sonrió antes de llevarles a la mesa frente a la cristalera con preciosas vistas de la isla del centro de la ciudad y del puente de hierro.

Le di el móvil al señor Black para que se sacaran las fotos y esperé a que la mujer volviera a la entrada para darle el «gran agradecimiento» de quinientos dólares.

—Muchas gracias —sonreí.

—Gracias a ti —respondió, escondiendo el dinero en su bolsillo.
Me puse a un lado y aguardé, entre el calor del interior y el frío de la noche, mirando distraído lo precioso y elegante que era aquel local. Estaba repleto de parejas y un murmullo suave se extendía junto con la música de piano y el sonido de los cubiertos contra los platos. No había velas románticas, pero las vistas de las paredes acristaladas con la luminosa ciudad al fondo eran espectaculares.
El señor Black volvió del fondo, de su mesa de dos, y fue perdiendo su sonrisa por el camino entre las mesas hasta alcanzarme con su expresión seria de siempre.
—Ya he sacado las fotos —me dijo—, pide que pongan una silla en la mesa y cena con nosotros.
—No, el señor Lee dice que podría haber paparazis.
—¿Y dónde cojones vas a cenar? —preguntó con un leve enfado.
—Lakov y yo iremos a algún sitio a comer algo.
—No —se negó en rotundo.
—Señor Black…
—He dicho que no, Leonard —me interrumpió, empezando a apretar los puños.
—James —le dije, esta vez sin suave sonrisa ni tono complaciente—. Yo no puedo estar aquí y no voy a quedarme esperando afuera como un puto perro.
Él terminó por enfadarse, tensando la mandíbula y dedicándome una de sus miradas peligrosas. Me agarró sutilmente de la solapa de mi chaleco, pero apretó con fuerza antes de susurrarme al oído:
—La vuelta a casa no te va a gustar, Leo…
No aparté la mirada de sus ojos, pero me mordí la lengua. Todo lo que dijera a partir de entonces solo empeoraría las cosas. El señor Black me dedicó un par de segundos más de aquella mirada de ojos azules y peligrosos antes de darse la vuelta y alejarse. Moví los labios de forma extraña, como si tratara de contener una expresión de asco y enfado. Me di la vuelta y volví al coche.
—Cuando quieras, Lakov —le dije por el comunicador.
El coche arrancó y me quedé de piernas y brazos cruzados mientras nos alejábamos del restaurante. Era yo el que iba a cenar alguna mierda grasienta en un local de las afueras mientras el señor Black cenaba en un restaurante precioso con su puta novia falsa; pero, por supuesto, tenía que ser él el que se enfadara.
Me empecé a poner de muy mal humor, agitando la pierna que tenía en alto y pensando en alguna venganza, pero a mitad de camino me detuve. Tomé un par de buenas respiraciones y me dije a mí mismo que alimentar esos pensamientos era solo algo autodestructivo. Cogí el móvil y envíe al departamento de publicidad las fotos que el señor Black había sacado en la mesa. Evité mirarlas todo lo posible y después revisé el correo. Había un par de mensajes atrasados que no había podido atender por la tarde.

Uno de ellos resultaba ser una invitación para una gala en el ayuntamiento en dos semanas, una entrega de premios al servicio público de la ciudad.
No tuve ni que terminar de leerlo, bajé hasta el fondo y mandé una disculpa poco elaborada para no tener que ir. El señor Black no asistía a nada con la palabra «público», todos lo sabían. Aun así, miré la lista de premiados por mera curiosidad. Recordaba algunos nombres de la prensa, organizaciones de caridad, el equipo de bomberos que había rescatado a toda una familia de un edificio en llamas, el policía que había recibido un disparo defendiendo a una mujer de un atraco… Todos iban a recibir una medalla y un apretón de manos de un alcalde sonriente antes de sacarse una foto para la prensa. «Gracias por ser un héroe, toma tu chapa dorada y sonríe para la cámara».
Iba a cerrar el correo, pero otro nombre me llamó la atención: le iban a dar un premio al Weister's Hospital por su trabajo benéfico al cubrir los gastos de los pacientes con pocos recursos. Me quedé un momento mirando aquello y cerré el correo para abrir el listín de números y buscar donde ponía «Edward Fletcher».
«Hola, Edward, soy Leonard. He visto lo del premio que le va a dar el ayuntamiento al Weister's. Felicidades, hacéis un gran trabajo». Era un poco cursi, pero sentí la necesidad de agradecérselo en persona. Qué sé yo, quizá fueran remordimientos, quizá creía que aquellas personas que hacían de la ciudad un lugar mejor se merecían mucho más que una triste medalla.
El coche se detuvo y levanté la cabeza. Estábamos en mitad de lo que creía que debía ser una calle marginal y peligrosa. Los edificios eran viejos y la mayoría de negocios estaban cerrados, frente a mi ventana solo había un local con la verja medio echada y dos personas muy intimidantes fumando y charlando. Eran de una banda criminal, no hacía falta ser un genio para adivinarlo, solo tener ojos en la cara.
Lakov salió del coche y les saludó en un idioma que no reconocí. Ellos le reconocieron y sonrieron. Lakov dio un par de toques con el nudillo en mi ventana y yo salí.
—Hola —saludé con una sonrisa.
Los hombres me miraron un momento y preguntaron algo a Lakov, él les respondió y ellos se rieron; probablemente de mí, pero no es que me importara demasiado. Lakov entró al local y yo le seguí de cerca, confiando en que nadie me apuñalaría si me veían con él. Dentro había una especie de bar con mesas alargadas, repleto de gente igual de amenazadora, de trajes caros y gruesas cadenas al cuello.
—Puede comer en la barra, señor Obrian —me indicó Lakov tras darme un discreto golpe en el pecho con el reverso de la mano.
Asentí y fui a donde me dijo, subiéndome a un taburete viejo e intentando no tocar la barra de madera falsa y grasienta. Una mujer en camiseta corta y grandes senos se acercó a mí con expresión seria.

—¿Tú qué bebes? —me preguntó con el mismo acento que Lakov, pero mucho más pronunciado.
—Whisky —respondí con una sonrisa educada—. ¿Qué hay para comer?
Me dijo en su idioma que me fue imposible repetir, así que asentí y le dije:
—Cualquier cosa me vale.
Ella se dio la vuelta y yo me quedé un momento quieto y con la mirada perdida en un rincón alejado. El aire era un poco sofocante porque hacía calor y apestaba a tabaco y especias. Había varios grupos reunidos alrededor de las mesas, fumando y bebiendo, riéndose con sonoras carcajadas o simplemente recostados en sus sillas. Me crucé con la mirada de uno de ellos, un hombre grande con jersey apretado de cuello de cisne y una cadena plateada que colgaba hasta la mitad de su pecho. Bajé la cabeza y me concentré en mirar a la barra, porque quizá no era buena idea andar a husmear por allí, en un local que, evidentemente, pertenecía a una banda criminal del este.
La camarera volvió con un vaso y lo llenó de whisky sin mucho cuidado.
—Comida pronto —me dijo sin mirarme y se dio la vuelta.
—Gracias —dije yo de todas formas.
Tardó un poco más de diez minutos en volver con un plato con una mezcla de verduras y carne de cabra. Probé un poco y me esforcé por tragarlo. No es que estuviera malo, pero no me gustaba la comida tan especiada y de sabor tan intenso. Bebí un trago de whisky y puse una expresión de desagrado. Eso sí era malo. Así que me centré en comer lentamente algunas de las verduras más suaves mientras miraba el móvil bajo la barra para distraerme.
Llevaba media hora leyendo un reportaje sobre la vida de las tribus nómadas mongolas cuando la pantalla se oscureció con un aviso de llamada. El número era privado, pero era al teléfono personal del señor Black. Me aclaré la garganta y respondí:
—¿Sí?
—¿Dónde estás? —me preguntó una voz enfadada que reconocí al instante.
—En un local con Lakov —respondí—. ¿Todo bien, señor Black?
—No, Leonard. Nada bien.
—¿Otra conversación sobre gatos?
—Me has dejado solo y estoy muy enfadado contigo, Leonard… —respondió, sin dejarse distraer por mi pregunta. Casi podía verle con la mandíbula tensa y expresión furiosa mientras apretaba con fuerza el auricular.
—No está solo, señor Black —respondí con tranquilidad—, está en una cena con…
—Vuelve ahora mismo —me interrumpió con voz grave y de dientes apretados—. Ya te ha tenido que dar tiempo a cenar.
Miré mi plato apenas sin tocar y mi vaso apenas sin beber. Había tenido tiempo de sobra a cenar, pero no había querido hacerlo. Cogí una

bocanada de aire y ahogué con ella esa voz dentro de mí que me pedía que le mandara a la mierda.
—Bien. Volveremos enseguida, señor Black.
Y colgó, sin más. Aparté el móvil lentamente de la oreja y cerré los ojos. Cuando James se ponía así me costaba un poco recordar por qué le quería tanto.
Me levanté y fui hacia el grupo que acompañaba a Lakov.
—El señor Black quiere que volvamos —le dije cerca del oído antes las miradas de los presentes.
Él les dijo algo y yo me fui de vuelta a la barra para pagar. Lakov se levantó tras un intercambio de palabras que parecían quejas y una risa corta, al fin nos subimos de vuelta al coche y tomamos el camino de vuelta. Tras catorce minutos de reloj, aparcamos delante del restaurante. El señor Black y Lana ya estaban fuera, esperándonos. Pude ver la expresión un poco preocupada de ella mientras miraba al suelo. Él siguió el recorrido del coche hasta que se detuvo. No había rastro de enfado en su rostro, pero sus ojos eran el océano helado del ártico.
Avanzaron y yo tomé una bocanada de aire antes de salir con una sonrisa forzada.
—¿Qué tal la cena? —les pregunté, centrándome en Lana.
Ella alzó un poco la mirada y susurró:
—Estaba muy rica.
Asentí y se metió en el coche con cuidado, cuando levanté de nuevo la mirada me encontré con aquellos ojos fríos muy cerca. El señor Black no dijo nada, solo me miró en silencio hasta que se abrió su propia puerta y entró en el coche.
Nadie me hacía sentir lo que James me hacía sentir: ni tan feliz, ni tan triste.

Me senté en la parte trasera del coche, al lado de Lana, quien no sabía lo que pasaba y creía que el estado silencioso y menos sonriente del señor Black era por su culpa. Yo no tenía ganas de hablar, pero sabía que si no lo hacía solo sería peor cada segundo que pasara.

—¿Y qué cenasteis? —le pregunté a Lana, evitando mirar la sonrisa congelada en el rostro de James. Trataba de mantener el aspecto del Soltero de Oro, pero su silencio y postura rígida lo convertía en una imagen un poco macabra, como de asesino en serie.

—Yo cené lasaña —murmuró ella en tono bajo, dejando la mirada a media distancia entre el suelo y mi rostro.

—¿Te gusta la pasta?

—Mucho —reconoció.

—Oh, te habrá gustado más el primer restaurante, entonces —me obligué a sonreír.

—No, no —negó ella a prisa, al fin me miró a los ojos y añadió—: Todos los restaurantes son maravillosos.

Claro que lo eran, yo los elegía.

—A mí me gustó más el primero —reconocí—. Este era muy bonito, pero el italiano tenía un ambiente encantador, como de la toscana.

Sus ojos y sus labios se abrieron, aspiró aire y me dijo con un tono sorprendido:

—¿Has estado en Italia?

—No, nunca he estado; pero me encantaría visitarla.

—A mí también —sonrió tímidamente—. Una de mis películas favoritas es —*Vacaciones en Roma*, adiviné—, *Vacaciones en Roma…* —dijo tras una breve pausa, como si fuera algo que le avergonzara decir delante del señor Black.

Lana era increíblemente predecible.

—Eres del cine de los sesenta, entonces —no era una pregunta.

Una Lana más calmada y despreocupada comenzó a hablar entonces, alentada por mis breves preguntas, mis pequeñas bromas y mi sonrisa educada. Cuando alcanzamos la puerta de su casa se llevó las manos al rostro, avergonzada, y se disculpó por haber hablado tanto ella sola.

—Es muy fácil hablar con usted, señor O'Brien —me dijo, como si fuera un hecho que la fascinara.

—Gracias —respondí, saliendo del coche primero para dejarla pasar.

Ella trató de mirar al señor Black, que había estado en completo silencio todo el camino, sonriendo como una especie de figura de cera macabra.

—Gra… gracias por la cena, señor Black —se despidió, bajando al momento la cabeza y arrastrándose por el asiento para salir.

Le ofrecí la mano con educación y ella me lo agradeció con una sonrisa.

—Pasa buena noche, Lana —le dije.

—Igualmente, señor O'Brien.

Entonces cogí una bocanada de aire y me metí en el coche, cerré la puerta con cuidado y miré aquellos ojos helados que me miraban de vuelta ya sin sonreír. El señor Black había vuelto, y lo había hecho peor que nunca.
—Señor Black, por favor —le pedí con tranquilidad, porque sabía lo enfadado que estaba—. Sabe que yo no podría haberme quedado en esa cena con usted y…
—Cierra la puta boca —me interrumpió con un tono que me heló la sangre.
Cerré los labios y tragué saliva. Me puse algo nervioso porque el señor Black estaba muy raro, era como… al principio, cuando tenía sumisos y yo iba a todas partes con una agenda negra con fotos y nombres.
—Desnúdate.
Mantuve su mirada y sentí una angustia en el pecho, pero empecé a quitarme la chaqueta y a tratar de convencerme a mí mismo de que, si le daba aquello, todo volvería a la normalidad. Me desnudé por entero bajo su atenta mirada y después me quedé sentado frente a él, a la espera de que dijera algo. No lo hizo, no al menos en un par de minutos.
—Ponte de rodillas —ordenó.
Eso no me gustó.
—James, no…
—Ponte… de… rodillas… —repitió más lento y más grave que antes.
Apreté los dientes y se me aceleró la respiración. Noté los ojos húmedos y parpadeé un par de veces para tratar de librarme de las primeras lágrimas. Apreté los puños y me tragué mi orgullo para ponerme de rodillas en el suelo.
—Acércate.
Cerré los ojos y tomé otra bocanada mientras la angustia se abría paso en mi pecho de una forma incontrolada. Gateé hacia él, porque sabía que eso era lo que quería y me quedé cerca de sus piernas abiertas.
—Ahora, cómeme la polla hasta que me corra.
—No —me negué.
Él me miró en silencio con aquellos ojos que tanto odiaba ahora.
—Cómeme la polla ahora mismo, o no te perdonaré.
Me quedé sin aire y entreabrí los labios. Las lágrimas asaltaron mis ojos, pero apreté los dientes con fuerza y me aguanté.
—Eso es…
—¿Quieres que te perdone, Leonard? —me preguntó con aquella voz que me hacía estremecerme.
—James, para, por favor… —le rogué mientras ladeaba el rostro.
Me estaba empezando a poner muy muy nervioso, a sentir un vacío en el pecho y temblar ligeramente. Aquel no era el señor Black, no al que yo tanto quería.
—Cómeme la polla y puede que lo haga —repitió, ladeando el rostro también—. A no ser que no te importe…
Se me escapó un jadeo y tuve que tomarme un momento para llevarme

una mano temblorosa al rostro y frotarme los ojos. Él me conocía, sabía que yo terminaría comiéndole la polla solo para que me perdonara; pero yo no quería hacerlo. No quería. Eso no era algo divertido y para que ambos disfrutáramos, eso era algo egoísta para su propio deleite. Algo que le obligaría a hacer a un sumiso.

—James, por favor… —murmuré sin mirarle, y mi voz se quebró debido a las lágrimas.

Él se inclinó y me agarró del mentón para que le mirara a los ojos. Lo hice, aunque ya fuera tarde y tuviera el rostro empapado de lágrimas.

—¿A que no es agradable? —me preguntó entonces.

—¿Qué…?

—A mí tampoco me gusta que me lo hagas, Leonard.

Fruncí el ceño, con una mezcla de emociones que me costó reconocer.

—¿Qué? —repetí.

Pero él volvió a recostarse y apartó la cabeza hacia la ventanilla. Me quedé un momento mirándole con incredulidad y después volví a mi sitio. Me vestí lo más rápido posible y me froté el rostro para dejar de llorar. Crucé los brazos sobre el pecho y miré la ventanilla oscura.

El señor Black había estado a punto de obligarme a hacerle una mamada solo para demostrarme que se sentía dolido; porque le había dejado en un precioso restaurante mientras yo me iba a un tugurio de la mafia del este a quedarme sentado esperando.

¿Cómo me sentía? Aterrado.

Ni siquiera estaba enfadado o dolido, solo estaba totalmente horrorizado por la idea de que alguien a quien quería tanto fuera capaz de hacerme algo así. Era el señor Black, siempre lo sería, y yo conocía su lado más posesivo, intransigente y cruel. Le había perdonado mucho, le había pasado por alto mucho más, pero aquello me había dolido demasiado para fingir que no me importaba.

Ninguno habló de camino a casa, ni en el ascensor, cuando él puso una dubitativa mano en la parte baja de mi espalda que yo ignoré y que él no apartó hasta entrar en la habitación. Me fui a la ducha sin decir nada y volví desnudo a la cama. Él ya estaba allí, esperándome con las manos detrás de la cabeza y la mirada perdida en el techo. Me tumbé a un lado y apagué la luz.

Pensé que aquel sería un buen momento para hablar, pero no tenía ni fuerzas ni ganas para hacerlo. Todavía no estaba seguro de las palabras que quería decirle y las cosas que no podría perdonarle. Tras diez minutos de dudas, sentí que se inclinaba hacia mí, primero solo un gesto casual; hasta que se acercó más y más y me rodeó con el brazo. Quizá debería haberle apartado de mí, pero dudé. No le quería lejos, solo quería que supiera que me había hecho daño.

Empezó a besarme el cuello y entonces dije «no». Él se detuvo en seco y, tras unos segundos, se apartó del todo y se tumbó de espaldas a mí. Cerré los ojos. ¿Era estúpido que me sintiera culpable? Puede. Muchos creerían

que yo era un estúpido solo por querer a alguien como James. Aquellos pensamientos me acunaron durante un tiempo mientras perdía la conciencia y caía dormido.

Al despertarme sentí el cuerpo del señor Black cerca, no encima, como solía pasar, ni con sus brazos alrededor para encerrarme contra él, pero, sin duda, estaba muy cerca. Entreabrí los ojos y miré la leve claridad que iluminaba la puerta. Sabía que él estaba despierto porque respiraba de forma diferente cuando dormía. Sabía que probablemente encontraría sus ojos del azul del mar si giraba la cabeza, y sabía que no podría negarle el beso de buenos días si me ponía morritos. Así que me levanté sin mirarle y fui hacia vestidor para coger ropa limpia antes de cruzar el estrecho pasillo que lo separaba del baño.

Me tomé un tiempo de más frente al espejo, con las manos alrededor del lavabo y la cabeza gacha. Esto tenía que acabar. No me gustaba sentirme así, ni me gustaba no poder disfrutar de James como siempre lo hacía. Salí del baño pensando en lo que le diría, decidido a volver a la normalidad. Le encontré sentado en el borde de la cama, con la cabeza algo gacha, inclinado hacia delante con los codos sobre las rodillas.

Levantó la mirada y vi sus ojos serios bajo sus cejas.

—Iré a preparar el café —le dije, apartando la mirada hacia la puerta.

Era difícil hablar con alguien que sabías que nunca diría «lo siento».

Tardó un par de minutos en bajar a desayunar, completamente vestido y con su bolsa de deporte en la mano. Volví a dudar, pero dije:

—Buenos días, señor Black.

—Buenos días, Leonard —respondió tras un breve silencio.

Salimos hacia el gimnasio y él puso su mano en mi espalda desde el ascensor hasta el coche, y desde el coche hasta el vestuario. Como cada sábado, había mucha más gente, gente que no hacía deporte, gente que se acercaba al señor Black atraída por su rostro perfecto y su cuerpo de dios griego. Una mujer bastante guapa y bastante lanzada llegó a tocarle el brazo, sin sentirse coartada por el silencio del señor Black. Ella se rio y como él no hizo nada por evitar que le tocara, ni yo tampoco, subió su mano hasta el enorme bíceps y lo apretó un poco mientras se mordía el labio inferior y hacía un comentario ya muy poco sutil.

Noté la mirada del señor Black, su expresión seria que, de pronto, se tornó un poco preocupada. Apenas un decaimiento de sus cejas, un mínimo fruncimiento de sus labios, un miedo brillando tan solo un segundo en el gran azul de sus ojos.

—Estamos entrenando —interrumpí a la mujer, acercándome al fin—. ¿Te importa? —miré su mano, pero no quise apartarla de él. No sabía por qué. Quizá quisiera saber si él me seguía queriendo lo suficiente para no traicionarme.

—Oh, perdona… —se rio ella de nuevo—. Quizá podamos vernos en otro lado…

—Estamos entrenando —repitió el señor Black antes de girarse hacia el lu-

gar de las pesas.
Cuando al fin terminamos fuimos a las duchas. Notaba la mirada del señor Black de tanto en tanto, pero yo no quise responderle. Compartimos ducha, champú y toalla, como solíamos hacer, pero ahí terminó todo. Pedí el café y al volver a casa nos pasamos la mañana trabajando, solo intercambiando las frases necesarias para comunicarnos, solo sobre temas de la oficina.
Revisé los mensajes y los correos. Había uno de Edward, quizá agradeciéndome el mensaje que le había enviado la noche anterior. Pensé que quizá aquel no era el mejor momento, pero lo abrí igualmente.
«Muchas gracias, Leonard. Las ayudas sociales que ofrece el Weister's es una de las razones por las que elegí trabajar aquí. Me siento muy orgulloso de pertenecer al equipo. ¿Vais a acudir a la gala del ayuntamiento?».
«Pensaba que la razón de haber elegido el Weister's era por sus catres cómodos y su preciosa cocina de la sala de descanso. Era broma, sin duda debes de estar muy orgulloso, Edward. Y no, el señor Black ha recibido la invitación, pero dudo mucho que vaya. Ahora anda ocupado con otros asuntos». Le di a enviar antes de poder darme cuenta de que aquella última frase había sido un acto un poco repentino de pasivo-agresividad del que no me sentía nada orgulloso.
Hice chiscar la lengua por el descontento y quité la pestaña de los mensajes para abrir el correo. Al fondo de la pantalla había una foto de James y yo en el paseo nevado de Bluebelt. Pocas veces la veía porque normalmente siempre tenía docena de pestañas abiertas a la vez; quizá esa pequeña casualidad fuera una señal del cosmos o algo.
Empecé a pensar seriamente en plantearle una conversación al señor Black, en decirle cómo me sentía y que él decidiera si le importaban mis sentimientos o no. Aún estaba en ello cuando se oyó la llegada del repartidor con la comida.
—Iré a prepararlo todo —murmuré por lo bajo antes de levantarme.
Lo intenté en la comida, reuniendo fuerzas un par de veces para llamar la atención de un señor Black que no levantaba la mirada del plato mientras se metía bocado tras bocado en la boca. ¿Estaba enfadado? Probablemente. Siempre se enfadaba cuando yo me mostraba un poco distante con él.
Eso me hizo recular y volver a encerrarme un poco en mí mismo. No quería ser la persona que siempre regresara arrastrándose cuando se enfurruñaba por algo, porque para eso podía dejarme y volver con sus sumisos.
Seguimos trabajando hasta que el señor Black decidió que era suficiente, cerrando el portátil y quedándose con las manos de dedos cruzados sobre los labios. Miraba a un punto de la mesa, quizá al lugar que yo más había evitado mirar: hacia la foto que le había regalado en navidad y que había colocado allí al volver.
Me levanté y solté un breve murmullo para decir que me iba a duchar

antes de la fiesta del Barón. Ninguno de los dos había dicho nada al respecto y yo supuse que el señor Black no había cambiado de idea sobre la asistencia. Cuando salí del baño fui al vestidor y no vi cómo James se precipitaba a mis espaldas para cerrar de un portazo la puerta del baño. Me sorprendió, pero supuse que ya estaba llegando a un punto en el que le costaba controlar su enfado.

Cogí un par de respiraciones y me senté a esperarle con tan solo un bóxer puesto. No tenía ni idea de lo que se suponía que era «virginal pero macabro». Cuando el señor Black salió veinte minutos después fue directo al vestidor, sin detenerse a mirarme y me indicó rápidamente lo que tenía que ponerme: pantalón negro sin ropa interior y los tirantes con el código sexual.

Fui a por ambas cosas mientras él se ponía unos pantalones de color gris perla bastante apretados sin tampoco ropa interior y la corbata. Cuando terminó se vio en el espejo, solo él, antes de volverse para entregarme lo que me había hecho comprar aquella semana; una corona de príncipe un poco caricaturesca junto una espada de plástico y unas alas de ángel grises para colgar a la espalda como una mochila. A mí me dio la corona y la espada y él se quedó con las alas.

No sabía de qué cojones iba esa fiesta, pero ya no me gustaba.

Después nos pusimos los abrigos por encima y salimos hacia la fiesta. El señor Black puso una mano temblorosa en mi espalda, pero la retiró tras unos pocos segundos; entonces sentí un vacío y me pregunté si aquello sería el principio del final. No había sido «tanto», y yo no estaba «enfadado», pero cada minuto que pasaba todo era peor y más angustioso.

Nos metimos en el coche y miré por la ventanilla, con la corona y la espalda de plástico en las manos, respirando lentamente y creyendo, por primera vez desde que todo había comenzado, que quizá aquella noche el señor Black perdería la paciencia conmigo y se iría con alguien que le diera una de esas asquerosas tarjetas.

Ese pensamiento asaltó mi mente y me atenazó en corazón como un puño apretado. Si se iba a la parte de atrás con alguien, yo también me iría; pero fuera de aquel lugar y para no volver a verle jamás. Apreté los dientes.

Entonces comprendí que solo había una cosa que JAMÁS le perdonaría.

—Leonard —le oí llamarme cuando estuvimos a mitad de camino. Lo hizo en voz pausada y baja, sin apartar la mirada de su ventanilla—. ¿Vas a aceptar una tarjeta esta noche? —preguntó.

—No —dije con total sinceridad. Quizá él lo hiciera, pero yo no iba a follar con nadie por despecho—. ¿Tú? —quise preguntar, porque así me ahorraría tener que entrar en aquel lugar.

—No lo haré si tú no lo haces —respondió, respirando un poco más fuerte antes de añadir—: pero como lo hagas aceptaré todas las que me den.

—Bien —asentí, mirándole en silencio.

Él respondió a mi mirada con expresión seria mientras su pecho se alzaba

y descendía a un ritmo más rápido del normal, como si se hubiera puesto nervioso por algo. Quizá ese fuera un buen momento para hablar, pero él volvió a apartar la mirada y yo no dije nada.
Cuando llegamos a la misma nave de la primera vez, salimos del coche y cruzamos el patio vacío y sin iluminación hacia el único foco de luz sobre la puerta doble roja. Entramos, primero él y después yo, dejando atrás el frío para sumergirnos en una penumbra cálida y con un leve olor dulzón. Una mujer con una especie de uniforme negro de colegiala zorrón nos entregó los antifaces mientras un hombre en jockstrap, con camiseta transparente y alzacuellos de cura nos cogía los abrigos.
Ahora empezaba a entender un poco la temática.
Nos tomamos un momento a un lado de la entrada para ponernos los antifaces y para que el señor Black se pusiera las alas de ángel y yo la corona mientras enganchaba la estúpida espalda a mi cinturón. Terminé un poco antes que él, que estaba teniendo problemas para dejar las correas de las alas lisas y decidir si estaba a la altura correcta.
Con un leve suspiro me acerqué y le ayudé. No respondí a su mirada hasta que todo estuvo perfecto. Compartimos un breve silencio y el señor Black asintió, quizá a forma de agradecimiento.
Puso una mano en mi espalda y me acompañó al mismo lugar frente a la barra que la primera vez. Él se sentó de frente y apoyó los codos antes de cruzar los dedos sobre los labios. Un gesto tan suyo que me tranquilizó un poco. Me volví hacia él y le miré. Tenía la parte de arriba al desnudo, tan solo cubierto por su corbata gris con el símbolo de Amo y las estúpidas alas de ángel. Eso debía ser lo virginal, porque su pantalón apretado no dejaba nada a la imaginación y casi se podía diferenciar la forma de su polla y los huevos; lo que supuse que era lo macabro.
—James —le dije—, deberíamos hablar.
Él me miró, primero por el borde de los ojos, muy rápido, antes de volver a mirar al frente e incorporarse. Giró el rostro con el antifaz negro, pero solo lo suficiente para poder mirarme con cierta comodidad. Empezó a tomar grandes bocanadas de aire y esperó a que hablara.
—Siento haber estado distante —comencé, porque era cierto—, pero no me gusta que la persona a la que más quiero en el mundo me haga llorar para demostrarme que se siente dolido por algo que, al final de cuentas, no fue mi culpa. —Esperé un momento por si quería decir algo, pero solo continuó tomando grandes respiraciones, cada vez más lentas y suaves—. Ambos sabemos que te hubiera hecho esa mamada si no lo hubieras parado a tiempo —otro breve silencio, pero este para mí, para poder seguir hablando—. Y me aterra pensar que llegará un día en el que no lo pares a tiempo… ¿Lo entiendes?
Él no dijo nada. Se volvió hacia mí y me miró de frente con aquellos ojos todavía más azules gracias al antifaz.
—No me gusta que me dejes solo, Leo —murmuró en un tono más bajo del que solía usar—. Me… —se detuvo y apretó un momento los dientes,

como si tuviera que luchar consigo mismo para arrancar esas palabras de sus labios—, me pone muy nervioso.
—A mí no me gusta que me trates como a un sumiso, ni que intentes hacerme daño porque has tenido que quedarte cuarenta minutos solo en un restaurante de lujo. ¿Sabes dónde cene yo, James? En un puto bar de la mafia del este. La verdad es que ni siquiera cené —me corregí—, porque la comida era una mierda y el whisky sabía a alcohol medicinal.
Compartimos uno de nuestros silencios, pero duró poco, porque ya se estaba acercando una mujer con una especie de vestido de monja transparente sin nada debajo, nada, para entregarle a James el primer *Full* de la noche con una sonrisa traviesa e irse.
El señor Black apenas le dedicó una mirada seria y cogió las cartas de su mano como si le hiciera un favor.
—¿Quieres que te invite a un buen whisky? —me preguntó, tirando las cartas sobre la mesa.
—Estaría bien —reconocí.
El señor Black llamó la atención de la camarera, le entregó dos de las cartas e hizo el pedido. Después se giró hacia mí con solo un brazo apoyado en la barra.
—Hoy han pasado muchas cosas que no me han gustado, Leo —me dijo.
—A mí tampoco —asentí.
Eso pareció calmarle un poco. Lentamente, cada segundo que pasaba, el señor Black volvía a ser el hombre del que me había enamorado.
—Hablaré con Lakov. La próxima vez que se le ocurra llevarte a uno de esos putos antros, le despediré.
—No —negué, haciendo un movimiento con la mano para restarle importancia—. Era su tiempo libre y podía hacer lo que quería. Además, él también tiene que soportar muchas… cosas nuestras que a lo mejor no le gustan —fruncí el ceño y le dediqué una pequeña sonrisa a James para que entendiera a lo que me refería.
—Le pago muy bien para que las soporte —declaró el señor Black, sin echarse atrás—. La próxima vez que te lleve a un sitio así, le mandaré de vuelta a la puta calle.
Iba a decir algo, pero un hombre con diadema de orejas de conejo y pantalones cortos blancos con dos rayas negras verticales nos interrumpió. Me entregó dos cartas con cruces, una roja y otra amarilla. Mamar y follar.
—¿Cómo es el cuento de hadas del que has salido tú? —me preguntó con una sonrisa bastante desagradable y lasciva mientras me echaba un repaso de arriba abajo—. ¿Has pasado de rana a príncipe y si te beso yo te vas a convertir en una cerda?
Me quedé un momento sorprendido por el comentario. Era más ingenioso de lo que me hubiera esperado, así que supuse que debía llevar pensándolo un buen rato.
—Si me besas tú lo único que voy a hacer es vomitar —respondí, porque yo también era ingenioso, pero no necesitaba tanto tiempo.

El señor Black soltó una breve y grave risa, algo que me sorprendió incluso más que el comentario del hombre. El conejito salido nos miró con desprecio y se fue. Las copas de whisky ya nos estaban esperando sobre la barra cuando me giré para echar las tarjetas.

—¿Un brindis? —le propuse.

El señor Black cogió su vaso y lo acercó al mío para brindar antes de que ambos bebiéramos un buen trago.

—Me alegra que podamos hablar tranquilamente, James —le dije con total sinceridad—. Creía que te pondrías como una furia cuando te dijera algo sobre el tema.

—Yo no me enfado porque quieras hablar, Leo —respondió él—. Me enfado porque no quieras hacerlo.

Tuve que darme un momento para entender el significado que había querido darle a esa frase, cuando nos interrumpió una pareja. Una mujer y un hombre que iban disfrazados de algo similar a los *boys scouts*, pero en plan porno, ambos de gris y con una línea negra en el uniforme ajustado y abierto. Ella entregó un Full con círculos a James y él otro de cruces a mí.

—¿Vais juntos? —me preguntó la mujer.

—Sí —respondió el señor Black sin mucho interés, girándose ya hacia su vaso de whisky.

Ellos asintieron con una sonrisa y se fueron.

—Llevaban anillos de casados —le dije, más impactado de lo que supongo que debería estar.

El señor Black se encogió de hombros.

—Me he follado a muchos casados, en pareja y solos.

Alcé las cejas y esta vez fui yo el que bebió.

—¿Y qué tiene de macabro mi disfraz de príncipe? —le pregunté por curiosidad.

James puso una suave sonrisa.

—Lo macabro es conocerte y descubrir lo peligroso que eres, Leonard —respondió.

—No lo van a entender —le aseguré con una amplia sonrisa.

Una mujer vino a entregarle otras dos cartas al señor Black y yo aproveché para terminarme mi copa y pedir otras dos. Había sido un día largo y me apetecía beber un poco en él. Era algo que hacíamos, después de todo: beber y charlar.

—Oye, James —le dije de pronto—. ¿Qué música te gusta?

Él me miró un momento en silencio tras su antifaz negro.

—Hanna Owl.

Me reí un poco.

—No, en serio. Me he dado cuenta de que sé más cosas de los gustos del Soltero de Oro que tuyos.

Un hombre disfrazado de informático o algo así con gafas gruesas y blancas a juego con sus tirantes de un aspa militar nos interrumpió. Era atractivo y tenía un tupido bigote moreno. Sonrió con la seguridad de al-

guien que sabe que no le van a rechazar y me entregó una carta roja y otra amarilla con una cruz.
—Me gustan los retos —me dijo, refiriéndose a que él era un «activo dominante» y yo un «pasivo dominante» según las marcas de nuestra ropa.
—Qué bien —asentí, felicitándole por ese detalle que me importaba una mierda.
Me quedé mirándole a la espera de que se fuera, por si la mirada fulminante que le dedicaba James no era suficiente clara. Él perdió un poco la sonrisa al ver la situación y entonces recayó en las tres aspas militares de la corbata del señor Black.
—Veo que a ti también —me dijo, ya sin sonreír, antes de marcharse.
—¿Te gustan los retos, Leo? —me preguntó el señor Black mientras me miraba mientras bebía otro trago de whisky.
—Mucho —reconocí—. Cuando te esfuerzas por algo, resulta mucho más satisfactorio. ¿No crees?
El señor Black puso una suave sonrisa en sus labios perfectos.
—Sí, si lo creo —dijo con voz grave y aterciopelada, pero también oscura y peligrosa.
Me perdí un momento en aquel momento, ese instante en el que el señor Black estaba frente a mí con antifaz, sin camisa, tan solo una corbata ancha y gris con el símbolo de Amo y unas estúpidas alas de ángel a la espalda.
Aquel era James Black, tan atractivo como imperfecto.
—¿Entonces no me vas a decir qué música te gusta? —pregunté, apoyando el codo en la barra para dejar caer la cabeza sobre mi puño.
—Chopin —dijo tras un breve silencio.
Me quedé en silencio, inmerso en un profundo debate. Estaba bastante seguro de que era una broma, pero no quería reírme porque, si resultaba ser cierto, el señor Black se lo iba tomar muy mal. Así que terminé entrecerrando los ojos y negando lentamente con la cabeza.
—No te creo —le confesé.
—No escucho música, Leo —respondió, confirmando que había sido una broma—. Ya lo sabes.
Me reí un poco y me pasé la lengua por los labios mientras me giraba un poco para coger mi vaso. Un hombre se acercó para entregarme una tarjeta roja con una cruz y yo la cogí para tirarla junto al resto.
—¿Y qué películas te gustan? —le pregunté a continuación tras un trago.
Él se encogió un poco de hombros, agitando suavemente las alas a sus espaldas.
—¿De las que hemos visto? *Jurassic Park*. Creo que es una película que me hubiera encantado ver de niño.
Apreté una comisura de los labios al oír aquello. Ahora que conocía el tipo de infancia y el tipo de padres que el señor Black había tenido no podía reprimir un gesto de tristeza.
—¿Te gustaban los dinosaurios?

Tardó un poco, lo suficiente para que una mujer nos volviera a interrumpir para darle el segundo Full de la noche a James. Él lo cogió sin interés alguno y lo arrojó con el resto de cartas antes de levantar el vaso para brindar. Celebramos ese segundo Full con un trago y él pidió otras dos copas.

—Sí, me gustaban —reconoció al fin—. Sé que es estúpido.

—No es estúpido —le dije yo—. A mí también me gustaban mucho. Todavía tengo una colección de ellos en la casa de Irlanda. ¿Cuál era tu favorito?

El señor Black tardó otro pequeño momento. Quizá la conversación no le estaba gustando, quizá temiera que me fuera a reír de su respuesta.

—El *T-Rex* —sí, había tenido miedo de que me riera—. ¿El tuyo? —se apresuró a preguntarme.

—El velociraptor.

El señor Black soltó un resoplido de indignación y apartó la vista a un lado un momento.

—Cazaban en grupo y eran los más listos —me defendí.

—¿Y qué? El *T-Rex* era el más grande y no necesitaba a nadie porque era el mejor.

—Quizá tuviera un velociraptor ayudante —le dije, puede que el alcohol ya me estuviera haciendo efecto.

James me miró en silencio un momento antes de sonreír.

—Quizá —murmuró.

Un hombre nos interrumpió entonces, uno con sombrero de copa blanco con dos rayas verticales y pajarita a juego, creo que iba de mago, pero no estaba seguro. Me entregó mi segundo Full de la noche con una sonrisa y me dijo:

—Tú puedes ser el rey Arturo y yo tu Merlín. Sé hacer magia… —y guiñó un ojo con una mueca muy desagradable. Puede que estuviera un poco borracho.

—Yo también —respondí mostrándole las tres cartas—, voy a convertir esto en copas de whisky. ¿Quieres verlo?

El señor Black volvió a soltar esa breve carcajada grave que era casi como un jadeo. El hombre se fue insultándonos por lo bajo y con la cabeza muy alta.

—Me siento un poco cruel riéndome de ellos —reconocí tras un trago compartido. Ya era la tercera copa y empezaba a notar ese calor en el pecho y la lengua suelta.

—A mí me gusta mucho —dijo con una sonrisa cruel en los labios—. Pagan por las tarjetas —añadió, como si eso debiera hacerme sentir mejor—, solo se puede ir a la parte de atrás si enseñas una, por eso las copas son gratis a cambio.

—Ah… —eso no lo sabía—. Así que además de rechazarlos, les estoy haciendo perder dinero.

—Ellos son los que se acercan a pedirte que les chupes la polla y les pon-

gas el culo, Leonard —me recordó, y tras una breve pausa para terminarse la copa, dijo—: Pero eres mío.
—¿Y el Barón Enmascarado está de acuerdo con que vengamos a beber gratis y a no hacer nada?
—El Barón nos invita porque en la barra hay más de cuatrocientos dólares —respondió, señalando los dos montones de tarjetas que habíamos reunido—. Alguien tiene que pagar el alquiler de esta mierda de sitio.
Eso me hizo reír, aunque sabía que no era tan gracioso. El señor Black pidió otras dos copas. Dos mujeres de mediana edad disfrazadas de colegialas se acercaron y entregaron al señor una tarjeta roja con un círculo cada una.
Después se alejaron cuchicheando como si hubieran hecho la mayor de las locuras. En lo que tardó la camarera en traernos las copas aparecieron dos hombres, uno grande y peludo con un disfraz de lo que supuse que era un monje de convento, pero lo llevaba abierto y estaba desnudo, así que parecía más bien un exhibicionista; y el otro delgado y rasurado con un disfraz de niño de prescolar bastante perturbador. El gordo era pasivo con un aspa militar invertida y el delgado era activo con tres rayas.
—¿Vais juntos? —nos preguntó el hombre gordo con una sonrisa.
—Sí —murmuró el señor Black mirándoles con una expresión seria que hizo bacilar la sonrisa de sus labios.
Entonces nos entregaron un Full a cada uno.
—Podemos pasarlo muy bien… —nos aseguró el delgado, deteniéndose un poco en mi pectoral con pelo y tomándose un rato para mirar mi culo sobre el taburete—. Dime que también tienes pelo abajo, por favor —dijo en voz baja.
—Largaos —les ordenó el señor Black con un tono seco y frío.
Les sorprendió, pero no demasiado, porque quizá ya se esperaban que un hombre como James les rechazara.
—¿Qué significa ir juntos? —dije cuando se fueron.
—Que nos lo hacemos también entre nosotros.
—¿A la vez que a ellos? —bebí un trago y supe que estaba borracho por lo bien que entró el whisky.
—A la vez, por turnos… —se encogió de hombros antes de señalar con el dedo hacia el grupo de mesas que llenaban la sala roja—. Algunos solo están esperando a que entremos con alguien o nosotros solos para vernos follar, Leo.
Giré el rostro y distinguí algunas miradas alrededor, pero no me detuve demasiado, tampoco es que me importara.
—¿Y qué libro es tu favorito? —le pregunté.
El señor Black parpadeó y tardó un momento en responder:
—No lo sé.
—Sé que no lees, pero quizá de niño sí leías más.
—Solo podía leer enciclopedias, Leo. Ya has visto mi habitación.
—¿Y qué parte de la enciclopedia te gustaba más?

Tardó un momento, pero la duda se disipó rápido, quizás gracias al alcohol.
—La parte de geología me gustaba mucho, allí estaba la paleontología.
Asentí. Entonces el señor Black cogió una bocanada de aire y añadió:
—A veces hacía pequeñas excavaciones en el jardín de la casa de mis padres para ver si encontraba restos fósiles.
—No… —sonreí.
El señor Black abrió un poco más de lo normal los ojos, interpretando aquello como una risa y cambiando al instante el tono y la dirección de aquello.
—Era solo un puto crío pequeño, Leonard, me aburría y no sabía lo que…
—se detuvo cuando puse una mano en su brazo y le acaricié suavemente con el pulgar.
—Me parece muy divertido y original, James —murmuré con cariño—. A mí nunca se me ocurrió. ¿Encontraste algo alguna vez?
—No, Leo. ¿Qué coño iba a encontrar en el jardín de mi casa?
Perdí la sonrisa y bajé un momento la mirada.
—James… yo… —negué, agitando la corona sobre mi cabeza y volví a mirarle—. Una vez seguí un conejo blanco por todo el valle hasta el bosque porque pensé que me iba a llevar a la madriguera del País de las Maravillas —sonreí—. Todo el pueblo tuvo que salir a buscarme y me encontraron atascado en un tronco por el que había intentado entrar —empecé a reírme—. Y ya tenía diez años, James. Eso sí es una historia humillante.
El señor Black me escuchó con atención y empezó a sonreír al mismo tiempo que yo me reía. Bebió otro trago de su copa y la dejó en la barra, siguiendo el movimiento de su mano con la mirada.
—Una vez encontré un hueso —empezó por lo bajo, hasta que alzó sus ojos azules rodeados de antifaz negro hacia mí—. Me emocioné tanto que quise enseñárselo a mi padre, pero resultó ser solo los restos de un viejo perro que enterraron en el jardín. Todos se rieron en la cena. Esa fue la última vez que hice una excavación.
Joder…
—James, te quiero muchísimo, pero tu familia es lo puto peor.
Él tardó un momento, pero después asintió.
—¿Cuál es tu libro favorito, Leo? —me preguntó con una voz suave que me trajo un extraño recuerdo de luces y colores.
—Pues… —iba a decir, pero nos interrumpió una mujer vestida de monja, aunque con hábito de rejilla y tacones muy altos.
Le dio a James una carta roja y otra amarilla y mantuvo otras dos del mismo color cerca de los labios mientras me miraba.
—¿Vais juntos?
—Sí —respondió el señor Black.
—¿Te interesa probar algo diferente esta noche, príncipe? —me preguntó, mostrándome las cartas para que viera que quería que le hiciera un cunni-

lingus y me la follara, no sabía si antes, durante o después de James.
—Esta noche probaré lo mismo de siempre, gracias —respondí yo con una sonrisa.
La mujer puso una mueca decepcionada, pero no insistió y se fue.
—Pues me gusta mucho Dickens —continué—, también las hermanas Brontë; pero no soporto a Austen.
—Nunca he leído nada de ellos —reconoció antes de fruncir suavemente el ceño bajo el antifaz—. ¿Eso te importa?
—No, ¿por qué iba a importarme?
Como sabía que haría, se limitó a encogerse de hombros. Un hombre se acercó a nosotros, pero James le detuvo con un gesto de la mano.
—El príncipe es mío —le dijo con una mirada seria y rápida.
El hombre dio un par de pasos marcha atrás con expresión asustada y se dio la vuelta. Entonces cogió su vaso y señaló el mío con la cabeza.
—Bebe —ordenó.
Asentí y bebí un trago, pero como el señor Black se lo bebió entero yo terminé por hacer lo mismo, aunque sabía que esa cuarta copa me iba a pesar mañana.
—Vámonos. Estoy harto de que nos interrumpan.
Me levanté de mi taburete y sentí el peso del alcohol cayendo sobre mí de una forma un poco precipitada. No estaba borracho, no del todo, al menos, solo lo suficiente para sonreír todo el rato y no sentir el calor ni el frío a mi alrededor. El señor Black puso su mano en mi espalda y me acompañó hasta la salida, donde nos dieron nuestros abrigos cuando, al fin, encontré la señal en alguna parte de mis bolsillos.
Salimos a la noche y vi como nuestras respiraciones producían un vaho denso y pálido en la suave oscuridad. No nos detuvimos hasta alcanzar el coche en el aparcamiento y el señor Black abrió la puerta para mí. Entré un poco doblado y tuve que recuperarme para poder ir a mi sitio.
—No —me detuvo él, sentándose a mi lado antes de cerrar la puerta.
Me cogió entre los brazos y tiró de mí para que me acercara. Se quedó mirándome en silencio y yo creí que iba a besarme, pero en vez de eso me preguntó:
—¿Te has corrido hoy?
Parpadeé.
—¿Qué?
—Que si te has corrido hoy, Leo.
—No.
Él asintió y frunció de nuevo el ceño bajo el antifaz con una pequeña mueca de preocupación.
—Yo sí, me lo hice en la ducha, pero porque pensé que tú lo habías hecho —sonó como una disculpa—. Estaba enfadado.
—Ah…
—¿Por qué tardaste tanto en salir, entonces?

—Estaba pensando en lo que quería decirte para solucionar el… incidente de ayer.
—Joder, Leonard —murmuró con un enfado que no comprendí.
Metí la mano bajo su abrigo y le acaricié el pecho, algo que también me trajo un fugaz recuerdo de sabor a hamburguesa y patatas fritas. Empezaba a tener la sensación de que me olvidaba de algo importante.
—No pasa nada, James.
—Sí pasa —gruñó—. Yo no quiero que tú lo hagas, y yo no lo hago. Así es como lo hacemos nosotros. —Me miró fijamente y se le tensó la mandíbula—. Como descubra que lo haces sin mí, me enfadaré mucho, Leonard. Muchísimo.
—¿Para qué iba a hacerlo sin ti?
—¡Porque estabas enfadado, como yo!
Esperé a que tomara un par de respiraciones, como en los viejos tiempos, mientras seguía acariciándole el pecho con cariño.
—James —le dije—. La próxima vez, solo pregúntame, ¿vale?
—No es tan fácil —me dijo con un tono más calmado.
Sonreí un poco en una mezcla de tristeza y comprensión. A veces las palabras no salían y el orgullo era un poderoso enemigo de nosotros mismos.
El señor Black me miró de una forma intensa y extraña y acercó lentamente su rostro al mío para besarme por primera vez en todo el día.
No entendí cómo pude haberme pasado todo el día sin probar aquellos labios.

Nos besamos hasta llegar a casa y allí el señor Black me ordenó que nos desnudara a ambos. Iba a tirar la estúpida corona a un lado, pero él la cogió y la dejó en la mesilla de noche. Nos seguimos besando hasta que él me puso de cuatro patas para comerme el culo con detenimiento y mucha lengua. Cuando oí su gruñido de desesperación entre mis gemidos ahogados, se tumbó sobre mí, rodeó mis manos a los lados de la cabeza y entrelazó nuestros dedos mientras me metía la polla muy lentamente y jadeaba en mi oído.

Me besó la mejilla y el cuello con su barba empapada de saliva y yo me estremecí con placer. Cuando ya estuvo todo dentro, empezó a mover suavemente la cadera a un ritmo constante y arrollador que me dejaba sin respiración. El señor Black jadeaba y gruñía a mi oído, sepultándome bajo su cuerpo. «Dime que eres mío», «dime que te gusta que solo yo te folle», «dime que soy tu novio», y antes de correrse, «dime que me quieres, Leo».

Terminó con un gruñido de garganta fuerte y un último empujón para metérmela lo más dentro posible antes de quedarse quieto y dejar caer la cabeza a un lado de mi cuello. A mí me costaba respirar, sentía que estaba colorado y que estaba borracho: me sentía en el puto paraíso. Noté un beso húmedo en la comisura de los labios cuando el señor Black levantó la cabeza, solo para dejarla en el mismo lugar de antes y dormirse al poco rato. Yo cerré los ojos y, cuando lo volví a abrir ya había amanecido.

El señor Black seguía encima de mí, rodeándome y encerrándome bajo su cuerpo. Tuve que hacer un poco de fuerza para escapar y luchar contra un James adormilado que se negaba a separarse. Cuando lo conseguí fui hasta el baño y bebí un par de buenos tragos de agua directamente del grifo. Volví a la habitación y pulsé el botón de la persiana automática, que descendió con un murmullo apagado, cubriéndonos en una penumbra cálida y silenciosa. Me tumbé de nuevo y el señor Black me atrapó entre sus brazos, farfullando alguna queja con voz ronca y sin abrir los ojos.

—Solo fui a beber, tranquilo —murmuré mientras me dejaba arrastrar por él hacia sus brazos y me sepultaba un poco bajo su cuerpo.

Volví a despertarme yo primero, miré la hora en el despertador y vi que ya era casi la hora de comer. Solté un bufido y empecé a acariciar el pecho de James para despertarle. Él entreabrió un poco los ojos y me miró.

—¿Quieres bajar a comer? —le pregunté.

Se limitó a poner morritos. Yo le besé con una sonrisa y repetí la pregunta, al fin asintió. Bajé primero mientras él se duchaba y preparé todo. El señor Black apareció en la cocina con un bóxer negro que era mío y una camiseta corta ajustada. En momentos como aquel era cuando me sentía el hombre más afortunado del mundo por poder ver a aquel ser divino todas las veces que quisiera. Sonreí con satisfacción y él me miró con su expresión seria de siempre antes de sentarse frente a mí en la mesa.

—¿Qué? —me preguntó.

—Que te quiero mucho, James —le dije. Preferí no dejar un silencio a la espera de que dijera algo que yo sabía que no iba a decir, así que añadí—: ¿Tenías sueño?
—Ayer no dormí bien —murmuró por lo bajo, cogiendo su tenedor y mirando el plato de arroz, tortilla francesa y verdura como si fuera un desafío.
—Entonces ¿prefieres que nos quedemos en casa hoy? —pregunté masticar y tragar. Estaba rico, pero yo no tenía hambre y sentía el estómago algo revuelto.
—Sí —respondió.
Asentí y me centré en comer y en ojear el periódico de los domingos. Cuando terminamos James se bebió un botellín de agua a mayores que el de la comida y se llevó otro de vuelta a la habitación. Yo me puse a leer con la suave luz de la lamparilla mientras él dormitaba a mi lado, me abrazaba y respiraba lenta y suavemente en mi cuello. Cuando despertó se quedó un buen tiempo mirándome mientras yo fingía que no me daba cuenta.
Tras veinte minutos así, levantó la mano para quitarme el libro.
—Desnúdate y ponte la corona —ordenó antes de levantarse para ir a la puerta, en dirección a la Habitación del Placer donde guardaba todos sus juguetes de Amo.
Ya ni me sorprendía por las cosas raras que a veces me pedía, solo obedecía y disfrutaba de lo que hubiera planeado hacerme. El señor Black tenía algunas filias que sí conseguía reconocer: como lo mucho que le gustaba follar en traje. Otras, como cuando me decía que me pusiera el gorro de duende, las gafas, ropa suya, el disfraz de policía o, ahora, la corona, se me escapaban un poco al entendimiento.
«¿Quién es el rey?», me preguntó aquella tarde mientras me follaba violentamente, me abofeteaba con enfado y los dientes apretados. Yo solo conseguí jadear un «Tú, solo tú».
Todavía estaba algo baldado cuando entramos en la ducha, aunque no era algo extraño tras nuestros domingos especiales. El señor Black siempre me enjabonaba mientras yo analizaba mi estado emocional y el de mi cuerpo. Nada que no pudiera resolver un par de besos y una cena agradable y tranquila.
Así que el lunes desperté con energías renovadas, las suficientes para afrontar el primer entrenamiento de la semana con una leve sonrisa. Pedí dos cafés grandes y miré el móvil de camino a la oficina, entre los mensajes había una respuesta de Edward.
«Los catres estrechos y cortos y la cocina enana fueron la segunda razón por la que elegí el Weister's (Risa). Ah, sí, mi madre me habló de la nueva chica que acompañaba a James en la inauguración de la exposición. Dice que es muy guapa. Normal que esté «ocupado con otros asuntos» (Risa)».
La señora Fletcher era mucho más chismosa de lo que me hubiera imaginado si estaba tan atenta a las noticias de la prensa amarilla. Bajé un

poco más sobre la pantalla porque había otro mensaje debajo, de diez minutos después del primero.
«Perdona, Leonard. No quería sonar desagradable con lo de «normal que esté ocupado», era solo una broma».
Había entendido la broma, me había sorprendido viniendo de Edward, porque no era un hombre que me imaginara haciendo ese tipo de comentarios; no era un hombre que me imaginara hablando de sexo en absoluto, en realidad; pero la había entendido y me había hecho gracia.
«(Risa) Sé que era broma, no te preocupes —empecé a escribir, porque no me hubiera enviado el segundo mensaje aclaratorio si no estuviera preocupado de que hubiera malinterpretado aquello y me hubiera hecho una idea equivocada de él—. La chica es Lana, ¿te acuerdas de ella? Esa que tenía un saco de dormir de princesas. La vida da muchas vueltas».
Mandé el mensaje con una ligera sonrisa en los labios y pasé a la pestaña con el horario del día.
—¿De qué te ríes? —me preguntó un señor Black frente a mí, mirándome fijamente como solía hacer.
—De que hoy va a tener un día muy movido, señor Black —respondí. Me sentí mal por tener que mentirle, pero sabía que malinterpretaría hasta el absurdo los mensajes que compartía con Edward.
Cuando salimos del ascensor, James apartó la mano de mi espalda y, con su sonrisa de un millón de dólares, fue hacia recepción para saludar a una Lana de mirada baja y rostro colorado. Ella creía que había hecho algo mal, o que había dicho algo malo durante la cena y que el señor Black había cambiado de idea e iba a olvidarla. Pero nada de aquello había sido culpa suya, solo tuvo la mala suerte de estar allí.
Tras unos diez minutos de charla sin sentido y un par de carcajadas falsas de James, se mostró mucho más relajada y hasta respondió a su mirada. Cuando el espectáculo terminó, fuimos al despacho a desayunar y salimos a la primera reunión de la semana con, como no, publicidad.
—Este fin de semana habrá una entrega de premios al servicio público en el ayuntamiento —dijo el señor Lee tras mostrar las fotos nuevas de la pareja perfecta en el precioso restaurante—. Muy cubierto por la prensa, por supuesto, y sería un evento excepcional para que se les volviera a ver en la alfombra roja. Mostrando que son una pareja altruista con preocupaciones sociales.
El señor Black me dirigió una mirada rápida antes de que el señor Lee terminara de hablar.
—Ya hemos rechazado la invitación —dije por él—. No es el tipo de galas a las que el señor Black suela asistir.
—Entonces vuelve a llamar y pide sitio para el señor Black y la señorita Gómez —me dijo el señor Lee, como si fuera una orden.
Mantuve su mirada en silencio. Él creía que era intimidante, pero yo me había enfrentado a dos océanos de tormenta innumerables veces y había sobrevivido; sus pequeños ojos oscuros y muertos no eran nada para mí.

Se creó un momento de tensión que cubrió la sala de reuniones de quietud y silencio. Él quería creer que podía tratarme de aquella forma, pero se equivocaba. Yo no era uno de sus asistentes aterrorizados y Thomas no era quién para hablarme de esa forma.

El señor Lee puso una sonrisa forzada de comisuras elevadas, apretó los puños, se tragó su orgullo como una bilis densa y amarga y me dijo:

—Si fueras tan amable, Leonard…

No respondí en un par de segundos, algo que no era costumbre mía, sino del señor Black.

—Veré lo que puedo hacer —murmuré con un tono carente de emoción.

Eso le jodió tanto que apretó los dientes. Seguí mirándole y él dio por concluida la reunión para irse de allí con la cabeza bien alta mientras, probablemente, me insultara de todas las formas posibles. El señor Black y yo volvimos al despacho, cerré la puerta con la mirada en la pantalla del móvil para mirar la hora hasta la siguiente reunión, pero James tiró de mí y me beso con fuerza. Me sentí tan sorprendido que me costó reaccionar a tiempo antes de que me arrastrara casi a tirones contra la mesa y me desabrochara el cinto con un gesto rápido colmado de necesidad. Me dio la vuelta y se escupió en la mano para pasarla por mi ano.

Me quedé con las manos sobre la mesa y el ceño fruncido hasta que noté la punta muy húmeda de su polla apretada contra mi ano. Por alguna razón se había puesto muy cachondo de pronto y no se detendría hasta correrse dentro de mí. Traté de morderme el labio y apretar los dientes para no gemir; pero él jadeaba y me envestía con fuerza, haciendo temblar la gran mesa de ébano y todo sobre ella. Terminó con un grave gruñido, rodeándome con los brazos para atraerme hacia él. Entonces se quedó así, mientras ambos recuperábamos el aliento.

Tras un largo minuto besó mi mejilla y se apartó. Yo me volví a apoyar contra la mesa y necesité un poco más de tiempo. El señor Black se metió la polla en los pantalones y se ató el cinto antes de hacer lo mismo conmigo.

—Leonard —me avisó—. La reunión.

Asentí y me pasé una mano rápida por el rostro.

—Sí —murmuré, cogí el móvil que había dejado a un lado y repasé el horario—. Contabilidad en un minuto.

Él asintió y se quedó frente a mí. Agité un poco la cabeza para aclararme y estiré su camisa para volver a dejarlo todo presentable. El señor Black me dio un beso suave al terminar y salimos a paso rápido hacia la siguiente reunión. Me senté en mi sitio de siempre y me quedé con la mirada perdida y el culo un poco dolorido, tratando de descubrir qué cojones había pasado antes o el por qué había pasado.

Cuando volvimos al despacho, el señor Black no dijo nada al respecto, solo se aflojó el nudo de la corbata y se sentó en su gran sillón negro.

—¿Has conseguido sitio en la gala esa de mierda? —me preguntó con un tono tranquilo y expresión seria.

—Llamaré ahora mismo —respondí, dejando aquel momento atrás, como muchos otros.
Revocar el rechazo a una invitación no era algo que soliera pasar y el encargado de la ceremonia, o al menos el que se encargaba de los invitados, se sorprendió cuando le dije que el señor Black había cambiado de idea. No tardó mucho en soltar alguna disculpa vaga y decir que aquello era algo un poco grosero. Yo asentí y escuché sus tonterías con paciencia hasta que terminé por decirle:
—El señor Black estaría encantado de poder llevar a su nueva amiga con él a una cena tan importante para la comunidad.
Entonces todo cambió y, al parecer, ya no tuvo tantos problemas en hacernos un hueco en la ceremonia. Le di las gracias y separé el móvil de mi oído para mandarle un mensaje al señor Lee escueto y frío sobre nuestra asistencia confirmada a la entrega de premios.
Cuando terminamos la jornada laboral salimos hacia el ascensor con tiempo de sobra para que el señor Black le dedicara el tiempo de rigor a hablar con Lana. Ella ya le estaba esperando y consiguió responder a un par de preguntas en voz baja y sonreír un poco. Las previsiones de lo que aquella mujer le haría ganar debían ser enormes, porque James estaba demostrando una paciencia infinita con ella. Siempre soltaba aire cuando entrabamos en el ascensor, apretando la mano contra mi espalda y dándose un momento para recuperar la tranquilidad.
Después de yoga volvimos a casa y tomamos una cena de carne asada con especias y revuelto de verduras. James me hablaba de unos planes que tenía para mejorar las ganancias si trasladaba la producción de una fábrica tercermundista a otra todavía más precaria, seguramente con trabajadores esclavizados y famélicos.
—La calidad es importante, James —le recordé, algo que solía decir él sobre todo lo que hacía.
Le gustaba compartir sus planes conmigo, quizá en busca de mi opinión o mi consejo, pero yo no era experto en finanzas y no podía decirle nada realmente útil sobre el tema. Seguía planteándome los pros y los contras de aquel cambio cuando el móvil vibró a un lado. Deslicé el dedo por la pantalla para comprobar que era una nueva respuesta de Edward. Pensé en responderlo más tarde y seguí comiendo mientras miraba al señor Black y escuchaba sus cavilaciones.
—Empezaré con una inversión pequeña y comprobaré cómo funciona —decidió al final.
—Me parece buna idea —respondí.
Él asintió, terminó su botellín de agua de dos largos tragos y me preguntó:
—¿Cuál es tu color favorito?
—El azul —dije, mirando sus ojos como el mar—. ¿Y el tuyo?
—El gris.
—Oh —murmuré frunciendo un poco el ceño—. Qué curioso.
Al día siguiente, después de un entrenamiento especialmente duro, pedí

los cafés, más por costumbre que porque fuera necesario, y me tomé un momento para leer el mensaje de Edward.
«¡No puede ser! ¿Lana es la chica que lee novelas románticas? Cuando lo leí me reí tan alto que asusté a las enfermeras que pasaban por mi lado. Pero por aquí todo el mundo piensa que soy un hombre raro, así que no pasa nada (Risa)». Sí, sí que era un hombre raro.
Un segundo mensaje enviado un par de minutos después decía:
«Me reí en alto porque me hizo gracia después de todo lo que hablamos de ella, no porque quisiera ser cruel. Creo que hacen muy buena pareja y les deseo lo mejor».
«Yo también me reí bastante, no te preocupes. Una revista de cotilleos tituló un artículo: De meme de internet a envidia de todas las solteras. Es una mujer encantadora, seguro que te caería muy bien. Al final iremos a la gala de entrega de premios, si también vas, os presentaré. (Risa)».
Terminé de enviarlo antes de que el coche se detuviera y saliéramos hacia la puerta acristalada del alto rascacielos de King's Place. Nos sumergimos en un ascensor un poco lleno y fui a recoger el desayuno y los cafés al mostrador mientras el Soltero de Oro surgía de entre las puertas metálicas con una sonrisa; sin embargo, espero hasta el día siguiente para invitarla a la entrega de premios del sábado.
—¿Habrá fotógrafos? —le preguntó ella, mostrando una mueca de preocupación mientras jugaba con los dedos de forma nerviosa.
—Unos pocos —respondió el señor Black, poniendo un mohín apenado.
El asintió y bajó la mirada.
—Buscaré un vestido bonito —murmuró de forma casi inaudible.
Alcé las cejas, pero fue apenas un momento mientras seguía mirando el móvil. No sabía cómo de atenta estaría Lana sobre lo que decían de ella en las redes, pero la prensa de moda se estaba cebando de lo lindo con ella y sus vestidos de tul. El señor Lee había sugerido que el señor Black prestara más atención a ese detalle porque, aunque «su imagen humilde» era encantadora, empezaba a llamar demasiado la atención.
—Si necesitas que te pague yo el…
—No, no, no, no —se negó ella muy deprisa, agitando las manos y poniéndose más colorada de lo habitual.
El señor Black asintió y se despidió con una sonrisa.
—Leo, asegúrate de que no va echa un puto cuadro —ordenó con tono serio cuando llegamos al despacho.
Asentí, porque era algo que iba a hacer de todas formas. Esperé a la hora de comer y, cuando trajo ella la bolsa del restaurante, como siempre hacía, salí al pasillo en vez de quedarme dentro del despacho. Eso perturbó un poco a Lana, que me miró con sus grandes ojos de chocolate y su ceño un poco arrugado.
—Lana, ¿necesitas que te ayude con el vestido? —le pregunté con una sonrisa y un tono bajo e íntimo.
—No, no, no —repitió. Trató de levantar las manos, como había hecho con

el señor Black, pero la bolsa se le deslizó y yo tuve que cogerla en el aire a toda prisa para que no se precipitara contra la moqueta—. Lo siento —se disculpó al momento.
—No pasa nada —seguí sonriendo para calmarla un poco y me incorporé, poniendo la bolsa a mi espalda para que no corriera más peligro—. Lo pregunto porque a lo mejor no tienes claro la etiqueta de la cena y te preocupa no acertar con el vestido.
Ella empezó a juguetear con los dedos y, tras un breve silencio, asintió.
—La verdad es que sí —reconoció al fin, mordiéndose un poco el carnoso labio inferior—. No quiero… —miró un momento a la puerta entreabierta del despacho—. Que el señor Black se sienta avergonzado por mi culpa.
—Hagamos algo —le propuse—. Tómate la tarde del viernes libre, ve a comprar un vestido, mándame las fotos de lo que te guste, y yo te ayudaré.
—¿La tarde libre? —preguntó, como si fuera una idea horrible—. No, no puedo. No quiero que las chicas piensen que me tratan de forma especial.
—Debes de tener muchas horas de descanso acumuladas —le recordé, porque ella siempre se quedaba a trabajar cuando el resto se iban con excusas tontas y la convencían para que les cubriera el final del turno—. Cóbralas y tómate la tarde libre.
Eso consiguió convencerla un poco, barajó la idea y terminó asintiendo y agitando su melena recogida.
—Es buena idea, señor O'Brien —me dijo con una ligera sonrisa—. Muchas gracias.
Sonreí y me despedí antes de entrar de nuevo en el despacho.
—Ya está resuelto lo del vestido —le dije al señor Black mientras caminaba hacia la mesa y repartía los envases de comida—. Mañana la convenceré para que el sábado vaya a la peluquería.
—Convéncela también para que no la maquille su madre.
Se me escapó una carcajada. Yo no quería ser cruel con Lana, no lo quería, pero el señor Black hacía de lo cruel un arte; y a mí me encantaba. Le dediqué una mirada breve por el borde superior de los ojos y continué repartiendo la comida.
En la última reunión del día recibí un mensaje de Edward con la respuesta.
«No, lo siento, Leonard, por desgracia no podré ir. Tengo una cirugía importante esa noche y no he podido cambiarla para otro momento. Tendré que esperar un poco más para conocer a Lana».
«No pasa nada, seguro que habrá otro momento para que la conozcas —respondí, porque Edward sonaba un poco preocupado por no poder acudir a la cena—. Nosotros beberemos champán mientras tú sigues salvando vidas, como la gente rica y frívola hace (Risa). PD: ¿Has leído las noticias y artículos que están sacando últimamente en la prensa sobre la ineficiencia y poco impacto de los colegios públicos?».
Mandé el mensaje con una media sonrisa asqueada mientras levantaba un

poco la cabeza. Sabía que Edward los habría leído y que estaría tan escandalizado como yo con Harby Sellby y su vergonzosa columna de opinión.
En la cena, el señor Black me preguntó por esa misma sonrisa y me quedé un momento paralizado, sumamente sorprendido de la atención que podía llegar a dedicarme durante el día para haberse dado cuenta de un detalle tan insignificante como aquel.
—Una de las voces más conservadoras y rancias de la ciudad, a la que, por supuesto, se le ha dado una columna semanal a toda página en el periódico —recalqué con un tono asqueado—. Ha llamado a los colegios públicos de las afueras de la ciudad «nidos de criminales». Ha dicho que el gasto en la educación de esas personas es solo una carga para el Estado y que no deberían darle más recursos de los que ya tienen.
El señor Black me escuchó en silencio y terminó asintiendo.
—Son una carga para el Estado —coincidió.
Dejé el tenedor a media distancia entre el plato y mi boca y me quedé mirándole en silencio.
—James… lo que empuja a esas personas a la criminalidad es la pobreza, el ostracismo y la falta de oportunidades que gente como ese hijo de puta se niegan a darles amparándose en el miedo y el odio.
—¿Y crees que una mejor educación va a conseguir que dejen de robar y traficar con droga, Leonard? —preguntó con un tono serio.
Dejé el tenedor sobre el plato, respondiendo a su mirada sin vacilar.
—Puede ser un buen principio para cambiar las cosas.
—Es un gasto estúpido de dinero —concluyó, ya con voz enfadada—. La beneficencia solo sirve para que la gente siga sin esforzarse por trabajar y pidan más y más.
Cerré los ojos y negué con la cabeza.
—Dejemos este tema —le pedí, porque sabía que todo iba a acabar muy mal si continuábamos.
—¿Cómo una persona tan inteligente como tú no puede ver eso, Leonard? —me preguntó.
Golpeé la mesa con el puño y clave mis ojos en él con una expresión de enfado.
—He dicho que se acabó el tema —sentencié.
—El tema se acabará cuando yo quiera… —dijo él, sacando esa parte intransigente y furiosa de él.
Mantuvimos una mirada peligrosa y un minuto entero de silencio tenso que terminó cuando el móvil vibró en la mesa con una llamada de número oculto. Cogí el móvil sin apartar la mirada de James y respondí:
—¿Sí?
—Hola, soy la secretaria de Peter Jacobs, querría concertar una cita con el señor Black para comer mañana.
Tardé unos segundos, pero al fin cogí una bocanada de aire y bajé la mirada a la mesa.

—Dame un momento para que vea la agenda, por favor —dejé la llamada en espera y pasé el dedo entre las pestañas del móvil hasta encontrar el horario del día siguiente—. Mañana no puede ser —respondí—. ¿El viernes de la semana que viene?
—Quizá el sábado —dijo ella—. No es una comida de trabajo.
Me permití poner los ojos en blanco. Si querías «concertar una cita» era solo por razones laborales, de no ser así, era simplemente «una invitación a comer». A veces me ponía un poco estúpido, pero es que me gustaban las cosas correctas y bien hechas; no podía evitarlo.
—Bien, el sábado, pues —murmuré.
—Perfecto. Muchas gracias —colgó.
Chisqué la lengua y casi tiré el móvil a un lado antes de retomar la cena.
—El señor Jacobs ha pedido una comida con usted el sábado por razones no laborales —dije en alto.
—Me debes una disculpa, Leonard —respondió con tono denso y grave.
No dije nada y continué cenando, pero el señor Black golpeó el puño contra la mesa de la isla, haciendo temblar todo e incluso volcando su botellín de agua, que rodó hasta precipitarse al suelo con un par de sonidos plásticos.
Cogí aire y le miré a aquellos ojos de mar de tormenta.
—Siento que no te gusten las ideas que tengo sobre política.
Él se quedó en silencio, pero no aflojó su puño, lo que era mala señal.
—Discúlpate por haberme gritado.
—Yo no te he gritado —le corregí.
—¡Discúlpate! —gritó.
Esperé un poco a que tomara un par de respiraciones, un momento para ambos, en realidad.
—Lo siento, James.
Eso le calmó al fin, pero no del todo. Terminamos de cenar en silencio y subimos a la habitación para desnudarnos y entrar en la cama. Él me rodeó con los brazos y se acercó a mí, pero no fue algo cariñoso, fue más bien como una especie de provocación; como si me dijera: te jodes y me quieres. Empezó a besarme el cuello y a restregarse contra mí, bastante empalmado ya porque quizá aquella idea de poder sobre mí le ponía cachondo de una forma muy retorcida.
Me di la vuelta con enfado, decidido a tomar yo las riendas. Resultó un polvo muy extraño. Yo le montaba con violencia y enfado, rodeándole y apretando sus muñecas para que no pudiera moverlas ni tocarme con ellas. Él también estaba muy enfadado, sus ojos me miraban con ira y apretaba los dientes mientras jadeaba y gruñía, pero no hacía nada por liberarse de mí. Le di una bofetada y él me respondió con otra. James soltó un gruñido bastante alto, entre la furia y el placer y se corrió mientras yo continuaba moviendo la cadera sin tregua sobre él. Después me corrí con una satisfacción y placer que me llenó el pecho y me hizo estremecerme. Me eché sobre él, sudado y jadeante, y le di un beso en los labios.

James me miró y quiso darme otro un poco más largo. Así fue como terminó todo e hicimos las paces, sin necesidad de decir nada más sobre el tema.
—El entrenamiento de esta semana está siendo bastante duro, ¿no cree, señor Black? —le dije en el coche al día siguiente.
Él soltó un murmullo de afirmación sin mover su cabeza recostada en el asiento.
—Es un cambio de ritmo —me explicó—, para que el cuerpo no se acostumbre y siga estando activo. Es solo una semana cada seis meses.
Asentí, aunque no pudiera verme, y pedí dos donuts glaseados con el café. Cuando Lana llamó a la puerta del despacho con el café, el desayuno y los donuts farfulló una disculpa apresurada.
—Tuve que volver a por los donuts cuando llegué a la oficina, no lo sabía y…
—No te preocupes —la detuve con una sonrisa.
Ella asintió e incluso me sonrió un poco.
—Es usted muy bueno, señor O'Brien —me dijo.
Sonreí, pero no dije nada, porque yo no era bueno en absoluto, tan solo era educado. Entré con todo en las manos y lo dejé sobre la mesa de ébano bajo la atenta mirada del señor Black.
—¿Y eso, Leonard? —me preguntó, haciendo una breve señal hacia los donuts.
—Un cambio de ritmo —respondí sin dejar de repartir los envases del desayuno.
El señor Black sonrió como lo hacía él, elevando más una comisura de los labios que la otra, sin mostrar los dientes y acompañándolo con una mirada intensa de preciosos ojos azules.
Cuando tuvimos que salir a la siguiente reunión se detuvo frente a mí y le até bien la corbata y alisé la chaqueta negra de su traje antes de lamer el lado de sus labios donde había quedado un poco de glaseado de donut. Al señor Black se le escapó un gruñido de placer, y respiró un poco más fuerte cuando me separé de él con una suave sonrisa. Fui hacia la puerta y él se abrochó un par de botones de la chaqueta para ocultar su erección.
Como le había sugerido a Lana, no volvió después de traernos el café de la comida. Se tomó un momento para explicarme que iría con su prima de compras y que me enviaría las fotos al móvil.
—Estoy deseándolo —murmuré.
No tardó ni una hora y media en enviarme la primera foto al teléfono del trabajo. Abrí muchos los ojos en mitad de la penumbra de la sala de reuniones y tuve que convencerme de que no era una broma, porque Lana jamás haría algo así.
«Algo más serio, quizá». Le pedí. Y a los veinte minutos me envió otra foto. Había pasado de vestido de niña de quince años a ser la madre de una boda. Me esforcé por darle una indicación más precisa sin tener que decirle lo que realmente quería que llevara. «Piensa que vas a una

alfombra roja. Algo con glamour, como Audrey Hepburn».
Todavía estaba escribiendo cuando dejamos la sala de reuniones y volvimos al despacho.
—¿Qué pasó? —me preguntó el señor Black mientras se aflojaba la corbata.
—Esto pasó —le dije, mostrándole las fotos.
—No —negó en rotundo.
—Claro que no —le aseguré.
De camino a la última reunión del día en el bufete de abogados, Lana me envió otra foto. Un bonito vestido de cóctel de color negro, con falda plisada hasta las rodillas y escote de palabra de honor con manga larga. Se había tomado lo de Audrey Hepburn muy literal, pero era mucho mejor de cualquier cosa que se hubiera puesto y respondí: «¡Perfecto!».
Ahora daba comienzo la segunda parte del plan.
«¿Conoces un buen salón de belleza?».
No era sutil, pero estaba empezando a entender que a Lana había que darle indicaciones más directas y precisas.
«Mi prima trabaja en un salón de belleza», respondió a los diez minutos. Buff… Me dio miedo solo pensarlo. «Oh, ¿te peinó ella para las cenas?», pregunté. «No, no. Lo hice yo». Respiré más tranquilo.
El señor Black tuvo que guiarme con la mano en la espalda todo el rato mientras yo mantenía aquella conversación. Del coche al ascensor, y del ascensor por el bufete de abogados hasta que levanté la mirada del móvil para saludarles. Cuando llegamos a la gran sala de reuniones acristalada con vistas a la calle principal de la ciudad, hundí de nuevo la cabeza para mirar el móvil. «¿Qué te parece este peinado?», le pregunté a Lana tras buscar una imagen con una modelo de espeso pelo moreno y ondulado que le caía en hondas por los hombros de una forma bastante sexy pero casual. El vestido ya era muy serio y si se hacía otro recogido de los suyos iba a parecer preparada para un puto funeral. «¿No es muy casual?», preguntó. «No, junto con el vestido será juvenil y elegante. No te preocupes».
Después me encargué de los mensajes y correos que había dejado aparcados para atender a Lana y llegué a casa cansado de aquel largo e intenso día. Tiré el móvil a un lado de la mesa y me tomé un momento para mí, el primero del día, antes de servir la cena.
—¿Todo bien, Leo? —me preguntó el señor Black sentado frente a mí.
—Sí —respondí con una ligera sonrisa antes de levantar la mirada hacia él—. Solo un poco cansado.
Él se quitó la chaqueta y la dobló para dejarla a un lado mientras se quitaba la corbata. Yo saqué los envases de la bolsa y los fui vertiendo con cuidado en platos. Cenamos tranquilamente y cada vez que levantaba la mirada y me encontraba con los ojos azules del señor Black, sonreía un poco para él.
—Quizá deberíamos bajar el equipo de música al salón —pensé—. Pode-

mos poner un poco de Chopin mientras cenamos.
Él sonrió tras un breve silencio, de la forma en la que él lo hacía, y eso me hizo sentir un poco mejor. Después de la cena nos dimos una ducha larga y llena de besos, me corrí contra el cristal con un jadeo de placer y agradecimiento después de un polvo suave y cariñoso. Cuando llegué a la cama no tardé ni un minuto en dormirme entre los brazos de James.
Me desperté con el sonido de la alarma, pero era el señor Black el que tenía que encargarse de apagarla, porque estaba sobre su mesilla de noche. Siempre lo hacía con un gruñido de queja y después se volvía a la espera de que yo me moviera y le besara.
Me preparé un café y miré las preciosas vistas del ático. Hacía un día un poco soleado y la luz se colaba en columnas sobre las nubes. El señor Black descendió las escaleras y apareció con traje sin corbata y la bolsa de deporte.
—Buenos días, señor Black.
—Buenos días, Leonard.
Apuré el café y salimos hacia el gimnasio. El entrenamiento fue en la línea de la semana en ese estúpido cambio de ritmo que me estaba sorbiendo el alma por momentos. Que fuera sábado y el lugar estuviera lleno no mejoró las cosas. La misma mujer de la semana pasada se volvió a acercar mientras íbamos a la sala de pesas. Sonrió mucho y trató de tocar otra vez a James, pero esta vez yo me interpuse.
—Estamos entrenando —le repetí, como la otra vez, pero sin sonrisa.
—Solo quería charlar un poco con…
—No —la interrumpí—, creo que no lo has entendido. No vas a charlar con nadie…
Me acerqué un poco más hasta rozar al señor Black hombro con hombro y le dediqué una mirada seria a la mujer mientras ladeaba el rostro. Ella soltó un jadeo de sorpresa y abrió los ojos. Farfulló una disculpa y se alejó. El señor Black me miró y una fina sonrisa apareció en sus labios mientras sus mallas de deporte empezaron a abultarse bastante. Terminamos el entrenamiento y cuando estuvimos en el vestuario, el señor Black me acompañó a las duchas con una polla cada vez más dura. Me sentí un poco cohibido porque, aunque a él no le importara, a mí me parecía bastante bizarro que se paseara por ahí con una erección más que evidente. Por supuesto, hizo las delicias de algunos de los presentes, que se lo comían con los ojos; arriba en el gimnasio y, más aún, en los vestuarios.
Fui hacia las duchas comunes, pero el señor Black tiró de mí hacia las duchas privadas y supe lo que se acercaba. Yo nunca había practicado sexo en lugares públicos hasta conocer a James, y todavía no estaba seguro de si me gustaba o no. A él le encantaba que se la chupara en los baños, pero cuando salimos quince minutos después del cubículo de la ducha privada, no pude evitar sonrojarme un poco. Los hombres que habían prestado la suficiente atención, sabían perfectamente lo que había pasado

y yo me sentía como si tuviera escrito en la cara «me lo he tragado». Sin embargo, el señor Black salió de allí con una expresión calmada y una fina sonrisa que no perdió hasta que empezamos a trabajar en el despacho de casa.

—Tendríamos que salir ya para la comida con el señor Jacobs —le recordé cuando llegó el momento.

Él asintió y tras terminar de escribir cerró su portátil. Me abotoné mi chaleco gris en el ascensor, un nuevo añadido a mi rutina de camisa y corbata cuando no llevaba americana. El restaurante que me había mandado la secretaria junto con la hora era, por supuesto, el mismo que la última vez. Aquel que ofrecía servicios sexuales con la comida. Pura elegancia.

—Con paparazis a la caza, deberíamos dejar de frecuentar estos locales, señor Black —le dije tras salir del coche, echando un rápido vistazo a nuestro alrededor.

James puso una mano en mi espalda y caminamos juntos hacia la puerta.

—Le diré algo al respecto —murmuró por lo bajo.

Entramos en aquel restaurante oscuro y cálido, de voces apagados y sonidos que era mejor no girarse a investigar. Una mujer nos interceptó a la entrada con una sonrisa y nos preguntó por el nombre de la mesa. Nos acompañó hasta el mismo lugar que la otra vez, con el mismo sillón en semicírculo donde el señor Jacobs ya nos esperaba junto a una mujer morena de senos grandes. La despidió enseguida con la mano cuando nos vio acercarnos y se levantó.

—¡James y su ayudante! —exclamó, alargando la mano hacia él para que se la estrechara.

Nos sentamos, yo primero y el señor Black a mi lado, más cerca de lo necesario.

—¿Queréis una copa? —nos ofreció. Era capaz de controlar el volumen de su voz, así que en aquella ocasión el señor Jacobs solo estaba borracho.

—Dos whiskys con hielo —respondió el señor Black, alargando una mano por el respaldo tras mis hombros—. ¿De qué querías hablar, Peter?

El señor Jacobs llamó la atención de una camarera y le pidió las copas antes de responder:

—De muchas cosas, pero he tenido que esperar porque George todavía está enfadado con tu chico —e hizo una señal hacia mí.

Alcé ambas cejas, porque ni conocía a George ni sabía por qué estaría enfadado conmigo.

—¿Por qué está enfadado con mi chico? —preguntó con calma el señor Black.

Podría haber hecho aquella pregunta usando mi nombre, o un sinónimo, pero había usado las mismas palabras que el señor Jacobs, confirmando que yo era más que «su ayudante». Y lo más importante para él, que era «suyo».

—Yo tampoco me acuerdo. Esa puta droga era muy dura —se rio el señor

Jacobs—. Pero, al parecer, tu chico le rompió la nariz de un puñetazo a George en Ano Nuevo. Y después rompió una mesa y gritó que no erais monstruos de circo o una gilipollez así antes de arrastrarte fuera de la fiesta.
Ninguno de nosotros dos dijo ni hizo nada en un par de segundos tras oír aquello. Yo me esforzaba en recordar en qué momento podría yo haber pegado a un hombre, roto una mesa y gritado aquello; y lo que era más importante; por qué motivo.
—¿Qué hizo George antes de que mi chico le rompiera la nariz? —preguntó el señor Black, interrumpiendo el breve silencio.
—Él dice que nada. Que había llegado para veros montándooslo con un par de putas, ya sabes que les hablo mucho de ti —le recordó, como si eso fuera un halago—, y tenía curiosidad por verlo en persona.
Empecé a unir las piezas muy rápidamente en la cabeza.
—¿Me dijo algo George sobre eso? —le pregunté.
El señor Jacobs me miró a los ojos por primera vez desde que habíamos llegado y, tras un momento de duda y comprobar que a James no le importaba que hablara directamente conmigo, respondió:
—Puede. A George le gusta mucho quejarse cuando las cosas no salen como él quiere.
Asentí.
—Ya sé por qué le rompí la nariz —murmuré sin ningún rastro de culpabilidad.
—¿Y la mesa? —me preguntó él.
—Me gusta romper cosas cuando me enfado —me encogí de hombros—. Por el efecto dramático.
James soltó una respiración rápida con una sonrisa mientras la camarera que se acercaba a dejar los vasos de whisky frente a nosotros junto con la carta del local.
—Ya… —sonrió el señor Jacobs, pero fue un acto nervioso y forzado—. El problema es que George es un hombre al que no es bueno enfadar. Es muy rencoroso.
Los poderosos hombres de Wall Street con sus enormes egos y sus enanas pollas…
—¿Supondrá un problema? —le preguntó el señor Black con tono tranquilo, sin compartir la preocupación del señor Jacobs.
—No creo que te inviten a la fiesta de San Valentín —lo dijo como si fuera la peor noticia que podría haberle dado.
El señor Black asintió y la camarera de acercó de nuevo para recoger el pedido.
—Yo quiero el Bisctec de la Casa —pidió Jacobs.
—Yo lo mismo.
—También —dije, porque no me había parado ni a mirar a la carta.
Ella sonrió y se llevó todo.
—Hoy tenéis que quedaros a la mamada, insisto —dijo el señor Jacobs.

—Ya me han hecho una buena mamada esta mañana —respondió el señor Black antes de coger su copa de whisky y darle un trago.
—Ah, ¿sí? —preguntó Jacobs, repentinamente interesado en aquello—. ¿Y fue la tía esa latina que ahora paseas por delante de las cámaras? Tiene labios de chuparla bien.
Cogí mi copa y bebí un trago, controlándome para no dedicarle una mirada de desprecio al señor Jacobs.
—No, fue en las duchas del vestuario.
El señor Jacobs se rio y dio un ligero golpe a la mesa con la mano.
—¡Un clásico! —exclamó.
Bebí otro trago.
—Entonces, ¿no voy a ver a la chica esa en ninguna de nuestras fiestas? —le preguntó esta vez con una sonrisa un poco macabra en sus labios finos.
—No.
—Pero a vosotros dos sí, ¿no?
El señor Black le dedicó una mirada seria y silenciosa. El señor Jacobs retrocedió un poco, perdiendo su tono amigable para agitar un poco la cabeza y sonreír con nerviosismo de nuevo.
—La gente tenía muchas ganas de veros en la fiesta, James… —dijo con voz vacilante e insegura—. Se sintieron bastante decepcionados cuando os fuisteis otra vez sin hacer nada.
—Sí hicimos algo —respondió el señor Black—. Rompimos una mesa y la nariz de George.
Se me escapó la risa y me quedé mirando la copa de whisky mientras le daba vueltas de forma distraída entre los dedos.
—Sí, pero… —se tomó un momento antes de decir—. ¡Tú eres una puta leyenda viva, James! Cuando llegaste con el ayudante estrella porno tuyo, todos creímos que iba a… ya sabes, ayudarte también a follar. Como uno por cada lado o uno por cada agujero y esas mierdas.
No sabía qué parte de esa frase me daba más asco.
—Mira, James —continuó el señor Jacobs, recolocándose en el asiento e inclinándose un poco hacia delante como si de pronto hablara de un tema muy serio—. Si me aseguras que vais a hacer alguna buena guarrada en San Valentín, os consigo invitaciones.
Entreabrí los labios y miré al señor Jacobs con una mezcla de desprecio y asombro.
—Me lo pensaré —respondió el señor Black.
Me giré hacia él y fruncí el ceño.
Pero él no me miró de vuelta.
¿Quién era el rey?

Comí en silencio mientras el señor Jacobs monopolizaba toda la conversación, como solía hacer cuando no estaba demasiado drogado como para ni poder pensar. Yo no tenía demasiada hambre y masticaba aquella carne un poco dura con la mirada fija en la mesa, pensando en que, quizá, el señor Black estuviera planteándose seriamente ir a esa fiesta de San Valentín para hacer alguna guarrada. No le miré en toda la comida, porque temí lo que pudiera encontrar en sus ojos.

Cuando el señor Black terminó su bistec, me hizo una rápida señal y se levantó de la mesa. El señor Jacobs dejó de hablar y se quejó, alzando las manos en alto.

—Vamos… —trató de insistir, pero el señor Black ya estaba de camino a la puerta, seguido muy de cerca por mí.

Nos quedamos en mitad de esa calle secundaria y poco transitada, aguardando por Lakov mientras el señor Black me acariciaba suavemente la parte baja de la espalda. Algo que no me esperaba en aquel momento, algo que no estaba seguro de si me agradaba en esa situación.

—Al parecer, nos lo pasamos muy bien en esa fiesta —me dijo junto con una mirada por el borde de los ojos.

—No recuerdo nada —respondí—, pero si todos estaban allí para que hiciéramos «alguna guarrada de las nuestras» —pronuncié esas palabras con desprecio, para dejarle claro lo desagradable que me resultaba la idea—, no me sorprende que le haya roto la nariz a alguien y te sacara de allí a rastras.

—Ojalá hubiera estado sobrio —murmuró con una leve sonrisa.

Lakov apareció entonces por el fondo de la calle, tras los cubos de basura, y se detuvo frente a nosotros. Nos subimos y comenzamos la vuelta a casa.

—Oye, James… —dije tras reunir el valor suficiente para formular aquella pregunta—. No decías en serio eso de ir a la fiesta de San Valentín, ¿verdad?

Él me miró en silencio antes de responder:

—Sabes que no te dejaría que nadie te tocara, Leo.

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

—Ese no es el problema, James. Nosotros no somos un puto espectáculo.

—Ya le has oído, todos estaban deseando vernos.

—¿Y qué?

Otro breve silencio de miradas fijas. No entendía cómo el señor Black no se daba cuenta de lo que el señor Jacobs estaba diciendo con aquello: que él era una especie de monstruito con la polla grande que hacía putas guarradas para entretenerles. Me enfurecía solo de pensarlo.

—Que nos tienen envidia —dijo en voz baja.

—No creo que envidia sea la palabra correcta, James.

—Sí, sí que lo es —estaba empezando a cambiar su tono tranquilo a uno

más agresivo porque la conversación no le estaba gustando—. Somos los mejores, los más guapos, y tienen envidia de nosotros, Leonard.
Mantuve su mirada un poco más, pero después miré la calle repleta de gente y tiendas tras el cristal ahumado de la ventanilla. Puede que tuvieran envidia del señor Black, de su físico y su tractivo, pero parecía que solo lo invitaban a esas fiestas para reírse de él.
—¿Quieres un café? —le pregunté, cogiendo el móvil del bolsillo.
Tardó un poco y yo ya estaba mandando el mensaje cuando oí un murmullo afirmativo. Entonces se quitó los zapatos y puso los pies en mi regazo. Dejé el móvil a un lado mientras leía algunos correos y mensajes y le masajeaba. Edward ya me había respondido.
«¡Sí! ¡Sí los he leído! ¿Te lo puedes creer? No le deseo el mal a nadie, pero si Harby Sellby se cayera de un puente abajo, esta ciudad sería un lugar mejor. (Suspiro) Perdona, Leonard, me pongo un poco irascible con este tema. Siempre me prometo que no voy a leer las columnas de opinión, porque me enfado mucho, pero hay prensa en la sala de descanso y al final lo hago».
«A mí me pasa lo mismo —empecé a responder solo con una mano para no dejar de masajear al señor Black—. Le dan columnas a energúmenos como Harby Sellby para crear polémica y vender periódicos. Pero tranquilo, si se tira por un puente no van a llevarle al Weister's Hospital, porque quizá los pobres que hay allí le roban y tratan de venderle droga por los pasillos. (Risa) P.D: Te envío un enlace de un reportaje que he leído sobre los nómadas de la estepa mongola, seguro que eso te distrae y no caes en la tentación de leer la sección de opinión hoy».
Era una especie de broma, le envié el enlace, pero quizá a Edward no le interesara. Después dejé el móvil a un lado y me centré en masajear los pies del señor Black mientras pensaba distraídamente en aquello. El móvil vibró y pensé que Edward ya me había respondido, pero resultó ser Lana para preguntar la hora en la que iríamos a buscarla.
Calculé un poco el tiempo que tardaríamos en ir a recogerla y volver al centro de la ciudad.
—Tenemos todavía un par de horas libres, ¿quieres ver una película antes de ir al salón de belleza? —le pregunté a un James cada vez más adormilado, con la cabeza recostada en el respaldo y los ojos cerrados.
Soltó un murmullo bajo y afirmativo y suspiró. Le calcé de nuevo antes de llegar al garaje, y cuando Lakov se detuvo tuve que agitarle las piernas para despertarle. James entreabrió al fin los ojos y levantó la cabeza para mirarme, después miró a través de cristal ahumado y apartó los pies de mi regazo.
—¿No dormiste bien hoy? —le pregunté en el ascensor.
—Siempre duermo bien ahora —respondió con la mirada al frente—, pero me entró sueño.
—¿Prefieres dormir un poco más y dejar la película para mañana? Será una noche larga.

James giró el rostro y me miró con su expresión seria.
—Vayamos a la cama.
Sonreí un poco, sabiendo lo que eso podía significar. Sin embargo, cuando salí del baño con las gafas puestas y la camisa desabotonada, James me estaba esperando tranquilamente en su lado de la cama en camiseta y ropa interior. Había bajado la persiana eléctrica para que no entrara la luz del exterior y había dejado encendida la suave luz de la lámpara sobre el cabecero. Puse una pequeña mueca de sorpresa y me desvestí para unirme a él entre las sábanas. James no tardó en rodearme y atraerme hasta estar pegado a mí, me dio un beso suave y húmedo en la mejilla y volvió a suspirar. Me quedé mirando el techo en penumbra con el ceño levemente fruncido, sin entender muy bien lo que le pasaba para estar tan tranquilo y suave. No me iba a quejar, por supuesto, pero era extraño.
Terminé quedándome adormilado, sumergido entre el calor de su cuerpo y su suave respiración. Cuando me desperté abrí los ojos al momento y me escurrí de debajo de James para ver la hora en el despertador. Solté el aire, más relajado. Por un momento había creído que se nos había pasado el tiempo y que llegaríamos tarde. James se desveló y me atrajo de nuevo a él con un gruñido de queja. Me dejé arrastrar por él bajo su cuerpo y le acaricié la espalda.
—¿Qué hora es? —preguntó en voz baja y adormilada.
—Quedan quince minutos, después deberíamos empezar a prepararnos —respondí en el mismo tono bajo.
James no perdió el tiempo, me movió hacia el lado para tumbarme cara a la cama y se puso encima. Estaba todavía demasiado adormilado y pareció costarle incluso bajarme el bóxer y sacarse la polla para rozarla contra mi culo. Se me escapó una risa baja y él se detuvo.
—¿Quieres que lo haga yo? —le pregunté.
Él no dijo nada, solo salió de encima de mí, se tumbó boca arriba, puso las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos. Aquello me hizo sonreír como un imbécil, no sabía por qué. Me quité la ropa interior y la tiré a un lado, haciendo lo mismo con la suya. Cuando me monté a horcajadas sobre él volví a sonreír como un tonto mientras le veía allí tumbado tranquilamente con la camiseta puesta y los ojos cerrados. Había algo estúpidamente íntimo en aquello: nada gritaba tanto «somos novios desde hace un buen tiempo», como el sexo suave y despreocupado de recién levantados.
James no se movió, tan solo entreabrió los ojos para mirarme mientras yo hacía todo el trabajo, gruñendo y gimiendo en voz baja por momentos. Pensé que teníamos tiempo suficiente, y me di el gusto de chupársela un poco antes de cabalgarle lentamente; cuando me corrí, James gruñó más alto, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás mientras se corría también. Recuperé un poco el aliento mientras le acariciaba suavemente el pecho cubierto y volví a mirar el despertador, entonces solté un jadeo de miedo.

—Joder… —farfullé, levantándome para sacarla de dentro, quizá demasiado rápido—. Tenemos que darnos prisa —le advertí antes de inclinarme para darle su beso del final.
James no pareció compartir mi preocupación, me rodeó con los brazos y me atrapó para darme un beso más largo y profundo. Cuando me dejó separarme, se levantó rápidamente y fue hacia la ducha. Yo usé la del piso de abajo y subí de nuevo al vestidor, donde él ya había elegido el traje gris para mí. Me lo puse a prisa mientras él se terminaba de atar la pajarita frente al espejo. Me reuní a su lado para la inspección y revisé la hora en el reloj de su muñeca.
—Si no pillamos demasiado tráfico, llegaremos justos —anuncié.
Él asintió tranquilamente y me rodeó los hombros para ver el resultado.
—Ponte mi Rolex —ordenó.
—¿Cuál de los cuatro? —tuve que preguntar, yendo hacia el cajón de los relojes.
—El de correa negra.
Asentí y lo cogí de su caja, perfectamente alineada con el resto de relojes de marca y absurdamente caros de James. Cuando al fin bajamos hacia el ascensor, recogí los cafés que el repartidor había dejado allí, llevándose a cambio el billete de cincuenta dólares. Ya estaban fríos, pero yo me lo bebí igual mientras revisaba el móvil.
—¿Quieres que te lea lo que ha mandado el señor Lee sobre lo que debes decir a los reporteros?
—No —respondió, con la mano en mi espalda mientras movía el pulgar y me acariciaba suavemente.
Saludamos a Lakov y nos metimos en el coche. Como no podía ser de otra forma, llegamos cinco minutos tarde a la cita en el salón y, como ya era habitual, la recepcionista me culpó de ello, reservando toda su atención y sus sonrisas para James. Esta vez solo era necesario peinar y repasar la barba, por lo que no tardamos tanto; aunque tuve que acortar la conversación con Ricky y no interrumpir su trabajo con mi cháchara incesante. A la media hora estuvimos de vuelta en el coche y de camino a la casa de Lana.
—No, James —le advertí.
No necesité levantar la mirada del móvil para ver por el borde de los ojos como movía lentamente la cadera y me miraba fijamente con la cabeza un poco ladeada. A estas alturas ya no tenía sentido preguntarme cómo era posible que el señor Black pudiera ponerse cachondo cuando hacía menos de una hora que se había corrido; era evidente que James tenía un problema serio con el sexo, sin embargo, yo sí necesitaba un poco de tiempo para recuperarme porque ni yo ni mi culo podíamos seguir ese ritmo.
—A la vuelta —anunció.
—A la vuelta —acepté.
Asintió complacido antes de apartar la mirada hacia el cristal ahumado,

distrayéndose con las vistas a la ciudad. Lana ya había salido de la peluquería y me había mandado un par de fotos del peinado, para mi sorpresa era bastante parecido al de la imagen que le había mostrado, así que le envié un mensaje de vuelta felicitando a su prima y diciéndole que estaba preciosa. También le dije que podía esperar en casa, porque hacía frío para que estuviera esperando en mitad de la calle, y que la avisaría cuando estuviéramos llegando. Lo que fue exactamente cuarenta y dos minutos después.

—Buenas noches, Lana —la saludé saliendo del coche con una sonrisa.

—Buenas noches, señor O'Brien —respondió ella con una sonrisa tímida.

Me aparté de la puerta para dejarla entrar, pero estuve atento por si necesitaba ayuda con aquellos tacones altos que, por alguna razón, se había atrevido a ponerse. Con su increíble equilibrio de pato mareado, verla andar en zapato plano ya era un reto, pero quizá Lana quisiera jugarse la vida aquella noche y arriesgarse a romperse un tobillo en mitad de la alfombra roja delante de toda la prensa.

Le ofrecí la mano y ella la cogió con un leve sonrojo en las mejillas, repitiendo «gracias» muy por lo bajo. Se sentó en su lado y saludó a James, bueno, no a James, sino al Soltero de Oro que de pronto había sustituido al Señor Black.

—Vaya, Lana, estás preciosa —le dijo con esa sonrisa perfecta y ancha.

La mujer se sonrojó todavía más y bajó la mirada al suelo mientras se frotaba los dedos con nerviosismo sobre el regazo.

—Gracias, señor Black. El señor O'Brian me ayudó a prepararme —reconoció.

James me miró fingiendo sorpresa y alzó las cejas.

—¿En serio, Leo? —preguntó.

—Sí, señor Black —respondí, no demasiado interesado en participar en aquella estúpida farsa—. Lana, ¿quieres que te lea algunas de las preguntas que van a decir los periodistas? —le pregunté de forma casual—. Así quizá vayas más preparada y no te tomará tan por sorpresa.

—Oh… sí, claro —asintió ella repetidas veces.

Cogí el móvil y abrí el archivo que ya tenía preparado para leerle:

—¿Cuánto llevan usted y James Black saliendo juntos?

Ella se puso todavía más roja y abrió sus enormes ojos de color chocolate. Bajó la mirada al suelo y por un momento casi pude oír como rezaba a Dios para que la hiciera desaparecer del planeta tierra allí mismo.

—Un mes —respondió el señor Black por ella.

Lana le miró como si de pronto hubiera aparecido la Virgen María para concederle su deseo. Aquello iba a ser mucho más complicado de lo que pensaba. Creía que el señor Black ya le habría dejado claro en algunas de las cenas que estaban saliendo formalmente. Miré la lista de preguntas y ahogué una mueca de desagrado, aquella era la más suave de todas.

—Si te da vergüenza, yo puedo responder por ti —le ofreció el señor Black, quien quizá estuviera pensando lo mismo que yo sobre el desastre

que se avecinaba.
—Lana debería hablar —le recordé, porque era algo que el señor Lee había dejado bien claro.
James me dedicó una mirada y un leve cabeceó sin dejar de sonreír. No podría ni explicar lo perturbador que era verle así sabiendo los pensamientos que se escondían tras aquella máscara de perfección.
—Señorita Gómez, ¿dónde se conocieron? —insistí, inventándome una pregunta mucho más sencilla que «¿qué tal besa el señor Black?».
Ella consiguió reaccionar y tras coger una buena bocanada de aire, respondió:
—En el trabajo.
—Bien —la felicité con una sonrisa.
Lana asintió y parpadeó un par de veces antes de sonreírme de vuelta. Al final del trayecto, la había preparado lo suficiente para que fuera capaz de responder una pregunta en un tono de voz audible y sin mirar fijamente al suelo. Lo consideré todo un logro personal. Así que cuando alcanzamos la cola de coches de lujo y limusinas que aguardaban a poder dejar a los invitados en la alfombra roja, me bajé y le dediqué una última mirada al señor Black y una sonrisa a Lana.
—Os veré dentro —me despedí.
Alcé ambas cejas con sorpresa al ver la multitud de fotógrafos y periodistas que se acumulaban alrededor de la alfombra roja, bañando en una lluvia de flashes y preguntas a unos invitados muy sonrientes y comprometidos con la sociedad. Mi sorpresa inicial pasó a una mueca de descontento cuando vi las cámaras de televisión y a los reporteros que acercaban sus micros a los asistentes; al señor Black no le gustaba nada que le grabaran. Terminé soltando un suspiro de aire fresco de la noche y rodeando a aquella multitud para colarme por un lado de la puerta del ayuntamiento, tratando de evitar por todos los medios salir en alguna de las fotos.
Dentro todo era mucho más tranquilo. Había bastantes guardas de seguridad y detectores de metales de cuerpo entero, allí donde las cámaras no pudieran verlos. Un hombre se acercó a preguntarme mi nombre y a quién acompañaba, porque, al parecer, era evidente que yo no estaba allí por logros propios.
—Soy el ayudante de James Black, Leonard O'Brien —le dije con un tono de voz controlado, aunque él siguiera hablando por sus manos libres y mirando hacia la puerta, como si le molestara prestarme unos minutos de su valioso tiempo.
Comprobó el nombre en la lista y me indicó con un gesto de la mano el control de seguridad. Ya había un par de invitados allí, así que esperé pacientemente con las manos en los bolsillos y una expresión seria. Una mujer de cuerpo ancho, coleta apretada y una inesperada sonrisa, se acercó al verme allí esperando. Me saludó educadamente y pasó un detector de metales por mi cuerpo. Tuve que quitarme el Rolex y dejarlo a

un lado cuando la muñeca me pitó, después de repetir el proceso me dejó entrar.
Se lo agradecí con una sonrisa y pasé hacia las enormes escaleras del ayuntamiento. Era todo sumamente elegante y estaba muy preparado para aquella gala. Algunos invitados esperaban en las escaleras, charlando en pequeños grupos cercanos a los enormes reposabrazos, con sus trajes de diseñador y sus preciosos vestidos de noche, sonrientes y aparentemente felices. Después estaba yo, con mis manos en los bolsillos y mi cara seria mientras ascendía los escalones para llegar lo antes posible al salón de celebraciones y pedir un whisky.
—Leonard —me llamó entonces una voz que me resultó vagamente familiar.
Giré el rostro a un lado y me encontré con Jane Moore, la reportera de la revista online *This is happening!* Alcé las cejas con sorpresa y se me escapó una mirada de arriba abajo, porque la mujer estaba increíblemente guapa con su vestido negro, de escote de palabra de honor y una abertura que mostraba una de sus preciosas piernas hasta unos tacones de infarto. Jane sonrió un poco más con cierta prepotencia, creyendo que mi mirada se debía al deseo; pero no podía estar más equivocada. Mi mirada se debía a la admiración más gay e inofensiva posible. Sin embargo, su mirada de arriba abajo sí que me hizo sentir un poco incómodo.
—Señorita Moore —la saludé con una sonrisa, tratando de corregir mi error tras una fría educación—. Qué sorpresa encontrarla aquí.
—Oh, Leonard —se rio—. Esa educación europea es encantadora, pero yo llevo en esta ciudad toda la puta vida, así que llámame Jane o me enfadaré —respondió ella, invitándome a acercarme con un gesto suave de la mano.
Estaba al lado del reposabrazos de las últimas escaleras, con una visión perfecta de la entrada y el enorme hall del ayuntamiento. No llevaba cámara ni libreta esta vez, pero estaba claro que había venido allí a trabajar.
—¿Te han invitado a la cena, Jane? —pregunté mientras me acercaba, aunque ya sabía la respuesta.
Ella soltó un bufido y puso los ojos en blanco.
—Por supuesto —respondió con una sonrisa traviesa en sus bonitos labios carmesí—. ¿A ti?
Jane estaba un poco ladeada hacia mí, pero yo miraba al frente para no darle la idea de que le prestaba demasiada atención. Jane era una mujer peligrosa, inteligente y con acceso a un público bastante grande de personas que se creerían cualquier gilipollez que pusiera en su revista de cotilleos.
—Me he colado por la parte de atrás —respondí tranquilamente—. He oído que daban comida gratis y no pude resistirme.
—No hagas eso, Leonard —me advirtió, pero no parecía enfadada—. Los hombres guapos, graciosos e inteligentes son mi debilidad.

Le dediqué una mirada por el borde de los ojos y una sonrisa educada. Me contuve mucho para no responder: «los hombres así también son mi debilidad». Jane soltó un suspiro y miró al frente, hacia los invitados que entraban y esperaban en el detector de metales.

—El señor Black no es de los que asistan a este tipo de eventos —comenzó a decir ella, sin perder el tiempo y sin molestarse en tratar de cegarme con su belleza, porque sabía que eso no iba a funcionar conmigo—. ¿Acaso el repentino amor le ha cambiado?

Se me escapó la risa, pero fue corta y breve.

—El amor cambia a la gente —respondí—. ¿Nunca te has enamorado, Jane?

La mujer arqueó una de sus finas cejas rubias, muy consciente de que la estaba distrayendo para que no insistiera con el tema del señor Black y Lana.

—El amor es para los adolescentes y los tontos, Leonard —me dijo, como si fuera algo que debiera saber ya—. Y James Black no es un adolescente y dudo mucho que sea tonto. Es más, creo que es muy inteligente y que se ha buscado a una mujer guapa a la que pasear delante de las cámaras para que todos olviden los rumores sobre vosotros.

—Para ser una mujer que trabaja en una revista que ofrece test rápidos de «Tu tipo de príncipe azul» o «¿Qué estrella de cine es el amor de tu vida?», tienes una visión del amor que da miedo, Jane.

Se le escapó una sonrisa y ladeó el rostro para mirarme en lo que, creía, era un gesto sexy y divertido que hubiera hecho las delicias de cualquier hombre heterosexual.

—¿Y qué crees tú del amor, Leonard?

—Creo que cambia a la gente, y que, al parecer, el amor de mi vida es Matt Damon.

Jane se rio un poco y se pasó la mano por su preciosa melena rubia.

—El mío es Jamie Dornan —respondió.

La miré y alcé las cejas en una fingida expresión de sorpresa.

—Siempre me dijeron que me parecía a Jamie Dornan —reconocí, sin tener muy claro si lo había dicho por eso o por bromear un poco conmigo—, pero creo que es porque los dos somos irlandeses. Bueno —me corregí mientras ponía los ojos un poco en blanco—, yo soy de la buena Irlanda del Sur, la de verdad.

—No, os parecéis mucho —dijo ella con bastante seguridad, llegando a asentir un par de veces—, pero en pelirrojo y con los ojos grises.

Solté un murmullo como si estuviera sorprendido e interesado, sin embargo, un sonido llamó nuestra atención. Miré de nuevo al frente y vi a la «pareja del siglo» apareciendo por las escaleras de la entrada. James sonreía y saludaba hacia afuera, desde donde todavía le gritaban preguntas y les disparaban ráfagas de flashes, seguido de una Lana muy sonrojada y evidentemente azorada y aturdida. Cuando consiguieron alejarse lo suficiente, el señor Black no dejó de sonreír mientras miraba al-

rededor. No se detuvo hasta que me encontró en lo alto de las escaleras junto a Jane. Nos dedicó un saludo con la mano y señaló el detector de metales antes de encogerse de hombros, como si fuera una pequeña broma que yo debiera entender. Me señalé el reloj para indicarle que pitaría y que sería mejor que se lo quitara. James lo entendió rápido y empezó a desatarse la correa de su Patek Philippe de oro blanco.

—Siempre me ha parecido el tipo de hombre que esconde algo terrible —me dijo Jane, sin perder la ocasión de retomar el tema.

—Si hablas de su pene, deberías saber que hay robados de él en el gimnasio con mallas muy apretadas —le dije, algo que, por desgracia, era cierto. El señor Lee hablaba de aquello como «otro tipo de publicidad no tan inocente pero inofensiva»—. En algunas hasta salgo yo por detrás sudando como un cerdo.

Jane soltó una bocanada de aire y volvió a mirarme.

—Leonard, me impresiona lo bueno que eres manipulando las conversaciones —confesó, pero no parecía enfadada ni molesta por ello—. Empiezo a pensar que tú también escondes algo terrible.

—Si hablas de mi pene, deberías saber que…

Pero ella empezó a reírse y no tuve que terminar la frase. Jane me dedicó otra de sus miradas sexys y fue a decir algo, pero entonces miró a mis espaldas y se detuvo. Giré el rostro y vi al señor Black y a Lana acercándose a nosotros.

—Hemos tardado más de lo que pensamos —dijo James sin perder la sonrisa, mirándome a mí y después a Jane—. Tenías razón con lo del reloj, Leo.

—Señor Black —le saludé—, ¿se acuerda de Jane Moore? Le hizo una entrevista no hace mucho tiempo.

James fingió que tardaba un momento en recordarlo y al fin asintió.

—Oh, claro, Jane Moore de… ¿*What is happening*?

—*This is happening!* —le corregí.

Jane forzó una sonrisa y miró con atención a la pareja.

—Tú debes ser la famosa Lana Gómez, ¿me equivoco? —le preguntó ella, ignorando por completo al señor Black—. La envidia de todas las solteras de la ciudad…

Lana parpadeó y trató de sonreír, pero sus labios temblaron un poco y terminó mirando al suelo mientras se frotaba los dedos.

—No… no creo que sea la envidia de todas las solteras —respondió en voz más baja.

—Ah, ¿no? Has cazado al Soltero de Oro de la ciudad —insistió Jane—. ¿Cómo lo conseguiste?, ¿algún secreto que puedas compartir conmigo?

—Creía que los reporteros se habían quedado afuera —dije yo con una sonrisa afilada en los labios.

Jane me miró. No le hizo gracia el corte, pero terminó sonriendo de la misma forma que yo hacía.

—Cada vez me gustas más, Leonard —me dijo, pero sonó como otra

advertencia.
Entonces sentí una mano en la parte baja de la espalda y volví el rostro con cierta sorpresa para ver a James a mi lado con su sonrisa de un millón de dólares.
—Si nos disculpas, Jane, tenemos que ir al salón de la cena —dijo con un tono que sonó algo forzado.
Tiró un poco de mí para que comenzara a andar y apenas me dio tiempo a despedirme de Jane con un leve cabeceó y un rápido «hasta luego».
—James… —le susurré por lo bajo cuando ya estuvimos a un par de pasos—. La mano.
Él tardó un momento, pero terminó apartando su mano de mi espalda con cierta reticencia, como si le hubiera costado mucho hacerlo. Sin embargo, sabía que era muy peligroso que una mujer como Jane viera aquello; después de todo, el señor Black nunca tocaba a Lana de ninguna forma.
—¿Qué tal la alfombra roja? —le pregunté a Lana, que trataba de seguirnos el paso lo mejor posible a pesar de sus tacones altos.
—Bien… —murmuró en voz baja, pero buscó la mirada del señor Black para comprobar si estaba equivocada.
—Bastante bien —afirmó James mirándome de una forma fija y extraña—. ¿Qué tal tú con Jane?
—Me la encontré de camino al salón de la cena y estuvimos hablando un poco —expliqué de una forma tranquila, porque uno de los dos tenía que ser el racional allí.
—Cada vez le gustas más, Leo —añadió el señor Black, perdiendo parte de su sonrisa falsa y de su tono suave y aterciopelado.
—Pues se va a llevar una decepción —respondí, arqueando las cejas mientras esperaba a que el señor Black fuera capaz de atravesar esa capa de celos que le nublaba la mente y recordar quién era yo y qué era lo que a mí me gustaba.
—Es una mujer muy guapa —dijo Lana de improvisto, interrumpiendo una conversación que ni siquiera estaba entendiendo en realidad—. Creo que haríais muy buena pareja, señor O'Brien.
El señor Black giró el rostro hacia ella, seguía con una suave sonrisa, pero en sus ojos había un evidente y áspero enfado que asustó a la pobre mujer, quien perdió la sonrisa al instante e incluso llegó a retroceder un poco.
—¿Por qué no cierras la…?
—¡James! —le interrumpí yo, pasando un brazo por sus hombros para darle un fuerte apretón y agitarle un poco—. Siempre tan preocupado —sonreí, mirando a Lana. El corazón me latía con fuerza por aquel inesperado error del señor Black y temí lo peor—. Ninguna mujer le parece lo suficiente buena para mí —hice un mohín de molestia y fastidio y me reí.
Lana nos miró intermitentemente de uno a otro. Seguía indecisa y asustada por la mirada que le había dedicado James, una mirada que no conocía de él; hasta que el señor Black me rodeó la cadera con el brazo y

me acercó a él, escondiendo un fuerte apretón en aquel gesto que podría ser de amigos cercanos. De pronto recuperó la máscara del Soltero de Oro y le dijo:

—Leo solo se merece lo mejor —y, por supuesto, él era «lo mejor» en esa frase.

—Ah… —Lana pareció entenderlo, o quizá se forzó a entenderlo, y volvió a sonreír un poco—. Mi hermano también piensa eso de mí —asintió, cada vez un poco más relajada.

—¿Tienes un hermano? —le pregunté, como si fuera la noticia más fascinante del mundo—. Yo también tengo una hermana mayor.

—Mi hermano es más pequeño que yo, dos años —empezó a decir ella—, pero siempre ha sido muy protector conmigo.

—Como yo contigo, Leo —exclamó el señor Black, aprovechando para volver a acercarme a él mientras me miraba fijamente.

Me reí, pero había una oscura advertencia en el profundo azul de sus ojos; porque, aunque la palabra que había usado Lana hubiera sido «protector», en la mente de James eso significaba «posesivo». Y, sin embargo, a Lana pareció hacerle bastante gracia.

—No sabía que erais tan cercanos —reconoció, pero entonces se dio cuenta de que quizá había hablado demasiado y se sonrojó antes de bajar la mirada al suelo.

—Somos muy cercanos —reconocí, aunque ella no se podía imaginar cuánto—. Está precioso el ayuntamiento, ¿verdad?

Mi rápido cambio de tema sorprendió a la mujer, que echó una rápida mirada al pasillo que atravesábamos.

—Sí, está precioso —reconoció.

—Yo vine un par de veces por mi antiguo trabajo en el bufete de abogados —le expliqué, aprovechando para separarme del señor Black, quien, al igual que con la mano en mi espalda, se resistió un poco a dejarme ir.

Conseguí mantener la conversación hasta alcanzar el salón, interrumpiendo una vieja anécdota para decirle a la mujer que había frente a la puerta del salón de gala quienes éramos. Ella nos sonrió tras comprobar nuestros nombres y nos guio a la mesa. Ya había algunas personas allí, pero no estaba demasiado lleno todavía. La mayoría eran los «invitados estrella» y «héroes anónimos» que no habían tenido que pasar por la alfombra roja porque a nadie les importaban en realidad. Nuestro sitio estaba en una esquina un poco apartada hacia el final de la sala, cerca de las grandes ventanas con enormes cortinas color crema y lejos del escenario que habían montado para la gala. Nuestros nombres estaban escritos en pequeños carteles frente a las sillas, pero el señor Black apartó su silla y le ofreció el asiento a Lana. Ella aceptó con una tímida sonrisa y un leve sonrojo, sentándose donde él le había dicho. Aunque la realidad era que James solo quería sentarse a mi lado y lo había disfrazado como un gesto educado y sutil.

Yo me aparté mi propia silla y me senté en aquella mesa redonda y perfec-

tamente adornada. Las servilletas estaban dobladas sobre el plato en una forma extraña, como si fuera papiroflexia, y había muchos más tenedores de los que yo iba a necesitar o usar. Miré hacia la derecha, donde estaba el señor Black y, un sitio más allá, Lana, quien miraba los cubiertos como si les tuviera miedo.

—Son muchos, ¿verdad? —le pregunté con una sonrisa.

—Sí —afirmó ella con timidez—, creo que no sé cuál tengo que usar.

—Este es para la carne, este para el pescado, este para marisco —le fui explicando, cogiendo los tenedores, después hice lo mismo con los cuchillos—, y esto es una cuchara —terminé.

Ella sonrió más de lo normal y, para mi sorpresa, bromeó:

—Nunca había usado una cuchara antes.

—En Europa las usamos mucho —le expliqué—, mi madre en especial, porque es una mujer a la que le da pereza pinchar la comida con un tenedor y prefiere llevarse paladas a la boca. ¿Alguna vez has visto a alguien comer un bistec con cuchara y cuchillo?

Lana se rio.

—¿De verdad? —tuvo que preguntar.

—Te lo juro —y era verdad.

Conseguí mantener otra conversación mientras el salón se fue llenando de murmullos apagados y más gente.

Hubiera agradecido un poco de ayuda por parte del señor Black, pero él mantuvo su sonrisa y me miraba tranquilamente mientras hablaba, se reía en los momentos apropiados y le dedicaba a Lana breves miradas cuando hablaba. Bajé un poco la voz cuando llegaron más invitados y ocuparon los sitios a nuestro alrededor hasta que, finalmente, pude callarme cuando nos interrumpieron los aplausos y el alcalde subió al escenario.

Solté un suspiro mezcla de cansancio y agradecimiento. No me importaba hablar un poco, pero siempre resultaba un poco complicado junto a «la pareja del siglo». Me sentía como si estuviera soltando algún tipo de monólogo sin sentido. Como el que estaba echando en aquel momento el alcalde de la ciudad, que parecía no haberse molestado en aprender el discurso y, básicamente, leía las bromas sin tono ninguno y les quitaba toda la gracia; aunque el público se reía igual. Al terminar le dedicaron otro clamoroso aplauso que no se merecía y apagaron las luces para proyectar una pequeña cinta de agradecimiento.

Entonces sentí un roce en la pierna y bajé la mirada para ver parte de la mano del señor Black bajo el mantel. Me acariciaba suavemente el muslo en la penumbra mientras fingía ver la proyección con gran interés. Una sonrisa se me coló en los labios miré al frente sintiéndome de mejor humor que antes. Tras la película hubo otro aplauso y volvió a subir el alcalde para entregar los premios al servicio a la comunidad.

—¿Cuánto tenemos que quedarnos? —me preguntó el señor Black, acercándose más de lo necesario a mí para susurrarme al oído—. Estoy hasta los cojones de esta gilipollez.

—Hasta el final —respondí yo en el mismo tono bajo, pero tan solo volviendo un poco la cabeza y sin apartar la mirada del frente.
—Eso te voy a decir en el coche cuando te metas mi polla en la boca, Leo.
Se me escapó una suave carcajada que tuve que contener rápido porque llamó la atención de los presentes en la mesa.
—Eso es lo que me dices siempre, James —respondí.
—Ya sabes lo mucho que me gusta que lo hagas.
—Lo sé —reconocí.
El señor Black volvió a poner la mano en mi muslo, pero esta vez la deslizó hacia el interior de mis piernas y me acarició tan solo con el pulgar. Aquel roce discreto e íntimo me produjo bastante placer y giré el rostro, fingiendo que iba a susurrarle algo de vuelta, pero solo le di un beso húmedo y breve en la mejilla antes de decirle:
—Te quiero.
El señor Black perdió su sonrisa falsa y puso su verdadera sonrisa más fina y sin mostrar tanto los dientes. Entonces me miró de aquella forma tan intensa y extraña con la que me miraba a veces y casi pude distinguir… adoración en sus ojos. Pero fue apenas un instante antes de que nuevos aplausos interrumpieran el apagado discurso del premiado. Cuando volví a mirar al señor Black, ya estaba con la vista al frente, aunque su mano seguía en mi muslo. No la quitó de allí hasta que los premios terminaron cuarenta minutos después y al fin trajeron la cena.
Yo ya estaba hambriento y agradecí poder disfrutar de la comida de uno de los mejores chefs de la ciudad. Algunos de los comensales que compartían nuestra mesa se atrevieron a hacer algún comentario en alto para fomentar una conversación grupal. Algunos respondieron y así empezó una charla ligera entre todos en la que nuestro pequeño grupo de tres no participó más que con miradas y breves sonrisas. Yo estaba cansado de hablar por aquella noche, el señor Black solo estaba deseando poder marcharse y Lana era demasiado tímida para decir nada a aquellos desconocidos. Sin embargo, cuando llegó el postre, una mujer que decía ser una importante diseñadora de ropa se sintió lo suficiente confiada para hablar directamente al señor Black y a Lana.
—Vosotros sois James Black y Lana Gómez, ¿me equivoco? —comenzó con una sonrisa.
—Así es —afirmó el señor Black con su perfecta sonrisa y un fingido gesto de vergüenza por haber sido reconocido.
—Sois una pareja preciosa —continuó.
—Gracias —dijo el señor Black por ambos.
—También hago vestidos de boda, por si os interesa —se lanzó ya la mujer, llegando al punto que quería alcanzar.
No te hacías un nombre en esa ciudad sin tener el valor para hacer cosas como esas y venderte rápido y bien a posibles clientes. Si James y Lana se casaban, iba a ser la boda del siglo. Poder vestir a la novia aseguraba que tu nombre y el de tu marca estuvieran al día siguiente en todas las revistas

de cotilleo, moda y sociedad.
El señor Black decidió reírse de aquello de forma educada, ignorando lo colorada y avergonzada que se había puesto Lana, antes de responder:
—Es un poco pronto para pensar en eso, pero gracias.
—De todas formas, tomad mi tarjeta —les ofreció, sacando una tarjeta color crema del pequeño bolso que traía.
Nadie se movió hasta que yo me limpié los labios con la servilleta y me levanté para alargar la mano y cogerla con una educada sonrisa. Ella me miró y me sonrió de vuelta, demasiado acostumbrada a los ayudantes de los empresarios como para sorprenderse por aquello. Después de aquella oferta inesperada, retomaron la conversación, incluyendo esta vez al señor Black y Lana en ella. Cuarenta minutos después, al fin pudimos irnos. Fuimos de los primeros, pero esperamos el tiempo necesario para no parecer maleducados y desesperados por huir de allí; aunque lo estuviéramos.
A la salida aún quedaban algunos fotógrafos y paparazis que nos sacaron un par de fotos inesperadas de las que no me dio tiempo a apartarme. Les dediqué una mirada seca y me alejé un poco mientras la pareja saludaba de camino al coche. Esperamos un par de minutos a Lakov y el señor Black abrió la puerta de Lana, porque seguían apuntándoles con las cámaras. Yo crucé hacia el otro lado y entré en el coche con un suspiro de cansancio.
—Una noche larga —le dije a Lana a mi lado.
—Sí, pero la cena estaba deliciosa —respondió con una pequeña sonrisa.
El señor Black entró al fin y pulsó el comunicador para pedirle a Lakov que podíamos salir ya hacia casa de Lana. De camino mantuvimos una conversación sobre los cuchillos y tenedores que ella había usado y después de un par de bromas y otra conversación sobre el tartar de salmón, al fin pudimos dejar a la joven en la puerta de su casa. El señor Black se despidió con la mano y le dijo que había sido una velada encantadora, yo salí del coche, le ofrecí la mano y le di las gracias por venir. Ella respondió a todo con una sonrisa, asentimientos y «muchas gracias».
Cuando entré de nuevo, cerré la puerta, me dejé caer un poco sobre el asiento y cogí aire. Tras pasarme las manos por el rostro y frotarme un poco los ojos, miré al señor Black frente a mí. Estaba en su postura de rey del mundo y solo movió una mano para golpearse la pierna. Me levanté y fui hacia él para ponerme a horcajadas.
—Me debes una buena mamada, Leo —me recordó en tono bajo y mirándome a los ojos.
Le rodeé la cabeza con los brazos, apoyándolos en parte en el respaldo, antes de inclinarme y juntar mi frente a la suya.
—En casa —murmuré—, ahora estoy un poco cansado.
Creí que el señor Black insistiría, que se quejaría como hacía a veces y que presionaría la entrepierna contra mi culo para mostrarme que estaba muy

duro y que no iba a esperar; sin embargo, se quedó mirándome fijamente en silencio y, de pronto, puso morritos para pedirme un beso. Eso me hizo sonreír. Me incliné y le di un beso lento, húmedo, suave y repleto de cariño y amor. Cuando me separé le acaricié la mejilla y limpié con el pulgar un poco de saliva que había quedado en la comisura de sus preciosos labios.

—Leo —me llamó en voz baja, apenas un susurro.

Le miré a los ojos del azul del mar, que me miraban de vuelta de aquella forma extraña e intensa.

—Yo te… —dijo, pero se detuvo. Tensó la mandíbula y lo intentó de nuevo—, te… —su respiración se aceleró y cerró los labios. Había una batalla dentro de él, como si tratara de luchar consigo mismo por poder decirme algo que, quizá, tenía miedo de decirme—. Te daría cualquier cosa —terminó al fin. Cerró un momento los ojos y cuando los abrió de nuevo estaban un poco vidriosos y húmedos—. Yo te daría cualquier cosa, Leo —repitió.

Le acaricié la mejilla y sonreí un poco. Ambos sabíamos que aquello no era lo que desearía haberme dicho.

—Yo también te daría cualquier cosa, James —respondí.

Y James sonrió, me abrazó con fuerza y me apretó contra él como si no quisiera tener que soltarme nunca más.

SAN VALENTÍN

Tras un domingo tranquilo de películas malas, conversaciones tontas y bastante sexo, comencé la semana de buen humor y con energías renovadas. Ni siquiera el entrenamiento resultó tan terrible, aunque puede que ya estuviera demasiado acostumbrado a esa rutina como para que me siguiera molestando. Así que al terminar y volver al coche pedí los cafés y repasé la agenda del día mientras el señor Black me miraba fijamente, algo a lo que también me había acostumbrado después de tanto tiempo.

—Este viernes es San Valentín —le advertí sin apartar la mirada del móvil, donde ya tenía un archivo de la circular de Recursos Humanos sobre la celebración—. Decorarán la oficina, pero no se interrumpirá el horario laboral.

El señor Black no cambió su expresión seria cuando preguntó:

—¿Vamos a tener que ponernos algo esta vez y sacarnos fotos?

Levanté la cabeza para mirarle, pero tardé un par de segundos mientras lo pensaba.

—No, no lo creo —respondí—. Aunque quizá el señor Lee tenga otra idea en mente.

Y no me equivocaba. La primera reunión del día con el departamento de Publicidad consistió en un repaso bastante intenso de las reacciones de la prensa a todo lo que había pasado con «la pareja del siglo» en la alfombra roja. Proyectaron imágenes, aunque algunas de ellas ya las habíamos visto cuando el domingo el señor Black me había ordenado buscar algunos reportajes de la prensa online. James salía tan increíble como siempre, sonriente, con su elegante esmoquin y su pelo y su barba perfectamente recortados; y a su lado estaba Lana que, bueno, salía tan sonrojada, atontada y visiblemente incómoda como siempre. Tenía una forma de abrir los ojos delante de las cámaras que la hacía parecer como un cervatillo asustado y a punto de salir corriendo. Un tema que preocupaba bastante al señor Lee.

—Es encantador que la señorita Gómez sea un poco tímida, pero «un poco» —decía, señalando una vez más lo evidente—. Pero ya empieza a ser incómodo y raro para los espectadores.

El señor Lee reprodujo un pequeño vídeo de una de las numerosas entrevistas.

El señor Black respondía a las preguntas con su encanto de siempre, usando algunos extraños giros y expresiones que, juraría, me había copiado a mí. A su lado estaba Lana, sonrojada y visiblemente muy nerviosa. Cuando le hacía una pregunta a ella, abría los ojos y como que saltaba un poco el sitio. Le costaba mucho hablar y tartamudeaba, daba algún tipo de respuesta y después el señor Black salía a su rescate con una risa preparada o un comentario que redirigiera la atención hacia él.

—Nadie quiere ver a una mujer sufriendo y pasándolo mal a su lado, señor Black, después de todo, usted es el Soltero de Oro de la ciudad —continuó el señor Lee—. Quieren ver a una mujer feliz de estar a su lado y orgullosa de haberlo conseguido. Humilde, por supuesto —añadió deprisa por si se había explicado mal—, pero no insegura y asustada como si la hubieran arrastrado a la gala contra su voluntad.

El señor Lee dejó el silencio que siempre dejaba por si el señor Black quería decir algo, pero James no dijo nada, escuchándole con su expresión seria de párpados algo caídos.

—¿Tiene algo planeado para San Valentín? —preguntó entonces. Tras otro breve silencio sin respuesta, el señor Lee continuó—: Sería maravilloso si pudiera usted organizar algo especial, algún tipo de cena sorpresa en un lugar inesperado. No en un restaurante como la gente normal, porque vosotros no sois una pareja normal, sois «la pareja del siglo». —El señor Lee fue lo suficiente inteligente para girar el rostro hacia mí y terminar diciendo—: El departamento tiene un par de ideas que quizá pueda valorar para la cena de San Valentín. Ya le he enviado toda la información a su ayudante.

Me enfrenté a su mirada de ojos oscuros y tampoco dije nada durante un par de segundos, porque sabía lo mucho que eso le jodía al señor Lee.

—Muy bien —le dije con tranquilidad y tono neutro, pero no miré el móvil hasta alcanzar de nuevo el despacho—. Una cena en su piso —le leí al señor Black mientras este se desataba un poco la corbata.

—Nada en nuestra casa —sentenció él con tono serio, y yo estaba muy de acuerdo con eso.

—En el parque, tipo picnic y con farolillos de papel… —no tuve que terminar de leer antes de que el señor Black dijera un rotundo «No»—. En un globo estático —bufé y puse los ojos en blanco—. En lo alto del edificio de Lana, con vistas a la ciudad y con farolillos. A alguien del departamento de Publicidad le gustan mucho los farolillos —concluí.

El señor Black se recostó en su sillón negro y lo giró hacia la cristalera mientras yo me quedé de pie frente a la mesa, repasando la lista de ideas estúpidas y clichés de película romántica sobre cenas sorpresa.

—La gente suele regalar bombones, flores y tarjetas repletas de gilipolleces —dijo él.

Solté un murmullo afirmativo y respondí un mensaje un poco urgente que había llegado.

—Odio eso —continuó el señor Black—. Es cutre y ridículo.

—Encargaré las flores a una de las mejores floristerías, los bombones serán artesanos y muy caros, y quizá consiga que la poetisa Giona Munset escriba un par de palabras para la tarjeta y se las dedique a Lana —le dije—. Le seguro que no habrá nada cutre y ridículo, señor Black.

—Siguen siendo solo flores, bombones y una tarjeta —murmuró—. Yo me enfadaría mucho si me regalaran eso.

Fruncí levemente el ceño y entreabrí los labios, pero me tomé unos segundos para repensar lo que iba a decir.
—Bueno, es lo típico. No todos tienen el dinero, las ganas o el tiempo para organizar una cena con farolillos de papel, señor Black. Hay quienes simplemente van a la tienda y compran lo primero que encuentran en la sección de San Valentín. —James no apartó la mirada del ventanal y las vistas a los altos edificios que rodeaban al King's Place. No entendía muy bien cuál era el problema con las flores, los bombones y la tarjeta, así que añadí—: A Lana le gustará y el señor Lee dice que es necesario. Después tendrán la cena, se sacarán un par de fotos y podremos irnos a casa.
El señor Black asintió y di por concluida la conversación. Le dije que tenía diez minutos de descanso y me fui a mi escritorio. Tras otra reunión con Finanzas, una comida rápida, una cita fuera de la oficina y una última reunión con Administración; al fin pudimos dejar la oficina para ir a yoga.
—¿Nosotros qué somos, Leonard? —me preguntó el señor Black, sentado a la mesa mientras miraba con expresión seria como yo sacaba los envases de plástico de la bolsa y los volcaba en los platos.
—¿A qué te refieres? —le pregunté sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.
—Tú y yo —insistió, sin darme muchas más pistas.
Al fin levanté la mirada para encontrarme con aquellos ojos del azul de océano.
—Somos novios —respondí.
El señor Black asintió.
—Tú y yo somos novios de verdad.
—¿Por qué siempre dices «novios de verdad»? —le pregunté con verdadera curiosidad y el ceño levemente fruncido.
—Porque tú me quieres de verdad —respondió.
Dejé de mover las manos para centrar toda mi atención en él antes de compartir uno de nuestros breve silencios.
—Sí, te quiero de verdad —le dije, porque había sentido una punzada de tristeza al oír cómo James diferenciaba el «querer» y el «querer de verdad».
El señor Black volvió a asentir, se llevó las manos al cuello y empezó a desatarse la corbata azul marino sin dejar de mirarme antes de desabrocharse un par de botones de la camisa; como sabía que a mí me gustaba. Dejé su plato de pollo asado con revuelto de verduras frente a él y fui a por los botellines de agua antes de sentarme a la mesa.
—No me gustan las cenas románticas, me parecen una gilipollez —dijo antes de llevarse un trozo de carne a la boca y masticarla lentamente sin dejar de mirarme por el borde superior de los ojos.
—Bien —respondí, empezando a sospechar que todas aquellas quejas sobre los regalos y las cenas eran una especie de mensaje indirecto sobre San Valentín, pero de «nuestro» San Valentín—. Solo organizaré la cena sorpresa de Lana…

El señor Black asintió de nuevo y continuó cenando en silencio. Yo hice lo mismo, pensando en «nuestro San Valentín». Primero de todo, había dado por hecho que James no querría celebrarlo, así que había dejado a un lado todo lo que tuviera que ver con muestras de afecto directas ni cenas sorpresa; sin embargo, sí había pensado en un par de regalos. Se los iba a dar de todas formas, porque, aunque a él no le gustara la celebración, a mí sí me apetecía regalarle algo.

—Pero te gustan los regalos —dije en un momento indeterminado de la cena. A veces a James había que descifrarle como a un puñetero acertijo—. ¿Verdad?

El señor Black terminó de masticar, se pasó la lengua por los dientes y bebió un par de tragos de su botellín antes de responder:

—Me gustan tus regalos.

—Pero no los de San Valentín.

El señor Black volvió a dejar otro breve silencio.

—En San Valentín las parejas se hacen regalos, Leo.

Solté un murmullo de comprensión mientras alzaba un poco la cabeza. Para lo directo que era algunas veces James pidiendo cosas, parecía costarle mucho hablar claramente de que esperaba que yo le regalara algo por San Valentín.

—Sí, es verdad —afirmé con una sonrisa.

—Pero no bombones, flores ni tarjetas —concluyó.

—Por supuesto que no, eso es cutre y ridículo —le recordé.

—Exacto —sonrió él.

Se me escapó una pequeña risa y el tema quedó zanjado, al menos, con respecto a nosotros. Con respecto a Lana fue un poco más complejo de lo que me imaginaba. Pude encargar las flores al día siguiente, el ramo de rosas rojas más estúpidamente grande que la floristería *Fleurs d'été* podía ofrecer. Cuando me pidieron una dedicatoria para poner en la tarjeta le pregunté al señor Black.

—Estas flores me han costado mil dólares, espero que esta noche no lleves bragas —respondió sin apartar la mirada del cristal ahumado del coche.

Se me escapó la risa y negué con la cabeza. Sabía que no me iba a decir nada útil, solo le había preguntado para que dijera algún comentario gracioso y estúpido de los suyos porque me gustaban mucho. Al final escribí algo como: «Me recuerdan al rubor de tus mejillas cuando sonríes». Sinceramente, las dedicatorias empalagosas no eran lo mío. Los bombones se los encargué al repostero de más éxito de la ciudad, que había ganado un par de premios estatales. Tuve que mantener una larga conversación con el encargado de los pedidos a mitad de semana, aguantando sus interminables excusas y chorradas sobre la enorme lista de clientes que tenían y que, con tan poco tiempo, solo podían hacer diez bombones para mí.

—¿Va el chef Banner en avión a buscar el cacao directamente a Sudamérica para hacer cada bombón? —terminé preguntándole—. Porque

si no, no entiendo qué le cuesta hacer veinte de una tirada.
Por supuesto, eso le ofendió muchísimo. Al parecer el chef Banner dedicaba «mucho tiempo» y «cariño» a cada bombón que hacía. Gilipolleces. El chef Banner tenía a un ejército de cocineros preparando chocolates y rellenos como esclavos, para después venderlos a cuatrocientos dólares la docena. Tuve muchas ganas de mandarle a la mierda y colgar, pero me tragué la bilis y acepté los diez asquerosos bombones que me ofrecía como si fuera un enorme regalo personal.
Aunque la tarjeta fue lo peor. No solo tuve que soportar una larguísima lista de números y nombres de editores para conseguir el contacto personal de la poetisa Giona Munset, sino que después tuve que casi rogarle que me escribiera un poema a cambio de un precio cada vez más absurdo y más alto. Me obcequé en que fuera ella porque una vez había visto uno de sus libros de poemas en la recepción, sabía que era una autora romántica, lo que no sabía era que, además, era una mujer egocéntrica y soberbia.
—¿Y conoce usted alguno de mis poemas, señor O'Brien? —se atrevió a preguntarme.
Apreté los dientes en mitad del coche. Miré por la ventanilla ahumada donde se acumulaban los regueros de la lluvia que había empezado a caer a mediados de la semana. Me obligué a respirar y respondí:
—Es para una gran admiradora suya, señora Munset. Yo solo soy el ayudante del señor Black.
La mujer se rio con un poco de desprecio.
—Mi arte no se puede comprar por pedido, señor O'Brien. No es una hamburguesa.
—Señora Munset, sus poemas son peores que hamburguesas, sus poemas son una mierda y solo sirven para que cuarentonas solitarias y depresivas los cuelguen en Facebook. No es usted la puta Emily Dickinson —y colgué.
Miré al señor Black, quien me estaba mirando de vuelta con una fina sonrisa en los labios.
—Buscaré un poema de ella y lo escribiré yo mismo en la tarjeta —concluí con tono serio.
Él movió la cadera, donde ya tenía una cada vez más evidente erección.
—Ven aquí —ordenó en voz baja y grave.
Y fui.
Cuando llegó la tarde del jueves, las recepcionistas ya estaban preparando toda la decoración; colgando corazones, querubines y cubriéndolo todo de colores rojos y rosados. El señor Black se lo tomó con estoicismo y mantuvo su expresión seria y su paso recto en los viajes entre su despacho y las salas de reuniones. Abandonamos la oficina diez minutos antes para que James le pudiera dedicar el tiempo de rigor a Lana mientras yo respondía algunos mensajes.
«Sinceramente, Leonard, estoy muy decepcionado con que prefieras a los

perros que a los gatos. Los felinos son criaturas maravillosas, por ello los antiguos los adoraban como deidades. Hay una gran cantidad de religiones donde se adoraban a los gatos, pero muy pocas en las que se adoraban a los perros, y por algo será (Risa). Al final he visto el documental que me recomendaste, me pareció realmente interesante. Nunca había pensado que algo como el carbón hubiera tenido tanto impacto en el crecimiento de América y en el desarrollo de la industria y las vías de transporte». Me había respondido Edward.

Seguíamos hablando de vez en cuando, compartiendo ideas y recomendaciones a raíz del reportaje que yo le había enviado la semana anterior y que, para mi sorpresa, se había leído con mucho detenimiento.

«Los perros fueron domesticados por necesidad y siempre han acompañado al hombre, protegiéndole y ayudándole. Los gatos llegaron por interés y se quedaron por comodidad. Tu gran amigo Sellby los consideraría sanguijuelas del Estado. (Risa) ¿Qué planes tienes para San Valentín, Edward?, ¿has organizado una cita con el bisturí?, o quizá participes en algún affaire con el horno y la última receta de Madame Cuisine. En serio, no me creo que tu madre te las mande, estoy seguro de que estás suscrito a su página web y no quieres reconocerlo (Risa)».

Mandé el mensaje con una suave sonrisa en los labios, sabiendo que aquello le haría mucha gracia. Después repasé el correo y perdí la alegría al ver una invitación que tenía la esperanza de no recibir jamás. Aparté la mirada de la pantalla y esperé con los brazos cruzados al lado del ascensor. Cuando el señor Black terminó con su actuación del Soltero de Oro, dejó atrás a una Lana sonrojada y muy sonriente. En serio, esa chica estaba demasiado cegada por James. Casi se podía ver el amor en cada tono chocolate de sus ojos y en cada poro de su piel color caramelo. Ella suspiró antes de que las puertas del ascensor se cerraran, el señor Black suspiró después, pero con cansancio y hastío. Puso su mano en mi espalda y la acarició un poco.

—¿Ya está todo lo de mañana? —preguntó con tono serio y bajo, porque había más gente en el ascensor.

—Sí, señor Black —respondí en el mismo tono—. También ha recibido una invitación para «la celebración del amor verdadero, el que te llena de verdad y hasta el fondo».

James giró el rostro hacia mí y me miró fijamente, pero yo seguí con la vista al frente.

—¿Cuándo? —preguntó.

—El sábado a la noche en la décimo octava planta del hotel Vinnian.

El señor Black no dijo nada y yo sentí un vacío más grande en el pecho a cada segundo que pasaba. No le miré hasta llegar al coche, e incluso ahí me centré en fingir que la lluvia repiqueteando contra el cristal era lo más entretenido y maravilloso del mundo. El móvil vibró en mi bolsillo y miré la respuesta de Edward, mucho más rápida de lo que me esperaba. A veces respondía a los pocos minutos, a veces al día siguiente. Siempre de-

pendía de lo ocupado que estuviera en el hospital del que, efectivamente, nunca parecía salir.
«Por favor, Leonard, no llames al señor Sellby mi amigo. Lo encuentro insultante (Risa). Te prometo que las recetas me las envía mi madre, ella es la única que está suscrita a la web de Madame Cuisine. Si realmente yo lo estuviera, no me avergonzaría decirlo. Ser un fan de la cocina no es el peor de mis numerosos problemas (Risa). Pues sí, pasaré San Valentín en el hospital. Mis compañeros siempre suelen pelearse por cambiar el turno de trabajo conmigo porque saben que no me importa sustituirles en ocasiones como estas. Tengo fama de hombre solitario y ya saben que sería imposible que tuviera planes para celebrar esta fiesta (Risa). ¿Tú tienes alguna cita?».
A veces me costaba entender un poco a Edward cuando decía esa clase de cosas. Era un hombre atractivo, con sentido del humor e inteligente; pero parecía obsesionado con que no le gustaba a nadie o que jamás podría encontrar pareja.
«Sí, tengo una cita con una hamburguesa con queso mientras espero a que el señor Black y Lana terminen con su cena romántica. Le ha organizado una sorpresa en la oficina a la luz de las velas». Realmente yo había tenido la idea y lo había preparado todo, pero eso no era algo que Edward necesitara saber. Envié el mensaje y dejé el móvil a un lado. Sin embargo, a los pocos minutos volvió a vibrar.
«Puedes pasarte por el hospital y hacemos un trío tú, yo y la hamburguesa (Risa)». Alcé las cejas y tuve que releer el mensaje un par de veces, demasiado sorprendido con aquella inesperada broma sexual de Edward.
No había pasado ni un minuto cuando recibí otro mensaje. «Lo siento muchísimo, Leonard. Ha sido una broma estúpida, inapropiada y desagradable. Me siento muy avergonzado y espero que no te haya ofendido. He dormido mal y no lo pensé demasiado. Discúlpame, por favor». Eso sí sonaba a Edward.
«(Risa). No te preocupes, Edward, me hizo gracia. Aunque sí que creí que por un momento te habían robado el móvil y alguien más había escrito eso por ti (Risa)». Lo envié y levanté la mirada, encontrándome con los ojos azules del señor Black en la penumbra. Mi primera reacción fue apartarlos deprisa al recordar que no quería mirarle, sin embargo, no lo hice.
—Leo —murmuró tras un breve silencio compartido—. ¿Qué pasaría si te pidiera que fuéramos a esa fiesta?
—Que me enfadaría —respondí sin dudarlo.
—¿Y si te dijera que es importante para mí?
Me obligué a tomar una larga respiración, tratando de llenar de aire el agujero que se estaba empezando a reabrir en mi pecho.
—Que iría —reconocí a mi pesar.
El señor Black no preguntó nada más y nos sumergimos de nuevo en un silencio, pero no tan agradable y familiar como siempre; sino algo extraño y tenso. Cuando llegamos a casa, James no apartó la mano de mi espalda

hasta que llegamos a la cocina y me puse a preparar la cena. Lo que para nosotros significaba sacarla de los envases y ponerla en un plato. El señor Black se quitó la gabardina beis, la chaqueta del traje y se desató la corbata para dejarlo todo a un lado de la mesa, como siempre hacía.

—Tengo una fama bastante grande entre los amigos de Jacobs —dijo antes de sentarse en el taburete alto y desabrocharse los botones—. Me admiran y siempre me invitan a todas sus fiestas, porque soy el hombre que todos querrían ser.

Escuché en silencio y con la mirada baja. El señor Black se detuvo para mirarme fijamente y esperar a que dijera algo al respecto, como no lo hice, continuó:

—Por supuesto, no voy a compartirte con nadie jamás, Leo, pero no me importaría que pudieran ver lo bien que lo hacemos nosotros. No es tanto y no sería diferente a lo que hacemos siempre en casa, solo que en un lugar con más gente. ¿Entiendes?

Dejé el botellín de agua y el plato de espinacas con gambas frente a él y me senté en el taburete.

—Lo único que entiendo es que quieres ir a una fiesta de depravados y drogadictos de Wall Street para follarme delante de ellos como si fuéramos algún tipo de show —respondí al fin, dedicándole una mirada seria y el tono más neutro posible—. Pero lo que nosotros hacemos no es un puto espectáculo, James. No somos un par de putas, ni actores porno, ni monstruos de circo. Si tanto valoras lo que ellos piensen de ti y quieres humillarte de esa forma, búscate a otro, porque yo no voy a permitirlo.

El señor Black había empezado a tensar la mandíbula y a enfadarse conmigo, pero yo no me detuve hasta terminar de hablar.

—No es humillarse, Leo… —dijo en voz baja, grave y cada vez más densa y oscura—. Nos tienen envidia…

—James, te invitan solo para tener una anécdota nueva sobre las putas guarradas que haces para ellos. No les… —pero un fuerte golpe en la mesa detuvo mis palabras e hizo temblar los platos y los botellines de agua.

—¡Me invitan porque soy una puta leyenda! —gritó muy alto y con los ojos muy abiertos—. ¡Ya oíste a Jacobs! ¡Están deseando vernos porque saben que ellos nunca podrían tener lo que nosotros tenemos ni hacer lo que nosotros hacemos!

Le di tiempo a que tomara un par de bocanadas profundas y un poco jadeantes mientras me miraba con aquella locura en el mar azul de sus ojos.

—Yo no quiero estar con una puta leyenda —murmuré en voz baja, apenas un susurro apagado en contraste con los gritos del señor Black. Se me humedecieron los ojos, pero me obligué a continuar—: yo quiero estar contigo, James. Si eso no es suficiente para ti, quizá deberías buscarte a alguien que quiera ser una leyenda a tu lado.

Bajé la mirada y me llevé un bocado de espinacas a la boca, esforzándome

por no llorar en silencio. El señor Black no hizo nada más que mirarme con enfado contenido y apretar los puños con fuerza sobre la mesa. Tras un largo minuto se levantó y se llevó su plato y su botellín con él de camino a las escaleras para subir con pasos atronadores hacia el segundo piso y meterse en su despacho antes de dar un violento portazo. Entonces levanté la mirada de mi plato y cerré un momento lo ojos.

A veces me olvidaba de los muchos problemas que James escondía dentro de él, detrás de su increíble atractivo y su cuerpo perfecto. De las muchas necesidades, taras y complejos que arrastraba.

De que yo antes pensaba que jamás podría querer a un hombre así; pero allí estaba, perdidamente enamorado de la clase de persona que creía que jamás podría amar.

Terminé de cenar y recogí mi plato. Fui al baño para quitarme las lentillas, lavarme la cara y los dientes. Me quedé mirándome un momento al espejo y me froté los ojos algo enrojecidos. Cogí una bocanada de aire y la solté lentamente antes de salir por la puerta y subir hacia la habitación. Me desvestí hasta quedarme en ropa interior y me metí en mi lado de la cama. Había dudado en llamar a la puerta del despacho y tratar de hablar con James, pero no sabía qué más podría decirle.

Cerré los ojos, sin embargo, la cabeza no paraba de darme vueltas con el tema y no conseguía dormirme. En un punto de la noche, quizá una o dos horas después, la puerta de la habitación se abrió y un James muy silencioso se coló dentro. No hizo apenas ruido mientras se desvestía y tuvo mucho cuidado de tratar de no despertarme, porque no sabía que yo todavía estaba despierto. Se acostó a mi lado, pero yo estaba de espaldas a él y no podía verle. Fingí que seguía dormido hasta que pensé en darme la vuelta y abrazarle. Y entonces el señor Black se volvió lentamente y me rodeó con un brazo, pegándose todo lo posible a mí sin querer despertarme. Noté su respiración cerca de la nuca y la suave caricia que me dedicaba. Tardó un par de minutos, pero se quedó dormido antes que yo, apretándome ya con intensidad y tratando de cubrirme, como él siempre hacía, bajo su cuerpo. Me dejé arrastrar y le rodeé con los brazos.

James era el tipo de hombre que nunca creí que podría querer; demasiado complejo y difícil, demasiado orgulloso y voluble; pero allí estaba yo, perdidamente enamorado de él.

Cuando sonó el despertador levanté la cabeza con ojos soñolientos que apenas conseguía abrir. James movió la mano y lo apagó de un golpe seco, sin apartarse si quiera de encima de mí. Ambos estábamos despiertos y pegados. El señor Black me cubría gran parte del cuerpo, con el rostro hundido a la altura de mi cuello mientras yo le abrazaba. No había nada extraño en aquella postura, no era más que una de las muchas en las que siempre nos despertábamos; lo extraño era la situación en la que nos encontrábamos en aquel momento tras haber discutido un poco la noche anterior. Así que nos quedamos sin decir ni hacer nada durante un par de minutos hasta que yo le acaricié la espalda y le di un suave beso en la me-

jilla.
—Vamos a llegar tarde —murmuré, comenzando a apartarme para ir hacia el vestidor a coger mi ropa.
James me detuvo y giró el rostro para mirarme un poco por el borde de los ojos, como si le asustara un poco lo que pudiera ver en mí. Puso morritos, pero fue un gesto fugaz y no tan marcado como solía ser, como si temiera pedirme aquel beso tan nuestro. Me incliné y se lo di, alargándolo un poco para decirle sin palabras «no estoy enfadado». Cuando me aparté, James ya me miraba sin miedo, asintió y se separó para ir hacia el baño. Yo cogí mi ropa y me di una ducha corta y caliente, preparé mi café de cada mañana y me lo bebí mientras miraba la ciudad y el cielo gris tras la cristalera. El señor Black bajó con su gabardina ya puesta y su bolsa de deporte.
—Buenos días, señor Black —le saludé—. Feliz San Valentín.
—Buenos días, Leonard —respondió él y, tras un breve silencio, añadió—: Feliz San Valentín.
Puse una suave sonrisa, pero no la que yo solía poner, porque aún me costaba un poco y no sabía si James estaba de nuevo tranquilo o si, simplemente, había dejado pasar el tema. Puso su mano en mi espalda en el ascensor, acariciándome un poco con ella en el descenso al garaje.
—¿Has comido bombones, Lakov? —le pregunté con cierta sorna, ya que tenía un rastro de chocolate en el borde de los labios.
—Me he comido muchas cosas esta mañana, señor Obrei —respondió con su misma expresión de siempre.
Se me saltó la risa y me metí en el coche. Todavía estaba algo impresionado con la idea de que Lakov tuviera a alguna chica especial por ahí cuando miré el móvil para repasar los últimos mensajes y comprobar que no había nada urgente. En el gimnasio habían pegado corazones en las paredes y hasta en los vestuarios.
—Creo que es un poco raro que los hayan puesto aquí —reconocí en voz alta mientras nos cambiábamos de ropa.
—Este vestuario ha visto mucho amor —respondió el señor Black, lo que me hizo reírme un poco. Eso debió tranquilizarle más, porque volvió a poner su mano en mi espalda cuando nos dirigimos hacia la sala de entrenamiento, y lo hizo de nuevo cuando bajamos sudados de vuelta al vestuario—. A mí no me han comido nada esta mañana, Leo… —se atrevió a decirme mientras nos desvestíamos.
Le dirigí una mirada por el borde superior de los ojos mientras me terminaba de quitar la ropa interior.
El señor Black se había dado más prisa de lo normal en desvestirse, dejando al aire su polla cada vez más gorda y dura. Su expresión seria no cambió, pero cruzó sus grandes brazos sobre el pecho abultado y esperó mi respuesta. Debía estar ya bastante seguro de que yo no estaba enfadado con él como para mostrarse indignado por aquello.
—A mí tampoco me han comido nada —le recordé, dejando el calzoncillo

sudado a un lado.
El señor Black señaló con la cabeza hacia las duchas y le seguí hacia uno de los cubículos privados. Para mi sorpresa, fue él quien me dedicó más tiempo y esfuerzo esta vez, obligándome a apretar los dientes y morderme el labio inferior para no gemir demasiado alto mientras notaba su lengua gruesa y húmeda por cada milímetro de mi culo. Después de un buen morreo llegó mi turno de bajar por su cuerpo mojado y todavía salado de sudor, pero él no se esforzó lo más mínimo en contener los gruñidos y los gemidos de placer.
—James —le pedí en un momento, empezando a sentirme realmente avergonzado y nervioso por si nos oían, pero el señor Black solo me agarró del pelo y volvió a meterme la polla en la boca con una enorme sonrisa en los labios.
Después de correrno nos quedamos debajo del chorro de agua, recuperando la respiración y las energías mientras nos abrazábamos y nos dedicábamos pequeños besos el uno al otro; igual que hacíamos en la ducha de casa. Hice un par de gárgaras, pero sabía que necesitaría algo más fuerte que el agua para limpiarme la boca y no llegar al trabajo con el aliento apestando. Así que cuando volvimos al coche, mucho más tarde de lo que deberíamos, pedí los cafés y un par de donuts glaseados mientras James se recostaba en su asiento y dejaba caer la cabeza en el respaldo con una fina sonrisa y un suspiro de felicidad.
—Lana ya ha recibido las flores, señor Black —anuncié tras recibir el mensaje del repartidor confirmando la entrega.
El señor Black soltó un leve murmullo sin mucho interés y me miró.
—¿Y mi regalo? —quiso saber.
—La mamada en las duchas fue tu regalo —respondí.
James perdió la suave sonrisa y se quedó muy serio, lo que me provocó una carcajada.
—Está en casa —dije antes de mirar el móvil—, pero te advierto que son un par de tonterías, quizá no es lo que te esperas.
—¿Qué tonterías?
Me encogí un poco de hombros.
—Tonterías nuestras, James —fue todo lo que pude decirle.
—Me gustan mucho nuestras tonterías —murmuró.
Le dediqué una breve mirada por el borde de los ojos y una media sonrisa antes de negar con la cabeza. A mí también me gustaban mucho.
Cuando salimos del ascensor de la oficina nos encontramos con que los ramos de flores, los corazones, los bombones y los querubines habían invadido el lugar, como una especie de plaga que se extendía por todas partes. Lana se levantó de un salto tras la mesa alta de recepción, donde había un ramo de rosas rojas absurdamente grande, elegante y caro. Al Señor Black pareció costarle un momento activar el botón del Soltero de Oro, y entonces empezó a sonreír de una forma repentina y a caminar hacia ella.

—Vaya, Lana, ¿tienes un admirador secreto? —le preguntó con un tono aterciopelado y coqueto.
A la joven se le saltó una risa nerviosa y avergonzada, poniéndose todavía más roja. Yo fui a por los cafés, los donuts y el desayuno, que una chica morena y bastante guapa de recepción ya había dejado sobre la mesa para mí.
—Pedí dos donuts —murmuré en voz baja, al ver que solo había una berlina glaseada junto a los cafés.
—Ah, sí —afirmó ella, inclinándose un poco para decirme en voz más baja—. Lana ha hecho un donut especial para el señor Black.
—Oh… —asentí. No había caído en que quizá ella también quisiera hacerle un pequeño regalo a James.
Me llevé todo y esperé a un lado a que el espectáculo terminara. Lana sacó el bollo con forma circular y cubierto con lo que supuse que era chocolate negro y unas letras en blanco donde ponía «James Black». El señor Black se hizo el sorprendido de una forma encantadora y le dedicó la mejor de sus sonrisas. Después al fin pudimos ir al despacho. Le di un buen trago al café y dejé el suyo frente a él en la mesa antes de empezar a sacar el desayuno de la bolsa.
—No te comas mi donut, Leonard —dijo tras desatarse un poco la corbata.
Miré la berlina que le había hecho Lana frente a él en la mesa, después el donut glaseado que yo ya había mordido un poco, y finalmente a los ojos del señor Black. Alargó la mano e hizo un breve movimiento con los dedos para ordenarme que se lo diera.
—Pedí dos, pero solo me trajeron uno —le expliqué.
James repitió el gesto, pero esta vez de una forma más marcada, así que le di otro pequeño mordisco más al donut y se lo entregué. El señor Black puso una fina sonrisa de victoria y lo dejó a un lado para poder comerlo después del desayuno. Chupé los dedos manchados de glaseado y después continué repartiendo los envases de plástico y las servilletas.
—Hoy será un día bastante tranquilo, al menos con respecto al trabajo —le fui diciendo—. El señor Lee ya ha contactado con Recursos Humanos y ha conseguido que los limpiadores no vengan esta noche para que no interrumpan su cena romántica. El equipo llegará al cerrar la oficina, montará la mesa en la sala de reuniones central y el pequeño salón de baile en el pasillo con el equipo de música para que pueda invitarla a bailar tras la cena, después el catering traerá la comida y el vino y lo servirá todo. Cuando se vayan todos esparciré el camino de pétalos desde el ascensor al despacho para que Lana los siga hasta usted.
—Se va a perder —murmuró el señor Black, abriendo su envase de queso fresco con avena, plátano y trozos de almendra.
Puse los ojos en blanco como toda respuesta y fui a sentarme en mi sillón con mi desayuno y el café en las manos. Habíamos llegado bastante tarde, pero no teníamos ninguna reunión hasta la segunda hora y todavía teníamos tiempo para comer tranquilamente.

—¿Tú qué vas a cenar, Leonard? —me preguntó tras un breve silencio antes de meterse una buena cucharada en la boca.
—Iré a por una hamburguesa con patatas, aros de cebolla y un helado —respondí sin apartar la mirada de mi bol mientras lo revolvía.
—¿Por qué no pides que te la traigan?
—En San Valentín los repartidores siempre andan muy ocupados y tardan demasiado. Acabo antes yendo yo mismo a buscarlo.
—¿A dónde?
—Al lugar con la freidora más aceitosa y los botes más llenos de kétchup y mostaza que encuentre.
—Espera a que termine con la cena y te acompaño.
—No voy a pasarme dos horas aquí esperando y sin cenar nada, señor Black.
—Entonces dile a Lakov que lo vaya a buscar por ti.
Al fin levanté la mirada para encontrarme con aquellos ojos del azul del mar que me miraban de vuelta con expresión seria.
—Lakov le ha pedido la noche libre, señor Black —le recordé—. Iré yo mismo a buscarlo, no tardaré demasiado. Después lo comeré todo escondido en la sala de descanso.
—¿Por qué no has pedido al catering que te hiciera la cena también? Podrías comerla con nosotros en la mesa.
—James… —no hizo falta nada más para que él tensara un poco la mandíbula.
—¿Qué hay de malo en eso? —exigió saber.
—Sería raro e incomodaría mucho a Lana, James. Se supone que es una cena romántica y privada en la que yo no debería estar. Ni siquiera tendría que volver del local para comer en la sala de descanso, pero sé que si no lo hago te vas a poner como una fiera por no tenerme cerca.
El señor Black al fin apartó la mirada hacia su envase ya casi vacío.
—Sabes que me pone nervioso que no estés cerca, Leonard… —murmuró con un tono tan bajo que casi me costó distinguir las palabras.
—Solo iré a recoger la cena y volveré.
El señor Black no dijo nada y terminó su queso fresco con avena antes de beber un par de tragos de su café largo solo y devorar el donut glaseado. No volvió a decir nada hasta que terminamos el desayuno y nos tomamos el café, cuando volví a atarle la corbata y le di un beso suave en los labios.
—¿Cuánto tardarás? —me preguntó.
Le acaricié desde la mejilla hasta el mentón de barba perfectamente recortada.
—Poco —respondí—. No creo que el local esté muy lleno.
—Llevarás el móvil.
Miré fijamente sus ojos y apreté las comisuras de los labios en una pequeña mueca de queja porque no me gustaba aquella necesidad de James de tenerme siempre vigilado.
—A veces me preocupa que creas que eres mi dueño, James —le confesé.

—Soy tu dueño —me dijo con tono serio mientras me rodeaba la cadera con los brazos para acercarme a él—. Y tú eres el mío.
Solo pude fruncir el ceño y mirar intermitentemente a sus ojos como si esperara que en algún momento el señor Black fuera a reírse y decir que había sido una broma; pero ese momento nunca llegó.
—Esa es una forma muy retorcida de entender una pareja, James —murmuré con cierta preocupación.
El señor Black se encogió un poco de hombros como si eso no pudiera importarle menos.
—No sé cómo son las demás parejas, Leo —me dijo—. Solo sé cómo somos nosotros.
Eso no me hizo sentir mejor, la verdad, pero el señor Black se inclinó y me dio un beso largo y húmedo en los labios, me acercó más a él y gruñó con placer cuando le mordí suavemente el labio inferior, que sabía a un poco a café y un poco a glaseado dulce. Para terminar, me dio otro beso suave y se separó un poco, abrochando los botones de su chaqueta para ocultar su evidente erección. Yo fui hacia la puerta, un poco atontado y un poco excitado, y esperé a que terminara para abrirla y seguirle hacia la primera reunión del día.
James era el tipo de hombre que nunca creí que podría amar; demasiado dominante y posesivo, demasiado extraño y excéntrico; sin embargo, allí estaba yo, profunda, estúpida y perdidamente enamorado de él.

A la hora de comer, Lana quiso darle las gracias en persona al señor Black. Ya había recibido los bombones artesanales y la tarjeta dedicada con el poema, creando un pequeño revuelo entre las recepcionistas porque algunas de ellas estaban hartas de recibir a mensajeros con ramos de flores y regalos que no eran para ellas; y Lana ya llevaba tres regalos que apestaban a caro a kilómetros de distancia. Así que cuando la joven nos trajo la bolsa de la comida al despacho estaba sonrojada y en un punto medio entre la felicidad y el remordimiento por estar saliendo con «El Jefazo».

—Señor O'Brien —murmuró en voz muy baja y con la mirada clavada en el suelo—. ¿Podría hablar con el señor Black para darle las gracias?

—Por supuesto —sonreí yo, haciéndome a un lado para dejarla pasar.

Ella cruzó el umbral del despacho como si se tratara de la entrada a otro mundo. El señor Black estaba sentado en su sillón, tratando de volver a atarse a prisa la corbata mientras sonreía como el Soltero de Oro.

—Quería darle las gracias por todos los regalos, señor Black —empezó a decir ella mientras se frotaba las manos de una forma nerviosa y era incapaz de apartar la mirada del suelo—. Pero no hacía falta que se molestara tanto, de verdad… Yo… —cogió un par de bocanadas de aire y estaba seguro de que se iba a poner a llorar allí mismo—. Son… son demasiado y siento mucho haberle hecho tan solo un bollo.

James se rio de una forma encantadora y falsa, quitándole peso a aquella situación tan extraña.

—No te preocupes, Lana —respondió—. Me ha gustado mucho el bollo —y se lo mostró a un lado de la mesa donde lo había dejado desde la mañana.

Ella lo miró y abrió mucho los ojos.

—¿No… no se lo ha comido? —preguntó con sorpresa—. ¿No le gusta el chocolate? —entonces cambió la sorpresa y la profunda tristeza por la preocupación—. Creí que le gustaría, lo siento muchísimo. Como pide donuts algunos días, creí que le…

—Me ha encantado tanto que me ha dado pena comerlo —la interrumpió el señor Black sin dejar de sonreír.

—Ah —comprendió Lana, visiblemente más relajada de pronto—. Claro, sí… emh… ¡Muchas gracias! —exclamó antes de darse la vuelta e ir hacia la puerta.

Yo me quedé… bueno, cosas de Lana, sinceramente, ya ni me esforzaba en tratar de comprender qué cojones le pasaba a esa mujer por la cabeza. Me despedí de ella, aunque estaba seguro de que no me había oído, y cerré la puerta. El señor Black ya había perdido la sonrisa y se estaba desatando la corbata de nuevo recostado sobre su sillón negro. Fui hacia él y repartí los envases en dos pilas sobre la mesa de ébano.

—No la dejes entrar jamás en el despacho, Leonard —me ordenó.

—Perdón —me disculpé—, no pensé que le molestaría, señor Black.
—Este despacho es como nuestra casa, pero en la oficina —me explicó.
Solté un murmullo de comprensión y continué repartiéndolo todo antes de llevarme mis cosas al sofá y la mesa baja.
—Normal que haya venido —dijo entonces el señor Black, abriendo su envase de quínoa con pavo y berenjena—. Yo me he gastado mucho dinero en sus regalos y ella me ha dado un puto bollo.
Aparté la mirada del móvil para verle. El señor Black ya estaba masticando y mirándome de vuelta, un poco girado hacia mí en su sillón negro.
—El precio de un regalo no es lo más importante, James —le aclaré, porque aquello me había parecido feo—. Lana se ha molestado en dedicarle tiempo y cariño a ese bollo.
Al señor Black no pareció importarle mis palabras, porque, tras un breve silencio, preguntó:
—¿Cuánto te has gastado en mi regalo, Leo?
—James… —no necesité nada más que eso y una mirada seca para que el señor Black supiera que aquello no me estaba gustando nada.
James mantuvo la expresión seria mientras seguía mirándome, masticando y comiendo. Sabía cómo funcionan los regalos en casa de los Black, donde solo importaba el precio y la calidad, pero todo eso no significaba nada para mí.
—Quiero saber si yo me he gastado lo suficiente en el tuyo, Leo —dijo en voz más baja.
—No me importa lo que te hayas gastado —le aseguré, pero cambié de tono a uno más afable y menos seco antes de añadir—: con que sea tuyo me vale, James —sonreí.
El señor Black se quedó en silencio y dejó de masticar. Tras un par de largos segundos bajó la mirada a su envase y continuó comiendo. Pensé que el tema había concluido, pero de camino a la primera reunión de la tarde en otra oficina del centro, el señor Black murmuró:
—¿Es otra foto nuestra?
Aparté la mirada del móvil y esperé a que él hiciera lo mismo con el cristal ahumado del coche.
—No, no es otra foto —respondí tranquilamente—, pero tampoco es algo caro. Te he dicho que solo es una tontería.
El señor Black asintió, se descalzó y puso los pies de calcetines negros sobre mi regazo. Así que dejé el móvil a un lado y se los masajeé un poco. James recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos con un leve suspiro.
—No te duermas, solo tenemos diez minutos de viaje —le recordé.
Él soltó un murmullo de afirmación, pero se quedó dormido de todas formas y tuve que calzarle y despertarle poco antes de llegar. El señor Black entreabrió los ojos y me miró, todavía un poco adormilado y perdido, hasta que se dio cuenta de donde estaba y entonces puso morritos. Se me escapó una sonrisa de profundo cariño y me acerqué para

darle un beso en los labios. A James le encantaba que le mimaran y, por sorprendente que pudiera parecer, también era un hombre bastante mimoso; solo que él tenía su propia forma de mostrar cariño y su propia manera de entender las caricias. La mano en la espalda era una de ellas. Ahora nunca la apartaba a no ser que fuera estrictamente necesario, y, algunas veces, lo hacía a regañadientes cuando yo le advertía de que hacerlo en público quizá no fuera la mejor de las ideas.

Cuando al fin regresamos a la oficina, había más ramos y flores que antes, inundando la recepción como si se tratara de alguna floristería improvisada. Casi ni se veía a las recepcionistas tras la mesa alta. James le dedicó los minutos de rigor a Lana y le preguntó qué iba a hacer aquella noche. Ella se puso un poco nerviosa y respondió en voz baja:

—Nada especial.

—Yo tendré que quedarme en la oficina a resolver algunos asuntos —respondió el señor Black con un falso pero encantador mohín de pesar en el rostro—. Cosas de ser el jefe —puso los ojos en blanco y resopló, lo que provocó una risa baja de la joven—, ya sabes.

Eso de fingir estar ocupado era parte del plan para sorprender a Lana con la cena, sin embargo, yo no sabía hasta qué punto aquello sería bueno. Yo había sido más de la opinión de plantear una cita, pero como si de pronto surgiera un improvisto en la oficina y tuvieran que cambiar de planes y en vez de un restaurante, el señor Black la llevara allí para la cena sorpresa. Sin embargo, el señor Lee creyó que eso sería «estúpido e innecesario»; pero él no conocía a Lana en absoluto.

Tras una tarde bastante tranquila llegó la hora de cerrar la oficina. Yo pedí un par de cafés especiales y los recogí en recepción antes de que todas se fueran. Lana fue la encargada de ir a buscarlos, por supuesto, y me los entregó con una tímida sonrisa.

—Gracias, Lana —sonreí en respuesta.

—De nada, señor O'Brien.

Al menos a mí ya era capaz de mirarme más de un minuto seguido a los ojos y de decir más de dos frases sin bajar el tono de voz.

—¿Ya vas a casa? —le pregunté mientras cogía los cafés con envases especiales de San Valentín, repletos de corazones.

—Sí, ¿por qué? —perdió un poco la sonrisa—. ¿Me necesitan aquí esta noche?

—No, no es eso —sonreí un poco más para tranquilizarla—. Pero esta es una noche repleta de sorpresas, ¿no crees?

Lana parpadeó y frotó los dedos con nerviosismo, sin entender por qué había dicho eso.

—Supongo, señor O'Brien —respondió, como si temiera decir algo que no debía.

Asentí. No lo había entendido en absoluto, pero yo no podía decir nada más evidente sin llegar a contarle que debía estar preparada. Le deseé buenas noches y me alejé por el pasillo con los cafés en la mano y una ex

presión un poco preocupada. Abrí la puerta del despacho del señor Black sin molestarme en llamar y le encontré tumbado en mi sofá, sin la chaqueta del traje azul marino y la corbata desatada. Apagué las luces del techo y encendí la lámpara sobre la mesa de ébano para darle un toque más íntimo al despacho con una luz más suave. El señor Black me miraba con atención desde el sillón, con su postura de brazos extendidos sobre el respaldo y piernas cruzadas sobre la mesilla baja. Llevé los cafés y me senté a su lado, entregándole el suyo.

—Es especial —le dije con una sonrisa.

—¿Tiene un regalo dentro? —preguntó.

Fruncí levemente el ceño y negué con la cabeza.

—Solo un poco de leche condensada.

El señor Black asintió y movió un brazo para coger el café y darle un pequeño trago sin dejar de mirarme.

—Ya se están yendo todos y en media hora llegará el equipo para organizar la cena —le indiqué—. Cuando esté listo, llamaré a Lana y le diré que ha surgido algo y que debe venir a la oficina.

El señor Black volvió a asentir y entonces señaló su mesa con la cabeza.

—Abre el cajón de arriba —me ordenó.

Dejé mi café en la mesilla y me levanté para ir a buscar lo que me había pedido, pero cuando abrí el cajón me quedé parado. Allí dentro había una caja envuelta en papel de regalo de una joyería. Apestaba a caro y miré a James, él sonrió un poco, quizá disfrutando de mi confusión. Cogí una bocanada de aire y me llevé el regalo al sofá. Por alguna razón me había puesto nervioso y el corazón me latía un poco más rápido.

—Es para ti —me dijo el señor Black—. Lo elegí yo mismo.

—Gracias —murmuré en voz baja, sintiéndome un poco extraño. No estaba exactamente sorprendido, era como una sensación entre el nerviosismo y la emoción contenida.

Abrí el regalo con cuidado y descubrí una caja de cuero azul oscuro con el símbolo de Rolex impreso en dorado. Miré a James a los ojos y él me respondió con una sonrisa más alargada y un gesto de la cabeza para que lo abriera. Dentro de la caja había un precioso reloj de esfera azul marino y cadena plateada.

—Es un *submariner* —me dijo el señor Black tras un breve silencio en el que yo no aparté los ojos del reloj, porque apestaba a caro y me temí lo peor—. Todo un lujo… —murmuró, inclinando la cabeza hacia mí para añadir en voz más baja—. Cien mil dólares.

Cogí aire y tragué saliva. Aquel reloj valía más que la casa de mis padres y creí que me iba a dar un puto infarto allí mismo. El señor Black empezó a agitar las piernas cruzadas sobre la mesilla baja y a perder la sonrisa a medida que los segundos pasaban y yo seguía sin decir nada.

—¿No te gusta, Leonard? —terminó preguntándome con tono serio—. ¿Te esperabas más?

Le miré de nuevo, sintiendo los ojos un poco vidriosos. Parpadeé y negué

con la cabeza, demasiado aturdido para decir nada. Volví a tragar saliva y me aclaré la garganta.
—No, yo… Joder, James —solté al fin frunciendo el ceño—. Esto es muy caro.
—Sabes que el dinero no es un problema para nosotros —respondió.
—Ya, pero… aun así… —me costaba reconocer que me daba miedo tener algo tan caro. Una cosa era ponerme los relojes de lujo del señor Black, porque eran suyos, pero que me hubiera regalado algo así era un poco sobrecogedor—. Muchas gracias, James —terminé diciendo mientras asentía con la cabeza.
James apartó las manos del respaldo y cogió el reloj de la caja para abrir la correa metálica y ponérmela en la muñeca con bastante habilidad. Vérmelo puesto daba incluso más miedo.
—Dijiste que tu color favorito era el azul —me recordó.
—Sí, sí que lo dije —reconocí, incapaz de apartar la mirada del reloj. Ahora que me había dicho aquello me sentí un poco mejor, quizá porque había un motivo íntimo y personal escondido en mitad de aquel regalo absurdamente caro—. Es… muy bonito, James. Me gusta mucho —al final conseguí sonreír un poco.
El señor Black se quedó mirándome con expresión seria y, tras un par de segundos, puso morritos para pedirme un beso. Abrí mucho los ojos y alcé las cejas con sorpresa.
—Oh, joder, perdona —me salió deprisa, llegando a reírme un poco antes de acercarme para darle un buen beso, de eses intensos y profundos que requieren tiempo y saliva.
El señor Black gruñó un poco y bajó su brazo hacia mí para rodearme con él y atraerme un poco más. Tras un par de minutos de morreo, me separé y le limpié las comisuras mojadas de sus preciosos labios, un poco más rosados después de haberlos mordisqueado un poco. Nos quedamos mirándonos en silencio, muy cerca el uno del otro, porque James no me había dejado alejarme demasiado.
—¿Me darás mi regalo al llegar a casa? —preguntó en voz baja.
—Claro —asentí—, pero mi regalo no es algo de lujo ni tan caro —tuve que añadir, porque de pronto me había dado cuenta de la diferencia abismal que había entre lo que habíamos gastado cada uno en aquello—. Ya no sé si quiera si te va a gustar.
—¿Qué es? —quiso saber.
—No puedo decírtelo, James, sino, no tiene gracia.
El señor Black asintió y volvió a besarme. Por desgracia, oímos un ruido a lo lejos y tuvimos que separarnos. Fruncí el ceño y miré mi nuevo reloj, levantando bien la muñeca en el aire
—Han llegado doce minutos antes —anuncié.
El señor Black sonrió un poco y esperó a que me levantara para seguirme. Nuestra presencia no era necesaria, porque el señor Lee ya les había dado las indicaciones necesarias. Aun así, nos quedamos alrededor para com-

probar que todo fuera correcto. Movieron la mesa del despacho principal para montar otra nueva y decorarla, después movieron los escritorios de un lado de la oficina para hacer espacio a una pista de baile improvisada y con vistas a los edificios y a la calle principal. Al final, y sin consultarme, alguien había encargado los puñeteros farolillos de papel, los cuales miré con una expresión de asco en el rostro. Tras el equipo de montaje, llegó el catering y dejó todo preparado, entonces fue el momento de hacer la llamada.

—¿Lana? —pregunté cuando oí su voz al otro lado de la línea.

—¿Señor O'Brien? —preguntó ella de vuelta.

—Buenas noches, Lana. Sé que es tarde pero, ¿podrías pasarte por la oficina? Necesitamos tu ayuda con algo.

—¡Ahora voy! —exclamó antes de colgar.

Fruncí el ceño y me quedé mirando un momento el móvil sin saber qué pensar. Había sonado asustada, aunque mi tono hubiera sido tranquilo y no algo urgente. Lo dejé pasar y me giré hacia el señor Black.

—Ya está de camino —anuncié.

James asintió y me siguió hacia el cubo con pétalos de rosa que empecé a esparcir desde el ascensor hacia la sala de reuniones. No hacía ni decía nada, solo me miraba con los brazos cruzados y expresión seria.

—¿Cuánto vas a tardar en ir a buscar la cena? —preguntó al final.

—No lo sé, ¿media hora? —dije antes de encogerme de hombros—. Iré a una hamburguesería al final de la calle, no creo que tarde demasiado.

—Lleva el móvil por si quiero llamarte.

Le di la vuelta al cubo para derramar los últimos pétalos y vaciarlo por entero en la puerta de la sala de reuniones. Después lo dejé a un lado y miré al señor Black.

—Vas a estar en mitad de la cena, no puedes llamarme, James —le recordé.

—Sí, sí puedo —respondió él.

Negué con la cabeza y puse los ojos en blanco.

—Voy a ignorar el hecho de que mi novio es un hombre obsesivo y demasiado controlador —le dije, acercándome para darle un suave beso en los labios a forma de despedida.

El señor Black me detuvo con la mano en mi muñeca y tiró suavemente de mí.

—Tu novio es un hombre que se preocupa mucho por ti —me dijo en voz baja y grave.

Ladeé la cabeza, pero me mordí la lengua para no decir nada. Sabía que James se preocupaba por mí, pero también sabía que esa no era la única razón por la que le obsesionaba tenerme cerca. El señor Black tenía miedo de que me fuera y nunca volviera.

—Bajaré a esperar a Lana y después volveré pronto con la hamburguesa —le prometí, dándole una suave caricia en la mejilla.

A James le costó un poco soltarme la muñeca, pero puso una leve

expresión de tristeza, como si fuera un perrito al que tuvieran que dejar en casa solo, y me dejó ir. Fui a recepción a por un paraguas y mi cazadora, porque afuera llovía bastante, y llamé al ascensor, con cuidado de no estropear el camino de rosas. Cuando entré y me di la vuelta, vi al señor Black a un lado de pasillo, con los brazos cruzados y expresión muy seria. Me despedí con una leve sonrisa y un gesto de la mano antes de que las puertas se cerraran. Parecía una tontería, pero, si me paraba a pensarlo, aquella era la primera vez que nos separábamos en… ¿un mes? Exceptuando la media hora que podía estar esperando yo a que la pareja del siglo terminara de pasar por la alfombra roja. En realidad, podía contar con los dedos de las manos las horas que James y yo habíamos estado distanciados el uno del otro en los últimos seis meses. Eso… ¿debería darme miedo?

Pensaba justo en eso cuando salí del ascensor y me dirigí a las puertas de cristal, cruzando un hall especialmente grande y vacío a aquella hora de la noche. Cuando nadie quedaba a trabajar en ninguna de las oficinas y las luces estaban apagadas, con tan solo unos pocos puntos iluminados con las señales de emergencia. Pasé la tarjeta especial del señor Black para desbloquear la entrada y salí al frescor de la noche. Entonces noté una vibración en el bolsillo y saqué el móvil para comprobar quién llamaba a aquellas horas. Puse los ojos en blanco, pero se me escapó una sonrisa.

—Dime, James —respondí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con voz suave y aterciopelada, como si quisiera hacerse el inocente.

—Estoy esperando a Lana en la puerta del edificio, como te dije que haría hace dos minutos.

Se quedó en silencio y no dijo nada, porque no tenía nada que decirme, sin embargo, tampoco colgó.

—¿Todo bien, James? —pregunté tras un minuto así.

—No —dijo él—. No quiero estar aquí ni tener esta estúpida cena. Quiero que vayamos a casa, que me des mi regalo y follarte solo con el reloj puesto.

—Ya sabes por qué tienes esta cena —le recordé.

—Cada vez es más difícil, Leo —murmuró.

Aproveché que no podía verme para mostrar una expresión de descontento y frotarme la frente.

—Sé que no te gusta, pero es lo que decidiste. A la prensa le encanta «la pareja del siglo».

—Tú y yo seríamos «la pareja del milenio» —respondió.

Sonreí.

—Tú y yo *somos* «la pareja del milenio», James —le corregí.

Oí un leve bufido tras el auricular y supe que el señor Black estaba sonriendo también. Sin embargo, un taxi llegó desde un lado de la calle y se detuvo frente al King's Place.

—Tengo que colgar, creo que ha llegado Lana —dije.

—Vuelve pronto, Leo —ordenó el señor Black—. O me pondré muy nervioso.
—Lo haré —murmuré de forma distraída, mirando como la puerta de atrás del taxi se abría con fuerza y una Lana totalmente desaliñada salía solo para precipitarse hacia un charco del suelo—. Joder…
Corté la llamada y guardé el móvil antes de abrir el paraguas y caminar hacia ella.
—Lana —la llamé cuando estuve lo suficiente cerca—. ¿Estás bien?
La joven, con un moño improvisado y un viejo chándal de deporte gris como pantalón y una sudadera ancha de promoción, alzó la mirada desde el suelo para clavarme sus ojos muy abiertos y asustados. Traté de cubrirla un poco con el paraguas, pero ya estaba manchada y empapada de todas formas. Sonreí un poco y le ofrecí la mano para ayudarla a levantarse. Ella la miró como si fuera una especie de truco mágico, pero finalmente me agarró y tiré de ella con suavidad para levantarla del suelo. Lana se puso colorada y no fue capaz de alzar la mirada de la altura de mi pecho frente a sus ojos.
—Siento haberte asustado con la llamada —me disculpé, porque era el único motivo razonable por el que la joven hubiera salido así vestida de casa.
Quizá había creído que era una especie de urgencia y no la petición amable y sencilla que yo había intentado que fuera.
—Ven, vamos adentro —le pedí, porque hacía frío y ella estaba mojada. Ella pareció reaccionar y giró rápidamente la cabeza hacia el taxi, así que añadí—: Yo me encargo de la cuenta del taxi.
Lana asintió y me siguió en silencio hacia las puertas del edificio y yo pasé la tarjeta para dejarla entrar primero de forma educada, después cerré el paraguas y la seguí a dentro, aunque no me separé mucho de la puerta antes de explicarle:
—Lana, tienes que subir al ascensor e ir a la oficina. Allí está el señor Black —moví un poco la cabeza y le dediqué una mirada fija para que entendiera lo que estaba pasando. Lo había dicho con cuidado y había recalcado las palabras «oficina», «allí», «señor Black».
La joven al fin pareció reaccionar, agitó un poco la cabeza y empezó a frotarse sus manos húmedas y un poco manchadas.
—¿Ha pasado algo, señor O'Brien? —me preguntó con una voz un poco más aguda de lo habitual en ella y de una forma más acelerada de la que solía hablar.
Sonreí un poco más, aunque me estaba empezando a poner nervioso que todavía no hubiera entendido lo que estaba pasando. Era más que evidente a estas alturas que se trataba de una cena sorpresa, o al menos, de una sorpresa para ella. Pero Lana no era la mujer más intuitiva del mundo y por eso yo había preferido el plan en el que ella creía que iba a ir a cenar a un restaurante y no venía corriendo, despeinada y en chándal desde su casa. Aunque ese no era mi puto problema, era problema del

señor Lee y su estúpida prepotencia.
—No, no ha pasado nada malo —respondí con tranquilidad, pero alcé las cejas y dejé atrás la sutiliza para confesar—: Es una sorpresa.
—Oh… —dijo ella en voz baja, empezando a entenderlo al fin.
Señalé la fila de ascensores con la cabeza sin dejar de sonreír, para indicarle que ya era momento de que subiera a su cena especial. Lana abrió un poco más sus grandes ojos color chocolate y soltó otro bajo «oh» antes de darse la vuelta y caminar con paso lento y pesado hacia los ascensores.
Pulsó el botón a lo lejos y se volvió a frotar los dedos en el regazo mientras cambiaba el peso de un pie a otro como una niña pequeña. Miró hacia atrás y recuperé la sonrisa antes de que se diera cuenta de que la había perdido nada más darme la espalda. Cuando al fin llegó el ascensor, subió y se giró para mirarme. Me despedí con un gesto de la mano y ella respondió con otro, mucho más apresurado y repentino, antes de que las puertas se cerraran.
—Joder… —repetí, llevándome una mano al rostro—. Qué puto desastre…
Cogí aire y negué con la cabeza. Daba igual, no era mi problema. Yo tenía una hamburguesa grasienta, una bolsa de patatas fritas, aros de cebolla y un helado esperándome al final de la calle. Salí hacia la lluvia y abrí el paraguas. Apenas tardé diez minutos caminando en línea recta y parándome en los pocos semáforos que había en rojo. Había bastante gente por la calle, ocupando más espacio del habitual con sus paraguas, pero en aquella ciudad siempre había demasiada gente por la calle, daba igual la hora del día o el tiempo que hiciera.
La hamburguesería estaba un poco más llena de lo que me había imaginado. Abrí la puerta de cristal opaco debido a la condensación y el contraste del aire denso, un poco grasiento y caliente del interior con el frescor de la noche. Me recibió un intenso olor a comida rápida y un murmullo alto de voces. Miré alrededor y busqué un sitio libre en la barra para hacer mi pedido. Era San Valentín, pero los que no tenían pareja se reunían con amigos, venían a locales como ese a comer algo rápido y no tan caro y después salían por los locales del centro de la ciudad a beber y pasarlo bien. Se podía notar en el ambiente aquella vibración especial de los viernes noche, la euforia y excitación con la que comenzaban las noches de fiesta y borrachera como aquella.
Tardé un poco más de lo que creía que tardaría, pero al fin conseguí llamar la atención de uno de los chicos de la hamburguesería. Sonreí y le hice el pedido rápidamente antes de que algún otro se me adelantara. Él lo apuntó todo con cara de asco y asintió.
—Esta noche se paga por adelantado —me dijo con un tono seco, muy típico de aquella ciudad.
No me sorprendía cuando todos creían que yo era tan educado.
—Claro —respondí sin perder la sonrisa, entregándole un billete de cin-

cuenta dólares—. Si te das prisa, te puedes quedar la vuelta —añadí antes de guiñarle un ojo.
El chico cogió el billete y volvió a asentir, poniendo mi comanda delante de todas las demás de la cocina. Entonces cogí el móvil y repasé algunos de los mensajes para hacer tiempo, tenía al menos una hora y media de descanso mientras el señor Black cenaba con Lana y la llevaba a bailar.
Abrí la pestaña de mensajes y escribí:
«Hola, Edward, estoy en la hamburguesería más cutre y grasienta del centro, ¿quieres que te pida algo para cenar? Me parece que Madame Cuisine estaría muy orgullosa de este lugar, preparan toda la comida con su ingrediente favorito: amor. (Risa)»
Mandé el mensaje con una fina sonrisa y dejé el móvil en el bolsillo. Eché un vistazo alrededor, solo por aburrimiento, para encontrarme con algunos ojos que me miraban de vuelta. No me detuve en ningún rostro, solo continué hasta el final y después me concentré en mirar al frente. Ya estaba más acostumbrado a aquello, después de todo, ir con el señor Black al lado solía atraer muchas miradas; pero aun así me incomodaba pensar que algunas de aquellas personas me hubieran reconocido. James había ganado infinidad de seguidores en las redes desde que había empezado a salir con Lana, gente deseosa de ver cómo aquella relación de cuento de hadas prosperaba y florecía, y, aunque el señor Lee se hubiera negado al principio, había tenido que seguir colgando algunas fotos en las que aparecía yo también. Solo para justificar ese rollo de «mejores amigos del alma» entre el señor Black y yo.
Por suerte, noté una vibración en el pantalón y saqué de nuevo el móvil para tener algo con lo que distraerme mientras esperaba. «(Risa). Hola, Leonard. La verdad es que me he traído la cena de casa en un tupper, porque esta mañana tuve tiempo libre y pude cocinar un poco; pero, sin duda, no tiene tanto amor como esas hamburguesas. Estoy seguro de que Madame Cuisine daría toda su aprobación (Risa)».
«Me fascina el hecho de que seas uno de los mejores cirujanos de la ciudad y que te lleves un tupper para cenar. Ni siquiera vas al comedor del hospital como el resto de los médicos y enfermeros (Risa). Una pregunta seria: ¿si te dan una alarma mientras cenas, tienes que dejarlo todo en la mesa y salir corriendo? Una pregunta todavía más seria: ¿y si te pillan en el baño? (Risa). PD: Estoy seguro de que Madame Cuisine viene aquí cada viernes a comer aros de cebolla como una cerda».
Mandé el mensaje y no guardé el móvil, sabiendo que Edward probablemente estuviera descansando y que tendría tiempo para responderme deprisa; no me equivoqué, porque a los pocos minutos recibí otro mensaje.
«No me considero a mí mismo uno de los mejores cirujanos de la ciudad, la verdad. Soy bueno en mi trabajo, pero hay otros grandes profesionales que se merecen eses halagos más que yo».
Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. Edward era demasiado hu-

milde algunas veces, y ni siquiera era la falsa humildad de la familia Black, sino que él se creía esas cosas, cuando él era el único que realmente se merecía estar orgulloso de su trabajo y su talento. «¿Tan extraño es que me lleve un tupper de casa? A mis colegas del hospital también les resulta gracioso. Y sí, si me dan un aviso de urgencia durante la cena, tengo que dejarlo todo y salir corriendo a quirófano. He tenido algunas experiencias desagradables con ese tema (Risa). Podrás imaginar que pasaría lo mismo si me pillan en el baño, aunque suelo esperar a momentos en los que sé que no me interrumpirían, como, por ejemplo, después de una operación o tras visitar a algún paciente. PD: Madame Cuisine es toda una dama de Nueva Orleans, jamás la verías en un local así (Risa)».

Se me saltó la risa al imaginarme a Edward operando a un paciente y aguantándose las ganas de ir al baño. Fue algo estúpido, pero me hizo bastante gracia.

«Debe llamarles bastante la atención que lleves un tupper porque normalmente es algo que haces cuando no quieres gastar dinero en la comida o cuando alguien cocina algo para ti. (Risa) Edward, no me puedo creer que todavía no me hayas contado ninguna de esas anécdotas de ti corriendo a quirófano con la cena todavía en la garganta. PD: ¿Es de Nueva Orleans? Creía que sería una mujer del medio oeste que se habría puesto un nombre en francés para parecer más refinada (Risa)».

Justo al terminar de enviarlo, el chico de la hamburguesería puso el pedido delante de mí y yo levanté la mirada con sorpresa. Me soltó un rápido «hamburguesa, patatas, aros y helado», se dio la vuelta y se alejó. Arqueé las cejas, guardé el móvil y salí con mi pedido al frescor de la noche. Noté otra vibración en el bolsillo, pero entre la bolsa y el paraguas ya no me quedaban manos para responder.

Tuve que esperar hasta volver al King's Place, donde subí al ascensor, pero me detuve en la planta anterior a INternational para ascender por las escaleras de emergencia y así no llamar la atención de «la pareja del siglo». Me sentí como una especie de espía o ladrón, dando pasos silenciosos y cuidadosos por el pasillo para apresurarme a esconderme en la sala de descanso.

No se oía demasiado, ya que la sala de reuniones central estaba a cierta distancia y me sentí lo suficiente confiado para abrir la bolsa sin preocuparme del ruido a plástico. Saqué el móvil y lo puse sobre la mesa para leer el mensaje de Edward mientras empezaba a comer la hamburguesa.

«Realmente llevo el tupper porque cocino demasiado y me da mucha pena tirar la comida. Aunque ahora entiendo las bromas sobre mí siendo un "ahorrador" (Risa). Entre los mucho que trabajo y las pocas cosas que compro, debo parecer todo un tacaño. Lo siento, Leonard, son anécdotas de las que no me siento orgulloso y que darían pie a que hicieras muchísimas de tus bromas. Sentiría que te estaría poniendo demasiado fácil meterte conmigo, todavía más fácil, quiero decir (Risa). PD: Madame

Cuisine no comparte muchos datos personales de su vida, ya que prefiere permanecer en el anonimato, sin embargo, por su nombre francés y su amor por la comida y las recetas del sur, sus fans han deducido que debe de tratarse de una mujer de Luisiana».

«No creo que nadie que te conozca piense que eres un tacaño, Edward (Risa)» Empecé a responder, usando solo un dedo sobre el teclado del móvil, por lo que tardé más de lo habitual. «Quizá piensen que trabajes demasiado, que deberías dejar de fumar tanto o que ya es hora de que dejes de leer la prensa de opinión y de gritar de indignación por los pasillos (Risa). ¿Bromas?, ¿yo? Jamás… No sé qué clase de persona te crees que soy, Edward, pero creo que te has confundido conmigo. Nunca usaría detalles graciosos de los demás para reírme y bromear. PD: Los fans de Madame Cuisine empiezan a darme mucho miedo. Me he imaginado a tu madre con un mapa en casa, marcando con chinchetas y cordeles de colores todos los puntos y recetas que esa mujer ha colgado en su web para descubrir dónde vive (Risa)».

Mandé el mensaje y me llevé un par de patatas fritas a la boca mientras sonreía. La idea de la señora Fletcher como una mujer conspiranoica y extraña me hizo bastante gracia. Aunque no debía estar muy desencaminado, ya que había sido ella la que había tramado un plan para que Edward y yo termináramos comiendo juntos en la cena de su casa. Siete minutos y cuatro aros de cebolla después, recibí la respuesta.

«Puede que trabaje demasiado y que fume mucho, pero jamás dejaré de leer la prensa de opinión y de gritar indignado por los pasillos, Leonard (Risa).

Después de tanto tiempo, me sigue costando entender tus sarcasmos al leerlos, es mucho más fácil en persona. Por un momento llegué a creer que te había ofendido de verdad y ya estaba empezando a disculparme antes de terminar de leer el mensaje.

Tuve que releer todo e imaginarte con la media sonrisa que usas cuando bromeas (Risa) PD: Si mi madre quisiera descubrir quién es en realidad Madame Cuisine, te aseguro que ya lo habría hecho. Es una mujer muy obstinada cuando se decide por algo. A veces hay que pararle los pies y hacerla reflexionar, porque se empeña en ver cosas donde no las hay».

Leer aquello me resultó un poco extraño. Edward quería muchísimo a su madre, pero a veces parecía guardarle cierto rencor por meterse tanto en su vida, como cuando le emparejaba con cualquier hombre gay que conociera.

«Lo que me ofende es que todavía creas que me voy a ofender, Edward (Risa). Seguro que empezaste a golpear los dedos contra algo mientras lo releías. PD: Ya…» Entonces tuve que dejar de escribir porque recibí una llamada que cubrió la pantalla de negro. Fruncí el ceño y miré el nombre que había escrito en letras blancas donde ponía «OFICINA».

—¿Dónde cojones estás, Leonard? —me preguntó una voz seria, profunda y enfadada cuando descolgué.

—En la sala de descanso —respondí tranquilamente.
Y colgó. Aparté el móvil y miré la hora en mi nuevo y carísimo reloj. Habían pasado tan solo treinta y siete minutos desde que me había separado de Lana en la puerta del edificio y había vuelto con el pedido de la hamburguesería. Oí unos pasos en el pasillo y el señor Black apareció por una de las entradas de la sala de descanso. El lugar era apenas un pasillo con armarios a los lados y un par de mesas altas para tomar el café. James se quedó plantado en la puerta un par de segundos con expresión seria, mirándome fijamente, y entonces se tranquilizó un poco y caminó hacia mí.
—¿Por qué no me avisaste de que habías vuelto, Leo? —quiso saber, pero su tono ya no era tan enfadado y grave.
—Porque estás en mitad de una cena romántica, James —respondí antes de darle un pequeño mordisco a la hamburguesa.
El señor Black cruzó los brazos sobre la mesa alta y dejó caer un poco el peso, inclinándose hacia delante en una postura más relajada.
—Ha venido en chándal, Leo —murmuró—. Parece una puta vagabunda.
Alcé un momento las cejas, pero no dije nada mientras seguía masticando.
—Ya, bueno, eso no es culpa de ella —respondí en el mismo tono bajo—. Es culpa del genio del señor Lee, quien se creía que Lana iba a entender que se trataba de una cena sorpresa y se iba a molestar en peinarse un poco y vestirse.
El señor Black no dijo nada sobre eso, solo alargó una mano y cogió una patata frita para llevársela a la boca.
—¿No has traído kétchup y mostaza? —preguntó entonces.
—No, pero si quieres voy a buscarla ahora mismo —bromeé.
El señor Black tensó un poco su mandíbula y me miró fijamente y en silencio mientras comía otra patata frita.
—No estoy de humor, Leo —me advirtió—. Lana lleva la mitad de la cena hablando de sus putos gatos.
—Es un tema con el que se siente tranquila y confiada —le expliqué al señor Black, por si todavía no se había dado cuenta—. Tú la intimidas demasiado y nunca sabe de qué hablar.
—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí?
—Tenéis que terminar de cenar, después la invitas a bailar y creo que después podremos irnos —le dije—. Si me avisas un poco antes, llamaré a un taxi y os esperaré abajo.
El señor Black asintió y alargó la mano hacia mi corbata para tirar de ella y hacerme inclinarme sobre la mesa alta, él hizo lo mismo y nuestros labios se encontraron a medio camino. Me dio un inesperado beso lento y con lengua que, para mi sorpresa, me gustó bastante. Al señor Black se le daba cada vez mejor y mejor besar. Ya había quedado atrás esa época en la que no sabía muy bien lo que hacer con la lengua ni qué ritmo llevar. Cuando nos separamos solté un leve suspiro de placer y él puso una media sonrisa un poco prepotente que me pareció el gesto más sexy del mundo.

Se dio la vuelta y se fue por el mismo lugar por el que había llegado, pero con una actitud mucho más relajada y serena. Yo me quedé un momento mirando el pasillo y después parpadeé para regresar a la tierra y dejar la pequeña nube a la que ese beso me había subido. Miré el móvil y moví el dedo por la pantalla para volver al mensaje que había dejado de escribir.
«Lo que me ofende es que todavía creas que me voy a ofender, Edward (Risa). Seguro que empezaste a golpear los dedos contra algo mientras lo releías. PD: Ya sabes cómo son las madres. Les gusta tener la razón y hacer todo lo posible por cumplir sus fantasías. La señora Fletcher al menos es sutil, mi madre te asustaría (Risa)».
Mandé el mensaje, pero lo cierto era que los había terminado de escribir un poco por no dejar sin responder a Edward. Tras la interrupción de James, había perdido el hilo de lo que estábamos hablando y de lo que le quería decir en realidad. Seguí cenando tranquilamente, creyendo que Edward respondería en algún momento, sin embargo, ya había terminado con todo y tomado un poco del helado cuando escuché la música más alta del salón de baile improvisado. Diez minutos después, unos pasos se acercaron y vi al señor Black en la puerta para hacerme usa señal de que era momento de irse. Asentí como toda respuesta y bajé de la mesa para escapar por la puerta de incendios hacia el piso inferior y coger el ascensor a la planta baja. Desde el hall llamé al taxi y esperé afuero, pero a cubierto, a que apareciera. «La pareja del siglo» apareció antes de lo que yo esperaba. Lana estaba sonriente y sonrojada y el señor Black sonreía, pero me miraba con unos ojos serios y hastiados.
—Buenas noches —le saludé a ambos, como si yo acabara de llegar de algún lugar y no me hubiera pasado toda la cena a apenas veinte metros de ellos.
—Buenas noches, señor O'Brien —respondió Lana, que no parecía sorprendida de verme allí.
—Leo —dijo el señor Black, poniéndose a mi lado para colocar discretamente la mano en la parte baja de mi espalda, de una forma que Lana no pudiera verlo.
—¿Te gustó la cena, Lana? —le pregunté con una sonrisa.
Ella miró rápidamente al señor Black y bajó los ojos al suelo, poniéndose todavía más colorada antes de susurrar un:
—Muchísimo…
—Nos lo hemos pasado muy bien —añadió James, mirándome fijamente para que percibiera en sus ojos el sarcasmo que no podía dejar traslucir en su voz—. Lana ha bailado un poco conmigo.
—Oh, ¿en serio? —fingí sorprenderme.
—Sí, pero soy muy patosa y bailo fatal —dijo Lana, como si tratara de disculparse.
El señor Black se rio para restarle importancia. Por suerte, el taxi llegó en aquel momento y pudimos dejar la conversación a un lado. Le ofrecí el paraguas a James para que se tapara a sí mismo y a Lana mientras yo salía

a paso rápido bajo la lluvia para llegar al taxi lo antes posible. Me senté a un lado del asiento trasero y le di las buenas noches al hombre que conducía. El señor Black y Lana llegaron poco después, sin embargo, James cruzó primero para ponerse en el centro, algo que quedó extraño, ya que lo normal hubiera sido que hubiera dejado pasar a Lana primero. Pero el señor Black no iba a permitir que la joven se interpusiera entre nosotros si podía evitarlo, así que se pegó más de lo necesario a mí en el asiento y esperó con una sonrisa a que ella se sentara y cerrara la puerta.

—Al 1789 de Prince, por favor —le dije al conductor.

Hice un esfuerzo por sacar algo de conversación ligera y no pasarnos el resto del trayecto en silencio. Lana se distrajo y el señor Black se dedicaba simplemente a seguir sonriendo como el Soltero de Oro, a reírse en los momentos adecuados y a pegar su pierna contra la mía en un roce discreto e ininterrumpido. Pero, cuando al fin alcanzamos el edificio de Lana, ella abrió mucho los ojos y puso una expresión de terror.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó—. ¡Me he olvidado las llaves dentro de casa al salir corriendo!

Al señor Black le tembló un poco la sonrisa falsa, llegando un poco al límite de lo que podía soportar por una noche.

—¿No tienes llaves de repuesto en alguna parte? —le pregunté yo, porque eso sería lo lógico.

—Mi prima Gloria tiene unas —afirmó—, pero es muy tarde y no quiero despertarla.

—No creo que le importe —traté de calmarla—. ¿Dónde vive tu prima?

—En Domain… —murmuró, consciente de que aquello nos llevaría otra media hora en taxi ida y vuelta.

—Muy bien… —asentí, manteniendo una sonrisa que ya me costaba un poco. Yo también estaba cansado y deseoso de llegar a casa de una vez.

Tuvimos que ir a casa de la prima de Lana, esperar a que la mujer se despertara y después aguardar en el coche a que Lana subiera a por las llaves. El señor Black tensó la mandíbula con enfado por la larga espera, así que le agarré de la mano y le acaricié con el pulgar para pedirle que tuviera paciencia.

Posiblemente su prima Gloria estuviera haciéndole un interrogatorio sobre lo que había pasado y sobre por qué había salido de casa sin llaves y en chándal de dormir. Cuando Lana le hubiera contado que había sido una cena sorpresa, posiblemente el interrogatorio se hubiera convertido en una emocionada charla de excitación y curiosidad. Tras diez largos minutos, una Lana sonrojada y apresurada salió del viejo portal y corrió hacia el taxi, tropezando un poco en el borde de la carretera y precipitándose con cierta violencia sobre el coche amarillo.

—Es que es gilipollas… —murmuró el señor Black con los dientes muy apretados.

Le miré con expresión seria y le di un apretón en la mano antes de separarla; cosa que él no me permitió hacer. Simplemente las escondió de-

trás de su gabardina para ocultarlas de la vista de Lana, aprovechando un poco la penumbra del asiento trasero, solo interrumpida por las luces de la ciudad.

—¡Perdón! —se disculpó ella al instante de entrar—. Mi prima tardó en encontrar las llaves.

Su prima se había hecho la tonta para alargar la visita y saciar su curiosidad sin importarle una mierda que James y yo estuviéramos allí esperando.

—No pasa nada —sonreí de una forma un poco forzada—. ¿Ya está todo? —quise saber.

Lana asintió repetidas veces, agitando el moño desordenado sobre su cabeza. Le pedí al taxista que nos llevara de vuelta a Prince para, esta vez sí, dejar a una Lana ruborizada y de ojos abiertos en su casa. Cuando la vi desaparecer por el portal, solté un suspiro y dejé caer la cabeza en el asiento. El viaje de cuarenta minutos se había convertido en una hora y media, a la que todavía le faltaban media hora más hasta llegar a casa.

—Esta será la última puta vez que hagamos una cena sorpresa —murmuró el señor Black con un enfado y frustración evidentes.

Yo no podía estar más de acuerdo.

Había sido la noche perfecta.

¡No al principio! Al principio estaba muy asustada por si había pasado algo malo en la oficina. El señor O'Brien me había llamado y me había pedido que fuera a la oficina. Me había asustado muchísimo, porque él siempre parecía saber qué hacer y no me imaginaba qué cosa horrible podría haber pasado como para hacerme ir corriendo al centro de la ciudad. ¡Fue horrible! Me levanté de un salto del sofá y salí de casa, sin ni siquiera cambiarme la vieja ropa de deporte que siempre usaba para mirar la tele. Además, el taxi casi me atropella cuando había tratado de pararlo. Me disculpé varias veces, pero me subí y casi le chillé al pobre taxista que me llevara lo más rápido posible al King's Place.

Cuando al fin llegamos, salí tan rápido por la puerta que me caí al suelo. Me hice un poco de daño y me mojé al precipitarme sobre un charco de la carretera, pero no me importó demasiado.

—Lana —me llamó entonces una voz con suave acento irlandés—. ¿Estás bien?

Cuando levanté la mirada me encontré con el señor O'Brien, tan elegante y guapo como siempre. Se acercó con un paraguas en alto para cubrirme de la lluvia que caía y se quedó frente a mí. Entonces me ofreció la mano para ayudarme y yo la miré un momento antes de aceptarla. Su piel era muy cálida y agradable en contraste con la mía, sucia y fría, pero no la separó de mí hasta que me ayudó a levantarme del suelo con suma delicadeza. Me sonrojé muchísimo, completamente avergonzada porque me hubiera visto caerme de aquella manera.

Siempre me sentía desaliñada y torpe cerca del señor O'Brien y el señor Black. Ellos eran tan guapos, educados, elegantes y perfectos… era imposible estar a su lado y no sentirse intimidada, pequeña y ridícula en comparación. Además, eran muy buenos amigos, casi como hermanos, y compartían una relación muy especial de la que a veces sentía envidia de no formar parte.

—Siento haberte asustado con la llamada —se disculpó, tan amable y considerado como siempre era—. Ven, vamos adentro.

Yo no podía hablar. No sabía lo que pasaba, pero el señor O'Brien parecía tranquilo y eso me hizo sentir repentinamente mejor y menos preocupada. Me volví hacia el taxi al recordar que seguía allí esperando a que le pagara el viaje.

—Yo me encargo de la cuenta del taxi —me dijo con una de sus bonitas sonrisas, como si hubiera podido leerme la mente, antes de hacerme una señal hacia la entrada del King's Place.

Asentí un par de veces, agitando el moño desordenado con el que siempre me ataba el pelo en casa, y seguí al señor O'Brien hacia las puertas de cristal, donde usó una tarjeta especial para abrir una de ellas e invitarme a pasar. Cerró el paraguas, pero se detuvo a los pocos pasos.

—Lana, tienes que subir al ascensor e ir a la oficina —me dijo con una mirada fija y serena—. Allí está el señor Black.
Entreabrí los labios y al fin pude preguntar:
—¿Ha pasado algo, señor O'Brien?
El señor O'Brien sonrió un poco más, de esa forma tan preciosa que tenía de hacerlo.
—No, no ha pasado nada malo —me tranquilizó antes de alzar un poco las cejas e inclinar la cabeza para añadir—: Es una sorpresa.
—Oh… —murmuré, aunque seguía sin entender nada.
El señor O'Brien miró hacia la fila de ascensores y me hizo una señal para que fuera hacia ellos. Volví a soltar un «oh», más alto que antes, y me di la vuelta para ir hacia ellos. Pulsé el botón y esperé mientras me frotaba los dedos en el regazo. Eché un vistazo a atrás con nerviosismo, comprobando que el señor O'Brien todavía estaba al lado de la puerta mirándome con una pequeña sonrisa en los labios. Cuando se abrió el ascensor se despidió de mí con un gesto de la mano y yo respondí con otro muy apresurado antes de que las puertas se cerraran. El corazón me empezó a latir más deprisa a medida que ascendía. ¿Qué estaba pasando? No entendía nada y cada vez me ponía más y más nerviosa.
Cuando las puertas se abrieron en la oficina, me quedé completamente paralizada. Había pétalos rojos sobre la moqueta gris, formando un camino que se dirigía hacia el pasillo central. Hermosos farolillos de papel colgaban del techo y descansaban sobre el suelo, iluminando suavemente la penumbra de la oficina a oscuras. Una dulce música de piano y violín llegaba de alguna parte y llenaba el silencio. ¡No me lo podía creer! ¡Todo era precioso! Me quedé sin aire y ni siquiera pude moverme de la impresión. Tardé tanto que las puertas del ascensor volvieron a cerrarse y me asustaron. Tuve que apresurarme a pulsar el botón para reabrirlas y entonces conseguí adentrarme en la oficina y seguir aquel hermoso camino de pétalos que me llevó como si fuera un sueño hacia el señor Black.
Estaba esperándome en la sala de reuniones central, pero la mesa grande y ovalada ya no estaba allí, sino que la habían sustituido por una de solo dos personas, perfectamente decorada y con un farolillo en el centro. El señor Black estaba de pie, sonriendo e increíblemente guapo. Volví a perder el aire al verle y me quedé paralizada. Llevaba la misma ropa que a la tarde, pero sin corbata ni chaqueta y con los primeros botones de su camisa blanca desabrochados, dejando entrever el principio de su torso digno de la portada de una de las novelas románticas de Nana.
—Buenas noches, Lana —me saludó con su voz grave y aterciopelada.
Le miré y moví los labios como una tonta, porque no tenía aire para poder hablar. Tras un momento me obligué a decir algo, con tanta necesidad y fuerza que terminé gritando:
—¡Buenas noches, señor Black!
El señor Black continuó sonriendo y, tras un par de segundos en silencio,

señaló la mesa con una mano y me dijo:
—Espero que no hayas cenado todavía. No pude decirte nada porque, ya sabes, sino no hubiera sido una sorpresa —me explicó con una pequeña mueca de preocupación antes de reírse suavemente.
Yo también me reí, comprendiéndolo al fin. ¡Era un cena romántica y sorpresa de San Valentín! Me puse muy colorada, tanto que noté las mejillas ardiendo. Entonces fui demasiado consciente de mi pelo revuelto y despeinado y mi ropa deportiva vieja, un poco mojada y manchada de haberme caído al charco.
—Ay, Dios, estoy horrible —se me escapó entre los labios antes de llevarme las manos al rostro.
El señor Black negó con la cabeza y separó una de las sillas de la mesa para invitarme a sentarme.
—Tú siempre estás guapa, Lana —me dijo.
Sentí una presión en el pecho y tuve ganas de llorar. El señor Black estaba guapísimo, como siempre lo estaba, perfectamente peinado, con su ropa cara y su sonrisa perfecta; ¡y yo no podía estar peor vestida! ¡Qué desastre soy!
—Lo siento muchísimo, no lo sabía —me disculpé al borde del llanto.
El señor Black continuó sonriendo como solo lo hacía él, de una forma que muchos modelos y estrellas de cine envidiarían.
—No importa —dijo antes de que una lágrima se deslizara por mi mejilla ardiente—. Oh… ¿he dicho algo malo? —me preguntó con una mueca de preocupación que solo hizo su rostro masculino todavía más atractivo.
—No, no, no —me apresuré a decir, agitando las manos en alto—. Es solo que… —bajé la mirada al suelo, incapaz de enfrentarme a esos hermosos ojos azules—. Me siento un poco tonta —reconocí en apenas un murmullo.
—Lana, no pasa nada —respondió con un tono más suave y dulce. Levanté la mirada para ver su expresión de ceño levemente fruncido y media sonrisa; arrebatadoramente sexy y encantador, pero que me resultó extrañamente familiar, como si lo hubiera visto antes en otra persona—. Todo irá bien —añadió el señor Black.
Asentí un par de veces y sonreí un poco antes de limpiarme las lágrimas con las manos. El señor Black era un hombre increíble en todos los sentidos. Era amable, comprensivo, educado, calmado y al que no le importaba que hubiera llegado hecha un desastre a la preciosa cena sorpresa que me había organizado. James Black era el hombre perfecto.
Me senté en la silla que me ofrecía y murmuré un «gracias». Él se sentó frente a mí e hizo una pequeña broma sobre la comida, yo me reí mucho mientras frotaba los dedos en mi regazo. Ya habíamos salido a cenar un par de veces, pero yo era incapaz de acostumbrarme a su poderosa presencia y a su increíble atractivo. No era mi intención, pero siempre hablaba poco con él, demasiado intimidada y temerosa de decir algo equivocado y molestarle. Solo hablaba mucho cuando estaba el señor

O'Brien con nosotros, pero es que con él todo parecía mucho más fácil.
Me esforcé por seguir el hilo de la conversación, aunque terminé hablando de Lizzy y Darcy, mis gatos. Mi prima Gloria me había repetido mil veces que jamás hablara de mis gatos en las citas, pero yo me ponía muy nerviosa y no sabía qué más decir.
—Darcy es todo un mequetrefe —dijo el señor Black antes de reírse y beber un poco más de vino blanco—. Si me disculpas, voy un momento al servicio.
—Claro —sonreí, dejando el tenedor a un lado para no comer mientras él estaba fuera.
Tras un minuto, pasó por delante de la cristalera del segundo pasillo. Sonrió y no dijo nada, aunque los baños no quedaban en aquella dirección, allí solo estaba la sala de descanso. Tardó un par de minutos más en regresar, cerrando la puerta de cristal tras él. Se sentó de nuevo y soltó un suspiro sin dejar de sonreír.
—¿Y qué más aventuras han corrido Darcy y Lizzy? —preguntó—. ¡Me encantan esos dos!
Me reí y continué hablando de ellos hasta que, en un momento que ya habíamos terminado con el postre dulce y delicioso, el señor Black me interrumpió para levantarse.
—Tengo otra sorpresa —me dijo con timidez.
Me quedé con la boca y los ojos muy abiertos. ¿Otra sorpresa? No podía imaginar qué podría ser. ¡Aquella cena había sido maravillosa! Me puse muy nerviosa y le seguí afuera, hacia un espacio que habían hecho apartando las mesas de la oficina para crear un improvisado y precioso salón de baile con farolillos de papel y vistas a la ciudad. Me quedé completamente de piedra, pero no tanto como cuando él me ofreció la mano y me preguntó:
—¿Querrías bailar conmigo, Lana?
Creí que me moriría allí mismo. ¡Era tan romántico! Miré aquellos ojos del azul más intenso y hermosos del mundo y después la mano que me ofrecía. Casi no pude ni mover mi mano, temblorosa y tan pequeña en comparación. El señor Black recortó la distancia que quedaba y sentí el calor de su palma contra la mía, erizándome la piel de todo el cuerpo como una corriente eléctrica. Aquella era la primera vez que nos habíamos tocado. De pronto se acercó un poco y puso su otra mano en mi cadera, pero sin llegar a rozarme más que con la punta de los dedos, como si tuviera miedo de tocarme demasiado e incomodarme. El señor Black era todo un caballero.
Me llevó un poco, siguiendo la suave música del violín y el piano. Yo bailaba fatal, no tenía ritmo ninguno ni equilibrio, así que debía ser para él como tratar de mover un gran saco de patatas. Sin embargo, no dejó de sonreír y yo no dejé de mirar aquellos ojos.
No pude imaginarme un momento más romántico y especial. Yo era solo una chica que había tenido la suerte de entrar como recepcionista en

INternational, donde daba la casualidad de que estaba el hombre más increíblemente guapo, inteligente y amable del mundo. Y ahora estaba en mitad de una cena romántica y sorpresa de San Valentín con él… Era un sueño hecho realidad.

No pude decir cuánto estuvimos bailando, quizá solo minutos, quizá horas. Yo era incapaz de apartar la mirada de aquellos ojos y aquel rostro perfecto de adonis; flotando como en una nube mientras me dejaba llevar por su ritmo y sus pasos.

—Vaya, ya es un poco tarde —murmuró mientras miraba su reloj de marca—. Te llevaré a casa.

Asentí un par de veces, separándome un paso y sintiéndome demasiado aturdida y fascinada como para hablar. El señor Black dijo que tenía que ir a ver un momento una cosa y se fue, le seguí con la mirada y me quede en mitad del salón de baile improvisado. Volvió al poco tiempo con su sonrisa y me indicó que el señor O'Brien había llamado a un taxi. Así que acompañé al señor Black hacia el ascensor, recorriendo de vuelta el camino de pétalos de rosas y sumergiéndonos en un silencio del que no pude escapar. Notaba el corazón latiéndome con fuerza en el pecho y retumbando en mis oídos. El señor Black estaba con su gabardina puesta y a apenas un paso de mí en el ascensor, mirando al frente con una sonrisa. ¡Quizá aquel momento le había parecido tan especial como a mí!

Y es que había sido la noche perfecta…

El señor Black continuó enfadado todo el camino hasta casa, donde dejamos atrás el taxi con un contador acumulado de más de ciento ochenta dólares. Yo había tratado de calmar a James con caricias, una charla ligera y un par de bromas, pero él insistía en quejarse una y otra vez de la cena o las vueltas que habíamos tenido que dar, volviendo a enfadarse una y otra vez. Al final yo había desistido, dejándole un poco de espacio y silencio para que se calmara.

Al cruzar el ascensor hacia el ático el señor Black no apartó su mano de mi espalda hasta alcanzar la habitación. Entonces se quitó la gabardina y la tiró a un lado, junto con la chaqueta del traje, antes de sentarse en el borde de la cama y mirarme fijamente.

—Mi regalo, Leo —exigió.

Terminé de quitarme la corbata y asentí. Salí de la habitación hacia mi antiguo cuarto para coger los dos paquetes que había escondido allí y volver.

—Feliz San Valentín, James —le dije mientras se los entregaba.

El señor Black miró los dos paquetes, uno más alargado y abultado y el otro con forma de caja rectangular; pero ambos envueltos con el mismo papel grisáceo y barato que había encontrado. Los cogió con sumo cuidado y los puso a su lado en la cama. Me senté y apoyé una mano en la colcha con una expresión preocupada, porque estaba seguro de que aquellos regalos no eran lo que él quería que fueran. Había un concepto muy retorcido en la familia Black con respecto a los regalos, y era que el precio de los mismos era lo único que importaba, cuanto más caros, más amor.

—Abre primero el de arriba —le pedí, porque creía que el regalo dentro de la caja era un poco mejor.

El señor Black me dirigió una mirada corta por el borde superior de los ojos y cogió el que yo le había pedido. Rompió el papel de regalo y descubrió una tela gris. James frunció levemente el ceño y lo sacó, descubriendo una camiseta de manga corta, no especialmente cara, en el que habían impreso en letras negras y grandes «#TuAmo». Sonreí un poco, pero fue un poco triste. Me había parecido una idea muy divertida cuando lo había pedido, recordar aquella broma que habíamos compartido hacía tanto e imprimirla en una camisera; pero ahora me parecía estúpido.

James lo miró en silencio y se quedó así tanto tiempo que me empecé a preocupar.

—Te dije que eran tonterías —murmuré de tal forma que sonó a disculpa.

El señor Black continuó sin decir nada. Dejó la camiseta sobre la cama y se empezó a desabrochar la camisa blanca para quitársela, la tiró a un lado junto la gabardina y la chaqueta, y se probó la camiseta que le había regalado. Le quedaba un poco entallada, pero no le apretaba, solo lo sufi-

ciente para marcar su cuerpo musculoso y grande tal como a James tanto le gustaba. Se levantó de la cama y fue hacia el vestidor con paso un poco más rápido del habitual en él. Me levanté y le seguí, quedándome de brazos cruzados y el hombro apoyado en la puerta. El señor Black se miraba frente al espejo con bastante intensidad y expresión seria.

—Me dijiste que tu color favorito era el gris —le recordé.

Él me miró a través del reflejo y parpadeó un par de veces antes de asentí con lentitud. Después volvió y pasó por mi lado.

—El otro —dijo con una voz un poco ronca.

Cerré los ojos y cogí una bocanada de aire. Me estaba empezando a sentir bastante mal por no haber ido a una joyería y simplemente haberle comprado algo absurdamente caro; algo que en su mundo dijera «te quiero tanto como esto». Volví junto a él, pero me quedé de pie viendo como desenvolvía el segundo regalo y abría la caja para descubrir dos figuras. Al principio no lo entendió, porque estaban un poco ocultas bajo fibra protectora para que no se llevaran golpes. El señor Black metió la mano y sacó un juguete: una figura de veinte centímetros de altura de un dinosaurio T-Rex, pero con un traje azul marino hecho a medida y con corbata. El señor Black se quedó mirándolo con los ojos un poco más abiertos de lo normal y el pecho elevándose y descendiendo cada vez más rápido bajo la tela gris de su camiseta nueva.

—Hay otro dentro —le dije mientras me acercaba a él.

El señor Black me dirigió otra rápida mirada antes de mover su otra mano a la caja y descubrir otra figura más pequeña y escondida tras el papel. Era otro juguete de once centímetros, pero esta vez de un velocirraptor con camisa gris, corbata y unas pequeñas gafas que imitaban las mías.

—Son el T-Rex y su velocirraptor ayudante —le expliqué, por si se había olvidado de aquello.

El señor Black tensó la mandíbula y empezó a jadear un poco. Apartó el rostro de mí y miró hacia un lado de la habitación. Me llevé la mano a la frente y la froté con expresión de preocupación. Di un último paso hacia él y le agarré suavemente del hombro.

—Son tonterías que se me ocurrió regalarte, sino te gustan te…

—Quítate la ropa —me interrumpió con una voz algo pastosa y sin girar el rostro.

Fruncí el ceño y los ojos se me humedecieron un poco.

—James, ¿estas…?

—Quítate la puta ropa, Leo —volvió a interrumpirme, esta vez con un tono más rápido y cortante.

Sentí un leve vacío en el pecho y me costó un poco respirar. Me sentía fatal por haberle decepcionado con los regalos, pero ya era tarde para volverse atrás. Me empecé a desvestir y me esforcé en no llorar mientras lo hacía. El señor Black metió los juguetes en la caja y se la llevó al vestidor para volver solo con la camiseta de #TuAmo puesta. Yo le esperé sentado en el borde de la cama, preparando una disculpa que no era capaz

de formular con palabras. Pero el señor Black llegó a paso rápido y me agarró con firmeza para tirarme sobre la cama y besarme con fuerza. Me pilló un poco desprevenido, pero no tanto como cuando me dio la vuelta y empezó a comerme el culo con una pasión que me dejó sin aliento. La preocupación y miedo se fue de mi cuerpo poco a poco, como si escapara junto a cada jadeo acelerado y cada gemido que brotaba de mis labios. El señor Black le dedicó tiempo, pero no demasiado, porque enseguida se tiró sobre mí y trató de meterme la punta de la polla con la impaciencia de aquellos momentos en los que follarme era casi una necesidad de vida o muerte para él.

—James… —jadeé cuando noté la punta abriéndose paso dentro de mí. Dolía un poco cuando quería darse tanta prisa. Había mucho que meter y la saliva a veces no era suficiente.

El señor Black lo entendió rápido y salió de dentro de mí para apresurarse a sacar el lubricante del cajón de la mesilla. Yo estaba de cara a la cama y no llegué a verle, pero pareció darse bastante prisa en cubrirse la polla y pasarme el resto por el culo antes de tirar el bote a un lado de la cama y volver a tirarse sobre mí para intentarlo de nuevo.

Esta vez fue muchísimo más sencillo, todavía algo áspero, pero no tan doloroso.

Apreté los dientes y ahogué muchos jadeos mientras James se metía más y más dentro de mí, gruñía y me besaba y lamía allí donde podía. Cuando al fin estuvo todo dentro ambos lo celebramos con un buen gemido.

El señor Black movió las manos para ponerlas sobre las mías y entrelazar nuestros dedos.

—Leo… —jadeó cerca de mi oído mientras empezaba a follarme poco a poco.

Sabía que seguía repitiendo mi nombre, y quizá decía algo más, pero entre mis propios jadeos, gruñidos y gritos ahogados, no conseguí distinguir el qué. Perdí un poco la conciencia del tiempo, solo supe que James estaba encima de mí y que me follaba cada vez más y más rápido mientras repetía mi nombre y me rodeaba las manos con fuerza. Después me movió para ponerme de cara y seguir mientras me abrazaba, hasta terminar alzándome en alto, incorporándome y apretando mi cabeza contra su cuello mientras me follaba en aquella postura de rodillas en la cama. Sin embargo, como solía pasar en esos momentos en los que la necesidad era tan grande para él, no aguantó tanto como solía aguantar, terminando por correrse con un alto gemido de placer mientras me apretaba con tanta fuerza que llegó a ahogarme un poco.

Entonces todo quedó en silencio. Ambos jadeábamos y estábamos un poco temblorosos. El señor Black perdió las fuerzas y me bajó de nuevo a la cama para tumbarse sobre mí, hundiendo su rostro en mi cuello. Entreabrí los ojos cuando conseguí recuperar algo del aliento que había perdido y le acaricié la espalda caliente y un poco sudada bajo la camiseta gris. Noté una vibración, un movimiento agitado en su pecho y un jadeo inesperado

cerca de mi oído. Fruncí el ceño y quise mirar a James, pero no alcancé a ver más allá del pelo rubio de su nuca. Él me abrazó con más fuerza y continuó llorando en silencio, haciendo todo lo posible para que yo no pudiera verle el rostro.

No entendía lo que estaba pasando, ni por qué estaba llorando, pero no dejé de acariciarle con cariño. Le di un par de besos en la cabeza y le arrullé entre mis brazos durante mucho tiempo, tanto que ambos nos quedamos dormidos. Recuerdo haberme despertado en algún momento de la noche, todavía sepultado bajo el peso de un James dormido y tranquilo. Tuve que separarle y, para mi sorpresa, sacar su polla flácida de dentro de mí; lo que fue una sensación muy muy extraña. James se desveló y gruñó algo, apresurándose a tratar de evitar que me fuera.

—Voy a taparnos con las mantas —creo que dije, pero estaba demasiado aturdido como para formular las palabras enteras, así que posiblemente sonara más a algo como «Voy… aparnos… antas».

James siguió quejándose e insistió en tirar de mi brazo un par de veces, pero lo ignoré y fui a cubrirnos con el edredón de la cama, sacándolo hacia afuera para taparnos en mitad de la cama, en la posición en la que habíamos quedado después de follar: ladeados y con la cabeza mirando hacia la puerta. Cuando nos cubrí, sentí un leve escalofrío al rozar la manta fría contra mi piel desnuda, pero el señor Black volvió a rodearme y sepultarme un poco bajo su cuerpo. Tardé apenas segundos en volver a caer dormido y, antes de que me diera cuenta, el despertador estaba sonando.

Entreabrí los ojos, pero ya empezaba a entrar luz por el ventanal de la habitación y me molestó un poco. James soltó un gruñido mezcla de queja y enfado y se incorporó, llevándose las mantas y el calor acumulado con él para apagar el despertador. Sin decir nada volvió a tumbarse sobre mí y a cubrirnos. Le abracé y solté una especie de murmullo indescifrable. El día anterior habíamos llegado tarde a casa y estaba demasiado cansado para despertarme a la hora de siempre e ir al gimnasio de los sábados, mucho más lleno y mucho más duro.

—Leo —dijo el señor Black en mi oído, apenas un susurro ronco—. Hay que ir.

Se me escapó una risa baja.

—¿Cómo sabías que estaba pensando en eso? —le pregunté.

—Conozco a mi novio —fue su respuesta antes de incorporarse un poco y mirarme a los ojos.

No hizo falta que pusiera morritos para que el diera un beso de buenos días. Después él tiró de mí, me cogió en brazos con cierta sorpresa de mi parte y se levantó para llevarme al baño. El rollo «damisela en brazos» no era para nada mi estilo, pero en ese momento no me importó que me ahorrara el camino hacia la ducha, ni que decidiera compartir aquel momento conmigo. James me dejó en el suelo y se quitó la camiseta gris que le había regalado para dejarla doblada sobre la mesa de la pila.

—No sé si conseguiré terminar el entrenamiento hoy —le confesé, abriendo el agua caliente de la ducha de lluvia.
—Lo haremos —respondió él, acercándose para abrazarme por la espalda y darme un beso en el cuello.
Fruncí un poco el ceño y balanceé la cabeza un poco de lado a lado mientras murmuraba un «meh…», no demasiado convencido. Tras la ducha rápida y, para mi sorpresa, sin sexo improvisado, recogimos nuestras cosas y salimos directos hacia el ascensor para encontrarnos con Lakov ya esperando. Revisé el móvil de camino al gimnasio y me encontré con la respuesta de Edward, recibido a altas horas de la madrugada.
«Siento haberte dejado colgado, Leonard. Llegó un herido de bala y tuvimos que operar, acabo de salir de quirófano ahora mismo. ¿Cómo terminó tu cita con la hamburguesa? Sé que no eres uno de esos hombres que se ofenden con facilidad (Risa). Que seas capaz de bromear con todo es una de las cosas que más me gustan de ti. Y sí, empecé a golpear los dedos en la mesa mientras lo releía (Risa). PD: Mi madre se cree mucho más sutil de lo que realmente es, seguro que le pasa los mismo a la señora O'Brien».
«Ya había supuesto que te había surgido algo, no te preocupes. Mi cita con la hamburguesa fue maravillosa, me prometió que me presentaría a sus padres, así que debe ir en serio». Dudé en si hacer alguna referencia al hecho de que me hubiera halagado de esa manera, porque sonaba un poco raro y estaba seguro de que Edward no hubiera escrito eso si no fuera porque acababa de salir de una operación larga y estaba demasiado cansado para pensar en lo que decía. Al final continué: «Gracias, ser capaz de bromear con todo es un talento que mi hermana y yo desarrollamos para molestar a nuestra madre y que al final ha resultado muy útil en nuestras vidas (Risa). Por supuesto que estabas golpeando la mesa y apretando los labios, lo haces siempre que te pones nervioso, Edward. PD: La señora O'Brien se cree la reina de lo sutil, toda una detective o una especie de espía secreta. ¿Te he contado que escribe novelas de misterio? (Risa)».
Mandé el mensaje y cambié a otro que había recibido aquella mañana a primera hora. Alcé las cejas y leí en alto:
—Muchas gracias por la cena sorpresa, fue algo maravilloso. Siento haber ido tan mal vestida pero no lo sabía. Me lo he pasado muy bien. Un beso, Lana.
El señor Black se quedó con su expresión seria de párpados un poco caídos mientras me miraba fijamente.
—Responde algo tú, Leo, porque como lo haga yo, va a llorar —dijo tras un breve silencio.
Bajé la mirada y escribí rápidamente: «Gracias, yo también me lo pasé muy bien. No te preocupes por la ropa, después de todo, era una sorpresa y no podías saberlo (Risa)». Borré lo de «(Risa)», porque se me había escapado de estar tan acostumbrado a ponerlo con Edward.

—¿Debería poner «Un beso para ti también»? —pregunté en voz alta, aunque no es que me esperara una respuesta real ni útil del señor Black.
—Yo solo te beso a ti, Leo —sentenció él—. Y no lo haré con nadie más, me da igual quien sea.
Levanté la mirada y vi aquellos ojos del azul de mar. Aquello no era un beso literal, solo uno figurado, pero el señor Black pareció tomárselo muy en serio, así que me ahorré poner nada más y evadí aquello con una pregunta. «Gracias, yo también me lo pasé muy bien. No te preocupes por la ropa, después de todo, era una sorpresa y no podías saberlo. ¿Te echaron de menos ayer Lizzy y Darcy? Diles que fue mi culpa y que lo siento», añadí antes de enviarlo.
—El señor Lee estará enfadado por no haber sacado fotos —dije mientras dejaba el móvil a un lado del asiento y me cruzaba de piernas.
—El señor Lee está a una subnormalidad más como esta de la cena de que le eche de la empresa.
Me reí un poco con malicia. Si el señor Black despedía al señor Lee, sacaría una foto de nosotros sonriendo y se la mandaría. Yo no era una persona rencorosa, solo un poco hijo de puta con los que se lo merecían.
Como era de esperar, el gimnasio estaba más lleno de lo habitual. Incluso nuestro sitio en mitad de los vestuarios, donde al señor Black siempre le gustaba ponerse para que todos pudieran vernos, estaba ocupado. Algo que no le importó solucionar acercándose al grupo de hombres que había allí para soltarles un cortante:
—Este es nuestro sitio. Es mejor que os marchéis.
Ellos se quedaron sorprendidos, se miraron unos a otros y al final uno de ellos asintió y se disculpó. Los cuatro se alejaron preguntándose si realmente había sitios privados en el vestuario, cosa que no era cierta. Cuando subimos a la sala de ejercicio fue como entrar en la misma empresa de supermodelos de todas las semanas, con las mismas miradas a escondidas, sonrisas traviesas y gestos de interés.
El señor Black ignoraba a todo el mundo, aunque siempre era muy consciente de lo mucho que llamaba la atención, y yo sabía lo mucho que eso le gustaba.
Pero lo que más le gustaba era cuando alguien lo suficiente valiente se acercaba para hablarle y yo intercedía para cortarles en seco y continuar entrenando. Él se dejaba halagar y se quedaba callado, y cuando yo me acercaba empezaba a sonreír un poco y a levantar la cabeza con una especia de oscura satisfacción.
Aunque las cosas daban un giro muy drástico cuando era a mí a quien se me acercaban. Entonces no había frases secas y sutiles ni sonrisas frías, solo una mirada furiosa y gestos muy evidentes de territorialidad. Yo le recordaba al señor Black que allí había gente con móviles que ya le habían grabado un par de veces, y que no sería bueno que le pillaran con su brazo alrededor de mi cadera y acercándome con fuerza contra él; porque aquella no era la inocente reacción de un buen amigo, sino la de un novio

celoso y posesivo. Pero James no tenía mucha paciencia con ese tema y se enfadaba bastante si yo le pedía que fuera un poco más discreto.
—Estoy siendo discreto, Leonard… —me aseguraba siempre con tono grave y peligroso.
Estaba siendo «discreto», porque si por el señor Black fuera, me agarraría del culo con fuerza y me comería la boca delante de todos para demostrar que nadie podía tocarme más que él. Lo que no quería decir que no le encantara que todos nos miraran en los vestuarios de una forma que a veces hasta resultaba incómoda y desagradable.
Cuando al fin regresamos al coche estaba demasiado cansado como para sentarme bien. Me quedé un poco recostado en el asiento y cogí el móvil para pedir los cafés a la tienda del final de la calle, donde siempre los pedía el fin de semana. El señor Black también parecía algo cansado, porque recostó la cabeza en el respaldo y suspiró un poco. Sin embargo, no volvimos a la cama hasta después de terminar «la jornada laboral» de los sábados en el despacho de casa.
—Ya está por hoy —dijo antes de cerrar el portátil y mirarme.
Yo dejé el móvil y me levanté para acompañarle a nuestro cuarto. Me quedé en ropa interior y me tumbé en la cama antes de presionar el botón de las persianas eléctricas para bajarlas y sumergir la habitación en la penumbra. James regresó del baño con solo su camiseta gris que le había regalado y su bóxer negro, que, creía, era mío. Sinceramente, ya no estaba nada seguro de cuál era su ropa interior y cual la mía. El señor Black se tumbó a mi lado y me atrapó entre sus brazos para acercarme todo lo posible a él.
Cuando me desperté, levanté un poco la cabeza y alargué la mano para ver la hora en el reloj. Todavía no me lo había quitado desde el día anterior, ya que incluso era sumergible y me podía duchar con él puesto. Comprobé que ya estaba anocheciendo y me revolví un poco para alcanzar el móvil sobre la mesilla de mi lado. La luz de la pantalla me cegó y solté un gruñido de queja antes de que James se moviera un poco a mi lado, acomodando mejor su cabeza en mi cuello mientras se aseguraba de que no había parte de nuestros cuerpos que no se estuvieran frotando.
Pasé las pestañas con el pulgar y revisé los correos y los mensajes. Lana al fin había respondido con un: «Ellos siempre me echan un poco de menos. Jijiji» ¿Jijiji?, ¿en serio? «Pero ya les he dicho que fue por un buen motivo, así que no tiene por qué preocuparse, señor Black».
«Perfecto, entonces todo bien. Jajaja», respondí, por responder algo, supongo. Después pasé a otro hilo de mensajes, pero esta vez al móvil personal del señor Black. Cerré los ojos y tomé una bocanada de aire. Eran imágenes del pasillo de un hotel decorado con pollas rojas con huevos en forma de corazón y fotos de mujeres desnudas con alas de querubín y arcos que en vez de flechas disparaban dildos.
—James —le desperté un poco, agitándole suavemente a mi lado.
Él entreabrió los ojos y miró mi perfil. Le acerqué el móvil y lo cogió para

ver las imágenes, no dijo nada y me lo devolvió. Nos quedamos en silencio un buen rato, quizá porque ambos pudimos percibir la tormenta que se avecinaba. Por suerte, en algún momento llegó el repartidor del restaurante con la cena y tuve una excusa para levantarme e ir a preparar los platos. El señor Black no hizo nada para impedírmelo, pero no tardó mucho en seguirme por el pasillo superior para descender hacia la cocina. Se sentó en su taburete alto frente a la mesa de isla y cruzó los brazos sobre ella sin dejar de mirarme. Estaba un poco despeinado después de dormir, aunque era James, así que eso solo le daba un toque más despreocupado y sexy.

No dijo nada en toda la cena, y yo no aparté la mirada de mi plato o del ventanal a lo lejos con vistas a los rascacielos y la ciudad iluminada por miles de pequeñas luces que brillaban como estrellas en mitad de la lluvia. El señor Black dejó su plato vacío a un lado y terminó su botellín de agua. Sin preguntar nada, empecé a recogerlo todo y llevé los platos al fregadero para echarles un agua. James se levantó y se cruzó de brazos a mi lado, apoyando la cadera en la mesa del fregadero y mirándome por el borde superior de los ojos con cuidado.

—Leo —comenzó, siempre empezaba por mi nombre cuando iba a decir algo que no me iba a gustar—. Me gustaría ir a esa fiesta contigo. Es importante para mí.

Dejé de fregar los platos y apoyé las manos en el fregadero mientras miraba el agua del grifo correr, cubriendo el aire de un murmullo apagado.

—¿Por qué es tan importante para ti, James? —le pregunté.

—Me gusta que todos sepan lo buenos que somos y que nos tengan envidia —respondió con la misma calma con la que yo le había preguntado.

—No voy a ir a una fiesta para dejarme follar y divertir a esos cabrones egocéntricos y sexistas —le aseguré, girando el rostro hacia él—. Te lo he dicho, nosotros no somos un puto espectáculo. Nosotros somos novios de verdad.

Mis palabras provocaron una reacción inesperada en él: sorpresa; seguida de una reacción muy esperada en él: enfado.

—Claro que somos novios de verdad, Leo —dijo en un tono más alto—. Ellos lo saben e ir a esa fiesta no cambiará nada.

Cerré el grifo, me sequé las manos con un trapo e imité su postura de brazos cruzados. Yo todavía estaba prácticamente en ropa interior y no había ningún otro sitio donde poder meterlas.

—James, ya te dije que, si quieres ir a esa fiesta, iré porque es importante para ti —le dije con tono serio y mirada fija—, pero no voy a hacer nada sucio ni sórdido. Si tú quieres hacerlo, me iré, pero esta vez de verdad y para no volver.

El señor Black mantuvo su mandíbula tensa y dejó un silencio denso y desagradable. Finalmente, asintió, tan solo eso, asintió.

—Vayamos a prepararnos —ordenó.
Cogí una bocanada de aire y miré al suelo, incapaz de reprimir una mueca de tristeza. Las fiestas sexuales de los amigos del señor Black siempre me angustiaban un poco, me recordaban el oscuro mundo que a James tanto le gustaba. Aun así, le seguí hasta la habitación, a la ducha y después desnudo al vestidor. Allí eligió un bóxer blanco de marca para él y otro rojo para mí. A continuación, se puso una corbata roja y me ató una pajarita blanca al cuello.
—Romántico pero lascivo —murmuré cuando nos pusimos frente al espejo, como hacíamos siempre. Aquello se estaba pareciendo mucho a cuando nos preparábamos para una de las fiestas sexuales del Barón Enmascarado.
Al señor Black se le escapó un bufido y elevó las comisuras de sus labios por aquella broma.
—Mándaselo por correo, le va a encantar la idea —me dijo, alargando un brazo para rodearme los hombros y atraerme un poco más al él. Había tenido cuidado de no molestarme demasiado, pero solo había necesitado aquella pequeña broma para saber que no estaba tan enfadado como él creía—. El reloj no queda bien —añadió, mirando mi muñeca en el reflejo.
Fui a quitármelo, pero él me lo impidió con un movimiento rápido de la mano. Le miré a los ojos y vi la duda en ellos, entonces me soltó la muñeca y me dijo:
—Coge el Montblanc de correa roja.
Asentí y fui al cajón de los relojes, como la caja de mi Rolex no estaba allí, lo dejé sobre la mesa y me puse el carísimo Montblanc que me había pedido antes de regresar a su lado.
—Es solo para esto —me aclaró—, ese reloj es tuyo y quiero que lo lleves siempre que quieras.
—Eso haré —le prometí.
El señor Black miró el resultado en el espejo y se dio por satisfecho. Después nos vestimos con «normalidad», ropa cara y de marca, pero nada diferente a lo que nos podríamos habitualmente. Di el aviso a Lakov y bajamos al garaje.
—San Valentín es la fiesta más cerda que hacen los amigos de Peter —me explicó en el ascensor mientras me acariciaba la espalda con la mano—. Es como una pequeña orgía: hay putas de todo tipo, también gigolos y en cada habitación montan una temática.
—Cada vez suena mejor y mejor —murmuré con un tono neutro y carente de vida.
—Nadie te va a tocar, Leo —me aseguró, apretando un poco más la mano a mi espalda. Entonces, tras un breve silencio, añadió—: ni a mí tampoco.
No dije nada ni aparté la mirada de nuestro borroso reflejo en las puertas metálicas, pero sus palabras habían conseguido hacerme sentir un poco mejor. Solo un poco. Salimos del ascensor y saludé a Lakov antes de meternos en el coche. El señor Black miró hacia el cristal oscuro y repleto

de regueros de lluvia y yo me crucé de piernas antes de hacer lo mismo.
Siempre había una extraña tensión entre nosotros antes de ir a una de esas fiestas. Las cenas del Barón Enmascarado eran una cosa, porque nos sentábamos a beber y a charlar como en una especie de cita retorcida con disfraces y constantes interrupciones de extraños que nos proponían guarradas; pero las fiestas de los amigos del señor Jacobs eran algo completamente diferente.
—Leo —me llamó James.
Giré el rostro hacia él y miré sus ojos azules, un poco más oscuros en la penumbra. Se quedó un momento en silencio mientras su rostro era iluminado intermitentemente por las luces del exterior, proyectando los regueros de la lluvia del cristal sobre su rostro. Entonces se dio un par de palmadas en la pierna y no necesitó decir nada para que me levantara con cuidado y fuera hacia él. Me senté en su regazo, pasando un brazo por el respaldo y dejándome caer un poco sobre él; como si fuera a pedirle un regalo a Santa Claus.
El señor Black me rodeó la cadera con un brazo y me atrajo un poco más hacia él. Seguimos un par de segundos en silencio, mirándonos el uno al otro, hasta que él puso morritos y yo le di un beso corto y suave en los labios.
—Me gusta mucho que vengas conmigo, Leo —dijo en voz baja—. Cuando iba solo era… —se detuvo y tomó un par de respiraciones antes de continuar—: muy diferente.
—Me lo imagino —asentí. Y, tras otro breve silencio me atreví a preguntarle—: ¿Lo echas de menos?
—No.
No tardó ni un segundo en responder. No había duda ni arrepentimiento en su voz, solo un simple y rotundo «No». Moví la mano que tenía apoyada en el respaldo y le acaricié el pelo rubio con cariño.
—Me preocupa que en algún momento lo eches de menos —le confesé en voz baja.
—No —repitió. Entonces empezó a respirar con un poco más de fuerza—. ¿Tú echas de menos a tu ex novio?
Fruncí el ceño, sin entender a qué venía aquello.
—No, ahora estoy contigo —respondí.
—Pues yo igual —concluyó.
—No es lo mismo, James —traté de explicarle—. Tú eres una persona muy sexual, quizá llegue el momento en el que extrañes… —me encogí de hombros y negué con la cabeza, pero fui incapaz de decir lo que estaba pensando—, estar con otra gente…
—No —repitió por tercera vez, más alto y más enfadado que antes—. Yo no estoy con otra gente ni tú tampoco, ese era el trato.
—No es un trato, es lo que pasa cuando tienes una pareja.
—Conozco muchas parejas que follan con otras personas.
Alcé levemente las cejas y después incliné la cabeza antes de reconocer:

—Sí, eso es verdad.
El señor Black se quedó mirándome fijamente, con la mandíbula algo tensa y la respiración un poco acelerada. Le acaricié el pelo y le di un suave beso en los labios.
—Perdona, James, confío mucho en ti, pero… —confesar aquello me daba un poco de vergüenza, pero lo hice de todas formas—, a veces me siento muy inseguro con respecto a este tema. Me da mucho miedo que te aburras y que llegue a perderte.
Él me apretó un poco más, cerrando su puño sobre mi jersey como si quisiera agarrarme para que no me cayera.
—Eso no va a pasar —me aseguró.
Sonreí un poco y asentí antes de darle otro beso, esta vez más largo y suave para decirle sin palabras lo mucho que le quería. Cuando nos separamos, el señor Black había recuperado su expresión serena y seria, dejando el enfado atrás. Continué acariciándole el pelo y le limpié la comisura de los labios húmedos para quitarle algunos restos de saliva. James quiso otro beso, y otro después de aquel, hasta que empezó a frotar la mano contra mi pierna y buscar mi trasero y el interior de mi jersey negro. Yo no le detuve, no tenía por qué hacerlo, y para cuando Lakov detuvo el coche y anunció que habíamos llegado al hotel, James y yo ya estábamos medio desnudos y bastante empalmados.
—Joder… —me quejé, sacando la mano del interior del bóxer blanco de James.
El señor Black no estaba mucho más contento que yo por la interrupción, resistiéndose a hacer lo mismo con sus manos en mi culo. Al final tuvo que hacerlo y empezar a abrocharse la cremallera y a atarse el cinto de su pantalón caqui. Tardamos un par de minutos en salir del coche, más despeinados y con el rostro un poco más colorado que antes.
El señor Black se reunió conmigo bajo el paraguas y puso su mano en mi espalda antes de ascender los escalones hacia la elegante y lujosa entrada del hotel Vinnia. Un recepcionista muy peinado y muy sonriente nos recibió con especial entusiasmo, demasiado para creer que era lo normal en él.
—Planta décimo octava —fue la única respuesta del señor Black.
Al recepcionista se le escapó una expresión de sorpresa y enseguida la corrigió para perder la sonrisa elegante y poner una un poco más retorcida y oscura. Se levantó y nos pidió que le siguiéramos. Como había pasado en el Ano Nuevo, tuvimos que pasar un cacheo y dejar todo en una sala especial y vigilada. El recepcionista se quedó a mirar, aunque era evidente que su presencia allí era del todo innecesaria. Después nos acompañó al ascensor y nos preguntó en voz baja:
—¿Vosotros cuánto cobráis?
Yo le dediqué una mirada seria, pero el señor Black subió su mano desde mi espalda a mis hombros y me acercó a él antes de responder con una suave sonrisa en el rostro:

—No podrías pagarlo.
Miré a James y negué con la cabeza. No entendía cómo le podía gustar que nos hubieran confundido con prostitutos de lujo o algo así. El recepcionista puso una mueca de disgusto que fluyó hacia algo similar al enfado.
—¿Solo trabajáis con millonarios? —preguntó.
Por suerte el ascensor llegó en ese momento, interrumpiendo el silencio con un tintineo y el sonido de las puertas al abrirse. Entramos en silencio, dejando al recepcionista allí plantado.
—A la planta décimo octava —dijo el señor Black.
El botones siguió sonriendo y no hizo ninguna pregunta antes de pulsar el botón. Cogí aire y me preparé para otra noche de escenas sórdidas que no quería ver, proposiciones asquerosas que no quería escuchar, y aromas humanos que no quería oler. Noté un apretón en el hombro y giré el rostro hacia el señor Black, él me miró en silencio y se acercó para darme un suave beso en los labios. Yo levanté una mano para rodearle la cadera y puse una pequeña sonrisa para él, aunque no me apeteciera mucho sonreír. James también sonrió elevando las comisuras de sus labios.
Las puertas se abrieron y aquel momento terminó. El botones nos deseó una buena noche antes de que saliéramos por el ascensor de camino a un elegante recibidor de luz suave, paredes de color café y moqueta color crema. Había algunos enormes espejos a los lados con focos que los iluminaban para darle un aspecto más dramático. También había algunos sofás y sillones de cuero y una pared de cristal con un enorme «18» en letras doradas separaban el recibidor del pasillo principal. La verdad era que se trataba de un lugar bastante elegante, o, al menos, debía serlo cuando no estaba cubierto de adornos de pollas rojas, vaginas blancas y una pancarta donde ponía: «San Valentín. La Noche de los Folladores».
Una mujer desnuda, con alas de querubín y peluca de pelo rizo y blanco muy cardado, que esperaba en la puerta de cristal se acercó y nos indicó el espacio reservado a un lado para desvestirse y guardar la ropa en cajoneras que habían montado especialmente para aquel momento. No era un vestuario, era solo eso, una pared a un lado del recibidor. El señor Black me soltó y empezó a desvestirse, yo lo imité y nos quedamos en ropa interior, tan solo con la corbata y la pajarita que nos habíamos puesto en casa. Lo guardamos todo en la misma cajonera y el señor Black quiso asegurarse delante de unos de los espejos que estuviéramos bien. Volvió a rodearme los hombros y asintió antes de que la mujer nos abriera la puerta de cristal hacia el pasillo principal.
—Si alguien te toca, le apartaré yo. Si alguien me toca, apártale tú —murmuró inclinándose sobre mi oído.
—Lo que hacemos siempre, entonces —respondí en el mismo tono bajo.
El pasillo tenía la misma decoración que el recibidor, pero allí se escuchaban los gritos, risas, jadeos y gemidos de la gente. Todas las habitaciones de la planta estaban abiertas y todo el mundo que se cruzaba

en nuestro camino tenía tan poca ropa como nosotros, o incluso menos. A medida que más nos adentrábamos, más personas había, más cargado estaba el aire y más cosas se oían a nuestro alrededor. Me concentré en mirar al frente y no distraerme con nada que no quisiera ver, ya que, al contrario de mis oídos, al menos podía decidir lo que quería ver y no ver allí.

Al final del pasillo había una especie de sala grande donde confluían los demás pasillos y que debía servir como una especie de salón común. Había muchos sofás de cuero, muchas mesillas con lámparas y mucha gente desnuda o semidesnuda sentada haciendo un poco de todo. Nos detuvimos y el señor Black echó un rápido vistazo.

—Allí está el señor Jacobs —le indiqué, señalando hacia un lado.

James siguió mi dedo hacia un grupo de sofás alrededor de una mesa baja donde había cinco hombres y varias mujeres. Esta vez casi conseguí reconocer a dos o tres de la fiesta de Ano Nuevo, al menos sus caras. El señor Jacobs estaba en el centro, con los brazos extendidos sobre el respaldo y cara apretada mientras una mujer le hacía una mamada de rodillas.

Nos pusimos de nuevo en marcha hacia allí y nos detuvimos frente a la mesa baja.

—Peter —le saludó el señor Black en un tono de voz suficiente alto para llamar su atención.

Al señor Jacobs pareció costarle un poco reconocernos, hasta que al final dejó de entrecerrar los ojos y sonrió mucho. Evidentemente, estaba hasta el culo de droga.

—¡James y su ayudante! —nos saludó. Apartó la cabeza de la mujer de su entrepierna sin ningún miramiento y se levantó, desnudo y empalmado, para ofrecernos un asiento en el sofá de al lado—. ¡Qué bien que hayáis venido! ¡Las cosas estaban muy aburridas! —continuó gritando.

El señor Black esperó a que una pareja que se estaba tocando bastante se apartara lo suficiente para podernos sentar en el lado del sofá, cerca del reposabrazos y la lamparilla de la mesilla al lado. En el sofá frente a nosotros estaba el hombre moreno de la otra vez, el cual parecía desmayado o en coma. A su lado una mujer le masturbaba mientras otra le lamía las tetas a la vez, terminando aquel tren sexual con un hombre que le hacía un cunnilingus a la última de ellas.

—¡Serviros! —nos invitó el señor Jacobs, señalando la mesa baja repleta de tablas con líneas de cocaína y pequeñas bolsas con pastillas.

Entonces se volvió a sentar al lado de la mujer que antes se la estaba chupando. La pobre nos miraba con atención, pero parecía muy ida y tenía los ojos vidriosos. Debía haber esnifado una buena cantidad de cocaína porque tenía las aletas de la nariz teñidas de polvo blanco.

—¿Tú quieres? —me preguntó el señor Black al oído, distrayéndome por un momento.

Me había hecho sentarme en su regazo, como habíamos hecho en el coche,

con mi brazo alrededor de sus hombros y su mano alrededor de mi cintura y en mi pierna. Asegurándose de que yo estuviera muy cerca de él para que quedara bien claro que estábamos juntos.
—No —negué, volviendo el rostro hacia él para poder responderle en el mismo tono.
—Te puedo enseñar, Leo —insistió.
—Sabes que no es eso, James —le recordé, porque habíamos tenido una conversación muy parecida hacía ya algún tiempo—. No me gusta drogarme.
—¿Y te molesta que yo lo haga? —preguntó.
Me quedé mirando sus ojos del azul del mar, demasiado cerca para poder ambos a la vez, así que fue saltando de uno a otro mientras pensaba en lo que acababa de decirme.
—No es mi cosa favorita —terminé reconociendo—. Pero no me molesta. Siempre y cuando no te conviertas en un adicto —añadí—. Eso sí que no me molestaría bastante.
Miró la mesa baja repleta de pizarras oscuras con líneas de cocaína y después volvió a mirarme.
—No será divertido si no lo hacemos juntos —murmuró.
—James, sabes que te quiero mucho, pero no voy a esnifar cocaína ni por ti ni por nadie —le dejé bien claro.
—También hay éxtasis y opiáceos —insistió, pero lo hizo de una forma suave y una leve sonrisa, como si se tratara de una pequeña broma.
Así que sonreí y le di un beso suave en los labios, uno un poco pegajoso, un poco cálido, pero lleno de un amor que nunca había sentido por nadie. James me miró de esa forma fija e intensa con la que me miraba a veces. A nuestro alrededor todo era sórdido y asqueroso, pero en sus ojos había un precioso mar azul y en calma.
—Leo… —empezó a susurrar James—. Te...
—¡James! ¿Has visto a las mujeres que hay aquí? —le interrumpió el señor Jacobs, rompiendo con sus estúpidos gritos y su voz desequilibrada aquel precioso momento en mitad de la horrible fiesta—. ¡Son de las tuyas, hacen de todo! —se rio de una forma estridente y se acercó a la mujer drogada y de ojos vidriosos a él—. ¡También hay hombres si queréis!
El señor Black y yo giramos el rostro para mirarle. James estaba serio, pero a mí se me notaba el desprecio y el asco en cada célula de mi rostro. El señor Jacobs se acercó al borde del sofá y se inclinó para esnifar otra raya de cocaína antes de soltar un ruidoso: «¡Ah…!», frotarse la nariz y recostarse con una sonrisa demasiado grande y los ojos de pupilas tan contraídas que apenas eran más que puntos oscuros.
—¿Vais a hacer algo bueno?, ¡como en las orgías! —continuó, giró el rostro hacia nosotros y de pronto aplaudió—. ¿Os vais a hacer un *ganbang* entre los dos? ¿Llamo a un par de chicas? ¡Debe ser la hostia veros a los dos dándole duro a un par de zorras! ¡No pongas esa cara, principito! —exclamó al ver mi profunda expresión de desprecio—. ¡Hay hombres tam-

bién para que te hagan lo que quieras!
—¡No! —sentenció el señor Black con tono duro, arrancando la sonrisa del señor Jacobs de su rostro como si le hubiera pegado una bofetada—. Nadie toca a Leonard, solo yo.
—¡Oh, ya! —siguió gritando el señor Jacobs, como si acabara de comprender algo—. ¡Vas a hacerlo con otros mientras te mira! —se rio—. ¡Ya sé a quién necesitas!
Entonces se levantó de un salto y salió casi corriendo hacia el fondo de la sala. El señor Black y yo nos quedamos mirando hasta que desapareció por uno de los pasillos. Después le dediqué una mirada de ceño fruncido y un poco preocupada a James. No me había gustado nada cómo había sonado eso.
—No voy a hacer nada con nadie —me aseguró él en voz baja, interpretando mi preocupación como un gesto de miedo y desconfianza—. Solo tú puedes tocarme ahora.
—No, no es eso —le corregí—. Sé que no vas a hacerlo, James.
—Sé que tú tampoco lo harás, Leo —asintió el señor Black, de esa forma suya de devolverme las afirmaciones con otras de su parte; como si esperara a que yo lo dijera primero para después hacerlo él.
—Es solo que la gente está mucho más drogada y… —señalé un momento con la cabeza al tren del amor frente a nosotros—, desbocada de lo me imaginaba.
El señor Black miró al grupo en el sofá y me atrajo un poco más a él, movió la cadera y sentí una dureza allí donde me rozaba con su entrepierna.
—A mí me está poniendo un poco cachondo —reconoció.
—¿En serio? —pregunté con una leve sonrisa, porque era una exclamación de sorpresa y no de indignación.
El señor Black esperó un par de segundos, quizá comprobando mi expresión y midiendo mi reacción para ver cómo me lo tomaba, entonces se encogió de hombros.
—¿A ti no? —me preguntó de vuelta.
Miré el tren del amor, tratando de descubrir qué era lo que podía resultar excitante de aquello.
—Lo están haciendo fatal, James —murmuré—. Mira cómo le está comiendo el coño, por favor, creo que hasta yo lo haría mejor.
El pecho de James vibró y una leve risa se escapó de sus preciosos labios.
—Lo están haciendo mal, pero lo están haciendo delante de nosotros —dijo entonces, empezando a acariciarme la pierna con un poco más de intensidad—. Podríamos enseñarles cómo se come bien a otra persona…
—James… —respondí con lentitud, apretando la comisura de los labios—. No vamos a hacer un espectáculo, te lo he dicho.
El señor Black no apartó la mirada de mis ojos y no dejó de acariciarme de aquella manera.
—Nadie nos está mirando ahora.

Me quedé en silencio y después eché un vistazo alrededor, comprobando que, en efecto, nadie nos estaba prestando especial atención. Había miradas, por supuesto, pero nada fuera de lo normal si exceptuábamos el hecho de que esas personas se estaban tocando mientras nos miraban. A lo que me refería era a que no había círculo de mirones a nuestro alrededor, ni nadie que esperara a que James y yo hiciéramos «alguna puta guarrada de las nuestras».

—¿Te pone mucho hacerlo delante de los demás? —le pregunté al señor Black, aunque ya conocía la respuesta.

—Mucho —asintió.

Cogí una bocanada de aire y dudé un momento. No me importaba hacer un par de cosas delante de otra gente, siempre y cuando nosotros no fuéramos el centro de atención, sino una pareja más de las muchas que se tocaban y se besaban allí.

—Cuando diga que pares, paras —le advertí.

El señor Black se recostó un poco más sobre el sofá, llevándome con él, para poder meterme la mano bajo el calzoncillo rojo y empezar a rozarme suavemente el ano con la punta de los dedos. Me pilló un poco por sorpresa y ahogué un gemido bajo; sin embargo, el señor Black no perdió el tiempo y me llevó una mano a entrepierna, ya bastante dura y tensa, para que le tocara el grueso bulto de carne que había allí y que yo conocía tan bien. Lo froté suavemente, pero por encima de la tela blanca del bóxer de marca, mientras el señor Black comenzaba a jadear sin dejar de mirarme fijamente. Sonreí un poco y me incliné para besarle.

—¡Pero no empecéis todavía! —gritó una voz cercana con un tono que ascendía y bajaba todo el rato—. ¡Mirad quien está aquí!

James y yo giramos el rostro, cada vez más molestos y enfadado por las interrupciones del señor Jacobs; sin embargo, todo cambió cuando vi a la figura a su lado. Nos miraba con sus ojos claros y una expresión mezcla de asco y prepotencia.

Era Jack.

Jack el sumiso.

Me quedé helado y sin habla. Aparté la mano de la entrepierna del señor Black y la subí hasta su pecho abultado y duro. Miré a Jack y después al señor Jacobs, sonriente y eufórico por aquel momento y pensando, quizá, en las muchas guarradas que podríamos hacer los tres para divertir a sus amigos.

—Vaya… así que al final sí eras otra de sus putas —me dijo Jack, estirando su sonrisa cruel.

Le volví a mirar en silencio. Se había teñido el pelo y ahora lo tenía de color azul claro, casi del mismo color de sus ojos, y no blanco como antes. Su barba estaba, pero su bigote negro era más denso y largo sobre sus labios finos. Sin embargo, parecía algo desmejorado, un poco ojeroso y un poco más delgado que antes. Jack siguió sonriendo antes de inclinarse sobre la mesa, coger una de las pizarras negras y aspirar una raya de cocaína con sorprendente facilidad. Posiblemente porque ya lo había hecho cientos de veces antes.

—¡Es todo un puto cerdo! —se rio el señor Jacobs, como si fuera un halago y no un insulto, mientras la deba una palmada en la espalda a Jack—. ¡Les encanta a todos! ¡Les dije: este es uno de los chicos de James! ¡Va a ser la hostia!

El señor Jacobs fue hacia su sitio en el sofá y se dejó caer, como si se preparara para ver un espectáculo emocionante y muy esperado. Jack se pasó el brazo por la nariz y aspiró un par de veces sin dejar de sonreír, se acercó a nosotros y se sentó en el borde de la mesa. Colocó las manos un poco atrás para poder recostarse un poco, seguramente para resaltar su musculatura más definida y el nuevo tatuaje con dos aspas militares invertidas que se había hecho en mitad del pecho. Una marca de sumiso.

—Buenas noches, Jack —le saludé con un tono neutro, algo educado que desentonó mucho en ese momento.

Jack soltó un bufido y una carcajada. Abrió más las piernas, resaltando el bulto nada sutil que producía su polla contra el jockstrap rojo y blanco que llevaba. Jack seguía siendo un hombre muy atractivo, sórdido y llamativo; lo que, al parecer, al señor Black tanto le gustaba.

—Qué sorpresa encontrarte aquí —añadí, rompiendo aquel breve e incómodo silencio.

Pero Jack ya no me estaba prestando atención. Miraba directamente al señor Black, quien le miraba de vuelta con expresión seria y completamente indiferente. Al contrario que yo, él no había apartado su mano de mi culo y seguía rozándome el ano con la punta de los dedos bajo el bóxer rojo. Algo que en ese momento me resultó profundamente incómodo.

Jack ladeó el rostro con aquella fina sonrisa en los labios finos bajo el bigote. Parecía estar tratando de descubrir algo, quizá saber si todavía ponía cachondo al señor Black, si él deslizaba su mirada para recorrer su

cuerpo y su entrepierna con deseo. Algo que no sucedió.
—Me hice bastante famoso en la última orgía —respondió entonces—, ahora no paran de llamarme para estas fiestas.
—Qué bien —asentí, porque supuse que hablaba conmigo.
Sinceramente, me sentía muy expuesto y perturbado por la presencia de Jack. Hubo un tiempo en el que me había jurado a mí mismo que no terminaría como él, enamorado del señor Black y dejándome manosear en fiestas asquerosas y depravadas; y, sin embargo, ahí estaba yo. Casi desnudo en mitad de una orgía de San Valentín y con los dedos de James metidos por el culo. Quizá Jack estuviera pensando lo mismo y riéndose de mí por ello.
—Hay hombres que saben apreciar muy bien lo que yo hago —continuó él, volviendo a ignorarme por completo—. Me dan regalos, me invitan a sitios, me dicen que me quieren —se encogió de hombros antes de ladear la cabeza hacia el otro lado sin dejar de mirar fijamente al señor Black—. Saben que soy demasiado bueno para dejarme escapar…
Sus palabras dejaron uno de eses silencios tan típicos del señor Black, quien no parecía en nada sorprendido ni preocupado por lo que Jack le decía. Solo acercó el rostro a mi oído para susurrarme:
—No dejes de tocarme, Leo.
Giré un momento el rostro hacia él, tratando de descifrar qué pretendía hacer con todo aquello; aun así, obedecí y le acaricié el pecho con más intensidad, desde su clavícula hacia el comienzo de los abdominales para volver a subir. Jack miró aquello y tensó la mandíbula perdiendo parte de su actitud despreocupada y sonriente.
—Aunque creo que tú también has estado ocupado, ¿verdad, James?
Al señor Black no le gustó que dijera su nombre, así que dejó de mirarme tranquilamente para dedicarle una expresión seria y peligrosa.
—Vuelve a decir mi nombre y te cerraré la boca de una bofetada que recordarás el resto de tu puta vida —le advirtió con una voz profunda, fría y distante, su voz de Amo.
Pero Jack no retrocedió, más sonriente después de haber conseguido una respuesta del señor Black, aunque fuera una mala. Soltó otro bufido y sonrió un poco más.
—¿Dónde está esa chica?, esa con la que sales tanto en las fotos. ¿No es tu novia? —se rio un poco en voz baja, como si aquella palabra le resultara muy graciosa—. ¿Sabe ella que estás aquí con la mano metida por el culo de tu ayudante?
—¿No tienes ningún sitio al que ir, Jack? —intervine yo.
—Tú cállate, pedazo de puta —me dijo con voz cortante y desagradable, perdiendo por completo la sonrisa para dedicarme la mirada más fría y asqueada posible—. Ahora no eres mejor que yo, solo otro de sus sumisos.
Noté la reacción del señor Black, apretando un poco los dedos contra mi pierna con enfado; sin embargo, nada en su rostro dejó traslucir lo mucho que aquello le había molestado.

—No soy su sumiso —le aclaré con calma, la misma tranquilidad con la que me enfrentaba a las palabras de un James enfadado y furioso, que imponían muchísimo más de lo que Jack jamás impondría—. Soy su ayudante.
—¿Todavía sigues con esa mierda? —insistió Jack—. ¿Qué pasa, Leonard? Estoy seguro de que ahora te dejas pegar y follar, ¿verdad? Seguro que te lo tragas todo como a él le gusta —y volvió a mirar al señor Black—. Te querrá para follarte cuando se aburra en el despacho, quizá para que se la chupes debajo de la mesa. ¿Te aprieta la cabeza como un cabrón sobre su polla hasta ahogarte sin importarle que estés a punto de vomitar? Eso le ponía mucho —asintió un par de veces en silencio.
—¿También te ata para que no puedas moverte y te deja todo el día en la habitación para venir a follarte cuando le salga de la polla, sin importar el hambre que tengas o que necesites ir al baño? —se le escapó una leve risa, pero fue algo muy triste.
—Una vez creo que se olvidó de mí y me dejó casi dos días colgado en el columpio. ¿Alguna vez te meo en la boca? —recordó de pronto, arqueando un poco las cejas negras—. A mí me lo hizo un par de veces. ¿Y te ha llevado ya a las fiestas del Barón? —continuó sin dejar de mirar al señor Black a los ojos—. Le gusta que aceptes todas las tarjetas y mirar cómo chupas, te tocan y te follan sin parar, sin importar la clase de hombre asqueroso y perturbado que lo haga.
Se detuvo y su pecho empezó a hincharse y descender a mayor velocidad, parpadeó un momento y continuó:
—¿Te ha llevado al Hotel? Ese prostíbulo que tiene… ya sabes —se encogió de hombros—. A veces le divierte que te prostituyas para saber cuántos hombres podrías follarte en una noche, pero no tanto como llevarte a las orgías. Te va a encantar, Leonard —me aseguró con una extraña sonrisa en los labios—. Hay una competición muy divertida sobre la cantidad de corrida que te puedes tragar. A James le gusta que sus sumisos siempre la ganen… Vas a pasarte vomitando leche toda la noche.
Yo había empezado a respirar más fuerte y a sentir una profunda ansiedad en el pecho a cada palabra que Jack decía sobre quién había sido el señor Black. Sobre la clase de cosas horribles que podía llegar a pedir el hombre del que me había enamorado. Se me empañaron los ojos y tuve que apartar la mirada a un lado.
—Sí… —continuó Jack tras un pequeño suspiro, sin dejar de mirar a James a los ojos en todo aquel tiempo—. Le gustan esas cosas… pero no te fíes, Leonard, porque por muy obediente y muy cerdo que seas, por mucho que hagas por él, un día simplemente te mandará a tomar por culo y no volverá a llamarte.
Sus palabras dejaron un profundo silencio, más denso y agónico que cualquiera de los anteriores. Yo no podía mirar a ninguno de los dos, demasiado impactado, angustiado y asustado; por lo que James le había llegado a pedir a Jack, y por lo que Jack había llegado a hacer por él.

—Leonard es mi ayudante —dijo el señor Black entonces.
—Debes ser un hombre impresionante, Leonard, para seguir a su lado tanto tiempo — dijo Jack, afilando más su sonrisa—. Una completa y absoluta cerda que no dice no a nada.
Parpadeé y tuve que llevarme la mano al rostro para frotarme los ojos antes de empezar a llorar. Yo no quería saber nada de aquello. Noté cómo James me acercaba un poco más contra él.
—¿Qué haces que sea tan increíble? —insistió Jack, sabiendo que me estaba haciendo mucho daño con aquello. Quizá creyendo que yo había pasado por lo que él había pasado.
—Él me besa —dijo el señor Black.
Las palabras de James cayeron sobre Jack como un jarrón de agua helada, paralizándole por completo, haciéndole perder su sonrisa y el aire de sus pulmones. Él conocía al señor Black y sabía que él no se besaba con nadie. Nunca.
Jack se recuperó y alzó un poco la cabeza con soberbia.
—Qué triste que mientas así, James —le acusó, completamente seguro de que no era verdad—. Tú no besas a nadie.
Al contrario de lo que yo creía, el señor Black no se puso hecho una fiera por aquello. Simplemente levantó la mano de mi pierna y me rodeó la nuca para girarme el rostro hacia él. Yo seguía con los ojos húmedos y me costó un poco enfrentarme a aquellos mares de un azul brillante. El señor Black vio la indecisión en mí y frunció muy levemente el ceño, apenas un movimiento imperceptible para aquellos que no le conocieran perfectamente. Quizá se hubiera acabado de dar cuenta lo mucho que el discurso de Jack me había afectado. Movió la mirada entre mis ojos y sentí como su mano en mi nuca temblaba un poco. Entonces puso morritos, un gesto fugaz que nadie más pudo diferenciar de un movimiento inconsciente de sus labios.
Por primera vez, dudé en darle aquel beso tan nuestro. Pero me obligué a recordar que James había cambiado y que ahora no era esa clase de persona. ¿Verdad?
Me incliné un poco y le besé en los labios. El señor Black esperó un momento, y después me atrajo hacia él para darme el morreo más descaradamente profundo y exagerado que me había dado jamás; con mucha saliva y mucho movimiento innecesario. Traté de mantener la compostura todo lo posible, aunque aquel momento me estuviera resultando muy, muy violento e incómodo; al contrario que el señor Black, quien parecía estar disfrutando de ello de una forma oscura y retorcida, presionando su cadera contra mí y metiendo un poco más los dedos en mi ano para hacerme gemir.
Cuando terminó, el señor Black soltó un profundo gruñido de placer y volvió a bajar la mano a mi pierna mientras miraba de nuevo a Jack. Si antes le habían arrojado un jarrón de agua fría, ahora parecía haber salido de debajo de una furiosa catarata.

Sus ojos estaban húmedos y enrojecidos, sus labios entreabiertos y temblorosos, su pecho se elevaba y descendía cada vez más rápido. Entonces todo cambió en apenas segundos.

La furia y el odio le consumió por entero. Se levantó de un salto y me dio un puñetazo inesperado y bastante doloroso en el rostro. El golpe me hizo girar la cabeza y me choqué contra la de James, recibiendo otro golpe de dolor en la sien. Me mareé un poco y perdí el oído. Creo que Jack estaba gritando algo. Noté que me tiraban del pelo y caí hacia un lado. Abrí los ojos vidriosos y distinguí el rostro de Jack sobre mí, tan contorsionado por la ira y el odio que casi parecía el de otra persona. Me dio otro puñetazo y perdí el aire, sintiendo un profundo regusto metálico en la boca.

De pronto Jack ya no estaba encima de mí. Parpadeé, recuperando la respiración y me di la vuelta para apoyarme en el suelo y escupir la sangre que me cubría la boca y goteaba de mis labios junto con la saliva.

—¡Yo lo hice todo por ti, hijo de puta! —oí gritar a Jack no demasiado lejos, después un fuerte golpe y se hizo el silencio.

Unas manos me agarraron de los brazos y me ayudaron a incorporarme un poco. Vi unos ojos del azul del mar, vidriosos y muy abiertos que me miraban el rostro de arriba abajo. Sobre su ceja rubia había un corte que sangraba y le empapaba parte de la sien de sangre, pero no parecía importarle.

—Leo, ¿estás bien? —me preguntó con voz rápida y descontrolada que me costó reconocer en él—. Vamos al médico a que te miren.

—Estoy bien —conseguí responder con voz ronca, pero el señor Black no me hizo caso.

Pasó mi brazo sobre sus hombros y me agarró con fuerza de la cadera, como si tuviera miedo de que me desmayara en cualquier momento. Salimos a paso rápido hacia el pasillo. James me miraba de forma intermitente con una evidente expresión de preocupación y miedo en el rostro.

—Estoy bien —repetí para tranquilizarle, poniendo una mano en su pecho abultado y casi pude sentir el ritmo acelerado de su corazón.

—Vamos al médico, Leonard —concluyó, con ese tono de voz que no aceptaba discusión.

Seguí sus pasos acelerados hacia el final del pasillo, donde la misma mujer desnuda y con alas y peluca nos abrió la puerta con una mueca de preocupación y sorpresa. El señor Black cogió nuestra ropa y trató de vestirse sin separarse de mí; algo que, a todas luces, resulto estúpido.

—James… —murmuré con tranquilidad, volviendo a acariciarle el pecho—. Tranquilo, estoy bien.

Me fui a separar, pero él me lo impidió apretando con fuerza mi muñeca sobre su hombro y mirándome con enfado. Tuve que dedicarle una mirada serena de vuelta y acariciarle un poco la mejilla mientras ladeaba la cabeza para que entendiera que estaba siendo un exagerado.

—Estoy bien —repetí por tercera vez.

El señor Black tuvo que ceder y permitirme separarme un poco para que nos pudiéramos vestir. Aún así, se dio mucha prisa y en un minuto ya lo tenía todo más o menos encima, con los botones de la camisa mal puestos y la gabardina un poco doblada a la altura del cuello. Entonces me sujetó, en esa obsesión suya de que yo no podía mantenerme en pie por mí mismo. Me dolía la boca, la mejilla y la sien me latía, pero no miraba borroso ni había perdido el sentido de la orientación, así que todo era correcto. El señor Black se empezó a impacientar al ver lo lento que me estaba vistiendo, así que me ayudó con cierto enfado contenido, me llevó al ascensor y me volvió a rodear la cadera para pegarme mucho a él.
El botones no dijo nada de nuestro aspecto, sonrió y fue hacia el hall de la entrada. Fuimos a la sala especial donde nos habían pasado el detector y habíamos tenido que dejar todas nuestras cosas. Miré el móvil y empecé a mandar un mensaje a Lakov para que viniera a buscarnos.
—No, Lakov tardará demasiado —negó el señor Black, quitándome el móvil de entre las manos—. Iremos en taxi.
A esas alturas ya ni me esforcé en recordarle que yo estaba bien y que solo habían sido un par de puñetazos. Había algo perturbador en ver a James impaciente y nervioso, casi asustado. Respiraba más rápido de lo normal y apretaba los dientes con fuerza. Casi me arrastró hacia la salida y paró el primer taxi que pasó para ordenarle ir al hospital privado más cercano. Eso fue lo que dijo, literalmente, «hospital privado más cercano».
Ya en el asiento de atrás, me acomodó contra él y me abrazó con más intensidad de la habitual.
—James —volví a llamarle.
Él me miró con los ojos más abiertos de lo habitual y la mandíbula tensa.
—Tranquilo —le pedí, añadiendo una pequeña sonrisa a mis palabras—. Todo va bien. Han sido solo un par de puñetazos, y creo que has olvidado que soy irlandés. Hemos desarrollado una piel más gruesa en el rostro después de generaciones y generaciones de peleas en el pub.
Al señor Black no le hizo gracia mi broma, pero, al menos, pareció más tranquilo que antes.
—Voy a matar a ese hijo de puta —me aseguró en voz baja.
—No hará falta —negué, pero me di cuenta de que me dolía un poco la cabeza si la movía de lado a lado y la sien me latía con más intensidad.
—Sí, sí hará falta… —murmuró de una forma que me dio un poco de miedo.
—¿Tú estás bien, James? —le pregunté, alzando la mano para volverle un poco el rostro y ver la herida de su ceja.
El señor Black asintió sin dejar de mirarme.
—Me pilló por sorpresa y tardé un poco en salvarte —dijo tras un breve silencio, como si tratara de disculparse.
Se me escapó un bufido y una pequeña sonrisa.
—¿En salvarme? —no pude resistirme a preguntar—. ¿Ahora eres un caballero de brillante armadura, James?

El señor Black no se tomó bien mis palabras, puso una mueca de enfado y miró al frente.
—No es un buen momento para tus bromas, Leo —me advirtió—. Estoy bastante enfadado.
Asentí, dejando el humor atrás. Apoyé la cabeza en el hueco de su cuello y miré el cristal repleto de gotas de lluvia que reflejaban las numerosas luces de colores de la calle. El señor Black me arrulló un poco entre sus brazos, pero se aseguró de que no me quedara dormido en ningún momento, agitándome de vez en cuando para comprobarlo; aunque apenas tardamos diez minutos en llegar a una de las clínicas más caras del centro.
El señor Black llegó por todo lo alto, conmigo al lado y exigiendo que me viera el mejor médico «de inmediato». Por supuesto, las recepcionistas fueron todo preocupación y sonrisas. Me llevaron en silla de ruedas, sin importar lo mucho que yo me hubiera negado a ello. James no estaba siendo nada razonable con aquello y simplemente me obligaba a callarme con peligrosas miradas serias. Me llevaron a una preciosa habitación que parecía más de un lujoso spa que un hospital; allí me atendió una doctora muy profesional que me hizo toda clase de pruebas rápidas y preguntas.
—Solo hay que coser la herida, todo lo demás parece correcto —anunció al final.
El señor Black asintió y al fin respiró más tranquilamente. Esperó a que me cosieran la herida, lo que resulto más incómodo que doloroso, antes de que la cubrieran con una fina gasa. Después le pusieron también un par de tiras blancas a James sobre la ceja después de limpiarle la herida. Tras una hora y una factura estúpidamente grande por las tonterías que nos habían hecho, pudimos irnos.
Nos subimos a otro taxi y le dimos la dirección de casa. James me abrazó con más cariño que firmeza esta vez, aunque seguía algo enfadado y molesto.
—¿Todo bien, James? —pregunté en voz baja mientras la acariciaba distraídamente la pierna.
—No, Leo.
—Ya has visto que estoy bien —le recordé.
—Voy a hacer que Jack se pase el resto de su puta vida en la miseria.
Cerré un momento los ojos y cogí una bocanada de aire. Yo sabía por qué Jack me había pegado, por qué me había gritado e insultado. Yo tenía algo que él quería; incluso después de todo lo que me había dicho, todavía lo quería. Había pasado casi medio año, pero era evidente que Jack no había superado sus sentimientos por James. Quizá se sintiera humillado y traicionado por él, por haber ido a aquella orgía y haberse esforzado por darle lo que creía que quería de él. No podía culparle por odiar al señor Black, porque James había sido cruel con él; ni podía culparle por odiarme a mí, por tener algo por lo que él se había esforzado tanto.
De pronto volví a sentirme triste y un poco angustiado al recordar aquello. Miré a James con los ojos humedecidos y le pregunté:

—¿En serio le hiciste todo eso?
El señor Black respondió a mi mirada y se quedó en silencio. Cada segundo fue peor que el anterior y sentí un vacío más grande en el pecho.
—Yo no le obligué a hacer nada —respondió.
—Joder, James… —murmuré, girando el rostro hacia el cristal.
—Yo no le obligué, Leonard —repitió, pero esta vez con enfado contenido y pronunciando cada palabra por separado—. Él me lo pedía.
Fruncí el ceño, pero noté una punzada de dolor allí donde me habían puesto los puntos y tuve que dejar la mueca a un lado antes de mirarle de nuevo a los ojos.
—¿Él te lo pedía? —pregunté, aunque me costaba creerlo.
—Sí, él me lo pedía —afirmó con seriedad.
—¿Jack te pedía que le prostituyeras y que le…? —paré, porque me daba demasiado asco decirlo.
El señor Black me rodeó un poco más fuerte, agarrándome del jersey, como si temiera que yo fuera a escaparme corriendo de su lado en cualquier momento.
—Jack quería demostrarme que era el más cerdo, el que mejor me lo iba a hacer pasar, que él no tenía límites —me dijo—. Creía que eso iba a hacerle quedarse a mi lado. Así que yo probaba cosas con él.
Cerré los ojos y aparté la mirada de nuevo. Quizá no quería oír aquello, quizá había cosas de James que yo no quería saber, porque así era más fácil amarle.
—Él me pedía acompañarme, me decía que no le importaba hacer todo lo que yo quisiera —continuó—. Al principio eran en casa, después fueron en fiestas o en el Hotel. A mí no me gustaban, pero tenía curiosidad por saber hasta dónde podía Jack llegar por mí —dejó otro breve silencio, hasta que repitió—: Yo nunca le obligué a hacerlo, Leo, él lo hacía porque quería.
—Lo hacía porque *te* quería, James —susurré mientras una lágrima se me escapaba de los ojos.
No sabía por qué aquello me dolía tanto. No sabía si era que Jack me daba mucha pena, o porque no podía parar de pensar que James no se daba cuenta de lo que podía llegar a hacer por él la gente que le amaba.
—Ese no es mi problema, Leo —dijo con enfado—. Ya te lo he dicho…
—Te amaba, y tú lo sabías, James —respondí, incapaz de pasar por alto aquello—, y le utilizaste de todas formas.
El señor Black no se tomó bien aquello y empezó a tensar la mandíbula y a apretar con más fuerza mi jersey.
—Ese… no es… mi problema… —repitió en su voz baja, grave y peligrosa.
Negué con la cabeza y miré de vuelta al cristal. No lo entendía. Quizá no podía entenderlo. El señor Black también apartó la cabeza, enfadado una vez más, pero sin soltarme del jersey. Cuando llegamos a la puerta del edificio esperó a que yo saliera primero y me siguió por mi puerta, aun-

que diera a la carretera y la suya a la cera. Puso su mano en mi espalda y continuamos en silencio hacia el ascensor. De allí a casa y a la habitación.
Entonces se separó de mí para desvestirse, todavía silencioso y enfadado. Nos desnudamos en el vestidor y nos quedamos en ropa interior de nuevo. Me quité la pajarita blanca y la dejé junto con el resto en el cajón alargado de uno de numerosos estantes, después hice lo mismo con el reloj Montblanc de correa roja que me había prestado. Noté la muñeca extraña y vacía y recordé mi Rolex *submarinier* sobre la mesa central.
El señor Black se había desatando la corbata y la había dejado tirada a un lado, después había ido hacia un lado, donde había dejado perfectamente doblada la camiseta gris que yo le había regalado. Se la puso con el mismo ritmo entre la frustración y el enfado que le acompañaba desde el taxi, pero se la puso. Yo creía que la dejaría a un lado como un gracioso recuerdo, que no era lo suficiente cara o no tenía la suficiente calidad para que él se lo pusiera. James nunca se vestía con nada que no fuera de marca o no superara los cien dólares; pero allí estaba, con la cabeza alta y expresión muy seria mientras se cambiaba la ropa interior con mi camiseta puesta.
Miré de nuevo el Rolex *submarinier* entre mis manos. James nunca regalaba nada; pero allí estaba, un reloj de esfera y fondo azul marino que había elegido para mí. Valía cien mil dólares, porque para el señor Black el precio de las cosas sí importaba. Para él, el amor era igual al dinero que podías gastarte en alguien. Cogí una bocanada de aire y me puse el Rolex en la muñeca antes de dirigirme hacia el baño.
Me quité las lentillas de los ojos húmedos y llorosos y me empecé a lavar los dientes. James llegó al baño con su expresión seria y altiva, se plantó a mi lado frente al espejo y se lavó los dientes mirando fijamente su reflejo; como si quisiera castigarme con la indiferencia con la que, quizá el creía, yo le estaba castigando.
Miré por el borde de los ojos, en el reflejo, las letras en negro que ponían «#TuAmo» y viejos recuerdos llegaron a mi mente. Recuerdos de cuando yo dormía en el pequeño cuarto y James tenía sumisos; de cuando él era un hombre frío y distante, siempre enfadado y enloquecido; de cuando yo me decía a mí mismo que era mejor mantenerse lejos y marcharse cuando el contrato terminara, porque él nunca cambiaría. Cuando creía que, si le amaba, me usaría como hacía con todos los demás, porque James solo se amaba a sí mismo.
Levanté la mirada y me encontré con unos ojos del azul de mar mirándome de vuelta a través del espejo.
El señor Black tenía la boca llena de espuma de pasta de dientes y en su rostro había una leve y casi imperceptible preocupación tras la expresión seria. Nos quedamos en silencio, sin movernos, hasta que yo le pregunté:
—¿Te acuerdas cuando venías a verme por las noches?
El señor Black asintió lentamente.
—A veces no sabía si era un sueño, porque tú no parecías tú, sino alguien

diferente.
James se inclinó sobre la pila de piedra del lavabo y escupió la espuma.
—Siempre era yo —dijo en voz baja y sin mirarme.
Abrió el grifo para llevarse agua a la boca y enjuagarse antes de volver a escupirla. Yo terminé de frotarme los dientes e hice lo mismo, con la diferencia de que me incliné para beber el agua y no derramarla desde lo alto para llenarlo todo de gotas y manchar los cristales. Me puse las gafas y me pasé una mano por el pelo. Tenía la mejilla roja y un poco hinchada, un leve moratón cerca del ojo y una pequeña gasa a la altura de la sien.
—En ese momento fue cuando me empecé a enamorar de ti —reconocí, sin apartar la mirada de mi reflejo—. Cuando descubrí que bajo todo ese rollo de Amo y empresario playboy se escondía un hombre solitario que necesitaba un amigo que le escuchara y que le diera un abrazo. —Bajé la mirada hacia algún punto indeterminado de mis abdominales y murmuré—: Después me hiciste reír… y me sentí muy especial por poder compartir esos momentos contigo.
Cogí una bocanada de aire porque decir aquello me estaba emocionando un poco y no quería ponerme a llorar allí. Así que apreté los labios y me di la vuelta para caminar hacia la salida del baño, seguido por la atenta mirada del señor Black a través del reflejo.
Me fui directo a la cama y abrí las mantas, sintiendo un escalofrío al tumbarme y notar el contraste frío de las sábanas contra mi cuerpo caliente. Me quedé mirando el techo y oí como el señor Black venía a la cama, apagando de camino las luces, dejando tan solo las del pequeño pasillo entre el baño y el vestidor encendidas. Se tumbó a mi lado bajo las mantas y tiró suavemente de mí para que me pusiera de lado y así poder rodearme con los brazos y pegarse por entero a mis espaldas.
—Siempre seré un Amo y un empresario playboy, Leo —le oí susurrar en mi nuca—, te dije que eso no cambiaría.
Miré la puerta en la penumbra de la habitación. Era cierto, me lo había dicho.
—Pero ahora tengo un novio que me quiere de verdad, que me escucha y que me abraza siempre que lo necesito —y tras un breve silencio, añadió—: Y tú también lo tienes.
Cerré los ojos y sentí que perdía el aire en un jadeó largo y profundo. Me giré entre sus brazos para poder mirarle de frente. James tenía los ojos tan vidriosos y humedecidos como yo. Levanté una mano y le acaricié la mejilla con cariño.
—Sé que me quieres muchísimo, James —le dije.
El señor Black me acercó más contra él. No afirmó ni desmintió mis palabras, solo me preguntó:
—Entonces, ¿por qué te enfadas conmigo?
—No… no es agradable saber cosas malas de alguien al que amas tanto —respondí, tratando de encontrar las palabras correctas.
—Jack lo hacía porque quería —insistió una vez más, volviendo a usar ese

tono enfadado y frustrado—. No es mi culpa si él creía que así le iba a querer.
Parpadeé y una lágrima se deslizó por un lado de mis ojos, perdiéndose en la almohada.
—Para ya, James —le pedí—. No tienes razón en esto.
El señor Black tensó la mandíbula y apretó los dientes, pero yo le acaricié la mejilla con calma y no aparté la mirada de sus ojos, más oscuros de lo habitual en la penumbra de la habitación.
—No puedes dejar de quererme por eso —me dijo, pero sonó casi como una acusación, como si tuviera miedo de que yo hubiera cambiado de idea al descubrir todo lo que le había hecho a Jack—. No fue culpa mía y yo no le obligué.
Si había sido culpa suya, y, de alguna forma, Jack quizá se había sentido obligado a hacerlo para demostrarle que le amaba y que estaba dispuesto a… cualquier cosa por complacerle. Pero no se lo dije, guardé esos pensamientos dentro de mí y continué acariciándole la mejilla.
—No voy a dejar de quererte por eso —murmuré.
El señor Black se tranquilizó un poco al oírme decir aquello. Aflojó sus manos a mi alrededor y en vez de tratar de agarrarme para que no huyera de él, empezó a devolverme las caricias con cariño. Puso morritos y le di un suave beso en los labios. Él quiso más y más, empezó a frotar su entrepierna dura y abultada contra la mía. Se puso encima de mí y continuó besándome con fuerza mientras se hacía un hueco entre mis piernas.
Me bajó el bóxer rojo y después hizo lo mismo con el suyo, frotando la punta gorda y un poco húmeda de su polla contra mi culo. Sin necesidad de que yo se lo pidiera, fue a por el lubricante, tratando de separarse lo menos posible de mí y casi arrastrándome con él hacia la mesilla de noche.
Me lo hizo suave y lento, con muchos besos y caricias, jadeando mi nombre en mi oído y abrazándome con intensidad. «Dime que eres mío», me pidió. «Dime que nunca te irás». «Dime que me quieres, Leo». Fue un polvo extraño donde le decía todo lo que quería oír, aunque yo todavía me sentía dolido y decepcionado con él. Sabía que James jamás me haría lo que le había hecho a Jack. Sabía que él me quería muchísimo, pero a su manera posesiva, controladora y obsesiva. Sabía que yo era muy importante para él, que me daría todo lo que le pidiera, que no era un capricho pasajero ni otro hombre más en su vida. Y, sin embargo, no podía olvidar lo despiadado, egoísta y cruel que podía llegar a ser con los demás.
Cuando nos corrimos, nos quedamos en la misma posición, con él encima de mí mientras yo le rodeaba con los brazos y las piernas. James me acarició la mejilla con la suya y me dio un par de besos húmedos en el cuello y en los labios. Alzó la cabeza y nos miramos a los ojos en silencio. Era el hombre más atractivo que había visto en mi vida, y eso no iba a cambiar nunca.

—¿Te gustaron los regalos? —le pregunté en apenas un susurro, tirando un poco de la camiseta gris que todavía llevaba puesta.
—Muchísimo —reconoció.
Sonreí un poco y James volvió a besarme. Después hundió la cabeza a un lado y suspiró, hinchando su pecho y presionando el mío bajo él. No tardó ni un minuto en dormirse, sin salir de dentro de mí y sin dejar de aprisionarme entre sus brazos. Yo le acariciaba la espalda y miraba al techo, más claro allí donde alcanzaba la luz de la ciudad tras la pared de cristal. Pensaba en nosotros. Pensaba en lo fácil que era enamorarse del señor Black, y lo difícil que era amarle a veces. Pensaba en todo lo que no cambiaría de él, y las muchas cosas que sí había cambiado por mí. Pensaba que James no era perfecto, pero que, aun así, yo le amaba más que a mí mismo.
Solté aire en una especie de suspiro de resignación y cerré los ojos. El amor a veces no era como te lo imaginabas, ni con la persona que te imaginabas, pero seguía siendo amor.
Cuando me desperté, la luz entraba por la cristalera con un tono amarillento y desagradable, colándose entre las espesas nubes grises que cubrían el cielo. Solté una queja y me deslicé de entre los brazos de James para tratar de alcanzar el botón para bajar las persianas mecánicas. James quizá ya estuviera despierto, porque alargó la mano cuando entendió lo que quería y presionó el botón por mí. Era domingo y no había despertado ni prisa ninguna por salir de la cama, así que volví a rodear a James con los brazos y me acurruqué bajo él. Era pesado, pero yo ya estaba demasiado acostumbrado y, de alguna extraña forma, me gustaba aquello.
Volví a despertarme al sentir un cosquilleo y algo templado en la mejilla y el cuello. Entreabrí los ojos para encontrarme con que James me estaba dando pequeños besos para desvelarme y, cuando lo consiguió, me miró a los ojos antes de murmurar:
—Tengo hambre.
No sé por qué eso me hizo gracia, pero el pecho me vibró y sonreí un poco.
—¿Qué tipo de hambre? —tuve que preguntar.
James alzó las comisuras de sus labios en una fina y preciosa sonrisa.
—De todas clases —respondió.
Asentí un par de veces y me froté el rostro, pero solté un jadeo al sentir la herida de mi sien, de la cual me había olvidado por completo. Fruncí el ceño y chisqué la lengua antes de acariciar la espalda de James.
—Podemos desayunar en casa e ir a tomar un café a algún sitio —pensé entonces—. Hace mucho que no tenemos un día fuera.
James se volcó hacia un lado, llevándome con él entre los brazos para que fuera yo quien estuviera encima. Él también tenía todavía las tiras blancas sobre la ceja y unos restos de sangre.
—¿A dónde quieres ir? —preguntó.

—Va a llover un poco, así que podríamos ir al centro comercial y ver alguna película en el cine —me encogí de hombros—. ¿Qué te parece?
—Suena a algo que haría una pareja aburrida de novios —respondió.
Alcé las cejas y apreté los labios.
—¿Prefieres hacer otra cosa?
—No —negó.
—¿Quieres llevarte una fusta para parecer una pareja menos aburrida de novios? —bromeé.
James no dijo nada en un par de segundos, como si realmente se lo estuviera pensando.
—No —repitió.
Sonreí y le di un beso en los labios antes de levantarme. Todavía tenía el bóxer un poco bajado y tuve que subirlo hasta la cintura antes de tomar el camino hacia la cocina. James no tardó en reunirse conmigo después de ir al baño. Se sentó frente a mí en la mesa, solo con su camisa gris y la ropa interior puesta, y empezó a desayunar.
—¿Crees que somos una pareja aburrida, Leo? —me preguntó antes de llevarse un trozo de tortilla francesa a la boca.
—No, no lo creo —respondí mientras miraba el periódico de los domingos.
—¿Aunque hagamos cosas aburridas?
Levanté la mirada y respondí:
—Si no quieres ir, no vamos, James.
El señor Black respondió a mi mirada y terminó de masticar antes de decir:
—Sí que quiero.
Me tomé un momento para decidir si era verdad, después me di cuenta de que era James y de que él no haría nada que no quisiera hacer.
—¿Te preocupa parecer aburrido? —pregunté.
James no dijo nada, continuó desayunando sin apartar la mirada de mí, hasta que tras un largo minuto al fin respondió:
—No, no me preocupa. Los novios de verdad hacen ese tipo de cosas que parecen aburridas, aunque nosotros no seamos aburridos.
Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza antes de volver a mirar el periódico.
—A mí me gusta mucho hacer «ese tipo de cosas que parecen aburridas» contigo —le dije—. Ya lo sabes.
Creí que la conversación terminaría ahí, pero tras terminar con el desayuno y leer toda la sección de noticias, James murmuró:
—Antes las odiaba, me reía de la gente que las hacía, pero ahora me gustan mucho.
Sonreí y asentí con la cabeza. El señor Black había odiado muchas cosas que ahora le encantaban, quizá porque nunca las había hecho con nadie.
Después de recoger los platos, nos vestimos con ropa más relajada, pero que James eligió con cuidado, como siempre hacía. Fuimos al centro co-

mercial, tomamos un café con un par de donuts, vimos una película, compartimos palomitas, y después regresamos para tener una buena sesión de sexo especial y vaguear en la cama.

La mañana del lunes el señor Black estaba de bastante buen humor y saludó a Lana con una sonrisa de un millón de dólares. Ella abrió mucho los ojos y le preguntó al instante por la herida de su ceja. El señor Black se rio un poco, quizá para darse tiempo a pensar una excusa en la que ninguno de los dos se había parado a pensar.

—Nos dimos un golpe tonto —fue lo que se le ocurrió.

Lana parecía profundamente consternada por ver el atractivo rostro del señor Black herido. Era apenas una pequeña herida sobre su ceja, pero ella lo trataba como si le hubiera quitado un ojo y hubiera perdido una pierna. Al final, él la interrumpió con una risa grave y encantadora y le pidió que no se preocupara. Tras el desayuno y el café, James se acercó para que le atara de nuevo la corbata y revisara que todo estaba correcto. Sin previo aviso, me dio un beso suave e intenso en los labios y puso una fina sonrisa.

—Me lo pasé muy bien ayer, Leo —me dijo.

Alcé ambas cejas y parpadeé.

—Yo también —conseguí decir.

—¿Te gustó que te atara con las piernas hacia arriba y te vendara los ojos? —preguntó—. A mí me puso bastante cachondo.

Eso ya era más normal, así que se me escapó una sonrisa y terminé de pasarle las manos por los hombros para alisar la chaqueta del traje.

—Lo noté, James —le aseguré—. Todavía me duele un poco el culo.

Eso le hizo sonreír más y me rodeó la cadera con las manos para atraerme. Presionó su cadera contra la mía para que pudiera sentir el bulto un poco duro bajo el pantalón.

—Tu novio tiene la polla muy grande —murmuró con un tono profundo y lascivo.

—Mi novio tiene el ego muy grande —le corregí—, y una reunión en… —miré mi Rolex *submarinier*—, dos minutos, así que es mejor que se guarde esto —y presioné un poco su entrepierna con la mía.

El señor Black mantuvo la sonrisa y bajó sus manos a mi culo para apretarme contra él y besarme de nuevo. Me soltó con un jadeo y señaló la puerta. Me pasé la mano por los labios húmedos y tuve que tomarme un momento para recuperarme. Él no era el único que estaba cachondo ahora.

—Busca un hueco de veinte minutos, Leonard —ordenó mientras salíamos por la puerta, con su expresión seria y tono calmado ahora que estábamos fuera del despacho.

Se me escapó un bufido y una sonrisa.

—Por supuesto, señor Black —respondí.

FIN DE LA

PRIMERA PARTE